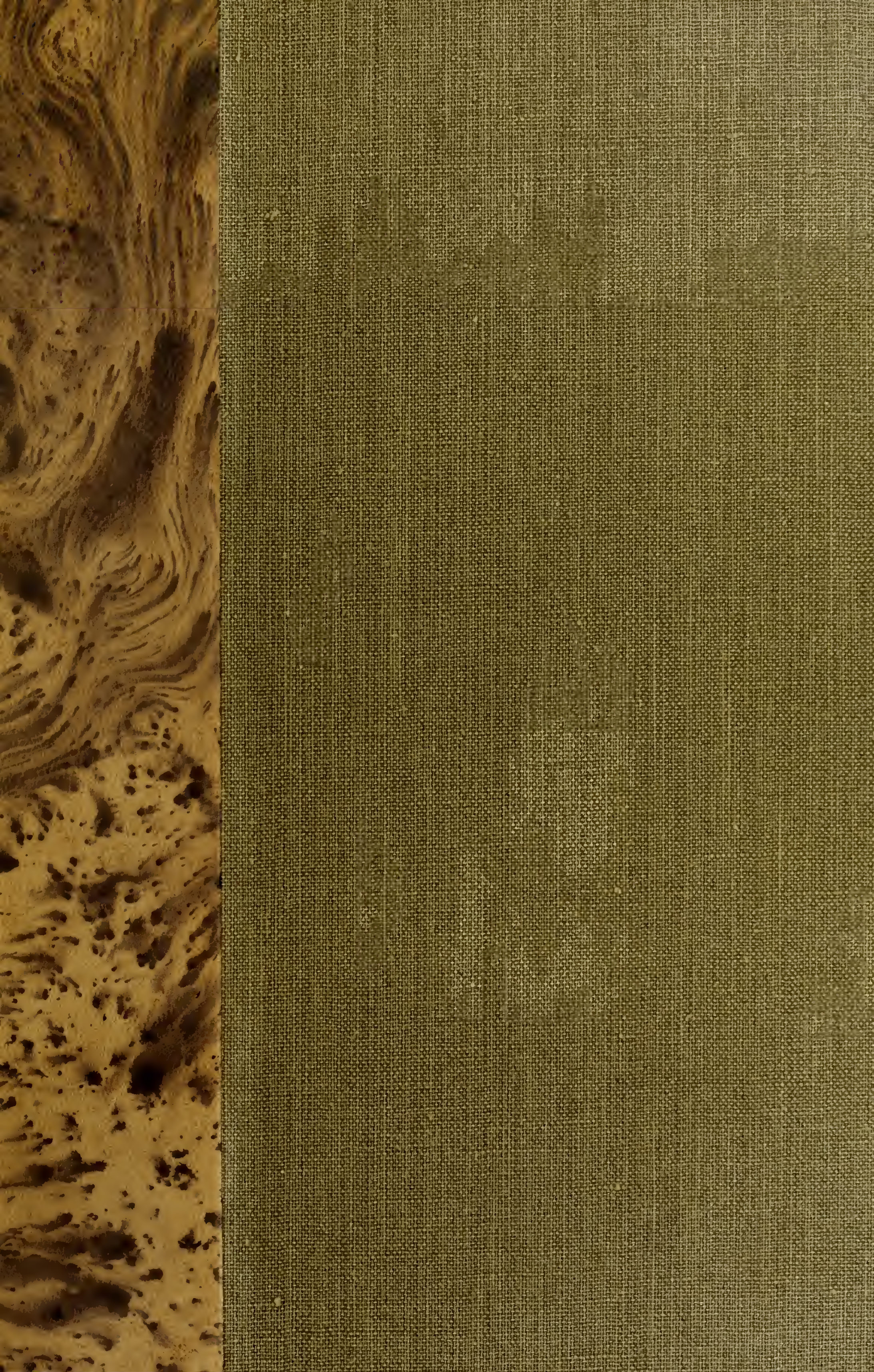


DUKE
UNIVERSITY
LIBRARY

Treasure Room

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/mismemorias00sanr

MIS MEMORIAS

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ

MIS MEMORIAS

TOMO I

1828-1852



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1887



MIS MEMORIAS

AL LECTOR

MEMORIAS yo? ¿Es posible?

Conviene estar en el secreto. Estas que llamo *mis* Memorias, no son, en realidad, las Memorias *mías*. Son un poquito ó un mucho las Memorias *de todo el mundo*.

Mis Memorias son producto de todo aquello que he ido encontrando al paso en el ya largo curso de mi existencia; oro, plata, cobre, fortunas ó desdichas, ilusiones ó desencantos, lágrimas ó sonrisas, flores ó espinas; cuantas corrientes he ido yo arrastrando, cuantas corrientes á mí me han arrastrado.

Mis Memorias son las de las personas con quienes he estado más en contacto; las de los sucesos importantes que he presenciado; todo lo que he visto, todo asunto serio en que he intervenido, todo lo que ha pasado dentro de mi espíritu, fuera de mi espíritu, á mi vista, á corta distancia ó en cualquiera de los augustos santuarios que por nuestra dicha

poseemos; la conciencia, la familia, la patria, la posición social, honras propias y honras ajenas.

En resumen y para condensar mi pensamiento. Mis Memorias no son tales Memorias; son un mal trozo de Historia contemporánea, cogido al vuelo y por mí humildemente presentado bajo el punto de vista de mis impresiones personales.

Como dirían mis amigos Salmerón, Azcárate y Giner de los Ríos: mis Memorias, si tal nombre merecen, son más *objetivas* que *subjetivas*.

Los que no tenemos talla para escribir verdaderas Memorias, tenemos el derecho indisputable de certificar la talla de los demás. Tanto mejor para ellos, si acertamos; tanto peor para nosotros, si no lo hemos conseguido.

Aquí la gran dificultad es la siguiente: manera de acercar entre sí los dos períodos más opuestos de la vida. Manera de traducir fielmente *hoy* las impresiones recibidas á una distancia de treinta ó cuarenta años. En la edad seria, en la edad fría, en la edad de los desmoronamientos, de los desfallecimientos y de las sombras, pintar aquella otra edad del fuego, de los resplandores, de las energías, de los entusiasmos y de los horizontes. Pintarla como estando en ella, con su verdad, con sus colores propios.

Convengamos en que la empresa es muy difícil, casi imposible. Sin embargo, la he intentado. ¿Habré logrado mi objeto?

El lector juzgará.

Madrid 20 de Mayo de 1886.

1828-1835

Mi familia.—Primeras impresiones.—Fuego, sangre y cólera morbo.—Del vandalismo y sus especies.—Mi instrucción primaria.—Cincuenta años en fila.—Una romántica de abecedario.—Destrezas de catequista.—Constitución ó muerte.

I

Nací en Barcelona el día 13 de Setiembre de 1828, de una antigua familia de Argentona, pueblo situado cerca de la costa de Levante, á corta distancia de la ciudad de Mataró.

Por espacio de treinta años estuvo mi Padre dirigiendo la secretaría del *Real Acuerdo* de Barcelona, puesto muy considerado y de grande importancia en aquellos tiempos; porque el *Real Acuerdo*, ó sea la Audiencia territorial en pleno, asumía la mayor parte de las funciones gubernativas para todo el Principado de Cataluña. Algo por el estilo de los Parlamentos en Francia, *toutes chambres réunies*. En este concepto, pasaban por el tamiz de aquellas oficinas casi todos los asuntos que, según la moderna organización administrativa, corresponderían hoy á los Gobiernos civiles de las cuatro provincias catalanas, con más lo relativo á Ayuntamientos, cuyos Alcaldes y Regidores eran nombrados por la Secretaría del *Real Acuerdo*, desde que Felipe V había acabado con los antiguos fueros del Municipio catalán, en venganza de las simpatías del Principado por la casa de Austria.

Con tal cúmulo de negocios de índole tan varia, repetidos ó continuados por tanto número de años, había llegado á adquirir mi Padre un tacto delicadísimo y consumada experiencia en el expedienteo, contribuyendo no poco esta circunstancia á desarrollar el gran sentido práctico que naturalmente le distinguía. Dábale todo ello mucha autoridad entre sus amigos y conocidos, los cuales acudían presurosos á pedirle consejos y pareceres, como pudieran hacerlo con un abogado de fama; y á veces iban á Barcelona, de los pueblos más distantes de Cataluña, con el solo propósito de estrechar su mano, en prueba de antiguo agradecimiento. Porque entre las gentes acomodadas de las poblaciones rurales, y sobre todo entre los labradores ricos, había muchos, y muchísimos, que debían á mi Padre señalados favores: quién haber obtenido, por su mediación, una vara de Alcalde; quién la *banda* de Regidor, y otros el beneficio insigne de haber escapado á la emigración ó á peores desdichas, cuando las famosas *purificaciones* de Calomarde.

Había tenido muy buena presencia y gentil apostura en sus mocedades, y aun en la vejez conservaba bastante gallardía: que sólo entrado en años le conocí yo por haberse casado en edad provecta. Recogía sus canas en tupé, á la manera de su tiempo; y la nariz, ligeramente aguileña, daba á su fisonomía ciertos perfiles de medalla antigua. Paréceme estarle viendo tan pulcro, tan correcto, tan atildado, tan erguido de cabeza y tan ágil á los setenta años, como si fuera un muchacho: luciendo en visita el frac azul con botón dorado, corbata y chaleco blancos, guantes anchísimos de ante y pantalón de paño negro ó de nankín, según las estaciones; á lo cual añadía para la calle, en invierno, una capa azul de esclavina, y en verano, el indispensable bastón de caña de Filipinas, con puño chato de marfil tostado.

Era, en lo moral, intachable: de honradez cabal y de una severidad de costumbres á toda prueba. Siempre alegre, decidor siempre, de fácil palabra y de amenísimo trato, era imposible tener á su lado un momento triste: en términos tales que, aun en los trances amargos de la vida, ni perdía la serenidad de espíritu, ni solía desmentir la jovialidad de su ca-

rácter. Escribía con gran corrección, y hasta con elegancia. Muy mañoso para labores delicadas en cera, papel y maderas finas: no menos diestro en el manejo del lápiz, que si con más frecuencia lo hubiese ejercitado, seguro estoy de que llegara á ser un buen artista, como lo demuestran algunos dibujos suyos que conservo religiosamente.

Nunca fué de fácil acomodamiento en materias religiosas. Católico de chapa, sincero, ferviente y un tanto ladeado á la devoción, más de una vez le ví seriamente preocupado cuando, después de algún discreto tanteo, creía descubrir la estofa de un libre-pensador en mis conversaciones. No obstante, distaba mucho de rayar en el fanatismo de varios amigos y contemporáneos suyos, con quienes reñía grandes batallas apropósito de intolerancias, que siempre hallaba destempladas. En política, eso sí, era de una intransigencia manifiesta. Del 20 al 23 había tenido sus veleidades de liberalismo, empuñando el chafarote y endosándose el uniforme de miliciano, como un cumplido patriota. Mas, después, sea por haber perdido las ilusiones, ó por efecto de crueles desengaños, ó por falta de confianza en los ideales del progreso, vino á caer definitivamente en el absolutismo neto y descarnado. Su fórmula política era la *virga férrea*, ó como él decía, un buen Rey con un buen garrote para hacer entrar á todo el mundo en vereda. Moderados y progresistas, á todos los medía por el mismo rasero. Tan alta era la *tessitura* que, en 1833, á la muerte del Rey Fernando, tuvo que abandonar el destino; y desde entonces pudo dedicarse sola y exclusivamente á mi educación, concentrando en este único hijo que le quedaba, toda la flor de su actividad y el rico tesoro de sus mejores afectos.

II

En mi familia materna dominaban de antiguo los letrados. Huérfana de ambos padres, desde muy temprana edad, quedó mi Madre al cuidado y bajo la tutela de uno de sus tíos, Al-

calde del crimen en Barcelona y de lo más reputado en la magistratura, por su ilustración y probidad. Casóse aquella señora en 1819 con un distinguido coronel, de quien tuvo un hijo que murió en mantillas; falleciendo poco después el marido, víctima de la fiebre amarilla que tantos estragos hizo en Barcelona en 1821, pues se llevó más de 8.800 personas y, según cálculo de algunos médicos, á razón de dos por cada tres atacados.

En 1824 contrajo la joven viuda segundas nupcias con mi Padre; de cuyo matrimonio nacieron seis hijos, cuatro hembras y dos varones, siendo yo el penúltimo de todos y único que ha sobrevivido, porque un destino fatal iba arrebatando á mis hermanos antes de salir de la infancia. Quien alcanzó más larga vida, fué mi hermana mayor, agraciada morenita, de una precocidad extraordinaria á los seis años. Como éramos muy traviesos, recuerdo vagamente las *broncas* que armábamos los dos, y en que ella, como más talludita, llevaba la mejor parte.

Tan rudos golpes y tan repetidos á la muerte de cada hijo, dieron un tinte de suave melancolía al carácter de mi pobre Madre, ya de suyo algo retraído. Desde que murió su hija mayor, renunció para siempre á diversiones, á galas y casi, casi á toda clase de vida que no fuese de rigorosa intimidad de familia. Encerróse en una especie de misticismo que estaba en perfecta armonía con la seriedad habitual de su porte y el negro color de sus vestidos. Dedicaba la mayor parte de la existencia á prácticas de devoción; limitada su literatura al P. Kempis, al *Año cristiano*, de Croisset, y á la *Vida devota*, de San Francisco de Sales. Mas no por esto desatendía los cuidados de la casa, que llevaba y dirigía con extrema diligencia hasta en los más insignificantes pormenores; pues era de aquellas personas que lo hacen todo, ó todo lo hacen andar sin enojos, ni ruido, ni descompasadas voces. Bastábala una mirada para meter á los criados en cintura; y yo mismo, siendo grandullón, más temía á sus ojos que á un sermoneo de dos horas, para quedarme clavado como un poste.

Apesar de su retraimiento, era inflexible en materia de buen tono, y por todo extremo rigorista en punto á conve-

niencias sociales. Fumar en sus habitaciones, no quitarse el sombrero á tiempo, vestir con desaliño, entrar en la sala con el abrigo puesto, hablar muy recio ó manotear en la conversación: otros tantos crímenes para ella imperdonables. En cambio, toda persona de corte distinguido, de modales finos y todo hombre atento con las damas, podía contar de seguro con sus simpatías. Cuando yo estudiaba leyes, un condiscípulo mío de ideas muy avanzadas consiguió, apesar de esto, merecer su estimación, viéndole muy cortés y cumplido caballero y para con ella tan respetuoso. Y si, en casa, recaía la conversación sobre los principios religiosos y políticos del joven estudiante, mi Madre añadía siempre por vía de epílogo: «¡Lástima de ideas en un muchacho tan fino!»

A maravilla cuadraban aquellas delicadezas con todo el exterior de la persona. Si mi Madre tenía poca estatura, debió compensarlo de joven con una belleza poco común, de la cual conservaba algunos rasgos: el brillo de los ojos, lo sonrosado de la tez, un talle inverosímil para su avanzada edad, la mano pequeñita y chico también el pie, siempre primorosamente calzado. En fin: había en toda ella cierto dejo aristocrático, fruto de la educación y de las tradiciones, ó, mejor dicho, preocupaciones de clase, tan poderosas en aquellos tiempos en que mi respetable Abuelo materno no se hubiera atrevido á ir al Tribunal y á recorrer á pie el cortísimo trecho desde su casa al palacio de la Audiencia, sin llevar puesta la toga, los vuelillos, peluca empolvada y sin un paje detrás con los papeles metidos en una bolsa de terciopelo.

De los muchos hermanos de mi Madre no llegué á alcanzar más que tres: el mayor, que murió casi octogenario; el menor, que quedó de jefe de la familia, y mi bondadosa tía, que pasó largos años retirada en un convento. Allí la visitaba yo amenudo, no acertando á comprender cómo, con aquel régimen semi-claustral, había conservado tan entero el instinto de la *mundología*. Me tenía un cariño extraordinario, que aprovechaba para darme sabios consejos que ahora mismo me admiran por su profundidad, y todavía los encuentro oportunísimos con la larga experiencia que llevo en la vida.

El más joven de mis tíos, de quien era yo además ahijado

y fuí heredero, ordenóse de sacerdote á los cuarenta años, cuya resolución tomó de súbito, después de haber desempeñado mucho tiempo una plaza del ministerio fiscal en la Audiencia de Barcelona. Estos antecedentes de vida laica, unidos á una figura distinguida, á la pulcritud de sus hábitos talares gallardamente llevados, á sus maneras elegantes y á su finísimo trato, contrastaban á la simple vista con el pelaje de los clérigos *de mi pueblo*, gente, por lo común, tosca y adocenada. Vivía con suma modestia en un cuarto segundo de la magnífica casa que había heredado de mi Abuelo. Ni era fácil adivinar su posición de hombre acaudalado sino por lo dadivoso y por las cuantiosas limosnas que repartía: atento sólo á la máxima de dar á todo aquel que se le presentaba, aun á riesgo de fomentar el vicio y la miseria, en vez de remediarlos.

Podía achacársele quizás alguna estrechez de espíritu, empequeñecido, á mi ver, con la práctica del confesonario, donde se pasaba las horas muertas, y á veces, aun en invierno, desde las cinco de la mañana. Quiso ensayarse en la predicación, que hubiera tenido la ventaja de abrirle los vastos horizontes de la palabra; pero no siendo afortunado en aquella tentativa, entregó toda su actividad á un reducido círculo de personas timoratas, entre las cuales lucía sus eminentes dotes de casuista, fortalecidas con el estudio de la famosa *Llave de Oro* del P. Claret y con la asidua meditación de las obras de San Alfonso de Ligorio.

III

Las primeras impresiones de mi vida se remontan á fecha muy antigua. Cuatro años próximamente tendría, cuando de resultas de una grave enfermedad, que me puso á las puertas de la muerte, se decidió trasladarme al pueblo de Sarriá, por consejo de mi médico el Dr. Llacayo. La casa donde fuimos á parar la tengo tan presente como si la estu-

viera viendo. Ni un detalle, ni la más insignificante particularidad se han borrado de mi memoria: los dos patios, el jardín, la extensa huerta, teatro de mis hazañas, con multitud de árboles frutales que yo devastaba á toda conciencia; y además los conocidos aditamentos de subirme por las tapias, ensartar lagartijas, asaltar nidos, cazar pajarillos, cegar las fuentes, arrancar plantas, pisar el sembrado, deshojar las flores y otras monadas mil, dignas de mis tiernísimos años de encantadora barbarie. Y aconteció que un día estando sólo, por haberse distraído la niñera, caíme de patitas en un estanque; y allí terminarían estas Memorias, si la Providencia, en forma de jardinero, no hubiese acudido á sacarme de tal apuro; el cual por cierto dejó en mí tan profunda huella, que siempre, desde entonces, me han inspirado saludable respeto lo mismo las aguas corrientes que las mansas.

Trágico pudo ser el lance; pero más lo fueron otros ocurridos tres años más tarde, afortunadamente sin riesgo de mi pellejo. El día 25 de Julio de 1835 estaba yo en uno de los balcones de mi casa arreglando ó desarreglando unas macetas, cuando veo venir por la calle de los Baños gran tropel de gente que, arrastrando por las astas un toro muerto, gritaba desaforadamente: *¡el bou gros! ¡el bou gros!* El toro muerto era el último de la corrida de aquella tarde, que no había gustado á los aficionados; y por *bou gros* entendían referirse á D. Manuel Llauder, Marqués del Valle de Rivas, Capitán general del Principado, y por más señas, casado con la *pobilleta* Bransí, parienta muy cercana de mi Madre.

Era Llauder hombre de complexión recia, enjuto de carnes, de dura condición y poco amigo de contemplaciones. Unos días antes había estado en casa á despedirse para las aguas de la Puda. Cogiónos de sobremesa, y aunque tan pequeño yo, chocóme la vehemencia con que el General se expresaba y el empeño que ponía en declinar cierta clase de responsabilidades. Culpósele más tarde de haber provocado con su ausencia la excitación popular: cargo ciertamente injusto, porque, de todas maneras, el motín iniciado en la

Plaza de Toros no fué más que un pretexto para soliviantar al populacho; el cual, ya frenético y desatado, asaltó aquella misma noche los conventos, los entregó á las llamas, pasó á cuchillo á un gran número de frailes, otros perecieron en el incendio, y los más debieron su salvación á la fuga, á un disfraz ó á la cariñosa solicitud de algún amigo.

Considere el compasivo lector cómo se pasaría la noche en aquella casa mía, de gente tan pacata, extraña á las tramas políticas y, por todos títulos, tan opuesta al sanguinario desbordamiento de las muchedumbres. Cómo se pasaría la tremenda noche con el incesante rebato de las campanas, el estruendo de los edificios al desplomarse, el correr de las víctimas, los ayes de los heridos, el clamoreo de las turbas agitando ensangrentadas antorchas con los desnudos brazos; todo esto iluminado por la rojiza luz de los incendios que de los cuatro ángulos de la población brotaban, tiñendo el azulado cielo con sus siniestros resplandores.

Yo, cuitado de mí, no vi, ni oí nada, ni era capaz de entenderlo. Habíanme acostado, como de costumbre, á las ocho, durmiendo tranquilamente el sueño de mi inocencia, sin curarme, en poco ni en mucho, de aquella Saint Barthélémy á la inversa. Mas, á la mañana siguiente, mientras me estaba vistiendo la doncella, entra mi Padre en la habitación, demudado el semblante y con señales evidentes de haber pasado una noche agitadísima. Preguntéle lo que tenía: «Una friolera, hijo mío; esta noche han quemado los conventos y han matado á los frailes.» «¿Tan malos son los frailes?» repuse yo vivamente.

Mi Padre se sonrió: ¿qué había de hacer? Esta réplica punzante hubiera sido un epigrama, á no salir de los labios de un niño de siete años. Era, sin embargo, la síntesis de lo que yo había de pensar después sobre las comunidades religiosas. No es que aplauda, líbreme Dios, ni los excesos populares, ni actos de salvajería de ninguna especie. Todos los detesto, todos por igual los abomino, entiéndase bien, bajo cualquier lema á que pretendan acogerse. Pero las órdenes monásticas, que durante siglos y siglos realizaron un fin históricamente razonable, habían llegado á ser, y más en Espa-

ña, la rémora del progreso y el mayor peligro para las libertades. Odiaba el país liberal á los frailes, viendo en ellos la encarnación viva del absolutismo, que creía bien enterrado desde la muerte de Fernando VII. Y en verdad que los que así discurrían no iban tan descaminados. En 1835, ahí estaba el enemigo con hábito monacal en el claustro y en la plaza pública, en el monte y en el valle, en la ciudad y en el interior de las familias; audaz, airado, provocativo, con la tea de la discordia en la mano. Si el Pretendiente levanta bandera de rebelión, el convento se convierte en antro de sus conspiraciones; sus predicadores, en energúmenos sedientos de sangre de liberales; sus rosarios, en apretado dogal; en puñales sus crucifijos; sus novicios, en reclutas, y algunos reverendos, en jefes de gavilla entregados al más feroz y repugnante vandalismo. Esto se sentía, esto se veía, esto no se ocultaba; de ahí que, mientras en Barcelona el pueblo no dió tregua ni cuartel á los frailes, en cambio, no se permitió el más mínimo desmán contra los conventos de monjas, y los individuos del clero secular fueron igualmente respetados.

¡Ah! mucha sangre se ha derramado en el mundo por mano de ese terrible anónimo llamado muchedumbre, es decir, por la mano del instinto ciego, de la pasión brutal y de la ignorancia. Pero ¡cuánta y cuantísima no ha derramado también la mano *sabia* de los *escogidos*, es decir, el frío cálculo, la ambición, el principio de autoridad y la razón de Estado! Cierto que en aquellos tristísimos días las turbas desatentadas, rotos ya los frenos de la tradición, cometieron enormes desafueros; robaron, talaron, incendiaron, mataron sacerdotes, fusilaron misioneros, asesinaron y arrastraron Generales y Gobernadores, á Bassa, á Camacho, á Quesada. Mas no echemos en olvido que, durante largos años, el Conde de España estuvo en Barcelona ahorcando, casi diariamente, liberales, por meras sospechas ó por crímenes imaginarios; que Elío hizo lo propio en Valencia; que Cabrera y otros jefes carlistas pusieron su *Dios, Patria y Rey* de lema para encubrir horrores propios de los hotentotes; que tampoco se quedaron cortos Zurbano el progresista y Villalonga el moderado. Y luego lo de Alicante, y lo de Galicia, y lo de

Cuba, y ejecuciones en Madrid, y ejecuciones en Barcelona, y hecatombes *de gobierno* en todas partes y tantas *providencias* de uniforme ó de frac prendiendo, desterrando, arcabuceando á montones, llevando el terror á los pueblos, cubriendo de luto á las familias y haciéndose instrumento de unas leyes insensatas que penaban con el martirio el crimen de pedir un poco más de independencia, acaso una ligera modificación política... ¡tal vez un simple cambio de Ministerio!

Seamos sinceros é imparciales. El furor de las masas no tiene disculpa; pero menos la tienen los arrebatos de un Gobierno constituído. Las tropelías de un populacho salvaje y soez, siquiera se explican como todas las borracheras, porque, ó no se tiene cabeza, ó se ha perdido. Un Gobierno serio y sus agentes, están en el deber de no perderla nunca. Más culpable es aquel que comete fechorías alardeando de formas jurídicas, que el que se desmanda á pecho descubierto sin escudarse con la ley.

El año anterior al de 1835, tan calamitoso para Barcelona á causa de estos desórdenes, habíalo sido á su vez por la primera invasión del cólera morbo-asiático. Padeciéronlo mis Padres, aunque benigno: en el ínterin, me enviaron al lado de mi excelente madrina la Sra. de Elorza, que habitaba en una casa, cerca de las afueras, con jardín espacioso. Allí nos reuníamos un sin fin de chiquillos del todo indiferentes á la marcha del cruel azote; jugábamos, retozábamos y nos atracaban de golosinas. Al corro asistían alguna vez unas cuantas niñas de nuestra misma edad, que tomaban parte en las infantiles travesuras. Entre ellas, no se me han olvidado la señorita de Parrella, después Baronesa de Senelles, víctima, veinte años más tarde, de un vil asesinato, y las niñitas de Lluch, hermanas del que fué Cardenal del mismo nombre y penúltimo Arzobispo de Sevilla.

IV

A la sazón ya estaba yo en plena primera enseñanza, que seguí sucesivamente en dos colegios. Del primero no conservo más que un recuerdo, pero vivo: mi condiscípulo Mariano Borrell, á quien volveremos á encontrar más adelante y es Profesor de Dibujo lineal en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. ¡Pobre Mariano! Entonces padecía una tos crónica y cavernosa que tenía grandemente alarmados á sus padres, creyéndola síntoma de muy escasa vida en el muchacho. Cada vez que me encuentro á Mariano Borrell, se me figura ver desfilar en masa, delante de mí, cincuenta años enteros de mi existencia; pues, apesar de nuestras respectivas peripecias, nunca nos hemos perdido de vista y siempre ha sido él consecuente conmigo, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia. Y ahora me apena verle tan quebrantado de salud, gimiendo bajo el poder de un oculista eminente que le lleva y le trae todos los años de París á Biárritz y de Biárritz á París, haciéndole mil diabluras en la vista. Víctima en la vejez de su celo y laboriosidad, porque los ojos se le han ido consumiendo lentamente con la publicación de una obra monumental de Dibujo, en la cual ha ido enterrando salud, paciencia y los recursos de una modesta fortuna.

En realidad lo más fuerte de las primeras letras, lo pasé en el segundo colegio, cuyo director no tenía ciertamente corte de maestro de escuela. Más bien trascendía á persona de calidad, con grandes bigotes, las canas envainadas en tinte, panza saliente, cogote tieso y cierto frac tirando á verde, por cuya prenda solíamos llamarle el *caballero del verde casacón;* frase que me valió una solemne reprimenda por habérsela espetado un día en sus propias barbas. Cuando hacíamos ruido con los pies, ó marcábamos el compás con los tinteros, nos largaba sermones de media hora; y tales voces daba y tan atronadoras, que, al fin secándosele la garganta,

tenía que pedir agua, servida siempre en una bandeja con azucarillos, de los cuales, con otras golosinejas, se aprovechaban los del banco inmediato, *timándoselos* con suma destreza. Fumador sempiterno, y de tan mal tabaco, que todavía me da en las narices el olor de las bocanadas que á quema ropa me soltaba cuando se venía á mi banqueta, y con unos dedos *culotados*, más negros que un tizón, se ponía á ajustar mi falsilla, á cortar la pluma de ave ó á enmendarme los palotes. No empleaba como correctivo los azotitos, resabio indecente de la antigua educación clerical que otros colegios no habían abandonado; pero sabía administrar sendos palmetazos que ponían las manos como tomates. De mí, debo decir que nunca me castigó de esta suerte, sin saber á qué atribuirlo; pues las más de las veces me lo tenía bien merecido por mis picardigüelas.

Era el buen señor muy petulante, y tenía la pretensión de hablar con toda pureza el castellano; lo cual no obstaba para que á cada paso le cogiéramos gazapos, como *vigilia* por *víspera*, *ropa* por *tela*, *vengo* por *voy*, *mal de cuello* por *dolor de garganta*, y otras catalanadas; y también se la echaba de erudito, sin perjuicio de decir en cierta ocasión, ante un tribunal de examen, que todas las causas de la caída del Imperio romano, procedían del lujo de la Corte. Su mujer, á quien llamábamos respetuosamente doña Dolores, era de bastante menos edad que el marido; gran aficionada á los melodramas y al romanticismo, que entonces estaba en plena moda. A veces, cuando salíamos de clase en tropel, colgados al hombro los cartapacios ó carteras, y armando un zipizape de los diablos, la veíamos sentada junto á uno de los balcones del patio, rebujada en blanco peinador, pálida y ojerosa, suelto el cabello, la barba apoyada en el hueco de la mano y alzada á los espacios la melancólica mirada, buscando sin duda, entre los celajes, al dulce trovador que de la tiranía del A, B, C, había de bajar á redimirla. Malas lenguas dijeron después, que mi señora doña Dolorcitas era un si es no es cascabelera, cosa muy en los términos de lo posible; pues, muchísimos años más tarde, cuando yo había perdido totalmente de vista al maestro, á la maestra y á los maestricos, oí hablar vaga-

mente de no sé qué aventuras conyugales que, de ser ciertas, debieron descomponer algún tanto las respetables canas de nuestro director egregio.

No se daba entonces á la instrucción primaria la latitud que después fué tomando, por la sencilla razón de que la monopolizaba el clero casi en absoluto. Ni éste hubiera roto jamás los antiguos moldes, á no mediar la ingerencia del elemento laico, que la ajustó paulatinamente á las modernas necesidades. Tan opuesto era el absolutismo á la idea de dar vuelos á la inteligencia juvenil, que del 30 al 35, cualquier proyecto de reformar el vetusto régimen de nuestras Escuelas primarias, hubiera pasado por un mito. Baste decir que hasta el 15 de Marzo de 1836 no se instaló en Barcelona la primera Escuela de niñas, y fué bajo el patronato de la Junta de Damas; que hasta el 2 de Setiembre de 1841 no se abrieron las Escuelas gratuitas del Ayuntamiento, y que hasta el 16 de Agosto de 1845 no vimos allí una verdadera Escuela de párvulos.

Colegios no escaseaban; el mío era uno de los mejores de la capital y de los más frecuentados. Nos daban las enseñanzas de cajón: lectura, escritura, gramática castellana, las cuatro reglas y mucho catecismo. Ni por asomo cosa que oliese á *objetivo*. Ni gimnasia, ni asignaturas de adorno. La lectura, como dirigida por catalanes, nos dejaba aquel fuerte acento provincial de que no conseguimos desprendernos, ni aun aquellos que hemos pasado muchos años por la lima madrileña. En escritura, Iturzaeta y carácter inglés. Yo, en este punto, me declaré partida suelta, hasta la rebeldía; no quise ser pendolista, ni sujetarme á otro carácter que al mío, á mis garrapatillos microscópicos, que para mi uso particular me han bastado y rebastado. En lo que sí hice notabilísimos progresos fué en Gramática castellana, apesar del anticuado método del Dr. Ballot, que todavía firmaba *Don Josef Ballot*. De tal manera logré captarme el aprecio del maestro, que me hizo repetidor de su clase para conjugación y sintaxis. Tal vez era este el secreto de librarme de la palmeta; porque allí me tenían, con otros chiquillos, á un ladito de la mesa, ensayándome gravemente de Profesor á los seis ó siete años.

Nuestro catecismo, aparte el Fleury, estaba en catalán, y en un catalán, si cabe, más simplote que el castellano del P. Ripalda.

Una pregunta: «¿Qué es el matrimonio?—El sacramento que contraen un hombre y una mujer *cuando se casan.*» Lo cual, como adivinará el lector, nos dejaba plenamente satisfechos. Otra pregunta: «Cristo, en el sacramento, ¿está de pie, sentado ó echado?—No, padre.—¿Pues de qué manera está allí?—De una manera *milagrosa.*» Con lo cual dicho se está que, á fuerza de echarle galgos, nos quedábamos enteradísimos.

Yo tomaba estas cosas por profundos arcanos, y sólo pensar en discutirlos, me hubiera puesto de carne de gallina. No así otros muchachos ya picardeados, que se permitían cuchufletas y aderezaban con salsa picante el delicioso texto. Distinguíase en este género un tal Mayolas, bastante más mocito que yo y muy corrido para sus años. El era quien armaba en clase las grandes culebras; él nos traía noticias de sensación, teniéndonos al tanto de las últimas novedades políticas. Con el casquete derribado sobre la oreja izquierda, pelo á la romana, la perpetua colilla sobre el labio requemado y las manos en los bolsillos del pantalón, parecía un traidor de melodrama. La echaba de patriotero, comentando las primeras *hazañas* de los carlistas y las condescendencias de los moderados ó *madurs*, como él decía. Anunciaba pronunciamientos y fieras matanzas que me espeluznaban, sazonándolo todo con aquel famoso estribillo de los liberales de antaño:

«Constitución ó muerte
será nuestra divisa:
si algún servil la pisa,
la muerte sufrirá.»

Con estos y otros entretenimientos, íbamos entrando en la época de empezar mis latines. Pero como éstas eran ya palabras mayores, bien merecen que les consagremos capítulo separado.

1835-1840

Mis latines.—Un ciego con mucha vista.—El pro y el contra del latín.—Cómo aprendíamos la Retórica y Poética.—El fénix de los fámulos.—Distribución del día á los diez años.—Orgías espirituales.—Can Pabana.—Idilios —Santa Susana.—Nuestra Corniche.—La fiesta mayor de Molins de Rey. —*Les habitués de la maison.*—Víctima propiciatoria.

I

Cúpome en suerte cursar toda la segunda enseñanza por los antiguos planes, reducidos á tres años de Latín, dos de Retórica, uno de Psicología y Lógica, otro de Física experimental y Matemáticas y el último de Filosofía moral y Literatura. Digo reducidos, por el número de asignaturas, no por el de años: ocho cabales que apuré hasta el último minuto.

En Febrero de 1835 empecé el Latín, que, con la Retórica, estudié en el Colegio de D. Francisco de P. Mas y Artigas, acreditado humanista, conocido en Barcelona por *el Ciego.*

No cabe prodigio de constancia igual al de aquel hombre; pues, con estar privado de la vista desde la niñez, había conseguido, á fuerza de paciencia y de auxiliares, ser tan versado en la lengua de Cicerón, que, como á su oráculo, le consultaban los más afamados latinistas. Manejaba los clásicos con incomparable destreza, conocía al dedillo los últimos perfiles de la lengua; y, en materia de composición y de im-

provisación latinas, no había seguramente en España otro que le aventajara. Era en lo físico la estampa de la desdicha: gorrito negro de punto, calado hasta las cejas; ojos verdosos sin pupilas; cara trabajosa y, más que salpicada, magullada de un ataque de viruelas; grueso el labio inferior y un tanto caído; enorme chaquetón de paño pardo forrado de bayeta encarnada; calzones oscuros, y para casa, unas holgadísimas zapatillas bordadas, delicado presente de sus sobrinas, todos los años, al caer el Santo. Pero le daban mucho atractivo su habla melosa, los extremos de su afabilidad y cierto *tic* en la conversación, que consistía en aplicarse con la mano derecha golpecitos y frotaditas en la palma de la izquierda, que tenía levantada á la altura de la barba. Desde las ocho de la mañana hasta la hora de comer, y luego desde las dos hasta las cinco de la tarde, en invierno, ó hasta las seis, en verano, no se meneaba de su vetusto sillón de baqueta, al cual añadía, para alivio de las asentaderas, un almohadón de pluma forrado de piel; y allí estuvo viviendo cerca de cuarenta años, haciendo declinar los mismos nombres y conjugar los mismos verbos, dictando las mismas oraciones, comentando ó explicando los mismos trozos selectos y calentando los mofletes de los chicos con las mismas sopapinas: que sabía administrarlas y muy recias, cuando le picaba la mosca con las travesuras de algún rapazuelo.

Más que enseñarnos *el Ciego* la Gramática latina, nos la embutía en la mollera á puro repetir y repetir y hacer gimnasia del cerebro. No sé lo que dirán, á propósito de esto, los gramáticos y filólogos de hoy con sus características, morfologías, fonéticas y otras novedades lingüísticas de indisputable mérito. Mas es lo cierto que con aquel método rancio, rudo y machacón, salíamos unos caballeritos más fuertes en latinidad que los mejores de ahora. Tan sólo diré, por lo que á mí interesa, que ninguna de las enseñanzas de la primera edad me dejó tanta huella como el Latín; y eso que nunca pasé del segundo puesto en sintaxis y Retórica; porque en el principal no hubo medio, en cinco cursos, de echarle el pie delante á un malogrado amigo, muerto en la flor de sus años, al principiar una brillante carrera.

Cómo se las gobernaba mi excelente dómine, falto de un sentido tan esencial, para mover aquel teclado del Colegio, era cosa que la estaba viendo todos los días, y todavía no acierto á comprenderla. El lo dirigía todo, á todo atendía y en todo estaba: él premiaba, él castigaba, él infundía respeto, él conseguía que, en una clase tan numerosa, no se oyera ni el vuelo de una mosca; sin otro aliciente que cuatro estampicas, ni más freno que la mutua vigilancia de los mismos muchachos. Tocante á compostura, había un rigor extremado. No se toleraban cuchicheos, ni bruscos ademanes, ni posturas inconvenientes, tampoco cruzar una pierna sobre otra, ni confusión ni atropello á la salida. Llegada la hora, todos íbamos desfilando por orden de lista, diciendo *adsum* cuando nos tocaba el turno; y el Maestro, frotándose las manos y dando sus palmaditas de rúbrica, á cada nombre que sonaba contestaba invariablemente: *adios, querido.*

En aquellos tiempos la enseñanza del Latín no se ponía tan en tela de juicio como ahora. No aprender latín, no saber latín, ¿había mayor vergüenza? Una segunda enseñanza sin la base del Latín, ¿era esto siquiera concebible? Después entró la rebeldía: vinieron los innovadores. ¡Latín! ¿Por qué latín? Primero se le hizo una guerra sorda: se atacó el método, no el fondo de la cosa. Venga el Latín, dijeron en Francia Miguel Bréal y Julio Simón; pero reducidlo á la lectura y estudio de los clásicos: nada de componer en latín, nada de hacer versos latinos, nada de discursear en latín parodiando las Catilinarias ó la oración *pro lege Manilia.* Ya preparado el terreno, entraron los radicales, los intransigentes, los *ultras*: ¡abajo el Latín, gritaron Mr. Frary y consortes, abajo el Latín en toda la línea! Necesitamos enseñanza viva, no enseñanzas muertas. Vivimos de la Geografía que nos lleva á Oriente, á América, al interior del África: de la Sociología que nos enseña el arte de fabricar códigos, Gobiernos, Estados y colonias: de la Química, la Mecánica y la Economía política, que nos pueblan de talleres y nos echan á reñir con los obreros. Es la evolución del siglo: ¿qué tienen que ver con ella la Eneida de Virgilio, las comedias de Plauto, la moral de Séneca, ó la Instituta de Gayo?

Macaulay y Herbert Spencer intervienen en el debate: menos apasionados, más razonadores. Sustituid, dicen, por los clásicos nacionales, los clásicos latinos: son tan puros y tan castizos como los de Roma, llevándoles, para la cultura general, la ventaja de una mayor experiencia y del gran caudal de riqueza arrastrado por los siglos.

A Monseñor Dupanloup y á otros amantes de lo antiguo, no satisfacen estas razones. Quieren el Latín: latín sin condiciones. ¿Quién ha dicho á Vds., preguntan, que el Latín es una lengua muerta? Se habla todavía en Hungría y en la Bosnía: lo usa el Vaticano con todas sus infinitas dependencias; hay sabios ingleses y alemanes que en latín publican sus programas y en latín sus enormes infolio. Cogidos os tenemos, añaden los latinistas. ¿No buscáis una lengua universal, antes la tentativa de Sotos Ochando, ahora el Volapük? Pues ahí la tenéis esa lengua, sin andaros en combinaciones estrambóticas: el Latín, nuestro latín de marras. Si formulaseis y pusieseis en latín el lenguaje científico, no tendríais necesidad de hacer políglotas al médico ni al ingeniero para entenderse mutuamente.

Concluyen citando, en son de triunfo, el ejemplo de las naciones cultas. Que los alemanes no han parado hasta introducir el Latín en las *realschulen* ó Escuelas generales de aplicación: que cada día lo extienden más en los gimnasios: que los ingleses lo han adoptado como base en Harrow, en Rugby, en Eton: que los anglo-americanos, los de la patria del porvenir, lo tienen en gran estima en sus Colegios y Universidades, y con el Latín llegan á marear á los chicos en la clásica institución de Harvard.

No prosigo. Dejemos, si os parece, en tal estado esta larga polémica, y volvamos á mi inolvidable maestro D. Francisco *el Ciego* que, tan singular como era en la enseñanza de la Gramática, tanto pecaba de estrecho y anticuado en Retórica y Poética. Este era paño harto delicado para tijeras manejadas por toscas manos. De aquello en que consistía la Retórica de entonces, todos nos acordamos: conjunto de reglas artificiosas, absurdas para los ingenios, embarazosas para el hombre de talento, y útiles á lo sumo para los pedantes. Co-

menzaban con algunas consideraciones, generalmente insulsas, sobre el lenguaje y el estilo: á renglón seguido se hacía gran hincapié en los tropos y figuras, y ceñíase la oratoria á encasillar el discurso en las cinco partes descritas por Quintiliano. La Poética, desnuda de todo concepto superior del arte, simbólico ó realista, ó bien se encerraba en las angosturas de la métrica, ó se iba arrastrando perezosamente entre aquellas clasificaciones convencionales que pretendían llevar al poeta, de la mano y como á compás, desde el sencillo género bucólico hasta la inspiración de la epopeya.

Nuestros textos de Retórica sólo rezaban con el Latín, como si no viviéramos en España ó careciésemos de lengua patria ó se hubiese extinguido la española. Lo único que nos era dable paladear en el género nacional, era la colección de un jesuita, el P. Losada, que yo había puesto de azul y verde pintando de estos colores el lomo y las cubiertas de la obra. Era el tal librejo una insípida ensalada de retazos de no sé qué tragedias, amén de un largo extracto del *Café* de Moratín; con lo cual y con recitar de memoria algunas octavas de Ercilla, tal cual égloga de Garcilaso, las fábulas de Samaniego y tres ó cuatro de Iriarte, salíamos los *jóvenes amables* airosamente del paso. De primores y atavíos de lenguaje no se decía una palabra, como tampoco nadie cuidaba de acostumbrarnos al fraseo de nuestros buenos hablistas; de Granada, por ejemplo, ya que los autores profanos no privasen. Poetas, sólo de nombre conocíamos á los más ilustres. Ni una cita de Lope ó de Calderón, de León ó de Herrera, de Rioja ó de Valdés, de Gallego ó Martínez de la Rosa. Y nada digo de los románticos, como Espronceda y el duque de Rivas; porque aquella sola calidad hacía á estos preclaros ingenios *per se* vitandos en el Colegio.

Había, pues, que pedir amparo á los clásicos latinos, y no servidos al natural, sino aderezados á gusto de jesuitas y escolapios. Aun no había salido á luz, para asombro de los nacidos, el famoso *Ver rongeur* del P. Gaume, pretendiendo (y ya lo ha logrado en algún Instituto que yo me sé) desterrar de las aulas la pura latinidad de los autores profanos, so pretexto de que inficionan á la juventud con las

torpezas del paganismo, y tratando de alimentarla con el latín pedestre de la Vulgata ó con el otro erizado de barbarismos de la Patrología. En el colegio nos limitaban la ración á Marco Tulio, encanto de mi Maestro, por lo sonoro y cadencioso, á los *Tristes*, de Ovidio, églogas y *Eneida* de Virgilio, excepto el cuarto libro, y todo el Horacio, cuyas *Odas* se nos entregaban truncadas ó alteradas por mano de piadosos expurgadores. Un solo ejemplo. En la oda sáfica *Integer vitæ*, aquellos fluidísimos versos del final que dedica el poeta á su amada Lálage:

Dulce ridentem Lálagen amabo
Dulce loquentem

estaban sustituídos, en mi colección, por estos otros de la más genuina sacristía:

Sola me virtus fecit usque tutum
Sola beatum.

Peregrina pretensión la de los *gaumistas*. ¡Ah! ¡Si quisiéramos tomar el desquite! Ellos tachan de *paganistas* á los que sostienen la integridad de los verdaderos clásicos. ¿Qué dirían si, echando mano á la liturgia, nos diera la gana de hacer comparaciones, señalando analogías entre ritos, ceremonias, prácticas y formas generales de unos y otros cultos? Si, por ejemplo, se le antojase á un arqueólogo ó á un erudito extraer con delicado pulso en cada cosa su respectivo elemento pagano: lo pagano de los ornamentos; lo pagano de los vasos sagrados; lo pagano del incienso; lo pagano del agua lustral; lo pagano de la *iconolatría*, y hasta lo pagano del uso á todo pasto de la misma lengua de la paganísima Roma. Y entonces sí que habría que alquilar balcones para presenciar este curiosísimo espectáculo: unos pobres diablos purgando el delito de *simple* paganismo por sentencia de un tribunal convicto y confeso de *archipaganismo.*

De vez en cuando nos permitían hacer pinitos de composición; pero ¡qué composición, Dios bendito! En lugar de ensayos graduales, desde el estilo epistolar hasta el oratorio,

todo el afán del Maestro consistía en hacernos inventar alegorías, forjar prosopopeyas, salpicar de metáforas un texto ó ribetearlo con un *similiter cadens* ó un *similiter desinens*. Nuestro número uno y yo sobresalíamos en el arte de medir versos latinos. Yámbicos, hexámetros, pentámetros, de todos géneros los ajustábamos á medida, verificando la operación antes de entrar en clase ó formando corrillo con otros rapaces; y, sobre si era coreo ó yambo ó espondeo, se armaba diariamente la tremenda. Ambos, de tarde en tarde, nos arriesgábamos á sacar del magín versos originales. Hacíalos excelentes mi compañero, y más de un dístico suyo podía figurar dignamente al lado de los mejores de Ovidio ó de Tibulo. Los míos eran medianillos; y para muestra, me arriesgo á reproducir los que dediqué al propio amigo con ocasión de un certamen público:

«Dum cupidè eximia insequeris vestigia, care,
Dum tenerum pectus nobilis ardor alit;
Magnam dum fervens tollit fiducia mentem;
Candidâ prœcinctus tempora fronde, nites.
Nec nihil officiet quin artis intima lustres
Si modò sit tantus sollicitusque labor.
¡Quam vario studio propendes abdita rerum!
¡Quantaque vulgatis fama superstes erit!
Nam decet in placidâ mentem coluisse juventâ:
Clarum œtas studio tradita, nomen habet.
Fallax robur erit: nummorum gloria fallax:
Dat sola perpetuum ars generosa decus.
Tu modò (tempus adest, dabit et fortuna vigorem)
Celsa tene, própera, ne referasque pedem.
Tunc te lenimen dicet pia turba parentum:
Tunc cupiet fœdus et sibi quisque tuum.»

En composición castellana, la inspiración estaba de sobra con temas como la biografía de San Pablo el ermitaño, la descripción del Paraíso terrenal ó el cuadro de las Bienaventuranzas. Y para el verso, de tal manera nos atiborraban de mitología, que, mejor que por su casa, podía uno pasearse por el Olimpo, sacándole los trapillos á Júpiter, coqueteando con Venus, platicando con Mercurio y pegándosela al mismísimo Momo, doctor en travesuras.

II

Para llevar los chicos al Colegio y repasar las lecciones, había la costumbre de tener en las casas un sujeto, entre fámulo y dómine, que ayudaba al servicio mientras iba siguiendo su carrera. Tres conocí yo; pero con quien tuve más seguido trato, fué con el tercero, de nombre *Mossén José*, ente bastante original y un tanto estrafalario, que reclama su parrafillo. Entró en mi casa, con la sotana de seminarista, no siendo más que estudiante de Teología; y aunque buen repetidor, porque sabía el latín de veras, tenía el pobre muy poquito seso, y en todo lo que no fuese latín era de una ignorancia supina. Como decían antiguamente en las escuelas: *purus theologus, purus asinus*. No hacía cosa á derechas: era tan distraído, que nunca se acordaba de un recado, ni de lo que acababa de leer, ni de lo que había comido minutos antes, y tan destrozón de manteos como del idioma, que acuchillaba sin piedad con su atropellada lengua. Pronunciaba *mentecato* por mantecado, decía *osté* por usted, y aderezaba el castellano á la catalana con singular desenfado, como cuando decía, hablando de lo que le costaba el pupilaje á un amigo suyo: *solamente de la dispesa se hace diez reales*. Blasonaba de acento andaluz, con sólo suprimir las eses, imaginando pasar por saladísimo jerezano si acertaba á soltar en la conversación un *etá oté ó etamo freco*. En fin, tales cosas decía y refería, que hacían desternillar de risa á los que se preciaban de más serios. Reprendíale mi Padre, pero en vano; mas como, al fin y al cabo, mi cleriguillo era dócil, de buenas costumbres y apto para el oficio que desempeñaba en casa, todo fácilmente se le perdonaba.

A los diez años, mi método de vida difería poco del de un colegial interno. Invierno y verano levantábame á las seis de la mañana, no porque á ello me obligaran, sino por mi pro-

pio impulso. Repasaba mis libros, asistía á clase, comía á las dos, por la tarde otra vez á la tarea, estudio por la noche, cena y cama. Paseo jueves, domingos y fiestas de guardar; teatros, ni mentarlos. Esto último me cosquilleaba mucho la imaginación y me daba grandes pesadumbres, porque cabalmente por entonces se acababan de abrir dos nuevos teatros en Barcelona: el de Capuchinos, que daba el primer repertorio de Verdi, y el de Montesión, dirigido por Valero, que explotaba el género melenudo de papá Dumas, con *Catalina Howard, La Torre de Nesle, Ricardo Dárlington* y otros engendros de los cuales se contaban maravillas. Yo abría tanto ojo al oírlas, contentándome con los olores, como hubiera hecho con el garbanzo huérfano tras del cual se echaban á nado los macilentos dedos del licenciado Cabra; y, lo confieso sin rubor, más atento me tenían aquellos lejanos rumores de la escena, que los rezos y devociones de que era tan pródigo el régimen severo de mi casa. Todas las mañanas misa oída ó ayudada en la capilla de San Severo: por las tardes, rosario y oración mental con las reflexiones del P. Nepueu: salpiconcillo de Cuarenta Horas entre semana: los días de fiesta, misa mayor con sermón, en la Catedral, y los primeros de mes solemne comunión general en la iglesia de Santa Marta, para los *Humildes Esclavos de Jesús Sacramentado,* á cuya noble Congregación, fundada por el Caballero de Grattis, me habían hecho el obsequio de agregarme. En fiestas señaladas, como de Jueves ó Viernes Santo, aquello ya no era devoción, eran orgías espirituales; pues de punta á punta del día no quedaba claro disponible entre confesar y comulgar al rayar el alba, y luego el sermón del *Mandato,* y asistir á los Oficios y visitar los Sagrarios, y dos horas de *vela* al Santísimo, amén de los rezos de ordenanza. Ni faltaban el correspondiente trisagio cuando amagaba tormenta, ni el Mes de María, ni en Julio la novena del Carmen, cuya imagen traída de Roma y bendecida por el Papa campeaba en el oratorio de la familia; ni otra novena á San José, dechado toda ella de buena dicción y de *frescura* literaria, como lo prueban los siguientes versos puestos á guisa de portada:

De este novenario asunto
Será: José desposado,
De dolores traspasado,
De gozos lleno, y difunto.

Ó esta estrofa de los gozos:

No tengáis, José, espanto,
El Paraninfo decía,
Que el preñado de María
Es del Espíritu Santo.
Vuestro consuelo fué tanto
Cual pedía caso tal.

III

Este místico programa, comunísimo entonces y casi olvidado hoy en las poblaciones grandes, tenía su compensación los veranos cuando salíamos al campo para fortalecer el cuerpo y dar ensanche al espíritu. De ordinario sentábamos nuestros reales en Sarriá, en la *torre* ó quinta denominada *Can Pabana*. Can Pabana, menos el gusto moderno, podría pasar hoy por una excelente *Villa* con todas las comodidades y atractivos de la vida campestre. Tres magníficas terrazas, hermoso salón, vastos dormitorios, soberbio comedor y gran cocina digna de un convento: con más una dilatadísima huerta y ancho estanque poblado de pececillos que criábamos á la mano con el agasajo de unas miguitas de pan, todas las tardes después de la siesta. Situación encantadora, temperatura primaveral, espléndido paisaje. A espaldas de la casa, y como cerrando el horizonte, una cadena de montañas, formando media luna desde San Pedro Mártir al Tibidabo: por los contornos sembradas otras blancas *torres* y alquerías como bandadas de palomas picoteando entre la yerba: dando frente á la heredad, el llano de Barcelona, en una extensión de más de diez kilometros; y allá en los últimos linderos el

mar que, vigilado por Monjuich, se destacaba de un azul vivísimo los días muy serenos, permitiéndonos ver, con ayuda del catalejo, la entrada y salida de las embarcaciones en el puerto.

Como buenos andarines, mi Padre y yo no nos contentábamos con las *dulces brisas* de Can Pabana. Nos dábamos sendos madrugones y echábamos á andar por aquellos vericuetos, aprovechando el fresquito de la mañana. Dos, tres, cuatro horas duraba el paseo, sin perjuicio de otro repeloncillo por las cercanías á la caída de la tarde. A veces lo tomábamos más por lo serio, y se improvisaba lo que allí llamábamos *truitadas*, aquí llaman *giras*, y *pique-niques* en moderna jerigonza. Nos levantábamos con el alba: se alquilaban borriquillos: montaban las señoras en unos, otro cargaba con la vitualla; y, como al descuido, se hacía deslizar hasta el fondo de la alforja una cantarica del tinto del Papiol y otra del rancio de Alella. Con cuyo tentador avío emprendíamos la marcha camino de Vallvidrera por la ladera de San Pedro Mártir, hasta dar con nuestros cuerpos al otro lado de la sierra en un frondoso sotillo llamado la *Bodallera*. Allí tendíamos el mantel en el suelo, hacíamos la rueda y tragábamos á conciencia, sirviéndonos y escanciándonos la *Agneta*, doncella predilecta de mi Madre, que, por haberme visto nacer y servido de ama seca, mandaba y despotricaba en mí de tal manera que, más que criada de servicio, parecía la señora de mi casa y hacienda.

A muchas giras campestres he asistido de entonces acá, algunas de pretensiones con todo el aparato de la elegante francachela: breaks, paniers, champagne, lindos palmitos y *la mar de pshutt*. Pues lo digo con toda sinceridad: jamás ninguna de ellas me dió tanto regocijo como aquellas prosaicas merendonas de mis benditísimos tiempos. ¡Qué mucho si entonces poseía un elemento que no se recobra, la juventud primera! Artista rico en colores es la juventud, y pródigo siempre de uno favorito: el color de cielo. Saciaos de él mientras estáis á tiempo: embriagaos, extasiaos en aquel purísimo azul: que de sobra vendrán tintas oscuras, aun en medio de la existencia más feliz y bien hallada. ¡Tendréis pasado! ¿Habrá quedado en el fondo del vaso alguna gota amarga?...

Un verano (si no me es infiel la memoria, debió ser el de 1841) antojósenos ensanchar el horizonte de la villeggiatura, y fuimos á Santa Susana, pintoresca aldehuela distante como legua y media del pueblo de Pineda, en la costa de Levante, á unos 50 kilómetros de Barcelona. Brindónos la suerte con un extenso cortijo, ó *masía* en lengua del país, y un antiguo castillo señorial donde recibimos alojamiento; y contigua á él una gran casa de labor, tesoro para mí de encantos y accidentes de la vida rústica. Allí me pasaba entretenidamente las horas curioseándolo todo: pormenores de la labranza, aperos, lagares, vivir de los mozos, corral, pocilga, colmenar, cría de conejos, herraje de las mulas, la cabrita, las ovejuelas, el envase de la leche y, en la panadería de la granja, dos robustas aldeanas amasando la harina y sacando el *pan de payés* crugiente y humeante en las anchas palas. Yo retozaba por las eras, yo me subía á los pajares, yo registraba el granero, yo me arreglaba largos bigotes con el flequillo de las mazorcas del maíz; y, en los establos, tales familiaridades me permitía con el ganado, que estuve un día á punto de ser ensartado por los cuernos de una vaca, celosa de verme enredar con el ternerillo. Era mi mayor afán irme del lado de las montañas de Orsaviñá, para pasarme el día entero, entre aquellas asperezas, con mozos y leñadores. En lo más fragoso de la selva veía cortar la leña ó segar el heno: regalábame con los perfumes del romero y del tomillo: echábamos un trago de lo añejo con sus rebanaditas de pan moreno, y caminábamos la vuelta de la granja atravesados en mulos ó montados en la carreta sobre mullidos lechos de fresca yerba. Un idilio, un perfectísimo idilio, de Teócrito, de Gessner ó de mi buen amigo Núñez de Arce.

Solamente dos hombres había en la aldea con cara de personaje: el capellán de la ermita y el doctor: rústicos ambos, y más el segundo que, habiendo casualmente asistido una vez en Pineda á dos cantantes italianos, de paso para Barcelona, decía que hablaban *en gringo*, y que aquello no era lengua de cristianos.

A menudo, desde Santa Susana, hacíamos alguna escapatoria por los pueblos de la costa: Arenys de Mar, Canet, San

Pol, Calella, Pineda, Malgrat y Blanes, deliciosos sitios, con extensa playa bañada por el Mediterráneo; en mi sentir, mejores si fueran más atendidos, que los famosos de la *Corniche*, hoy tan frecuentados por la gente granada. Tiene San Pol unas calitas, unos recodos, unos grupos de rocas, unas lenguas de tierra y unos tonos de agua tan limpios, suaves y trasparentes, que mejor no lo idearía el talento de Monleón ó de otro cualquiera de nuestros más afamados pintores de marinas. Ibamos á Canet con ocasión de visitar un antiguo santuario, atestado de reliquias, medallas, rosarios, muletas, retablos, ex-votos de cera y otras devotas preseas, dejadas por testimonio de la insigne piedad de los marineros que, con sus cuantiosas larguezas, sostenían aquella obra; mientras que por fuera, junto á la capilla y en mesas dispuestas al efecto, se despachaban ricas lonjas de jamón y algunas botellas del mosto más exquisito. Veinte años después, volví á Canet en compañía de mis dos excelentes amigos Mariano Vergara y el pobre Paco Canalejas. Lo hallé todo trasformado: el primitivo santuario había desaparecido, y con él, la poesía de aquellos lugares. A un ricachón del pueblo se le había ocurrido hacer construir una capilla nueva de estilo ojival y de labor prolija, como esos templetes de repostería, que prueban la decadencia de nuestra arquitectura religiosa.

Cerrábamos los veranos con la fiesta mayor de Molins de Rey, que por caer á fines de Setiembre, día de San Miguel, coincidía con el santo de mi Padre. Tres días duraba el jolgorio; los más suspirados en todo el año. Dábanos espléndida hospitalidad una de las principales familias del pueblo por su riqueza y condición; porque el padre, además de la mucha hacienda que tenía, comerciaba al por mayor en vinos, siendo el proveedor de nuestra casa. Era el tal sujeto un vejete muy ladino, malicioso, charlatán y tan chapado á la antigua que no hubo medio de hacerle abandonar el traje de payés rancio; ¡y no iba él poco satisfecho con su barretina morada, faja del propio color, chaleco rayado, chaqueta y calzón corto de pana aceitunada, grandes alpargatas y medias de lana azul, cubiertas en invierno con polainas de cuero avellana! El hijo, un carácter angelical, vestía á la moderna: así

como la nuera, arrogante moza de diez y ocho á veinte abriles, que á muchos tendría sorbido el seso antes de cumplir los catorce. Porque era imposible que la Providencia no se tomase algún descanso apenas hubo dado cima á obra tan consumada: que lo era de la cabeza á los pies la tal Antonieta, desde la abundante y negra cabellera, aquellos ojos rasgados y aquel airoso talle, hasta la delicada tez, la blanquísima mano y aquel aire de princesa, y desde el dulce mirar, hechizo de los hombres, hasta el exquisito garbo con que se ponía algunas prendas de payesa, el pañuelo blanco de seda en la cabeza y la cestita al brazo, que varias veces al año ofrecía llena de flores á mi Madre.

Aquellas buenas gentes se despepitaban por nosotros y sacaban el fondo del arca. Cubríanse de esterilla fina los aposentos que nos destinaban: se colgaba de blanco camas y balcones, saliendo á relucir, para colchas y sillería, el rojo damasco de los abuelos. Nos llevaban tempranito á la viña, donde nosotros mismos cogíamos las uvas empapadas en el rocío de la mañana; y dejo suponer lo que serían las comidas, verdaderas bodas de Camacho, que se prolongaban hasta horas avanzadas de tarde y noche.

Molins de Rey me atraía doblemente por lo ruidoso de la fiesta y por las simpáticas tolerancias con que me veía honrado. Como allí el baile no era artículo prohibido, aprovechaba la *Real licencia* para correr á los *envelats* ó salones entoldados que se instalaban en dos plazas del pueblo. Allí, con la pollería, me entregaba al bullicio de la danza, luciendo las lecciones coreográficas que había recibido en Barcelona del maestro Biosca ó de cierto baroncito amigo mío, un bendito á quien se le había descolgado el entendimiento, cayéndosele á los pies, donde tenía puestas todas sus habilidades.

IV

Entre las muchísimas personas que frecuentaban nuestro trato, me limitaré á citar dos eclesiásticos, el Padre Gil, rector del Seminario conciliar, y el canónigo Bertrán; el General Saquetti, subinspector de Artillería, gran jugador de tresillo; dos ricos hacendados muy dados á viajar, uno de los cuales me enseñó el francés y el otro el italiano; un señor viejísimo, el Conde de Solterra, y el Dr. Vieta, que ejercía las funciones de médico de la casa. Vieta y mi Padre habían sido toda la vida compañeros inseparables. Distinguíase el doctor por una gran severidad. Su habla sentenciosa, su pelo blanco como la nieve, su patillita recta y el eterno jugar con las borlas del bastón, le daban aire de hombre de Estado engolfado en una negociación diplomática. Yo le comparaba con el Marqués de Viluma cuando después conocí á este personaje. Desempeñaba con gran aplauso las cátedras de Física en la Universidad y en la Lonja, y era tan escogido su auditorio, que no se desdeñaban de formar parte de él personas de alta categoría, como D. Manuel de la Concha, que asistió cursos enteros á su clase. Habiendo estado al frente del Cuerpo de Sanidad Militar durante la guerra civil, fué uno de los hombres de más confianza de todos los Generales en jefe del ejército liberal: Espartero, Oráa, Seoane, el Conde de Peracamps y el Barón de Meer, honraron más de una vez los salones de la casa que poseía Vieta en la calle del Pino.

Algo relacionado con Vieta estaba un muchacho, que era también del círculo de nuestros íntimos y en quien se hacían notar los más extraños contrastes de carácter. Por un lado, hombre formal y reposado: buen estudiante primero, buen abogado después, académico de la de Buenas Letras de Barcelona, diputado á Cortes y escritor distinguido sobre cues-

tiones sociales. Mas por otro lado, tan maniático en punto á vestir y tan extremado que daba quince y raya á los más apuestos liones y dandíes, que así se llamaban entonces los que hoy corren con nombre de gomosos. No se ponía un calzado, ni se ajustaba una corbata, ni se encapillaba un frac sin que precediese á estas operaciones una larga serie de análisis y estudios comparativos. Sabía el momento crítico de renunciar á la bata: si era de rigor la levita abierta ó la abrochada; cuándo el buen tono exigía en la bota la punta estrecha ó la *lengua de vaca*; la *nuance* del guante ó del pantalón, según la clase de visitas. «Esto está perdido,» me decía una vez, viendo en escaparates elegantes varias corbatas anticuadas. Cuando, antes de casarse, vino una semana entera á visitarnos, aquello fué una colección de estampas del *Parfait tailleur*, revista favorita de los sastres. Nunca se me ha despintado el traje que llevaba puesto el día en que, por hallarse ausente su familia, vino á rogar á mi Padre que pidiese, en nombre de ella, la mano de la chica. Larga, lustrosa y bien peinada melena: corbata cruzada de raso negro con doble alfiler de perlas sujetas con cadenilla de oro: pechera abullonada: chaleco cachemir canario, con escote, y bordado de seda del mismo color en las solapas: frac de faldón largo y redondo: pantalón de medio botín, matiz hoja seca, y tan ajustado, que al sentarse estuvo á punto de abrírsele por las rodillas, como que, para evitarlo, tenía que ponerse de costado; la bota de charol con caña encarnada: guante paja: en una mano el sombrero de ala ancha y en la otra un alto bastón de caña de Indias con grueso puño de plata labrada. Sospeché el secreto de la cosa y fuíme corriendo á los escaparates. Con efecto: era, en carne y hueso, el *último* figurín llegado de París la *última* semana del *último* mes del año de gracia de 1840.

Al Obispo Martínez de San Martín, Prelado á la sazón de la diócesis, le veíamos poco en nuestra casa, porque su avanzada edad, de setenta años, no le permitía salir más que á tomar el sol algunas tardes y siempre en carruaje. Pero nosotros le visitábamos á menudo en su palacio. Hombre más bendito no ha pisado la tierra; y con los años y con

los achaques iba volviendo á la infancia á todo escape. Holgábase de mostrarme sus anillos y pectorales, sus placas y sus bandas, todo muy guardadito en bonitos estuches de piel de Rusia. Cuando se cansaba de echar bendiciones, dedicaba sus manos apostólicas á dar nueces y avellanas á un mono que tenía en mucha estima. Cascábalas el mono con unas peladillas; y luego, el muy bellaco, largándose de un salto á la ventana, empezaba, por toda gracia, á disparar piedras sobre la cabeza de S. E. I., sin miedo de incurrir en las censuras eclesiásticas.

De parientes nombraré una respetable prima, viuda de un brigadier de Ingenieros que la había dejado mucho caudal. Era de las personas amables de profesión: toda cuidaditos y con la costumbre de prodigar el diminutivo. De vida ocupadísima en cosas tocantes á la religión; y, entre ella y sus hijas, el más selecto repertorio de novenas, triduos, rosarios cantados, sermones, trisagios, funciones, honras fúnebres y oficios solemnes. No había locutorio que no frecuentara, ni monjita que no conociera, ni predicador ó confesor de viso que no recibiera agasajo en su casa, ni imagen de la Virgen que no vistiera, ni rincón de camarín que no se supiera de memoria. Asidua suscritora á *La Esperanza*, el periódico de D. Pedro de la Hoz, cuyos artículos leía con avidez, apostillándolos de su puño y letra. Y con efecto, *esperó* sentada toda su vida el santo advenimiento del Pretendiente, en lo cual la ayudaba su mayordomo, el fiel Ceferino, madrileño ingerto en catalán y antiguo ayuda de cámara del marido. Entretanto se contentaban con los desahogos de la *Posdata* que sacudía de firme á los progresistas y por despecho hacía coro, en más de una ocasión, con los *carcundas* de aquella época.

Con otros primitos me intimaba yo, más proporcionados á mi edad y á mis gustos. Hermano y hermana: aquél, muerto hace pocos años, dejando numerosa prole: ésta, en la actualidad viuda del brigadier Apellaniz, de quien hablaremos largamente á su tiempo. Iban á comer y á pasar la tarde conmigo muchos domingos, siendo teatro de nuestras hazañas una gran terraza donde mi Padre tenía instaladas

largas hileras de macetas y una inmensa pajarera con cría de canarios. ¡Si entonces se hubieran conocido los bengalís y otras monísimas procedencias de la India y de la Australia! Pero nuestros ideales eran bien distintos, y, una vez al año, todas las ilusiones se cifraban en cierta solemnidad que duraba tres días consecutivos: tres días, durante los cuales no se trabajaba, ni se estudiaba, ni se iba á clase, ni á paseo. Esta solemnidad, de rigor en toda familia acomodada; esta solemnidad extraña y acaso ridícula para los que no conozcan las antiguas costumbres de Barcelona, esta solemnidad era... ¿á qué más rodeos? *la matanza del cerdo*.

Por lo común, se compraba la *víctima* á últimos de Octubre ó principios de Noviembre, en una gran feria dispuesta al efecto cerca del glasis de la Ciudadela. Para una familia regular, un marrano bien cebado costaba de 70 á 80 duros. Atábanle una pata, entregaban la cuerda al *camálich*, y arre con el bicho al lugar del sacrificio, donde le tenían en capilla hasta la madrugada del día siguiente. Si había patio en la casa, en el patio se le despachaba; y si no, en la calle ó en cualquiera otra parte, con ó sin permiso de la higiene pública. Degollado el animal, chamuscado, pelado, abierto, limpio del mondongo, descuartizado y descarnadas las *pencas*, se le iba trasladando á trozos á la casa, preparada de antemano con un aparato escénico que merece describirse. En un vasto local, junto á la despensa, colocábase una especie de camastro en plano inclinado con varios cacharros en el suelo para recoger la humedad y allí las pencas se extendían, allí se salaban, allí se rezumaban, hasta que llegase el momento oportuno de colgarlas. En tanto, el comedor había sufrido una transformación completa: la mesa de diario desaparecía, poniendo en su lugar otras de pino, con finísimo mantel, y en derredor sentados grandes y chicos, la señora ó señoras de la casa, las vecinas y las íntimas, con blanco delantal; los hombres, sepultados en anchas hopalandas, y todos, cuchillo en mano, esperando la solemne entrada de las carnes que, trocadas en picadillo, habían de entregar aquellos delicados artífices. Cual picaba grueso, cual menudo; cual descarnaba huesos ó con prodigioso ingenio y saga-

cidad extraía la piltrafa; cual, tirando á enredar, esgrimía la cuchilla, amenazando con ella á las simpáticas operarias. Terminada la faena, se salpimentaba la masa, según las reglas del arte culinario: un más ó un menos de pimienta, podía dar lugar á escenas desastrosas. Luego se sacaba una muestra, se freía y procedíamos al *tast* ó cata, para averiguar si la cosa estaba ó no en su punto. Por supuesto, este trámite del procedimiento era el más popular y codiciado entre los muchachos, sobre todo si el *tast* venía ya preparado en forma de *butifarró* ó pequeña salchicha. Y allá en la cocina, la *mondonguera*, sentada en silla baja, embudo en mano y á los pies una cubeta con las tripas del cerdo esmeradamente lavadas, cogía á destajo, de unos grandes barreños, la carne picada, y empuja que te empuja con el pulgar derecho, veíais culebrear por entre sus ágiles dedos la sabrosa butifarra blanca, ó la de sangre, ó la longaniza, ó el redondo *bisbe* ó mortadela. Junto á la lumbre un gran perol para los chicharrones y dar el punto á los embutidos.

Destinábase el último día á preparar los jamones y al ramillete final, ó sea la comida con la clásica *cassola*, especie de paella catalana, hecha con ingredientes de circunstancia y cubierta de una sólida capa de leche, huevo y azúcar cuidadosamente tostada. Y los convidados se despedían con el presente ó agasajo: lomo, unas salchichas, un trozo de cabeza, por de contado á título de reciprocidad, según le fuese tocando á cada quisque el turno de la sanguinaria fiesta.

1840 — 1843

SECCIÓN PRIMERA

En el Instituto.—Memorias del abate Barruel, ó el tiro por la culata.—Los cartones de un estudiante.—*A geps.*—Un futuro *Mestre en gay saber.*—Precedentes de 1840.—El entierro de Mina.—Bullangas.—Dos Majestades. —El motín de las levitas.—¡Pobre Balmas!—Políticos de botica.

Dejemos este vuelo bajo de la bucólica, y, desde el estómago, trepemos á la cabeza, ó como si dijéramos, á los estudios de Instituto, que empecé en 1840. Famoso año, preñado de maravillas: pronunciamiento de Setiembre, Espartero triunfante, progresistas en candelero. Todo cerca de mi casa: en la del Marqués de Castellvell, Plaza de Santa Ana, donde estaba alojado el ilustre Duque. ¿Cómo resistir á la tentación de ver al héroe de Luchana? Le ví, por supuesto, le ví y muy á mi sabor y varias veces. La primera, cruzando la plaza con su brillante Estado Mayor: morenote él, con patillas, perilla y bigote negros como el azabache: uniforme de húsares de la Princesa y el célebre chascás tan traído y llevado en gacetillas y caricaturas.

Y aconteció, viniendo á mi propósito, que aquel pronunciamiento de Setiembre que, en razón á mis cortos años, me cogía perfectamente *impronunciable*, vino á ejercer una influencia decisiva en mi carrera y en mis direcciones científicas. Sin él, me veía condenado á estudiar Filosofía en el Seminario conciliar, donde me hubiera enranciado con los mé-

todos de aquellos santos varones. Una Lógica de puro silogismo, una Física trasnochada y sin aparatos, y por Ética ó Moral la ampliación del catecismo, todo en latín y aderezado á la escolástica; tal era el bagaje que se me preparaba para emprender la gran viajata por el mundo de las ideas. Pero los progresistas decretaron no dar validez académica á los estudios hechos en Seminario; y héteme ahí obligado á hocicar y á pasar al Instituto, donde si las enseñanzas no eran muchas, estaban siquiera ajustadas al espíritu moderno. ¡Arcanos de la Providencia! Todo por un chascás.

De 1840 á 1841 cursé Psicología y Lógica con D. Juan de Zafont, Abad mitrado de la Orden de Benedictinos antes de la expulsión de los frailes. Algo tocado de liberalismo, el *Abad de San Pablo*: por esto le habían confiado en la Universidad una cátedra tan importante. Alto, cercenado de carnes, el habla recia, teja de dos varas y largo balandrán, era, en su exterior, mezcla del D. Basilio y del Ingenioso Hidalgo. Diariamente nos soltaba, sin tomar aliento, una lección de hora y media sobre el texto del P. Guevara. A los discípulos predilectos nos llevaba algunas tardes á su antigua residencia abadial para enseñarnos Geografía, con ayuda de unos grandes mapas murales y una esfera armilar muy ingeniosa, de su invención. También en otra sala nos mostraba una reproducción exacta en miniatura del jardín del Laberinto, que poseía el Marqués de Alfarrás en el término de Horta. Todo era de verdad en aquella copia liliputiense: escaleritas de mármol, estatuas de bronce, jarrones de *biscuit*, alamedas, parterres, arrayanes; en fin, una monada que le habría costado un dineral.

Fué nuestro profesor de Física D. Agustín Yáñez, padre de mi amigo Teodoro, el actual y distinguido catedrático de Medicina legal en la Facultad de Madrid; y estudié Matemáticas y Astronomía con D. Lorenzo Presas, genio matemático tan extraordinario, que algunos le comparaban con Víctor Mangiamele. Asombraba ver cómo manejaba Presas el encerado, y cómo resolvía instantáneamente los más difíciles problemas. Tenía un sustituto muy patriotero, que solía presentarse á dar lección con uniforme de miliciano. Cuando faltaba

un alumno, bastaba decirle que estaba de guardia, para que le dispensara la asistencia, aunque se tratase de un chico de doce años. Tan entusiasta por la enseñanza, que á veces nos llamaba á su casa para darnos aparte conferencias sin retribución alguna. A lo mejor, durante la lección, saltaba un conejo, oíase el arrullo de una paloma ó salía á picotear una gallina. No había allí cosa con cosa: en las paredes, perrillos bordados de realce, jaulas de gorriones, tablillas con papagayos disecados y varias muestras de caligrafía. Entre éstas sobresalía un cuadro en que el Maestro, hábil pendolista, había vertido todos los tesoros de su ternura conyugal. Fué, en su tiempo, regalo de boda; y en medio de un laberinto de atrevidísimos trazos, destacábase una hermosa leyenda que decía así:

Ensayo poli-caligráfico
dedicado á su cara y amada prenda
Fulanita
por su amante y fiel esposo
Menganito.

En el último curso de Instituto, el Dr. Monlau nos explicaba, con grande acierto, la Literatura sobre su propio libro, una de las mejores obras didácticas que conozco. Nada de Estética: las generalidades de Blair y Hermosilla: tampoco muy prolijo en lo histórico, que suplíamos con una excelente colección de clásicos dispuesta por D. Pablo Piferrer. En cambio la parte preceptiva nada dejaba que desear en punto á precisión y en la elección de ejemplos. Y es que el doctor Monlau, más adelante catedrático de Madrid y tan conocido como higienista, gozaba ya, en aquellos tiempos, merecida fama de literato: fama dignamente coronada con su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, que le abrió las puertas de la Academia española.

II

Las lecciones que explicaba el catedrático de Filosofía moral, D. José Martí y Pradell, aunque rudas en la forma y algo deshilachadas, vinieron á producir una revolución completa en mi espíritu y en mis tendencias. Voy á decir cómo.

Había yo leído en las *Memorias para la historia del Jacobinismo*, escritas por el abate Barruel, una violenta diatriba contra los enciclopedistas, empezando por el Barón d'Holbach, á quien ponía el Autor como chupa de dómine. Y así como suele decirse que algo tiene el agua cuando la bendicen, así también comencé á sospechar que algo tendrían aquellas otras aguas cuando con tal saña las maldecía el bueno del abate. Compré las obras del Barón; fijéme en la *Moral universal*, por corresponder su título á una de mis asignaturas; y en pocos días devoré el libro con aquel ardor de que debe hallarse poseído el codicioso que araña la tierra, sintiendo palpitar, entre sus uñas, una abundante mina de oro. Leí, releí: primero en conjunto, luego por capítulos, después por párrafos, por páginas, por líneas; y á cada instante me deleitaba más aquella lectura, á cada instante veía ensancharse el horizonte, á cada instante sentía brotar nuevos problemas, más vitales ó más pavorosos.

Si á muchos de los lectores de las *Memorias sobre el Jacobinismo* les hubiera sucedido lo que á mí, bien podría decirse que al diligentísimo abate le había salido el tiro por la culata. Queriendo denigrar á d'Holbach, le había sublimado hasta el quinto cielo. A mí me había transformado. Acababa de iniciarme en una nueva vida.

¡Cuántas veces, al comenzar la primavera de 1843, subiendo á la *Font del ferro* del pueblecillo de Moncada, con el libro de la *Moral universal* en la mano, me perdía insensiblemente por los matorrales, buscaba los sitios más agrestes, y allí, á la sombra, tendido á la larga, fijos los ojos en el azul del

cielo, dejaba vagar las horas, sin echar de ver que me apremiaba el tiempo! Y empezaba á meditar, y volaba la imaginación, y el pensamiento cavaba, cavaba hasta tocar las invisibles honduras, é iba comprendiendo que en clase no habíamos aprendido nada, que de nada habían tomado posesión nuestras inteligencias con tanto disertar y tanto texto, que todo se había reducido á ligeros roces de las ideas sobre la piel de la frente. Y detrás de la frente, me decía yo, es donde existe el gran vacío que es preciso llenar con el esfuerzo propio: debajo de los huesos del cráneo es donde está el hueco invisible, pero más profundo que los mares insondables, pero más vasto que los mayores espacios, pero más sin medida que todos los tiempos.

Dábame á veces por llorar... como los niños, sin saber por qué. Sentía como una especie de extremecimiento febril, unas como punzadas de alfiler que corrían desde la nuca á perderse en las extremidades del cuerpo, una inquietud sorda, vaga, indefinible, afanes misteriosos de *algo* que no encontraba ni en las prácticas mecánicas del culto, ni en el otro mecanismo de los programas, ni en los desahogos propios de la edad, ni en los cariños, ni en las amistades. Algo que de lejanas tierras parecía venir avanzando hacia mí, como grandes corrientes de aire, no sé si helado ó caliente, no sé si sano ó pestilencial, no sé si en son de tormenta ó en son de bonanza. Sólo una cosa sabía: que tenía ansia de *conocer* y era fuerza *conocer*: que tenía en mis manos el agente, y este agente era la razón: que tenía á mi servicio el pensamiento, tirano ó esclavo, dócil ó rebelde, demonio, según Byron, ó ángel, según Lamartine. Eran aquellos afanes mis primeros amores: dulces, deliciosos, pero crueles, inflexibles, delirantes como todo amor primero.

Mi ímpetu fué tal, que á fin de calmar aquella sed rabiosa, faltóme tiempo para acudir al único manantial que teníamos en Barcelona: á las trece salas con los 40.000 volúmenes de la Biblioteca provincial de San Juan. Regíala Martí y Pradell, y con él me entendía á las mil maravillas. Le pedía libros y más libros; y hacinaba las ideas en mi cerebro, como en casa vacía se van hacinando los muebles antes de instalar-

se. Todo lo leía, todo lo revolvía: ciencias, filosofía, artes, historia, literatura, el drama, la novela: todo me lo iba sorbiendo sin plan ni concierto: lo más serio, lo más frívolo, lo más inconexo, lo más opuesto, lo clásico, lo adocenado, lo sagrado, lo profano, lo antiguo, lo moderno: Chateaubriand y Víctor Hugo, Mad. de Staël y Boccacio, San Agustín y Rabelais, De Gerando y Wálter Scott, Bonald y Voltaire, artículos del *Diccionario de la Conversación* y artículos de Larra. No me contentaba con leer: anotaba, señalaba, extractaba en español, en francés, en italiano, á fin de ejercitarme en varios idiomas. Tenía osadías espantosas. Censuraba y enmendaba la plana á los mayores ingenios con frívolos comentarios. A veces me río yo al tropezar en un rincón de mi biblioteca con un Cervantes, un Horacio y un Milton anotados con mi lápiz. ¡Hasta me atrevía con Descartes! Y si me apuran, creo que hubiera sido capaz de decir, como cierto profesor de Metafísica: «Platón y yo pensamos de otra manera.»

III

Fué desdicha para mí no haber alcanzado el Plan de 1845 en el período de Instituto. Hubiera aprendido nociones de Química y de Historia natural, que me han hecho mucha falta; mientras que otras asignaturas, como la Geografía, la Historia universal y la de España, que tuve que estudiar sólo, las hubiera seguido en una cátedra con cierto método y dirección que no logré obtener hasta entrado en estudios mayores.

Dióme á temporadas por ensayarme en la composición, y algo de esto conservo en mis primeros cartones. Un trabajillo en latín sobre el *Sentido común.* Todo lo demás en castellano. Un *Discurso sobre las propiedades de los cuerpos*, otro sobre los *Cometas*, un estudio sobre la *Tragedia* y varios borradores en que parecía despuntar cierta inclinación á materias

del orden moral y político; pujillos infantiles sobre la familia, la educación, fomento del trabajo, filosofía de la guerra, el egoísmo y el desafío.

Dadas mis inclinaciones, no había forma de entenderme con los compañeros de clase, que, por lo general, seguían otros rumbos. Habíalos de todas castas y condiciones: hijos de capitalistas, que en su casa no oían hablar más que del tanto por ciento; de hacendados, diestros en calcular á cómo saldría la cosecha del aceite, y en cuál de las ferias le tendría á Papá mejor cuenta comprar un buen par de mulas ó una yunta de bueyes. Salomones de mostrador ó de escritorio; poetas en agraz que nos apestaban con sus versitos, y pollastres que hacían caracolear su caballo por calles y paseos, como esos mocitos del día que clavetean la lección de Derecho, guiando una elegante *charrette* en el Retiro ó en la Castellana. Esto, por lo que atañe á algunas individualidades; porque la mayoría, la masa, era una patulea de muchachos mal hablados, que en clase armaban un estrépito infernal, y había que echarlos por bandadas. Antes de entrar y á la salida, se daban en los claustros de la Universidad una atraquina feroz de jugar á la pelota, á lo cual llamaban en caló estudiantil jugar *á geps* (á jorobas), emprendiéndola con las espaldas del prójimo. De cuyas refriegas se originaban continuas reyertas, con gran espanto de la gente y desesperación de los porteros. El bedel Ayuso, que era un mantequilla, se contentaba con reprender suavemente á los troneras; no así el conserje, que se enfurecía y arremetía con ellos á trompazos, bofetadas y hasta á palo limpio.

Seis ó siete chicos había de punta, entre los cuales descollaba Luis Pons y Gallarza, sin disputa el mejor alumno que he conocido. Tendría ya, á la sazón, sus diez y ocho años bien cumplidos; formal, circunspecto, afable y en todo correctísimo. Tomaba notas de lo que se explicaba, raro prodigio entonces en un estudiante español; y lo hacía en unos cuadernitos muy perfilados, con letra clara y hermosa, con admirable precisión, en dicción castiza, empuñando el tinterillo de asta, sin mancharse jamás los dedos; todo ello sin chistar y sin distraer su atención ni un solo minuto. Tachábasele de

poco comunicativo, debido acaso á que, como yo, se había criado solo y siempre pegado á las faldas de su Madre. Con ella tenía atenciones que encantaban. Fuera de las horas de clase, raras veces se le veía sino acompañándola del brazo.

Había en el joven Pons la madera de un grande hombre. Tal vez algo apocado: por esto hizo poca carrera. Creo que está de catedrático en uno de los Institutos de las Baleares. También le he visto figurar como *Mestre en gay saber* en algunos Juegos florales. Pons: si algún día tropiezas con estas líneas, busca en el fondo de ellas el cariñoso saludo de tu viejo amigo.

IV

Desde la muerte del General Bassa, arrastrado por las turbas después de la expulsión de los frailes, hasta el año de 1843, no hubo en Barcelona punto de reposo. Tantas y tan continuas fueron las escenas de sangre y tantos y tan violentos los desmanes á que se entregó la furia de los partidos. Era el primer momento de nuestra educación política: terrible momento para un pueblo que nunca había en realidad dispuesto de sus destinos. No todo lo ví yo: unas veces por estar metido en casa, otras porque las cosas pasaron á distancia, otras, en fin, porque nos vimos en la necesidad triste de emigrar. Conformándome con el tono general de estas MEMORIAS, iré pellizcando de aquello que yo mismo presencié, y referiré los sucesos en que nos tocó hacer el poco envidiable papel de víctimas.

Tomemos la arrancada de algo lejos, aunque sea á costa de retroceder un poco, y sea nuestro punto de partida el entierro del General Mina, que falleció en Barcelona, devorado por un cáncer del estómago, el día 24 de Diciembre de 1836. En la calle Ancha ví el cortejo fúnebre que le acompañó con una pompa inusitada. El clero con cruz y ciria-

les: soberbio catafalco de tres altos, llevado en andas por doce hombres (no se conocían entonces los carros fúnebres) y cubierto de rico paño de terciopelo negro con franja de plata. Iba el General en caja descubicrta y de grande uniforme: espada, bastón, sombrero. Seis personas de distinción cercaban el féretro, llevando las cintas, y junto á él el capellán de la casa, con gasa y manto de cola, en señal de luto. Presidía el Ayuntamiento la comitiva, compuesta de comisiones de todas clases, civiles y militares; fajas, bandas, bordados, severas togas y vistosos uniformes. Cerraba la marcha la guarnición entera; toda la Milicia nacional, toda la tropa: coches; el caballo de batalla, con gualdrapa negra galoneada de oro, y llevado del diestro por un asistente. También de negro colgados los balcones, cuajados de gente; el pueblo apiñado en las calles del tránsito; las tiendas cerradas; marchas fúnebres, tambores á la sordina, armas á la funerala, toque de ánimas en las parroquias, un cañonazo cada veinte minutos en las fortalezas; voceando los granujas y vendiendo, ya el retrato del difunto, en litografía, ya la reproducción de su estómago, con los estragos del cáncer, en tintas de colores. En el lenguaje común, un duelo universal: en lenguaje de la *Gaceta*, honores de Capitán general de Ejército: en el lenguaje de un niño, uno de aquellos espectáculos teatrales que quedan perpetuamente estampados en las imaginaciones.

Mina dejó trasparentar alguna vez su primitiva condición de guerrillero. ¡Castellfullit! Pero era probo; fué consecuente, arriesgó cien veces el pellejo y murió de buena edad todavía, destruída la salud con los sacrificios que se impuso por la causa liberal. Su prestigio era inmenso en toda España; tal, en Barcelona, que, una vez, poco antes de morir, había contenido, en la Plaza de Palacio, á las muchedumbres, con su sola presencia. Lloraron todos la pérdida como irreparable. Fué aquel un llanto muy autorizado; sus exequias, señal de simpatía entre los indiferentes; para los patriotas, señal de luto sincero.

Merecían serlo. ¡Cuántos disgustos nos hubiéramos ahorrado, á no haber desaparecido tan pronto de la escena el Gene-

ral Mina? No hubo cerrado los ojos cuando ya pudimos comprender por qué secreto instinto los pueblos se ocupan incesantemente en fabricarse héroes y leyendas. La leyenda quedó, pero faltó el héroe. De ello no tardamos en apercibirnos.

Cuatro meses, punto por punto, después de la muerte de Mina, en Enero de 1837, con ocasión de un bando publicado por el Ayuntamiento en que se transcribía la ley de 30 de Noviembre anterior, concediendo al Gobierno facultades extraordinarias, se amotinaron al grito de *¡abajo el bando!* dos batallones de la Milicia, el de Zapadores y el llamado de la Blusa. Hiciéronse fuertes en el ex convento de San Agustín, sito en la calle del Hospital; y dando rienda á su encono, amenazaron con hacer pagar caras sus vidas si por ventura se les atacaba. No sé cómo aquello pudo arreglarse sin estrago ni efusión de sangre. Aun así, la alarma fué soberana. Hubo carreras, tiendas cerradas, fusiles apuntados, empellones, revolcones, arañazos y crueles ansiedades. Yo, por aquella vez, tuve que contentarme con ver los toros desde la barrera. Asomado á una de las ventanas de mi cuarto, presencié parte del lance: soldados que venían aceleradamente de Atarazanas, valientes que les hacían cara, tímidos que se encomendaban á la fuga, pelotones de tropa que tomaban las aceras y otros que despejaban la calle á culatazos.

Pronto volvió á enredarse la madeja, y esta vez con menos fortuna para todos. Sabedores los hombres de empuje de que las Autoridades de Barcelona se oponían á la elección de nuevo Ayuntamiento y á la reorganización de la Milicia, se levantaron en armas el día 4 de Mayo del propio año de 1837, apiñándose en el primer recinto de la Ciudad, al cual cabalmente correspondía nuestra calle. Hicieron luego una salida á la Rambla por la calle de Fernando VII, donde toparon con los Mozos de la Escuadra que les saludaron con dos terribles descargas, lo cual les obligó á replegarse hacia sus primeras posiciones. Allí estrechados, se mantuvieron largas horas batiéndose como leones; y como los dos extremos de mi calle estaban respectivamente ocupados por los opuestos bandos, los exaltados en el ángulo de San Severo, los

moderados frente al Palacio de Almenara (casa Villel), fué toda la tarde una de tiros, de vocinglería y de gritos de fuego y á la bayoneta, que no son para descritos. Por fin cedió el tumulto, quedando envueltos y dominados los revoltosos, con lo cual pudimos pasar la noche sosegadamente.

V

Aquellos repetidos chispazos no eran sino el preludio de la gran marejada que iba á levantarse en 1840, cuando las personas Reales fueron á Barcelona y allí se dejó Cristina regencia y tutoría. La presencia de la Corte en una ciudad de provincia es siempre un gran acontecimiento: para mí, que tenía tan pocos años, fué un prodigio de hechicería. Peinadito de peluquero, traje flamante y ancho cuello á la valona cuidadosamente planchado, presencié el día 30 de Junio la entrada de la Reina Gobernadora y sus Hijas, desde un balcón bajo de la casa que habitaba la modista de mi Madre en la calle *del Carme*. Iban los regios personajes en carretela abierta: la Reina Isabel y su Madre en la testera: al vidrio, la Infanta Luisa Fernanda. Chocóme el movimiento mecánico de las cabezas al saludar al público. Detrás mucho carruaje. En el más inmediato la Duquesa de la Victoria con el Mayordomo mayor de Palacio, Conde de Santa Coloma. Había entonces bastante entusiasmo por la Monarquía; y aunque el papel Cristina había bajado mucho para los avanzados, quedaba Isabel, la inocente Isabel, como la llamaban, en quien veía el instinto general la mejor garantía contra las ambiciones del Pretendiente. Por esto la Corte fué recibida con grandísimo agasajo.

Engolosinado con aquellas vistas, quise disfrutarlas más de cerca, y brindóme á ello un canónigo de la Catedral cierto día en que las Reinas asistían á la capilla del Cristo de Lepanto, que, según es fama, figuró en la capitana de D. Juan

de Austria. Las dos Reinas y la Infanta ocupaban sus respectivos reclinatorios: de pie, detrás de Isabel, un gentilhombre de pernetas, setentón, encorvado y temblequeando. Yo, pegadito á su casaca, perdida la nariz entre las bordadas carteras del uniforme: al alcance de mi mano las olas de seda de las regias faldas: muchísima gente por todos lados. De repente, en medio de un silencio sepulcral, vuelve Isabel la cabeza y dice secamente al gentilhombre: «el pañuelo.» Mi ilustre vecino desenvaina del bolsillo uno muy cuco de batista con escudo Real y lo entrega á su Ama, no sin besarla antes respetuosamente la mano. Pásalo y repásalo la Reina por sus narices, y esta vez, sin volver siquiera la cabeza, alarga el brazo por detrás y lo devuelve. El gentilhombre lo recoge sin atender á las señales de un reciente uso, y se apresura á sepultarlo en el fondo del casacón. Otra *nota*, otra sorpresa y otra serie de puntos de admiración para nosotros los *paletos* de provincia.

Por última vez en Barcelona ví á la Reina Isabel, en los primeros años que siguieron á su declaración de mayoría; y lo cito aquí, fuera de tiempo, por ser detalle extraño á la marcha general de este relato. Fué en el antepatio del Convento de Nuestra Señora de la Enseñanza, sobre el cual daban unas ventanas de la casa que acabábamos de alquilar en la Cuesta de San Miguel. Para los quince ó diez y seis abriles que tendría entonces D.ª Isabel, era ya de una corpulencia extraordinaria. Llevaba á su derecha al Obispo de la diócesis y á su izquierda al P. Lezo. Lucía mantilla blanca, vestido rosa y guante caña; y como hacía un calor sofocante (era el mes de Agosto), se iba dando aire con el abanico, así, como acongojada por lo subido de la temperatura. Recibiéronla bajo palio y tuvimos que aguantar, ella á boca de jarro y yo de refilón desde mi escondite, una larga y gangosa arenga del Dr. Sagués, capellán de las monjas. Recuerdo vagamente una porción de contrastes que hirieron mi imaginación en aquella escena; el brillo de la Corte y el mate de las religiosas: el rosa del regio atavío y el negro ó gris del atavío monacal: caras floridas en la servidumbre y caras macilentas en la comunidad: canutillo de oro en las charreteras y cordel de cá-

ñamo en los hábitos: un maridaje singular de cielo y tierra: carne y espíritu.

Pues volviendo á mi año de 1840 y á su interrumpida historia, diré que los acontecimientos políticos marchaban en Barcelona á paso de carga. Crecía diariamente el prestigio de Espartero, bandera de los progresistas, al paso que iba palideciendo la estrella de Cristina, notoriamente entregada á los moderados. Irritaba á los primeros la constante preferencia de la Gobernadora por los segundos, y la gente liberal no ocultaba su despecho al ver la frescura con que las Autoridades manejaban la Constitución de 1837 y las leyes progresistas, amén de la dureza draconiana con que se reprimía toda tentativa enderezada á que aquéllas se respetasen. Hervía la sangre; buscábase por entre las nieblas de aquel presente un astro salvador que parecía despuntar en la figura de Espartero, el cual, por su parte, acentuaba cada vez más su actitud hostil á los moderados. Sintiéndose éstos flacos y sin desmayar por ello, trataron de probar fortuna por medio de lo que hoy llamaríamos una expresiva manifestación pública. Concertáronse, y el día 22 de Julio por la tarde, en el momento de salir á paseo la Real Familia, se presentan en tropel á las puertas del Palacio, rodean el coche de la Reina, y uno de los más autorizados grita con estentórea voz: «Señora, este es el verdadero pueblo de Barcelona.» A fin de distinguirse de aquellos á quienes daban el nombre de descamisados, muchos de los del motín iban de frac, todos de guante y los más de levita, por cuyo motivo fué denominada aquella algarada el *motín de las levitas*. Cerraron, como era de suponer, los *descamisados* contra aquella perfilada caterva de pulquérrimos; hubo palos, chichones, sombreros apabullados, guantes hechos trizas y trajes hechos girones. Logróse apaciguar el tumulto, no sin la prudente intervención de la guardia de Palacio.

Aquel día sí que estuve á punto de verme envuelto en la refriega. Ignorantes de lo que pasaba, porque no se había publicado *programa*, pero atraídos por la mucha gente que se dirigía hacia el Palacio *del General*, íbamos Mossén José y yo muy sosegadamente por los arcos de los En-

cantes, cuando de repente nos vemos sorprendidos por un tropel inmenso que se dejaba caer sobre nosotros á manera de raudal impetuoso. Vernos arrollados y volver grupas, todo fué uno; mas si bien sacamos el pellejo ileso, gracias á esta maniobra, no fué sin algún riesgo, por querer librar á un amigo de mi Padre, el Arcediano P***, que con un carrillo hinchado y sangrando de un ojo, huía desalado de un grupo de furiosos dispuestos á acogotarle. Ya se ve: el dichoso Arcediano había tenido el insigne mal gusto de meterse á pendenciero, vestido de sacerdote y gritando como un energúmeno.

Hasta aquí la cosa no había pasado de sainete: al día siguiente fué á parar en tragedia. Un abogado, D. Francisco Balmas, que había estado con las levitas, tuvo la flaqueza de blasonar de valiente recordando hazañas de la víspera. Lo cual, oído por los contrarios, trabóse con ellos de palabras, y, viéndose acorralado, se abrió camino por medio de la gente y apeló á la fuga. Busca refugio en su casa; síguenle, en son de amenaza, hasta la calle de San Pablo, donde vivía, y algunos tratan de forzar la puerta para entrar en la habitación, sin duda con intento de asesinarle. Balmas aparece en el balcón; no ve otro arbitrio para salvarse que coger un fusil; suenan tiros, responde á ellos, derriba á tres ó cuatro, pero por fin cae él mismo acribillado á balazos. Y entonces (vergüenza da decirlo) empieza una de las escenas de caníbales tan frecuentes en aquellos tiempos. Las turbas invaden la casa, tiran á Balmas por el balcón y arrastran el cadáver por las calles hasta Atarazanas. Allí acertábamos á encontrarnos de vuelta de nuestro ordinario paseo por la Muralla del mar. Ví que llevaban al extremo de una cuerda una masa informe que al principio tomé por un saco de paja; cuando me apercibí de la sangre y de la forma humana, me entró un terror tan grande, que hubo que meterme en una botica. Varios Jefes y Oficiales salieron de la fortaleza y dispersaron á sablazos aquellos foragidos; uno de los Jefes era D. José de la Concha.

VI

En tal estado de los ánimos y tal situación de las cosas, llegó el año de 1841, y, estando con la familia en el pueblo de Arenys de Mar, fuimos teniendo conocimiento de los graves sucesos acaecidos durante la primera quincena de Octubre: el bombardeo de Pamplona por O'Donnell, las sublevaciones de Piquero en Vitoria, de la Rocha en Bilbao, de Urbiztondo en Vergara; y el 7 de Octubre, el ataque al Palacio Real de Madrid por los Generales moderados, intentona terminada con el fusilamiento de León y otros caudillos.

No había entonces casinos en los pueblos de corto vecindario. La gente principal solía reunirse en casa de los boticarios, y allí pasaban la noche hablando de política ó de asuntos locales. Teníamos en Arenys un farmacéutico que había servido á las órdenes de Oráa y era por sus cuatro costados genuino moderado: con él comulgaban el Cura y un escribano, aunque éstos más inclinados al partido de D. Carlos. Hacíales la contra un abogadillo recién salido de la Universidad de Barcelona, progresista leal, idólatra de Espartero, en quien no reconocía dote que no fuese superior, ni acto que no llevara el sello del acierto. Raro era el punto sobre el cual unos y otro no estuvieran discordes. Siempre apercibidos á la pelea, apenas llegó la noticia de la muerte de León y de sus compañeros, pusiéronse todos á punto de batalla. El abogado sostenía que las ejecuciones decretadas por Espartero estaban estrictamente ajustadas á la Ordenanza militar, y que atacar un Palacio Real, aunque sea á título de poner en salvo la persona del Monarca, es, ha sido y será siempre delito de lesa majestad. Y, entrando cada vez más en calor, afirmaba que si un crimen de aquella enormidad es imperdonable tratándose de cualquier ciudadano, debía serlo mucho más en personas

afiliadas á un partido que pretendía ser defensor nato de los Reyes y firmísimo baluarte de sus derechos y prerrogativas.

Soltábase el farmacéutico y no se mordía la lengua. Con tono desabrido replicaba al abogado. «¿Cómo se entiende? decía. ¿Tratamos aquí de un delito común, de delitos militares, ó bien de un acto esencialmente político? ¿Juzgamos, en esta ocasión, á Espartero como Jefe superior del Ejército, ó mejor dicho, como Regente del Reino y encargado, en tal concepto, de la alta gobernación del Estado? Sepa V., añadía, que una cosa es obrar como soldado y otra como hombre de gobierno. Si Espartero se ha acreditado hasta ahora de experto y esforzado General, en este momento acaba de dar claras muestras de torpe y desdichado político.»

Revolvíase furioso el abogado contra ese estigma lanzado sobre su ídolo. Al contrario, según él, la resolución de Espartero había sido una sabia lección de energía destinada á prevenir y á contener toda clase de rebeldías. El boticario lo veía por distinto prisma: creía que el Conde Duque se dejaba aprisionar en las redes de sus contrarios; que se había conseguido el propósito de empujarle por el camino de la violencia, anegándole en la sangre de sus propios compañeros de armas.

Tantos años han pasado, que ya estamos en el caso de examinar fríamente las cosas. Recordemos la frase de Fouché, á propósito del fusilamiento del Duque de Enghien. «Esto ha sido peor que un crimen, ha sido una falta.» ¿Quién se atreverá á negar que lo del 7 de Octubre fué uno de los mayores atentados que pueden cometerse contra las instituciones y las leyes? Pero cuando un Gobierno, perdidos los estribos, se deja deslizar por la pendiente de las violencias, cuando trata de vengarse, más bien que de castigar, todo se le vuelve ponzoña, se quebrantan los mayores prestigios y es como si se le abriera un cáncer en las entrañas. Dirán que, si en vez de Generales hubieran sido soldados ó sargentos, no discutiríamos aquellos rigores de Espartero. Conmigo no reza este argumento: para mí la sangre no admite graduaciones. El hecho es, que desde el punto y hora en que corrió la de León y sus amigos, empezó á padecer la

fama del invicto Duque. Tendría razón; no se la dieron; haría uso de su derecho, pero hay derechos de muy peligroso ejercicio. Recorred las páginas de aquellos tiempos, y veréis ya al pacificador de Vergara alardeando, trompicando, repartiendo palo de ciego y entrando, como político, en una larga agonía que vino á dar al traste con el partido, con el héroe y con los brillantes laureles de Luchana.

SECCIÓN SEGUNDA

Jornada del 15 de Noviembre de 1842.—Un hospital de sangre.—*Usted perdone.*—El bombardeo de Barcelona.—Espartero y Garibaldi.—Cómo se fué hacinando la leña.—El *tribuno* Serrano y el *general* González Brabo. —La palabra de un Ministro.—¡Voluntarios, la Patria peligra!—54 días de Jamancia.—Lo que me costó emigrar.—Recreaciones casuísticas.—¡Oh, barbas adorables!—El amigo Cólom.

I

Todo el año de 1842, hasta llegado el mes de Noviembre, lo pasamos en Barcelona entre sordas inquietudes, temores vagos, recriminaciones y conatos de rebelión contra el Gobierno de Espartero. Todos los males se desataban á un tiempo. Daban materia á ello las noticias que se propalaban; anunciando unos que se iba á imponer una contribución para reparar la Ciudadela, diciendo otros que se trataba de establecer las quintas, no conocidas entonces en el Principado; y para más enardecer los ánimos, corría válida la voz de que se permitiría la entrada á los algodones ingleses; gran motivo de alarma entre los fabricantes acaudalados, y primera ocasión de manifestarse aquel espíritu proteccionista tan funesto, en mi sentir, para los mismos intereses catalanes. Por un ligero incidente reventó la mina en Noviembre. Fué la señal de ello una insignificante escaramuza entre los dependientes de consumos y los matuteros, que después, el 15, se

trocó en choque terrible, más que choque, en descomunal batalla entre el pueblo armado y las tropas de la guarnición mandadas por Van Halen y Zurbano. Por la especial situación de nuestra nueva casa de la Cuesta de San Miguel, estábamos aquel día entre dos fuegos: el de la tropa, del lado de la Rambla: el de la Milicia, por la plaza de San Jaime. Cercanos nosotros á aquella plaza, foco principal de la insurrección, los tiros de los Fuertes nos venían tan enfilados que, hallándome, al principiar la danza, en la azotea, una bala de cañón pasó á media vara de mi cabeza, yendo á dar contra un palomar de madera, que dejó hecho pimienta. Recibí en la cara un golpe como de bofetada, zumbáronme los oídos, dí un traspiés y caí rodando por el suelo. No me quedó otro arbitrio que coger á escape la escalera: ya se comprenderá que no volví á subirla.

Ni dentro de casa estábamos tranquilos. Continuaba por fuera el combate, cada vez con mayores bríos. Nutridas descargas de fusilería acribillaban á balazos nuestros balcones y ventanas, yendo los proyectiles á empotrarse en el quicio de las puertas, en paredes, maderas y muebles. Probamos fortuna refugiándonos en una habitación oscura que daba á un patio interior; aun allí nos alcanzaban de rebote las balas muertas ó dormidas, y calientes las recogíamos del suelo. A cada momento temíamos ser invadidos por las turbas, ó saqueados por la tropa, ó que nos incendiasen la casa. No se respiraba más que pólvora; un humo densísimo ofuscaba la vista; estallaban los oídos con el estampido de los cañones, el reventar de las granadas, las descargas por compañías, las chillonas cornetas tocando ataque, los ayes y lamentaciones de los heridos que, en brazos ó en camilla, iban entrando en el patio de la Enseñanza, provisionalmente convertido en hospital de sangre

Por la tarde, y ya entre dos luces, dióme la tentación de asomarme á aquel patio. ¡Siniestra mescolanza de estrago y desolación! En el portal del Convento, un rimero de cadáveres, dos de ellos en cueros, otros con un trozo de pantalón azul atado á la cintura: brazos amoratados, manos negras, piernas amarillentas, caras jaspeadas, un cráneo partido de

un sablazo en dos mitades, derramando los sesos; los cuerpos ennegrecidos, chamuscados, envarados, ensangrentados, anegados en lodo. Luego, sobre haces de paja empapada en sangre, pilas de heridos destrozados, inmóviles, aguardando la primera cura ó la muerte, con el estertor de la agonía. Un corneta, un niño, con un ancho boquete abierto á la bayoneta en el costado derecho, implorando asistencia con desgarradores alaridos, taponando con su faja la herida para retener el aliento que, con la sangre, por aquella abertura se escapaba. La Unción, el Viático, el copón con las Sagradas Formas rodando entre inmundas charcas: el capellán recibiendo la última confesión de un oficial y con ella una medalla sacada del pecho, recuerdo quizás de una madre desventurada; el cirujano (no había más que uno) atendiendo á la ligadura de una pierna recién cortada: él de rodillas, erizado el cabello, chorreándole el sudor por la frente, sangre en las manos, sangre en la pechera, sangre en los brazos; desatada la corbata, desabrochado el uniforme, á su alcance un gran estuche, vendas, hilas, compresas por el suelo, una sonda, un bisturí, una sierra. Trajeron un sargento que acababa de recibir un balazo en la cabeza. No había muerto, no quería tenderse, daba vueltas sobre sí mismo como una peonza, con los brazos caídos, los ojos espantados, la lengua fuera de la boca, la baba destilándole pecho abajo.

Las tropas del Gobierno quedaron vencidas en aquella triste jornada. Corrieron rumores infames: un saqueo en regla consentido en la *Argentería*. Obligada la guarnición á salir de la Ciudad, se derramó por los contornos. Todos los Fuertes, menos el de Monjuich, cayeron en poder de los sublevados.

II

Aquellas escenas del patio de la Enseñanza no me dejaron dormir en muchos días. Durante tres consecutivos, no pudimos salir á la calle; reducido el vecindario á la mayor extre-

midad y nosotros sometidos á régimen de arroz, tocino y garbanzos; porque no había medio de llevar á las casas ni pan, ni carne, ni verduras, ni pescado. Por fin, allá, sobre el 18, nos aventuramos á sacar la cabeza de la concha y dimos unas vueltas por la población, convertida en campamento. Toda comunicación cesaba al llegar á las murallas: trocado en sitiador el ejército expulsado, nos puso riguroso cerco. Habían los sublevados creado una Junta, como es rancia costumbre en nuestra tierra de pronunciamientos; diariamente íbamos al palacio de la Diputación provincial, donde aquélla se hallaba instalada, á preguntar, á inquirir, á ver lo que se decía, lo que se susurraba, lo que temían, lo que esperaban. Lo que se sabía era que Espartero había llegado de Madrid ó iba á llegar, en compañía de Rodil, para ponerse al frente del ejército sitiador, y que traía tropas de refresco, mensajeras de muerte.

Presidía la Junta un sujeto á quien suponían emisario de D.ª María Cristina de Borbón: lo cual creído después como cierto, hizo dar con la clave de aquel extraño movimiento. Las fuerzas insurgentes las mandaba en jefe Miguel Durando, oficial extranjero, que después hizo gran papel en la guerra de Italia y obtuvo señalados favores en la Corte de Víctor Manuel. El grueso de aquella hueste revolucionaria lo componía el batallón de *Tiradores de la Patria*, llamado de sobrenombre *patuleas*; gente desalmada, pero que cometió pocos excesos por su bien ordenada disciplina. Procedente de patuleas era el famoso *Peixeter*, rústico mozetón de playa que estuvo á punto de ser el Masaniello de aquellas jornadas. Citábanse de él bizarros hechos en la batalla del 15. Había tomado cañones, arrancado banderas, abierto á puñetazos las filas enemigas, hundido la mollera á más de un oficial de Zurbano. No era muy pródigo de palabras, y á cada tres ó cuatro soltaba un *usted perdone*, creyéndolo obligada cortesía. Un día que corrió la voz de que Espartero respetaría la vida de los patuleas si deponían las armas, lleguéme al Peixeter y le dije: «Peixeter, ¿por qué no te entregas ya que te conceden la vida?»—«*Usted perdone*, me contestó, porque, y *usted perdone*, no quiero ir, y *usted perdone*, á Filipinas, y *usted perdone*.»

Trece días nos pasamos de esta manera vagando por la Ciudad, perezoso el paso, traspasada el alma y á la husma de la suerte que Espartero nos tenía reservada; y era, para un breve plazo, nada menos que el bombardeo desde el castillo de Monjuich. No hubo medio de disuadir de tan bárbaro intento ni al Regente ni á su Ministro de la Guerra: súplicas del Obispo, comisiones de damas, influencias progresistas, ruegos de los Cónsules, todo fué vana diligencia. Ya hubo que pensar, como todo el mundo, en abandonar la población: no era cosa de morir destrozado por un casco de bomba y de que lo pagásemos justos por pecadores. Sin embargo, no parecía tan fácil la empresa, porque tanto sitiados como sitiadores se oponían á aquella desbandada. Hubo con tal motivo lances muy grotescos: hombre que huyó revuelto entre unos sacos de paja; pancista que logró escabullirse en ademán de pedir limosna; el anciano Nadal del Born, opulento capitalista, salió disfrazado de vieja; mi Padre de labriego, yo de zagal arreando unas mulas.

En tal disposición, llegamos el 1.º de Diciembre á la casa de nuestro refugio, situada en término de Horta. Puestos en un alto, vimos el bombardeo del 3, que duró doce horas, cayendo sobre Barcelona 1.014 proyectiles, de ellos 780 bombas, 96 granadas y 138 balas de diferentes calibres. Cuatrocientas sesenta y dos casas sufrieron daño: muchas incendiadas, arrasadas otras.

No son para descritas las impresiones de tan insensato estrago. Todas las aflicciones y todo linaje de amarguras entraban de tropel en nuestro ánimo: odio, rabia, dolor, vergüenza por España y por el siglo en que vivíamos. Cada fogonazo de Monjuich, cada bomba que se cernía en el espacio, cada llamarada que brotaba de un edificio eran nuevo motivo de asombro é indignación entre los hombres; de lágrimas y sollozos en las señoras. Nadie pensó siquiera en tomar descanso ó refrigerio.

El 8, cuando regresamos á la Capital, ya las tropas del Gobierno habían entrado y la ocupaban toda militarmente. Todavía ardían muchas casas. En la nuestra, una bomba había atravesado el salón yendo á perderse en los sótanos,

donde todo lo hizo añicos. Gracias á que no estalló arriba, pudimos salvar una parte del mobiliario.

¿No lo dije? Aquel Gobierno andaba á tontas y á locas desde que se dejó arrastrar por la pendiente de las violencias. Que también O'Donnell había bombardeado á Pamplona. ¡Bonito achaque ese de escudarse con el mal ejemplo de otros! El bombardeo de Barcelona no aumentó las simpatías en favor de Espartero. Ni un solo barcelonés le miró entonces con buenos ojos. Europa le juzgó severamente. Por aquel acto, el historiador Cantú le califica de inconcebible mezcla de ferocidad é indecisión. El hecho desnudo era haber sacrificado vidas y haciendas de millares de inofensivos ciudadanos para castigar á unos cuantos sublevados. Así lo ví yo con mis cortos años, y así he visto después (y dicho sea con el poquísimo respeto que me inspiran los mandarines políticos, sean civiles ó militares), así he visto después que es insigne locura fiar á espadones la suerte de los partidos liberales. ¿Qué queréis que hagan en el Gobierno los hombres de sable, si no tienen más que un registro?

Espartero y Garibaldi. ¡Cuántas veces hemos visto mezcladas y aun confundidas estas dos figuras! Hay error: son dos tipos enteramente distintos. Nadie pondrá en duda las brillantes cualidades de Espartero: su esfuerzo, su honradez, su sencillez de costumbres, su consecuencia dentro del criterio dinástico. Pero *el último condottiere* vive en otra clase de leyendas. Garibaldi tenía iniciativa propia: hasta en sus proclamas era dechado de originalidad. Lenguas de fuego que encendían el alma de los patriotas. Aquella camisa roja, aquel gran sable de combate eran el avío del hijo del pueblo que jamás desmintió su origen. Ni mercedes, ni títulos, ni el bastón de mariscal de Francia que con gran empeño le ofrecieron. Avanzó con los tiempos, tolerando las *prudencias* del presente, pero abrazado siempre á los ideales del porvenir para su hermosa Italia. Por esto pudo morir envuelto en el mejor sudario de los héroes: la bandera de la Patria.

III

¡Sino cruel! El paso de Espartero por el Gobierno había de ser funesto para los barceloneses; la caída de Espartero había de sernos funestísima. Lo primero nos valió un bombardeo de doce horas; lo segundo un cañoneo de tres meses. Reseñemos brevemente los hechos:

Todos los que mediaron en la Península desde Enero á Junio de 1843 son harto conocidos: atrevimientos moderados, disidencia progresista, formación del Ministerio López, retirada de este Ministerio y triunfo del bando Ayacucho, la *Salve* de Olózaga, sediciones en Málaga y Granada, pronunciamiento de Reus con Prim y Milans del Bosch á la cabeza.

Todo se volvía contra Espartero, y era natural que Barcelona no fuese extraña á aquella polvareda. Brotaba todavía la sangre de sus heridas de Diciembre; añadiéndose al ultraje del bombardeo la contribución, ó como se dijo, *erogación* de 12 millones que el Regente, no satisfecho su enojo, impuso á la Ciudad á manera de castigo.

Con tanta torpeza y tanta imprevisión, pronto volvimos á las andadas. Noticioso el pueblo de que Zurbano se encontraba de paso en Barcelona para ir á sofocar la rebelión de Reus, fué siguiéndole la pista un grupo de jóvenes de buen humor, que le administraron una tremenda silba. Volvióse airado el General, hizo disparar algunos tiros y mandó una carga á su escolta. El pavor que causó aquel barrido repentino me cogió de rechazo, porque estaba, como de costumbre, entre los curiosos, y fuí á dar, sin saber de qué manera, contra el esquinazo de la calle del Asalto; allí ví pasar pocos instantes después una numerosa chusma, que llevaba, como en triunfo, media docena de baúles. Era el equipaje del General, que iban conduciendo hacia la Muralla del mar para arrojarlo al agua. Aquel día la tropa fraternizó con el pueblo; tan trabajado estaba el Ejército contra Espartero.

Esto pasaba el día 5 de Junio, y la cosa iba tomando tales vuelos, que ya el 6 se constituyó una comisión del pueblo, que luego trocó este nombre por el de *Junta Suprema provisional de Gobierno de la Provincia de Barcelona*. Temerosa de las caricias de Monjuich, fijó primero su residencia en Sabadell, luego en Manresa, y últimamente se instaló ya en la Capital para ser alma y vida del futuro movimiento centralista.

A pocos días triunfó Zurbano de Reus; mas entretanto se adherían al pronunciamiento de Barcelona muchos pueblos de Cataluña. Pronuncióse Valencia: lo hizo también Cortines, Capitán general interino del Principado. Quien se negó obstinadamente á pronunciarse fué Echalecu, el Gobernador de Monjuich, el hombre de las bombas; y por supuesto se negó también á ser relevado por el coronel Pujol, á quien aclamamos por Gobernador todos los que estábamos en la Plaza de San Jaime. ¿No habíamos de hacer Gobernadores si nos sentíamos *Suprema?* Esta actitud de Echalecu era muy seria; tener Monjuich era dominar Barcelona. Creció la alarma el 22 de Junio, cuando se supo que Zurbano había dicho en Igualada á un corro de oficiales: «Vamos allá, y ya verán ustedes cómo ponemos á los barceloneses más blandos que un guante.» Otra vez empezó la emigración, recelando un segundo bombardeo. Nosotros no pudimos emigrar entonces; los negocios, los malditos negocios. De todas maneras, la emigración hubiera sido inútil. Zurbano se retiró, en virtud de órdenes superiores. Sin duda Espartero no se atrevió con otra hombrada. Hizo bien: *non bis in idem*. Bastante quebrantado quedó con la primera.

Retirábase Zurbano, á tiempo que Espartero salía de Madrid, camino de Valencia, quedándose clavado en Albacete. No así su adversario D. Francisco Serrano, que, rápido como el pensamiento, fué á Barcelona, llegó, arengó á las turbas, se concertó con la Junta, obtuvo de ella la destitución del Regente y la reposición del Ministerio López, se hizo nombrar interinamente Ministro universal y empezó á hacer muchas y grandes mercedes á sus amigos y allegados. Con Serrano iba en aquel viaje D. Luis González Brabo. Llegué á tiempo de ver entrar á ambos personajes en la Fonda, donde

tenían preparado alojamiento. Al principio, troqué los papeles: el fiero mostacho de González Brabo me lo hizo tomar por el General; y creí ver el tribuno en el aire apaisanado de Serrano. Oí los discursos que pronunciaron desde uno de los balcones. Gustóme la palabra de González Brabo por lo espontánea, lo fogosa y lo accidentada: gustóme también el General, que, aunque distaba de ser un buen mozo, justificaba con sus treinta años y su gentileza el lisonjero mote con que después le decoraron. Fueron los dos viajeros extraordinariamente agasajados, y la gente se desvivía por acompañarles en todas sus excursiones; y de tal manera llegamos á familiarizarnos con su presencia, que un día en que los encontré del brazo en la calle de la Boquería, á punto estuve de saludarles con la mano como un antiguo amigo de confianza. Hay quien asegura que, en aquel discurso de la Fonda, Serrano no prometió nada. Tendrán que dispensarme: yo fuí uno de los que le oyeron decir clara y distintamente que dentro de breves días se establecería en Madrid una Junta Central. Si después no se pudo cumplir esta promesa, ó no se quiso, ó no se creyó conveniente cumplirla, estas son otras cuentas. Lo dicho, dicho queda; y la verdad siempre en su lugar.

Muchas veces ha de sonar, en estas MEMORIAS, el nombre del General Serrano. ¿Cómo no, cuando este nombre está vinculado con nuestra Historia durante cerca de medio siglo? Años después de los acontecimientos que estoy refiriendo, honróme el General con su amistad; y aunque no le debí favores, porque nunca estuve dentro del círculo de su política, tales muestras de afecto me dió y tales consideraciones tuvo á bien dispensarme, que bastarían para sellar mis labios si á ello no me obligase también el respeto á su memoria. Otros le censurarán, que no ha de faltar quien le censure: yo me atengo á la máxima discreta de que los defectos de los amigos, cuando no hay medio de callarlos ó de disimularlos, por lo menos no deben predicarse. Es sabido que, en el trato particular, todo el mundo salía prendado de las dotes de carácter del General Serrano: efecto quizás de aquella misma flexibilidad que llevaba á la vida pública y le hacía ser un político de circunstancias, un opor-

tunista de esos que miden la palabra por sus deseos y miden la acción por las fuerzas que preponderan. Seguro estoy de que cuando prometió á los barceloneses la Junta Central, lo hizo con la mejor buena fe del mundo: después se vió comprometido y atado, como todos los progresistas de aquella disidencia, al carro de los moderados. Vino Torrejón de Ardoz, vino el embarque de Espartero en el *Malabar*; y el Ministerio López-Serrano ni pudo cumplir sus compromisos, ni en su precaria existencia logró otra cosa que servir de escabel para encaramar en el Poder á sus propios enemigos.

IV

No satisfacían á la Junta de Barcelona los propósitos del Gobierno de Madrid. Querían Junta Central á todo trance, según la promesa de Serrano. Negáronse á todo concierto, y nada fué capaz de torcer su intento: ni el anuncio de que se convocarían nuevas Cortes, ni el de que se propondría en ellas la declaración de mayor edad de la Reina, ni el nombramiento de Prim para el cargo de Gobernador militar de Barcelona. Creyóse este nombramiento simpático para los catalanes; pero en seguida se le pusieron en frente á Prim el batallón de la Blusa y los Voluntarios, por más que trató de reducirlos á la obediencia, arengándoles en la esplanada de Atarazanas. Fuí testigo de aquella escena desde la Muralla del mar. Eran las cinco de la tarde del 1.° de Setiembre. Los batallones estaban formados en masa, dando frente al sitio donde nos hallábamos los espectadores. No se oía ni una mosca. Prim, recién ascendido á brigadier, se presentó con uniforme de diario; levita cerrada, entorchaditos de plata y bastón de mando. Da un par de vueltas entre filas, y se encara con los Voluntarios. Estaba pálido, convulso, pero sereno, firme la mirada. De repente levanta el bastón en alto y dice con voz solemne: *¡Voluntarios! ¡la Patria peligra!* No pudimos oír más. Se armó un gran estrépito; las filas se rom-

pieron, las culatas hirieron el suelo, los cañones de los fusiles brillaron movidos en varias direcciones. Temimos una descarga, que por fortuna no vino. La muralla quedó despejada y Prim desapareció de nuestra vista. Supe después que á duras penas había conseguido, á favor del tumulto, salir de Atarazanas para trasladarse á la Ciudadela con las demás Autoridades que de Madrid dependían. Desde aquel punto la Ciudad quedó abandonada á la Junta, que se renovó con elementos más acentuados.

Ensoberbecidos con aquel triunfo, lograron afirmar su dominación los de la Junta, y entonces empezó para Barcelona aquel desastrado período de desdichas y anarquía que duró hasta últimos de Noviembre de 1843: bien cerca de tres meses.

Las dos terceras partes de la población emigraron en el acto. Nosotros tuvimos que aguantar la mecha por bastante tiempo, durante cincuenta y cuatro días. Fué en un principio para arreglar algunos asuntos; después porque mi Madre cayó enferma, postrada por una dolencia, efecto de tanto disgusto, de tanto sobresalto, que acabaron por quebrantar su espíritu y su cuerpo. De los cincuenta y cuatro días, ni uno solo pasó sin que oyésemos un vivo cañoneo desde el alba hasta anochecer, ni uno solo en que no llevaran por mi calle docenas de camillas con muertos y heridos. Pero algunos se señalaron más especialmente por el estrago y las matanzas. Tales fueron el 7 de Octubre, en que los sublevados intentaron tomar la Ciudadela, y tales, sin interrupción, desde el 20 al 24 del propio mes, cuando todos los Fuertes ocupados por tropas del Gobierno vomitaron á porfía sobre la plaza bombas, granadas y metralla. Entonces las parihuelas no pasaban por docenas, sino á centenares.

Había que tomar un partido para matar el tiempo, y ese fué salir todas las tardes á brujulear un rato por las calles; acompañábame mi Padre ó un amigo, el cónsul de Prusia, joven alemán muy instruído, que chapurreaba el castellano, y cada vez que silbaba una bala de cañón, decía, dando una patada en el suelo: *es un silbido infame.* En estos paseos nos arriesgábamos bastante, porque ya nos íbamos acostum-

brando al peligro y no nos dejábamos vencer del miedo. Un día, pasito á paso, fuimos llegando hasta un camino cubierto que habían practicado los insurgentes en la primera *rampa* de la Muralla del mar. En el momento de pasar nosotros, un proyectil de la Ciudadela vino á derribar parte del muro de contención, sepultando entre las ruinas á un joven de la Blusa, que estaba de centinela. Sólo un pie quedó fuera. Lastimados de este espectáculo nos retiramos; pero otro día diónos la humorada de deslizarnos por *los Cambios*, hasta las callejuelas contiguas á la plaza de San Sebastián; allí las tropas, desde el Muelle viejo, se tiroteaban con los Voluntarios colocados en las ventanas. En cada bocacalle había un pelotón dispuesto á hacer fuego. No me explico cómo pudimos librarnos de un balazo, y aun tuvimos la santa calma de pararnos en una esquina para preguntarle á un arrapiezo de fusil y canana si tenía miedo. Naturalmente, de estas cosas no chistábamos palabra á mi Madre, que, á saberlo, hubiera salido á disgusto diario. Pero, ¿qué había que hacer? ¡Es tan aburrido vivir en una plaza sitiada!

En honor de la verdad, tales calaveradas se repitieron pocas veces. Lo más común era sentarnos en alguna tienda, de nuestra calle ó de las vecinas, y esperar el desfile de las camillas, por si había alguien á quien socorrer en el barrio. Si queríamos estirar las piernas, avanzábamos hasta la Rambla, en traje de toda confianza, zapatillas, bata y creo que en mangas de camisa, porque, á la verdad, la sociedad que habíamos de encontrar, sin distinción de aliados y enemigos, no exigía mayores etiquetas. La Ciudad desierta; únicamente, y á todas horas, circulaban patrullas, retenes ó pelotones sueltos de ciudadanos de la Blusa, con aire matón, torva mirada y caras de vinagre. Habían tomado estas fuerzas el nombre de *Camancios* ó de la *Jamancia*, según dicen, del verbo *jamar*, que equivale á comer, en germanía. Sobre la blusa azul, que era la prenda reglamentaria, Jefes y Oficiales ostentaban los distintivos é insignias militares. Los rasos usaban fusil, ó carabina ó trabuco, y en el cinto la canana, un par de pistolas y un puñal bien afilado. Pantalón gris, dejando al desnudo media pierna; alpargatas, gorro encarnado con

borla negra, y casi todos barba Luchana, ó sea bigote caído y unido á la perilla. Burlábanse de los proyectiles, haciendo diario alarde de arrancar las espoletas. En el Fuerte del Mediodía y en el ataque de la Ciudadela se acreditaron de valerosos hasta la temeridad y, en ciertos momentos, hasta el heroismo. A modo de condecoración, muchos de ellos lucían en el pecho una *paella* ó sartencita de plomo, que correspondía á su terrible grito de guerra: *madurs á la paella* (moderados á la sartén). Era el *trágala* ó el *ça ira* de aquellos alborotadores. También cantaban himnos patrióticos de su invención. El más popular era el que terminaba con el siguiente estribillo:

Chim, chim, chim,
Viva la Junta, viva la Junta;
Chim, chim, chim,
Viva la Junta y mori en Prim.

Yo, que estaba leyendo entonces, con más interés que nunca, la historia de la Revolución francesa, encontraba en aquellas escenas algo como una pequeña reproducción de la época del Terror, afortunadamente sin la guillotina. Algunos furiosos corrían sueltos por las calles, blandiendo enormes sables y dando á discreción vivas y mueras; y entre ellos se distinguía un *locatis* que campeaba de valiente y se cosió en las mangas los galones de teniente coronel, no sé si dados por la Junta ó improvisados á capricho. Holgábame yo mucho con hacerle charlar, y cualquiera que me hubiese visto mano á mano con tan extraño personaje, creyera de fijo que me estaba ensayando en el oficio de descamisado, para el cual, y Dios me lo perdone, me he sentido siempre con poquísima vocación, apesar de mis ideas avanzadas.

Entre tantas miserias, lo que más de cerca nos afligía era la escasez de víveres. Pagábamos 30 reales por una gallina; la vaca y la ternera andaban por las nubes; el vino lo acaparaban los de la Blusa. Estábamos á ración de pan, porque no había provisión de harinas.

V

Con qué ansia esperaríamos el día *posible* de nuestra salida, no es para contado, sino para presumido. Al fin llegó, ya restablecida mi Madre de sus dolencias; y era urgentísimo abandonar la Ciudad, porque, desde el nutrido fuego del 20, todo hacía temer un próximo y horroroso asalto. Primero, para salir, necesitábamos un pase, que nos dió, de su puño y letra, D. Rafael Degollada, el Presidente de la Junta. Con cuyo interesante documento nos pusimos en marcha todos los de la familia y un par de criados hacia la puerta del Ángel, el día 25 de Octubre á las diez de la mañana. Allí nos esperaba una sorpresa cruel. Montaba la guardia una sección de la Blusa, con un oficial de malísima traza, pecoso, mal carado y ojos á la sombra. Tomó el papel escrito por Degollada, dióle cien vueltas, y mirándonos con aire despreciativo, nos dijo que era un papel mojado. «Mirad cómo habláis,» le contestamos; mas él, sin inmutarse, replicó que Degollada era un mentecato; y que yo no podía marcharme, porque, como mayor de diez y siete años, debía estar incluído en el alistamiento. Aquí fué mi enojo: no tenía yo diez y siete años, sino quince; y, aunque hubiera tenido veinte, me sonreía poquísimo la idea de ponerme á las órdenes de la Blusa. Tuvimos que escurrir el bulto, y encomendándome á mis pies, busqué la salida por la puerta de San Antonio al otro lado de la población; donde reunidos tropezamos con un Jefe fino, atento y como súbdito de la Junta, menos *autonómico* que el capitán de gorro colorado.

Ya hemos cruzado la puerta: ya vamos atravesando el puente levadizo: ya tocamos al segundo rastrillo, al foso, al contrafoso, al glasis: ya estamos en campo raso. ¿Somos libres? Todavía no: aquí es cabalmente donde Cristo empieza á padecer. Para llegar á Sans tenemos que recorrer, á pie y á pecho descubierto, una distancia de más de seis kilómetros.

No se ve un alma. En la Cruz cubierta, á unos cuatro kilómetros, están las avanzadas del ejército sitiador, mandado por el General D. Laureano Sanz. Detrás hemos dejado las murallas coronadas de voluntarios que suelen matar el tiempo andando á tiritos con la tropa. ¿Nos mandarán algún confite esos bárbaros? ¿nos tomarán por blanco de sus carabinas? Adelante, pero sin correr: entonces nos cazarían creyéndonos desertores. Entre mi Padre y yo vamos, no llevando, sino arrastrando á mi Madre. Se le doblan las piernas: hay que sostenerla, hay que animarla, hay que distraerla. Si silba alguna bala, hagámonos los desentendidos para no alarmar á la pobre señora. Los criados tienen ya bastante con el peso del equipaje.

Hemos llegado á las avanzadas de Sanz. ¿Quién vive? España. ¿Qué gente? Paisanos. Nos destacan cuatro soldados y un cabo. ¡Maldición! Ahora recuerdo que Degollada ha dado á mi Padre, con el pase, una carta para un individuo de la familia del Presidente. ¡Si registran á mi Padre y le encuentran la carta de Degollada! No nos registran: nos hemos salvado: acabó la amarga serie de desventuras.

Encontramos el pueblo de Sans atestado de gente. Nos reciben con una verdadera ovación: nos abrazan, nos besan, nos matan á mimos.

Todo el mundo quiere tenernos á comer. Eran las cinco de la tarde y desde las seis de la mañana no había entrado en nuestro estómago más que una jícara de chocolate. Comimos ¿qué digo? devoramos. Recuerdo que me dí tal atracón de higos que llegué á perderles la afición.

Era nuestro intento irnos en derechura á la costa de Levante. Antes de poner por obra este designio, necesitábamos un carruaje. ¿Carruaje? Imposible. Coches, carros, caballerías, todo lo tenía embargado la tropa. En tal conflicto, á duras penas pudimos pescar un mal tartanucho que nos llevó al Masnou por la *módica* suma de 120 duros.

En el Masnou diónos cordial hospitalidad el Cura párroco, en cuya casa vinimos á juntarnos algunos amigos y deudos, en todos una docena. Tenía el P. Maresma, que así se llamaba el cura, una escogida biblioteca de obras teológicas y

de polémica religiosa: la *Suma*, de Santo Tomás; el *Evangelio en triunfo*; los *Sermones* del abate Frayssinous, y otras ciento del mismo corte. No me daba manos á registrar aquellos libros, y buenos ratos me pasé con ellos. Pero, á falta de novelas, mi principal deleite era la Teología moral del P. Lárraga, casuista amenísimo, oráculo de nuestros clérigos de misa y olla, y gran rebuscador de picardías y picardigüelas que me tenían embelesado. Gustaba yo mucho de sus sutilezas; y allí supe muchas cosas que tal vez ignorarían toda la vida los vulgarísimos mortales, si no hubiera acertado á dar con ellas la lozana imaginación de los Sánchez y Escobares antiguos y modernos.

Una familia había en aquella emigración, con la cual hice las mejores migas. Era un matrimonio americano recién llegado de Cuba con buena provisión de peluconas. Decían en el pueblo que el marido había sido boticario; y no tenía trazas de tal, sino de persona de mucho rango, según era de ceremonioso y de acaramelado en su trato. Otros le hubieran creído tambor mayor por su alta estatura y por haberle dotado la Providencia con una espléndida barba que le llegaba hasta la cintura. Aquella barba era su pasión: la peinaba, la rizaba, la perfumaba con delicadísimo esmero; y añadían que todas las noches al acostarse la enfundaba en un bolsón impregnado de ricos olores. Cosa que, en verdad, no me hubiera causado maravilla: que esto y mucho más había de parecer poco para sustentar la frondosidad y la lozanía de aquella fábrica atrevida.

Josefita, su mujer, era una hermosa criolla, una macambita del género flojo, agraciada de rostro, aunque tirando á obesa. No se le conocía más que un defecto, muy común entre sus compatriotas. Detrás de cada comida y después de cada cena, desenvainaba un veguero colosal digno de que se lo fumara un bigotudo coronel de coraceros.

Aquel matrimonio tenía la honra de poseer un legítimo Terranova, comprado en América: primer ejemplar que conocí de la casta. Soberbio animal, de negras y sedosas lanas, manso, inteligente, retozón y tragonazo, que de un simple lametón se merendaba un par de perdices al menor descuido

de la cocinera. *Cólom* y yo nos queríamos mucho. A la más pequeña insinuación venía flechado sobre mí, dando brincos á derecha é izquierda, meneando todo el cuerpo, haciendo mosqueador de su ancho plumero, centelleándole los ojos más amarillos que el oro, jadeante de placer con la lengua fuera, sobre la fresca encía una herramienta más blanca que el marfil y echándome las patazas en la falda ó sobre el hombro. Hartábale yo de golosinas: razón de presupuesto que le obligaba á hacer grandes extremos y á ser conmigo muy ministerial, de esos que se agarran al grupo sin más condición que la pitanza. Pero *Cólom* era consecuente, según es razón y costumbre entre canes bien educados: su adhesión á mi persona no fué una de aquellas amistades de verano tan usuales entre esos seres inferiores que se llaman hombres en general, ó entre aquellos otros seres, no sé si inferiores ó superiores, pero dotados de grandísimo olfato que se llaman hombres políticos. Siguióme á Calella; y cuando, un mes más tarde, volvimos á Barcelona á reponernos de los pasados sustos, raro fué el día, durante muchos años, en que el amigo *Cólom* no viniese á saludarme en mi propia casa, para hacerme la visita de estómago agradecido.

1843 — 1846

SECCIÓN PRIMERA

Por qué fuí.—Manos regias.—Un Derecho muy torcido.—Lo que llegó á ser el espíritu universitario.—¿Para alumnos ó para cuartel?—Sopistas y boticarios.—Los figurones del cuadro.—Del uso de armas prohibidas.—*Vieni meco, sol di rose.*—Figuras correctas.—Las eminencias: Martí de Eixalá, Permanyer, Figuerola.

I

Un pecadillo. El día 5 de Marzo de 1844 formé parte de la *Juventud dorada*, que, bajo la dirección del gallardo Abaria, *ilustró* la entrada en Barcelona de la ex-Reina Gobernadora, al volver de su destierro. Sírvanme dos cosas de disculpa: por de pronto, mis quince años con el piquillo, edad dispensada de tener criterio político; y luego el hambre natural de tomarme algún desquite por los pasados sustos, que no me salían del cuerpo. Esto traen consigo excesos como el de la Jamancia. Los moderados no cabían en el pellejo al ver aquel recibimiento incomparable y el vuelco que las cosas iban dando.

La población acudió en masa: banderas, gallardetes, colgaduras, salvas, campaneo, *Te-Deum* en la Catedral, arcos triunfales y un clamoreo inmenso. ¡Viva la Madre de los españoles!—voceaban los más ardientes.

La carrera fué larga. Desde el apeadero de la Puerta Nueva, siguió la comitiva por la calle Alta de San Pedro, plaza de Junqueras, calles Condal y de Santa Ana, Rambla en toda

su prolongación, desde Canaletas á Atarazanas, Dormitorio de San Francisco, calle Ancha y plaza de San Sebastián, hasta Palacio. Íbamos á quién se llevaba la prez del lucimiento y bizarría, tiesos, en dos filas, sombrero en mano, de frac ó levita negra, despejada la conciencia y con plena seguridad de que el acto de conmovedora virtud que estábamos *perpetrando*, era uno de los más dignos de figurar en los anales de la Patria. Llegados á la regia morada, nos admitieron, á lo que suele llamarse en lengua cortesana, el honor de besar la Real mano. Fueron las primeras manos soberanas que besé: probablemente serán las últimas.

II

Acababa de matricularme en primero de Leyes, cuya carrera, que seguí completa en aquella Universidad, duraba siete años: dos cursos de Romano, dos de Civil español con Mercantil y Penal, uno de Cánones, otro de Disciplina eclesiástica y otro de Procedimientos con la Práctica; ítem más: las asignaturas auxiliares de Economía política, Derecho constitucional, Administración y Oratoria forense.

Durante larguísimos años, nuestras Facultades de Derecho no han conocido otros moldes. Así los confeccionaron los doctrinarios, y así los han dejado pasar, hasta hace poco, los hombres de la cáscara amarga, cada vez que les ha caído el lote del mangoneo. Mangoneo: otros dirán el Poder: no reñiremos. Ya llegará día en que aquí mismo ventilemos, á nuestras anchas, esos *tiquis miquis* de lenguaje.

Ocupados en sus eternos cabildeos, no tenían tiempo nuestros políticos para pensar en asunto tan baladí como el arreglo de los cuadros de enseñanza. Verbi gracia: un Ministro de Fomento de los más rapados—y cuidado si los ha habido á navaja—hubiera podido preguntarse, entre dos cigarrillos: Derecho romano, ¿por qué dos añazos? ¿Hay mucha, mucha necesidad de sorberse toda la sustancia del Có-

digo, Pandectas y Novelas? Admitido en que una parte de nuestra legislación tiene por base el Derecho romano. No es menos cierto que, para la vida moderna, el romanismo sólo representa ya un interés histórico. ¿Cómo no llevarle á la historia general del Derecho? Y ya que se considerase necesario como estudio preliminar, ¿por qué no haberlo reducido á un curso de lección diaria, si no de lección alterna?

Sin ser Ministro de Fomento, ó como se llamase entonces el del ramo, estas preguntas me asaltaban en 44 y 45 cada vez que cogía los bártulos; pareciéndome muy extraño que un aprendiz de abogado perdiese lastimosamente el tiempo averiguando de qué manera se casaban las romanas, qué clase de caricias se hacían allí á los esclavos, cómo y con qué donoso desenfado permitía la ley al Padre tratar á hijos y á esposa, en qué consistía el derecho quiritario, qué libertades se iban tomando los pretores y qué genero de embolismos usaban aquellos ciudadanos para hacer testamento, ó para contratar y obligarse.

No despertar, por Dios, á los rancios de borla magna, porque entrarían tirando piedras. Pues hay todavía que oír; y vamos á la Disciplina eclesiástica. Pase, me decía yo, que nos forzaran á estudiar un año de Cánones, á lo más con lección alterna. Al cabo el abogado encuentra allí todo lo relativo al matrimonio católico; y es muy probable que, en muchísimos años, no logremos aquí sobreponer, como es debido, el matrimonio civil al religioso. Digo en las costumbres, en el seno de las familias: que en leyes y decretos no hay cosa más fácil.

Ya me resignaba, pues, á tragarme mis tomitas de Canónico. Pero Disciplina eclesiástica, ¿á santo de qué? O era un pretexto para añadir otro curso de Cánones al oficial, ó era el mismo Canónico presentado bajo otro aspecto: examen más detenido de la Jerarquía, estudio empalagoso de los Concilios, análisis de las Colecciones canónicas. Además, para que se luciera el Profesor, agregaban un resumen de la Historia de la Iglesia, asignatura inútil bajo el punto de vista profesional, deficiente si no se combinaba con la Historia general de las Religiones.

Con lo cual queda demostrado que, en tratándose de lo histórico y de lo pertinente á la Iglesia, nuestros programas de Derecho tiraban siempre de largo. No así en la parte sustancial de la carrera de Leyes, donde todo era media ración y cicatería. Derecho civil español—el plato de resistencia—dos cursos, uno elemental, otro de ampliación. ¿Qué quería decir ampliación? Ellos lo sabrían: yo nunca lo he comprendido. Derecho foral, omitido; Derecho mercantil, lección alterna; Derecho penal, lección alterna. Un cuarto de curso para el Político: otro cuarto para el Administrativo: Procedimientos á escape, con media docena de academias, en el último año, para la Práctica forense.

Tanta esplendidez para unos, tanta miseria para otros, ¿á qué razones obedecerían? Empezaba entonces á sospecharlas; después claramente las he visto. Y, pues, razones hubo, permítame el lector que las exponga, vertiendo aquí todo mi pensamiento.

III

¿Cómo se fundaron las Universidades? A la sombra de la Iglesia; por la iniciativa ó con la cooperación ó bajo el patronato de la Santa Sede. Ella *las hizo*, como diría el arrepentido Taine. A ella acudían ó con ella contaban los Poderes civiles para dar forma á sus estudios.

¿Sobre qué base se concertaron estos estudios? Sobre la Teología y sobre entrambos Derechos: canónico y romano. Representaba el canónico la omnipotencia del Sacerdocio, acaso mejor la pontificia, con la ingerencia de las falsas Decretales. A su vez, el Derecho romano, merced á las argucias de los jurisconsultos de Bolonia, iba, desde el siglo XIII, introduciendo en el Estado político las notas del antiguo imperialismo, con la doctrina del *quidquid Principi placuit*.

Mas, poco después, cuando empezó con Bonifacio VIII, la ya no interrumpida decadencia del Poder pontificio, y sobre él se fueron levantando y á sus expensas se fortalecieron los

Poderes temporales, sobrevino la lucha entre el *regalismo* y el *ultramontanismo*, segunda forma de la más antigua entre el Imperio y el Sacerdocio; y ambas tendencias se expresaron científicamente en las Universidades pontificias y reales. La doctrina de las regalías buscó su apoyo en el romanismo, mientras que los ultramontanos instintivamente se refugiaban en el *mare magnum* de las colecciones canónicas.

Cruel y empeñada fué la guerra entre ambas parcialidades; sorda en ocasiones, en otras abierta y declarada, como en la Sorbona, cuyas reyertas teológico-políticas turbaron más de una vez la plácida calma de los *præstantissimi*. Para una sola cosa se reservaron tregua perpetua; para defender en común, con uñas y dientes, la prioridad de posesión que habían obtenido en los dominios del magisterio. La jugada era continuar unos y otros siendo dueños absolutos del campo universitario y señores indiscutibles del Gremio y Claustro. Habían decretado que Santo Tomás, Graciano y Justiniano, representaban los únicos estudios serios, únicos superiores y únicos fundamentales. Gracias que se dignasen tolerar, en un rinconcito de las aulas, algún curso oscuro de Medicina ó de otra ciencia antropológica, si el progreso de los tiempos lo exigía. Alternar un Doctor en sagrada Teología ó *in utroque* con un simple Maestro en Artes, era exceso de modestia que repugnaba á las costumbres admitidas; y ya sabemos que, con el título de Maestro en Artes, solían coronarse los estudios filosóficos y literarios, y tal vez alguno científico, barajado entonces con la alquimia y otros ocultos *prodigios* de la Hermética.

Así se fueron perpetuando, en fuerza de la tradición, las preeminencias reservadas á algunas Facultades en los Cuerpos universitarios, y esas otras preeminencias, todavía más extrañas, de ciertos y determinados estudios dentro de la Facultad de Derecho. De la propia suerte que nos habían hecho creer en la imposibilidad de dar un paso científico sin el auxilio del Latín, así habíamos convenido en que no era dable adelantar en el estudio del Derecho sin el más profundo y cabal conocimiento de la jurisprudencia romana. Primero, Cuyacio, después Vinio, Heineccio y Domat se habían hecho

indiscutibles. Aureas llaves para abrirlo todo, las cabezas estrechas y las inteligencias de vuelo.

En vano iban cambiando de aspecto los conceptos científicos desde la Revolución francesa y á medida que avanzaba el presente siglo. En vano la invasión del racionalismo iba minando el derecho divino de los Reyes y el predominio de la Iglesia. En vano aparecía cada vez con mayor claridad el sentido puramente arqueológico de las instituciones civiles y políticas de la antigüedad clásica. En vano se iban descubriendo en la sociedad moderna formas y necesidades antes desconocidas que con urgencia reclamaban entrada y admisión en la vida del Derecho; un Derecho *político* enteramente nuevo, engendrado bajo la acción del espíritu democrático; un Derecho *administrativo* calcado sobre los múltiples organismos y las variadísimas funciones del complicado *Estado* moderno; un Derecho *penal* severo pero humanitario, restaurador de la ley, regenerador, reparador, correccional sin estériles venganzas ni bárbaras expiaciones; un Derecho *mercantil* é *industrial*, reflejo del movimiento económico de nuestros tiempos, cambios, manufactura, luchas y superiores armonías entre el capital y el trabajo, empresas, Bancos, Compañías y Bolsas; un Derecho *procesal* como lógica judiciaria destinada á garantizar las demás formas del Derecho con la buena organización de tribunales, con la simplicación del procedimiento, con la publicidad, con el Jurado. Y en vano, también, estaba ahí la Historia demostrando que, para una gran parte de nuestro país, el Derecho romano fué una importación exótica favorecida por las especiales aficiones del Rey Sabio; y que, cuanto tiene nuestro Derecho patrio de original, de espontáneo, de característico y de nacional, sobre todo en tierras de Castilla, arranca propiamente del Fuero Juzgo, se elabora en los Fueros municipales, continúa en el Fuero Real, pasa por el Ordenamiento de Alcalá, toma precisión y claro concepto en las Leyes de Toro, y va á terminar en las antiguas cédulas y ordenanzas ó en las modernas leyes constitucionales.

Todo esto era y será, para los rutinarios, predicar en desierto. ¿A qué extrañarlo? Aun ahora, en las reformas de que

recientemente han sido objeto nuestras Facultades de Derecho, todavía se dejan sentir las influencias romanistas y otras no menos *arcaicas.*

IV

En mi época, los estudiantes de Leyes no habíamos tenido la suerte de alcanzar el soberbio edificio que después se levantó de planta en Barcelona, con destino á Universidad. Nos trataban con más llaneza; alojados entre las venerandas ruinas del ex-convento del Carmen, en la calle del mismo nombre. Dos claustros con reminiscencias góticas y una escalera monumental; lo demás, un cuartel de caballería. Aulas con traza de pabellones; otras, en la planta baja, tirando y hasta oliendo á cuadra; algún balcón, mucha ventana grande, mucha ventana chica, rejas con fuertes barrotes, gruesos sillares de antaño combinados con obra reciente de mampostería; cuchitriles y largas crujías. El mismo salón de grados, aunque espacioso, parecía un cuarto de banderas.

Lo de dentro tan ruin como lo de fuera. Ni una sala de descanso, ni una clase dispuesta en anfiteatro ó en gradería. Muy serio el catedrático, de toga, en una estrecha tarima, sillón danzarín, mesa de rico pino pintada de negro, y en ella el prehistórico tintero chato, de plomo, erizado de plumas de ganso. A lo largo de la clase un par de docenas de bancos carcomidos, tocados de cojera inveterada, con grecas de mugre y festones á varios tintes, algunos enriquecidos con edificantes leyendas, desahogo de una bilis mal contenida, de un capricho licencioso ó tal vez de amorosas cuitas. Dichoso el que podía pillar asiento con respaldo, pues *con* y *sin* los había: el *sin* padecí yo durante cursos enteros, encorvado, en amable consorcio con una pared pringosa y tan húmeda, que me regaló en el costado derecho un simpático reuma, del cual no me ví libre en muchos años. Algunos muchachos, poseídos de la manía de los *carvers* norteamericanos, se en-

tretenían grabando en hueco con navajitas sobre bancos y banquetas: cortaban, recortaban, rajaban, sajaban y tallaban con un primor artístico digno de mejor teatro. De ahí una continua pendencia con la gente de la casa, que nos juntaba á escote para pagar los desperfectos; porque, como es fácil de adivinar, nunca parecían los autores del delito. Un día nos encajaron cuatro duros de multa por barba; entramos en consejo, y en son de protesta decidimos emprenderla de un golpe con todos los bancos, á fin, decíamos, de restablecer el equilibrio entre lo roto y lo pagado. Pocas aulas tenían puerta grande: las más eran angustiosas y tan aprovechaditas, que entrábamos á codazos y salíamos á empujones.

Así nos trataban á los escolares aquellas Administraciones. Pero nos quedaba un consuelo: que todo lo relativo á servicios públicos estaba de la misma manera, con una sola excepción, el elemento militar. ¿Cómo no, si *los de tropa* tenían el padre alcalde? Imperaba Narváez.

Realmente, en aquella Universidad no había más que cuatro cosas medianamente decentes: los ya mencionados claustros, la sala rectoral, el jardín botánico y un alero de nueva fábrica destinado á cátedras de Farmacia. Los claustros eran un gran recurso para pasearse los viejos en días lluviosos. Nosotros íbamos allí media hora antes de clase, con el libro en la mano, vuelta á derecha, vuelta á izquierda, apuntalando el último párrafo de la lección: la fecha del Concilio, la cita legal, el trozo enrevesado del Digesto ó de las Partidas. Los alegres traían novelitas de sensación: Féval, Sue, Dumas, Soulié y otros variados entremeses. Pasábanse días enteros discutiendo temas de esta profundidad: si *el trabajo de toda la jornada* es ó no frase castellana.

No hubiera aconsejado que frecuentasen aquellos claustros ni las personas muy serias, ni los devotos, ni mucho menos las señoras. ¡Qué museo en las paredes, debido al lápiz de exclarecidos ingenios! Lo más raro era que nadie cuidaba de hacer borrar aquellas abominaciones. Allí quedaban para perpetua memoria contra el decoro público ó la intachable honra de beneméritos profesores. Uno principalmente había que era blanco de todos los epigramas, en caricatura y en leyen-

da: llamábanle *el Frare Magí,* por lo rubicundo, lo frondoso de megillas y lo carnosico del cerviguillo. Entre otros infinitos caprichos que le dedicaron, recuerdo el siguiente estribillo, que tuvo que tragarse durante dos ó tres años, en letras gordas, y en uno de los sitios más visibles.

«¿Per qué lo frare *Magí*
sembla un gall ben enllardat?
Perque carrega de ví
y té lo clatell pelat.»

Los ilustrísimos Jefes de la casa se habían propinado una Rectoral con todo el atavío moderno; mobiliario de palo santo, mullida alfombra, cómodos sillones de damasco, cortinajes de ídem y la consabida escribanía de plata que campeaba en el centro de la mesa de despacho.

Sólo tres Rectores conocí en los siete años: D. Domingo María Vila, antiguo progresista, D. Joaquín Rey, antiquísimo moderado, á quien Fernando VII había hecho magistrado, porque en las Cortes del 20 al 23 se mostró algo propicio á los señoríos; y el último, otro caballero ya entrado en años, procedente también de la magistratura; plantadete, elegantón y tan aprisionado en sus botinas que parecía andar sobre ballestas. No soltaba el puro de la boca; y cuando fuimos á felicitarle en comisión por haber tomado posesión del Rectorado, creyó oportuno obsequiarnos con una bandeja de habanos. A cuyo galante ofrecimiento, el alumno encargado del *speech* contestó á nombre de todos, con esta solemnísima pitada: «Gracias, no tenemos *ese vicio.*»

¡Anomalías españolas! El Secretario general no fué removido en muchos años. ¡Siempre el mismo nuestro excelente plumífero! Peluquín entre castaño y bermejo, gafas verdes con gruesa montura de oro, caladas unas veces, otras levantadas sobre la frente, levita parduzca de manga semi-ajamonada. Coquetón en el andar, arrastrando la punta del pie derecho, y arrastrándola más cada vez que os saludaba. Era el hombre de las reverencias y de las sonrisitas amables; bragadito con los chicos, pero de buena pasta si le sabían tomar el aire.

Del jardín botánico, que había sido huerta del Convento, se tomó en 1846 un gran solar para instalar la Facultad de Farmacia con aulas, laboratorio, gabinete y biblioteca. De manera que los caballeros boticarios consiguieron con facilidad lo que no logramos obtener los pobres legistas, que á medirnos por lo mísero del local, bien podíamos ser incluídos en la categoría del sopista, terciado el manteo y rascando la guitarrilla.

V

Mas ¿qué importaban las estrecheces del material, si de sobra con el personal se compensaba?

No diré que todos nuestros Profesores de Derecho tuvieran igual talento ni la misma entereza para gobernar con madurez una cátedra; pero todos sabían y sabían mucho; los jóvenes en estudios modernos, los viejos como erudición y profundidad, si bien con algunos resabios de Cervera.

Dos había de estos *cerverinos* que eran un pozo de ciencia; ergotistas de afición, glosadores de oficio, buscadores y rebuscadores de toda clase de rarezas que iban á sorprender en las últimas rinconadas de los Códigos. Grandes amigos de chascarrillos, paradojas, picantes anécdotas y palabrillas de doble sentido. Tipo conocidísimo en el profesorado de hace medio siglo. Solazábase en extremo uno de ellos con tenernos en perpetua risa; como cuando después de haber hablado de los derechos y obligaciones del marido, y al pasar á la esposa, decía señalando á la puerta: «ahora entran las mujeres.» Y todo el mundo volvía instantáneamente la cabeza, creyendo ver penetrar por aquellos umbrales una legión de diablillos con faldas. En los exámenes gustaba mucho de desconcertar á los mejores alumnos soltándoles, por ejemplo, preguntas de este calibre: «Diga V., ¿qué hay de particular en el matrimonio?»

El otro era un acérrimo catalanista, nacido, como decía

Voltaire de Pascal, un siglo antes de lo debido, á juzgar por el imperio que va tomando en nuestros días aquella variedad del separatismo. Hacía gala de no conocer más que el latín y el catalán; menospreciaba el francés y se burlaba del castellano. Cierto día quiso asistir á su cátedra un alemán que andaba viajando por España, y aunque la entrada era pública, creyó del caso el infeliz pedir cortesmente permiso. Expresó su deseo en no sé cuántos idiomas; pero el profesor no entendía ninguno ó aparentaba no entenderlo; hasta que ya cansado de tanta gerigonza, vuélvese airado al extranjero y le dice con la mayor secatura: «Hable V. en catalán y nos entenderemos.»

Tenía nuestro incomparable Maestro cierto adlátere que le sustituía en ausencias y enfermedades y aun solía danzar por otras cátedras cuando la necesidad lo requería. Sabiéndole flojillo de carácter y de medianos alcances, no había bellaquería que no inventaran para mortificar al santo varon. Por aquellos tiempos vivía Barcelona en constante estado de sitio, con penas severísimas contra los que se permitiesen usar cualquiera clase de armas. Hubo una temporada en que la policía desplegó en este punto un rigor extremado, y cabalmente en aquella ocasión, tocóle al desdichado sustituir la cátedra de Derecho penal. El día en que calcularon que se hablaría del uso de armas prohibidas, convinieron en llevar todos, debajo la capa, alguno de aquellos apéndices de contrabando: quien puñal, quien daga, quien pistola, quien un cacho de florete y hasta apareció un trabuco recortado, que sabe Dios de dónde lo sacarían. Concluída la explicación, en el momento en que el Profesor acababa de preguntar á un alumno:—«¿Cuáles son las armas prohibidas?»—«Estas,» dijeron todos á un tiempo sacando de improviso á relucir la colección de herramientas. No he visto otro prójimo en tan amargo apuro. «VV. me comprometen y empiezan por comprometerse á sí mismos; vendrá la guardia; dejen VV. esas armas en la portería.» Explicáronle la broma; el hombre se tranquilizó, y el lance no tuvo consecuencias.

Dábame pesadumbre ver cómo abusaban de aquel bendito, que era el colmo de la blandura. Con tal franqueza nos tra-

taba, que llegaba á confiarnos los asuntos más íntimos de su familia; nos explicaba el *arte* de hacer testamento en toda regla, cosa que, por no haber de qué, nos tenía á los chicos sin cuidado, y nos decía el modo de gobernarnos con la clientela cuando concluyésemos la carrera. Porque los clientes—eran sus palabras—son muy pillos y siempre están discurriendo la manera de pegársela al abogado. Por eso confesaba que siempre les apretaba las clavijas, sin el menor escrúpulo de conciencia, y nunca subía á estrados sin ponerles cuarenta durejos de gabela por el trabajo de aprenderse los informes de memoria.

Otra víctima contra quien soplaban los gateras la llama de la sedición, era el primer Profesor que tuvimos de Economía. Hombre de prendas allá en sus verdes años. Pero entonces estaba en plena Villavieja, cegato, tardón en la palabra, y en su aula nos reuníamos cerca de 300 alumnos procedentes de varios cursos; efecto de aquel continuo zarandeo á que perpetuamente viven condenadas las asignaturas llamadas auxiliares. Era la época en que hacía furor el *Hernani* en el teatro de Capuchinos. Todos nos lo sabíamos de memoria. Cuando más engolfado estaba el Profesor en la solución de un problema económico, toda la banda de la derecha salía entonando á la sordina la famosa romanza del barítono.

Vieni meco, sol di rose
Intrecciar ti vo'la vita.

—¡Silencio!—gritaba el Profesor volviéndose á la derecha y dando fuertes puñetazos en la mesa. Entònces los de la izquierda, aprovechando la distracción, cogían á su vez la estrofa, y continuaban con brío:

Vieni meco, ore penose
Per te il tempo.....

—¡Fuera! ¡Fuera!—vociferaba el hombre, ya descompuesto, levantado del sillón, batiendo el aire y en un estado de excitación indescriptible. Y como ya él nada oía, ni veía, ni entendía, la clase entera, como movida por un resorte, se ponía

de pie, y en medio de una espantosa grita repetía setenta veces la conclusión de la frase:

.... no, no, no, no, non avrá.

Avisaba al Rector, echaba á los cabezas de motín, llovían suspensiones, pero en vano. No hubo medio de corregir su mala estrella haciéndonos entrar en caja.

Nótese bien una cosa. La mayor parte de estos desórdenes escolares no tienen su origen en los alumnos: vienen de más arriba. Sobre que la Economía política, tal como se explicaba antes de Bastiat, era de un género absolutamente secante, lo monótono de aquellas explicaciones bastaba para retraer á los más celosos. Pues ¿y el texto? ¡La obra de D. Eusebio María del Valle! Además, nos habían acostumbrado á una muletilla para salir del paso en cualquier apuro. Con decir: «Esto depende de las circunstancias,» estábamos al cabo de la calle.—«¿Cuáles son los elementos del precio?—Esto depende de las circunstancias.—¿Cuál es la ley de los salarios? —Esto depende de las circunstancias.—La renta de la tierra, la formación del capital.....—Diré á V.... depende de las circunstancias.»

Forma de dar atractivo á una asignatura, con manjar tan esquisito. Así se espaciaba el espíritu cuando, al dejar aquel tócame Roque, entraba uno en la cátedra de Feixó, distinguido profesor de Romano. Todo hacía simpático á Feixó, hasta su quebrantada salud. Joven, rubio, pequeñito, tisiquillo, devorado por los estudios y los trabajos de bufete, que abreviaron sus días. Tenía una elocuencia dulce, persuasiva y correctísima. Siempre serio, siempre digno, siempre levantado. Espíritu enteramente moderno, que á fuerza de talento y asiduidad, iba siguiendo el paso á las últimas evoluciones de la ciencia con Hugo, con Savigny, con Niebuhr, con Ortolán.

Por otro estilo, eran también muy estimados los Dres. Vergés y Sivilla: ambos canonistas. D. Tomás Sivilla, hoy Obispo de Gerona, era entonces seglar: sencillo de maneras, compostura grave y mesurada, palabra insinuante, empapado en

su Disciplina eclesiástica, que exponía con claridad, muy metódicamente y sin arranques. Los arranques quedaban para su compañero Vergés, también seglar entonces y viudo con siete hijos. Del género tremebundo: largo, moreno, señalado de huesos, formidable acento y unos brazos y unos puños, que en su caso podían emplearse á guisa de argumentos. Dificulto que haya en España quien, como canonista, le haya superado. Eso sí, rabioso ultramontano. No digo Van Espén ó Aguirre: ni Cavallario, ni Selvaggio, ni el infeliz Devoti le satisfacían. Cuando tropezaba, en la explicación, con algún personaje de la Reforma, con Lutero, Calvino, Zwinglio ó con Melanchton, daba unas voces tan cañoneras que se oían desde la calle. Y como al mismo tiempo era buen orador, y tenía robusta y cadenciosa frase, y, al hablar de los enemigos de la Iglesia, le centelleaban los ojos y la boca le espumaba, nos tenía atónitos, inmóviles, casi aterrados; y, más que por lo que decía, llegaba á convencernos por lo que espantaba. Si hubiese vivido en el siglo XVI y al alcance de su mano hubiera pillado á los héroes del protestantismo, quizás, quizás estaría de más el Concilio de Trento con sus definiciones y anatemas. Un buen tirón de orejas de Vergés hubiera bastado para imponer perpetuo silencio á aquellos demoledores.

VI

Había tres hombres superiores: Martí de Eixalá, Permanyer y Figuerola: el primero, menos conocido en Madrid que sus dos colegas. Martí de Eixalá explicaba Derecho civil español, pero ante todo era un filósofo: pertenecía á la escuela escocesa, cuyas doctrinas habían penetrado en España por conducto de Cousín y de Jouffroy. Por consiguiente, partidario decidido del método de observación, preconizado para las ciencias morales por Tomás Reid y Dugald Stewart: como ellos, enemigo de la conjetura y de la hipótesis: como ellos, encerrado en el estudio de los hechos, de sus caracteres y de

sus relaciones; es decir, de lo fenomenal para llegar á la certidumbre. Rara coincidencia entre la filosofía escocesa y la de los modernos positivistas. Pero, para seguir en todo á sus maestros, Martí se separaba en una cosa de lo que hoy llamamos positivismo: en admitir verdades *à priori*, simples, espontáneas, universales y, á su modo de ver, irreductibles é indemostrables, que llamaban verdades de sentido comun, él y todos los hombres de su escuela. Nosotros somos los defensores del sentido común, me decía Javier Lloréns, su hermano en Filosofía.

No me encantaba esta doctrina, porque el criterio del sentido común es de lo más arbitrario que haya podido inventarse como fuente racional del conocimiento; pero el método salvaba á los adeptos de la escuela escocesa. Los análisis de Martí eran incomparables: sus libros todo sustancia, todo realidad, todo precisión de juicio. Parecían como las obras de Bluntschli; apuntes extractados de un trabajo magistral guardado en la cabeza. Y aquella severidad en el escrito y aquel rigorismo de la pluma se retrataban en todo el exterior de la persona. Caminaba muy derecho, con paso firme, la mirada alta; y cuando le veíamos cruzar los claustros tan erguido, con largas tirillas, la mano derecha metida, á lo Guizot, en el chaleco, y colgado del antebrazo izquierdo el bastón en forma de cayado, decíamos todos que aquel grave personaje no era un simple mortal, sino una institución, y en vez de Martí, le llamábamos *la Martinidad*. Nunca decaía en la conservación; y tan absorto estaba y tan poseído de lo que decía, que si por ventura os paraba en la calle, empezaba distraídamente á desabrocharos uno á uno los botones de la pechera y os marcaba el compás de las palabras sobre la mismísima tabla del pecho, con unos dedos muy descarnados y puntiagudos.

La cátedra era su escenario. Allí se crecía, allí imperaba, allí triunfaba. Aunque de palabra premiosa y con la manía de remedar el acento andaluz, era la admiración de todos apenas abría la boca. ¡Qué lógica! ¡qué claridad de exposición! ¡qué elevación y qué novedad en las ideas! No exponía las doctrinas, las esculpía en el fondo de las inteligencias.

Aquel buril, aquel cincel me embelesaban. Mas satisfecho salía yo de una árida lección suya que de oír un delicioso concierto. A aquel hombre debí seguramente la segunda trasformación de mi espíritu. Si Martí de Eixalá hubiese explicado en Francia ó en Alemania, su nombre hubiera alcanzado fama europea. Túvola más modesta y no escasa sin salir de España; varias obras suyas, entre ellas los *Elementos de Derecho Mercantil*, gozan de grande autoridad en nuestras escuelas. Dos ó tres veces fué diputado á Cortes, pero con poca fortuna. Sus discursos no gustaron. Pidal, padre, le trató una vez de visionario, á propósito de la ley de vagos. Prueba, en mi concepto, de que los hombres dados á la alta especulativa no se ajustan fácilmente á los trotes parlamentarios ni logran acostumbrarse al teje maneje de la vida política.

Con menos talla científica que Martí de Eixalá, Permanyer alcanzó mayores triunfos; porque era mejor orador, de genio más comunicativo y con más talento práctico. Cuando cogió nuestro curso, acababa de hacer oposición á la cátedra de Códigos españoles, que desempeñó largos años. Hombre de horizontes. Sus programas revelaban un profundo conocimiento de nuestras instituciones jurídicas. Faltábale tiempo entonces para redactar una obra de texto; hubiera llenado un gran vacío que no cubrieron después los siete tomos de don Benito Gutiérrez. Pero, al contrario de Martí, sepultado en su gabinete de estudio, Permanyer era hombre de bufete abierto, lumbrera del foro catalán. Tenían que marchar juntos en él, el jurisconsulto y el abogado, la ciencia y el pedimento: tarea muy difícil. También vino á Madrid de diputado á Cortes, haciéndose aplaudir en el Congreso por su fácil palabra. Fué aquella una época de grandes abogados parlamentarios: Permanyer, de Barcelona, Bedmar, de Sevilla, y Alonso Martínez.

A Permanyer llevóle Concha al Ministerio de Ultramar. Desgracióse como Ministro; tanto había que hacer allí, que el pobre no hizo nada. En lo poco que quiso hacer, ayudáronle sus dos amigos, Juan Mañé y Estanislao Reynals, director el primero, y el segundo redactor del *Diario de*

Barcelona. Ante la magnitud de la empresa, los tres estaban descorazonados.—¿Sabes—me decía Reynals—cómo tomo yo mi paso por las oficinas del Ministerio de Ultramar? Pues, como si me dijeran: vaya V. á Fernando Póo y conquiste V. aquello.—¡Lástima de país donde así se esterilizan los hombres sacándolos de su verdadero centro!

Alcanzónos Figuerola, con gran fortuna nuestra, para enderezar, en unas cuantas lecciones bien aprovechadas, la torcida é indigesta Economía política que habíamos estado *padeciendo*; y al siguiente año, nos dió el curso completo de Derecho político y administrativo.

Ya llegarán los tiempos en que hablaremos del Figuerola político y hombre de Administración; juzguémosle ahora como Profesor. Rondaría entonces por los treinta ó treinta y dos años, tan enjuto de carnes y tan paquetito de nervios como ahora; espíritu grande, de aquellos que, según una frase feliz de Víctor Hugo, toman un cuerpecillo de pretexto para poder pasearse por la tierra. Cuando se encargó de nuestra cátedra, recientes estaban en la memoria las brillantes oposiciones que acababa de hacer á la de Derecho político y administrativo de Madrid, ocupando el primer lugar de la terna. Le escamotearon la plaza y tuvo que contentarse con la Cátedra de Barcelona, á la cual iba aneja la otra asignatura de Economía política.

Acaso el mismo Figuerola, con su conocida modestia, no se habrá fijado en los graves perjuicios que ocasionó á la enseñanza aquella su postergación para la cátedra de Madrid. Madrid es el gran laboratorio de hombres políticos. Será fortuna, será desgracia, no lo discuto: es un hecho. Tampoco discutiré si la cátedra de aquella especialidad en la Central es ó no capaz de formar la opinión general de la juventud; por lo menos, contribuye, en cierta medida, á formarla, dejando en el espíritu de los chicos aprovechados aquel *pliegue* que no se quita ya, ni con el deterioro de los años, ni con las mudanzas de la fortuna. Presidentes del Consejo, Ministros de todos ramos, oradores de primera talla, raro es el que no ha pasado por el tamiz de la Central antes de salir á gobernarnos. Muchos de los que bullen desde el 54, estudiaron Po-

lítico en aquella época. ¡Quién sabe lo que hubiera logrado de ellos la causa liberal si, ocupando Figuerola el puesto que legítimamente le correspondía, hubiese podido dirigir, desde un principio, aquellas ricas inteligencias! Otros vinieron que las hartaron de *justo medio*: así han seguido luego y en estado de absoluta impenitencia. Deplorémoslo, ya que no hay otro remedio; deplorémoslo los que todavía creemos en la influencia de los maestros.

En cambio, lo que fué dura contrariedad para la juventud de Madrid, fué soberana dicha para la de Barcelona. Dándonos á conocer las *Armonías*, de Bastiat, que empezaban á meter ruido, Figuerola nos hizo cobrar gran afición á los estudios económicos. Lo mismo sucedió con los políticos, ensanchándonos la vista con el sistema de Ahrens y trazándonos las grandes líneas de la ciencia administrativa. Su palabra no era rica: su concepto, opulentísimo. ¿Qué diré de aquella envidiable originalidad que tanto resplandecía en sus explicaciones? Chispitas de ingenio que iba sembrando en los más menudos detalles de una exposición científica. Era inútil acudir á los libros que citaba ó que le suponíamos de consulta. Siempre había en él algo nuevo, algo que no se había dicho ni escrito, algo en que se destacaba su personalidad vigorosa. Nos dominaba, nos avasallaba, nos absorbía, y como dóciles borregos manejaba á aquellos mismos que tantas pesadumbres habían dado á su antecesor en la cátedra.

Figuerola es de los pocos hombres que han hecho discípulos en España. No de los discípulos que ganan notas en examen ó se habilitan para el grado, sino de aquellos otros que toman en brazos una doctrina, que la contornean, la ensanchan, la propagan y llevan su contigente personal de luz al perfeccionamiento de las ideas.

SECCIÓN SEGUNDA

Una vuelta por los bancos.—Sí, creo que sí.—Sección americana.—Ojo al uniforme.—Fantasmones y excéntricos.—La pléyade de los futuros.—Moncasi: los hermanos Ríos.—*Tsan-tsat-tsu.*—¡Apunten!—La política del miedo.—Cursos complementarios.—En qué se ocupaba Horacio.—D. Antonio Bergnes de las Casas.—El inglés.—Cornología.—Ensayos de Profesor.—¿Qué entiende V. por cuerpos flotantes?—La mano del Clero.—Tres estrenos.—*Quod erat demonstrandum.*

I

Ahora será bien que nos demos una vuelta por los bancos, diciendo algo de mis condiscípulos de Derecho, tan dignos de honrosa mención como los ya citados de Instituto. Con esto, quedará redondeada la parte relativa á mis estudios de Facultad; lo cual, agregando otras menudencias, nos obliga á traspasar, por breves instantes, los límites de tiempo asignados á este capítulo. Pero así lo exige la unidad de plan, á reserva luego de retroceder, emprendiéndola con el año de 1846, como punto de partida de otro género de curiosidades.

No he de citar muchos nombres propios. En toda colectividad existe el montón anónimo que oscuro nace, oscuro vive y oscuro morirá. Excusaos de pensar en dar á esos prójimos relieve y colorido. Son cantidades negativas, simples vegetaciones para las cuales se inventaron aquellos conocidos versos:

«Nació, vivió, casóse con Victoria,
tuvo un hijo, murió, se fué á la Gloria.»

Nuestra cátedra era una ensalada de mallorquines, valencianos, aragoneses, americanos, algún castellano, tres ó cuatro andaluces, y naturalmente, la mayoría catalanes. Toda

era gente bien dispuesta para la faena: raro el alumno que no tomaba notas; y tan general el aprovechamiento, que, años y años después, todavía me citaba Permanyer aquel curso con grande elogio, diciendo que no había conocido otro igual, ni era fácil tenerlo.

Había en el grupo andaluz un *jembro* rondeño de primera *caliá* y de lo más echado para adelante. Siempre embozado en su pañosa verde con vistas de terciopelo carmesí: espesas patillas unidas al bigote, á lo Zumalacárregui: camorrista, torero, caballista, invencionero, muy preciado de bandurria y guitarra, que andaba rascando por las tertulias de confianza: único para el cante flamenco, que, si ahora tuviera que examinarle Juan Breva, como entonces le examinaron los señores del Claustro, no nos dejaba para un diente una nota aventajada. Era la pesadilla del catedrático catalanista con quien sostenía, en clase, diálogos saladísimos, tomándole el pelo: envolvíale á lo mejor en un culebreo por lo crúo, de que el otro no entendía una palabra; al contrario, muy sentido de los potajes que le hacían; y al final, y como por vía de epílogo, condensaba todas sus respuestas en un *zí, creo que zí,* ó en un *no, creo que no,* por supuesto, con mucha sandunga, y *tóa la grasia e Dió.*

Nuestra sección americana se componía de cuatro ó cinco muchachos antillanos, entre ellos los hermanos Juan y Santiago Vidarte, y Pablo Saez, después famoso abogado de Puerto Rico y una de las más sólidas cabezas de la clase. El menor de los Vidarte se nos murió durante la carrera. Todos le llevamos con lágrimas á la última morada, no sólo por compañerismo, sino porque se había sabido granjear las voluntades con sus bellísimas dotes personales. Dejó un tomito de poesías que prometían. Delicados estos versos de su «Oda á Belisa:»

«Duerme, sí, linda Belisa,
y en tus ensueños de amores,
conságrame una sonrisa,
dulce y pura cual la brisa
que mece blanda las flores.»

Notable en los versos del género *inconexo.*

«Un día de gran calor
que en Cuba estaba nevando,
ví á Luis Felipe cantando
la jota y el *Trovador*.»

. . . .

«Estaba César Augusto
dando de mamar á un guante,
y Colón, el Almirante,
le quiso pegar un susto;
mandó llamar á San Justo
y le vistió de doctor:
cuando un lindo ruiseñor
vió á Moisés salir de misa
cantando, más que de prisa,
la jota y el *Trovador*.»

. . . .

«Un paraguas y un reló
arrodillados estaban
en una iglesia, y rogaban
envueltos en un paltó:
entretanto, al dominó
jugaban en un taller
un ómnibus de alquiler
y un severo magistrado,
mientras yo corría asustado
viniéndote á socorrer.»

Paisanito suyo era un sujeto, no me atrevo á decir muchacho, que tenía una de nuestras primeras sombras. Corte inglés: planchado, replanchado, foques, chaleco blanco, boca de piñón, ancha patilla y afeitado el bigote. En lo demás, americano de ley: brillantes en los dedos, brillantes en la pechera, brillantes en los gemelos, brillantes en la cadena, y en el puño del bastón un gruesísimo topacio. Un merenguito en el trato. Solía entrar en cátedra media hora después de lo regular, cuando ya estaba todo ocupado. Iba á dejar el sombrero en un ángulo del salón, y luego cruzaba por entre las filas con una carita de Pascua Florida, los ojos vivos y bulliciosos, saludos á un lado y á otro, y una mueca de las más gitanas; taconeando, haciendo crujir las botas, el bastón de rico carey danzando entre los dedos de la mano derecha, y jugando con sus diges de sonajilla, como una jaquita jerezana

armada de cascabeles. Un acontecimiento diario aquella entrada triunfal: hilaridad general en la galería.

No era nuestro americano el único tipo entre los excéntricos. Hacíale coro un joven mahonés de ilustre prosapia, amigo del relumbrón y dado á la bisutería: almacén ambulante de sortijas, muestrario de relojes, con leontinas como cables, solapas de chaleco á lo Robespierre, muy lácio, tan escaso de ojos como de entendimiento, y perdido en las alas del sombrero un rostro macilento y menudo que parecía que á chupones lo habían ido secando. Con él alternaba mucho otro galancete de los que toman el espejo por perpetuo confidente. Mirábase en todos los cristales de las tiendas, pasándose á sí propio unas revistas que ni las de comisario; y según se merecía aplauso ó vituperio, así se decretaba una amable sonrisita ó una geta de á palmo. Por él supe esta noticia interesante: que el sastre Fábrega, de la calle de Escudillers, no tenía rival para los fraques de cartera y las levitas abrochadas.

Otro que pertenecía *á la nobleza*, como decían todavía en mi tierra, tenía la manía de los uniformes, en cuyo importantísimo capítulo lucía una erudición prodigiosa. Sabíase al dedillo la aplicación de cada entorchado, el de ojillos, la barra de oro, la barra de plata, la palma entrelazada, cuál convenía al diplomático, cuál al covachuelista, al gentil-hombre, al mayordomo de semana, al secretario de S. M. con ejercicio de decretos. Mostrábase inflexible en punto á uniformes militares: la pluma blanca en el sombrero de un Teniente General, aun siendo Grande de España, debía, según él, figurar entre los mayores delitos previstos por el Código. Era maestrante de la Real de Ronda, cuyo atavío de oro y azul, con peto encarnado, ostentaba gallardamente en Semana Santa y en las procesiones del Corpus; muy quejoso de que en esto le hubiesen hecho desgraciado las consideraciones de familia. Ronda le parecía mejor que el blanco y azul de la maestranza de Granada; pero hubiera preferido cien veces el rojo y plata de la de Sevilla. Rojo, rojo vivo, vivísimo: esto era lo de sensación: esto lo que os *planteaba* un hombre; lo que le daba viso á los ojos de la mitad bella. El pobre buscó á sus penas un ligero alivio. Cruzóse de San Juan; y así medio *de ocultis*, iba zanqueando

en ciertas ceremonias con la casaca colorada y el lloroncito blanco: triste recurso, decía él, para los de su clase, porque, en concepto suyo, aun esto mismo lo iban encanallando.

Para que no faltase el contraste, rondaba por claustros y rincones, *solitario e pensoso*, un original de traje lampiño, ceño descontento y cara emboscada en su barba. Buen alumno, pero con puntas de maniático, á juzgar por sus greñas, su poca intimidad con el lavabo, su vista extraviada, sus raros ademanes, su palabra tempestuosa y los extraños discursos que espetaba al catedrático cuando le preguntaban. Justo con él, emparejaba otro cofrade de su talle, un mocito de Granollers, que, en los siete años de carrera, no logró soltar el pelo de la dehesa. Este, además de lo rústico y estrafalario, se hacía notar porque nunca acertaba con las definiciones, ni con el recto sentido de las palabras. Preguntado de dónde sacaba ciertsa ideas muy originales:—«de las ancas,»—contestó, queriendo decir del apéndice del texto.

Menos santo que todos ellos era un muchacho aragonés de muy ancha y rasgada conciencia, que tuvo un día la extravagancia de ir al paseo de la Rambla en mangas de camisa. Jactábase de tener á su Madre á régimen de disgusto perpetuo, y así debía de suceder, según era de maniroto, plagado de vicios, traginador de mentiras y embeleco vivo. No escribía más que una vez al mes, y sus cartas se reducían á estas palabras: «Querida mamá: dinero, dinero, dinero. Su hijo que la quiere: *Tal.*»

II

Pocos de los jóvenes de mi curso han llegado á grandes alturas. En mis tiempos, la Universidad de Barcelona daba escaso contingente á la política. Todo el mundo tomaba la carrera por el lado prosaico. Cogido el título de Licenciado, cada chorlito á su olivo: quién se dedicaba á cuidar sus haciendas, quién á matar el piojillo, como pasante de abogado, quién á desplumar clientes en toda regla, pedimento en ristre.

No se estilaba todavía lo de encaramarse al oficio de mandón, casi con el destete de la licenciatura: hoy mamoncillo, mañana al frente de una ínsula: hoy calabaceado en Cánones, mañana mano á mano con el Nuncio, queriéndosela jugar de puño á la Curia romana.

Aun entre aquellos mismos que han hecho después algún papel, no sacaríamos media docena de catalanes. Los demás, tenían otra procedencia: Mariano Aguiló, Ocón, Manolo Moncasi, Rufo del Negro y los hermanos Ríos Acuña.

Mariano Aguiló pasaba en clase por el literato de la compañía. Mallorquín de gran provecho y excelente poeta. Vivía de asiento en la biblioteca de San Juan, desenterrando trovas y cantares lemosines. Así, arañando de acá y de acullá, fué como tomó comienzo esa brillante escuela de los *felibres*, que tiene hoy por principales mantenedores al francés Federico Mistral y á nuestro Víctor Balaguer.

Juan Domingo Ocón ha figurado mucho en el partido federal y desempeñó la Subsecretaría de la Presidencia del Consejo de Ministros en tiempos de Pi y Margall. De mucho antes era conocido Rufo del Negro, amigo y confidente de Vega Armijo cuando los acontecimientos del 54. Secretario suyo en el Gobierno de Madrid, después abogado fiscal en el Supremo de la Guerra. Murió en edad temprana, y con su simpática viuda se casó en segundas nupcias D. Cándido Nocedal.

¿Quién no conocía en Madrid á Manuel Moncasi? Todo contribuía á ello: su gran figura, su notoriedad en el partido progresista, su enlace con mi inolvidable amiga la Condesa de San Félix, y hasta el punzante mote con que le calificaba cierta dama que nunca se preció de muy agradecida á los servicios de los liberales.

No revelaba de estudiante el pobre Manolo las dotes de carácter y expedición que acreditó después en la vida pública: de carácter por los peligros que supo arrostrar en críticos momentos: de expedición por la discreta manera como supo gobernarse en los mandos y otros destinos que se le confiaron. Siempre le tuve en mucha estima, apesar de que su modo de vivir difería bastante del mío cuando cursábamos juntos.

Tenía esa noble franquezota y ese cordial *coram vobis* que tanto me encanta en la gente aragonesa. Solía juntarse, antes de clase, con un muchacho catalán agudísimo, y ambos se entregaban á un chispeante discreteo que nos traía embelesados; y como Moncasi era tan grandón y el otro un hombrecillo menudo, todo chillido, el contraste de las figuras hacía el cuadro más ameno y divertido.

Los Ríos Acuña eran sobrinos de D. Antonio de los Ríos y Rosas é hijos de D. Francisco, entonces Presidente de Sala en Barcelona y después compañero mío en el Consejo de Estado. Gallardos mancebos los dos hermanos; el mayor, Eduardo, regentó después varias Audiencias; el menor ha desempeñado Gobiernos de provincia y altos puestos en las oficinas centrales.

III

Lo natural: en cátedra cada cuál se forma su círculo íntimo. Yo lo reduje á solos dos amigos de idénticas aficiones á las mías. Unos nos llamaban el triunvirato; otros la Trinidad; nosotros nos dimos un monograma chinesco: *Tsan-tsat-tsu*, con las primeras sílabas de nuestros respectivos apellidos: Sanromá, Satorras, Surís. La verdad es que nos completábamos. Poco podía aportar yo á la masa social, pero lo que nos daba Satorras en viveza, penetración y grandes facultades perceptivas, lo aumentaba Surís con su aplomo, su espíritu analítico y la profundidad de su talento.

En mi vida he conocido otro compañerismo más cordial ni más seguido. Juntos nos sentábamos en clase; juntos redactábamos nuestros apuntes; juntos nos encontrábamos en mi casa una vez al día para cambiar impresiones; juntos nos preparábamos para los exámenes. Aquella sociedad de socorros mutuos nos daba una fuerza incontrastable. Cuanto nuevo se escribía sobre la asignatura, caía inmediatamente bajo nuestra jurisdicción, á fuerza de pesquisas. Librerías, baratillos, bibliotecas, coleccionadores, todo lo poníamos á

contribución durante el curso. De esta manera sorprendíamos el secreto de los Profesores más ladinos. Ya lo he dicho: sólo Figuerola se nos escapaba. Hacíamos largos extractos de lo que leíamos, poniéndolos al margen de nuestras notas de cátedra. ¡Vaya V. á competir con una policía científica de esta especie! Por esto nos tenían alguna envidieja cuando nos presentábamos en Junio ante los tribunales de examen. Claro: íbamos perfectamente blindados, pertrechados como nadie para resistir los más fuertes embates.

¡Cómo recuerdo al pobre Miguel Surís! Uno de aquellos seres extraños, cuya vida parece ser el pasatiempo de una muerte. Casi cadáveres los arrojan del claustro materno á un mundo que no es el suyo, al mundo de la materia, y la materia los rechaza en seguida á la región de los espíritus, siempre con las garras del dolor clavadas en las entrañas. Lucha formidable de algunos años en que el espíritu forcejea con la carne y la carne forcejea con el espíritu, y cede la carne al fin como afligida como avergonzada de aquella su mayor miseria y flojedad ante las inmensidades del alma.

Diez años duró mi amistad con Surís. Era como verle por un resquicio de su sepulcro. Verdoso, demacrado, mortecino el labio, la voz apagada, hundidos los ojos, aliento fatigoso, una tosecilla denunciadora. La batalla se daba en los pulmones. La culebra estaba en el pecho. Pero, ¡qué voluntad y qué ricas energías, y qué decisión por la vida! Carácter eminentemente subjetivo, se abstraía horas enteras de toda realidad, y navegaba por los espacios creyendo matar las dolencias del quebradizo cuerpo con lo sano y robusto del espíritu. Aquella inteligencia había entrado en pleno vigor á los diez y ocho años. Su fuerte eran los estudios filosóficos. Pasmaba oír á aquel niño hablar del panteísmo oriental, del de Spinoza ó del hegeliano, de la doctrina socrática, de Aristóteles, de los escolásticos, del idealismo de Kant, de las últimas evoluciones alemanas. Dos obras tenía ya en proyecto: una titulada *Panteón español*, que empezamos á borronear juntos: otra sobre la Escuela de Alejandría.

Todavía tuvo tiempo para darse á conocer en Madrid. Vino de Diputado á Cortes en las Constituyentes del 54, y

llamó la atención con una enmienda y varios discursos sobre la soberanía nacional, declarándose partidario de las ideas más avanzadas. Ya le quedaban pocos días de vida. Sosteníase artificialmente con ayuda de tónicos, y haciendo de la comida un puro sinapismo á fuerza de mostaza y pimienta.

Antonio Satorras, por fortuna vive. Hijo de un antiguo y respetable Senador moderado, ha seguido las huellas de su Padre. Pasó también rápidamente por las Cortes, pero por punto general no se ha movido de Tarragona, donde ha ejercido varias veces algún cargo político, como uno de los jefes más autorizados de aquel partido conservador. Después de veinte años de separación, tuve hace poco tiempo el gusto de estrechar su mano. Ambos nos quedamos hechos una pieza de vernos tan trocados: yo, sin aquel buen humor que de muchacho gastaba: él, sin aquella movilidad, aquella animación, aquella risa franca y natural, que hacían de su amenísimo trato una continua fiesta. Sí: ambos pudimos medir en un solo y cordial abrazo las largas distancias recorridas. Sí: ambos nos encontramos. ¿Volveremos á encontrarnos antes de la eterna despedida?...

IV

Aunque los catalanes tenemos fama de revoltosos, la estudiantina de mi país ha dado pocos disgustos á los Gobiernos. En un aprieto pusimos, sin embargo, nosotros al de nuestra época, del cual tuvo en gran parte la culpa la misma Autoridad por lo atropellada y lo falta de mesura.

La ocasión de la pendencia fué una niñería. Dos chicuelas, que vivían frente á la Universidad, andaban en galanteos con unos alumnos: apercibióse el hermano, que era hombre de agallas, y anunció una soberbia paliza á todo parroquiano que se atreviera á rondarle la casa. Puesta esta suave admonición en conocimiento del ilustre gremio escolar, convínose en que cada hijo de vecino se presentaría al

día siguiente con un descomunal garrote. Los *rotins* estaban en mayoría. Empezaron á llover palos y pedradas; mas ya el tumulto se iba apaciguando, cuando de súbito vemos desembocar por la calle del Carmen una partida de Mozos de la Escuadra, mandados por su Coronel en persona. Sin más acá ni más allá, la primera intimación fué apuntar los fusiles; no corrió la sangre, gracias á la prudente intervención del digno Jefe político.

La salvaje actitud de aquella fuerza acabó con las pocas simpatías que conservaban los Mozos de la Escuadra desde la época del Conde de España. La casa de Veciana había creado aquel instituto á fin de limpiar de malhechores el monte y los caminos. D'Espagne, y tras él los moderados, lo distrajeron de su objeto, empleando muchas veces á los Mozos en perseguir y atropellar á ciudadanos pacíficos y honrados. En vez de la salvaguardia del país, iban siendo su pesadilla. Más que pesadilla, pudieron ser aquel día motivo de grandes amarguras para un centenar de familias barcelonesas.

Mas no paró aquí el lance. Hubo quien se propuso hacer algo más sonado que el Coronel de los Mozos, y fué el Excelentísimo Sr. Capitán general del Principado. No bien, á la voz del Jefe de la Provincia, acabábamos de replegarnos en pacífico ademán dentro del recinto universitario, cuando empiezan á descolgarse de todas direcciones fuerzas y más fuerzas de infantería y caballería con algunos cañones de grueso calibre. Un caramelito de estos en cada bocacalle: un par de regimientos desplegados en orden de batalla: húsares y lanceros en la Rambla de Estudios y en la de San José; hasta camillas: repartido por la población el resto de la tropa. S. E. no había calculado mal; para contener á un par de docenas de chiquillos levantados de cascos, bien era menester enviar, con pie de ejército, seis ó siete mil soldados armados hasta los dientes. ¡Qué ocurrencias tan divinas suele tener la política del miedo!

¿Cómo, sin nota de insensatez, ponerse á luchar con tanta gente? Hubo que escurrir el bulto, y empezó el desfile de los *sublevados* por la puerta del Botánico. Sobre los que nos aventuramos por la principal, vinieron á caer los jinetes con sa-

ble de plano. Yo, al torcer por la calle *den Xuclá*, dí conmigo en el suelo de un soberbio empellón, y á duras penas pude levantarme, no sin crugido del costillaje. Prendieron á varios, probablemente no de los más culpables, sino de los más regazados, y los llevaron á la Ciudadela, donde, para no desmentir lo ruso del procedimiento, por suma gracia les concedieron trabajar ocho días con los presidiarios.

V

Poco antes de estos acontecimientos había yo tomado el título de Doctor en Letras aprovechando las facilidades del plan del 45. Aquel año me lo pasé como bozal en trabajo; curso de Literatura latina, curso de Filosofía y su Historia, curso de Griego, curso de Inglés: *ainda mais*, mis cátedras de Derecho. Un reventón.

Era una delicia la clase de Literatura latina, con cuatro biografías mal aderezadas, dispuestas en forma de diálogo y preguntas del tenor siguiente:—«¿Qué dicen de esta obra los periódicos?—Que es un libro excelente, metódico, etc.—¿En qué se pasaba Horacio los ratos de ocio?—Tocando la flauta,» —contestaron una vez, y el Profesor, con mucha sorna:— «Déjese de flautas y de pitos y vaya derecho á la cuestión.»

Mi profesor de Griego, D. Antonio Bergnes de las Casas, pasaba, y con razón, por poseer como nadie el don de lenguas. Camus decía de él que sabía todos los idiomas menos el español, en lo cual, y sin hacerle agravio, se equivocaba de medio á medio el docto é ingeniosísimo catedrático de la Central. Bergnes conocía el español *literario* tan á fondo como el mejor hablista; lo que no conocía bien era el *familiar*, y no era extraño viviendo, como vivía, en un centro donde se habla el catalán á todo pasto. Toma: los de Madrid tienen en este punto algunas exigencias que no son de ley. Pretenden hacer pasar por buen castellano el uso de ciertos vocablos, giros y modismos, más de provincia que rigorosamente

nacionales; y contra esto nos rebelaremos siempre los que no hemos nacido castellanos ó andaluces. Ya se quejaba de ello el mismo Bergnes. Cuando emprendió la publicación de su gran «Biblioteca de Autores alemanes,» en traducción castellana, creyó conveniente dar á la colección el título de *Germania*. Germania era un nombre acreditado para el caso en la propia Alemania, en Inglaterra y en Francia, y si no me engaño, Savoie acababa de ponerlo al frente de su Crestomatía. ¿Cómo lo tomaron nuestros académicos? Benavides dijo que entre *Germania* y *Germanía* no hay, á simple vista, más diferencia que el acento, y que cualquiera podría creer que la colección de Bergnes se refería á la gente brava descrita por Cervantes, Quevedo y el licenciado Chaves.

Lo que nadie negaba á Bergnes era la condición de eminente helenista. Conocía el griego antiguo con todos sus dialectos y con todas sus trasformaciones hasta llegar al moderno, á cuya pronunciación, con el texto de Burnouf, nos sujetaba. Homero, Píndaro y Demóstenes eran sus autores favoritos. Pero á lo mejor, si cogía á Esquilo, traducía sus trozos más intrincados, con tanta facilidad como la sencilla prosa: si daba con Tucídides ó Jenofonte, con Herodoto ó Hesiodo, causaba maravilla la inmensa erudición que desplegaba sobre la historia, la política ó la mitología de aquellas tan hermosas y espléndidas edades. Repentizaba en puro griego, como el más diestro filólogo de Hala ó de Heidelberg, y hasta en el porte parecía un doctor alemán: rubio, grueso, gafas de oro, cabellos largos y recogidos detrás de la oreja, una flema inalterable y una paciencia de Job para bregar con los alumnos.

Un irlandés, Mr. Wílliam Casey, que se titulaba *Philomath*, ó individuo de la Sociedad filomática, estaba desempeñando, desde tiempo inmemorial, la cátedra de Inglés, establecida en el Consulado bajo los auspicios de la Junta de Comercio. Nada se aprendía ya con aquel buen viejo, por cuyo motivo me pasé con armas y bagajes á la otra cátedra del Instituto, dirigida por Antonio Prat, que la ha estado regentando hasta su muerte, ocurrida recientemente. Prat no era de nacionalidad inglesa, pero resultaba inglés por los cua-

tro costados: de su larga residencia en Inglaterra no sólo había sacado un purísimo acento, sino hasta la costumbre de hablar con los dientes apretados. Aunque entonces no conocíamos en Barcelona los métodos prácticos de Ahn, de Robertson ni de Ollendorf, Prat en cierto modo los adivinaba, haciéndonos graduar los ejercicios de pronunciación, sintaxis y composición sobre las mismas cartillas y gramáticas de los ingleses, desde las palabras monosilábicas hasta los ultra-esdrújulos, y desde las oraciones más fáciles á las más complejas. Con semejante Maestro hubiera yo llegado á hablar el inglés con toda perfección, si las circunstancias no me hubiesen limitado la ración de Inglaterra á algunas raras apariciones en Londres.

No había muchachería en la cátedra de Prat. Toda era gente formal que iba á estudiar de veras: Figuerola, Pepe Dusay, hoy Marqués de Monistrol, algún abogado, algún literato, algún comerciante; y entre otros varios aficionados, un viejo templadísimo que hacía nuestras delicias. Frisaría entonces con los 75 años; extraña edad para meterse á aprender idiomas. Más verde que un cebollino: siempre con el equívoco á cuestas. En soltando la tarabilla, era cosa de taparse con cera los oídos. Ocho ó diez años antes se había casado con una muchacha de veinte. Resultaron tres hijas, que fueron después tres reales mozas. El nos enteró de una clasificación singular que nunca se les había ocurrido á los naturalistas: la clasificación de los cuernos. De cuatro especies los hay, según él decía: cuernos que se tocan y se ven, los de los cornúpetos; cuernos que se tocan y no se ven, los de las crías; cuernos que se ven pero que no se tocan, los de la Luna. Los cuernos que ni se tocan ni se ven.....

VI

Simultáneamente con los estudios complementarios, empecé desde 1846 á ensayarme en el Profesorado, ya sustituyendo algunas cátedras en la Facultad de Letras y en el Ins-

tituto de Barcelona, ya explicando Literatura é Historia universal en otros Establecimientos. Apesar de mis cortos años, dábanme para ello cierta respetabilidad mi estatura, mis gafas, y unas patillotas á la inglesa que todavía debían parecerle poco á un compañero mío, porque siempre me llamaba *el joven de la patillita.* No salí desairado en aquellos ensayos: díganlo las atenciones que se me dispensaban, y los 60 á 70 duros que me embolsaba de sueldo todos los meses.

Explicaba con gusto en el Instituto y en la Facultad, pero el papel de examinador me era insoportable. Hubo un año en que todos los graduandos en Filosofía parecían llevar pujo de decir necedades. Uno de ellos, celebérrimo por sus respuestas estupendas, con un par de fórmulas desprovistas de sentido despachaba todas las preguntas. Para definiciones de Lógica: «aquello que nos hace venir en conocimiento de la cosa.» Para Física: «aquello que es capaz de producir estados mayores y menores.» Y torcía la cabeza. Preguntáronle: «¿Qué entiende de V. por cuerpos flotantes?» Y volviendo hacia la derecha unos ojos espantados, dijo: «La pared.» Dióle la mano la fortuna. Aquel estúpido sacó 30.000 duros á la lotería primitiva. Con ellos montó en Barcelona una magnífica barbería. Creo que fué un golpe de talento. Ya que hubieran peligrado en sus manos los pleiteantes ó los enfermos, el instinto le llevó á cosa más inofensiva: á batir mandíbulas.

En otros establecimientos empecé á conocer la mucha mano que tiene el Clero en la enseñanza española. Tres Directores conocí: dos seglares y uno eclesiástico, religioso franciscano. En vano los dos seglares no perdonaban medio ni fatiga para tener montados sus establecimientos á la altura de la época, y para distinguirse por su celo, asiduidad y rigorosa disciplina: siempre alcanzaba la palma el fraile, apesar de su destartalo. El fraile era quien atraía mayor número de alumnos; el fraile quien poseía mejores locales; el fraile quien lucía un cuadro de Profesores más conocidos y más pingüemente dotados.

Trabajo nos ha de costar á los liberales el romper con estas tradiciones. Tienen raíces muy hondas: las costumbres, la *santa* ignorancia, el prestigio de las sotanas, la acción del púl-

pito y del confesonario, la debilidad de los maridos, el flaco de las mujeres. No se arrancan de cuajo ni con una ley votada en Cortes, ni con decretos gacetables, ni cambiando el escenario político con ayuda de los soldadicos, ni con propagandas en sabio, ni con tundas en plebeyo, ni aun oponiendo á la clerecía los establecimientos del Estado. Donde esté la alfalfa espiritual, allí correrán por mucho tiempo los borregos, con preferencia á nuestro pan de flor y á nuestros trigos exquisitos. Es una evolución lenta, paciente, metódica, la que se necesita: cachaza y mala intención, como dirían los palurdos. Obra de muchos, muchísimos años—¿de un siglo? ¿de dos siglos?—en que hay que ir transformándolo todo; empezando por que se encierren las religiones en sus límites esencialmente morales, y dejen de ser lo que alguna de ellas pretende: una política.

Esto por lo que atañe á las naciones adelantadas. ¿Nosotros? ¡Quiá! Estamos en los comienzos. Todavía el Clero nos tiene bajo su dominio. Cuando reinan vientos *expansivos*, nos trae á las Cortes 70 diputados ó nos pone en las montañas 40.000 hombres sobre las armas con la bandera del Chapa. Si impera la política de resistencia, impone una *aleación* con el partido gobernante: el carlismo menos D. Carlos. Siempre el clericalismo encima, como obstáculo ó como influencia: ó copo ó tallo. Síntomas terribles; por esto no estoy enteramente de acuerdo con mis amigos en la cuestión de *programas*. Quieren formas políticas de garantía general: no lo pongo á pleito. No me negarán al menos que la primera de las libertades que hemos de conquistar *de veras*, es la libertad religiosa. *Hoc opus, hic labor*. ¿Cómo? Materia de largo examen. No es este el sitio á propósito para dar soluciones concretas. Lo que yo deploro es esa indiferencia del país liberal en lo que afecta á la enseñanza. Pues por ahí debe andar la cosa. Lo que veas hacer á tu enemigo. El, á fuerza de enseñar, se ha hecho formidable: nosotros, enseñando, podemos siquiera ser influyentes. Politiqueemos menos y enseñemos más. Por esta senda se llega, acaso tarde, á las metas; pero se llega con éxito seguro. Con lo *otro*, se puede llegar pronto, pero se llega mal. Ambiciones, codicias, afán de Poder, todo se satisface por un momento,

pero la opinión no se forma. Viene la ventolera, y el edificio al suelo.

Aunque disimuladamente, ya se dejaba sentir en casa de mi ex-franciscano cierto dualismo entre la gente tonsurada y el elemento laico. Algún cofrade de la misma ropa que el Director se pasaba de rígido y hasta de cruel con los chicos; más comedido el grupo seglar, sacaba de ellos otro partido. Había un ente que, por lo extraño, parecía brujulear entre lo temporal y lo eterno: mitad seglar, por el trage y la condición, mitad cura, por sus ribetes de sacristía. Profesor de Retórica y pedante hasta la médula de los huesos; un cojo de Villaornate con forros del M. Gérondif de Paul de Kock. Juraba por la laguna Estigia y por los Dioses inmortales y taraceaba su romance con una granizada de conjunciones latinas: á un dos por tres un *item*, un *etenim* ó un *prœtereà*. *Dicas quid dicas*, era la fórmula que usaba cuando le hacían la contra. Cierto día que se enfureció con un compadre, le soltó en medio del berrenchín una sarta de latinajos para obligarle á obedecer una orden: *alioquin*, decía, *capitali penâ plecteris*. Era una espátula con nariz de papagayo y cara de media luna: muy parecido en lo físico al mariscal de Saint Arnaud, de quien socialmente tan grandes distancias le separaban.

Conocía perfectamente el Director la aguja de marear, y daba brillantes fiestas en sus salones para atraerse las familias más distinguidas. Ordinariamente, tenían lugar aquellas fiestas á entrada de curso; y, en una de ellas, que fué la más suntuosa, nuestro hombre echó la casa por la ventana. El salón principal estaba ricamente decorado; había hasta abuso en los dorados, tapices, terciopelos, damascos, macetas, estatuas y jarrones; la iluminación *à giorno*; patios y jardín á la veneciana. Ocho días se pasó montando, con extrema habilidad, aquella fábrica, nuestro antiguo conocido Mariano Borrell, mareado él y mareado el Director, quien hacía notar, con este motivo, una particularidad de Borrell: que de puro celoso, cuando le tenía á su lado parecía que sobraba, y cuando no le tenía, le hacía suma falta.

Pusieron en el fondo del salón un gran tablado para los ejercicios de los alumnos: enfrente la presidencia, ocupada

por el Rector de la Universidad, teniendo á su derecha al Obispo de la diócesis, y á su izquierda, al Regente de la Audiencia. No faltaban ni el Capitán general, ni el Jefe político, ni el Alcalde corregidor, con una nube de magistrados, canónigos, militares de todas graduaciones, el Cuerpo consular y el indispensable atavío de toda buena función: las damas. Había en aquel grupo encantador unos ojos fascinadores, que un par de años después pasaron á embellecer la morada de cierto titulillo, con gran sentimiento de algún amigo. No fueron afortunados en la nueva mansión; porque lloraron mucho...

Cito con particular fruición aquella fiesta, porque fué para mí pródiga de impresiones. Aquel día tuve tres estrenos de un golpe: mi primera *emoción*, mi primer frac y mi primer discurso. Para hacer boca, hubo uno de entrada, que corrió á mi cargo; y subido á un elegante estrado cubierto de terciopelo carmesí, endilgué la arenga, que el público tuvo la bondad de acoger con algún aplauso. Pintaba en ella la importancia de la educación en general, y según las tendencias de la edad moderna; enlazaba el deber de la educación con la teoría del progreso humano: tracé, á grandes rasgos, el cuadro de la Familia y sus relaciones con el Estado: estudié los distintos conceptos de padre, de hijo y de ciudadano, para venir á parar en la necesidad de reformar la enseñanza, amoldándola á las nuevas manifestaciones de la vida social, que tan claramente se iban caracterizando. Y terminaba de la siguiente manera, arengando con entusiasmo á los alumnos:

«Y vosotros, que acudís en torno nuestro para continuar »la interrumpida tarea, vosotros no merecéis, por cierto, ser »pasados en silencio. ¡Ah! Siempre hemos tenido ocasión de »recordaros que la ciencia es compañera inseparable de la »virtud. Sed humildes, sed dóciles, sed respetuosos: dejaos »dirigir, dejaos dominar, dejaos *vencer*: hay derrotas que equi»valen á un triunfo, si en pos de ellas viene la felicidad, si »con ellas lográis asegurar los intereses de toda la vida. Si »por ventura os sentís muy pequeños, acordaos de que tenéis »un alma grande: preferid á todo, los candores y las inocen-

»cias: avanzad siempre guiados por la mano del saber y del »deber; y entonces alzad los ojos y veréis pendiente sobre »vuestras cabezas la corona con que la Patria decora las sie- »nes de sus hijos esclarecidos.»

Música, música, dirá el lector; y en efecto, música hubo, y con buena orquesta, y con coros y cantata número no sé cuantos. La tiple no era *ella*, sino *él*, porque entre curas no priva eso de cantar señoras; no una *sfogata*, sino un *sbravatissimo* que me desollaba los oídos á cada nota que soltaba. Yo le interpelé duramente sobre el particular á la salida, y con la franqueza que me caracteriza; y el pobre me contestaba muy mohino: «¿Qué quiere V.? Le dan á V. una tessitura de tiple—*mi, sol, la, mi, sol, la*—¿qué ha de hacer uno con estos pulmonazos?

De buena gana haría gracia de los versos que se cantaron, si todo lo de remate no tuviera sus derechos. Debíanse al fecundo númen del Director, que sin duda en los ratos de ocio se entretenía tocando el violón, así como Horacio tocaba la flauta. Sirvieron de acompañamiento para la gimnasia de salón.

Sobre un motivo de los *Puritanos*:

«Él hombre es legítimo rey
de a... a... aqueste mundo visible.»

Visible ó risible: no estoy bien seguro; VV. escogerán.

Sobre motivos de la *Norma*:

«Ejercitémos, amigos,
nuestras fuerzas *corporales*:
huir podremos de males
y evitar muchos peligros.»

Terminó la solemnidad con un delicado buffet, en que cada cual engulló lo que pudo, sin ceremonia y como Dios le dió á entender, y nos separamos *tutti contenti*; yo, para recibir cierta enhorabuena que me supo á gloria: los papaítos encantados con sus bebés, y el amable Director, segurísimo de que la matrícula tomaría, como en efecto tomó aquel año, proporciones colosales. *Quod erat demonstrandum*: según nos decían en la cátedra de Lógica cuando pescábamos el intríngulis de algún pícaro teorema.

1846 — 1850

SECCIÓN PRIMERA

Primeras lecturas sérias.—Con maestro y sin maestro.—Cómo se fabrica un curso de Historia.—A qué estaba reducido mi repertorio.—Las revelaciones de Gibbon.—Un poquito de Edad Media.—Tipos: flujo y reflujo: el colorido.—Lo moderno en panorama universal.—¿Hay historia contemporánea?—Quinet leído por Pí.—Narradores é historiadores.—Gran bagaje.—Así se escribe la Historia.—Caprichos sobre la de España.

I

MIS LECTURAS: no hallo título mejor para las líneas que van á seguir; porque, en las fechas que encie-rra este capítulo, fué cuando empecé á metodizar mis estudios particulares, inclinándome desde luego hacia los históricos y literarios, sin pensar todavía en los económicos. Buena parte tuvo, en aquéllas mis marcadas predilecciones, la circunstancia de hallarme desempeñando las cátedras de Historia y Literatura; pero también hubo mucho de aficiones propias que me llevaban desde niño á cultivar estos ramos.

Voy á decir una cosa que acaso parezca blasfemia en boca de un Profesor; aprender por sí lo encuentro preferible á la ayuda de maestro. Es la cuestión eterna de los intermediarios, respecto de los cuales tengo una fórmula sencillísima; cuantos menos, mejor. Á ciertos chicos ni con sangre les entra la letra; otros, la turba multa, sólo aprenden á puro machacar del maestro; pero á los que estudian de veras y por

afición, no los gobernaréis en la escuela; todo lo más les daréis un método y algunas puntadas sueltas, á reserva de volcarlo luego y de aderezarlo cada cual á su gusto con desarrollos libres y propio ordenamiento.

Faltóme en Historia esta mano de maestro; y fué de sentir, porque hubiera sido la de Juan Cortada, historiógrafo eminente, y entre mis paisanos, el mejor hablista castellano después de Capmany. Daba entonces unas preciosas conferencias sobre Historia de España en el Colegio de Carreras. Mas yo, careciendo de tiempo para nuevas matrículas y para largos y acompasados cursos, tomé en seguida mi partido, que consistió en recoger cuantos libros pude, entre ellos un buen elementalista, y metérmelo sin reparo en la cabeza, dejando para más adelante la tarea de ir encasillando los hechos, conforme al plan y meditado concierto que el propio estudio me fuera sugiriendo. ¡Qué no hubiera dado para que Weber y Sanz del Río hubiesen adelantado algunos años, y aunque fuera para mí solito, aquél los originales, éste la traducción castellana de los *Elementos de Historia Universal!* Tuve que contentarme con los de Ambrosio Rendu, libro de menos valer, pero lo mejor que á la sazón poseíamos en este género. Con lo cual y con hojear de vez en cuando la Historia, ó mejor dicho, las historias del rancio Anquetil, ya tenía uno base suficiente para ir entrando en harina.

Más de firme entré con el Cantú, que tan á tiempo me deparó la suerte en aquel crítico momento. Por simples referencias de Revista, me enteré de que el ilustre italiano estaba dando fin á la publicación de su *Historia Universal*. Gran regocijo me causó esta nueva; corrí á la librería de Verdaguer, y en poco más de seis meses, devoré los 19 volúmenes de la edición francesa.

Ya se comprenderá que no me contenté con esta rápida lectura. Púseme á estudiar en serio el Cantú: lo extractaba, lo anotaba, para mi uso particular, y de interminable tema nos servía el libro á otro aficionado y á mí para departir largamente en nuestros paseos y conferencias. Encantábanos sobre todo aquella magnífica introducción tan sintética, tan rica de color y de estilo. A menudo recitábamos grandes tro-

zos de ella en alta voz y con entonación vigorosa. Tal práctica habíamos llegado á adquirir en el manejo de la obra de César Cantú, que algunas veces picábamos un punto en cualquiera de los tomos; y con sólo saber su número, adivinábamos, por la posición de los dedos, el hecho ó hechos históricos á que la página se refería.

Todavía había de tardar Laurent en hacernos el rico presente de sus incomparables *Estudios*, que me hubieran venido de perilla para disimular en mi espíritu el tufillo ultramontano de Cantú. Algo conseguí con Juan de Müller, cuyos 24 libros de *Historia Universal* estaba publicando en Barcelona la casa editorial de Bergnes. Y aun á ratos perdidos y más que por el fondo, por lo bello del estilo, me entretenía con el *Discurso* de Bossuet que adquirí de una edición elzeviriana, y conservo en dos tomitos ya muy gastados por las injurias del tiempo y de mis manos.

Tocante á historias particulares de épocas ó de sucesos, llegué á la juventud demasiado pronto para alcanzar, más á tiempo, los grandes historiadores contemporáneos que han tratado las civilizaciones antiguas. Una buena historia del Oriente era cosa desconocida en España; éralo asimismo una buena historia de la antigüedad clásica, de Grecia, de Roma. Hasta los nombres ignorábamos de Duncker y de Grote. Curtius, el último helenógrafo, había de tardar mucho. Ya podía darme por satisfecho con leer *El viaje del joven Anacharsis*, por Barthélémy, cuyo libro me atraía con todo el interés de una novela y seducía mi imaginación con lo pintoresco de los cuadros y la riqueza del lenguaje. Los profundos estudios modernos de los Mommsen, de los Friedlaender, Ampère, Gastón Boissier y Víctor Duruy, ó no habían aparecido, ó si empezaban á publicarse, no habían traspuesto el Pirineo. De novedades histórico-críticas pude rastrear algo en varios fragmentos de Niebuhr; algo también de egiptología en otros de Champollión Figeac; pero, en general, mi repertorio sobre grandes ciclos históricos, era vetusto, ó incompleto, ó sistemático; la *Historia Romana*, de Rollín; la *Grandeza y decadencia de los Romanos*, por Montesquieu; los *Estudios ó discursos históricos*, de Chateaubriand.

Creo haber sido más afortunado con la Edad Media. Ya de primer golpe tuve á mi disposición cuatro obras importantes: *On the middle Age*, por Hallam; la *Historia del Bajo Imperio*, por Le Bas; la de las *Cruzadas*, por Michaud, y por encima de todo, la *Decadencia y ruina del Imperio Romano*, por el inmortal Gibbon.

II

Gibbon me inició en los secretos de aquellos tiempos tan calumniados antes de él, y sin embargo tan característicos. Gustábanme los ideales de la Edad Media, sin darles por esto preferencia á los que me iba yo formando, al compás de mis convicciones. Aprendí á conocer las razas por su significación y por su valor histórico: el sajón, el franco, el godo y el lombardo, arquitectos de una Europa nueva y hacha demoledora de la antigua unidad formada bajo la ley del Lacio: el bizantino que arrastra por los lodazales la espada del pueblo-rey, y con ella una decrepitud de diez siglos y de suntuosas miserias; el árabe, símbolo de la expansión oriental como el germano lo fué de la del Norte; el normando que, con la última invasión, cierra el ciclo de las grandes trasmigraciones, y, con el espíritu caballeresco, imprime en el sentimiento cristiano el sello de la majestad y de la nobleza.

Cada héroe, cada gigante desfilaba, ante mi imaginación, con la magia y los colores de su respectiva leyenda. Alarico saqueando tres veces á Roma y tres veces recreándose en las llamaradas del incendio, como Nerón en sus delirios de devastación y muerte. Atila, el azote de Dios, el atleta de la nariz roma, el genio aforrado en pieles, el político de la carne cruda, que arrasa, sin piedad, quinientas ciudades, y á millares caen bajo el filo de su espada los fuertes y los débiles sin que logren contenerle, ni la majestad de la inocencia, ni el prestigio de la belleza, ni los terrores del crimen; y luego

se detiene ante otra majestad, Roma; ante otro prestigio, el Papa; ante otro terror, la Historia. Teodorico, el ostrogodo, sentado entre pergaminos, al lado de su ministro Casiodoro, pugnando por beneficiar, para sus bárbaros de Italia, aquellas corrientes de la civilización antigua que la rudeza de los hombres del Norte había de interrumpir por espacio de tantos siglos. Clodoveo, el jefe de los Francos, trocado en Rey de Francia, lavando la sangre de cien combates con el agua bautismal, derramada sobre su cabeza por el venerable Remigio, y avanzando, bajo las naves de la catedral de Reims, apoyado en la angélica Clotilde, á quien el cristianismo ha hecho emblema de la santidad de la esposa, como en el propio instante hacía á Genoveva emblema de la castidad de la virgen. Justiniano, con su triple corona de guerrero, arquitecto y legislador, débil con Teodora, cruel con Belisario, historiador de la piedra en Santa Sofía, historiador de la ley con Triboniano. Recaredo, de rodillas sobre tapices empapados en sangre de Hermenegildo, doblada la cerviz para prestar el juramento de la nueva fe en manos de San Leandro; en aquella augusta asamblea del tercer Concilio de Toledo, poblada de luengas barbas y de canas venerandas coronando cráneos relucientes: mitras, báculos, pastorales anillos, dalmáticas, casullas y capas pluviales, todo rutilante de oro, de pedrería, de sol, de vida, de color, de tonos refulgentes; sobre las frentes soberanas las coronas de Guarrazar, esmaltadas de rubíes, de perlas y záfiros orientales; en fila los guerreros, los próceres, los duques, los condes de las góticas alcurnias, ostentando casco de bruñida plata, la cota de malla de oro, el manto de escarlata, la dorada espuela, la rica empuñadura cincelada de las invencibles espadas; damas, pajes, pueblo, clerecía; besado todo, todo acariciado por esa espléndida y amorosa luz de nuestros climas meridionales; movida la escena entera, sentida, palpitante entre el sonido de los címbalos y clarines y el ruido de los atabales, con los cánticos, los coros y las nubes de incienso que elevaban al Dios de las alturas la mística plegaria de aquellas almas fervorosas.

Y tras de esto, y como en visión extática, pasaban rozan-

do mi frente las sombras de Mahoma, de Omar, de Harum-al-Raschid, de Abderraman III, de Almanzor, tipos genuinos de aquella finísima raza árabe á la cual los cristianos hemos devuelto en ira y en desprecio lo que en artes, ciencias, tráfico y cultura nos legara. Mahoma, el impostor, según la crítica católica, el tercero de los grandes reveladores semíticos según la Filosofía de la Historia, el inspirado, el iluminado, el epiléptico que contempla con Gabriel los 70.000 ángeles junto al trono del Señor, y sin embargo, no llegará á contemplar como la cimitarra de los Califas se abre paso por las estepas del Asia, por los arenales de África y en Occidente desde el Betis hasta los campos de Tours, donde tropezará con el terrible montante de Martel. Omar, el incendiario de Alejandría, pero también el fundador de Basora. Harum y Abderraman en misteriosa comunicación de instintos, uno decorando Bagdad, otro afiligranando Córdoba. Almanzor, el valeroso hagib, que pasea triunfante el estandarte del Profeta desde las orillas del Llobregat á las márgenes del Miño; y para poderle enterrar con polvo de todos sus combates, tienen que juntarse contra él las huestes enteras de León y Navarra con el pendón morado de Castilla.

Y luego volvía mi pensamiento á las colosales figuras de los fundadores y de los restauradores de Imperios, y me representaba á Carlo Magno, casi un santo para la Iglesia, para los franceses el más augusto de los Reyes, vencedor de lombardos, terror de sajones, deshecho en Roncesvalles, consagrado por un Papa y con los Papas espléndidamente dadivoso. Y me lo figuraba ya muerto en Aquisgran, sentado en la silla de piedra, ceñida la férrea corona, el cetro en la mano y cubierto con las vestiduras imperiales: cadáver galvanizado por la leyenda, puesto de pie y cara al sol ante la Historia para que las generaciones venideras no perdiesen ni un átomo solo de aquella grandeza, ni un solo reflejo de aquella gloria inmarcesible. Y asimismo recordaba á Guillermo el Conquistador y á Roberto Guiscardo, purísimos dechados de la eflorescencia normanda en los más opuestos confines de Europa. Guillermo, en Inglaterra, mezclando su sangre y la de los suyos con la de los anglo-sajones para dar el temple á

una nueva raza, la inglesa, en la cual había de admirar el mundo tres conquistas inauditas: la conquista de la India, la conquista del mundo industrial y la conquista de las libertades. Guiscardo en Sicilia, heredero del brillante Tancredo, corredor de mares y de tierras, dueño por un momento de Constantinopla, aventurero hasta los setenta años, y dejando oscuramente en Cefalonia aquella vida tejida de reveses y de fortuna, de insignes bizarrías y locas temeridades.

Y en su seguimiento acudían aceleradamente los épicos personajes de la lucha con la Media Luna. De aquende los montes, nuestro Cid Campeador, más pujante y más atlético con el popular Romancero que el grande Aquiles con el cantor de la Iliada, y nuestro Alfonso el de las Navas, y aquel incomparable Jaime I, joven, bizarro y galán en su persona, tan prudente en el consejo como ardoroso en la pelea, pluma tan sin par en la crónica, como en el campo temible acero, y tan consumado capitán á los veinte años como el más esforzado entre los más viejos adalides. De allende los montes, Godofredo de Bouillón, midiendo de rodillas el templo de Jerusalén, como espantado de ceñir corona de oro donde Cristo la ciñó de espinas; y Federico Barbaroja y Ricardo Corazón de León, llorando sus desventuras entre las garras del Duque de Austria; y el Dux Enrique Dandolo dirigiendo en persona, sin vista y á los noventa y cuatro años, la toma de Constantinopla en la cuarta Cruzada, montando la Capitana, el primero en forzar el Bósforo con sus 480 naves, el primero en dar el asalto á la Ciudad con los soldados de Monferrato. Y allí le estaba viendo en lo más alto de la torre de Galata, serena la frente, radiante de gloria, cubierta la cabeza con el cuerno ducal y asomando por sus bordes largos mechones de la blanca cabellera, embrazado su broquel y en la mano el estandarte de San Marcos, los pies encharcados en la sangre de sus arqueros moribundos, entre abollados morriones, cotas y sobrevestas destrozadas, con el vocear de la ballestería, el silbar de las saetas, el estruendo de las máquinas balísticas, el rebote de las piedras arrojadas por las catapultas y el choque de las espadas: lienzos de torreón desplomados sobre

montones de carne, sierpes de fuego corriendo por las almenas, inflamadas lenguas escupidas por las brechas ó vomitadas por las poternas, y á la luz de aquellos fatídicos resplandores, siempre las órbitas del Dux de bronce, cárdenas, secas, arrugadas, condenadas á eternas tinieblas y huérfanas de los ojos que le habían sido arrancados por la saña feroz de los Comenos.

Y después de las batallas de los hombres, las batallas de las ideas. Los protagonistas de la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio: Hildebrando y Signa, corifeos del Pontificado: los Enriques alemanes, Federico II, Felipe el Hermoso, campeones de la Realeza. Y todos los mitos de carne, y todos los mitos de fantasía, y todos los grandes relieves históricos aportando su respectivo tributo á aquel gran aparato legendario que termina en el siglo XV. Alfonso el Sabio con sus Códigos y sus jurisconsultos: San Luis de Francia con sus virtudes y sus piadosos descalabros: Santo Tomás con el bagaje de la escolástica: el Dante con sus poemas inmortales: Guillermo Tell con sus libres esguízaros: Roger de Lauria con sus legiones de mar codiciosas de gloria y poderío: los dos Pedros de Aragón y de Castilla con su indomable fiereza: Catalina Cornaro, la Reina de Chipre, arrastrando la adopción veneciana como una cadena de flores, entre joyeles y brocados y al amor de embriagadoras fiestas: Brunelleschi y Giotto, precursores del arte moderno: Mahometo II izando sus pendones en las torres de Bizancio y asentando, en Europa, ese campamento turco que todavía llamamos por irrisión el Imperio otomano: Luis onceno con sus medallas en el sombrero y en las venas la sangre de los tigres, tizón eterno de discordia, con sus escapularios y cilicios sobre la carne, y en el alma la hiel, y en los labios la baba venenosa; y enfrente de él, su incomparable rival el de Borgoña, Carlos el Temerario, caballero en su corcel de guerra, flotantes á los cuatro vientos las plumas de su blanco penacho, el León de Brabante estampado sobre el peto de oro, hendiendo con su tizona cráneos franceses en Montlhéry, arrollado en Moret con sus leales brabanzones y flamencos: última expresión de aquellos siglos caballerescos, enterrados con el héroe borgo-

ñón en su panteón de Brujas, de entre cuyos mármoles, como de los vapores de la mañana, parecía ya surgir la hermosa aurora del Renacimiento.

III

Así, y con su poquito de fantasía, iba engolfándome en la Edad Media, conforme la estudiaba en la parte más saliente de su historia externa, el elemento personal. Mas para comprender el sentido de aquel tan extraño período, me era necesario penetrar en su historia interna, y para ello tenía que buscar notas concretas y características. A mi modo de ver de entonces, estas notas podían reducirse á dos: la movilidad y el contraste.

¿Por qué la movilidad? Por que si la Edad Moderna, sobre todo en su período contemporáneo, se distingue por un constante movimiento de evolución ó de transformación en el terreno científico, en el económico, en el político y acaso también en el social, en cambio ofrece el fenómeno especialísimo de la *permanencia de las razas*; pues apenas se encontrará una que haya variado de situación geográfica en estos últimos siglos; á no tratarse de las que ya se van extinguiendo, como las americanas, ó de las que, como las polinesias, tal vez estén próximas á desaparecer al contacto de culturas superiores.

Pero respecto á la Edad Media, me encontraba con que todo sucede á la inversa. Veía desenvolverse perezosamente las actividades, y por esto se me presentaban muy lentos los progresos en todos los ramos; mientras que el movimiento etnográfico caminaba con tal rapidez, que el historiador apenas puede seguirle en sus no interrumpidas mudanzas. ¿En cuál de aquellos siglos deja de haber correrías, trasiegos y mudanzas? ¿Qué suelo no sintió la planta de varios invasores? ¿Dónde había una raza que no tuviese algo de nómada, ni una trasmigración que pudiese darse por definitiva, ni poder

que moderase aquellos ánimos inquietos, ni atractivo suficiente para darles, con el sosiego, el suspirado asiento? Ya son los godos los que empujan á los germanos, y á su vez éstos se empujan unos á otros hasta dar en Africa con los vándalos. Ya son los hunos, los ávaros, los búlgaros que asoman por tierras de Levante. Ya los lombardos descienden á las feraces llanuras de Italia. Ya los normandos, pirateando desde la Escandinavia, abarcan, con ancho compás, una inmensa zona desde la costa septentrional de Francia, y desde Inglaterra hasta Sicilia y el golfo de Otranto. En el ínterin, y aun antes de que terminen aquellas irrupciones del Norte sobre el Sur, empezará la semítica en sentido de Oriente á Occidente, y luego tomará la dirección de Sur á Norte, hasta el momento de estrellarse contra los Francos. Y esta invasión meridional seguirá diversas etapas y se combinará con variedad de razas; porque á los árabes sucederán los almoravides, á éstos los almohades, á los almohades los benimerines. ¡Oh! no temáis: pronto tomará su desquite el Occidente, precipitándose con las Cruzadas sobre el Asia. El Asia refluirá á su vez sobre Poniente con los mongoles y los turcomanos; viniendo á coronar este perpetuo vaivén, en los comienzos de la Edad Moderna, la emigración de los europeos á las Américas, acosados por la fiebre del oro.

Fatigado ya mi espíritu con aquella movilidad de las razas, hallaba nuevos motivos de confusión en la movilidad de los Estados. Parecíame que los pueblos de la Edad Media se entretenían jugando á hacerlos y deshacerlos: los fundan, los ensanchan, los estiran, los cortan, los achican, los levantan, los hunden, los borran, los hinchan ó los aplastan. Quién los va apilando en montón con la punta de una gloriosa espada: quién los ensarta ó los perfila con unas bodas imperiales, reales ó ducales: quién los cambia, los vende, los cede ó los regala por acto de donación ó de testamento: quién los corta en retazos ó los desmenuza con la tijera del feudalismo. El *patri*monio y el *matri*monio tenían un concepto político que así lo exigía. Yo estudiaba el mapa de la Edad Media: comparaba entre sí uno, dos, tres siglos cualesquiera, á la ventura. Ni Italia era la misma, ni Francia era la misma, ni

Alemania era la misma, ni eran los mismos los Reinos musulmanes de Asia, África y Europa, ni nuestros Reinos cristianos eran los mismos. Alguna permanencia encontraba en las Repúblicas marítimas; pero tenía que reducirla á límites muy estrechos. Si subsistía Venecia, si Génova subsistía, era ganando terreno, como después de la cuarta Cruzada, ó perdiéndolo, como después de la guerra de Chioggia. Pero Pisa es domada por los genoveses, y Amalfi pasa como una exhalación, y en el Hansa teutónica las ciudades del Báltico tardan poco en separarse de las de la cuenca del Mosa, y las ciudades marítimas rompen sus pactos con las del interior de Alemania.

Nada digo de lo que me admiraban los contrastes de la Edad Media. Hoy, tan distantes de ella, los tenemos estupendos: tales y tan mayúsculos, que hay quien reniega del progreso, suponiéndole reducido á un simple cambio de formas. Poseemos una ciencia vastísima que todo lo curiosea, que todo lo averigua, que todo lo sabe: que nos da por operarios el sol para reproducirnos en efigie, el agua evaporada, ó el aire caliente ó el aire comprimido para tragarnos los kilómetros, el fluido eléctrico para estarnos mano á mano de conversación á distancias inconmensurables. Ciencia preciosísima que, cansada sin duda de pesar y de medir y de remover y de calcular lo grande, hasta lo infinitamente grande, trata de algún tiempo acá de escudriñar lo infinitamente pequeño, preciándose de sorprender el secreto de muchas causas ocultas en el recóndito mundo de los átomos y de los microbios. Pero, por una contradicción singular, á esta ciencia eminentemente creadora, la hemos convertido en obra de destrucción nefasta; y ella es la que da la dinamita á los obreros, el torpedo á la marina, el revólver al asesino, la aconitina al heredero premioso y á la artillería el cañón rayado para despacharos en un santiamén un ejército de 30.000 hombres. Otras ciencias poseemos que, en vez de seguir los rumbos de lo material y de lo tangible, toman las altas direcciones de lo invisible y del espíritu: y allí se espácian, y allí coordinan, y allí sistematizan, y con el ariete de la crítica se entregan á un trabajo de demolición constante en el cual perecen creencias, re-

ligiones, respetos seculares y tradiciones y adhesiones y afectos tan sólidos, que parecían instintos de raza. Y por otra contradicción no menos singular, mientras así toma vuelo el pensamiento, el elemento de la superstición hace su camino: hay fanatismos brutales y magnetismos y espiritismos y sonambulismos y un arte cabalístico; sin contar con la extraña anomalía de que, precisamente en la época de los pensadores libres, sea cuando más amagados estemos de una nueva y quizás sangrienta guerra religiosa.

Ya sé que muchos de estos contrastes todavía no existían hace cuarenta años; pero había otros, y yo no me preocupaba buscando la síntesis superior que pudiera resolver, á lo Hegel, aquella serie de antinomias. Ceñíame á señalar una diferencia enorme entre los contrastes de nuestro siglo *en general*, y los de la Edad Media. Los de la Edad Media no los veía aparecer como los de hoy, en la masa general de la sociedad; eran más concretos, eran más íntimos en un mismo individuo, en una misma clase, en un mismo grupo de actividades. Los nuestros son más lógicos, si cabe en el principio de contradicción verdadera lógica; los otros eran más caprichosos, me permitiré decir, más artísticos. Eran aquellos los tiempos del colorido por excelencia; luz y sombras; cuadros al natural, dignos del pincel de Rembrandt ó de Ribera, los genios del claro-oscuro. Parecíame todo mezclado y confundido en aquel revuelto mar de encontradas pasiones; libertades excelsas y servidumbres repugnantes; actos de caridad insignes y crueldades inauditas; valores heroicos y viles cobardías; orgullos indomables y supremas humildades; delicadísimos amores y odios inextinguibles; traiciones horrendas y lealtades sublimes; fiestas perennes en el castillo y perennes melancolías en el claustro; pueblos trabajadores y poblaciones enteras de mendigos; nobles de natura y villanos de derecho; la fe y la impiedad, el alto saber y la supina ignorancia, la cultura con la barbarie, la prostitución con el pudor, el pingüe botín alternando con las hambres, la extrema pulcritud con las pestes, los perfumes del Oriente con la lepra. Un Rey visita á los enfermos y cura las llagas con sus propias augustas manos, y otro

Rey hace colocar debajo del cadalso á los inocentes hijos de un Duque decapitado, para que vayan recibiendo, sobre las espaldas, la destilación de la sangre del padre. Un mercader opulento abandona el mundo, funda la Orden seráfica, y muere sobre un montón de paja, sintiendo no poder en la Cruz como Cristo cuyas llagas ostenta; y otros tan profesos como él, con mitra y báculo abaciales, caracolean en sendos alazanes, lucen deslumbradora vestimenta, siguen la montería con pajes, azores y trailla de canes, y tejen, entre pláticas amorosas, una vida toda terrenal, con otras recreaciones ni más honestas ni menos mundanas. Tomás de Aquino vierte de su pluma angélica raudales de ciencia imposibles para aquellos tiempos y que asombran aún en los nuestros; mientras que personajes de la más elevada alcurnia, por no saber firmar, se contentan con estampar una cruz al pie de los pergaminos. Hay almenadas torres junto á las cuales suspira un trovador y tras de cuyas rejas gime un prisionero de Estado; hay cántigas en el silencio de la noche, y cielos estrellados y rosas y alelíes, hermosos compañeros de todos los amores; pero hay también profundos pozos donde os encierran de por vida, y potros y caballetes y garfios y tenazas enrojecidas al fuego y sayones de cara siniestra que esperan vuestras carnes para lacerarlas. Tal vez medien pocos instantes entre el codiciado beso que acaricie vuestra frente y el golpe seco del hacha que hará rodar vuestra cabeza. Trabajo y ociosidad, laboriosos y holgazanes son palabras de un valor relativo: Flandes, la Provenza, la Lombardía, el Condado de Barcelona, enaltecen al artesano y le dan por escudo y por valedores la alteza de las leyes; en tanto que las Partidas llaman vil al *mestier* de manos y que las Ordenes de Caballería establecen la *limpieza* de oficio mecánico. Los claustros rebosan de vírgenes consagradas al Señor y la virginidad es lo sublime de la perfección evangélica aun en boca de los más disolutos; pero las barraganas pueblan las viviendas de los clérigos; pero los piadosísimos Monarcas de Francia y de Castilla sientan bajo dosel á sus mancebas; pero el grave Senado veneciano no se desdeña de llamar á las mujeres de mal vivir *le nostre benemerite meretrici.*

IV

Para profundizar en Historia moderna hubiera deseado tener á mano obras especiales que tanto abundan ahora, sobre cada una de sus grandes fases: la colonización ultramarina, la Reforma, el equilibrio de Westfalia, el apogeo de las Monarquías patrimoniales, la Revolución anglo-americana, la Revolución francesa. No poseía más que el Robertson, el Thiers y el Mignet; lo demás lo suplía con un libro muy malo, el *Panorama universal*. De historia contemporánea, los *Cien años*, de Cantú, porque no conocí el Gervinus hasta 1864. Bien mirado, la falta no era muy de sentir en lo que á hechos contemporáneos se refiere, porque, según lo que discurro, los hechos contemporáneos no se sujetan á verdadera historia; son una simple preparación para la Historia. ¿Qué juicio vais á formar sobre sucesos pendientes de solución definitiva? ¿Cuál no lo está ahora mismo de nuestros grandes problemas? Pendiente el político planteado en 1789; apenas esbozado el social iniciado en 1848; pendiente el económico, lastimosamente interrumpido con la reacción del socialismo de cátedra; pendiente el colonial con los nuevos rumbos de la política alemana; pendiente el religioso con las líneas de defensa del catolicismo y con la ingerencia de un semi-racionalismo en sus propias filas, en el seno de las comuniones protestantes y hasta en el mosaísmo. Dicen que hemos entrado en nuestro período orgánico; creo, por el contrario, que todavía no hemos terminado el crítico.

La *Historia de la civilización europea*, por Guizot; el *Ensayo de una Filosofía de la Historia*, por el Barón Barchou de Penhoen; las *Ideas sobre la Historia de la humanidad*, por Herder, completaron mis estudios generales de Historia. Tengo un agradable recuerdo de las *Ideas*, de Herder. Varios amigos nos reuníamos algunas noches en casa de Pí y Margall (que

todavía no se había trasladado á Madrid) para leer y releer el brillante prólogo que puso Edgardo Quinet al frente de aquella obra. También leíamos de paso el *Ashverus*, del propio autor. Los comentarios de Pí valían tanto como el libro.

Era natural en un español no echar en olvido la historia de España. Todavia no podían entrar en cuenta ni Lafuente, ni Dunham, ni Rossew Saint-Hilaire. Mucho Mariana, mucho Masdeu y el indispensable bagaje de cronistas, analistas é historiadores de sucesos particulares: Zurita, Pujades, Melo, Moncada, el ya citado Robertson, Prescott, Weiss, William Coxe y el Conde de Toreno. Buen *menú*, con algún plato empalagoso. El libro que consultaba con más gusto sobre cosas de nuestra historia, era el de Carlos Romey, desgraciadamente incompleto.

V

Los libros eran lo de menos. Más empezaba á preocuparme la nueva *manera* que convendría dar en lo sucesivo al estudio y exposición de una historia tan especial y tan característica como la de nuestra tierra. Veía muchos narradores, pocos historiadores. Mucho repetirse unos de otros, mucha *calcomanía* sobre antiguos modelos, poca espontaneidad, ningún sentido de la ciencia moderna.

La ciencia histórica, me decía yo, tiene que entrar forzosamente en un período de reconstitución completa, por lo que á España se refiere. Todo me anunciaba que nuestra Historia se había ido *enquilosando*: que había que mudar de senda para rehacerla. A lo mejor caíamos en la cuenta de que un docto cronista nos había divertido con mil patrañas: otro día la severa crítica echaba por tierra fechas, sucesos, hazañas, y hasta existencias que habíamos tomado por artículo de fe desde que frecuentábamos la escuela. Sentía yo que con el siglo XIX había variado el concepto fundamental de la Historia: que los elementos exigidos por este nuevo

concepto iban á ser numerosísimos. Los que antes se llamaban simples auxiliares de la Historia, me resultaban partes integrantes suyas, factores esenciales. Hoy el historiador tiene que ensanchar sus moldes, ejercitándose como cualquier narrador primitivo, en el manejo de las *fuentes*, sopena de incurrir en serviles copias ó de darnos, como verdades inconcusas, el fruto de ideas preconcebidas, el espíritu de comunión ó de secta, la leyenda acreditada por la sola sanción de los tiempos.

¿De qué se quejaría el historiador?—me preguntaba á veces.—¿De tener tantos cooperadores? Son todos eficaces y forman un cortejo ilustre. La *Geología*, la *Historia natural*, la *Geografía* para sorprender en aquel *medio* ambiente sospechado ya por Montesquieu, el secreto de ciertas influencias climatológicas ó de otra especie que hayan podido obrar en el desarrollo ó estancamiento de las razas. La *Cronología*, como medida cabal de apariciones, virilidades ó decadencias de los pueblos y como término de comparación entre civilizaciones de fechas y órdenes distintos. La *Etnografía* y la *Lingüística*, dos conceptos hermanos, ó mejor dicho, gemelos que traducen fielmente el génesis de las razas: el primero en sus condiciones físicas, psíquicas, físico-psíquicas y fisiológicas: el segundo en la contextura del *Verbo*, que es por donde los pueblos suelen revelar muchos de sus instintos. La *Arqueología*, la *Numismática*, la *Indumentaria*, formas externas ó modalidades sociales que dibujan un momento dado de la Historia, á veces con más verdad y mayor energía que los más pintorescos relatos. Añadid la obligada secuela de todas las actividades humanas, según la forma en que hayan marchado al través de las edades: el proceso del pensamiento en la Filosofía, el de la investigación de las leyes de la materia en las Ciencias físicas y naturales, el del sentido estético en las Bellas Artes, el de la vida industrial en la Economía, el de las instituciones civiles, políticas y religiosas como vivas manifestaciones sociológicas en cada región ó en cada período.

No me parecía floja empresa, lo confieso ingenuamente, el viajar con tanto aparato; pero *así se escribe la Historia*, me replicaba á mí mismo, dando su recto sentido á una frase

conocida. Así se escribe la Historia si ha de ser lo que Cicerón quería. Ya me parecía tiempo de abandonar la rutina de los hechos *señalados*, si por hechos señalados se entiende únicamente lo ruidoso, lo aparatoso, lo que brilla, las líneas rojas ó azules marcadas por la conquista, por las genealogías ilustres, por las intrigas cortesanas ó por los accidentes del campo de batalla. Había que penetrar en lo hondo y ponerlo al descubierto todo, hasta las entrañas: vicios y virtudes, costumbres y corruptelas, prosa y poesía, lo pedestre y lo heroico, estados normales y momentos épicos, muchedumbres y aristocracias, gobernantes y gobernados, contornos, pliegues, sombras y efectos de luz, los dolores que laten bajo las últimas capas sociales, las glorias, prestigios y resonancias de las altas. Así me aparecía la Historia con su carácter integral, y no, como era costumbre, cuando después de una larga narración de los sucesos políticos de más bulto, deslizaban, como vergonzante en el curso de la relación, un compendiado capítulo sobre artes, ciencias y literatura ó lo que llamaban estado social.

VI

Una mañana de las de Abril había salido, como tantas, á dar un paseo por el puerto de Barcelona. Otras veces no me permitía pasar de la Farola vieja: aquel día lo hermoso del sol y lo apacible de la temperatura brindáronme con correrme hasta el último término de las nuevas obras del puerto, todavía entonces muy atrasadas. Sentéme en una roca: estaba yo por aquellos días en pleno Romey y en pleno Mariana, cansado de batallas, de listas de reyes, de fechos y fazañas interminables. Desde mi humilde observatorio veía un mundo distinto: pilas de carbón de piedra recién descargadas ó aprestadas para la carga: pacas de algodón procedentes de Mobila, de Nueva Orleans ó de Pernambuco: una vela que entraba, otra que salía: la machina levantando enormes pesos y to-

mándolos en hombros el hijo del pueblo para disponerlos en las carretas: las canteras de Monjuich, los cultivos de las huertas de San Beltrán, los caprichosos dibujos que la arquitectura de otros tiempos había sembrado por los aires en forma de torres, cúpulas y agujas.

Vamos á ver, seguía yo preguntando, estas y otras cosas ¿no son la verdadera, la propia sustancia de la Historia? ¿Por qué no ha de ser esto lo principal y *aquello otro* lo accesorio? Con ayuda de la piedra y de los monumentos veríamos claramente lo que fueron nuestros Iberos, Celtas y Fenicios: con el estudio de su comercio comprenderíamos mejor nuestro período cartaginés: la gran época hispano-romana, así republicana como imperial ó cesarista, más que en su aspecto militar, esfuerzo de vencedores y vencidos, podríamos considerarla en la Colonia, en el desenvolvimiento de la célula social desde la Familia y el Municipio hasta la constitución de la Provincia, en las influencias cristianas, en toda clase de manifestaciones industriales, mercantiles, artísticas y literarias de aquellos nuestros preclaros progenitores. Con los Visigodos, con sus brillantes Reyes, sus fieras matanzas é indomables ambiciones, iríamos señalando la ingerencia de ciertos elementos totalmente extraños á culturas anteriores: el sentimiento individual, la dignificación de la mujer, los nuevos organismos de la propiedad, nuestros primeros Códigos, nuevas creencias, nuestros primeros *amos* en aquellos PP. de Toledo que tanta mano legaron, en los negocios públicos, á sus sucesores de la Reconquista.

Aquí empezaba el periodo de la epopeya: cada cosa á su tiempo. Los árabes con su irrupción, con sus emiratos, su Califato, sus Reinos independientes, su mísera descomposición á manos de los moros; pero también con el estudio de aquella gran rama semítica, de su religión, de su fisonomía política y social, de su atrevido comercio, de su maravillosa industria, de su ingeniosa agricultura, sus ciencias, sus Bellas Artes, su sentido caballeresco. Los cristianos de la Monarquía asturiana con las batallas milagrosas: allí la primitiva y nebulosa historia de Navarra y la intrépida fundación del condado de Barcelona, y allí también de relieve

los siglos VIII y IX, rudos en la guerra, rudos en la lengua, toscos en la escritura, vueltos á la infancia de la manufactura y del arte, como es ley natural en todo pueblo que tiene que recobrar una civilización perdida.

Idénticos paralelismos en los siglos X, XI y XII. La Monarquía leonesa con sus Cortes; Castilla y Aragón en crecimiento: en auge los catalanes: rota de Almanzor y exaltación del Cid, y al propio tiempo la vida municipal naciente con los Fueros, contenido bajo su acción el feudalismo, levantadas nuestras primeras catedrales, echados los cimientos de la patria lengua, la industria y la marina mercante en movimiento. Y nuestro gran siglo XIII, el de las magnas figuras, el de las conquistas decisivas, el de las anexiones de Estados á punta de lanza, alternando con los códigos, el apogeo del comercio catalán, el estilo ogival y los trovadores; y el XIV preñado de turbulencias, guerras civiles y continuo bregar con la morisma; pero ya con Cortes influyentes, con la formación de nuestra prosa, con el cultivo de las ciencias y su aplicación á varias industrias. Y finalmente, el siglo XV con Granada, con Cristóbal Colón, con las ferias de Medina, con las dos unidades, con los judíos lanzados del suelo patrio por los extravíos de la fe, con los primeros campeones lanzados allende los mares por los extravíos del oro.

¿Tanto costaría (eran mis ilusiones de entonces, y así concluían mis largos soliloquios), tanto costaría aplicar igualmente al período austriaco y al período borbónico ese procedimiento de hacerlo marchar todo junto en ordenado plan? Y añado ahora: ¿querrá Dios que lo que yo soñaba de muchacho hace tantos años, pueda verlo ensayado por alguien, aunque sea por un doctísimo académico?

SECCIÓN SEGUNDA

Literatura sin pretensiones.—Genio y escribideras.—El literato de seso.—Ticknor y Schlegel.—Las ediciones de Tauchnitz.—Mi Tácito, el mío.—De Quintiliano, *uncias tres*.—Roma, *côté du cœur*.—Problema de la prosa castellana.—Puristas en brecha.—De cómo se puede perder una rica lengua.—Nuestros clásicos: los historiadores; los místicos; los picarescos.—Gloria á Quevedo.—De maestro el gran Quintana.—Libros olvidados y libros inolvidables.—¡Byron!—Fruta prohibida.—A la defensiva.

I

Para obtener una educación literaria, seguí el mismo sistema que en Historia. Dije qué clase de horizontes me había abierto el *Curso de Literatura* del Dr. Monlau: era llegada la ocasión de ensancharlos con la lectura de los clásicos, preceptistas, críticos y otros escritores de nota.

Nada de pretensiones á literato. ¿Literato yo? ¡Jesús mil veces! Un francés puede decir impunemente *je suis un homme de lettres*: un español que se llame á sí propio literato, cae para mí en el más espantoso ridículo. Pudores ó eufemismos de idioma, que es preciso respetar á todo trance.

Mas aquí no es cuestión de pudor, sino de propiedad de lenguaje. Yo no puedo llamarme literato, porque no tengo la honra de pertenecer á tan esclarecido gremio. No soy poeta, no he escrito dramas, comedias ni novelas: tampoco he sido periodista de pelea, ni revistero de teatros, ni cronista del mundo grande ó pequeño, ni prologuista, ni siquiera censor dulce ó amargo de lo que otros escribieron. Decidme si fuera de estas categorías podéis, en España, calificar á nadie de literato. Fuera de estas categorías. ¿Hay otras? Sí debe de haberlas, tomando por base, no la calidad del escrito, sino la de los escritores. Veamos, ajustándonos á esta medida, cuántas maneras de ellos hay, y en qué concuerdan.

En primer lugar, los literatos *de escribideras* que, apenas

les apunta el bozo, suéltanse como cohetes y empiezan á emprenderla, á plumazo limpio, con todo lo imaginable: versos largos y cortos, lo meloso, lo horripilante, teatro, folletín, y el tan socorrido recurso de lo pintoresco. ¿Estudios previos? ¿una carrera? ¿base científica ó literaria? ¿conocimiento del mundo real, de la sociedad, de la Historia? Mucho pedir es, cuando les sobra con dos condiciones: la facundia y la osadía. ¡Ah! y el público. El público gusta mucho de sus platitos, porque son de una digestión facilísima, con salsa y aderezo dulces ó picantes, según los casos; y decir público que lee, es decir editor que paga, tirando más ó menos de la cuerda, según la trastienda del personaje. De estos hay en España abundantísima cosecha. Ó con zapatos rotos, ó de uniforme. Aire de milores, ó estómagos aventureros. Si sois amigos de coleccionar, daos una vuelta por esos trigos de la política.

Sólo tienen bueno estos hombres el contraste con otro linaje de literatos, los *de ingenio*. Más á la francesa, los *genios*, la *mens divinior atque os magna sonaturum*, como decía Horacio, que era de la familia. Estos tales escasean bastante, como todo lo bueno, como todo lo superior, como todo lo que esté fuera de límite. Son hombres de inspiración que dominan alturas. Supremos delegados de arriba, adiestrados en el arte de la maravilla. Creadores ó reveladores que no imitan, ni son continuación de serie; marcan, con el profundo sello de su personalidad, una nación, un período, un género literario. Por ejemplo, en el teatro, Lope, Calderón ayer; hoy... Echegaray, ¿por qué no? Unas veces son toscos y desnudos de conocimientos, como Shakespeare; otras, versadísimos en muchas ramas del saber, como Víctor Hugo; acaso un brote instantáneo, Byron, Schiller, Juan Pablo; acaso un lánguido arrastre, Lamartine; unas veces forman escuela, otras no llegan á formarla, tan superiores son y tan privilegiados. ¡Dichoso el país que los posea, porque sobre él refluye gran parte de su gloria, y de su honra vivirá la patria en una larga serie de generaciones!

Aquí entran los de un tercer linaje, los literatos *de estudio*, término medio entre la aristocracia de los ingenios y la cal-

derilla de los *escribidores*. Entiendo que esos de estudio son el nervio de la clase por su seriedad, laboriosidad, provecho que dan y por sus variedades infinitas. Los hay, á estilo benedictino y alemán, que, sepultados en los archivos y bibliotecas, preparan los andamiajes para grandes trabajos históricos; otros cultivan con esmero el idioma patrio, ó son filólogos, ú orientalistas ó profundos conocedores de las literaturas clásicas; unos eruditos, filósofos otros, y otros estilistas; quizás buenos poetas, buenos articulistas, elegantes oradores, chispeantes é ingeniosos en el cuadro de costumbres, discretísimos en la tarea de confeccionar un libro, un trabajo de Revista, una novela delicada. Tipo, Juan Valera.

Impresiones mías en aquella época, sobre estos tres matices de la familia literaria: los de escribideras me divertían ó aburrían; á los ingenios los admiraba; envidiaba á los de estudio. Sí: mucho los envidiaba en mi primera juventud. De buena gana hubiera sentado plaza de poeta, novelista ó autor dramático. Entendámonos: con base, con extensa base. Pero nunca me ha dado el naipe por los versos, y aquí en confianza, con mucha reserva, de manera que nadie nos oiga, diré que los detesto. Los versos, no la poesía, que son cosas muy distintas. ¿Concebís eso de recortar el pensamiento, y más que el pensamiento, la imaginación, en trozos perfectamente iguales ó proporcionalmente desiguales, con sus cadencias arregladas en consonante ó asonante y sus agrupaciones en estrofa, soneto ó redondilla? ¡Vive Dios que el tal artificio de tijera es realmente inconcebible! Mas ¡ah! que el mundo de lo inconcebible es muy extenso: y diré, estropeando una frase de no sé quién: en lo inconcebible vivimos, en lo inconcebible nos movemos y por lo inconcebible *somos*. A ver, si no: yo mismo, con ser tan opuesto y refractario á los versos, me sorprendo á veces en punible intimidad con el Romancero, ó entusiasmado de veras con una tirada de robustos endecasílabos. Trozos escriben Pepe Echegaray y Gaspar Arce, que me enloquecen. Claro que me enloquecen: si estuviera en sano juicio, yo, enemigo de los versos, no los aplaudiría. Mas ¿dónde está el sano juicio? Los poetas dirán que, no en mí, sino en el mundo entero que de tan antiguo acepta los

versos y teje coronas á sus autores. El verso *es*, luego *debe ser*: consolémonos con esta regla del positivismo.

Escribir un drama ó una novela de efecto: ¡qué ambición tan natural á los veinte años! Túvela yo; pero me dije: alto. Nada más fácil que concebir un asunto cómico ó dramático para libro ó para las tablas: el *quid* está en desarrollarlo. Mis ideas sobre este particular eran de un rigorismo de cuáquero. Así en la novela como en el teatro exigía ante todo el interés: dármelo en la forma que quisierais, pero dármelo. ¿Qué es el interés? Una resultante. *Resulta* de lo pequeño y de lo grande, de lo sencillo y de lo complejo: de una descripción realista de la vida, de un diálogo animado, de un toque de costumbres, de un retrato feliz, de una punzada que os penetre el alma. *Puede resultar* de una situación vulgar ó de una extraordinaria que raye en lo maravilloso: de una trama bien urdida, de un enredo tan discretamente sostenido, que os tengan en constante espectación, con la sonrisa en los labios ó la amargura en el alma. Y *siempre resultará* del desenlace, si es de los imprevistos, si es de los que os sobrecogen, de los que os *zarandean*, de los que os dejan huella al tirar el libro ó al dejar la escena. Todo género es bueno, ya lo sabéis, menos el fastidioso. También *resulta* el fastidioso; ¡oh! y ¡cuántas veces resulta! Por eso nunca quise meterme en tales resbaladeros. Pues qué, ¿no se concibe el estudio sólo por el estudio? Para conocer las joyas literarias, ¿es menester hacer oficio de joyero? ¿de literato para saber literatura? ¿No basta la satisfacción de haber cultivado el espíritu, recreándose en la belleza, midiendo alturas con la vista, acaso con el deseo, pero sin la torpe pretensión de alcanzarlas?

II

Cuatro libros me sirvieron de introducción al estudio de los clásicos: uno bastante primitivo, la *Storia generale d'ogni Letteratura*, del abate Andrés; otros tres excelentes: la *Histo-*

ria de la Literatura, de Schlegel; la *Historia de la Literatura española,* de Ticknor, y el *Curso de Literatura francesa,* de M. de Villemain.

Tuve la mala ocurrencia de abandonar el cultivo del griego, quedándome en las lecciones de Bergnes. Después lo sentí, como he sentido no aprender el alemán. De éste no tomé más que los rudimentos: *unos doce duros* de alemán, como dice un amigo mío muy querido. Limitéme, pues, á los clásicos latinos y españoles, á los franceses, ingleses é italianos. Los alemanes en traducciones francesas. Compré los clásicos latinos de la colección de Tauchnitz, edición de Leipzick: tomos chiquitos, letra redonda y clarísima. Ni un comentario, ni una aclaración, ni una importunidad de escoliasta. Por esto preferí la edición de Tauchnitz á la de Nisard, que va acompañada de la versión francesa. Necesitaba hacerme yo mismo la traducción al vuelo, en curso de lectura, á mis anchas. Así me fuí enterando de Suetonio, Salustio, Julio César, Tito Livio, Tácito, Quinto Curcio y Quintiliano. De poetas, Persio, Juvenal, Tibulo, Catulo y Propercio. Ahí están, en un rincón de mis estantes, en compañía de antiguos conocidos, caballeros Cicerón, Horacio, Virgilio y Ovidio; los textos de Retórica, juntos en una pieza. Ahí están los otros con sus cubiertas holandesas, lomito rojo con cuatro nudillos, sus cantos de colorines y guías de cinta estrecha. Puestos en línea de batalla, parece que me miran apenados del olvido en que los tengo. Por puro respeto á su ancianidad, les quito el polvo de vez en cuando. Ilusiones con aquellos libros; ya pasaron. Déles Dios descanso y buena ventura.

Tenía mis antipatías. Verbigracia: antipáticos Suetonio, Livio y Persio. ¿Por qué? ¡Vaya V. á saberlo! Mis amores eran los *Anales* de Tácito, los *Comentarios* de César, la *Institución oratoria* de Quintiliano, las *Sátiras* de Juvenal y las *Elegías* de Tibulo. Ya no me preocupaba la idea de ser más ó menos latinista: el latín me tenía sin cuidado. Lo esencial era admirar valentías de pluma, y desentrañar, entre páginas, el sentido de la civilización romana.

Menos agradable me era César que Tácito; más el historiador político que el historiador guerrero; preferencias que de-

bían obedecer á secretos instintos; siendo natural que para mí tuviesen más atractivo la finura y la desnudez con que Tácito descubre los resortes del corazón humano, que las habilidades estratégicas del gran dictador y sus maravillosas descripciones de batallas y campamentos. Mi afición á Tácito vino á rayar casi en manía. Un año entero anduvieron los *Anales* por mis bolsillos; Tácito al despertar, Tácito al conciliar el sueño; Tácito en el *Jardín del General* las mañanas de primavera; mi Tácito abierto por las tardes en la *Riba*, viendo estrellarse las olas á mis pies, como veía, entre líneas, estrellarse las libertades romanas contra el despotismo de los Césares. De esta suerte llegué á formarme una verdadera opinión sobre Tácito; un Tácito *mío*, apreciado á mi manera. Sobrio ingenio, alma severa, pluma vigorosa, espíritu centelleante ó espíritu acerado, descompuesto en ideas personalísimas que cruzan la narración como un relámpago ó cortan como una cuchilla. Esto decían los críticos; mas yo añadía en Tácito una calidad que han poseído pocos ingenios: el don del presentimiento. ¡Singular intuición de los hombres superiores! Veía á Plinio con el Cristianismo y veía á Tácito con el Imperio. La carta de Plinio es la de un talento miope, que no acierta á descubrir el alcance de las primeras propagandas cristianas. Ved qué ciegos. Él y los de su estilo no distinguen las nuevas fórmulas morales, ni el camino que llevan hasta acabar con la sociedad antigua; á dejar reducido el paganismo á sus templos, como pudo decir Tertuliano. Mas lo de Tácito fué de notar, porque vió muy claro en la cuestión del Imperio. No es de los que se hacen ilusiones con los grandes tamaños, de los que juzgan de la solidez y duración de las instituciones por lo que tengan de voluminosas. No cree en los cetros inmortales; y, con sólo pintarnos la decadencia moral de *sus* romanos, predice la caída del Imperio, hasta señalando con el dedo aquellos pueblos que han de ser instrumento material de su ruina.

Mucho hay que bajar desde Tácito á Quintiliano; pero á cada escritor le asignaba yo su casilla. Juzgado con las ideas modernas, Quintiliano me parecía un fósil; juzgado con las de su tiempo, parecíame un revolucionario. Un revolucionario

contra los desmanes de la retórica, contra el gusto ciceroniano que el gran preceptista vapulea de firme en más de una página. Aquel *esse videatur* es la mejor caricatura de las redondeces de Marco Tulio.

Tiempo y ocasión tendremos de volver al capítulo de la oratoria: como la entiendo yo, como otros la entienden; quién es el abundante de lengua, quién el diserto, quién orador verdadero. Entretanto, no despreciemos á Quintiliano, que tan buenos preceptos nos dió, de que hoy sacamos gran provecho. Cuidado con las exageraciones. La oratoria es, ante todo, vaso de elección: vuelos, espontaneidad, inspiración, personalismo; es una forma del Arte, y está dicho todo. Quintilianizar un discurso de maestro es tan ridículo como medir las grutas de Ellora con el compás de Vignola. Diga V. á Castelar ó á Moret que tengan la bondad de ajustarse á las reglas de Quintiliano. Pero si Quintiliano no es falsilla, es linterna que alumbra fuerte; y el que tiene el hábito de hablar en público ha de confesar amenudo que aquel hombre acertó en muchas de las cosas que dijo; sobre todo, en la manera de preparar al auditorio y en el manejo de lo patético, donde es excelente guía. Cuidadito, repito, con las exageraciones. Ni tanto ni tan calvo. ¡Vaya si sirven de algo los preceptistas antiguos! Por tener á mengua consultarlos, suelen dar soberbias calabazadas muchos realistas de cogote tieso. Con tanto y tanto renegar de lo clásico podemos llegar á ridículos extremos en todas las manifestaciones del Arte. Y llegamos á ellos—¿pues no hemos de llegar?—porque, excepto cuando se trata de algún numen privilegiado de esos que crean género, diariamente hay que armarse de paciencia con una turba de gigantuelos que nos dan pomada ó vinagrillo por discursos, lagrimazos ó pucheritos por dramas, por toda música bombo y pandereta y chafarrinones por pintura.

Embebecido me tenían en su música Juvenal y Tibulo. El perfumado Tibulo, fino, elegante, de un aticismo incomparable y poeta más cadencioso que Ovidio, perdóneme la fama del ilustre Publio. ¡Juvenal! ¿Cómo no había de adorarle? Con él veía al desnudo gran parte de la sociedad romana; y quien dice sociedad romana dice historia de Roma según yo en-

tiendo y dejo explicado. La fantasmagoría militar, política ó cortesana de los Livios, Suetonios y Salustios tenía para mí, en las *Sátiras* de Juvenal, un contrapeso admirable. Allí palpitaba la Roma antigua con sus flacos, sus calaveradas, sus malos olores; principalmente en aquella sátira 6.ª en que el autor describe los vicios de las damas de su tiempo: la Roma *côté du cœur*, como dice P. Véron, hablando del París moderno.

III

Cuestión más grave era la de los clásicos españoles. En los latinos podía haber eliminaciones; en los patrios todo me parecía aprovechable, no por la calidad, sino por la lengua. ¡Quién hubiera tenido entonces la colección completa de Rivadeneyra! Aunque hubiera ya salido á luz, había un obstáculo serio: 3.000 reales y encuadernación aparte. Explicaos un estudiante con 3.000 reales disponibles.

Hubo que andar arañando y pellizcando, con lo cual y con incesantes ahorrillos logré reunir una biblioteca española decentita: mis dos ejemplares de Cervantes, uno mondo, otro ilustrado, un Mateo Alemán, Quevedo, los dos Luises, Saavedra Fajardo, el P. Isla, y Quintana, con el Romancero, Lope, Calderón y Tirso, Herrera, Moratín, Espronceda, el Duque de Rivas y Zorrilla.

Manos á la obra. Primera dificultad: elección de prosistas. ¿Para qué? Toma: para aprender el castellano. ¿No saben ustedes que los catalanes, fuera de los ratos oficiales, no hablamos en castellano más que los días que repican gordo?

Ahí es un grano de anís lo de los prosistas. ¿Tomaría por modelo, y sin ningún reparo, nuestra prosa de los siglos XVI y XVII? La tentación era grande; el peligro, enorme. Aquel pastoso hablar se pega al oído como una lapa. Dejaos llevar, y os sorprenderéis *platicando* como los judíos de Tánger, ó como un secretario de las católicas Majestades austriacas. Un lenguaje rancio, pedantesco y erizado de arcaísmos. Siquiera

en Madrid hay la ventaja de que la pluma se corrige por el oído: lo corriente de la conversación familiar enmienda lo retrógrado de un purismo exagerado. Aun así, por ahí se pierden muchos egregios académicos. Tengo entre ellos apreciabilísimos amigos, á quienes si yo no fuera catalán y ellos inmortales, aconsejaría que, cuando escriban, procuren ser más castellanos de su tiempo. Pero en Cataluña es una desdicha caer en el vicio del lenguaje purista. No hay más criterio que el buen gusto de la persona; y la que de él carezca, andará por esos libros haciendo la triste figura, á puro querer emparejar con Granada ó con Cervantes.

¿Cervantes y Granada? Y á León y á Quevedo y á Mariana y á Solís y á todos aquellos escritores sagrados ó profanos, y á todos aquellos novelistas, y á todos aquellos historiadores y á los de sucesos de Indias, hubiera imitado yo: tan cautivado me tenían y tan prendado estoy de aquella rica y galana frase. Sí señor: indudablemente nos daría gran carácter y parecería más español escribir como la gente del siglo de oro. Por poco que me apuren, añadiré: tanto carácter como andar por ahí luciendo el garbo con calza de seda, sombrero con pluma, ferreruelo forrado en felpa, gregüescos, cuello azulado y abierto, guante de ámbar, ligas de roseta, la larga espada de gavilanes, y en los hombros una vuelta de cadena de oro. ¿Por qué razón los más apegados á lo antiguo no se dan este inocente pasatiempo de indumentaria? Por la misma razón que os impide, aun profesando las ideas de Felipe II, convertir el salón de vuestra casa en un estrado aderezado de guardamaciles, con doce sillas de baqueta, cuatro taburetes, dos bufetes y una alfombra mediada con seis cojines de terciopelo carmesí. Al día siguiente, de puro corridos, mandaríais más que á escape vuestro rancio atavío á una prendería.

Y pues hablamos de indumentaria, haced cuenta que también la hay del pensamiento, que es el lenguaje. Toda indumentaria sufre por la ley de los tiempos serias transformaciones; mas en esta del idioma, no hay sólo exigencia de la moda, como en el vestir, ó imperio de nuevos gustos y comodidades, como en el mobiliario.

A otras leyes de más sustancia se subordinan las mudanzas del lenguaje. Empiezo por ir más allá que los que se quejan de la decadencia de nuestra lengua. ¿Decaer, dicen? ¿No será mejor confesar que la hemos perdido? Antonio Segovia, el inolvidable *Estudiante*, hizo una vez, delante de mí, la prueba. Puso en una columna dos trozos de Cervantes, y en otra los vertió en jerga moderna. Como español puesto en ruso. Ni la madre que lo parió hubiera dicho que aquello era un mismo idioma. ¿Es esto casualidad, ó mera acción de los siglos, ó torpe desidia nuestra, ó como más generalmente se cree, ridículo prurito de vestirnos á la francesa? Más hondo, señor, más hondo. Nuestro idioma se ha ido extraviando por motivos idénticos á los que nos hacen seguir, como de reata, el movimiento contemporáneo. ¿Cómo en tan pocas cosas tenemos nota de originales? ¿Dónde está lo que tanteamos, lo que inventamos, lo que descubrimos? ¿Qué otra cosa veis sino vestirnos generalmente de ropa hecha? Tomamos ó copiamos, con fortuna á veces, otras con escaso acierto. Perezosamente nos arrastramos por la senda de la imitación, donde va desapareciendo la flor de nuestra celebrada originalidad de antaño; no es de extrañar que la lengua, corriendo penosamente tras de la idea nueva, vaya dejándose, entre matas y zarzales, sus antiguas galas y atavíos. ¿No habéis notado cuán rebelde es nuestro idioma á los modernos conceptos filosóficos, á la nomenclatura política, administrativa, rentística (¡financiera!) ó económica en boga, y sobre todo al tecnicismo industrial? Para hablar en sabio, tenemos que tomar prestado del extranjero. En filosofía, venga el vocabulario tudesco: pedid los libros de nuestros krausistas y hegelianos. En artes, el italiano; no llaméis á un cuadro malo un mal cuadro; es más *chic* decir *pasticcio*. Para revistas de ópera, la cáfila de términos musicales almacenados por los *dilettanti*. De gorra en ciencias, y más en mecánica, donde el diccionario inglés es nuestro árbitro soberano. En fin, ¿cómo olvidarnos del francés, sin cuyo auxilio ya no podemos hablar de nada; ni de modas, ni de salones, ni de industrias elegantes, ni de costumbres del día, y casi, casi ni de intimidades de la sociedad alta ó baja? ¡Y se empeñan en resucitar nuestro lenguaje de

marras, atándonos las manos ante esta invasión de nuevos elementos tan extraños á la índole de aquel elegante fraseo y tan fuera de sus copiosísimos caudales!

Copiosos—¿quién lo duda?—pero en los terrenos y en las direcciones que nuestros grandes escritores tuvieron á bien escoger para sus usos. Por no dejar la costumbre de las clasificaciones, antojóseme, en aquella mi edad florida, distribuirlos en tres grupos: historiadores, místicos y picarescos.

IV

¿Cómo abundan tanto nuestros historiadores? ¿Pues no habían de abundar en un pueblo que *hacía* de verdad casi toda aquella historia? Nosotros peleábamos, vencíamos, adicionábamos la tierra, dábamos la vuelta al mundo, vertíamos sobre Europa el caudal de América, hacíamos esclavos, quemábamos herejes, y, poco ó mucho, se dejaba sentir en todas partes nuestra mano de plomo. Grandeza llamaban las gentes á aquel ruido, y todavía es muy común así denominarlo: pase la palabrilla, que no quiero ahora fatigarme el seso con cuestiones de motes. Sea grandeza, pues así lo han decidido en junta de rabadanes. Grandeza ó no, confesemos que *ello* resultaba espontáneamente de los hechos. Con sólo tomarles el hilo, salían airosos nuestros historiadores, sin necesidad de meterse en metafísicas, ni de encumbrarse á altas filosofías. Referían por referir, contaban por el gusto de contar, *ad narrandum*; así, como cosa sin malicia, natural, traída por la mano de la Providencia. *Gesta Dei per Hispanos.* Cuando se fatigaban de ir convoyando á los demás, se hacían á un lado del camino, plantaban sus reales, tendían el paño y lucían sus prendas literarias con gallardas descripciones de sitios, lugares, cortejos y personajes: ó bien se recreaban escuchándose á sí mismos, y ponían, en bocas ajenas, largas arengas de su invención, á ejemplo de lo que habían hecho Tito Livio y otros de sus colegas romanos. Este concepto que formé de

nuestros historiadores del gran siglo, no ha variado ni un ápice con mis maduros años.

Sí ha variado el que formé de nuestros escritores místicos. De joven no los podía digerir: ahora los comprendo mejor, y los leo con ánimo reposado. Es porque entonces el repertorio místico de nuestra literatura me hacía el efecto de ejercicios de devoción agregados á los de casa: miel sobre hojuelas. Después lo he visto bajo su verdadero aspecto: ideal, encarnación de aquella sociedad española de su tiempo, mezclada de ascetismo y gloria mundana, de perfecta humildad y sin par fiereza. Aquellas batallas espirituales de nuestros ascéticos contra las tentaciones del maligno, debían traer involuntamente á mi memoria las otras batallas de sangre en que aniquilábamos á los descendientes de los Incas y de los Aztecas, al calvinista, al luterano, al pordiosero de mar, réprobos todos, todos hijos del mal y engendrados en las tinieblas, según las ideas de la época. Satanás era combatido en toda la línea.

En una sola cosa no he cambiado de parecer, con relación á los místicos. Creía, y sigo creyendo, que es difícil formarse con ellos un mediano estilo. Sería menester pensar como ellos pensaban, vivir su vida, respirar convento, celda, cilicio, maceraciones. Probad escribir de aquella manera, aunque sea para las beatas. Las marearíais con la frase ampulosa de San Juan de la Cruz ó con los períodos secos y laberínticos de Santa Teresa. En todo caso, y si sois piadosos de verdad, cosa muy problemática en estos pícaros tiempos, os recomiendoFray Luis de León, el Padre Malón de Chaide ó el gallardo y majestuoso Fray Luis de Granada, cuyo espíritu flota sobre las páginas, desplegándose como velo de sutilísima gasa que sube, lentamente sube hasta que al cabo le perdéis de vista allá en las últimas alturas.

Heráclito junto á Demócrito; al lado de los místicos lagrimeros la risa de los picarescos. ¡Dios mío!—exclamaba yo —¿qué hubiera sido de la pobrecita sociedad española sin la gente de buen humor? ¿De nuestros abuelos, á solas con el Escorial, con las capuchinadas, las chamusquinas de la Plaza Mayor y los exorcismos, sin el Buen Retiro, sin Quevedo,

sin los galanteos y tapadillos de aquella corte de los Felipes? Aquí entraba una reflexión que podría elevarse á la categoría de axioma. Un niño de alegre temperamento, á quien eduquen con la nota melancólica, os saldrá hipócrita, enredador, y andando el tiempo, burlador y deshecho calavera. Un pueblo meridional, vivo y de sangre ardiente, si lo sujetáis á régimen monacal, se os hará malicioso, bullidor, dado á meter cizaña, y cuando no pueda con el palo por delante, os sacudirá por detrás con el epigrama. Protestas de instintos mal contenidos entre apretadas ligaduras. Por esta razón lo burlesco ha sido y es nuestro género nacional por excelencia. Jamás se ha interrumpido entre nosotros la *Visita de los chistes.* Mayores y más estupendas carcajadas cuanto más nos aflige la desdicha. Canta que te canta en rabiando ó no teniendo blanca; desde la *Celestina* y el *Lazarillo* cuando empezábamos á vernos zurrados en Europa, hasta Larra y Fray Gerundio, cuando empezábamos á zurrarnos unos á otros en la primera guerra civil, y hasta llegar á nuestros innumerables é inimitables caricaturistas, ahora que vamos tan cómodos en el machito.

Volviendo á los picarescos, recuerdo cómo me engolfaba allí, nadando deliciosamente en aquel mar de discreteo. Todo me lo engullí, todo, de la cruz á la fecha; Celestina, Lazarillo, pícaro Guzmán, Quijote y Novelas ejemplares, Gil Blas, Diablo Cojuelo, Garduña de Sevilla y Estebanillo González. Al fin llegué á cansarme; no me cansé de Quevedo. No me lo comparéis con nada ni con nadie, ni en España ni en el extranjero, ni en lo espontáneo, ni en lo peregrino. Quevedo, otro de mis cultos, otra de mis manías. Tanto llegué á quererle, que me impuse la obligación de administrarme diariamente una ligera dosis de sus *Discursos satíricos.* Un *pandemonium* aquello. Pasado, presente, porvenir, humanidad grande y humanidad chica, continua revelación, continua vena. Imitar á Quevedo ni en la frase, ni en el concepto; ¡ya! Siempre me estoy preguntando: ¿cómo intentarían traducirle los extranjeros?

V

Vino el momento de escoger Autor preferente; quiero decir, una especie de maestro ó consejero que me adiestrase en el lenguaje para presentarme decentemente en público, si por ventura se me antojaba algún día borronear cuartillas. Me decidí por Quintana. ¿Por qué no Feijóo? ¿por qué no el P. Isla? ¿por qué no Jovellanos? ¿por qué no Martínez de la Rosa? Modernos son todos ellos; el último, vivía; excelentes hablistas, corrientes en la dicción y en el período. ¿Por qué no tomarlos todos juntos? Diré, diré; comparados unos con otros, tienen sus más y sus menos. Feijóo es descuidadísimo, como buen articulista (su *Teatro crítico* es una colección de artículos); el P. Isla muy desigual, á veces Cervantes puro, á lo mejor un trozo de pacotilla; Jovellanos algo tocado de galicismos; Martínez de la Rosa, lo mismo que Alcalá Galiano, untados de clasicismo, con aquella pomadilla del siglo XVII, lustrosa sí, pero muy pegajosa para el peinado moderno. A Quintana le encontraba intachable. Escribe á la moderna con un escogido fraseo y un delicado corte antiguo; tan florido, tan seguido, tan espontáneamente castellano, lo mismo en sus *Vidas de Españoles célebres* que en sus *Cartas á Lord Holland*. Así concebía yo nuestros buenos escritores de hoy, y la experiencia me lo ha acreditado. Así escribían siempre Segovia, Escosura, Lorenzana y Rafael Baralt; así Alejandro Oliván y Paco Canalejas cuando les daba la real gana; así hablaba Pacheco, así hablaba Olózaga, así habla Martos, así escriben ahora mismo Juan Valera, Federico Balart, Quadrado, Pí Margall y Fernando González.

Yo quería, en mis hervores juveniles, una cosa que cada vez se va haciendo más difícil: el castellano limpio de toda mácula extranjera; huir de ese escollo del galicismo en que forzosamente tropieza todo aquel que en España gasta tinta por afición ú oficio. Tiene esto sus razones, tristísimas razo-

nes. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, rara es la persona culta que no escribe bien su respectiva lengua: apenas se distinguen en esto el literato y el hombre de ciencia. Flammarion, Figuier y Juan Reynaud manejan tan hábilmente su idioma como Feuillet, Máximo du Camp, Mérimée ó el hijo de Dumas. En España, el literato de veras escribe regular, porque está acostumbrado á frecuentar los clásicos: los hombres científicos... ¡Cuánto no porfiaba yo y aún porfío con ellos, por el desenfado con que tratan la Gramática! De cada tajo y mandoble se llevan la mitad de la sintaxis. No es suya la culpa. Para sus especialidades, tienen que estar siempre encima de libros extranjeros que leen en el original ó mal traducidos. De manera que, en nuestro país, toda persona que se dedique á escribir para el público, tiene por precisión que hacer constantemente dos estudios paralelos: el de su ciencia y el de su lengua. Tras ser ésta muy larga faena, todavía le hallo el inconveniente de que retrae á los más, porque exige nna dosis de paciencia inverosímil para nuestros temperamentos.

Del mío, según he dicho, poco dado á la métrica, no podía esperarse un asiduo cultivo de los poetas. Los leía como esparcimiento, no como estudio ó consulta. Calderón, Rojas, Alarcón, Tirso, á veces Lope de Vega. Moratín pasaba en mi círculo por lánguido y relamido. El teatro contemporáneo iba á saborearlo en las tablas. Si había, entre mis amigos, algún aprendiz de vate, poníale yo en la banqueta para hacerle recitar, alternando con sus versos, algo del Conde Claros, el *Moro expósito*, el *Diablo Mundo* ó las primicias de Zorrilla.

VI

Si en general no puedo con el verso español, considere el compasivo lector lo que me sucedería con el alejandrino francés, que me suena como una matraca. Por esta causa, ó tal vez por el género en sí, me costó gran trabajo deglutir el *Cid*

de Corneille y la *Atalía* de Racine. Me atraía poco la tragedia clásica: heroica, oriental ó greco-romana. Bastante tiene uno con la ordinaria farsa de la escena para echarse todavía al cuerpo las sublimidades de alto coturno. Vistas de telescopio ó megaloscopio desvanecidas de puro agrandadas. Más me cautivaba la nota cómica de Molière con sus tipos imperecederos; y no fueron ratos perdidos los que me pasé con el *Tartuffe*, las *Preciosas*, el *Misántropo*, las *Marisabidillas* y el *Bourgeois gentilhomme*.

El prosaico Boileau me interesaba, no por su *Arte poética*, sino por sus incisivas sátiras quinta y décima: Rabeláis y Montaigne, por su ingeniosa cháchara; Mad. de Sévigné, por su ingenuidad; Fénélon, por sus estocadas de maestro en el *Diálogo de los muertos*; Montesquieu por aquella envidiable flexibilidad que le permitía descubrir *l'esprit* de las leyes y prodigar *de l'esprit* en las *Cartas persas*; Voltaire y Rousseau, por ser... ellos. A renglón seguido venía la larga lista de los contemporáneos; Mad. de Staël y su *Corina*; Chateaubriand, con los *Mártires* y el *Genio del Cristianismo*; Víctor Hugo, Dumas, Lamartine, cuyo *Rafael* fué objeto de una serie de epístolas cruzadas con un amigo.

Italianos: *I quattro poeti*, con Maquiavelo, el campanudo Metastasio y el deslenguado Casti; pero naturalmente con más entusiasmo por Alfieri, Monti, Manzoni, Fóscolo, Leopardi y aquel tiernísimo Silvio Pellico, que me hizo derramar más de una dulce lágrima con la lectura de *Mie prigioni*.

De ingleses, Milton, Shakespeare y Byron; de alemanes, Schíller y Goëthe. ¿Por qué en Schiller me gustaría más el papel del Marqués de Posa que toda la trilogia del Wallenstein? Lo mismo me sucedía con Goëthe, entre el *Fausto* y el *Werther*. El *Werther* no lo soltaba de la mano. El *Fausto*, ¿para qué en aquella edad mía? Mefisto no es para los mozos, sino para los remozados; y hubiera dado cien Margaritas por una sola Ofelia. Pero el Werther... ¡oh! ¡el Werther!...

En Byron me seducía todo, hasta el retrato suyo de la edición que poseo: Baer, Francfort, 1846. Diez y ocho años, cabello descuidado, corbata suelta, garganta al aire y enteros en la mirada los poemas del inmortal misántropo. Fantasma

desprendido de entre las brumas del Norte, que viene deshaciéndose sobre el Mediodía, en lluvia de colores, hasta ocultarse en la tumba de Missolonghi. Loco con centellas de visionario; inmensos resplandores sobre fondos de noche tormentosa; hierro candente aplicado al alma; cantor de dolores y trovador de la hiel; eterna amargura que se cierne sobre todas las risas y todas las orgías. Tal fué Byron en vida; tal se ha legado él mismo á la inmortalidad. Dibujóse en *Don Juan*: mas el *Don Juan* se lo prestaron. ¿Quién le dió las notas de *Childe Harold?*

¡Divino *Childe Harold!* Con él hice mi primer viaje por fantásticos espacios; con él soñé Oriente, con él, huríes y bayaderas, con él amores insensatos, con él Cintra, con él Grecia, con él Nápoles, con él la hermosa Andalucía. Extraño escepticismo que os hace creer en todo. Si Schíller engendró bandoleros, y Goëthe suicidas, Byron os hará peregrinos, aventureros, fervientes apóstoles de una idea. Alejará de vosotros las desnudeces de la vida y existiréis de estela en la frente y de blanca túnica á raíz de las carnes, mecidos en un eterno poema; el poema del cielo español, el poema del sol de Italia, el poema de las lágrimas que desarman, de las congojas que exaltan, de los delirios heroicos, de los ojos que fascinan, de los alientos que abrasan, de los besos que enloquecen; el poema de las libertades que, en ya olvidados suelos, resucitan por el solo esfuerzo de una generación de gigantes.

VII

Novelas que leíamos, ¿quién será capaz de contarlas? Delirio por ellas, como todo muchacho. Walter Scott había pasado de moda; d'Arlincourt se iba anticuando; Sue, Dumas y Paul de Kock eran los amos del cotarro. Un poco menos, Féval y Soulié. Fruto prohibido y perseguida la importación por dos instituciones serias: la aduana de mi casa y la policía de confesonario. Así iba tomando el contrabando proporcio-

nes colosales; los forros de los gabanes y el fondo de los colchones nos servían de almacenes. De casa en casa y de mano en mano nos pasábamos aquellas abominaciones. Debajo de un Kempis, el *Gustavo*; cubierto por el P. Ribadeneyra, el *Hijo del diablo*. Para curarnos las *sequedades del alma* era de ver cómo mordíamos la sabrosa manzana. ¡Lo de velas que llevaba gastadas en secreto! ¡Las que apagaba y volvía á encender para ir sorteando las sorpresas! Otro que yo se hubiera rendido, porque aquello era un no vivir; pero, dale que enciende, dale que apaga, y el veneno colaba. Veneno sería: nunca me he sentido más sano de espíritu y de cuerpo.

Paul de Kock me gustaba sobremanera; ¿qué digo? me gusta siempre. De una chispa saladísima, pintor inimitable, precursor de Flaubert y de Zola, maestros en el arte de describir. Libre, muy libre: ¿no lo eran de sobra nuestros *clásicos* novelistas? Tiene Kock sobre ellos la ventaja del pudor de la frase. Otra ventaja: el fin moral que no abandona nunca. Sé que es muy discutible lo de llegar á fines morales por ciertos caminos; pero Kock contestaría con su tupé de costumbre: ¿no están ahí los libros de medicina y las escabrosidades de los casuistas?

Para libros de caballerías nadie como el viejo Dumas. Monte Cristo es un D. Quijote con billetes de Banco; d'Artagnan, un Rolando con lechuguilla; Bragelona, un Amadis de Gaula con guantes de cabrito. La ocurrencia de presentar la historia de Francia en cuadros novelescos vale por sí sola un mundo. ¿Quién sabe dónde hay más realidad, si en la Historia efectiva de Enrique Martín, en la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, ó en las novelas históricas de Dumas? Conteste Aristóteles que, al hablar de la tragedia, hallaba más verdad en la poesía que en la historia. Desde luego tiene Dumas dos cualidades superiores: la narración y el colorido. En esto es incomparable. No se ha hecho *cursi* ni anticuado. Hoy le leéis con el mismo interés que ayer. El año pasado en Biárritz, no sabiendo en qué ocuparme, volví á hojear los *Mohicanos*, después de treinta años. No se me caía el libro de las manos. Exactamente como cuando, hace cerca de cuarenta, me pasaban por debajo la capa las *Memorias de*

un médico, y siempre me parecía que terminaban demasiado pronto aquellas páginas interminables.

Sorprendíame el prodigioso ingenio de Balzac: imitador de Boccacio y Rabeláis en los *Contes drolatiques,* profundo filósofo en la *Piel de zapa.* Mas yo tenía especial predilección por otro novelista de su escuela, Carlos Bernard, el autor de *Gerfaut,* del *Homme sérieux* y del *Gentilhomme campagnard.* Ahora le comparo con Víctor Cherbuliez. ¡Cómo me encantaba la bella Clemencia de Bergenheim! Rica y simpática en todo; hasta en sus debilidades. ¡Ah! si aquella mujer divina hubiera pestañeado, ¡en cuántas y cuántas locuras no hiciera caer á esta carne maldecida!

Eugenio Sue era, en aquel tiempo, el gigante de la novela. Con pensamiento, con sistema, con miras de reformador: tal vez un poco estirados sus comentarios filosófico-sociales. *Misterios de París, Martín el expósito,* manjares que se devoraron en el acto. Sobre todo, el *Judío errante.* Digan lo que quieran, tampoco ha pasado el *Judío errante.* Allí, allí está el jesuita en fotografía inalterable. Rodín, d'Aigrigny, la princesa de Saint Dizier viven entre nosotros. Prueba de que no acabaron, me diréis: señal cierta, contestaré, de que hay que tenerlos en jaque.

Cuando apareció el *Judío errante,* los jóvenes de sentido liberal estábamos profundamente alarmados. ¡Qué avalancha se nos venía encima de libros ultramontanos! También los leía yo, porque me gustaba enterarme de todo. Bonald, Augusto Nicolás, el *Papa,* de De Maistre; la *Historia de los Jesuitas,* por Crétineau Joly; el *Ensayo,* de Donoso; el *Protestantismo,* de Balmes, y aquel honradísimo esfuerzo de Wiseman para conciliar la ciencia con el Génesis.

Creedme: Michelet, Quinet y Eugenio Sue hubieran hecho suma falta. Nos dieron la voz de alerta para estar á la defensiva de los RR. PP. que trataban de tragarse aquella generación, como quieren tragarse la presente, como se tragarán, si no se les va á la mano, todas las posibles.

SECCIÓN TERCERA

Volvamos al mundo.—Las precauciones de D. Ramón.—¡Silencio en las filas!—De las balsas de aceite en general y de la educación política en particular.—También me divierto yo.—Apertura del Gran Teatro del Liceo. —¡Por un botón!—¿Habría panzas en Roma?—Macbeth al piano.—Róvere, Roppa y los Ronconi.—Liceístas y principalistas.—Camita á las once.—El maestro Obiols.—Entre bastidores.—Matinées musicales —Un público de duquesas.—¡Aquel pisar!—Recuerdos de una amapola.—Las compañías de Santa Cruz.

I

Los cinco años que vamos historiando forman parte de aquel largo período de los once, totalmente ocupado por la dominación moderada: más digna de mención, si, para la educación del país, hubiera sido más provechosa. Llenáronla Narváez y sus parciales, los idólatras del sistema doctrinario francés, y de su propia inclinación muy dados á la paliza, á medir á puños las cabezas y las espaldas á varas: la política del cartucho en el cañón y tente tieso. Cómo las gastaban en Barcelona, podrán adivinarlo los que, en el curso de esta relación, hayan visto la algarada estudiantina. Bajo aquel pie vivía entonces la Ciudad de los Condes. Centinelas de día y de noche en las torres de la Catedral, cuando no, bajo cualquier pretexto, en las avenidas de la plaza de San Jaime; Atarazanas con troneras nuevas del lado de la Rambla, y los correspondientes cañones apuntados; bien artillado Monjuich, reparada la Ciudadela, la guarnición reforzada; si entrabais en uno de los muchos sitios guardados por la tropa, un brusco *atrás, paisano*, ó un *paisano, la capa*, dicho con el melifluo acento de los que cargan con el chopo; de tarde en tarde, y para freno de hervores populares, algún consejo de guerra, algún ciudadano mandado á tomar aires ó á cambiar de domicilio, según frase consagrada. Juntábase á esto

la policía olisqueándolo todo, fondas, cafés, otros lugares concurridos; recelo de una cara *feroce*, de unas guías insolentes, de unas barbas significadas. Tal ánimo tomaron los Mozos de la Escuadra que, más que gente mercenaria, parecían señores de pendón y caldera.

No así, y conviene advertirlo, la Guardia civil, que por aquéllos días, se estaba organizando bajo la inteligente dirección del viejo Ahumada. Estaba el instituto en sus alboradas, con mozos gallardos de limpísimas notas, escogidos entre los mejores. Daba gusto verles con su correaje amarillo, cruzado sobre el pecho, pantalón de crudo en verano, el de invierno, con la levita, ajustado al mismo modelo de hoy, soberbios potros y bota de montar los de á caballo, y aquél famoso tricornio que, por no ser conocidos en provincias los alabarderos, causó tanta extrañeza en la gente del pueblo. Un día que el General estaba revistando dos tercios en Molíns de Rey, no pudiendo contener mi admiración, lleguéme á él y le dije:—«Señor duque, puede V. estar orgulloso de esta fuerza.»—«Joven—me contestó,—agradezco mucho sus palabras. Dios mediante, no sólo hemos de hacer de todos estos valientes un modelo de bizarría, sino de cada uno de ellos un aspirante á los premios de la virtud, que se dan en Francia.»—¿Cómo había de admitir el ilustre veterano que *sus* Guardias pudiesen jamás emplearse para fines políticos ó electorales ó para arreglar en los paseos las filas de carruajes?

El régimen Bum-bum iba dando en Barcelona el fruto co diciado. Engordaban los bolsistas al olorcillo de los negocios y de una bonita conversión que ya se divisaba entre celajes; los fabricantes, felices poseedores del *oído* del Capitán general, trataban con él, en familia, la forma y manera de sostener sus aranceles; el obrero, amansado en apariencia, pero odiando en secreto lo que de público no podía señalarse; asomo de reacciones clericales, pujos de restauraciones nobiliarias; para la gente madura los intereses materiales; para la gente moza la vida de los sentidos, como la desean los Gobiernos de resistencia, sin los correctivos del libro, ni los ensanches del espíritu.

Había tranquilidad, ¿por qué negarlo? Tranquilidad, así,

un poco á estilo de las soledades de Tácito y de los cementerios de Schíller. Lavas ardientes bajo capas de leche. ¿A qué condujeron tantos afanes? El cañón de Atarazanas no impidió el 54 ni evitó el 68; no se mató el espíritu levantisco; la misma persecución empolló el catalanismo; apesar de las mordazas, pronto empezaron los coros de Clavé, precursores de las expansiones obreras. Y por lo visto no había medio de entrar en términos de vida razonables. O los horrores de la Jamancia ó el bajalato de Narváez. Palo de abajo, palo de arriba.

Comenzaba á preocuparme esta idea, y deseaba para mi país más favorecido trato. ¿Por qué no el inglés? me preguntaba. Eran mis sueños de entonces, cuando todavía creíamos en la verdad y eficacia del parlamentarismo. Un pueblo que trabaje, que piense, que lea, que estudie, que viaje: con prensa, con Jurado, con derecho de reunión, y en el Poder hombres serios y corazones leales. Notaba *ya* con profunda pena cuán lastimosamente se confunden aquí dos cosas enteramente distintas: el mando y el gobierno. Sentía *ya* por instinto un odio profundísimo á nuestras dos políticas favoritas, la menuda y la de partido. Pero los libros que traía entre manos nada me decían de estas cosas. Y seguía estudiando.

¡Eh! cuidado: con desahogo, sin meterme á cartujo. ¡Bonita edad aquella para encerrarme en la concha! ¿Tocaban á fiesta? Pues á la fiesta. ¿Bailes había? Pues á danzar. ¿Se abrían teatros y casinos? A gozar de la ocasión: allí acudía yo, pagando el debido tributo á mis primaveras.

II

A tal señor tal honor: hablemos primero del Liceo. Como si los oyera á VV.; catalán y el Liceo, ya pareció aquello. ¿El peine? Cierto que sí, y á mucha honra y con razón que nos sobra por encima del pelo. ¿Con qué teatro me vais á com-

parar el Liceo? ¿Con la nueva Opera de París? Es un alarde de arquitectura: de arquitecturas. ¿Con nuestro Real? Es una sala bonita. ¿Con la Scala, con Covent Garden? Son vulgares hasta lo plebeyo. ¿Con la Moneda de Bruselas? ¡Horror! ¿Con Viena, con San Petersburgo? Es sacar las cosas de quicio. Yo juzgo el Liceo de Barcelona como teatro, y sostengo que no hay otro que le aventaje en grandiosidad, ni en desahogo, ni en la perfecta y acabada distribución del conjunto *destinado á espectáculo y á espectadores.* Probadme que no estoy en lo justo.

De tiros largos y en butaca de anfiteatro, asistí á la inauguración del hermoso Coliseo. Fué la noche del 4 de Abril de 1847. Función variadísima, española y catalana á un tiempo. Dieron *Fernando de Antequera,* escrito expresamente por Ventura de la Vega; siguió una rondeña, compuesta por el maestro de baile Camprubí, con música de Jurch, ambos catalanes; y terminó la fiesta con una cantata titulada *Il regio imene,* arreglada en versos italianos por el profesor Cortada, y puesta en música por el maestro Obiols, á quien dedicaremos luego algunas líneas. Hubo también la alegoría de ordenanza con el busto de Isabel II, entre nubecitas de oro, gasas rosa y azul, león, globo, y columnas de Hércules en cartón pintado, y tres niñas de carne y hueso representando las Gracias, símbolo de lo que siempre creen ver en otra parte los que deliran por lo augusto. Hacía bastante calor apesar de lo templado y casi frío de la estación: como que pasaban de 4.000 los espectadores y ardían en el edificio 1.120 mecheros de gas.

Desde entonces empezó en el Liceo una serie, no de funciones, sino de verdaderas solemnidades artísticas que han dejado en Barcelona imperecedero recuerdo. Era de rigor dejarse ver allí un rato todas las noches, de frac marrón con botón negro ó de frac azul con botón dorado, moda que habían introducido los *madrileños,* porque, en perfiles del buen tono, éramos los muchachos unos monitos de Madrid. Lo del botón dorado tenía un ligero inconveniente: determinaba clase. Liso, hacía caballero particular; con armas Reales lo lucía todo empleado alto ó bajo, militar ó paisano, con maes-

trantes, sanjuanistas y demás gente uniformada. Muchos tomábamos á risa la distincion; en otros era un cosquilleo sempiterno. A falta de lustre en la casa, suspiraban por el lustre en la casaca. Hacíanse mil locuras para obtener el derecho al botón de buena cepa. Un famoso confitero, deseoso de agregar á las de su oficio las *dulzuras* de aquel codiciado tesoro, vino á Madrid con el intento de pescar á toda costa un casaquín bordado. Removió cielo y tierra, gastó, faroleó, y á los cinco ó seis meses volvió triunfante á Barcelona con su credencial en el bolsillo. ¿Para qué era la credencial? Para *uso de uniforme de confitero* HONORARIO *de S. M.*

Diez reales costaba la butaca del Liceo; el precio de hoy en Guadalajara ó en Segovia. ¿Era que nos daban compañías de monos sabios y notabilidades de café cantante? Precisamente lo contrario; todo superior y de cartello y *primissimi*. Lo más selecto que se veía y se oía en Europa. Desde luego compañía de baile francés. ¡Qué decoraciones y qué trajes, y qué mágia en *Azulma ó el Reino de las flores*, en *Gisela ó las Willis!* Allí pirueteaba la incomparable Guy Stephan, poco agraciada de rostro, pero con un talle, unas piernas y *puntas de acero* sin rival entre sus iguales. Esmerábanse los que movían aquel tinglado en reproducir sobre las tablas las mayores maravillas: hoy la cascada de Giessbach, mañana un lago escocés, otro día un jardín con macizos de vistosas flores; saltos altísimos de agua con aparatos hidráulicos; cañadas, gargantas y hondonadas por donde se despeñaban impetuosos torrentes; lebreles que corrían tras de un ciervo; caballos que saltaban vallas; Reyes y Príncipes con muy lucida muchedumbre de guerreros y cortesanos.

Óperas: no he visto cosa parecida. Había semana de un par de estrenos. Para los días de fiesta quisiéramos un estuche de músicos y cantantes como aquellos. Por mi dicha, privaban todavía Bellini y Donizetti, con cuyas divinas melodías formábamos nuestro gusto musical los aficionados. Después hemos caído en la cuenta de que estábamos escandalosamente pervertidos; porque, según refieren los críticos de hoy, aquello no es más que música *de necesser*. Enterado, y gracias por la noticia á los alemanistas. Y sin embargo, ya entonces

empezábamos á cultivar el alemán en solfa: para hacer boca, nos daban de vez en cuando el *Freyschütz*, de Weber, y el *Roberto*. Y perdonen VV. aquí, señores maestros, mi modo de señalar. En lo dulce, en lo tierno, en lo melódico, en lo que hiere la fibra delicada, gustábame el género alemán *por sus reminiscencias italianas*: en lo demás, le daba la primacía, pero la primacía de música sabia. Lo peor es que, necio de mí, no he variado de concepto apesar de los *Hugonotes*, apesar de la *Africana*, apesar de Wagner: sobre todo, apesar de Wagner. Instrumentación, masas vocales, piezas concertantes, música guerrera, la nota religiosa: he aquí el verdadero campo alemán, y es mucho campo. No hablemos de Beethoven, ni de Glück, ni de Mozart, que están más altos. Son piezas de Rey y *no han formado escuela.*

Rossini, en aquel tiempo, no estaba de moda. Pude darme por contento con oír un par de noches el *Barbero*, la *Semíramis* y el *Guillermo*. Intermitencia rara tratándose de un maestro tan consumado. Echaban de ello la culpa á Verdi. Parecerá mentira; pero nos tenía *chiflados* con *Hernani*, los *Lombardos*, *Atila* y *Macbeth*. Se había hecho en Barcelona la música popular por excelencia. No oíais otra cosa en pianos, conciertos y bandas militares. Si llegamos entonces á conocer el *Trovador*, concluímos los barceloneses por dar á Verdi carta de ciudadanía. Otro día hablaremos de esto más despacio.

Como cantantes, nadie superaba en *Norma* á Verger y á la Brambilla, matrimonio antediluviano que había ido allí á dejar su tarjeta de despedida al arte. Verger, antiguo rey de los tenores, con sesenta años encima y una tripa descomunal, hacía un Polión inimitable. ¿Por qué un *crudel romano* no podía haber sido gordo y todavía coquetón en años mayores? Oíamos en *Macbeth* á la Gruitz, alemanota rechoncha y fuerte de color, garganta sin igual para las agilidades, fermatas de efecto, picaditos y *fioriture*. Rodas, que estaba en toda la plenitud de su voz, secundaba admirablemente á la Gruitz; y allí fué donde el famoso bajo empezó la serie de triunfos que alcanzó después en San Petersburgo, Viena, Londres y París, hasta que vino á dar, con sus huesos de artista, en las tablas de nuestro regio Coliseo.

Una hombrada referiré apropósito del *Macbeth*, que prueba cómo estaba de bien montado el personal del Liceo y á qué extremo llegaba la pericia de sus directores. Durante las primeras representaciones de aquella ópera y en los críticos momentos en que el público corría á oírla con más entusiasmo, antojósele á la orquesta declararse en huelga; y como entonces no se estilaba suspender las funciones á capricho, la empresa decidió continuar dando *Macbeth*, con una sola y ligerísima modificación: suprimir... los músicos. Dicho y hecho: vengan un par de pianos de casa Bernareggi, uno para el maestro *al cembalo*, otro para su segundo; á vestirse los cantantes; tramoyistas y demás gente de faena en su puesto y al avío. No recuerdo cuantos días duró la broma, y sin queja de los abonados, porque todo salió al pelo, con un esmero, un ajuste y un efecto general que dejaron á los huelguistas con un palmo de narices. De cómo todo se puede arreglar en este mundo cuando hay pesquis y sobra de agallas.

Una de las óperas de que conservo más grata memoria era *Linda di Chamounix*, que hoy pasa por una zarzuelilla. Cantábanla Ferri, Bouché, la Salvini Donatelli y el inimitable Róvere. ¡Qué caricato aquél! ¿Qué gracia igualaba á la suya? ¡Con qué distinción de maneras hacía el papel de *marchese Ettore Achille!* Puro *ancien régime*, hasta en el modo de sacar la caja para tomar un polvo de rapé. Ahora no puedo resistir aquella joya de Donizetti. Todos me parecen clowns.

Eran también ornamento del Liceo la Rossi Caccia, Selva en *Hernani*, Jorge Ronconi en *María di Rohan* y su hermano Sebastián en el *Tasso*, con el dulcísimo tenor Bocardé, que, cuando preludiaba en *Atila* la bella frase *ella é in poter del bárbaro*, parecía un eco de querubines. Mas ¡qué Bocardé, ni quién no decía «todo el mundo abajo,» oyendo á Roppa, el tenor de los tenores nacidos y por nacer, aplaudidos y aplaudibles! Nosotros lo cogimos fresquito, recién *extraído* de las cocinas de un cardenal, donde lo pescó Rossini. Escena ninguna: tan soso con el manto romano como lo habría sido con el delantal blanco llenando las cacerolas. Suponed un quesito helado que os suelta de repente un *do* de pecho. Mas lo de aquel hombre no era voz, sino concierto y tempestad

de voces. En el registro agudo, á pedazos os arrancaba el alma. Donde había que oírle era en los *Mártires*. ¡El credo de Roppa! Si lo llega á cantar en el Circo, bajo Diocleciano, capaz era de convertir al cristianismo la mitad del Imperio.

III

Con la anemia política, el espíritu de bandería se había refugiado en los teatros. Había *liceístas* y *principalistas*, que andaban comiéndose á bocados con tanto encarnizamiento como si se tratase de elecciones ó de codearse en el Presupuesto. Unos defendían la incontestable superioridad del Liceo: otros, los rancios, estaban por el teatro de Santa Cruz, veneranda antigualla que, apesar de frecuentes revoques, no podía competir, bajo ningún concepto, con el nuevo Coliseo. Solían cruzarse palabras mayúsculas entre uno y otro bando. Palos hubo una vez sobre quién dijo ó no dijo y si eres rubio ó moreno. Los más rabiosos parciales de Santa Cruz lo tomaban de más alto. Tachaban de réprobos y de impíos á los que frecuentaban el Liceo, y lo abominaban porque se había construído en terreno de frailes, despojados por los revolucionarios con la desamortización dichosa. A los liceístas, lo que más les escocía era que sus contrarios siguiesen llamando *principal* al teatro de Santa Cruz, agarrados á una tradición de cerca de dos siglos.

A veces, y al revés de lo que suele acontecer, se trocaban las veras en burlas, resultando curiosos lances que nos traían embelesados y eran, como quien dice, la salsa de aquellas peleas de Bajo Imperio. Cierto año, representóse en el Liceo *Una avventura di Scaramuccia*, opereta semi-seria, entre cuyas decoraciones figuraba el interior de un teatro: platea, palcos y escenario. Mejor y más propicia ocasión no podía presentarse á los liceístas para poner al de Santa Cruz en caricatura. Hiciéronlo á pedir de boca, sin omitir detalle y de mano maestra. Como diríamos hoy, una fotografía: los paños descolori-

dos, las estrechas é incómodas lunetas, el anfiteatro de una sola hilera, acomodadores con traza de sacristanes, y los abonados setentones. Hasta reprodujeron, en determinados sitios, dos ó tres tipos conocidos, un viejecillo estantigua con la nariz pegada á la barbilla, un taimado escribano que se ponía hecho un Lucifer con solo nombrarle el Liceo y otro prójimo que, por no constiparse, sustituía en público el sombrero con un gorrito de punto de aguja, á manera de solideo. Para no faltar á la más rigorosa exactitud, imitaron el gran reloj que servía en el Principal de coronamiento al telón de boca; y cuando se le hacía señalar la hora de las once, todos los que desempeñaban el papel de abonados se levantaban de sus asientos, se despedían unos de otros con una voz trompicada en toses, é iban á tomar la horizontal, según era fama que á aquella hora precisa lo verificaban los de verdad en el más tradicional de los teatros.

IV

Más que las compañías y más que el aparato escénico, valía en el Liceo la orquesta formada con profesores notabilísimos, solistas eminentes y concertistas de primer orden: Luigini, para el cornetín de pistón; Casella, para el violoncello; Jurch, como primer violín; Grassi, como oboé; Barrau, como pianista. Durante muchísimos años, estuvo al frente de aquella escogida grey el maestro D. Mariano Obiols, uno de los entes más singulares que registran los anales de la battuta.

Discípulo de Mercadante, con quien había aprendido en Nápoles los primores del arte divino. No era su figura un trabajo de artífice. De baja estatura, chata la cabeza y empotrada en los hombros, una boca de oreja á oreja, y tan apretada, que los pómulos se le subían hasta taparle unos ojillos que, como si le sobraran, todavía cuidaba de disimularlos

con enormes espejuelos. Iba por la calle como zanqueando, con las manos en los bolsillos, parándose distraído y tarareando ó mascullando entre dientes algún *número* favorito. Porque en el artículo de la música era maravilloso dechado: verle en su sitial, con la battuta en la mano, formaba parte del espectáculo. De pie, porque sentado apenas se le distinguía, ya levantaba los brazos como clamando al cielo, ya los ponía en cruz ó los balanceaba, como santo en andas, ó bien abofeteaba el aire ó lo batía en los trémolos con ambas manos, ó con una violenta sacudida acentuaba los finales secos, ó por el contrario, en los perfiles de los violines, torcía la cintura, siguiéndolos lentamente con el cuerpo, como hacen con la bola algunos jugadores de billar, cuando temen que, por sobrado fina, no les llegue á término. Gesteaba, pateaba, perneaba; y si la partitura rezaba toque de vigor, no se podía contener y soltaba un enérgico *¡enlaire!* No era cuestión de saberse los spartitos de memoria: era llevarlos incrustados en el cerebro. Total: pinturería aparte, un eminente colorista. Así nos hacía tan difíciles y delicados para las audiciones de orquesta. Difíciles no, tan desgraciados. Porque ha sido después una desgracia hallarlo todo deficiente en materia de masas instrumentales: una verdadera desgracia. Porque si sostengo que, hasta que llegaron los conciertos de Rivas, no he oído en Madrid un efecto cumplido de orquesta, se me echarán encima los inteligentes de platea y toda su legión de musiquistas. *Eppur mi muovo*, y me mantengo en mis trece, y afirmo y aseguro que el tránsito brusco de Obiols á Sckodzdopole era para que se le cayesen á cualquiera los palos del sombrajo. Gestero, cómico, estremoso... ¿qué me cuenta V.? No, sino andaos con repulguitos y veréis á qué queda reducida la lista de lo selecto. ¿Cuándo se había oído en Madrid un acompañamiento como aquél en el ária de la *Calumnia*? ¿Dónde un par de crescendos tan bien espaciados como los que se ejecutaban en *Lucrezia* y en *Otelo*? ¿Y la romanza de Isabel en el *Roberto*? ¿Y aquella entrada soberbia al pasar á toda orquesta desde el harpa? Aquí era una mera transición: allí nos enloquecía. Pañuelos, guantes, sombreros, todo andaba por los aires. Platea, palcos, anfiteatros, todo se venía aba-

jo. Como en Madrid cuando *Frascuelo* da una de las de órdago.

En confianza, y hablando imparcialmente: tales diferencias de efecto artístico no obedecen solamente á lo más ó menos acabado de la ejecución, ó al mejor ó peor tino en las direcciones. Otro lado tienen menos visible, que estirándolo un poco, podría hasta llevarnos al estado general de las costumbres públicas. Los barceloneses de entonces (no respondo de ahora) íbamos al teatro *por el teatro*, prosaicamente por la función; á oír, á ver, á comparar, á saborear. Diez reales aprovechados. No diré que, entre tanto aficionado, dejase de haber alguno con segundas miras: si estará *ella*, si tonteará con *el otro*, si habrá paces, si habrá monos, ó en otro terreno, el recado del procurador, la confirmación del señalamiento de vista para mañana, la nota del agente de cambio, la última palpitación de la Bolsa. Pero lo esencial, repito, era el espectáculo. Levantado el telón, silencio en las filas y ojos y oído al escenario. Llevábamos hasta al abuso la aplicación de esta frase: «dejarse impresionar.» Con lo cual, y con perdón de VV., nada se nos escapaba; ni una nota chillona, ni una nota apagada, ni un *forte* de escaso matiz, ni un *pianissimo* embrollado. Aprendíamos á fuerza de atención el arte del *orecchiante* y el paladeo en regla. ¡Cómo ha de ser! Los tiempos cambian. Dicen que ahora es más *práctico* gastar en el teatro aires de aburrido; entrar á media función, y todo lo más, concluído el primer acto; volver la espalda á la escena, y cruzado el pie derecho sobre el muslo izquierdo, seguir el compás apaleando con el *stick* la punta de la botina; sonrisitas y telégrafos con la duquesita, la marquesita ó la amable vizcondesa; adelantarse al barítono ó al tenor, cantando su parte por lo bajo, para que se entere la vecindad de que aquello es de sobra conocido en casa; en medio de un dúo apasionado, hacer otro dúo de fila á fila sobre la última declaración de D. Antonio, ó la última embestida de D. Práxedes, ó la última evolución de D. X.; en lòs palcos, cháchara larga, abaniqueo de sensación, y sus pujitos de carcajada en lo más afiligranado del rondó de la *Lucía*, del *Dammi ancor* del *Fausto*, del *Spirto gentil*, del *O mia Selika* ó del *Lasciami partire*. Pagar para oír y no oír, pero *encontrarse*.

Dicen, sí, dicen, que esto es lo práctico. ¡Cómo ha de ser! Los tiempos cambian...

Tenía el maestro Obiols ocurrencias deliciosas. Él fué quien inventó el famoso *m'en ric de la virolla*, que después han usado los catalanes en el sentido de *me importa un bledo, se me da un ardite*. Díjolo un día que se le soltó la contera de la battuta á fuerza de bracear en un ensayo; tan poseído estaba de lo que tocaban, que siguió un cuarto de hora repitiendo la frase al compás de los instrumentos. En otra ocasión, ensayando *Regina di Golconda*, se apercibió de que el segundo clarinete había dado una pifia. «¿Qué está V. haciendo, condenado?»—pregunta Obiols.—«Lo que pinta»—contesta el interpelado, que era un alemán por extremo flemático.—«Lo que pinta? ¿Cómo lo que pinta? Traiga acá el papel y veremos.»—En efecto: la nota estaba equivocada.—«¿Es decir—replicó Obiols,—que si hubiese en la solfa pintada una escarola, hasta en un oboé nos la serviría V. aderezada?»

Allí, allí en los ensayos, era donde había que ver á Obiols de domador con látigo y espuelas. No perdonaba una tilde. Todo quería llevarlo por lo perfilado. ¡Pensar en que se presentase cualquier artista á ensayar sin ponerse aquellas prendas que el maestro creía indispensables para el efecto lírico-dramático! Una noche estaba Rodas probando al piano el duettino de *Atila*, con un tal Rauret. Iba Rauret en traje de calle, sin llevar al cinto la espada que requiere el argumento.—«¿Qué ha hecho V. de la espada?» —pregunta Obiols.—«¿La espada?—dice Rauret—arriba está. ¿Qué falta me hace para ensayar?»—«Pues ya la está V. bajando en seguida. ¿Qué música de pega es esta, ni qué carácter va V. á dar á su papel, berreando y manoteando *senza brando?*»

Dióme por ahí una temporadita: por asistir á ensayos y colarme entre bastidores. No me arrepiento de ello: mucho se aprende, de teatros adentro, en lo trágico y en lo cómico. ¡Cuántas desdichas bajo la marchita flor de papel, las plumas ajadas de un sombrero, la manteleta usada ó el velo de encaje parduzco ya y clareado á trechos! Cuerpo de señoras, cuerpo de baile, cuerpo de coristas: ¡nombres sonoros á telón alza-

do; tristes, bien tristes á telón caído! *Los Misterios de París* me habían aficionado á estudiar de cerca los dramas *íntimos* trazados sobre un traje de percal ó sorprendidos entre los desechos de una prendería. Causábanme, más que maravilla, espanto, los contrastes del teatro interno: una diva que empieza, como Mignón, arrastrando harapos por los aduares, y llega al colmo de la gloria entre los aplausos de una generación entera: un tenor que trueca por coronas de laurel los beefsteacks que antes preparaba: un bajo que, después de haber servido de lacayo, casa á sus hijas con príncipes y duques. Echaba luego los ojos por el lucido cortejo de los *eminentes*, el eminente actor, el eminente *artista* que os hacen reír ó llorar á tanto la entrada: un Talma, un Garrick, un Romea: una Mlle. Mars, una Rachel, una Matilde, mimados, agasajados, festejados por la muchedumbre, tuteándose con las Altezas, recibidos casi en familia por las Majestades.

¡Ah! miradlo con buen anteojo. Estos pocos son los inmortales: puntos luminosos perdidos allá entre negros horizontes. Bajad un escalón, las segundas partes: un grado menos, coristas, figurantes y comparsas. ¿Lo subalterno? Lo nulo. Abrojos y asperezas. Por allí andan las tinieblas. Como decía La Bruyere: el arte no admite medianías. En el teatro, la divisa de Borgia: ó César ó nada. Con talento y aceptación, los esplendores: sin talento ó con suerte esquinada, la oscuridad, la casa de empeño, la viuda sin pan, el hijo sin oficio, la hija con muchos, porque la tentación abre caminos. Ved cuánto tiene de trágico el estudio entre bastidores.

Más conocida es la parte cómica. Vais á ver á un actor en su cuarto. Le encontráis gesticulando, muy preocupado, de hongo sobre un peinado á lo príncipe Eduardo: en cota de malla y zapatillas. Se está escarbando los dientes con un palillo: una manopla puesta, la otra encima de la mesa al lado de una cajetilla de cigarros. De repente os mira con ojos de tigre, os coge de un brazo como con tenazas y vais de un empujón á la pared. «¡Miserable!» grita con voz estentórea. Es la famosa escena del cuarto acto que está acabando de perfilar entre dos sorbos de café. Al paso tropezáis con una

cantante que os recibe á gorgoritos, mientras acaba de encargar un caldo para cuando la hayan cortado la cabeza. Un bandido os pide cortesmente lumbre para encender un pitillo: una gitana y una Princesa, cogidas del brazo, están hablando del sarampión del chico: el apuntador, ya instalado en su perrera, echa pestes por el ruido que mete la granujería encargada de hacer las olas.

Lo más salado era el departamento de los aéreos. Las bailarinas sin soltar la barra, pirueteando, trenzando, estirando la pierna, atendiendo á los chicoleos. De capota, chaquetita ajustada, *écharpe* de gasa oriental y una faldeta provisional por el decoro. Medias, las caseras, blancas, azules, negras: el *maillot* para el público.

Algunos pollastres se reunían en el *camerino* del primer bailarín. Temas de la docta academia: mujeres, toros, caballos, esgrima y asaltos de Mr. Thomase. Allí se acuchillabá sin piedad y la más limpia salía con cada tira de pellejo. Lo de *El gran Galeoto*.

«Con cuatro tijeretazos
dejaban aquellos chicos,
las honras hechas añicos,
las damas hechas pedazos.»

Se había creado un nuevo derecho; el de las confianzas ilimitadas. Un día os pedían el brazo para dar volteretas; otro os tomaban de *partner* para el paso estirio, si no os cogían por la cintura y os levantaban en alto, creyéndose con la Guy. El rapto de Ganimedes.

VI

Otro mérito del Liceo: haber introducido las *matinées* musicales. Dábanse los domingos y fiestas de guardar, de tres á cinco de la tarde, ordinariamente desde el mes de Abril, durando á veces todo el verano. Allí lucían sus habilidades los

solistas de la orquesta con otros profesores nacionales ó extranjeros que se encontraban de paso en Barcelona, ó con tal ocasión se contrataban. Naturalmente, predominaba en los conciertos el elemento alemán para ostentar en la orquesta riquezas de instrumentación; algo también del género francés, con su poquito de música ligera para desensebar y contentar á todos. Unos *Ecos* ejecutaba el cornetín de Luigini, que oíamos con delicia, y los hacíamos repetir veinte veces. Los cornetines de respuesta se colocaban á distancias proporcionadas, invisibles, en el último plano del escenario. Cuando sonaba el postrer eco, lánguido, perezoso, melancólico, indefinido, perceptible apenas, hacíase en la sala un silencio sepulcral; reteníanse los alientos; almas, miradas, lenguas, abanicos, todo estaba en suspenso; y al perderse vagamente en el espacio la nota final, rompía el público en un descomunal aplauso, parecido al primer trueno, seco y estridente, que estalla de golpe en un cielo plomizo, tras aquella imponente calma y aquel reposo general precursores de las grandes tempestades.

Algunos años después se aclimató en Madrid esta clase de conciertos: primero en Rivas; más tarde en Apolo. Sentiré que lo tomen á manía; me quedo con mis antiguos de Barcelona. Cierto que los de Madrid llevan la inmensa ventaja de la concurrencia, compuesta de la flor y nata de la sociedad española, *la crême de la crême*, como han dado en decir, para no hablarnos en romance. Duquesas, marquesas y condesas con apellidos históricos ó con nombres retumbantes; junto á tan nobles damas, otras osadamente instaladas con sólo rango de mujer y nombres de capricho, *vengadoras* crueles que os barren de un flechazo una casa patricia, ú os dejan en cuerecitos vivos á media docena de millonarios; gallardas *toilettes* de Worth, de Rouff, de Redfern, varones esclarecidos é incorruptos que han obtenido del Genio de la moda el insigne privilegio de escribir, sobre el mismo cuerpo de la hembra, poemas enteros de terciopelo ó de faya: y estuches de Ansorena, y brillantes de Boucherón, y perlas de Fontana, y olas y más olas de crugiente seda; con aquel pisar y aquel asesinar de las miradas, y aquella punta de

provocación en el gesto, y aquel sonrosado de la tez, ó aquellas lácteas palideces, y aquellas palpitaciones del eterno femenino en el fulgor de los ojos, en el sordo batir de los abanicos, en la divina sonrisa y en la ligera ondulación del talle, que hacen de la dama madrileña el más perfecto y amoroso dechado de la gracia sin par y de la suprema elegancia.

Añadid á esto el contingente masculino, el *paño*, valiosísimo elemento en un Madrid, que es el centro de todas las ambiciones; mágica linterna donde un buen titiritero podría entretenerse largo tiempo haciendo desfilar á vuestra vista las altas reputaciones del país, discutibles, usurpadas ó legítimas; el poeta, el orador, el periodista, el actor, acaso el torero, conocidos y aplaudidos en toda España; el político travieso, el de fortuna, el limpio, el entreverado, el manso, el manchado de sangre; el General de campaña, el de gabinete, el de los tocadores; el grande de España que saca en la pista los premios pequeños, y el banquero que saca los gordos en las jugadas de Bolsa; con la gente de Palacio, ministros, embajadores, extranjeros de distinción, y tantas otras estrellas de diversas magnitudes de que se compone la astronomía cortesana.

Todo esto es imposible en un pueblo de provincia: por sabido se calla. Vuelvo empero á mi tema de los conciertos en absoluto: dirección, ejecución, elección de repertorio, mejores allí que aquí. Mejor, cien veces mejor que lo que oimos. Mas iba decir; pero no quiero pasar por exagerado. Sin embargo, ya era fácil que hubiéramos tolerado en Barcelona olvidos como los que he notado alguna vez en el Trocadero de París y en el Albert Hall de Londres.

¿Ni cómo comparar un decorado con otro decorado? Aquí, para los conciertos, alquilan un teatro, ponen decoración cerrada, la orquesta en el escenario, y empieza el rasca que te sopla. Allí, antes de la *matinée*, se vestía la sala dignamente. Representaba la escena un bellísimo jardín esmaltado de flores naturales con caprichosos juegos de agua: corrían los surtidores durante los intermedios. Luz, ambiente, perspectiva, nada se olvidaba. Los ventanones y la claraboya estaban dispuestos de manera que entrase en la sala una suave

claridad como la del poético amanecer en cielo muy sereno. No nos hubiéramos acostumbrado á las lobregueces de calabozo ni á las tintas de catedral bizantina tan comunes en los teatros vistos de día. Cuajada de ramos la escalera principal: jarrones, bustos, guirnaldas y ramaje en el vestíbulo. La gente colocada con comodidad; y á su disposición, para los entreactos, los anchos corredores y el *foyer*, donde se servían delicados refrescos.

Al terminar la función, no he menester decirlo, corría la juventud á instalarse al pie de la escalinata. Magnífico golpe de vista. Por allí bajaban ó se deslizaban, como sílfides, las deidades de aquellas devociones. Por alto andaban finezas y requiebros. Era el momento *psicológico* del zapatito de raso, de la media calada, de la *pointe* de Chantilly, del primor de capota azul, de la blanca mantilla, de la vara de refilón ó de la furtiva seña. Había mortales afortunados y mortales sin fortuna: felices y desgraciados, como sucede siempre en esta triste humanidad que paladea tantos deleites y devora tantas amarguras. Unos, los descontentos, se retiraban á sus casas, mustios y cariacontecidos, llorando el tiempo perdido en ajustarse el guante *lila* y en probarse el lazo de la corbata. Otros, los satisfechos, salían reventando de gloriosos, alta la frente, y ceñidos los nuevos laureles alcanzados en la conocida faena de jugar, con puntería certera, la batería de los gemelos.

En sus bailes de máscara desplegaba el Liceo más lujo que en los conciertos. La primera vez que asistí á uno de los del Real, cuando se entraba por la plaza de Isabel II, me quedé hecho una pieza. Creí estar en Alcorcón ó en Vallecas. Aquella especie de trampolín que os llevaba de la puerta al salón, merecía una cruz para el que la había inventado, y otra laureada, sin juicio contradictorio, en pago de nuestra paciencia. Figuraos qué contraste viniendo del Liceo de Barcelona, con su vestíbulo engalanado en la misma forma que acabo de describir, con el mármol de la escalera, aquellas anchuras y aquella magnificencia. Concurrencia escogida: la gente *non sancta* buscaba otros desahogos. Por esto se bailaba en las máscaras, porque encontrabais vuestra sociedad, la que frecuentabais, la que sabía vuestros pecadillos, la que os intrigaba sin faltar ni

en un ápice á las conveniencias. Disfraces poquísimos: el dominó hacía el gasto. Tal vez alguna payesita con pañuelo de encaje en la cabeza, otro cruzado sobre el pecho, largas arracadas, *xipó* de raso negro, mitones de seda y en la cesta una soberbia amapola. Si, como al descuido, os la daba al pasar, estábamos bien: *consuelo.*

Firmes allí desde las doce de la noche hasta las siete de la mañana, abstraídos del mundo real, entre flores, armonías, hadas, amores, esperanzas, finas correspondencias y dulcísimos coloquios. ¡Abstracciones! ¿Abstracciones, digo, de la vida real? Humo, vapores de la mañana. Las abstracciones de la vida real son como los sombreros buenos del guardarropa: se acabaron..... á las once.

VII

Apesar de lo dicho, no sería justo ni generoso olvidarnos del *Principal.* En ciertas temporadas sacaba los pies del plato sorprendiéndonos con una buena compañía italiana. Allí oí dos tiples excelentes: Emilia Goggi, en *Ana la Prie,* y la Cattinari, en otras partituras. Pero lo que predominaba en Santa Cruz era el verso, con Romea, Arjona y la Matilde, Valero y la Cairón, Ceferino Guerra, Florencio Parreño y la Pepita Palma, que tuvo la crueldad de abandonarnos pronto para dar su linda mano á un rico heredero de Barcelona. Repertorio, el de entonces: Bretón, Zorrilla, Hartzenbusch, Rubí, Ventura de la Vega. Item: lo terrorífico que nos traía Valero. El hacía prodigios en *La Hermana del Carretero* y en *El Perro del Castillo*: Matilde arrebataba en *Amor de Madre*: Julián en *La Huérfana de Bruselas.* Papá Parreño nos entretenía con piececitas de buen humor, alguna de ellas bilingüe. También trabajaban Perico Delgado y Pizarroso.

En fin, que aquello era eminentemente aprovechable, con perdón de los líricos y de los liceístas. Así lo entendíamos los imparciales. A cuyos humildes representantes no se nos ha borrado de la imaginación el buen efecto de algunas funcio-

nes del Principal, con el indispensable acompañamiento de niñas bonitas, mamás escamonas, padres inoportunos, pérfidas declaraciones, planchas, osos y monos colosales, y algunos curiosos incidentes de entre bastidores.

SECCIÓN CUARTA

Santificar las fiestas.—Cursilería dominguera.—De cómo están á partir un piñón las teclas y las gargantas caseras.—Qué hacía la colonia castellana.—Mis tertulias de confianza.—Bailes de los Consulados.—Fernando de Lesseps.—Hablemos del Casino filarmónico.—Vals, polka y habanera.—*La figlia del deserto*.—¡Si serían tercos!—Correspondencias del alma.—*Tractatus de verâ amicitiâ*.—Delicioso tresillo.—*Je vous aime!*—El espejo de Wiertz.—Quién no ha gobernado un poco.—La Marquesa de las Villas Unidas.—Políticos de comedia y comedia de políticos.

I

Ya que estamos en el capítulo de los que se divierten, despachemos, después de los teatros, lo relativo á bailes y tertulias de confianza, que menudeaban bastante en Barcelona, no los domingos, sino en días de entre semana. No los domingos: ¿quién tal pensó? Los barceloneses habíamos avanzado lo suficiente en las sendas del progreso social para no incurrir en la fea nota de *cursis* domingueros. Bien es verdad que esto fué obra de un momento; porque veinte años antes de aquellas fechas, según contaban los viejos, todavía Barcelona hubiera tenido á mengua no hacer gala de costumbres industriales, hasta en los pasatiempos. Madrugar, comer á las dos, cenar á las diez y acostarse á las once, se llamaba regla de buen vivir entre nuestros abuelos: en los días festivos la cana al aire.

Sería curioso averiguar por qué razón hacemos ahora precisamente todo lo contrario. Lo de acostarnos con el alba me lo explican como una necesidad imperiosa de los climas meridionales: cándido pretexto en tiempo de frío, y porque tan

meridionales éramos ayer como lo somos hoy. París no es meridional, y allí el trasnochar se ha hecho vicio de moda. Londres tampoco es meridional, y si sois asiduos concurrentes á alguno de los clubs de *Pall Mall,* raro será el día en que os acostéis antes de las tres de la mañana.

El horror al domingueo es signo característico de nuestros tiempos. Estrenar traje en domingo, señalar aquel día para visitas ó destinarlo por sistema á tes y saraos, es indicio de mal tono entre la que llamamos gente conocida. ¿Me diréis por qué? Porque... porque... Todo tiene su explicación en este mundo.

Observad las religiones. Brahma no es amigo del trabajo: lo relega á los çudras y á los parias. Budha no es amigo del trabajo: pone su ideal en el *nirvana,* es decir, en la anulación de la actividad, el reposo absoluto, el *far niente.* El cristianismo considera el trabajo como un castigo: Mahoma no ha combatido, antes bien ha fomentado la indolencia de los orientales.

Observad las políticas. Política oriental: encima los que devoran ó ayudan á devorar imperios; debajo los que los mantienen. Política greco-romana: en la cúspide, la guerra; en la base, la esclavitud, como si dijéramos, el trabajo. Política feudal: señores que pelean, cazan y mandan; villanos y menestrales que trabajan y obedecen. Política de la monarquía patrimonial: sangre noble para el brillo y aparato, sangre plebeya para la fatiga.

Así dió en vivir la humanidad siglos y siglos. Hoy hemos suprimido la casta, los abismos de esfera social, la distinción política de razas. Hemos proclamado la nobleza del trabajo. Más todavía: hemos llegado á descubrir que, en suma, por un lado ó por otro, todos somos al fin trabajadores.

Como una seda, menos un toquecillo que se nos ha olvidado: suprimir las preocupaciones. ¡Lo de argucias que se inventan para que no pasen por trabajadores el gobernante, el sacerdote, pintores, abogados, médicos y hasta el boticario! ¡Lo de trapos y trapitos para distinguirnos unos de otros, la toga, el uniforme, balandranes, colores fuertes y colores bajos! Por no decir que cobramos salario, ¡cuánto vocablo

delicadamente escogido, honorarios, retribución, *intención*, estipendio, obvenciones y subvenciones! Muchos van admitiendo ya lo de trabajador, con la condición precisa de que *su* trabajo sea declarado de los *finos*. Por si acaso, procuran hacer constar una cosa: que no les suda la frente, ni tienen callos en las manos, ni les *humillan* con un jornal los sábados, ni se pasan las horas detrás de un mostrador, midiendo varas de lienzo. Si les habláis de salir al campo los días festivos:—«¿Reposo yo?—exclaman,—mi tiempo es libre. Sepa y entienda que para mí la fiesta es un día como tantos.»—Sin rodeos, caballeros, ¿está ó no está aquí el busilis de la filosofía antidominguera?

II

El piano ha ennoblecido las tertulias. Hertz, Pleyel, Erard, Collard y Collard, Steinway, fabricantes, almacenistas antiguos y modernos, merecen una estatua. Nos han emancipado del clavicordio, de la guitarra, de la bandurria, del violín del ciego. Dieron á las salitas del segundo y del tercero un mueble elegante, de poquito espacio, en que pueden lucirse unos dedos *inspirados*; joya sin rival para disimular defectos de garganta casera y hacer que no anden en malas compañías esos ruidos de obligatoria tolerancia, que se llaman música de aficionados.

Más ha hecho el piano; en él hemos encontrado el instrumento de baile. Porque supongo que nunca habrán VV. tomado en serio lo de los efectos de orquesta atribuídos á Liszt, Thalberg, Prudent ó Rubinstein. ¿Quién no se permite de vez en cuando alguna bromita? El piano es la música *á régimen seco*; no hila, no estira, no arrastra, pero danza. Explica á Gung'l, á Strauss y á Metra. Teclado y pies se sorprenden mutuamente en un indisoluble consorcio de compás y cadencia.

No es esto rebajar el piano. Dios me libre de incurrir en una enormidad semejante. ¿Cómo olvidar que, para piano,

escribió admirables sonatas y *concerti* el gran Beethoven, el rey de la música? ¿Y los famosos *Lieder* de Mendelssohn? ¿y las piezas de Schubert? ¿y los bailables de Chopín? ¿y las *viñetitas* de Schumann? Decir que el piano ha *nacido* para una cosa no es decir que no pueda *aplicarse* á otras de mayor alcance. Hoy se escribe mucho para piano: grandes piezas, grandes concertistas. ¿Agilidad? ¿gimnasia de dedos? ¿Arte ó artificio? VV. dirán: yo vuelvo á mi *tema* sobre el piano: explica á Gung'l, á Strauss y á Metra.

¿Cómo entretenerse en contar las tertulias de piano? Juzgad de las de provincia por las de Madrid: de las que había en mi tiempo por las que hay ahora. Era de notar que abundaban más en la colonia castellana que entre los naturales de la Ciudad y entre sus habituales moradores. Por no tener otro nombre á mano, llamo colonia castellana á los empleados, militares y civiles, *que no hablaban en catalán*. Poca gente he visto más divertida que aquella. Halagábales en Barcelona todo: el clima, las comodidades, las diversiones, la campiña, lo moderado de los precios, el trato, aunque algo seco, cordialísimo de mis paisanos. Nosotros, por la recíproca, los tratábamos con igual agasajo. No había quedado rastro ni señal de antipatías políticas ni del antiguo odio á los castellanos. Elogiábamos en ellos la distinción de las señoras, la gentileza de las niñas, los finos modales de los hombres, y en los pollos procedentes de Madrid, hasta el modo de vestir, la forma del sombrero, cierto entallado del frac, cierta caída del pantalón que no acertaban á imitar nuestros Gustá, Fábrega, el Alemán ni otras eminencias del interesante gremio de los sastres.

Soy de los que creen, quizás me equivoque, que aquel roce nos era provechoso. Nada pierde el sabor de la tierra con su poquito de oreo. Los castellanos nos iban acostumbrando á un trato más abierto y comunicativo. Os convidaban á comer, disponían giras campestres, desterraron cierto empaque de que adolecía nuestra buena sociedad, y con cuatro luces, el piano y, para los coscones, una mesa de tresillo, os hacían pasar agradablemente las veladas.

De aquí para arriba empezaban las reuniones formales;

como las del regente Romaguera y las del presidente de Sala Melchor, dignísimos magistrados de las brillantes hornadas de Garelly y Mayans. Luego los verdaderos bailes, en casa de algunas señoras distinguidas, ó en el consulado de Suecia, ó en el de Francia.

Whythzinzius, el cónsul de Suecia, formaba, con su mujer y su hijo, una trinidad que poseía el secreto del buen tono combinado con la más perfecta de las amabilidades. Dábase cita todo Barcelona en los espléndidos salones de la calle de Basea; y celebrábamos mucho sus *buffets*, que los muchachos saqueábamos sin piedad en las primeras horas de la madrugada, cuando ya se habían retirado las señoras.

Al frente del consulado de Francia estaba un hombre que llena con su fama el orbe entero: Fernando de Lesseps. Entonces le vivía su primera mujer, que era una francesita muy mona y de grandísimo talento. Sorprendía la habilidad con que sabía escurrirse por los pedregales de la política en época tan difícil y en un círculo de personas de tan encontradas opiniones. Decían que de su casa de la Rambla de Santa Mónica salía más de una intriga del Gobierno francés que enredaba la madeja española. Culpábase de ello mucho á la señora, y un poco también al mismo Lesseps que, aunque en apariencia simple cónsul, era ya lo que es, un hombre superior, activo como nadie, fino diplomático y en aquellos tiempos, hasta el 48, ojo derecho de Luis Felipe, que le dispensaba una confianza sin límites.

En dos ocasiones he tenido cerca á Lesseps: allá cuando sus bailes, y yo era un chiquillo, y después, en 1862, asistiendo juntos en París á una comida que le dieron los economistas en el café Corazza. Lesseps, al contrario de lo que suele acontecer, es una gran figura que gana mucho vista á dos pasos de distancia. De fijo que no es pequeño, ni aun para su ayuda de cámara. Su amena y clásica conversación, explican el por qué de haberle elegido individuo de la Academia francesa; su talento de ingeniero excepcional nos da razón del puesto que ocupa en la Academia de Ciencias. Quisieron titularle duque de Suez é hizo bien en negarse á ello, porque diría como Mirabeau: cambiándome el nombre

desorientáis á Europa. Siendo hombre que se entiende directamente con el globo, que está con él en frecuentes tratos y lo maneja á su capricho, os sentís pigmeos, casi unos átomos delante de aquella alteza. Imagino que discurrieron bien los que han dicho que él y Víctor Hugo son la doble faz de nuestro siglo, la gran medalla contemporánea: el anverso, Víctor Hugo, representante del pensamiento, del arte, de las letras; el reverso, Lesseps, personificación del trabajo industrial y del desarrollo del comercio.

Ya en los corrillos del consulado francés, se veía despuntar, entre diálogos, el futuro canalizador de Súez y perforador del Panamá. Muchos de los que le escuchábamos tomábamos aquello por burla de la fantasía, creyéndole uno de tantos soñadores que apalean con pujos de nabab las millonadas. Pensando en mis frescas lecciones de la Universidad, tenía á Lesseps por un forjador de quimeras como lo fué Law ó como los que inventaron en Inglaterra la Compañía del Sur. ¿Quién me dijera, mientras me cruzaba con mi *vis-à-vis* en los salones de Santa Mónica, que en aquel hombre tan intrigado con las figuras del rigodón, había una mina más rica que el Potosí y más abundante que los tesoros de Nueva España? ¿Por dónde podía sospechar, dentro de aquella cabeza preocupada con la elección de parejas, el germen de una fortuna inmensa, segura para el inventor y para los demás, ciertamente más segura para los demás que para el inventor mismo? Quien nos hubiese hablado entonces de acciones de fundador emitidas á 5.000 francos y realizadas á un millón con garantía absoluta para el comprador; quien nos hubiese recomendado otras acciones de 500 francos que habían de venderse, bajo las mismas condiciones, á dos, á cuatro, á cinco mil; quien tal pensara, quien tales nuevas trajera, á silbidos le hubiéramos echado del salón, para servir de befa y escarnio á la gentezuela. Pues tales milagros ha realizado Lesseps; más Colón que el mismo Colón, más Magallanes que el mismo Magallanes, más Vasco de Gama que el mismo Vasco. Porque si aquellos insignes descubridores encontraron las vías marítimas, según las habían trazado los accidentes geológicos, él, Lesseps, el gran Lesseps las ha

señalado con su mágico dedo, según la lógica de las corrientes comerciales. Tan Colón como el mismo Colón en la constancia. Luchó con Palmerston; luchó con la teoría de la desigualdad de niveles; luchó con el espantajo de montañas de arena arrastradas por los simunes. Yo le oí desvanecer, en un discurso, estas aprensiones de la rutina, de la ignorancia ó del egoísmo político; después, en el terreno de los hechos, las ha ido haciendo pedazos como juguetes. ¡Ay! Ahora está porfiando en Panamá con el paludismo, con las fuerzas ocultas. ¿Triunfará? No os quepa duda. Aquel que *venció* en Africa á Inglaterra, el que *ha vencido* en América á los Estados Unidos, ha de triunfar sin remedio. Ochenta años de vida enérgica, sesenta años de tenacidades, son una fuerza incontrastable.

III

Tres casinos teníamos: el Barcelonés, situado en dependencias del Principal; el Círculo en el Liceo, y el Casino filarmónico que, en su mejor época, ocupaba el magnífico palacio de Centellas, bajada de San Miguel. Ni una sola vez puse los pies en el Barcelonés; sospecho que allí se jugaba fuerte. Del Círculo tengo muy presente un baile que ofrecieron al Marqués del Duero, una vez que entró victorioso en Barcelona, después de la vigésima ó trigésima intentona carlista. De tres cosas guardo memoria con aquel motivo: de que el sastre me tuvo en camisita hasta las once de la noche esperando el traje nuevo; de unos criados de librea blanca muy feos, muy ordinarios y muy de canillas enflautadas, que iban galoneados de oro y con cordones; y de que, á mitad de función, se repartieron bandejas de guantes y cigarros. Allí se echaron como lobos media docena de trastuelos. Los guantes también se los hubiera regalado; pero, ¡los cigarros! A los cinco minutos, no quedaba uno para un remedio. Tan pícaro resultado dió aquel ensayo de fatua esplendidez, que nadie, en lo sucesivo, tuvo la humorada de repetirlo.

La pollería se refugiaba en el Filarmónico. Indefectiblemente todos los sábados se bailaba de confianza al piano, con cornetín de pistón ó con violines; pero en las proximidades y fiestas de Carnaval se bajaban los escotes y sonaba la orquesta. Era prodigioso el número de danzas que se usaban entonces en los salones: vals, polka, polka mazurka, schotisch, rigodón, contradanza, lanceros y habanera. Triunfaba el vals de sus rivales: imperaba, como impera siempre, algo desvirtuado entonces con el *glissé*, como ahora lo desfigura el *boston*.

¿Quién inventó el vals? ¿Bajó del cielo, ó vino del infierno? Nunca lo bailaba yo sin acordarme de aquellas palabras de Göethe: «Wilhelm, Wilhelm, si va á decir verdad, he jurado que la mujer que sea mi amada no bailará el vals sino conmigo... nunca... primero morir. ¿Lo entiendes?»—¡Cómo se conoce que el ilustre Juan Wolfgang había penetrado el vals en su poesía y en su prosa! Un abrazo que no es abrazo, sino suavísimo contacto por las manos, símbolo del cariño amistoso; por el talle, símbolo de la gracia; por el hombro, símbolo de la fuerza; una intimidad que no es intimidad, sino oído, compás, ajuste: languideces que parecen desmayos, súbitos arrebatos que semejan cóleras, miradas que se cruzan en reducido espacio y van á perderse en el infinito, tibios alientos que se respiran y no se confunden, palpitaciones que se cuentan, frases sin sentido que se comprenden, labios que prometen y no articulan, arrullos imperceptibles, mudas elocuencias; mientras que, en ciego tumulto, todo os arrastra en vuestro arrastrar, todo danza en vuestro danzar, todo gira en vuestro girar, sombras, claridades, luminarias, polvo impalpable de las alfombras, polvo de oro del rayo de luz quebrantado en los espejos, jardines de flores en las cabezas, pedrería esparcida por los desnudos hombros, cabelleras artísticas y cabelleras relamidas, pudores que se esconden bajo delicadas gasas, descaros que se pavonean en blanquísimas gargantas, ojos que centellean en rápidos encuentros, ojos que destilan amargura al perderse en el torbellino. Y el vértigo sigue, y el vértigo crece entre las tempestades, los delirios y la orgía de la orquesta: en zig-

zag, en espiral, en rueda, desesperada como el ciclón, ondulante como la mariposa, mesurada como la del astro que recorre majestuosamente los espacios.

Poseíamos, entre aquellas hadas, dos valsistas incomparables. Su *carnet* podía llamarse la historia de los conflictos. Para lograr de ellas un vals, se hacía cola como en los Bancos, ó había que tomar turno, como ahora para oír á Castelar ó á Gayarre. Pero también ¡qué rico galardón! ¡Qué cinturas, qué postura de cabeza y qué interesante abandono! Elisa tenía un bailar más clásico: el bailar de Conchita era más personal, más suyo. A una de ellas la he perdido totalmente de vista. A la otra me la encontré hace pocos años en Venecia. Allí, en el palacio Danieli, en la *Riva degli Schiavoni*, á dos pasos de las Procuracias, renovamos antiguas amistades. La encontraba paseando por Europa todas las prosas de la vida: canas, carnes, marido y una niña crecidita. Después de treinta y cinco años, parecían tan lejanos nuestros recuerdos, como si habláramos del crimen de Marín Faliero ó de los infortunios de Fóscari.

Los marinos habían introducido la habanera que ellos bailaban con mucha soltura y adelante y atrás, como los cubanos. Dos brillantes oficiales, después contraalmirantes, sobresalían en esta danza: uno de ellos, muy pequeño, que siempre buscaba las chicas más altas; otro de talla gigantesca que siempre las escogía pequeñitas. Todas las noches formábamos corro alrededor para hacer estudios de contraste.

Estudios de contraste habíalos de sobra. Un baile es un *microcosmos*. En el primer plano las figuras de movimiento, las mujeres hermosas, las chispeantes, las henchidas de caudal. Perdidas allá en la sombra, la fea, la lacia, la escueta de bolsillo, la sin gracia. Madres desesperadas de tanta combinación inútil de *toilettes* para dar golpe, de tantos talentos ignorados que están allí al lado suyo, desdeñados por los crueles y los ingratos. Ya están anunciando el cotillón ó el último vals, y las niñas no han bailado en toda la noche. ¿Tendrán la culpa las malditas sillas? Hay vacante una delantera con un clarito para pasar. Probemos. Empieza el vals: son las *Orillas del Rhin*. Allí está la felicidad: soñar Rhin y soñar

orillas con aquel mancebo de sedosa barba que, apoyado en una columna, se está abanicando con el *clac*. No baila, luego no tiene pareja: no tiene pareja, luego no ha madrugado. ¿Mirará? ¿No mirará? Ha mirado, se sonríe, se acerca. Vals tenemos. Ilusiones. El muy *endino* se limita á preguntar por la salud. Mas con el ruido no se oyen estas preguntas: claro es que el joven querrá decir otra cosa. «No estoy comprometida,» grita la niña palpitante de emoción, y ya está agarrada del brazo de su víctima dando vueltas como una perinola.

Frecuentes y escogidos eran los conciertos del Filarmónico, como que para ellos se había creado el Casino. No todos los socios éramos músicos, pero todos los músicos eran socios. Ordinariamente se cantaba *carta in mano*, con sus pinitos de trajes y decoraciones en señaladas fiestas. Calvó Puig dirigía la orquesta: Dalmases lucía una deliciosa voz de tenor: bajos y barítonos muchos: las señoritas de Kraywinkel y las de Benavides, hacían unas tiples de primer orden, que hubieran arrebatado al público en los mejores teatros.

Entonces el Casino filarmónico desempeñaba á su manera el papel de Ateneo. Buenos tiempos eran aquellos para pensar en crear uno de verdad con conferencias libres y discusiones abiertas. Allí, en la antigua morada de los Condes de Centellas, nos erigíamos en mentidero las noches blancas ó en las de ensayo, á la sombra de los contrabajos hasta las once, las doce, según el humor de la gente. Llevaba la voz del capítulo un mozo de instintos andaluces, tarabilla deshecho, empapado en azogue y que por sus chistes y ocurrencias, mejor que en Barcelona, parecía nacido en Triana ó en los Percheles. Singularísimo por la viveza y prontitud de ingenio: siempre con la pelota al aire para descargarla sobre las narices de todo prójimo que se le atreviera con pullitas. Su tema favorito era la música que pretendía conocer mejor, como aficionado, que todos los de la profesión. Reíase de los más sublimes maestros llamándolos artesanos de la música; y, para darles, como él decía, en la cabeza, forjóse en su imaginación una ópera titulada *La figlia del deserto*, pretendiendo que los mismos compositores se la pusiesen en solfa. Aquí fué Troya, porque los maestros, para sacarle en caricatura, le hi-

cieron unos acompañamientos tan estrafalarios, que desfiguraban todos sus conceptos.—«Aquí quiero más metal»—decía él:—«Pues tome V. cuerda»—replicaba el otro. Y cada cual emitía su opinión sobre el asunto, entre punzantes epigramas y homéricas carcajadas.

No eran estos los únicos lances grotescos del Casino; habíalos de otro calibre en las Juntas generales que algunos se habían propuesto convertir en campos de Agramante. Presidía aquellas reuniones el Marqués de la Torre, hombre grave, reposado y de gran autoridad que, apesar de ella, no lograba reprimir los bélicos instintos de los obstruccionistas. Llegaron las cosas á tal extremo, que cierto día uno de los *Vices*, amenazado de cerca, tuvo que esconderse debajo de un banco. Fué preciso llamar al Corregidor, que nos mandó en la próxima Junta á uno de sus tenientes, el Sr. de釐ternó, ante cuya vara de Alcalde, acompañada de un medianillo ceño, bajaron en seguida el tono los alborotadores. Mas no por esto cejaron en su intento. Durante los debates salían del salón para no volver á entrar hasta el momento crítico de las votaciones.—«¿Qué opina la Mesa?—preguntaban por lo bajo.—Que sí.—Pues no»—decían al votar, seguros, así lo creían, del acierto, llevando siempre la contraria con el doctísimo Barradas.

IV

Hasta en las diversiones, y más que en nada en las diversiones, prefería yo el círculo íntimo al bullicio de grandes fiestas. Llamo aquí círculo íntimo á los amigos de la infancia, los del alma, los que toman asiento fijo en el corazón, presentes en la realidad, presentes en la distancia, presentes desde la tumba. Seis éramos: dos hemos quedado: cuatro han desaparecido, caliente todavía el cadáver de uno de ellos, mientras escribo estas líneas. Todos eran buenos chicos, de excelente educación y cabeza bien sentada; condiciones indispensables

para que me intimara con ellos, pues, si en materia de amistad hay que tolerar muchos defectos, con lo que no he transigido jamás ha sido con los tarambanas, ni con gente disipada, ni con hombres de poca delicadeza. Nosotros, en lo moral, formábamos una piña cuyas hojas, discretamente reunidas, se plegaban en un mismo sentido y de una savia común se alimentaban. Diferencias de carácter, ¿no había de haberlas? Uno pecaba de inquieto, pronto de genio, de fantástico y enamoradizo; otro, más calmoso, tenía el flaco de contar aventuras, buscándolas ó inventándolas cuando había de por medio una mujer bonita; á quién le daba por la reserva, á quién por padecer continuas distraccionea, á quién por coleccionar pecheras bordadas; otro de ellos era la criatura más chinche de la tierra cuando la emprendía con un tema. Esto por lo que atañe al lado fútil y secundario de la vida; que, en lo serio, en materias de honor, de sentimientos elevados, amor á la familia, respeto á los mayores y escrupulosidad llevada al colmo en asunto de cuartos, éramos todos tan conformes en las voluntades, que no había entre nosotros ni un átomo de discrepancia, ni posibilidad de cosas que desdijesen de honrados términos. Ciertas teorías muy autorizadas entre personas que aspiran al monopolio del gran mundo, no tenían crédito ni curso alguno en aquel pequeño cenáculo. Escenas como las de la *Vie de bohème* nos daban risa ó nos causaban repugnancia. Los sablazos mutuos, la trampa adelante, ténme tú el bolsillo, y las bestiales comunidades de traje y camisa, cosas eran entre nosotros que ni para sentidas, ni siquiera para imaginadas. Vivíamos con la dignidad de hombres acostumbrados desde niños á fiar, para el hoy y el mañana, en recursos de familia y en las propias fuerzas; con la conciencia de deberes presentes y de futuras responsabilidades. No concebíamos la amistad bajo el mezquino y odioso aspecto de una salida de atolladeros: la respetábamos, la venerábamos y con profunda fe la cultivábamos para dulce compañía en lo próspero, para consuelo en lo adverso, consejo siempre y sólo en casos de apuro para ayuda pecuniaria.

Muchos, aun sin haber leído á Murger, explicarán de

otra manera las amistades nacidas en la infancia. Háganse allá, por Dios; que no acabaríamos de entendernos. Para mí, hay en la amistad, en su esencia y en sus formas, mucho de temperamento y de circunstancias. Me río yo de los filósofos que han querido derivarla de un concepto metafísico. La amistad se siente, se posee, se disfruta, y algunas veces se padece; no se define, ni se explica, ni se analiza. ¿Quién se atreverá á asegurar que Platón diera en el clavo al decir que la amistad es una recíproca benevolencia, ó Aristóteles al representarla como un alma en dos cuerpos, ó Montaigne al suponer que por ella se mezclan y confunden dos espíritus hasta borrar toda especie de soldadura? Si ampliáis, hasta el último límite posible, la comunión de los espíritus, tenéis el sentimiento de fraternidad universal; si la contraéis dentro de un territorio, en una zona, en una raza, en una comunidad de lengua, de costumbres ó de historia, tenéis el sentimiento patrio; si la aplicáis á hombre y mujer cuyas almas se aproximen, se adivinen, se comprendan, se compenetren y acaben por confundirse en un prolongado abrazo de misteriosa simpatía, tenéis el amor, como base de la familia. Pero el sentimiento de la amistad es más complejo que todo esto, porque no siempre resulta de elementos homogéneos. Unas veces los amigos nacen de la conformidad de carácter, otras brotan de su contraste. Posible es que los cree el prosaico negocio ó el cambio mutuo de servicios, posible también que los engendre un acto de abnegación, un desasimiento de la propia personalidad en que no tome la más mínima parte el mezquino negocio. Ya se fundan las amistades en una perfecta identidad de ideas y principios, ya en una lucha y choque de opiniones que pueden depurarse en el crisol de acendrados afectos. La común desgracia forma los amigos así como los produce, sostiene y anima una común ventura; ni tampoco es cierto que, para mantener íntima amistad, sean necesarias igualdad de posición y alguna semejanza en la vicisitudes de la suerte. Göethe adoraba á Schiller y los dos se estimaban y como hermanos vivían en las sublimes regiones del Arte. *Arcades ambo*. Sin embargo, Schiller arrastró cuarenta años de penosa existencia en una mo-

destísima carrera; mientras que Göethe llegó á los ochenta rodeado de esplendores, en el bullicio de las cancillerías y colmado de honores cortesanos.

Píiades y Orestes son dos tipos convencionales de puro idealizados. En la mayoría de los casos, hay un hecho inexplicable en las predilecciones individuales; simpatizáis, os atraéis y os buscáis, *porque sí*, como dice el capitán Alegría. Es un fenómeno de gravitación moral de unos espíritus sobre otros espíritus, que se relaciona con la gravitación universal de unos cuerpos sobre otros cuerpos. Misterios de unificación, condensaciones de sensibilidad que la ciencia explicará algún día. Notad que la vida las tiene en todo su curso, pero variadas según sus épocas; amigos en la primera edad, vertéis en un acervo común, amores, ilusiones, esperanzas; amigos en la edad madura, los cálculos, ambiciones, liquidaciones de conducta, de corazón ó de fortuna; amigos en la vejez, las memorias dulces y las punzantes, odios, resentimientos, éxitos y desencantos.

¡Y cosa que verdaderamente maravilla! En aquel ancho receptáculo donde, como ríos de lava, bajan rodando las pasiones, en aquel ancho receptáculo, sólo llegan á fundirse los metales nobles, el oro de la honradez y la plata de las rectas intenciones. Los metales bastos, hipocresía, perfidia, malos instintos y propósitos punibles nunca consiguen formar en el fondo de las almas aleaciones de buena ley; lo único que forman es escoria, aristas, asperezas que destrozan y hacen girones los títulos de amistad en apariencia más sinceros. Díjolo Voltaire con admirable tino: «Los malvados no tienen más que cómplices, los libertinos tienen camaradas, socios los interesados, sectarios los políticos, compinches los holgazanes, los Príncipes tandas de cortesanos. Sólo los hombres honrados tienen amigos verdaderos.»

Hablábamos de plata y oro. ¿Qué mejor oro ni más preciosa plata que las purísimas amistades de los primeros años? No extrañéis, no, que al recordar las mías, deje correr libremente la pluma, deleitándome en aquellas virginidades del alma tan pronto perdidas y nunca recobradas. Dispensadme que al llegar á la cumbre de la vida donde comienza para mí

la región de los hielos y de los ocasos, vuelva todavía con amor la vista del lado de las auroras, hacia la encantadora edad de las mutuas adhesiones sin dobleces, de los parabienes sin envidias, de las confianzas sin segundas miras, de lo cristalino, de lo trasparente, cuando nos dábamos las manos sin temor á traiciones ni emboscadas. ¡Atrás entonces las amistades por cálculo, por lisonja ó por recurso! ¡Atrás las que preparan baterías ó ponen sitios en regla para personales medros! No conocíais en amistad más que un género, lo espontáneo; una sola forma, lo ingenuo. Y como en aquel delicioso brotar de la existencia todos son y todos se sienten jóvenes, y como todos tienen por delante la posibilidad de un rico caudal de vida, allí en aquel tesoro de porvenir hunden las manos, allí con la prodigalidad propia de las eflorescencias, sin tasa ni medida distribuyen, y allí sin recelo pásanse al seno de los amigos, ternuras, caricias, celos, amarguras, desdenes, rumores de la conciencia, sueños, debilidades y secretas ambiciones. Después aquel fondo inagotable de confianzas suele agotarse. ¡Dichoso aquel que no haya apurado el dulcísimo licor hasta la última gota!

V

La cuerda triste estaba desterrada de nuestro círculo. Seis caras alegres: seis fecundas inventivas: lances de buen humor realizados ó en proyecto por seis ingenios traviesos. Muchos *Pipelet* recordarían las desazones que les dábamos. Nuestro cuartel general era la casa de uno de los íntimos: allí aprendí dos cosas, á admirar á Buffon y á detestar el tresillo. El Buffon me lo iba tomando á sorbos en la biblioteca de la casa, las tardes que llovía manso: el tresillo lo veía jugar en la sala de confianza las noches que llovía fuerte. ¡Cómo me reventaban los jugadores! A todos les he tomado manía desde entonces: de taco, de naipe, de ruleta, que jueguen fuerte, que

jueguen flojo. Gente más intolerante no la hay en el mundo. Si queréis meter un parrafillo de sociedad, de política, ó alguna anecdotilla, os salen con el as de copas ó la sota de bastos. Ellos tienen el derecho de armar continua zambra con sus trastos de desollar, las bolas, las fichas, amén de sus eternas peleas: vosotros, punto en boca y aguantar la mecha. Había una viejezuela que era el colmo del rigorismo: no la puedo recordar sino con las cartas en la mano; alta, huesuda, rancia la tez, cofia enorme, gafas de amanuense, voz seca y destemplada, ademanes bruscos y embellecido el labio superior con unos cuantos adminículos entre cerda y pelo. Un sargento de la Guardia. Vengábame de su presencia llamándola por lo bajo *la Celestina*. Por lo bajo: que si lo llega á oír, no digo yo hecho gigote, hecho polvo me deja en la banqueta. Gruñona si ganaba, rabiosa si perdía: más miedo tenían á su sillón presidencial que á un consejo de guerra. Cuando la daba por enojarse, temblábanme las carnes y ponía los pelos de punta á todos los venerables de la partida.

La señorita de la casa tenía varias compañeras de colegio que todavía gemían bajo el poder de Poncio Pilato. Allí iban algunos jueves, tan resignadas las pobres, al olorcillo del sexo enemigo. No había una fea; y para no andar á la greña sobre si es tuya ó es mía, las adorábamos á todas. Gustaba Magdalena por lo resuelta, sin dar motivo para arrepentida; su prima Dolores por lo esbelta, Liboria por lo melosita, Higinia por lo escultural, Sofía por aquellos verdugos ojos, y Hannah y Clarita y Gracieta y Aurora, esta última un tipo perfecto de la hermosa Rebeca. Todavía me dejaba en el tintero las dos hermanas Laura y Prisca, poéticas apariciones de balada alemana.

No se bailaba con carácter oficial. ¡Colegialas en baile! La comidilla eran los juegos de prendas. Apurábamos la letra, hacíamos centinela rusa y estábamos en berlina; digo, quienes estaban eran papás y mamás, testigos de aquellos cándidos pasatiempos.

Nada diré de aquellas niñas, modelo de corrección en todo. Tampoco del colegio á que pertenecían, que era muy severo y estaba admirablemente montado. Pero, por regla general,

no recomendaría á los padres la educación de chicas en colegio. Alguno había, por cierto de los más *piadosos*, en que, según lo que yo imagino, no sobraba la vigilancia. Cierto día uno de mis íntimos recibió, en un billetito rosa, perfumado con miel de Inglaterra, un disparo de la siguiente fuerza:

«Monsieur:

La soirée du dimanche s'est passée bien triste pour moi. Vous avez laissé prendre une place qui vous était bien due, et vous vous êtes éloigné de moi après tant de jours de séparation.

Alors j'ai compris que je vous étais indifférente; pensée bien triste pour moi!

Si je ne vous inspire aucun intérêt, ne vous approchez jamais de moi; car je souffrirai, parceque... *je vous aime!*

Oh! pardonnez à la liberté que je prends. Hélas! On pardonne tant de fautes à l'amour!

Refléchissez à ce que je fais à présent.

Adieu: toute affectionnée.»

Y el garabatillo. ¡Vaya con la niñita! Y siendo acaso española, lo puso en francés para mayor claridad. Y en un francés no de los peores. Cuando les digo á VV. que la educación de colegio...

Las venas se le hielan á uno de espanto al pensar en lo que habrán hecho de aquellas hadas los estragos del tiempo. Terrible pesadilla; como cada vez que veo en el Museo Wiertz de Bruselas, aquella hermosísima dama que, al mirarse al espejo, se encuentra reproducida en esqueleto. Algunas, ya lo sé, han muerto. Llamad al sepulturero del Hamlet, para que os traiga, en el hueco de la mano, aquellas calaveras arrancadas á las entrañas de la tierra. Decidme el color de los ojos que ocupaban aquellas concavidades. Señaladme el foco de donde partían los fulgores, las llamaradas, los rayos que os desvanecían, las miradas que os asesinaban. Ved qué trasparencias os dan al sol aquellos huesos carcomidos. Buscad en aquella polilla, el rosa y el carmín, las frescas mejillas y las coloraciones nacaradas.

Otras quedarán de aquellas mis contemporáneas que habrán sido más felices, si no arrastran una doncellez trasnochada. Quizás en este momento estén al amor de la lumbre dando buenos consejos á sus hijas. ¿Quién sabe si á sus nietas?

Durante una temporada, rabiando de que el régimen dominante no nos permitiese olisquear la política, nos fuimos entreteniendo en poner la política en caricatura. Si llega el General á saberlo, nos toma por conspiradores y nos zampa en la Ciudadela. Confiriéronse *las soberanías* al ama de la casa, bajo el nombre de Princesa Florinda, con tratamiento de Alteza. Una Gerolstein antes de Offembach. Los Ministros trabajaron con un ardor y un celo desusados; hízose un arreglo de tribunales, otro de gobiernos de provincias y un plan de Hacienda; puede que todo aprovechable. Creóse la Orden Colegial de Saint Cyr y se repartieron grandes cruces en abundancia. También brotaron á docenas duques, marqueses y condes, exactamente como si estuviéramos en los Estados de Soulouque ó si viviéramos ya en los tiempos de la Restauración española. Á una señorita de figura espléndida y corsé muy apretado, se la nombró Marquesa de las Villas Unidas.

El personal nos tenía fritos. Hubo dos descontentos por la cuestión de carteras; pero se les tapó la boca con las embajadas de París y Londres y se quedaron más blandos que un guante de Jourdán. Verdad que no cobraban sueldo, pero también paseaban una ociosidad dignísima, pues para diferenciarse en todo, aquellos finos diplomáticos de pega, no perdían el tiempo poniéndose y quitándose uniformes ó *estudiando* la banda que convenía ponerse para tal ó cual solemnidad; y si no escribían despachos, tampoco nos creaban conflictos, cosa que hubiera disgustado mucho á *Milord*, el Presidente.

Allí no había más que dos clases de funcionarios atareados: los Ministros y los porteros. Estos últimos, desdichados, pidieron como compensación que se les admitiese al honor del agua con azucarillo. Concedióseles, porque la solicitud venía en unos términos que partían el alma. Estaba escrita con letras de sangre. Supo después *el Gobierno* que había sido víctima de una infame superchería. ¡Se habían pinchado un dedo!

En las sesiones borrascosas se oía á los oradores desde la calle. Se improvisaban discursos preparados. A quién le daba por el canto llano, y espetaba cada claridad que nos hundía: quién se remontaba á las nubes y le perdíamos de vista.

Un día el Presidente, como echando en cara á los colegas la humildad de sus gabanes, tuvo el descaro de presentarse de uniforme: tres galones sacados de una casaca vieja, banda roja de papel y un fajín descolorido. Con este atavío y sus enormes patillas, podía tomársele, según del lado que le diera la luz, por cualquiera de estas dos cosas: ó por un *statesman*, á lo Palmerston, ó por un bandido de Sierra Morena.

Hubo sus crisis ministeriales. ¡Vaya si las hubo! Y siempre por los destinos. En una de aquellas crisis estuvieron los Ministros asistiendo tres días á Consejo, sin hablar al Presidente, y casi sin saludarle. Se cabildeó largamente, y hasta se trató de minar el terreno á S. E. Pero Milord era muy diestro, y, desafiando las intrigas, tuvo con la Jefa del Estado una detenida conferencia, rogándola se dignase presidir el Consejo inmediato. Así se hizo, y tras unos cuantos pases de muleta, tuvo S. A. la dicha de apaciguar los ánimos, con aquel talento, aquel tacto y aquella habilidad que Dios concede siempre á las Altezas. Desde aquel día el digno Presidente se impuso, y por unánime acuerdo fué declarado de profesión gigante.

Todos los actos de aquel Gobierno memorable se publicaron en la *Gaceta de Saint Cyr*, periódico que redactaban *directamente* los Ministros, presintiendo sin duda que les saldría más caro lo que había de llamar Bismarck el departamento de los reptiles. Religiosamente se conservan tan interesantes documentos en los archivos del antiguo palacio de Kosba, calle de Santa Ana, en Barcelona, número no sé cuántos. Allí quedaron como monumento imperecedero de una situación en realidad fugaz, pero tan provechosa por lo menos, y sobre todo tan fecunda, como cualquiera de las que nos arreglan de verdad, para otros entretenimientos, nuestros estimables *politicians*.

SECCIÓN QUINTA

Nuestros Procónsules.—Las tradiciones de Mr. d'Espignac.—Aféitese usted esas barbas.—Una conspiración bajo Córdova.—De la Roca Tarpeya al Capitolio.—Cocineros antes que frailes.—Manuel de la Concha.—Cómo se gana de veras un prestigio.—Traje de mañana.—Generales en ciernes.—De qué clase de madera se hacían los Gobernadores.—El personal de la Audiencia.—Chocheces de Curia vieja.—¿Dónde pondríais una llave?—Dos Cabildos.—Venga un parrafito de cánones.—Barcelona antigua y moderna.

I

Para dar una idea del mundo oficial y no oficial de Barcelona en aquellos tiempos, abramos galería de personajes. Y, atención, noble auditorio, que vamos á empezar por nuestros Procónsules, los Excmos. Sres. Capitanes generales del Ejército y Principado de Cataluña.

Procónsules dije, y no me retracto: antes me quedo corto, debiendo decir con más propiedad *bajáes:* que de tales tenían la pinta, ya desde Felipe V, nuestros Jefes superiores militares, con ó sin nombre de Vireyes. Hubo excepciones. El Marqués de la Mina, Eroles, Castaños, Camposagrado, Espoz y Mina dejaron fama de discretos y generosos. Pero la mayoría se ajustó, con ligeras variantes, á un tipo de triste celebridad: á aquel funesto personaje oriundo de Francia, de quien decían llamarse á secas Mr. d'Espignac y era más conocido en Barcelona por Carlos de España, Conde de España, Grande de España y *nada de España.* En rigor de verdad, ninguno de los Generales de la época á que este capítulo hace referencia, consiguió llegar á tanta altura. De aquel insigne modelo sólo tomaron un dejo, el corte, la escuela. Si hubiesen *gobernado* algunos años después, se darían un aire con Mouravief, el de los cariños polacos. Pero á la sazón estaba muy de moda el figurín austriaco. Barcelona vivía bajo

una égida tutelar más parecida á la de Milán y Venecia. Radetzky y Jellachich imperaban, bajo distintos nombres, en Italia y España. Jellachich: ¿no llamaba Istúriz á Narváez el Ban de Croacia?

Contábanse lances medianamente divertidos de algunos de nuestros Generales con mando en Cataluña. De uno de ellos decían que, siendo todavía subalterno, se creyó en el deber de citar en desafío á un compañero suyo, solamente porque, al trasmitirle una orden del superior, se le había caído casualmente un guante. Decían de otro que, estando de Capitán general en no sé qué distrito, si por ventura tropezaba en la calle con algún barbudo, lo tomaba por republicano, y metiéndole á empujones en la tienda más inmediata, lo hacía descañonar en su presencia, á punta de navaja.

Ya nos íbamos acostumbrando los del *paisanaje* á que nos tratasen sin ceremonia. Cierto día, mientras se estaba celebrando junta de Generales, oíase un ruido infernal en los alrededores del Palacio: arrieros y chalanes que se habían enzarzado sobre si las bestias eran ó no de recibo. Media docena de curiosos presenciábamos la escena. Viendo aquel alboroto los de dentro, se asoma al balcón principal un sujeto, pistola en mano: da cuatro voces descompuestas, dispara y mata una mula. Matar mula ó matar hombre ¿qué importaba? ¿Y el principio de autoridad?

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios, diría, usando la frase sacramental, algún gacetillero. Pues ahí verá usted. Cabalmente aquellos rasgos eran el encanto de los que adoran el régimen de cuartel en las esferas de Gobierno. Llamábanlos actos de virilidad, y celebraban mucho los aires de Gran Lama que se daban nuestros Capitanes generales, casi invisibles para las muchedumbres, excepto en días de revista, en procesiones, en el fondo de un palco, ó en los *besamanos*, que así llamaban á las recepciones oficiales, echándosela de reyes. Si alguna vez salían á paseo, era de uniforme, á caballo, con dos ó con cuatro batidores y una numerosa escolta; disparados como flechas y arrollándolo todo como ciclones. Paseándome una tarde con otros muchachos por la calle de Fernando, vemos desembocar del lado de

la Rambla la gran barredera. El General parecía tener el aire descompuesto, y venía echando chuzos; al llegar la comitiva á la estrechísima calle de Aviñó se le interpone un carro cargado de muebles. En vano fustiga el carretero las mulas; tercas ó asustadas, se empeñan en no ser galantes con la primera Autoridad del distrito. ¡Temblad, mortales! S. E. estaba en peligro de esperar; *j'ai fallu attendre*, como decía Luis XIV. ¿Qué hacen los soldados? Cuatro de ellos se apean de los caballos, dos la emprenden á palos con las mulas, otros dos con el inocente carretero á puñetazos, bataneándole las costillas. El público, mudo é impasible. Trece años de régimen parlamentario llevábamos entonces.

II

En Setiembre de 1848, teníamos de Capitán general al que, veinte años más tarde, había de ser mi buen amigo Fernando Córdova. Llevóle allí Narváez en reemplazo de Pavía y Lacy, para acabar de sofocar un doble movimiento carlista y republicano, fruto entonces, según decían, de una de aquellas coaliciones que á los hombres políticos parecen naturalísimas y á mí me merecen el simple concepto de repugnantes.

El corto mando de Córdova fué ocasión para mí de un disgusto serio. El día 28 del mencionado mes, á las cinco de la mañana, vino un amigo, todo azorado, á echarme de la cama. «Malas nuevas tengo que darte—me dijo;—has de saber que tu primo el coronel Apellañiz ha sido sorprendido conspirando, en la botica de Bofill, con varios republicanos.»

Era Apellaniz un valeroso soldado que acababa de distinguirse en varias acciones con los carlistas, y muy señaladamente en las líneas de Hostalrich. Decidor, comunicativo y el compadre más campechano que ha criado la tierra aragonesa. Pero su misma franqueza le perdía; no se recataba de nada, ni nadie era capaz de dominar el bullicio de su lengua,

haciendo alarde de ideas avanzadas en todas partes, cafés, círculos, teatros, tertulias de confianza y hasta en el cuartel, en presencia de los oficiales. Con efecto, le prendieron, llevándole en derechura á la Capitanía general; y allí, Cordova, de quien había sido gran amigo, le increpó tan duramente que, hasta llegó, dicen, á arrancarle el bastón de la mano, rompiéndoselo en dos pedazos. Sin embargo, tengo la seguridad de que, en aquella desdichada ocasión, al pobre coronel le llevaron engañado, como á un chino, á casa de Bofill: porque no se concibe cómo, sabiendo que iba á conspirar, pudo presentarse de uniforme y con todos los atributos de la autoridad que ejercía. El mismo Córdova se limita á decir en sus *Memorias* que Apellaniz estaba allí recibiendo órdenes. Metiéronle en la Ciudadela, le incomunicaron y así estuvimos más de una semana sin poder rastrear nada de él, ni su atribulada familia, ni ninguno de sus parientes y allegados.

Amanece en esto el 9 de Octubre, víspera del cumpleaños de la Reina, y empieza á correr la voz de que los infelices presos iban á ser fusilados.

Inmediatamente se pone toda la población en movimiento. Clero, Vicario general, Corporaciones y hasta el Jefe político, se interesaban en favor de aquellos desgraciados. Cubriéronse varias exposiciones con centenares de firmas. Dudábase que la sentencia de la Comisión militar se llevase á cumplimiento. ¿No se había de dudar, cuando, según confiesa Córdova, era de tal importancia la conspiración descubierta que contaba con adictos hasta entre las mismas personas que rodeaban al General, ejerciendo funciones de la mayor confianza?

En medio de aquella cruel incertidumbre, faltóme tiempo, en la madrugada del 10, para correr á la Ciudadela. Paso el primer rastrillo, y me dirijo al oficial de guardia.—«¿Hay medio de ver á los presos?»—«¿Verles?—me contestó—¿verles? Hace poco más de dos horas que han sido fusilados en uno de los fosos de la Fortaleza.» Turbado y sin aliento me quedé, aterrado y yerto de espanto.—«Y ¿sabe V., sabe V.—me arriesgué todavía á preguntar,—sabe V. si uno de los fusilados ha sido el coronel Apellaniz?»—«No lo sé, á punto fijo—me contestó;—pase V. adelante y entérese por sí mismo.»—

Corro, vuelo á la torre; subo, no sé cómo, un centenar de escalones: ruego, suplico al alcaide que me abra el calabozo: no pregunto, no quiero saber nada; descórrese, por fin, el tremendo cerrojo, y me veo á Apellaniz de pie, sano y salvo, y nos arrojamos en brazos uno de otro, dando lágrimas los dos á tan crueles infortunios. Pepe se había librado de la muerte, como por milagro: dicen unos, que debido á la influencia del presidente del Consejo de guerra, ó fué, según otros, por la expresa voluntad del mismo Córdova, que quiso mostrarse generoso con su antiguo amigo y subordinado.

Dos días antes, había salido en posta la esposa de Apellaniz, acompañada de la duquesa de Noblejas, para impetrar en Madrid el indulto. ¡Viaje bien inútil, si el Consejo hubiese incluído al Coronel entre los sentenciados á muerte! Ni el perdón hubiera llegado á tiempo, ni se mostraban dispuestos á concederlo los que entonces movían el pandero. Por toda contestación, dijeron á la señora de Apellaniz que la ley debía cumplirse. ¡Cuando se lo dijeron, salían de una orgía!

Una sola vez, en el seno de la intimidad, hablé con Córdova de aquellos sucesos, ya entonces muy lejanos: cuando los dos militábamos en un mismo bando político: él como ministro de la Guerra, yo como diputado á Cortes. Díjome que había tenido que obedecer á órdenes inflexibles; y que por esto, había dejado completamente en manos de la Comisión militar el término del asunto. Así lo consigna también en sus *Memorias*. Creo firmemente en su palabra. Córdova no era sanguinario; antes bien, benévolo de carácter, de nobilísimo corazón, aunque encerrado en la lógica de sus deberes. Que á él, principalmente, debió la vida Apellaniz, no me cabe duda; y por él y por su influencia obtuvo el antiguo coronel de San Quintín el entorchado de brigadier, que le dió Prim en 1868. Como lo digo: casi en capilla el 48, brigadier en 68. Así es la política: artículos de bronce y otros metales. Por si me disputan ó no me disputan el merendero, os juegan un hombre á cara ó cruz, según el azar de la mano: ayer, el sepulturero, para echaros unas espuertas de tierra: hoy, el tapicero adornista, para el dosel que van á regalaros. Cuestión de brujuleo y de acertar con los rumbos: del Capitolio

á la Roca Tarpeya, ó de la Roca Tarpeya al Capitolio.

¡Qué bien vendría ahora un comentario general sobre conspiraciones!—Párrafo 1.°: de los pueblos que tienen *caprichos* de conspirar.—Párrafo 2.°: de los pueblos que tienen la *tradición* de conspirar.—Párrafo 3.°: de los pueblos que tienen el *vicio* de conspirar. Si os agrada la clasificación, aprovechadla para vuestras apuntaciones. ¿Quién puede hablar de esto? Yo, que sin pretender juzgar á ningún conspirador, soy uno de aquellos entes originales que jamás han conspirado.

El vicio *nacional* de conspirar no me neguéis que exista. Un día, rebuscando libracos en un baratillo, topé con el *Thesaurus Temporum, complectens Eusebii Chronicon,* de Escalígero, edición de Ginebra: infolio colosal, comido por las puntas, y en cada página, por vía de ilustración, la clásica mancha de una gotera de desván, ó la pringosa dedada de algún *ratón de archivo.* El ilustre filólogo usa con frecuencia, en el libro, el verbo *conspirare* en el sentido genuinamente latino—*cum spirare,* unir, aunar esfuerzos.—Mas; en el ejemplar que yo tenía entre manos, un alma caritativa se había encargado de evitar que aquel *conspirare* llegase á ser causa de perdición y piedra de escándalo. Cada vez que tropezabais en el texto con el dichoso verbo, lo encontrabais enmendado al margen con la siguiente apostilla: *hoc conspirare accipe in bonum sensum.* Decididamente el fraile—¿cómo no había de ser un fraile?—decididamente el fraile que tal hizo, vivía en un país que tenía el vicio de conspirar, puesto que, creyendo ya olvidado el sentido recto del vocablo, temía que el lector se fuera derechito al figurado, por la costumbre de manejarlo.

He hecho una observación, que se le escapó, sin duda, al autor del *Arte de conspirar.* Si las conspiraciones menudas han prosperado en su mayoría, las grandes, las históricas, han sido, en general, funestas para los conspiradores. César cae bajo el puñal de Bruto, y los tres pastores de Rutli arrojan de Suiza á los Habsburgo; pero Harmodio y Aristógiton son vencidos por los Pisistrátidas; Catilina por la lengua de Cicerón; Marín Faliero y Bédmar, por el Senado veneciano; Fiesque, por el partido de los Doria; los Pazzi, por los Médicis; Cellamare, por el Regente; Escóiquiz, por Godoy; Ma-

let, por Napoleón. Quiebras del oficio, como en todas las grandes jugadas. Otra observación al canto. Donde la conspiración es hábito nacional, se llega á adquirir gran destreza para jugar, en política, al alza ó á la baja. Si para mí, que estoy encima, haceis la masa fuera de tiempo, os estrangulo; tal vez mañana la encontraré en sazón y nos la comeremos juntos. Todo consiste en la oportunidad de escoger posiciones: tal día de la fecha, en la mina: tal otro día en las cumbres. Como allí el gremio es tan extenso, los conspiradores se penetran bien, y se compenetran. No empujar, pero hacerse camino unos á otros. Estar, según la ocasión, al tanto de la estocada ó del quite. Consumados artistas: de cocineros á frailes, y de frailes otra vez á cocineros.

III

Manuel de la Concha fué el primer general moderado que rompió en Cataluña con las tradiciones del bajalato. Veíaisle á menudo por las calles á pie, de simple mortal, con levita y guante oscuro: raras veces de uniforme, y caso de llevarlo, en días comunes, sin más que unas charreteritas de canelón y la faja. Solía ir del brazo de Cotoner, el Segundo Cabo. Aquella llaneza tenía aterrado al círculo de los respetables. Decían que así se perdía el prestigio de las Autoridades. ¿Prestigio? Mayor no lo he visto. Ni se verá otro como el que tenía en Cataluña el Marqués del Duero. Júzguese por el siguiente lance. En un momento muy crítico, estando la plaza de San Jaime cuajada de gente levantisca, Concha se asomà al balcón de las Casas Consistoriales, teniendo en la mano una exposición que acababan de entregarle y no era de su gusto: rasga la exposición en mil pedazos, los arroja á la muchedumbre, y luego baja tranquilamente y atraviesa *solo* por entre los grupos, en medio del más profundo silencio, y quitándose todo el mundo respetuosamente el sombrero.

Por poco me cuesta cara, en una revista, la gran popula-

ridad del Marqués. Acababa él de llegar de Portugal, y por más señas, lucía aquella tarde, por primera vez, la banda azul de la Torre y de la Espada: iba con cuatro batidores y un soberbio acompañamiento, marchando todo el mundo al galope de ordenanza. Corría la gente de un lado á otro para ver y aclamar al General: yo me encontraba en la Muralla de Mar sobre un trozo mal apuntalado, que estaba en reparación. Los de delante retrocedían, los de detrás empujábamos, porque si llegaba á faltarnos el suelo, no teníamos más salida que el precipicio. Viene de súbito la oleada y empieza una de gritos, espantosa. Por pronto que quisimos ponernos en salvo, caen dos, caen cuatro, caen más y todos van rodando al fondo. Hubo brazos rotos y cabezas destrozadas. El más afortunado se vino con un zancajo menos y un chirlo por la cara. Yo me encontré en el aire y pude librarme del primer turbión agarrándome á una enorme piedra; mas ya me faltaban las fuerzas y me sentía escurrir por el abismo, cuando dos vigorosos brazos consiguieron sacarme de aquel apurado trance.

La sencillez que hacía bienquisto de todos á Manuel Concha era franca, espontánea, sin mezcla ninguna de fingimiento. Otros que pretendían imitarle, sólo conseguían ponerse en evidencia á fuerza de extravagancias. A este género pertenecía un respetable veterano francés, al servicio de España, que hasta para las mayores solemnidades se había inventado un traje de paisano á su capricho. Llevaba aretes, un alfiler fenomenal sobre la corbata blanca de finísima batista, chaleco de casimir con dos hileras de botoncitos de oro, y con ellos dibujada la relojera: á centenares los diges colganderos de caprichosos modelos, y se me antoja que con dos relojes: botonadura de armas en el frac y triple en las carteras: fajín sobre el chaleco: tres ó cuatro placas militares y el Nischam Iftijar en imitación de brillantes: sortijas sobre el guante: de oro el puño del bastón y de plata una contera de á tercia: pantalón blanco en verano y de paño azul en invierno, con galón ancho de General: floja y arrugada la caída desde media pierna y armados los tacones con unas espuelas disformes de bruñido metal, que al andar, metían un ruido sólo comparable con el de los carabineros de Offembach en

Los Brigantes. Cortés y cumplido, hasta lo inverosímil. No olvidaba una tarjeta, ni una visita, ni un saludo, ni una florecita á tiempo. Fué una vez á recibir á unos novios que llegaban de Marsella: eran las seis de la mañana: excuso decir que el General iba con todas sus baratijas. Al entrar en el vapor, le salen al encuentro los viajeros.—«Dispense V., marquesa—dice al saludar,—dispense V. que me haya venido así... en traje de mañana.»—Si aquello era su traje de mañana, échense Vds. á discurrir lo que sería su etiqueta.

Durante un período muy largo, tuvimos de Jefe de Estado Mayor al brigadier Vasco, después Mariscal de campo. Bravo militar, echado para adelante, y de lo más afectuoso en su trato íntimo, apesar del aspecto severo que le daban sus largos bigotes á lo tártaro. Era muy extremado en el vestir, recordando, sin duda, otros tiempos en que tendría gallarda figura; y aun en la época en que le conocí, no siempre sacaba mal partido de sus aficiones estéticas, como cuando un año se presentó en la procesión del Corpus, luciendo sobre sus hombros el gran manto blanco con la cruz verde, de la Orden militar de Alcántara.

Genaro Quesada mandaba, como brigadier-coronel, un regimiento de Infantería, teniendo á sus órdenes de ayudante á un capitán Schmidt, que si la memoria no me es infiel, debió ser después el General Schmidt, casado con una hija política de O'Donnell, y muerto desgraciadamente en un accidente de ferrocarril. Todos los días, por detrás de la persiana, veía yo á Quesada y á Schmidt, maniobrando con sus soldados en el ya mencionado patio de la Enseñanza. Eran dos tipos militares que, aunque distintos, engranaban perfectamente; jóvenes ambos, rechonchito el uno, alto y delgado el otro, reposado Quesada, bullicioso el ayudante, los dos unidos en la misma voluntad y en iguales condiciones de carácter para llevar su gente al pelo. Adivinábase en Quesada el futuro General, cuando tan mozo ostentaba ya entorchado blanco; de lo que había de ser como político, darían razón los que le trataban de cerca; no yo, que nunca he acertado á ver en el actual Marqués de Miravalles más que un buen militar y pundonoroso caballero.

Otros coroneles había también de mucha nota: Yauch, Garrido, Ruiz, Thómas, todos ascendidos á Generales. Yauch tenía una particularidad: era la más alta estatura del ejército; montaba el caballo de más alzada que he visto, y mandaba el regimiento más *alto*, porque era el del Rey, núm. 1 de Infantería. Pero ningún coronel aventajaba en lo apuesto y lo gentil á Vicente Requena, más tarde Duque de la Roca, padre de mi cariñoso y malogrado amigo el Marqués de Sofraga, compañero mío de diputación, aunque en opuesto bando. Lástima que Requena dejara tan pronto las armas; no sólo hubiera hecho una brillante carrera en el ejército, sino que perdió mil ocasiones de lucir sus buenas dotes militares, que luego se esterilizaron con la vida de Corte.

Oficiales de aquella época en Barcelona, más ó menos subalternos, citaría muchísimos, si no temiera hacerme interminable. Artilleros con el ancho morrión de aquel desairado modelo importado de no sé dónde; esbeltos ingenieros prensados en sus casacas, con profusiónde cordoncillo de plata; coraceros, húsares y lanceros de espada recta ó sable corvo; la *línea*, vestida á la francesa con uniforme de cabos rojos, ó amarillos, y sobre todo airosos edecanes de casaca encarnada y cuello, solapas y bocamangas de distinto color, según las graduaciones de sus jefes; para escolta de Capitán general de ejército, el paño blanco; verde para Teniente general, y negro para Mariscal de campo. Á casi todos los de aquella brillante oficialidad, me los encuentro hoy distribuídos en dos categorías; ó muertos ú Oficiales generales. Despujol, oficial de Estado Mayor, hoy Teniente general y Conde de Caspe; el capitán Ferrer, General D. Félix Ferrer; Mariano Lacy, ayudante de Novaliches, General D. Mariano Lacy; Molíns, el elegante Molíns, con mandos de distrito; Pombo, el templado Pombito, muerto de brigadier hace pocos años.

En cuerpos auxiliares había tres ó cuatro figuras dignas de mención especial; el intendente Flores Varela, con su hija Venturita, que era la flor de la maravilla; el Marqués de Nevares, gran jinete, que se tenía firme á caballo y lo hacía caracolear, como el más diestro *sportsman*, apesar de su pierna de palo; y mis queridísimos amigos el auditor García

Triviño con su esposa Pilar Barbaza, hija del Subinspector de Artillería, matrimonio de corte elegantísimo, que todo lo llenaba con su bella presencia y apostura.

IV

El elemento civil, como supeditado al militar, no tenía grandes ocasiones de lucimiento. Habíamos progresado poco en cuestión de Gobernadores. No se nos había ocurrido todavía convertirlos en meros agentes de policía, ni se formaban á la ventura de un simple redactor de tijera ó de un simplísimo comensal del Ministro. Antiguos empleados de la Administración civil ó económica; algún diputado ó ex-diputado; un caciquillo en localidad pequeña; un jefe autorizado de partido en localidad grande: tal era, por regla general, el repertorio de Jefes políticos. Hasta un ex-Ministro tuvimos al frente de la Provincia. De otro averiguamos que era hombre de posición, con antecedentes de carrera, por los varios uniformes que usaba en las procesiones; de Secretario de S. M. en la procesión de San Jaime; de sanjuanista en la de San Cucufate; de Jefe político en la de Santa María del Mar, y de antiguo Intendente en la del Pino.

De vez en cuando se colaba algún favorito de la suerte: dijeron de un sobrino que, por igualdad de nombre y apellido, le había birlado la credencial de Gobernador á su tío. Mas en general, repito que la madera de Gobernadores no era mala. Sólo había un inconveniente: que si el material resultaba de provecho, herramientas y artífices estaban en otra parte. Y otro tanto sucedía con los muy ilustres señores Alcaldes corregidores. Ni el chistoso Pérez Calvo, ni el grave Dupuy llevaban al Municipio su propia autoridad, sino órdenes trasmitidas desde el alto empíreo. ¡Vaya V. á hacerse oír repiqueteando con esquilón, cuando la campana del General nos atronaba los oídos con cada badajazo!

Ya he dicho que la Audiencia territorial estaba dirigida

por el regente Romaguera. Habrá magistrados íntegros: más que Romaguera, imposible. Él y el fiscal Escudero, llevaban una sentencia escrita en cada arqueo de cejas. Por aquellas Salas de Justicia pasaron entonces algunos nombres conocidos: Fernando Calderón, Ríos Rosas (D. Francisco), D. Joaquín Melchor y el elegantón González Crespo. Todos eran respetabilísimos y dejaron allí excelente fama; pero digo, con el mariscal Soult: *la canóniga buena, la cabilda mala.* Mala, entendámonos, en sentido discreto. Mala, no porque faltasen, antes bien resplandecían, en la colectividad, altas dotes de dignidad y decoro. Mala, digo, porque no se había sabido ó no se había querido romper con ciertas tradiciones ridículas de la antigua Curia. Por ejemplo: si al informar en estrados, se le ocurría á algún abogadillo novatón dar el título de *señor* á un cliente, en el acto se le echaba encima el portero de Sala diciéndole en alta voz:—«Aquí no hay más señor que el Tribunal.»—Y, en efecto; sólo la casa de Medinaceli tenía allí el privilegio de que llamaran á su jefe «el *ilustre* Duque,» mas nunca «el *señor* Duque.» ¿Cómo no se había de asegurar, con estas sabias precauciones, el triunfo de la justicia? Pues nada digo si por acaso os sentabais, antes de tiempo, mientras el Presidente os dirigía la palabra; porque entonces el cancerbero os descargaba un tremendo palo envuelto en esta fórmula amistosa:—«Guarde ceremonia el letrado.»—Todos los días había cuestiones con los militares, por si pretendían entrar con armas en el recinto del Tribunal; á un General le quitaron la espada los ujieres. En cierta ocasión, estando suspendida una vista, antojósele al Escribano de Cámara volver á entrar en la Sala para decir dos palabras al Presidente. Es de notar que Presidente y Escribano jugaban todas las noches al tresillo. En aquel instante, los magistrados estaban de pie, fumando, y en tren de absoluta confianza:—«Oiga V., Sr. don Fulano»—dice el escribano.—«¿Cómo se entiende, señor don? —contesta el Presidente,—Excelentísimo señor, Excelentísimo señor; advierta V. que estamos en Sala.»—Y cuidadito con que, al oír las voces «paso, paso,» por claustro y corredores—que era la señal de que algún señor del margen cruzaba desde el guardaropa al Tribunal,—cuidadito con que no os hicierais

á un lado ó no os quitaseis el sombrero, porque de un soberbio manotón os lo derribaban al suelo, creyéndolo justo desagravio. De donde inferirán VV. que, además de los vates, hay en este mundo, por lo menos otro *genus irritábile*, el de los golillas.

Hasta entre aquellos seres, por su clase esencialmente olímpicos, había sus notas cómicas. Un *marginal*, ya jubilado, quiso encargarse el retrato de cuerpo entero. Adviértase que promiscuaba: hombre de ley y hombre de Corte: magistrado y gentil-hombre de Cámara. ¿Se retrataría de toga? ¿se retrataría de uniforme? Aun estando de uniforme, el retrato se presentaría de frente ó de perfil: ¿cómo arreglárselas para que se viera la llave que, por su colocación en determinado sitio, reclama otro género de postura? Problemas graves, gravísimos, pavorosos, que trajeron, durante mucho tiempo, alterada á la familia. El marido estaba decididamente por la toga: la mujer por la llave y el uniforme. Urgía tomar una resolución, porque peligraba la paz doméstica. Por fin, y con la intervención de buenos amigos, se vino á un acomodamiento, ó como diríamos hoy, á un *modus vivendi*. Nuestro hombre se retrató de toga, en ademán de dejar sobre una mesa la dorada llave, junto á unos tomos del *Febrero reformado*; y á poca distancia, así como tirado al descuido en un sillón, el más bello y encantador de los uniformes.

Otro tenía la manía de las relaciones. Blasonaba de hombrearse, principalmente en Madrid, con casi todo el mundo; por supuesto de barón, canónigo, brigadier ó diputado para arriba. Con la mira de pasar por influyente, se había inventado una curiosa estratagema. Ibais por primera vez á su casa y os hacían entrar en el despacho. Casualmente el señor había salido un momento á otras habitaciones. Mientras le estabais esperando, fijabais vuestra vista en una porción de cartas esparcidas sobre un velador. ¿A quién no tienta la curiosidad? Os poníais á leer los sobres. «Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia..... Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de..... Excmo. Sr. Capitán general de..... Excmo. Sr. Conde de.... Duque de..... Marqués de.....» Os quedabais asombrados. Al cabo de un cuarto de hora se presentaba el dueño de la casa.

Antes de saludaros, miraba las cartas con un fuerte meneo de cabeza: tiraba del cordón y aparecía el criado.—«¿No te dije, imbécil, que llevases estas cartas al correo?»—El fámulo recogía las misivas sin chistar y las sacaba fuera. Claro: para encajarle, media hora después, la misma documentación á otro prójimo.

No quiero dejarme en el tintero, aun á riesgo de ser pesado, un tercer personaje notable por sus caprichos de lengua. Era de los que se acostaban á las tantas, y tal vez por esto solía entregarse en el Tribunal á dulces cabeceos. Noche sin saber dónde ir era, para él, noche de suplicio. Si en alguna casa le cerraban la puerta por ausencia ó enfermedad, se ponía hecho una sierpe. Por aquellas ú otras causas dejó de recibirle una señora.—«Por Dios y por los santos—le dice al encontrarla:—Carmeta, quédese V. de noche. Usted es mi *necesidad diaria.*»

V

De los dos Cabildos de Barcelona, el catedral y el municipal, sólo con el primero tenía yo alguna que otra relación, por las especiales aficiones de mi Padre. Había en aquella Catedral, como en todas, su clero alto y su clero bajo: por toda la escala picaba nuestro trato, según las simpatías. Con tal motivo, tuve larga ocasión de pasar en revista dignidades, prebendados de oficio, simples canónigos, domeros, beneficiados, organistas: hasta una especie de sacristanes que llamaban *monxos,* y hasta el *Porrer de la Seo,* grave personaje que desempeña el cargo de macero. Este último, con su peluca blanca de tres bucles, gorguera de lienzo en tabla lisa y largo ropón de damasco carmesí, parece una cruel reminiscencia de nuestros antiguos Concelleres. Precede al Cabildo en todas las ceremonias, llevando á discreción sobre el hombro derecho una enorme maza de plata que deja caer, al pararse, dando en el suelo un fuerte golpe: señal de rúbrica para la comitiva, como en la táctica militar un toque de tambor ó de corneta.

Organistas había dos, primero y segundo: al mayor llamaban *en Mateuet* (Mateíto), en razón á su corta estatura. Era seglar y tenía unos dedos privilegiados. En días señalados, íbamos á oirle tocar unas *voces humanas*, que ya las quisiera Boito para los coros angélicos de su *Mefistófeles*: pero á la chiquillería lo que más la interesaba era la cabezota de turco pendiente del órgano, cuando bajo la presión del pie *den Mateuet* movía las barbas, revolvía los ojos y abría una boca descomunal, de donde salía un ronquido terrorífico; y no era más que uno de tantos registros de aquella complicada máquina. Y apropósito de chiquillos, recordaré que otro de sus grandes entretenimientos en la Catedral era, durante la octava del Corpus, ver *ballar l'ou* en los claustros: un huevo puesto en un surtidor, que con la fuerza del agua daba caprichosos saltos.

Tocante al ramo de canónigos, no citaría yo los de aquellos tiempos como modelo de capacidad y de grandes dotes intelectuales, salvas algunas honrosas excepciones, como la ya citada del doctor Bertrán. Buenas costumbres, sí tenían; ajustados perfectamente á aquella *morum integritati* de que habla el Concilio Tridentino; y en esta parte hay que reconocer que, no ya el canónigo, sino el clero de Cataluña en general ha sabido mantenerse á una altura muy superior á la de los de otras provincias y de algunos países extranjeros. Ni una palabra mal sonante, ni asistencia á espectáculos, ni trajecitos de seglar, ni siquiera un cigarrillo en público, ni otra clase de expansiones de mayor calibre, como las vemos en Madrid y las he visto con frecuencia en Italia.

Pero aparte de que, en nuestras guerras civiles, ha habido más de un señor canónigo que supo bonitamente coger el trabuco, repito que allí, en aquel Cabildo catedral, no era la ciencia lo que sobraba. Mucho régimen: misa con su poco de coro por la mañana; vísperas por la tarde; muceta de armiño desde Todos Santos, muceta de raso desde Corpus. Ni había para que fatigarse la garganta en el coro: de pie, delante de los atriles, cuatro vigorosos gañanes á sueldo, cargando con la faena del canto llano, con unos vozarrones estupendos.

Parecería natural que, siendo el canónigo *oculus Episcopi*

sui, como decía un famoso Arcediano, todos los señores de aquella clase, sin excepción, se escogieran de entre los sacerdotes más acreditados por su saber. Pues se equivocan ustedes. Al revés del poeta, el canónigo no nace, se hace. Antiguamente los canónigos salían en gran número de las filas de la nobleza, por aquello de ejército, mar ó altar. Hoy se sacan un poco de todas partes; pero puedo asegurar, porque me consta personalmente, que en ningún terreno se siente un Jefe superior tan acosado, ni para nada hay que aguantar tanta chinchorrería, como para la provisión de canongías. Que lo cuenten los subsecretarios de Gracia y Justicia. En canonicatos simples hay la mitad de libre provisión; por consiguiente, cabe allí, muy á placer, la misa y olla. La otra mitad se reserva para Doctores y Licenciados: *saltem dimidia pars,* según reza el Concilio. Lo malo es que no se tenga en cuenta una ligera observación: que entre doctor y docto puede haber enormes diferencias.

Tantas hay, que uno de los canónigos de aquellos tiempos era doctor en Sagrados Cánones por la egregia Universidad de la Guardia Real de Infantería. Allí sirvió hasta que se le antojó un día colgar el espadón; de sus estudios académicos no conservaba más que la costumbre de marcar el paso militar y de poner, cuando iba de *bordón* en las procesiones, cara *fera* á sus colegas, como para decirles: «Alto, descansen armas.»—Vizcaíno, con setenta años encima, no había conseguido saber hablar el castellano. Al salir de la sacristía se da un día un encontrón con el monaguillo, y le dice tirándole patas arriba:—«Patas pies, donde pones pisas mira.»

Murió el pobre de repente, el mismo día de su santo, oficiando en la Catedral. Cuando llevaron la noticia al ama de gobierno, que estaba preparando la gran comida de días, no se la ocurrió á la buena mujer más oración fúnebre que exclamar juntando las manos:—«¡Bendito sea Dios! ¡qué vamos á hacer ahora con tanto plato!»—Me recordó esta escena el cuento de los dos abates franceses que se juntaban todos los domingos á comer espárragos, mitad en salsa, mitad en aceite, para satisfacer los distintos gustos de entrambos. Cayó redondo un día el de la salsa, atacado de apoplegía fulminante, en el

momento de sentarse á la mesa; y el otro, sin hacer caso del cadáver, corre á gritar desde lo alto de la escalera:—«Todos los espárragos con aceite!»

VI

Del Ayuntamiento, ¿á qué hablar? ¡Había dado tan gran bajón la sucesión de los Concelleres! Ya quisieron los progresistas reconstituir nuestros Municipios, parte sobre la base del antiguo Concejo, parte sobre el patrón belga. Mas luego los moderados hicieron del Ayuntamiento un simple Consejo de los Corregidores. Los tratadistas de aquella comunión cuidaron de explicárnoslo con una teoría de las más peregrinas diciendo que un Corregidor era á la vez agente del Rey y agente del pueblo. ¡Ah pillines! ¿agente del pueblo el Corregidor, eh? ¡y lo nombraba el Ministro de la Gobernación! Ni agente del Rey, porque estaba absorbido por el Jefe político, como éste lo estaba á su vez por los Capitanes generales.

Es de rúbrica: cuando una institución pierde sus papeles ó cuando se los quitan, no la queda más que el relumbrón. La afición y el compás, como á los músicos viejos. Así aconteció en Europa con la aristocracia cuando de los tiempos feudales pasó al período del palatinaje; así con los Reyes en Inglaterra desde que los Hannóver tuvieron que ir doblando la cerviz ante la omnipotencia parlamentaria; así con los Parlamentos en Francia cuando Luis XIV pudo *ya* entrar en el de París con látigo y espuelas; así con los Municipios españoles desde el punto y hora en que vinieron á caer bajo las garras del absolutismo. Los doctrinarios los quisieron aderezar á la moderna, poniéndolos decentitos; pero sin consentir que levantaran el gallo; les cepillaron la ropa y los dejaron por dentro tan escurridos. A nuestros egregios Ayuntamientos de los tiempos que describo, se les prodigaban honores, tratamientos y prerogativas de todo linaje; los regidores usaban un magnífico uniforme con la tradicional banda roja; los tenientes de alcalde el consabido bastón con borlas de gran ta-

maño. Pero... *hasta aquí llagó, caridu Rastitutu.* Atribuciones, derechos, iniciativas, poquito, muy poquito. De puro apolillados, si no todos, los más de aquellos ilustres ediles caíanse á pedazos.

No de otra manera se concibe cómo en unos tiempos que han dado en llamar tan prósperos, y formando parte de la Corporación municipal esclarecidos patricios, Barcelona hiciese tan escasos progresos en materia de mejoras urbanas. Yo no recuerdo más (y no preciso las fechas) que la terminación de la fachada de las Casas Consistoriales, con las estatuas de Jaime I y Fivaller; parte de la prolongación de la calle de Fernando VII; la apertura del mercado de Santa Catalina; la instalación del nuevo archivo municipal; la columna triunfal de Galcerán Marquet en la plaza del Duque de Medinaceli, y el reglamento de la compañía de bomberos. No entraba la piqueta en las calles lóbregas y estrechas; pocas de las grandes con adoquinado nuevo, y aun éste mal sentado; escaso el gas; por toda salida en la Rambla, del lado de *Estudios*, el ignominioso Portillo de Isabel II; las murallas en pie; continuos desperfectos en la Acequia Condal y más de un desastre ocasionado por las *calaveradas* de la Riera den Malla; el puerto una inmunda charca con un dragado irrisorio, y aquellas interminables obras del Muelle nuevo á que me he referido en el capítulo de mis estudios. No se hablaba todavía de ensanche más que *sotto voce* y como de un problema planteado para un porvenir bastante lejano; algunos especuladores de buen olfato empezaban á comprar terrenos en el paseo de Gracia, y otros que hacían correr la voz de que se iban á urbanizar las huertas de San Beltrán, se permitían proposiciones tímidas de venta á razón de algunos cuartos el *palmo*, que es como acostumbran medir allí las tierras edificables, en vez de contar, como aquí, por pies ó metros superficiales.

Tal era entonces, bajo el punto de vista de la edilidad, el aspecto general de aquella ciudad de Barcelona, tan embellecida hoy y tan mejorada, que puede pasar, sin disputa, por la más hermosa de España y afortunada rival de algunas muy celebradas del extranjero.

SECCIÓN SEXTA

Monseñor Donnet.—El Príncipe A. Demidoff.—Lola Montes.—¿En Mataró, ó en Constantinopla?—¡Abajo las dagas!—Farolines y farolones.—Los jóvenes de la alta banca.—A pluma y á pelo, como Alcibiades.—Quién introdujo el gabán recto.—Capítulo de mujeres.—Dónde estaban las tradiciones del buen tono.—Una escultura, una mano y varios volcanes.—Don Salvador.—Historia crítico-filosófica del abogado.—Los pasantes ante el capitalista, el procurador ante el capital, y el notario en su capítulo.

I

Bajemos ó subamos; como á VV. les parezca. Del mundo oficial, traslademonos á las humildes regiones donde mora el resto de los mortales, y, á fuer de galantes, empecemos por algunas notabilidades extranjeras que tuvieron á bien honrar con su visita á los barceloneses durante aquel período. Notabilidades por cierto bien distintas en todo: en respetabilidad y en categorías sociales.

Acuérdome de tres, entre centenares: Monseñor Donnet, Arzobispo de Burdeos: el Príncipe Anatolio Demidoff, y la por tantos títulos famosísima Lola Montes.

Monseñor Donnet estuvo de paso en Barcelona con objeto de activar una suscrición benéfica, creo que para el Instituto africano. Era hombre de complexión apoplética, de venerable aspecto, con unas largas y nevadísimas canas en artístico abandono. Ocupó una vez el púlpito en la iglesia de San Felipe Neri, predicando en su lengua, y con un acento puro Norte, imposible para oídos españoles poco ejercitados. El cónsul Lesseps acompañaba constantemente al Arzobispo: el día que fueron á la Catedral, yo, con mi afición al fisgoneo, me declaré parte de la comitiva. Probablemente los señores canónigos no entenderían una palabra de lo que les decía,

cuando *Sa Grandeur* creyó conveniente hablarles en latín: cada cinco minutos les dedicaba esta aduladora frase:—«*Pulcherrimam cathedralem habetis.*»—Distaba mucho de ser rana en cuestión de historia, literatura ó arqueología sagrada. Nada de cuanto iba viendo en la Catedral le cogía de sorpresa: ni la rica custodia de la sacristía, ni las arcas con restos de los Berengueres, ni el Cristo de Lepanto, ni el sepulcro de Santa Eulalia, ni el cuerpo incorrupto de San Olegario, ni la capilla de la Purísima, ni las caricaturas de algunos frisos, ni lo que le contaron de la *Tomasa*, que así se llamaba la campana grande.

Al Príncipe Anatolio Demidoff, ó mejor dicho, Príncipe de San Donato, título romano—porque lo de *Príncipe Demidoff*, título ruso, le había costado un disgusto en el Jockey-Club de París, con el secretario de su Legación,—al Príncipe Anatolio, repito, le conocí en uno de los conciertos del Liceo. Era el mismo Demidoff, casado con la Princesa Matilde, hija del Rey Jerónimo, el compinche de Pigault-Lebrun. Hombre suelto de maneras, rubio, coloradote, con más trazas de cosechero de la Rioja que de magnate ruso. Con achaque de calor, se presentaba en todas partes vestido de casaquilla y chaleco nankín, pantalón de crudo, zapatones, corbata encarnada y ancho sombrero de jipijapa.

Aquel gran señor se untaba de plebeyo, al revés de la generalidad de los plebeyos que, en teniendo dinero, úntanse de señores. Contábanse de él porción de aventuras que desmentía con dignidad, y al oírlas repetir montaba en cólera; pero lo que no desmentía ni podía desmentir era lo henchido de caudal, pues poseía una inmensa fortuna en minas de malaquita, criaderos de oro en los Urales, y otras menudencias por el estilo. Tenía, como todos los Demidoff, la manía de las colecciones. En Barcelona arañó de muchos sitios para hacer provisión de atavíos y trajes del país, por supuesto, pagando muy buenos cuartos. Hasta quiso tener un uniforme completo de Mozo de la Escuadra, y parecióme bien la idea de llevarlo á San Petersburgo, para que allí se pudiese comparar mejor la institución con otras del género moscovita.

¿Qué edad tendría Lola Montes cuando estuvo en Barce-

lona? Entre los veinte años y los cuarenta y cinco, pueden ustedes cortar por donde gusten. Mirada á cierta luz, parecía una muchacha; otras veces jamoneaba ya; tan pronto se había enranciado la tez de aquella mujer, que, en realidad, no pasaría mucho de los treinta. Sólo tenía bueno los ojos, y cierta gracia en el andar; lo demás vulgarísimo, sin distinción ni asomo de elegancia. Por la Rambla paseaba muy agarradita del brazo de su segundo marido Heald, teniente de la Guardia inglesa, barbilampiño, de diez y ocho años, con seis mil libras de renta, que la pobre Lolita tuvo que pasar por la humillación de admitir al atrapar al muchacho. Ya en aquellos momentos, el astro de Munich había recorrido más de la mitad de su órbita; la heroína descrita por Malmesbury se había batido con los afghanes en la India, había cantado por las calles en Bruselas, bailado en Varsovia, pisado las tablas en París, y trastornado el seso al pobre Luis de Wittelsbach, primero de aquella triste serie de maniáticos que se llaman reyes de Baviera. Prójimos hay que imaginan haber cumplido su misión sobre la tierra, haciendo tres cosas: escribir un libro, tener un hijo y plantar un árbol. Lola puso más alta puntería, y alzado el ánimo á mayores cosas, no se contentó con menos que con volcar á un rey y hacer demostración de bizarría luchando cuerpo á cuerpo con un pueblo entero. Cuando yo la ví, todavía la quedaba mucho que andar á la Condesa de Landsfeld, baronesa de Rosenthal. Tenían que morir por ella tres ó cuatro hombres; tenía que recorrer la América, hacer ruido en California, visitar la Australia y dejar sus huesos en algún hospital; que en esta punta suele terminar la carrera de los gladiadores. Sin duda, aquella temporadita de Barcelona fué un corto paréntesis, durante el cual cruzó por la imaginación de Lola buscarse, con su monada de teniente, un nidito de amores. Creyó encontrarlo en una de mis casas de Mataró, á la orilla del mar, con extensa huerta. Hízome proposiciones para alquilarla, y quedamos en esperar su decisión unos días. Al cabo de una semana se me presenta el mayordomo, diciendo que la Sra. Condesa tenía que ausentarse por algún tiempo, y que todavía no era cosa resuelta si se quedaría en Mataró... ¡ó en Constantinopla!

II

Poco podré decir de la aristocracia barcelonesa de mis tiempos, como no sea hacer constar que los señores que la componían eran perfectos caballeros, de extremada cultura y ameno trato. No se conocían entre ellos ni aquellas petulancias ni las fatuidades que tan antipáticos hacían á los de su clase en otras provincias. Algunos de los nuestros habían comulgado con el carlismo y hasta formaron parte de la Junta de Berga: estos eran los intransigentes, que vivían retirados, sin hacer la menor concesión á las nuevas formas políticas. Otros, por el contrario, se iban acercando cada día más á las instituciones. Sea por espíritu de transacción ó por convicción propia ó por cálculo, procuraban hacerse posibles en el Ayuntamiento, en la Diputación provincial, en los Cuerpos colegisladores. Para el exclusivismo nobiliario, Barcelona tiene un grave inconveniente, y es que la industria y el comercio producen una constante filtración de aristocracia del dinero, ante la cual la de sangre tiene por fuerza que ceder, so pena de anularse.

Vióse esto claramente cuando, bajo el régimen moderado, se volvieron á introducir en Barcelona las antiguas procesiones de Semana Santa. Era costumbre en ellas que los *señores nobles solteros*—uso la frase de rûbrica—acompañasen á la Virgen de los Dolores, así como los *señores nobles casados*—idéntica reserva—formaban el séquito de la imagen del *Cristo de los nobles*, escultura colosal que había que llevar á pulso con dos asas, y por ello y por su enorme peso, solía confiarse todos los años al Marqués de Alfarrás, hombre de hercúleas fuerzas. Mientras la cosa no pasó de asunto de congregación ó cofradía, nadie dijo una palabra: no así cuando unos cuantos mozalvetes pretendieron restablecer, como distintivo nobiliario, el uso de la daga ceñida sobre la *vesta* del congregante. Fundábanse en no sé qué antigua ley ó costumbre ó privile-

gio. Otros que esto oyeron, sintiendo bullir sus instintos democráticos, alborotaron el cotarro. Empezó á llover un diluvio de epigramas, coplas y soneticos: salieron á relucir los dictados de *dagueros, daguistas* y *daguíferos*: unos extremaron el lance poniéndose dagas como machetes: otros, para conjurar la nube, renunciaron á usarlas al ver que se democratizaban; hasta que al fin, ante las manifestaciones de la opinión, la dichosa daga cayó como prenda simbólica de clase.

No había entrado en Barcelona, y tardó mucho en entrar, la novísima manía de engalanarse, por Roma ó por Castilla, con motes de capricho. Cada quisque se mostraba contento con lucir el nombre de su padre. Usaba título el que lo tenía por su casa: los nuevos solían darse á militares de fama, como Manso y Llauder, ó á algún travieso banquero, como el viejo Fontanellas. Más bien se notaba un si es no es de tendencia á suprimir calificativos de sabor feudal, pues ya no sonaban, en los protocolos, ni ciudadanos *honrados*, ni *discretos*, ni *magníficos señores*. Continuaban algunos poniéndose el *de* delante del apellido, diciendo que podían hacerlo en virtud de ejecutoria; mas como era un gusto inocentísimo y sin consecuencia, se les dejaba nobletear, y el mundo seguía tan campante.

Supongo que ahora los aficionados á títulos se habrán despachado allí á su gusto, como ha sucedido en toda España. Dicen que esto prueba la persistencia del espíritu aristocrático. ¿Qué se yo? Mal síntoma, muy mal síntoma, que empiecen á abaratarse los artículos de puro lujo. Acordaos de los Romanos cuando los optimates entraron á alternar con los antiguos patricios; de Venecia cuando se abrió el Libro de oro á los simples ricachones; de nuestra propia nobleza cuando se apeló al recurso de vender hidalguías.

Los pocos que dieron en la flor de improvisarse un *alias* blasonado, eran la delicia de los que estábamos detrás de la barrera. Nada tan divertido como la lucha que se entablaba luego entre ellos y los de abolengo. Lucha incesante, atroz, desesperada. Y sucedía una cosa singular. Mientras que los *históricos* no solían hacer gala de sus títulos por creerlos de sobra conocidos, los nuevos, los de cuño reciente, acostum-

braban anunciarlos á son de trompeta. Uno conocí que, siendo, cuando raso, de los que parecen haberse tragado el asador, se volvió, de titulado, una gelatina: os buscaba, se os acercaba, se sonreía, os estrechaba la mano, os abrazaba, y nada podía serle tan grato como oírse decir: «¿Hola, marqués? ¿Cómo está V., marqués? ¿Qué me cuenta V., marqués? ¿Y la marquesa?»

Eso de la vanidad tiene mucha filosofía. Llaman á la vanidad pasión insustancial; sin sustancia será, pero con tal riqueza de detalles, que no me atrevería á comprender en una sola clasificación toda la familia de los vanidosos. Desde aquel simplón que se tiznaba la cara y se ponía de lacayo en la trasera de su propio coche, para que creyesen que tenía un negro, hasta el otro bobo que os exhibe en visita sus botas de charol, son infinitas las estratagemas á que apela el que ansía distinguirse del común de las gentes.

No basta distribuir los faroles en *farolines*, *faroleros* y *farolones*; hay además la farolería sorda, la de los que llamaba Quevedo necios con caparazón y gualdrapa que os encubren una vanidad sin límites con capa de sencillez y bajo las apariencias más humildes. De estos tales teníamos varios en Barcelona entre la gente de viso.—Recibió uno la Gran Cruz de Isabel la Católica. No es cosa, decía él, de andar á todas horas con el colgajo á cuestas; pero si érais amigo de la familia, buscaba un pretexto para enseñaros la casa, y así como al descuido, os dejaba ver en el salón el retrato con la banda.—Diéronle á otro un destino con tratamiento de *usía*. No gustaba de que se lo recordasen, ni llegaba á aquello de «Santa María, parienta de usía.» Pero á todas horas andada el criado, usía por arriba, usía por abajo. Una vez se descuidó delante de gente, y le llamó de usted. Ya entonces nuestro hombre no pudo contenerse y soltó los frenos: «Adoquín de Satanás, grita con ojos de basilisco, ¿no hay un usía en esa boca?»—Cierto brigadier estaba esperando por momentos la faja de General.—«Mi brigadier, ¿cuándo le damos á usted la enhorabuena?—¿Qué enhorabuena?—Toma, la del ascenso. —¿Ascenso yo? Nunca pensé en semejante cosa.»—Por aquellos días solía encerrarse horas y horas en su despacho. In-

trigó esto al asistente y se puso á mirar por el ojo de la cerradura. Nuestro veterano se estaba paseando por la habitación, colocado en una silla el uniforme completo de Mariscal de campo; y cada vez que pasaba por delante, hacía una reverencia y decía saludando con la mano: «Adiós, mi General; mi querido General, hasta la vista.»

¿Cuándo acabaremos? Nunca. Vaya de ramillete final un caso de vanidad archiconcentrada. Trátase de un hombre de tan sencillas costumbres, que rayaban casi en primitivas. Era rico y ponía todo su empeño en pasar por pobre. Pero tenía el flaco especial, no de comer buenos platos, gusto cómodo que alabo, sino de que la gente lo supiera. A este efecto, mientras jugaba al tresillo con los amigos, tenía que entrar todas las noches el criado á preguntarle, *coram populo*, cómo quería, para la próxima comida, tal ó cual plato favorito. Un día, pues, que él estaba delicado, se le acerca el criado de puntillas y le pregunta á media voz cómo quería el *cuarto* de gallina.—«Me es igual»—contesta el otro amostazado; mas luego llamándole á capítulo: «Pedazo de atún—le dice,—nunca nombres partes, sino el todo; no debiste hablar de cuarto, sino de gallina, y mejor todavía, de gallinas.»—Al otro día había vaca á la moda.—«Señor—pregunta el socarrón del criado:—¿cómo quiere V. las vacas?»

III

Mucha memoria se necesitaría para ir apuntando, uno por uno, los muchachos visibles que bullían por aquellos salones, teatros y casinos. Por otra parte, ni ellos ni yo tenemos gran interés en ir acumulando apellidos: ellos, porque si han alcanzado la fortuna de llegar á los cincuenta, serán ahora unos gravísimos personajes, más atentos á calcular lo que hayan cosechado de maduros, que á entretenerse en recordar lo que sembraron de mocitos; yo, por no incurrir en prolijidades que fatigarían al lector con razón sobrada.

Gran número de aquellos jóvenes pertenecían á la alta banca: los hermanos Massó, Plandolit, Ricart, los Villavechia y Juanito Prats, uno de mis mejores amigos. Algunos de ellos habían recibido una brillante educación en el extranjero; todos dotados de buen talento, activos, emprendedores, y mancebos exquisitos por la gracia y cortesanía de sus palabras y modales.

Formaban la segunda tanda los elegantones: Gay, Fernando Vedruna, Catalán y Pancho Solernou, si no me equivoco, después Barón de Solernou y representante de Mónaco. No se vaya á creer que por ser estos señores tan esmerados en el vestir, habían de carecer de aquellas condiciones que se exigen para la vida seria. Al contrario, siendo la mayor gala de la Ciudad, gozaba cada uno de ellos, en la especialidad de su respectiva carrera, justa fama de discreto; y aun alguno, en más de una ocasión, dió claras muestras de envidiable talento. Lo que hay es que si les daba por ahí en vez de darles por otras cosas más arriesgadas, no encuentro, á la verdad, motivo para censurarlos; recordando que Alcibiades pudo ser á un tiempo el primer figurín y el primer personaje de la culta Atenas; que Murat, apesar de sus tres horas diarias de tocador, se hacía aplaudir por su mismo imperial cuñado en las cargas de caballería y logró escalar un trono; y que, ya mucho antes, los primores de un sastre no habían sido obstáculo para que el elegantísimo Richelieu diera en Mahón una soberbia tunda á los ingleses. Y al fin y al cabo, nuestros cuatro *liones* barceloneses no hacían más que seguir, en materia de modas, el noble ejemplo de otros varones más autorizados. Porque ¿quién creerán VV. que nos *emancipó* en Barcelona del feo paletot ceñido, reemplazándolo por el recto sin botones? Pues nada menos que el respetabilísimo D. Claudio Antón de Luzuriaga, cuando estuvo de Regente en aquella Audiencia.

En tercera sección pondremos la serie de los interminables, con todos los tipos clásicos: el D. Juan, el sentimental, el diligente, el haragán, el correcto, el estrafalario. Allí, en aquel hervidero, se estaba amasando la *pasta* social para tiempos más cercanos á los nuestros; el que con los negocios había de

echar soberbio tren, y el que había de dejarse en ellos el pellejo; el que iba á ser columna del partido conservador, ú honra del progresista, ó ídolo del federal, ó esperanza del republicano; el que empezaba á cultivar los ideales y el que no se había impuesto otra misión que la prosaica de aumentar su linaje; el que boceteaba en su estudio y había de ser glorioso pintor, ó pedimenteaba de pasante y había de ser ilustre abogado, ó recetaba en pisos cuartos y había de ser médico eminente; el naviero y el industrial, con quienes habíamos de reñir aquí grandes batallas...

Capítulo de mujeres, capítulo arriesgado: no, ciertamente, para aquellos tiempos míos, en que la mejor sociedad podía desafiar en Barcelona los rigores de la más severa crítica. Teníamos nuestras *étoiles*: Manolita Ll***, Amelia B***, hoy señora de G***, la marquesa de S***, la señora de C***, esposa de un rico capitalista. Hermosura, talento, discreción, nada podían envidiar: ante todo, señoras de su casa. En la belleza y en la distinción dábase la primera algún parecido con una noble dama que ha sido después el principal ornamento de la Corte.

La marquesa de S*** era, digámoslo así, el eje de la sociedad barcelonesa. Todo giraba en derredor suyo, porque tenía —y conserva— el inestimable don de gentes para atraerse lo más selecto y florido. Obispos, generales, jefes políticos, intendentes, corregidores, magistrados, particulares de posición, nadie que quisiese pasar por persona de calidad, dejaba de acudir á los salones de la Marquesa para ofrecerla sus respetos. Con escrúpulo sin igual conservaba aquellas tradiciones del buen tono que algunos pretenden hallar vinculadas en las personas de cierto rango. Sus recepciones, aunque poco frecuentes, eran brillantísimas; citábanse, entre los competentes, como lo mejor de lo mejor en lo inmejorable.

La señora de C*** seducía, no precisamente por su acentuada belleza, sino por el sello plástico de una figura escultural que parecía salida del cincel de Canova. En el teatro traíase de paso todos los ojos. Su blancura marmórea, pero realzada con los tonos calientes de una escogida *toilette*, os hacía soñar vagamente en alguna inspirada creación de fray

Angélico, escapada de un marco de los *Uffizj*. Su mirada melancólica producía tormentos é insubordinaciones capaces de desesperar á un cenobita. Aquella mano fina, aristocrática y lánguidamente posada sobre la barandilla del palco, hacía reventar en las almas volcanes devastadores y planteaba en las imaginaciones problemas de paraísos imposibles. Nuestra hada incomparable vino á Madrid, donde cogió una pulmonía, de que murió. La delicada flor no podía vivir más que en su invernadero.

Rondaba, á la sazón, por Barcelona una especie de rodrigón de ochenta años, que había tomado á su cargo el oficio de *cavaliere servente*. No era, ni por asomo, un *sigisbeo,* como los que en Italia se imponían á veces hasta en las capitulaciones matrimoniales, según refiere el erudito Molmenti; de aquellos á quienes llamaba Goldoni *martiri femminilmente nervosi della galantería,* que en Venecia acompañaban á las damas al Conservatorio, al teatro, á misa ó á oír á los predicadores célebres, y con las patricias se les veía en las fiestas de San Marcos, y *della Madonna della Salute* ó los primeros domingos de cada mes *nella capella del Rosario dei Domenicani.* No, no llegaba á tanto el buen D. Salvador; no hubieran consentido tal, ni las rígidas costumbres de Barcelona, ni la austera virtud de nuestras damas. Ceñía su misión á librarlas de ciertos conflictos de pura cortesía, dándolas el brazo á la salida de los teatros para bajar las escaleras. Espantaba los moscones haciéndolas compañía en el palco, recogía su abanico ó las entregaba los gemelos, y algunas veces se corría hasta ir á esperar sus órdenes á la puerta de los respectivos salones. Parecía una momia de la décima ó undécima dinastía egipcia, según estaba de amarillo, de seco y acartonado; ocultaba su *calvinismo* bajo una peluca castaña artificiosamente rizada; lucía por dentadura dos magníficas sartas de perlas que habían sido propiedad de los Sres. Centena y Barbier-Bergerón, acreditados cirujanos de la boca, y cubría aquel cuerpo relleno de siglos con fraques, chalecos y pantalones siempre recién salidos del taller del esclarecido Bollinger. Detalle final: unas botas tan apretadas, que el pobre se iba tambaleando como si le zarandearan el espinazo, que sos-

tenía á nivel, apesar de la corcova en que los años le habían doblado las espaldas. Decían si había ó no había sufrido algún percance serio en sus campañas de joven; téngolo por posible; ello es que, sea por razón de sus años, sea por otras causas, inspiraba á todo el mundo la más absoluta confianza.

IV

Mi paso por el Colegio de abogados fué rapidísimo. Sólo dos años ejercí, del 50 al 52, ya fuera del período que estoy reseñando. Mas, de mucho antes, me iba enterando del personal del foro barcelonés. Ya he hablado de Permanyer; señalábanse además Barret, como especialista en asuntos mercantiles, Rius y Roca, Melchor Ferrer, Pablo Pelachs, antiguo alcalde progresista, Juncosa, Soler y Gelada, Miguel Coma, Pablo Valls, y un joven valenciano, Ramón Revest, que alcanzó en pocos meses envidiable fama. Durán y Bas, Vilaseca y otros que pasan hoy por veteranos, no habían entrado todavía en escena.

¿Cómo no me decidí á abrir seriamente bufete? Capricho no sería. Antes de graduarme, pude aprovechar y aproveché mil ocasiones de ir tanteando el terreno.

Fijábame en la consideración que rodea á los grandes letrados, en su respetabilidad, en sus resonancias, en sus triunfos y en el provecho que reciben. De lo cual infería que, con un poco de labia, buenas relaciones, alguna habilidad en el manejo de los textos legales y su tantico de gramática parda, la cuestión industrial, la de *pane lucrando*, estaba asegurada con el bufete.

Mas luego iba entrando en otro género de reflexiones. Sentíame, y me sigo sintiendo, refractario á la letra muerta. Respeto la ley escrita como el primero, pero no la venero ni sé venerarla como haya un ápice de discrepancia entre ella y mis convicciones. Dadme á interpretar, exponer ó glosar una ley cualquiera: al momento, en vez de interpretarla, la juzgo;

en vez de exponerla, la aquilato; en vez de glosarla, la discuto. Voime derecho á sus fundamentos racionales, y, si no me satisfacen, la ley pierde su prestigio á mis ojos, y no hay quien la levante en mi espíritu. No lo puedo remediar: tengo una tendencia irresistible á pretender que todo lo *legal* sea siempre *legítimo* á mi manera. Ved cuál es de peregrino mi temperamento.

Perdonad mis osadías y hablémonos un momento al oído. Despojad la fórmula legal de sus atavíos externos: lo *excelso* del legislador, lo *sabio* del consejero, lo *augusto* del santuario. En último término, ¿es otra cosa la ley que una opinión impuesta? ¿Y no encontráis algo de nimiedad en pasarse horas enteras averiguando *qué es lo que quiso decir* el que puso dos líneas en un Código? Yo, por ejemplo, en los momentos en que esto escribo, acabo de recibir del Gobierno el honroso encargo de preparar los trabajos para la formación de un Código industrial. Quiero suponer que mi proyecto cuaje: que lo lleven á las Cortes, que allí se apruebe, con discusión ó sin discusión—que de todo se dan casos entre nuestros *conscriptos*.—Quiero suponer todo esto: ¿no me he de reír al ocurrírseme la idea de que, dentro de un par de siglos, puedan reunirse en junta seis ó siete abogados para entenderse sobre lo que *quise decir* en tal ó en cual artículo, cuando acaso, á fuerza de querer decir muchas cosas, no haya conseguido decir nada?

Me indican por lo bajo que este lenguaje es anárquico, porque tiende á barrenar la autoridad de las leyes. Despacito, señores; que una cosa es obedecer la ley, y otra cosa es tenerla que manejar como artículo de fe cristiana. Eso, eso es lo que ha repugnado siempre á mis instintos. Que hay que partir de la ley para que la sociedad marche: convenido. Que ha de haber hombres consagrados á explicarla y otros á imponerla como tal ley, dejándose de más razones: convenido también. Pero yo no me sentía de la madera de aquellos hombres; vamos, que no me sentía. Que por allí se va á las felicidades, á las alturas sociales, y con buen viento de popa, al camino de las minas de oro. Cierto, cabal, axiomático. Solamente que, para trabajar en minas hay que cavar mucho,

y para andar con el azadón se necesitan dos cosas que no tenemos todos: fuerza de brazos y fuerza de resuello.

Otra consideración me hacía poco simpático el noble ejercicio de la abogacía. Asombrado me quedaba oyendo en estrados á más de un letrado. ¡Qué manera de argüir y de redargüir y de hacer blanco lo negro! Causábame á la vez pesadumbre y enojo. ¡Y con qué gravedad y con qué sublime aplomo se dice allí lo que no se siente! Laboulaye, en su *Prince Caniche*, ha presentado el tipo del abogado diestro. Es aquel Pieborgne que, con unas mismas frases hábilmente preparadas, se hace á sí propio el pro y el contra en dos magníficos discursos. Dicen que los abogados son los expositores de la ley; cuidado que no sean sus verdugos. Tanto es lo que la estiran, la retuercen, la ensanchan, ó la achican. Si la ley fuera de carne y hueso, perecería á sus manos en el caballete. Y, francamente, este oficio de dar tortura á un texto desdichado, tampoco es para todo el mundo. Yo entonces, á los veinte ó veintidos años, no adivinaba una cosa que he visto después muy generalizada: la flexibilidad de juicio. No sabía que hay juicios de línea ondulatoria y juicios de línea recta: lógicas de derivación y lógicas cerradas. Con las derivaciones y las ondulaciones vamos compaginando la vida: ¡ay del que se entregue á los rigores de la dialéctica pura y no haya medio de sacarle la raya! Ese tal medrará poco en la vida práctica, sobre todo como abogado; su lógica inflexible espantará los negocios, y aun teniendo, vosotros y él, la mejor voluntad, no lograréis iniciarle, ni á tiros, en los secretos de la *chicane*.

V

Conozco que va siendo un poco largo el párrafo dedicado á mis queridos colegas; mas no me hagáis mudar de hoja, antes de echar toda el agua al molino. Hasta aquí hemos visto al abogado en el foro manejando asuntos privados: nos falta lo mejor, porque hay que verle al aire libre interviniendo

en los negocios públicos. La sociedad moderna ha hecho de él un patrón cortado para todo: el abogado es el hombre político por excelencia. ¡Qué sociedad moderna ni antigua! Casi lo ha sido siempre. Ya lo fué en Roma; y si no, aquellos *oratores* que, rodeados de su numerosa clientela, iban á recoger en el *Forum* los sufragios populares que se habían conquistado en el *Prætorium*; y si no, aquel Hortensio, rival de Cicerón, que, merced también á sus clientes, pudo llegar al puesto de lugarteniente de Sylla. Así siguieron las cosas, ingiriéndose los abogados, con denominaciones varias, en todas las grandes situaciones históricas de Europa: feudales, cancillerescas ó parlamentarias. Sin ser todavía más que estudiante de Derecho, les iba siguiendo la pista con los libros en la mano; y en verdad que si de cuando en cuando, los encontraba del lado de las políticas francas y elevadas, las más veces les veía iniciar, continuar ó aprovechar las que se pasaban de enmarañadas y tenebrosas. Idéntico vicio de sutilizar, idénticos cubileteos cuando formaban Gobierno que cuando formaban curia. Ellos, en la Edad Media, echan las bases del cesarismo á la romana: ellos, en Francia, hacen doble juego en los antiguos Parlamentos, unas veces en pro, otras en contra de la autoridad regia: ellos, en España, penetran en los Consejos y con éstos y con la Cámara de Castilla, mientras mimaban al Rey, iban socavando las libertades municipales: ellos, en Inglaterra, sobrecargan de distingos la legislación normando-sajona, la de los Plantagenetas y Tudores, convirtiéndola en un laberinto inextricable y hasta viciando el sentido constitucional, como puede verse consultando á Montesquieu, Blackstone y Delolme: ellos, en el Imperio germánico tienen casi que ser expulsados de las Dietas, porque á puro adelgazar los textos, lastimaban los intereses de las Ligas comerciales, haciendo causa común con los Emperadores sacro-cesáreos.

Lo de Laboulaye: el abogado nace con el instinto del pro y el contra; *advocatus Dei, advocatus diaboli,* como dice en los procesos de canonización, la Sagrada Congregación de Ritos. Y está esto tan en la esencia del oficio, que al llegar el 89 y el 93, los abogados políticos prosiguen el mismo juego de anversos y reversos, sin más diferencia que haberse convertido de

casuistas en ideólogos. Estados generales, Constituyente, Legislativa y Convención toman aires de foro con ribetes de Academia. Barnave y Vergniaud, Danton y Robespierre sutilizan en abstracto sobre el *Código de la Humanidad*, como sutilizaban en concreto sobre el *Recueil des Lois* sus antecesores del régimen antiguo. Después—¡si será fecunda en recursos la sofistería!—lograron deducir, de la teoría de los derechos del hombre,. la teoría de la santa guillotina. Empezaron por guillotinar á los demás y acabaron por guillotinarse entre sí; con la misma frescura con que en otro tiempo nos hubieran *enrodado* con los edictos, cédulas y ordenanzas en la mano.

Antójaseme que no habría de ser muy halagüeño el porvenir de los pueblos bajo el simple imperio de las togas. Despotismo por despotismo, casi, casi prefiero al suyo el de la espada ó el de la teocracia. Siquiera el sable es franco: os da de plano, de filo ó de punta y no se mete en razonamientos; y la teocracia, antes de dominaros, os adormece con el fanatismo, como el árabe á la serpiente, con la flauta mágica. Pero el que viste toga tiene el hábito del pico, y antes de pegar, os razona cada ampolla que levanta en vuestra personalidad con sus leyes de garantía, cada boquete que abre en vuestro pensamiento con sus leyes de imprenta, cada tajo que da en vuestra hacienda con sus leyes fiscales.

Caso de necesidad, nunca faltará algún pica-pleitos para convenceros de que el mimo á cintarazos es el mejor de los mundos, y de que entre los papeles más codiciables y apetitosos, el mejor es el de víctima. Así se ha ido paseando la abogacía por la Historia, distribuyendo alegatos en favor de todas las causas *entreveradas*: el antiguo *derecho* de naufragio, el *derecho* de hacer esclavos, el *derecho* de la guerra, el *derecho* divino de los Reyes, han salido enteritos del cerebro de los abogados. Nadie les ha superado en el arte de labrar, con artificio soberano, las cadenas empleadas por los déspotas de oficio. Me opondréis los nombres de un Campomanes, de un Moñino, de un Jovellanos, diques en que se estrellaron ambiciones militares ó cortesanas; de un d'Aguesseau, de un Chaix-d'Est-Ange, de un Berryer, glorias del foro francés; de un lord Brougham ó de un sir Rowland Hill, perpe-

tuos abogados de las causas populares. Pero, con cortas diferencias de años, ved quién remacha en Francia el clavo imperialista. Si Portalis ayuda á Napoleón á hacer el Código, en cambio Cambacères, Lebrún y Gaudín son sus seides inseparables, y los *notarios* que legalizan todas sus iniquidades; y ahí están Troplong, Baroche y Rouher, que fueron las manos y los pies del *sobrino*, para montar y poner en marcha aquella máquina gubernamental que dió al traste con las libertades, la honra y la dignidad de Francia.

Y en nuestra patria, ¿qué eran sino abogados los que mantuvieron la intolerancia religiosa en el Código fundamental de 1812? ¿Fueron, ó no, abogados los que sacaron de las liberales Cortes del 22 las *liberalísimas* leyes sobre exportación de trigos y harinas para Ultramar? Por abogados han sido defendidos y filosofados todos nuestros extravíos coloniales. Con ayuda de abogados hemos inventado las peregrinas teorías del protectorado como el mayor desiderátum del obrero, del patronato, como último término de la emancipación del negro. Y abogados, y muy cumplidos abogados son los que, en nuestros tiempos, han sacado á luz las influencias morales, las honestas distancias, las coaliciones de partidos extremos, la comunión bajo las dos especies, monárquica y republicana, las líneas estratégicas de centros é izquierdas, con otra multitud de perfiles y maravillas que, de seguir adelante, irán convirtiendo el régimen constitucional en la más amena y entretenida función de juegos icarios.

VI

Con el pasante, el procurador y el escribano, completemos la revista de la Curia barcelonesa.

Un par de años antes de concluir la carrera y durante otros dos después de tomar la licenciatura, os instalaban en casa de un letrado, ordinariamente amigo de la familia. A esto llamaban *hacer la pasantía*. Si queríais hartaros de papeles y

almacenar casos prácticos, entrabais en el despacho de un buen Relator: si, por el contrario, preferíais ser hombre de pelea, os entregaban á un abogado de estrados. Relator ó abogado, vuestro hombre no se meneaba de su silla, ni se metía en daros reglas ó consejos: allá va eso, y disparaba á granel, sobre vuestra mesita del rincón, los pleitos y las causas criminales. ¡Qué profusión allí de entuertos que enderezar! Habíalos para todos los gustos y para todos los gastos. Confesemos un flaco de aquella edad. Ibamos despachando los expedientes, según lo más ó menos abultado de las tripas. Pleito ó proceso de poca tripa, despachado en el acto: algo voluminoso, allá para las calendas græcas. Es decir, que medíamos los asuntos por lo extensivo, no por lo intensivo: calculando que, si en los expedientes de pocas fojas podía haber bastante que meditar, en cambio en los de muchas había más que leer, y tanto negro nos estorbaba. Licenciados ya, nos encargaban trabajos de pacotilla, algún interdicto, algún incidentillo. Si subíamos á informe y lo hacíamos á gusto del principal, Su Merced nos abrazaba en su despacho, y por todo estímulo, nos decía, con benévola sonrisa: «Vamos, ya sé que ha estado V. lucidito.» Sueldo, ninguno: tenían á sus pasantes aquellos potentados en la mayor necesidad y aprieto: todo lo más un tanto alzado, para determinados trabajos: alzado digo, por lo que ceñía, no por lo que abultaba. ¡Oh! sí: teníamos nuestros capitalistas, y bien duros de corazón y bien estrechos de mano. Quéjense los obreros de los suyos.

Formaban los Procuradores su Colegio especial con grandes ínfulas y campanillaje. Digo: muchos de ellos pertenecían á la *nobleza*, usaban el *de* y eran caballeros de daga. Saliditas que, en un país positivista, habían facilitado las grandes casas á sus segundones. Porque el oficio de procurador era muy lucrativo: no tanto por los negocios, cuanto por el limitado número de los colegiados. Un buen procurador de número estaba siempre muy bien aposentado en casa de subido alquiler; se permitía al año un par de recepciones de frac y de cuerpo escotado; hacía educar á sus hijos en colegios extranjeros; hubiera puesto aya á sus hijas, si la moda de

entonces hubiese consentido institutrices; compraba la propiedad de un par de butacas ó acaso la de un palco, en el Liceo, y se pasaba regaladamente los veranos en una *torre* ó quinta comprada con su dinero en Gracia, Sarriá, las Corts ó en San Gervasio.

Rasgo singular que pinta al vivo hasta dónde llega felizmente, en materia de vivir, el espíritu industrial de mis paisanos. Aquellos verdaderos señorones, en cargando con los papeles, se dejaban á la puerta sus humos nobiliarios y su plena conciencia de acaudalados: sencillos, humildes y respetuosos, subían y bajaban cien veces la escalera del abogado y la del cliente; no se retraían de ser mosca de malos pagadores ni se desdeñaban de ir á satisfacer personalmente una cuenta de honorarios; el *Don* y el *Sr. Don* no se apartaban de sus labios al hablar con gentes de calidad; y cuando asistían á estrados, allí les veíais, de modesto frac y aire motilón, dos gradas más abajo, ellos, los señores del *de*, dos graditas más abajo que el abogado plebeyo, tal vez no sobrado de pesetas.

También picaban muy alto, aunque no tanto, los Notarios y Escribanos. Las notarías del Principado habían sido oficios enajenados de la Corona, y á voluntad las distribuían las casas donde radicaban. No sé cuántas poseía la de mi excelente amigo Ramón Dalmases. Vino después la reversión, previo un expediente interminable, al cual, por lo largo é intrincado, dedicó unos versos muy curiosos el poeta Cervino, cuando era oficial de Gracia y Justicia.

Eso de que, para poner á flote la Hacienda se tratase la fe pública como se trata una finca, me parecería ahora más asombroso si las Haciendas de hoy, para salir de sus apurillos, no tuviesen á bien apelar á otros recursos tan absurdos como aquél, ya que no tan estrafalarios. Mas como suele decirse y suele acontecer que del extremo del mal nace algún bien, así, con aquellos repartimientos de la fe pública vino á suceder que, enmedio de sus funestas consecuencias, resultase algún beneficio moral, aparte de la granjería; y fué que, como las notarías de pingüe rendimiento, y por consiguiente las de las ciudades, no podían darse más que á personas de cierta calidad y suficiente caudal para adquirirlas, esas tales

personas tenían interés en sostener la respetabilidad de la clase, y *por ende* ennoblecieron el oficio. Con esto, cuando se introdujo el sistema del Real nombramiento, y aun antes de que se creara la cátedra notarial dirigida en la Universidad de Barcelona por D. Félix María Falguera, ya el notario barcelonés era un hombre de verdadera posición y á veces de grande autoridad en los negocios. No llegaba al notario francés, que puede ser vuestro ojo derecho, vuestro amigo, consejero, administrador y en ocasiones difíciles, hasta vuestro paño de lágrimas; pero también distaba mucho de parecerse, ni en sueños, á aquel antiguo escribano de Castilla, á quien llamaban uno de los tres enemigos de la bolsa. Notarios he conocido en Barcelona, que daban quince y raya al mejor abogado: diestros en encarrilar un pleito, maduros en consejo y experiencia, y en casuística legal incomparables.

Y basta de curia y también de curiales: que ya están llamando reciamente á nuestras puertas otros no menos interesantes personajes.

SECCIÓN SÉPTIMA

Los tiempos de la pesetica.—Á régimen debilitante.—Sanllehí entre celajes. —Revista de médicos.—Media fortuna.—De qué manera avisaban los carlistas al médico de cabecera.—Aventuras de un maniático.—Casa de Orates. —Coronel y Mariscal de Francia.—Madrid... *titirití.*—Á propósito de frenopatía.—Del abolengo mercantil y su reemplazo.—D. José Xifré.—Fábricas y fabricantes.—Lógica algodonera.—Clases obreras: las actitudes del antiguo *pinxo.*—Flaneo por calles y tiendas.

I

¡Qué tiempos aquellos, para Barcelona, en que los médicos os mandaban á la calle ó al cementerio, mediante una triste peseta por visita! La junta ó *consulta* valía medio duro: las operaciones eran á precios convencionales, siempre moderadísimos. Y aun entonces, como advertirá el lector, debíamos estar muy distantes de aquellas otras edades de que habla el

Dr. Jerónimo de Alcalá, en que contaban que los médicos, pareciéndoles indigna cosa recibir paga por sus visitas, volvían para atrás la mano. Entregábase en Barcelona la moneda al doctor por conducto del criado ó de la criada, al llegar á la puerta y en el momento de despedirse. Cuenta cerrada y *laus Deo*. Conocí un comerciante que todavía encontraba manera de escatimar algo en los honorarios; por cada cinco visitas daba un napoleón, con su realito de menos. Una vez tropezó con cierto médico andaluz que, al verse timado en ocho cuartos y medio, le dijo con toíca la sal de la tierra: «*diga ozté, ¿eze borriquiyo viene zin albarda?*

Vivíamos y moríamos en plena polifarmacia: cada receta era un variado *menu*, con guisos de todas clases, á ver cuál petaba. Nos sangraban á cubos: con crémor y ruibarbo nos daban en las tripas cada baldeo que temblaba el mundo; nos crucificaban á ventosas y cantáridas: golpe de sanguijuelas, el redañito, y en doliéndonos una uña, el régimen de *dieta fames*. Cuando soltabais las sábanas se os transparentaba la pelleja. Tan flojos, que de un capirotazo dabais en el suelo con los desvencijados huesos.

Curar enfermedad con enfermedad, enfermedad vieja con enfermedad nueva; curiosa aplicación del *similia* hecha por los hombres del *contraria*. Historia de la Medicina, historia de las tentativas: *anima nobilis* ó *anima vilis*. Con que saquemos adelante un paciente entre ciento, el honor de la ciencia está salvado. Ciencia, empirismo, probémoslo todo. Seguro estoy de que, al verse tan á menudo chasqueados en su conciencia científica, muchos de aquellos distinguidos Esculapios se dirían por lo bajo, como en *D. Gil de las calzas verdes*:

Cobrado habéis harta fama,
y demasiado sabéis
para lo que aquí ganáis.

. . . .

Dad al diablo los Galenos
si os han de hacer tanto daño.
¿Qué importa al cabo del año
veinte muertos más ó menos?

Hahnemann no estaba en olor de santidad entre los ilus-

tres cofrades de aquel protomedicato. Á Sanllehí, el futuro príncipe de la homeopatía catalana, apenas se le divisaba al través de algún celaje. Iba con sus anchas patillas de doctor francés tentando el vado entre la gente menuda, sin soñar siquiera en sus ricas cosechas del porvenir, teniendo enajenadas todas las voluntades en el círculo de los de la tradición, sorteando la persecución como los cristianos de la primitiva Iglesia y temiéndolo todo de sus Diocleciąnos. Algún médico extranjero se aventuraba de vez en cuando por aquellas procelosas aguas con pócimas, panaceas y tratamientos de reclamo; acuérdome de un doctor italiano, gotoso y contrahecho, que ponía en las esquinas dos figuras de capricho, representando el estado anterior y el estado posterior del enfermo en una operación quirúrgica de su invención: *antes la operación y después la operación*, como él decía.

Más de un notable de aquellos tentóme el pulso: Dr. Llacayo, Dr. Santonja, Dr. Picas, Dr. Yáñez, Dr. Achard, doctor Mer, Dr. Vieta, Dr. Durán. *Turba medicorum.* ¡Bien haya su grata memoria, que pudiendo acabar con mis días, me dejaron de superviviente!

Nuestra falange médica abarcaba todas las especies. Había el médico pulcro y perfumado y el roto ó desaliñado que iba trascendiendo á *anatomía*; el médico fúnebre que anunciaba la Unción en la primera receta, y el optimista que, hasta teniendo al enfermo en la agonía, daba largas al sepulturero; el parlero, el gruñón, el melifluo, el sentencioso, el pata la llana; el que os ejecutaba de plano en una pulmonía y el que os asediaba á preguntas antes de trataros un simple constipado. Médicos de damas, médicos de monjas; especialidades difíciles, según los inteligentes. De uno de señoras referían la anomalía de haberse hecho popular entre ellas, cabalmente por las claridades que les espetaba.—«¡Qué desmejorada está V., Isabel!—Condesa, ¿por qué tiene V. siempre tan mal color?—¿Sabe V., Pepita, que parece que le han echado á V. diez años encima?»—¡Profundos arcanos del corazón femenino!

Tampoco faltaba el médico de elegante pluma, representado en la prensa por el Dr. Joaquín Cil, catedrático de la Fa-

cultad é intransigente absolutista. Escribía Cil con suma facilidad y vigoroso tono; incisivo en el ataque y oportunísimo en la réplica. De clásico le calificábamos apesar de lo abundoso de su imaginación, que le hacía caer en la ampulosidad, y no obstante algunas incorrecciones de lenguaje, debidas, más que á descuido, á lo premioso de las tareas periodísticas.

Otra eminencia médica era el catedrático de Medicina legal, D. Ramón Ferrer y Garcés. Aunque de dicción más amena y de más escogido trato, representaba Ferrer en la Facultad de Medicina lo que Marti de Eixalá en la de Derecho: el pensador profundo. Tenía Ferrer gran partido entre la juventud, que acudía presurosa á oír las sabias lecciones de un maestro constituído en tan alto lugar por las circunstancias que en él resplandecían: entusiasmo muy parecido al que despertó en Madrid su colega y cariñoso amigo mío el Dr. Mata.

Pocos de nuestros esclarecidos Galenos tenían coche, sea porque no lo consintiera lo módico de los estipendios, ó por lo corto de las distancias en aquella antigua Barcelona, aprisionada entre murallas. Los que se permitían el lujo de vida *arrastrada*, usaban bombé en verano; y en invierno, á limonera, un cupé sencillo, de los que llamaban *mitxa fortuna*: gráfico adjetivo este de *media*, con el cual expresaban los cucos de nuestros abuelos cuán remirados eran en no sustentar gala sin hacienda y en no soltar extremos de carruaje, sino en la justa proporción y prudente medida de la propia. A la legua conocíais el cupé de un doctor; porque el caballo, que era ordinariamente de alzada y buena estampa, solía llevar cubierto el lomo con una mosquitera color de tórtola y ancho fleco de seda floja.

Este era, por ejemplo, el tren del Dr. Yáñez; dígolo porque, siendo él uno de los cuatro ó cinco facultativos que gastaban carruaje, también de ahí le vino una de las mayores desazones de su vida. Libre de visitas una tarde, estaba el buen doctor, muy acurrucado en su berlina, dando vueltas por el Paseo de Gracia, cuando de repente se ve asaltado por unos enmascarados que le mandan apearse, le vendan los

ojos, le meten en una tartana y con él echan á andar camino de la montaña. Eran carlistas, y á tan inconcebible extremo de osadía habían llegado y tan faltos estábamos de vigilancia, que nos podían secuestrar así, en pleno día y á un kilómetro de distancia de las murallas, como ya lo habían efectuado antes, llevándose á un maestro de escuela con sus chicos, en una tarde de asueto. Lo que querían de Yáñez era que asistiese á uno de los más famosos cabecillas que había caído enfermo allá en su madriguera. Hízolo como pudo y luego restituyeron el médico á sus hogares, por supuesto, vendándole otra vez los ojos durante el trayecto. Mas la cuenta, si se la pagaron, le salió bien cara al infeliz; tísico casi en tercer grado, no pudo resistir aquella terrible sorpresa, digna de Sierra Morena; y murió al poco tiempo echando por la boca el último pedazo de pulmón que le quedaba.

II

Por una desdichadísima casualidad, tuve que relacionarme, en aquellas fechas, con los médicos alienistas. Volvióse loco uno de mis más íntimos amigos, amigo del alma. Empezó pasándose las horas muertas, de visita en mi casa, sentado allá en un rincón de la sala, mudo, cabizbajo, sumergido en sus pensamientos. De improviso soltaba una gran carcajada, y otra y otra hasta reventar de risa. Si le preguntabais la causa de tan extrañas alegrías, no os contestaba una palabra y volvía á encerrarse en el más absoluto mutismo, con los ojos clavados en el suelo.

Luego, comenzaron las manías. Pedía volver á Orduña, su pueblo natal, en las Provincias Vascongadas, para ponerse en ama.—«Tengo veinte años, decía: ha terminado mi primera vida, estoy entrando en la segunda, y necesito otro período de lactancia.»—Chupaba las sábanas, chupaba el pañuelo; chupa de aquí, chupa de allí, siempre como si estuvie-

ra mamando. Creyendo los médicos descubrir en aquellos extravíos algo como irresistible instinto del aire natal, lo mandaron por una temporada á Orduña. Todo fué inútil: volvió más loco que nunca.

Menos mal mientras se mantuvo en actitud pacífica y sin salirse de los moderados términos de sus antiguos desvaríos. Pero, súbitamente, le dió por dos cosas que hasta entonces, aun entre locos, había yo creído incompatibles: la mística y las mujeres. Pasábase las mañanas, muy vestido de negro, en la iglesia de Santa Mónica, confesando, comulgando, oyendo ó ayudando misas: al caer la tarde y á boca de noche, andaba por calles sospechosas, corriendo tras de las mozuelas. A tal punto llegaron sus desafueros, que hubo que pensar seriamente en encerrarle; y este fué el partido que la familia adoptó, comisionándome al efecto. Tomé lenguas, pedí consejos, y después de maduras reflexiones, entré en tratos con un famoso alienista, de cuyo establecimiento se contaban maravillas, y allí quedó instalado el muchacho, en compañía de otros desgraciados.

Nunca tal pensara; que al punto me arrepentí de haber puesto allí los ojos; pues tales desdichas ví, que, por mucho que me alargase, antes quedaría corto que sobrado al referirlas. Aquí se han de considerar mis angustias cuando me apercibí de tanto desconcierto. Allí andaba todo revuelto, sin género de comedimiento ni respeto, sin sombra de sistema, ni forma de meditado procedimiento. En el gabinete del doctor hablábase mucho de frenopatía, de ciencia psychiátrica, de Londres, de París, de Alemania, de los Estados Unidos: huecas palabras, bien distantes de aquellas realidades. Juntos habitaban maniáticos é idiotas, hombres y mujeres: solamente los furiosos se aposentaban aparte por precisión absoluta. Mas ¡cómo los tenían aposentados! ¡Y con qué descuido, y con qué fiereza los trataban! Oíanse distintamente las tremendas palizas que, so color de corrección, les iban administrando: muchos atados, otros con camisola de fuerza; uno, á quien encerraron en un cuarto oscuro, sin acordarse de que servía de despensa, reventó de una atraquina de salchichón, pidiendo agua con gritos desgarradores.

Narciso Serra pensaba en casas de locos cuando escribió aquella frase, tan feliz como profunda:

«La sociedad toma á risa
todo lo que llega al alma.»

¡Reírse de los locos! ¡Cuán ameno y qué común entretenimiento!

Todavía los encontraréis corriendo las calles de nuestras poblaciones pequeñas, aporreados por los muchachos. De las nuestras y de las extrañas: he visto uno el año pasado en Bagnères de Luchón, que era la mayor diversión de la *goma*, y hasta hace poco, los formalotes de los ingleses tenían destinado un día de la semana en el hospital de Belén, en Londres, para que, mediante unos peniques, pudiese el respetable público saborear los desahogos de los *lunátics*; con cuyo honradísimo recurso, el piadoso establecimiento se embocaba 400 libras sobre su renta ordinaria.

Nunca he acertado á comprender tales vilezas, ni á explicarme tanta perversidad en el corazón humano. Aquel encierro de mi desventurado amigo me dejó una impresión tan honda, que jamás se ha borrado de mi imaginación, apesar de haber visitado después bastantes manicomios en España y en el extranjero. Veo aquella enfilada de salas frías, sucias y desmanteladas; estoy viendo aquellos patios donde se ponían á secar las ropas en continuo desaseo; veo al loquero de torva mirada, indiferente al llanto, á la risa, al ruego, al furor, á la rabia, al síncope, al espasmo, sin más filosofía que el látigo ni más impulso moral que el salario; oigo cerrojos invisibles, siento pataleos horrendos, cuento ayes de desesperación insensatos, distingo caras lívidas, caras aplomadas y caras tumefactas; veo cabezas rapadas hasta la raíz, cejas afeitadas, ojos que centellean al mirarme, puños que me amenazan, bocas que me quieren devorar, cuerpos que se abalanzan sobre mí como para aniquilarme; veo correr lágrimas que no puedo secar, crueles enojos que no puedo contener, iras y arrebatos que no puedo reprimir, labios que articulan dulces reconvenciones y no las puedo atender...

Entonces comprendí que aquella tan decaída humanidad

de los manicomios, es la única *sin secretos*. Allí todo sale á flote, como en el *Palacio de la Verdad* de Mad. de Genlis: celos de cariño, celos por orgullo y celos de despecho; ambiciones profundas, codicias disimuladas, vanidades francas y vanidades hipócritas; las rebeldías de la carne y las del espíritu. Esta es la síntesis de una casa de Orates. En la que ocupaba mi pobre loco, había cuatro tipos dignos de estudio: un militar, un sacerdote, una señora y un ebanista. El militar *cayó* de Coronel, pero él se había ascendido á Mariscal de Francia y á Príncipe del Imperio: especie de D. Quijote, que se llenó la cabeza de viento con los nueve fantásticos volúmenes de Walter Scott sobre la vida de Napoleón, ya que no pudo alcanzar las otras fantasías de Thiers sobre el Consulado y el Imperio, tan acreditadas, por desgracia, hasta que vino Lanfrey á poner los puntos sobre las íes. Roto y remendado con retazos de uniforme, asomo de camisa y mirar cauteloso, conservaba, no obstante, nuestro viejo Coronel mucha cortesía en sus modales. En medio de la demencia hacía gala de rectitud y de poseer el sentido de lo justo: quitábase ó dábase diariamente grandes cruces, según le advertía la conciencia que se había portado mal ó había sido buen muchacho; castigándose así duramente sus picardías, ó en opuesto caso volviéndose, con mano liberal, á su propio favor y á su gracia.

El clérigo fué en otro tiempo predicador famoso; mas luego, por sospechas de racionalismo, le retiraron las licencias, viniendo, de tropezón en tropezón, á caer en la mísera jaula. Juraba como un carretero; y después de una granizada de improperios contra sus antiguos ídolos, recitaba con alta entonación los párrafos bíblicos del *Desterrado*, de La Mennais. Si á aquel hombre no se le hubiese corrido la tinta, traspasando la línea, á veces imperceptible, que separa el genio de la locura, quizás, quizás hubiera sido un La Mennais de verdad, ó por lo menos un P. Jacinto.

A la señora la habían llevado los celos al manicomio. O un mal marido, ó pérfido amante. De tocas negras y pensamientos verdes. Atacada de ninfomanía, perseguía á los hombres con voces descompuestas y actitudes lascivas. Era aquel

uno de los mayores escándalos que se toleraban en la casa.

Más lástima que todos me inspiraba el ebanista, víctima de un hijo calavera que, á puros disgustos, le tenía reducido á aquella desventura. En vez de aborrecerle por su infame proceder, todavía el padre, en el fondo de su demencia, le conservaba un ciego y frenético cariño, considerándole como el mejor escudo de su honra. Cada vez que me veía, me llamaba aparte para contarme al oído que á su hijo le habían hecho marqués, general, grande de España; que le habían regalado no sé cuántos millones; que la Reina Isabel acababa de llamarle á Madrid, para darle la presidencia del Consejo. Madrid, con el hijo, era el sueño dorado y el mayor contento de aquel loco; pareciéndose en esto á tantos cuerdos de provincia, que en público hablan de quemar Madrid, y en secreto, darían la mitad de la vida por gozar de las delicias de la Corte. Y tan clavados tenía en la imaginación los esplendores de Madrid, con un hijo en posición elevada, que aun en medio de sus atroces gritos por la aplicación de las duchas frías, se ponía como provocando á la gente y no se cansaba de repetir á los que llamaba sus verdugos: «ya os lo dirán de misas; mañana vendrá mi hijo y os sentará la mano; y libre yo de vosotros, me instalaré en silla de posta, y me llevará consigo á Madrid... *titiritî... titiritî.*»

III

Algo hemos adelantado en tratamiento de enfermedades mentales, desde aquellos lejanos tiempos. San Boy, Leganés, las heroicas tentativas del Dr. Ezquerdo... Entonces no conocíamos más que tres variedades de seres humanos privados de razón: idiotas, maniáticos y furiosos. Más conocerían los hombres de ciencia, pero yo hablo de los que somos profanos. Ahora el encasillado de la demencia ha aumentado de una manera prodigiosa y está al alcance de todos. Ya hemos averiguado que hay imbéciles y hay idiotas; que hay idio-

tas inactivos é idiotas automáticos; que hay demencias exaltativas y depresivas, inpulsivas y tranquilas; y hay monomanías y pluromanías, y hay también manías impulsivas y no impulsivas; y hay melomanos y megalomanos y tristomanos, y manías religiosas, histerismos, y no sé cuántas más desdichas de parecida especie convenientemente repartidas en el humano linaje.

No nos burlemos de las clasificaciones; que este es ya buen camino para dominar las especialidades. Pero examinando, aunque sea ligeramente, la cuestión de fondo, ¿tenemos grandes motivos para abochornarnos de lo poco que había adelantado nuestra ciencia frenopática en la época á que se refieren estas líneas? ¿en un país como el nuestro, que antecedió á Francia, Inglaterra y Alemania en creación de manicomios; en 1409, la Casa de Orates de Valencia; en 1425, el *Urbis et Orbis*, de Zaragoza; en 1436, el hospital de los Inocentes, de Sevilla; en 1483, el *Nuncio*, de Toledo?

He referido los horrores que se hacían, unos treinta y cinco á cuarenta años atrás, en un establecimiento español, de pretensiones; ¿creéis que entonces nos aventajaban mucho en humanidad con los locos otras naciones que pasan por muy cultas? Pinel, el gran Pinel, había muerto en 1826; Esquirol, el eminente Esquirol, en 1840. Si aquellos dos ilustres inventores de los medios psíquicos para tratar enfermedades mentales hubiesen resucitado bastantes años después, ¿hubieran quedado muy satisfechos de la manera cómo se aplicaban sus doctrinas en la mayor parte de Europa? Leed los *Estudios*, del Dr. Semelaigne, y veréis que, próximamente por aquellos mismos días de que os estoy hablando, había países *extranjeros* que sometían los locos á los exorcismos, los entregaban á miserables ensalmadores, los cargaban de cadenas, los metían en inmundos calabozos y los molían á palos. Leed los trabajos del Dr. Brenner, ó los del Dr. de Cailleux, y sabréis que todavía en 1871, en el asilo suizo de Maünedorf, no se daba asistencia médica á los locos; que todavía en 1874, en el cantón de Friburgo, los encarcelaban y les hacían dormir sobre paja ó en infectos establos al lado de las vacas. De Escocia decía Lord Shaftesbury, refiriéndose al año de 1845,

que en ningún país de Europa ni de América había visto locos en más miserable estado que los de aquella tierra; y así seguían en 1855, y así siguieron hasta 1857, cuando tomó la iniciativa de la reforma la famosa Miss Dix, aquella Beecher Stowe de los pobres dementes. Pues ¿qué me decís del asilo privado de Evère, en Bélgica, donde aparecían amputaciones hechas en reclusos por habérseles congelado los pies, muertes lentas y horribles á consecuencia de malos tratamientos, homicidios por imprudencia y heridas graves inferidas á los locos por los mismos médicos y directores? No hablemos de los Estados Unidos: de Filadelfia, por ejemplo, donde, en el sitio que debía ocupar uno solo, ponían tres ó cuatro dementes, haciéndoles dormir hasta en los pasillos sobre el blando suelo; ó del asilo de Massachusetts, donde, en 1883, habían hacinado 470 locos, no habiendo, en realidad, más espacio que para 250.

Todo esto sucedía y en parte sucede, sí, señor; mas no porque en otro tiempo pudiésemos sufrir cierta clase de comparaciones, hemos de desmayar en la empresa de ir avanzando en frenopatía como otros pueblos han avanzado. Prescindiendo de los manicomios franceses, considérese el estado floreciente de algunos más modernos que se han creado en Inglaterra; Banstead, Colney-Hatch, Hanwell, Caterham, donde, además de tratar á los locos con el mayor honor y cortesía, los tienen aposentados en pabellones separados, con servicio completo de calefacción, agua, vapor, gas; acústico, eléctrico, telefónico; con bellas jardineras, macetas, pajareras y acuarios, parques y parterres; con salón de baile, conciertos y hasta teatro. Véanse las raíces que va tomando en la opinión el sistema inglés del *no-restraint*, ó sea desterrar todo medio coactivo que pueda obrar duramente sobre el loco, sobre su libertad y su cuerpo. Estúdiese la admirable reacción que la propaganda de Miss Dix ha llegado á producir en aquella misma Escocia de que estábamos hablando; aquella vasta organización de manicomios con tan maravilloso orden, los siete asilos reales desde el de Aberdeen al de Perth, los de distrito, los de parroquia, los reservados á indigentes incurables é inofensivos, los destinados á criminales en estado

de locura y las escuelas especiales para niños idiotas ó imbéciles. Comparen los curiosos el sistema habitual de puertas cerradas con el de puertas abiertas y al aire libre, como en Dumfríes, donde son permitidos al demente hasta los placeres de la pesca y de la montería. Digan, en fin, su parecer sobre el otro método de las colonias de Orates; las de Gheel y Lierneux en Bélgica, las de Atscherwitz y Berwitz en Sajonia, en Hannóver la de Ilten y en Bohemia la de Slup que es anejo ó dependencia del asilo de Praga.

Y ahora dispénsenme los lectores si me he detenido más de lo regular en este punto interesante de las casas de locos; que bien podrán perdonárseme algún mayor interés y alguna mayor proligidad cada vez que, en estas Memorias, tropecemos con los desheredados de la suerte.

IV

Con comerciantes y fabricantes hagamos un solo lote para los efectos de mi revista. Conservábanse en Barcelona algunas casas de comercio muy antiguas, especie de abolengo mercantil, del cual no se tiene la más remota idea en los pueblos de aristocracia militar ó territorial. Figuraban en aquella categoría los Villavecchia y los Montobbio, familias probablemente oriundas de Génova, con los Gassó, los Bacardí, los Plandolit, los Sadurní, los Castañer, los Inglada y otros varios. Entretanto habían ido apareciendo, sobre aquel horizonte, nuevos astros de la banca y de los negocios bursátiles: los Massó, que ocupaban, en la Rambla de Estudios, todo el palacio y jardín de la Marquesa de Moya; Fontanellas, tan parecido á Sevillano en la traza y en la fortuna, y apellido tan conocido después en Madrid con motivo del ruidoso pleito del fingido Claudio; los Girona, que, con el ferrocarril de Barcelona á Zaragoza, iban á adquirir una de las más envidiadas y envidiables posiciones bancarias. De mucho antes y en distintas fechas, habían cruzado rápidamente por allí los

Ceriola, los Riera, los Safont y los Remisa, llevados por el destino á brillar en más dilatadas esferas. A quien yo trataba mucho, por ser amigo de mi Padre, era á D. José Xifré, que, recién llegado de América, acababa de construir la inmensa manzana de casas que llevan su nombre en la plaza de Palacio, y además, para los pobres, un magnífico hospital en Arenys, pueblo de su naturaleza. Atribuía la opinión á Xifré una renta de 500 pesos diarios; y, apesar de esta fortuna colosal, mayormente entonces, era el hombre más sencillo de maneras, el más frugal y modesto de la tierra. Ni una sola vez le ví en carruaje; no tomó títulos ni condecoraciones, ni se dió á otras vanidades muy ajenas de su carácter entero; vestía sencillamente, sin pretensiones, pero, para lo avanzado de su edad, hasta con primoroso esmero; mostraba gran severidad en su porte y en sus costumbres; amable con las gentes y atentísimo conmigo cuando casi diariamente le encontraba y con él solía dar unas vueltas por el *Passeitx nou* ó por las afueras.

De fábricas y fabricantes me suenan, así como á gran distancia, algunos nombres: Domingo Serra, Vilaregut, Escuder, Juncadella, Alexandre, D. Juan Güell y Ferrer, á quien mis paisanos decretaron una estatua que tendrá, supongo, las narices tan largas como las poseía en vida el ilustre campeón del proteccionismo. Fundición, maquinaria, sedería, paños; pero el rey algodón era quien privaba. Había el fabricante gordo y el *pegujalero*: de éstos se conocían algunos en la calle de San Pedro, con tres ó cuatro telarcicos antiguos, viviendo al día y atando los dos cabos. Las fábricas grandes estaban desparramadas por toda la población, del barrio de San Pedro al barrio de San Pablo; también en Sans y en otros sitios de las cercanías.

Vivían los fabricantes en una perpetua bienandanza encerrada en unos aranceles y en una lógica. Los aranceles eran aquellos draconianos de 1840 que os prohibían hasta mirar con buenos ojos al extranjero. La lógica se reducía á lo siguiente: sin aranceles no hay fabricante, sin fabricante no hay Ciudad, sin Ciudad no hay Cataluña; luego para ser catalán hay que empezar pidiendo la venia al fa-

bricante. Con esto, con un buen General, con un buen Jefe político, con algunas plazas en el Ayuntamiento y en la Diputación provincial, los señores del algodón empezaban á hacerse indiscutibles; y, desembarazados de guerras extrañas, tenían el campo por suyo, confiados en que nunca había de acabárseles el pan de la boda. Además, por si acaso á algún pícaro madrileño ó á algún extraviado Ministro de Hacienda se le antojaba escurrirse con pinitos libre-cambistas, se hacían representar en la Corte por comisionados especiales, sin perjuicio de Madoz, que sacaba el Cristo en el Congreso. Todavía remacharon el clavo, creando en 1847 la *Junta de fábricas* y en 1848 el *Instituto industrial*: corporaciones ambas utilísimas si, en lugar de hacerse batalladoras y de acusar, más tarde y más de una vez, instintos separatistas, se hubiesen limitado, como rezaban los respectivos estatutos, la primera á armonizar los intereses de *todas* las clases industriales, y el segundo á reunir, en un punto céntrico, todos los elementos de instrucción y perfección que para la ilustración mutua puedan alcanzarse. De letrado consultor tenían los fabricantes á D. Juan Illas y Vidal, hombre de grande ingenio y travesura, á quien comparábamos con Thiers por lo chiquito y lo expedito de lengua; y habían designado para representarles en la Cámara, como legado *à látere*, á don Tomás Illa y Balaguer, persona de mucha autoridad y antiguo industrial retirado de los negocios. Mi excelente amigo D. Tomás perdió el pleito en 1849, cuando se hizo la primera reforma arancelaria. Recuerdo que terminó su último discurso diciendo con Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor.» El honor fué lo que menos perdieron: díganlo los progresos de la industria catalana, *precisamente* desde la reforma de 1849.

V

No inspiraban serias alarmas nuestras clases obreras, por inquietas é inclinadas al bullicio, al modo que después lo fue-

ron; notándose entonces en ellas cierta tendencia á la lima, al pulimento, á instruirse, á educarse y á corregir la rudeza de inveterados hábitos. El tejedor catalán, de sobrenombre *pinxo* ó chulo de fábrica, se distinguía á la legua de otros trabajadores de más humilde estofa; había un abismo entre él y la gente de la Barceloneta. Siempre, por supuesto, mal hablado; vicio deplorable, ingénito en una nación como la española, donde la costumbre de echar ternos es común hasta en las clases más elevadas. Pero el *pinxo* y su pareja la *xinxa*, tienen á veces ocurrencias en la conversación que, no por ser catalanas, desmerecen al lado de las andaluzas.

El desenfado de la *xinxa*, nadie lo ha pintado mejor que Ribot y Fonseré en aquellos versos de la *Carta de Manela la catalana á Tófol el chufleta*:

«Tens amor á mes de mil,
tens mossas com l'estiu moscas;
pero ab mí vas molt lluny d'oscas:
¡ay, que t'en dono de fil!
¿Qué has fet doncs de la Teresa?
Encara que *xinxa*, jo
may he estat, seré, ni so
platu da sagunda mesa.»

Él, el *pinxo*, sabía leer y escribir, concurría á los cafés más que á las tabernas, formaba *collas* ó sociedades para dar bailes bajo entoldado ó en salones alquilados, y allí, chistera inclusive, se presentaba vestido como un caballero, menos los faldones. Leía periódicos, comentaba los discursos del Parlamento, haciéndosele agua la boca cuando tropezaba con uno del inolvidable Orense, ó con alguna rociada de Perpiñá ó del Conde de las Navas. Iba á oír á la Matilde y á Valero; gustaba del repertorio italiano; y los domingos, con el pañuelo de provisiones, salía en amable compaña á hacer una *xefla* en la *Bodallera* ó en la *Font trovada*.

Dar extremada importancia á ese cambio de niveles, ya tan distantes de las *broncas con suerte de navaja*, sería torcer deliberadamente el sentido de las cosas. No soy de los que miran con desdén las culturas incompletas; antes imagino ser este el buen sendero para que una clase social se vaya

elevando paulatinamente á mayores alturas. Una simple bujía alumbra menos que un buen mechero de gas, pero alumbra. Mas suele acontecer que el hombre á medio cultivar, cuando quiere meterse en honduras, se encuentra con el juicio falseado, tanto ó más que si estuviera raso. ¡Cuántas veces había hecho esta observación, al ver lo satisfechos que algunos estaban de aquellas medias tintas de educación político-científico-artístico-literaria adquirida por nuestros obreros! Un día, pasando por la calle de Amalia, á la hora de salida de las fábricas, me encuentro con un grupo de trabajadores enzarzados muy de veras con la cuestión del reconocimiento de la Reina Isabel por las Potencias extranjeras. Si faltaban muchas, si faltaban pocas.—«Pues yo sostengo—dice uno saliéndose del corro—que en realidad no falta ninguna: ¿no la ha reconocido ya todo el mundo, menos *esos cuatro reyezuelos de la Rusia y de la Prusia*?»

Fué otra vez en el Liceo. Como sábado ó domingo, estaban cuajados de jornaleros los asientos fijos. Daban *Favorita* y habíamos llegado á la escena final, en que Fernando y Leonor se encuentran junto á la cruz de piedra. No hubo concluído el tenor de pronunciar aquella punzante ironía:

«Nelle sue stanze il re, il re t'aspetta,»

cuando empieza un fuerte altercado entre la gente del bronce. Unos quieren aguardar la conclusión, otros marcharse. Viendo aquel alboroto, pregunto por qué se van.—«¿Por qué, por qué nos vamos?—contesta uno de la partida.—Porque ya nada tenemos que hacer aquí: siempre me figuré que esto de *Don* Fernando y *Doña* Leonor vendría á parar *en un casamiento*.»

VI

Dígase lo que se quiera, la cuestión social no había asomado la oreja en Barcelona. Cierto que más de una vez habían brotado centellas de descontento: se habían quemado

fábricas, y en otras, sin llegar á tal extremo, ocurrieron escenas deplorables; mas todo ello obedecía, ó á mañas políticas, ó á meros disgustos de taller, luego apaciguados con la buena voluntad de amos y operarios. Tampoco negaré que se murmurase más ó menos por lo bajo, buscándoles en secreto las cosquillas al capital, al rico, al empresario: lo cierto es que, en mi tiempo, no ví una sola huelga formal, ni echarse los obreros á la calle, ni cosa que se pareciera á asonada ó público tumulto en reclamación de jornales. Sólo una vez, estando de Capitán general La Rocha, se alborotaron algún tanto los ánimos con motivo de la introducción de las máquinas llamadas selfactinas (*self acting*): episodio curiosísimo, no porque provocara muchos lances, sino por una especie de bando amasado con hiel y con ponzoña, en que la Autoridad echaba pestes contra las máquinas en general, como podría hacerlo hoy el más nervioso de los internacionalistas. Con lo cual, los que empezábamos á vivir empezamos también á penetrarnos de la alta sabiduría, alta discreción y altísimo tacto con que los agentes de los Gobiernos suelen mediar en este género de contiendas, cuando son llamados á resolver algún grave conflicto económico.

¿Por qué estaría poco picardeado el obrero catalán? Porque le ataban corto, dirán los autoritarios. Más corto le ató después Zapatero, y salía á huelga por minuto. Tratemos seriamente las cosas serias. Asegurábase, y téngolo por cierto, que lo más florido de nuestros operarios estaba ya al tanto del movimiento socialista. Conocían á Babæuf, leían á Saint Simón, adoraban á Fourier, se extasiaban con Owen, secreteaban con Cabet, comentaban á Víctor Considérant, admiraban á Pedro Leroux, aplandían á Luis Blanc y descifraban á Proudhón. Voluntad no les faltaba: ocasión, oportunidad, pretexto era lo que no tenían. Los amos ó principales—hagámosles justicia—nò daban grandes motivos de queja á sus trabajadores. No que se ocuparan mucho en abrirles escuelas, ni en construirles casas baratas, ni en fundarles montepíos, ni en cuidar de que se aboliera la prohibición de trigos extranjeros para abaratar el pan, ni en emplear su grande influencia para suprimir ó moderar los consumos, pesadilla

eterna de las clases pobres. Pero el amo catalán no explotaba al obrero, como hacían entonces el francés, el belga, y sobre todo el inglés: pero el amo catalán no escatimaba los jornales: pero el amo catalán no se daba aires de tiranuelo con su gente, porque alguno tenía que acordarse de que había salido de las mismas filas obreras, y pocos años antes había comido la *arengada* y vestido el traje de faena.

Faltaba además otro elemento principalísimo para todo movimiento popular, la organización; y ésta sospecho que no empezó en Cataluña para la clase obrera hasta más tarde, con los coros de Clavé. Y aunque en otros países veíamos en marcha esta organización de los operarios, sus resultados no habían sido tan felices que pudiesen tentar en lo más mínimo la ambición ó la codicia de los nuestros; porque aquel desdichado ensayo de los talleres del Luxemburgo después del 48, y aquellas infructuosas propagandas en favor del derecho al trabajo y del derecho á la asistencia, y aquellas terribles jornadas de Junio en París, seguidas de una triste dictadura, bastaban y sobraban para hacer entrar en razón á los más inexpertos, retrayéndoles de intentar calaveradas. ¡Ojalá pudiese tanto la experiencia en los días que hemos alcanzado! Mas no adelantemos cosas ni juicios que han de tener su lugar y ocasión, como se verá por el discurso de estas historiejas: contentémonos con dejar sentado que, si en aquella época había entre las clases operarias algún espíritu levantisco, todavía, por fortuna de todos, no figuraba en el Diccionario un nombre absurdo que hoy se hace linternear ante nuestros ojos, á manera de fantasma ó amenaza: ¡el nombre de *partido obrero!*

VII

Ahora, señores míos, si para terminar este capítulo quieren VV. que nos echemos á *flanear* un ratito por aquellas calles y tiendas de Barcelona, tales como las conocí en mis veinte abriles, en consentirlo recibiré merced señalada, porque

así tendremos ocasión de fijarnos en ciertos pormenores de mucho colorido local, y en otra multitud de curiosidades.

Ante todo, y por si acaso necesitan medicinas de buena ley, drogas, ungüentos y emplastos de confianza, les recomiendo, ahí en una esquina de la calle del Asalto, la botica de Borrell, que con la de Padró, á la entrada de la Plaza Real, *por Fernando*, y con las de Yáñez y Martí, en Escudillers, eran las más acreditadas farmacias de la época; y prevengo á VV. que sin globo de cristal verde ó rojo: que no había penetrado aún en nuestros usos y costumbres aquel bello y luminoso aditamento de lo que llama el docto Camus la *pucherología*.

Y ya que estamos en la calle de Escudillers, háganme el obsequio de notar la muestra de mi sastre Fábrega, mi inolvidable Fábrega, tan escuálido personaje como humilde servidor de ustedes, que ya he tenido el honor de presentar á vuesas mercedes en otro lugar, como especialidad sin igual para fraques y levitas. Olvidarle á él, sería olvidar, además de aquellas prendas, los únicos chalecos y los únicos pantalones que he llevado á gusto: sea esto dicho con perdón de tanto respetable sastre que me ha ayudado en este mundo á vestir el cuerpo y á desvestir el bolsillo: sin excluir á mis queridísimos amigos los Sres. Bernáldez hermanos, con quienes tan prolongada situación tijeril vengo atravesando.

Corrámonos un poco hacia la Marina, y metiéndonos por la calle Ancha, entremos en casa de mi zapatero Font, que ya debe tener corrientes mis últimas botas. ¿Botas dije? Botinas debían ser; que ya empezaban á usarse de charol ó de becerro, desde que habíamos abandonado la moda de las trabillas, con las cuales hacían juego aquellas altas y pesadas botas con *cañas* que nos daban, al andar, la sólida apariencia de un picador desmontado.

Como buenos *boulevardiers*, volvamos á nuestro centro de operaciones, la Rambla; y, en la del Centro, subamos á los espléndidos salones del peluquero Francard, francés ingerto en catalán, que, al hablar de sus recuerdos de París, de fijo repetirá cien veces que *en la tragedia classíca, la Rachel estaba ravissanta*. Entreguen VV. sin escrúpulo la cabeza á aquel

sublime artista ó á cualquiera de sus dependientes; yo renuncio á ello por la rebeldía de mi pelo... cuando usaba completa *aquella* prenda. ¡Felices VV. que saldrán de la casa tan galanes, con la raya partida por medio hasta la nuca y sobre cada oreja profusión de ricitos en copete, artísticamente dispuestos por aquellas mágicas manos! Ya que no prefieran, como prefería yo, el más severo toque del pelo pegado á las sienes, que es á lo que llamaron más tarde peinado *à la Présidence*.

No les aconsejo que entren en casa del dentista Appignani, que les hablaría de la Milicia nacional y de cuando él era *la segunda comandanta de la primera batagliona*: ni, si no usan calzado estrecho, en casa de Napoleón, artista pedícuro *que tomaba suscritores para el arreglo de los pies*: ni tampoco en cierta fonda de las cercanías donde un mísero italiano, creyendo topar cangrejo, tropezó en el arroz con *una bestezuela corredera pocco cozida*; ni finalmente, en el establecimiento barcelonés de Bach, casa inverosímil por sus grandes tamaños, el tamaño de las letras de la muestra, en vida del padre, y el tamaño de los precios en vida del hijo, más conocido después en nuestra Villa y Corte.

Compraremos modestamente un sombrero en casa Jubé, que nos lo dará magnífico de felpa por tres duros, y unas chucherías y algunos juguetes para chicos en el almacén de Villalonga ó en el de Fradera. Guantes, en todas partes; pero si han de creer VV. á quien bien les quiere, escogerán la tiendecita que hace recodo frente á San Jaime, porque en aquel establecimiento, servido exclusivamente por damiselas, si la piel del guante no era de lo más superior, lo hallaban compensado con la de unos finísimos y delicados dedos que la ajustaban á la mano con primor exquisito. Para joyas, Carreras ó Suñol; para trapos de señora, los almacenes de Freginals, acabaditos de restaurar entonces en el Call, con altas galerías y una habilidad *d'étalage* digna de competir con lo mejor de nuestros tiempos en el Louvre ó en la *Maison de blanc*, en París.

Con la fatiga de una tan larga caminata les supongo deseosos de tomar un bocado. ¿Es un simple tente en pie?

Pues á la chocolatería de la Mahonesa, frente al Liceo, donde les servirán el rico soconusco, con la consiguiente ensaimada, cuyo secreto posee únicamente la feliz patria de Raimundo Lulio; ó bien á tomar un *grabulet*, relleno de crema, en la pastelería, esquina á la calle de Fernando. Ó la *coca*; ó si es en Enero, el clásico *tortell* del *Forn de San Jaume.* Ó mejor todavía: vayan de mi parte á las monjas de la Enseñanza, y encarguen á las reverendas madres un requesón ó *mató de monxa* con atavío de violetas. Digo á VV. que se chuparán los dedos.

¿Pedía el cuerpo algo que se pegara más al riñón? Butifarra y lomo de *Can Bisa*, ó las delicias de los Colmados, que empezaban á estar en boga. Y si el almanaque rezaba vigilia, derechitos á las dos pescaderías panópticas del Bornet y Plaza de San José, donde no había imaginación que se adelantase á la vista enmedio de aquella mar de lubinas, merluzas, dentones, *llissas*, lenguados, *castañolas*, cóngrios, atunes, *xanguet*, pajeles, salmonetes, calamares, meros, langostas, langostinos y todo género de mariscos.

¿Dónde tomamos café? Donde á VV. les plazca, advirtiéndoles que yo tenía la costumbre de tomarlo ó en *Cuyás* ó en el *Café nou de la Rambla.* Atraíame á éste el piano de Nogués. Nogués era un pianista de los supra sensibles; llevaba un poema en cada dedo; hermosa frente, ojos iluminados, inspiración y ejecución á un tiempo. Sentía con el piano más que tocaba. Teníamos una fórmula para hacerle ejecutar las piezas de nuestro gusto.—«Nogués, *necesito* el final de la *Lucía.*»—Y brotaban de las teclas las lágrimas de Edgardo. A veces, si estábamos á distancia, Pepe, el camarero, nos estropeaba los recados. Un día pedimos la sinfonía de la *Semíramis*, en catalán *Semirámis*. Pepe se acerca al maestro.—«Sr. Nogués: aquellos caballeros desean oír la sinfonía de las *Cien mil ánimas.*»

SECCIÓN OCTAVA

Cuantos partidos se *usaban* entonces.—Fíate de Cabrera y no corras.—Progresistas en desbandada.—Los nervios del Sr. Fiscal.—Sotillo, Soto y Sotomayor.—Entre un cuadro al natural y una peluca á la valentona.—*Papá Brusi.*—Un periodista de punta.—Fargas contra Verdi.—Abran el compás los señores críticos.—La simbólica del Arte divino.—**V**ittorio **E**mmanuele **R**e **d'** **I**talia.—Del bombo y del incensario según los métodos antiguos.—El suspiro de un cadáver.—Balmes, Balaguer, Milá.—Nuestro Monier.—Un brochazo criminalista.—Clásicos y románticos.

I

Como obligado complemento de aquel período barcelonés, entremos en algunos pormenores relativos al movimiento político, científico y literario.

Casi podría excusarme de hablar de movimiento político, porque las libertades estaban atravesando en Barcelona, al igual de toda España, una de las más negras y dilatadas noches, según se habrá podido colegir por lo que he dicho de las Autoridades militares, de sus precauciones infinitas, motín de los estudiantes y fusilamientos del 48. ¿Quién podía darse razón de aquella absoluta falta de espíritu público, en la hermosa Ciudad condal, sino recordando que otro tanto había acontecido bajo la feroz dominación del Conde de España? Letargo era, momentáneo, transitorio, y no muerte ó consunción definitiva; que, con harta elocuencia declara toda nuestra historia como supieron levantarse en Barcelona los espíritus, después de los mayores ocasos. Por un quítame allá esas pajas, sabe un día la Ciudad tenérselas tiesas con el Rey de Aragón, Don Fernando I: luego, al terminar el siglo XVII, en poco más de la mitad de una centuria, sostiene tres sitios en toda regla contra el Gobierno supremo: luego, al llegar á nuestros tiempos, aguanta, con inaudito tesón, un terrible

bombardeo, y se defiende de Madrid por espacio de tres meses. Tanta altivez, y entereza tanta, no era fácil que pereciesen de un golpe en manos del Barón de Meer, de Novaliches ó Bretón, por mucho que la echaran de cogote tieso. Ya lo presentía dos siglos antes mi buen D. Francisco de Quevedo, cuando, picándole la mosca por nuestras rebeldías contra el Conde-duque, nos llenaba de improperios, llamándonos aborto monstruoso de la política, y nos echaba en cara que éramos libres con Señor; y decía que el Conde de Barcelona no era dignidad, sino vocablo y voz desnuda, y que como el alma alega contra la razón apetitos y vicios, nosotros alegábamos contra el *Señor* privilegios y fueros; y añadía que teníamos Conde como el que dice que tiene tantos años, teniéndole los años á él. Debilidades de aquel preclaro ingenio, tan sin par en las letras, como político desdichado: olvidadizo además, porque al denostarnos de aquella suerte, no recordaba que él, D. Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del hábito de Santiago, estuvo, como el más vulgar de los conspiradores, á pique de perecer en una mazmorra de Venecia, ó en lo más profundo del canal Orfano.

II

De los cuatro partidos políticos que se *usaban* en mi época, cuatro no más—cuidado si éramos entonces modestos—de los cuatro partidos, moderado, progresista, carlista y republicano, solamente el primero era iglesia triunfante; los demás con el pie del enemigo en la garganta, veíanse reducidos á vivotear forcejeando, conspirando, tentando el vado y procurando dar á los de encima los mayores disgustos posibles. Estos de arriba, á su vez, los felices, alardeaban, como siempre, de suprema inteligencia y de salvadores del orden; muy erguidos por fuera, pero con la procesión por dentro; temerosos de algún airecillo colado que á lo mejor viniese á sorprenderles en pleno bullir ó en plenísima pitanza. Capitaneaba e

bando moderado barcelonés D. Manuel Gibert, con Senillosa, D. Tomás Coma, Ramón Estruch, Parladé, los Muntadas, Cruilles, y otros personajes de arraigo: los carlistas militaban á las órdenes de Montemolín, fiados en la pericia de Cabrera, quien juntando sus gentes por la parte de Cataluña, había entrado en 1847 con Forcadell, para sostener aquella estéril y desastrosa campaña, terminada dos años después, con la espada y la diplomacia, por el ilustre Marqués del Duero. Los republicanos no eran todavía partido, sino conato de partido, sin rumbo fijo, ni programa definido, y casi, casi sin levantar bandera; con algunos, muy contados hombres de acción y de fuerte sentido democrático: Abdón Terradas, Aniceto Puig, Mirambell y el *ciudadano* Cuello, con quien de tal manera se había encariñado la policía, que apenas se movía una paja, cuando ya caía sobre él el ramalazo.

Pero de quienes más se recelaban nuestros moderados de Barcelona era de sus antiguos adversarios los progresistas, considerándolos posibles el mejor día, según los aires que en la Villa y Corte soplasen; y más, después de las tentativas de los puritanos con la mucha mano que había ido ganando el joven general Serrano. Privados aquellos progresistas de toda acción legal, amordazada la prensa, nulo el derecho de reunión, y vigilados hasta en sus más inocentes ademanes, andaban unos maniobrando en secreto, desorientados otros, otros dispersos y casi fugitivos. Faltaban varios de sus antiguos prohombres: Xaudaró, fusilado algunos años antes; Domenech, trasladado á Madrid, donde había sido alcalde constitucional y ministro después, en la fugaz situación Olózaga; Ribot, entregado á las letras; Llinás, el excéntrico Llinás, desaparecido; Massanet, misteriosamente asesinado; Bosch y Pazzi, muerto de sus heridas en el ataque de la Ciudadela. Muchos de los que quedaban, ó perdido el ánimo, ó cansados de la lucha, ó sintiéndose impotentes, vivían retirados en sus hogares: no se hablaba de Giberga ni de otros antiguos desterrados á la isla de Pinos; ni de Benavent, ni de Jaumar, ni de Soler y Matas: Fernando Puig empezaba su triple carrera de industrial, comerciante y agricultor, en la cual se había de conquistar tanta estimación como sólida fortuna: decían

de Degollada, que se dedicaba á estudios filosóficos en España ó en el extranjero; á Fábregas se le veía poco; Castanys se había puesto al frente de una fábrica de productos químicos; Pelachs en su bufete, y otro tanto hacía Figuerola, además de la cátedra donde iba conquistando tan merecidos laureles.

III

Los muchachos leíamos poco los periódicos. ¿Por qué ni para qué, si fuera de unas cuantas noticias de interés, el resto era todo desabrimiento? En la prensa, y más en el teatro, se toleraba toda clase de desvergüenzas; pero en tocando á alusiones políticas, los nervios de los señores fiscales se iban haciendo cada vez más irritables. Estando el duque de Sotomayor de Presidente del Consejo, prohibieron una pieza insignificante, sólo por llevar este título: *Sotillo, Soto y Sotomayor*. En una esquina de la calle de Jaime I estuvieron campeando meses enteros dos grabados del más subido género pornográfico. ¡Ay del que se hubiese atrevido á poner en su lugar una estampa representando á *D. Ramón* con la peluca á la valentona!

Más de un pesimista parecía alegrarse de aquel forzado mutismo de la prensa barcelonesa. «¿No te has apercibido, »me decía un íntimo amigo, de cómo en Barcelona se va »sustituyendo á la opinión pública la opinión del fabricante? Con semejante tendencia, aun teniendo prensa libre, »¿crees que podrían adelantar gran cosa los hombres de ideas »avanzadas? Supón que se abran las compuertas y que mañana nuestros periódicos, los liberales, puedan exponer, sin »ambajes ni reparos, todo el dogma democrático. Sostendrán »el sufragio universal, discutirán la organización de los Poderes, defenderán los derechos de la personalidad, abogarán »con calor por los individuales. ¿Y qué? A lo mejor tropezarán con la chinita de la protección, y adiós mi dinero; después de un largo artículo pidiendo la libertad en *todas* sus

»manifestaciones, te negarán el derecho de cambiar, de com»prar y vender lo que te plazca y donde te plazca, que es »uno de los más sagrados. Y cuidado, añadía, cuidado con »que el mejor día, sojuzgados por la teoría del *derecho á ga»nar con el apoyo del Gobierno*, no te salgan, ellos tan liberalo»tes, defendiendo la esclavitud en Cuba ó el régimen de los »frailes en Filipinas.»

No me satisfacían las razones de aquel precoz discípulo de Schopenhauer. «Haya libertad, le replicaba yo, y verás cómo »la fuerza de la lógica obligará á nuestros amigos de la pren»sa á entrar por el buen camino. Mira lo que ha sucedido en »Inglaterra, donde la simple lógica expuesta en periódicos y »en *meetings* ha hecho que un conservadorazo del tamaño de »Peel haya abolido las leyes de cereales. Mira lo que ha pa»sado en Francia, donde, también por obra de la lógica, se »han convertido en fervorosos abolicionistas de la esclavitud »dos hombres tan apegados á la tradición como Mr. Cochin »y el duque Víctor de Broglie.»

Tras de estas y otras pláticas, nos solíamos quedar el amigo y yo tan conformes con nuestras respectivas opiniones; mas si él viviese ahora, diría, de seguro, que era yo quien no estaba en lo cierto, al ver cómo después la prensa liberal barcelonesa ha sido la más acérrima defensora del proteccionismo. A lo cual replico todavía: ¿quién sabe si esto habrá dependido principalmente de no haber podido discutir á su tiempo el *origen* y *fundamento* de las cosas?

De aquellas continuas desazones que caían sobre los infelices periodistas, no participaba *Papá Brusi*, el decano de la prensa barcelonesa, y seguramente de la de toda España. Tan antiguo abolengo y tan gloriosos timbres, no es fácil que pueda presentarlos otro periódico. Cien años largos de duración, cada vez con mayores medros, y la respetabilidad de la casa de Brusi, son motivos suficientes para que el *Diario de Barcelona* deba ser considerado como una de las particularidades que más honran á aquella esclarecida Ciudad. Bien imparcial soy al decirlo, porque nunca me ha tratado *El Diario* con mucho mimo. Se lo perdono aquí de corazón, sabiendo lo que puede y á lo que arrastra la pasión política en los perió-

dicos de pelea. Era entonces *El Brusi* un diario genuinamente moderado, que después se ha ido acentuando, como todos los conservadores barceloneses, hasta traspasar los linderos del neo-catolicismo. Publicación seria, bien entendida en su forma tradicional de cuaderno; con un lujo asombroso de correspondencias y artículos confiados á personas muy doctas, muy enteradas y, según decían, pingüemente retribuídas. Dirigíalo con sumo acierto y con no menos pulso sigue gobernándolo mi buen amigo Juan Mañé y Flaquer, uno de los periodistas de más resonancia y autoridad entre los suyos, y política aparte, uno de los mejores de *estos Reinos*, porque en la manera de confeccionar, en la elección de puntos de vista y discreta forma de sintetizar las ideas, bien puede asegurarse que no hay aquí quien le aventaje; y aun en Francia sostendría noblemente el parangón con los Nefftzer, los John Lemoinne, los Cucheval Clarigny y otros de la misma talla. De vez en cuándo echaba su cuarto á espadas con algún artículo político, mi otro amigo Reynals, inteligencia superior, de altísimo concepto, aunque poco feliz en la dicción y algo embrollado en la contestura del período. En la sección literaria publicaba Balaguer bonitas leyendas sobre Barcelona bajo la dominación romana, y aquellas relativas á las *Cuevas de Monserrat*, que tan justa fama le dieron de erudito; y poco más ó menos por aquellos días, empezaba á enviar Selgas los retazos humorísticos aderezados á lo Girardín, con su sal y pimienta conceptista, gran exuberancia de bilis y sus punticas de escepticismo.

Lo que había qne leer en *El Diario* era la sección musical, encargada á Fargas y Soler; quien apropósito de una ópera cualquiera, escribía, más que artículos, monografías completas de las mejores partituras. No que Fargas fuese original ni mucho menos: inspirábase generalmente en la *Historia de la Música* y otros trabajos de Fetis, Director del Conservatorio de Bruselas, ó en los de P. Scudo, el de las crónicas musicales de la *Revista de Ambos Mundos*. Verdi era la *bête noire* de estos dos señores, y no he menester decir si lo sería de Fargas. Llamábale vulgar, ramplón, efectista y músico mayor de regimiento: acusábale de parodiar, estro-

peándolos, los mejores trozos de los clásicos; y, echándosela de profeta, además de tener á gran delito el gusto verdiano, anunciaba que este gusto pasaría pronto, sin dejar huella en la historia, ni rastro ni señal de existencia artística.

No me meto á juzgar á Verdi. Ni me gusta hablar de lo que no entiendo, ni tampoco me maravilla que cuando tanto le aplaudíamos los profanos en el teatro, los sabios, por una reacción natural, lo destrozaran á dentelladas. Lo que digo es que quien, después de aquellas fechas, ha escrito el *Miserere* del *Trovador* y el cuarteto del *Rigoletto*, puede pasar á la posteridad con alguna honra. Lo que digo es que Verdi, lejos de decaer, á medida de su edad se ha ido fortaleciendo con *Luisa Miller, Don Carlos*, la *Forza del destino*, *Un ballo in maschera*, y sobre todo con *Aida* y la *Misa de Réquiem*: no hablo de su *Otello* porque todavía no lo conozco. Lo que digo es que aquellos mismos señorones de la Academia Nacional de París, aquellos mismos que la emprendieron contra Verdi, como hicieron después con el *Tannhauser* y el *Lohengrín* de Wagner; aquellos mismísimos señores concluyeron por vestir á la francesa al popular maestro italiano, haciéndole alternar, en las tablas de la Grande Ópera, con lo más selecto y aplaudido de los repertorios francés y alemán.

Estos son los hechos; y aunque sea torciendo *algo* mi propósito de ceñirme aquí al movimiento político—digo *algo* y no *del todo*, porque, al fin y al cabo, la música tiene su política como la política tiene sus músicas;—aunque sea, repito, desviándome un poco de mi intento, añadiré que para juzgar en serio á un compositor, no basta estudiarle técnicamente, *dentro del Arte*, sino que es preciso llevarle á lo externo, relacionándole con todas las corrientes de vida de la época en que haya escrito. Los críticos de entonces, los Fargas, que se ensañaban cruelmente con Verdi, poniendo—y hacían bien—en las nubes á Bellini, á Donizetti y á Meyerbeer, ¿qué dirían si oyeran á los críticos de ahora tratar á Bellini de pobre hombre, pobre en la música, pobre en los acompañamientos y desdichado en la armonía? ¿Qué dirían si después de reconocer en Donizetti una prodigiosa riqueza melódica y un dominio absoluto en la ciencia del estilo vocal é

instrumental, les oyeran asegurar que no tiene una sola ópera completa, y que todo lo más, cada una de ellas, contiene un par de páginas de valor? ¿Qué dirían si oyesen calificar á Meyerbeer de simple músico ecléctico y de transición, que ha imitado todos los estilos y ensayado toda clase de formas, alemán en sus primeras óperas, italiano en *Roberto,* francés en la *Estrella del Norte,* narrativo en *Hugonotes,* épico en el *Profeta,* melódico en *Africana,* y casi zarzuelesco en *Dinorah?*

¡Hola! Señores críticos, tomad un compás más ancho para vuestra estética. Distinguid los tiempos y concordaréis los compositores. Acordaos de cuando se escribieron *Sonnámbula, Puritani* y *Lucía;* acordaos de que aquella música sencilla, sutil, vaporosa, hilada con el corazón, se ha trabajado en Italia, pero en la Italia de las amarguras, pero en la Italia del *grido di dolore* por los padecimientos de la Patria; acordaos de que Meyerbeer, italiano cuando aprendía sus catecismos, francés por la educación y alemán por el origen, cargó consciente ó inconscientemente, con la tarea de fundir, en una suprema armonía, tres razas musicales y sus diversas escuelas; y por esto le veis empezar simplificando la instrumentación y dando flexibilidad á sus contornos melódicos, como aquellos insignes maestros italianos; y luego elevarse á la pasión, al calor, á la vida, al drama, al colorido, al idilio, según los instintos de los pueblos para quienes escribía ó las necesidades de las épocas que iba atravesando.

Pues lo propio ha sucedido con Verdi. Cuando Fargas le censuraba, no había pasado de su primera manera, que concluye en *I Masnadieri,* como la segunda termina en *Un ballo.* Era entonces el músico patriota; bien lo recuerda Italia. Rossini hablaba de ponerle un casco; queriendo humillarle, Rossini le enaltecía. Palpitaba el corazón italiano ansioso de libertad, al oír las tempestades metálicas de *Nabuco* y *Los Lombardos;* sentía en aquellos ruidos insensatos, en aquellos gritos desesperados, en aquellas melancolías sofocadas por el bronce, algo como el preludio de próximas y decisivas batallas para la independencia. Y la Italia, que había de encontrar el nombre de VERDI en las iniciales de su futuro grito de guerra, ***V**ittorio **E**mmanuele **R**e **D**'**I**talia,* la Italia aplaudía y

nosotros aplaudíamos ¡ah sí! con toda la fuerza de pies y manos. Aquellos momentos de excitación nerviosa, aquellos paréntesis de espontaneidad nos vengaban de Narváez. El concurso que asistía al espectáculo aplaudía en el simpático Maestro el sublime acento dramático y melodramático, el desbordamiento de pasiones, trompetas y clarines, aquel delirio de las voces, aquel frenesí en los allegros, aquellas masas, aquellos tercetos, aquellos finales que nos electrizaban. Véase si había ó no diferencia entre el Verdi popular, según le juzgaba nuestro instinto, y el Verdi científico, según lo querían los *gramáticos* del Arte.

La gacetilla *den Brusi* tenía mucho que ver y no poco que estudiar, y más el gacetillero, hombre ya provecto, grueso, sosegado y más que corredor de noticias, gustoso de que le cazaran las perdices y las llevaran á su casa para aderezarlas á gusto del pûblico. No había entrado entonces la moda del *reporter* americano que conferencia con altos personajes y cambia con ellos impresiones *frescas* que los del vulgo recibimos *en lata;* ni había aquello de poner en letras de molde á las señoras que ocupan los palcos, las telas y color de los trajes que *ellas* llevan y las cruces y placas que ostentan *ellos* en las solemnidades. Pero ya nuestro amable revistero de Barcelona poseía el envidiable instinto de adivinar hacia qué lado debían repartirse las inmortalidades; con un sentido tan exquisito de las alturas, que parecía llevar incrustada en el pensamiento aquella máxima de una antigua dama francesa: *tout ce qui n'est pas titré, n'est pas né.* Y ajustándose á tan sabia y provechosa regla, desfilaba por la crónica diaria todo lo que, en forma más ó menos directa, pudiese relacionarse con eminencias oficiales ó no oficiales en punto á entradas y salidas, bodas, entierros, tes y chocolates, afecciones de familia, afecciones de garganta, ligeros constipados y otros incidentes de parecido interés para más atraerse las voluntades. Si el ferrocarril hubiese sido bastante conocido entonces para *gastar* accidentes ruidosos, tengo por seguro que al contar las piernas rotas, ya en aquella crónica local se hubiera tenido buen cuidado de apuntar que afortunadamente no era más que un tren de tercera clase. Por de contado, cada

personaje admitido á los honores del desfile iba flanqueado con su correspondiente tratamiento: que, por nada de este mundo se lo hubiera dejado en el tintero quien tan poseído estaba de los altos deberes de su cargo. Sr. Canónigo, Señor Juez, ¿habrá llaneza? Ya era el muy Ilustre Sr. Canónigo, el muy Ilustre Sr. Juez, el muy Ilustre Sr. Regente; ya el excelentísimo Illmo. y Rmo. Sr. Obispo, ó el Excmo. Sr. Capitán general, ó el Illmo. Sr. Jefe político, ó el Excmo. Ayuntamiento. Barcelona era siempre la Ciudad *egregia*; las Autoridades, siempre *dignas* Autoridades; el Ayuntamiento, *dignísimo* Ayuntamiento; un conde, el *noble* conde; un poeta, el *ilustre* poeta; un actor, el *eminente* actor; un amigo, el *simpático* amigo. Y tocante á cosas de Iglesia, nunca las nombraba la crónica del Diario sino ajustándose al vocabulario de rúbrica: no Misa, sino el santo sacrificio de la Misa; no Oficios, sino los divinos Oficios; no Catedral, sino la santa Catedral; no los Sagrarios, sino los santos Sagrarios; no tal ó cual Congregación, sino la venerable Congregación. Ya ven VV. cómo en cuestión de incensario y trompeteo no faltaba entonces quien supiese adelantarse á tiempos más *resonantes*.

IV

Sin un verdadero Ateneo, sin conferencias, ni lecturas públicas, ni Revistas de varios matices, era imposible obtener un movimiento científico que compensase, en ancha proporción, lo que no nos daba el político. De todo ello, en realidad, carecíamos, apesar de nuestras Academias y de otras Corporaciones menos pretenciosas.

¡Apenas si teníamos Academias! La de Buenas Letras, la de Ciencias Naturales y Artes, la de Medicina y Cirugía, la de Jurisprudencia y Legislación, la de Bellas Artes, la Médico-castrense. ¡Apenas si había Sociedades científicas en Barcena, con ínfulas y cascabeleo! La Económica Barcelonesa, el Liceo de Isabel II, la Sociedad filomática, la de Amigos

de la Instrucción, la de Amigos de las Bellas Artes, sin contar la Reunión Literaria, que tuve la honra de presidir durante algunos años. Nada de esto creaba corrientes de saber, ni contribuía en lo más mínimo á popularizar conocimientos; ni aquellas doctas instituciones eran otra cosa que círculos *hieráticos* para estímulo y provecho de unos pocos iniciados. La misma Academia de Buenas Letras, oriunda de fines del siglo XVII, y por tanto más antigua que la Española y la de la Historia, solamente una vez dió en público señales de vida; y fué con motivo de un certamen para premiar la mejor Memoria sobre el Parlamento de Caspe, y la mejor poesía sobre la Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. La Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, más que á difundir la ilustración, se dedicó, y por cierto con grande aplauso, á crear instituciones benéficas como la Junta de Damas y la Caja de Ahorros.

Creábanse á menudo Sociedades pasajeras, con carácter más industrial que científico para determinado género de publicaciones. A dos pertenecí y medraron poco: en una de ellas no pasamos de confeccionar un Vocabulario hispano-latino: la otra, en la cual tuve de compañero á Víctor Balaguer, con Narciso Gay, el P. González de Soto y Roberto Robert, emprendió una Biblioteca de novelas escogidas. Tocóme en suerte *Paquillo Aliaga*: *Piquillo*, decía el original francés. Nuestro propósito no podía ser más plausible. Ya que tanto abundaban las malas traducciones, queríamos *intentar* algunas en buen castellano; á ver si evitábamos que nos crispasen los nervios, con sus dislates, los folletinistas que traducían *éloquence mâle*, elocuencia *mala*; *inégalités du sol*, desigualdades del *Sol*, con otras amenidades. Y pase que no hubiese creado escuela esta pestilencia de traductores. Autores había que no les iban en zaga. Acuérdome de una novela *original* que largaba el siguiente cohete, de introducción al capítulo segundo: «En tanto, oyóse un son lejano y moribundo, parecido al suspiro de un cadáver.....»

Al lado de los pigmeos, los gigantes. Fuera sombreros: D. Jaime Balmes. Su vida fué corta: el *escritor* nació en 40: el *hombre* murió en 48. ¡Cuán de prisa viven aquí los que han

de vivir eternamente! Tuve la suerte de tratar mucho á don Jaime Balmes. Siempre que estaba de temporada en Barcelona, solía ir de tertulia, dos veces por semana, á casa de un amigo suyo, D. Ignacio Bruno, íntimo también de mi familia. No era Balmes hombre de brillo en la conversación; ni se anunciaba, como otros superiores, por lo nuevo é imprevisto del discurso ó por los chispazos de ingenio; pero bien mostraba quién era en lo discreto de la palabra y en las prodigiosas alturas á que levantaba su pensamiento. Ordinariamente vestía de seglar; y cuando usaba hábitos talares, tenía la costumbre de juguetear con las largas borlas que le sujetaban sobre los hombros el manteo. Frente espaciosísima á semejanza de Víctor Hugo: ojos muy penetrantes: tez biliosa: algo torcida la parte inferior de la cara: gruesos los labios y como despegados. Tal era el físico de Balmes: y unido todo á una rapadísima barba, que de puro cerrada le marcaba el contorno azul hasta los ojos, resultaba un aspecto de lo más vulgar y plebeyo en aquel nobilísimo personaje, y el aire más adocenado en aquel elegido entre los elegidos. Al principio redactaba en Barcelona una Revista titulada *La Sociedad*, en colaboración con D. Joaquín Roca y Cornet y D. José Ferrer y Subirana; escritores de mucha menos talla que su egregio colega, bien que idénticos en criterio y en tendencias ultramontanas. Ferrer murió joven. Roca y Cornet ha vivido muchos años, escribiendo siempre con galana frase. De lo que llegó á ser Balmes no necesito hablar. Que os lo cuenten Europa, América, el mundo entero, depositarios de su fama.

Mi antiquísimo camarada Víctor Balaguer era entonces nuestro literato de moda. De una fecundidad asombrosa. Escribía para el teatro, y más para las crónicas. Cultivaba poco la historia, mucho la leyenda. No tenía rival en el género pintoresco. Electrizaba con sus poesías catalanas: en el arte de leerlas, inimitable. Dos eran, él y Grijalva, un agente de negocios, que se distinguían en Barcelona por un corte *trovatore* del más selecto romanticismo. Tenían ambos una cabellera de purísimo azabache, partida en mitad de la frente, con media docena de tirabuzones sobre las orejas: tez

cadavérica: los ojos como espantados de verse entre los vivientes, y una barbilla Luchana del género indisciplinado. En fin, unos Esproncedas de hechura catalana, con toques á lo Musset y tintas á lo Vigny.

Otro poeta notabilísimo de aquellos tiempos, que de haber vivido largos años, hubiera andado mucho camino, era Juan Antonio Pagés, joven estudiante, cuyos versos tenían todo el sabor de Zorrilla. Creo que ya le aventajaba en profundidad, y, sobre todo, en erudición, de que según las muestras, nunca ha sido muy sobrado el esclarecido autor del *Poema de Granada*. Desgraciadamente, al pobre Pagés le faltaba algún tornillo: divagaba, padecía distracciones, hablaba á solas, se alejaba de la sociedad, con unas melancolías intensísimas que le devastaban el alma. Concluyó por suicidarse, como todos nos temíamos, y lo hizo de una manera espantosa, atravesándose primero con un estoque, y arrojándose después por la ventana de un cuarto tercero. Cuando fuí á ver, en el patio del Hospital general, los ensangrentados restos de mi desdichado amigo, tuve ocasión de conocer hasta dónde pueden llegar los estragos del escepticismo en los corazones jóvenes. Dos pisaverdes muy planchados, prensados, rizados, perfumados y enguantados, disputaban allí, junto al cadáver. ¿Sobre el horror de aquella muerte? ¿la familia? ¿la madre? ¿consideraciones del orden moral? Nada de esto. Discutían muy serenos sobre la mejor manera de suicidarse. «A mí me parece—decía uno de ellos—que ha hecho bien, matándose con ese ensañamiento: así, así, asegurar el golpe.»—«Y á mí, que ha hecho mal—replicaba el otro;—¿no hubiera sido mucho mejor *invitarle* con una pistola?»—A ninguno de los dos se le ha ocurrido suicidarse: ambos han criado buena panza.

Como hombres de fuertes estudios literarios, y superiores hablistas, figuraban, en aquel cenáculo, Piferrer y Cortada, ya citados en otros capítulos, con D. Manuel Milá y Fontanals, que desempeñó larguísimos años en Barcelona la cátedra de Literatura y su Historia. Tenía Milá extraordinaria reputación como literato: Fernando Wolf le cita entre los mejores críticos de la España contemporánea: Fastenrath me lo ha puesto en las nubes cuantas veces hemos hablado

de él; y un día me aseguró Juan Valera, al volver de San Petersburgo, que había oído ponderar á Milá hasta en una Academia de Moscou.

A bibliófilos, bibliómanos y bibliófobos, servía de centro de reunión la librería de Joaquín Verdaguer, como aquí hemos tenido sucesivamente las de Monier, Bailly-Baillière, Durán y Fernando Fe. Allí se curioseaba y, como ahora dicen, se cambiaban impresiones: discutíanse ediciones y rarezas bibliográficas, la última publicación de París, la última novedad científica de Londres, el último anuncio de Cotta. Allí imperaba el papeleo como en otras partes el papeloneo; y como ha de haber en el mundo gentes para todos los gustos, muchos aficionados preferían pasarse las tardes de lluvia en casa de Verdaguer á entretenerse con una baraja ó dando tacazos en el Casino.

V

En reducidísimo extracto publicáronse por aquellos días dos trabajos míos: uno, sobre los fundamentos del derecho de penar; otro, sobre el romanticismo. Firmé *Quijano de Rosamante,* anágrama que había adoptado para encubrir mis osadías.

Época singular aquella en que no hubierais podido decir á punto fijo bajo qué régimen vivían los criminales: si nuestros Tribunales se ajustaban al Código del 22, ó al Proyecto del 29, ó al más científico del 34, ó al ecléctico del 48. Es nuestro sino; andábamos en materia penal tan á oscuras como ahora, aun después del Código de 1870, y como nos quedaremos, probablemente, cuando se haya aprobado el que en estos momentos se está discutiendo.

También sé que en aquellas fechas la Ciencia penal había adelantado poco desde Beccaria, como que en las escuelas estábamos atenidos á Pellegrino Rossi y á su expositor Pacheco. ¡Cuán distintos de los que teníamos son los horizontes de hoy!

La Ciencia penal se ha convertido en una rama de la Biología jurídica; es la vida del Derecho en su estado anormal, en su estado patológico. Hoy el análisis filosófico os da el concepto cabal del delito, considerado como hecho perturbador, consciente y voluntario del Derecho: os marca sus caracteres esenciales; determina su materia; describe, con prolija exactitud, las formas generales de manifestación de la delincuencia; señala, con precisión admirable, todas sus circunstancias modificativas, agravantes ó atenuantes, según el antiguo tecnicismo; expone, con el auxilio de todas las ciencias antropológicas, la verdadera teoría de la responsabilidad; os hace penetrar, con seguro criterio, en el sentido de la codelincuencia, y clasifica los delitos con fórmulas y divisiones á las cuales no escapa el más mínimo de los hechos perturbadores. Y si, en el concepto fundamental del delito y en sus derivativos, tan hondamente ha penetrado el escalpelo científico, no es menor el camino andado en la determinación del concepto de la pena, sus elementos, materia, caracteres esenciales, gradaciones, finalidades y manera de relacionar el castigo con la delincuencia. Encerrar toda una revolución social en las notas características de la pena, ¿qué mayores ni más gloriosos timbres para la ciencia penal contemporánea? Nada de aquellas abstractas teorías de la defensa ó de la venganza social, ni de aquellos horribles ensañamientos que, haciendo descender á la ley de su pedestal augusto, convertían la pena en una especie de lucha, cuerpo á cuerpo, entre la Sociedad y el delincuente. Nada que no sea digno, racional, imponente y provechoso en la pena, si como piden los últimos criminalistas, ha de encerrar una garantía para conservar el derecho social, una defensa *concreta* para impedir otro atentado, un público ejemplo para evitar el contagio de la perversidad: para el ofendido, reparación, reivindicación, reintegración, compensación; para el ofensor, una rehabilitación y un procedimiento de enmienda, corrigiéndole y afligiéndole en la justa proporción que su delito demande.

Distábamos entonces mucho los novatos de saber precisar las ideas con la sobriedad y las sencillas fórmulas que ahora se estilan. Nuestros libros nos engolfaban en un mar de abs-

tracciones y vaguedades enderezadas, las más de las veces, á conciliar ciertos principios filosóficos con determinadas escuelas políticas. Primer procedimiento científico en todo país que ha estado mucho tiempo á oscuras: antes de entrar en plena luz, tibios resplandores ó medias claridades.

Así yo, tratando de investigar los fundamentos racionales del Derecho penal, me entregaba á una larguísima disertación destinada á probar que aquel derecho reconoce su origen en la justicia, su medio de aplicación en el poder social y su fin en el orden público; como si ante todo no fuera necesario tener muy aquilatado el valor de tres palabras de tan alto sentido como estas: Poder, Orden y Justicia. Entraba luego en un examen historico-filosófico del derecho de penar. Sin más averiguaciones lo confiaba á la Sociedad, encarnándolo en el Poder legislativo, dejando al ejecutivo que lo desenvolviera y al judicial que lo aplicara. La averiguación venía después de mi declaración dogmática. ¿Por qué razón había de ser la Sociedad depositaria de aquel derecho y no recaía, para cada caso concreto, en el individuo á quien interesaba? Aquí me encontraba con los tres sistemas tan manoseados y esprimidos por los antiguos criminalistas: la defensa, el pacto y la utilidad. Cada uno de ellos era objeto, en mi trabajo, de otra serie de extensas disquisiciones; y creyendo convencido á todo el mundo de que no se castiga únicamente para defenderse del delito, ni en virtud de una cesión de derechos individuales, ni tampoco por las simples ventajas morales ó materiales que pueda reportar á la Sociedad la pena, terminaba esta parte de mi elucubración proclamando la existencia dentro de la vida social, de una ley necesaria, de un derecho universal propio y originario, al cual, en términos abstractos, dábamos el nombre de Justicia.

A renglón seguido venía la prueba histórica. Y manejando los hechos con un garbo y gentileza dignos de los pocos años, trataba de demostrar, apelando á varias autoridades, que la penalidad se había ido manifestando en los pueblos, bajo tres aspectos: preservador en su infancia; reparador en los más adelantados, conservador en las perfectas. Al principio preservador correspondía la teoría de la defensa, al repa-

rador el pacto social y el sistema utilitario, al conservador el superior concepto de la justicia.

Ni en el terreno de la originalidad, ni en el de la lógica racional ni en la histórica me atrevería á recomendar aquella mi primera excursión por las esferas del orden jurídico. Quizás —no lo aseguro—fuí más afortunado en mi segundo ensayo, de índole puramente literaria; la cuestión del romanticismo.

VI

En la época á que se refieren estas líneas, el romanticismo, *como escuela,* iba desapareciendo á paso de carga. Habíanlo precipitado de su elevado solio las exageraciones francesas. Sus triunfos de la *Porte Saint Martín* con acompañamientos de puñal y veneno, compases de grillos y campanas, fondos de mazmorra, escorzos de cadáveres y tonos de palidez mate abrieron tan ancha herida en la escuela romántica, que jamás pudo soñar en tan señalado triunfo sobre ella, la cáfila entera de sus áticos enemigos los académicos. Aquí empezaban mis reflexiones al ver la descomposición de aquella fábrica de embustes. El romanticismo, decía yo, no cayera en tal descrédito si se hubiese mantenido á la altura de sus precursores, ó de sus creadores, ó de los primeros imitadores; si hubiese proseguido dominando el Arte en la forma en que lo adivinaron Shakespeare y Calderón, como lo adivinó Lessing, como lo definieron Schlegel, Tieck y el místico Novalis, como lo predicó Byron, como lo practicaron Göethe y Schíller, como lo practicaba Manzoni, como lo entendió Víctor Hugo, como lo entendieron en España el autor del *Trovador* y el de *D. Alvaro.* ¿Y por qué no extenderlo á la música? Como habían entendido el arte romántico Weber en el *Freyschütz*, Mendelsshón en sus sinfonías, Schubert en sus baladas, Chopín en sus nocturnos. En lugar de esto, y con el trascurso del tiempo, los severos perfiles dibujados por el dedo de los grandes ingenios trocábanse en caricatu-

ra; los arquetipos se eclipsaban, las rapsodias cubrían el horizonte.

Con este motivo, entraba á examinar el origen del movimiento romántico. Tres largos siglos había durado el imperio absoluto de los clásicos, desde el Renacimiento. No era cuestión de admirarlos, estudiarlos y hasta imitarlos con prudente mesura—que de ser este muy sabio consejo ya he hecho alguna indicación en uno de los capítulos precedentes. No: había que admitirlos como regla y perfección del Arte, como indiscutibles modelos y autoridades infalibles. Era un yugo insoportable, contra el cual hasta Boileau protestaba en un arranque de mal humor:

¿Qui nous délivrera des Grecs et des Romains?

La rebelión no podía menos de estallar. Vino con los eminentes: vino con los nuevos horizontes. Con los eminentes. ¿Qué había ya de común entre Shakespeare y Esquilo ó Sófocles ó Eurípides? ¿Qué lazo unía ya á Lope y á Molière con Terencio, Plauto ó Aristófanes? Y si, por no faltar á la regla, se declaraban clásicos los nuevos, otros venían en seguida á protestar en nombre de su *personalismo*: otros que, en el drama, no querían jurar por Corneille ó por Racine, ni, en el arte pictóreo, por Rubens ó el Ticiano, ni en el musical, por Palestrina, Pergolese ó Cimarosa.

Vino con los nuevos horizontes. ¿Cuáles? La Edad Media y el Oriente. Y aquí, en este punto de partida de los románticos, empezaban cabalmente los peligros de la moderna Iglesia. Esto hacía yo notar examinando las teorías alemanas. Porque si los alemanes señalaban aquellas especiales direcciones al Arte, no era por la Edad Media ni por el Oriente en sí, sino porque veían dominar allí lo maravilloso y lo fantástico, y creían que esta era la esencia del Arte y de la Poesía. Ellos sentaron las premisas, y el vulgo sacó las consecuencias. Pues hemos de correr, se dijo, tras de lo fantástico, tomémoslo de cualquier parte sin molestarnos acudiendo á la India ó á los tiempos feudales. De ahí los extravíos, de ahí la perversión del buen gusto, de ahí la invasión de lo melenu-

do en la escena y fuera de la escena. Todos estos daños y otros mayores trajo consigo el abuso del sistema.

Trajo también un conato de reacción clásica: momentáneo por cierto. Pareciómelo entonces, y así lo declaré. Hoy he visto confirmadas mis profecías. El romanticismo, hundido como escuela, no ha muerto como tendencia. Fué la revolución artístico-literaria del siglo XIX, y os digo que no ha muerto, apesar de sus descalabros. Como no murió la revolución religiosa del siglo XVI, apesar de tantos lagos de sangre. Como no ha muerto la revolución política del siglo XVIII, apesar de las guillotinas. Como no murió la Enciclopedia, continuada por el racionalismo. Como no murió Proudhón, resucitado por Lassalle y Carlos Marx. Como no murió Lamarck, explicado y ampliado por Darwin, Haeckel, Vogt y toda la escuela transformista.

No me confundáis dos cosas: el principio revolucionario y sus direcciones. Una de las tendencias puede concluir, pero el principio queda. El romanticismo tuvo una primera misión que cumplir, y la cumplió lealmente: acabar con el ciego culto de los clásicos. Y aquellos ídolos cayeron. Decidme qué escritor de talento puede andar hoy por el campo de las letras, apoyado en ellos, sin incurrir en la nota de lo que ha llamado Víctor Hugo el ex-buen gusto.

Pero la revolución artístico-literaria cuya paternidad nadie podrá arrebatar al romanticismo, aquella revolución continúa. Si primero buscaba la maravilla con Novalis, hoy busca la realidad con el naturalismo. Antes soñaba, divagaba, *difuminaba*; hoy describe, pinta y esculpe. Vedlo, sin ir más lejos, en nuestros propios poetas, los afamados, los ilustres. Todos están *tocados* de naturalismo, empezando por el egregio Campoamor. Sí, sí; también *naturalista* vos, mi buenísimo amigo D. Ramón, apesar de vuestros superiores instintos idealistas. ¡Ah! queridos poetas; antes estabais enamorados de la Edad Media; ahora lo amáis todo, porque todo es adorable en la naturaleza, como asunto artístico; palacios y cabañas, púrpuras y andrajos, europeos y zulús, Oriente y extremo Oriente, escenas de sangre é idilios del hogar, silencios de la conciencia y tempestades del alma. Dadme colores,

muchos colores, dice el artista de hoy, y os lo pintaré ó describiré todo. Adiós las vírgenes *convencionales* de nacarada tez y las eternas rubias ó morenas al óleo, al pastel, en plancha de cobre ó acero, ó medidas y ajustadas en robusto endecasílabo; vengan porcelanas, venga una seda japonesa, vengan páginas de prosa, y os trazaré nuevos ideales femeninos: ojos oblicuos de purísimo dibujo; indicaciones de mirada entre suavísimos perfiles; labios gruesos de ardiente sensualidad; ropajes *sentidos*, no en los pliegues, sino en las riquezas del colorido; gracias en reposo; languideces y abandonos que parecen ausencia de vida y son presencia real de voluptuosas corrientes. Y luego, en vez del prosaico salón, del monótono césped, del manoseado castillo, de fosos y puentes levadizos, os representarán templos maqueados, columnatas de oloroso cedro, la flor del loto bañándose en las fuentes, biombos de maravillosa labor, azules pálidos, con verdes reflejos sobre fondos violáceos, lagos helados sin orillas, lunas llenas con misteriosas claridades, bosques enteros de magnolias, dalias, camelias y cryptomerias, jardines de paulonias, colosales sepulcros con incrustaciones de riquísimos bronces, estatuas del Budha sobre lechos de mympheas, pebeteros, dragones, pabellones y kioskos nadando entre vapores de oro, en un semicírculo de altas cordilleras teñidas de azul y rosa.

Así, por estos ú otros senderos, sigue y seguirá marchando la revolución iniciada por el romanticismo. ¡Destino singular este de las revoluciones que, cuando más apagadas ó muertas las creéis, se levantan con más ardor y lozanía, si llegan á responder á la ley indeclinable del progreso!

SECCIÓN NOVENA

¡Á Mahón!—¡Oh Michelet!—Ver y escuchar.—El puerto de Mahón.—Doctores y *Mossenes*.—Cuatro compases de órgano.—Detallitos locales.—El Lazareto.—Dos maravedises sobre cinco millones.—La reacción del contagionismo.—Menorca por España.—Rubias, pero salerosas.—¡Hurrah!—Proa á Mallorca.—Entre sueños.—Querubines en hamaca.—Palma.—La momia de un Rey gigante.—Ensánchenme esas calles.—Palacios de las *Nou Casas*.—*Ça chuetería*.—Bellver.—Platón, Lacy y Jovellanos.—No bajéis á la Hoya.—Raxa.—Fantasías de un olivar.—Museo greco-romano.

I

El día 28 de Agosto de 1849, á las cuatro de la tarde, me embarqué en el vapor *Cid*, con rumbo á Mahón. Diez y siete horas duró la travesía desde Barcelona. La expedición se había improvisado en tertulia: sexo débil y sexo fuerte. Motivo de gran regocijo para todos: para mí de curiosidad, de entusiasmo y primera ocasión de hombrear. Era mi salida formal del cascarón.

Tenía además el viaje un atractivo poderoso: el mar. ¡Oh Michelet! mucho te eché de menos. Estabas entonces incubando un libro admirable con este sencillo título: *¡El Mar!* Aquella prodigiosa revista de la Naturaleza, que completaste con el insecto, el pájaro, la montaña... Figuier iba á describirnos el imperio de las aguas: tú á explicárnoslo á nosotros, los simples curiosos. Nos explicaste la playa y la costa, las corrientes, profundidades y secretos de los abismos, los misterios de la ola y la ley de las tempestades. Adivinaste el pulso del mar, sus caprichos geológicos, la movilidad y las prodigalidades de la vida en las regiones del mundo submarino.

Comprendo que Homero y Anacreonte no se expliquen el Océano sino poblado de fantasmas ó rodeado de tinieblas: que Horacio le llame *dissociabilis*: que Ovidio califique de

edad de oro aquella en que no se navegaba: que Virgilio considere la navegación como uno de los mayores crímenes de la humanidad: que Lucano la apellide arte fatal, y Lucrecio vea un ultraje á los mares en la expedición de los Argonautas. Vagidos de otras tantas infancias. Pero Michelet, el gran Michelet, contemporáneo de la hélice, de los monitores y de las flotas de vapor, ¿por qué, con los orientales, llamará al mar la amarga sima, la noche del abismo? ¿Por qué le hará sinónimo de desierto, como en algunas lenguas antiguas? ¿Por qué dirá de él que es la barrera fatal, eterna, que separa ambos mundos sin remedio? ¿Por qué siempre le inspirará miedo, pensando en aire, en pulmones, en respiración, en asfixias?

¡Ah, maldita edad! También pienso yo ahora en estas cosas cada vez que tocan á embarcar. No pensaba en ellas en 1849, á los veintiún años. Acuérdome tan sólo de que, apenas hube puesto los pies en el barco y hasta que salí de él, estuve absorto en la contemplación del líquido elemento. En vano me invitaron otros muchachos á tomar parte en un rigodón que habían improvisado á bordo. Dejé mi camarote, corrí á la proa y allí me instalé, indiferente á todo lo que pasaba; pues no tenía ojos más que para admirar las supremas majestades del Mediterráneo. Iba declinando el día: ¡las horas del matizado, aguas verdes, pardas ó azuladas! ¡Cómo jugueteaban, en torno del bajel, los delfines! ¡Cómo cruzaban el espacio las gaviotas señalando una tempestad cercana que luego se disipó al entrar la noche! Escuchad: oigo ruidos extraños en medio de aquella soledad y en lo más profundo de aquellos silencios. Son las brisas que os traen al oído el eco inefable de la orquesta divina esparcida por los aires, incorpórea, impalpable, etérea. Son los vientos que os remedan el llanto, un quejido, un suspiro, el choque de los labios en un amoroso beso, el choque de las copas en el delirio de las orgías. Es un soplo de tempestad ó un soplo de bonanza que os imitan voces de fantasma, ayes del alma, risas insensatas, coros angélicos, rugidos de fieras ó el mágico preludio de unas arpas invisibles. ¿Oísteis bien? Pues ahora, mirad. Otro vapor, otro monstruo que viene bramando sobre vos-

otros y como una anguila se desliza por el costado: más allá dos velas, y otra y otra en el confín del horizonte: un lecho de algas que perezosamente se arrastra por la corriente imperceptible: nubecillas que se deslíen en una atmósfera trasparente; un sol que muere, un brochazo de fuego á Poniente, unas sombras que aparecen, unas tristezas que empiezan, el cielo arriba, el mar debajo que os tienen encerrados como en un globo de cristal, cuando perdéis de vista la costa. Y luego vendrá la luna con la hora de las fosforescencias, de las trasparencias lácteas, de las tintas melancólicas. Todo el mundo duerme, menos el timonel, el vigilante de cuarto y yo. ¿En qué habrán pensado los que duermen? Yo no hago caso de la humedad ni del relente: tengo pocos años, una constitución robusta y una salud de hierro. En aquellos instantes no vivo en el cuerpo, vivo en el espacio, en las inmensidades. No estoy en el Mediterráneo, sino en los Océanos: no voy á las Baleares, sino á América, á la India, á las islas Fidji: no he de volver pronto y prosaicamente á mi tierra; he de correr en busca de aventuras, por mares y continentes. Y pensando y diciendo y haciendo, aconteció que se espesaron las tinieblas y la luna se eclipsó detrás de unos nubarrones, y las visiones se adelgazaron y mi cabeza se inclinó, y, mísero de mí, concluí por pagar el más vergonzoso tributo á la imperiosa materia. ¡Qué horror! Sobre unos metros de cable que apestaba á brea, me quedé dormido, y quién sabe si también ronqué como si fuera un pasajero vulgar de tercera clase. Al despertar, sonrióme el alba con sus alegrías, y con ellas volví á la realidad y se desvanecieron mis gratas ilusiones.

II

Las siete serían de la mañana cuando nos encontramos próximamente á una legua de distancia de la costa mahonesa, muy áspera por aquel lado. Dábanla alguna animación

varias quintas de una blancura de nieve, allí sembradas como por mano de artista; y en el centro se destacaba una montaña de regular elevación, que llaman los naturales *Monte Toro*; y debe ser punto de vista excelente porque domina toda la Isla. A las ocho doblamos el cabo de la *Mola*, punto de entrada á la derecha del puerto. Allí se estaba construyendo entonces el Fuerte del mismo nombre.

Tomado desde la boca, el puerto de Mahón tiene una vista sorprendente. Figuraos un lago de dos millas de longitud y un tercio de milla en lo ancho, con tan tranquilas aguas que los mayores vientos sólo consiguen rizarlas ligeramente. A la derecha, el Lazareto y el Arsenal: en el centro las islillas de la Cuarentena, el Hospital y otra isla llamada de los Ratones: á la izquierda, los muros derruídos del castillo de San Felipe, la aldehuela de Villacarlos, y por último, la ciudad de Mahón, que desde fuera se distingue por su pulcritud y aseadísimo aspecto. Toda la construcción está sentada sobre peñascos en el declive de un cerro.

Desembarcamos á las nueve menos cuarto. Bien se echa de ver que ha pasado por allí la mano inglesa, porque la limpieza llega á su colmo. Calles bien alineadas, empedrado de chinitas formando mosaico y un reguerillo en el centro de la vía para dar salida á las aguas.

Empezamos visitando la Iglesia parroquial, de gran pobreza artística, con numerosas inscripciones y epitafios en lengua francesa. A la izquierda, en la capilla del Sacramento, descansan los restos del presbítero Aleñá, generoso Cura párroco, cuyas virtudes y celo recuerdan con entusiasmo los mahoneses. El monumento es sencillo y elegante.

Pasamos á la sacristía por el trascoro, donde estaban los beneficiados cantando la misa mayor. El traje de coro difiere algo del de Cataluña: sotana abierta, sobrepelliz corta de manga perdida y muceta de seda con vueltas encarnadas. En Cataluña las vueltas encarnadas son distintivo de los sacerdotes que son doctores ó licenciados; los simples *mossenes* las usan negras.

Es fama que el órgano de Mahón compite con el de Friburgo. Fué construído en Barcelona á principios de este siglo

por dos alemanes, con dinero de los ingleses, y según acreditadas versiones, por la iniciativa y otros recursos del presbítero Aleñá. Tuvo el organista la galantería de dedicarnos algunas piezas, que me hicieron el efecto de un concierto monstruo. Sentíme poseído de una especie de delirio, y sin querer veníanseme á los labios estas dos estrofas de un malogrado poeta:

¡Oh! tendedme el arpa de oro,
que al par del órgano santo,
entonará el bello canto
de su rica inspiración.
¡Oh! dadme el arpa, y si el órgano
sonidos regala al viento,
lanzará más blando acento
su palpitante bordón.

Menos el de Friburgo y el de Birmingham, he oído después los principales órganos de Europa, el de San Sulpicio en París, el de San Pablo de Londres, el de Estrasburgo, el de Harlem, el de Caen. Siempre el órgano me ha causado la misma extrañeza de que hablaba Tertuliano: «¡Tantas piezas, tanta tubería, tantos sonidos diversos y un solo instrumento verdadero!» Dos cosas me sorprenden en él sobremanera: la antigüedad de una máquina tan maravillosa y complicada, y el origen pagano de un instrumento tan esencialmente cristiano. Acostumbrados á identificar el órgano con nuestros templos y ritos sagrados, no nos familiarizamos con la idea de que lo inventaran los griegos, de que lo citaran ó lo describieran Ateneo y Vitruvio, y Juliano el Apóstata cantase sus excelencias, y San Agustín lo conociera ya muy mejorado. Al ver el interés, mezclado de legítimo orgullo, con que unos sacerdotes del siglo XIX nos mostraban la joya de Mahón, ¿quién pudiera imaginar que los PP. de la primitiva Iglesia condenaran el uso del órgano y que, hasta el siglo VII, no entrase definitivamente, y sin más oposición, en los templos cristianos? Triunfó el órgano al fin, como han triunfado el gas y la luz eléctrica en muchas iglesias del extranjero, apesar de no sé qué Concilios que decretaron único alumbrado ortodoxo los hachones, candelas y

candelillas. Y ¡cómo demostró desde entonces la experiencia la perfecta adaptación del órgano á la música religiosa! Y ¡cuánto y cuánto no fué mejorando desde que se encontró, digámoslo así, en su propia casa! Recordaba, á propósito de esto, los progresos que había ido realizando el órgano, como instrumento de ejecución y de acompañamiento: en el siglo X, aquel tosco y monstruoso órgano del Obispo de Winchester con 400 tubos, 40 teclas, dos organistas y 26 fuelles movidos por 70 hombres; en los siglos XIII y XIV aumento en el calibre de los tubos ó cañones, más sencillo el teclado, más manejables los fuelles; invención de los pedales en el siglo XV: en el XVI, la gran escuela de órgano, italiana, y sobre todo veneciana, con Claudio Merulo y los Gabrielli; en el XVI las primeras celebridades en órgano con Guanini de Luca, Frescobaldi, Pasquini, Pollarolo, Lotti, Vinacese y Casini; en el XVIII, los *oratorios* alemanes con organistas que se llamaban Sebastián Bach, Haendel, Mozart y Haydn.

En estas imaginaciones iba yo engolfado, cuando nos llevaron al cementerio... ¿eh?... *á ver* el cementerio. Parece que una visita al cementerio era en Mahón pie forzado. Como en Pisa, como en Génova. Sin más diferencia que la siguiente: los *Camposanti* de Pisa y Génova son objetos de arte; el de Mahón es... un cementerio. Lo único que me chocó fué el sinnúmero de epitafios ingleses. El *Sacred to the memory* se leía en todas partes. ¡Cuidado con la carne que el *pérfido* John Bull se ha ido dejando por aquellos andurriales!

Otro día fuimos á dar un vistazo á Villacarlos. Cortado por el estilo de Mahón; pero con unas calles tan desiertas de gente y tan pobladas de yerba, que parecían más cementerio que el otro. Echaban la culpa á la emigración que desangraba, en provecho de Argel, nuestro Menorca. Aseguráronme que, en sólo un año, habían abandonado la Isla más de 14.000 almas.

Hubo su noche de teatro. Dieron un *Don Francisco de Quevedo* y un baile nacional, medianejos; y aun sospecho que, perdida en Mahón la costumbre de dar funciones, aquello se improvisó como se pudo en obsequio nuestro: de los expedicio-

narios. Tomé mi partido, que fué volver la espalda á la escena y encararme con los palcos. Recuerdo una platea 11 y un entresuelo 20 que estaban muy bien *compuestos*. Tamañitos serían los *números* cuando no se me han despintado.

Sucesivamente, dentro de la población, fuimos visitando más iglesias. Las iglesias son un recurso admirable en todo pueblo desprovisto de historia monumental. Asomamos las narices á la campiña; subimos á las *Cuevas de San Juan*, excursión lindísima, y por Ciudadela, tomamos la vuelta de la Capital, reservándonos, como última impresión, la visita al Lazareto; porque ir á Mahón sin conocer el Lazareto, es como ir á Toledo sin ver la Catedral ó á Granada sin saludar la Alhambra.

Es posible, nada más que posible, que, desde aquella fecha, se hayan hecho algunas mejoras en el lazareto de Mahón. Pintémosle tal y como le ví entonces. Era—y ya me parece bastante recomendación,—un buen Establecimiento. Empezáronlo á construir á fines de 1793, y en Setiembre de 1807 quedaron concluídos los tres departamentos de patente sospechosa, sucia y apestada. Costó la obra, reales vellón 5.632.746, *con dos maravedises*, escrupulillo de *Pequeño Capitán*, que honra al amigo D. Andrés de Ibáñez, liquidador de la suma. Conté en el lazareto de Mahón 97 cuerpos de edificio, 7 grandes almacenes de ventilación, 2 enfermerías ordinarias, 3 para apestados, 5 aposentos para sahumerios y 45 cocinas. Mostraban como curiosidad lo que hoy no lo sería: el gran panóptico del centro con verja alrededor, y una capilla para que á un tiempo pudiesen oír misa los *forzados de aquel presidio*.

No refresquemos llagas hablando mucho de lazaretos, ni de otras parecidas cosas, objeto hace poco de tanta porfía. Estamos en 87, y era ayer, en 84, cuando nos bataneaban de firme con la dichosa cuestión de los contagios. Líbreme Dios de poner la mano en asunto de suyo tan quebradizo. En la época de mi visita á Mahón soplaban vientos anti-contagionistas: llamábanse bárbaros los tiempos en que Venecia fundaba su Hospital de Santa María de Nazaret, y en que Génova y Marsella trataban á sus apestados como leprosos. Inglaterra

fijaba entonces en catorce días la duración de las mayores cuarentenas, contando la travesía; Trieste inventaba el *spoglio* con un simple baño y cambio de vestidos; y en todas partes se hablaba de períodos de observación insignificantes que después se elevaron á leyes internacionales; quince días, diez días, nueve días, cinco días, los plazos propuestos por Lévy y Aubert-Roche. Hoy, el cólera ha echado por tierra aquel quimérico edificio de los optimistas: la reacción contagionista ha entrado; los miedos oficiales quieren guardar las viñas. ¿Quién tiene razón? No lo sé y aun barrunto que nadie lo sabe. Cólera, fiebre amarilla: más de una vez tropezarán estas MEMORIAS con tan insignes viajeros. Allí citaremos desastres, panaceas, ensayos, alcaldadas de arriba, salvajerías de abajo, y judiadas de todos calibres. ¿Opiniones fijas, seguras, incontrovertibles? Probablemente ninguna.

La historia de Mahón es interesante. No hay español que no la conozca. ¡Se enlaza con la pérdida de Gibraltar! Cuando los ingleses se apoderaron de esta plaza, cogieron también Mahón, cuya posesión les fué ratificada por el tratado de Utrecht. Posteriormente, en 1756, rotas las hostilidades entre Francia é Inglaterra, Mahón fué teatro de un hecho de armas brillantísimo. Acometió el puerto el duque de Richelieu con 17 buques de guerra, 300 de trasporte y 35.000 hombres, obligando á los ingleses á replegarse en el castillo de San Felipe, que pasaba por inespugnable. Vanamente trató de defenderlo el almirante Bing, y después de un heroico asalto, los franceses consiguieron izar el estandarte de San Luis en la torre de la Fortaleza. Pronto la recuperaron los ingleses, nuevamente poseedores de la Isla; y por fin Carlos III logró reincorporarla á España en 1782, con más suerte que Gibraltar, apesar de la embestida que le dimos el 13 de Octubre del propio año.

Los setenta de dominación británica dejaron profunda huella en Menorca. Inglesas son las costumbres en general, inglés cierto dejo en el acento, ingleses muchos tipos de mujeres. Pasmábame, en un país tan meridional, ver tal abundancia de rubias y tan sonrosadas como las más finas hijas del Lancashire. Pero ni hembras ni varones tienen en Ma-

hón la rigidez británica; su trato es abierto, su condición dulcísima. No puedo olvidar el grande honor y agasajo con que nos recibieron. Al dejar aquellas playas, hasta los chiquillos nos saludaban agitando los pañuelos y dando los tres *hurrahs* de ordenanza.

III

El día señalado dejamos el puerto de Mahón al oscurecer, con rumbo á Palma de Mallorca. Tiempo hermosísimo, temperatura excepcional, y el mar como una balsa de aceite. Sobre cubierta se bailó, se cantó y jugaron á prendas; habíase reforzado la comitiva con gente de Mahón que aprovechó la escala. Era ya más que mediada la noche cuando, concluído el jolgorio, los compañeros empezaron á recogerse. Todo el mundo durmió al aire libre; cuadro sin precio para un pintor de género. Corría el buque disparado como una saeta; crugían las tablas atormentadas por el choque de las aguas y el empuje forzado de la máquina; dos farolas de color en la proa y detrás el surco luminoso de la quilla; arriba una luz nacarada, las Osas, la vía láctea, el claveteado de estrellas; en el aire una nota suave, plañidera, nostálgica, la voz del timonel. Un pasajero dormía apoyado en uno de los palos y oculto entre los pliegues de la capa; otro tendido á la larga, cruzadas las manos detrás de las orejas, la boca abierta, la nariz al aire. Varios caballeretes, cuidadosamente sentados en una banqueta, cabeceaban sin variar de postura para no descomponer el bello artificio de un traje flamante de turista, según la *tanda* de entonces; plaid escocés *quadrillé*, botinas de gamuza, pantalón *Joinville*, ceñido de rodilla y acampanado de pierna, vestón de pana rayada, guante de piel de perro y hongo de punta á la calabresa. Una feliz pareja acurrucada en un rincón, *él* con la cabeza apoyada en el castísimo seno, *ella* sosteniendo entre los párpados á medio cerrar, la languidez de una última mirada. Un campamento de mantas, sacos de viaje, sombreros y sombrereras, de manos, de pies,

de cuerpos estirados formando grupos inverosímiles; piernas que avanzaban por entre brazos y brazos enroscados en piernas, pelos enmarañados y desgreñadas cabezas adheridas á troncos escorzados; caras verdosas trabajadas por el mareo y otras echando chispas por lo copioso de las libaciones; espasmos nerviosos, muecas cómicas ó plácidas sonrisas, quizás lejanas reminiscencias de un dulce pecadillo, de algún pasado dolor, de una ilusión perdida, de una promesa de amor ó de una jugada de Bolsa; y enlazadas sobre una hamaca, tres encantadoras niñas—¿qué digo?—tres querubines, vestiditas ellas de blanco, suelta la rubia cabellera y como declarando, en la inocencia del semblante, que aprovechaban la ocasión del sueño para departir con los ángeles de quienes tan corto espacio su feliz edad las separaba.

Dábabamos vista á Palma á las seis de la mañana por el lado del O. A través de un pequeño golfo divisamos la Ciudad, como una masa confusa de blancas paredes en declive. Dos puntos oscuros se señalan en la base: la Catedral y el edificio de la Lonja.

A las siete estábamos en tierra: á las ocho visitábamos la Catedral. Mucho me la habían ponderado. No la comparemos con la de Toledo, ni con la de Sevilla, ni con la de Burgos; pero es una de nuestras buenas catedrales. De estilo griego la fachada principal, que representa en símbolo la Iglesia; las dos laterales son de estilo ogival, y una de ellas figura la Gloria. Todo el interior es gótico, con tres naves separadas por esbeltas columnas. Ricos vidrios de colores en los ventanones y más rico el del ábside, que tiene forma circular. Hartáronse los escultores de decorar el coro con una profusión de talla que exigiría meses de estudio. Pido algunos minutos para recrearme en aquellos artísticos alardes; pero nuestro director de marcha no me los concede, dando por razón que aquello no vale la pena de retardar media hora el almuerzo.—«No son más que trabajos de carpintero»—dice mi eminente arqueólogo.

Pobrísimo el altar mayor, y no me extrañaba, si es cierto que un mismo arquitecto construyó la catedral de Palma y la de Barcelona. Al pie del altar descansan, en un suntuoso pan-

teón, los restos de D. Jaime II, de Mallorca, hijo del *Conquistador*. Nos dejan ver el interior del sepulcro: la momia del Rey está muy bien conservada y su color indica haber recibido algunas capas de betún para dar mayor consistencia á la arrugada piel. Mido lo largo del cuerpo: era una estatura colosal. Mayor gigante no le he visto más que en los fenómenos que se enseñan por dinero. De un cintarazo debía almorzarse aquel santo varón media docena de almogávares. No lejos de allí, en una capilla, á la izquierda, descansa también el Marqués de la Romana, bajo otro panteón moderno y elegante.

En ornamentos y alhajas era la catedral de Palma quizás uno de los templos mejor dotados; siendo de notar dos magníficos candelabros de plata maciza y altura de siete pies, imitación, decían, de los que había en el Tabernáculo. La labor, prolija y exquisita.

Muy parecido el traje de coro de los canónigos al de Barcelona, y en general al de toda la antigua Coronilla de Aragón. Acusan de cismático aquel traje con ribetes cardenalicios, y dicen haberlo introducido el antipapa D. Pedro de Luna.

IV

Gustábame poco echarme á andar por aquel laberinto de la ciudad de Palma. Verdaderas calles pocas, mucho callejón: tradiciones meridionales, ó mejor dicho, árabes, esas de estrechar vías y levantar mucho las casas para tener más sombra. Hoy construímos anchos bulevares y espaciosas avenidas, pobladas de frondosos árboles: más higiene, más desahogo, mejor circulación y mayor armonía con las necesidades de la industria y del comercio. Sin embargo, un respetable mallorquín de los de la antigualla, me sostenía con gran calor la utilidad de sus calles angostas, y hasta citaba como autoridad á Tácito. ¿Tácito? No es verdad; nunca defendió tonterías. Hablando de los ensanches y otras mejoras

que se hicieron en Roma después de los incendios de Nerón, no sólo admite que contribuyeron al embellecimiento general, sino que los declara de utilidad reconocida. *Ea, ex utilitate acceptâ, decorem quoque novæ urbi adtulere.* Dice sí que, con calles estrechas y edificios altos, no penetra el sol, y que el calor se hace sentir más sin la defensa de la sombra; pero tiene buen cuidado de hacer constar que eran otros los que lo alegaban: *erant tamen qui crederent.* Léase el capítulo 43, libro XV de sus Anales.

Ciertas gentes de la cuerda tirante, no contentas con ponernos el dogal al cuello, todavía quisieran tener las poblaciones á régimen de muralla, enrejado y pasadizo, que todo son maneras de apretujar. Lo que yo decía á mi erudito y retrógrado balear, á propósito de las estrechuras de Palma: ¿cree V. que la antigua Roma no tenía sus calles anchas? Pues había por de pronto dos magníficas: la *Alta semita* y la *Vía lata*, sin contar otras que indican los escritores y cuya descripción no ha llegado hasta nosotros. Y ¿por qué se ha figurado V. que los Romanos no ensancharon las calles cuando reconstruyeron su Ciudad después de la invasión de los Galos? Pues no fué porque les faltaran deseos, sino porque todo hubo que hacerlo atropelladamente, sin plan ni concierto, *nulla distinctione, nec passim erecta,* como dice el propio Tácito; y porque la topografía del terreno, con sus colinas y desniveles, no permitía improvisar vías rectas, largas y anchurosas. Pero vea V. cómo todo *se fué faziendo* poco á poco; y cómo después, bajo los primeros Emperadores, vino la segunda, ó mejor dicho, la tercera reconstrucción de la Eterna Ciudad con sus esplendideces y magnificencias, y según indica Tácito, siempre el mismo Tácito de V., *latis viarum spatiis... ac patefactis areis, additisque porticibus.* ¿Pues no había de haber calles anchas en la antigüedad? «Y ¿en qué tintero, proseguía yo, se deja V. las grandes perspectivas de Alejandría y Antioquía, cortadas en ángulo recto con magníficas calles de muchas millas de largo? Déjese V., pues, amigo mío, de andar rebuscando citas históricas y de falsear textos para sostener un *statu quo* imposible: mírenlo, si quieren, con mucho espacio; pero venga la piqueta, abran esas tripas y

hagan de Palma de Mallorca una perlita del Mediterráneo.»

Mientras así nos picábamos las crestas el rancio mallorquín y yo, fijábase de trecho en trecho mi atención en algunos suntuosos palacios de fachada grande y ricamente labrada, anchuroso zaguán y espaciosa escalera de mármol, pero todo tosco y sin el menor asomo de elegancia. Pertenecían á la nobleza, clase muy pretenciosa y muy apegada á sus pergaminos, allí en el país de las *Nou Casas*. Bien distinta es la de los *chuetas*, en otros tiempos humillada, siempre tenida en menos. Los hay riquísimos, dedicados al tráfico: muestran tener buen ingenio y viveza para todo, si bien los tachan de hipócritas y desconfiados, condición, á ser cierta, inevitable en todas las razas oprimidas, y que el antisemitismo atribuye también á los judíos, de quienes se les supone descendientes. Tenían en Palma su especie de Ghetto, porque vivían en barrio separado, principalmente en la calle de la Platería (*ça chuetería*). La antipatía que se les profesa es tal, que sería mal mirado cualquier enlace suyo con persona que no fuere de su casta. Hasta han dado en decir que hay en su fisonomía rasgos distintivos. Yo he visto y tratado á muchos de ellos, y no me he apercibido de semejante cosa.

V

Tres bonitas expediciones hicimos en Mallorca: Bellver, Raxa y Soller.

Bellver, antiguo palacio de los Jaimes mallorquines: cárcel del ilustre Jovellanos. Era una tarde soberbia, apacible, perfumada, ligeramente rozada por la brisa; y por ser la hora un tanto avanzada, los rayos del sol regalaban la vista y no la ofendían. Ibamos un compañero y yo, en medio de una vegetación espléndida, siguiendo un senderillo esmaltado, y á trechos, tapizado de flores silvestres; y subiendo luego lentamente la cuesta que conduce al castillo, apercibimos en sitio frondoso unos peñascos, donde nos sentamos para con-

templar la magnificencia del panorama; el puerto, gallardas embarcaciones, cintas azuladas en el mar, la gama de tintas verdes en la campiña, aguja de la Catedral, y allá en el fondo los altos picachos de la Isla que se destacaban, bajo el límpido cielo, vagamente desleídos en un pálido *sfumato*. Todo convidaba al silencio, al recogimiento, á la meditación; y embebecidos con aquellos esplendores, los dos á la vez, por no sé qué secreto instinto, sin hablarnos, sin comunicarnos, nos acordamos de Grecia, y ya en Grecia nos sentimos trasportados á Atenas, y de Atenas al Cabo Sumio, donde nos parecía oír á Platón exponiendo á sus discípulos la maravillosa teoría del alma, que ha condensado en el *Timeo*. ¿Quién hizo vibrar este *unísono* en nuestros espíritus? Seguramente el triste presentimiento de próximas y bien desagradables impresiones. Que no sentaban mal aquellas sublimidades, cuando un momento después íbamos á descender al terrible recuerdo de las intolerancias, de las persecuciones, de la barbarie y de toda la ruindad de las pasiones humanas. Ya, á pocos pasos que anduvimos, y al atravesar el puente que facilita la entrada al terraplén del castillo de Bellver, nos lo advirtió una fúnebre lápida de mármol con la inscripción siguiente:

«Aquí fué fusilado el Excmo. Sr. Teniente general D. Luis Lacy, el día 5 de Junio de 1817, á las cuatro y cincuenta minutos de la mañana. Víctima de su ardiente amor á la libertad.»

Por una puertecilla de escape, pasamos á un patio circular rodeado de columnas de piedra que sostienen arcos ojivales; y en una galería superior se abren varios pabellones, uno de los cuales fué morada del ilustre D. Gaspar Melchor de Jovellanos, cuando por uno de los mayores desaires de la fortuna, fué arrebatado á sus hogares en 1801, desterrado á la Cartuja y luego le dieron Bellver por encierro. Allí fué donde escribió las famosas cartas *A Posidonio*, en las cuales revelaba lo inquebrantable de su espíritu:

«. . . . . . . la envidia . . . .
¿Qué me puede robar . . . . ?
¿La libertad? no, no, que no le és dado

Hasta el alma llegar, donde se anida,
Y arrojarla no puede ....
....
.... mi alma ....
Ser herida podrá, mas no doblada.
....
Brame la envidia y sobre mí desplome
Fiero el Poder las bóvedas celestes;
Que el alto estruendo de la horrenda ruina
Escuchará impertérrita mi alma.»

Bien valía la pena de haber conservado la prisión en su antiguo estado, como tributo de admiración al gran Jovellanos y perpetuo recuerdo de regias ingratitudes; pero se prefirió trastornarlo todo y convertirlo en lujosas habitaciones para los Capitanes generales. Cuando yo visité el Castillo, ni siquiera existía la sencilla lápida que después hizo colocar en aquel sitio la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, según me han referido.

Lo más horrible del castillo de Bellver es la *Hoya*, descrita en estos términos por el mismo Jovellanos:

«Ocupa, en ancho, el espacio interior de la Torre, y, en alto, la parte más »honda de la cava, que está rodeada por el talud, sin otra luz que la que puede »darle una estrechísima saetera, al través de aquellos hondos, dobles y espesí- »simos muros. Tampoco tiene otra entrada que una tronera redonda, abierta »en lo alto de la bóveda, y cubierta de una gruesa tapadera que, según indicios, »era también de fierro, con sus barras y candados. Por esta negra boca, debía »entrar, ó más bien caer, desde la cámara superior, en tan horrenda mazmo- »rra, el infeliz destinado á respirar su fétido ambiente; si ya no es que lo des- »colgaban, pendiente de las mismas cadenas que empezaban á oprimir sus »miembros.»

Las Hoyas, los *in pace*, plomos y pozos de Venecia, calabozos de Spielberg, minas de Siberia: ramillete encantador de dulzuras y halagos inventados por la tiranía. Bien hace D. Gaspar en añadir, á renglón seguido: «que si no hay cri- »men á que no pueda llegar la perversidad de algunos hom- »bres, es admirable que sean muchos más los que han aspi- »rado á la excelencia en el arte horrible de atormentar á sus »semejantes.»

Salí de la Hoya con el corazón más chico que un garban-

zo; como me había de suceder, muchos años después, al visitar los pozos de Venecia. Necesitábamos respirar nuevas y abundantes dosis de aire libre; y decidimos irlo á buscar, al día siguiente, en la deliciosa quinta de Raxa, propiedad de los Condes de Montenegro y de Montoro.

VI

Era el titular de entonces un respetable anciano que se hacía recomendar por la gallardía de su persona y la majestad de sus modales. Además de darnos una recomendación de su puño y letra para el mayordomo de Raxa, tuvo la amabilidad de mostrarnos todas las preciosidades de su palacio de Palma. Había allí, entre otras cien maravillas, una soberbia colección de cuadros de escuelas italianas, con otra riquísima de tapices flamencos y una larga galería de retratos de familia: un conde de Montoro, Capitán general de las Baleares, un Gran Maestre de la Orden de Malta, varios Obispos, y en sitio de preferencia, el Cardenal Despuig y Dameto, honra de la Casa, gran protector de las artes y célebre en los fastos de Mallorca por sus generosidades de magnate.

Entre unas cosas y otras no pudimos salir para Raxa hasta las tres de la tarde. Dista la quinta unas dos leguas de Palma de Mallorca. Bellísima situación en el fondo de unos olivares, teniendo por vecindad muchos bosques de olorosos naranjos que, con los tantos y tantos que pueblan la Isla, nos traían á cada paso otras reminiscencias de la pagana Grecia. Hicimos el camino embanastados en un mal calesín con un caballo viejo y cojitranco que no podía con su osamenta; el tiempo se anunciaba lluvioso con fuerte viento Sur y unas bocanadas de polvo que nos ahogaban: gruesos nubarrones y unas gotas que empezaron á caer como puños. Al fin no fué más que un turbión de verano: pasóse el nublado, y lo fuimos trampeando con nuestros impermeables.

¡Cosa más particular! De tantos bosques como he atrave-

ıdo, ninguno, á excepción de la Selva Negra, me ha produ·
do una impresión tan rara como la que me produjo el que se
ktendía por aquel camino de Raxa. Y la razón pienso fué que,
ɛ todos los árboles, son los olivos los que tienen la propiedad
ɛ afectar las formas más fantásticas, grotescas y estrafalarias
la de reproducir los más caprichosos accidentes de la cari-
ıtura. Chiquititos, achaparrados, rechupados como las gentes
ıtre quienes se crian, parece á veces que os tienden unos
:azos descarnados en ademán de daros un abrazo: otras os
ıuestran un puño de hierro como para aplastaros la mollera:
ı os remedan una cara mefistofélica aprisionada en un marco
ɛ nudosas ramas; y aun bello perfil griego coronado de me·
udas hojas. Ora semejan un caduco anciano de larga barba
con la frente inclinada al suelo, ora un corcel fogoso en
bertad lanzado á toda carrera. Por poco que logréis abs-
aeros del mundo real, identificándoos con aquellas mutacio-
ɛs rapidísimas, se echará á volar vuestra imaginación y
viréis en plena mitología ó en plenas leyendas alemanas.
eréis desprenderse de algún tronco una graciosa *wilis* que
ı á trazar, con un pie menudico, caprichosas curvas sobre el
ɛsped: veréis danzas infernales, aquelarres, fúnebres convo·
ɛs, druidas invocando á los dioses al tañido de los sagrados
:onces, espadas centelleantes, procesiones de enanos, cace·
as absurdas arrastrando, en una inmensa polvareda de oro,
ɔcas, blancos penachos, dardos y venablos, trompas, man·
ɔs flotantes, azores, hacaneas, pajes, amazonas, ciervos ja·
ɛantes perseguidos por jaurías imposibles; ó acaso algún
ablillo socarrón que viene á posarse sobre vuestros hombros,
tocándoos maliciosamente en la nariz con un dedo, os pre·
ɪnta como los lutines de Heine: «¿nos mudamos ó no nos
udamos?»

Seguramente á los compañeros les trotaban también por
cabeza estas ó parecidas especies, porque, durante el tra-
ɛcto, nadie se atrevió á decir esta boca es mía. Soltáronse
ɔr fin las lenguas al entrar en Raxa.

No haré la descripción de la quinta; pues para ello necesita-
ı ser historiador del Arte, anticuario, numismático. De cuan·
se relaciona con estos y otros géneros del saber, fué ateso-

rando allí ejemplares el Cardenal Despuig, sin perjuicio de la escavaciones que mandó hacer, por su cuenta, en el territori de Aricia, para recoger los restos de la Diana sangrienta. L pidas rarísimas con curiosas inscripciones, estatuas griega ó restos de ellas, un Sileno, un Júpiter olímpico, bustos r manos, un buen Trajano, un excelente Marco Aurelio. Pr fusión de objetos menudos. En cerámica, ánforas, lagena patinas, cimbios, pelluvios, ampullas olearias, chytras, vas etruscos, lucernas biclinas, lucernas pensilias y urnas cin rarias. En mobiliario, arcas, biclinios, triclinios, clépsidra escabeles y candelabros. En adornos ó preseas, anillos se cillos y bigemos, armillas, cálceos, caligas, coronas triunf es, ovales y *radiatæ*. En armas ofensivas y defensivas, g leas, lóricas *squamatæ* y *plumatæ*, sicas, furcas y furcilla peltas y hastas ansatas. En instrumentos músicos, buccina cítaras, címbalos y tímpanos. En yeso, en barro ó en bronc multitud de cariátides, priapillos, sátiros y otras figurill representando los lares y penates que ostentaban los Roman en el *tablinum* situado detrás del *atrium*. En fin, un muse en toda regla, de la antigüedad clásica; museo digno de u Grande, como no parecería mal que lo tuvieran muchos señ res de la clase del Conde, siquiera al lado de sus espléndid caballerizas, ya que parezca menos decoroso llamarlas cuadra

Siempre, y más desde que ví aquellos tesoros de Rax me han inspirado profundo respeto y veneración los arque logos. Poner en ridículo al anticuario, lo tengo por solem bobería. ¿Qué os parece mejor: la generación que se ocupa enterrar los monumentos de sus antepasados, ó aquella q se dedica á extraerlos y restaurarlos para conocerlos bien inspirarse en sus grandezas? Estoy por decir que esta s diferencia marca la gran línea divisoria entre pueblos y p blos, con sus respectivas costumbres, su política y creenc al través de las edades. Unos que destruyen, esconden y pultan; otros, que cavan, extraen y reconstruyen. Conquis dores del Asia, conquistadores en Europa, conquistadores la América que avanzan y avanzan dejando ruinas por hu llas; musulmanes bárbaros que queman bibliotecas; cristian primitivos que abaten templos paganos, mutilan estatua

orran las obras de Cicerón para escribir encima un himno acarrónico, en palimsesto; mañana, quizás, el joven partido orero talando ó incendiando fábricas, ferrocarriles, edificios úblicos, viviendas de ricos y *burgueses* y creyendo hacer obra eritoria. De todos estos se compone el grupo de los devastaores. Mas, véase cómo ya, desde remotos tiempos, empiezan s instintos arqueológicos con el trabajo de reconstrucción. oma, que se lleva como trofeos, á su casa, objetos del arte riego y egipcio; Pausanias, que describe minuciosamente s monumentos de Grecia; monjes de la Edad Media que uardan y consultan manuscritos antiguos; y con el Renaciiento y con Lorenzo *el Magnífico*, las primeras colecciones e medallas y piedras grabadas, los primeros estudios de la statuaria clásica y de la arquitectura greco romana.

¡Qué distancia, sin embargo, decía yo contemplando lo e Raxa, qué distancia de aquellos tímidos ensayos á esta olección particular, pequeña pero tan perfectamente ordenaa! ¡Y cuánta y cuantísima mayor distancia hasta llegar á os grandes museos de Europa, á los de Nápoles, Florencia, arís, al *British Museum!* Porque la arqueología, como ciena, es de ayer, casi de hoy; la han creado Herculano y Pomeya, las escavaciones asirias, egipcias, griegas y romanas, rœvius y Gronovius, Muratori y Lord Elgin, Kircher y Laard, los Champollión y Mariette.

Todo el camino de regreso á Palma fué un continuo traín con mis impresiones de Raxa. Entróme de repente un nsia desmedida de cultivar el estudio de las antigüedades, y ejando vagar la imaginación, lo enlazaba todo con mi maera de apreciar la historia, según dejo consignado en otro apítulo. Los historiadores mienten, repetía yo, los historiaores mienten; no pueden menos de mentir. ¿Cómo comprenerán los hombres del porvenir la República de los Estados Jnidos, descrita por un monárquico? ¿la Monarquía inglesa e los Hannover ó la belga de los Coburgo, descrita por un epublicano? ¿los trabajos para la unidad de Italia explicados or un católico? ¿la situación del Pontificado moderno, defiida por un protestante? Pues lo mismo debe sucedernos á osotros con los hechos antiguos. Cada historiador nos los

habrá transcrito según sus particulares afecciones ó sus pasiones de partido. Los historiadores mienten, por mucho que no quieran mentir. *On retrouve l'homme partout*, decía Voltaire. Sólo los monumentos cantan la verdad; la lápida habla, la estatua revela, la medalla narra, la pintura describe, la arquitectónica simboliza.

Hasta llegué á formarme mi plan de educación arqueológica para cuando estuviésemos de vuelta en Barcelona. Desde la arquitectura hasta la heráldica, lo iría recorriendo todo paso á paso, con relación á los pueblos que han dejado de existir; estatuaria, el bajo relieve, camafeos, pinturas sobre mármol, marfil, madera, lienzo y al fresco; vasos y mosaicos; instrumentos religiosos, militares y civiles; numismática, iconografía, indumentaria, paleografía y diplomática. ¡Cándidas y engañosas ilusiones! Justamente al llegar á Barcelona, iba á empezar para mí una serie de desventuras que habían de dar á mi vida y á mi espíritu direcciones bien distintas. Mas antes de dar cuenta de ellas, acabemos de reseñar nuestra excursión por Mallorca.

SECCIÓN DÉCIMA

Soller.—Crónica con faldas.—Dicen y digo.—El rebocillo.—Magistratura por los suelos.—D. Gil Muñoz.—Entre la estatua y la hoguera.—La visión de Raimundo Lulio.—Soy del siglo XIII.—En Guillem de Sant Romá.—Donde se decidió la conquista de Mallorca.—Corts de Santa Águeda.—A la vela con el Rey Jaume.—Batalla de Portupí.—*De profundis*.—Ricos omes, mesnaderos, ballesteros y almogávares.—Un tren de sitio.—400 cabezas por los aires.—60.000 libras por un redaño.—El asalto.—*S. Jordi, firam, firam!*—¡Mallorca por D. Jaime!—De la Almudaina á San Francisco.—¡Pícaro sacristán!—Me despido de las Baleares.

I

Siempre que vayan á Mallorca, les recomendarán, y deben agradecerlo, una expedición al puerto de Soller. Pareciónos bien el consejo; y, cogiendo el hatillo, emprendimos aquel

camino; mas no fué ya calesa ni calesín lo que nos condujo por sendas y vericuetos, sino caballería menor y muy menor, y de tan floja condición los animalitos, que, queriendo hacer entrar el mío en razón, tales tropezones comenzó á dar, que me encontré impensadamente apeado por las orejas. Como, por ser tiempo de grandes calores, habíamos salido á la tardecita, cogiónos la negra noche en lo más áspero de la montaña; de suerte, que por no escurrirnos en algún precipicio, tomamos el prudentísimo acuerdo de bajarnos de los rucios, esta vez por nuestra propia voluntad, prosiguiendo la marcha en el caballito del seráfico Padre. Fiados en la solidez de las piernas y con la imprevisión de los pocos años, nos íbamos aventurando por los breñales, á caza de vereditas; más alegres que unas Pascuas, asidos de las manos y entonando antiguos cantares catalanes que nos habían enseñado, en nuestra tierra, unos montañeses. Seguían los mozos por la senda principal con las caballerías.

Ya llegados á lo más levantado del monte, entre unas peñas, que por lo encumbradas y soberbias, parecía que se sustentaban y tenían como en el aire, comenzó el descenso por caminos de grande aspereza, para venir á dar en la hermosa llanura donde está situado Soller. Aquí crecieron las dificultades; porque el ramaje era tan espeso, que no nos permitía tender la vista más allá del camino, y tan profunda la oscuridad, que sólo percibíamos el fulgor de las estrellas, y al través de los matorrales una que otra lejana luz perdida en algún caserío extraviado; y del riesgo que corríamos nos advertían los peñascos que por los costados se desgajaban y oíamos caer rodando al fondo del abismo.

Ya serían como las once de la noche cuando, incorporados al resto de la comitiva, con guías y jumentillos, entramos en la población, que estaba como boca de lobo, y sin rastro ni señal de alma viviente, como no fueran los socios del Casino que jugaban allí hasta las doce; nombre ese tal de casino, y hábito de jugar, que me maravillaron sobremanera, porque de tan apartado y pacífico lugar, eran de esperar costumbres más patriarcales. No he menester decir el trabajo que nos costó hacernos abrir la posada, ni los ardides á que tuvimos

que apelar, ni lo que refunfuñó la dueña de la casa. Diéronnos por fin albergue, y dormimos de un tirón no sé cuántas horas; que bien lo necesitaban nuestros míseros huesos después de un tan cumplido zarandeo.

Con el fresco de la mañana volvieron los bríos, el buen humor y el afán de curiosear, que es el perpetuo aguijón del viajero. Miré á mi alrededor y encontréme, no en un parador grande, como me había parecido la víspera, sino en un humilde mesón con trazas de ventorrillo, y en mi cuarto, un más que modesto ajuar compuesto de catre, dos sillas de enea, jofaina de grosera loza rameada de azul y amarillo, vetusto aguamanil de hierro con su toalla de granillo, y en las paredes un viejo reloj de pesas y dos estampas francesas que representaban *le départ pour la chasse* y *le retour de la chasse*, cuyas leyendas tenían puesta al lado su traducción en este castizo castellano: *el partir por la cacería* y *el retornar de la cacería*. Aseo mucho, bonitas vistas al campo, atenta y esmerada la gente de servicio, y como pies y manos del ama y joya y alegría de la casa, la traviesa Marieta, moza bizarra, de linda cara y mejor talle, ojos en ristre y arriesgados, que contestaba á las preguntas con una sonrisa picaresca y singular donaire. Arqueaba las cejas como dándose tiempo para aguzar el dardo que nos preparaba; y aunque áspero el acento mallorquín en boca de mujeres, sentábale á ella bien, sirviéndola de pretexto la conversación para hacer gala de una soberbia dentadura. Mirábanos durante el almuerzo, apoyada en la pared, con cierto airecillo entre socarrón y desconfiado: balanceaba ligeramente el talle, y con la punta del pie parecía trazar signos cabalísticos sobre el pavimento. Púsonos al tanto del pueblo, de sus particularidades, virtudes y flacos, sociedad alta y baja. Historia, geografía, leyendas, todo lo pasó en revista; de forma y manera que, con solo oírla, nos podíamos ahorrar las impresiones al natural; y era cosa de dar allí por terminada nuestra misión sobre aquella tierra.

Naranjales y más naranjales, todo el camino desde el pueblo á la lengua del agua. ¡Lástima de empalizadas, cercas y paredones! Sin aquella embarazosa cintura, hubiéramos re-

creado la vista; á bien que nos quedaba el recurso del olfato delicadamente acariciado con los perfumes del azahar.

Monísimo el puerto de Soller. Tendrá como una milla de longitud y poco más de un cuarto en lo ancho. A la derecha un faro, á la izquierda una cruz de madera, recuerdo de algún naufragio. Pequeñísimo andén con seis ó siete cabañas de pescadores: dos botes amarrados á gruesas argollas, otros en reparación, tumbados sobre la piedra: remos, redes, cuerdas y otros aparejos esparcidos por el suelo: la mar azulada, un cielo claro y una veta blanquecina á la entrada de la cala. Un verdadero *estudio* de marina.

¿Conocéis la leyenda de Soller? Raimundo de Peñafort, no encontrando barco para hacer la travesía á Barcelona, se quita el manto de religioso, lo ata por uno de los cabos á su cayado, sírvese de él como de gobernalle, se arroja al agua, y empujado por el viento, llega felizmente á su destino. La escena está fielmente representada en un retablo de la capilla, situada á poca distancia del embarcadero. Créenlo tan á pie juntillas las gentes del país, como creen los suizos en la manzana de Guillermo Tell, á pesar de habérsele anticipado la crónica de Saxo Gramático. No os canséis en querer suprimir el culto de lo maravilloso: tras él correrán los pueblos, y tras él corremos á veces, sin sentirlo, los que nos preciamos de más despreocupados. Para lo mágico y lo *extra natural*, no se conocen madureces: vivimos en una infancia eterna. ¿Por qué? Secreto magno. Un libro tiene mi paisano Pompeyo Gener, que habla mucho de estas cosas: leedlo con atención si sois aficionados á la *demonografía*. Al ver la prisa que se está dando la crítica histórica para demoler las tradiciones fantásticas, decíame en cierta ocasión, muy contristado, un legitimista francés:—«¿Qué conseguiréis cuando hayáis destruído los grandes prestigios seculares envueltos en la leyenda?—¿Qué conseguiremos? contestaba yo: restablecer el imperio de la verdad, y siempre es algo.»

Acá, para *inter nos*, eso del imperio de la verdad lo considero dificililllo. La verdad, ya que no puede faltar en el mundo, de puro flaca está en los huesos. No habéis acabado de restablecerla, cuando vuelve la fantasía á hacer de las suyas.

Todavía os añadirán los prácticos que la fantasía es muy sana y provechosa, como instrumento de gobierno, porque dicen que, con ayuda de lo fantástico y de lo maravilloso, los pueblos adquieren la conciencia de su fuerza y se sienten dispuestos á acometer mayores empresas. *Words, words and words.* ¿Qué les quedaría á los políticos sublimes si les quitaseis la palabrería?

Hubo en aquella mi visita á la ermita de Peñafort algún incidente curioso. El personaje de más cuenta era el sacristán; y él fué quien nos enseñó el retablo. Hízonos un minunucioso relato de la piadosa leyenda; pero, en vez de hablar el lenguaje del que tiene una fe ciega en la autenticidad de la cosa, andaba haciendo protestas y escarceos, declinando responsabilidades y acompañaba cada detalle arriesgado con estas significativas palabras: *dicen y digo...* Diónos esto tanta risa, que el hombre se quedó corrido. ¿Cómo explicarse aquellos ribetillos de volterianismo en persona tan allegada á la Iglesia, en lugar tan apartado de las corrientes impías y nada menos que hace treinta y siete años, cuando el tipo del *esprit fort* era ave rarísima en España? ¿Cómo explicarlo? Averígüelo Vargas; yo me limito á mi papel de cronista; añadiendo que esa raza de sacristanes debe ser el mismísimo diablo, porque en cuantos santuarios de igual ó parecido género he visitado, siempre he tenido ocasión de sorprender, en curso de relación, sonrisitas, reticencias y el pícaro ademán de rascarse detrás de la oreja.

Sólo tres cosas podíamos hacer, y las tres hicimos, en aquel rincón de paraíso: bañarnos, pescar y pasear en bote. De la pesca resultó un mero colosal, que, para comerlo casi coleando, tuvimos la crueldad de mantenerlo un par de horas en el agua, atado á la embarcación y con el anzuelo clavado en las tripas. Luego, al poner pie en tierra, nos lo aderezaron á la marinera, dándole por compañía una rica sobrasada y un sólido *camayot*, con sus traguitos refrescantes. Hecho lo cual, nos pusimos en marcha para la población, donde permanecimos hasta las tres de la madrugada, en cuya temprana hora tomamos la vuelta de la capital de las Baleares.

II

Cammin facendo me enteraba de los trajes y costumbres de los campesinos. Son toques utilísimos, con los cuales, ya que de vestir se trata, le tomáis á un pueblo la medida de cuerpo entero. El traje mallorquín iba decayendo; de usarlo antiguamente todas las clases populares, así en las ciudades como en el campo, ya quedaba reducido casi á las aldeas. Semimoruno el de los hombres, con sayo corto ó chaqueta de caprichosa y menuda botonadura; guardapechos ó chaleco, por lo común abrochado, y unos anchísimos calzones atados por debajo la rodilla, viniendo á caer á mitad de la pierna, y metidos los pies en gruesos zapatos de badana. Sombrero de fieltro negro ó de paja, bajo de copa y anchas alas; y en ocasiones lo sustituyen con un bonetillo negro, de punto.

Usan las mujeres el rebocillo que las cubre la cabeza, y al caer con mucha gentileza sobre el pecho, deja entrever á la espalda una larga trenza de azabache. Gastan corpiño corto muy ajustado y ancho delantal. Para las faenas del campo, suelen añadir un gran sombrero, adornado de cintas, sustituído á veces con un simple pañuelo atado debajo la barba. Si están de luto, agregan al tocado un velito negro; si presumen de caudal, lucen rebocillos profusamente bordados, botones de oro ó de plata en la manga hasta el codo, y de remate unos vuelillos de encaje.

¡Feliz Mallorca si ha logrado conservar algunas de las costumbres que entonces la recomendaban! Decíanme unos magistrados de la Audiencia que, á veces en la Sala de lo criminal, estaban semanas enteras mano sobre mano; y túvelo por cierto, mayormente tratándose de delitos contra la propiedad; porque no he visto respeto igual al que tributaban á lo ajeno aquellos honrados isleños. En sitios extraviados y en lo más fragoso del monte, tropezabais con caballerías sueltas que

estaban paciendo tranquilamente: nadie en apariencia cuidaba de ellas, ni de día de noche, sin el menor recelo de que les echara la zarpa algún caballero de la arrebatiña. Cuando se ausentaban los dueños de una casa de labor, cerraban la puerta, dejando la llave en la cerradura ó tirada al suelo: si el que acertaba á pasar por aquellas cercanías, tenía sed ó quería encender un cigarro, tomaba la llave, abría la puerta, buscaba fósforos ó sacaba agua del pozo, y luego volvía á cerrar, dejándolo todo como lo había encontrado. Vimos una vez, en sitio muy solitario, un grueso bastón de nudos apoyado en el tronco de una higuera: pareciéndonos que, por estar allí como abandonado, podría sernos útil para nuestras expediciones á pie, pedimos que nos lo trajeran. «No haré tal —dijo el guía;—este bastón tiene su dueño, y de seguro vendrá á recogerlo cuando le haga falta.»

Con tales comprobantes, no me pareció exagerado el dicho de los magistrados; y confirméme en él, cuando ya de regreso á Palma, visité el edificio de la Audiencia territorial, donde eché de menos aquel bullicio, aquella animación y el fuerte olor á carne de curia que anuncia, en un palacio de Justicia, la plétora de los negocios. Decían que no por esto escaseaban los asuntos civiles: creílo, sabiendo el juego que dan las cuestiones de propiedad y de contratación en países de gente acomodada, y más con el teje maneje de la desvinculación, entonces todavía muy embrollada. Como edificio, la Audiencia era una cosa deplorable. Un mismo local servía para oficinas militares y para administración de justicia: aquéllas, por supuesto, en sitio de preferencia: chafarotes arriba, y la magistratura *por los suelos*. Salas pintadas como un café y los señores del margen sin tarima; así, de confianza y casi mano á mano con el público. A la española: millones para sólidos cuarteles, y cuarenta años para hacer una Cárcel-Modelo del sistema tente mientras cobro.

Mejor alojado que la Justicia estaba el Comercio, en los restos de una antigua Lonja, con jardín y espaciosa sala del más puro gótico, entremezclado con columnas salomónicas. También el Obispo tenía buena instalación en un palacio de regular aspecto, mejor que el de Barcelona. En una galería

estaba el *Episcopologio*, con todos ó la mayor parte de los que fueron prelados de la Diócesis. Uno de ellos era el canónigo D. Gil Muñoz, designado por D. Pedro de Luna para sucederle en el Solio pontificio, y nombrado después Obispo de Mallorca por la docilidad con que se atemperó á los mandatos del Concilio, deponiendo las insignias y autoridad de Pastor Supremo de la Iglesia. Represéntanle en traje cardenalicio, puesta la mano derecha sobre un pergamino, en el cual se lcen estas palabras: *Jus ad Sedem pontificiam renuntiavi.* Lo de la renuncia lo conocemos: tocante al *jus*, allá se las entendería el bueno de D. Gil con los Padres de Constanza y Basilea, que pusieron fin al cisma de Occidente.

Otra galería ví, sólo de mallorquines, en las Casas Consistoriales. Perfililllo interesante: aunque vivíamos en pleno moderantismo, no habían quitado el retrato del general Espartero, como hijo adoptivo de la Isla. Al lado suyo campeaba, con fiero ademán, el ilustre Jefe de los comuneros mallorquines, Juan Odon Colom. Mas todo lo oscurecía otro cuadro; y todo lo oscurecía, porque representaba un tan insigne personaje, que dolía en verdad encontrarle prosaicamente alineado con las comunes celebridades. Trasladémonos, para venerar su memoria, á la grandiosa iglesia de San Francisco, en Palma: allí está su tumba; allí sus cenizas. Prosternémonos y evoquemos gloriosos recuerdos, porque aquel hombre no es precisamente mallorquín, ni precisamente español, sino cosmopolita; porque aquella no es figura de las que se encierran en el marco de una provincia, de un reino, ó de un período, sino de aquellas otras que se sientan en pleno concierto de la humanidad y son cabeza de desfile en la ordenada marcha de los tiempos. ¿A quién me refiero? A Raimundo Lulio.

Lulio es del siglo XIII; mejor dicho, es *el* siglo XIII. Nadie personifica mejor que él aquella antesala del Renacimiento, aquel período de auroras y ocasos, de dudas y creencias, de caridad é intolerancia, de gratas esperanzas y supremas inquietudes. Loco de amoríos en sus mocedades, como Abelardo y Jaime I de Aragón; místico é iluminado como Francisco de Asís; gimnasta del espíritu como Tomás de Aquino;

corredor del Asia como Marco Polo; agitador de ideas y ambiciones como Federico II de Hohenstaufen; polígloto, enciclopédico; predicador de Cruzadas como Foulques de Neuilly y San Bernardo: Lulio esgrime su pluma contra la *idea* mu sulmana encarnada en Averroes, como los Reyes cristianos esgrimían sus armas contra la *masa* en los campos de Siria y en tierras ibéricas y berberiscas: Lulio va á morir como San Luis en las africanas playas, héroes fallidos los dos, el atleta de la fe y el atleta de la ciencia. Porque, seguramente, no encontraréis mayor atleta que Lulio en su *Ars magna*, aquella mecánica del pensamiento, encerrada por el insigne filósofo en leyes estrechas é inflexibles, como presintiendo que la razón estaba muy próxima á volar con los precursores de la Reforma. Fecundidad inmensa, inverosímil, absurda la suya: apenas contenida en los cuatro mil libros que se le atribuyen. ¿Merecía una hoguera? ¿merecía una estatua? Su siglo no supo decirlo: ni siquiera se atrevió á resolver si los cuatro *círculos* de Lulio encerraban una revolución científica ó eran lastimoso indicio de una imaginación extraviada. ¿Dónde halláis un criterio fijo para juzgarle? Si Cardano, Cornelio Agrippa y Bacon de Verulamio le censuran y le maltratan, en cambio, Policiano, Giordano Bruno y el supraeminente Leibnitz le suben á las nubes. Forma de aquilatar un carácter como aquél, en lucha con todas las opiniones y en lucha consigo mismo. Seis siglos nos separan de él. ¿Qué nos importa saber si lo suyo fué creación ó aborto? Su talla es tan prodigiosa, que no necesitamos cristales de aumento para agrandarla: como operario de la idea, un portento; como agitador, un coloso.

III

Ocurrióseme entonces la más peregrina idea que pueda caber en la imaginación de un muchacho. Noticioso de que un erudito mallorquín poseía las *Lulli Opera omnia*, diez volúme-

nes, edición de Maguncia—Buchofius y Saltzinger, 1721—llevóme el deseo de pasarme algunas horas hojeando y curioseando aquella joya tipográfica. Hasta aquí la cosa no traía malicia; mas quise añadir al lance un poco de colorido, procurándome una escena á lo Claudio Frollo, y fué hacerme llevar la obra entera á la misma iglesia de San Francisco, de Palma, junto al sepulcro del Doctor *iluminado*, y consultarla allí, de noche, con una mezquina luz, y como abandonado en las soledades del templo. Vino en ello el dueño de los libros, y como lo había imaginado, lo puse por obra. Una tarde, ya entre dos luces, llevaron á la Iglesia los diez tomos, pusieron atril, un sillón de viejo cuero de Córdoba claveteado de bronce, dos candelabros de madera con hachones y, al alcance de mi mano, una linternica sorda para cuando, cansado de la broma, quisiese salirme por la sacristía. Conseguí dar al cuadro toda la magia apetecible; y á medida que se iban espesando las tinieblas, la luz vacilante de los hachones describía círculos siniestros sobre los negros fondos y hacía danzar en las paredes la sombra agrandada de mi cabeza; las letras del tomo, abierto en el atril, iban tomando un tinte rojizo y, hasta el silencio que reinaba, parecía anunciar una solemne evocación de espíritus. Poseído de una especie de fiebre, tomaba yo y dejaba tomos del Lulio, recorriendo á la ventura páginas y más páginas, pasando del *Ars magna* al *Ars generalis*, del *Ars generalis* al *Ars brevis*, del *Ars brevis* al *Ars inventiva*, del *Ars inventiva* al *Ars demonstrativa*. Tropecé por fin con lo que más me intrigaba, con el *Ars cabbalística* y, al llegar á este punto, y cuando trataba de informarme de si Lulio había conseguido penetrar en los misterios de la Kábala hebraica, sentí de repente una gran pesadez en la cabeza y un roce casi imperceptible, como de brisa, en la frente; mis párpados se cerraron, parecióme que cuanto iba teniendo menos de cuerpo tenía más de espíritu; la llama de los hachones se estiraba, estiraba hasta tocar en lo más alto de la bóveda, y de allí descendía lenta y majestuosamente una sombra envuelta en negro ropaje, primero larguísimo, después ancho y flotante cuando la figura se abatió en el suelo. Había yo caído en un profundo sueño; alcé los ojos y

en aquel personaje que tenía delante reconocí al mismo Raimundo Lulio.

Y la visión se fué acercando y la visión habló: «Vana»mente pretendes, me dijo, descubrir en mis libros el secreto »de la ciencia cabalística. Toda la conocí; pero tuve buen cui»dado de ocultarla á mis contemporáneos. Fuí de los que bus»caron, fuera de la naturaleza material, aquellas satisfaccio»nes ideales que el mundo real nos rehusa; aprendí para esto »el árabe, el hebreo y el siriaco; me eduqué en las escuelas sa»rracenas y llegué á ser maestro en Filosofía hermética; domi»né todas las formas del arte adivinatorio, la astrología, la »oneirocricia; todas las maneras de evocar espíritus invisibles, »la teurgia y la goecia; todas las relaciones materiales y espi»rituales de los muertos con los vivos, ó sea la nigromancia; »todos los medios de ejercer un poder sobrenatural y tene»broso por la influencia de los demonios, es decir, la hechi»cería.»

—Según esto, contesté, según esto, tú, el gran Raimundo Lulio, viniste á ser mantenedor ó iniciador de las mayores supersticiones que deshonraron los siglos medios; y como fuiste astrólogo y teurgo y nigromántico, así también debiste poseer la quiromancia ó adivinación por las manos, y la dactilomancia ó adivinación por los dedos, y la aeromancia, ó adivinación por los fenómenos del aire, y la hidromancia por el agua, y la piromancia por el fuego, y la geomancia por la tierra. Y siendo así, no debes extrañar que la posteridad haya tratado de confundirte con los más insignes maestros en el arte de la brujería: con Pedro de Abano, quemado en efigie en Padua; con aquel maese Jaques, que llevaba engarzado un diablillo en su anillo mágico; con el legendario Juan Fausto, el de los pactos mefistofélicos; con la duquesa de Glocéster y tantos otros aficionados al sortilegio de las figurillas; con Cosme Ruggieri, el protegido de Catalina de Medicis, ó con el incomparable Gil de Laval, de sobrenombre *Barba azul*, que encantaba y hacía desaparecer, por arte diabólica, as mujeres hermosas en sus castillos de la Bretaña.»

Miróme el Iluminado con angustiados ojos.—«Joven, re»plicó, joven: tu lenguaje no es digno del siglo en que estás

»viviendo. Yo, Raimundo Lulio, nada tengo de común con »esos seres extraviados y cien veces criminales que explotaron, »explotan ó explotarán credulidades y fanatismos. Mi filiación »es más elevada. Profesé, sí, las ciencias ocultas; mas advier»te, que, las que de ocultas calificábamos ayer, son en tu »tiempo, aunque bajo otros nombres, ciencias á la luz del día, »las más seguidas, las más honradas. Llámanse Astronomía, »Química, Física, Mecánica; han transformado la industria, »el comercio, las artes todas, y doblegado la materia al impe»rio y voluntad del hombre. Ocultas, decíamos, porque ocul»tos estaban entonces sus misterios en el seno de Dios; mis »predecesores, yo y mis continuadores hemos empezado á re»velarlos. Reveladores, que no mágicos, somos; y no hogue»ras, sino estatuas debieron decretarnos, si tanta no fuera la »ignorancia de aquellas míseras edades. Ahora que disponéis »casi á vuestro arbitrio, de esos que nosotros hubiéramos lla»mado cuatro elementos—luz, calórico, magnetismo y electri»cidad,—ahora que tan sencillamente los gobernáis para »vuestros usos y comodidades, no nos despreciéis á nosotros »que comenzábamos á sospecharlos, ya que adivinar todo su »alcance no pudimos. Observa cuán ilustre prosapia me pre»cedió y cuán egregios son los nombres de los que perfeccio»naron aquellas mis ímprobas tareas. Procedo de Plotino, »Porfirio y Jamblico, los alejandrinos; de Eunapio, Eustatio, »el Emperador Juliano, Proclo y el papa Gerberto, y mis »cómplices fueron después Alberto *el Grande*, Rogerio Bacón, »Cardano, Paracelso, Reuchlin y Cornelio Agrippa. Mira »cuán sin razón me motejaste, y si es ó no glorioso viajar por »la historia en tan buenos hábitos y compañía.»

Abochornado me quedé con la filípica de aquel varón eximio, y más cuando, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo con un acento que me heló la sangre:—«Has dudado »de mi ciencia; y ahora mismo te he de dar una prueba de »ella. Los magos adivinan el porvenir: yo, al revés de ellos, »te haré presenciar una escena del pasado. La verás, figurarás »en ella como si hubieses existido hace seis siglos. Estás pi»sando el suelo mallorquín; ¿quiéres asistir conmigo á la con»quista de Mallorca bajo el primer Jaime de Aragón? Mírame

»bien: levántate y sígueme.» —Y mis vestidos cayeron, y me encontré, y en cuerpo y en espíritu me sentí trasformado en uno de los caballeros de la mesnada de D. Jaime.

IV

Estamos en el año de gracia de 1228. Encuentro á JAUME D'ARAGÓ en un vasto salón del palacio de Tarragona; de pie, descubierta la cabeza, de sobrevesta, con cinturón de cuero, sin espada y hablando con mucha animación en un corro de caballeros. Reconozco á Ramón de Solsona, á Jofre de Rocaberti, á Termens el francés, á Mataplana, á Cervelló, á Centelles, á Desclot el cronista; también me encuentro allí con algunos de mi parentela, *en* Pere López de Sant Romá, y *en* Bernat de Sant Romá, y *en* Guillem de Sant Romá, canónigo éste de Barcelona. Está el Rey en la flor y verdor de sus años, pues no pasa de los veinte; es altísimo, gallardo mancebo, rubio, colorada la tez; con la mano derecha se está acariciando una precoz y sedosa barba, y en cascaditas de oro le desciende hasta los hombros una abundante cabellera. Sus ojos son vivos y penetrantes, dulce la mirada; mas en el momento de entrar yo, hay en ella un tinte de amargura.

Pregunto que cómo está el Rey tan angustiado. Me enteran de los desaires que acaba de recibir de la fortuna, el descalabro de Peñíscola, los disgustos domésticos con su mujer Leonor de Castilla y las últimas nuevas traídas de Mallorca. Sobre una mesa de roble tallado hay varios pergaminos enrollados que un amanuense del Rey está compulsando y sellando con cera encarnada. Me los deja ver, cediendo á mis ruegos: de cómo los sarracenos mallorquines han apresado dos bastimentos catalanes; de cómo se han quejado de este atentado, al Monarca, los Prohombres del Mar en Barcelona; de cómo el Rey ha enviado un Embajador á las Baleares para reclamar del Walí la devolución de los barcos con sus tripulaciones y cargamentos; de cómo el Walí se ha negado

á hacerlo y en los términos más injuriosos. Ahora comprendo la cólera del joven Jaume y el por qué de la palabra ¡venganza! que repite al oído de *mi tío* en Guillem, hombre para él de tanta confianza, que le dará poderes más adelante para representarle en sus Estados del Rosellón y de la Cerdaña, del Vall Espí y del Conflant.

Entra un pajecillo de dalmática y toquilla y anuncia *en* Pere Martell, mercader y antiguo cómitre ó capitán de mar en Barcelona. Viste *en* Pere traje de lana oscura y capotillo negro: es pequeñín, bermejico y pecoso, avanza haciendo muchas reverencias é hinca ante el Rey una rodilla en tierra. «Vengo—dice—á convidaros á Vos y á vuestra Corte; tengo dispuesto un banquete para regalaros; por vida vuestra, que no me habéis de negar merced tan señalada.» Todos quedamos suspensos, viendo á un simple vasallo tomarse tanta mano con el Rey, queriéndole hacer merendar, no con majestad de Príncipe, sino con llaneza de igual; mas el Rey, que ya se ha puesto sobre aviso, exclama mirándonos con sobrecejo: «¿No sabéis que en tierras aragonesas y catalanas, más que amos, somos amigos de nuestros vasallos? Hablaremos de Mallorca en los postres.» Y esta sola promesa nos electriza á todos.

Maese Pedro sabe hacer las cosas en toda regla cuando se trata de obsequiar á un tan alto y poderoso señor como el que ciñe la Corona aragonesa. A las órdenes de un despensero con túnica oro y carmesí y el escudo condal de Barcelona, sirven la mesa diez pajes y cuatro de ellos escancian los vinos en grandes jarras de plata cincelada. Ocupa el Rey el centro, teniendo á su derecha al vizconde de Béarn y el anfitrión á su izquierda; siguen por su orden los principales caballeros; yo tomo humildemente puesto entre Ramón Berenguer de Ager y el *sacrista* de Gerona.

Comenzamos los convidados por lavarnos las manos con agua destilada y finas esencias del Oriente, en anchas jofainas de metal repujado, obra maravillosa de un artífice de Milán: la del Rey es de oro, con borde de pedrería.

Luego, puesta en orden la comida, entran los servicios abundantes y exquisitos. Viandas con toda especie de adere-

zos; perdices en ágili-mójili; codornices de Grecia, saladas y embarriladas, trato y granjería de aquella tierra; gansos y capones con guiso provenzal; ternera lardeada, sobre capas de queso y azúcar; patas de vaca; lenguados, congrios y dentones en salsa verde, ó con sabrosa mistura de ajo y perejil; callos con alioli; gelatinas de pollo, de anguila y jabalí en empanada; pirámides de coles, judías, *robellons*, berengenas y peras cocidas; y haciendo oficio de asado, un pavo real y dos docenas de lechoncillos, formando caprichosos dibujos con las orejas y los rabillos dorados. Acompañan de entremés, á cada plato, algunas zarandajillas, aceitunas, lengua salada, lonjas de tocino y magras de jamón con picadillo de huevo: de postres, mazapán, tortas bañadas en miel, pastelones con las armas Reales de Aragón, cabello de ángel con otras confituras y golosinas, naranjas, pasas, almendras y granadas; melones, sandías y *figues de moro*, en romance de Castilla higos chumbos, que por su origen sarraceno, nos aprestamos á devorar con alevosía y ensañamiento. Cierran la fiesta el clásico hipocrás y un vinillo griego que, en doce cántaras, trajo nuestro opulento mercader de una de sus expediciones á Chipre; y depuestos todo miramiento y toda ceremonia entre los vapores del delicioso néctar y las expansiones de última hora, tanto y tanto apuramos á Martell, que al fin tiene que ceder y pintarnos, como marino, los encantos de las Baleares. Allí fué el ponderarnos la riqueza de aquel fertilísimo suelo, sus admirables aguas y lo regalado que es de cuantas cosas son necesarias para el sustento de los hombres: allí el contarnos sus propias impresiones y las del geógrafo árabe Abulfeda; y tanto narró y tanto dijo, que allí mismo, de sobremesa, es donde se decide formalmente la conquista de Mallorca, y juramos, sobre el pomo de nuestras espadas, no envainar el acero hasta haber hecho á la Corona de Aragón el rico presente de *un Reino entero en medio de las aguas*.

Faltaba lo que ahora llamaríamos la sanción de las Cortes; la aprobación de los tres *brassos* ó *mans*. Y en Barcelona se reunen y á Barcelona me lleva Raimundo Lulio en alas de mi sueño, y entro en el suntuoso palacio de Santa Clara,

y penetro en la capilla de Santa Agueda, donde se verifica la augusta ceremonia. Tantos y tantos discursos oigo que estoy á punto de dispertar, creyéndome otra vez en alguno de aquellos torneos literarios ó justas de ingenio, ó juegos florales, ó asaltos de retórica, que se llaman hoy Congreso y Senado español. Oigo al Rey D. Jaime anunciar la conquista de Mallorca para honra y gloria del Altísimo; oigo á Moncada, á Nuño Sánchez y al Conde de Ampurias prometer lanzas y lanzas, con más el impuesto del *bovatge*; oigo las secas bendiciones del anciano Arzobispo tarraconense; oigo al intrépido y fogoso Berenguer de Palou, prelado de Barcelona, anunciando que acudirá en persona al frente de su hueste; oigo á Giralt el cónsul, y á Pere Gruny el prohombre de Mar, representantes del brazo Real ó estado llano, ofreciendo, en nombre de la Ciudad condal, *les coques* y *els lenys*, es decir, los bastimentos necesarios para tan señalada empresa.

Rápidamente paso en sueños por los preparativos y accidentes de la marcha. Hame comisionado el Rey, sospechando mis futuras aficiones de economista, para entenderme con Ramón de Plegamans en todo lo relativo á aprestos militares: armamentos, construcción de máquinas de guerra, adquisición de caballos y acopio de víveres, bizcocho, harina, trigo, centeno, salazón, carne, queso, vino y agua; de cuyo último artículo juntamos abundante provisión como si ya hubiese venido Colón el genovés para hacernos navegar hasta un Nuevo Mundo. En Agosto del 1229, los de la mesnada de D. Jaime estamos con él en Tarragona dispuestos á hacernos á la vela; júzguese de la impaciencia del Rey y de la nuestra cuando hasta últimos de mes no conseguimos reunir todas las huestes. Celos de privanza y sórdidas codicias al olor del botín que se prepara. Hay que templar muchas gaitas. Se ha hecho un primer repartimiento provisional de tierras. Claman los Templarios, alzan el gallo los castellanos, los del Languadoc y los provenzales y hablan con grande imperio muchos que se han decidido tarde, á caza de probabilidades; los genoveses, los de Marsella, los de Narbona, y en fin, los de Montpeller, paisanos del Rey, que no se atreve á chocar con ellos. Brega muy parecida—¿qué parecida?—idéntica á la de

hoy cuando los partidos que se han decretado la exclusiva de gobernar, se meten á echar suertes sobre el Presupuesto, y á cada repiqueteo de campana hacen orejear á *los amigos*. En todo el discurso de aquella larga contienda, es menester arreglarse con el comendador de Mirabet, que representa los caballeros del Temple; hácese un repartimiento número dos, y habiendo aceptado algunos de nuestra mesnada el oficio de medianeros, puesta en nuestras manos la querella, sudo la gota gorda para hacer entrar en razón á los ricos omes Ximeno de Urrea y Pedro Cornel, tercos como buenos aragoneses.

Ciento cincuenta y cinco naves componen la flota, con doce enormes galeras, sin contar las fuerzas sutiles. Manda la vanguardia *en* Nicolau Bonet y han dado á regir la retaguardia á un alemán, amigo del Rey. Prontito, prontito empiezan las tristes influencias alemanas en estas cosas de la Marina.

Dispónese el embarque en el puerto de Salou para el primer miércoles de Setiembre; y sin más detenernos, hacen señal de partir, al rayar el alba, y álzanse velas, no sin haber antes oído devotamente misa y comulgado como buenos cruzados que somos. El Rey se embarca el último con toda su mesnada en la galera de su cara ciudad de Montpeller. No me maravilla poco esta extraordinaria previsión en edad tan temprana. Como algunos se lo hagamos notar, rogándole al propio tiempo que acelere su marcha, contesta con el singular desenfado de quien está seguro del acierto: «No se dirá que el Rey se haya embarcado sin que primero tenga colocados el último peón y el último jinete con su pasaje y su vitualla.»

Mil contrariedades ocurren en la travesía; viento de proa á 20 millas del puerto, amago de tempestad al dar vista á la isla. Hasta el lobo marino de nuestro cómitre Gayran parece atemorizado. Mas el Rey se muestra muy entero, fiado en su buena estrella; y cuando el primer viernes de Setiembre, libres ya de sobresaltos y echando todo el trapo, tocamos en la Palomera, digo al ver aquel tesón y aquel esforzado carácter: «vamos con un denodado campeón; la conquista de Mallorca está asegurada.»

V

Ni D. Jaime ni sus mesnaderos tenemos la gloria de romper las primeras lanzas con los sarracenos. En el acto de desembarcar no vienen del lado nuestro, sino hacia donde está la hueste de Ramón de Moncada que, al frente de un puñado de jinetes, les destroza un cuerpo de más de 5.000 hombres. Sábelo el Rey á los pocos instantes, y lastimado del caso por no haber tomado parte en aquella primera escaramuza, vuelve la cara á un grupo de veinticinco mesnaderos que estamos á caballo y dice, blandiendo la espada: «Quien quiera seguirme que me siga, y á ellos.» Y saliendo tras los fugitivos restos de la morisma, volamos á su alcance y hacemos en ellos grande estrago. Pareciendo mal á los viejos Cardonas la algarada irreflexiva del Rey, por el gran riesgo que ha corrido, le reprenden duramente tratándole de aturdido mozalvete. El Rey promete la enmienda, á reserva, supongo, de repetir la trastada á los cinco minutos. Tan impetuoso es de condición y tan delantero en el peligro.

Al poco tiempo topamos con el grueso de las fuerzas musulmanas, y Lulio sigue aprovechando mi letargo para hacerme asistir á la batalla de Portupí. Nos dividen en dos cuerpos: la vanguardia con las tropas de Moncada, las del Conde de Ampurias y los Templarios; á retaguardia, la mesnada Real, los de D. Nuño y demás barones. Cae el valeroso Guillem de Moncada sobre la primera línea de sarracenos, y con ímpetu tal, que, avanzando de un golpe toda la vanguardia, nos deja solos á los del segundo cuerpo, á gran distancia del sitio de la pelea. Impaciente el Rey, manda cargar al frente de toda la retaguardia, sin apercibirse de que no lleva puesta su cota de malla. Le ofrezco la mía, mas ya se me ha adelantado el caballero Bertrán de Naya.

Muy á tiempo llega nuestro refuerzo, porque son críticos los momentos. Con no muy buen acuerdo, se han separado

las dos alas del ejército de vanguardia: empeñada la derecha, con los Cardonas, en tomar una altura que es punto decisivo de la batalla. Allí quedan los dos ilustres caudillos; Ramón muerto, Guillem desaparecido, rotos los suyos y triunfantes los agarenos, cuyo pendón, por mitad rojo y blanco, vemos flotar en lo más elevado del cerro, con una cabeza recién cortada en la punta del asta. Vanamente intentan acudir, en auxilio de la cristiana hueste, el bravo D. Nuño, su alférez Roldán Layn, el bastardo de Navarra, y Jaspert de Barberá, con gran tropel de caballos; y ya va la gente desmayando, cuando D. Jaime, picando espuelas á su corcel y atropellando á Pedro Pomar y á Ruy Ximénez, que tratan de refrenarle, entre un diluvio de saetas, arremete contra la morisma con los cien caballeros de nuestra cohorte: sangre, polvo, reflejo de los aceros, *zis zas* de los molinetes, golpear de los mazos sobre las armaduras, menudear de las estocadas, vocear de los combatientes, relinchar de los caballos, blasfemar de los heridos, cabezas cortadas á cercén y troncos por la mitad rajados, todo pasa á mis ojos como una exhalación en el fragor del combate, hasta que, á los repetidos gritos de «¡Victoria por el estandarte Real!» nos vemos sanos y salvos en la cumbre, deshecho el enemigo y puesto en rápida y vergonzosa fuga.

De esta suerte se ha ganado la batalla de Portupí, que abre á nuestro ejército el camino hasta las puertas de la capital de Mallorca, no sin grandes quebrantos y pérdidas irreparables de esclarecidos campeones; porque, además de los Cardonas, con ocho de sus deudos y parientes, han perecido el esforzado Mataplana y el valeroso Hugo de Dezfar con otros caballeros, hasta catorce.

Al siguiente día, y antes de emprender el sitio de la Capital, celebramos las exequias de nuestros malogrados camaradas. Pónense alrededor del campamento espesas cortinas para ocultar los cadáveres á la vista del enemigo; oficia el Obispo Palou, y en sencillos féretros se van alineando los muertos al pie de un altar improvisado. Los que no han sido amortajados con hábito monacal, llevan puesta túnica de tisú de plata con vistoso cinturón y tahalí recamado de

oro y sembrado de piedras preciosas, manto blanco de finísima lana con el rojo distintivo del cruzado, y entre las manos plegadas, la gala de un soberbio montante con empuñadura de prolijas labores. Tienen los jóvenes la frente descubierta; y ceñido el casco los viejos, alzada la visera; y como declarando todos en la majestad de los semblantes que, si de insignes y esforzados varones cobraron fama en vida, sólo en calidad de héroes se han rendido á la muerte. Vense todavía frescas las gloriosas heridas, causa de un llanto tan solemne; la abolladura del cráneo, el redondel de la pérfida saeta ó el fiero cintarazo del fementido moro. Deudos, amigos, el Rey, nosotros todos oramos devotamente prosternados ante aquellos inanimados restos; juntando nuestras lágrimas, rompiendo en sollozos y penetradas las almas de intensísima amargura; hasta que el Rey D. Jaime, sereno ya, de pie y hablando con mucho espacio, pone término á la general desolación con una bellísima arenga recomendando que cesen los llantos en nombre del valor y entereza, propios del soldado; y á fin—son sus palabras—de que, templado, que no desmayado el espíritu con el recuerdo de los que han muerto en buena lid, cobren las tropas mejores ánimos para llevar á feliz coronamiento la santa empresa de la conquista.

VI

Como cosa de mucho entretenimiento, recomiendo el soberbio espectáculo del campamento con las diversas huestes allí congregadas. Mirad á la derecha, sobre aquellos paramentados alazanes y negros potros cordobeses, los muy nobles y egregios barones de tierras de Aragón, de Castilla y catalanes, con espuela dorada y empinados yelmos, y grifos y castillos y coronas por cimera y blancos ó rojos penachos de flotantes plumas. Detrás de ellos sus respectivas mesnadas, los *comanadors* de Cataluña, los *companyons e capdeladors* de los condes y vizcondes; allí están Ramón de Tayava y Ar·

náu Desvilar tan renombrados por sus hazañas; allí Pons de Vernet y Berenguer de Mont Esquiu, esforzados capitanes; allí Guillem de Claramunt y Ramón de Belloch y Bernat de Santa Eugenia, *omes de paratje*, vástagos ó jefes de ilustres prosapias. Reparad en las armaduras que ostentan de bruñido acero, en sus cascos relucientes, en sus cotas de malla, en las lanzas y en las espadas; reparad también en la gravedad y ceremonioso porte del hombre de armas feudal con celada y caparazón de hierro.

Ved aquella línea gris en el último confín de la izquierda. Son los petos de gamuza de arqueros y ballesteros, los hombres de daga ó puñal, con la plaqueada coraza, los *escudats* guarecidos bajo los toscos broqueles, y las milicias de Concejo con el bacinete de metal ó el morrión de cuero, hacha, mazo de plomo y el ferrado chuzo de montería.

¿Qué zambra infernal es esa?—¿Dónde?—Allí detrás de las tiendas. Una de palos y arremetidas que se hunde la tierra. Es la gente de guiñapo: compañías francas, paisanaje de garrote y mondadientes: á la cabeza los almogávares. Venid conmigo: vamos á dar un tiento á aquellos descomulgados. Tendremos para ello que saltar una empalizada y atravesar un brazo de río: que todas estas precauciones ha creído necesarias el prudente Jaume para separarlos del grueso de la gente. Si no os saludan, no hagáis maldito el caso: es que han perdido la costumbre, viviendo en los montes cuando no hay jaleo; y si descienden al llano, será para saquear algún corral, porque el hambre aprieta. Ven acá, tú: veamos de cerca el traje del almogávar. ¿Es cuero ó piel lo que tienes en la cara? Tanto te ha requemado el sol. ¿Y en la cabeza? Un casco remendado. ¿Y sobre el cuerpo? La *gonella*. ¡Ah! hubiera creído que estabas en camisa. ¿Y en los pies? Unas abarcas. A ver tus armas. La azcona, para lanzarla sobre el enemigo; el *coltell*, para rajarle. ¿No tienes broquel, no tienes escudo?—No los necesitan hoy los míos para tragarse moros; ni los necesitarán pronto, cuando empieze el siglo XIV, para tragarse emperadores de Oriente.

VII

Dispensen VV.: hoy empiezan las operaciones del sitio, y acaba de llamarme el Rey de Aragón para que presenciemos untos la instalación de la artillería. Me intriga mucho ave·iguar cómo entienden el *ars telorum ó ar-tillería* las gentes de estos tiempos.

Nos acompaña *en* Barberá, que además de *Mestre* de la ar·illería, es una especie de Ingeniero general encargado de los rabajos de defensa de campamento y sitiadores. La base de uestra artillería es la maquinaria nevrobalística. Tenemos n *funebol,* de cuerda, con el cual vamos á hacer á los muros e la Ciudad un suntuoso regalo de confites de piedra: luego n par de *trabuchs* ó catapultas de pesas, que nos servirán ara hundir los techos de las casas á fuerza de chinazos, para omper las máquinas enemigas, é infestar á los sitiados arro·indoles animales muertos: luego un *manganell* para ametra·ar, con un diluvio de guijarros, á los soldados que se atrevan on saliditas ó asomen las narices á los parapetos. Algo de sta maquinaria tienen por su parte los moros, pero no de n buena calidad como la nuestra. De las catorce *algaradas* ie poseen para lanzarnos dardos y otros proyectiles, sólo na les sirve: verdad que es tan certera y de tan largo alcance, ie según acaba de informarme mi escudero, un venablo ha hado abajo la mitad de mi tienda de campaña, situada en sexta hilera. Esta noticia tiene un tanto *escamado* á Don ime; pero el Mestre nos tranquiliza diciendo que ha man·do construir varios *manteletes* ó *gatas* con triple blindaje de adera, en casamata y con revestimiento de tierra y ramaje, ntado todo el aparato sobre ruedas. De esta suerte tendre·os resguardada la ballestería y podremos avanzar á discre·ón con la gente de pico y pala.

Dos frailes dominicos, el P. Miguel de Fabia, y el P. Be-nguer de Castellbisbal, andan recorriendo el campamento

con el Crucifijo en la mano y exhortan á los nuestros pa que activen los trabajos. Celo digno de elogio; pero no nece sitamos exhortaciones, porque el entusiasmo es general: y l solicitud raya en fanatismo en cuantas ocasiones se ofrece Y así se ve á la gente principal como á la plebeya, sin exc sarse ninguno, por noble que sea, traer los materiales, así c piedra como de madera para servicio y reparación de máqu nas y otras cosas necesarias con que se va levantando la ob que se intenta. Nadie se desdeña de coger unas angarilla hasta arañazos hay para montar la dotación del tren de siti El conde del Rosellón y yo nos pasamos varias noches centinela junto á una catapulta como dos simples recluta

A mil estratagemas acuden los sarracenos para librarse nosotros. En una salida que hicieron nos cortaron el agu de lo cual se nos siguieron grandes inquietudes. Fué men ter recobrar á punta de lanza el cerrillo donde están l manantiales. El agua ha vuelto; pero tal enojo cobró D Jaime, que ha mandado escupir sobre la plaza, por medio un *trabuch*, cuatrocientas cabezas de musulmanes. Crueld insigne que no he podido menos de afear y de echar en ca al mismo Rey, dominado yo siempre, aunque en sueños, las ideas más humanitarias de mi siglo XIX; y como jam tuve polilla en la lengua, le he anunciado que podrá costar cara la venganza de los moros, si llegan á dar rienda á encono por aquella afrenta tan sin medida, cuanto más niendo de un cristiano.

¿No lo dije? Al ser de día, poseídos de espanto, vemos gran número de prisioneros cristianos atados en lo alto de murallas para que los acribillemos nosotros mismos con nu tros propios tiros. Hay quien propone parlamentar con Emir; mas á ello se oponen los del consejo de guerra m dando que prosiga la pelea; porque, si bien es doloro dicen, matar á nuestros hermanos, también por otro la como verdaderos mártires, les abriremos las puertas del raíso: tan ciega es la fe de que se sienten poseídos los h bres de estos tiempos. Y acontece que las piedras que dis ramos á las murallas, mientras van abriendo grandes b chas, no tocan ni en un pelo de la ropa á los míse

ıutivos de cristiana estirpe: asombroso milagro de que solos apercíben los frailes dominicos, sin duda por la mayor perscacia de su vista. Los demás no lo notamos; tanto, que el ismo D. Jaime me acaba de advertir al oído que de ello no rá una palabra en su Crónica, como en efecto, no lo ha entado.

Prolongándose el sitio semanas y más semanas con la teız resistencia de la morisma y á pesar de algunas sumisio-s parciales, ya nos van faltando dos cosas: la paciencia y dinero. Dinero lo hemos obtenido de unos mercachifles ıe nos siguen como tiburones, y á última hora han adelando al Rey 60.000 libras catalanas, á trueque de sacarnos el daño, según lo que estamos necesitados de oro y plata. La ciencia se acabó cuando prelados y magnates, rechazando do propósito de capitular, han pedido, á una voz, entrar plaza por fuerza y acabar de golpe. Todo el mundo me preınta:—«¿Qué hay de asalto?»—«Lo han decidido esta noe»—respondo. Hemos llegado al 30 de Diciembre de 1229.

Amanece el 31. Cielo sereno y centellea el sol, bendita la de estas hermosas tierras.

Dada la señal, todo el ejército se pone en línea de ataque, perando el momento de la embestida; á la cabeza el Conistador, levantado sobre los estribos, tratando de refrenar corcel y agitando la gloriosa espada.—«¡Adelante!»—grita n atronadora voz. Nadie se mueve.—«Adelante»—repite, biendo el diapasón. Ni por esas. La tercera intimación es rugido de cólera. Entonces la larga culebra empieza á ullir, la masa se agita, cien caballos salen disparados y meten la Ciudad por la brecha más inmediata. Tan rudo el ímpetu, que siendo forzoso retroceder, hay un moment de incertidumbre; y aquí de nuestros reverendos dominicos. se cruzar por los aires un caballero de levantado penacho, umbrante armadura y blanquísimo corcel; óyese el grito guerra *San Jordi, firam, firam*, y la avalancha se desata; ones, mesnaderos, arqueros, almogávares, infantes, calos, todo se precipita, sin saber cómo ni por dónde, hasta contrarnos muros adentro, mano á mano y cuerpo á cuer- en la calle de San Miguel, con los musulmanes. En aque-

lla embriaguez, tintas en sangre las espadas, andamos tan mezclados, que apenas nos distinguimos amigos y enemigos; calderas de agua hirviendo, guijarros enormes, pesados muebles, fuegos arrojadizos llueven sobre nosotros por detrás de las celosías; crúzanse alfanjes y tizonas, chocan cruces con medias lunas. Y vamos avanzando; y ancianos, y niños, y mujeres, y guerreros sin armas, huyen desbaratados y dispersos ante aquel torrente nuestro; caen reductos, caen Fuertes, cae la Almudaina. ¡Baleares por los cristianos! ¡Baleares por Jaime el Conquistador, Rey de Aragón, Conde de Barcelona y primer REY DE MALLORCA!

VIII

De repente, y cuando en lo alto de la Almudaina estab felicitando al Conquistador por haber conseguido *tirar de l barba al Walí*, siento una fuerte sacudida en el hombro derecho; abro los ojos é inundado de sudor, me encuentro.. despierto. Era el sacristán de San Francisco, que muy d madrugada había bajado á hacer los aseos de la Iglesia: sor prendióme dormido, y creyó conveniente llamarme al mund de las realidades. Levantéme y me restregué los ojos: al quedaban los hachones á medio consumir; allí los tomos d Lulio esparcidos por el suelo: allí abierta la página del *A cabbalistica*. Salí del templo sin decir palabra al sacristán: tant pudo conmigo la vergüenza; y dominado todavía por las im presiones de tan largo sueño, me pasé toda la mañana rec rriendo los puntos de la Ciudad que pudiesen conservar algú recuerdo de la brillante epopeya.

Aquel era el día designado para nuestro regreso á Barc lona. Mas como la salida había de ser de noche, tuve todav tiempo de entrar en el Casino, donde se había preparado, obsequio nuestro, una escogida función para oir y admirar u portento artístico: el niño Llorens, que empezaba á hac prodigios con el violín. Los dulcísimos acordes del prec

concertista fueron el galante adiós que nos dedicaron los amigos de Palma.

Por tenernos que embarcar, abandonamos los salones en lo más brillante de la fiesta, pareciéndonos, al estar á bordo, oir todavía el violín de Llorens, como presentes en espíritu á su lado. Danzaban medio perdidas en nuestra imaginación las postreras notas de la serenata en *re*, de Beethoven, mientras el buque se balanceaba gallardamente en su majestuosa marcha de salida; y las armonías que formaba el tranquilo mar con la inspirada musa venían á completar la otra armonía de aquel perfumado ambiente, de aquel purísimo cielo, de aquel paisaje incomparable y de aquellas poéticas playas que íbamos á abandonar, acaso para siempre, y dejaron en mi alma un recuerdo imperecedero.

SECCIÓN UNDÉCIMA

Señores viajeros, al tren.—Inauguración del ferrocarril de Barcelona á Mataró.—Los caballos van dentro.—¿Y *en Betas*? ¿Y *en Bañeta*?—Cursillo de Mecánica.—D. Mariano Cubí *i* Soler.—Topografía de mi cráneo.—Lo bueno y lo malo de la Frenología.—Páginas dolorosas.—Tres enfermedades.—Fuerza: tu nombre es Madre.—La comunión en el dolor.—Fúnebres veladas.—Un examen de conciencia.—Recuerdos de una agonía.—Desde las regiones etéreas.

I

El ferrocarril de Barcelona á Mataró nos tenía como niño on zapatos nuevos. Habíase inaugurado, con gran pompa, l día 28 de Octubre de 1848; no cabiéndonos á los catalanes l gozo en el pecho, al vernos con la gloria de haber estableido la primera vía férrea que cruzó tierra española. Gallaretes, banderolas, uniformes y otros toques de mascarada ofiial, no hay para qué mencionarlos; tiénense por obligado apaato en casos tales, así como unos puñaditos de hoja fresca ara realces y festones. Pusiéronse á contribución los poetas,

que, para semejantes fiestas, suelen tener siempre aparejada la *cafetera*; y el amigo Balaguer soltó su numen en una tirada de veintiséis versos, que terminaban con estas frases:

«Tremoló sus banderas Barcelona
Al otro lado de revueltos mares;
Las catalanas barras de Vifredo
Victoriosas llevó por todas partes;
Fué grande en paz, en guerra fué invencible;
Donde quiera su nombre está triunfante.
Un camino de hierro le faltaba
Para alcanzar con su carrera el aire...
Golpeó como Moisés la fuerte roca,
Y el camino ha nacido... ¡contempladle!»

Hoy que poseemos 8.000 kilómetros de ferrocarril en explotación, con cerca de 4.000 en construcción, y, con arreglo á las últimas modificaciones, una longitud total de 12.500, nos parecerán infantiles aquellos alegroncitos de colegial en domingo por una miserable línea de 28 kilómetros. Mas todo tiene su punto y sazón; que algún motivo habría para aquel soberano regocijo cuando no lograron precedernos, en la explotación, los de Madrid á Aranjuez; á pesar de sus mayores influencias, á pesar del empeño de los prohombres políticos y de ser cosa en que tenía puestas las manos y su no flojo entendimiento el irresistible Salamanca.

Ciertos pormenores de aquella inauguración me hubieran chocado más, á no acordarme de las tonterías que un hombre tan insigne como Thiers había dicho algunos años antes, en plena Cámara francesa, á propósito de los ferrocarriles de su tierra. Hallábame en el andén con mucha confusión de gente y con buen número de payeses de la costa, invitados, como yo, á la ceremonia; alcaldes y regidores de Mongat, Premiá, Vilassar y otros puntos subalternos de la línea: cada cual con su barretina, faja de dominguear, alpargatas y el *gambeto* ó ropón que hace entre ellos oficio de tiros largos. ¿Sabéis en qué se entretenían aquellos sencillos aldeanos? Unos, los más bolonios, estaban con la boca abierta, siguiendo con la vista las primeras evoluciones de la locomotora. Querían coger el gazapo del movimiento, porque á ellos

no se la pegaba nadie; y, á lo mejor, soltaban la carcajada y se decían unos á otros: —«Vaya, vaya, eso del vapor es grilla; los caballos van dentro.»

Los más espabilados no ponían en duda el empuje por el vapor. ¡Cuántas veces, al entrar en la cocina, le habían dicho á la *mestressa*:—«Mujer, no fuerces la tapadera; mira que van á saltar las cacerolas!» Otros escrúpulos les escarabajeaban á ellos, los perros viejos, siempre tan prevenidos contra las imaginaciones y los malditos inventos de esa pestilencia de mozuelos. «Sepamos, decían, para qué son menester estas cosas. ¿No saldremos á desastre diario con la condenada maquinaria? Entre apuntalar piernas y remendar brazos, ya podéis preparar un Colegio entero de cirujanos.» El túnel de Mongat, ¿no era una provocación á la Providencia? Cuando Dios ha creado las montañas, no habrá sido á humo de pajas. Al mismísimo diablo no se le ocurre meterlas un punzón y destriparlas. Lo de enriquecer á los pueblos con el ferro-carril, contárselo á la abuela; Barcelona y Mataró ganarían; hundidas las poblaciones del tránsito. Hundido el antiguo transporte en recuas, hundidos los *ordinarios*; por consiguiente, todo el país hundido. Una desolación aquel monstruo con pulmones de hierro, que los felices abuelos no habían conocido en aquellos sus más que venturosos tiempos, y lo hubieran quemado incontinenti, como traído por el sabio Merlín, el de las brujerías y encantamientos. ¿Y *en Betas?* ¿Y *en Bañeta?* ¡Ah, desdichados! ¿Había entrañas para sumir en la miseria á dos tan insignes ciudadanos? En Betas y en Bañeta eran los dueños de las dos diligencias que os llevaban diariamente de Barcelona á Mataró y de Mataró á Barcelona, sin más molestia que ocho ó diez horas de traqueteo.

Si hay ingratitudes en este valle de lágrimas, ninguna tan grande como aquella. Los amigos de la locomotora se hicieron oídos de mercader, declarándose impenitentes; pero estos amigos eran muy pocos y tan contados, que se reducían á todo el mundo. Todo el mundo asaltó el ferro-carril, olvidando antiguos beneficios; el beneficio de las recuas, el de los Bañetas, el de los Betas y la inmensa ventaja de las cuestas arriba con mi mulo, y las cuestas abajo yo me las subo.

¡Pícara humanidad, y pícaros inventores, y pícaros reformistas, atentos siempre al bien de un solo prójimo, el anónimo, aunque sea á costa de despejar el comedero á otros *prójimos* bien hallados con lo vetusto!

Durante algunos meses tomé pretexto del ferro-carril para menudear mis visitas á Mataró. Llamábame allí el cuidado de una modesta hacienda; pero más que interés, había curiosidad en aquellos tan repetidos viajes. Ansiaba conocer, á mi manera, la parte técnica de aquella gran novedad, que había venido á sorprenderme casi en el ingreso de la vida. En el uso mecánico del vapor, más que lo maravilloso del invento, me admiraba lo extraordinario de su historia. Parecía que el descubrimiento había corrido, al través de los tiempos, con la misma celeridad con que corría la locomotora al través del espacio. Hojeando Revistas científicas, advertía que apenas surge la máquina de pólvora en la mente de Huyghens, cuando viene Papin con su máquina de vapor de agua, y pronto á las máquinas de alta presión suceden las de condensador y presión baja. Y sin dar casi tiempo para gozar de aquel período puramente recreativo con que empiezan todos los inventos, veía á la maquinaria de vapor lanzarse al fecundo terreno de las aplicaciones industriales: primero, con Newcomen y Cawley para la distribución de las aguas en Londres; después, con Watt, el portentoso Watt, el de las mejoras decisivas, con el condensador aislado, con la máquina de doble efecto, con el paralelógramo articulado, la manivela y el regulador de bolas. Y luego ha entrado la fiebre, y han ido naciendo diariamente sistemas nuevos á la sombra *del que trajo las gallinas*; máquinas de dos cilindros, de cilindro fijo horizontal, de cilindro oscilante, máquinas rotativas; y se buscan otros líquidos, y se buscan gases, y se piensa en el vapor de éter, en el aire caliente, en la electricidad... ¿qué sé yo? Tal vez en algún nuevo y misterioso agente más rápido todavía, más activo, más sorprendente, más inverosímil; que no ha de parar, hasta remover en sus cimientos la Naturaleza entera, esa calenturienta imaginación del siglo XIX.

Casi más que los vertiginosos progresos de la máquina de vapor en general, me causaban maravilla los de la locomoto-

ra. Veía, en el desenvolvimiento histórico de este aparato, otro fenómeno admirable; la precisión, el compás con que habían ido marchando la instalación del motor y la disposición del camino; el maridaje del carro con la vía. Al principio un tosco vehículo de vapor sobre caminos ordinarios; la caldera, el hornillo, un tubo, dos cilindros y los émbolos que obraban sobre las ruedas delanteras, pero con enormes rozamientos y un gran desgaste de fuerzas por las asperezas del suelo. Después los carriles de hierro empleados primero con motor de sangre, y más tarde ajustados á la máquina locomotora; y últimamente Stephenson y la caldera tubular con todo el complemento de aquella fantástica barredera que nos hace devorar espacios á razón de 40, de 60, de 100 kilómetros por hora.

Hubo una temporadita, después de la inauguración, en que parecíamos alumnos de la Escuela de Lieja; porque en mi sociedad no se hablaba de otra cosa que de generadores de la fuerza, de órganos de trasmisión, engranajes, movimientos componentes y velocidades resultantes.

El material móvil y el fijo de una línea férrea, que hoy se nos han hecho tan familiares, fueron para mí, en aquella ocasión, motivo de interminables preguntas y de continuas sorpresas. Vínome de perlas un ingeniero inglés, recomendado nuestro, que estaba al servicio de la Compañía. Indicábame el destino especial de cada una de las piezas que componen el mecanismo de la locomotora con su ténder; cómo estaban colocados en la máquina el aparato de vaporización y el motor ó cilindros de vapor; el sitio del hogar con su cenicero; la multitud de tubos horizontales de la caldera en la dirección de su eje y generatrices; cómo los gases resultantes de la combustión pasaban al depósito de humo y se expelían por la chimenea; con qué rapidez aquellos gases calentaban el agua, produciendo, en brevísimo tiempo, una prodigiosa cantidad de vapor; de qué manera ponía éste en actividad los émbolos; qué era la válvula de seguridad y á qué se destinaba; con otros mil pormenores relativos á los diferentes sistemas de locomotoras entonces conocidos, á su máxima potencia, á su peso y velocidad.

No contento con esto, enterábame mi excelente ingeniero de la forma y manera de proceder para la construcción de las vías: estudios del terreno, nivelación y trazado de la línea, límites de las curvas y pendientes, trabajos de zanja, desmontes, terraplenes, perforación de túneles, construcción de puentes y viaductos. Cómo se verificaba la operación de sentar la vía; colocación de la grava, de los *reles*, de las traviesas; qué eran cambios, travesías y cruzamientos de vía, las agujas y las plataformas giratorias. Finalmente, entraba también en algunos pormenores sobre la teoría de los frenos, que, según parece, estaba bastante atrasada entonces; y cada vez que me acompañaba en alguna expedición, no desperdiciaba ocasiones para explicarme la composición de los trenes y las muchas y curiosas reformas que consentían los vagones.

II

En una de aquellas mis excursiones á Mataró, conocí á Cubí, el famoso *craneólogo*. D. Mariano Cubí *i* Soler había caído un día sobre Barcelona, como llovido del cielo, con su bagaje de mapas craneológicos y cabecitas de yeso numeradas. Decíase venido de los Estados Unidos, con título de profesor de lenguas en Boston, Baltimore ó Filadelfia. Grueso, reposado, de edad ya más que madura, frente muy holgada, nariz corva, boquihundido, y achatada la cara como aquellas cabezas de goma que prensan con los dedos los chiquillos. Tenía aquel hombre una diabólica traza; había en toda su persona algo misterioso, y no poco de siniestro y antipático. Vino con el intento de propagar las doctrinas del Dr. Gall y de Spurzheim, sin perjuicio de establecer una academia de lenguas; porque careciendo de otro caudal, lo había menester para su sustento, pues, según parece, no iba muy sobrado. Pretendía reformar nuestra ortografía castellana, poniendo siempre *ze zi* por *ce ci*, y trasformando en ies las y griegas; y como todos sus escritos estaban en esta solfa, tropezabais á

cada paso con leyendas del siguiente estilo: «Zediendo á las exijenzias i parezeres de los más zélebres i conozidos autores.»

Menos que mediano fué el éxito que obtuvo Cubí en España con su propaganda frenológica. Los curas se le echaron encima, y medio, si no del todo, le excomulgó un Arzobispo. Más afortunado en Barcelona, abrió D. Mariano cátedra oral y práctica de Frenología. Puso su tarifa á la americana y *examinaba cabezas á medio peso*, según anunciaba la tablilla.

Excuso decir que fuí de los primeros en poner mi cráneo á disposición del ilustre maestro con mis diez reales en la mano. Tentóme el profesor las protuberancias de la cabeza; y hé aquí el resultado de aquel maduro examen, cuyo pormenor he conservado largo tiempo entre mis papeles como curioso documento.

INSTINTOS.—*Alimentividad.*—Muy desarrollada; como si dijéramos, un *flaco* por las tajadas *gordas.*

Amatividad.—Regularcilla. De los que no comprenden cómo Newton pudo llegar á los ochenta años sin trabar relaciones con el bello sexo.

Filogenitura y *habitatividad.*—Gran desarrollo. Hombre de familia y muy casero.

Combatividad, suficiente; *destructividad*, nula; *secretividad*, —en buen romance, *gramática parda*,—escasita. Mal negociador, si llego á aceptar, veinticuatro años más tarde, cierto puesto diplomático.

SENTIMIENTOS.—*Amor propio.*—Justa la medida. Poca afición á jefatear; pero tampoco mucha al parasitismo y á doblar el espinazo.

Aprobatividad.—Protuberancia acentuada. ¿Quién que tenga sangre en el ojo no gusta un poquito del halago?

Previsión, benevolencia.—Protuberancias como nueces. Don Mariano me felicitó al encontrar, en un rincón de mi cerebro, ese puñadito de gloria. No sentiría que hubiese acertado.

Veneración.—Cero grados. Si así me sacaron, ¿qué le voy á hacer yo?

Maravillosidad, *idealidad.*—Razonables. Lo suficiente para no caerme de las nubes con chichón y costalada.

Seguía luego, en los apuntes de Cubí, un trabajo muy complicado sobre mis facultades intelectuales y especialmente sobre las reflexivas. Allí supe que yo era hombre de orden—mentira les parecerá á moderados y carlistas—y hombre de instintos comparativos, y hombre inclinado á las armonías del lenguaje. En cuanto á mi *causalidad*, D. Mariano tuvo á bien honrarme con cierto espíritu de inducción y algunas dotes especulativas, sobre las cuales se me olvidó consultar á mi inolvidable amigo Sanz del Río cuando estudié con él la Historia de la Filosofía, muy cerca ya de los cuarenta años.

Y ahora, dejando á Cubí con sus horóscopos, hablemos un poquito de Frenología. Estudiéla entonces en los libros del mismo Cubí y en la famosa obra de Gall *Sobre las funciones del cerebro y cada una de sus partes*, extracto de la gran edición de París de 1822 á 25.

Por mucho que pretendan negarlo algunos modernos, había entre los fisiólogos antiguos bastantes deficiencias en el estudio del cerebro. Me lo había hecho notar un joven doctor, amigo mío. Decía que, en otros tiempos, aquella víscera, á pesar de ser el órgano más importante de la vida animal, se consideraba únicamente como una pulpa ó informe masa, sin meterse á estudiar las leyes de su formación ni las relaciones existentes entre sus diversas partes. Luego después, merced á los progresos de la anatomía y de la fisiología, se fué conociendo su verdadera estructura y pusiéronse de manifiesto sus hemisferios, el cuerpo calloso, los lóbulos anteriores, medios y posteriores con las circunvoluciones y anfractuosidades; de lo cual resultó una ciencia propiamente dicha del cerebro. Esta ciencia apareció múltiple en sus bases, en sus formas y aplicaciones, tomando como punto de partida la antropología; pero al apelar á la anatomía, á la fisiología y á la patología, relacionó el cerebro del hombre con el de los distintos animales; estudió en todos ellos, no el cerebro solo, sino también el sistema nervioso, el cráneo, la configuración de la cabeza, y extendió sus investigaciones lo mismo al estado de salud que á los estados morbosos. No cabe, pues, negar que aquella ciencia tiene una gran realidad, que es efectiva y positiva; y puesto que tal ciencia existía, era me-

nester darla un nombre. Diéronla el de *Frenología*, y ya me repugnaba entonces el vocablo; porque φρὴν significa espíritu, y empezábamos prejuzgando una cuestión grave, la de las relaciones del cerebro con las facultades y funciones anímicas. Pero, ¿quién se mete á adelgazar en esto de los nombres? El de Frenología fué generalmente aceptado; y como no hubo más remedio que pasar por él, la Frenología tomó legítimo asiento en el cuadro de las ciencias contemporáneas.

No me fué tan fácil como creí de pronto, ir desentrañando los principios netos de la Frenología, por entre aquel fárrago metafísico en que se perdían el Dr. Gall y sus dos secuaces Spurzheim y Cubí. Mas, al fin, parecióme que todo podía reducirse á estas tres grandes afirmaciones:

1.ª Que la energía de una facultad del alma responde exactamente al espacio que ocupa la parte ó segmento de cerebro que con ella se relaciona.

2.ª Que cada uno de los segmentos ó, como decían los frenólogos, órganos del cerebro, obra, por su tamaño, sobre la forma exterior de los huesos del cráneo.

3.ª Que, por consiguiente, se puede reconocer la presencia ó ausencia de ciertas facultades del alma por determinadas protuberancias ó por las concavidades que presente el cráneo del individuo.

Clarito: un materialismo absoluto, franco y en la menos disimulada de las desnudeces. Cuidado, que no entro á censurar; no hago más que exponer. Si el materialista no ve más que un hombre físico que realiza funciones por medio de órganos, el frenólogo completa esta noción llevando órganos cerebrales al sistema; habrá órganos para pensar, órganos para sentir, órganos para querer, como hay órgano para respirar, órgano para ver, órgano para oir, órgano para digerir, *et sic de cœteris*. No es aquello de la inteligencia servida por órganos; es el órgano inteligente, es el intelecto organizado. Más claro quizás: el frenólogo os da la función y la expresión del espíritu en la protuberancia ó en la concavidad, como otros os las dan en la abertura del ángulo facial, ó en el volumen del cerebro, ó según Lavater, en los rasgos de la fisonomía.

Con sólo fijarme en estos principios y conclusiones, nota-

ba yo la inmensa distancia que separaba á Gall y á los suyos del concepto general atribuído á la Frenología como ciencia fundamental del cerebro. Mientras no se pasaba de averiguar si son ó no innatas las cualidades morales y las facultades del espíritu; si su ejercicio ó manifestación dependen ó no del organismo, y si este organismo está en el cerebro para todo lo que se refiere á la idea, al sentimiento ó á la voluntad; mientras la Frenología se ceñía á esto, nada encontraba que oponer: era un terreno serio, cuestión de escuela, sistema ó dirección científica, asunto de reñir batalla filósofos y creyentes, con más ó menos *apabullos* por cada lado, y viva quien venciere. Mas así que entrábamos en lo de la segmentación ó pluralidad de los órganos cerebrales, la cosa tomaba un aspecto tan cómico, que rayaba en caricatura. Lo era aquella colección de accidentes y perfiles topográficos repartidos por todas las regiones de la cabeza, la anterior, la media, la posterior y la del cerebelo; lo era aquella profusión de bultos, jibas y depresiones que los frenólogos os sorprendían en la superficie del cráneo; lo era hasta aquella monserga de terminaciones en *tividad* que bramaban con la gramática; y lo era, más que nada, la gravedad con que los Jerofantes de la Frenología, mediante una solemne imposición de manos y con auxilio del medio duro, os repartían credenciales de sabio ó de imbécil, de ladrón, asesino ó incendiario, de hombre de Dios ú hombre del diablo, de genio del arte ó genio de la guerra, y por un simple decreto os declaraban émulo futuro del Gran Capitán, discípulo de Vicente de Paul ó menguado rival de José María. Tocad registros de esta especie y veréis cómo acuden á la cebada los bobalicones y nace la viña para la gente lista.

Un día vino un pobre jornalero á pedirme de limosna los diez reales para el reconocimiento frenológico de su chico; porque de aquello dependía, según él, el porvenir de la familia.

Así me explicaba la resistencia que la opinión seria de Europa opuso á la Frenología, y los pocos medros de la doctrina en vida del fundador y después de su muerte; la *berlina* en que Kotzebue puso á Gall *en Berlín* con su chispeante saine-

te *La Craneomanía*; el porqué de habérsele suspendido al doctor las lecciones en Viena; el porqué de habérsele prohibido en Dresde dar conferencias á las señoras: las diatribas y sarcasmos que sobre él descargó el *Journal de l'Empire*. Y, desde los tiempos de mi juventud, desde la época de Cubí, de tal manera ha ido palideciendo la estrella de la Frenología, que hoy, desechada por quimérica, se ve reducida á vegetar en alguna oscura Academia ó en cortos círculos de aficionados; en tanto descrédito ha caído y tan certeros golpes le asestaron los dos eminentes fisiólogos Müller y Flourens, relegando el sistema de Gall á la inocentísima categoría de los caprichos científicos.

III

Cuando más engolfado estaba en los estudios frenológicos, encasillando cráneos, tres meses después de mi regreso de las Baleares, no podía sospechar que tal vez un ave siniestra había precedido la marcha del buque que tan placenteros nos dejó en el puerto de Barcelona. Si ave hubo de mal agüero, no la ví yo, no la ví ni con los ojos del cuerpo ni con los del alma; y, aun viéndola, no hubiera creído en ella, como no cree en tintas negras la juventud cuando todavía no se ha acostumbrado á sufrir, y ha pasado, entre rosados celajes, la iniciación de la vida, nunca exenta de reveses.

Era el día 1.° de Enero de 1850. Noches amargas habréis pasado: ninguna más que la mía de aquel 31 de Diciembre. ¿Por qué? Todavía me lo estoy preguntando. No pude pegar los ojos, yo que entonces hubiera dormido en la punta de una lanza. Presa de mortales é inexplicables angustias, revolvíame inquieto en el lecho: mi frente ardía, latía mi corazón con violencia, mis manos se crispaban, mi imaginación se desataba, como dejándose llevar al hilo de vagos presentimientos. Molestábame la oscuridad y no me atrevía á encender luces; el ambiente del cuarto me ahogaba y me sentía helado

sólo con pensar en el frío de la calle. Corrían por todo el aposento unos rumores sordos, casi imperceptibles, como de un dedo que araña el cristal, como de una mosca que vuela desorientada en las tinieblas. Parecíame oir trepidaciones en la almohada, gusanillos que roían las maderas, pasos que avanzaban hacia mí, apagados en el mullido de la alfombra. Sentía respiraciones fatigosas aplicadas á mi oído, gritos, carcajadas, ayes lastimeros perdidos en el espacio. Por dentro y por fuera, todo conspiraba para hacerme más toledana aquella noche: el viento que sacudía las ventanas mal ajustadas, gruñía como una hiena: estalló un mueble y acabaron por dispararse mis nervios; y un perro, encerrado en el patio de la casa, estuvo hasta la madrugada hiriendo los aires con aquel aullido pertinaz que el vulgo suele traducir por anuncio de malas nuevas.

El día amaneció más puro que nunca; y—tampoco sé por qué—pero todo me pareció, al levantarme, más refulgente, más risueño, más simpático, más vestido de fiesta: libros, amigos, el estudio, las cartas que recibí, el sol de la mañana, el aire que respiraba: todo, empezando por la intimidad de la familia. Cuando después de haber corrido un gran peligro, os veis, por capricho de la suerte, sanos, salvos y felices, ¿no os ha acontecido sentir de súbito toda clase de dulzuras como si de un solo paso hubieseis recorrido la escala entera de las alegrías? Así yo, después de aquella noche cruel, instintivamente, sin darme de ello cuenta, me sorprendí empapado en impalpables efluvios de cariño, de simpatía y apego á cuanto me rodeaba: me sentía con hambre de padre, de madre, de afecto filial que rebosaba por mis poros; que pugnaba por estallar, mal contenida, en las estrechas prisiones de la carne.

¡Cruel y sangrienta ironía! Quizás nunca me había encontrado en familia tan placentero como aquel día, á la hora del almuerzo. Nunca mi Padre había estado más comunicativo, ni más jovial mi Madre, ni yo más decidor y satisfecho. ¡Ah! ignorábamos que aquel semblante de fiesta iba á trocarse en luto y era la puerta por donde había de entrarnos la desdicha: no sabíamos que era la vez postrera que nos sentábamos juntos alrededor de aquella mesa. Pocas horas más tarde caía en-

ferma mi Madre, por fortuna no de gravedad: dos días después caía yo, víctima de una fiebre cerebral que me puso á las puertas de la muerte; y luego, caía á su vez mi Padre, mi pobre Padre... ¡para no levantarse jamás!

Fuera de las dolencias propias de la niñez, había tenido hasta entonces la fortuna de sustraerme á los médicos; y esa misma enfermedad que padecí á los 21 años cumplidos, fué conocidamente efecto de excesillos de trabajo mental combinados con algún desequilibrio en la temperatura. Al volver de paseo en una tarde muy desapacible, sentí de golpe un profundo malestar y escalofríos seguidos de intensa calentura. Zumbábanme los oídos: los ojos se me inyectaron de sangre: ya en la cama, caí en una especie de sopor que en vano trataron los galenos de combatir con todo el *melecinaje* de aquellos tiempos. Vino el delirio, y así continué seis días entre la vida y la muerte. Salí por fin del lance á fuerza de cuidados, y, según dijeron, con los auxilios de la ciencia hábilmente representada en mi cabecera. Arriesgada pretensión la de curarnos por mediación de la ciencia, que á la vez todos aceptamos y todos la ponemos á pleito: seguros, segurísimos de que en esas luchas titánicas que entabla consigo misma la Naturaleza, ella es quien en definitiva se decreta las victorias y las derrotas, según mejor convenga á más altos y ocultos designios.

En aquel duro trance, tuve ocasión de comprender lo que pueden las manos de una madre. Durante la gravedad, ni yo consentí otras que las de la mía, ni tampoco ella las toleró en tantas noches de delirio. Eran, la suya y la mía, dos vidas que sin cesar se espiaban y en silencio se entendían para caminar juntas á un común destino: en suspenso la una mientras se resolvía, en el lecho del dolor, el terrible problema de la otra. Como en sueños y al través de densas nubes, veía á mi Madre ya de pie junto á la cama, ya en un sillón inclinada la cabeza y enjugando, de vez en cuando, una lágrima silenciosa. Pensaba sin duda en los seis hijos que había perdido, y dábala espanto contemplar aquel último animado resto de sus esperanzas, forcejeando entre tinieblas para arrancarse, ya medio hundida en el flanco, la espada del exterminio. Si

se acercaba para limpiar el sudor que corría por mi frente, si con trémula mano ponía una poción calmante al borde de mis labios, si ajustaba la ropa, subía las almohadas ó, con su natural esmero, reparaba el desorden de la cama, parecíame entrar en una atmósfera vivificante, sentíame bañado en beatitudes inefables: y, olvidando los padecimientos del cuerpo, creíame revivir en un anticipado paraíso donde las manos eran capullos de seda; los alientos, regaladas brisas; las palabras, angélico concierto, y las miradas, sonrisas celestiales.

¡Qué fortaleza aquélla, y qué constancia y qué vigor en una señora tan trabajada por las amarguras y los años! *Thy name is woman,* dijo Shakespeare hablando de la fragilidad: tu nombre es madre, podía haber dicho hablando de la fortaleza. Eso tiene de admirable la mujer: personas distintas y un solo ser verdadero. Trinidad, *Trimurti* en espíritu. ¿Debil la mujer? ¡Ah! sí: por lo impresionable, porque llora, porque no busca el peligro, porque cede á vanas aprensiones, porque sucumbe á terrores imaginarios. Poned en aquel vidrio un sufrimiento moral y tenéis el bronce ó el diamante. ¿La quebranta el sufrimiento propio? Hacedla compartir el ajeno y veréis cómo no desmaya. Madre, esposa, hija, amante, hermana de la caridad, ¿qué importa el nombre? Traedla el herido, traedla el demente, acercadla al hospital y al hospicio, ponedla enfrente de las grandes crisis, de las grandes miserias sociales, y echadla luego á reñir con nosotros *los fuertes.* Siempre nos vencerá allí en una virtud, la constancia; en un resorte, la compasión; en un don maravilloso, el arte del consuelo. Nosotros, para vencer el mal, tenemos la materia, la ciencia, el sentimiento razonado: ella, para luchar con ese gran gigante del dolor, posee una sola energía, una sola: la hermosura del alma.

Mi Padre ya no tenía derecho para pedir fuerzas de resistencia ó sacarlas de flaqueza. Llevaba cumplidos los setenta. Fué mi enfermedad para él una puñalada por la espalda, cuando, después de tantos afanes, me veía próximo á terminar la carrera. No se resignaba á aquel naufragio de sus esperanzas en el momento preciso de tocar las playas. Había perdido el apetito, el humor, las carnes, sus sanos colores,

la firmeza en el andar, la flexibilidad de movimientos. Lacio, encorvado, arrastrando los pies. Pájaros, flores, aficiones artísticas, ocupaciones favoritas, todo lo había abandonado. Seis días antes era un anciano de buen ver; seis días después era un espectro. Con una mirada suplicante interrogaba á los médicos; si un triste meneo de cabeza ó un imperceptible movimiento de cejas le anunciaban que la cosa iba mal, no se podía contener y su desesperación excedía todos los límites. Alguna vez salía á la calle; pero era para ir á desahogar su acerbísimo dolor en casa de algún pariente, de un amigo, quizás de un extraño. Buscaba el infeliz aquel asidero que se llama comunión de los espíritus en la pena. Ilusión las más veces. Si os decidís á confiar al mundo el secreto de vuestras desdichas, quizás la elocuencia del dolor teñirá de oscuro los semblantes; no siempre obtendréis la repercusión en los corazones. Hay finos egoísmos, instintos de distancialidad que os aislan de todo padecer ajeno como nos aislamos de la peste. ¡Consentir que otro os eche una gota de acíbar en la copa de suavísimo licor que estáis apurando! Con las máximas religiosas, con el imperio de la filosofía, con el sentimiento, con la reflexión os decidiréis á participar de mis penas; identificaros con ellas, hacérolas propias, difícil. Ley de los hombres y ley de la naturaleza. La fiesta en el principal, la cama imperial en el segundo; la agonía en la casa, y en la calle las carcajadas; el airecillo de la playa y el furioso vendabal mar adentro; soles espléndidos en las cimas, y á vuestros pies un hervidero de nubes que disparan el rayo asolador y se desatan en enormes cataratas...

IV

Bajo el peso de aquellas tribulaciones, la flojedad de la carne tenía que ceder, y con efecto, cedió, y vino la enfermedad de mi Padre, rápida, amenazadora, espada en mano. Empezaba entonces mi convalecencia. Como no podía salir

todavía de mi cuarto, extrañóme no ver á mi Padre en todo el día. Dijéronme que había tenido que acostarse con un ligerísimo resfriado; mas la ausencia se fué prolongando tanto que hubo que contármelo todo y trasladarme á sus habitaciones. Penetré en la alcoba... ¡ah! mi Padre yacía postrado en el lecho con todos los síntomas de una fiebre tifoidea. Estaba lívido, cubierto de un sudor viscoso, empañados los ojos, la pupila fija, sin conciencia de sí mismo, sin dar muestras de conocerme, con frecuentes espasmos y la respiración trabajosa. El médico permanecía de pie á su lado, contándole las pulsaciones, examinando una lengua blanca y pastosa y auscultando el pecho, en el fondo del cual se dejaba percibir un resuello ronco y desigual, más parecido á desmayo de moribundo que á aliento de vivo.

¿Cómo olvidar aquella horrible escena? La veo, la sigo viendo como si la tuviera toda la vida delante de los ojos. Una luz tibia filtraba por los espesos cortinajes de los balcones; mi Madre preparando con un criado las compresas que iban á aplicarse sobre las sienes del paciente; dos mesas atestadas de vasijas, tazas, frascos y pócimas á discreción, batería médica de aquellas modas; una lanceta sobre un pañizuelo, botes de sanguijuelas, toallas, varias palanganas, vendajes; dos señoras orando en un reclinatorio; el severo perfil de mi Tío cortando la media luz con los pliegues de su sotana; enfrente un gran Crucifijo de metal sobre fondo de terciopelo rojo; en un rincón la lamparilla de noche para las fúnebres veladas; y allí, en un punto del reducido espacio, e enfermo inmóvil, rígido, incoloro, forma sin definir, perdid entre las ondas del pabellón y el blanco mate de las holandas como aguardando la mano despiadada que había de trasladarle al ataúd y apartarle para siempre—¡para siempre!—d mi vista.

¡Aquellas veladas! ¿Querréis creer que, aun después d tantos años, no me siento con fuerza para describirlas?

Lector: no sé si alguna vez habrás velado á un enferm no como velan los extraños ó las gentes mercenarias, sin como vela un hijo. No como velan los extraños, con cel con amor, con interés, pero con el frío cálculo de las conv

niencias; no como velan las gentes mercenarias, acomodándose en un sillón ó medio tumbadas en una meridiana, cabeceando, dormitando; ni aun como velan las personas piadosas, con un libro devoto en la mano, salmodiando entre dientes alguna plegaria en latín ó en romance, con buenos deseos, con intenciones santas, pero entregándose al mecanismo de las prescripciones facultativas, dando las pociones y calmantes á las horas convenidas y ajustándose religiosamente y sin discusión al programa de la noche, trazado en una tablilla. Cómo vela un hijo, lo supe en aquella ocasión, y ahora os lo diré, si á tanto alcanza la pobreza de mi lengua.

Una noche pasada en vela junto al lecho de dolor de vuestro padre, es, si sois buenos hijos, un gran examen de conciencia. Al vacilar de la rojiza *mariposa* que nada chisporroteando en un mar grasiento, las sombras se van amontonando; y estas sombras, sabe Dios si serán los puntos negros de vuestra juventud, rebelde á la obediencia. Sabe Dios si aquellos ayes que exhala de vez en cuando el moribundo, y vosotros tomáis por muestra de padecimiento, sabe Dios, sabe Dios si serán recuerdos de pasadas borrascas, con que vosotros, precisamente vosotros, perturbasteis la paz de la familia. Y aquel respirar cortado y anheloso, y aquella fatiga y aquellos desmayos, bien podrían ser sollozos comprimidos ó torrentes de lágrimas, vertidas *para adentro* á la sola memoria de amargas penas que causasteis. Y la angustiosa mirada, y el sonido inarticulado, y el movimiento convulsivo de los cárdenos labios, y los dedos macilentos que oprimen fuertemente los vuestros al retirar la taza, ¿quién sabe si son ó no otras tantas reconvenciones mudas y elocuentes por los males que hicisteis y los consejos que despreciasteis? ¡Ah! Entonces es cuando quisierais que aquellos ojos, próximos á apagarse, tornaran á animarse de repente, para atraeros, para moderaros, para dirigiros súplicas ó fulminar amenazas. Entonces es cuando quisierais que aquella voz, ya casi extinguida, sonara en vuestros oídos, áspera ó dulce, tranquila ó irritada, amarga ó consoladora, en cualquier tono, con cualquier pretexto, con tal que fuera siempre *aquella* voz,

aquella voz misma, *aquella* voz tan entrañablemente querida. Entonces es cuando daríais toda vuestra sangre, vuestra vida entera, para que aquellos yertos brazos se alzaran, y rodeando vuestro cuello en un supremo arrebato de cariño, todavía pudieseis oir articular estas palabras: «Por mi amor, por las entrañas de tu madre, la senda del deber, ante todo; á este precio mi bendición, á este precio mis postreros besos.»

Yo, por querer del Cielo—y vaya todo en descuento de mis pecados,—no tenía esta clase de remordimientos. Nunca fuí de los que se pasan la vida procurando enojos al padre. Algo difería de él en ciertas opiniones; en lo demás estábamos perfectamente identificados. No había en mí ni el escozor de culpas cometidas, ni la necesidad de obtener perdones. Otras cosas me afligían y laceraban mi espíritu en aquellas noches tremendas. Recordaba nuestros mutuos cariños, nuestras recíprocas confianzas, y el pie de íntima amistad que hacía de nosotros, más que padre é hijo, dos inseparables compañeros. En aquellas horas supremas que precedieron á su eterno sueño, agolpábanse á mi imaginación y con desconsoladora viveza, las más interesantes escenas de nuestra vida en común; cuando á la hora de la siesta nos referíamos anécdotas y lances curiosísimos; cuando salíamos juntos á paseo dándole yo el brazo ó dándomelo él con más frecuencia; las bromas que gastábamos con los amigos, los apodos con que designábamos á los entes ridículos, las frases que nos inventábamos, los nombres estrafalarios que dábamos á muchos objetos; los párrafos de buen consejo con que me favorecía, fruto de su cariño y larga experiencia; cuando yo le arreglaba la corbata ó le atusaba el pelo, ó le recortaba la patilla; cuando le enteraba de mis lecturas y nos entusiasmábamos los dos con sentidos trozos de afamados escritores; cuando corríamos jugueteando por la casa y mi Madre nos llamaba locos de atar y calaveras; cuando empeñado, á lo mejor, en no dejarme trabajar, temeroso del daño que podía causarme á la salud, tenía que encerrarme en mi despacho y todavía él me hacía muecas por la vidriera del montante, subiéndose á una escalera ó encaramado en una silla. ¡Hermosas puerilidades! ¡Películas adheridas á vuestra propia sus-

tancia que, al arrancároslas, os dejan abierta y sangrando una profunda llaga! Y aquella mía se ahondaba á medida que nos íbamos acercando al fatal desenlace; y acabó de ahondarse con el aparato dramático que acompaña los últimos momentos en las familias católicas; la confesión, el Viático, la Unción, las preces de los sacerdotes, y, especialmente en mi casa, con la presencia del entonces Arzobispo electo de Santiago de Cuba, D. Antonio Claret, cuya bendición quiso mi Padre recibir antes de exhalar el postrer suspiro.

Cumplidos sus deberes religiosos, tuvo un momento de completa lucidez que aprovechó para conversar conmigo. Dejáronnos solos; y murmuró á mi oído algunas de aquellas frases que os marcan eternamente el corazón con caracteres de fuego. No las olvidéis, si, por dicha vuestra, habéis oído ó llegáis á oir otras parecidas. No las olvidéis, por Dios. ¡Son las más solemnes, son las más cordiales, son las más decisivas que escucharéis en todo el curso de la vida!

V

Sonó la hora de la agonía. Todos hemos presenciado agonías más ó menos largas, más ó menos penosas: todas parecidas. Un altar improvisado, con imágenes de Santos; una estampa de la Virgen; velas y lamparillas encendidas: el moribundo incorporado en el lecho, descansando el cuerpo sobre almohadas ó apoyado en el brazo de la mujer, del marido, del hijo, del hermano: una cara ya desencajada y amarillenta, la nariz afilada, los ojos hundidos y vidriosos: las manos, tentando, asiendo las ropas con una contracción febril, como última toma de posesión de la existencia, como si buscaran un último apoyo material en el vacío: á veces una media oscuridad, á veces ventanas abiertas, luz, aire, alientos, ambiente exterior, flores, memorias de pasadas alegrías, preseas de la Naturaleza allí amontonadas para engalanar un alma próxima á volar á los espacios. Sacerdotes murmurando una

salmodia triste y acompasada, otros exhortando en alta voz y rezando la encomienda y oración de los agonizantes: quien de rodillas junto al lecho; quien cogiendo, entre las suyas, una mano yerta y abandonada; quien cubriendo la otra de besos y de lágrimas, quien administrando un cordial ó ahogando un sollozo. Y todos inclinados luego sobre *aquello* que va á dejar de ser, contando las últimas palpitaciones, atendiendo con avidez á los últimos ruidos del estertor, cada vez más débiles y menos frecuentes. Uno más... y todavía es la vida: ninguno ya... ¡y es la muerte! La muerte, es decir: la *facies* cadavérica, las manchas violáceas de la piel, el *velo* y las arrugas del semblante, la inmovilidad de la estatua, el enfriamiento gradual, el aplanamiento de los miembros, el hundimiento total de aquella máquina, como cayendo aplomada sobre el sepulcro que ha de contener los míseros despojos.

Notad aquí lo que son la fuerza y el *prestigio* de la vida. Mientras duran los alientos de un moribundo, por flojos y tardíos que sean, el dolor de los circunstantes se muestra reservado y contenido: mas apenas se adquiere la convicción de que el *tránsito* ha ocurrido, el dolor estalla de repente con una vehemencia indescriptible. ¿Os explicáis este fenómeno? Dos minutos antes, la muerte era ya segura. ¿Por qué entonces no rompisteis? Y la razón es porque *esperabais*, porque teníais la conciencia de la inmensa fuerza de la vitalidad. Un soplo del alma es el alma entera. Un soplo de vida puede reproducir la vida, como basta un germen invisible para dotar de ella al más perfecto de los seres.

Eran las tres menos cinco minutos de la tarde del 30 de Enero cuando dejó de existir mi Padre. En los primeros instantes no quise creer en la muerte: todo entregado á la desesperación: primero sorprendido, y después aterrado. Siempre así: por muy preparados que estéis, este hecho indeclinable de la suprema crisis ó trasformación del viviente, os sorprende cada vez como una novedad imposible, cuando se trata de personas queridas. No os convencéis de la muerte, ni aun en presencia del cadáver. Los parientes, los amigos son los que se encargan de despejaros el espíritu: hablan del muerto, no

como de quien *es*, sino como de quien *ha sido*, no del respeto que se *granjean*, sino del que se *granjeaban* sus virtudes. Aquella partida de óbito que indirectamente le extienden, aquel uso del pasado en vez del presente, os hacen palpar las horribles realidades. Entráis entonces en el período de los abatimientos sombríos, de las desesperaciones frenéticas, de las convulsiones, de los espasmos, según los temperamentos: en el período de los dos grandes vacíos, el vacío del cerebro que se os escapa, el vacío del corazón que os han robado. Y llega el delirio á su paroxismo en el momento de llevarse el ataúd: inmóviles, estáticos, deshechos en llanto, si sois de carácter reconcentrado; mas si, por el contrario, sois arrebatados, de genio vivo é impresionable, todo lo forzáis, consignas y murallas de brazos: todo lo burláis, pretextos y piadosas estratagemas; os precipitáis en la sala mortuoria, os arrojáis sobre el féretro, besáis y regáis con vuestras lágrimas aquellas frentes hermosas ó venerables, aquellos ojos que tan dulces os miraron, aquellas bocas que tantas veces os sonrieron, aquellas manos que os bendijeron ú os acariciaron...

¡Ay! todo pasa, y pasa aquella excitación y pasan aquellas horas de desgarradora locura. Pero aunque cobréis el valor perdido, os queda—si de veras amasteis—os queda una cicatriz moral que nunca os dejará libres de las pasadas congojas; os queda aquel punto dolorido que me arranca un quejido penetrante cada vez que cruza por mi mente el santo recuerdo del Padre. Desde entonces no he pasado un solo día sin invocar su grata memoria. Hasta en sueños le contemplo, le hablo, le acaricio. Muchas veces despierto, sobresaltado, llamándole á voz en grito. Le asocio á todos mis pensamientos, á mis prosperidades, á mis esperanzas.

Vivimos él y yo en una perpetua comunidad de espíritu; yo, tributándole en la tierra un culto fervoroso; él, presidiendo á mis destinos desde las regiones etéreas...

1850-1852

SECCIÓN PRIMERA

Me mandan á la montaña.—¡Ohé, capitana!—No me hable V. de los hombres. —Natural y vecino de Esparraguera.—Collbató: de la sustancia del burro. —Cuál es el colmo de lo pintoresco.—Monserrat.—De la Merced á Loyola.—*Salve, sancta Parens.*—Pensar, creer y sentir.—El tema de los manresanos.—Se os deberá, Villalobos.—Cuatro mil doscientos monosílabos.—Los Folch de Cardona.—Aprovechado panteón.—Justicia feudal-—Viaje por lo más salado.

I

Cinco largos meses estuve sin levantar cabeza, al cabo de los cuales tuve que resolverme á suspender mis habituales ocupaciones para ir á respirar el aire de la montaña. Busqué y encontré un excelente compañero que pensaba recorrer, como yo, parte de Cataluña; y entre las condiciones que se pusieron, fué una que visitaríamos Monserrat, y otra que habíamos de pasar por Cardona, para dar un vistazo á las salinas.

Tenían entonces los coches de camino, en Cataluña, sus especiales categorías. Diligencias llamaban á los vehículos de dos ó tres cuerpos, que hacían carrera larga, á Lérida, á Zaragoza, á Madrid: á los demás, con ó sin compartimiento, les reservaban el nombre genérico de ómnibus. Ómnibus fué el nuestro, pues por aquella línea no debíamos pasar de Esparraguera. Allí nos acomodamos como Dios nos dió á entender, sin numeración ni asiento fijo; que en eso de nu-

meraciones y otras aritméticas, estaban poco fuertes empresas y mayorales. Íbamos en la alegre compañía de un vejete que, por el pico y la traza, anunciaba ser de vida airada y ancha conciencia, palabrero, de poco seso y menos asiento: un cura de lugar, romo, calvo, lleno de cazcarrias, con tres dedos de pringue en el sombrero, seis en el alzacuello, sopalanda de cosa que fué paño y medias negras de estambre bostezando por los tobillos: con más, dos mancebos y no de barbería, sino de tienda de aceite y vinagre, haciendo del galán con unos espantajos de jamonas, capaces, á la simple vista, de quitar el apetito al más tentado de la carne. Caminábamos á la usanza antigua, llevados á flote ó en volandas por seis mulas éticas con los tirantes de soga, collarón destripado, borlones de hilachos y pródigo avío de cascabeles: cada bache, que nos descuadernaba; cada tumbo, que nos zarandeaba como costal de nueces, y cada tropezón de las bestias, que nos tenía, á nosotros con el alma en un hilo, y á las benditas prójimas en un constante chillido. A todo esto un sol de chicharra, turbonadas de polvo que entraban por boca y narices, y la infernal y descomulgada lengua del zagal con la consabida tanda de latigazos al aire y otros destinados á los flacos espinazos, sobre los cuales se iba dibujando la más prolija labor de caprichosos verdugones. Topamos en uno de los relevos con un ventorrillo, donde me dió la pícara tentación de administrarme un trozo de salchicha adobada con guindilla, según estaba de picante: entróme una sed rabiosa, sin agua ni manantial para el refrigerio. Viéndome el cura en aquel trance, me hizo remojar el tragadero con un rejalgar á manera de vino, más entonado que aguardiente de bala rasa, y lo sacó de un *gat* ó bota de cuero que llevaba repleto hasta el gollete y oculto entre los pies debajo del manteo.

A pocas leguas de camino, trabamos plática los viajeros. Hablaron de toros y de casamientos: el viejo, aficionado al palique, mostraba mucha erudición en la sublime ciencia del toreo, comparando tiempos con tiempos, diestros con diestros, y bichos con bichos. *Paquiro*, el Chiclanero, y otras celebridades del día eran niños de teta al lado de Romero y Costillares. Visiblemente el arte iba decayendo: no había brazo izquier-

do; todo el mérito consistía en atracarse de toro; mucha falta hacía una escuela como la que creó en Sevilla el séptimo y prudentísimo Fernando. El clérigo aplaudía, á estilo de los teólogos de Salamanca, recordando la infinita sal con que los españoles manejan los trastos de matar; convenían en ello los dos horteras, y además, porque es función que deja el dinero en el país; las mujeres callaban. Mas apenas se empezó á tocar la tecla del matrimonio, fueron ellas las que soltaron el trapo y como cotorras se despacharon. La mayor era viuda, las demás, doncellas impenitentes. Concordaron todas en el punto de que eso que hemos dado en llamar hombres es un abuso que no debe permitirse ninguna mujer decente: que el que más y el que menos, manso ó calavera, polvorín ó pazguato, es un monstruo de abominación capaz de pegársela al mismo lucero del alba.

Estando en estos coloquios y á unas cincuenta varas de la carretera, divisamos un bello edificio con jardín á la inglesa, larga alameda, elegante verja, y en el centro del parterre, la estatua ecuestre de un guerrero, armado de punta en blanco. Aquel conato monumen*tesco* era clarísimo espejo de los tiempos. Cien años antes no hubiéramos vacilado: estatua de guerrero, residencia señorial. Cien años después ¿qué representaba? El reclamo de un guarnicionero que levantó aquella fábrica con el dinero de las albardas. Un monumento elevado, no al caballero, sino al caballo; no al caballo, sino al aparejo. ¡Singular destino el de los bronces, que con ser materia tan dura, se hace ductilísima para toda clase de epopeyas, las de la gloria y las del bolsillo!

En Abrera, último relevo, un mozo de mulas, mientras cambiaba el tiro, iba entonando el siguiente estribillo

«Per S. Pera festa á Abrera,
A Olesa per S. Joan,
Y els sayons d'Esparraguera
Per Santa Eularia la fan.»

—¿Sayones nada menos—dije yo—los de Esparraguera? ¿Y de dónde les viene ese puñado de honra?—No sé—repuso el otro;—mas oiga el final de la copla:

«D'Esparraguera n'era
Judas lo traidor;
D,Esparraguera n'era
Y era cardador.»

¿Con qué el Iscariote hijo de Esparraguera y cardador de oficio? ¡Nosotros que, fiados en el Evangelio, le habíamos creído siempre pescador y judío, dos cosas tan bien avenidas! Hubiera sido obra meritoria advertírselo al Dr. Strauss que acababa de publicar su *Vida de Jesús,* ó á Mr. Renan que estaba con las manos en la masa preparando su libro del mismo título; pero calculé que ninguno de aquellos señores se tomaría la molestia de consultar los archivos de Esparraguera; y así quedará la historia del Discípulo traidor, consagrando injusticias y hartándose de desbarrar en latín, en griego y en hebreo.

Por los sambenitos y las libertades poéticas del mozo de mulas, vine en conocimiento de que los de Esparraguera no eran santos de mucha devoción entre las gentes de la comarca. Apenas llegados al pueblo y sentados á la mesa del parador, también nosotros tuvimos que ponernos del lado de los maldicientes. Pronto se enzarzaron nuestras jamonas del ómnibus con el avechucho de la posadera, que, de un lado para otro y con los brazos en jarra, no hacía sino chillar y bullir. Quejábanse del jaspeado de los manteles, de la pegajosa babilla que exornaba el borde de los vasos, de los platos historiados con ilustraciones de grasa, de unos dedos mantecosos impresos en toda la vajilla, de restos antediluvianos de yema de huevo incrustados en cucharas, tenedores y mangos de cuchillo, y de cierto cabello volandero que, con inaudito descaro, se había quedado culebreando, reluciente de pomada, en el aceitazo de la sopa. Tal, al fin, era todo que las señoras se quedaron sin probar bocado.

Menos melindrosos los barbudos, despachamos la cena al galope, como quien trae atraso de hambre; ansiosos de tomar la horizontal del demasiado cansancio de la jornada. Al entrar en mi cuarto me aseguré por dentro con el pestillo, y un par de horas haría que estaba durmiendo cuando me despier-

tan de un tremendo porrazo aplicado á la puerta. Levántome sobresaltado, busco á tientas los fósforos, no los encuentro, siento que la puerta se abre, oigo distintamente pasos, y ¡zas! se me cae encima un enorme peso con dos velludos brazos que me aprietan y sofocan y un cálido aliento que me abrasa la cara. Yo que, según me trataban, creí que me iban á matar, sospeché de un mozo de la posada, barbi-negro y mal carado; mas no era él, sino un mastinazo, con quien trabé relaciones en la mesa, y después de dejarse regalar por los últimos convidados, venía á compartir mi lecho, al olorcillo del antiguo agasajo. Repuesto un tanto del susto, que fué mayúsculo, dí un puntapié al intruso, y para no verme en otra refriega, atranquéme como pude, con muebles y baúles, ya que, por lo visto, los pestillos de Esparraguera corrían parejas, en lo traicioneros, con su paisano el Iscariote. Y acordándome de una bolsita de malla de seda en que traía algunas onzas y había dejado desamparada sobre el velador, compadecido de ella, la trasladé á mi propia cama, para que así, durmiendo bajo mi misma almohada, se encariñase más y más con su simpático dueño.

A las cuatro de la mañana estábamos camino de Collbató á tomar los jumentillos, único elemento posible para acometer la subida de Monserrat por aquel lado. Toda la población vivía de la sustancia del burro. Dos pintores que se nos juntaron, no cesaban de elogiar aquella santa humildad de nuestras caballerías. Llamábanla el colmo de lo pintoresco.

Más decían: de borrico á ferrocarril, lo pintoresco baja; de ferrocarril á borrico, lo pintoresco sube. ¡Qué de cargos contra el camino de hierro les inspiraban aquellas orejotas! Nadie pensaba entonces en aplicar los reles á las montañas. La misma Suiza, para izaros al Pilato ó á Righi Kulm, os ponía á régimen de mulo.

En todo paso de montaña veían su última trinchera los idealistas. En nombre del Arte esperaban que la locomotora no se iba á meter con los terrenos accidentados. Allí al menos no seríamos un número y un paquete. Apéndices de la máquina: siempre el triquitraque, nunca los grandes silencios de la Naturaleza; paisajes sin colorido local y en linterna

mágica. ¡Qué viajes aquellos de la antigualla, en mula de paso, jaco andarín ó coche de colleras! Os apeabais cuando queríais, llenabais la panza á satisfacción, dormíais á pierna suelta en ventas, ventorros y ventorrillos. Malas comidas, colorido local; salteadores, colorido local; moscas, mosquitos y otras sabandijas, colorido, la mar de colorido. ¡Ah! y estudiabais el país. Cruzabais sembrados, bebíais en los manantiales, os regalabais á la sombra del viejo encinar, conocíais las gentes, requebrabais á las mozuelas; y si por ventura no era viaje de placer, sino de negocios, allá que tuvieran paciencia los impacientes; que siempre llegabais cuando Dios era servido, y hay en este mundo mucha vida por delante.

II

Cuento de nunca acabar eso del pro y el contra. A caballo, en mulo, en coche, ¿por qué no á pie? Para lo pintoresco, el *pedibus andando* os da, no sólo la calidad, sino sobra de cantidades. Contad bien: de Madrid á Barcelona, en diligencia, cuatro días de pintoresco; en ordinario, ocho días; á caballo, quince días; ¡treinta días por lo pedestre! Un hartazgo para los estómagos más artísticos.

¡Ea, fuera las botas de Pulgarín! Cuanto más pedestres, más pintores. ¿Quién duda que son más pintores que nosotros todos los pueblos *de infantería*, aschantis, fellatahs, cafres, zulús, nyam-nyams y otros cultísimos habitantes del África, tierras adentro?

Pregunto una cosa, pintor: ¿te imponen el ferrocarril? En Suiza, en Escocia y en toda tierra de montaña; en las Pampas, en las estepas del Asia y en toda tierra llana, ¿quién te impide endosarte un poncho y una mochila, armarte de polainas, y si hay asperezas, coger el gancho del *alpenstick* para viajar más á lo artista?

Te quejas de puro mimo. Nadie te prohibe viajar á tu gusto, aunque sea á gatas. Y si nadie te lo prohibe, deja que el

ferrocarril cumpla su misión en el mundo de las actividades, ya que no en el de las fantasías; suprimir obstáculos, abreviar distancias, instantanear negocios y economizar fuerzas y dinero; y todo esto, añadiré, sin perjuicio de lo pintoresco. Créeme: toma billete de tercera, en tren tortuga, para más colorido; párate en cada estación, y pásate, si te place, semanas enteras, entregado al *impresionismo*.

Estas y otras razones iba yo dando á mis dos simpáticos artistas, no echando de ver que á puro teorizar sobre lo pintoresco, descuidábamos la mucha pintura que teníamos delante, y en los mismos cerros que estábamos subiendo. Los cuales, vistos por aquel lado, y al sol naciente, semejaban almenadas torres chapeadas de plata ó encantados palacios de cristal de roca. Todo aquello indica, desde luego, ser producto de algún accidente geológico; pero la leyenda se ha agarrado allí de tal manera, que no hay roca, ni matorral, ni despeñadero, ni hondonada que no posean la suya. Del conjunto os dirán que la montaña fué una de las que se descuadernaron al espirar en la cruz el Salvador de los hombres. ¿En qué lo fundan? En que así lo declara San Cirilo, quien, además del Gólgota, cita, entre las comprendidas en aquel caso, una montaña de Etruria, otra de la Campania *et in Tarraconensi Hispaniâ Monserratus*.

Mas yo entiendo que lo que había allí de más legendario y tradicional era el infierno del camino; pues á no ser por los asnos, que sabían bien dónde les apretaba la herradura, mil veces con las espaldas hubiéramos medido el suelo por aquellas angosturas, ya que no fuéramos á dar de cabeza en el fondo de un precipicio. Atribuían los devotos aquella desidia á que en lugares de tanta religión, se piensa más en cosas del alma que en la obra de las manos; á lo cual replicaba yo que de ninguna manera puede estar reñida la religión con la seguridad del viajero ó con la vida del peregrino; haciendo notar de paso que tales extrañezas, como aquellas sendas tan frecuentadas como descuidadas, no se ven más que en España; porque, en cuanto al extranjero, hasta para llegar á la cumbre del Simplon y á la del San Bernardo, hay caminos excelentes, sin duda porque, al revés de los nuestros, creen

los santos religiosos de aquellas tierras que las sendas peligrosas y extraviadas son tan funestas para los cuerpos como para los espíritus.

III

No pedirme noticias de la fundación del Monasterio, ni de las diversas trasformaciones que ha sufrido. *S'adresser* á los Manuales y Manualitos. Demasiado se comprende que, en los ocho siglos que lleva de existencia el santuario, se habrán ido hacinando allí restos de todos los órdenes arquitectónicos, desde el sencillo toscano al calado ogival, y desde el esbelto corintio al infame barroco. Tampoco causará maravilla que, por aquellos sitios, hayan pasado esponjas y cáusticos en forma de espadas, incendios, pillajes ó barrenos de los que acaban, en un santiamén, con la obra lenta de los siglos: desfiles sangrientos de turbas andrajosas, francos, patuleas, legiones extranjeras, inquinias liberales contra despotismos teocráticos.

Entré en un antepatio solitario y cubierto de hierba; y en el portal que se conserva de la primitiva Iglesia, ví á derecha é izquierda dos lápidas conmemorativas: una dedicada á San Ignacio de Loyola, otra á San Pedro Nolasco: el jesuita y el fraile de la Merced. Dos fundadores de Ordenes monásticas; pero ¡qué diferencia! Loyola, símbolo de la espada, de los rencores, de las iras pontificias; Nolasco, bálsamo consolador, mensajero de cariños y celestiales dulzuras. Loyola, representante de la persecución; Nolasco, de la redención; aquél forjando cadenas para la voluntad y el pensamiento; éste rompiendo los grillos de los cautivos. Loyola todo ceño, todo estrechez, todo sangre militar: Nolasco todo amor, todo caridad, todo bondad evangélica. En aquellos dos hombres y á entrambos lados del portal, distintamente veía las dos opuestas tendencias de una propaganda religiosa: en el jesuita, la tendencia política tirana de las conciencias, aduladora de los déspotas, hostil al progreso por la razón, sin par

en el arte del espionaje, cortesana de los Reyes ó de los pueblos, según los casos; en el fundador de la Merced, el sentido moral del Cristianismo, la abnegación, el sacrificio, la entrega de sí propio, el *todo para todos*, que es la más pura de las divisas. Ambos personajes visitaron un mismo santuario, á dos siglos de distancia. ¿Cómo, de rodillas sobre unas mismas losas, recogieron tan distintas inspiraciones?

Vamos entrando, que ya se divisa la fachada de la Iglesia moderna. ¿Era fachada? Sí y no. Algunos toques de estilo corintio, una ornamentación ligera y viuda de su Apostolado de mármol, que yacía, maltrecho y á pedazos, bajo los soportales del antepatio. El interior de la Iglesia me hizo el efecto de una gran casa desalquilada. Tal como estaba entonces, se reducía á un altar mayor medio restaurado, algunas capillas esbozadas, con cuadros medianejos de asuntos sacros, una gran verja, un coro regular, y en el centro, un buen grupo de escultura representando la Virgen y la Magdalena al pie de la Cruz.

Me enseñaron los planos de la nueva Iglesia que se trató de construir cuando se hizo la traslación de la Imagen el día 11 de Julio de 1599, en presencia de Felipe III. ¡Qué proyectos de artesonado, de mosaicos y verjas! D. Juan de Austria el Pequeñuelo, el hijo de Felipe IV, mandó dorar una magnífica á sus expensas. Ciertamente la fe acuñaba entonces mucha moneda. ¡Jesús! ¡Cómo cambian los tiempos! Quemaron el templo los franceses en la guerra de la Independencia; más de cuarenta años habían trascurrido y la restauración seguía en proyecto. No se logró reunir suficiente caudal para realizarla, ni con las limosnas de los fieles, en un país tan dado á las devociones, ni con la conocida esplendidez de nuestros Monarcas en cosas que atañen á la Iglesia. Para muestra, bastaba la tosca y pesada verja del crucero, fabricada en Manresa y adornada con esta inscripción que uno de mis compañeros calificaba de epigramática: «La gran piedad de Fernando VII.»

Allí el gran objetivo, el centro de todas las miradas, era la Virgen, negra como la de Guadalupe y de una sola pieza, con el Niño, á estilo de la de la Almudena. Llevaba corona

imperial, con doble aureola, largo velo y ricos vestidos de costosísimas telas; lucía además algunas joyas, que antiguamente eran muy numerosas. Escuchaban los peregrinos el relato del misterioso hallazgo con la atención y el interés que se prestan siempre á las piadosas leyendas de apariciones; crónicas sencillas y edificantes, que si dan en los pueblos la medida de una piedad acendrada, no suelen diferir mucho en su forma exegética; el pastor ó la pastora, la dama vestida de blanco ó la Imagen olvidada, una revelación, algún milagro y después el rico santuario, á veces el opulento monasterio, fuentes, curaciones, el tesoro espiritual de las indulgencias y el más terrenal de las cuantiosas dádivas y espléndidas larguezas.

Hízonos gran impresión la *Salve Regina*, cuando, ya entre dos luces, los monaguillos de la Capilla la cantaron, con los gozos y el rosario, acompañados de fagot y violones. Encontré aquella escena muy sentida y poética hasta lo sumo: salpicadas las naves de relumbrantes lentejuelas de oro con la última llamarada del día; el dibujo de aquellas voces infantiles sobre el fondo melancólico del violoncello; silencio, recogimiento, actitudes humildes en los fieles; en el órgano el estallar de las trompas, aquel juguetear de las flautas, las sonoridades de brisa ó de huracán que serpenteaban por el espacio; el incienso, la invocación; y poética hasta lo indecible la imagen de María, en quien el culto católico personifica las excelencias todas de la mujer: ternura de madre, cariños de esposa, purezas virginales, dulzuras, bondades, consuelos y supremas intercesiones para desarmar la cólera celeste.

IV

Intrincado problema el de la poética de las Religiones—me decía un joven positivista que formaba parte de la caravana.—Habíase sorbido, á los veinte años, los seis tomos del *Curso de*

Filosofía positiva de Augusto Comte, y acababa de meterse en la cabeza el *Sistema de Política positiva,* en que el mismo autor pretendía establecer una religión nueva. «¿Encontráis —preguntaba el prosélito de Comte—alguna religión histórica que carezca de recursos poéticos? Los Vedas tienen los suyos, el budhismo tiene los suyos, el Zendavesta los suyos. Manú los suyos, el Korán los suyos. El Cristianismo los tiene inmensos. Perderéis el tiempo—añadía—comparando unas religiones con otras bajo el punto de vista estético: son elementos de maravillosidad heterogéneos, que obedecen á distintos grados de cultura, á instintos de raza diferentes, á impresionabilidades de diversa forma. Leyendo á Dupuis, encontráis más poéticas las religiones orientales; leyendo á Creuzer, concederíais la palma al paganismo griego; leyendo a Gibbon ó á W. C. Taylor, casi os encanta el paraíso mahometano; leyendo á Châteaubriand, todo lo declaráis escoria ante el *Genio* del Cristianismo.»

Por aquellos años de mi visita á Monserrat, todo el positivismo se encerraba en Comte, para los aficionados, en España, á aquella doctrina. Ni Robinet, ni Stuart Mill, ni Lewes, ni Huxley, ni Spencer, ni Littré. Menos todavía se soñaba en los recientes engranajes del positivismo con el transformismo. Preocupados con la evolución de la *manera teológica* en sus tres formas—fetiquista, politeísta y monoteísta—no consentían los adeptos de Comte que se buscasen en ninguna religión histórica las fuentes é ideales de la verdadera poesía. En tocando á lo divino, les molestaba lo concreto, lo de carácter puramente formal y externo; y buscaban las grandezas sólo en el Dios abstracto, eterno, inmutable, invisible, cuya mano sentimos palpitar en todas las obras de la Naturaleza, desde las infinitamente grandes á las infinitamente pequeñas. Esto lo reputaban y tenían por dogma. La poética de lo simbólico les atraía poco. La poética de lo real les maravillaba y suspendía. No ya en sencillas funciones como la *Salve* de Monserrat; hasta en las más pomposas ceremonias del culto les hubierais visto indiferentes. Fríos, delante de una Virgen de Murillo, de un Cristo de Ribera, del *Descendimiento* de Rubens ó del *Spásimo*; helados, oyendo el *Te-Deum*

de Hœndel, una cantata de Bach, la *Creación* de Haydn ó el *Stabat Mater* de Rossini; sordos para Milton, para Klosptock, para los trozos más inspirados de la *Gerusalemme*. «El símbolo—me decía nuestro joven—corta los vuelos de mi fantasía, porque me empequeñece lo excelso: la vista de lo real los agranda porque me lo hace inconmensurable.» Para él, había poesía en Jehovah, poesía en Siwa, poesía en el Júpiter Olímpico, poesía, sublime poesía en el Redentor de los hombres; pero Jehovah le parecía vengativo, Siwa sanguinario, torpe y sensual el majestuoso Jove. Quejábase de los místicos porque, según él, habían retocado, con sombras de rencores y enojos, la plácida figura del Jesús divino. Era su ilusión beber el aliento de Dios á prodigiosas alturas, huyendo de encerrarse en lo que él llamaba «estrechos moldes del antropomorfismo.»

Convenceos de que es inútil querer luchar con ciertas organizaciones. Ya entonces á ningún positivista le hubierais hecho penetrar en las bellezas del Arte cristiano con las homilias de los PP., los poetas de baja latinidad, los sarcófagos de los siglos IV y V, las basílicas del V y del VI, los retablos, los monumentos bizantinos, el estilo romano, y más tarde los prodigios de la arquitectura gótica. Burlábanse de la música religiosa de los tiempos medios, de la *armónica* de los monges del siglo IX, de los chantres de Carlomagno, de los maestros de capilla bizantinos, de las teorías musicales de nuestro Isidoro de Sevilla, del venerable Beda, de Odón de Cluny y hasta de Arezzo, el benedictino, el inventor de las *notas*. Por negarlo todo, hasta negaban la influencia del Cristianismo en el Renacimiento, que, en pintura y escultura, consideraban como una simple resurrección del genio pagano y viva protesta contra los pudores de la iconografía mística. Aquellos ideales les repugnaban; aquel Arte no le sentían. «Déjate de cuentos—me repetía más de una vez aquel amigo:—cada cual es libre en sus impresiones; permitidme tener las mías. Permitidme encontrar tanta poesía y tanto sentido divino en la flor del campo como otros en el altarcico de una devota; tanto en el trinar de las aves como otros en el sosegado canto de unas monjas; tanto en el aroma de un

»clavel como en los perfumes del incensario; más en la presen»cia y asombrosa multiplicación de la vida por las regiones »aéreas, en las terrestres y en las submarinas, que en las ma»ceraciones y disciplinazos de los cenobitas; más en los pro»digios de un gran invento que en las visiones extáticas; tanto »por lo menos en el bramar de los Océanos, en el estampido »del trueno y en el firmamento tachonado de estrellas, como »en las descripciones, lúgubres ó paradisiacas, de Don Calmet »y otros teólogos eminentes.» De seguro incluiría ahora el curioso libro del abate Lohan.

De entonces acá, todavía se han extremado los vuelos de la estética naturalista. Ha pretendido hacerse un Dios por el camino del realismo, como no sé si Fichte ó Mr. de Schelling prometían *hacer uno en la lección próxima*, por los senderos idealistas. Ha anunciado que elevará á aquel Dios *suyo* un trono al abrigo de todo viento: «cansados—dicen los de aquella escuela—de esa lucha incesante de las religiones positivas que tanta sangre derramaron, oponiendo altar á altar y creencias á creencias.»

V

Renuncié á ver, una por una, las célebres ermitas de Monserrat esparcidas por la Montaña. En otros tiempos, era una excursión muy socorrida, porque cada ermita tenía su habitante y su historieta. Allí se descansaba, platicabais un rato y tomabais un ligero refrigerio. En aquella mi época, todas las ermitas estaban abandonadas. Bastónos subir á la más empinada, que es la de San Jerónimo. Bello panorama: por esto solo, los suizos y los franceses tendrían allí dispuesto un cómodo hotel con restaurant bien abastecido. Mas nosotros no damos importancia á estas nimiedades. Por todo restaurant, tuvimos que contentarnos con una tortilleja fría de patatas y animados tragos de peleón, y, por toda cama, con los blandos guijarros para sestear una horita. Y no teniendo

otra cosa que hacer, nos dimos la inocente ocupación de tirar piedras al fondo de los despeñaderos, contando las repercusiones del eco.

Efectuóse con toda felicidad el descenso de la Montaña, subido yo en un mulo que, pocos días antes, había tenido la honra de conducir al reverendo P. Serra, obispo de Puerto Victoria y después coadjutor de Perth, en tierras australias. Cítolo por lo que me estuvo mareando el guía con la relación, durante el camino; y sin duda el animal se asociaba en espíritu al regocijo dèl amo, porque apenas se puso en marcha, le entraron unos alegroncillos alarmantes, aguzó las orejas, y me dió, á expensas de los lomos, una feroz trotada cuesta abajo. Digo yo si sería para vengarse de lo mucho que el pobre se sentía rebajado. Después de llevar *al otro* como alma en gloria, por ser obispo y varón santo, llevarme á mí como alma en pena, por no ser santo ni obispo.

IV

Volvimos á Esparraguera para tomar, como ahora diríamos, la línea de Manresa. Diez y seis ómnibus había dispuestos y aún fué menester tomar la plaza por asalto. Razón: Manresa estaba de fiesta mayor. Haré gracia de ella á los lectores: todas las fiestas mayores se parecen, y además yo no podia concurrir á aquella por el luto que llevaba en el alma. Contentéme con salir un par de mañanas á las cercanías en compañía de uno de mis dos pintores de Collbató: yo me sentaba á tomar notas al pie de un árbol, y él escogía sitio para bocetear en el álbum. Recuerdo un croquis suyo de un *efectismo* prodigioso. Manchones blancos y pardos representaban la Ciudad: uno más recargado, la Seo: la línea rojiza del fondo era el Cardoner que avanzaba atropelladamente en olas fangosas: con unos toques casi imperceptibles, señalaba tres lavanderas retirando de las orillas unos pañales: otros indicaban cuadrillas de chicos peleándose á pedradas: en un sende-

rillo varios arrieros con sus recuas. Aquel muchacho prometía: si ha continuado, no habrá hecho mal papel en un género hoy tan estimado.—«Tome V.—me dijo, arrancando la hoja:—ahí va un recuerdo mío.»—Lo conservé largo tiempo y después lo regalé ó lo perdí: mucho lo siento.

Lo más granadito que os enseñaban en Manresa era la Cueva de San Ignacio con su Iglesia. San Ignacio es el tema favorito de los manresanos; aquí entró, por ahí salió, por tal punto pasó; si oró, si peroró, si en tales ó en cuales sitios estuvo ó no estuvo. La Cueva está abierta en la peña viva, y se baja á ella por una escalerilla de caracol. Allí escribió Loyola sus *Ejercicios espirituales*. Conservábanse en la pared restos de las cruces que iba trazando con la uña; los devotos, de puro entusiasmo, las han ido agrandando con las suyas. Por la estrechez de la Cueva puede calcularse lo penoso de las posturas, hasta estando de rodillas. Todo el labrado es de épocas posteriores; lo único notable entonces era el estuco, obra de un jesuita inglés, con unos medallones que representaban los pasos de la vida del Fundador de la Compañía, y en el exterior del monumento, varias deformes cabezas figurando herejes. Mostraba el sacristán el sitio donde tenía Ignacio apoyada la frente durante los ocho días que duró su arrobamiento. De allí extraían tierra los fieles como preciosa reliquia. No lejos veíase el retrato de otro personaje de más talla, á mi juicio, que el bendito San Ignacio, y fué de su misma Orden: el cardenal Roberto Belarmino.

Al salir de la Cueva, topamos con unos entes de hongo y americana que embestían á la gente como toros en lidia. No llevaban cuernos, sino unos papeles impresos que disparaban al bulto, caiga donde caiga. Al pronto los tomé por corredores de anuncios de saltimbanquis; mas luego me dijeron que eran muñidores de elecciones. La del diputado por Manresa coincidía aquel año con la fiesta mayor. Tratábase de saber cuál de los dos intereses debía triunfar en las urnas: si el industrial ó el agrícola; y los conciliadores se habían fijado en la persona de mi respetable amigo D. Angel de Villalobos, en quien creían ver representada la mejor armonía entre las fábricas y los terrones. Echaron á volar la candidatura; y

para darla bombo, circularon profusamente unos versos que recomiendo á los que leyeren, como muestra del alto grado de inspiración á que se puede llegar por los floridos senderos de la literatura proteccionista. Decían así:

«La industria, las carreteras,
Agricultura y oficios,
Al Poder y á Vos propicios
Os piden de todas veras:
Á las penas y quimeras
Sucedan glorias y *trobos* (??!!)
Proteger los hombres probos
Atañe á Vos y al Gobierno,
Y un afecto sempiterno
Se os deberá, VILLALOBOS.»

Otros versos, y estos ingeniosísimos, corrían á la sazón por el pueblo; y eran obra de un D. Buenaventura Pons y Fuster, gran aficionado al dialecto catalán y á su antigua literatura. Había hecho el poeta un esfuerzo de habilidad original, un verdadero *tour de force*: 105 versos, todos en monosílabos, para demostrar la índole de aquel dialecto que, de haberse cultivado como lengua nacional, sería hoy una de las más ricas y flexibles de Europa. No los continuaré todos, contentándome con escoger cuatro estrofas; y las pongo sin traducción castellana. Si los que las lean son catalanes, ya las entenderán; si no, siempre valdrá más dejarlas como están en el original; ya que el mérito depende de las palabras y no precisamente del concepto. Ahí van las cuatro estrofas.

«Lluny tos y mochs, que á fer vinc
Lo cant del *Mas* á xics trots;
Y si 'l cap *per-vers* jo tinc,
Han de ser curts tots los mots
Com dos y tres ne fan cinc.
O car Mas, tú no tens preu,
Tú vals mes per mí que l'or,
De gent en tú no sen veu:
Per so 't vull de mes bon cor:
Per mes, Mas, que tú no ets meu.
. . . .
Ab mont cant tan tosc y gros,

O bon Mas! jo 't dic *á Deu*:
Si vinc mes, hem de ser dos,
Que 'l ser sol me sap molt greu;
Y tú saps qui vull que y fos.
Si res mes vull dir de nou
La ma trem y 'l vers no surt:
Jo crec doncs que n' he fet prou:
Que tras tan verb y nom curt,
Tinc lo cap mes gros que un bou.»

La víspera de salir de Manresa me convidaron á oir, en casa de un amigo, un concertista italiano, de la especie más singular: un señor Agostini, que tocaba *il flagioletto col naso.* Hizo prodigios aquel ciudadano, soplando por la región del olfato; mas por si acaso algún día viniera á caer en manos de ustedes un instrumento *practicado* de aquella suerte, no olviden, antes de usarlo por lo ordinario, la sencilla precaución de cambiar la boquilla.

VII

Ya están aparejados los mulos para Cardona. Larga es la jornada: no perdamos el tiempo. Nos lo han advertido: tenemos que cruzar un laberinto de revueltas y desfiladeros, y en la cabalgata llevamos dos damas de corte sentimental, medrosicas y delicadas de nervios. A cada salto pondrán á prueba la paciencia de los guías, y á cada susto apelarán á nuestra habitual galantería. Que se ha aflojado la cincha... plantón. Que el mulo aguza las orejas... á ver qué pasa. Que me caigo, que me escurro, que me mareo, que me bajen, que me suban, que me tengan, que me suelten. Echemos un par de horas más de viaje con estos melindres, y poco tontear nosotros por el camino, que con harto sobrehueso lo llevamos. En tal conformidad, llegamos al pueblecillo de Suria, que por caer justo en el centro del Principado, recibe de los naturales el nombre de *A mitx mon* (á medio mundo).

Nos aseguran que, de Suria á Cardona, andaremos por buena carretera. Otra ilusión perdida. La carretera se iba ha-

ciendo, pero interrumpida á trechos. A cada paso teníamos que echar por el atajo; para volver á la ancha vía, era menester pedir cien veces licencia á contratistas y destajistas. Unos eran amables, nos dejaban franco el paso y hasta se quitaban la gorra: otros refunfuñaban ó se hacían el sueco. Hormigueaba la montaña de braceros con herramientas: chocóme ver tanta boina en el país clásico de las barretinas. —«¿De dónde sois?»—pregunto á un grupo de operarios.—«*Vizqueños* y *guipuzcoanos*»—me contestan en su jerga. Ya caigo: es el *rebose* de las Provincias Vascongadas que viene á caer sobre Cataluña, en busca de trabajo.

Cardona es lugar famoso por sus salinas. Sin este atractivo ¿cómo habíamos de meternos por aquellos breñales? Minas de sal gema, tesoro de Creso. ¿Quién no iba á figurarse que, al lado de este tesoro, aquello sería un Jauja, con alguna población de primer orden, desahogo en los moradores, buenos salarios, hermosas casas, hospicios para los inválidos y cara de Pascua gratis para todo bicho viviente? ¿Jauja, eh? A otra puerta. Precisamente por tener Cardona tan á mano *el oro*, me la encontré un pueblo atrasadísimo, uno de los más rústicos, más abandonados y pobretones de Cataluña. Señores, fuera aspavientos: esta es la regla, la regla de toda tierra en que se come el garbanzo, llámese España ó llámese Siria, donde también se garbancea. ¿No está ahí, á dos pasos de la Corte, el *suntuoso* y *elegantísimo* Loeches con aguas, según es fama, mejores que las de Vichy? ¿No está ahí, besándose con Cauterets, Aguas Buenas y Luchón, ese otro dechado de distinción y comodidad que se llama Panticosa? ¿Y Toledo, y el Escorial y la Granja con sus *espléndidos* hoteles y sus *rapidísimos* trenes de viajeros? Ea, déjenme mi pobre Cardona en paz, y caminen con la de Dios: que yo vengo á ver salinas, y sólo por pura cortesía penetraré antes en el Castillo de los antiguos vizcondes y duques, hoy incorporado, con los títulos, á la casa de Medinaceli.

Los Folch de Cardona formaban, con los condes de Urgel, de Ampurias, de Pallars, de Besalú y otras calificadas casas de Cataluña, el núcleo de aquella nobleza feudal, más parecida á la francesa que á la castellana. Como los Moncadas

que les superaron en grandeza, si no en esfuerzo y bizarría, midiéronse los Folch, primero con los Condes de Barcelona, después con los Reyes de Aragón; y más de una vez pasearon sus huestes triunfantes por la comarca catalana, luchando con el rich ome, el magnat ó el de paratxe, y aplastando con férrea planta al *rustich* y al menestral, al mercader y al villano. Epicos heroísmos de aquellos tiempos, que nuestros prosaicos Códigos de hoy tendrían la humorada de llamar fechorías. De tan insignes hazañas sólo dos memorias han quedado: unas líneas rojas en las páginas de la Historia, y un puñado de cenizas en el fondo de los panteones. Por los panteones empezad y acertaréis. Mi primera visita fué al de los Cardonas.

Pero en 1850, ¿era aquello panteón ó almacén de provisiones militares? Podían decirlo los sacos de trigo, harina y patatas esparcidos sobre las losas sepulcrales; los rimeros de heno, paja y cebada hacinados en los nichos ó junto á las pilastras; el penetrante olor á cabotaje que apestaba el ambiente. Con la contera del bastón, abríais un hueco en el montón de tomates y leíais un epitafio dedicado á D. Juan Raymundo de Toledo ó á D.ª Francisca Manrique de Lara. Un barrido en las habichuelas, y asomaba el canto de otra lápida, consagrada á la memoria de D. Juan Raymundo Folch, Vizconde de Cardona, General de mar y tierra.

No es aquí cuestión de aristocracia de sangre, ni de privilegios, ni de pergaminos. En plata: aquellas profanaciones me repugnaban. ¿Ni siquiera nuestros huesos ha de respetar la mano del soldado? ¿ni aun en tiempo de paz dejará tranquilos los monumentos? En Cardona, los soldados de La Rocha racionándose en el panteón de los Vizcondes; años después, en Barcelona, los soldados de Gaminde acuartelados en la Universidad nueva; en Milán, los soldados de Radetzky atando los caballos en el refectorio de Santa María *delle Grazie*, junto á la *Cena* de Leonardo de Vinci.

Con aquellas prosas y aquellas abominaciones, no era fácil reconstruirse en imaginación el panteón de los Folch de Cardona. Ahora me lo reconstruyo, pensando en el Escorial, en Westminster, todavía más en Saint Denis. Estatuas yacen-

tes, ó de pie, ó de rodillas, en piedra, en mármol, en bronce; con las manos en alto, con las manos plegadas; en línea correcta junto al muro ó en artístico desorden por el centro. Una vizcondesa con su lebrel á los piés; un vizconde con su fiel tizona; un duque y duquesa en consorcio, para que aparezcan unidos en la muerte los que acaso en vida fueron separados por los celos, por brutales pasiones ó sangrientas rivalidades de familia. Girones de algún pendón heroicamente conquistado en las Navas de Tolosa, ó en Mallorca, ó en Muret, ó arrebatado en fratricida lucha con el de Urgel, con el de Atarés, con el de Perelada. Montantes, rodelas, adargas, morriones de cuero ó de metal colgados en la pared, y por su peso y su tamaño, más propios de gigantes que de comunes soldados. Tal vez alguna reliquia traída de Tierra Santa, tal vez algún trofeo de caza, una presea de amor, la roja banda cruzada sobre la cota de malla por las manos adorables de una reina de torneo. Y si, por ventura, os sorprende la noche solos en aquella mansión de muertos, puede que se os antoje ver animarse entre sombras las esculturas; y se levanta de súbito una losa del pavimento y sale un adalid de larga cabellera, cortada en cerquillo sobre la frente, y el caballero da la mano á una dama de largo y flotante velo, y tras del caballero otro caballero, y tras de la dama otra dama; y así desfilan en muda procesión hasta el altar de la capilla, donde van á prosternarse para recibir la bendición del monge gris ó del Prelado con capa pluvial y mitra de relumbrante pedrería.

Aquellos espectros son vuestra conciencia, señores profanadores de panteones y otros monumentos. Son vuestra conciencia. Reflejo de unos cuerpos que, antes que vosotros, estuvieron en posesión de la vida; que lucharon por ella como ahora lucháis vosotros; que lucharon por ella dentro de las condiciones de su país y de su tiempo. Sin aquel pasado, no seríais presente. Ellos y vosotros, eslabones de una misma cadena. ¿Locuras hicieron? ¿de héroes tomaron el nombre, siendo acaso vulgares ambiciosos? Aun así, respetad su memoria y juzgadlos luego como queráis. La historia los ha juzgado ya. ¿Sabéis acaso cómo nos juzgará á nosotros?

Desde las almenas del Castillo se domina tierra hasta el Pirineo. *Torre de la Doncella* llaman á la del homenaje; porque, según es fama, allí tuvieron encerrada, hasta morir de hambre, á una damisela de la Casa por haberla seducido un Conde de Urgel, en guerra con los Cardonas. Para más pormenores, *vide* Balaguer, en una de sus infinitas leyendas.

Más curioso que ellas es lo que me enseñaron en el archivo. Trajéronme unos legajos amarillos y ratonados que contenían procesos de villanos. En cada portada, el escribano había dibujado, con la pluma, la pena impuesta al procesado ó procesados. Quien aparecía ahorcado, quien quemado, quien enrodado, quien descuartizado. Cariñitos feudales para la gente menuda, que, con razón ó sin razón, pagaba siempre los vidrios rotos.

VIII

¿Hablaré *in extenso* de las salinas de Cardona? ¿Para qué? Sobre las salinas, ó hay que decirlo todo, ó es mejor no decir nada. Tiene la cuestión tres aspectos: científico, económico y pintoresco. Del científico no he de hablar: es químico y geológico, y ni yo puedo entrar en semejantes honduras, ni serían propias de la índole de este trabajo. El económico me entretuve en examinarlo cuando, cinco ó seis años después de aquella fecha, y estando de catedrático de Economía política en la Universidad de Santiago, dirigí una Memoria al Gobierno sobre el desestanco de la sal y del tabaco. Tanto caso de mis observaciones hicieron los caballeros de Hacienda, que se me han quitado las ganas de reproducirlas en este sitio. ¿Hase visto descaro igual á aquel mío? ¡Atreverme con memorialitos al Gobierno sobre asuntos de interés público! ¡Un mocosuelo *sin nombre y sin distrito!* ¿Dónde estabais, ilustres escribas del antiguo castillo de Cardona, que no me pintasteis en alguna portada con una soga? Del más puro cáñamo la hubieran apretado, en vuestros tiempos, al

cuello del bobalicón que se hubiese corrido á dar consejos, desde abajo, á los que se ciernen en las alturas.

Queda el lado pintoresco. Aquí sí que hace falta una pluma valiente. ¿Habéis visto en algún lienzo de los que pasan por inspirados, caprichos de montañas azules en plena mancha verde, ó nevadas en plena vegetación tropical, ó negras en pleno día? Diríais como yo: eso no tiene sentido común. Pues amigos míos, lo tiene: aquellas montañas las veréis siempre en Cardona, como quede una pizca de luz en el espacio. ¿Alcázares ó arco iris? Si son alcázares, ¡qué alcázares para un poeta de los de joyería! Por basamento el pórfido, zafiros por sillares, por cornisas rubíes y esmeraldas, de jade las escalinatas, de ópalo la techumbre y las torres con sus agujas de diamantes. Si son arco iris ¡qué bellísimo arco iris! Un espléndido manto oriental de mil colores, rayado, tejido, brochado con el carmín del crepúsculo, el oro de la luz meridiana, el verdor del cercano arbolado, el azul purísimo del cielo, el tinte blanquecino de los vapores matinales. Y todo es color y luz y transparencia, es decir, todo sal, cuanto allí se ve, se toca ó se respira; líquida la que corre disuelta en los arroyos; pastosa la que forma espuma; sólida la cristalizada; volátil la que se esparce por los aires.

Muchos particulares se dedicaban en Cardona á coleccionar productos de sal gema. A sus expensas había reunido los mejores el presbítero D. Juan Riba. Dividíalos en tres secciones: los que él mismo elaboraba, las cristalizaciones ordinarias y las más selectas y sorprendentes. En otra pieza mostraba una hermosa columna de orden corintio y una gran mesa, todo de sal; y allí estaba el álbum donde los viajeros depositaban el tesoro de sus inspiraciones ó de sus simplezas. Arriesguéme con unos versos, y fué en mal hora, porque salieron sosos: raro prodigio en tan salada tierra.

SECCIÓN SEGUNDA

Un compromiso *oriental.*—Dos fases del orientalismo.—Con Wilkins, Jones y Bopp.—Cinco momentos de la poesía indostana.—Walmiki y Kalidasa: el *Sakontala.*—Si esto matará aquello.—De los Vedas al Manual del torero.—Tauróñlos y tauróbobos.— El arte se va.—Otra vez de viaje.—*¡Hiú!*.—Perpiñán.—Música, mi Coronel.—Narbona.—¿Cuánto valen los cuadros grandes?—Montpeller y Aviñón.—La corte de Clemente VI.—Usted *está* español.—Mar de sangre.

I

Sin más cosas dignas de notar, y después de pasarme una larga temporada, cerca de Solsona, en la casa de campo de un buen amigo, regresé á Barcelona á últimos del 50, con más ansia que nunca de volver á la intimidad de mis libros. Encontrábame á la sazón con el compromiso de tener que escribir una Memoria para inaugurar las tareas de la *Reunión literaria* en 1851: magnífica ocasión de espaciar el espíritu, dando algún derivativo á mi amarga pena, si tenía la suerte de encontrar un tema nuevo, elevado y fecundo en trabajos de observación y de indagación histórica. Ocurrióseme dar una ojeada á la poesía de la India: empresa, más que ardua, imposible, caso de tener que engolfarme en las escabrosidades del sanscrito con toda la copia y rica variedad de sus literaturas. Mas yo que no conocía, ni he conocido jamás las lenguas orientales, mal podía abrigar el atrevido propósito de dar tan elevada dirección á un humilde ensayo: tomélo sólo de pretexto para examinar rápidamente el movimiento orientalista, cuyo nacimiento y cuyos progresos iban rayando en fabulosos de medio siglo á aquella parte.

No entiendo decir con esto que el orientalismo *en sí* sea de origen contemporáneo. Veíale despuntar en otras épocas con muy diversas tendencias. En el corazón de la Edad Me-

dia, con el estudio de las lenguas semíticas, y principalmente de la arábiga y de la hebraica, primero para responder á la manía de las ciencias ocultas, después con miras de proselitismo para vencer, en el terreno de la crítica, á judíos y mahometanos.

Sobreviene la Reforma; y el orientalismo, sin perder todavía su sentido religioso, cobra mayores alientos y se traza más anchos horizontes. Ya no se trata de refutar á los que obedecen al Korán ó al Talmud: es menester profundizar en el estudio léxico de la Biblia, base fundamental de toda contienda entre católicos y protestantes; y protestantes y católicos apuran, bajo miles de aspectos, la sustancia de los Sagrados Textos, y para ello hay que cultivar asiduamente los idiomas en que aparecieron los originales, sin perjuicio de aquellas otras lenguas que sirvieron para las primeras versiones: no sólo la rabínica y el árabe, sino además el caldeo, el siriaco, el dialecto samaritano y la lengua etiópica. Pasan pocos años; empiezan las Misiones; créase el Colegio de *Propaganda fide*; penetra el europeo en tierras de la China y del Japón, y por allí, por aquellos fervorosos apóstoles de la fe cristiana, viene la primera iniciación occidental en las lenguas del extremo Oriente.

Por muy importante juzgo el mérito de los misioneros en el cultivo de extrañas lenguas y literaturas; mas hay que convenir en que el de las orientales hubiera hecho pocos progresos, abandonado á sus solas manos; porque para la propaganda de una fe religiosa, la lengua no es más que un instrumento, y no la expresión de la historia, civilización y cultura de pueblos antes ignorados. Entonces, al buscarse esta expresión, es cuando los estudios lingüísticos entran en la categoría de verdadera ciencia, como entró en ella el orientalismo desde que tomó aquellas sabias direcciones. Para mí era incuestionable—y así lo consignaba en mi Memoria—que el orientalismo había nacido, realmente, con los primeros trabajos de W. Jones y de Silvestre de Sacy; que Federico Schlegel le había dado gran impulso al llamar la atención sobre la filosofía y las lenguas indostanas, y que, en lo sucesivo, se había ido completando con el poderoso au-

xilio de Wilkins y Franz Bopp, de Michaelis y Eichhorn, de Burnouf y Colebrooke, sin olvidar los grandes etnógrafos como Klaproth y Guillermo de Humboldt. A la sombra de estos nombres eminentes, se habían ido formando las numerosas familias de orientalistas con sus diversas denominaciones de sinólogos, indianistas, asiriólogos, egiptólogos; las literaturas del Oriente se habían clasificado, ordenado, metodizado y relacionado entre sí con arte maravilloso; un grupo en la extremidad del Asia, con el chino, la lengua japonesa, la mongola y la mandchúa; otro grupo, en el centro, con la tártara, la tibetana, la malesia, la persa y sobre todo con la indostana; un tercero, más occidental, con las semíticas, el copto, el armenio y el egipcio.

Por este camino, ya hoy bastante abandonado, iba entrando mi Memoria en el examen concreto de la literatura y más en particular de la poesía de la India. Siviéronme de guía Schlegel y Burnouf; algo también Weber, que acababa de publicar en Berlín sus *Estudios sobre la India.*

Dos fuertes impresiones sentía nacer en mí al penetrar en aquel espacioso campo: admiración ante tanta grandeza, y compasión al recordar las tristes generaciones occidentales que no habían llegado á conocerla. ¡Qué inmensidad aquella de la literatura india, tomando la palabra en su más lato sentido, como expresión del pensamiento de una raza en las manifestaciones de su *verbo!* ¿Hay algún género que la India no haya cultivado? ¿Citaréis una forma literaria que haya desconocido? ¿Qué rincón del pensamiento no han escudriñado, qué fibra del corazón no han herido, qué aspecto de la vida del espíritu, qué punto de contacto con la Naturaleza no vieron ó adivinaron los hombres de aquellas razas? Ellos matemáticos, ellos astrónomos, ellos médicos, ellos músicos, ellos didácticos, ellos legistas, ellos gramáticos, ellos filósofos, ellos poetas, poetas hasta lo inverosímil, hasta lo sublime. Y no añadía teólogos, porque me refería á la literatura sanscrito-brahmánica, no á la budhista, que es especialísima en la alta especulativa religiosa.

No me atreví á dividir en períodos la historia de la poesía de la India. Evoluciones me parecía término más adecuado;

así evitaba el compromiso de tener que sujetar á la mecánica de los tiempos un orden de creaciones tan sin medida. Asistíamos el lector y yo al nacimiento de la poesía religiosa en la edad primitiva, la indo-árica: brotaba de repente la épica ó guerrera, al tomar asiento aquella raza en los valles del Indo y del Ganges, tras sangrientas luchas; luego la histórica ó descriptiva, con el reposo y el regalo de una civilización formada; después la labrada, la artificiosa, la que llamaríamos cortesana, cuando van entrando, con la molicie, la duda, la flojedad y la corrupción de los espíritus; por último, la poesía dramática, nacida espontáneamente del *objetivismo* de la raza y descompuesta en infinitas formas, hasta llegar á la fábula, al cuento ó á la menuda leyenda. De paso hacía notar la extraña precisión con que la lógica racional y la lógica histórica venían á ajustarse y á coincidir en aquellas grandes evoluciones de la poesía indostana. Primero el pueblo *niño*, que ora, que invoca, que advoca, que exhala en piadosos himnos su admiración, su temor ó su respeto; en segundo término, el pueblo *joven* con el canto de guerra, el *grito del combate*, cuando lucha con poblaciones de escaso vigor y les impone el prestigio inconsciente de la fuerza, obedeciendo á la secreta ley de las selecciones; más tarde el pueblo *maduro*, narrando, describiendo, pintando, esculpiendo sus hazañas, como que buscase ya, en los recuerdos, la manera de recobrar pasadas virilidades; luego el pueblo al empezar su *ocaso*, con menos inspiración, con lo pequeño, lo frívolo, lo alambicado: seguros anuncios de una futura y no lejana decadencia. Y en todos tiempos y en todo el curso de aquella maravillosa historia, el pueblo realista, el de más soberano realismo, al contacto de la más opulenta de las naturalezas: la poesía en acción, el *natak*, con la vida del Dios, con la vida del hombre, con la vida del brahmín, con todos los relieves, contornos y asperezas de cuanto pertenece al orden de lo externo y de lo sensible.

Obligado á encerrar mi trabajo en muy estrechos límites, tuve que ceñirme y me ceñí á dar una idea superficial de los principales monumentos de la poesía indostana:—en el género religioso, un fragmento de los Vedas;—en el épico, los

dos poemas colosales;—en el histórico, los Puranas;—en el lírico, los cantos de Dshayadeva;—en el dramático, el *Sacontala* de Kalidasa.

Sabedor de que acababan de publicarse los *Estudios* de Mr. de Nève sobre los himnos del Rig-veda, así la ocasión por el copete, y sirvióme el libro para iniciar á mis oyentes y lectores en las místicas profundidades de aquellas poesías que, por lo profusas é inagotables, parecen un remedo de la eternidad; pues sólo la introducción de un Veda contiene más de 10.000 estrofas repartidas en 1.000 cánticos. Pero, naturalmente, concentraba yo la principal atención en los dos portentos de la literatura india: el *Mahabharata* y el *Ramayana*. Del primero no conocíamos en Barcelona más que el texto en sanscrito: del segundo la traducción italiana, en siete tomos, de Gorresio. ¿Quién sería capaz de echarse á nado por aquel piélago inconmensurable? Hubo que limitarse á conceptos generales y á citas incompletas, según las referencias de Wilkins y de Bopp; la admirable descripción de Ayodia en el Ramayana con los famosos episodios versificados por Schlegel; en el Mahabharata, los toques más patéticos del sacrificio de Krishna. Y después de hacer un ligero análisis de los Puranas y del adorable cántico de Dshayadeva, terminaba con la exposición del *Sakontala* ó Anillo del destino, acaso el tipo más perfecto del *natak* indostano. Herder lo ha dicho con grande acierto: allí, en aquella admirable creación del poeta de la corte de Vikramadytia, es donde más puro resplandece el genio de la India; pasiones, imágenes, descripciones, todo se aparta de aquellos otros senderos á que nos tenían acostumbrados los inmortales de la Grecia.

¡Qué mudanzas desde la época en que escribía yo aquellas mal pergeñadas líneas! De entonces acá los estudios orientales se han hecho casi familiares. De ellos se alimentan la Etnografía y la Filología; á ellos consagra su atención un sinnúmero de Sociedades científicas; apenas hay Universidad que no tenga establecida alguna cátedra para su cultivo. Misioneros, lingüistas, arqueólogos, artistas, mercaderes, políticos, naturalistas, todos corren á respirar Oriente. Los que no corremos, lo respiramos desde aquí con lo que nos

traen ó nos cuentan. Lenguas de Oriente, historia de Oriente, filosofía de Oriente, productos de Oriente, colonias en Oriente, querellas y *linternazos* internacionales por la cuestión de Oriente.

Cuando pase este bullicio, liquidaremos. Los venideros podrán contar los pasos que la civilización haya dado, si algún día el Japón llega á ser anglo-americano, francesa la China, alemán el Archipiélago malayo, decididamente inglés el Indostán, ruso Estambul y toda la línea berberisca repartida entre las Potencias mediterráneas. Entre tanto, y ciñéndome á la literatura de la India, debo confesar que, con la edad, se han moderado mucho mis antiguos entusiasmos. Imaginaba yo que aquellas gigantescas creaciones engendradas en el país *de los cinco ríos*, vendrían á dar un nuevo giro á nuestra educación artístico-literaria; que el Ramayana mataría la Iliada, Valmiki á Homero y á Milton, Bhartrihari y Amarú á Byron, Kalidasa á Shakespeare; como creía que, al lado de los Vedantas, nuestras pobres filosofías occidentales iban á quedar confinadas á la novela. Hízose el ensayo con el romanticismo: el ensayo no ha cuajado. Reposados nuestros ánimos, hemos visto que si hay en las creaciones indias mucha magnitud, hay también mucho de monstruoso. Nos hemos convencido de una cosa; de que el prestigio de las civilizaciones antiguas puede modificar, mas no transformar las generaciones nuevas. La India, el Oriente habrán traído á la vida del Arte ricos y valiosos elementos: todo el problema consiste en saberlos cuerdamente aprovechar combinándolos con los nuestros.

II

Mientras andaba yo tan de veras atareado *en Asia*, Barcelona entera estaba de gran regocijo por bien distintos motivos. En aquellos días, nuestro *celoso* Gobernador civil había dado licencia para restablecer las funciones de toros interrumpidas en Barcelona desde la quema de los conventos. Ya

entonces no me sentía dispuesto á reconocer en los que manden el derecho de autorizar, suspender, restablecer ó prohibir corridas de toros. Un D. Fulano ó un D. Zutano, por el mero hecho de ser Ministro ó Gobernador, no me parecía tener mejor sentido que yo, para designarme, en forma legal, la clase de diversiones que me convenían. Y por lo que iba viendo, infinitos éramos los que, en todos tiempos, habíamos coincidido en opiniones sobre el particular; porque cabalmente, en cuestión de corridas, siempre las costumbres habían logrado triunfar de todas las leyes civiles y eclesiásticas. Ningún Papa se había atrevido á prohibir que los seglares asistiesen á los toros; y al mismo Gregorio XIII que impuso esta prohibición *á los clérigos*, le enmendó en seguida la plana Clemente VIII, limitando la censura á las Órdenes monásticas. En vano D. Alfonso el Sabio condenaba en la Partida 1.ª *el alanzar ó bafardar ó lidiar toros ú otras bestias bravas*; en vano declaraba en la 7.ª que son *enfamados los que lidian con bestias bravas por dinero que les dan*; en vano los Reyes Católicos prohibían las corridas, y las prohibía Carlos III, y trataba de prohibirlas *Pepe Botellas*: la tauromaquia siguió tan fresca, burlándose de leyes y decretos y oponiendo un desdeñoso *Se proveerá* del Consejo de Castilla á cada memorial que se elevaba al Soberano contra toros y toreros.

Mas ya que tantas veces había tenido que ceder la Autoridad en el terreno de la prohibición, ¿era lógico, era siquiera medianamente razonable restablecer, de orden del Gobierno, las funciones de toros en una Ciudad que ya las tenía casi olvidadas? Ninguna persona de regular sentido se explicaba aquella *zanganada* del Gobernador, cuando nada le obligaba á ello, ni el cuerpo pedía toros á los barceloneses, ni, aun con habérselos negado, podía peligrar el público sosiego. De ahí surgió una larga y animada contienda que, por lo curiosa y entretenida, vale la pena de ser contada: de un lado, los acérrimos defensores del espectáculo nacional *por excelencia*; del otro, sus detractores que se decían, y con razón sobrada, meros representantes de la cultura.

Donde más cuerpo tomó la pelea fué en el café Cuyás, asistiendo yo, como tantos, unas veces de simple espectador,

otras en calidad de pleiteante. Llevaban la voz de la tauromaquia dos mozos andaluces de mucho rumbo y buena capa, con un coro de catalanes que se la echaban de *caliá* y dados á lo flamenco. Empezaban citando la respetabilísima antigüedad del toreo, cuyo origen se perdía entre las nieblas de las edades, allá, según decían, en las heroicas de la Tesalia ó de la Mauritania; luego lo llevaba á Roma Julio César, á quien hacían *Emperador* para el caso; y aquí, en nuestras tierras, lo aclimataban desde el siglo X los moros, rompiendo lanzas contra los cornúpetos en los antiguos circos de Mérida, Córdoba, Tarragona, Toledo y Murviedro. De cómo los cristianos, tan enemigos en todo del Islam, nos fuímos sometiendo, en este punto concreto de las reses bravas, á aquella ley descomulgada, y fuímos humildes discípulos de los árabes en este asombroso arte que ha ido levantando el nombre español desde los cuernos del toro á los cuernos de la Luna.

Tras de la antigüedad, venía la *nobleza* del toreo. ¿Cómo no había de ser noble, cuando el primero y el más antiguo de nuestros alanceadores se llamaba Rodrigo Díaz de Vivar? ¿cuando, andando los tiempos, nuestra nobleza en masa y hasta los Reyes se conceptuaban honrados matando bichos, y haciendo demostración de cuán esforzados caballeros eran los que así peleaban en público con tanto riesgo de sus personas? Y en aquel glorioso y refulgente y sin par período de la Casa de Austria, ¿quiénes alanceaban y rejoneaban toros sino los Cantillanas y los Maquedas, los Tendillas y los Villamedianas, los Laras y los Chacones, y Gallo, aquel famoso Gallo, émulo histórico de los Watt y de los Stephenson porque si éstos aplicaron el hierro á la fábrica y á la locomotora, aquél lo había aplicado ya al blindaje de la pierna para preservar de las caricias del pitón la planta baja de los picadores? Y pues—proseguían los abogados del toreo,—y pues tan especial habilidad hemos llegado á obtener en el arte de trastear y de pinchar, que ni los franceses ni los italianos han conseguido imitarnos, por más que varias veces lo hayan intentado; y pues tan excelso galardón se ha servido Dios concedernos, no vayamos á renunciar á ese cachito c

gloria española, ya que tantas otras se nos han escurrido de entre las manos; que al fin y al cabo no somos, por causa de los toros, ni más bárbaros ni más crueles que otras naciones con sus domadores de fieras, sus ejercicios acrobáticos, carreras de caballos, el pugilato inglés y el reñidero de gallos.

A nada nos doblábamos los de la adversa, siempre tan á punto de guerra. Sois unos bellacos—decíamos;—*steeple-chase*, circo de caballos, toreo; ¿vamos á pegarnos por quién mata más ó escabecha menos? Niñería lo de pretender que porque el diestro *puede* salvarse y ordinariamente se salva, no es *instrumento* de recreación en los toriles. ¿Corre riesgo su vida, riesgo inminente? ¿Nos divertimos, ó no, tanto más, cuanto va creciendo el peligro? Pues entonces *medio* ó instrumento de diversión es el hombre en el redondel, como lo es al propio tiempo el toro. Dos seres que defienden su vida: uno de ellos forzado, con el instinto, no sabiendo que va á perecer; el otro libre, con la inteligencia, sabiendo que pueden destrozarle, sin que le obligue á ello un alto deber moral, ni le fuerce la conciencia. Otra simpleza llamarnos sensibilistas porque compadecemos al toro y al caballo. Mutilamos el buey para la labor: es una necesidad para un fin utilísimo. Mechamos el toro en la brega: ni hay necesidad de bregar ni más propósito que pasar el rato. Que el caballo es de desecho y siente poco el dolor. ¿Habéis sido alguna vez caballos? Lo de la suerte del picador es todavía más inexplicable. Cuando toreaban los nobles, rejoneaban firme y procuraban salvar el caballo.

No sé lo de invenciones que se forjaban nuestros tauró-manos barceloneses para probar, hasta con el comodín de la Estadística, que las corridas no despiertan instintos sanguinarios. Menos criminalidad con Plaza de toros que sin ella. Era probado, aritméticamente probado. ¡Si no hay peor cosa que someterle á uno á régimen de natillas y azucarillo! No sacaréis pueblos viriles, sino sangre de horchata. Récipe: pimentón, aguardiente á pasto, *tabernáculos*, dramas de color, dos corridas semanales, cada domingo y cada lunes sesenta caballos destripados, docena y media de puntazos con un

par de cogidas por temporada, y obtenéis el tipo de la Constitución del 12: patriotas, liberales, justos y benéficos.

Las grandes arremetidas del café Cuyás venían al tocar el registro de la Agricultura. Nosotros, con el sentido gordo, tronábamos contra la cría de reses bravas para lidia; pero había, entre nuestros adversarios, uno que se preciaba de *ganaderólogo*, y echaba por aquella boca cada espumarajo de ciencia rural que aparentaba doblarnos. Adelantándose, lo menos en treinta años, á cierto luminoso informe de un alto Cuerpo consultivo, recordaba el distinguido agrónomo catalán los tres destinos clásicos del ganado manso vacuno—labor, vientre y cuchillo—cada uno de los cuales tenía, naturalmente, una región apropiada: de modo—decía él—que, con sólo criar raza brava en comarcas especiales, á su vez adecuadas al caso, no se perjudicaba á las reses mansas. Manejando bien el teclado, no había competencia posible entre lo bravo y lo manso: cada cual en su pasto y Dios apacentando á todos. Pitones de respeto y pitones de hachazo: dos riquezas en vez de una. Por mucho criar ganado bravío, nunca tendríamos que suplir deficiencias del manso. ¿Deficiencias? ¿Quién hablaba de deficiencias? ¡Si lo que nos sobraban eran bueyes! ¡Si nuestro clima parecía haberse formado para los *bravos*! ¿E íbamos á perjudicar á esos pobres ganaderos que, por cada res de lidia, sacaban no sé cuántos tantos más que por las destinadas á otros usos? Y, con tanta alharaca, ¿qué representaban al cabo los toros de lidia más que una cifra miserable en la masa total de nuestro ganado vacuno?

A mí—la verdad sea dicha—ya entonces me enternecían poquísimo las cuentas galanas de ganaderos y ganancistas. Cuando en aquellos tiempos veía que, bajo el menor pretexto, no se pagaba al rentista, ponían el empleado á descuento, y el recaudador de Hacienda esprimía el jugo al industrial y al propietario, francamente, no me explicaba los pucheritos del criador de reses, por si las cruzadas anti-taurinas le harían perder algún durejo. El industrial que vive de una costumbre mala, ya sabe á lo que se expone; cuando la costumbre desaparece, ó se rectifica, *su* industria corre riesgo de quebrantarse. Y á mí que no me digan: antiguo ó moderno, no-

ble ó plebeyo, con cogidas ó sin cogidas, el toreo no es costumbre mala, es costumbre *pésima*. Si los aficionados—del género discreto—no me lo dicen con la boca grande, me lo confesarán al oído con la boca chica. Señores míos: sobre el *tanti quanti* están siempre la moral y la cultura.

Lo que más me intrigaba en aquella interminable polémica era el siguiente problema: si nos sobraban bueyes, ¿cómo las carnes estaban tan caras? Verdad es que, en materia de sobras, la cuestión taurina sabía ya entonces pintarse sola: si no sobraban carnes, sobraba entusiasmo, que hace veces de comida caliente. Sobraba y sobra ese nivel común de chulería que, entre grandes y chicos, crean las plazas de toros: eso que han dado en llamar aspecto democrático porque mandan por igual nobles y plebeyos, y no es más, en resumidas cuentas, que abdicación de toda respetabilidad ante el desenfreno de los menos respetables. Sobraban y sobran otras mayores causas de perdición, por ejemplo, la tendencia que tiene el toril á distraer á las gentes de prestar atención á ciertos altos intereses, buscando las emociones fuertes—*panem et circenses*,—mientras otros, muy taimados, se imponen la paternal tarea de enderezarnos por el buen camino. Lo que no sobraba ni sobra, según dicen á una voz los mismos aficionados, era y es el arte, el pobre arte de la lidia, que cada vez va más de capa caída. Quéjanse todos, y quejábanse ya en 51, de que de día en día van escaseando los buenos toreros. ¿Quién sabe si lo que no han podido hacer en otro tiempo las leyes, lo irán haciendo ahora las costumbres? ¿Quién sabe el porvenir reservado al toreo el día en que, en vez de luchar con los bichos, tuviese que luchar con su propia existencia, *faute de combattants?* Vivamos siquiera con esta ilusión los que, desde tantos años, procuramos hacer atmósfera contra las corridas de toros, arrostrando con orgullo la misma impopularidad que tanto ha honrado al noble Marqués de San Carlos, en sus campañas del Senado.

III

En Junio de 1851, un asunto de familia me obligó á trasladarme al Mediodía de Francia. No era de desperdiciar tan bella ocasión de hacer un viaje largo y provechoso: decidí, pues, correrme hasta París, y visitar la primera Exposición de Londres.

De Barcelona á París no había más que dos trozos de ferrocarril: el nuestro hasta Mataró, y el de Poitiers á la capital de Francia. Todo lo demás se hacía en diligencia: en Figueras tomé la primera francesa. Al ver aquella pesada máquina tan acompasada, con tres percherones en fila que no salían del trote corto, y los dos personajes olímpicos, conductor y postillón, muy soplados de uniforme, dije para mi capote: si tuviera que ir directamente á París, ni en un mes llegábamos allí con este paso de procesión y este tren de media gala. Pronto conocí que me había equivocado. Nuestras diligencias metían y meten aún mucha bulla con sus tiros de ocho mulas, sus arrancadas á escape y la zambra infernal de zagales y delanteros. Un huracán deshecho sobre las carreteras, tan rico en emociones como en percances. Cuando no vuelca ó se tambalea el coche, se rompe un muelle, recibe un achuchón la caja ó un mulo besa el santo suelo: parada de aquí, arreglo de allí, y á lo mejor, sin motivo ni pretexto, horas y horas de un paso cochinero que os muele la paciencia. Resultado: que, con tanto aparato de látigo y cencerreo, nuestras diligencias andan mal y tardan en llegar tanto ó más que las francesas, metódicas, reposadas: ganado fuerte, lustroso, bien cuidado y, más que con la fusta, gobernado, desde el pescante, con el monótono *hiú* de los conductores.

IV

Estábamos atravesando un período de gran excitación política. Todas las situaciones liberales creadas en Europa desde 1848, iban de capa caída, empezando por la misma Francia, amenazada ya de *napoleonismo*. Encontrarse un francés y un español sin hablar de política, imposible. Íbamos seis viajeros en el interior: un francés y cinco españoles: la berlina nos la había pescado un matrimonio. Era el francés hombre violento, muy estirado, con gran ceño y de aquellos que, en soltando la maldita, ni miran con quién están hablando, ni se creen obligados á guardar conveniencias. Mis compañeros españoles eran el distinguido escritor catalán Fernando Patxot, con su hijo que iba á entrar en un colegio de Inglaterra, su pariente Manuel Lasarte, también escritor después, y de los mejores, y un muchacho del comercio, Bartolo Canela, buen mozo y galán, aunque un tanto cascarrabias.

Yo, en aquella época, distaba mucho de haber fijado mis ideas en política: estaba en el terreno virginal de las simpatías y antipatías. No me pasaban de los dientes los moderados, ni me hacían buena sangre ciertas cosas que se referían de algún círculo muy elevado de la Corte. Sentíame algo atraído hacia los progresistas y agradablemente me sonaban al oído varios nombres de allende el Pirineo: Cavaignac, Armando Marrast, Lamartine, Odilon Barrot, Dupont (de l'Eure): así como hubiera dado á todos los diablos á Ledru Rollin y á Luis Blanc con sus monsergas del Luxemburgo. Repugnábanme los socialistas y Proudhon me inspiraba secretos terrores. Nuestro adlátere del interior era, por el contrario, un rojo de pura sangre, uno de esos *bebés* encantadores que os hablan de incendiar, fusilar ó arrastrar, con tanta frescura, como de sorberse, en el desayuno, un par de huevos pasados por agua. Empezó entre nosotros una brega de los diablos.

Patxot contestaba al francés con mucha calma; Bartolo y yo, que éramos un par de polvorines, le echábamos el agraz en el ojo sin miramientos. Él se defendía á grito pelado, rociándonos de saliva, como buen hablador de la espuma, y dando más dentelladas que perro en espulgo. No llegó la sangre al río. Cuando se veía acorralado, cogía lo primero que encontraba á mano, gorra, petaca, corbata; tirábalos al suelo, los pisoteaba y gritaba con delicioso frenesí: *Sapristi! moi, je suis rrr-épublicain! vive la Rrr-épublique!* Menos gritos y más sensatez hubieran convenido á los defensores de aquella mal hilvanada *Rrr-épublique.* Acercábase el 2 de Diciembre, é iban á barrerla, para diez y ocho años, los Bonaparte y los Morny, explotando *precisamente* el espectro rojo de los amigos de aquel energúmeno.

V

Con aquellas y otras pláticas llegamos á Perpiñán. Yo no sé en qué han pensado los franceses. Perpiñán y Bayona; ¡vaya un par de antesalas! ¿Quién, desde Perpiñán, adivinaría Marsella, ó desde Bayona, Burdeos?

Cosa de pasar de largo por la capital del Rosellón. De sello monumental dos curiosidades: la Lonja del siglo XV, y el castillo de los Reyes de Mallorca en la Ciudadela. Alguna animación en la *Pépinière* y en los *Plátanos,* la *passegiada,* como dicen en patois aquellas gentes. Por las tardes, la música del no sé cuántos de línea, ejecutaba en el paseo lindas piezas: costumbre muy francesa y muy españolizable, si tuviesen á bien generalizarla nuestros coroneles. Paréceme que nada perderían siendo en este punto un poco más amables. Ya que tanto nos cuestan los soldados y á veces tanto nos sacuden, bien valdría la pena de que nos divirtiesen á ratitos.

En Narbona estuvimos á punto de tener un lance. Al cruzar una callejuela, camino de la Catedral, se ofreció á nuestra vista un singular y donoso espectáculo, que jamás podía-

mos sospechar en tan oscuro y retirado sitio. Nada menos que un Museo sacro de pinturas con toda suerte de Imágenes del género más grotesco y disparatado. Cristos reventando de gordos, una Virgen peinada á la polka, Santas con abrigo de pieles, mofletudos querubines guiñando el ojo, un San José de aire matón enristrando la vara florida, y ricos y entonados fondos de vegetación, en los cuales las flores y los arbustos tomaban el poético aspecto de tomates, nabos y zanahorias. Y en el centro del salón, y á manera de preciada joya, una Santa Cecilia sentada al piano, con su papel de solfa, partido el pelo en cortinillas, fichú de encaje sobre cuerpo de terciopelo, dos perlas en las orejas, pulseras, anillos y unos dedos hinchados y amorcillados como de sabañones.

Al penetrar en la sala del crimen, salió muy ufano á recibirnos el dueño. Olía al parroquiano.

—¿Cuánto pide V. por la Santa Cecilia?

—Veinte francos.

—¿Veinte francos? ¿Está V. en su juicio?

—Sí estoy: observen Vds. que el cuadro es bastante grande; y siempre se pagan más los cuadros grandes que los chicos.

—¡Pardiez!—dice Canela haciéndose el inocentón:—esto dependerá de las aplicaciones. ¿Cómo quiere V. que ahora, para enfundar mis paquetes, me vaya á gastar en lienzo 20 francos?

Saliose de madre el *pintador*, picado hasta lo vivo; y si no tomamos la puerta más que á escape, nos hace cantar sin solfa, y á trancazos nos deshace las costillas.

Después de ver en Narbona unos preciosos marfiles de los siglos X y XII, unos manuscritos iluminados, y varios misales raros de los siglos XIV al XVI, nos dirigimos á Tolosa por Carcasona y Castelnaudary. Por fin íbamos á ver una población francesa de importancia: saquemos un traje fresco de la maleta, y sentemos allí los reales por unos días.

VI

Era de rigor la visita al Capitolio. No que me atrajera el *Hôtel de Ville* de Tolosa por su mescolanza arquitectónica, ni por su magnífica sala de los Ilustres. Lo que buscaba allí era condensar en alguna parte los recuerdos y grandezas de la antigua y nobilísima capital del Lenguadoc:—cuando fué la primera sede de los Reyes visigodos, y por consiguiente la primera de la Monarquía española:—cuando, entre torrentes de sangre, se la disputaron, durante siglos, los Reyes de Borgoña, los de Austrasia, los sarracenos y normandos, los Carlovingios:—cuando vivía próspera bajo sus Condes y fué luego sacrificada á la política de Roma, en la guerra de los Albigenses, desgarrada su bandera por la espada de Simón de Monfort, el fúnebre paladín del Póntificado:—cuando, cansada de luchas y de horrores, buscó el consuelo á sus amarguras en las serenas regiones de la Ciencia, y aparecía la Universidad de Tolosa, una de las más gloriosas creaciones del siglo XIII, y aparecía, bajo el poético laurel, la *Gaya ciencia* en los vergeles de los Siete Trovadores, y Arnaldo Vidal lucía gallardamente la primera englantina de oro idealizada por blancas manos. Cuando se esparcían á los cuatro vientos las *Leyes del amor*, aquel sentido código de la segunda época caballeresca que iba á renovar, con la inspiración y la pluma, las hazañas que otros tiempos realizaron con el hierro de las lanzas. Y, como entre nubes de oro, veía flotar, por encima del palacio de los Capitúles, la augusta sombra de Clemencia Isaura, la fundadora de los juegos florales, tan bella, tan poética y tan amorosa imagen que, no creyéndola propia de mortales, la han querido convertir en mito, y para ello no encontraron las imaginaciones mejor semblanza que la de la Virgen.

Después de la poesía, la prosa; al salir del Capitolio, el canal del Mediodía. Parecióme sorprendente aquella obra de

Riquet, destinada á enlazar el Mediterráneo con el Océano. Tenía entonces una utilidad que ha perdido después, gracias al ferrocarril de Burdeos á Cette. De ahí nació aquella famosa controversia sobre las relativas ventajas de los ferrocarriles y de los canales de navegación. Aquí no ha habido para qué ocuparnos en estos perfiles: ni tenemos canales de navegación, ni veo más cuestión posible que la siguiente: dadas ciertas velocidades medias, ¿no sería más útil volver á las carretas?

Una vuelta por las Iglesias, Museo, fábricas y paseo de Tolosa, y en seguida á Montpeller, cuna de nuestro D. Jaime y célebre por la Escuela de Medicina. Todavía en aquella época los doctores de Montpeller tenían vara alta en Barcelona para consultas, operaciones y reconocimientos facultativos; después, con las mayores facilidades del camino de hierro, han sido desbancados por los especialistas de París. Aunque entre nosotros no había ningún médico, á todos nos dejó complacidos la visita á la Escuela de Medicina. Sirviónos de cicerone un conserge patilludo, con todo el empaque francés de criado de casa grande. *Nôtre Ecole* era su palabra favorita; *nôtre Ecole* era la más antigua de Europa; *nôtre Ecole* había precedido á la de Salerno; *nôtre Ecole* debía su fundación á los árabes; *nôtre Ecole* era la más esclarecida de Francia, aun en la época contemporánea. Hízonos *tocar* el busto de Chaptal y las estatuas de otros insignes doctores, mostrándonos luego el anfiteatro, el museo anatómico y la rica biblioteca de 35.000 volúmenes, que en pocos años se han elevado á 50.000.

Más curiosidades en Montpeller: acueducto, museo Fabre, Esplanada y la *Tour du Pin*. El equipaje y á Nimes. Allí radicaba el asunto que me había sacado de Barcelona, y allí supe también que no había que pensar en hacer nada hasta pasar un par de meses. Oyendo esta nueva los amigos, me preguntaron qué iba á hacer. ¿Qué iba á hacer? Lo que hice: seguir adelante y volver á su tiempo. Adelante, pues, hasta París, deteniéndonos en Aviñón un momento.

VII

Mucho se prestaban á la meditación aquellas sólidas murallas aviñonesas, mandadas construir por Clemente VI y Urbano V, con las siete puertas y treinta y nueve torreones. Tipo acabadísimo de la arquitectura militar y pontificia que, con lo macizo de la piedra y la arrogancia de las fortificaciones, parecía tomarse el desquite de lo que habían perdido las voluntades en energía, y en virilidad los caracteres. Allí, fuera de la Roma clásica, era donde se había empezado á preparar la de los Pontífices decadentes. Allí era donde comenzaban á rebajarse las tallas con los Papas *provenzales,* devotos del francés, durante el período llamado por los italianos el cautiverio de Babilonia. ¿Dónde estaban Hildebrando el terrible y Orlando Rainuccio el indomable, y Signa, el poderoso Signa? ¿Dónde la humillación imperial de Canosa bajo el primero, las censuras y entredichos del segundo y el poner y quitar soberanos bajo el Pontificado del tercero? Siquiera veinte años antes de que se levantaran aquellos muros de Aviñón, aún había un Bonifacio VIII capaz de morir dignamente en su silla, escupiendo la ira á la frente de Felipe el Hermoso, y levantando de cien codos el prestigio de la tiara sobre las befas de un Nogaret y las insolencias de un Sciarra Colonna. Veinte años después, el período de las humillaciones. Las veía representadas en una tristísima serie. Un Clemente V alardeando con los venecianos y hecho un ovillo ante la majestad del Rey de Francia: un Juan XXII que se dejaba desposeer de la corona y no de los 18 millones de florines de oro atesorados en arcas: un Benedicto XII que, adelantándose á los juicios de la Historia, se calificaba á sí propio con un apodo denigrante.

Mas, entre aquellas figuras poco edificantes, la que en mi imaginación tomaba mayor relieve era la de Clemente VI, el de la compra del condado de Aviñón, el del perdón de la

Reina Juana de Nápoles, aquella que hizo extrangular á su marido, el desdichado Andrés de Hungría. Vagando por solitarias calles de la pontificia Ciudad, me representaba los tiempos que describe Mateo Villani y la pintura que hace de la corte del Papa Clemente. Un palacio embellecido, por dentro y por fuera, con las galas y atavíos del lujo más desenfrenado: puestas, de día y de noche, espléndidas mesas cargadas de riquísima vajilla de oro y plata con espumosos vinos y suculentas viandas. En la primera, la más suntuosa, Papa, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Abades y otras altas dignidades. En las segundas, los cortesanos, caballeros y escuderos: ojos despidiendo chispas, bocas vomitando epigramas, manos sosteniendo copas; en los cuerpos el apetito sensual y en los aires la báquica carcajada. Por los salones, en vez de silencio y recogimiento, una animación de cuerpo de guardia: ni el sayal del franciscano, ni el negro manto del dominico, sino el justillo de seda, la vestidura de brocado, la elegante toquilla de terciada pluma, el perfumado guante, ó bien el casco, la armadura y el relucir de las espadas. No el rezo, ni candelillas, ni Imágenes en los aposentos privados: mejor quizás algún velo de trasparente gasa sirviendo de marco á unas frescas y sonrosadas mejillas.

Si además del principal, había algún otro portalón en la fachada, tenedlo por seguro: no era el camino de la capilla, sino el de las caballerizas. Allí piafaban impacientes los corceles de marca pontificia; y allí, con discretísimo orden, veríais alineados los brillantes arneses con escudete de tiara y llaves en cruz, sillas damasquinas, arzones con pomo de plata, gualdrapas de rojo terciopelo, rendajes de trama de oro, pretales cuajados de pedrería, frenos, estribos, caparazones y artísticas espuelas de las más caprichosas labores.

Llegáis á tiempo, en el mejor momento. Pajes y palafreneros están preparando caballos. Clemente va á salir con toda su egregia comitiva. Vedle: va á la cabeza: monta un potro cordobés, dádiva del Rey de Castilla. Luce el corcel espesas y abundantes crines, primorosamente engalanadas con cintas de colores. Excelente jinete el Pontífice: en sendos alazanes caracolean á su alrededor seis ó siete Cardenales,

mancebos de diez y seis á diez y ocho años. Son recomendados del Emperador, del Rey tal, de un Príncipe, de una gentilísima dama. No se sabe, á punto fijo, si tomarán órdenes sagradas. Caso de vocación eclesiástica, cuidarán de disimularla un poco durante el paseo. Las ventanas están atestadas de gente ansiosa de ver la cabalgata. Hay allí gente y gentes: *pópolo grasso* y *pópolo minuto*. Es fácil también que, entre tanta zarza, haya algunas florecitas sueltas: blancas azucenas, de aquellas con cuyos suavísimos olores suele embargar el maligno las potencias de los mismísimos santos. ¿Quién se atrevería á renegar del mundo en el preciso momento en que dos asesinos ojos os clavan, en mitad del corazón, el dardo envenenado?

Todavía me daban juego los anales de Aviñón para recordar el gran Cisma occidental y su figura más saliente, nuestro D. Pedro de Luna. Cuando le hicieron Cardenal, alguien debió pronosticarle que su *luna* se eclipsaría; y á fe que no perdonó medio para evitar el eclipse. Empeñóse en que no era usurpador y en Peñíscola murió con su plena conciencia de Pontífice. Era aragonés. Cinco Papas apuraron la paciencia aconsejándole la abdicación y no lograron convencerle.

VIII.

Por fin, al salir de Aviñón, pude coger asiento de berlina y juntéme entonces, hasta Valence (en el Delfinado), con un grueso personaje de vidrieras, traje de luto y roseta en el ojal. Víle desenvainar un periódico y me apercibí de que era *El Clamor público*.

—¡Hola!—le dije—parece que somos paisanos.

—No, señor: yo francés, pero V. *está* español.

—Sí, señor, de Barcelona. ¡Y usted?

—Yo, de Burdeos.

—¡Bonita población Burdeos!

—También Barcelona bonita; pero Burdeos *está más gorda* que Barcelona.

Y por este estilo siguió una conversación amenísima, que entonces no fué política, sino sobre intereses materiales, porque mi aficionado al español era un distinguido ingeniero de caminos.

No ví Burdeos aquella vez. Después de tanto trajín, ansiaba llegar cuanto antes á París con la ilusión de tomar algún respiro. En Poitiers nos desarticularon las ruedas de la diligencia, y amarrando con fuertes cadenas nuestro vehículo á un vagón abierto, emprendimos la marcha á la gran capital por Tours, Blois, Orléans y Etampes.

Aquí de un gracioso chasco que me sucedió casi á las puertas de París. Y fué el caso de esta manera. Iba yo en compañía de un Coronel carlista, que llevaba de su propiedad un niño como de ocho á diez años. No hubo cerrado la noche cuando el dichoso arrapiezo, sin encomendarse á ningún santo, dejó caer la cabeza sobre mi falda y se entregó al más dulce é inocente de los sueños. Parecióme bien consentirle tales muestras de confianza, porque, en tan tierna edad, hubiera sido muy cruel despertarle y acomodarle de otra suerte. También dormí yo bien afianzado con los tirantes del coche. ¡Qué sorpresa la mía y qué plato de gusto cuando, al rayar el alba, despierto y me veo mis pobres pantalones inundados de sangre! Mi interesante protegido había tenido, durante el sueño, una abundantísima hemorragia por las narices. No era sólo el pantalón; en un brusco movimiento, al incorporarse el diablo del chiquillo, me había salpicado chaleco, pechera y puños de camisa. Hasta en las manos me dejó huellas de la catástrofe sangrienta. Aquí hay que considerar mis apuros: el pantalón era gris, tirando más á claro que á oscuro; flamante todo el traje, como encargado para un viaje de pretensiones. Tanta sangre y la *fila* que llevábamos; una arpillera el pelo, tres dedos de carbonilla y barbas de cuatro días. ¿Cómo entrar en París con semejante avío? Y fué ventura el ser tan de mañana, para que no me echara la garra la soñolienta policía. Tan corrido iba de verme las manos y la camisa, considerando el daño que de aquel mísero estado po-

día sobrevenirme, que á punto estuve de exclamar con lady Macbeth:

«Out, damned spot! Out, I say! One, two: why, then'tis time to do't.

Llegados á la estación, quitaron las amarras, pusieron el coche sobre ruedas, lavéme, me abroché, y libre de aquellas pasadas congojas, dábamos fondo, á eso de las seis de la mañana, en la rue Jean Jacques Rousseau, donde estaban el parador de diligencias y la Administración central de Correos.

SECCIÓN TERCERA

Cata París, la Ciudad.—Pasaje Saumon.—Ojos bajos, y el derecho al tenor. —¿Saben ustedes comer?—Orientémonos.—Postrimerías de la República del 48.—Rey en puerta.—El Louvre pintor de historia.—El sentido del Panteón.—En el Padre Lachaise.—Á escoger, *Messieurs les cadavres*.— Muertos con vivos ó vivos con muertos.—De la cremación y sus efectos.— Un Napoleón muy casero: los Inválidos.—Al Jardín de Plantas: flora y fauna.—Versalles: *¡vive la Gloire!*—Novedades de treinta y seis años.— Revista de teatros.—Pintadme la pasión.—Puntas y puntitas.—Todo me sabe á *couplet*.—Recuerdos de Chicard.

I

«Cata Francia, Montesinos—cata París, la Ciudad,»—dije, al apearme de la diligencia de los Sres. Laffitte y Caillard. Mas como Montesinos no era yo, ni tenía que buscar á D. Tomillas, ni que romperle el alma con el tablero de ajedrez, al punto sospeché que no rezaban precisamente conmigo los parisienses honores del caballeresco Romance:

«Llévanlos á los palacios
Con mucha solemnidad,
Y hácenlos muy ricas fiestas
Cuantos en la Corte están.

Caballeros, dueñas, damas
Los vienen á visitar,
Y el Rey delante de todos
Por mayor honra les dar.»

Además, que no había entonces, en la buena Ciudad de En-·ique IV, ni Rey ni Roque; y aunque tenía suntuosos hoteles y ciertos *Hermanos provenzales*, justito á la entrada del Palais Royal; ni aquellos hoteles me servían, por ser mucha fiesta)ara santo tan chico, ni aquellos hermanos lo eran míos,)ara estar con ellos bajo el cómodo pie de á mesa puesta. La 'ortuna, que todavía en aquellos tiempos se me mostraba un :anto avara, contentóse con depararme un rinconcito en el *Hôtel des Etrangers, Passage du Saumon*, donde por la módi-:a suma de tres francos diarios, obtuvo cada uno de nosotros :uarto particular bien amueblado, con el uso común del sa-ón, para darnos aire de personajes.

Ni sombra es ahora de lo que fué el Pasaje Saumon; pero :ntonces conservaba todavía algún perfil de sus celebrados iempos; de cuando era cuartel general de las costurerillas, ıcreditadas con nombre de grisetas, en las amenas páginas .e Paul de Kock. No era cosa de desaprovechar una situa-ión de hotel tan privilegiada para el caso. Si cien veces en-rábamos ó salíamos, cien veces había que hacer paradita elante de los escaparates. El pretexto era enterarse de las ltimas novedades; pero con achaque de curiosear, se pesca-a el juego de las simpáticas vecinillas que, mientras arma-an sombreros, y con toques de flores y plumas primorosa-ıente los engalanaban, miraban disimuladamente á través e los cristales, con los ojos bajos y el derecho al tenor. Dia lo y tentación estaban en regla; pero éramos unos San An-)nios de condición durísima: aves de paso, y aunque mozos, i muy sobrados ni con mucho rumbo.

Comparábamos con las pánfilas menestralas de nuestra :rra aquellas joyitas de mostrador francés. Tan ricas y ga-nas, con su vestido túnica en percal ó en lana, á cuadros coceses, y aun en seda las más afortunadas; su poquito de)mbrera y la manga ajustada hasta la muñeca; cadena de :nilor por encima la pechera con menudísimos dijes; el

moñete bajo; y peinados en ondas los *bandeaux*, con fuerte dosis de bandolina y un escrúpulo de pomada esencia de rosa; puños y cuello lisos y cuidadosamente planchados; botitas perla, de cartera y tacón alto, y el divino talle aprisionado en una correa color de avellana, con gran hebilla de lustroso acero.

Para almuerzo y comida escogimos, á dos pasos del Louvre, cierto restaurant Montesquieu, hoy desaparecido; modesta *institución* entre merced y señoría, donde por cinco francos diarios, nos atracaban de beefsteack con patatas y de raya con salsa negra. No tengo idea de que entonces existiesen los *diners,* después tan generalizados: ni habían nacido los *bouillons* para improvisar un capital enorme en la persona de Duval padre, y para que luego se lo tragara Duval hijo en la persona de una *professional beauty.* De manera que, una de dos: ó había que contentarse con comidillas ramplonas en mesas de segundo ó tercer orden, ó que dejarse desplumar en los mencionados Provenzales, ó en Véfour, ó en el café Foy, ó en el Inglés, ó en otra media docena de casas de la misma aristocrática estofa. Desplumado, despellejado. Ante el frío que me entraba con sólo pensar en estas crueles operaciones, sentíme por primera vez con instintos de juez inexorable, juez mío, de mi propia persona; aquel juez llamado á decidir la eterna lucha entre los dos campeones que se disputan constantemente nuestra vida: las aficiones y el presupuesto. Sujetar aquéllas á éste: *ecco il problema.*

Aficiones en materia culinaria tenía pocas entonces. El París cerebro me atraía mucho; el París Gargantúa nada me decía. ¡Ah! después, con los miserables años, he sorprendido un secreto: que en París lo que más vale es la cocina. Cuándo, cómo y por quién lo supe, se dirá á su tiempo. Cuándo, cómo y por quién aprendí el arte sublime de *saber comer,* tan esencial en la excelsa patria del inmortal Antelmo de Brillat Savarín.

En consejo decidióse empezar por orientarnos antes de emprenderla con monumentos y curiosidades: Sabe Dios si en inventar los paseos de orientación precedimos nosotros á Bœdecker, á Joanne y á Conty, ó si fueron ellos los que nos

precedieron. Lo cierto es que tomamos tan á pechos la dichosa orientación, y tan á conciencia la practicamos, que hoy tendría por imposible recorrer á pie la tercera parte de aquel camino. Saliendo del Pasaje Saumon tomamos á la derecha por la rue Montmartre, siguiéndola casi en toda su prolongación, hasta el boulevard del mismo nombre. Línea de bulevares hasta la plaza de la Bastilla; vuelta atrás, nada menos que hasta la Magdalena; de la Magdalena, por la rue Royale, á la plaza de la Concordia; por callejuelas á la de Vendôme; rue de la Paix; bulevares otra vez; toda la rue Richelieu; vuelta entera al Palais Royal; á los Panoramas por la rue Vivienne, y de allí, rendidos y mareados, á meter en lana nuestros pecadores cuerpos.

Circunstancia agravante: amén del paseo, dos ascensiones, la columna de Julio y la de Vendôme. ¡Qué derroche de juventud! Digo: si por entonces hubiésemos tenido á mano, ó mejor dicho, *á pies*, el nuevo París del segundo Imperio! Si la piqueta de Haussmann hubiese ya despanzurrado el viejo! Capaces éramos, según aquellos nuestros bríos juveniles, de tragarnos de punta á punta la rue de Rivoli, de punta á punta la rue Lafayette, de punta á punta los Elíseos hasta la verja del Bois, de punta á punta los bulevares, no ya hasta la Magdalena, sino hasta el Parque Monceaux. Y sabe Dios si lo que no fué indigestión con el París de los Orleans, hubiera sido indigestión y media con el París aderezado á la Napoleona.

II

Aquella mi primera visita á París coincidía con las postrimerías de la segunda República francesa. Que vivíamos en plena República, se leía en las fachadas; que estaba en los últimos trances, se adivinaba en los semblantes. Templos, escuelas, cárceles, hospitales, museos, oficinas, cuarteles, todo ostentaba el sintético lema: *Liberté, Egalité, Fraternité.* Fué

la nota más acentuada de nuestro paseo de orientación. Ríase quien quiera de aquellos extremos de luna de miel. Afán de primerizos, creerse hombres poniendo letreros. Los partidos viejos prefieren los emblemas; primerizos ó viejos, todos cultivan las fachadas. En 1848, los letreros franceses; en 1868, cierto letrero español; ahora las *sesenta y tres* flores de lis que adornan los cinco portalones de frente y los dos laterales, en la nueva fachada de nuestro Teatro Real.

Dos estocadas tenía en el cuerpo la segunda República, cuando fuímos á dejarle en París nuestra tarjeta de viajeros. Dos estocadas milanesas: las jornadas de Junio y la elección del *Príncipe* Luis Napoleón para la Presidencia. Con las jornadas, se había exaltado la bilis de los *tranquilistas*; con la elección del Príncipe, los franceses se habían dado un amo. En los cafés que frecuentábamos y en los círculos á que asistíamos, no tocaban más que un registro: la revisión constitucional, pretexto que habían inventado, unos con la mira de afianzar la República, otros para abrir las puertas á la Monarquía, con ramas nuevas ó viejas. Abundaban los oradores callejeros, salivosos, rotos y poco medrados; uno de ellos tenía abierta cátedra en el ángulo de la rue Laffitte. Llevaba una carga de pomada en el pelo, gorrilla usada de terciopelo con larga borla, y por debajo de la blusa asomaba una raída americana. Peroraba, peroraba, cercado de mucha gente. Por cierto retintín en la frase y sus infernales trazas, sospechábamos que debía pertenecer á la policía presidencial. Intrigábame que los *sergents de Ville* le permitiesen despacharse tan á su gusto; teniendo orden sin duda de dejarle soliviantar los ánimos hasta la medida que conviniese al Gobierno. Casos se dan, y muchos, de esta maniobra habilidosa cuando está próxima á reventar la mina.

El problema de la revisión constitucional se había planteado aquel mismo año en el mes de Mayo, con cinco proposiciones: una del duque de Broglie, en sentido conciliador; otra de Mr. Payer, en nombre de los republicanos templados; otra de Mr. Creton, con tendencias orleanistas; otra legitimista de Mr. Bouhier de L'Ecluse, y otra de Mr. Larabit, franca y descaradamente bonapartista.

La brega parlamentaria, sobre las cinco proposiciones, había empezado el 14 de Julio, bajo la presidencia del viejo Dupin, uno de los *tíos* más solapados, otros dirían más hábiles, que ha engendrado la política francesa. Hablóse allí largo, alto y clarito, luciendo, en aquel torneo, su florilogio retórico algunos paladines de la clase de enterrados y otros de los que habían de papelonear en el gran merendero imperialista. Recuerdo los señores Baroche, de Falloux, Michel (de Bourges), Dufaure, con el honrado Cavaignac y el buen *progresista* Odilon Barrot, que, en medio de aquellas descargas por compañías, nos disparó un peinadísimo discurso académico sobre las formas de Gobierno en general, sus ventajas é inconvenientes.

Como era de presumir, no llegaron á entenderse. Andaban los demócratas tan desconcertados, que de la defensa resultó tanto daño á la República como de la ofensa. Faltando mucho en el escrutinio para reunir los dos tercios de votantes que la Constitución reclamaba, no pudo la revisión llegar á acuerdo. Y cabalmente allí estábamos los curiosos en el momento crítico. Salían los diputados para sus casas; la Asamblea entraba en vacaciones, dejando la cuestión sobre el tapete, y aquello ardía como pavesa, entre complots, sociedades secretas, ruidosos programas y aparatosas manifestaciones de todo linaje. A mí, que iba á la husma de sensaciones, me daba muy mala espina el sentido de la clase media. El dueño del hotel, mi peluquero, los *épiciers*, hacían política tristona y descorazonada; las frases sueltas recogidas en el restaurant, en los cafés y en los vestíbulos de los teatros, anunciaban un solo temor y un mismo propósito; el miedo á los rojos y la esperanza de un Gobierno *fuerte*. Campeaba en los escaparates de las mejores calles el retrato del hijo de Mad. Hortensia; en lenguaje oficial y no oficial le llamaban el *Príncipe Presidente*.

Tampoco se descuidaban, ni él ni sus camaradas del Elíseo, aprovechando ocasiones de exhibirse y de hacer soltar prendas al ídolo; que de todo iban haciendo honra y granjería aquellos taimados políticos. Hasta con motivo de colocar la primera piedra en las *Halles centrales*, se habló de no sé que otras piedras más sólidas que se estaban buscando para ase-

gurar el edificio social. Se conoce que no las encontraron hasta el 2 de Diciembre, y al cabo con tan escasa suerte, que el *seguro*, en vez de ser perpetuo, como era de esperar tratándose de los destinos de un país, no resistió más que diez y ocho años y aun á fuerza de toques decorativos: Crimea, Italia, Méjico, hasta llegar al *crac* de Sedán.

Hubo por aquellos días una parada ó revista militar en el Campo de Marte que me facilitó ver más de cerca al Presidente. No estaba bien á caballo: tenía la pierna corta, muy carnoso el muslo y algo combada la espalda, condiciones nada favorables para ser apuesto jinete. Robusto como un gañán: cuarenta y tres años muy verdosos que le permitieron tirar de largo en amores y francachelas. Mostacho pobladísimo, con guías republicanas muy modestas, que después, al imperializarse, se estiraron con el cosmético de la *Sociedad higiénica* y con el de Legrand, rue Saint Honoré: pelo abundante, con aquella raya *inexorable*, entre oreja y oreja, de que nos habla Dickens en una de sus novelas; y pegados á las sienes unos *parches* perfilados á tijera, de los que hoy se llaman *persianas* en lenguaje chulesco, y eran características del ya referido peinado *à la Présidence* que adoptamos entonces los pollos y á él se han abonado, de por vida, algunos graves personajes, por amor á la tradición ó por cariño á la memoria del gran prestidigitador decembrino.

Mostrábase aquel día el futuro Emperador muy satisfecho en medio de sus leales tropas que tan lealmente le habían de ayudar en su negocio de Diciembre. Más satisfecho, sin duda, que cuando le ví en Bayona, años después, en compañía de su bellísima y simpática mujer, ambos de muy mal talante; y ciertamente muchísimo más satisfecho que cuando, poco antes de la agarrada con los prusianos, presencié en la rue Castiglione su última entrada en París; sombra de pasadas vanidades, caída la cabeza, aspecto de ochentón y la médula espinal hecha una baba.

Fuera de aquellos alardes militares neutralizados con las manifestaciones, fuera de alguno que otro corrillo y de cuatro peroratas de encrucijada con sal y pimienta socialista, nadie hubiera dicho, en aquel verano de 1851, que estábamos en

el París de los volcanes. Esto tiene París de bueno, que como no os cojan en el momento crítico de reventar la caldera, nunca, por las simples apariencias, llegaréis á sospechar la más mínima alteración en la maquinaria. Cuidado si había entonces mar de fondo; pero en la superficie, todo marchaba á compás y con tanta regularidad como en tiempos normales. Las oficinas se abrían y cerraban á las mismas horas; asistían os empleados con la misma regularidad, y con el mismo celo trabajaban; no se fumaba más que en los *estaminets*; en reglamentos de policía urbana la severidad de siempre; el po-izonte de Mabille tan obedecido y respetado cuando trataba le moderar ciertas vivezas cancaneras ó cuando contenía en prudentes límites la *patita al aire*: el suizo del Panteón os marcaba los ecos de la bóveda, y el de la columna de Vendôme os hacía contar los escalones con el mismo candor igual precisión matemática, estando al servicio de la República, que si hubiesen continuado á sueldo de Luis Felipe. El conserje del Louvre lucía el mismo talabarte y las mismas charreteras de Mariscal; los ugieres de Versalles tan reverentes hablándoos del gran Rey y enseñando *les petits appartements* de María Antonieta. Inapreciable ventaja de los pueblos que se permiten tener costumbres públicas; de vez en cuando, á título de revolución, un lavado general; la ropa siempre cuidada y en buen uso. Politiquear cuanto se quiera, mas no para hacer país. El país *hecho* siempre.

III

Venga el brazo, lector querido: acompáñame á ver *cosas* de París, como si los dos tuviéramos los veinte años y las virginidades de aquella época.

Aquel palacio, el Louvre. Sus galerías me hicieron este efecto: el Arte alquilando casa. Sin conocer todavía Madrid, había oído hablar de nuestro Museo de pinturas, con edificio

propio y arquitectura adecuada á las exigencias, más ó menos convencionales, de un templo de las Artes. El Arte en su casa. Y me encontraba, en París, con el Museo metido en la antigua residencia Real, teatro un tiempo de galanes y aventuras. En vano veía brillar en las paredes el genio de artistas inmortales: el decorado hacía traición al cuadro. Sin querer, mi imaginación se alejaba de los lienzos y corría por los salones tras de lo histórico: la Corte de Catalina de Médicis, la sangre italiana de sus hijos, los tapadillos de la pobre Margot y aquel calaverón de Bearnés que, después de conquistar el corazón de sus buenos parisienses, se instalaba allí para empezar ó para proseguir otras conquistas más fáciles y seductoras. ¡Aquel balcón del Louvre! ¡Cuántas veces me asomé á él y me he asomado después! Y siempre con el mismo tema. Sabía que la historia, desmintiendo á Mirabeau, no da como cosa averiguada que Carlos IX disparara su arcabuz sobre un grupo de hugonotes. ¡Bah! un arcabuzazo menos. Desde aquel balcón se oiría la fúnebre campana de Saint-Germain l'Auxerrois: desde aquel balcón se verían horribles escenas de la gran matanza. Atenme VV. esa mosca por el rabo, egregios disculpadores de la Saint-Barthélémy: laven esa mancha de sangre que no consiguió borrar Mureto con su elegante oración ante Gregorio XIII, ni lo consiguió el Tasso con su pluma de oro, ni lo han conseguido después otros equilibristas, incluso el abate Lenortier.

Sí: con rubor lo confieso: ni Rafael, ni el Correggio, ni el Ticiano, ni Rubens, ni Murillo, ni Velázquez me impresionaron en el Louvre; y si bien me interesaban las escenas clásico-bonapartistas de David y el barón Gros, era porque las veía más bien descritas que pintadas en aquellos colosales lienzos.

Llamarán á esto falta de sentido artístico. Precisemos: educación y sentido son dos cosas muy distintas. Educación artística no la he tenido nunca: ni un lápiz, ni un pincel, ni una triste caja de pintura. Sentido, ¿cómo me lo había de suponer? ¡Era el primer museo de pintura que veía! Tantos he visto después, que algo habré aprendido. Si en torcido ó en recto, no me lo preguntéis: decidlo cuando toquemos á mi

maduros años. Y como mentiría si blasonase de inteligente en Artes, de la misma manera he de declarar que nadie me aventaja en entusiasmo por ellas. Si entonces no me lo daba el lienzo, me lo inspiraban ya otras formas artísticas. Horas, muchas horas me pasé en el Museo egipcio entre esfinges, bajo-relieves, sarcófagos, momias y canopas, en la sala de Apis, y confrontando muestras de papiro. Como indicio de aficiones, los comienzos no eran malos. Arte prehistórico ó Arte primitivo: después sus varias evoluciones hasta llegar al Arte moderno.

Parecióme el Panteón, no arte, sino capricho artístico, y Soufflot un francés muy *afrancesado*. Mucho boato por fuera: columnata, cúpula, frontón, puertas de macizo bronce: por dentro un frío *moral* que os helaba hasta los huesos. Las paredes esperando frescos y otros objetos de arte con que *la Patria agradecida* había de honrar á sus inmortales. En dos cajitas de madera, pintarrajeadas, la *memoria* de Voltaire y Rousseau: en los cruceros de la inmensa cripta, el *servum pecus* de condes y senadores del primer Imperio.

No se sabía entonces á punto fijo á quién pertenecía el Panteón: si al Estado ó á la Iglesia, si á Marat ó á Santa Genoveva. Hoy *dicen* que es cosa resuelta: pertenece á lo civil desde el sepelio de Víctor Hugo. *Dicen*—repito. ¿Será definitivo? Lo será cuando haya entrado más profundamente en los hechos el problema de la secularización universal: nacimientos civiles, matrimonios civiles, defunciones civiles, cementerios civiles, templos civiles. Hoy por hoy, vive la humanidad, en general, bajo el imperio de las religiones positivas. Poned en cualquier sitio una piedra tumular, un simulacro de ara, un emblema de lo maravilloso, un símbolo supra-mundano, y al lado encontráis la masa, culta ó inculta, guiada por sus inspirados.

Entre tanto la Ciencia sigue adelante con las demoliciones. Ahonda la teoría del Sér: ontologiza, cosmologiza, sociologiza. Mas ¡cuánto tenéis todavía que andar para sustituir, en la conciencia general, una doctrina positiva á las doctrinas simbólicas! ¡Cuánto y cuánto para afirmar el sentimiento religioso sobre ideas abstractas y puras de todo formalismo!

Aun después de haberlo afirmado, lucharéis, durante una larga serie de generaciones, con los tres obstáculos de que os hablé al tocar la cuestión de la enseñanza; con la ignorancia, las debilidades y los terrores. Lucharéis además, dentro de cada generación, con el arraigo de las tradiciones, con la fuerza de la superstición, con las locuras del fanatismo, con el atractivo de las leyendas, con el ansia de lo sobrenatural, con la organización hierática tan formidable en algunos cultos.

Esta es la historia interna del Panteón de París, me decía yo, al contemplarlo por la vez primera. Las cuestiones que ha promovido después, entre el brazo eclesiástico y el seglar, los cambios de mano que ha tenido, son puros detalles. Pretextos de propiedad ó de posesión con que suelen paliarse otras miras. El clero dirá siempre que el Panteón fué primitivamente consagrado á Santa Genoveva, por no decir que le corresponde la propiedad de los muertos, después de aspirar á la propiedad de los vivos. Prenda que él haya cogido la defenderá con uñas y dientes. Cuando se introdujeron en Barcelona los coches fúnebres, los predicadores, no sólo los tacharon de *cosa de gentiles*, sino que declararon acto humillante el hacer *arrastrar por bestias* un cuerpo que había contenido el alma humana. ¿No era mejor llevarlo en andas y sostener en la parroquia los simpáticos gajes del acompañamiento? No una, sino varias veces oí reprobar lo de las bestias. Pues esta nota de violón hizo su efecto y los coches fúnebres tardaron en generalizarse. Tardaron, no desaparecieron. ¿Cómo habían de desaparecer, si tan frescamente seguían *dejándose arrastrar por bestias* los Reyes, Príncipes, magnates y potentados; si, tirados por bestias, corríamos todos los vivos por esos mundos; si á bestias apelaban quizás los mismos predicadores cuando se les cedía el coche para llevar el Viático, siguiendo la piadosa tradición española?

IV

No es muy agradable, que digamos, el capítulo de los nuertos; pero ya que lo hemos tocado de refilón, con el mo-ıumento de Soufflot, entremos de lleno en él con el Padre ˏachaise.

Encontré singularísimo el corte de la calle que precede al ;ementerio. Tanto barracón y tanto tendejón con sarcófagos / otros objetos funerarios á precios fijos ó convencionales. La ;oga tras el caldero. *Messieurs les cadavres*: á escoger trofeos y ›anteones. Mercantilismo legal, pero repugnante. Entonces ne exaltaba la bilis: después... me he ido acostumbrando. Es tan común en Francia! Puestos de medallas y rosarios ılrededor de las grutas milagrosas: damiselas, *avec ou sans âche*, y con dotes de mil á un millón de francos, anunciadas :n el *Petit Journal*: almacenes de cruces, Imágenes, ornamen-os y vasos sagrados cerca de San Sulpicio.

El *Père Lachaise* me dió la primera idea de una Necrópolis. Vo había medio de formársela en Barcelona. Nuestro cemen-erio barcelonés nada tenía ni de artístico ni de religioso. ›ura geometría. Calles interminables cortadas en ángulo rec-o: todo tirado á cordel: algún ciprés vergonzante: soterrados ›s pobres en los macizos, los ricos en anaquelería con cuatro cinco pisos de nichos. Monumento fúnebre ninguno.

Considerad mi sorpresa. Buscando la mansión de los muer-›s, me encontraba en París con una posesión de recreo. Era osa de pedir allí hospedaje para un par de días. ¡Qué alame-as, qué montañuelas, qué senderillos, qué frondosidad, qué aprichosa mescolanza de monumentos, y por añadidura, qué ran concurrencia de vivos y de vivas, pues de todas castas y ellezas las había, en blanco y en tostado! El guía nos hizo er lo notable de entonces: tumba de Abelardo y Eloísa; Ca-miro Perier, en bronce; el sepulcro de Lavalette; el sarcó-

fago del barón Gobert; el rico mausoleo del español Aguado, marqués de las Marismas.

Llegué á sentirme alegre en medio de aquellos duelos. ¿Qué es esto?—dije volviendo en mí.—¿Quién tiene aquí razón? ¿Los que hacen del cementerio un sitio pintoresco, como los franceses, ó un museo de escultura como los italianos, ó una lúgubre estancia como los católicos rancios? La lógica está de parte de nuestros abuelos; lo triste con lo triste. ¿La lógica? ¡Ya! El mundo se gobierna por otras armonías. ¿Qué especie de culto es ese que tributamos á los muertos? El de la veneración y el respeto. Ningún pueblo se sustrae á él: ni finos ni salvajes. Ningún hombre se sustrae á él, por duro que sea de entrañas. Abrid la fosa y echadle el *poco de tierra* de que habla Pascal. Allí brotará la nota del dolor en expresivas señales: dos líneas en una piedra, la flor deshojada, la cruz, la corona de siemprevivas, el mármol y el bronce con el alarde de la fortuna y el genio del artista.

¿Bastaron estas honras? Jamás. Todas las civilizaciones han mostrado una tendencia irresistible á acercar á los que *son* los restos de los que *fueron*. Los primitivos romanos enterraban á los muertos en sus casas; los frailes en sus conventos; los magnates en sus propios palacios. Cuando vino después el instinto de la higiene, la aproximación de muertos á vivos se puso á la defensiva; ya que no se podía enterrar en las casas, se enterraba en las vías públicas, en atrios sagrados, en los patios y claustros de las Iglesias. ¿Dónde estaba aquí ya lo lúgubre y lo tétrico? Darse la compañía del muerto, ¿no era buscarle como una prolongación de la vida, para que aquella venerada sombra nos fortaleciera, nos consolara nos alentara ó nos corrigiera; para que, en cierto modo, fuese partícipe de nuestros dolores y mudo testigo de nuestras alegrías?

Hoy decididamente tenemos que separarnos de los muertos; la higiene es cada vez más inflexible. Tenemos que separarnos de ellos y á grandes distancias; los ensanches de las poblaciones así lo exigen. ¿Qué menos podemos hacer que llevar á su mansión un soplo de nuestra existencia, ya que como antes, no podamos traernos junto á nosotros el mísero

residuo de lo que ellos fueron? ¿Qué menos podemos hacer que ir embelleciendo sus lejanas y solitarias moradas con las galas y esplendores de la vida que de ellos mismos hemos heredado?

No de otra manera me explicaba aquel para mí tan nuevo y original espectáculo del *Père Lachaise*; el por qué de las apariencias de la vida en el profundo seno de la muerte: por qué el culto del Arte junto á la urna funeraria; por qué el animado vergel donde debían anidar el buho y la culebra. ¡Rara inversión de términos que sintetiza una misma idea! El trapense trae la sepultura á su celda como místico tesoro; el mundo lleva ofrendas á los sepulcros, como símbolo de cariño. Para la eterna comunión de las almas, ¿qué más da traer la muerte donde esté la vida, ó llevar las palpitaciones de la vida donde esté la muerte?

¡Cuánto se ha aguzado el ingenio desde entonces para *perpetuar* el cadáver, para ver si será posible algún día sustraernos á la inhumación, mejor dicho, al horrible *en-terramiento?* Con poco fruto han seguido los rusos congelando cadáveres. Sucquet, Budge y otros han aventajado á Gannal en el arte de embalsamar: no en el precio del procedimiento. Y seguimos *en*terrando y *so*terrando.

No triunfará jamás, estoy seguro de ello, el sistema de convertir nuestros cadáveres en gas del alumbrado ó en abono de los campos, por más que diga el Dr. Thompson que esto sería devolvernos á nuestro providencial destino. Pero creo que, más ó menos tarde, triunfará la cremación. Cincuenta mil cadáveres dan al año más de dos millones de pies cúbicos de emanaciones pútridas y deletéreas. Lo han calculado los ingleses, que son los mejores calculistas. No podemos seguir con atmósferas de esta clase cuando cada día es mayor nuestra afición á vivir urbanizados. Y de algunos años á esta parte volvemos instintivamente los ojos hacia el sistema de *cremación*, cuya huella no se ha perdido en la Historia, desde los ritos védicos á los eslavos y escandinavos, y desde la hoguera del Budha hasta las antiguas urnas cristianas de Italia, Egipto y las Galias.

Triunfará por fuerza la cremación, sin grandes resistencias de carácter religioso, como lo han anunciado, para los pro-

testantes, los pastores suizos y alemanes, y para los católicos el abate Buccellati. Cuando en 1851 visitaba yo por primera vez el más famoso cementerio de Europa, hablábamos de la cremación como de un simple recuerdo histórico; hoy el *Père Lachaise* tendrá su crematorio en regla. Hoy en los Estados Unidos abundan las sociedades de cremación; el método del *Urn sepulture* obtiene de día en día más favor en Inglaterra; en Bélgica, Holanda y Suiza lo recomiendan ilustres higienistas. Alemania lo ha consagrado con la libertad de incineración, concedida por el gobierno de Sajonia; los italianos han acogido el crematorio con grandísimo entusiasmo. Lo he visto funcionar en Milán: un sarcofebo, en forma de templo, con el aparato inventado por los señores Polli y Clericetti. Incineración en hora y media, y más completa por el método del Dr. Siemens, que la practica en treinta y cinco ó cuarenta minutos, por medio del gas, sin olor y sin humo; y todavía más perfeccionada por el procedimiento del profesor Gorini, que con un líquido de su invención, os disuelve enteramente un cadaver en veinte minutos, sin dejar más que las sales minerales, ó sea las cenizas.

¡Ah! Nuestros huesos calcinados se apilarán en una urna pequeñuela. Ya no habrá féretros; volveremos al *columbarium*. Una ringlera de potes como en las farmacias. Piel, músculos, tegumentos, huesos, hasta esquirlas desaparerán. Desaparecerán en el acto; si habían de desaparecer medio siglo después, ¿qué importa para la eternidad? Callará la higiene ante las piadosas exigencias de las familias; callarán los ensanchistas, ante la posibilidad de que muertos y vivos volvamos á estrechar distancias. Con las cenizas ni habrá peligro de infecciones ni temor de que nos roben espacio. Cinco libras de residuo: el máximum de lo que da un cadáver de adulto. Un sencillo edificio, dentro de la población, contendrá miles y miles de urnas; el producto de cién generaciones. Cada familia podrá tener á los suyos como en un guardajoyas. Y allí, en un retirado aposento, estará la urna cineraria para empaparla en lágrimas cuando arrecien los pesares; para imprimir en ella un beso de gratitud cuando desciendan de lo alto los favores...

V

Napoleón no es un muerto. Por esto la tumba de los Inválidos no se puede encerrar en el capítulo de los cementerios. Para tanta gloria, parecióme diminuta aquella suntuosa rotonda. En los Inválidos, no han conseguido los franceses perpetuar más que un Napoleón muy casero; con un par de Bonapartes, un par de colegas—Turena y Vauban—y un par de comensales, Bertrand y Duroc. Allí, midiéndolos con la regla y el compás del arte monumental, comprenderéis cuán estrechos vienen á resultar los hombres que habéis llamado inmensos. Cuando ví por primera vez los Inválidos, hacía poco más de diez años que habían traído á Napoleón de Santa Elena. Recordaba las lanzadas que, con este motivo, habían asestado los legitimistas á aquel moro muerto. La *Gaceta de Francia* le había dedicado una corona poética, resucitando frases denigrantes de Mad. de Stäel, de Benjamín Constant y de Châteaubriand. Autoridades sospechosas de puro interesadas. A Mad. de Stäel le había negado el Emperador dos millones de francos; á Benjamín Constant le había expulsado del Tribunato para hacerle después la ofensa de nombrarle Consejero de Estado; á Châteaubriand le calificó de alma rastrera, entregada á la manía de hacer libros. Más me convencía el discurso que pronunció Lamartine: «¿Vais á glorificar al déspota, al liberticida, al egoísmo coronado? ¿Por qué no pensáis en Bailly? ¿por qué no en Lafayette?» ¿Por qué? Otro poeta nos lo explicó más tarde: Enrique Heine en su *Lutecia*. La apoteosis de Napoleón en los Inválidos significaba «la Francia joven enfrente de la Europa vieja.» ¡Qué tontos se ponen los alemanes cuando les da por frasear á la francesa!

VI

De la muerte á la vida: desde las tumbas al Jardín de Plantas. En materia de grandes jardines había yo visto poco: el de Gironella en Sarriá, el lindísimo de los Ingladas y el laberinto del Marqués de Llupiá en Horta. De plantas, nuestro reducido Jardín Botánico de Barcelona, dirigido por un doctor Bahy, que cuando citaba autoridades científicas, decía modestamente: «nosotros los sabios.» En zoología casi nada; alguna menajería ambulante de las que se instalaban cerca de la Puerta de Santa Madrona, donde un domador francés nos enseñaba el tigre real que *non se debía de confondir con los anemales pentados que volgariamente se llaman tigres*, ó *el* serpiente boa y *el* serpiente pitón, ó unos leones ó pumas del Paraguay que *á más que muy feroces*, se había conseguido amansarlos.

Y no era flojo el salto hasta las 30 hectáreas del Jardín de Plantas. Todo se nos volvían puntos de admiración en aquellas expresivas páginas. Allí nos perdíamos entre acacias, castaños, tilos, plátanos, paulonias y magnolios; allí recorrimos viveros, invernáculos, cuadros de plantas medicinales y parques de plantas acuáticas; allí respiramos los perfumes del naranjo y del limonero; allí nos sentamos junto á la palmera y bajo el copudo cedro del Líbano que trajeron de niñito, metido en un sombrero; allí nos espaciábamos horas enteras entre camelias, azaleas, gardenias, nardos, jacintos, rododendros, hortensias, rosales trepadores, alelíes, capuchinas, cinerarias y pensamientos.

Mayores sorpresas al pasar de la flora á la fauna. No describiré aquella reducción del Arca de Noé, porque del 51 acá, se han hecho muy comunes los Jardines zoológicos. Comunes en el Norte, no en el Mediodía de Europa. En Italia no he visto uno que valga la pena: en España hasta los he oído condenar por personas que se precian de discretas. Les suplico que no vayan á pasear su discreción del Pirineo al

Báltico. Londres, Colonia, Francfort, Berlín, Amsterdam; ¡qué instalaciones zoológicas! La de Amberes, un prodigio. Viaje mío á Bélgica sin ver el Jardín de Amberes, imposible; y ahora me parecen ridículos mis aspavientos al recorrer el *pobretón* de París en 1851.

Y vean ustedes lo que son los gustos, señores amigos de toreros, boxeadores y carreristas. Ustedes creen en la eficacia de la educación popular por los destripamientos, costaladas y apabullos; yo la encontraría más provechosa, si en vez de gastarse los ochavos en hipodromos y toriles, los dedicásemos á abrir buenos museos de Historia Natural y algún Jardín zoológico. Entretenimiento por entretenimiento.

VII

Versalles me dejó tibio. No extrañarlo: faltábanme elementos de comparación. Aranjuez, la Granja, Fontainebleau-Windsor, Laecken, Potsdam me eran todavía desconocidos. Palacio, jardines, anejos, todo en Versalles me reproducía Borbones y *Austria felix*. El palacio era Luis XIV; Trianon, Luis XV; el *Petit*, María Antonieta. Lo que no comprendía era cómo, llevando ya, en 1851, tres largos años de situación republicana, no habían cuidado los franceses de dar relieve á los recuerdos versalleses de la revolución del 89; el recinto de los Estados Generales, el Juego de pelota, el balcón de la *Cocarda*, la sala de Guardias, convertida en teatro, donde se celebró el funesto banquete que precipitó los acontecimientos. La República se había ocupado poco en estas cosas; la Monarquía muchísimo en las suyas. Convirtiendo todo el Palacio de Versalles en una galería de batallas, la Monarquía venía á decirle en sustancia al país: eres mío, porque te he ganado á punta de lanza. Lógica inflexible para una Nación que tiene siempre en los labios el honor y la gloria.

Menos mal el honor, porque, á fuerza de prodigar el vo-

cablo, han llegado los franceses á quitarle sentido; y, entre ellos, todo puede ser *d'honneur*, hasta lo menudo: *cour d'honneur, escalier d'honneur, garçon d'honneur, demoiselle d'honneur, légion d'honneur*. Pero gloria no conocen más que una, la militar. ¿Idólatras de la fuerza? Pues ya y de sobra sabían cómo se iba á reemplazar el famoso lema de las fachadas. En vez de tres palabras, una sola: *Domesticité*.

VIII

En treinta y seis años no se me han olvidado, por lo curiosas, algunas novedades literarias que ví en las librerías de Italianos y de la Galería de Orleans. Por aquellos días, la literatura alemana iba de capa caída: rota y maltrecha la *Joven Alemania* con las heridas que la resultaron del 48. Dos novelas bastante medianas estaban en boga: los *Caballeros del Espíritu*, de Gutzkow, y el *Otomar*, de Mad. de Goehren. Uhland olvidaba las suyas para hacer estudios sobre los *Minnesinger*: Justino Kerner escribía sus *Memorias* y Hartmann emprendía su gran poema titulado *Adan y Eva*. Había un historiador que aspiraba á clásico y no lo ha conseguido: un *herr* Julianus Schmidt que ostentaba, en algunos escaparates de París, dos gruesos volúmenes con el título de *Historia del Romanticismo bajo la Reforma y la Revolución*. Un romanticismo el de Schmidt que se perdía de vista; porque tanto y tanto estiraba el concepto, que, para él, era romántico todo movimiento enderezado á resucitar artificialmente épocas *que hubiesen cumplido sus destinos*. Con cuyo criterio, el sagaz alemán había llegado á descubrir toques de romanticismo hasta en la culta Atenas; y Strauss se burlaba de él, llamando romántico á Juliano el Apóstata.

De ingleses me viene á la memoria *Alton Locke*, fantasías sobre el socialismo inglés, debidas á la pluma del *clergyman* Kingsley. A la sazón, el socialismo, como escuela, estaba haciendo sus primeras apariciones en Inglaterra; y Kingsley

describía gráficamente aquel movimiento que después se ha ido caracterizando con las *Trade Unions*, la *Cooperación* y el *Internacionalismo*. Era el libro del ingenioso *clergyman* un toque de llamada y tropa provocado por los sufrimientos del proletario: toque hecho tan á tiempo, que precisamente los destinos de las clases operarias iban siendo allí tema obligado de toda clase de opiniones en diversos matices; pesadilla incesante de poetas y filósofos, de políticos, literatos y economistas; así de Carlyle como de Stuart Mill; de Dickens y de Disraeli, de miss Martineau y de Tackeray, de Bulwer y de Warren.

Laurent anunciaba el primer tomo de aquella *Historia del Derecho de gentes*, que después ha ido redondeando hasta completar los 18 volúmenes de sus Estudios. Y los franceses se disputaban en las librerías tres obras, hoy casi olvidadas, que respondían entonces al sentido reaccionario de las agonías republicanas: las *Cartas* y *Opúsculos*, del conde José de Maistre: el *Ensayo*, de nuestro Valdegamas, y los *Orígenes del Gobierno representativo*, escritos por Guizot; quien, á pesar de los escarmientos por él mismo sufridos, durante la Monarquía de Julio, defendía el parlamentarismo con una impenitencia digna del más leal discípulo de Royer Collard.

IX

Mal andaba de teatros París aquel año. Los únicos abiertos eran la Porte Saint Martin, el Francés, el antiguo Vaudeville, en la plaza de la Bolsa, Variétés, la Ópera Cómica y la Grande Ópera, rue Lepelletier. Como compensación, se estaba inaugurando otro nuevo, *l'Opéra National*, á la extremidad del boulevard del Temple; y escogieron, para primera función, *Mosquita la Sorcière*, letra de Scribe y música de Boisselot.

Daba el Francés la *Gabriela*, de Emilio Augier, y muchísimo fiambre: los *Caprichos de Mariana*, escritos por Alfredo

de Musset en 1833, y *Mademoiselle de la Seiglière*, que Julio Sandeau había publicado en 1844, y en que se distinguía notablemente el actor Samson.

La Ópera Cómica resucitaba el *Joseph*, de Méhul; y en la Grande Ópera triunfaba la Alboni, cambiando de género con la *Corbeille d'Oranges*, del maestro Auber. La pobre Viardot naufragaba en *Safo*, hundiéndose con ella la partitura.

El héroe de los conciertos era el violinista Vieuxtemps, primer émulo de Paganini. Buenos violines habíamos oído: nunca atrevimientos como aquellos. Tres habilidades distinguían á Vieuxtemps: los pasos á doble y triple cuerda, los efectos simultáneos de arco con el *pizzicato* de mano izquierda y unos arpegios incomparables. Hoy se han hecho casi vulgares estos prodigios de ejecución, sin necesidad de llegar á Sarasate.

No me hacía novedad la declamación en los teatros de París, porque ya me tenían acostumbrado á ella los predicadores franceses que había oído en Barcelona. Dispénsenme los oídos piadosos: tan cómico es en Francia el orador sagrado, como lo son el forense, el parlamentario y el actor de profesión. Con una horma se calzan todos. La *pose* es de rigor entre nuestros vecinos. El teatro es su elemento, y todo elemento es para ellos un teatro.

Hoy tienen mejor escuela que entonces los actores franceses. Recuerdo bien que, después de un trozo admirablemente recitado, Bocage, el insigne Bocage se salía de estampía, hablaba á borbotones, tiraba de la frase y remataba los períodos á martillazos. A *ellas* les daba por apretar los dientes, remedando el acento británico. Fuera de estos defectos, la escena francesa me revelaba un mundo nuevo. Aquellas gentes sabían hacer lo que echábamos de menos en la mayoría de nuestros actores: las apariencias de improvisación en el monólogo y en el diálogo, el arte de agruparse, la soltura al abandonar el cuerpo en sillones, sofás ó meridianas, la naturalidad en el movimiento de brazos y manos, sin el juego obligado del sombrero. El drama moderno me parecía nacido para ellos: ahora digo, para ellos y para los italianos. En cuanto á los franceses, hice la observación en *Antony*.

¡Qué superior realismo en las últimas escenas! ¡Con qué frenética pasión estrechaba el seductor á su amada entre los brazos! ¡Con qué vertiginoso cabeceo paseaba la frente por su frente! ¡Y cómo iba destilando en su oído el plomo derretido de las frases salvajes é incoherentes, mientras ella luchaba con las últimas *ansias* del deber y con los terrores del crímen; el espanto en los ojos, la promesa en los labios, palpitante el seno, el chispazo nervioso al través de la seda, y, cerniéndose en el espacio, el beso fatal que iba á sellar aquella página de placer seguida de tantas amarguras!

Esto es el Arte, exclamaba yo, todo oídos y atención, saliéndome de la butaca. ¿Pintáis la pasión? Pues pintadla tal cual es, con sus locuras y arrebatos. Nadie os ha dicho que el teatro se inventó para las colegialas. Si tenéis algún cargo de tutor, alejad de la escena á vuestros pupilos y pupilas. Dejadnos libres á los que no lo somos. De esta suerte ganaremos todos; evitaréis en unos las iniciaciones peligrosas, y para los demás, no quitaréis al Arte sus galas y esplendores.

Sobre todo, evitaréis el ridículo. Hoy nuestra escena es algo más arriesgada: demasiado quizás, y en el peor de los géneros. Mas, en la época en que yo empezaba á comparar actores franceses con españoles, nuestros teatros llevaban la *distancialidad* hasta lo inverosímil. Dos amantes se hablaban de un extremo á otro de las tablas, casi con bocina; para abrazo, una invitación á vuelta de vals; y en toda situación algo expresiva, un sistema de puntas y puntitas; la puntita de los dedos, la puntita del pañuelo, la puntita del guante, la punta del abanico, la punta de la frase apasionada. Más expansión, más calor, ¿por qué no? ¿No hay un prudente límite entre la sosera y las libertades escénicas?

Ni por pienso hubiera deseado entonces ni desearé jamás en la actriz española el singular desenfado de la francesa. Hay entre ellos verdaderos abismos. En Francia, la mujer de teatro forma una sociedad especial; en España vive como todo el mundo, con brazo responsable, hijos, sobrinos, cuñados y hasta con el lujo de suegra. Pone su cuartito con buenos muebles, estrena dos ó tres trajes por temporada, según los ensanches de la contrata, lleva sus chicos á paseo y

los baña, durante el calor, en alguna playa. Como, por fortuna, su profesión no la impone, entre nosotros, la facilidad de costumbres, suele adolecer de cierto encogimiento un tanto reñido con el realismo y los relieves dramáticos. De ello se irá corrigiendo en beneficio del Arte; y, créanme los delicados de nervios, sin el menor riesgo de que se perjudiquen las costumbres.

Desde el primer momento, juré al canto francés una feroz antipatía. Sea capricho, sea instinto, no comprendo, para música, más letra que la italiana. Con ser tan sonoro, el mismo español, si me lo ponéis en solfa, me sabe á jota ó fandango. Inglés, alemán: dos cencerros al servicio de la voz humana ó de la orquesta. Los franceses han hecho prodigiosos esfuerzos para plegar su idioma á las exigencias musicales: tiempo perdido. Sus nasales, sus *ees* mudas, su desabrida entonación, sus hiatos, sus *ches* y sus *ges*, son una constante conspiración contra el oído.

En cuanto á la música, perdonadme si digo que no acierto á encontrar escuela propia en la patria de Auber, Berlioz y Feliciano David, de Gounod y Thomas, de Saint Säens y Massenet. La habrá, pero á mí no me suena. Cuando los compositores franceses no son esencialmente italianos como Auber, ó esencialmente alemanes como Gounod, su música toma siempre un dejo de *couplet*, como toma nuestra zarzuela el de peteneras cuando no la manejan hombres de la talla del ilustre Barbieri ó de mi insigne compañero Emilio Arrieta.

Couplet y *ballet*: ni tenían entonces, ni han tenido hasta el presente más género nacional en música los franceses. Y en bailes populares son todavía más pobres; en 1822 inventaron el cancán, y con él seguían en 1851, y con él han seguido después hasta la presente fecha. Todavía quedaban, cuando aquella mi primera visita, restos de *la Chaumière*; pero ya esta ilustre cuanto veneranda institución se iba bifurcando en las dos eminentísimas de la *Closerie*, refugio de la estudiantina, y *Mabille* para las damas del *quartier Breda*. Allí cultivabais la leyenda de Rosa Pompón, la Pomaré y la Mogador; allí adivinabais la futura inmortalidad de la sin par Rigolboche; allí

os relataban los triunfos de Brididi y admirabais las contorsiones del gran Chicard, el Rey de los cancanistas. Siento haber olvidado el nombre de un estudiante de Montpeller que era el constante vis-á-vis de Chicard, y rivalizaba con el maestro en lo inagotable de las muecas y en la gracia de recoger el sombrero cuando la vecina se lo hacía saltar de la frente con un rápido *pied en l'air.*

Y, con tan sabroso espectáculo, demos aquí por terminadas mis impresiones de muchacho en París.

El tren de Calais y á Londres.

SECCIÓN CUARTA

Por el Paso de Calais.—El abate Gioberti.—Londres: Bedford place, Rusell square.—Cocina naturalista.—Arundel street: Mazzini.—*Il Contino* y un cicerone histórico.—Orientación en *cab.*—Dos billetes de provecho.—Su Gracia el Duque de Wéllington.—Vamos al Palacio de Cristal.—¡Qué turno ni qué ocho cuartos!—De la trastienda á la acera, y de la feria á la Exposición.—Visita al Cardenal Wisemán.—¡Si habrá corrido la Lingüística!—Londres en 1851.

I

Con tiempo bonancible, cielo sereno y mar sosegada, cruzamos el Paso de Calais, deparándonos la suerte, en el barco, muy distinguida compañía; el abate Gioberti. Iba con el Marqués d'Azeglio, Embajador de Cerdeña y hermano del ilustre Máximo.

¿En qué labios no estaba entonces el nombre del abate Gioberti? Era la primera figura de Italia: filósofo, historiador, publicista, diputado, Presidente del Consejo de Ministros con Carlos Alberto; inmensamente popular por su talento, sus desgracias y sus quince años de destierro; aclamado y agasajado por toda la Europa liberal como primer promovedor de la unidad italiana.

Dos libros suyos conocía yo:—*Il Primato*:—*Il Gesuita moderno*:—aspectos distintos de una misma idea política. *Il Primato*, la unidad de Italia respetando el Pontificado: *Il Gesuita*, la guerra á los clericales. Tocándome estar al lado del abate, cambiamos algunas palabras en francés y luego en italiano: pagadas las primeras respuestas, se puso conmigo bajo el pie de la más absoluta confianza. Mirábale al principio con sorpresa, sin saber quién era; porque aquella enorme cabeza parecía la de un hidrocéfalo, y al propio tiempo se adivinaba el hombre superior en el centelleo de sus frases. Una vez declarado su nombre, caímos en la política: hombres, cosas, asuntos de Italia. Quejábase de los suyos, del Rey, de la corte de Turín, de los farautes políticos. No destilaba su boca más que amargura. Y como tratase de animarle, anunciándole que le estaba reservado el papel de redentor de Italia, meneaba la cabeza con aire de incredulidad. «*¡Ah! sei giovane tú!*»—me decía—y presintiendo sin duda su próxima muerte, cogíame ambas manos, recitándome estos versos de Leopardi, que jamás se han borrado de mi memoria:

.... «Ogni più lieto
Giorno di nostra età primo s'invola.
Sottentra il morbo, e la vechiezza, e l'ombra
Della gelida morte. Ecco di tante
Sperate palme e dilettosi errori,
Il Tartaro m'avanza; e il prode ingegno
Han la tenaria Diva,
E l'atra notte, e la silente riva.»

Llaméle con este motivo á la poesía para alejar su imaginación de tan negros pensamientos. Hablamos de España, que sentía no haber visitado; y ponía nuestra lengua, por viril, muy por encima de la suya. Empeñábase en pronunciar palabras castellanas, pero se enredaba con el sonido de la letra *jota*. No hubo medio de hacerle decir *Quijote*.

No volví á ver á Gioberti; pero me aficioné más á sus libros. Cuando regresé á Barcelona, encargué á Italia un ejemplar de la edición completa, pasándome largas horas estudiando su gran polémica con Rosmini.

II

Llegados á Londres, tomamos aposento en un excelente *boarding house* que me había recomendado Monistrol: Mistress Small, Bedford place, Russell square. Buen cuarto, buena mesa y amabilísima la señora de la casa. Almuerzo á las nueve de la mañana, *lunch* donde nos cogía, comida á las seis.

La hora del almuerzo me era insoportable, porque rompía con todas mis tradiciones; mi chocolate, mi rico chocola-:e con bollo, bizcochos ó ensaimada. ¡A las nueve, huevos pasados por agua! ¡á las nueve, el beafsteack con patatas! ¡Y el té á calderadas, á mí que apenas lo tolero como medicina! Mas me mortificaba la falta de servilleta. Los ingleses de entonces no usaban bigote, esperando su resurrección en Crimea: yo lo usaba ya del género terrorífico. ¡Qué apuros cada vez que tocaban á chupar, sorber ó andar con cosa de pringue! Cada mojadita de huevo era un problema. ¿Abríais nucho la boca? *shocking*. ¿Os cubríais con la mano? *shocking*. Quedaba ribete en los labios? *shocking*. ¿Apelabais al pañuelo? *hocking*, *shocking* y *ultrà shocking*. Menos mal la comida, ervida con mantelería. Allí, el bigote me dejaba en paz; pero el paladar! ¡pero el estómago! Dispénsenme los anglonanos si les digo que, desde el primer momento, no pude on la cocina inglesa. Imposible familiarizarme con sus platos acionales, ni caseros ni de fonda. Aun ahora, no cambio la eor *bisque* de un mediano restaurant de París por la *turtle oap*, la *mock turtle* ó el *ox tail* de Monico ó del Continental; i una buena mayonesa por la *brill and shrimp sauce;* y refiero un pastelito de nuestro Suizo á toda la cáfila de tarnas y de *puddings* y aun al famoso *almond custard* del Criteon. La cocina inglesa—lo observé en el acto—es de un naıralismo desesperante. Mostaza, *pickles*, *onions*, salsas de odos géneros: ahí tenéis un cacho de buey ó un trozo de almón: ahora coged los trastos y arreglaos. En la mesa sa-

zonáis, untáis, regáis y aderezáis: simplemente os han repartido la tarea con la cocinera. Como decía el otro: al final todos los puntos y comas: distribúyalos V. como le parezca.

Era tan refractario á aquel constante potingueo, que casi, casi llegué á renegar del trato de familia, suspirando por la vida airada de fonda y casino. Sin embargo, el *home* de Mistress Small era muy apetecible. Ella misma presidía la mesa con un buen tono que no excluía la confianza: se adelantaba al menor deseo: nos hacía servir con el más delicado esmero: nos daba un escogido té con picatostes, en el *parlour*, y los domingos nos convidaba á oir música sagrada en el saloncito de arriba. Allí lucían, en canto y en teclado, dos pimpollitos de sobrinas, Sarah y Annah: Sarah estaba á punto de casarse con un apuesto clergyman de frondosas patillas, é íbamos á oir sus sermones por recomendación de la interesada. La oratoria del Reverendo era muy melosa, y tan perfumada como un billetito de los que se deslizan, á espaldas de la mamá, por entre los botones del guante. Cuando, en medio de un sentido párrafo, alzaba los ojos al cielo el inspirado del Altísimo, siempre me parecía que antes había cuidado de fijarlos en otros muy serenos, muy poéticos y muy azules que le miraban con mucha dulzura.

Por gozar de mis anchuras, me permitía mil infidelidades con mis buenas Small, cansado de su severa cocina británica. Escurríame á lo mejor por la antesala y me iba á almorzar ó á comer en un restaurant italiano; Previtali's hotel, Arundel street, cerca de Haymarket. Allí nos dábamos una calda de archiduques. Allí, el arroz á la milanesa ó el timbal de macarrones; allí, los cangrejos á la bordelesa ó la perdiz con coles ó el *vol-au-vent à la financière*; allí las setas á la provenzala, con sus copas de *sherry*, y á pasto cierto *claret* que decían traído á la casa por el propio cosechero. Cuatro, cinco chelines, según y conforme.

Dos ó tres veces, en la mesa de Previtali's hotel, tuve de vecino al gran Mazzini. Comía solo, sin comunicarse con nadie; porque era de esos hombres embolsados en sí propios: macilento, taciturno y melancólico. Sus platos del momento eran los del cocinero italiano: sus platos habituales eran el

stria, sus Archiduques, el Papa, la Casa de Saboya y el ey de Nápoles.

Atravesaba Mazzini uno de los más amargos períodos de su la. Después de ver fracasar todas sus tentativas para lograr independencia de Italia; después del sacrificio de los her- anos Bandiera y de otros muchos infelices, había obtenido efímero triunfo en Milán y en Roma; y emigrado otra vez Londres, estaba en aquel momento preparando un famoso préstito que iba á dar tan pobres como funestos resulta- s. Contemplaba yo con admiración al ilustre agitador, por- e veía resplandecer en él grandes condiciones de carácter e pocos hombres públicos poseen. Pudo resignarse, pudo ntemporizar, pudo ceder: no lo hizo. Y sin embargo, de uel lado estaban las tentaciones, los honores, el brillo y la tuna. Prefirió la persecución, el destierro, el martirio, el nstante peligro, siempre en beneficio de la idea. En aquella ra cetrina de Arundel street, estaba retratada la integridad lítica. Por esto me infundía tanto respeto el *oscuro* perso- je. ¡Integridad! ¡valiente quimera para los que tienen más crúpulo de fama que de conciencia! Porque los Mazzinis n su pesadilla, los crucificarán siempre en el presente y en Historia. ¡Qué han de entender jamás aquellas gentes el ntido de las redenciones ni el valor de los redentores! ¡La idez de espíritu juzgada por los sacabocados! ¡Y hay tantos antos en la familia política: los tímidos y los escépticos; impacientes y los ambiciosos; los dúctiles y los corrom- los!

La colonia italiana en Londres era, en aquellos momentos, merosísima. En Regent Street, en el Quadrante, en Picca- ly, no oíais hablar más que italiano. De aquella turba de igrados sacamos nuestro cicerone: un mozo gallardo, al- conde y coronel de caballería milanesa. Acompañábale á nudo, y nos acompañaba también, otro sujeto de la mis- nacionalidad, aciago de cara, correcto de maneras, exal- o de imaginación y caudaloso de palabras. Familiarmente lamábamos *Felice*. La Historia le conoce por todo su nom- y apellido. Se llamaba... ¡Félix Orsini!

III

Escarmentados con el reventón de París, nos entregam
á un *cab* para el paseo de orientación en Londres. Trafalg
square, Charing Cross, todo el Strand hasta Temple Ba
Fleet street, Cheapside, Poultry; y por callejuelas, Newga
street, Holborn, todo Oxford street, vuelta por Hyde Par
Piccadilly, Quadrante y calle del Regente; asomarnos
St. James's Park, y á casa. Cinco horitas cabales.

Hízome gracia el *cab*, invento en que se retrata el mag
británico. Nada más útil y nada más desairado. Subir y b
jar, obra de un segundo; caja pequeña y grandes rued
para la velocidad; entre cristales para no mojarse, y al mism
tiempo casi al aire libre para coger al vuelo el deudor, el c
misionista, el cobrador, el *negocio* que pasa por la acera. Pe
fil, ninguno. ¿Cómo habían de adoptar el *cab* los estétic
franceses? Poco más ó menos por aquellos días se había tr
tado de introducirlo en París y no cuajó la empresa. Apar
de que la gran distancia del caballo crea una dificultad ser
para todo cochero que no sea *englishman*. ¿Quién le tose al ci
dadano inglés en estas tres cosas: armar un negocio, desp
char una botella y manejar un caballo?

Dos detallitos de mi paseo de orientación: primero una v
sita al Palacio Rotschild. Vivía el barón, como todos los ba
queros de la City, al calor de Lombard street y del Roy
Exchange. Grandes despachos: conté varios escritorios la
guísimos sólo en el departamento de la Caja. Allí cobré m
letras: el *aceite* de la temporada. Diéronme *bank notes*: gr
novedad todavía esa de los billetes de Banco, para los q
no habíamos salido de Barcelona ni éramos hombres
negocios. No se conocían entonces en España más que tr
Bancos: el Español de San Fernando, el de Barcelona y
gaditano: el de Isabel II había pasado como una exhalaci
con el desdichado Fagoaga. Distábamos mucho de haber e

ıado en los trotes de la circulación fiduciaria: cada Banquito
e los nuestros la tenía reducida á su casco: y el de Barcelo-
ı emitía sus billetes con la unidad del peso fuerte, más para
s relaciones mercantiles que para el menudeo de la contra-
ción ordinaria. Poneos en esta situación y adivinad lo que
ɔr mí pasaría al ver que el dependiente de Rotschild me en-
egaba, por todo pago, un billete de 100 libras y otro de 50.
an confuso me quedé como temeroso. ¡Mis 15.000 reales en
ɔs pedazos de papel! ¿Cómo realizarlos en seguida?—decía
):—¿cómo *desmenuzarlos*? En Barcelona mismo, si me los dan
ıtonces en billetes de cinco duros, no me llega la camisa al
ıerpo. Tan medrosicos éramos los que no teníamos la cos-
ımbre de manejar instrumentos de crédito. Queriendo qui-
rme de sustos, acerquéme humildemente al *clerk* y le rogué
ıe se sirviese cambiarme los dos billetes grandes por peque-
ɔs. «*Apply to the Bank*»—me contestó secamente.—Con
ecto, á los cinco minutos, mis 15.000 reales, trasformados,
ɔ en papelitos, sino en buenas, lucientes y sonantes libras
terlinas, se dejaban acariciar por mi mano dentro de una
rga bolsa de malla de seda verde.

Al pasar en *cab* por Hyde Park, vimos, á cierta distancia,
ı enjambre de chiquillos que corrían tras de un jinete Ma-
ısalén, montado en dos kilómetros de penco, con el som-
ero pegado á las orejas, levitón azul, y en vez de groom, un
garote de lacayo con un descomunal paraguas. ¡Calle!—ex-
amé:—yo conozco esta cara. ¡Vaya si la conocía! Aun en
to me llevaba ventaja Napoleón: aquella cara no la había
ɔ visto más que en los retratos: Napoleón tuvo la honra de
ıborear el original á sus anchas. Era Su Gracia lord Arturo
Vellesley, Príncipe de Waterloo, Duque de WELLINGTON y
e Ciudad Rodrigo. Justito un año después de verle nosotros,
é á reunirse con su rival, en la patria de los iguales.

IV

Estaba entonces Londres en plena Exposición universa
la primera, la del *Crystal Palace*. Todos habíamos tomado
Exposición de pretexto para visitar *las orillas del Támesis*. Fa
tan á la verdad los que dicen que van á estudiar Expos
ciones; no siendo algún industrial, por si se la quieren pega
ó comerciante para pegársela al parroquiano, ó jurado pa
pegársela al contrario.

Tampoco van á estudiar los que se hacen pagar una pe
sión para visitar Exposiciones: tres he visto, universales, *p*
mi dinero, y he ido, como ellos, á curiosear y á divertirm
Quien estudia en serio las Exposiciones es el hombre cie
tífico; pero después, en su gabinete, en los libros, sobre apu
tes, listas, clasificaciones y catálogos.

Estudiar... estudiar... Ya nos contentaríamos con pose
el arte de *ver* una Exposición. Cada cual se fija en dos doc
nas de objetos: lo demás, como en panorama. Hombre habí
en el Palacio de Cristal, que tenía aplicados sus cinco sen
dos á una enorme tinaja: ni máquinas, ni artefactos, ni pr
ductos agrícolas, ni obras de arte, ni trapujería de sastres
modistas le significaban nada. Corrían las señoras á los e
caparates de Lión, á los encajes de Bruselas, á los armari
de joyería: la gente tripona iba y venía por las galerías, m
rando para arriba, mirando para abajo, los más y las m
fingiéndose observadores con un ¡oh! de admiración ó u
¡ah! de sorpresa.

Quizás de todos los artículos que he visto en Exposici
nes, el más curioso ha sido el hombre. Siempre os desc
brirá algún registro nuevo, por muy sobajeada que tengáis
humana naturaleza. El Palacio de Cristal mostróme en ell
en la masa común, dos condiciones funestas por donde á m
nudo nos perdemos los mortales: la impresionabilidad y
antipatía al método. Yo tuve la candidez de proponer á m

compañeros, que, para visitar la Exposición, nos sujetáramos á un plan de recorrido, á razón de sección diaria, examinándola de derecha á izquierda. Imposible: cuantas veces lo intenté y cuantas lo he intentado después, otras tantas me salió la cuenta fallida.

—«Que estamos fuera de línea.

—Déjeme V. ver aquella rareza.

—Ya le tocará el turno.

—¡Qué turno ni qué ocho cuartos!»

Y empieza la desbandada, y cada cual tira por su lado, y unos ven cien veces una misma cosa y otros se quedan sin verla, y no hay medio humano de hacer entrar á la gente en vereda.

Aquella asombrosa fábrica de Paxton, bajo cuya techumbre reunió Inglaterra 18.000 expositores, parece hoy un juego de niños comparada con las últimas Exposiciones universales. No lo fué, sin embargo; porque aquel primer alarde de la vida industrial contemporánea representaba un curso de tecnología práctica que, á pesar de lo reducido de la distribución en treinta clases, hubiera pasado por un sueño veinte años antes. Dolióme ver, entre tanta grandeza, el escaso papel que hacíamos los españoles. No llegaron á 290 los que concurrieron con sus productos al Palacio de Cristal; y fuera de algunos artículos catalanes en el ramo de blondas, máquinas de cardas, pieles curtidas, corchos de la provincia de Gerona y un precioso mueble de mosaico, todo lo demás que sonaba con nombre español, llamaba poquísimo la atención de los curiosos. De otros países recuerdo algunas impresiones sueltas: las máquinas inglesas para elaboración de toda clase de textiles, otra de acuñar, grandes prensas verticales, los progresos de la pañería austriaca, los terciopelos de Manchester y la competencia que en el ramo de sederías empezaban á hacer á Lión los piamonteses, los suizos, el Austria y la misma Inglaterra.

V

Como yo no era industrial, ni comerciante, ni *siquiera* jurado, ni tampoco podían darme patente de hombre científico, creíme dispensado de recoger datos y de hacer apuntaciones. Mas, para no perder el tiempo que me dejaba libre el mareo de la contemplación, púseme algunas veces á pensar y á meditar en un rincón de aquel maravilloso Palacio; como si, arrastrado también por la moda de exponer, me sintiese obligado á hacer una modesta exposición de ideas en mi cerebro.

Pensaba en lo que había sido el industrial de otros tiempos, y en lo que ha llegado á ser en los nuestros. Me lo representaba socialmente nulo en la antigüedad, bajo la influencia de la esclavitud; en la Edad Media, y aun muy entrada la moderna, luchando con toda clase de desdichas. Víctima de la ambición de los que han pretendido ser mandones por abolengo; llevado al matadero en las reyertas señoriales; regalada su sangre en los repartos de familia de augustos competidores; destrozado por las uñas del Fisco; desdeñado, ajado, escarnecido por los poderosos; *vil* en boca de Alfonso el Sabio; indigno de la honra de caballero en las Siete Partidas; *bajo* en la pluma de Felipe II; infame y malandrín para aquellos insensatos leguleyos que osaron estampar en los Códigos esta insolente frase: *limpieza de oficio mecánico.*

Y después de pensar en el industrial, pensaba en la industria de aquellas edades, privada de todo prestigio social, tan denigrada y postergada como sus útiles representantes. La veía despuntar, á trechos, en el gran panorama histórico, como protesta viva del honor y excelencia del trabajo; en Babilonia, en Memfis, en Tebas, en Corinto, en Damasco y en Ispahan; en las Ciudades toscanas y lombardas, en Barcelona y en Nuremberg, en Brujas y en Gante. En el resto de Europa, en el resto del mundo, despreciada: viviendo en la oscu-

ridad, en el silencio, en el misterio, albergándose en los soportales, buscando barrios apartados, huyendo de la luz y del ruido y refugiándose en la trastienda, para evitar todo aparato y todo público alarde que pudiesen exponerla á los desmanes de los *irresponsables*.

Mas entre tanto, y aun en medio de aquellos larguísimos períodos de absoluta dependencia, ya van anunciando la industria y el industrial que poseen ricas energías. Ya se sienten factor social, y en tal concepto, empiezan á luchar abiertamente para alcanzar gloria y poderío. Vienen las Cruzadas y se aflojan las ataduras del vasallaje; con la Comuna ó el Concejo, se ampara la industria á la sombra del fuero municipal; con el gremio ó la guilda, se hace órgano del Estado; con las milicias concejiles, fuerza pública; con las cofradías, bandera religiosa. Toma armas de toda especie, y de todas ellas se aprovecha dentro de las condiciones de la época respectiva. Y, á medida que avanzaban en mi imaginación los pasados tiempos, veía irse traduciendo al exterior aquellos medros industriales. Ya ni el mercader ni el fabricante se esconden, sino que se exhiben en todas partes; y aparece el rico escaparate, y aparece el vasto almacen, y aparece el arte de *presentar* el género; y grupos de industriales similares se establecen en barrios frecuentados, y las calles céntricas de las poblaciones grandes rivalizan en bazares, tiendas de lujo y suntuosos aparadores. Aquella industria antes vergonzante, toma aires de soberanía, y llega la época en que una dama de regia estirpe, al ver el boato con que la reciben en Flandes las señoras menestralas, puede exclamar un tanto mortificada: «Yo creía ser aquí la única princesa, y me encuentro rodeada de soberanas.»

Para sus expansiones y atrevimientos, tenía la industria antigua un auxiliar poderoso en la *feria*. Descartaba yo de mi cuenta las ferias de carácter religioso: Benarés, la Meca, Kairuan, que tienen otro alcance y otro significado. Concentraba mi atención en las ferias industriales. En la feria de la Edad Media veía representado el momento de la *defensa* industrial: el mes, la semana, el día de sus holguras. Allí la industria sale, es decir, brilla; vende, es decir, vive; lucha, es

decir, vence. Allí se emancipaba de la guerra con la tregua de Dios, de las tiranías con las inmunidades, del obstáculo de la distancia con las corrientes venidas de luengas tierras. Ningún elemento social dejaba de dar amparo á la industria en los días feriados: la Iglesia llevaba sus cánones, los Reyes sus franquicias, los Municipios contribuían con sus festejos, la gente de dinero con sus compras y prodigalidades. Después de la feria nacional la internacional, y el limite se ensancha: Medina del Campo, Beaucaire, Sinigaglia, Nijni-Novgorod son las primeras, aunque tímidas manifestaciones, del cosmopolitismo económico.

Vino un día en que las ferias no bastaron. Eran un expediente industrial para tiempos adversos, no condición precisa de la industria cuando la industria iba cobrando sus propios fueros. Hoy las expediciones y arribos de mercancías son constantes y están regularizados por vapores y ferrocarriles; hoy no tenéis que fijar mercados, porque os los fijan las mismas corrientcs comerciales; hoy la seguridad está normalizada, garantizada por leyes, tratados, convenios, tribunales, policía, ejércitos de mar y tierra; no hay que reservarla para momentos dados. El industrial y el negociante son fuerza *d por sí*, son influencia, peso de balanza. No necesitan para trabajar ó para vender, ni favores de la Iglesia ni beneplácitos del Estado. Sus franquicias están en su propio derecho, su oportunidades en sus propios cálculos. Quizás hayamos pasado de un extremo á otro. Observad cómo, en vez de invadi nosotros el campo industrial, la industria es quien pretend invadirnos; el capitalista y el operario aspiran á imponérse nos; la fábrica quiere gobernar el arancel, el productor quier gobernar el consumo: el obrero discute la propiedad, y el co merciante, antes acurrucado en la tienda, nos va robando e espacio, ocupa las aceras, intercepta el paso con los puesto ambulantes y nos pone en el caso de pedir aquel *Manual* d que hablaba Franklin para aprender el arte de andar por la calles.

No: no nos falta, á Dios gracias, el *surtido* á mano y abun dante; lo que nos faltaba era la nota de la novedad, est siempre al tanto de la última palabra industrial. Y se inve

taron las Exposiciones. Campo de rivalidades ó concierto de ingenios. Una Exposición lo es todo: feria y síntesis de feria, almacén y muestrario, bazar y museo. Lo útil y lo agradable, lo frívolo y lo serio, lo que es revolución industrial ó simple mejoramiento, lo que tendrá carácter de permanencia y lo que pronto ha de ser arrollado por el capricho de la moda ó por el incansable afán de nuevos inventores.

Muchas y brillantísimas Exposiciones internacionales se han sucedido desde aquellas mis largas meditaciones en el *Crystal Palace*. Seguramente han dejado muy atrás á la de 1851 en magnitud, en abundancia, en clasificación de productos, en detalles de instalación y en el interés dramático que despiertan hoy los *anejos*, con sus parques, sus talleres en movimiento, los cuadros de usos y costumbres y la representación entera de la vida humana en el globo, por razas, lenguas, trajes, templos, construcciones civiles, cultura intelectual, oficios menudos y aprestos militares. Mas no ha variado—y tenedlo por cierto—ni variará en un ápice, el sentido que atribuíais ya entonces á las Exposiciones y sobre todo á las universales. Era aquella y serán todas una revelación de la conciencia del trabajo, una expresión viva de la repartición de fuerzas, una voz de alarma contra el instinto de la destrucción, llámese, como antes, espíritu de conquista, ó llámese, como ahora, espíritu expansivo. Ante aquella magnificencia de escaparates, ¿quién piensa ya en humillar la industria y á los industriales? Al ver aquella diversidad de tributos de tan distintas procedencias ¿quién se atreverá á sostener que cada pueblo debe bastarse á sí mismo? Tocante á la influencia de las Exposiciones en las guerras, no olvidéis jamás la fecha en que se abrió el Palacio de Cristal. Muchos y muy sangrientos lances registran desde entonces los anales de la fuerza bruta: Alma é Inkermann, Magenta y Solferino, Potomac y Richmond, Sadowa, Reichoffen, Sedán. Pero las campañas á que correspondieron estas batallas han sido relativamente de una duración cortísima. Cortísima, porque los intereses económicos cuidaron de advertir al vecino que aquellos ruidos les eran molestos: ninguna campaña militar ha dejado de ir seguida ó precedida de su correspondiente Ex-

posición industrial que le sirviese de aviso ó de protesta.

Peregrinaciones suelen llamarse los viajes á las Exposiciones. No creo exacto el concepto; pero ya que hay peregrinos de la fe, háyalos también de la paz; y, al admirar los portentos del ingenio humano, que sólo con ella prosperan, defendámonos, en lo posible, de aquellos hombres que quieren tener á los pueblos en continua reyerta y hacen, en las esferas del Gobierno, oficio de perdona-vidas.

VI

Nostro caro contino, como llamábamos al cicerone, se empeñó en hacerme visitar al Cardenal Wisemán. Aunque de nacionalidad inglesa, el Cardenal había visto la luz en Sevilla; «como buen español, le debéis este paso de atención,» me decía *il Contino*. Pareciéndome bien estas razones, nos dirijimos á Golden square, donde ocupaba el Prelado un modestísimo aposento.

Nicolás Wisemán estaba entonces en todo el esplendor de su fama. Pocos meses antes, el Papa le había investido con la púrpura cardenalicia: era arzobispo de Westmínster y Primado de la Iglesia católica en Inglaterra. Pareciendo estos títulos otros tantos guantes arrojados á las comuniones protestantes, trabóse una pendencia entre el Gobierno británico y la Corte romana, declarando los consejeros de la Reina Victoria que jamás admitirían un arzobispo católico *de* Westmínster, sino á lo sumo, un título de arzobispo *en* Westminster: no *ărchbishop* OF, sino *archbishop* AT *Westmínster*. Supo la maraña el pueblo bajo de Londres, y tomó parte en la contienda, amenazando distintas veces al Prelado y hasta tratando de forzar su residencia; y no dejaron de advertirnos que había algún peligro en visitarle, porque algunos desalmados solían emprenderla con los que entraban en la casa. Todo lo cual parecía tener á Monseñor perfectamente sin cuidado; y vivía tan sin miedo de los adversarios, porque era

hombre de espíritu sereno, celoso propagandista, hecho á padecer y bien poseído de su carácter de misionero.

Recibiónos con grandísimo agasajo en un sencillo despacho colgado de verde reps, con dos estanterías cargadas de libros, media docena de sillas y un gran Crucifijo de bronce sobre la mesa.

Vestía la levita negra de cuello recto, sin el menor distintivo de sus altas dignidades. Giró al principio la conversación sobre España, ponderándola grandemente el Cardenal como columna firmísima que decía ser del catolicismo: luego fuimos entrando en terreno científico á propósito de sus propias obras.

Ya entonces había publicado el Dr. Wisemán sus famosas lecciones sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada—*Twelve lectures on the connexion between Science and Revealed Religion*—de cuya tercera edíción poseía yo un ejemplar impreso en Londres; Charles Dolman, 1849. Filología, etnología, ciencias naturales, arqueología y edades prehistóricas son los principales puntos que pone allí á contribución, para buscar concordancias con la Biblia. Con el ansia natural de conocer el fuerte de Su Eminencia, pedíle tímidamente que me aclarase algunos conceptos relativos á la Lingüística; y vino en ello gustosísimo y lo ejecutó con tal arte, que todavía recuerdo la manera como me explicó en qué términos y por qué orden de procedimientos había llegado á la noción de aquella ciencia.

Empezó viniendo indirectamente á reconocer que había procedido, en su obra, con espíritu de sistema; pues, para conciliar las afirmaciones de la Revelación con las investigaciones de la Ciencia, era necesario, según él, absolutamente forzoso, llegar á estas dos conclusiones: la existencia de una sola lengua primitiva y el advenimiento de un hecho violento y repentino que hubiese producido la excisión ó separación en variedad de lenguas. Hízome una clara distinción entre la Filología y la Lingüística, ramas de origen común, pero con diferentes propósitos; la Filología, encerrada en el estudio científico de grupos de lenguas determinadas, tanto más dignas de atención, cuanto más ricas sean sus respecti-

vas literaturas; la Linguística, verdadera ciencia de las lenguas, que busca en ellas las formas de la expresión, las analiza, clasifica y compara, sean las lenguas completas ó incompletas, cultas ó primitivas, antiguas ó modernas; señalando afinidades y discrepancias, comunidades y desviaciones de origen; por donde llega á elevarse á la historia del desenvolvimiento del espíritu humano *modalizado* en el Verbo.

En seguida, y con un talento sintético asombroso, me fué condensando lo que dice en su libro acerca de los pasos que había dado la Lingüística hasta aquellos tiempos; de cuándo pugnaba por tropezar con la lengua primitiva,—si el siriaco ó el chino, si el abisinio ó el escita, si el griego ó el latín, si el copto ó el vascuence; si sobre todas las lenguas, el hebreo;—de cómo después, renunciando á la manía del lenguaje originario, se consagró la Lingüística á coleccionar materiales y á preparar listas de nombres y cuadros etimológicos; viniendo por fin á parar al estudio de las formas gramaticales para sorprender afinidades más positivas en la estructura íntima de las lenguas.

Dábame mucho contento la apacible conversación del doctísimo teólogo; maravillándome sobremanera ver que un hombre de Iglesia hubiese llegado á poseer tanta erudición en cosas profanas cuando, hasta en las sagradas, solía ser tan escasa la ilustración de nuestros clérigos. Con efecto, en su conversación y en sus libros, mostraba el Cardenal estar al tanto de la última palabra en Lingüística, cuando tuve la suprema honra de visitarle. Mas ¡ay! aquella última palabra sólo representaba un período de infancia, si hemos de juzgar por los progresos de la Lingüística desde que publicó sus lecciones el ilustre Arzobispo de Westmínster.

Si hoy viviese el Cardenal, tendría que variar el concepto que había formado de la ciencia de las lenguas y el de sus relaciones con la Filología. Diríanle que la Lingüística es una ciencia natural y la Filología una ciencia histórica; sabría que la principal tarea del filólogo de hoy es el estudio crítico de las literaturas sobre la doble base de la Arqueología y del Arte, hacer la historia de las lenguas y restaurar los textos; al paso que la Lingüística, según la define Hovelacque, «estudia los

elementos constitutivos del lenguaje articulado y las formas que revisten ó pueden revestir.» Vería, y acaso deploraría, el abuso que se ha hecho de estos dos elementos, el fonético ó fisiológico y el morfológico ú orgánico, aplicándolos, en mi sentir bien inconsideradamente, hasta al estudio práctico y comercial de las lenguas. En cambio admiraría, y de ello estoy seguro, la precisión con que se han determinado las tres grandes formas lingüísticas, monosilábica, aglutinante y de flexión; el ingenio con que se ha conseguido agrupar las lenguas de solas raíces; la destreza con que los sabios han logrado determinar el valor y representación de los afijos (prefijos ó subfijos), en los idiomas del segundo grupo, y la maestría con que, en los más perfectos, ó sea en los de flexión, se precisan ahora, casi matemáticamente, las modificaciones de la propia forma de las raíces para obtener la expresión más pura del sentido.

Quedaríase encantado del número y calidad de los escritores que, desde aquella mi visita á Golden square, han enriquecido la ciencia del lenguaje: Schleicher, Kuhn, Chavée, Federico Müller, Witney, Derembourg, Pezzi, Renán, Havet, Noeldeke, Picot y otras mil celebridades, no menos dignas de respeto y admiración que sus ilustres predecesores los Leibnitz, los Adelung, los Pritchard, los Humboldt, los Herder, los Abel Rémusat y los Balbi, tantas y tantas veces citados en las *Doce lecciones*. Y no menos le sorprendería la infinidad de Sociedades, cátedras, Revistas y *Boletines* que, para el cultivo de centenares de lenguas, se han ido creando en todas partes; excepto, por de contado, en nuestra querida Patria.

Pero, en lo que acaso mostraría mayor asombro el doctísimo Wisemán, sería en ver cómo, sin salirnos de un simple cuarto de siglo, desde 1851 á 1876, el ingenio humano ha podido penetrar en tantas interioridades de lenguas ignoradas y aun de aquellas mismas que se creían perfectamente conocidas; en 1853, Gaussin con sus lenguas polinesias; en 1854, Schiefner con la samoyeda; en 55, Regnier explicando la lengua de los Vedas; en 58, Riedl con la Gramática magyar, y Conestabile con la epigrafía etrusca; en 61, Gabe-

lentz, descifrando las lenguas melanesias; en 62, Koch historiando la lengua inglesa y G. Paris con los orígenes de la francesa; en 65, Schafarik con el eslavo, Müller con el malayo y el armenio, Rabasté con el osco; en 67, la lengua rumana explicada por Picot, el vascuence por Van Eys y Vinson; en 68, los nuevos estudios rumanos de Mussafia, los del griego moderno por Eggel, los del mecanismo del latín por Corssen; en 69, el alemán tratado por Schleicher, el fenicio por Schrœder, el árabe por Derembourg y Zschokke, el chino por Estanislao Julien, las lenguas del Africa del Sur por Bleek; en 70, el hebreo por Ewald, el asirio por Menant, Sayce y Schrœder, el árabe por Guyard; en 71, la Gramática indogermánica de Schleicher, la sintaxis de la misma rama por Delbrück, la lengua danesa por Mobius; en 72, Adam con las lenguas mandchúa y tungusa, Weske con el finés, Maspero con el egipcio, Brugsch con los jeroglíficos; en 73, el caldeo por Schrœder, Curtius con las etimologías griegas, Littré con su gran Diccionario francés, Miklosich con sus curiosos estudios sobre los dialectos gitanos; en 74, Backer con las lenguas del Océano Indio, Donner y el finés, Oppert y el alfabeto persa, Lefêvre y los dialectos itálicos, Micklosch y Danitchitch con las lenguas eslavas; en 75, las lenguas dravidianas por Caldewell, otra vez el francés por Scheler y Bruchet, nuevamente el finés por Widemann; y Broca y el Príncipe L. L. Bonaparte siempre con el vascuence; y el cultivo de las lenguas del Nuevo Continente bajo el celoso impulso de los Congresos de americanistas que empezaron en aquella fecha. ¡Y cuántos y cuántos otros libros habré dejado de mencionar, agregando los novísimos!

Wisemán, de seguro, señalaría un punto negro entre aquellas maravillas. No encontraría confirmada en ellas la conclusión favorable á la unidad de la lengua primitiva y á su repentina excisión en varios grupos ó familias. Otras, ciertamente, son las actuales tendencias. Sin que trate de engolfarme en asunto tan espinoso, recordaré que la ciencia de hoy pretende, contra la opinión de Wisemán, que los tres grandes sistemas lingüísticos, hasta ahora precisados, son absolutamente *irreductibles*, dando por axiomático el principio de la

pluralidad originaria de las lenguas. Aquí sí que es ocasión de decir: «doctores tiene la Santa Madre Iglesia.» Sé de algún teólogo español que se ha propuesto, en este punto, desbancar á los laicos. ¿Con éxito?

VII

Un ligerísimo repaso al Londres de 1851, bien distante en extensión, y aun en belleza, del Londres de 1887. Tocante á urbanización, la sola barriada de Kensington y los dos *embankments*, Victoria y Alberto, representan una revolución completa. Dejad que lleguemos á otros tiempos y se explicará la frase.

Familiarizado con los templos católicos, no se me hacían Catedrales ni la Iglesia de San Pablo, ni la Abadía de Westmínster. En griego la una, en gótico la otra, me resultaban dos casas desalquiladas. Digo mal: Westmínster está alquilado por los héroes, pero sin colocar los trastos. Un revoltijo de mármoles ennegrecidos con el *black* de Londres.

El mármol estatuario: ahí tienen VV. una cosa que yo desterraría de los países del Norte. Conténtense con el bronce, que es más adecuado á su cielo. Puesto el mármol blanco en las comarcas septentrionales, pierde el encanto y la poesía que le animan en las atmósferas de clima cálido. Luz y calor es lo que quiere ante todo la fría piedra: quitádselos y le quitáis el principal elemento para darnos la ilusión de la vida. Otro desencanto mío en Westmínster: los asuntos. Una que otra estatua de sabio, una que otra de filántropo. La mayoría, gente de guerra. ¿*Tu quoque, nobilíssima Britannia*?

¿Por qué—decía yo—darán los ingleses tanta elevación á sus monumentos? El Nelson de Trafalgar square y el Duque de York de St. James's Park están á perder de vista. Rasgo de positivismo inglés aquellos encumbramientos; los semidioses pierden mucho en contacto con la tierra.

Ví la Torre de Londres en día muy nublado. Así debe ver-

se; sobre fondo negro. Como los alemanes en sus castillos del Rhin, los ingleses han procurado conservar, en su *Tower,* todo el sello antiguo. Tiempo perdido para las gentes poco aficionadas á la magia. A mí, por ejemplo, los cuatro ó seis mostrencos de la Torre, con trajes del tiempo de Enrique VIII, no me hicieron el efecto de súbditos de los Tudores, sino el de simples jornaleros ingleses del siglo XIX, muy dispuestos á levantarse contra el amo, pidiendo, en un meeting, aumento de salario. Tampoco me afectaron gran cosa ciertos nombres espeluznantes; la Torre de los traidores, la Puerta de los traidores, la Torre sangrienta. No es probable que aquella Torre se ensangriente más, ni que se cometan más traiciones dentro de aquellas puertas. Sangre, traiciones é ingratitudes, bastantes *se leían* en el hacha de Essex, en el tajo de Lovat y en el infecto calabozo donde el paciente Raleigh estuvo meditando su *History of the World.* En el guardajoyas, *the attraction* de entonces era el diamante Koh i-Noor, acabadito de traer de la India. Oficialmente constaba que lo habían *adquirido* los ingleses después de la toma del Penjab; pero luego os decían al oído que era un ojo de cierto ídolo á quien un diestro *pickpocket* se encargó de dejar tuerto.

Como, en aquella época, probablemente no habían pasado de la mente de algún atrevido ingeniero los *Metropolitan, and The Metropolitan District Railways,* era el túnel del Támesis el gran prodigio del trabajo moderno. Ocho años llevaba de existencia aquella profunda equivocación del arquitecto Brunel; digo equivocación, y equivocación manifiesta, porque en 1851, aquella obra de diez y ocho años y de 500.000 libras esterlinas, estaba reducida á un simple objeto de curiosidad. Bajabais por la escalera del lado de Wapping: recorríais, bajo el Támesis y á la luz del gas, unos cuantos puestos de cerveza, y otra vez os encontrabais en la superficie por el *pozo* de Rotherhithe. Catorce años faltaban para dar la razón á Brunel y convertir aquello en algo de provecho.

Mis visitas al British Museum fueron muy frecuentes, porque tuve la honra de ser su vecino. De Bedford place á Great Russell street no hay más que un paso.

Hartéme de antiguallas que había visto ya en el Louvre;

las verdaderas novedades fueron para mí las colecciones de autógrafos y la Sala Elgin. Claro que me encontraba muy á gusto entre esculturas de Fidias y restos del Partenon, sin necesidad de ir á Atenas; pero el diablo de la crítica hacía su camino y me iba sugiriendo tristes reflexiones. Para enriquecer sus respectivas patrias, Soult saqueó los Museos españoles y Elgin saqueó la Grecia. A propósito de Elgin, empezaba recordando aquel despreciativo dístico que le dedica Byron:

«Noseless himself, he brings home noseless blocks,
To show at once the ravages of time and pox.»

Aparte lo bárbaro del procedimiento del devastador francés y del devastador inglés, ¿no hubiera sido cien veces mejor, hasta como cuestión de arte, dejar cada cosa en su sitio? Si está bien San Pedro en Roma, bien estaba el Partenon donde lo levantaron. Mala idea la de esparcir sus huesos. Pues qué—preguntaba yo al cicerone,—¿no se les ha movido el alma á esos señores arqueólogos para abrir fuertes suscriciones y emprenderla de firme con la restauración completa de los grandes monumentos antiguos *allí donde* los hizo brotar el ingenio y *donde* realizaron su misión histórica?

Parecíale al *Contino* que esto era hablar en turco. Como antiguo espadón, el pobre era más entendido en cintarazos que en esta clase de músicas. Se reía, se reía de lo que él llamaba mis candideces de chicuelo. Sin embargo, cualquier *machucho* confirma hoy lo que pensaba entonces un *muchacho*.

No ignoro que siguen á la orden del día las depredaciones artísticas y arqueológicas. En España, ora desaparece un cuadro de Murillo, ora un tapiz de Goya; y no faltan aficionados, nacionales ó extranjeros, que de puro encariñados con la talla antigua, no saben separarse de la Catedral de Toledo sin llevarse algo entre las uñas. También sé que con los bélicos humos que dominan en las regiones donde se forja *el rayo europeo*, puede verse el Arte, de la noche á la mañana, en peligro de nuevos saqueos. Pero al lado de esto, tengo algunas pruebas de que no iba yo tan descaminado en aquellos tiempos de mis ilusiones. De estas pruebas no citaré

más que una: San Marcos de Venecia. En sesenta años de dominación, pudo el Austria llevarse á Viena muchas preciosidades de la insigne Basílica, y no lo hizo. Y ahora, cuando se ha tratado de emprender su restauración, después de la unidad italiana, ¿quiénes han sido los primeros en levantar la voz, al solo anuncio de que podían cometerse allí profanaciones artísticas? Los ingleses, los compatriotas de Elgin. Méetings hubo en Londres—Buckingham street—en Oxford y en Manchester para conservar la pureza de aquella joya bizantina; hasta mediaron notas diplomáticas y menudearon las memorias y las exposiciones, una de ellas, por cierto, con las firmas de Gladstone y Disraeli. Tres ingleses, Wallis, Ruskin y Morris,—un pintor, un anticuario y un poeta—habían levantado toda aquella polvareda. Justo desagravio ofrecido á Europa para borrar antiguos pecadillos del *sans façon* británico.

A los visitantes de la Exposición de 1851, nos obsequiaron los londonenses con una gran novedad, en el *Zoological Garden*: el primer hipopótamo conocido en la Europa moderna, y ofrecido por el virey de Egipto al cónsul inglés en Alejandría. Acababan de cazar el animalito en la isla Obaisch del Nilo Blanco, y decían que para ello había sido menester poner en pie de guerra un cuerpo de tropas escogidas. Verdad ó mentira, ello es que entonces la presencia de un hipopótamo era objeto de vivísimas curiosidades. No lo sería hoy, porque ningún mediano Jardín zoológico deja de poseer algún ejemplar de aquel singular anfibio. Como, desde la época romana, Europa tenía olvidados los hipopótamos, había que sostener en el *Zoological Garden* una batalla para acercarse á la verja que separaba el monstruo de la gente. Cuidaba de él un negro abisinio vestido de turco y, con una varita de acebuche, lo manejaba como un borrego.

Parecerá mentira, tratándose de marinos y de gente tan pulcra como los ingleses; pero encontré Greenwich en el más completo desaseo. En el traje y en el servicio, los gloriosos inválidos de la flota británica parecían recién escapados de las covachas del Strand. Excuso decir que, en el Museo naval, todo respiraba, como sigue respirando, Nelson.

La espada de Nelson, el sombrero de Nelson, el uniforme ensangrentado de Trafalgar. Además, en las paredes, unos cuadritos al óleo con escenas de la juventud de Nelson. Por supuesto que el Almirantazgo ha tenido el buen sentido de truncar aquella escabrosa biografía. Ni por asomo figuraban allí las complicidades del insigne Almirante con la Corte de Nápoles, ni el sacrificio del pobre Caracciolo, ni los escándalos con Emma Leona.

Quintana ha dedicado á Nelson aquella frase bonita:

«Inglés, te aborrecí: héroe, te admiro.»

¿Héroe? ¡quizás! *Perhaps*, como diría Hámlet. ¿Está bien demostrado si el combate de Trafalgar se ganó por la pericia de Nelson ó por la impericia de Villeneuve? Tenemos la leyenda de Clarke, la leyenda de Churchill, la leyenda de Southey, la leyenda de Pittigrew, la leyenda de Lamartine. Todas las leyendas decretan el heroísmo. Un proceso de canonización en regla. Pero hay ya quien se atreve á raspar la estatua de Trafalgar square, y jura y perjura que, bajo la ligera capa artística de la soberbia efigie, no se encuentra más que barro. Barro en la vida privada y barro en la vida pública; pues por mucho que pese al orgullo inglés, consta que, aparte la habilidad en tirar cañonazos y en forzar líneas de combate, al bravo Horacio Nelson *no tenía el diablo por donde cogerle.*

Mis soirées en aquel Londres de hace siete lustros, fueron sosísimas. Comí un par de veces en casa de unos *gentlemen*, sufriendo la tiranía del *porter*, de una lady apamelada y de otra sabionda que me hizo presentir el tipo de *Miss Penélope*, en Sullivan. De teatros, poco. Una noche de Drury Lane: una sola noche, porque mis oídos continuaban herméticamente cerrados al inglés corrido. Tuve la suerte de que, con motivo de la Exposición, y ya pasada la *season*, siguiese abierto Covent Garden. Oí los *Puritanos*, *Elixir d'amore* y el *Don Juan*, de Mozart. Cantaban el *Elixir*, Mario y Lablache: los *Puritanos*, Mario, la Grisi y Tamburini. Juntadme ahora tres y, con Lablache, cuatro mocitos parecidos.

Otra dicha fué ver bailar el minué del *Don Juan* á la Taglioni. La *señora Condesa* se había retirado de la escena desde el 48; pero aquella noch e quiso obsequiar al público de Londres con una elegante despedida, y según dijeron, por pura deferencia á un nobilísimo Lord y Par de Inglaterra.

SECCIÓN QUINTA

De Londres á Bruselas.—Desde el Bruselas de Estebanillo al Bruselas de Leopoldo.—Campos de Waterloo.—De lo que, sin Waterloo, hubiera sido Europa.—Carta urgente.—En Nimes.—Meditaciones arqueológicas.—Convidados á una fiesta romana.—Aspecto del anfiteatro.—Mi pretexta.—Ni Lucrecias, ni Cornelias.—Salen los gladiadores.—Suerte del Reciario.—Descripción del *Spoliarium*.—Las fieras del día siguiente.—Cacería magna.—¿Toretes ya?—Una escena del Poliuto.—Mitología en carne y hueso.—Regreso á Barcelona.—Nuevas páginas dolorosas.

I

De Falkstone á Ostende y de Ostende á Bruselas. No me hacía la ilusión de encontrarme con aquel Bruselas que nuestro Estebanillo González contemplaba «por plaza de ar»mas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de re»beldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad y »por pasmo de hermosura.» Ni ví allí «sus altivos muros, »puertas y torreones, que, siendo competidores de las pirá»mides egipcias, *eran* columnas sobre quienes el Atlante es»pañol *fiaba* el peso de su celeste máquina y monarquía.» Ni «veneré sus campos por Elíseos, sus salidas por jardines de »Venus, ni sus bosques por ser recreación de Diana.»

Mas bajito era *mi* Bruselas de 1851. Un Bruselas de sombrero de copa, paraguas grande y zapatones, pacíficamente gobernado por el inolvidable Leopoldo I de Coburgo, aquel modelo de reyes constitucionales. Alojéme en el *Hotel de Saxe*, *Longue rue Neuve*, incitándome desde luego á meterme en la

cama el molimiento de huesos que llevaba, por lo accidentado de la travesía. Era domingo, y pensábamos aprovechar la tarde para recorrer las afueras; mas la suerte lo dispuso de otra manera, porque, habiéndome acostado á las diez de la mañana y en el preciso momento de llegar, no dí cuenta de mi persona hasta las once de la noche, de modo que dormí de un tirón las trece horas cabales. Paséme la noche escribiendo, y muy de mañanita, me eché á la calle á ver la población; que si entonces se diferenciaba mucho de los tiempos del buen Estebanillo, no distaba menos de parecerse á lo que ha llegado á ser hoy; un París en miniatura. Ya estaban terminadas las Galerías Saint Hubert, que fueron mi punto de partida: de allí me empiné á la parte alta de la Ciudad, visitando el Parque y la calle Real con la columna del Congreso; y bajando ó subiendo, según los casos, ví también el Hotel de Ville, la plaza de los Mártires, Santa Gudula y el rarísimo capricho del Manneken-Pis.

Por muy importantes que juzguen los belgas aquellas preciosidades de su Capital, no podían satisfacerme á mí, recién llegado de París y Londres. Mi gran curiosidad era visitar el campo de Waterloo. Al lado del hotel Victoria, tomé un asiento en el *mail coach* inglés que hacía diariamente los 32 kilómetros de ida y vuelta. El día era muy lluvioso, igual al de la batalla, según los guías nos contaron; treinta y seis años nos separaban de aquella carnicería. Nos situamos en la montañuela del León para no perder ni un detalle topográfico; el sitio que ocupaban los aliados-ingleses, hanoverianos, los de Brunswik, los de Nassau:—el punto donde se les juntaron las huestes prusianas; por donde el mariscal Ney, al frente de la Guardia, logró romper las líneas enemigas y luego avanzaron prusianos é ingleses penetrando en las posiciones francesas y decidiendo el éxito de la batalla. Vimos la Haie Sainte y la granja de Hougomont tan vivamente disputada durante el combate; oímos relaciones de muertos y heridos—25.000 bajas de parte de los franceses, 28.000 de parte de los aliados—sufrimos historias de bravatas y leyendas de fanfarrones, de grandes perfidias y sublimes heroísmos; y, por no hacer mal papel, tuve que gastarme una docena de

francos en botones de uniforme y unas hombreras de estambre, que me endosaron en concepto de reliquias, y luego me dejé olvidadas en un rincón de la fonda.

Waterloo no tiene más que tres versiones:—la francesa, «faltó Grouchy;»—la de los coligados, «Blücher entró á tiempo;»—la de los fatalistas «la estrella de Napoleón se había eclipsado.» El último destello poético que ha iluminado la horrorosa matanza ha sido el de Víctor Hugo. Para él y para todo buen francés, *la batalla no se debió perder*. Pero la batalla se perdió. ¿Fué un bien, ó un mal? Primero sepamos para quién ó contra quién. Si me hacéis la pregunta *para los pueblos*, os digo resueltamente: caballeros, un millón de gracias: en el mismo estado se hubieran quedado con la victoria de Napoleón que se quedaron con su derrota. Con el éxito de la coalición en Waterloo, vinieron los triunfos de la Santa Alianza, el régimen Metternich, el calvario de los patriotas italianos, los terroristas blancos de la Restauración francesa, las hazañas de nuestro Fernandico el Deseado y de sus parientes de Nápoles. Con los laureles de Blücher y de Wellington, entró Europa en un período de despotismo ruso-austriaco que, con una victoria de Napoleón, hubiera sido período de neto despotismo francés. Dígalo el desenfado con que, hasta entonces, el *Ogro* había manejado pueblos, gobiernos y libertades; díganlo las revelaciones de los que han conocido ó descrito el Napoleón *interno;* Segur, Melito, Mollién, Mme. de Rémusat, Rœderer, Bourrienne y, más recientemente, Taine; díganlo los tomos de la *Correspondencia privada*, del mismo Napoleón, y algunas páginas del *Memorial de Santa Helena.*

Ajeno á la ciencia militar, me interesaba poquísimo el lado estratégico de aquel panorama. Mirábalo del lado político, y cobijándome bajo el paraguas mientras el guía gastaba su saliva en balde, me planteaba yo el siguiente problema: «Realmente, ¿han influído alguna vez los Waterloos en la marcha general del mundo?» En vez de representarme los colorados de Picton, los dragones de Ponsomby y los coraceros de la Moskowa, veía desfilar ante mis ojos esas *liquidaciones* que han pretendido hacerse entre sí los *Providenciales*, echándose carne de saeta ó carne de cañón á las respectivas

barbas. ¿Queronea? no fundió la Grecia con la Macedonia. ¿Arbelas? no creó un Imperio definitivo de Alejandro. ¿Mantinea? no aseguró la hegemonia tebana. ¿Maraton? no impidió, para más tarde, la *Grecia capta*. ¿Cannas? no dió el triunfo al elemento comercial en la vida antigua. Ni Farsalia ni Accio trajeron otra cosa que un cambio de domesticidad romana: el amo César en vez del amo Pompeyo: el cómitre Augusto en vez del cómitre Antonio. A pesar de los Campos cataláunicos, llovieron Atilas sobre Europa hasta las últimas incursiones normandas. Con ó sin Guadalete, estaba igualmente herida de muerte la civilización visigoda. Calatañazor, las Navas de Tolosa, ¿fueron la causa, ó más bien la simple expresión de la decadencia musulmana? ¡Bouvines! no es verdad que terminasen con esta batalla las insolencias del feudalismo francés. Y en la Guerra de Treinta años, ¿quién representa las verdaderas luchas de la Reforma? ¿las espadas ó las plumas? Si tuvieseis que conceder nuevas coronas por los triunfos entonces obtenidos, ¿á quienes las adjudicaríais mejor? ¿á Wallenstein, los Piccolomini, Tilly, Gustavo Adolfo y Bernardo de Sajonia Weimar? ¿ó á Belarmino como católico, y, como protestantes, á Erasmo, Lutero, Melanchton, Zwinglio, Calvino y Teodoro de Beza?

¿Qué había sucedido en 1851, desde la época de Waterloo, y qué ha ido sucediendo después? Que Grecia y Bélgica soltaron los frenos: que masones y carbonarios se burlaron de policías, calabozos y cadalsos: que la democracia ha hecho su camino, primero como escuela, después como partido, primero con el constitucionalismo á la inglesa, después con más francos organismos: que, á pesar de los tornillos de Viena, Europa ha visto dos guerras en Oriente, dos y la unidad en Italia, cuatro cambios de decoración en Francia, frecuentes revoluciones en España, el desprestigio del patriciado en Inglaterra, dos agarradas serias entre las familias germánicas, y otra, más seria todavía, entre germanos y latinos. Sin perjuicio de lo que irá viniendo y no me parece lojo. Sostenedme ahora que Napoleón hubiera evitado todo esto, si llega á tener la suerte de coger á Wellington por las orejas. No seáis cándidos. Ya lo intentó el sobrino eso de

toser fuerte, con menos caudal de gloria, es verdad, que el primer Bonaparte; pero en más favorables circunstancias, porque pudo aprovechar un segundo cansancio y los segundos terrores de los expatrioteros. Y, sin embargo, se le torció el carro, y al fin se le volcó; y ya veis hoy en qué ha venido á parar el bonapartismo, dividido entre los que siguen á Flonflon y los que besan la correa al hijo, y obligado á transigir con los mestizos del Conde de París y con los legilimistas de bandera blanca.

Esto por lo que hace á la política general: nada os digo del movimiento económico. En 1851, cuando me enseñaban los campos de Waterloo, estábamos todavía en plena guerra arancelaria, tal como la habían dejado planteada los Tratados de Viena. El triunfo definitivo de la Coalición había sido la señal de una nueva lucha declaradamente abierta entre los mismos vencedores: todos contra la supremacía marítima é industrial de Inglaterra. Si hubiese vencido Napoleón, acaso esta lucha hubiera sido más terrible: así nos lo había dado á entender con el bloqueo continental, y así se lo hizo escribir á Las Cases al dictarle sus últimas impresiones en el peñón de Santa Helena. Mas, por una rara coincidencia, ocho ó diez años después de aquella nuestra fecha del 51, la política imperialista era la que inauguraba, en el continente europeo, el reinado del libre cambio. Como, dada la corriente de las cosas y de las ideas, la hubieran inaugurado de idéntica manera los Borbones de la primera rama, los de la segunda y los republicanos. Y, con Waterloo ó sin Waterloo, hubiera pasado Europa á ser librecambista, después de tantos alardes proteccionistas; como ahora con batallas ó sin batallas, el proteccionismo no volverá á ser *política general*, sino *mero expediente* para transigir intereses de momento; y vengan ó no vengan á las manos franceses y alemanes, rusos é ingleses, turcos y búlgaros, el mundo seguirá adelante resolviendo su interminable serie de problemas, no sobre soberbias de Canciller, caprichos de dinastía ó rectificaciones de mapa, sino sobre otros más arduos asuntos que se refieren á la vida íntima de los pueblos y á sus luchas por la existencia.

III

Me había propuesto recorrer toda la Bélgica y asomar las narices á Holanda; pero vime precisado á variar de plan con motivo de una carta urgente que me anunciaba estar á punto de resolverse aquel asunto que me había sacado de Barcelona para el Mediodía de Francia. Emprendí, pues, la vuelta de Nimes, donde tenía por seguro que me había de aburrir por la escasez de distracciones y la índole especial del negocio que llevaba. Tomé pronto mi partido, y fué preguntarme qué clase de planta podría cultivarse en aquella tierra para matar las horas libres; y resultando ser la arqueología, púseme desde el primer día á evocar recuerdos y á recorrer monumentos de la época romana que tanto abundan en la antigua ciudad de la Narbonense.

Omitiré referir lo mucho que encontré de curioso en los restos de murallas romanas y en los del Foro, en la Maisón Carrée, en la Tour Magne, en el templo de Diana, en las ruinas de los Baños y en la puerta de Augusto. Vagamente me habían hablado en Barcelona de algo que se relacionaba en Nimes con los juegos y otros espectáculos públicos de la antigüedad; y me había figurado que sería algún circo romano, por el estilo del hipódromo griego, con sus *carceres* ó divisiones para colocar los carros de los luchadores, torrecillas á los lados, *spina* ó plataforma en el centro, las *metæ* ó términos de carrera en las extremidades, y la gran puerta triunfal por donde salían los vencedores entre los aplausos de la muchedumbre. Ya me estaba representando, en imaginación, las *bigas* y las *quadrigas* dando siete veces la vuelta al circo: los aurigas, con sus cortas túnicas, cuchillo al cinto y el casco de cuero: los hermosos caballos traídos de Sicilia, de España, del África ó de Capadocia: el afán con que los aficionados tomaban nota de las hípicas genealogías. Parecíame ver al Presidente arrojando á la arena la *mappa* ó paño blanco en

señal de empezar la carrera, y entre una y otra de ellas oía á los músicos, deleitándome en los *oppida* con sus instrumentos. Admiraba la precisión con que cuatro y á veces seis carros de frente daban la vuelta á las metas, y la suma habilidad de los que guardaban la izquierda; y más me admiraban todavía las *factiones* ó partidos tumultuosos que se formaban con ocasión de las carreras.

Mas toda aquella fábrica de mi fantasía desapareció cuando vi que lo que había quedado en Nimes no era un circo, sino un anfiteatro, ó como dicen en lenguaje vulgar, las *Arenas*. Hoy el anfiteatro ha sido restaurado; en mi tiempo se reducía á una inmensa elipse con dos órdenes de arcadas sobrepuestas y coronadas por un ático, y además cuatro puertas que correspondían á los cuatro puntos cardinales. Contábanse en el interior 35 filas de gradas con cuatro escaleras de comunicación. ¿Cuánta gente cabría en el recinto? Aseguran que había sitio para 24.000 espectadores.

Circo ó anfiteatro ¿qué más da?—dije yo.—Ya que no me es posible reconstruir unas carreras romanas, ensayémoslo con otro género de espectáculo de aquellos tiempos. Y dicho y hecho: un día de buen humor entré en el anfiteatro, tiré del cajón donde tenía guardados, en la memoria, algunos apuntes sobre antigüedades romanas, y al momento las Arenas tomaron vida y color, y se poblaron de fantásticos seres. ¿Queréis saber, amabilísimos lectores y lectoras, los cuentos que me forjé, sentado en aquellas gradas? Venid conmigo; figuraos que estamos en plena dominación romana.

IV

Pongámonos en el siglo III de nuestra Era. Nimes está de gran regocijo: se va á celebrar el triunfo de un Emperador. ¿De cuál? No hace al caso; todos eran *triumphatores*: *Optimi Máximi*.

Las fiestas durarán dos días consecutivos; desde primera

hora de la mañana hasta la última de la tarde. Un día para el combate de gladiadores, otro para la lucha de fieras. Sepan que se ha gastado un dineral; la cuenta se ha sacado á la griega: 30 talentos ó sea 37.000 duros de nuestra moneda; y como el dinero valía entonces siete veces más que ahora, los 37.000 duros se convertirían actualmente en la decentísima suma de cinco millones de reales. Hermosa cifra; bonita masa de barro á mano para hacer toda clase de locuras.

El *atrezzo* es magnífico; piezas de plata, piezas de ámbar amarillo: otras con embutidos de ambas materias preciosas.

Por todas partes veo grandes letreros de colores chillones: en las paredes de las casas, en los edificios públicos, en las puertas de la Ciudad, en los mausoleos colocados á entrambos lados de las vías.

Son los anuncios de la función copiados por los *scriptores*. Leamos: «*La familia gladiatoria* (cuadrilla) del *lanista* N. combatirá en Nimes el día de los Idus de Marzo. Habrá además luchas de animales y se pondrán toldos para estar al abrigo del sol.» Otro anuncio: «Se regará bien el piso para evitar el polvo y el calor.» Al pie de los carteles veo muy repetida esta palabra: *instantissimè*. Quiere decir que la cosa se despachará en el acto, que la función no se dejará para otro día. Estamos á cien leguas del Teatro Real de Madrid. Por si no hemos entendido bien, nos van repartiendo copias del anuncio; los *libelli*, que unos esclavos venden por las calles.

Despachemos, que ya es hora de empezar. Vengan corriendo al anfiteatro. El anfiteatro romano es el complemento del hemiciclo griego. Son dos hemiciclos ajustados formando elipse: *structum utrinque theatrum*, como dice Ovidio. La elipse de Nimes tenía 133 metros por 101 de eje, según la cuenta moderna.

Nuestros *ediles* de Nimes saben hacer las cosas más á lo gran señor que los pobrecitos *regidores* del porvenir. Véanlo ustedes: todas las líneas arquitectónicas del anfiteatro están recubiertas de adornos artísticos para mayor esplendor del espectáculo. Sostenido por fuertes cuerdas atadas á la cornisa, han colocado un *velarium* de abigarrados colores que matizan con sorprendentes reflejos toda la *cavea* ó interior del

edificio. Varias fuentes repartidas por el redondel, lanzan á prodigiosas alturas caprichosos surtidores de límpidas y perfumadas aguas para refrescar y embalsamar el ambiente. Así se neutralizará en gran parte el tufillo de la *plebs*, poco cuidadosa del aseo, á pesar de sus frecuentes baños; y el de la gente parásita hacinada allá en los altos.

¿Qué les parece á VV. mi traje? Como mayor de quince años, ya sé que me correspondería la *toga virilis*; pero he tenido el capricho de endosarme la *prœtexta*, creyendo ir con ella más autorizado á tan hermosa fiesta. Mi pretexta es muy holgada, de finísima lana blanca del Yemen con sus correspondientes tiras de púrpura en todo lo largo. Ahora me entra el escrúpulo de si soy ó no *prœtextatus*, porque en rea. lidad esta clase de toga corresponde á los pollitos del patriciado; pero yo soy... digo, había de ser, diez y seis siglos más tarde, abogado español, y un abogado español vale por todos los patricios del mundo.

Ya estoy sentado. Déjenme primero saborear el golpe de vista. En el *podium* ó basamento inmediato al redondel, como si dijéramos, en la contrabarrera, están los senadores, algunos con corona de laurel, los altos dignatarios, el Colegio de sacerdotes con sus sagrados ornamentos y las vestales. Estas damas y aquellos caballeros ocupan elegantes sillas curules de blanquísimo marfil, y tendrán el envidiable privilegio de presenciar más de cerca la carnicería. Aquel magnífico *palco* descubierto en el centro, es el del Emperador con toda su corte; el Emperador *de tanda*, y digo de tanda, porque todavía no se lo han almorzado los pretorianos ó alguna legión en armas. El *Pius, Félix, Augustus* se ha dignado honrar la fiesta con motivo de una visita que está haciendo á su fidelísima provincia Narbonense. Aunque no estuviera en aquel sitio sería fácil reconocerle, porque es la única persona que se permite llevar toga entera de verdadera púrpura. Se la han traído, no sé si de Tiro ó de la Laconia; tiene dos baños de tinte y dicen que la lana así teñida, le ha costado á razón de 1.000 pesetas la libra, según la moneda futura. Amigo, los simples ciudadanos no nos atrevemos con estos lujos imperiales: yo que me las he querido echar de fantas

món, he hecho teñir mis bandas con púrpura imitada en violeta de amatista, y aun así he tenido que abonar á razón de 350 pesetas.

Dos extraños personajes figuran, como convidados, en la tribuna imperial: un Príncipe oriental con gorro puntiagudo y ancha vestimenta cuajada de pedrería, y un Jefe germánico de estatura atlética con barba y cabellera tan rubias, tan rubias que por aquellas doradas guedejas se despepitarán, de fijo, las morenotas de las romanas.

La inmensa gradería de mármol que se abre en forma de abanico encima de los senadores, la ocupan ciudadanos distinguidos: *patricii*, *optimates*, *equites*, *gens togata*. Mucha toga blanca y muchas sienes ceñidas con coronas de oro, de mirto, de olivo, de flores silvestres, de hojas de encina. Son las condecoraciones de la época. Abundan las clámides, las túnicas *palmatæ*, los colores vivos, los trajes estrafalarios de bárbaros y advenedizos que acuden al olor de la sangre. Hay cabezas viejas que ocultan su calvicie con el *capillamentum*; los muchachos de pretensiones lucen el peinado en escalinata, la *coma in gradus formata*, cuya moda se remonta á los tiempos del coquetón de Marco Antonio. Dos ó tres necios ostentan el empolvado de oro.

¿Por qué se colocarán arriba las mujeres? Allí campean las ricas matronas con sus hijas. Llevan el *mammillare* ó banda de flexible cuero, á estilo de corsé, la *stola* con volantes de caprichosos bordados, el velo de Cos, verde mar, con motitas de oro, y el manto ó *palla*, degeneración del *peplum* ateniense. A una dama se le ha soltado el broche que sujeta la *stola*. ¿Será cosa de advertírselo? No se molesten ustedes. Hay descuidos cuidadísimos. En el siglo III ya estamos muy distantes de las Lucrecias, Virginias y Cornelias. Aquellas damas de la galería descienden en línea recta de las que fueron descritas, en gallardos versos, por Juvenal, Catulo y Propercio. Las mismas que, en público, toman aire de vestales y luego tributan en secreto un culto fervoroso á Priapo.

Lo que hay que ver es la variedad de peinados. Hoy, por ser día de gran función, las más coquetas han echado el resto. Unas, con la *mitra* ó bonetillo en lo alto de la cabeza;

otras, con el *reticulum* ó redecilla de hilillo de oro; trenzas formando corona, trenzas sueltas, ondas, rizos, tirabuzones, *crines in nodum vincti, crines ligati*. Las más serias con el *tutulus* ó rodete con cerquillo de oro. ¡Calle! ¿Y aquellas de pelo rojo? ¡Desdichadas! Les he pescado el secreto. Una maldita esclava me ha explicado de dónde sacan el mejunge: de la *spuma cáustica* ó *spuma bátava*, que les da la coloración de moda para gustar á los germanos.

La mar de joyas. En el pelo, hilos de perlas y piedras preciosas engarzadas en diademas de oro; dos polluelas amigas mías han preferido un sencillo atavío de flores en grupo ó *corona sutilis*, ó en guirnalda ó *corona plectilis*. En los hombros, collares ó cadenas siempre con perlas y pedrería; en brazos, muñecas y orejas, brazaletes, pulseras y pendientes de inestimable riqueza. Parece que una sola perla en cada oreja es, en este tercer siglo, la suprema elegancia; un juego de ellas he visto esta mañana, en casa de una vecina mía, que le habrá costado al marido un ojo de la cara; aunque el precio no haya llegado, ni con mucho, á los seis millones de sextercios, de la perla de César ó á los diez millones de la de Cleopatra.

Hay gallinero. Allá cerca de las nubes, se apiña en informe masa la turbamulta, famélica, sucia y desarrapada. Gritan como condenados. Darán que hacer si no corre en el redondel mucha sangre.

V

Señores: no distraerse, que ya salen los gladiadores. Una gritería espantosa los acoge: *plaudite cives*. Cien hombres van á combatir; combatirán por parejas, no en masa ó *catervatim*. Hay gladiadores de todas castas; samnitas, galos y tracios, britanos *tatuados*, germanos rubios, moros atezados, negros del Niger, sármatas y bandidos de la Isauria. Van con ellos algunos enanos, y unas cuantas mujeres que también andarán á cuchilladas.

La gran novedad son dos parejas de sajones. Todo el mun-

do se fija en ellos. No se sabe si proceden de la escuela Gállica ó de la Dácica; si de las de Preneste, Rávena ó Alejandría, ó del acreditado *ludus* de Capua. Asegúrase que son de mucha fibra, tanto que alguno de ellos se estuvo batiendo dos días seguidos en otras fiestas. ¡Qué olor tan rico á matanza!

Venga el *paseo.* Avanzan á la vez todas las parejas, espada en mano y el escudo en el brazo izquierdo. Frente á la tribuna imperial, los *morituri* pronuncian el *Ave César.* Aquel *morituri* que ahora me crisparía los nervios como buen hijo del siglo XIX, no me los crispó en el tercero, por una sencilla razón: porque en el siglo III, los nervios no existían.

Baja el *donator* para proceder al reconocimiento de las armas. A ver esos filos y esas puntas: aquí no se muere de mentirijillas. Entre tanto, se distribuyen algunas parejas por la arena, y con espadas despuntadas, ejecutan varios pases académicos. Es la *prolusio,* el saludo de combate. Mas no tarda en sonar una lúgubre trompeta, y á la voz de *ponite jam gladios hebetes,* toma cada gladiador sus correspondientes armas de verdad y empieza el combate serio.

Me estoy fijando en la pareja que tengo más cercana: son dos tracios. ¡Con qué furia se acometen! No veo más que dos espadas centelleantes: no oigo más que golpes secos sobre los escudos. Ni un ¡ay!, ni un sobrealiento, ni un suspiro. Silencio profundo en las graderías. Los cuerpos se aproximan, se separan, se acechan, se retuercen, se enderezan. Uno de los combatientes tiene la cara ensangrentada; un ojo que se le ha salido de la órbita, anda como perdido rodando por la mejilla: el otro tracio ha recibido una herida de costado y la espada sale humeante de aquella boca de la muerte, por donde brota un caño de sangre. Tanta es la que cae, que los dos cuerpos parecen envueltos en una túnica roja. Siguen las estocadas: una de ellas penetra en el vientre del contrario y deja al descubierto los intestinos. Ya es cadáver: otros dos yacen tendidos más allá sobre la arena. Suenan palmadas, frenéticas palmadas: no es entusiasmo, es delirio: de los cuatro vencedores, uno de ellos, apoyado en el escudo, apenas puede tenerse sobre sus piernas. Morirá de seguro dentro de unos minutos.

No bastando los aplausos, vienen otras recompensas de más sustancia. Veo que se acercan unos esclavos trayendo ricos presentes en grandes bandejas ó *discos* de oro y plata. El vencedor de mi derecha recibe un puñado de monedas: otro, unas armas maravillosamente cinceladas: para otro, un casco con hermoso penacho. Hay regalos de vistosas plumas de pavo real ó sencillas de avestruz; repartiéndose, además, vestidos de brillantes colores, costosísimas telas bordadas de oro, ramas de palmera, cadenas de honor, coronas adornadas con profusión de cintas. No para aquí la cosa. La historia abrirá sus brazos á aquellos héroes de un día, llamándolos á la inmortalidad, como á nuestros *Frascuelos* y *Lagartijos*. Lástima que, en este pobre siglo III, no tengamos todavía prensa ni fotografía; pero nos sobran otros medios de familiarizar á la posteridad con los nombres de estos preclaros atletas. Desde mañana, los retratos de los gladiadores aparecerán pintados en jarrones y otros géneros de vasos decorativos; se dibujarán en las lámparas, se grabarán en los anillos se borronearán con carbón en las paredes de los monumentos; y los más egregios vencedores serán representados en mosaico sobre las tumbas, en los palacios y en los templos.

¿Qué chilladiza es esa de mi izquierda? Unos ciudadanos d toga y corona han entablado un vivísimo altercado: sube e diapasón, y la cosa lleva trazas de parar en cachetina. N alarmarse: apuestas que se han cruzado entre los espectadc res. Nadie quiere haber perdido. De un lado, el partido de lc Myrmilones ó defensores de los broqueles grandes: del otr lado, el partido de los Tracios ó defensores de los broquele pequeños.

Vamos: ya se ha apaciguado el tumulto: sigue la danz en el redondel. Más gladiadores, más cuchilladas, más c dáveres. ¿Qué hacen ahí esos montones de carne apesta do á muerto? Quitar de en medio esos pudrigorios. Al efect vienen unos hombres con la máscara del Dios Momo, pr vistos de garfios sujetos á largas cuerdas. Prenden el garf al cadáver y arrea: vaya toda esa basura camino del *Spoli rium*. Luego veremos el Spoliarium. Charcas y anchos regu

os de sangre cubren el redondel: á ver, esos negritos; que emuevan la tierra con sus palas y traigan arena fresca. Emecemos de nuevo.

VI

Estamos, según parece, en el segundo acto, con la suerte el *Reciario*. Debe ser un lance curiosísimo: observemos.

Ya está el reciario en la arena. Viene con la cabeza al ire, el cuerpo medio desnudo y sin armas defensivas: en la iano izquierda una espesa red de malla y en la derecha la *iscina* ó tridente, su única arma de pelea. Es un númida de ierte musculatura, como un toro, y agilísimo de remos, mo un corzo. Tiene que habérselas con un sármata no ienos vigoroso, que es su *secutor*: este lleva casco de visera, cudo y ancha espada. La suerte consiste en arrojar la malla bre el secutor, tratar de envolverle, y, una vez cogido, seıltarle el tridente en el estómago. Empieza el reciario emstiendo al sármata que le espera en cuclillas y se le escapa r la izquierda con una falsa huída; el sármata, aprovechan- la ocasión, quiere á su vez herir al reciario; pero éste tien su red y obliga al adversario á tocar soleta. Corren ambos r la arena, se alcanzan, se *distancian*, tropiezan, caen, se vantan; salta el reciario como una pantera y el secutor se adra como un león, haciendo el molinete con el acero. Ya ta la red sobre la cabeza del uno, ya la espada parece aca- iar los riñones del otro. La espectación es inmensa: crúnse las apuestas: el desenlace se acerca. Finge por fin el iario una carrera diagonal; y, volviendo de repente sobre s pasos, tira al secutor la maldita malla; forcejea el secutor ra desembarazarse, y en este momento, descubriéndose advertidamente, recibe en pleno estómago las tres puntas la fuscina. *Hoc habet*, grita la muchedumbre; que es como dijera, ya tiene su ración el hombre. El gladiador herilevanta el dedo índice, en señal de que pide al público gracia de la vida. Instante supremo: larga pausa. Algunos

desalmados de arriba contestan apretando los puños y con e dedo pulgar vuelto hacia abajo: *póllice verso*. Quieren la muer te, la muerte *sine remissione*. Pero nosotros, con el pulgar para arriba y las damas agitando pañizuelos, decidimos la cuestión y salvamos la víctima. Demasiado se encargarán de rematar la las heridas que ha recibido.

VII

Es tarde. Ya están descorriendo el velario, porque pront el sol va á desaparecer del horizonte. La nueva luz que des ciende de las alturas cubre de un tinte violáceo todas la aristas del anfiteatro y cuanto hay en él de liso, de bruñid de diáfano: calvas, hojas metálicas, bordes de brazalete, ca tos de corona, engarces de anillos, ángulos de los asientos d mármol, puntas de lanza y el polvillo de las aguas escupida por las fuentes. Falta todavía el tercer acto. Hasta ahor han trabajado los gladiadores de carrera, los provistos de d ploma ó tablilla de marfil, *tessera gladiatoria*; en una palabr la gente del oficio que arriesga su vida por unos sextercic Vienen ahora los gladiadores forzados; condenados á muert prisioneros de guerra, esclavos reincidentes. Siguen los p dorosos romanos llamando á esto combate de gladiador aunque realmente no lo sea. Este último acto es la orgía la matanza, el lujo de la degollina, el desahogo final de jolgorio de carnicero entre piezas mutiladas y lagos sangre.

Veinte son las víctimas. No traen ropa; llevan espadas v jas, puñales embotados, fragmentos de escudo agujereados rotos. Hay dos condenados que se empeñan en no batir; pronto se les hace entrar en razón á puntapies y á latigaz Al que se hace más de pencas le meten en la carne un hie candente. Tan *movida* es esta escena que el público pierde s estribos. Mis simpáticos vecinos, los patricitos, gritan co energúmenos: —«¡A ese cobarde! ¡mátale! ¡otro latiga

fuego á esos poltronazos! ¡el hierro, el hierro candente! otra estocada!»—No queda un forzado para un remedio: todos han perecido. Vamos á verlos en el *spoliarium*.

VIII

Séneca y Lampridio lo han descrito; un notable artista nos lo ha pintado. Al entrar en el de Nimes, percibo un olor acre, nauseabundo: me siento flotar entre vapores cerúleos, fétidos, cálidos y pegajosos. A la derecha de la puerta llamada de la Diosa de la Muerte, tropiezo en un objeto y se me escurre un pie; son los intestinos arrancados á un cadáver que tenía el vientre perforado. Un hombre, con la máscara de demonio etrusco, va tentando los cuerpos con un hierro hecho ascua. Es un empleado encargado de averiguar si por ventura hay alguno, entre los que yacen, que se tome la libertad de fingirse muerto. ¿Habrá quien tenga la osadía de no morirse del todo? Allá, en la primera rinconada, diviso un gladiador tendido que me mira con ojos espantados. Tiene erizados los cabellos, me hace con el brazo un gesto amenazador y da muestras de querer escupirme la saliva en un acceso de rabia. Llégome á él, ¡oh! bien muerto está; recibió una estocada seca en mitad del corazón; en aquella fiera actitud le había sorprendido la muerte. Se me enredan los pies en montones de trapos chorreando sangre; los esclavos están haciendo el apartado entre carcajadas. Han encontrado un pedazo de púrpura, se lo disputan y vienen á las manos.

Pasemos lista: cadáveres con una sola herida, con dos, con tres, cosidos á estocadas; cuajarones en forma de caras; orejas, narices, dedos esparcidos por el suelo. Si oís algún suspiro ahogado, pasad de largo; son los rezagados de la muerte que conservan algún chispazo de vida y los irá rematando el *cachetero*. Cabalmente, por ahí viene: negro humor gasta el maldito. Por haber estado á punto de tropezar

en un muerto, me lo encaja encima de un puntapié soberano, poniéndome mi *nívea* toga hecha una desdicha.

En el último rincón se ha formado corro alrededor de un moribundo. El corro es su gente, su familia, hermano, hermana, dos hijitas. Acércase el cachetero á largar la de gracia. El hermano protesta, la hermana protesta, las hijitas lloran. Replica el verdugo que le pagan para esto, y hace brillar el acero. Entonces se me vuelve á ocurrir que he de ser ciudadano de tiempos más benignos: detengo el brazo, intervengo y salvo otra vida. Algo bueno había de hacer aquel día.

Señoras y caballeros: la primera de las dos fiestas ha concluído. Buenas noches y hasta mañana.

IX

Ya se conoce que estamos hoy de grandes novedades. Han cambiado casi toda la decoración de ayer, desapareciendo las fuentes del centro. Como todavía hay poca gente, vamos, si les parece, á visitar los subterráneos.

Son los subterráneos unos inmensos sótanos, de forma laberíntica, con entradas y salidas independientes del local destinado al público. Por allí pueden introducirse ó retirarse hombres, alimañas y maquinaria. Me voy convenciendo de que los tramoyistas romanos son mozos de provecho. Con el ingenioso sistema que han inventado, pueden hacer brotar del suelo ó quitar instantáneamente de la vista todo el aparato escénico, obteniendo las más inesperadas mutaciones. Por medio de esas cabrias que empiezan á funcionar, harán subir ó bajar las decoraciones á discreción, desprenderán ó ajustarán las piezas, todo según el orden y manera en que la representación lo vaya reclamando. Repito, al ver tales preparativos, que para este segundo día de función nos tienen reservadas muy agradables sorpresas. Conque no perder el

tiempo y subamos á instalarnos en nuestros respectivos asientos.

Me lo figuré. Antes de llegar á ellos, todavía tengo que habérmelas con media docena de *plomos* que me detienen al paso y me impacientan; un senador que me pregunta si sé algo de la última sublevación de la Pannonia; un centurión á quien no he visto hace tiempo porque acaba de llegar de la Cilicia; un augur, dos augustales y hasta mi *cellarius* que me participa tener completa mi provisión del rico Falerno y haber colocado en ánforas las demás partidas de vinos que todos los años me mandan de Cecuba, Cales, Capua, Mesina y Tarento.

Por fin me veo libre: ya puedo respirar, sentémonos.

Hoy vamos á admirar las habilidades de un *bestiario* que pertenece á la ilustre nación de los *Parthos*, gente muy diestra en el disparo de la flecha. Pasa por una gran celebridad; viste simple túnica, lleva envuelto el brazo derecho en una especie de chal y adornadas las piernas con cintas multicolores. Acompáñale una numerosa cuadrilla salida de la escuela imperial de Diocleciano. Nadie supera á estos luchadores en las diferentes artes de presentar animales, cazarlos, domarlos y combatirlos: *venatores*, *sagittarii*, *taurarii*, *succursores*.

Un *nomenclátor*, destinado á mi servicio, me va indicando los nombres de los diferentes bichos que se presentan ante el respetable público: búfalos, ciervos, liebres, jabalíes y osos de los Apeninos; panteras y avestruces de la Libia; leones de la Mesopotamia; cocodrilos é hipopótamos del Nilo; un gran mono africano, un rinoceronte traído de las márgenes del Indo; linces de las Galias, girafas egipcias, tigres de la Hircania, onagros de la Numidia, leopardos y elefantes del Ganges. Hay dos piezas soberbias en la colección: uno de los leones y uno de los elefantes: son los *animalia regia*. Noto que los romanos tienen grandes manías con los animales; los pintarrajean, los visten y los cargan de oropeles. Veo una girafa aparejada con chales de mil rayas, un oso cubierto de laminillas de oro, un toro pintado de blanco, varios carneros de púrpura y escarlata, un avestruz con toques de cinabrio y un magnífico león con la

melena dorada. A los animalitos del género *meloso* les han puesto cinchas de cuero con grandes argollas para sujetarlos á tiempo.

X

Atención: empiezan los ejercicios. Salen, en clase de batidores, dos elefantes sosteniendo con la trompa unas antorchas, y hacen cortesías al público poniéndose de rodillas con las patas traseras. Otros vienen detrás, uno danzarín, al compás del címbalo tocado por el compañero. Ponen una mesa con diferentes manjares y cuatro elefantes se instalan alrededor, comiendo como graves personajes. Sacan por fin una litera; colocan en ella un elefante y otros cuatro le van paseando en andas entre los aplausos de la muchedumbre.

Después de los elefantes, el toro. Un toro de formidable cornamenta, montado por un jovenzuelo que ejecuta pasos de agilidad sobre el morrillo: el toro se pone de patas, se mantiene inmóvil, y luego lo pasan á un elegante carro tirado por una *quadriga* lanzada á todo escape. Varias panteras salen arando uncidas al yugo: seis grullas corren describiendo círculos y armando la gran pelea: á un león domesticado le echan una liebre, la coge con los dientes, la suelta, vuelve á cogerla y la entrega al domador, como el más adiestrado perdiguero. Bien dice el poeta Manilio, que ciertos bestiarios nacieron en constelación favorable y bajo la protección de los dioses.

Acto segundo: la cacería. Los perros acaban de llegar de la Caledonia: finos escoceses traídos en jaulas de hierro, porque son tan agrestes como las mismas fieras que van á perseguir. De cazadores, tenemos á dos moros y un partho provistos de arco, flechas, lanzas y venablos. Con toda clase de precauciones imitan las suertes de la respectiva caza: á una pantera la acribillan á saetazos, al búfalo lo cogen por los cuernos, al león le echan *la capa*. Un bruto de bestiario derriba al oso de un soberbio puñetazo en la cabeza.

Ahora viene la gran sorpresa. Asómbrense ustedes: me está diciendo el *nomenclátor* que vamos á tener un cachito de corrida de toros, como si ya hubieran nacido, para gloria del arte, nuestro cuarto Carlos y nuestro séptimo Fernando, insignes protectores del toreo. «A cualquier cosa llamáis toros,» le digo al nomenclátor; pues ¿dónde están los picadores, los banderilleros y los espadas? Cachaza, queridos míos: primores son estos que llegarán á su tiempo: que tal es la condición de los grandes progresos de la humanidad, necesitar una gestación de muchos siglos. Por de pronto hagamos boca, y ya es bastante para un Nimes del siglo III. Díganme ¿no son aquellos unos chulillos y aquellos otros unos caballeros en plaza? Porque veo salir un toro de libras y buen trapío, á quien sortean los muchachos con una banderita roja; y unos jinetes le derriban, mientras que la gente de á pie procura sacarlo del redondel tirándole de los cuernos.—«Ta, ta, ta: esto es la infancia del arte.»—Y pregunto yo: ¿acaso las infancias no pasan á virilidades? No me sean, por Dios, tan vivos de genio. Todo se andará: y bajo mi honrada palabra aseguro á ustedes, que estos niños de teta de la cesárea Nimes anuncian á las futuras edades las imperecederas glorias de nuestros diestros inmortales.

XI

¡Cuidado si está impaciente el público! ¿Pues no lo ha de estar, si hemos llegado al más crítico momento de la fiesta, á la lucha de fieras? Primero fieras con fieras, después fieras contra hombres. Espantosa vocería mientras se está arreglando la escena; los ojos centellean, los corazones palpitan.

Aparecen doce bestiarios con coraza de bruñida plata, que es su traje de etiqueta. Traen aparejo de látigos, aguijones, chuzos y tizones para excitar á los animales; juntamente con esto, unas pelotas de paja envueltas en trapos de colores, que dispararán sobre las fieras para hacerlas más blandas al

castigo. Luchan un oso con un búfalo, otro búfalo con una pantera, un elefante con un rinoceronte. Pronto concluyen las dos primeras suertes: destripado el oso, despanzurrada la pantera. Concéntrase el interés en la agarrada de los dos paquidermos. Aunque los luchadores no son de la misma talla, vienen á ser de igual potencia: trompa y colmillos en uno, cuerno afilado el otro, ambos de impenetrable coraza y el rinoceronte con conchas como un galápago. Empieza la brega: el elefante no sale de la defensiva: es su instinto: unas veces se resguarda con la trompa, otras la levanta en alto; ya se pone de espaldas, ya de proa en ademán imponente. El rinoceronte ataca: quiere sepultar el cuerno en una pata ó en el pecho del adversario, pero todo lo que consigue es arañarle la piel, de la cual brotan algunas gotitas, casi imperceptibles, de sangre. Por fin, el elefante, á fuerza de maniobrar, consigue cargar todo el peso de su cuerpo sobre el enemigo, derribándole al suelo y pateándole ferozmente. El público prorrumpe en alaridos de loco frenesí y el combate singular se da por terminado.

Gran golpe de magia en seguida. Aquí de los tramoyistas. Sale de debajo tierra y por arte de encantamiento una hermosa nave que, partiéndose en dos pedazos, siembra el redondel de osos, leones, panteras y avestruces disparados en todas direcciones y acosados por los domadores; y á continuación aparece un mágico bosque de árboles resplandecientes de oro, con multitud de aves rarísimas y un grupo de surtidores de agua perfumada que causan admiración general por la variedad y riqueza de sus juegos. Delicioso entremés para atacar el plato de resistencia que nos falta.

XII

Y estamos en el último acto: la lucha de la fiera con el hombre. ¿Va á ser lucha ó degollina? Pongámoslo en su punto: un matadero á la inversa: la cuchilla en manos de la fiera; garganta, la del sér humano.

Por de pronto, ya están preparando en la arena tres postes, para atar á ellos otros tantos condenados á muerte, que salen casi desnudos, sin más que lo preciso para salvar el poquísimo decoro de estos romanos de la decadencia. Sueltan un león especialmente amaestrado para hacer oficio de verdugo. Se agacha, vacila, pasea alternativamente la vista de una á otra víctima. De un salto, se arroja sobre la de la derecha, y de un zarpazo le arranca la masa cerebral y parte de un hombro. Brota la sangre de las mutiladas sienes: el hueso, desprendido del codo, se balancea adherido por un extremo á la carne viva: todo el poste se cubre de manchas rojas. No acaba de decidirse la fiera: pasa, sin hacerle caso, por delante del condenado del centro, y la emprende con el de la izquierda. Horrores allí: un brazo arrancado, la mano comida, pecho y espalda destrozados á dentelladas. Desde mi asiento, se oye distintamente la respiración agitada de la víctima: á cada alarido suyo sale la sangre á borbotones. Debe ser cristiano: alza los ojos al Cielo.

A todo esto, no veo al león satisfecho. Sin duda se ha reservado para lo último la mejor tajada, y la mejor tajada es el ajusticiado del centro. Arremete furioso contra él, y con él se encariña. Pónesele de patas y le cubre todo con su cuerpo. No se ve lo que allí pasa; oigo algo desgarrador que me espeluzna; un ruido como de dientes y masticación, gritos ahogados en medio de un sepulcral silencio. La escena se despeja al retirarse la fiera; queda el poste enrojecido, un resto de tronco humano, un muslo retorcido sobre la rodilla, un mazo de piltrafas en el sitio que ocupaba la cabeza. El lago de sangre que se ha formado al pie de los tres maderos, sirve de postre al león para coronar dignamente su espléndida cena. Tal es la querencia del animal, que cuesta un trabajo inmenso retirarlo. Desaparecen por fin postes, restos humanos, sangre y león; y vamos á las últimas escenas: nuestro postre, que también es justo que lo tengamos.

Sale una docena de desdichados que van á perecer en montón, sueltos ó en grupos. La epopeya de la ferocidad. Un hombre corre por la arena con una pantera en los talones: le han dado—para defenderse (??)—un trozo de espada mo-

hosa. Como es agilísimo, ha conseguido á fuerza de quiebros y recortes ponerse á cincuenta pasos de la fiera. Aprovecha la ocasión para pedir gracia.—«Por los dioses inmortales, dejadme, dejadme vivir... vivir... siquiera hasta mañana. ¡Por los dioses inmortales! Tengo mujer... dejadme... tengo hijos.»—Un rugido general de cólera contesta á la súplica. Es el público que suscita la cuestión *metálica.*—«¿Una víctima menos? ¿por qué? ¿para qué? Tres denarios nos cuesta la función para verlo todo... todo... ¿entiendes? Muere canalla, muere miserable... asesino, muere, muere. ¡Sús la pantera!»—Y mientras la pantera hace su oficio, mis ojos se fijan en un grupo...

Compónese de padre, madre y tres hijos, todos *galileos,* la nueva secta perseguida por Diocleciano, la secta venida de Judea. El padre, inmóvil, de pie: la madre, de rodillas, besando el suelo: uno de los hijos, en ademán de orar: los otros, derramando lágrimas silenciosas. Una luz c[illegible] matiza de oro pálido aquellos semblantes reposados; la proyección del último rayo del sol forma un nimbo vaporoso alrededor de los semblantes. Dos leones se acercan, macho y hembra: ya embisten, ya desgarran, ya despedazan. Pero el grupo no se descompone: las víctimas se han abrazado, sus bocas y sus frentes se confunden en amorosos y prolongados besos. Forman la cadena del martirio inaccesible á las garras. Y mientras la lengua de las fieras sorbe la sangre caliente de las abiertas venas, y mientras crujen los huesos y caen las carnes, y estallan los nervios, y palpitan, sobre la arena, las entrañas; una oración melancólica, dulce, misteriosa, suena en nuestros oídos: y diríase que de aquellos tristes despojos se van desprendiendo unas formas vagas, impalpables, que ascienden, ascienden, ascienden hacia el Empíreo envueltas en blanquísimos cendales y ornadas de palmas y coronas...

XIII

Mis vecinos de grada no se aperciben de estas cosas; porque no han de ser, como yo andando el tiempo, galileos. Siendo la mitología el fuerte de estos romanos, nos preparan para fin de fiesta varias escenas mitológicas. Mitología de verdad, en que hará el principal papel la carne humana. A pocos pasos de mi asiento, colocan una rueda y atan á ella un criminal para romperle los huesos, imitando el suplicio de Ixion; tuestan vivo á otro, haciendo el papel de Hércules en el monte Œta: otro, con el traje de Mucio Escévola, sufre el tormento de quemarle la mano en el brasero: á otro le crucifican: un Orfeo es despedazado por los osos: á otro pobre le roen las entrañas como á Prometeo. Y como ya ha llegado la noche, y no es posible ver ni trabajar en las tinieblas, atan en torno del redondel una fila de esclavos untados con brea, y les prenden fuego para que sirvan de antorchas; en tanto que veo correr, en todas direcciones, una porción de infelices aprisionados en ricas túnicas de púrpura y oro, de entre cuyos pliegues brotan abrasadoras llamas que consumen á las víctimas en medio de los más horribles padecimientos.

A la luz de esta sangrienta y descomunal orgía, los espectadores vamos desocupando el local, precipitándonos por sus anchos vomitorios. Desde allí, la hez del pueblo irá á embriagarse en las *ganeas*, los ricos se trasladarán á sus palacios, donde les espera la *cœna*; y allí les sorprenderá el alba recostados en los triclinios y coronada de pámpanos la frente, entre el espumoso licor de las pateras y los impúdicos ósculos de las meretrices.

XIV

Despachados, no sin algún contratiempo, los asuntos particulares que me habían llevado á Nimes, estaba de vuelta en Barcelona al espirar el año 51. Allí me tenía preparada la suerte una segunda y profundísima estocada. Pocos días después de mi regreso, murió mi pobre Madre. Perdóneme el lector: no he de hacer nuevas descripciones de estos terribles lances. Para el que los sufre, siempre tienen los grandes dolores alguna variedad en la amargura; para el que los oye, son de una monotonía insoportable. Lo sé, lo sé; por esto no quiero molestaros. Los mismos que hayáis tenido la inconcebible paciencia de leerme sin dejar una línea, os volveríais contra mí, si al cerrar esta primera parte de mi trabajo, me despidiese de vosotros con lágrimas y pucheritos. Pueriritos diríais, no me lo neguéis. Sois público al fin y al cabo, y los que hablan, ó escriben, ó pintan, ó hacen música para el público, tienen el derecho de instruirle, de recrearle, tal vez el de impresionarle: nunca el derecho de afligirle.

Lo que sí quiero es recordaros una cosa que no os hará llorar por mucho que os llegue al alma. He de traer á la memoria lo que son las adherencias á la vida, lo que se pierde cuando se pierden, lo difícil, lo imposible que es reemplazarlas con otras del mismo linaje. Si sois ó habéis sido, como yo, idólatras de vuestros padres, comprenderéis en seguida todo el valor de ese nombre de adherencias, porque aquellas son las primeras y las que más cariñosamente os sujetan cuando, al perder de vista la gran nebulosa de la infancia y de la adolescencia, arriesgáis una tímida mirada hacia vuestra constelación *posible* en ese firmamento que llamaréis la vida.

Y, á propósito de adherencias y cariños, os advierto que ni mejores, ni más puros, ni más desinteresados los hallaréis, fuera de aquellos que os engendraron. No me habléis de excepciones, porque son rarísimas. Vacío el de aquellas

muertes que jamás llenaréis cumplidamente. Con la del Padre sufrió mi existencia una modificación profunda; con la de la Madre una transformación absoluta. Parientes y amigos aparte, me encontré sólo. ¿Qué camino escoger? Problema difícil cuando se es dueño de su voluntad á los veintitrés años. Toméme algún descanso para pensarlo, y resolví por fin trasladarme á Madrid, no por ser *patria común y tierra larga* ó porque *la codicia de Corte me tuviese puestas en los pies alas*, como á tantos Guzmanes de Alfarache, sino por creerlo centro más adecuado á mis particulares gustos é inclinaciones.



ÍNDICE DE ESTE TOMO

PÁGINAS

PÁGINAS





MIS MEMORIAS

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ

MIS MEMORIAS

TOMO II

1852-1868



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1894

1852-1854

SECCIÓN PRIMERA

atalla por dentro.—Los sueños de California.—Dos estampas al alma.—Camino de la Corte.—D. Claudio Moyano.—*Aquello* de Cervera.—Entremos en Madrid.—Un Corregidor en letras de bronce.—Apunta la *morriña*.—Los Jardinillos.—Grandes y burgraves.—El Real con Urries.—Erudición de cal y canto.—Las fresquerías.—Palo á los de pago.—Caprichos gramaticales.—Las noches prometen.

I

¡Cuántos problemas van encerrados en esta sencilla frase: lar dirección á la vida!» Careciendo ya de consejeros na- ırales, tuve que acudir á mi propio consejo. Seis meses es- ıve batallando antes de decidirme por Madrid: con la sin- ılaridad de que, pareciendo más lógico continuar en Bar- ·lona, lugar de mi nacimiento, de mis primeras afecciones con la perspectiva de una regular fortuna, aquél fué ca- ılmente el partido que no se me ocurrió tomar.

Manía universal la de gobernar el destino. Mil veces me lo ·presentaba con el avío pagano: la venda en los ojos, la es- ella en la frente, el globo á los pies, la rueda en una mano en la otra la urna de la incógnita. ¡Si fuera de cristal la ·na dichosa! Aun así, no había yo de obedecer, por mucho ıe me gritaran: «¡quieto ahí!» Tan irresistible comezón de ·lar se había apoderado de mis nervios.

II

Pensé primero en California. Al lado de los cuentos que nos venían de aquellas tierras, Hoffmann se quedaba tamañito. Era la aurora del oro que, por primera vez, después de tantos y tantísimos siglos, había de quebrantar el antiguo reinado de la plata en el mercado monetario. ¡Si soñaríamos oro en Barcelona! Diez, doce, veinte millones en tres meses: cuestión de cruzar el charco. Nos reíamos del mundo antiguo con sus Pactolos, y del oro ó de la plata del moderno con sus Golcondas, Zacatecas, Potosíes y Huantajayas. Callarse la boca donde estaba el nuevo *Reino amarillo* con los valles del Sacramento y del San Joaquín, ó con los prodigios del *American River*.

Cada escribientillo de á real la foja se creía un futuro príncipe. Los *ganchos* os asediaban y os tenían con la boca abierta, refiriendo la extraña manera como el oro iba creciendo, en California, desde aquella inolvidable fecha del 19 de Enero de 1848, en que Marshall, el operario de Sutter, había sorprendido, entre dos azadonazos, un pedrusco rojizo que, á duras penas, pudo vender en diez pesos. Y ya en Mayo saltaba el oro por libras, y en Junio y Julio por valor de 1.250.000 pesetas, y en Agosto y Septiembre de 3.000.000, y desde Octubre millón y medio mensual; y á razón de siete millones y medio también mensuales en 49, de 15 millones en 50, de más de 20 en 51.

Os ponían en caricatura si hablabais de vivir en prosa. Pedimentear, escribetear... ¡valiente quimera! *To be or not to be* y hacer las cosas en regla. Con sólo asomaros á la boca de la mina podríais pelotear 10.000 realetes diarios, y de no, venga un traje de faena y á descargar en los muelles con buena pitanza y una onza diaria; ó peón con 20 duros, ó albañil con 30 ó 40. Citaban hasta marqueses con chapa y los cordeles.

¿La travesía? Como una seda. Á mano los *steamers*. Puntos de partida: Burdeos ó el Havre, Southampton ó Londres, Bremen ó Hamburgo. Darse prisa en tomar billete, porque, aun yendo en primera, pronto vendrían los aprietos. La masa de emigrantes crecía y crecía casi al mismo compás que el oro: en diez y ocho meses, desde 1.500 hasta 100.000 individuos. Y, como además del contingente europeo, había que contar con los desahogos de Boston y Nueva York, con los puertos mejicanos, la China y las islas Sandwich, os calculaban los peritos en 200 ó 300 el número de advenedizos que diariamente desembarcaban en tierras californianas.

Mucha gente me parecía; pero aseguraban que era dilatadísimo el campo. Ya, según iban refiriendo, San Francisco de California se había convertido en una población decentita, con buenas fondas y excelente mesa. Por una triste onza de oro molido, hacíais una comida regular en el restaurant Delmonico, ó en el de Sutter, ó en el de Irving, ó en el de Lafayette, ó en el de Franklin. En proporción los suplementos. Cinco duros un pato asado, dos un par de huevos, cinco reales una patata cocida; y el ginebra por las nubes.

Fué esto de los precios mi primera ducha fría. Ya estaba yo entonces bastante picardeado de economismo para comprender la diferencia esencialísima entre el precio nominal y el precio real de las cosas. Suponiendo—y era mucho suponer—que encontraseis, en California, un *modesto* acomodo —50, 60, 100 duros diarios,—¿que veníais á sacar en limpio de esa renta de magnate? Si cosechabais largo con la mano derecha, ¿no os saqueaban de firme por el lado izquierdo? La harina, el arroz y el azúcar á duro la libra; 50 duros un quintal de galleta; botellas de peleón á 8 duros; ¡á 5 las vacías! Setenta duros un sombrero de fieltro; 80 una manta de cama. ¡Digo el alojamiento! Barracón había, en el centro de la ciudad, que rentaba 15.000 pesos mensuales. Como que, por la venta de una parcela de cincuenta varas, y no en el mejor sitio, os pedían 200 dollars. Así las gastaba la naciente *aldea* de San Francisco, cuando todavía no soñaba

en ser la metrópoli del Oeste, la reina del Océano mayor y arranque del ferrocarril del Pacífico.

Aquí entraba otro linaje de consideraciones. ¿Quién iba á California? Lo peorcito de cada casa. Y venía de perilla el cuadro de Cervantes. Aquellas Indias, «refugio y amparo de los desamparados, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.»

¡Santo Dios! Una persona de educación correcta, ¿qué iba á hacer al lado del averiado chileno, del salvaje mejicano, del sórdido chino y en la culta sociedad de timadores, ratas, pickpockets y otros mocitos de la misma estofa?

Decididamente no me llamaba Dios por el camino de las calaveradas. Esto tiene la condición de aventurero, que antes se arrebata que se hereda. No me sentía llamado, como tantos ambiciosos, al peligro de morir de hambre al atravesar las montañas Roquizas, de sed en los desiertos del Colorado, de calentura ó disentería bajo los picos de Golden Gate, ó de una buena puñalada en el garito de Parker House, ó en el de la Polka ó en Eldorado. No me sentía llamado á respirar aquella atmósfera pestilente, mano á mano con el incendiario, el ladrón ó el asesino; ¡por todo eje social el lingote de oro, y el cordelete de Lynch por toda humana justicia!

Y como, por otra parte, no sentía dispertarse en mí ninguno de aquellos misteriosos móviles que suelen empujarnos hacia apartadas tierras, ni me devoraba el afán de enriquecerme, ni me solicitaba el ansia de las novedades, ni me afligía el torcedor de una conciencia intranquila, ni atravesaba situaciones comprometidas, ni tenía que llorar contrariedades de amores, parecióme prudentísimo consejo volver la espalda á las corrientes del oro, y renuncié, de golpe y para siempre, á mis sueños californianos.

III

¡París! ¡establecerse en París! ¡vivir en París! ¡Qué tentación, y á los veinte años! Ya había mordido la manzana en mi primer viaje á Francia.

Queriendo, por aquellos días, regalar en Barcelona á un amigo la famosa *Cruche cassée*, de Greuze, encontré, en una tienda de la calle de Fernando VII, dos estampas al agua fuerte que venían de molde para dar la voz de alerta á los ambiciosos. Formaban las dos estampas pareja y mutuamente se completaban. La primera tenía por leyenda la palabra *¡Avenir!*, y representaba un alto desde el cual se dominaba todo París, y sentado allí un rapazuelo de simpática figura, descalzo de pie y pierna, en ademán meditabundo y atado á un grueso garrote el hatillo de la ropa. La mirada del chiquillo parecía flotar entre la tierra y el firmamento: en el fondo, el vasto panorama de la capital, y arriba, entre celajes, varias escenas que traducian al exterior las ilusiones del mancebo: un joven coronel dando una brillante carga de caballería; un mariscal de Francia haciendo su entrada triunfal entre vítores y palmas; un gallardo mozo y una gentil damisela, con corona de duquesa, recibiendo la bendición nupcial bajo las naves de un suntuoso templo. Todo sonreía, en aquel grabado, como en el sueño de Lisardo; todo lucía una gala y unos colores de fiesta que contrastaban con el ruin cuerpecillo del viajero, reducido, por el momento, casi á la camisa.

La segunda estampa, que decía *¡Souvenir!*, era el reverso de aquella medalla. El niño había llegado á viejo. Era un setentón, encorvado, la barba sobre el pecho, triste la mirada, andrajoso el traje, sentado en una mísera y reducida estancia y atizando, con unas largas tenazas, la pobrecita lumbre que tenía. Tintas oscurísimas en todo el dibujo: de-

trás del anciano y medio indicadas en tercero ó cuarto término, otras escenas de igual relieve que en la otra estampa, pero de terrible significado; un duelo á pistola sorprendido por los gendarmes; un desesperado en ademán de suicidarse; una madre agonizando en el lecho del dolor, con su niño en brazos; pendencias, lances de juego y una familia entera pidiendo pan á la puerta de un convento.

París es el centro que más se presta á las ambiciones locas. Para el francés y para el extranjero; porque, como decía gráficamente Franklin, todo el mundo tiene dos patrias: París y la suya. Patria común, intereses comunes, análogas costumbres. Sin embargo, un trasplante *absoluto* á París me parecía empresa arriesgada. Lo caro de la vida, problema espinosísimo para quien se alimente sólo de esperanzas. La privación de carrera, á menos de resignarse á un cambio de nacionalidad siempre desagradable y embarazoso. La necesidad de posesionarse del idioma hasta llegar á manejarlo con tanta facilidad como el propio.

Acababan de complicar la cosa las novedades políticas de Francia. Dos caminos se abrían en París: los negocios y la pluma. ¡Los negocios! Con instintos de buitre los estaba acechando la República del Príncipe Presidente. Afilaban sus uñas los agiotistas. Entrábase en el período de los altos barones de la *Finance*, con los Fould, los Pereire, con las proezas de Haussman. Mirés se estaba probando, entre bastidores, su bonito traje de bienhechor del pueblo. Aquello iba á ser otra California, sin las emociones de la travesía, ni los accidentes del terreno virgen, ni las rudas batallas del hombre de faena, ni la magia de las pepitas de oro centelleando, las malditas, en el hueco de la mano. ¡Lo que serían aquellos derrumbaderos de la plaza de la Bolsa! Frío me daba sólo el pensarlo.

El recurso de las letras era un pobrísimo recurso. La literatura seria iba emigrando y empezaba la cortesana. Quedaba la literatura industrial, es decir, para un extranjero en París, el periodismo y las correspondencias. Mas aquí caíamos en el mayor de los tropiezos; porque, con la censura y el sistema represivo de la luna de miel bonapartista, los

espacios del pensamiento resultaban muy chicos para un joven de sentido liberal algo acentuado.

California... París... dos desencantos á un tiempo.

¡Viva España! y á Madrid por todo.

IV

Teníamos, en Barcelona, para venir á Madrid, dos líneas de diligencias y dos empresas. Por la línea de Zaragoza, 100 leguas; por la de Valencia, 120. Empresas: las Diligencias de Oriente, en la fonda del mismo nombre, y las Postas generales, que salían de las *Cuatro Naciones*. Tomé la vía de Zaragoza por ser más corta, más cómoda y barata, y durante todo el camino tuve de compañero á D. Claudio Moyano, que volvía, con su mujer, de un largo viaje al extranjero.

Empezaba entonces Moyano á hacer gran papel en el partido moderado; y aunque no es ésta ocasión de juzgarle como personaje político, diré, refiriéndome á aquel viaje, que en el trato íntimo de cuatro días de diligencia no me faltaron ocasiones de admirar su entereza y aquella consecuencia de carácter que hicieron del *último moderado* una de las contadísimas respetabilidades de la política española. Habíase señalado, pocos meses antes, por su ruda oposición al Gabinete Bravo Murillo, y más particularmente por la famoma interpelación sobre las compensaciones á la casa de Bertrán de Lis. Tan hábil, tan franco y tan resuelto en el ataque el diputado castellano, que de un salto le colocó aquel incidente parlamentario á la altura de las notabilidades de su partido: en competencia con Mon, con Pidal, con Sartorius y otros pocos que se habían mantenido fieles á Narváez. Y aunque hayan sido muy distintos los rumbos políticos del prohombre moderado y los de su antiguo compañero de viaje, recuerdo con gusto que el que hicimos juntos de Barcelona á Madrid creó, entre los dos, una amistad sincera,

cordialísima y jamás interrumpida después, en tantos años.

No hablaré de los infinitos lances del camino—que esto, tratándose de la España de ayer, y aun de la de hoy, son pláticas excusadas,—ni hay para qué mencionar el trato que nos dieron en las numerosas ventas del trayecto. Como dato curioso, me limitaré á recordar los nombres de algunos de aquellos paradores, hoy olvidados ya con el barrido de los ferrocarriles. Entre Barcelona y Lérida, la venta del Gancho, la del Violín, la de la Panadella y la de Mollerusa; desde Lérida á Zaragoza, ventas de Fraga y Santa Lucía; camino de Calatayud, venta del Palomar, venta de la Romera y venta de San Miguel; de Calatayud á la Corte, las del Tinte, Ledanca, San Juan, Meco y Espíritu Santo.

V

Concediéronme en Cervera treinta minutos para dar un vistazo á la Universidad. Once años antes habían trasladado sus estudios á Barcelona; quince años en realidad, porque desde 1837 iban quitándole los trastos al edificio. Al ver aquella mole de piedra y al recordar el famoso estribillo de los estudiantes catalanes:

Tant si es Vila com Ciutat
alló que s'en díu Cervera,

viniéronme á la memoria los mil sofismas que se habían inventado para justificar el capricho de poner Universidad en sitio tan desamparado. Decían que Felipe V había obedecido en esto á un elevado pensamiento; porque eran muchas y muy pobres las Universidades esparcidas por el territorio catalán, y parecía mejor centralizarlas todas en un solo establecimiento, pingüe y soberanamente dotado. Que para ello se había fijado en su fidelísima Cervera, la niña de los ojos del Rey, como la llamaba D. Luis Curiel, el consejero

de Castilla, y tan niña de sus ojos que, según reza una crónica, S. M. se enternecía cada vez que le hablaban de Cervera.

Con efecto, en lo de *muchas* Universidades, la historia parecía dar razón á los abogados de Felipe. Así los antiguos reyes de Aragón como los más modernos de la casa de Austria, habían sido pródigos en la fundación de Universidades catalanas. En 1300, la de Lérida; en 1416, la de Gerona; en 1450, la de Barcelona, ampliación de otra más antigua, creada por el Concejo de Ciento; en 1572, la de Tarragona; en 1590, la de Solsona; en 1599, la de Vich; en 1645, la de Tortosa. ¡Hasta se había pensado en poner otra en Granollers!

Pero en lo de *pobres* flaqueaba el argumento. Otras lo serían, no ciertamente *la Universitat del Studi general de la Ciutat de Barcelona*, que, desde el siglo XVI, era ya riquísima en todo. Rica en dotación, porque contaba siempre con la inagotable munificencia del Concejo; rica en alumnos y rica en organización, con cancelario, vicecancelario, rector, vicerector, conservador, claustro numeroso, un racional, notario y bedeles; rica en enseñanzas, porque abarcaba todos los estudios de la época, la gramática, la retórica, artes y filosofía, filosofía moral, teología, medicina, cánones y leyes; y rica, riquísima en nombres, porque, dado el nivel de los tiempos, ni Salamanca, ni Bolonia, ni la Sorbona podían presentar un cuadro de maestros que superasen en mérito á los Vileta, á los Raimundo Pascual, á Benito Santamaría, á Pedro Çacosta, á Calza, á Antichio Roca, á Ponce, á Herrera, á Cassador ó á Dorda.

No me vengan con el cuento de que aquellos estudios de Barcelona se habían *enquilosado* dando el Euclides por toda matemática, Pomponio Mela por toda cosmografía, Aristóteles para todo el contingente físico y metafísico, y por toda medicina, Hipócrates y Galeno. El atraso era monumental, lo confieso; pero en los tiempos del *Studi general*, ¿hubieran adelantado más los *cerverinos?*

En aquella traslación no hubo más que vinagrillo. La resistencia de los barceloneses había sido tenaz—heroica la

llamaríamos si hubiesen triunfado.—No triunfaron, y los Berwick y los Tserclaer se encargaron de los últimos palmetazos. La Junta de Berwick lo dijo bien claro, y más claro lo dijo después la misma Corte. Que, en atención al estado de Barcelona... que, á fin de proporcionar mayor quietud en ella... que el carácter licencioso de multitud de jóvenes, perenne causa de nuevos alborotos... que se elegía Cervera por el amor, constancia y lealtad de la ciudad fidelísima, lo sano de su temperamento, proporcionada la población y no ser plaza de armas...

Todavía se conservaba intacta en 1852 la espléndida creación del primero de nuestros Borbones: é ignoro qué clase de almacén, oficina, ó lo que sea, habrá profanado después aquella magnífica fachada cubierta de molduras y relieves, las torres angulares, los espaciosos patios, la sala del Claustro y el llamado teatro de la Universidad, con su atrevida arquitectura. Pero la losa sepulcral había caído sobre la Universidad de los desquites, y cuando entré en aquel solitario recinto sentí un frío tan intenso como si estuviéramos en Diciembre. Asomaba la hierba por el pavimento y por las paredes, y en aquellas desiertas aulas ni un eco quedaba ya de las lecciones del gran Finestres. Dou, el último Cancelario, estaba borrado de la lista de los vivientes, quedando sólo el recuerdo de Dorca, de Rialp, de Moxó, de Oms y de Miret, las últimas celebridades de Cervera.

¿Eco dije? Rectifiquemos. Uno estupendo habían dejado los del gremio y claustro filipesco: aquello de la fatal manía de pensar que, á guisa de piropo absolutista, espetaron un día á las narices de Fernando VII. ¡Bah! No pasaba de ser un plagio. Una versión libre de la famosa pitada de Montaigne: *La perte de l'homme c'est l'opinion de sçavoir.*

VI

Llegamos á Madrid, sin fractura de hueso. Ganguita poco común en aquellas edades de bendición, cuando, en espera de los topetazos que nos ha traído el vapor, nos pasábamos el camino entre tumbos y emboscadas. Cinco días después de mi llegada, el propio coche de Barcelona fué atacado por una partída de ladrones á tres leguas de Madrid, en el puente de Viveros. Quedaron los viajeros en pelota y anduvo la benemérita á escopetazo limpio con los forajidos.

A ningún provinciano aconsejaré que vaya á París antes de ver Madrid. Le sucederá lo que á mí, que al llegar á las tapias del Retiro, se me cayeron los palos del sombrajo. Y esto que los catalanes y aragoneses entrábamos por el lado bonito: la puerta monumental de Alcalá, la mancha verde del Retiro, las anchuras del Prado y de Recoletos, el alto de Buenavista y la enfilada de la calle de Alcalá, perdiéndose en el horizonte.

Lo pobretón empezaba del lado de la derecha: cuartel de Ingenieros, el Pósito, la Inspección de Milicias, los paredones del Ministerio de la Guerra, las dependencias de San José y las Calatravas, la casa de Torrecilla y el colegio de Masarnau. Hasta llegar al Museo de Historía Natural y á la Aduana, nada con sello artístico mas que la Cibeles: *Santa Cibeles* la llamaba una de mis compañeras de viaje.

¡Vaya un día de desilusiones! Mi primera fué en la fonda de las Peninsulares que, según había leído en las Guías del viajero, era *sin disputa* una de las mejores de la Corte. Y yo, pensando en París, la había creído, por lo menos, un Hotel Meurice. Vino luego la Puerta del Sol, donde no encontré más novedad que las letras de bronce del asfalto dedicadas al corregidor Vistahermosa. Y para muestra de calles madrileñas, me tocó enfilar las angosturas de la de Preciados, tan tortuosa y tan estrecha entonces que con difi-

cultad cabrían en ella dos coches encontrados; con un paso peligrosísimo junto á la esquina de Rompelanzas, y desde allí hasta el Postigo de San Martín, la larga tapia que cerraba la huerta de las Descalzas.

Tantos desencantos unidos á la entrada en un mundo nuevo, con la brusca ruptura del pasado, sin ningún punto de relación con los cariños de la primera vida, produjeron en mí el natural efecto de una *morriña* de las más gallegas. Duró poco por fortuna, y para no dejarla tomar cuerpo, cogí bastón y sombrero, después de un ligero tente en pie, y lancéme, en compañía de un experto amigo, á explorar á mis anchas la tan celebrada villa del oso.

Lo más cerquita de mi casa era la plazuela de Santo Domingo. Poníanla entre las de última categoría, porque conviene advertir que había entonces en Madrid tres clases de plazas: la de Oriente, con jardinillos; las de explanada, como la Plaza Mayor y la de la Armería; y otras varias con un raquítico arbolado entre ellas, además de la de Santo Domingo, las de las Cortes, Bilbao, Rey, Santa Ana y Progreso.

Nada decían todavía á nuestros ediles los 75 *squares* de Londres, ni los muchos que ya se empezaban á construir en París y en otras capitales de Europa. ¿Cómo no se iba generalizando el sistema adoptado para la plaza de Oriente? Y preguntada la razón, dábanme por respuesta que era imposible mantener fresca la vegetación con nuestros soles abrasadores; imposible el riego, al cual no darían abasto, ni los cuatro *viajes* principales, ni los nueve de segundo orden, ni los más subalternos de aguas gordas; hacía falta caudal que no vendría hasta la traída de aguas del Lozoya. Toda esta plática escuchaba yo atentamente y á medias convencido; mas en lo que no estábamos tan de acuerdo era en suponer que los jardinillos no resistirían á los instintos de nuestra plebe *vastatrix*. Lo creía una calumnia, y caso de no serlo, con una buena policía se arreglaba todo; que así después hemos llegado á tener jardinillos, aunque haya sido á costa de alguna verja extraviada y de otros desafuerillos.

Bajando la Cuesta, á la derecha me encontré con el pala-

cio, acabado de reedificar, de los duques de Granada. ¿Palacio? Según y conforme. En Barcelona me había formado una alta idea de los palacios madrileños. Creía en prodigios de arquitectura, en lujos de fachada, patios, jardines y estatuaria; en algo de estilo, de carácter, de relieve, como las *villas* de los Príncipes romanos, ó los *palazzi* de los Patricios genoveses. Desencanto número no sé cuántos. Fuera de muy contadas excepcicnes—¿Liria?—no veía más que caserones en las moradas de nuestros Grandes. No eran suntuosas residencias alrededor del regio Alcázar; eran simples fincas, muy buenas fincas en la capital de España. Y aun en esto, los burgraves iban llevando la delantera á los linajudos: Riera, Remisa, Salamanca, Santamarca, Sevillano, Calderón, Gaviria, Rivas lucían ya ó estaban preparando sus ricas construcciones. La banca tomaba posesión de sus novísimos timbres al sol y á la descarada.

Cogimos de espalda el Teatro Real, y fué como cogerlo de frente; que, en eso de perspectivas, por todos lados me resultaba bizco el tan cacareado edificio. Era entonces el Real un mocosillo criado á los pechos de un Sr. de Urríes, de la antigua Casa de Aragón. Un empresario de regia estirpe cuadraba muy bien en nuestro país de viceversas, donde los curas se metían á cabecillas y un Milá de Aragón era jefe de la democracia. Ya los abonados se quejaban de la pobreza del vestuario, de la escasez de buenas decoraciones y de graves faltas en el servicio escénico. Tempranico: los supervivientes hemos conocido después que nos quejábamos de vicio.

Chocóme, en un derribo de la calle del Arenal, el sistema madrileño de construcción por enjaulado. Ni una cerca, ni un tablado para preservarse de los ladrillazos. Derribos y construcciones, todo se hacía así, á la bendición de Dios y á la ventura. Con lo cual y con trescientas casas que se estaban edificando en el casco de Madrid, ni con ayuda de práctico podíais navegar por las calles.

Empezaba de firme la subida de los alquileres. Cuarto que había rentado de 6 á 7.000 rs. el año anterior, se daba ya aires de 10 ó de 11.000. Urgía, pues, pensar en el en-

sanche; pero el problema seguía descansando en los gabinetes de los teóricos, entre los proyectos meticulosos de Mesonero Romanos y los impetuosos vuelos de Fernández de los Ríos. En esto de la urbanización, ni el Gobierno ni el Municipio se daban mucha prisa. Algún lavadito de fachada, algún trasiego de oficina, alguna indicación de nueva calle. Gracia y Justicia se mudaba á la casa de la Sonora: *pensaban* llevar Gobernación á la calle de Torija: se daba una mano de revoque á la iglesia de San Martín: se entretenían dos mil operarios en los trabajos de la traída de aguas: se renovaba la calle de la Greda, empezando á dibujar la que después ha sido calle de Jovellanos; y seguía con asombrosa lentitud la restauración de San Jerónimo, para la cual acababan de pedir á San Juan de los Reyes un gran número de vaciados.

Mas para lentitudes, el empedrado. No había calle que no tuviera levantado el piso. La tela de Penélope. Ya pongo chinitas, ya las quito. Montones de material hacinado en todas las aceras, y una calma filosófica en los trabajadores, los cuales, sin soltar el cigarrillo, se entretenían picando á ratitos los adoquines viejos para irlos reinstalando en sus respectivos sitios.

¿Quién dirigía aquella maquinaria? Un concejal... de la clase de literatos. Con cuya plausible ocasión empecé á ver claro en el tristísimo problema de la Administración española. Aquí la pluma y el piquito se han decretado la soberanía; y lo que nos falta en ojo gubernamental lo suplen el tintero y la saliva. Aquel concejal era un prodigio en el arte de cautivar al auditorio; tan prodigio que cuando se echaba á perorar os tenía á todos embobados en el Ayuntamiento y fuera del Ayuntamiento. Por ejemplo, en historia *pavimentaria*, era una delicia ver cómo apuraba los archivos, desde el *lapidibus stravisse*, citado por San Isidoro, hasta las losas romanas de los tiempos de Adriano y Antonino, y desde el adoquinado cordobés, invento de los árabes, hasta los toscos empedrados de nuestros augustos Felipes.

¿Práctica? ¿aplicaciones? ¿ejecución? Eso no. Á pesar de tanta erudición, y tal vez á causa de ella, el empedrado de

Madrid no había pasado del período de los ensayos. Ensayo de macadam de menudo cascajo; ensayo de losas; ensayo de cuñas de pedernal; ensayo de adoquín de piedra berroqueña; ensayo de asfalto; ensayo de otros betunes, y ¡oh prodigiosa precocidad! hasta un ensayo de entarugado, que por cierto con poquísimo éxito se había traído de Londres para la calle Angosta de Peligros.

En punto á mercados, traía buenas impresiones de Barcelona, porque allí teníamos ya nuestras *petites halles* con anchas naves y pasajes desahogados, y algunas lucían pilastras, columnas de hierro, verjas en los intercolumnios y sólidos poyos de jaspe para la colocación de los cestos. Lo que aquí vi y hemos seguido viendo durante tantos años, era para creerse transportado á una de nuestras últimas aldeas. ¡Qué deliciosas instalaciones! Los sucios cajones á derecha é izquierda; la leche campeando en las banastas con las verduras y las frutas; las carnes colgadas al sol ó amontonadas sobre paños de dudosa limpieza. Pescado, con tres días de marcha desde el agua salada á la *fresquería:* frescura debían decir, que era la que necesitábamos los de puerto de mar para acostumbrarnos á aquella química. Me habían celebrado mucho la plaza de San Ildefonso como único mercado regular. Siquiera era mercado cubierto, lo cual, en tierra de ciegos, podía bastar para darle, como al duque de Beaufort, el nombre de rey de los mercados. Otros, en cambio, estaban tan al descubierto que se creían honrados teniendo por albergue la mitad del arroyo. Y, por supuesto, carencia absoluta de mercados especiales: ni de granos, ni de vinos, ni de aguardientes, ni de caza, ni verdaderas pescaderías. ¡Qué diferencia con aquellos tiempos en que Barcelona, por ejemplo, tenía su mercadito para cada cosa: la *Plassa del Blat*, para los cereales; la *Plassa de las Cols*, para verduras y legumbres; la *Plassa del Vi*, la *Plassa del Oli*, la de la *Llana*, la de las *Ollas*, la de la *Vidriería!*

VII

Por la tarde, mi paseíto al Prado. Infantería y caballería vivían allí en el más perfecto acuerdo. Los de á pie solían empezar su paseo al oscurecer, prolongándolo, con ayuda de las sillas, hasta las diez bien sonadas. Y allí recalaban á última hora los de carruaje, marchando al paso, pegaditos á la barrera, estudiados, comentados ó desollados por la gente sentada que se les ponía de cara á la luz de los faroles. Aquel día el Prado estaba soso: ni la de Alba, ni Eugenia Montijo, ni Sofía Paniega, ni la Montúfar, ni la de Vilches, ni la de Villagarcía, ni la de Campo Alange. E gran mundo continuaba en sus *villeggiature*. No había fila forzada. Ni á los corregidores de Narváez ni á los de Bravo Murillo se les había ocurrido la idea de hacer pasear á la gente entre civiles. Esto vino después, mucho después cuando la libertad de andar se declaró incompatible con otras libertades: derecho de circular para el coche oficial y gratuito: palo para los de pago.

Aquella tarde no fuí al Retiro, ni á Atocha, ni al Botánico, ni á la Castellana. Distancias eran éstas muy respetables entonces. Llamaban extramuros á la Castellana, porque había que pasar por el portillo de Recoletos. Los mal humorados bajaban á la Casa de Campo ó torcían hacia el Príncipe Pío, donde tomaban las aguas de la Fuente del Almendro.

Era de rigor un recorrido á los cafés.

El Suizo y la Iberia, más que cafés, eran dos instituciones: aquél para la muchachería, éste para los políticos de peso. En la Iberia, Ríos Rosas presidía todas las noches una mesa. En *La Perla*, de mi amigo Caviggioli, dominaban los de empuje: Pi Margall, Nicolás Rivero, Figueras, y algunas veces Pepe Güell, el marido de la Infanta. Allí teníais la ventaja de oir á Miralles, el primer pianista de aquello

tiempos. Era una ejecución prodigiosa, afeada únicamente por la maldita costumbre de acompañarse con una especie de rugido nasal, vicio tomado de Gottschalk, según decían sus admiradores.

Al salir del Suizo me llenaron de papeles los repartidores de anuncios. Los Uhagones recomendaban su deplorable *Tutelar*; Collantes y Alfaro, su Diccionario de Agricultura; Quiroga, los polvos dentífricos; la Exposición extranjera sus perfumes; Carrión y D.ª Polonia sus prodigios de Dulcamara; Clemente Cornellas, sus lecciones de francés; Galdo, los elementos de Historia natural; Duthu, sus camas de hierro. Nunca más en la vida se me ha ocurrido coleccionar reclamos; aquel día los coleccioné, y no me pesa. Siempre conservaran su valor como curiosidad histórica.

Siento no haber hecho lo mismo con los rótulos de las tiendas. En este punto tuve una gran sorpresa. Como catalán, picábame el amor propio la justa censura de ciertas inscripciones barcelonesas. *Ce cirve de chocolate,* decían en algunos cafés, y se reían los castellanos. Naturalmente, me había figurado que de estos pecados gramaticales habían de verse libres los ciudadanos de la Corte, donde se habla y se piensa en castellano y donde la Academia de la Lengua ha de ejercer una autoridad más inmediata. Y por todas partes me encontraba con un *Se bende* ó *Se arquila*, ó con un anuncio de *botellas bacidas,* ó con un *Se vuzca acomodasión,* ó con un *Se sirve con varatismo* y *elegancia.*

Pero nada podía compararse con la siguiente muestra colocada en uno de los sitios más visibles de la calle de Atocha:

«Por ocho riale
si da de comel bien
aseite agualú y un cualto indepuedientes.»

Pasé la velada en Paul presenciando una degollación del *Barbero.* No había más teatro abierto, pero los carteles anunciaban una temporada fecundísima. Ya hablaremos de las del Real. En el Príncipe, Julián, Perico Delgado,

Pizarroso, Guzmán y Boldún, con la Matilde, la Palma y la Samaniego. En la Cruz, un Mr. Daiglemont con actores franceses. En la Zarzuela, Salas, Allú, Calvet, Caltañazor con la Santamaría y la Soriano. En Variedades, la Teodora y la Rodríguez, con Arjona, Calvo y los Ossorios. Hasta el *Instituto* prometía: la Vargas y la Ruiz, nuestras grandes *étoiles* por lo flamenco.

Y aquí dió fin mi primera jornada madrileña. Miles de ellas habré pasado después en los mismos sitios, más entretenido ó quizás más aburrido; pero las impresiones de la primera salida son de una naturaleza excepcional, como diríamos en jerga afrancesada. Aquel pliegue no lo quita nadie.

1852-1854

SECCIÓN SEGUNDA

Aunque separados, juntos.—D. Francisco Pi y Margall.—Roberto Robert.—No acostumbro salir de casa.—En el entresuelo de la Sonora.—Alabern.—El *taller* de Gracia y Justicia.—Cómo me aficioné al Grabado.—Historia de la estampa.—Del grabado en madera al grabado en dulce.—Burilistas y aquafortistas.—Rembrandt *for ever*.—Ribera y Goya.—Quién amenaza al buril.—En boga el realismo.—Apuntes sobre la caricatura.—Lo artístico industrial.

I

Veinte meses duró mi primera temporada de Madrid, en familia, con unos cuantos amigos. Más distintos en carácter, ó en ideas ó en tendencias políticas, imposible; más unidos en estrecho y fraternal cariño, dificilísimo. Algunos han alcanzado gran notoriedad; de todos conservo gratísimo recuerdo.

Empecemos por Pi y Margall, jefe reconocido de aquella colonia. Dábanle la primacía su seriedad, su rectitud, su elevado talento, la riqueza y variedad de sus conocimientos, con los encantos de su palabra y de su pluma. De lo que ésta valía daban ya testimonio sus capítulos de los *Recuerdos*

y bellezas de España y su ruidosa *Historia de la Pintura*, libro muy superior á los *Anales* de Stirling, tan celebrados por Mérimée. Tachaban á Pi de alguna afectación en el lenguaje. Si el cargo era cierto, menester es confesar que ha sido radical la enmienda.

Me río cada vez que oigo juzgar del carácter de Pi por sus ideas avanzadas. Una de tantas extravagancias del buen tono. Si, con la bandera del Trono y del Altar, Pi hubiese levantado partidas, sorprendido trenes, secuestrado fondos y emplumado ó fusilado una docena de alcaldes, todo se le perdonaría con un buen *abrazo de Vergara*. Pero es de la cáscara amarga, y le creen un ogro, siendo la criatura más bondadosa que come pan en esta bendita tierra. Díganme lo que es Pi, cuando recuerdo aquel período de intimidad en que vivíamos: trabajador infatigable, tan sencillo, tan paciente, tan desinteresado, y con tal severidad de costumbres, tal arreglo en sus negocios y tan envidiables condiciones de familia que ya las quisieran *para los días de fiesta* muchos de esos infinitos, con fama de discretos, que cultivan el arte de gobernar á los demás y empiezan por no saber gobernar ni su hacienda, ni su casa, ni gobernarse á sí mismos.

Cabalmente por aquellos días estaba dando Pi una nueva dirección á sus estudios. Enamoróse de Proudhon, de su acerba crítica y de aquella ley serial que desenvuelve con tan maravilloso orden en el *Sistema de las contradicciones económicas*. El entusiasmo de Pi por Proudhon rayaba en fanatismo, creyendo á su ídolo tan superior en todo como otros le encontrábamos sistemático demoledor, y en arquitectura social más que deficiente. Sin embargo, el asiduo estudio de Proudhon no dejó de ser provechoso para su ilustre discípulo, y provechoso en varios sentidos: primero, como escritor, porque vigorizó su concepto y aceró su estilo, y luego, como polemista, amaestrándole en el manejo de esa dialéctica cerrada, en la cual nadie aventaja al actual jefe del federalismo en España.

II

La nota chispeante de aquella comunidad radicaba de derecho en mi otro paisano Roberto Robert, tan conocido después por sus crónicas parlamentarias de *La Discusión* y por la ingeniosa obrilla *Los cachivaches de antaño*. No era su estilo, siempre gallardo, lo que daba más relieve al joven Robert; era la conversación salpicada de chistes de buena ley, que, en cualquier parte, le hubieran hecho pasar por un andaluz de los más salados. Pendientes nos tenía de su palabra por la prontitud y viveza del ingenio y por lo rápido y agudo de la respuesta. Era inimitable en el don de remedar tipos originales. Ni el mejor de nuestros actores hubiera podido competir con él cuando hacía el *pinxo* catalán ó el gitano *de la tierra*. De carácter independiente, y tan entero que conociendo, como conoció, las mayores estrecheces de la vida, jamás quiso darse á partido para sacrificar, en aras de una bonita posición, sus arraigadas convicciones. Rebosábale el gracejo aun en medio de las más duras contrariedades. Un día, años después de aquellas fechas, fuí á verle al Saladero, donde le tenían encerrado por no sé que artículo pimentoso contra dos elevados personajes. Habíanle ofrecido el indulto á condición de retractarse, y lo rechazó dignamente. Nuestra conversación giró sobre asuntos indiferentes; ni una queja, ni una recriminación, ni una gota de bilis contra sus perseguidores. Y todavía, al marcharme y darnos la mano, me dijo con la más placentera sonrisa: «No deje usted de venir á menudo; ya sabe usted que ahora *no acostumbro salir de casa.*»

También tenía buenas ocurrencias, con su poquito de sal, otro de nuestros comensales, el grabador Camilo Alabern, que estaba entonces dedicando su diestro buril á los trabajos del gran mapa de Coello. Era Alabern un hombre todo inquietud y, aunque dotado de gran penetración, un talento

descosido; iban y venían atropelladamente las ideas por aquel cerebro; y no en forma de palabras, sino á manera de cohetes, las disparaba su bulliciosa lengua. Tenía singular afición á las artes todas, no dándose tregua al hablar de ellas, y á veces con elevado criterio. Tan extremado en la música, que con sólo asistir á cualquier ensayo del Real, os repetía de oído cantábiles y acompañamientos con sus perfiles más delicados. Pero su fuerte, su pasión, su culto, era el Grabado, sobre cuyo particular no admitía chanzas ni asomo de reticencias; ni quería que se dijese *taller* de Grabado, sino *oficina* de Grabado, en obsequio á la dignidad del arte. Lo cual daba á menudo lugar á lances curiosísimos, como cuando le decía otro compañero nuestro, Oficial de Ministerio: «Anda, Camilito, vete pronto á tu oficina de grabado, que á mí me están esperando en el *taller* de Gracia y Justicia.»

Este oficial de Gracia y Justicia era Juan Codina, sacerdote hoy y Dignidad en el Cabildo de la Catedral de Barcelona. A no ser por sus ideas un tanto inclinadas al *arcaísmo*, que le ponían en abierta pugna con Pí y con Robert, nadie hubiera podido sospechar entonces que Codina había de vestir la sotana. Incomparable amigo: nuestras mútuas simpatías no han disminuído después, á pesar de haber tomado uno y otro tan distintos derroteros. Gustoso le acompañaba á veces á su secretaría, gobernada á la sazón por González Romero y, durante una temporadita, por Vahey: allí conocí la plana mayor y la menor de aquellos tiempos en lo de Gracia y en lo de Justicia: á Cervino, el poeta; al gallardo Sotomayor, el de las canas precoces; á Arteche, la gran especialidad para el personal; á Joaquín Encina, á Ondovilla, á Cavanillas, á Luis Manso, á Felipe del Nero...

III

Donde mejores ratos pasaba era en el entresuelo de la Sonora, con los empleados de la Comisión de Códigos. Allí armábamos cada gresca, ellos defendiendo, yo criticando

esa obra de romanos que se ha llamado codificación española. Y todavía nos faltaban treinta y cinco años para concluirla, si es que ha concluído de veras, á pesar de los buenos deseos de Alonso Martínez ó por las prisas que les *metieron* á los jurisconsultos de última hora.

Los Padres graves de la Comisión del 53 no podían con tanto hueso. Siquiera, para lo mercantil, nos hacían tirar con el Código de 1829 y con el Enjuiciamiento de 1830; y, para lo penal, con la componenda de 1822 y su variedad de remiendos hasta 1850. Pero, en lo civil, se atascaban, y mientras seguíamos tonteando con la Novísima y con el fárrago de las legislaciones supletorias, se entretenían ellos discutiendo muy seriamente sobre la conveniencia ó inconveniencia del sistema de codificaciones. No veían que Europa entera se había dejado de cuentos y contestaba *codificando* á la pregunta de si convenía codificar. Porque Baviera tenía su Código civil desde 1756, Prusia el suyo desde 1794, Francia el de Napoleón, Austria el suyo desde 1812. Esto por lo que atañe á las naciones de *fachada*: no lo era Suiza, y sin embargo, el cantón de Berna había terminado su Código civil en 1830; no lo eran Bélgica y el gran ducado de Baden, y se habían arreglado con el Código francés. Y, al otro lado de los mares, algunas Repúblicas sudamericanas se disponían á aceptar nuestro Código *de Goyena*, dándole sanción legal con varias modificaciones.

Aquellos estantes de la Sonora estaban atestados de papeles. Habían empezado por los borradores de los tiempos de Ensenada y de Macanaz; pero el aluvión venía desde el año 10. En 1853 llevábamos, para el Código civil, dos proposiciones parlamentarias, ocho Comisiones y tres proyectos oficiales, amén de otros dos debidos á particulares.

¡Cuidado si habían desfilado talentos por aquellas Comisiones! Desde el divino Argüelles al reposado Garelly; desde el habilidoso Cortina al *coram vobis* de García Gallardo, y desde el practicón Pérez Hernández al didáctico Ortiz de Zúñiga y al maestrazo de Escriche. Y Cano Manuel, y Tapia, y Tarancón, y Barrio Ayuso, y Bravo Murillo, y Seijas

Lozano, y Luzuriaga, y Goyena, y Cirilo Alvarez, y Francisco Cárdenas.

¿Faltaba dinero? Tampoco. Años hubo, como desde 1843 á 46, en que el presupuesto de la Comisión de Códigos daba anchísima margen. Sin embargo, los trabajos no *resultaban*, como tampoco *han resultado* después de la publicación del Código. La unificación... las escabrosidades del Derecho foral... Cataluña, las Baleares, Aragón, Navarra, Vizcaya con sus exigencias. Entonces llamábamos á esto la punta del particularismo ó la punta del separatismo. Hoy que hemos ido perfeccionando el lenguaje, calculo que le daríamos un nombre más apropiado: la forma *civil* del federalismo.

Había quien echaba pestes contra el sistema de comisiones. Recordaban aquella fecha en que se encargó todo á Cambronero. Si Cambronero no hubiese muerto con las manos en la masa, hace ya tiempo que tendríamos Código civil, decían los anticomisionistas. Otros lo dudaban, creyéndolo sobrada carga para un solo jurisconsulto, por reputado que sea y por mucho que os corráis en los honorarios.

¿Quién tendría razón? Mi edad y mi escasa experiencia me hacían de esto un punto difícil. Yo encontraba en el sistema unipersonal un vicio radicalísimo: la falta de discusiones previas. Pero una cosa es discutir para preparar y otra discutir proyecto en mano, con pensamiento concreto. Si antes de formular una idea empezáis con dimes y diretes, cada maestrico llevará su librico y os ahogaréis en turnos de palabra. ¡Digo, si los que han de discutir son abogados ó gente politicona!

IV

Con tanto oir á Alabern en casa y fuera de casa, y con tanto hablar de planchas y de estampas, empezó á interesarme entonces aquel curioso arte del Grabado. El joven artista se empeñaba en meternos en la cabeza los sistemas y proce-

dimientos mecánicos usados por los grabadores: allí salían el grabado en madera y al claro oscuro, el grabado en metal con ayuda del buril, con el agua fuerte, la media mancha, el grabado al humo. Con su gráfico decir y su viveza de ingenio, nos marcaba Alabern la díferencia esencial entre el grabado en madera que resulta por los relieves, y la plancha metálica que da el efecto por los socavados; nos describía minuciosamente el procedimiento italiano del *nielo* y de su inmediato derivado el grabado en dulce; mas al llegar á los sistemas de la media mancha y del humo, si bien reconocía que el vulgo se había aficionado á ellos, como cuestión de *efectismo*, por la suavidad de las tintas y la finura del modelado, los declaraba impropios de los artistas de talento, en quienes exigía ante todo la maestría, la destreza y una gran seguridad en el manejo de las puntas metálicas.

A mí, si he de decir la verdad, me impresionaba menos que medianamente aquel aparato técnico: lo único que en el arte del Grabado me seducía era su doble aspecto histórico y estético. Para conocerlo bien, había que educar la vista con las estampas, y la inteligencia con ayuda de buenos libros. Colección de estampas no conocíamos aquí más que la de Carderera, y fué base de la muy nutrida que ostenta ahora nuestra Biblioteca nacional. ¡Qué no hubiera dado entonces por tenerla á mano, completando mis estudios con la Albertina de Viena y con los gabinetes de los grandes iconófilos, el conde Durazzo, lord Spencer, el barón Edmundo de Rothschild!

De libros sobre la filosofía é historia del Grabado andábamos también muy escasitos. Conocíamos los brillantes estudios de Delaborde y otros trabajos que resultaban anticuados: los de John Evelyn y de Adán Bartsch; las biografías de grabadores españoles en el Diccionario de Ceán Bermúdez; los *Materiali per servire all' istoria dell'incissione*, por el abate Zani; la *Inquiry into the origin and early history of Engraving*, por Young Ottley. Pero hasta años después no parecieron ó no llegaron á mi noticia otras publicaciones de más valer: la *Historia del origen y progresos del Grabado en los Países Bajos y Alemania*, por Renouvier; *El pintor grabador*, de

Passavant; el *Discurso histórico*, de Emerico David; la *Memoria*, del Sr. Caveda; la *Noticia* sobre la sala de estampas de la Biblioteca nacional, por D. Isidoro Rossell, y la modernísima *Historia del Grabado*, por Duplessis, que es lo más completo y lo más importante que ha visto la luz en este ramo de las Bellas Artes.

V

Toda discusión sobre la antigüedad del Grabado me parecía ociosa. Me encontraba aquí con dos puntos de vista enteramente distintos. Si el Grabado no es más que el arte de representar objetos sobre materias duras por medio de rayas y puntos, el Grabado es antiquísimo. Si, además de esto, es un factor histórico que significa algo elevado, algo trascendental en la tradición y en la vida del Arte, el Grabado es relativamente moderno.

Rayar, perfilar y trazar imaginería ó simbólica sobre materias duras, eso la historia me lo hacía ver á cada paso y en todos los pueblos. Mostrábame la China sus perfiles imperiales grabados en hueco sobre la piedra; el Indostán, sus sepulcros y las paredes de sus pagodas; Homero, las armas de Aquiles; los hebreos, el racional de Aarón; los egipcios, el obelisco con sus jeroglíficos; los griegos, sus discos y piedras finas donde esculpían leyes ó representaban ritos, trajes, costumbres y batallas; los etruscos, sus vasos; sus sellos los romanos, todos sus medallas. La antigüedad entera estaba ahí con las maravillas de la *glíptica*.

Nada de esto me daba el verdadero y propio sentido del Grabado. Tampoco me lo daban las telas impresas con *ilustraciones* en talla de que hallaba testimonio en Herodoto, en el profeta Ezequiel y en San Clemente de Alejandría. Tampoco las toscas figurillas ó imágenes piadosas talladas por mano de monjes y artesanos en los albores de la Edad Media.

El sentido del Grabado no puede ser más que uno: la vulgarización del Arte. Ampliando la idea, díjolo un día Pacheco en la Academia de San Fernando. «El Grabado es la expresión más sintética y reflexiva de las demás artes; pero no es arte primordial y espontáneo. Es arte derivado, auxiliar y secundario: limitado en medios y en fines, extensísimo en esfera y alcance.»

¿Queréis la mejor prueba de que el Grabado es adjetivo y vulgarizador por excelencia? Ved cómo empareja, desde sus comienzos, con la imprenta y después vive con ella en perpetuo consorcio. ¿Qué importan aquí, ni la materialidad de las fechas de origen, ni las invocadas precedencias de unos pueblos ó de otros? Que la xilografía ó grabado en madera haya venido del Japón ó de la China á Europa por conducto de los venecianos; que la fabricación de los naipes diera de él la primera idea á los italianos en el siglo XIII, á los alemanes en el XIV, á los franceses en el XV, todo este lujo de erudición es hasta ridículo ante la grandeza de la significación histórica del arte: de un lado la imprenta difundiendo las ideas, de otro la estampación avivándolas en el ojo con la figura, la orla, la letra floreada ó la viñeta.

Seguid observando. Apenas unidos, imprenta y grabado buscarán la madera, como materia más laborable; y la tosca madera popularizará en Alemania la *Crónica* de Nuremberg y la *Biblia* de Koburger; ilustrará en Italia las *Meditationes* de Turrecremata, las *Opuscula* de Barberio, las *Prediche* de Savonarola, *Lo Specchio* de Passavanti, la *Hypnerotomachia* de Francesco Colonna y el *Quatriregio* de Messer Federico Frezzi; como en España dará carácter al *Flos Sanctorum* del P. Vega y á los trabajos editoriales de Flandero y Spindoler, de Botel y de Brun, de Palmart y Mateo Vendrell, en las prensas de Zaragoza, Valencia, Barcelona, Lérida y Gerona.

Aquella infancia del arte dura más de un siglo. Un siglo de tentativas, de indecisión, de vacilaciones. Los caracteres iconográficos de aquellas maderas denuncian á la simple vista lo primitivo de sus tiempos. Los conceptos generales son buenos en la composición, en la expresión de las figuras, en

la riqueza y variedad de los accesorios; mala la ejecución, malo lo mecánico, torpe el dibujo, secos los lineamientos, aspereza en el rayado, las formas angulosas. Diríase que el maderista se siente todavía muy humilde, subalternizado y, más que artista, artesano. Raras veces se atreve á firmar sus obras, como si desconfiara del juicio de la posteridad, como si lo temiera. Poquísimos nombres suenan; y aun en algunos de ellos predomina la nota del dibujante, sean italianos ó sean alemanes: llámense Pleydenwurff ó Wolgemuth, Mateo Pasti ó Maccherino di Siena, Compagnola ó Domenico della Gracchi.

Cambio de decoración en el inmediato siglo. Ya el maderista sabe practicar el arte del rayado; el sombreado aparece en el contorno de las figuras y en los plegados; se marcan relieves y depresiones; hay perspectiva, hay efectos ópticos, hay movimiento, atmósfera, más animación, mejor expresión en los semblantes. Desaparecen de la talla los estilos simbólicos, el bizantino, el romano, el gótico, abriéndose paso el sentido idealista de los italianos y el naturalista de los *Formschreider* alemanes. Esto es Durero, por más que Duplessis y otros eruditos le nieguen la calidad de maderista: esto es Durero en su *Arco triunfal*, en el *Apocalipsis*, en la *Vida de la Virgen*, en la *Pasión grande* y en la *chica*; esto es la escuela de Basilea, con Hans Holbein, en las *Danzas macabras*, en los *Simulacros* y en el *Alfabeto de la danza de los muertos*; esto es Ugo da Carpi en sus claroscuros de la *Degollación de los Inocentes* y en la *Pesca milagrosa*; esto es Juan Cousin, *le tailleur d'ystoires, le peintre géométrien*, el émulo de Miguel Angel en atrevimientos, en estudios anatómicos, en la ciencia de la perspectiva y en sus osadísimos escorzos. Este es, en fin, aquel siglo XVI que con tanta razón llamará Enrique Houssaye el siglo del grabado en madera: siglo crítico de definición y de nuevas gestaciones; porque, al calor de sus escuelas, se iban preparando aquellos bojes de más vigoroso dibujo, más pulidos y castizos que habían de dar alguna nombradía á nuestros grabadores catalanes y valencianos del siglo XVII y primera mitad del XVIII.

V

Mis excursiones por los dominios del grabado en madera no me hacían perder la pista del grabado en dulce. Comparando la marcha histórica de ambos sistemas de Grabado, encontraba en ella una lógica admirable. Si veía en la madera la *reproducción* directa y, por decirlo así, mecánica del dibujo, encontraba en el metal la verdadera *interpretación* de las altas creaciones artísticas. La madera había producido la larga serie de grabadores que Félix Clément ha llamado Dantes de Almanaque; con el metal entrábamos en la serie de los grandes maestros. Hasta el momento en que la mano del artista empieza á abrir las planchas de metal, ni la Pintura ni la Escultura salen en realidad de sus respectivos santuarios. Para popularizar sus maravillas, era menester el buril con todos sus auxiliares. Y desde entonces, cada estampa clásica es, por sí sola, una *revelación*, no la simple ilustración de un texto. El grabador denuncia al pintor y al estatuario. Y así es como Rembrandt os explica el *Descendimiento*, Bolswet la *Coronación* de Van Dyck, Soutman otros cuadros de Rubens, Morghen la *Cena* de Leonardo, Bervic el *Laocoonte*, Toschi la *Entrada de Enrique IV*, Mercurj los *Segadores* de Leopoldo Robert; como Marco Antonio y Edelinck os traducirán á Rafael, Fontana al Ticiano, Selma á Murillo, Carmona á Velázquez, Henriquel Dupont á Paul Delaroche.

Quédese otra vez ahí la cuestión de origen. Si empezaron á grabar en dulce los alemanes con su estampa de la *Flagelación* ó fué Florencia con el porta-paz de Maso Finiguerra. Otra clase de erudición me parecía más provechosa é infinitamente más práctica: estudiar, en sus diferentes métodos, el desenvolvimiento de la plancha, desde el estaño hasta el acero; fijar los caracteres de las escuelas de Grabado, relacionándolas con las aptitudes nacionales y con la índole de los

asuntos tratados por los grandes burilistas y aquafortistas.

Me admiraba la rapidez con que habían marchado los procedimientos del grabado en metal; y no subiendo, según costumbre, de lo fácil á lo difícil, sino, al contrario, bajando de lo difícil á lo fácil, desde el severo y paciente buril, hasta la libertad y franqueza del agua fuerte y de la media mancha. Apenas revelado el uso del agua fuerte por el damasquinado de los armeros milaneses, ya lo practican en Italia el Parmesano, en España nuestro Pérez de Alesio y en Francia Callot: viene en seguida la combinación con el buril entre los discípulos de Rubens y en la escuela de Abraham Bosse, y no tarda el alemán Siegen en inventar la media mancha, en cuyo sistema habían de llegar á tanta altura los grabadores ingleses.

¿Escuelas de grabado en dulce? Las encontraba bien definidas. Con las estampas en la mano, asistíamos á los tímidos ensayos de los primitivos burilistas Baldoni, Botticelli y el ilustre Mantegna: planchas sin intención de imitar la pintura, sin atreverse á más que á reproducir el dibujo, sin masas de sombra ni degradaciones de tono. Entraba en seguida la verdadera escuela italiana con Marco Antonio Raimondi, el gran intérprete de la luz, el sin par en el dibujo, es decir, en la probidad del arte, según la feliz expresión de Ingres. Y tras de Marco Antonio, un séquito numeroso: Buonasone di Bolonia, Agostino Veneziano, Marco di Ravenna, la familia de los Mantuanos. Aquella escuela que, hasta principios del siglo XVII, había de dominar en el centro y en el Sur de Europa: la escuela de la copia sobre el boceto, de la línea correcta, del gusto clásico, del primor de ejecución, del sentido rafaelesco. Aquella misma escuela que va adquiriendo después tanta conciencia de la sombra y de la tonalidad en manos de Ugo da Carpi, il Parmesano, Agostino Caracci, Peruzzi da Trenta y Andriani: la misma que, algo modificada en el siglo XVII y bajo la influencia de Callot, por Stefano della Bella, Cantarini y Castiglione vuelve á resplandecer con nueva intensidad durante el XVIII en las planchas del habilísimo Morghen.

Aquí empezaba mi pelea con los realistas. Negaban á la

:lásica plancha italiana hasta el carácter de Grabado; pre-ensión idéntica á la de los que hoy llaman música de orga-ıillo á la de Bellini, comparándola con los estrépitos ale-nanes.

Los realistas de 1853 eran tan exagerados que hasta la mprendían con Alberto Durero porque, aun siendo alemán, abía incurrido en el delito de clasicismo. Acusábanle de aber desviado el arte, sin negarle por esto destreza, vigor, rmeza y delicadeza en el dibujo, estudio de los accesorios *algún sentido* de las tonalidades. Para ellos, el verdadero arácter del Grabado se encontraba únicamente en las dos scuelas, flamenca y holandesa: contraste de sombras y luz, ι mancha sin asperezas, con la pastosidad, la pureza y la exibilidad de los contornos. Sostenían que Rubens y Lucas e Leyde no habían sido simples revolucionarios, sino nue-os creadores del arte del Grabado: que tales podían llamar-: en oposición á la fría escuela de Marco Antonio.

Silencio, y no barajemos géneros ni confundamos gus-ıs. Por grande que sea vuestro empeño, no lograréis qui-ır á los clásicos italianos el mérito de la limpieza, de precisión, del talento en conseguir efectos, más por la ɔlicación paciente del buril, que por los contrastes del anco con la mancha. Pero ¿es esto disminuir, ni en un ɔice, el inmenso valer de las antiguas escuelas de los Países ajos? ¿de los grabadores discípulos de Rubens, como Sout-an, Witdæck, Stock, Van Sompel, Voet, Cristóbal Jeg-:r? ¿de Bolswert, tan fiel en traducir sobre la plancha los ectos pictóreos, de Pablo Poncio, el artista de los tonos illantes, de Vorsterman con sus variedades de rayado? tro tanto digo de los discípulos de Lucas de Leyde: de uel Cort, tan maestro en la disposición de las luces, de üller con su rayado largo, de Goltzio, tan enérgico en las nalidades.

Sí: aquellos hombres fueron á un tiempo creadores y revo-lcionarios. Ellos inventaron en la plancha la intención del lorido: ellos, las masas de sombra: ellos, los efectos de ıridad: ellos, con el buril, llegaron á la verdad en el ple-do de los paños y obtuvieron en las carnes aquella *morbi-*

dezza tan difícil de conseguir con los mejores pinceles. Sí: fueron realistas en toda la extensión de la palabra: con el vivo sentimiento de los fenómenos lumínicos, con la debilitación sensible de las tintas en razón de las distancias, con las transparencias ó con las intensidades en las sombras. Crearon una gran maravilla: la ciencia entera del claro-oscuro.

Entera, no: porque faltaba Rembrandt. Aquí tomaban la ofensiva los clásicos, echando pestes contra el insigne holandés y sus admiradores. Que sus tipos eran malos, sus trajes estrafalarios, su buril tosco por sistema. Que si era grande en asuntos de género, incomparable en algunos retratos y superior á Ruysdael en el paisaje, no así en los asuntos religiosos, que trataba con un desenfado singular y hasta con irreverencia.

Ni á fuerza de milagros llegarán ciertas gentes á comprender el personalismo. Tal fué el de Rembrandt, que n como pintor, ni como grabador, consiguió tener discípulos. Me citaréis, en Grabado, á Livens, á Bol, á Van Vliet; pero Livens, que era el mejor de todos, sobresalió principalmente en el dibujo, el buril de Bol tuvo mucho de grosero y Van Vliet exageró hasta la caricatura los tipos del Maestro. Nadie mejor que Carlos Blanc ha calificado á Rembrandt en menos palabras: «Supo *sentir* de una manera profunda lo que nos quería hacer *sentir*.» Tuvo, ante todas cosas, el sentido de la forma. Instintiva, intuitivamente la encuentra sin buscarla, sin prepararla, sin atender á las proporciones ni la ponderación de las líneas. Todo lo suple con la valentía de los rasgos, con lo picante de los efectos, con lo fácil y atrevido de los toques, con sus *creaciones* de luz, con aquella punta rápida y desembarazada que corre tan sin rienda y todo lo armoniza sin esfuerzo, colores, entonación, sombras transparentes, mágicas claridades, melancolía en las medias tintas, rayas sin marcha regular, combinadas y cruzadas en todos sentidos y en aparente desorden.

Estoy oyendo á los adocenados de su tiempo. «Cosas de Rembrandt,» dirían entonces, como los nuestros han dicho después «cosas de Goya.»

A medida de los siglos, veía aumentar las escuelas

Grabado. Si el XVI había producido la italiana y la flamenca, si Alemania y Holanda habian tenido las suyas, tuviéronla también propia los franceses en el XVII, con Garnier y Callot, y se levantaba la inglesa en el XVIII con sir Joshua Reynolds. Entraban los franceses en escena con la plena eflorescencia del arte: cuando empezaron á armonizar el dibujo italiano con la nota flamenca del color: cuando idearon sobre la plancha maravillosos efectos de combinación de rayados cortos y largos, de tamaños, agrupaciones y espaciado de los puntos: cuando grababan en París Stella, Pesne, Israel Silvestre, Lepantre y Juan Morin: cuando el buril de Nanteuil ponía el sello de la inmortalidad á Luis XIV y á Turena, y el buril de Masson al conde de Harcourt: cuando Edelinck de Amberes llevaba á las orillas del Sena su contingente de tonos fuertes y luminosos, los toques de vigor, la ciencia del efecto, la sobriedad y firmeza del estilo: cuando las planchas de Gerardo Andran elevaban á tal altura el género histórico que, al admirar sus célebres batallas, no abéis á punto fijo cuál es la nota dominante, si la fuerza y ransparencia de los tonos, si la finura del modelado, si lo acentuado del natural; y finalmente, cuando hasta los alemanes tenían que inspirarse en los modelos franceses con Cornelio y Juan de Wisscher.

Inglaterra hace rancho aparte. Siempre así los ingleses, an por su cuenta. Sus primitivos grabadores en dulce son imples auxiliares del texto impreso: W. Roger, Elstracke, Delaram, John Payne, William Marshall con sus secos buries; Faithorne con sus instintos de colorista. Abrese en seguida una larga lista de brillantes burilistas y aquafortistas; nos cultivan el retrato, otros son paisajistas, animalistas y ratan, con superior instinto, los detalles del campo, las marinas, las escenas de familia, las figuras de capricho. A esto aman asuntos vulgares los enemigos de la tendencia naturalista.

Pero la escuela propiamente inglesa no empieza hasta el iglo XVIII, cuando Reynolds *impone* á su país el sistema lemán del grabado al humo. Más de veinte discípulos, todos eminentes, comprende el grupo de Reynolds. Siguen los

asuntos *vulgares*, pero ¡qué enérgicas intenciones del color, qué transparencias, qué sentimiento del efecto, qué vigor de contrastes, qué atrevimientos en la composición, qué incomparable verdad en las expresiones y en las actitudes! Allí sentó sus reales el arte del modelado sobre la plancha. Y esto es lo que me daba el secreto de la lámina inglesa, juntándose á ello los otros méritos de un dibujo ideal, de la vaga y al propio tiempo bien entendida interpretación de los contornos, de la belleza de tintas y de aquel primor de estampación en que todavía no han encontrado rival los artistas de aquella tierra.

VI

Ni debía, ni me era posible echar en olvido la historia de nuestros grabadores en metal. Historia pobre, que lleva muy modestamente su óbolo á cada una de las fases del Grabado. Sin originalidad, sin sello propio. En tres siglos sólo dos puestos de honor: Ribera y Goya. Historia del Grabado, la nuestra, de arranques momentáneos y continuos desfallecimientos. Precoces, sí, lo fuimos: si son de verdad, como no lo pongo en duda, las remotas fechas que se atribuyen á las dos más antiguas estampas españolas: la de Domenech y el retrato del Príncipe de Viana. Durante el siglo XVI, nuestros burilistas están humildemente al servicio de los textos. Suenan los nombres de Diesa, del maestro Diego, de Hernando de Solís. Orlas, portadas, mapas y otros trabajos de ilustración artística.

Más miga tiene el inmediato siglo. Pintores hay, y de los egregios, que se honran trasladando por su mano á la plancha sus propios cuadros. Velázquez graba un retrato de Conde-Duque; dos asuntos dicen que grabó suyos el gran Murillo; dos graba Alonso Cano; diez y ocho Ribera. El claustro da su contingente de grabadores: Fray Francisco Bejarano, Fray Tomás de los Arcos, Fray Ignacio de Cárdenas

Graban algunas mujeres: en Granada, Ana Heylan; en Sevilla, Luisa Morales. Pasan de cuarenta en aquel siglo nuestros grabadores ordinarios. Sobre los que trabajan en Madrid, los de Sevilla, Granada, Córdoba, Valencia, Zaragoza y Toledo. Déjase sentir la influencia extranjera con los artistas que vienen á establecerse en la Península: Pedro Perret, los dos Heylanes, Pedro Angelo, Popina.

A todo esto, apenas si salíamos del grabado de adorno. Contados eran los que cultivaban el retrato; generalmente los extranjeros, y, entre los nacionales, Francisco Gazán, Juan de Valdés, Crisóstomo Martínez, Marcos Orozco. Otros preferían los asuntos místicos: Astor, Martín y Pedro Rodríguez, Pedro Gutiérrez. Hubo un paisajista: Campolargo.

Aquellos burilistas eran lánguidos, pero poseían el dibujo é iban adquiriendo la inteligencia del rayado. Me parecían mejores los que trabajaban al agua fuerte, más enérgicos, más expresivos: Obregón, Francisco Fernández, Andrés de Medina, Juan Laureano, Matías Arteaga. Con ser tantos, ninguno de ellos superó al Españoleto. El tétrico Ribera no llega á Rembrandt, pero es el *inmediato* precursor de Goya. Ambos tienen la pasión de lo negro; ambos idealizan la fealdad, lo horrible, lo espeluznante; tal vez tenga Ribera inclinaciones más correctas; tal vez haya en Goya más personalismo; tal vez no haya otra diferencia entre los dos que el ser Ribera simbolista y realista Goya. Hablo de los asuntos y no de la manera. Hombre hay que, por no hacer esta distinción, ha llamado á Ribera brutal y salvaje.

¿Cómo en aquel siglo de oro de nuestra pintura fueron aquí tan escasos los buenos grabadores? Ya despuntaba esta cuestión cuando me dió por andar con estampas; después la he visto tratada por Pacheco, Caveda y Rossell con diversidad de juicio. Pacheco, con gran elevación, se engolfa en la distinta misión social de la Pintura y del Grabado; Caveda se ciñe á la influencia de la opinión, de la cual dice que en España y en aquellos tiempos no pedía más que estampas devotas; Isidoro Rossell apela, entre otras razones menos serias, á la de que el manejo del buril era harto lento y enojoso para las independientes y vigorosas imaginaciones de

nuestros artistas. Puede que todos tengan su pizca de razón; pero lo del Sr. Caveda no creo que pueda tomarse tan en absoluto. Europa entera era devota en el siglo XVII. Si el católico adoraba las estampicas de santos, con no menos ardor buscaba el protestante las viñetas místicas.

Aquí, místico y devoto son una misma cosa. Místico era el género que todavía dominaba en otras naciones, sin que por esto dejaran de ser eminentes en el arte del Grabado. ¿No brilló Raimondi tanto por su *Martirio* y por su *Degollación de los Inocentes* como por su *Lucrecia* y su *Juicio de Paris?* ¿y tanto Durero por su *Melancolía* como por su *San Huberto*, su *San Jerónimo*, el *Ecce-Homo*, su *Jesús* y sus *Angeles de la Pasión?* ¿Quién inspiraba á Lucas de Leyde el *Calvario*, la *Adoración de los Magos* y el *Bautismo en el Jordán?* ¿quién á un discípulo de Rubens el *San Roque?* ¿Por qué el ultra-realista Rembrandt hacía estampar el *Cristo* y la *Resurrección de Lázaro?* ¿y Edelink la *Sacra Familia?* ¿y Callot, el atrevido Callot, el *San Antonio?* ¿y Andran el *Martirio de San Lorenzo?* Y nuestro mismo Ribera, que hacía el *San Jenaro*, el *San Jerónimo*, el *Martirio de San Bartolomé*, ¿no se había corrido hasta grabar el Baco, con otros asuntos profanos?

Esos *porqués*, en las direcciones artísticas de una Nación, son un problema bastante complejo. Hay en ello un poco de todo: de tradiciones, de corrientes recibidas, de formación de gustos, de espíritu público. Quizás, quizás haya también algo de aptitudes étnicas. Nosotros hemos grabado poco y hemos sobresalido y aún sobresalimos en Pintura; en cambio, los ingleses, que graban á la perfección y tratan magistralmente la acuarela, son flojísimos sobre el lienzo; y, si tienen merecida fama de ingenieros, hay quien les niega la condición de arquitectos.

De que nunca nos dió el naipe por ser insignes en el Grabado me daba un último testimonio nuestra historia del siglo XVIII. Todo entonces parecía concurrir á querer fomentar el arte: los caprichos de Flippart; los esfuerzos de Palomino, que nos trajo la manera de Edelinck; las pensiones otorgadas por la Academia de San Fernando; el noble ejem-

plo de Carlos III, que grabó una estampa por su propia mano, como el Emperador Maximiliano y la *reina* Pompadour lo habían hecho en sus respectivos tiempos. Gracias á tanto bregar, tuvimos un Carmona, un Selma, un Ametller, con otros artistas del género que los periodistas llaman distinguido. Buriles buenos, correctos, imitadores directos, que nada supieron crear, que no hicieron popular la plancha.

Como producto espontáneo del país, sólo tenemos un Goya. En él se ve traducida nuestra fisonomía moral con todos sus vicios y todas sus virtudes: nuestras vivezas, nuestras inquietudes, nuestras impaciencias, nuestras cachazas y nuestros arrebatos, con nuestra escasa afición á lo lógico, á lo serial, á lo hilado, á lo metódico. Hasta en la manía singular de echar á reñir lo blanco con lo negro, las luces con las sombras, le encuentro hijo legítimo y natural de esta noble España, tan amiga de los contrastes. En su misma manera veo reflejado el destartalo español: un dibujo que quiere ser dibujo; la combinación enteramente suya del agua fuerte con la media mancha. Realista singular aquel buen D. Francisco, que parece preocuparse más de la idea que de la forma. Un crítico francés lo ha dicho mejor que nadie: para Goya lo esencial es la pasión y la vida.

VII

Por aquellos años del 52 y 53, el arte del Grabado se mantenía firme, sin grandes mudanzas, ni temores de próximas evoluciones. Italia seguía apegada á lo clásico con Jesi, Raimondi de Milán, Perfetti, Sabatelli, Pinelli, con *la Madonna alla Scodella,* del Correggio, por Toschi, con Mercurj y el seco buril de Calamatta. Ibanse señalando los grabadores estatuarios al lado de los pictóreos.

Los alemanes parecían inclinados á variar de rumbo. No tenían escuela y querían tenerla. Mertz, los hermanos Keller, Steinla, Felsing, los grabadores de Dusseldorf, buscaban

la austeridad del arte en el retrato y en el género histórico. Formas incoloras, el solo buril dando el valor de los tonos, indicadas con el rayado las masas de sombra, indicado el alejamiento de los planos, acentuación y pureza en los contornos. Sostenían los críticos que aquello expresaba la filosofía de la plancha.

Los ingleses sin dejar sus grabados al humo. Reynbach y Cousins, fieles á la escuela de sir Joshua y de los antiguos paisajistas. Por cierto que nunca como en aquellos momentos he visto más desatada la crítica francesa contra las láminas inglesas. El tradicional *French dog* agarrado á las piernas del tradicional *John Bull.* Delaborde encontraba en la plancha inglesa violencia de contrastes, brillo artificial y un valor de mero capricho: decía que la plancha inglesa seducía y no cautivaba, que representaba un arte de habilidad mecánica y no derivado del sentimiento.

Yo, que, mejorando lo presente, me he permitido siempre ser de los seducidos y *cautivados* por la lámina inglesa, no podía menos de preguntarme por qué, en vez de atacar á los demás, no se contentarían los franceses con la gloria de sus propios grabadores contemporáneos. Abundante mies ofrecían en la primera mitad de este siglo la manera sobria de Greuze, Fragonard, Moreau (el joven) y Mad. Lebrun; la forma severa, las líneas secas, los perfiles delgados y agudos cuando el despotismo clásico de David; más adelante Boucher, Desnoyers, Bervic, Tardieu, los tradicionalistas de la escuela italiana, y últimamente Henriquel con sus adeptos, y el estilo grandioso, fuerza y firmeza en los tonos, gracia y movimiento en la figura, efectos admirables con toda clase de procedimientos.

¡Ah! ¡Los procedimientos! Por ahí venían los peligros al dar comienzo á esta segunda mitad de siglo. Con rumores de deshecha tempestad avanzaban los mecanismos aplicados al arte. Bien ó mal se iba triunfando de los litógrafos; pero acababa de nacer una niña entonces inocentísima, la Fotografía, tan bulliciosa después y tan implacable rival para el Grabado, no en la esfera del arte—líbreme Dios de semejante blasfemia—pero sí en el terreno de la vulgarización, de la

venta, del mercado. Pronto habían de venir los Didot, los sumos sacerdotes de la tipografía, aplicando los procedimientos fotográficos á sus ediciones elzevirias, y pronto había de simpatizar el público con otros procedimientos de más reciente fecha: la cromolitografía, el sistema Collas con los dos buriles, la fotocromia, la fotolitografía, el fotograbado, el heliograbado y la heliografía.

No paraba aquí la cosa. Otra estocada iba á recibir el grabado en dulce de manos de su presunto padre el grabado en madera. Decididamente la madera vuelve á ganar terreno. Ahí están las ilustraciones Doré; ahí las ediciones de Hetzel y de Hachette; ahí los maravillosos bojes alemanes, ingleses y norteamericanos; ahí el procedimiento inglés para obtener, sobre la madera, tan considerable número de pruebas como antes con el acero. El maderista ha reconquistado sus antiguos derechos á la popularidad: el buril y el agua fuerte tienden otra vez á encerrarse en los supremos dominios del Arte.

VIII

Un amigo mío, alemán muy erudito, algo excéntrico y grabador más de afición que de oficio, se ponía como una fiera cuando le hablábamos del daguerreotipo y de la fotografía, ó si le anunciábamos la posibilidad de las nuevas evoluciones que se presentían en los aspectos gráficos del arte. Aseguraba que con esas tales mudanzas iba el arte á encanallarse. Un solo consuelo le quedaba: que el grabado en dulce, para acomodarse á la corriente de los tiempos, se haría cada vez más realista, poniéndose en consonancia con el sentido positivista de las muchedumbres. Para demostrar que la plancha podía llegar, sin grande esfuerzo, á las direcciones realistas, sostenía que el realismo tenía precedentes muy antiguos en la historia del Grabado, tan antiguos que había que buscarlos hasta en épocas anteriores á la aparición

del burilista. Decía que el realismo estaba *ya* en los retratos romanos citados por Marcial y Plinio, en las toscas ilustraciones de los comienzos de nuestra Era, en las orlas de formas arquitectónicas y en las caprichosas iniciales de los siglos VI y VII; después en las miniaturas góticas, en los torsos bizantinos sobre fondo de oro y colores, y, al aproximarse el Renacimiento, en las páginas miniadas de todo libro entonces codiciado, misal, breviario, psalterio, cronicón ó romancero.

No carecían ciertamente de interés estos estudios un tanto *prehistóricos*; prehistóricos digo, porque, en rigor de verdad, el Grabado no pudo tener ni dejar de tener realismo hasta el momento de su aparición en escena; cuando al copista sucede el impresor y el grabador reemplaza al miniaturista. Con efecto—y aquí tenía razón mi buen alemán—la nota realista coincide casi con el nacimiento del arte, porque el Parmesano le lleva sus árboles y paisajes, Italia ilustra el Bocaccio, Alemania su Biblia, y Verard y Felipe el Negro y Trappuel ilustran libros franceses. En este sentido marchan luego por algún tiempo los editores, tallistas y burilistas: Holbein graba para Erasmo y Tomás Morus; Botticelli ilustra el Dante; Calcar, la *Anatomía* de Vesalio; el Ticiano los *Abiti antichi e moderni* de Vecellio, y los Elzevirios inventan aquella portada floreada que dará tanta celebridad á nuestro Solís y al maestro Diego, á Juan Menéndez y á Francisco Navarro.

El realismo en el grabado francés viene más tarde. Viene con Bosse, que pone de moda sus aguas fuertes en misales, libros científicos y abanicos; y viene más decidido en el París de Luis XIV con las estampas, libros y almanaques llenos de vistas de ciudades y monumentos; de trajes, fiestas y ceremonias públicas, cuando empieza á publicarse el *Mercurio Galante*, primer periódico dc figurines. Y acaba por sentar sus reales en Inglaterra, cuyos más recientes grabadores parecen decididos á abandonar la historia, prefiriendo, con Lewis y con Woollett, las escenas campestres, los grupos de animales y los atributos de caza.

Quien acabará por dar al Grabado la puntilla del realismo

será la caricatura. Empieza pobremente y concluye declarándose soberana. Sus dos grandes recursos han sido la madera y el papel; no conviniéndole ni el bronce, que exige severidad de líneas, ni el austero mármol, ni la medalla, porque tienden á perpetuar, mientras que la caricatura vive de lo fugaz y de lo frívolo.

Si quisiéramos, toparíamos aquí con otro largo abolengo. Leonardo de Vinci y Aníbal Caracci fueron ya caricaturistas; pero la caricatura no empieza á ser popular hasta que se hace suplente ó auxiliar de la libertad de imprenta. Así sucede con las famosas estampas de Amsterdam, debidas á Román de Hooghe, el *adversario* del gran Rey. ¡Cómo se espacía después en nuestro siglo! En Inglaterra, desde Hogarth; en Francia con los Cham, los Bertall, los Gavarni, los Grevin. Hoy la caricatura es casi un órgano esencial de la política militante.

Muchos temen todavía que el grabado artístico ha de morir á manos del grabado industrial. Llaman grabado industrial á la caricatura, á la viñeta y á aquel sin fin de aplicaciones del boj ó de la plancha á la manufactura, al comercio y á las necesidades de la Administración pública.

¡Hum! No niego que eso del grabado industrial es asunto serio. Un nuevo mundo descubierto por el Museo de Kensington, por el Museo Real de Turín, por las Escuelas de Artes y Oficios. Pero no hay que alarmarse: ó la especialidad se hunde, ó tendrá forzosamente que inspirarse en las alturas del Arte para sorprender el sentido exquisito de la forma.

¿Morir el grabado artístico? ¿Porqué? Ya sé que hoy los mejores cuadros se pasean por todas las exposiciones: que las hay permanentes en las principales ciudades: que, con un simple billete de ferrocarril, podéis ir lejos, muy lejos á admirar, á saborear las maravillas de la Pintura, de la Estatuaria, de la Arquitectónica. ¿Y qué? ¿Habréis así suprimido la misión especial del Grabado superior, del alto, del histórico? No lo imaginéis. Es el único que siempre os dará *á solas* el culto de lo grande y de lo selecto: el único que, con la magia del buril y de sus accesorios, os interpretará lo *excelsior* en el silencio de los gabinetes.

1852-1854

SECCIÓN TERCERA

Cuestión de alojamiento.—Del pupilaje moderno y de la culinaria antigua.—Tres pesetas en Perona.—Intimidades: teoría del plato fuerte.—De sobremesa: ábrese la sesión.—A bala roja.—Habla Fernández y González.—La novela popular juzgada por los Maestros.—No le da la gana de ser asesino.—Coll y Vehí.—Literatura blasonada.—Estoy inspirado de cornetín.—Política del «no empujar.»—Mas trabajillos.—Se entrevé el libre-cambista.—¡Aquella Holanda!—Cómo escribiríamos ahora un capítulo sobre la España primitiva.

I

Mi brusca transición desde el hogar doméstico á la vida en comunidad de amigos, me hacía discurrir á menudo sobre la cuestión de alojamiento en las Capitales. De entonces acá, mucho ha mejorado, en esta parte, la condición de la gente trashumante: ya no es sólo el *garni* francés, sino la pensión suiza y el *family hotel*, con esas fondas monumentales, tan limpias, tan correctas y tan admirablemente llevadas, que el espíritu inglés ha ido generalizando... en el extranjero.

La pensión suiza y, á imitación suya, la belga son las

dos formas públicas de alojamiento que más se acercan á la vida del hogar. Allí os instaláis solos ó con la familia: tenéis cuarto, baño, telégrafo, teléfono, buzón, la manducatoria, comedor aparte, sala común ó reservada, y, con cinco francos mensuales que añadáis por el servicio, vivís á cuerpo de rey y en perpetua intimidad con los vuestros.

Así, en su mayoría, están montados los 1.000 hoteles que próximamente se cuentan en Suiza, con un personal de 16.000 dependientes, y un valor de 250 millones en inmuebles y de 74 en mobiliario.

Ya iba picando el trato suizo por Italia y Alemania, y tanto que, hace pocos años, conté en Berlín 18 buenas pensiones de aquella clase, sin perjuicio de las *Mœblirte Zimmer*, y en Florencia apunté 17. Por supuesto, París y Londres tienen de todo, y un poco también de todo la bulliciosa Viena. No así Roma, donde los cómodos hospedajes no pasan todavía de los grandes hoteles, sin duda, según allí aseguran, por lo elevado de la territorial, que obliga al inquilino de poco pelo á subarrendar parte de sus habitaciones, tratando á los pupilos como pobres estudiantes.

Así, poco más ó menos, hemos seguido en Madrid, y así á los estudiantes ó casi estudiantes nos trataban las pupileras por aquellos mis primeros años de Coronada. Teníais franca la elección: ó fonda ó casa de huéspedes. Fondas... así las llamaban; pero ninguna había en Madrid que fuese digna de una capital mediana.

He dicho que la de las Peninsulares pasaba por la mejor; júzguese del resto. En éste entraban la de *Los Leones*, la de *San Luis* y las de las calles de Peregrinos y de los Negros. Perona, más que fonda era *restaurant*. Se comía bien en Perona, mejor en Lhardy, y no os trataban mal en los Suizos y en aquellos después famosos Andaluces, que antes estuvieron en la calle de Carretas.

Poca variedad en platos finos. Lhardy os servía, por encargo, un buen *entrefilet*, las mayonesas de pescado, un lenguado á la normanda, un salmis de perdices, el sabroso *riz de veau* y la rica salsa tártara para aderezar las langostas. En los Suizos, el timbal de macarrones; en Perona, las

berengenas á la provenzala; en los Andaluces, un plato de riñones ó de calamares en su tinta. La mayor parte de los manjares que figuran hoy en cualquier mesa regular eran entonces un mito para el vulgo de los gastrónomos. De las 17 sopas clásicas del ilustre Chevet, no llegaban á ellos ni la *bisque,* ni el sagú, ni la tortuga, ni la cola de buey, ni la *bouillabaisse,* ni la crema de espárragos. En platos superiores, ni el rodaballo, ni la codorniz *bardée chasseur,* ni el *suprème* de faisanes, ni los cardos *à la moelle,* ni siquiera el *chapon du Mans.* En quesos un *statu quo* irritante: el prosaico Gruyère, el Roquefort, y á lo más el Chester; no habían entrado en curso el Brie ni el Camembert, ni el Neufchâtel, y mucho menos el Strachino y el Stilton. El caviar y la anchoa italiana, ni soñados. Y, en materia de helados, lo más delicado, lo mejor, ó no se había inventado, ó no había tomado aquí carta de naturaleza. Hasta muy entrado el segundo Imperio francés no penetraron en nuestro suelo la *Charlotte Plombières*, la *glace Châteaubriand* y la variedad de *Walewskys.* Ya nos hubiéramos contentado con imitar la raja de melón del eminente Tortoni ó el *tutti frutti* parisién del Café Napolitano.

La cuestión de vinos era una desesperación cuando queríais reunir media docena de amigos en un restaurant. Abundaba el Burdeos, desde el Saint Julien al Château Laffitte y al Margaux y desde el Graves al Iquem. Pero el Borgoña escaseaba en toda la escala. Del Chablis para abajo había menos dificultad; pero una botella de Pouilly, de Pommard, de Clos Vougeot, de Beaune, de Chambertin ó de Romanée, era pedir la luna. En Rhines, no llegabais al Marcobrunner ni por supuesto al Johannisberg. Como marcas acreditadas de Champagne, os servían el Sillery y el Ay mousseux: el Möet *et* Chandon hacía tímidamente sus primeras apariciones.

Precios variadísimos y á capricho. Por doce reales cubierto, Perona os daba una comida basta, pero seria. Mas el pícaro Lhardy, que siempre ha sabido sostener la dignidad del mantel, no os lo ponía, con *menu* escogido, por menos de sesenta á ochenta.

II

Decían en Madrid que las casas de huéspedes eran lo más económico para toda clase de transeuntes. Económico, según, según. Más barato, podría ser; peor, imposible, como en el cuento del chocolatero. Esto decía yo al ver por dentro nuestras casas de huéspedes. Excepto *quizás* la Vizcaína, todas parecían vaciadas en el mismo molde. Habíalas de pretensiones, hasta de cuarenta reales; y digo *hasta*, porque dos años más tarde, este precio pagaba, por alcoba, gabinete y sala, en el Caballero de Gracia, un Ministro de ídem y de Justicia gallego, y era de los rumbosos. Rumboso... progresista.

De diez ó de cuarenta, pasando por los grados intermedios, no había en sus ajuares muy esenciales diferencias. Escaseaban las camas doradas, de rigor de moda entonces, las de palo santo y las de caoba: dominaba la de hierro, maqueada ó sin maquear, según la categoría de la casa. Ni pabellón, ni edredón, y los *sommiers* rarísimos. Lienzo morenito, jergones, mantas de Palencia, colchas de muletón catalán y un par de colchones tan aplanados que parecían lamidos por la apisonadora. Mesa de noche las menos veces: supliála la silla, donde ponían la palmatoria; y, para gorro de dormir, la novela *de servicio*, no habiendo nacido *La Correspondencia*. En pupilaje de menos de doce reales, nunca lavabo: si os lo ponían, teniendo fiador en la bolsa, era un cascajo viejo, cojo, con espejo corrido á trechos del azogue y chapa de mármol basto, por lo común cuarteado. Butacas, mecedoras, meridianas... ¡qué desatino! Ni cómoda á veces: confiado este servicio á vuestros propios baúles. Armario, y más siendo de luna, era atrevido lujo que alcanzaban pocos.

Mesa á dos fines, para escribir y para comer, si gustabais de tomar los desayunos en el cuarto. Entonces entraba el

servicio, y sin decir «agua va,» hacían á un lado los papeles y os ponían la chuleta con patatas en el mismo sitio donde, momentos antes, estabais borroneando una cuartilla, ó vertiendo los tesoros del alma en el último billete á la tirana.

En el gabinete, estera de cordelillo, y alfombra de fieltro en la salita, si el bolso os permitía tales esplendideces, y en el dicho *salón* un sofá, dos sillones y seis sillas de tapicería, todo cuidadosamente enfundado con oscuro percal manchado ó roto por los salientes ó abierto por las costuras. Consola con dos candeleros usados de Ruoltz; conchas y caracoles de mar en bello desorden; un reloj jubilado, y espejo de pared con marco que fué dorado y ahora, soltada la cascarilla y picado de moscas en lo bruñido, mostraba por todos lados, su riquísimo fondo de madera. Cortinajes visillos, en casos señaladísimos. Cuadros, los del Rastro, ó acaso en el centro, y como presidiendo el salón, un retrato de señora con cocas, vestido negro, medallón, cadena larga y varias sortijas sobre guante blanco, de cuando era la patrona una fornida capitana.

Otra nota muy característica: hasta en pupilaje de precio, la entrada por la alcoba; costumbre que debe ser muy española cuando todavía no la han desterrado nuestras pupileras.

En la mesa dominaba el plato fuerte. Fuerte no por la sustancia ó el condimento, sino por la porfiada lucha del diente con el hueso y la piltrafa. Para almorzar, el huevo frito y la eterna chuleta, ó el conato de beefsteak, *viste con patatas*, como decía la famulilla. La sopa, al revés de mi tierra: allí muy espesa, aquí unos granos de arroz ó algunos fideos *in gúrgite vasto*. Jamón, chorizo, caza ó ave de corral como pedir nidos de golondrina. Vino, *Château Peleón*, el que lo pagaba aparte: y aquí empezaron mis sorpresas la primera vez que *bebí* de pupilo. En Barcelona teníamos tan á pasto el tinto, que había oído á algunos payeses del llano jactarse de no conocer por dentro el uso del agua. El porrón era el más íntimo y consecuente de sus amigos. Y añadiré que el más discreto, porque allí la borrachera er

cosa rarísima, lo mismo en el campo que entre la gente de fábrica. En tierras castellanas abundaba el mosto, y tanto en Aragón que se quejaban de tener que tirarlo. Explíqueme quien pueda por qué razón las pupileras de Madrid lo declaraban artículo de lujo... y lo declaran. Ni sería por los consumos, siendo la Corte tan pródiga en tabernas y tan común el empalme de las turcas entre los muchos ciudadanos que tienen por oficio, como decían nuestros abuelos, ser esponja de pipas y mosquitos de tinaja.

III

Para muchachos de aquella edad nuestra, poco ó nada significaban estas mecánicas de la vida. Generalmente hasta que se cría panza no comienzan á tener valor ciertas comodidades. No diré que un joven de instintos finos mire con desdén un paquete de billetes ó un plato bien condimentado; pero de fijo tiene puestas en otra parte sus punterías. Allí, el que más y el que menos, estábamos en el momento de la embocadura: á ver por dónde le tomábamos el hilo á la suerte: si la Política, si la Administración, si una Cátedra, si Ultramar, si la pluma, si el simple juego de las respectivas relaciones. Raras veces nos veíamos fuera de las horas de comer: entonces entraba el desquite, siendo muy frecuente prolongar el rato de sobremesa hasta las dos ó las tres de la mañana. Artes, literatura, la bella mitad y el sempiterno registro de la política. Cada personaje y cada bandería tenían su mote ó su adjetivo. Bravo Murillo, un hacendista ramplón; González Romero, un amanuense de cancillería; Donoso, un trompeta bíblico; el progresista, un *pobresista*. Como si el bofetón del golpe de Estado francés hubiera caído sobre nuestras mejillas, decretábamos que los franceses habían perdido toda clase de derechos á la jefatura latina. Si Francia hubiera podido aparecer allí en forma corpórea y *de las que pestañean*, hasta el saludo le hubiéramos negado. Lo

alemán, lo alemán era lo que imperaba de sobremesa y si
distinción de conceptos. Para las cabezas de corte filosófico
la extrema izquierda hegeliana con Ruge, Feuerbach
Max Stirner; para las de inclinaciones literarias, el gra
Schiller. Los de sentido musical saludaban la aurora de
wagnerismo. Para España, brotaban á millares las solu
ciones concretas: en Política, las facturas republicanas; e
Hacienda, el impuesto sobre el capital ó el progresivo; e
Administración, autonomías locales acentuadas; en la cues
tión obrera, reminiscencias sansimonianas ó el sentimenta
lismo de Leroux ó los organismos de Luis Blanc y conso
tes. Las polémicas eran á bala roja, sin destrozar más qu
las gargantas, porque el pabellón de la amistad cubría l
mercancía. A lo mejor, ó cuando llegábamos á lo álgido, un
salida de Alabern, una agudeza de Robert ó el talentazo d
Pi bastaban para calmar las mayores tempestades.

No éramos círculo cerrado; porque á menudo iban á an
marle los *externos*, ansiosos de medir sus armas en aquel p
lenque. Uno de los más asiduos era Manuel Fernández
González, que ya ejercía de pontífice entre nuestros nov
listas populares, digan lo que quieran el tétrico Revilla y s
legión de Aristarcos. ¡Juzgar á Fernández y González por
que escribía! Era un genio de aquellos que se descolora
con la tinta. De aquellos que no se dejan sorprender, e
pleno centelleo, sino cogiéndolos al vuelo en el trato íntim
entre el rico follaje de la frase inspirada, saltona, picaresc
ó en la nota parlante andaluza cuyo secreto se han disput
do en Madrid, y en una larga sucesión de años, él, Seraf
Calderón, Sánchez Silva, Albareda y Cánovas del Ca
tillo.

Así que empecé á leer novelas de Fernández y Gonzále
comprendí lo difícil de su clasificación para nuestros ajust
dores literarios. Les cogíais llenos de compromisos. Había
decidido, con Goethe, que la novela es la epopeya modern
y con Federico Schlegel, que es una epopeya bastardead
Tenían hechas sus casillas: la novela subjetiva, la objetiv
la leyenda, la caballeresca, la heroica, la pastoril, la
costumbres, la histórica del tipo Walter Scott, la cómica,

ıicaresca de nuestros clásicos, la humorística del género ›terne ó Juan Pablo.

Tan satisfechos nuestros hombres con sus moldecitos; en anto que la novela contemporánea se les iba insubordinan-.o y por todos lados escurría el bulto en busca de nuevos entidos y direcciones. Entonces idearon ampliar el encasi-ado y se *dignaron* admitir nuevos patrones: el patrón de ı novela social, el de la filantrópica, el de la religiosa, l de la experimental, el de la realista.

¡Qué chasco cuando empezaron á llover los *absurdos!* El rimero de ellos Víctor Hugo; y, en Francia, además Balzac, orge Sand y Alfonso Karr, y más tarde Flaubert y Zola y ›s Goncourt; y en Rusia Tolstoi y Tourgeneff, y en Austria acher Masoch, y en los Estados Unidos el excéntrico Pöe en Inglaterra no sé cuántos.

Adoptaron una táctica especial para salvar el conflicto. ’eclararon monstruos á algunos; y á los demás palo de cie-ɔ por no haber podido meterlos en cintura. Y desde aquel ıomento empezaron á repartir mordiscos á diestro y sinies-o. Y mordieron á Sue y á Soulié, á Dumas padre y á Du-as hijo. Y muerden á Daudet, á Delpit, á Claretie, á euillet y hasta á Cherbuliez, el correcto de los correctos. Y ordieron á Gogol y á Pouchkine. Y mordieron á Auerbach, alemán. Y quisieron destrozar á Bulwer y á Dickens, sin ɜrdonar á Tackeray ni á miss Bronte, ni á Elliot, ni á ollins, ni á Ouidà, ni á Trollope, ni á Mac Carthy. Y gue-a sin cuartel á los novelistas anglo-americanos, por más ıe *pretendan* llamarse Irving, Sealsfield, Hawthorne, Bee-ıer Stowe, Bret Harte ó Hermann Melville.

¿No habían de emprenderla también con el pobre Fernán-ːz los tiranuelos del Arte? Llamábanle el Dumas español; ːro ya en aquellos tiempos murmuraban, murmuraban di-endo de él entre dientes lo que después anduvieron vocean-› por las Revistas literarias: «que, falto de reflexión, correc-ón y buen gusto, se dejaba arrastrar á regiones á que no ːbió descender;» «que, esclavo de la fantasía, no hacía más ıe hacinar aventuras, buscar efectos y causar sorpresas,» que su paso por las letras españolas sería como nube

tempestuosa que deslumbra con su belleza y juntamente lleva, por doquiera, desolación y ruina»

Sin ser crítico, ni mucho menos, jamás se me ocurría entonces, ni se me ha ocurrido después, tomar las novelas de Fernández y González como dechado de gusto literario ¿Para qué? ¡Si ya los tenemos aquí de sobra los representantes del gusto, y de resobra los planchados, peinados y perfumados! Habrá un género más y no será ciertamente el de los insípidos. ¿Por qué al lado de lo que seduce por el pensamiento, ó la pintura de los caracteres, ó lo delicado de la trama, ó el reflejo histórico, ó la gala del estilo, no hemos de admitir lo que atraiga únicamente por el movimiento, el dialogado, la imaginación y el colorido? Negadle estas dotes al autor de *Martín Gil y Men Rodríguez de Sanabria.* Bien podrá ser que estos *extravíos* estén más ajustados al nivel de nuestra raza que vuestras soserías académicas. Acción, paleta, maravillosidad, y si queréis quijotismo, ya lo sabemos esto es españolísimo. Haya pasto para la gente culta, pero dejad aquel desahogo á lo popular y no os metáis en más filigranas.

Dicen de nuestro fecundísimo escritor que, para preparar no sé qué novela histórica, se contentó con ir una mañana á la Biblioteca Nacional para tomar dos fechas y dos nombres.

Será cuento; pero yo no os creo capaces de exigir que la novela histórica sea una fiel reproducción de los hechos. ¿Conocéis la *flor azul* de Novalis, el insigne autor de los *Himnos á la noche* y de *Enrique d'Ofterdingen?* Es la flor que nadie ha visto todavía, pero cuyo perfume llena el mundo entero y deja embriagado al que una sola vez lo aspire. Pues esta flor azul es el *espíritu* de la Historia, el espíritu, que no está en el personaje ni en el suceso, que se siente en todas partes y no se ve en ninguna, porque es éter, porque es nimbo porque flota por encima de los hechos, porque es la atmósfera y el sabor de una época. ¿Os lo da el historiador? Raras veces. Siempre tropieza con un obstáculo: la distancia del hecho. Acudid á un novelista perspicaz, intuitivo, colorista y aquí os encontráis con el gran mérito de Fernández y

González. ¿Qué os importan ni su falta de erudición, ni sus igerezas, ni el desenfado con que manejaba las realidades istóricas? El mismo lo decía: «yo presiento.» Y, con efecto, resentía, adivinaba; y de tal manera se indentifica y os dentifica con sus personajes y situaciones, que las veis, las alpáis, vivís momentáneamente en ellas y con ellas; y pese no pese al buen gusto literario, tenéis que convenir en que, i aquello no es verdad, *debe* serlo.

Cuando murió, dijeron los revisteros que la casa de Mani-i le dió á ganar, en poco tiempo, más de un millón, y que a de Guijarro le tomó, durante una temporada, todo lo que scribía, á razón de cincuenta duros diarios. No lo pongo n duda, y aun admito que echara coche más adelante; no sí cuando venía á mi casa, porque entonces era muy raído le capa y el tipo perfecto de la explotación de la pluma por os editores. Siempre que le veía, me acordaba de Schiller uando dice que, en el reparto de los bienes de la tierra, Jú-iter se dejó á un lado al poeta, abandonándole la posesión lel ideal como única compensación de toda suerte de felici-lades. Del ideal vivía entonces el pobre Manuel; porque no e visto hombre más trabajador ni peor retribuído. Exalta-an la bilis sus lances de jornalero con capitalista. Pero él os aderezaba con su incomparable gracejo. Veces hubo en ue, para cobrar algo, tuvo que apelar á mil estratagemas, omo cuando metió á su editor en unos almacenes de ropa echa, y allí se encargó un traje completo á cuenta de cuar-illas.

No contentos con escatimarle el puchero, todavía preten-lían gobernar su pluma, cortisqueándole los escritos. Un lía fué á verle el editor y le echó una fuerte reprimenda on motivo de la introducción á una novela.

—¿Sabe usted, amigo D. Manuel, que la tal introducción a siendo interminable?

—Todo depende de la muerte del Conde.

—Pues mátele usted.

—¿Matarle yo? A mí no me da la gana de ser asesino.

IV

Por el contraste, hacía juego con Manuel Fernández, en nuestro cenáculo, Pepe Coll y Vehí, el catedrático de San Isidro. Todo lo que tenía Manuel de agudo, de abundoso, y, en punto á letras, de rapado á navaja, lo tenía el otro de erudito, de reposado y sobrio de palabra. Para él parecía escrita la famosa décima de Salas sobre la vida honesta y arreglada. Y lo de la *continua ocupación*, que es el último verso de la receta, lo llevaba Coll á tal extremo que, según me confesó varias veces, sólo en las horas de dormir se permitía dar vacación al espíritu. Era un hombre serio de los que me gustan: serio de profesión, pero con fundamento y sin aparato; porque, en esto de los hombres serios, hay mucho que distinguir, y siempre que me ponderan ciertas seriedades, me acuerdo de la del burro.

Poseíamos, á temporadas, un tercer personaje que hacía el efecto de una ducha helada entre aquellos hervores democráticos. Era un linajudo con fuertes abolengos; nobleza de provincia por su casa, y Grande de España por su enlace con una dama de la más alta aristocracia. Cuando el duque venía á Madrid, era para hacer en Palacio sus guardias de gentilhombre, y fiel á antiguas amistades, nunca dejaba de visitarnos. Hacían duquesa y duque una soberbia pareja. Correctísimos en todo; pero la palma la llevaban en la figura; porque si la Grandeza de España tuviera que medirse por las estaturas y la corpulencia, á fe que nadie hubiera disputado el puesto de preferencia y honor á aquellos tan proporcionados cónyuges. Colosales ambos: si como era moreno él, hubiese nacido rubio, le hubierais tomado por un magnífico coronel de hulanos; una cabeza, unas melenas y unas patillas de lo más espléndido y vistoso que pueda criarse por las alturas del Norte. Dióle, durante algún tiempo, por adorar á Shakespeare, en cuyos arriesgados fondos cogió la tentación

de escribir un drama melenudo: decían si para lucir sus dotes literarias, aunque otros aseguraban que fué únicamente para cantar las alabanzas de una ilustre Casa condal de que era también titular la señora, entre sus muchos heredamientos. El marido disparó su drama, y aun creo, si la memoria no me es infiel, que fuimos á aplaudirle los amigos. Él lo publicó despues en una edición esmerada, encabezándola con cariñosas frases dedicadas á su mujer, á cuyo nombre acompañaba todo el blasonaje de la egregia estirpe, con una letanía de títulos, entronques y apellidos que ocupaban dos cumplidas páginas.

Eran los flacos del ilustre prócer, flotante siempre entre el linaje y la literatura. El linaje lo declaraba hasta en el traje, ostentando, bordadas, con trencilla, en el cuello de la capa, las armas de la familia. Y sus aficiones literarias quiso perpetuarlas en un primoroso retrato donde el aristocrático vate aparecía con gentilísimo aderezo: mirada en alto, pelo *en coup de vent*, ancho cuello á la valona, vestón de terciopelo y la mano puesta sobre unos tomos de su idolatrado Shakespeare.

Otra particularidad de mi excelente amigo era la variedad de sus tarjetas. Grandes, medianas y chicas. Las mayores eran de matrimonio; gran tamaño, tres títulos de Grandeza en letras como puños, corona ducal y profusión de escudos y escudetes. Segundas tarjetas más ligeritas, con sólo un título. Y las terceras, las íntimas, las de confianza, las de *garçon*, eran de sorpresa; al primer golpe no veíais más que el retazo de *bristol*; pero acercándolas á la vista, descubríais en el centro un puntito negro que contenía, en imperceptibles caracteres, el simple apellido de nuestro simpático personaje.

Coronaba nuestros diarios esparcimientos un travieso mancebo que, por lo originalísimo de su carácter, bien merece también su par de pinceladas. Factura de colas de lagartija. En tantos meses, pocas veces lo vi sentado; y estando de pie, no paraba cinco minutos en el mismo sitio. De todo hablaba, á todos y á un tiempo respondía; y si había diez corrillos con diez conversaciones distintas, en todas había de

meter baza. Como tenía sus ribetes de poeta, decía yo que, al morir, podrían aplicarle el epitafio de Huerta:

> «Deja un puesto vacante en el Parnaso
> y una jaula vacía en Zaragoza.»

¡Desdichados de vosotros si os tomaba de paño de lágrimas! Un día me pilla en la Iberia á las doce de la noche, y empieza á referirme unos lances suyos de interés medianísimo. Da la una, dan las dos y sigue la resaca. Me levanto y se levanta, echo á andar y no me pierde pisada, parándome cada dos minutos agarrado á mis solapas. Llamo á la puerta de mi casa, abren, tomo rápidamente la escalera y el hombre tras de mí con la milésima edición del cuento: entro en mi despacho, en mi última trinchera, y allí me espera la última andanada. Cuando hubo vaciado el saco, miré el reloj... ¡eran las cuatro de la mañana!

Á lo mejor os encajaba cuatro brochazos en una ventana, y poniéndoos á distancia, os los hacía mirar entre el pulgar y el índice para que confesaseis que aquello era la mar del efectismo. Hubo un necio que le declaró músico de nacimiento, y mejor fuera que se lo callara, porque desde entonces parecía loco, y se ponía á imitar con la boca toda clase de instrumentos, haciendo *masas* de orquesta y *dibujos* de violín y de flauta. Un tararear sempiterno. Siempre que estaba en esta operación era inaccesible. Porque una vez entré de golpe en su cuarto para anunciarle una buena nueva, me echó con cajas destempladas, diciéndome secamente: «No quiero oir nada en este instante; *estoy inspirado de cornetín.*»

V

Con las polémicas literarias mezclábamos las políticas de actualidad. Había empezado, entre los moderados, una nueva moda, que era poner en las nubes la política de los inte-

reses materiales. Tomáronla de sus vecinos los imperialistas. Ponderaban la necesidad de alejar de las corrientes políticas á los pueblos, encerrándolos en el cauce de las económicas. Halagaban al capital, la industria, el comercio, la riqueza rústica y la urbana, á condición de que los favorecidos se contentaran con el régimen político dominante. Anunciaban sólidas ganancias basadas en una serie de medidas de protección industrial á costa de los intereses del consumo que, por lo visto, nada significaban. No echaban en olvido al operario, imitando también en esto á Napoleón III, como ayer le imitaba Bismarck y hoy le imita Guillermo II; siempre en boca el jornalero con la ilusión de que, haciendo socialismo desde arriba, han de impedir que nos invada desde abajo.

Á la simple lectura de aquellos programas *materialistas*, último cartucho del partido moderado, empezábamos á entrar en dudas sobre la eficacia y, más aun, sobre la lealtad del sistema. «No empujar, parecían decirnos los moderados; tendréis toda clase de venturas con tal de ser nosotros los que os hagamos felices. Vosotros al taller, al escritorio, á la hacienda, al obrador; nosotros á gobernar, que para esto nos hizo supremas inteligencias el Dios de las alturas.»

Recordábamos que, en idénticos ó parecidos términos, habían hablado los hombres de la antigualla, cuando el Clero y la Nobleza ejercían la exclusiva de gobernantes; y si algo, entre lo popular, se deslizaba en calidad de Ministro, Consejero ó Capitán, era bajo la égida tutelar del fraile ó del magnate. También pretendían ellos sujetarlo todo á su molde político; pero el molde se rompió, como se había de romper pronto el del moderantismo. Un molde duró más que otro. ¡Bah! Cuestión de tiempo, que es un mero accidente en el progreso de las ideas.

Cogí la pluma y mandé á la imprenta algunas cuartillas, no para darlas una publicidad que ciertamente no merecían, sino para fijar en ellas mi humilde pensamiento. Parecíame comprender, al primer toque de los últimos planes moderados, la enorme distancia que hay entre lo propio y lo otorgado, y que no era razonable deber á una concesión aquello mismo que cabe adquirir por legítimo derecho. Las concesio-

nes, decía yo, son á veces cuestión de buena ó de mala digestión en el otorgante; dependen de su humor ó de su capricho. Por el contrario, el derecho es permanente é inmutable. Mas, para ejercerlo, se necesita ser partícipe en el Poder, tener personalidad política, y los moderados regateaban con su censo esta personalidad al mismo capitalista; y los moderados la subordinaban á un criterio político determinado; y los moderados absorbían toda la personalidad política del operario en los derechos concedidos á los amos. Ante todo, otorgar privilegios al fabricante; de estos privilegios, y no del propio derecho, dependería la vida del jornalero.

Conveníamos todos en que no podía darse bandera más simpática que aquella de los intereses materiales. Pero con su cuenta y razón. No con el criterio autoritario, porque éste había de traer las influencias del partido de los *rurales*, para quienes el mundo empieza y acaba en los intereses de la clase. No con el criterio autoritario, que no sabe conceder libertades sino en forma de privilegios. Y por esto decía yo: «Resolverlo todo autoritativamente por máquinas, talleres y jornales es volver á los tiempos del Fuero Viejo, cuando se daban cuadernos de leyes para una casta privilegiada, manteniendo las demás á respetuosas distancias.» Seguid el hilo. Primero, leyes de casta para la nobleza militar; después, leyes de clase para la del dinero. ¿Qué había de suceder? Que á su vez, y andando los tiempos, también vendrían los obreros á reclamar sus leyes de casta ó clase. Consultad ahora los programas de sus Congresos. Aquellos polvos trajeron estos lodos.

Mi ídolo era Bastiat, cuyas *Armonías económicas* empezaba entonces á saborear, leyéndolas con tanta seriedad como una obra de Kant, y con tanto deleite como un folletín de Edmundo About, el novelista de moda. Allí me afirmé en mis instintos ya favorables á las libertades económicas; y de aquel estudio nacieron mis primeras inclinaciones á la doctrina del libre cambio.

Traté también de precisar mis ideas en otro trabajillo, y éste fué del género histórico, porque lo suscitó la lectura

del libro primero del proteccionista Federico List en su *Sistema Nacional de Economía política.* Citaba yo el ejemplo de los fenicios, cartagineses y venecianos, que lograron concentrar, en sus manos, las riquezas de sus respectivas edades, sin otra política que la de aprovechar los elementos y auxiliares de actividad *naturales,* sus mares, costas, vías fluviales, el espíritu mercantil de la raza: con buenos climas, pero con territorios estrechos, avaros de producción y á veces sin industrias. A lo cual los holandeses, otra insigne Potencia comercial, añadían más tarde la lucha con las ingratitudes del suelo, sustrayéndolo hábilmente al imperio de las aguas y apoyando, en puntales de madera, aquellas sus florecientes Ciudades, con los depósitos y almacenes que llegaron á convertirse en emporio del comercio universal, donde se cruzaban los ricos y variados productos de las comarcas más afortunadas.

Hacía notar el contraste del opulento mercader holandés con nuestras antiguas indigencias. España, erizada de ordenanzas y prohibiciones, señora de América, dueña de sus tesoros; y, con todo esto, sin industria, ni agricultura, ni Hacienda, con ejércitos muy valientes y también muy harapos y con flotas desbaratadas. Holanda, pigmea, perseguida, baqueteada, pero libre, pero con inauditos arranques y sublimes atrevimientos, hasta conseguir—ella sin cultivos—alimentar, con sus graneros, á la Europa entera—ella sin imperio,—levantar el más floreciente de los coloniales á las barbas de sus opresores. Aquí, en lo del imperio colonial, hacía mi escrito gran hincapié, porque en ninguna ocasión veía tan desautorizadas, como en aquélla, las funestas prácticas de la política proteccionista. Sin el proteccionismo religioso de Felipe II, no se hubiera formado, en contra de nuestros intereses, la República de las Siete Provincias Unidas, como sin el proteccionismo político-económico que cerró el puerto de Lisboa, ni los bajeles de Hutman hubieran tomado el rumbo del Oriente, ni hubieran soñado los holandeses en barrer, del archipiélago de la India, la dominación hispano-portuguesa. Tal era mi síntesis: que no vale atajar con restricciones las corrientes comercia-

les, ni con ellas lucharéis impunemente; porque á menudo, si no siempre, el triunfo es para la víctima y el naufragio para los sacrificadores.

VI

Ya metido en harina, renováronse antiguas aficiones, tentóme el género histórico y concebí un proyecto tan colosal, tan colosal, que ahora, al recordarlo, me río de mí mismo y de aquellas presunciones de mozo inexperto. Quise escribir un *Estudio filosófico-histórico sobre la España primitiva.* Y fué mayor pecado haber empezado á ponerlo por obra. No era posible que el trabajo prosperara. ¿Dónde estaba á la sazón nuestra ciencia de lo Prehistórico? ¿Á qué altura llegaba nuestra Arqueología? Escasos los estudios etnológicos: mal barajados todavía con los etnográficos. Echarme á andar por esas tierras en busca de edades de la piedra ó del bronce, era tarea imposible: imposible también sepultarme en los archivos para otras más cercanas y menos controvertidas. ¿Maestros? ¿guías? Tarde vinieron para mi propósito. Tarde vino Pictet á explicarnos los orígenes indo-europeos: tarde Bertrand, Enrique Martín y Boucher de Perthes, que tanta luz derramaron sobre las antigüedades célticas: tarde Zeller y Goffroy, que buscaron el filón del germanismo. Y más tarde que todos ellos ha aparecido Emilio Hübner con su preciosa Arqueología de España.

De la extrema penuria en que vivían entonces nuestros historiadores ó aspirantes á historiadores *de orígenes*, daban cabal testimonio cuantos escritores, nacionales ó extranjeros, habían tenido la honradísima intención de escribir nuestra historia, con los mayores ensanches posibles. Siempre limitaban lo primitivo á mezquinos capítulos. Reducidos tableros, donde movían á discreción, tomándolas ó desechándolas, las piezas convenidas: su Tubal, su Tarsis, su Gerión, sus treinta reyes, sus Vascos bien ó mal colocados, su línea arya de los

iberos instalados en el Mediodía y Oriente de la Península, sus Celtas en las costas septentrionales y occidentales, y para el centro, la raza mixta de los Celtíberos. Todo aderezado con minuciosas divisiones y subdivisiones en tribus y con el aditamento de lo que llamaban cuadros de costumbres; y no eran sino someras indicaciones de los principales caracteres de cada grupo etnográfico ó de cada tribu, sin orden, ni serie ni relación alguna con el respectivo desenvolvimiento de las razas.

Ahora, á diferencia de hace cuarenta años, los historiadores de orígenes tienen el camino muy expedito. Con juventud y con entusiasmo pueden recorrerlo rápidamente. Por Norte y por Oriente, se han abierto las más genuinas fuentes históricas, y como ya dije en otra ocasión, apenas hay una ciencia entre las modernas que no vaya á darles poderoso auxilio. Sin remontarse á las alturas de Mortillet y los de su escuela, nuestros investigadores en Prehistórico van ganando terreno. Ya tenemos una Geología española. Tenemos una *teoría* de nuestro hombre terciario. Hay quien se arriesga á más: se arriesga á dibujar, sobre nebulosa, la fabricación prehistórica de instrumentos y enseres, sus perfeccionamientos, su enlace con la división del trabajo, las primeras inclinaciones á las artes de adorno, los primeros instintos artísticos en el rayado sobre huesos.

Y como era natural, mayores recursos se han obtenido, en los mismos cuarenta años, para la investigación de los períodos históricos. Las transmigraciones, las corrientes étnicas se van siguiendo paso á paso casi hasta llegar á las instalaciones definitivas de las razas. Es más: cuando se trataba del movimiento de una de ellas, se atendía, en un principio y con preferencia, al elemento dramático, á la acción, á los flujos y reflujos, al accidente externo; hoy se estudian con mayor interés las evoluciones internas. Buen propósito es averiguar la procedencia y asiento de los Vascos, si los Iberos fueron nuestros aborígenes, por dónde nos invadieron los Celtas y por qué clase de procedimientos se realizó la fusión de ambas razas. Pero, á mi juicio, es todavía más trascendental dar á conocer la fisonomía moral y social de

nuestros primitivos grupos étnicos, y darla á conocer en toda su extensión, desde las bajas esferas de la pura animalidad, hasta las supremas regiones de la inteligencia.

¡Cuánta cosa curiosa resultaría si ahora le obligasen á uno á emprender en serio aquellos mis estudios de marras! Empezaríais estudiando en nuestras razas primitivas la vida inferior, la de nutrición: clase de alimentos que usaban, guisos, condimentos, clase de bebidas, si conocían alguna espirituosa, algún excitante, algún narcótico. De la nutrición pasaríais á la vida de los sentidos: relaciones sexuales, sus normalidades y sus extravíos; compostura del cuerpo, *tatuages*, vestidos, adornos y joyas; iniciaciones en los dominios del Arte, danzas, cantos guerreros, cantos religiosos, instrumentos musicales; adivinaciones y crepúsculos de las artes gráficas y plásticas.

De los sentidos, á lo afectivo, á la vida del sentimiento. Aquí entraríais en los altos dominios morales, empezando por estudiar, en aquellas razas, la primera forma de sentimentalidad, el apego á los objetos, que en las infancias, así de pueblos como de individuos, suele preceder al apego á las personas. Al compás de estas *querencias*, marcaríais los pasos de aquel sentido moral que engendra ó que purifica los afectos de familia, el de padre, el de madre, el de hijo, el de hermano. Veríais, en una sucesión de períodos, crécer ó decrecer dicho sentido moral,—según fuere siendo mayor ó menor el respeto á los ancianos, si os fijáseis en las consideraciones guardadas á la edad:—según fuese aumentando ó disminuyendo la dignificación del sexo femenino, si atendiéseis á la condición de la mujer:—según las muestras de ternura ó de aspereza que fuéseis observando en el trato con los niños, si quisiéseis estudiar los distintos grados de protección á la infancia.

De las costumbres pacíficas ó de las belicosas, de lo blando ó de lo duro, ó de lo feroz de las inclinaciones, deduciríais, en cada raza, el alcance del espíritu de fraternidad entre los vivos; así como adivinaríais la veneración á los muertos por el número, la clase y la importancia de los ritos funerarios. Y, en lo más elevado de la escala de los senti-

mientos, vendría naturalmente á colocarse la nota religiosa de nuestra gente primitiva: concepto de la Divinidad, creencias sobre la vida futura, el culto, las ceremonias, carácter é influencia del sacerdocio.

Completaríais la revista de nuestra civilización primitiva con tres aspectos superiores; lo social, lo económico, lo intelectual: organización de la familia, matrimonio, propiedad, aptitudes y aplicaciones industriales, Poderes públicos, cultivo del espíritu.

Ya sé que, en este vasto programa, habría muchos huecos difíciles de llenar. Quizás se llenarían con el tiempo. Hoy por hoy os contentaríais con los tesoros que os suministran los arqueólogos: la paciencia, una continua indagación, las inducciones, las afinidades y analogías de razas, irían haciendo el resto.

1852-1854.

SECCIÓN CUARTA

Un turno de representaciones.—No resultan las Águilas.—*C'est l'épée.*—Siete millones que valen un Imperio.—Hondos problemas.—Si buena mano le dan, sus calabazas le cuesta.—Rataplán: vista al Czar.—Guerra de Crimea.—Pensemos en paleto.—Los Kamehamehas primeros.—De cómo nos hacen progresar los Ingenieros de la Muerte.—Leñazos y recreaciones.—Sobre fondo negro.—En pleno libre cambio.—¡*Diavolo d'Inghilterra*!—*Bonjour M. Soulé.*—La diplomacia del sombrero.—Balbo, Donoso Cortés y Lamennais.

I

Con sólo el juego que dieron la política nacional y la extranjera, había de sobra para mantener, no ya nuestras peleas de sobremesa, sino un buen par de docenas de Congresos diplomáticos. ¡Qué zafarrancho en toda Europa desde el último trimestre del 52! Tomemos anchuras, si hemos de recordarlo todo, y si cada pieza ha de quedar colocada en su sitio conveniente.

Muerta, á mano airada, la segunda República, abría Francia un nuevo turno de representaciones con la tragi-comedia imperialista. Comenzaba lo divertido de la fiesta con la exposición del primer cuadro: la proclamación del Imperio

Ya quisieron los impacientes dar el empujón el 10 de Mayo del 52, cuando se hizo, en el Campo de Marte, la distribución de las Aguilas; pero la gente no estuvo de humor, y las tropas se hicieron el sueco; y eso que eran las Aguilas grandes, las de Austerlitz, «símbolo de una época heroica.» Todo se gastó en saliva; porque aquel día el Imperio no pareció, y el hombre providencial tuvo que volverse, de simple Presidente, á su escenario del Eliseo.

Con la más santa tranquilidad se tragaron esta pildorilla los reaccionarios. Demasiado sabían que el Imperio había de venir. Hasta aprovecharon la coyuntura para echársela de liberales. Un retrógrado de los nuestros me decía en aquella ocasión: «Mejor es que el Imperio no haya salido de la revista del 10. Dirían que lo han hecho los pretorianos. Estas cosas deben tratarse por lo civil. El Imperio ha de salir de la voz del pueblo.»

Fué profeta, porque todo Septiembre y todo Octubre se destinaron á ensayar *voces*. Hubo una Odisea y fué homérica. El Príncipe se dedicó á dar largos paseos y siempre tomando pulsos: en Estrasburgo, en Roanne, en Lion, en Tolón, en Marsella. Unos le ofrecían el corazón: otros le disparaban un *Ave Cesar*. Vino por fin el cohete envuelto en el discurso de Burdeos: *L'Empire c'est la paix.*—C'EST L'ÉPÉE, contestaban los maliciosos.

Tan cohete que ya estalló al llegar el taimado *sobrino* á París. Allí, en la misma estación, le aclamaron, le adoraron, le besuquearon. Allí, él y Morny, que estaban algo torcidos, dieron el espectáculo de un tiernísimo abrazo. Y allí fué donde el Prefecto del Sena le dirigió aquellas conmovedoras palabras: «Ceded, Monseñor, ceded al voto *unánime* de un pueblo entero.» ¿No había de ceder? A ello le forzaron, en Noviembre, siete millones y pico de votantes sobre una cifra de población de treinta y seis millones de almas. Sufragio universal llamaron á esta figura.

Desde aquel punto y hora, hubo para Madrid varias clases de política francesa. Hasta los salones tuvieron la suya, Los politicones, cada cual en su cuerda: alegres los moderados, torcidos de gesto los progresistas, apabullados los demócra-

tas. Los liberales del género erudito se tranquilizaban recordando que *ya* Tácito lo había previsto todo. ¿Cómo sostendría Napoleón III aquella nueva maquinaria? Y Tácito les contestaba: «*Nemo unquam Imperium* FLAGITIO QUÆSITUM, *bonis artibus exercuit.*» ¿Cómo se las gobernaría el Amo francés para ir trampeando ciertas hostilidades? Y Tácito les decía: «*Factus naturâ, et consuetudine exercitus, velare odium* FALLACIBUS BLANDITIIS.

Más ameno é infinitamente más sustancial era el género de política francesa de nuestros salones madrileños. ¿Por qué razón el nuevo Emperador vestía el uniforme de general de división y no el de mariscal de Francia? ¿Por qué se consentían á los súbditos todas las costuras bordadas, estando de peto liso las Majestades y Altezas?

Venían luego los problemas hondos. ¿Llegarían á triunfar, en los bailes de las Tullerías, el calzón corto y la perneta? ¿haría el *poudré* su entrada oficial en el gran mundo? Más hondo: ¿habría pajes en la servidumbre imperial, ó empezaría la serie por los chambelanes? Más al bulto. ¿Por qué razón el señor de Saint Arnaud acumulaba sueldos hasta la suma de 300.000 francos, y los del pobre Magnan no pasaban de 200.000? ¿Por qué la ración del caballerizo se limitaba á 95.000 francos y un cura sin familia, el Capellán mayor, el Obispo de Nancy, se sorbía cómodamente sus 125.000 del pico?

Lo que más intrigaba á nuestros cortesanos era la cuestión de la etiqueta del nuevo Palacio imperial. ¿Tendría, en esto, buena mano el tercero de los Napoleones? Recordaban la mala del Tío en tan delicado asunto. ¡Aquellos Prefectos de Palacio del primer Imperio! ¡Aquel Beausset que estuvo tan torpe cuando lo del divorcio! Pero se tranquilizaron al ver á Bacciochi de Maestro de ceremonias. Con Jefe tan perfilado, todo marcharía al pelo.

II

París nos llevaba de sorpresa en sorpresa. En Noviembre del 52, la proclamación: en Enero del 53, las bodas imperiales.

Tan desgraciada ha sido después la pobre Emperatriz que pocos querrán recordar las terribles envidias que suscitó, en Madrid, aquel premio gordo. El primer anuncio de la boda cayó como una bomba en nuestra sociedad elegante. Belleza sin par, talento, suprema distinción, Grandezas por derecho propio, alma del primer salón de la Corte y, por encima de todo, una Corona imperial: tanto y tanto era mucha ganga para una sola y humana criatura. *Par exemple, c'est un peu trop fort!* me decía una de sus íntimas, puestos los ojos en París y olvidándose del castellano. Otras se consolaban buscando las atenuantes: el novio, un aventurero; un trono de mentirijillas; no había de durar un año; Victoria é Isabel le harían alguna trastada; el faubourg Saint Germain, ó puesto de uñas, ó sublevado. Mas, apenas se tuvo conocimiento de la famosa nota del *Monitor* que anunciaba oficialmente la boda y del no menos famoso Manifiesto del futuro marido, explicando los motivos de su elección, la tempestad se desbordó y soltáronse los mal disimulados celos en una lluvia de finísimos epigramas. ¡No digo la que se armaría cuando se conoció la servidumbre de la nueva soberana! Un mayordomo mayor, un primer gentilhombre, un primer caballerizo y segundos y terceros, y para llevar la cola, una Essling, una Bassano, una Montebello, una Marismas! Entonces los malévolos se reían; pero era la risa del conejo.

Cierto ingenio de la Corte tuvo una salida felicísima. Decía que, en aquellas bodas, la ganga no era para *Ella*, sino para *El*. ¡Un prójimo de aquellos antecedentes encontrarse, de manos á boca, con tres Grandezas de España de primera clase!

Quienes se reían de veras éramos nosotros, los pipiolos, con un criterio que difería, en absoluto, del de los de copete. Parecíanos desde luego muy en su punto que un Emperador se casase por lo estético y lo selecto; buena moza, elegante, y un pesquis de primera para el manejo de la tecla cortesana. Bien se conoció luego en el brillo que nuestra Eugenia supo dar á las Tullerías; porque, de seguro, no hubieran llegado á tanto, como esposas ó como amas de gobierno, ni la Howard, ni la Douglas, ni la metódica Matilde, ni otra dama cualquiera de más egregia estirpe.

En lo que estábamos de acuerdo, chicos y grandes, era en calificar de piramidal el tupé del novio al publicar el Manifiesto de las explicaciones. Aquello hería la fibra nacional, hasta entre demócratas. Fundar la elección de esposa en la idea de sostener, á los ojos de Europa, *sa position de parvenu*, no era en verdad exceso de galantería para con una dama tan principal y bastante menos advenediza que él, dentro de las tradiciones nobiliarias... y en todos los terrenos. Comentábamos el desdén con que el tercer Napoleón hablaba de *preocupaciones* dinásticas: como si alguien ignorara que, antes de pedir la blanca mano de una Guzmán, había recibido dos soberbias y *dinastísimas* calabazas; y no sólo le habían rechazado los Hohenzollern, sino que el príncipe de Wasa, por quitarse de enredos, había hecho salir á su hija para la Bohemia más que á la carrera.

Entretanto los copleros gritaban en París:

Chantez la grace unie
Au génie:
Chantez Eugénie
Et les amours
Durant toujours.

Y Guizot, el ilustre jubilado, decía á los bolsistas: «*¡Enrichissez-vous!*» Hartaos de cuartos.

Porque entonces iba á empezar el gran reinado de los amores y de las millonadas. No para todos, en verdad que no. Para los de arriba, los ríos de oro; para los de abajo, los torrentes de sangre.

Entremos en la vía dolorosa.

III

Cuatro Imperios lucía la Europa de aquellos tiempos: uno joven, dos viejos y el decrépito Otomano. ¡Constantinopla! ¡qué rico botin! decían en San Petersburgo; como de Londres lo dijo un día Blücher desde la cúpula de San Pablo.

Nicolás acechaba la presa. Habían sido los sueños de Catalina. ¿Quién se atrevería á toserle al nieto? ¿No era él, en Europa, la más firme columna de la legitimidad? ¿Qué Monarca, menos él, no había tenido que doblar alguna vez la cerviz bajo el espíritu revolucionario? Para meter insurrectos en pretina, un prodigio; domando una insurrección, había escalado el trono; domando otra insurrección, había inventado el orden de Varsovia. No contento con la mohina de casa, su espada estaba siempre dispuesta á socorrer al vecino para aplastar la hidra; un día acuchillando húngaros para dar gusto al pariente de Viena; otro día presentando sus cosacos en Posen para complacer al pariente de Prusia. Como freno de inquietudes y entretenimiento de ocios militares, tenía además tres remedios soberanos: la Siberia, el knout y la guerra del Cáucaso.

Rataplán y alinearse. Á ver si me despejáis ese camino del Bósforo. Nunca había estado peor la Turquía. La Bosnia inquieta, la Albania inquieta, el Montenegro sublevado, los wahabitas levantados en Arabia, renovadas, en Siria, las querellas de drusos y maronitas. Hombres de Estado, Alí y Fuad-bajá, jefes del reformismo, contrapesado por el rancio Reschid, fanático islamista; el efectivo del Ejército reducido casi á la guardia del Sultán; sin rastro de Administración ni esperanza de Hacienda; Abdul Medjid, un padishah flojo y sin agallas para manejar aquellas teclas.

En otros tiempos, hubiérale bastado al Oso alargar la pata; pero estábamos en el siglo XIX, época—dicen—de mayores miramientos. Para dar paso á la pretensión, había que in-

ventar pretextos y *ainda mais* contar con algún prójimo de los que suelen hablar recio, *exempli gratiâ,* con Inglaterra.

Mi círculo de noche estaba entonces en la calle de la Montera, con unos cuantos muchachos y una peste de panzudos vejetes, que cultivaban la política exterior leyendo el *Journal des Debats* y las soporíferas crónicas á lo Mazade en la *Revista de Ambos Mundos.* Era individuo de aquel grave Senado uno de esos pocos diplomáticos que, por sus pasos contados, llegan en España á Ministros plenipotenciarios; y, como parecerá muy natural, estaba muy en los trotes de la cuestión de Oriente, porque conocía al dedillo Constantinopla, Berlín, Londres y Petersburgo, no sé si del lado de los tocadores, ó del de las Cancillerías, ó por ambas partes. Y como le viesen de buen ingenio, le dejaban lucir sus talentos profesionales, á lo cual gustoso se prestaba apenas veía una rendijilla por donde dar escape á sus humos cancillerescos.

Todo despacho diplomático era un artículo de fe para nuestros viejecicos. Si franceses y rusos se disputaban ciertos derechos sobre el Santo Sepulcro de Jerusalén, sobre la posesión de una lámpara, de una llave ó de un armario, nuestro ex-plenipotenciario creía cándidamente que existía un verdadero *casus belli* en el fondo de aquel armario, en la lámpara y especialmente en la llave. Creía que si el ruso llegase á desenvainar la espada, lo haría por puro celo religioso. Y cuando leyó ú oyó contar que, en un baile de la gran duquesa Elena, Nicolás había dicho á Hamilton Seymour que «Inglaterra y Rusia tenían, entre los brazos, á un pobre enfermo y que sería bien sensible que se les muriera,» también nuestro amable contertulio veía en ello un claro indicio de la magnanimidad del Czar y un franco y desinteresado deseo de salvar, á todo trance, la Turquía.

Los mocitos nos la echábamos de más ladinos. No creíamos una sola palabra de lo que rezaban los despachos diplomáticos. Entendíamos que, ni á rusos ni á franceses importaba un ardite tener más ó menos sitio en el templo de Jerusalén, ni que hubiera armario ó tablilla, llave ó llavín, lámpara ó candileja. Ni nos enternecía la piedad del Czar con la misión divina de la Santa Moscovia; pues, en punto á

misioneros rusos, nos bastaban los recuerdos de Paskewitch y un simple estudio *de interior* en las minas de Siberia. Y, en cuanto al *pobrecito enfermo*, nosotros, que no sabíamos el ruso, traducíamos las palabras de Nicolás á Seymour en este correctísimo castellano: «Cojan ustedes un brazo del paciente, yo cogeré el otro; y así, como quien no quiere la cosa, le pasaremos al cuello un dogalito, no vaya otra vez á aletear birlándonos la herencia.»

Nuestros babones se quedaron con un palmo de narices cuando vieron desvanecerse los pudores internacionales de las primeras notas diplomáticas: cuando, al estallar la bomba de Crimea, se encontraron con que todos los papeles estaban de antemano repartidos. Nosotros, en España, de mirones; ciertos gordos, como Austria y Prusia, excusándose cortesmente de tomar parte en la contienda: Rusia, izando con toda franqueza la bandera del señorío en el Mar Negro y en los pasos bizantinos: Francia, pidiendo el desquite de Moscou para sacar lustre á la Corona de Diciembre. Inglaterra fué la Potencia que más tardó en decidirse. ¿Por qué? Primero, porque los pacíficos de Manchester la tenían algo sujeta. Y luego... por la conciencia del mercachifle. Calculaba los millones de libras que había de costarle amparar al enfermo. Fueron setenta.

Aquellos larguísimos días de preparativos y lances militares fueron muy aprovechados por la gente curiosa. Corríamos de la *Presse* al *Times*, del *Nord* al *Daily News*; y para pescar la *Independencia Belga*, teníais que hacer cola en Monier, en Baylli Baillière, en el Ateneo ó en el Casino. ¡Cómo desfilaban en el papel las notas y los regimientos! ¡con qué vertiginosa rapidez veíamos marchar los sucesos! En Enero del 53, las provocaciones de Menschikoff; en Abril, la nota rusa á Clarendon para el reparto de la Turquía; en Mayo, aproximación de la escuadra francesa á Salamina; en Junio, paso del Pruth; en Octubre, paso de los Dardanelos por la escuadra anglo-francesa; en Noviembre, el lazo de Sinope. Entrábamos en el 54, y la ola de sangre iba avanzando: Enero y Febrero, pasaportes á Castelbajac, pasaportes á Kisseleff; en Abril, definitiva alianza de Francia é Inglate-

rra; en Junio, la derrota de Silistria; y luego, arriba Bomarsund y abajo Alma y Balaklava, Inkermann y Sebastopol, con el trueno final de Malakoff.

IV

El período á que se refieren estos sucesos abarca mucho más tiempo del que corresponde al presente capítulo de mis Memorias; pero la unidad de acción obliga y no podemos romperla. Mis particulares impresiones no variaron en toda aquella larga temporada. De día, exaltada la imaginación con la lectura de los partes, con los movimientos de tropas y escuadras, con los cuentos de victorias y derrotas. De noche, unos insomnios terribles con otra sobrexcitación que me representaba de bulto las más pavorosas escenas, y me iba planteando, uno tras otro, los grandes problemas de la guerra.

¿Á qué hablarnos de invasiones en los libros, como de cosa pasada? ¿No estábamos presenciando, en Europa, una invasión de cosacos?

Nos referían la leyenda de Havai, como ejemplar de la invasión más reciente; pero nos consolaban con la idea de que aquello pasaba en la Oceanía.

«Kalanopú, cacique de Ko, odia de muerte á Kamehameha, cacique de Kona; y Kamehameha, cacique de Kona, odia de muerte á Kalanopú, cacique de Ko.

»Y Kalanopú ataca á Kamehameha, y Kamehameha vence á Kalanopú.

»Y Kamehameha es cacique de Kano y de Ko.

»Y vió que esto era bueno; y Kamehameha ataca y vence á Kahikili, cacique de Mavi.

»Y Kamehameha es cacique de Kona, de Ko y de Mavi.

»Y vió que esto era bueno; y ataca á Kaeó, cacique de Oahú, y le vence.

»Y Kamehameha es cacique de Kona y de Ko y de Mavi y de Oahú.

»Y vió que era bueno; y ataca á Komualí, cacique de Kavai, y le vence.

»Y Kamehameha es cacique de Kona y de Ko y de Mavi y de Ohaú y de Kavai.

»Y viendo que todo aquello era bueno, Kamehameha se declara Rey de las islas Havai y piensa en serlo de Taiti y Emperador del Pacífico.

»Y los sabios anunciaron que Kamehameha I era un fundador de dinastía y capitán insigne y gobernante sin par, desde su real palacio de Vaikikí, cerca de Honolulu.»

Los cultos europeos del siglo XIX ¿estaríamos también engendrando Kamehamehas?

Esta era mi primera sorpresa. Ver á lo que alcanzaba, todavía en estos tiempos, el capricho de un hombre. Ver que, por un simple antojo, aquel hombre, poseedor de la mitad de Europa y de un tercio del Asia, podía adjudicarse el florón de Constantinopla; y por este solo hecho y en un decir amén, se rompían en Europa todos los resortes de la vida moderna: artes, comercio, lazos de nacionalidad, ansia y necesidad universal de público sosiego.

Había pasado anticipadamente el Czar centenares de notas. Las notas, ¿eh? Secadme esos papelitos. ¿A qué habían conducido los negociadores bordados? Con ó sin los Nesselrode, los Menschikoff, los Orloff, los Kisseleff, los Buol y los Druin de Lhuys, el negocio hubiera marchado lo mismo. Apunten ustedes: siglo XIX, una invasión neta, *regnante Nicolao*. Como Alarico, como Atila, como Omar, como Tarik, como Tamerlán, como los caudillos normandos.

Y los cándidos seguíamos perorando sobre los arbitrajes internacionales.

Dábame otra noche por echar mis cálculos sobre la ciencia aplicada á la destrucción Del arma blanca al arma de fuego un progreso incalculable, habían dicho los historiadores militares. ¡Ah! sí: como medio expeditivo. Matar cien mil hombres en horas ó matarlos en minutos, es notable economía en la duración de la faena. Mas lo esencial no es el tiempo, sino la identidad de la cifra: cien mil hombres, cien mil sepulturas. Cuando estalló aquella guerra de Crimea, la mecánica militar empezó á marchar á toda vela. La teoría de la aniquilación iba engendrando maravillas en el cerebro de los Ingenieros de la Muerte. Y aún no teníamos la belita, ni la roburita, ni la hetofita, ni la gelignita, ni tantos y tantos estupendos productos del arte dinamitero; ni conocíamos á

Krupp, ni algunos de los veinte modelos de fusiles usados hoy en los ejércitos; ni hacían prodigios el de aguja, el Chassepot y el Hauser, ni las ametralladoras: ni asistíamos á las luchas de resistencia á potencia entabladas después entre el blindaje y los proyectiles.

Decidme la manera de conciliar el sueño entre aquellos eternos paradojismos. Por un lado, corremos tras de la ciencia y de la industria para mejorarnos; por otro lado, las buscamos para destruirnos. ¡Y tan encantados con nuestros progresos industriales! Siquiera los súbditos de los Kamehamehas no se tomaban tanto trabajo.

Mis problemas se complicaban. ¿Cómo, en una época democrática ó semidemocrática ó de instintos democráticos, eran posibles ciertos contrastes? Los conquistadores de antaño pagaban con su individuo, arriesgando el pellejo. Ahora, el soldado francés moría del tifus, del cólera ó de un metrallazo allá en Levante; y acá, del lado de Poniente, su Emperador pasaba lunas de miel en Saint Cloud, cazaba en Compiegne ó hacía nidos de tórtola en las playas de Biarritz. El soldado ruso destrozado en Silistria ó en Crimea, mientras que el *Padre* recibía corte en el Palacio de Invierno ó cambiaba saludos en la Perspectiva Newski. ¿Cómo, cómo eran todavía posibles ciertos contrastes?

¡Si sería verdad el *homo lupus* de Hobbes! ¡Si acaso le sobraría la razón á José de Maistre con sus teorías sanguinarias!

Allí le tenía al feroz de Maistre, en tomos, sobre una mesa. Aquellos libros, hojeados, á altas horas de la noche, para buscar un sueño febril, me quemaban las manos. Y, sin embargo, parecían explicarlo todo. «Que la injusticia es la ley »del mundo. Que el mundo está basado en la iniquidad uni»versal. Que la vida incesante está condicionada por un in»cesante asesinato. Que todos pereceríamos si el fuerte no »matase al débil. De ahí el crimen, el verdugo, el sacrifica»dor, el soldado. Todos viven en una atmósfera de sangre. »El crimen mata, el verdugo mata, el sacrificio mata, el »soldado mata. Sacrificador y soldado matan al inocente. »Y la sociedad no los escupe. Para el sacrificador, los sacer-

»docios; para el soldado, la más alta de las recompensas »humanas: LA GLORIA!»

¡Qué católico aquél tan singular! Tanta sangre me ahogaba. Necesitaba otra vez la fibra del corazón, el secreto de lo humanitario, los tesoros de la piedad para tantos y tantos padecimientos. Y entonces mis insomnios empezaban á tomar un aspecto, si cabe, más siniestro: cuando, sobre el fondo negro de la alcoba, y como tintos en rojo, se me dibujaban los más estupendos estragos de los combates navales que me acababan de referir, de los asaltos que me describían, de las últimas batallas á que asistía en espíritu. Veía caer á los bravos, enfilados por una batería, ó tocados en mitad del corazón, ó destrozados; y al propio tiempo, por ese don de ubicuidad que posee la fantasía, presenciaba, á cien leguas de ellos, las escenas de sus familias. Oía distintamente llantos, ayes, alaridos, quizás carcajadas de extraviado furor de tanta víctima improvisada por los caprichos soberanos. Una madre incrédula ante la evidencia del golpe: una hija extraña á todos los consuelos: una viuda besando, entre gritos desgarradores, la carta reciente, un anillo, una hoja arrancada de la cartera, donde estaba depositado, con la última lágrima, el que había de ser adiós eterno. Y viudas y madres y tiernísimos hijos, casi indiferentes á la lectura del terrible parte: atentos á todos los silencios, atentos á todos los ruidos, como queriendo sorprender, en el vacío, ó entre los rumores, el lejano bullir del campamento, la última palpitación del moribundo, el eco de un postrer beso confiado á los vientos...

¡Ah! ¡Siquiera aquellos bravos eran los *personales*, los resonantes, los ilustres! ¡Siquiera había para ellos alguna de aquellas tristes compensaciones que el mundo de los agradecidos dedica al mundo de los valientes: la pensión, honores póstumos, una mención en la lápida, una mención en la Historia. Algo había más doloroso en los fondos negros: la masa, el anónimo, el raso, el alistado, el número de fila, acañoneado, alanceado, mechado, destripado, descuartizado, sin ecos, sin público, sin monumentos y casi sin Patria, porque no lo era la que así le mandaba perecer por tan extraños intere-

ses. ¡Y allí también había madres y esposas, hijos y hermanos y lágrimas á torrentes!

¡La masa! ¡Y cómo la veía yo operar en aquellos horrendos panoramas! ¡Y agitarse, y avanzar, y retroceder, y cerrarse, y abrirse, y extenderse, y replegarse, y surgir súbitamente de la tierra, y súbitamente hundirse en la hondonada bajo huracanes de metralla!

Y glu, glu, glu, el brotar de la sangre.

Y pum, y pum, y pum, el trueno de la artillería.

Bayoneta contra bayoneta. Y se acercaban unas á otras, y paso atrás y vuelta á la carga. Empuje por empuje: ojos saltados, cuellos rajados, pechos atravesados, vientres perforados, montones de caídos, ringleras de muertos.

Y glu, glu, glu, el brotar de la sangre.

Y pum, y pum, y pum, el trueno de la artillería.

Aquellas nubes de polvo... ¡los coraceros! ¡Cómo brillan al sol los petos! ¡cómo relucen las espadas! ¡cómo se agitan los penachos al rápido volar de los corceles! La avalancha llegó. Otra masa informe. Caen jinetes sobre jinetes y el caballero sobre el caballo, y el caballo sobre el caballero: ruedan cascos, morriones, petos, espaldares, arzones, brazos arrancados y cabezas sueltas; revólver contra lanza, carabina contra bayoneta, machete contra espada. Los sables abren hueco en el montón y, serpenteando la granada, pasea por la arena trozos palpitantes. Esa niebla espesa que veis aparecer y condensarse sobre aquel remolino, no es el humo de la pólvora, no es el sudor del caballo, no es el aliento del hombre, es el vapor de las carnes.

Y glu, glu, glu, el brotar de la sangre.

Y pum, y pum, y pum, el trueno de la artillería.

Basta, basta, por caridad. Pero el sueño no llegaba, y, entre aquellas mis tinieblas, se abría el sitio de las fosas. Allí la raza eslava, la raza anglo-sajona, la raza latina, los hijos del Profeta hundían la flor de sus generaciones. Y luego recorría los hospitales y contaba hileras de camillas y oía rechinar las sierras sobre el duro hueso y veía apilar cadáveres y restos amputados. Y de repente, siniestros resplandores iluminaban mi horrible escenario, y aparecían las mieses

abrasadas, las granjas incendiadas, los bosques talados, y ancianos y niños y mujeres huyendo despavoridos del teatro de la matanza.

Y pum, y pum, y pum...

Y así me dormía.

V

¿Molestaría á ustedes ahora una reseñita de la situación política de algunos Estados de Europa y de América en aquellos momentos? Es punto interesante y no abusaré de mis lectores.

Inglaterra era feliz. Decía Russell que ni la guerra con Rusia sería, como no fué, motivo bastante para que dejasen de marchar *as usually* los asuntos interiores de la Gran Bretaña. En Septiembre del 52 moría Wellington, dejando sus semillas á Raglan y á sir John Bourgoyne, dos campeones de Crimea.

Resueltamente estaban entonces los ingleses por lo avanzado. Bogaban en pleno libre cambio, y á tal punto que el mismo Disraeli se creía obligado á disparar un Presupuesto, que era un continuado halago para los *free traders*. Y todavía Palmerston se mostraba descontentadizo, calificando de mantequillas y pan tierno las promesas de los tories, y pidiendo medidas algo más acentuadas en el sentido de las ideas manchesterianas. Venía después Aberdeen con un gabinete de coalición y un programa de polvorín como no se había oído otro en aquellas tierras: reformas coloniales, reformas parlamentarias, planes de educación popular, conversión de la Deuda y un proyecto de universalización del sufragio.

En la cuestión religiosa, las contradicciones de siempre. Por un lado mucha tirantez con Roma con motivo del restablecimiento de la jerarquía católica y de las que llamaban agresiones pontificias. Por otro lado, grandes actos de tole-

rancia, como la emancipación civil y política de los judíos.

Tres años antes, en las calles de Londres, habían administrado una silba monumental al mariscal Haynau, el verdugo de los húngaros. Y, desde entonces, clamaban las Cancillerías contra el derecho de asilo inglés en favor de los revolucionarios, y llovían notas sobre notas, y Palmerston se negaba á toda composición invocando la libertad y sus fueros. Asimismo la invocaban los ligueros de Manchester, haciendo propaganda pacífica, capitaneados por Cobden, y otros economistas de legítima cepa. Eran tribunos y apóstoles á un tiempo. Defendían las buenas doctrinas económicas, las llevaban al Parlamento y procuraban infiltrarlas en los textos legales. Tan animosos se mostraban y tan convencidos, que Cobden iba á presidir, en Edimburgo, un Congreso de la Paz, mientras ingleses y rusos se estaban rompiendo la crisma allá en los mares y tierras de Levante.

Continuaban las desdichas de Italia. Radetzky haciendo de las suyas en el Lombardo Véneto. Con sesenta y cuatro ejecuciones militares respondía á una conspiración combinada en Milán entre Kossuth y Mazzini. Las confiscaciones alcanzaban hasta á los Borromeos y al duque de Litta. Rabiaba el Piamonte, y rabiaba la Suiza porque le expulsaban 6.000 tesineses del territorio lombardo. Ya consumada la tropelía, Austria empezaba á hablar de futuras suavidades en el régimen de sus posesiones italianas, prometía asimilaciones lentas y progresivas, y dividía el gobierno en civil y militar. Pero Radetzky no salía.

La Toscana ardía en procesos. Condenaban á Guerrazzi á quince años de cadena y empapelaban á los esposos Madiaj, acusados de proselitismo protestante. La cuestión Madiaj se complicaba con notas diplomáticas de Londres, de Berlín y de París: asunto curiosísimo que probablemente traería tan desasosegado al Gran Duque como los mismos manejos revolucionarios.

En los Estados Romanos, si no tocaban precisamente á fusilar, seguían en su mayor auge las hazañas de la policía pontificia. Tampoco se descuidaban los conspiradores, alentados con el rumor de que las tropas francesas iban á salir

de Roma. ¡Necios! ¿Qué más daba que salieran ó no salieran? ¡Si, con la mecánica de aquellos tiempos, donde hubiese quedado la huella de un francés, allí hubieran colocado *en el acto* la planta de un austriaco!

Nápoles seguía de campeón de la legitimidad en el Mediodía de Europa, al estilo de Rusia que lo era en el Norte. Por aquellos meses del 52 al 53, los Gobiernos napolitanos estaban tan retozones y de tan buen humor, que si las bailarinas de San Carlos se hubiesen empeñado, les hubieran consentido el calzón de punto, de color de rosa, en vez del verde que se les tenía prescrito por el decoro. Aquí nos hacíamos cruces los liberales. ¿Había que ahorcar en Nápoles algún masón? Indulto al canto. ¿Era presidio ó destierro? Minoración de pena. Por supuesto, amplia amnistía cuando el viaje de la Corte á Sicilia. Pero los liberales siguieron conspirando. Ello mucho debió de ser, porque, en Septiembre del 53, los Consejos de guerra habían despachado, en Nápoles, veinte sentencias de muerte, quince de cadena y tres de destierro perpetuo. Lo más significativo era la calidad de los condenados: ex-ministros, ex-diputados, sacerdotes, escritores; el duque Cirelli, el barón Dominicis, un La Cecilia, un Salicetti, un Ruggiero.

Buenas desazones costaron á las Autoridades aquellas algaradas. Mayores fueron las que les dió Gladstone con la publicación de sus famosas *Cartas sobre Nápoles*. Como entonces Gladstone era conservador, cayeron como una bomba, en Europa, aquellas revelaciones, que Garibaldi llamó después el primer toque de corneta de la libertad italiana. Me estoy figurando la cara de probar vinagre que pondrían allí los absolutistas al leerlas. *¡Diavolo d'Inghilterra!* —dirían.— Hoy un simple *gentleman* nos pone las peras á cuarto. ¡Qué diferencia de aquellos tiempos en que lord Hamilton, lord Nelson y la incomparable Emma Leona servían de tapadera para la muerte de Caracciolo y otras enormidades!

Los políticos anglo-americanos vivían en una atmósfera de Senegal. Dominaba allí la política del *go-a-head*, pareciendo todavía poca tajada la que la Unión se había hasta entonces administrado. Y Franklin Pierce, el Presidente, se

devanaba los sesos proyectando grandes anexiones: la de Cuba, la de Méjico, un canal de Panamá incorporado á la República, una intervención obligada de los yankees en toda clase de conflictos internacionales. Ya íbamos más allá del pensamiento de Monroe: no era la América para los americanos, sino un jaque á Europa desde las ventanas de la Casa Blanca. Era, por lo menos, mucho madrugar. Las anexiones no vinieron; y, diez años más tarde, aquellos anexionistas del bien ajeno tuvieron que luchar con sus propios separatistas.

Á nuestros gobernantes los tenía en un brete la gente americana. Ya promovía altercados con las Autoridades de Cuba, ya facilitaba desembarcos, ya celebraba ruidosos aniversarios, motivo de otras tantas manifestaciones filibusteras. Había aquí quien aconsejaba hacer, con los cubanos, una política de atracción. Como contárselo á la abuela. La política de explotación había pasado á la categoría de axioma: toda colonia una viña. Un Capitán general, y no de los fusiladores, se lo dijo, en claro castellano, á los puerto-riqueños: «Las colonias han nacido para obedecer.»

El golpe recio vino cuando el Presidente nos mandó de embajador á Soulé. Cass y Soulé personificaban el americanismo. Cass, en Londres ó en París, era como decir á los europeos: «Están ustedes de sobra en América.» Soulé, en Madrid, era como decirnos á nosotros: «Están ustedes de sobra en Cuba.» Así cayó tan mal Soulé en la Villa y Corte; y todo aquello de los desafíos con la Embajada de Francia, tuvo su principal origen en lo antipático del personaje. Era, en efecto, de un trato poco agradable. Yo le conocí en un salón que frecuentábamos los dos; y al principio le tomé por un cuáquero al ver aquel aire montaraz, aquellos cuatro pelos recogidos detrás de las orejas y el largo levitón azul que era su compañero inseparable. Siempre parecía preocupado; á vueltas con su *carnet*, tomando notas de todo; y afectaba hablar mal el francés, como si no supiéramos que lo era en realidad, y además Senador por la ex-francesa Luisiana.

Un día, estábamos él y yo esperando al Ministro de Estado en el saloncito amarillo: Soulé muy sentado, con el sombrero

calado hasta las cejas. ¿Querrán ustedes creer que, al entrar el Ministro, ni se levantó, ni saludó, ni siquiera se quitó el sombrero? Seguramente nos creía ya *anexionados* y nos trataba así, como de casa. El Ministro, que era todo un caballero, le miró con cierta extrañeza y le espetó un seco «*Bonjour, Mr. Soulé.*» Yo, con mi geniete, no hubiera guardado tantos miramientos. Empiezo por no saludarle, me arrellano en el primer sillón que cojo á mano, pido la *chistera* y me la encasqueto.

VI

Tres grandes lumbreras se apagaron entonces en Europa: Balbo y Donoso Cortés, en 1853; Lamennais, que murió en Febrero de 1854.

Había dos hombres en César Balbo: el político y el escritor. Como político, era un personaje de recomendación dudosa, no por la honradez, sino por sus aficiones y tareas. De joven, prestó sus servicios á los Gobiernos menos favorables á la independencia italiana. Ya maduro, y en una época en que convenía á su país marchar hacia adelante y con decidido paso, dióle al conde Balbo por ponerse al frente, no de los que empujan, sino de los que paralizan. Conservador sistemático más que oportunista: tan errado en esto como aquellos otros que quieren volcarlo todo de golpe, sin atender á las *grietas* que la Historia haya dejado abiertas. Como escritor tuvo más corazón y muchísimo más brío; porque, en su periódico *Il Risorgimento*, mostró siempre grandes arranques de libertad y de patriotismo. Su *Historia*, ó mejor dicho, su ensayo de *Historia de Italia*, alcanzó el concepto de libro clásico, no por la valentía que tanto distingue á la de su contemporáneo Botta, ni por el corte erudito de la vieja escuela de Muratori, sino por la encantadora fluidez que Balbo sabía dar á la narración y por la maestría con que manejaba *l'idioma gentil, sonante e puro.*

Por desgracia, en su última obra *Speranze d'Italia,* el político se sobrepuso al escritor. Difícil era orientarse entre aquellas logomaquias. Quería compaginar lo incompaginable. Quería mucha independencia y pocas libertades: quería la unidad de Italia, como Azeglio, como Gioberti, como Cavour, como Garibaldi; pero le preocupaban, ante todo, los prestigios de los Poderes tradicionales. Quería el espíritu moderno y lo ponía bajo la tutela de los Papas.

Donoso Cortés fué una ampliación de Balbo. Antes de ir á Berlín, Donoso era un excelente empleado: en Berlín fué donde se le dispertó el instinto poético. Poeta le llamo: no lo lleven á mal sus distinguidos continuadores, nuestros neo católicos. Allí, entre los alemanes, cobró afición á las grandes síntesis, tomando la línea mística de Göerres, como pudo haber tomado la línea filosófica de Kant ó la de Hegel. Bonald, de Maistre, el P. Ravignan, la primera manera de Lamennais y las relaciones con Montalembert hicieron el Valdegamas completo.

Tratóse, cuando murió, de compararle con Balmes. Me permito ser de otra opinión. Balmes era un pensador: Donoso un sentimentalista. Balmes trató la Historia con detalle y espíritu analítico: Donoso la trataba *grosso modo.* Balmes os daba resultantes: Donoso preconcebía conclusiones. Y, dentro de su criterio católico-político, nunca fué Balmes tan exagerado como su ilustre contemporáneo.

Tuvo la suerte Donoso de hacerse en Europa un pedestal con dos discursos. Sus escritos de última hora fueron muy leídos y muy celebrados: rasgos de rica fantasía puestos primero en selecto francés, después en selecto castellano y anunciados, desde París, á son de trompeta. Combatió el socialismo sin entenderlo. Si lo hubiese comprendido, no hubiera recomendado la híbrida autocracia de su invención, que resultaba ser el más rudo, el más cruel y el más irritante de todos los socialismos.

Mi amigo Redondo anunció para el Calendario:

«San Juan Donoso Cortés,
Mártir, Plenipotenciario,
Ex-diputado y Marqués.»

Hacerse marqués no es un delito; pero no fué precisamente muestra de sencillez evangélica en un hombre que os tasaba hasta las palabras ociosas. Balmes pudo ser Cardenal, y no quiso.

Lamennais era un atleta. Trabajó mucho y sin descanso; pero no dió gusto á nadie. Prescindiendo ahora de matices, Lamennais inauguró en Francia, con Freyssinous, aquella interminable serie de abates ruidosos que pertenecen al género teatral: Lacordaire, de Genoude, Ravignan, Dupanloup, Freppel, el P. Jacinto, el P. Félix, el P. Gratry, el P. Dinon.

Una cosa no le perdonaron, ni los de su ropa, ni el mundo elegante: la clase de *cambiada*. De lo amargo á lo dulce, bien; de lo dulce á lo amargo, apostasía. Para gustar á los señores, el racionalista debió haber precedido al católico. Lamennais II debió existir antes que Lamennais I. ¿Qué queréis? Era un independiente. Por esto, con lo dulce, no le tiñeron de violeta ó de rojo la sotana, ni, con lo amargo, llegó á Ministro; quedándose al fin de sus días como el alma de Garibay, que no la quiso Dios ni el diablo.

Yo todavía dudo que hubiese *cambiada*. En el *Ensayo sobre la indiferencia*, nuestro abate ofrecía al Papa una infalibilidad por sufragio universal. Si el Papa desdeñó tan espléndido regalo, ¿qué menos podía hacer Lamennais que ofrecérselo al pueblo?

Roma no se portó muy allá con su antiguo paladín. Las *Palabras de un creyente* fueron las *Palabras de un resentido*. Se necesita más ten con ten con talentos de aquella fuerza. Valía la pena de correr un poco más, tras de la oveja. La oveja se trocó en lobo y destrozó el ganado. ¿No lo destrozó? Pues lo desconcertó, porque, en aquel libro sibilítico, las verdades de á folio se cuentan por docenas.

Varias veces vi en París á Lamennais; y, con mi temprana edad de entonces, no acertaba á sorprender un genio entre aquellos pelos descuidados, en aquel semblante de eterno juez y bajo aquella casi mugrienta levita. Como á Víctor Hugo, cuando escribió su primera oda, le llamaban el niño sublime, yo llamaba á Lamennais el sublime extraviado: extraviado por los espacios del Infinito.

¡Ah! La humanidad sería muy ingrata si no reservase á esta clase de extraviados un puesto especial de honor en el templo de la Gloria. Locos los llaman á veces, porque desnivelan lo común de las cabezas. Si es verdad que nacen, en un siglo dado, por ley de la Historia, también es verdad que nacen, para todos los siglos, por ley suprema de la Naturaleza.

Despojad á los Lamennais de su envoltura corpórea, y tenéis la gran abstracción, la inmensa síntesis. Porque los genios no serían nada si no representasen el aspecto sintético de la humanidad en todas las esferas:—síntesis del pensamiento humano cuando piensan: síntesis de la industria—cuando trabajan:—humana síntesis de todo humano dolor cuando padecen. Y, en medio de los eternos naufragios de la vida social á que todos asistimos, ellos, los genios, los Lamennais, son aquel rayo de sol que, en lo más deshecho de una tormenta, rasga las nubes, y tiñe, por un instante, de hermosos resplandores el cerrado horizonte. Aquel rayo de sol que ilumina al náufrago, que le alienta, que le acaricia, que le besa en la frente, como diciéndole en su lenguaje mudo: ¿á qué desmayar? ¿á qué desesperar? ¿por qué temer? Donde concluye la región estrecha de las nubes, allí comenzará la región infinita de las serenidades.

Esos que, en los genios, tomamos hoy por delirios de la fantasía, quizás no sean más que impaciencias del espíritu, ansioso detocar las codiciadas metas antes de lo que permite la inflexible ley de los tiempos; y esas sus caídas tremendas, tan frecuentes y tan profundas, que nos parecen mortales, quizás no sean signo de muerte, sino signo de vida: quizás sean anuncios de poderosos advenimientos de la razón humana, símbolos de redenciones ignoradas, compases de espera dentro de la armonía universal, liquidaciones de fuerzas gastadas, y conquista de otras nuevas para recorrer, á paso de gigante, futuras y maravillosas etapas del progreso.

1852-1854.

SECCIÓN QUINTA

En Casa.—Presidencia de frac.—El intríngulis de la política personal.—Con sus propias fajas.—D. Juan Bravo Murillo, *abogado del Colegio de Madrid.*—La Joven Democracia.—De cómo agonizaban los partidos viejos.—*Cuasi* jefe de una *cuasi* insurrección.—A estudiar á Viena.—Broncas y más broncas.—Dónde estaba la madre del cordero.—105 respuestas.—Por si no lo entendíamos en inglés.—Un rompecabezas.—Castaños y Mendizábal.—Filosofía fiambre.—Poca gente y á puerta cerrada.—Con la piedra.—Mis raciones de *Gaceta.*—Siluetas ministeriales.

I

Por no perder la costumbre, la política española seguía tan calaverona. Y ante todo una explicación. En lo que diga ahora de aquella política, no se esperen ni secretos de gabinete, ni importantes revelaciones, ni anécdotas interesantes. Según mi plan y mi costumbre, me limitaré á transmitir puras impresiones personales. Si esto no satisface, pase de largo el benévolo lector.

Con las postrimerías del 52, coincidían las del Gabinete Bravo Murillo. Gracias á algunos retoques, llevaba en el Poder cerca de dos años: verdadera eternidad para un Gobierno que aspiraba al sentido civil y dadas nuestras ordinarias

movilidades. Sin que acaso ni él ni los suyos lo advirtieran, Bravo Murillo representaba dos cosas de gran significación para el porvenir de las libertades españolas:—el término de la exclusiva, reservada hasta entonces á un partido—y la aproximación del momento en que el país había de recoger el guante arrojado por la fracción cortesana. Cuando nuestro célebre letrado entró á funcionar de Presidente del Consejo, ya el sable de D. Ramón no asustaba en Palacio; y muchos de los mismos y más aguerridos parciales del duque de Valencia, estaban cansados de aquella jefatura indiscutible de ocho años. Fraccionáronse, y con tanta enemiga y con enconos tales, que, declararse adicto á uno ó á otro bando moderado, equivalía á echarse en cara el mote de servilón ó el de demagogo. Tan encontradas estaban las voluntades.

En las de la Corte, no se disimulaba la inclinación á aquello que, por un delicado eufemismo, empezaban á llamar política personal, y antes llamábamos absolutismo. Creíanle cada día más posible, en vista de las numerosas victorias alcanzadas, en Europa, sobre el elemento revolucionario: el golpe de Estado francés, los descalabros de la Joven Hungría, las hazañas de Radetzky en la Lombardía, y las actitudes de resistencia adoptadas, con éxito sobradamente feliz, por el Rey de Nápoles, por el Papa y los Principillos italianos. Mas aquí la opinión pública atribuía los conatos de política personal á un motivo más poderoso. Había altísimos personajes interesados en ciertos asuntos que exigían la fiscalización parlamentaria; y, aunque ténue é incolora por lo bien amañado de las mayorías, convenía quitarla de enmedio para dar ancha margen y camino franco á los especuladores.

Esto corría de boca en boca, y á ello atribuían los idólatras de Narváez su caída y las escisiones de los moderados. Sostenían que el duque de Valencia no se prestaría jamás á una concentración de Poderes opuesta al sistema parlamentario. ¡D. Ramón liberal! Parecía tan absurdo, que otros se explicaban su actitud de muy distinta manera. Decían que lo que temía Narváez era tener competidores demasiado ele-

vados, porque la política personal no había de redundar en provecho suyo, sino en beneficio de la Corte. ¡Un indiscutible en competencia con lo inviolable! Por fuerza aquél tendría que ceder, porque los dos elementos no cabrían en un saco.

Claro que D. Juan Bravo Murillo, ni se creía responsable de la división del partido, ni sospechaba haber recibido la dirección de los negocios públicos para prestar su apoyo á ocultos manejos. Él lo tomaba por otro estilo. Pensaba que su sola presencia al frente del Poder, representaba los fueros de la clase civil, supeditada hasta entonces á la gente de guerra, con las Presidencias militares. Tan firme estaba en esto que, cuando le picaron en lo vivo, habló de ahorcar Generales con sus propias fajas. Pensaba que estaba llamado á abrir el ya mencionado período de los intereses materiales: de donde los planes para enjugar el déficit, su arreglo de la Deuda, lo de las minas de Linares y Río Tinto, con el famoso decreto sobre el ferrocarril de Aranjuez, preludio de las interminables peripecias á que fué dando lugar la cuestión de nuestros caminos de hierro.

Por último, pensaba D. Juan—y digámoslo en su justo elogio—que le había tocado la espinosa tarea de encarrilar, normalizar y moralizar nuestra Administración, despojándola de las vanas ostentaciones propias de aquellos hombres de Estado aparatosos para quienes, esté ó no esté arruinado un país, lo que importa es hacerle vivir con el lujo de Casa grande.

Por estas y otras varias razones, sucedía con D. Juan una cosa singular: que si os parecía abominable en su criterio político, en cambio le adorabais en otros criterios; como cuando sostenía que, en épocas normales, el mejor Presidente del Consejo era aquel que, con el Ministerio de Hacienda, tuviese en sus manos los cordones de la bolsa.

Tal vez haya sido Bravo Murillo el Ministro más *mate* entre los conocidos: todo prosa, todo realidad, engolfado en el trabajo, que tenía más por deleite que por fatiga, y lo llevaba al minuto, como un simple oficinista *de los que sirven*. Sobre este particular hacíanse lenguas, en su alabanza,

hasta sus mayores enemigos. Mucho celebré haber tenido ocasión de conocerle de cerca. Fué bastantes años después, una vez que tuvo que entrar en la Subsecretaría de Hacienda, para cubrir cierta formalidad en la nómina de su cesantía de Ministro. Trabamos larga plática sobre variedad de asuntos del día y no del día; dejándome maravillado la solidez de su juicio y su gran competencia en los ramos más difíciles de la Administración pública.

En aquella conferencia le recordé—y se rió mucho del caso—la ocasión en que había tenido el gusto de verle por primera vez. Y como el lance fué curioso, vale la pena de referirlo.

Cierto día, regresando del Escorial, ya muy entrado el invierno, tuve que tomar á escape un tren de paso que venía de Burgos. Encontréme, en el vagón, con tres compañeros de viaje: á mi izquierda, dos pisaverdes, teniente de Infantería uno de ellos, y el otro vestido de gris, con un monoclo clavado en el ojo derecho y aires de suprema impertinencia. Enfrente, y acurrucado en el rincón de la izquierda, un prójimo de difícil clasificación: entre cura, alcalde de lugar, cosechero de Arganda ó tratante en mulas; todo afeitado, pelo más que canoso, gorra de terciopelo usada y sin borla, bufanda de lana cenicienta con fleco, zapatos de alfombra muy cumplidos, medio liado en una capa de bandas oscuras y descubriendo, al accionar, un enorme chaquetón, ó mejor dicho zamarra, que no dejaba de ser prudentísimo avío y sabia precaución para aquellos céfiros que reinaban.

Cuando ocupé mi asiento, estaban en curso de una conversación amañada por los dos mozalbetes para tomarle el pelo al de la capa. Según pude colegir, le habían sacado, á fuerza de preguntas, que era abogado y ejercía en Madrid con alguna suerte; lo cual bastó y sobró para que le zarandearan de firme sobre la importancia que tendría su clientela, lo peliagudo de los asuntos que manejaría y la asombrosa oratoria con que se distinguiría en el foro. Ellos muy creídos de que estaban embromando de verdad al tío de la zamarra; mas yo, que no abrí la boca, me *escamaba* con las

respuestas y pronto caí en la cuenta de que aquel hombre de trazas tan plebeyas, era capaz de dar papilla al más diestro de los gitanos. En esto llegamos á la estación de Madrid y empezaron los ofrecimientos de ordenanza. «Yo, le dijo el Oficial, no necesito manifestar lo que soy, pues lo declara mi uniforme: esta espada, aunque humilde, estará siempre al servicio de usted.» «Yo, añadió el del monoclo, acabo de recibir el título de Ingeniero industrial; á sus órdenes me tiene usted si, con sus ahorrillos, se le ocurre montar alguna fábrica.»

«Pues yo—dijo el viejo—poco puedo ofrecer á ustedes. Juan Bravo Murillo, abogado del Colegio de Madrid.» Y la calle y el número.

II

Hablábamos de disensiones entre moderados: no eran flojas en el campo progresista. *La Nación* y *El Clamor Público* se arrimaban cada tinterazo desde que el primero de los dos periódicos comenzó á cerdear, como anunciando la futura Unión liberal, en cuyo seno habían de vegetar dos años, á fuerza de codazos, grey progresista y grey moderada. Acabó de enconar los ánimos la cuestión del retraimiento: si convenía, si no convenía acudir á las urnas.

Los *niños* tomábamos esto en serio. Los niños; porque los que, como ahora yo, hayáis echado barbas políticas, supongo que estaréis ya en el secreto. Un retraimiento es un cálculo de probabilidades. Cada cual según lo que le anuncien en la feria. ¿Están verdes en el distrito? Apaga y vámonos: ¡la dignidad del partido! ¿Hay distrito seguro y plaza probable en el Congreso? Compañeros, á luchar: ¡la dignidad del partido!

Las distancias se habían señalado más, al llegar á las Cortes de Bravo Murillo, cuando, no contentos los progresistas con discutir cuestiones de procedimiento ó de conducta, se encararon con el dogma, y los santones pusieron resuelta-

mente la Milicia nacional en tela de juicio. ¡Saben ustedes, condenar la Milicia nacional! Parecía un sacrilegio en boca de progresistas; tan sacrilegio como si les hubiera dado por servirnos Marcha Real á todo pasto ciudadano. Porque, desde aquellos eternos jaleos que estuve presenciando en mi niñez, había tres cosas que creía tan consustanciales como el Padre y el Hijo; el progresismo, la Milicia nacional y el himno de Riego.

Lo que había de cierto, en aquellos disgustos de nuestras familias políticas, era que los antiguos moldes se iban rompiendo. Los progresistas de la última hornada miraban ya mucho hacia adelante; mas conformes con el sentido de las alteraciones europeas del 48, que con los doceañistas, con los exaltados del 22 ó con el esparterismo. Las entrañas progresistas daban vida y calor á la joven democracia. ¿Joven? Eso decían, y, aun años después, así la saludaba el *ex* González Brabo. Otros buscaban á la democracia una fe de bautismo más antigua. Ya dije que, en la época de mi niñez, había democracia y democracia republicana en Barcelona; pero sin plan ni concierto, y tan montaraz como todo lo que nace en humildes paños y sin inmediato pulimento. Vinieron luego á aplastarla las densas capas de las legalidades moderadas; mas, aun así, las fracciones republicanas tuvieron bastante aliento para dejar entrever, de vez en cuando, las naturales protestas de los débiles y de los oprimidos; la amarga sonrisa, el sarcasmo, la espuma en los labios ó alguna violenta sacudida. Esto representó, en la prensa, *El Huracán*, durante el período del 40 al 42; esto, *El 1.º de Septiembre*, en 1843 y parte del 44; esto, *El Tío Camorra*, en 47 y 48; y aquel mismo espíritu de protesta representaban, desde 1848, las efímeras hojas que llevaron sucesivamente los nombres de *El Pueblo*, *La Tribuna del Pueblo*, *La Voz del Pueblo*.

¡Bah! decían los de encima, viendo aquellos estériles esfuerzos: decididamente la democracia no pasará de ser, en España, un mero desahogo de pasiones populares. Mas luego ellos mismos fueron advirtiendo que la democracia entraba en un período de seriedad, de definiciones, de fórmulas concretas y de calculado asiento. Recuerdo la fuerte im-

presión que había producido, en Cataluña, la primera elección de Figueras. Con él y con Orense, entraba la democracia en el Parlamento: entraba á caballo y á son de trompeta. Un vecino molesto; pero había *ya* que tolerarlo. Y recuerdo también otras impresiones mías cuando leía, en el *Diario de Barcelona*, la relación de aquellas célebres campañas. Hasta los más indiferentes se disputaban los extractos de los discursos de Orense y de Figueras, sin poder disimular el efecto que nos producían la ruda franqueza del primero, la elevación, la oportunidad, el tacto parlamentario y el sentido de las conveniencias que caracterizaban al segundo. Ellos se declaraban engendrados en el antiguo liberalismo; pero cuidaban oportunamente de deslindar los campos, oponiendo programas á programas, á fin de no confundirse con los simples progresistas ó, como decía Orense, con los progresistas simples.

Aquella culta democracia de Figueras conservaba todavía un sabor Montesquieu-Delolme-Benjamín Constant, con pinceladas de Rousseau y de sus discípulos los Girondinos. Inspirábalo también Tocqueville, mientras llegaba el momento, no muy lejano, en que Vacherot iba á fijar un dogma democrático. En cierto modo, este dogma lo habían presentido nuestros demócratas en el Manifiesto de 1849, redactado por Sixto Cámara: sufragio universal, Milicia nacional, abolición de quintas, disminución del Ejército permanente, simplificación del sistema administrativo, educación primaria universal y gratuita, reducción de empleados, libertad de imprenta y de comercio, supresión de las Rentas estancadas, protección eficaz á todas las industrias, especialmente la agrícola.

Cuatro años después, nos reuníamos unos cuantos amigos á discutir aquellos puntos en el Café de la Perla. Los huecos del programa nos los explicábamos por el veto de las Administraciones moderadas. Hablar entonces de formas de Gobierno ó de la libertad religiosa, imposible. Otros huecos no nos parecían tan justificados. ¿Por qué no se mencionaban los derechos de reunión y asociación? Pasábamos luego á las contradicciones. «Libertad de comercio y protección efi-

caz á las industrias.» ¿Qué clase de protección? ¿la aduanera? Decían que no, pero nada concretaban. Se embrollaban con una porción de distingos; y aquellos caracteres viriles, que no temían chocar con el Ejército y con los empleados, se asustaban ante la idea de causar la menor desazón á los paladines del trigo, del algodón y del hierro.

III

Aquí quedaba nuestra pendencia; pues, por el momento, no había que pensar en próximos triunfos de la democracia. Harta tarea tenían los que gobernaban con ir sobrellevando sus disgustillos de familia, recrudecidos al final del 52, cuando *El Heraldo*, amostazado, como niño que ya no quiere jugar, omitía el saludo á la Corte en la fiesta del 10 de Octubre. Ansiosos esperábamos los curiosos la apertura de Cortes en 1.º de Diciembre, para asistir al gran lavado de la ropa: si cederían las armas á las togas ó las togas á las armas, según lo que diera de sí la lucha entablada entre el frac de D. Juan y el chafarote de los Generales coaligados.

En aquellos tiempos de indiferentismo parlamentario, nunca se había visto tanto calor, en el público, como en la memorable sesión en que Tejada y Martínez de la Rosa se disputaron la Presidencia del Congreso. ¿Ha visto usted? ¡Martínez de la Rosa *cuasi* Jefe de una *cuasi* sublevación *cuasi* popular! Nos santiguábamos al mirarnos. Aquella tarde tuve un lance cruel: perdí la capa en la tribuna pública, siendo tantas las apreturas que, en el resto del traje, salí más derrotado que Tejada. Luego, al terminar la sesión, fuímos á celebrar, en *Los Andaluces*, los 121 votos de don Francisco. Claro que no nos iba ni venía; pero ¿les parece á ustedes poca novedad haber visto acaudillando insurrectos á tan pacífico ciudadano? La verdad sea dicha: había, en nuestro banquete, otra intención menos santa. Sentíamos

subir la temperatura; y los aficionados á impresiones fuertes creíamos que el horno iba estando para bollos.

Subía en efecto la temperatura, anunciando grandes chubascos. Y los chubascos vinieron sin interrupción, desde aquel pinito antiministerial del Congreso. Disciplinazo á las Cortes, cerrándolas en el acto; disciplinazo al país con nueve proyectos á lo Polignac; disciplinazo de los moderados históricos con su Manifiesto á los electores; disciplinazo á D. Ramón mandándole á estudiar á Viena; disciplinazo de D. Ramón con su protesta de Bayona. Todos estos platos calientes se nos sirvieron en Diciembre, época de grandes fríos. Y seguía el calor durante todo el invierno. Ya se rendía D. Juan, y á no muy largo asedio; ya subía Roncali y se acentuaba la oposición militar; ya se convocaban nuevas Cortes, y en ellas Concha, el del Duero, apuntaba al Palacio de las Rejas; ya despedían á Roncali y entraba Lersundi con Moyano; y avanzando la estación, salía éste *por el ferrocarril* y se armaba la tremenda, hasta ir á parar á aquel Ministerio San Luis, en cuyas manos iba á estallar el arpa vieja.

Hacían un efecto rarísimo aquéllos súbitos cambios de escena. Parecía que los Ministerios se decían unos á otros: «Ahí queda eso.» *Eso* ¿qué era? Con la política personal, ya hubieran apechugado; pero quedaba *lo otro*. Lo otro lo dijeron, á su manera, los moderados por boca de Concha; los progresistas lo confirmaban; los demócratas lo señalaban con el dedo. Por fin vino el Senado á denunciarlo implícitamente con su votación de los 105.

Desde aquella expansión senatorial, hubo suelo y subsuelo. En el subsuelo, la mecha; desde lo alto, cada latigazo que doblaba. Relevos, destituciones, destierros, estados de sitio y la prensa en un puño. En la *Perla* y en el *Iris*, mis dos cafés favoritos, los ardientes se habían montado á la veneciana; guiños, medias palabras, recadito al oído y papeles por debajo la mesa. La policía, oponiendo ardid á ardid, andaba bebiendo los vientos. En la *Perla*, echaron la garra á varios concurrentes; y en nuestra mesa, á un pobre Oficial de Ministerio que se había corrido en una noticia. Dos cosas, á cual más peregrina, no se me han olvidado de aquel lance:

que el Oficial resultó ser el único situacionero del corro, y que al polizonte me lo encontré después, *durante el bienio*, desempeñando un importante destino.

Los que *vivían ya* en 1854, recordarán que, después del fracaso de Hore, toda nuestra política interior se encerraba en esta pregunta de rompecabezas: «¿Dónde está O'Donnell?» Y que, á falta de gacetillas, en constante entredicho, nos metían, en los bolsillos, números sueltos de *El Murciélago*. Ocho pude pescar: todos del mismo calibre. Perrerías como aquellas ¿cuándo? Allí tuve ocasión de comprender el poco alcance que tenía, en España, aquello á que los ingleses dan el nombre político de *loyalty*; la *loyalty* de ciertos monárquicos en el seno de la confianza. De monárquicos se preciaban los políticos de tapadillo que redactaban *El Murciélago*, y de seguro que, en público, hacían alarde del más acendrado monarquismo. Pero ¡en secreto! ¡Cómo sabían zurrar á las instituciones cuando cogían de espaldas al señor Fiscal! Y, por si no les entendíamos en inglés, nos traducían artículos del *Times*, de prohibida importación y puestos en el Índice por Bordíu y otros Ministros. Nada, nada; la teoría de los *santos* respetos: el respeto de los chicos al señor Maestro... cuando le tienen delante.

Entretanto íbamos enterrando. Con un año de diferencia, desaparecieron Castaños y Mendizábal. Castaños, á quien había hecho duque Fernando VII—y archiduque le hubieran hecho las simpatías generales,—iba á entenderse, en el otro mundo, con sus compañeros Reding y Abadía sobre la *propiedad* del título de Bailén. Las exequias de Mendizábal las presidió el Gobierno para quitarles carácter político. No lo consiguió, y menos en aquellas circunstancias, porque el solo nombre del difunto era una viva protesta contra todo lo que se estaba haciendo. Quiera Dios, decían algunos veteranos, que, con Mendizábal, no hayamos enterrado la entereza y la consecuencia de todo un partido.

IV

Los tontos se entretenían filosofando las proyectadas reformas de Bravo Murillo, con las modificaciones que luego se propusieron. ¿Eran tontos de verdad? Puede que no. Aquella copia de los organismos napoleónicos representaba la primera crisis formal de nuestro sistema parlamentario.

Con tales ó cuales nombres, llevábamos cerca de veinte años de este sistema, sin haber conseguido aclimatarlo en el país, ni arraigarlo en nuestras costumbres. Las Constituciones eran un papel mojado. Las Cortes se abrían, se suspendían ó se cerraban á capricho: los interregnos parlamentarios eran interminables. De los personajes que llegaban á Ministros, algunos debían el puesto á su importancia política ó á su propia significación, poquísimos á sus capacidades técnicas: los más, eran simples amigos, *agraciados* con una cartera. Había, en los partidos, jefes y tenientes; á las tenencias llegaban los paisanos, rara vez á las jefaturas, reservadas de ordinario á los hombres de guerra, aun bajo las cortas dominaciones liberales; un soldado patriota, como Espartero, un soldado cortesano, como Narváez. Desconocidos los turnos pacíficos; uno de los partidos en continuo alejamiento, otro eternamente sostenido, en el mando, por voluntades superiores. Confundida con la Jefatura del Estado la Jefatura de la fracción dominante. El cuerpo electoral artificiosamente combinado; y, manejado con tal habilidad el sufragio, que el producto parlamentario había de resultar, casi matemáticamente, á entera satisfacción de los gobernantes; tantos votos de oposición, tantos de mayoría. Hasta hubo un ensayo de Congreso unánime.

El país mostraba la más glacial indiferencia por unos mecanismos dentro de los cuales no se sentía representado. Con la educación política que le habían dado los moderados, lo moderno no había llegado á conquistarse respetos. Conser-

vábanlos, en cambio, las fuerzas tradicionales. El Trono, el Clero, el Ejército sostenían sus antiguos prestigios; el Elector, el Diputado, el Parlamento figuraban entre lo caricaturesco. Sin embargo, los absolutistas pretendían que el liberalismo había sustituído, á la omnipotencia Real, la Parlamentaria. No había tal, porque lo que veíamos prevalecer era, en todo caso, la omnipotencia Ministerial; y, por propia experiencia debían saberlo en altas regiones, cuando, para defenderse de las resistencias de los Ministros de temple andaban, con tanto afán, buscando, por el rebaño político, lo más mansito en clase de borregos.

En tanto descrédito el sistema parlamentario, las cosas no podían seguir por aquel cauce, y se imponía forzosamente una de estas dos soluciones: ó la autocrática, que empujaba por arriba, ó la más ó menos democrática, que se anunciaba desde abajo. Bravo Murillo optó por la primera. ¿No había de optar si aquellas gentes no veían más allá de su moderados y del progresismo? No creían en fuerzas democráticas: no sentían crecer la ola. Hablando un día, sobre corrientes democráticas, con uno de aquellos Ministros, ¿sabéis lo que me contestó? «Democracia... corrientes democráticas... ¡ya! *Prud-dom* y toda aquella canalla.» *Prud-dom*, así lo pronunciaba, y era el único *bu* á que alcanzaba su gran perspicacia.

Siempre creí que los cincuenta y cuatro Prohombres moderados, que protestaron contra los proyectos de D. Juan, no se quejaban de otra cosa que de habérseles tomado la delantera. En dejando de ser lobos, se metían á pastores, ¿Qué hacía en definitiva D. Juan, más que dar carácter fijo y legal á las prácticas establecidas por aquellos protestantes? Que se quitaba la garantía de los Presupuestos; ¡tantos habían pasado por el sistema de autorizaciones! Que se atribuían al Ejecutivo facultades legislativas; ¡tantas habían sido las distracciones de los firmantes cuando legislaban de Real Orden! Que quedaban anulados los Cuerpos Colegisladores. Vamos: era para morirse de risa cuando uno se acordaba de cómo se fabricaban los diputados. ¿Se fabricaban? Y en parte se siguen fabricando.

¿Á que no adivinan ustedes lo que más escocería á los di-
sidentes de D. Juan? Pues cabalmente aquello de que menos
hablaban: la proyectada reducción del número de diputados,
y las sesiones á puerta cerrada. ¿Pocos diputados? Tocaría á
mucho menos; y ¡cuántos se quedarían sin poder entrar por
las oficinas tirando piedras, para complacer á los amigos!
¿Puertas cerradas? Aquí de los de labia. ¿Qué hacer del dis-
curso elaborado, del pomposo, del catilinario, del intencio-
nado? La publicidad, tan esencial en los debates, no es la
misma clase de publicidad ambicionada por los políticos de
lucimiento. Privados del aparato teatral, ¿qué iba á ser de los
grandes oradores de la mayoría? ¡Cuánto no perderían las
fluideces de Martínez de la Rosa, la dogmática de Pidal, los
cañonazos de Ríos, la mostaza de González Brabo, los almí-
bares de Seijas, los aticismos de Pacheco, las punterías de
D. Cándido y los sabores clásicos de Pastor Díaz!

Ni el restablecimiento de los mayorazgos, ni su enlace con
un elemento hereditario en el Senado, podían extrañar á los
moderados. Á nosotros sí, nos extrañaban otros propó-
sitos de D. Juan, más relacionados con las ideas del porve-
nir. Privaba de voto á los Ministros, hacía permanentes los
Presupuestos y confiaba al Poder judicial el examen de las
actas.

Por más que hacían, no lograban convencerme de que
lo del voto de los Ministros fuese tomado de la Constitución
imperial; porque Bravo Murillo daba á aquel detalle del pro-
yecto un sentido algo anglo-americano; y, dentro de su siste-
ma, un Ministro, no sólo podía pertenecer al Congreso, sino
que se conservaba el Consejo, que realmente en Francia no
existía.

Tampoco estábamos de acuerdo en lo relativo á la perma-
nencia del Presupuesto. Me querían convencer de que esto
se había tomado de Inglaterra. No era cierto; porque, cuan-
do la Nación inglesa se reservó, bajo Guillermo III, el ma-
nejo de los cuartos, declaró permanente la dotación de la
Real Casa, á lo cual más tarde se agregaron otros capítu-
los, entre ellos los intereses de la Deuda. Aun así, sólo resul-
taba permanente la tercera parte del Presupuesto de Gastos.

En lo que todos conveníamos, era en lo de las Actas. Aquí sí que resueltamente D. Juan se había adelantado á la misma Inglaterra. Se pasaba el examen de éstas al Poder judicial; en tanto que, por aquellos días, andaban todavía los ingleses tocando y retocando las vetustas comisiones que databan del siglo XIV, y á las cuales sir Roberto Peel había dado una última mano. Hasta 1868 y casi, casi hasta 1879, no se les ocurrió entregar á la Justicia las mañas electorales.

V

En Administración, vivíamos bajo el imperio de la leyenda Cuanto veíamos, cuanto oíamos, cuanto catábamos, cuant olíamos, cuanto tocábamos, cuanto éramos ó podíamos ser todo se lo debíamos á los Papás moderados. Á Pidal, la Instrucción pública y la estructura de la Administración civil; Mayáns y á Arrazola, la de Justicia; á Mon y á Bravo Murillo, la económica. Armero era el hombre de la Marina; par arreglar ejércitos, los subsecretarios de Narváez.

Cuidado con hacer la más pequeña mueca: los de la suprema os declaraban imbéciles. Por haberme arriesgado co una pregunta sospechosa, creí una noche que se me comía vivo mis vejetes de la calle de la Montera. Y mi pregunt era bien inocente. «¿No... no les parece á ustedes que... aquellos señores Ministros copiaron... mucho?»—«No copiaron, respondieron los del sanhedrín.—«Pues copiaron,» dijo, co atronadora voz, uno de los tertulianos, que me olió á pretendiente desairado. «Sí copiaron: no hay que meter tanto ruido, y la pregunta del señor está en su punto.» Y soltó l carretilla. «Copia del francés—continuó—los planes de Instrucción pública; copia, la centralización, la anulación d Municipio, la de la Provincia; copia, las series de funcione activas y consultivas, la constante intervención del Estad hasta en el respirar, los Consejos y Consejillos, el etern

al-y-con, el lujo de expedienteo, el predominio de la burocracia y con ella la invasión de la empleomanía; copia, el tan decantado sistema tributario, de cuyo preclaro origen francés da testimonio, en algunos puntos, la propia nomenclatura; copia, *lo* Contencioso-administrativo, según las recetas de Portalis, Henrion de Pansey y otros jurisconsultos transpirenaicos.»

¿Dijera más Orense? Yo estaba aterrado, y temiendo una catástrofe, sin atreverme á mirar al amo de la casa, que era de genio atrabiliario. Todos callaban, más resignados, al parecer, que convencidos; y el otro, sin soltar la palmeta, cerraba todavía con mayor ímpetu y más á lo crudo.—«¿Hablan ustedes de la suntuosa fábrica administrativa que han levantado nuestros amigos? Veamos esa fábrica. ¿Cómo estamos de caminos? ¿á qué altura tienen el servicio de montes y de minas? Buena ó mediana, ¿por qué no acaba de parir esa ley de ferrocarriles?» Y allí salieron á relucir, ó mejor dicho, *no salían*, hospicios, hospitales, cárceles, penitenciarías, escuelas, Palacios de Justicia; tapas, costados, huecos y fondos del cofre social.

Sabe Dios con el miedo y pena que yo estaba por haber promovido aquel lance entre buenos amigos; pero dije: anda, no hay peor cuña. Cuando así, á coz y bocado, se hacen el amor estas gentes, prueba es de que viene, á más correr, la liquidación de su partido.

Si hubiese yo tenido bastante autoridad para hacerme oir entre aquellos señores, hubiera añadido un parrafillo al capítulo de cargos. Las Administraciones moderadas, ó no quisieron, ó no supieron *vestir* decentemente las instituciones nuevas. Gobiernos de provincia, Intendencias, servicios civiles de otros órdenes, y aun mucho, mucho en clase de tribunales, todo lo fueron hacinando en conventos ó en edificios viejos. Mientras no salí de Barcelona, me llamaba menos la atención la falta de buenos locales para los servicios públicos montados á la moderna: mal alojado el Gobierno civil en la Rambla, de prestado la Intendencia en la Aduana, metida la Universidad en el Carmen; pero lo atribuía á la centralización y decía siempre con mis caros paisanos: «Madrid

lo absorbe todo.» Vine á Madrid, y me encontré representados, en grande, los mismísimos espectáculos que Barcelona me ofrecía en pequeño. Vi un edificio nuevo para Congreso: no hablemos de él, porque peor es meneallo. Y vi un Palacio antiguo mal arreglado para Senado; Hacienda, en los heladeros de la Aduana; Estado, de huésped en los bajos de Palacio; Fomento, en un convento; Deuda, en otro convento; Supremo de la Guerra, en otro, y aquellos magníficos *Consejos* hechos un arca de Noé, con el Real ó de Estado, Loterías, Supremo de Justicia, las Ordenes y el Mayor de Cuentas.

Mucho de esto sigue en tal estado. Ya lo sé; pero aquella era ocasión propicia para instalar decorosamente las modernas instituciones, conforme iban naciendo; y hoy es tarea más difícil, porque se han ido acumulando los retrasos. Seguramente aquellos gobernantes no daban valor á lo nuevo cuando no buscaban sus naturales *revestimientos* en la piedra, en el hierro, en la madera. Como *se finca* el más vulgar mercader cuando quiere asegurar su posición, así *se fincan* las instituciones sociales cuando adquieren la conciencia de su fuerza. Ved, sino, cómo los antiguos elementos de dominación cuidaron de sus respectivos albergues: nuestros Monarcas con su Alcázar y sus Sitios Reales, la Nobleza con sus Palacios, el Ejército en espaciosos cuarteles, la Marina con poderosas Armadas, y sin relación, á veces, con el número de buques mercantes. Conventos, ¿quién es capaz de recordar, ni aquellas cifras ni aquellos tamaños?

Era la tradición: traedme el hilo histórico. Una tribu desciende del país de los hielos y cae sobre una templada comarca. Jefe, magnates, turbas, todo acampa sobre el duro suelo ó bajo tiendas; mas, si la invasión prospera y la conquista se afirma, pronto la madera, la piedra tosca, la labrada, el hierro, el mármol, el bronce, vienen á transformar en Ciudad lo que fué humilde campamento; y nace la Monarquía militar con un Palacio para el Rey y un Palacio para cada Magnate, ó nace el régimen feudal con los Castillos de los Señores. Así, cada institución va agrandando su envoltura material á medida que siente fortalecerse sus energías y crecer su poderío; así, de una guarida de piratas brota la resi

dencia señorial; la tabla del cambiante se convierte en escritorio; la tienda del prestamista, en Banco de descuento; los tratos al aire libre, en Lonjas y en Bolsas. Así la capilla se hizo Catedral, la escuela Universidad, y de un tablado de juglar nacieron grandiosos Coliseos.

Para conocer el espíritu de un pueblo, buscad su reflejo en las construcciones y en la piedra. El yankee, al fundar una colonia, os hace en seguida un Ferrocarril, un Banco y una Bolsa. Nosotros, cuando lo de Marruecos, empezábamos por levantar una Plaza de toros. Somos país constitucional desde hace tantísimos años, y, sólo de muy pocos acá, comienza á tener algún exterior constitucional nuestra Administración pública. Y, aun en esta laudable tarea, no podemos disimular ciertas preferencias en favor de lo histórico. Verbi gracia: las dependencias de Guerra están soberbiamente instaladas en Madrid y en Provincias. ¿Cuándo llegarán á su término las obras destinadas, según dicen, al edificio para Fomento?

Era yo entonces asiduo lector de la *Gaceta*, sin poder deciros fijamente por qué tenía ese mal gusto. Caprichos de muchacho. No sería ciertamente por amor á la literatura; y eso que abundaban en aquella época las circulares, únicos desahogos literarios para un Ministro de pretensiones. También me gustaba leer los preámbulos: otra literatura oficial más desleída. Á la legua conocíais si el trabajo era ó no de la Casa. Si se había confiado al encargado de los platos delicados, en seguida lo notábais en la forma; y también en el fondo, que era más Vivien, más Laferrière, más de Maestro. Ocurrían á menudo lances peregrinos. Cierto Ministro de política menuda y ligero de bagaje, queriendo redactar, por sí, una Memoria sobre varias cuestiones relacionadas con el Banco, encargó á un amigo de confianza que le llevase algunos apuntes. Viendo que, en ellos, se hablaba dos ó tres veces del Mississipí, dijo tirando los papeles:—«¿Qué tiene que ver el Mississipí con el Banco?»—Se lo explicaron, enterándole de las trapisondas de Law y del peligro de que tuviera imitadores. Entonces se enamoró del Mississipí, y siempre que hablaban de Bancos, andaba mississipeando por arriba y mississipeando por abajo. Hasta en una sesión del Senado

citó, no sé cuántas veces, el Mississipí, sin venir á cuento. (*Rigorosamente histórico.*)

El hecho era que, por lo calamitoso de los tiempos, se hacía poca Administración, como diríamos ahora, y por toda fruta no os servían, en la *Gaceta*, más que nervios irritados, estocadas al aire, ó recetitas caseras para ir trampeando la cosa. En cerca de dos años, poquísimas novedades nos dieron de aquellas que dejan huella. Sólo Fomento y Gobernación procuraron esmerarse; porque entonces fué cuando se establecieron el franqueo previo obligatorio, las primeras líneas telegráficas y la Junta Auxiliar de Estadística; y fué también cuando se sentaron las bases para la organización de los Cuerpos de Montes, Minas y Caminos.

Abundaban los Ministros *gacetistas*, no por la valía de sus iniciativas y de sus reformas, sino por la manía de prodigar circulares, Instrucciones, Reales Órdenes, contradanzas del personal y arreglos de Secretaría. Cambiar las plantillas ha sido siempre uno de nuestros flacos administrativos. En tan corto espacio de tiempo, conté un sin fin de arreglos en varios departamentos, amén de dos en Gobernación, y de cuatro en Hacienda.

Había Ministros de gran seriedad, de aquellos, no muy numerosos, que poseen la insigne virtud de ver más allá de la política. Moyano uno de ellos: todo un carácter, como fué notorio. Llorente y el marqués de Gerona sostuvieron su justa fama de entendidos. Egaña no tenía más defecto que la desigualdad de genio: á un tiempo fosco y jovial, áspero ó comiéndose la gente á besos, según le daba la vena. Hombre de opinión, ciencia y experiencia, y con buenos arranques. Si llegan á darle tiempo, seguro estoy de que hubiera hecho algo provechoso: entre otras cosas, organizar la beneficencia pública, dentro de su credo doctrinario, pero con verdadero amor á las clases pobres.

Mi excelente é inolvidable amigo D. Luis María Pastor estuvo al frente de la Hacienda dos meses y trabajó para diez años. El inventario que mandó hacer de todas las Propiedades del Estado, los cuestionarios que dirigió á las dependencias de su Departamento y la inmensidad de trabajo que después

confió á la prensa, en forma de libros, folletos y artículos de Revista, demuestran sobradamente que Pastor era hombre de vastos planes y de pensamiento propio en materias rentísticas; y que, con tiempo y en circunstancias más favorables, hubiera sido un gran Ministro de Hacienda en este país, donde tantos y tantísimos no han sabido pasar de Ministros del Tesoro. En todo caso, honra suya fué pecar por sobra de horizontes.

Y ahora dejémonos de más razonamientos, para quedarnos de simples espectadores. Nos llaman á visitar el Senado y el Congreso de 1853: suplico á ustedes se sirvan acompañarme.

1852-1854.

SECCIÓN SEXTA

Senado y Congreso en 1853.—Por qué razón les salía más barata.—Agua, merengues y azucarillos.—14.000 volúmenes.—Una tribuna.—Vega Armijo.—Pasemos lista, D. Domingo.—Viluma: derecha é izquierda.—Aquí no se fuma.—No me tengo por ordinario.—Pezuela contra Guizot.—Discurso de las transparencias.—Las franquicias del Congreso.—Prim.—Un convenido, sin lo convenido.—Práctica del tamizado.—El cisne de Fregenal.—Aquella hornada de oradores.—*Ex nihilo.*—El guante del coqueteo.—Morón y Escosura.—Olózaga y Pacheco.—Otra vez Donoso.

I

Penetremos, con la imaginación, en aquel batallador Senado de 1853, donde los gabinetes Roncali y San Luis han de recibir tan tremendas estocadas. No precipitarse: tenemos tribuna reservada, son las dos de la tarde, y, siguiendo la tradicional costumbre, no es probable que, hasta las tres, ocupen los egregios patricios sus respectivos sitiales. Antes de pasar adelante, fijémonos en el ancho descampado que forma la principal avenida del edificio; así lo atravesaban los ilustres legisladores del 20 al 23, y así lo cruzaron después, y durante muchos años, los altos colegisladores de la tercera época constitucional. Ni un pretil, ni un pasamano,

ni el más ligero desmonte para corregir el desnivel del terreno. Fijaos asimismo en la fachada con su frontón, á los cuales dará algún día más decoroso aspecto la arquitectura *del porvenir;* aunque haya de continuar, hasta 1888, el panzudo balconaje.

Entremos ya: no es cosa de hacer esperar más tiempo á nuestro buen amigo el Mayor Sr. de Guillelmi, que se pasa de cortés, y tantas muestras nos da de complaciente. Á pesar de llevar muchos años en la Casa, el Sr. de Guillelmi no cobra más que 40.000 reales de sueldo; diez mil menos que el que cobrarán sus sucesores, y *doscientos sesenta mil* menos que el que percibía y seguirá percibiendo su estimado colega el *clerk* de la Cámara de los Lores. No se queja el excelente Mayor, ni tampoco intenta la más pequeña reclamación de aumento: conociendo, sin duda, la enorme distancia que media entre ser huésped del Palacio inglés de Westminster y serlo del Palacio español de D.ª María de Aragón. Sabe además que, en eso de sueldos de Mayores, ha habido aquí infinidad de variantes; porque, si el de las Cortes de Cádiz llegó á tener 52.000 reales de asignación, también hubo épocas en que se rebajó á 28.000 la dotación del empleo.

Por no sé qué pasadizos y corredores, nos acercaremos, si les parece, á la escalera grande, dejando á cada lado un ancho patio: el que depende de las habitaciones del Mayor, y otro con una fuentecilla en el centro. Allí, con el tiempo, instalarán *los sucesores* un Salón de conferencias y la Biblioteca. Salón de conferencias no lo busquemos por el momento; como no quieran ustedes dar este nombre á una salita de confianza, en la planta baja, con sillas de Vitoria y estera de pleita. Pleita, pleita, así como suena; porque no hay, en el Palacio del 53, más piezas alfombradas que el Salón de sesiones, la Presidencia y la Secretaría. ¿De dónde vendrá tanta pleita? Pues bien sencillo: se compra en el Saladero, donde la encuentran muy barata. Vean ustedes un género de protección perfectamente admisible para el más ultrà de los librecambistas. Protección económica y popular á un tiempo.

Ahí está el *buffet*: adelante, caballeros. Venimos almorzados: no hay cuidado. ¿Cuidado de qué? La vitualla está á

prueba de indigestiones. Pan, bizcochos, azucarillos, Valdepeñas y aguardiente de anís. No reza más la Comunidad. ¿Ni siquiera tazas de té?—En este 53 impera la ley del máximum. Cada uno de los trece empleados de la Secretaría no tiene *derecho* á más que á una copa de vino y á una rosca de Castilla. Hay preparado un caldito para los senadores desfallecidos: un caldito, un modesto caldito. Si la época es de desfallecimientos morales, se conoce que no lo es tanto de desfallecimientos físicos. Ellos vendrán; y entonces el Todopoderoso, que ha sabido poner *los grandes ríos junto á las grandes Ciudades*, sabrá también poner las lenguas parlamentarias al alcance de las trufadas, del sandwich, de la gelatina, del foie gras, del Jerez y de la rueda de jabalí con esmalte de pistacho.

La Biblioteca está donde después se pondrán las Secciones. Modestita para un Senado: 14.000 volúmenes que han de llegar á 40.000. La han montado Viluma, Medrano y Valgornera. El encargado es D. Carlos de la Sota, con dos solos meritorios. Los tres prestan al mismo tiempo servicio en Secretaría.

Notas varias: el Presidente no tiene asignación: no hay coches de gala. Un alquilador facilita carruaje á la Presidencia, y otro, á turno, para los cuatro Secretarios. El servicio se ajusta por legislaturas.

Tacañerías, ¿eh?—Otros dirán: sobriedades espartanas. Allá ellos, los aficionados á la pelea. Aquí estamos de observadores, no de filósofos.

Ya nos llaman á los de papeleta para que entremos en nuestras jaulas respectivas. La tribuna que me han señalado es la última á la derecha de la Presidencia. Allí quedo abonado para los dos *períodos* legislativos de aquel año de gracia: desde el 3 de Marzo al 8 de Abril, y, desde el 21 de Noviembre, al 10 de Diciembre.

II

En días de repiqueteo, la concurrencia resulta muy bien compuesta en nuestra tribuna, y con aquel *odor di femina* tan simpático para los sentidos delicados. Allí, la condesa de L** con sus dos hijas; allí, la del C. de A.** con la suya. Luego Tabuérniga, Mariano Cabeza de Vaca, Vega Armijo, que ya es tan conocido por su posición como por su talento. Seguramente, al fijar la vista en aquel sillón presidencial, no sospecha que, en plazo no muy largo, ha de ocupar, con lucimiento, el del otro Cuerpo colegislador.

Durante la primera temporada, *nos* preside el general Ezpeleta; en la segunda, el marqués de Viluma. ¡Qué señorón aquel Viluma! Tenía, como la he visto en pocos, la estética del oficio, sin las *poses* de Morny ni el pelucón de un *Lord High Chancellor*. Todo, en él, era aprovechable para presidir un Senado: la manera de sentarse, la distinción de los saludos, el jugueteo con la patilla, hasta la manera de coger el pañuelo. Luego entraba lo serio, y allí salía el hombre de carácter para encarrilar los debates, capear la oposición y tenérselas tiesas hasta con los Ministros. Verdad es que los de aquella fecha no eran enteramente santos de su devoción, por muy retrógrados que fueran. En lo autocrático y en lo ceremonioso del Presidente, se reflejaba el espíritu de su escuela. Ya era fácil que hubiese entrado en el Salón de sesiones, por la puerta lateral, como el sencillo Ezpeleta. Viluma penetraba por la puerta principal del fondo, dejaba sus maceros en la barra, y seguía, con la mayor solemnidad, por todo lo largo, hasta instalarse en su trono.

Aquel viejecito que ven ustedes entre los secretarios, es D Domingo Ruiz de la Vega, ex-Ministro de la Corona. No es sólo Senador, es una institución permanente en el Senado. Si estuviera en Inglaterra, le llamarían, como á

los *clerks* de la Alta Cámara, el hombre de los precedentes. Su fuerte es conocer, de trato ó de vista, á todos los senadores pasados, presentes y futuros. Cuando hay votación nominal, D. Domingo se adelanta hacia la barandilla del estrado, indica, en alta voz, el apellido ó el título de cada uno de los presentes, según el orden en que estén sentados; y el votante no tiene más que decir *sí* ó *no*, sin necesidad de fatigarse el magín echándose á pescar su nombre.

Tomando los bancos de la derecha, noten ustedes, cerca del ministerial, un señor muy grueso, de reluciente calva, casi siempre apoyado en el escaño de delante y como sumido en profundos pensamientos. Es el duque de Riánsares, marido de la Reina Cristina. Á pocos pasos, y generalmente en el banco de la Comisión, observen el semblante medio burlón, medio angustiado, de D. Alejandro Oliván, gran erudito, clásico escritor y ministerial por instinto. Sigue la imponente talla de D. Hilarión del Rey, correcta é invariablemente vestido de negro. Y, no lejos, mordiéndose las uñas y dentro de un frac, con honores de jubilado, el banquero Sevillano, que no es todavía duque de su apellido, sino simple marqués de Fuentes de Duero, conversando con su yerno Desmaissières, conde de la Vega del Pozo, rubio bermejizo con gafas de oro, recién llegado de su legación de Turín, por cuyo motivo suele lucir, sobre el uniforme, en las ceremonias, la placa de blanco esmalte y la banda verde de San Mauricio y San Lázaro. Allí está, con sus restos de pelo á la romana, el ilustre duque de Rivas, que todavía conserva, en sus inviernos, algo de la gallardía, de los ojos saltones, y de la brillante entonación del antiguo tribuno Saavedra. Allí, mi paisano el marqués de Valgornera, con su cara de justo Juez, pareciendo deciros secamente, con la mirada: —«aquí no se ríe,»—como hacía decir en un cartel de la antesala de su casa: —«aquí no se fuma.»—*Dogs not admitted here.*—Luego, entre varias fisonomías menos expresivas, ved asomar la cara menudita de Carramolino, la frescota de Curro Armero, la venerable de Zarco del Valle, el seco perfil de Pezuela, la colosal estatura de D. Leopoldo y el noble busto de D. Manuel de la Concha. Es raro que

siendo de rabiosa oposición algunos de estos señores, se sienten en los bancos de la derecha. Se conoce que, en esto de colocación de derechistas é izquierdistas, no estaban todavía muy fuertes los próceres de aquellas fechas.

Y si no, fijaos en los bancos de enfrente; y, haciendo cabeza á la izquierda de la Presidencia, os encontráis con el viejo Miraflores sentado delante de un pupitre atestado de papeles, repasando quizás las últimas pruebas de sus *Memorias sobre el reinado de D.ª Isabel II*, en las cuales no olvidará, de seguro, sus protocolos de Londres. Á su lado el duque de Sotomayor, crucificado por la gota, que pronto determinará su muerte. Cerquita, muy cerquita, la plana mayor de la hueste progresista: López, Infante, el corpulento Sancho, el diminuto Fernández Baeza, el respetable Luzuriaga, que no ha abandonado sus gabanes rectos; Serrano, Ros y otros Generales *coaligados*; y, al extremo de la línea, varios señores de la Grandeza: los bigotazos negros de Balazote, los erizados de Malpica, Vallehermoso con su aspecto enfermizo y el sencillo y humildísimo duque de Medinaceli.

Supongo que habréis echado de menos, entre los progresistas, á D. Evaristo San Miguel. Pues ahí le tenéis, sentado junto á los taquígrafos. Es el sitio que suele elegir, como más acústico, para no perder, ni una sílaba, de cuanto se dice en aquel recinto. No disimula sus impresiones: ya se le enciende, ya se le apaga *la* color; ya da golpes en la mesa; ya apostrofa desde su asiento á los oradores; ya hiere el pavimento con su cayadito. En aquellos hervores juveniles á los setenta años, hay algo que trae á la memoria el Estado Mayor de Mina. Acaso se crea enterrado nuestro D. Evaristo, y no sabe que le esperan pronto algunos peligros y nuevos galardones: el tercer entorchado, un título con Grandeza y la consideración del país, que vale más que todo.

III

Días después de las escaramuzas de O'Donnell, con motivo del destierro de Narváez, empezó la gran batalla, en la cual los señores senadores nos ofrecieron—y era para mí la primera vez—variadas muestras de nuestra elocuencia parlamentaria. Habló el mismo San Miguel, y como un libro: habló López, arrebatando á los de las tribunas con aquella memorable conclusión de período:—«Nosotros hemos naufragado, pero nunca nos hemos hundido, porque no llevábamos los bolsillos cargados de oro.»—Serrano cultivaba, como tenía de costumbre, el género familiar, y recuerdo que se incomodaba más de una vez con un molesto pájaro Pinto, diciéndole, en alta voz, que no hacía más que estorbarle. Ros de Olano pronunció el discurso de la temporada. Estuvo soberbio: elevado, sintético, florido en ocasiones, razonador en otras. Vamos, que me gustó el General aquella tarde; y, deseando comunicar mis impresiones, me volví á la persona que tenía más cerca y le dije: «Decididamente es un buen orador D. Antonio.»—«Buen orador, sí—contestó el interpelado,—pero *ordinario*, como todos los catalanes.»—Agradeciendo la merced, dije para mi capote. Y luego en alta voz: —«¿Dice usted que todos los catalanes?...—Si, señor, todos. —¿Sin excepción?—Sin excepción.—Pues amigo mío—repliqué,—debe haberlas: por de pronto el mismo Ros, que es una persona finísima, y luego aquí me tiene usted, buen amigo; yo también soy catalán y no me tengo por ordinario.» El vecino trató de excusarse, balbuceó algunas frases, empezó con distingos y subdistingos; pero la *plancha* era monumental, y el pobre diablo... no hallaba consonante.

Parte fué de la fiesta la lectura de una *Memoria* de Pezuela, haciéndonos saber que si, según Guizot, en las Monarquías constitucionales, el Rey reina y no gobierna, no así en la Monarquía de San Fernando y de Isabel la Católica, donde el

Rey reina y gobierna á un tiempo. Y, entre amenísimos trozos de literatura, nos citaba su cantor predilecto. Muchos creyeron abusivos aquellos alardes de clasicismo; pero, bien examinado, yo no creo que estuvieran de sobra los perfiles literarios de Pezuela, allí donde había otro General que decía *papto* por *pacto*, *secsión* por *sesión* y *anedocta* y *ojecto* y *Jacometrenzo*; y otro Senador, de la clase de paisanos, decía que empezaría á hablar mientras iban *á por* los papeles, y otro se quejaba de la *tripitasión* en los caminos de hierro. Y todavía no habíamos llegado á los tiempos de los *cualas*, de los *haigas*, de las *diferiencias* y de los *ferros-carriles*.

A los ferros no, pero á los *ferro* sí, habíamos llegado, porque ésta era la cuestión batallona. Ella dió lugar al famoso discurso de las transparencias pronunciado por el marqués del Duero. Tengo bien presente, en aquella arenga, una de esas coincidencias que no figuran en el *Diario de Sesiones*. Empezaba el General á hablar de ciertas influencias político-económicas, cuando, de repente, suena la Marcha Real, á dos pasos de allí. Largo compás de espera. La música venía del Palacio de las Rejas, donde decían que estaba... la madre del cordero.

IV

En la organización interior, no había notables diferencias entre ambos Cuerpos colegisladores. 40.000 reales tenía también, en 1853, el Mayor del Congreso, que era D. Francisco Argüelles. Idéntica moderación en el personal de Secretaría; once empleados con catorce temporeros; otros once empleados para la redacción del *Diario de Sesiones*; veintinueve individuos entre porteros y otros dependientes. Más pobre que la del Senado la Biblioteca: no pasaba de 12.000 volúmenes, que hoy llegan á 24.000. Por todo buffet, unas bandejas de pastas con su correspondiente recado de azucarillos; el Presidente, sin gastos de representación; en carruajes el mismo orden que en la Alta Cámara.

Al ver las enormes diferencias de hoy, se dará por disculpa que, entonces, no había más que 256 diputados, y por falta de sesiones, estaba todo el mundo mano sobre mano una gran parte del año. Razones son, y muy atendibles; porque ahora es mayor la complicación, y son mucho mayores los gastos que deben originarse, así del aumento considerable en el número de los diputados, como de la ya acostumbrada periodicidad y de la mayor duración de las legislaturas. Por estos motivos, no se critica lo que se gasta, sino el cómo. Tan no se critica el gasto en sí, que todo el mundo lamenta la falta de un nuevo y sólido edificio, uno solo, para ambas Cámaras, como lo tienen los ingleses en Westminster, los belgas en Bruselas, y los anglo-americanos en el Capitolio de Washington.

Lo que había, en el Congreso de aquella época, era un sistema infinitamente más patriarcal que el que se estableció después para los extraños á la Cámara. Bastaba tener un porte decente para entrar y salir cuando os daba la gana; charlabais en el salón de Conferencias, pedíais un vaso de agua, y no era raro que os le sirvieran con azucarillo; escribíais un par de cartas y os metíais en la Biblioteca á caza de algún libro raro. Cómo se consentía esto, no lo sé; pero se consentía, y aun con creces, si teníais un par de diputados amigos. No había cancelas ni cancerberos. A veces, los muchachos más atrevidillos asomaban la cara por entre las cortinas del Salón de sesiones, y desde aquel sitio tan cercano, se echaban al cuerpo un discurso entero. Los ex-diputados consideraban como una especie de derecho lo que después ha sido insigne favor concedido á temporadas; se metían de rondón en la misma Sala, y allí presenciaban la sesión, puestos de pie á uno y á otro lado del entarimado. Si teníais tribuna reservada y estaba llena, no era difícil que os abriesen la de orden ó la de periodistas ó la de ex-diputados, y hasta la del Cuerpo diplomático. En esta última, eran concurrentes obligados dos Ministros residentes, de mucha notoriedad en Madrid: el barón de Grovestins, que representaba á Holanda, y el de Dinamarca, cuyo nombre era una letanía: don Olinto Emilio María dal Borgo di Primo, barón del Asilo,

Vinieron luego los abusos y trajeron los nunca oídos rigores de aquel Palacio del Congreso. No echemos la culpa á los amos de la Casa, sino á las intemperancias del público.

V

Mucha gente granada había en aquel Congreso: Prim era de los más bulliciosos. Estoy viendo á Prim en lo más alto de la *Montaña*. Encontrábale muy variado desde aquello de la Jamancia. París, el Casino y los salones le habían elegantizado. Primorosamente peinado con raya de centro, grandes patillas y bigote, gabán gris abierto, *à la financière*, y siempre de guante. Con sus buenas trazas, resultaba un perfecto *sportman;* y por sus aficiones cinegéticas y belicosas, hubiera podido aplicársele lo de Argote de Molina: *buen fidalgo é cavaleyro, gran cazador é monteiro*. Su gesticulación era entonces viva, rapidísima; hablaba con un acento catalán muy pronunciado, aunque no tanto como supone Córdova al decir que apenas se entendía, años antes, á Prim cuando se expresaba en castellano. Dábale un poco en aquella época por la oratoria pintoresca, de cuyo vicio se corrigió con los años, dejándose de frasear y yéndose derecho al bulto.

Las simpatías de que gozaba Prim, en Madrid, se pusieron entonces muy en evidencia cuando su cuestión con el general D. Manuel Lassala. Prim le atacó duramente, en el Parlamento, por sus arbitrariedades como Gobernador de Provincia. Y tenía razón Prim. D. Manuel Lassala era un convenido de Vergara, distinguido militar y cumplido caballero; pero conservaba, de sus antiguas aficiones, el instinto de la persecución y, como Gobernador, le parecía obra de insigne político mortificar á los liberales. Tolerantísimo en cambio con la gente del bando apostólico: en Barcelona, se lo echaban á menudo en cara; siendo notorio su íntimo trato con el marqués de Llupiá y otros carlistas del Principado. Meses después de las acusaciones de Prim, y hallándose éste

fuera de Madrid, vino Lassala á contestarle como diputado, y vino con aires de presunción; mas nunca tal hiciera, porque el Congreso se le echó encima y, apenas abrió la boca, inmediatamente pidieron la palabra, para defender á un ausente, no sólo el progresista Madoz, sino también una porción de moderados, como Carriquiri, González Brabo, Nocedal, Fernández San Román y el marqués de Bedmar.

La primera é interminable discusión de actas á que asistí, por aquellos tiempos, me confirmó en la idea de que Bravo Murillo había dado en el clavo pasándolas á lo judicial. Después... ¡oh! después, he hablado mucho de estas cosas con políticos de los de colmillo retorcido: y, con aquel desenfado y con aquella despreocupación que les son tan familiares, me han hecho un sin fin de reflexiones.—«¿Está usted seguro—preguntaban—de que, en España, ha habido alguna vez elecciones? ¿de que han pasado de ser tolerancias del Gobierno, para los candidatos de oposición, ó imposiciones oficiales para los adictos? Cambie usted elección por manejo. ¿Va usted á encargar el tamizado á los Tribunales de Justicia? Es casi hacerlos cómplices, porque las influencias seguirán lo mismo. Créanos usted: estos lavados deben hacerse en casa, es decir, en el Parlamento. Ya que no triunfe allí la razón, conseguimos enterarnos todos. Y todos nos convencemos de que, al tocarnos el turno de mangonear, hacemos exactamente lo mismo. Y ahí verá usted cómo se va á Roma por todas partes; y cómo, por torcido rumbo, se llega muchas veces á más cómodo puerto: por aquello de que un clavo saca otro clavo, un mal modera otro mal y un vicio quita otro vicio.»

¿Qué contestar á tanto cinismo? Lo que contestaba el de los catecúmenos: *por mí que entren*. O lo que contestaba yo: —«Pues, ruede la bola. Al fin y al cabo, siempre habrá de ser lo que tasen los sastres.»

Cantó un cisne en aquella Asamblea. D. Juan Bravo Murillo defendió su Administración, hablando con la valentía y el talento que eran de esperar del ilustre *abogado del Colegio de Madrid*. No hizo efecto entre los suyos, y como quien oye llover le oyeron. Ya no le necesitaban.

VI

No eran entonces tan frecuentes, como ahora, los torneos parlamentarios. No como ahora, cuando, á un dos por tres, bajo cualquier pretexto y con achaque de debate político, se os reparten en parejas los atletas, y, cada par de semanas, entretienen al respetable público con brillantes asaltos de palabra. El *vulgo* se empeña en sostener que este sistema es fatal para el país. Pues yo sostengo que es utilísimo.... bajo el punto de vista artístico; porque, de esta manera, tenéis continua ocasión de comparar oradores con oradores, y podéis entregaros á la aprovechada tarea de clasificarlos ó de distribuirlos, á estilo de los naturalistas, en órdenes y subórdenes, géneros y subgéneros, familias y subfamilias, especies y subespecies.

Esto hubiera hecho yo, de buena gana, en aquella ocasión, movido de una viva y juvenil curiosidad de ver, oir, juzgar y comparar. Pero ordenólo el diablo de otra suerte; porque, en aquel efímero Congreso, unos oradores enmudecieron y otros, de gran valía, no funcionaban de Padres de la Patria. Tuve que gobernármelas como pude, oyendo á unos en el Parlamento y á otros en diversos sitios y en épocas diversas. Y así pude aventurar, sobre todos ellos, mi pobre parecer. Lo que aquí sigue es fidelísimo reflejo de aquellas mis antiguas impresiones.

Ya no quedaban, ni rastro, ni señal de Oratoria popular. Con sólo consentirla, hubieran creído rebajarse los doctrinarios. El club, el meeting, la elocuencia callejera, les eran profundamente antipáticos. Durante los once, no interrumpidos años, de dominación moderada, la Oratoria política había perdido la costumbre de empaparse en los sentidos populares, arrastrándose penosamente por los senderos que le trazaban los reglamentos y las conveniencias parlamentarias. Y había tomado tanto pliegue la costumbre, que hasta

el mismo López iba abandonando su antigua espontaneidad, para coquetear con la frase ática, la cita clásica y la redondez del período. No digamos Galiano, que se había mudado, con sus trastos, á cien leguas del Café de la Fontana: perdiendo, en la mudanza, el nervio, la doctrina, la intención, el chiste, la maza de Fraga, y conservando únicamente las sonoridades: aquella clausulación inverosímil, absurda, laberíntica, cuyos esparcidos hilos sabía coger el ilustre tribuno, con tan prodigiosa habilidad, aun al fin de sus días.

Naturalmente, me arrebataban los fogosos: González Brabo, Ríos, Morón, Bautista Alonso. Á Alonso lo que más le distinguía era la abundancia de palabra. Su hábito de divagar fué creciendo con los años. Recuerdo que, siendo después diputados, él y yo, en unas Cortes famosas, pidió la palabra sobre un asunto gravísimo, y, en lo mejor de su peroración, empezó á describirnos *el mar* con todas sus maravillas. —«¿Qué es esto?» pregunté á algunos compañeros.—«¿Pues no lo ve usted? ¡La mar!»—me contestó Augusto Ulloa.

Ríos Rosas fué mi primera revelación del orador *escénico*, y una revelación sin retoques, porque cuantas veces le oí, fué siempre idéntico á sí mismo. Desde luego, por las condiciones externas. Su poderosa voz, sus tonos acentuados, la aspereza de su semblante, maravillosamente concertada con la distinción del gesto. Fijábame en seguida en lo admirable de su movimiento oratorio, los apóstrofes, sus cóleras alarmantes, no siempre respetuosas, pero siempre respetables, acaso más que su severa dialéctica y la fuerza del razonamiento. Á todos se nos ocurría la misma observación: ¿tiene este hombre temperamento de doctrinario ó de tribuno? El de tribuno, lo denunciaban aquellos rugidos de león y aquellos cruelísimos enojos. En cambio, no solía aparecer el de doctrinario, ni aun en aquellos casos en que, por exigirlo la índole de los debates, se veía obligado á disertar en la sosegada esfera de los principios. Aun entonces, dejaba destilar la gota amarga, ó rompía atropelladamente por donde la llamarada de la pasión le iba sofocando.

Una cosa me encantaba en Ríos, desde la primera vez que tuve el gusto de oirle. Era, como su parecido y paisano

Nicolás Rivero, un hombre de estudio; cualidad rarísima entre los políticos. En medio de sus fogosidades, siempre estaba al tanto de la última novedad, en asuntos jurídicos y administrativos. Oyéndole, raras veces dejábais de aprender algo en materia de escuelas, ciencias, artes y artificios de la Política contemporánea.

González Brabo nunca desmintió su fama de gran táctico parlamentario. Tácticos llamo aquí á aquellos seres privilegiados que poseen la especialidad de los grandes efectos con el discurso *ex nihilo*. Sobre una pequeñez, os tejen preciosas peroratas que duran largas horas ó larguísimas sesiones. Son los Demóstenes de lo menudico, y á veces consiguen demostenizar de verdad discutiendo algún Gobernador, denunciando una alcaldada, terciando en un incidente de Actas, ó emprendiéndola con la personalidad de un Ministro ó de algún jefe ó notable de partido. Pero ponedles en el caso de tocar la política de alto vuelo, ó de discurrir sobre un punto de doctrina, y son hombres al agua. Una vez quiso dar González Brabo, en el Ateneo, un curso sobre cuestiones de Derecho constitucional, y no pudo llegar ni á la mitad de la primera conferencia. De repente se cortó, empezó á titubear, y por fin tuvo que reconocer que no servía para el caso; y, sacando el caballo por donde pudo, arremetió contra el Gobierno, como si tuviera enfrente á los del banco azul. Batallador por instinto, necesitaba la contradicción; no bastándole la lucha abstracta con la idea, porque su temperamento le exigía la casi material y cuerpo á cuerpo con un adversario de su fuerza. Y, aunque no lo pareciera, era muy celoso de su fama como orador, por lo cual raras veces chocaba abiertamente con el espíritu general de la Cámara. Quería que le oyesen con fruición, y lo conseguía de amigos y adversarios: si no era fácil que á todos los hiciera *dóciles* á su yugo, lograba no obstante tenerlos siempre á todos *benévolos et attentos*. Un día me dijo en el seno de la confianza: «Por si alguna vez llega usted á ser Diputado, voy á darle un consejo de amigo: si ve usted que, en la Cámara, domina lo blanco, no se vista usted de negro; todo lo más, vístase usted de pardo.»

Tenía el secreto de las tonalidades. Por regla general, los grandes oradores pecan por lo unísono. Un registro ó dos, y gracias. Si son épicos, no son razonadores; si solemnes, no saben ser familiares; si hombres de exposición ó de polémica, nunca os las amenizan con algún relieve de fantasía; si les da por la seriedad, no saben manejar un chiste. González Brabo lo abarcaba todo: premioso, si andaba en busca de la idea, facilísimo cuando la cogía, arrogante ó humilde, según las conveniencias de la táctica: ya en íntima conversación con la Cámara, ya calzando el coturno y elevándose á una grandilocuencia digna de los mejores artistas de la palabra. Ó gráfico, ó sentencioso, ó epigramático. Nunca atajado de respuesta: único, en lo ajustado de las réplicas. Precipitado jamás: libre de ese vicio de la rapidez de que han sacado tanta vanidad algunos oradores, y que ya entonces se tenía por defecto en Thiers y en Gladstone. Acompañábanle, para lo exterior, la proporción y orden en la compostura, lo fino de los modales y la naturalidad de su mímica; no siendo tampoco de despreciar aquella manera respetuosa que tenía de inclinarse al hablar en público, á pesar de lo tiesete de la cabeza y de lo salidito de la panza.

Sólo tres veces oí á D. Francisco Martínez de la Rosa. Cabeza de Chateaubriand, con la lengua de Canning. Elocuencia esmeradísima, sin asomos de popular. De cuánto limaba sus discursos, puedo dar algún testimonio personal; porque una vez le sorprendí, en un rincón del Congreso, redondeando, á media voz, un hermoso período, que probablemente había de concluir con aquello de la «civilización y cultura,» tan obligadas en boca de D. Francisco. Mucho comentábamos, en nuestro círculo de tijereteo, la particularidad del insigne orador cuando, al terminar un párrafo bonito, volvía la cabeza á derecha é izquierda, como buscando el cumplimiento de los vecinos; inveterada costumbre de parlamentario mimado. Frecuentísimas eran entonces aquellas debilidades entre nuestros oradores políticos; y citaré la tan conocida de Alcalá Galiano que, al dirigirse al público, llevaba un guante puesto y el otro de coqueteo; ó aquella otra, suya también, de agitar los dos brazos hacia el lado izquierdo

cuando hablaba de la libertad... *bien entendida;* como si, con aquél ademán, hubiese querido alejar el recuerdo de otras libertades, probablemente *mal entendidas,* que, en otro tiempo, había defendido el ex-tribuno de la Fontana.

Digo que estos y otros *tics* parlamentarios eran entonces muy comunes; y yo los consideraba como una degeneración de los grandes accidentes mímicos de otros tiempos. Porque, si bien estábamos ya muy distantes del Foro romano, que consentía, en la oratoria, la *supplosio pedis* y la *percussio frontis et fœmoris;* no lo estábamos tanto de la época gaditana, que había tolerado y aplaudido los extremos teatrales de un Mejía; y, sin ir tan lejos, podíamos recordar á Brougham, que en algunas peroraciones, se permitía poner los ojos en blanco, alzar los brazos al Cielo y hasta arrodillarse en la Cámara de los Lores, como sucedió cuando la defensa de la Reina Carolina.

En mis distribuciones de los hombres de palabra, me hacían pareja Morón con Escosura y Olózaga con Pacheco. Acertaría ó no acertaría; pero así me las arreglaba. Morón y Escosura me parecían pertenecer á la misma escuela oratoria. En los dos, la encontraba igualmente movida y accidentada: parecida intención, parecida entonación, idénticos recursos de polemista. Pero Escosura era muy correcto en la frase y Morón incorrectísimo: debido sin duda á la distinta dirección de sus respectivos estudios, más literarios los del primero, más históricos y políticos en el segundo. Añádase que, en Patricio, veía brillar siempre un admirable vigor de concepto y una precisión tal en el ataque, que sabía desconcertar á sus más fieros adversarios: en tanto que Morón había contraído la fatal costumbre de desleir, que luego trocó en un divagar eterno: precoz anuncio y después señal cierta de aquella terrible enfermedad que le hizo arrastrar, hasta su muerte, tan penosa y mísera existencia.

Olózaga y Pacheco eran lo único que quedaba de la antigua escuela de Argüelles. Disertos ambos, mejor que oradores: quiero decir, más razonadores que apasionados y más estratégicos que borrascosos. *Debaters* hasta las uñas, en el sentido inglés ó anglo-americano. Perfectísimos hablistas: si

os queríais dar un buen rato de prosa castellana, podíais buscarla indiferentemente en el mejor clásico español, ó en los labios de Olózaga y Pacheco.

Aquí entraba una de mis sorpresas. Sabíamos que Pacheco era hombre de sólida doctrina, de merecida fama como jurisconsulto, y no menos acreditado por su gran competencia en materias de Arte y Literatura; no siendo de extrañar que el roce continuo con autores, de elegante y bella manera, hubiese despertado, en él, aquel aticismo que, tan á tiempo, venía á combinarse con su extraordinaria facilidad de palabra. Con Olózaga no sucedía lo propio. Porque, sin negar, antes bien reconociendo y estimando sus dotes superiores de político y de hombre de Estado, nadie pretendía ni ha pretendido presentárnoslo, ante la Historia, como una persona de vastos, serios y variados conocimientos. De escaso fondo; pero con una forma tan exquisita, con una dicción tan pura, tan nítida, tan clásica, que embelesaba al más rebelde de los oyentes y domaba las más enemigas voluntades; y á mí me producía D. Salustiano, como orador, el mismo efecto que, como escritor, Quintana: riqueza de bordados, al gusto moderno, sobre fondos intachables de nuestra antigua y galana prosa. Lo cual me demostraba que, así como hay en Pintura un sentido del color, y, para las artes en general, un sentido de la forma, producto todo de la propia personalidad y con entera independencia del estudio y de los preceptos: así existe también, además del don de lenguas, un sentido del lenguaje, y era aquel que, por misterioso instinto, poseía Olózaga, habiéndolo perfeccionado con su selecta educación, y con el rico caudal que le había entrado por ojos y oídos, durante una larga carrera.

Ahora, si en lugar de afinidades ó de analogías, quisiéramos señalar discordancias entre aquellas dos lumbreras del Parlamento español, diré que no me costaba gran trabajo descubrirlas; y eran, en D. Salustiano, una acentuación más viva, mayor relieve en los conceptos y la no disimulada punta de agresión, de que solían carecer las arengas de D. Joaquín Francisco. Que en esto influía desde luego la diversidad de criterio político, no me parece dudoso; porque, si el concep-

to liberal de Olózaga pasaría ahora por flojo, aun entre progresistas, no lo era tanto para aquellos tiempos, en los cuales, al lado de las pálidas tintas de su compañero, parecían de subidísimo rojo las del Autor de la *Salve.* En tanto que Pacheco patinaba diestra y elegantemente por heladas superficies, Olózaga adivinaba los fuegos internos: tenía *presentimientos* populares, ya que no tuviera su sentido; cavaba poco, pero con empeño, señalando lo que podía ser causa de futuros terremotos. Era de los que piden respiraderos á falta de nuevas atmósferas; era de los que sienten, como dice el Dante:

> Che sotto l'acqua ha gente che sospira;
> E fanno pullular quest'acqua al summo.

Me quedé con las ganas de oir á Donoso, y doblemente lo sentí, atraído por su celebridad y viendo los grandes bombos que le daban. Citábanle todavía, en los salones, como un portento; elogiaban su afición á los contrastes, sus paradojas, sus símiles, sus invocaciones y otros tan manoseados recursos que tomaba de la oratoria francesa, entonces dominante. Corría de boca en boca la célebre frase del Orador católico sobre los *ascensos* desde elector á Ministro. Otras gentes, menos benévolas, le llamaban el orador de las fulguraciones y repetían los versos de Redondo. Pero los centelleos pasaron: pasaron los tiempos: Mamá Historia se ha desentendido de hipérboles: se han ido precisando los conceptos, y, de aquellas Apocalipsis de D. Juan, no ha quedado más que un eco muy lejano: el de su partido.

1852-1854.

SECCIÓN SÉPTIMA

Cuenta el Dr. Topinard.—Dónde empieza la tribuna.—Tomad el brazo de Tácito.—Oradores en cueros.—El hilo de la Oratoria popular.—Por Atenas á Savonarola.—*Il brucciamento della Vanità.*—Cómo hablarían los arremangados.—Del *meeting* y sus accesorios.—Avanzan los perfumados.—Pericles y Demóstenes: Catón y Marco Tulio.—El ciclo de los Santos Padres.—San Agustín y San Juan Crisóstomo.—*Finis Graeciae.*—Callan los archivos.—Lo que pudo ser la Oratoria en Génova y Venecia.—Recuerdos de la Zonta.

I

De los oradores, á la Oratoria: del Profesor, al oficio. El paso era natural. Traté de darlo en aquellos tiempos, metiéndome en apuntaciones sobre elocuencias antiguas y modernas. Vaya un ligero resumen de lo que resulta de mis papeles.

Cuenta el Dr. Topinard de cierta clase de monos llamados micetas, familia de los cebios, que suelen reunirse en grandes conciliábulos, y uno de los monos empieza á charlar, y sigue charlando, horas enteras, en medio de un silencio general, interrumpido á veces por ruidosas demostraciones, que

cesan desde el momento en que *el orador vuelve á hacer uso de la palabra.*

¿Sería éste por ventura el embrión de la Oratoria popular? De fijo; si Mortillet y los suyos estuvieran un poco más sólidos en lo del antropopiteca ú hombre terciario: ó si tuviésemos que admitir las veinte y tres transformaciones señaladas por Hæckel, desde la formación del primer protoplasma en el espacio, hasta la aparición del ser humano.

Tales atrevimientos no consentía el estado de la Ciencia en 1853. Tan no los consentía, que recuerdo cuánto nos reíamos de Lamarck por su afán de emparentarnos, no sé si con el chimpanzé, ó con otros antropoides. Ni los sabios salían de sus estudios de Craneología comparada; y, diez largos años habían de mediar, antes de que apareciera la *Sociedad Antropológica de Londres,* madre de esas infinitas que andan hoy removiendo tanto hueso, fósil ó no fósil, por todos los ámbitos de Europa, Asia y América.

Harta tarea teníamos con estudiar la marcha de la Oratoria dentro de los períodos históricos. Sobraban, para ello, los libros de consulta y los didácticos. Blair, La Harpe y Timon eran grandes autoridades, añadiendo nosotros las de Capmany y Hermosilla, con otras no menos anticuadas. Allí las evoluciones de la Oratoria estaban sometidas á un plan invariable: oradores griegos, oradores romanos, homilías de los Santos Padres, tribunos de las democracias italianas, retóricos del Renacimiento, predicadores protestantes, predicadores de la Liga, parlamentarios ingleses, sermonarios de la Corte. Para la Francia contemporánea, los oradores de la Revolución, los de la Restauración, los de la Monarquía de Julio; y, en España, el molde especial de nuestra Oratoria gaditana. Invariables también las clasificaciones: Oratoria sagrada, Oratoria política y Oratoria forense: la militar, la académica, la didáctica, la filosófica Como última novedad, se había formado un subgénero, en el vasto cuadro de las elocuencias, con las cartas y las conversaciones confiadas á la imprenta.

Dudaba yo de la exactitud de esas agrupaciones de oratorias por asuntos. ¡Oratoria militar! Más de una vez la en-

contraba en las cátedras sagradas: los predicadores de las Cruzadas; más tarde, Savonarola, Vicente Ferrer, los oradores de la Reforma; siempre los dominicos; los franciscanos y los capuchinos casi siempre; aquí todos nuestros frailes. ¡Oratoria forense! Con Brougham y otros excelentes parlamentarios, la veía llevada á las Asambleas políticas. ¡Oratoria filosófica! ¿Qué nota era ésta para un género determinado? Por otro lado, leíamos en Cicerón: *una est eloquentia*: y no cabía de aquel adjetivo más traducción que espontaneidad y personalismo. Y ved la síntesis á que esto me conducía. ¿Palabra emitida? lenguaje.—¿Palabra transmitida? conversación.—¿Palabra limada? disertación.—¿Palabra florida? retórica.—Palabra espontánea, gráfica, viva, centelleante, accidentada? ELOCUENCIA.—Así me salía la serie: no veía otra. Cuyo criterio venía á convencerme de que el tipo originario de la elocuencia es la popular, inspiración toda y toda arranque y enérgica acción sobre la masa: siéndome indiferentes, para señalar estos caracteres, lo cerrado ó lo abierto del escenario, lo sagrado ó lo profano del asunto, lo público ó lo privado, la alteza ó la mezquindad de los intereses en litigio.

Mi mayor dificultad consistía en buscar el hilo histórico de esta elocuencia típica. No había más remedio que lanzarse al campo de la fantasía, arriesgando conjeturas. La crítica moderna acababa de averiguar que algunos antiguos grupos de la familia semítica habían sido bastante diestros en el arte de los debates. ¿De qué manera se hablaría en aquellos Consejos de Ancianos, Jueces y Escribas, tantas veces mencionados en el Antiguo Testamento? ¿Cómo discutirían, en el Senado cartaginés, los opulentos oligarcas?

Con Tácito veníais á Europa y él os hacía presenciar los *concilios* de los Germanos. No os reproducía ni os podía reproducir discursos; pero os pintaba lo teatral de los debates; y ya era algo. Os hablaba de voces formidables que resonaban en medio del profundo silencio impuesto por los sacerdotes; del porte majestuoso de los oradores; de la movilidad de sus semblantes, en los cuales iban á reflejarse hasta las más ligeras impresiones del espíritu; de cómo la turba multa estaba pendiente de los toscos labios; de cómo se estable-

cían, según diríamos hoy, las corrientes eléctricas, y triunfaba el orador *prout facundiâ et auctoritate suadendi*, y palpitaban los éxitos oratorios con el alboroto de las frámeas, como palpitan ahora entre los *bravo, bravo*, y con el batir de las palmas. De los Galos, no sabíamos más sino que eran muy sueltos de pico. *Gallia causidicorum nutrix.*

Los aficionados á estudios oratorios se encuentran hoy con una ganga de que carecíamos entonces. Nos la facilitan los americanistas y los africanistas. Ellos, con sus constantes exploraciones por el centro y sur del Africa, con sus correrías hacia el *Far West* americano, ó por los últimos linderos de la América septentrional, y con lo poquito que queda por descubrir en la Oceanía, han encontrado medio de vivir, casi mano á mano, con los pueblos salvajes. Más ó menos entienden sus lenguas, conocen sus costumbres en la intimidad ó en sus manifestaciones públicas, y hasta saben que existe, entre algunas de aquellas tribus, algo que se asemeja á nuestros Cuerpos deliberantes. Magnífico recurso para sorprender, en lo vivo, el secreto de las Oratorias primitivas. Han de ser un tesoro los oradores en cueros. ¿Cuánta luz podrían darnos, sobre el asunto, aquellos intrépidos viajeros á quienes quepa la honra de asistir á algún debate de *Ancianos* patagones ó charúas, á un *Pitsho* de cafres, á un *Palavero* de Timanis, ó á los desahogos *senatoriales* de los Pieles Rojas, de los Mandingos ó de los Aschantis?

II

Sería de incalculable valor poseer algún modelo de aquella elocuencia salvaje, brutal, y desnuda de todo artificio, para aplicarla luego á la Historia, y seguir rigorosamente su génesis desde los albores de la raza Jónica hasta el *meeting* inglés ó anglo-americano. Así tendríamos el cuadro completo de la Oratoria *espontánea*, que Mommsen llama pro-

ducto de la vida nacional y que Mac-Carthy reduce á dos solos factores: la pasión y la fantasía.

Corto es, en Grecia, el período de la Oratoria espontánea. No va más allá de los tiempos de Pericles. Poseyéronla, en eminente grado, los jonios, por ser de índole muy comunicativa, y, de todas las razas helénicas, la de palabra más fácil y brillante. Si algún ciudadano lograba señalarse, en aquellas turbulentas democracias, declarábanle en seguida jefe popular; que tal podía llamarse el hombre de Estado, por ser allí una misma las dos cosas. Su civismo, sus proezas, sus virtudes, acaso sus mismos vicios, es decir, la notoriedad de la vida pública, daban al orador el derecho de hacerse oir por sus conciudadanos; y así tomó carácter político la Oratoria griega en sus comienzos; y, con la vida política estaba tan relacionada la Oratoria, que fué, según entiende Curtius, la base de la constitución de Teseo.

Pues todavía fué menos duradero lo espontáneo de la elocuencia romana. Sólo encontraba aquel carácter en las *allocutiones* ó arengas militares, en las oraciones fúnebres y en los discursos de los primeros Comicios, donde el orador podía dar rienda suelta á sus pasiones ante la congregación del pueblo, sin sentirse cohibido por condiciones de local, por respetos corporativos, ó, como en el Foro, por los intereses de los litigantes.

Pasábamos, de un salto, desde la Roma pagana, á la Italia de la Edad Media. Leíais, en el libro de Sismondi, que los predicadores de las democracias italianas no eran más que retóricos. Grave error el de Sismondi. No por las flores retóricas, sino por los acentos del alma, veía yo á Arnaldo de Brescia hacer temblar á cuatro Papas y cambiar las instituciones políticas de la Roma pontificia. No por los artificios, sino por sus apasionadísimos arranques, veía á Jacobo de Bussolari librar á la ciudad de Pavía de las garras de los Visconti

¡Savonarola! Ya sé que fué un demagogo místico y un político deplorable. Pero ¡su potencia como orador! Varias veces, en Italia, he ido á contemplar su estatua por el Pazzi. Todo es allí rectilíneo, anguloso, duro, inflexible, como una conciencia sin sombras. Sobre el pedestal, está

blandiendo una espada, pero esta espada es un Crucifijo, signo de la Redención, que parece, en su mano derecha, señal de exterminio; crispada la izquierda sobre la cabeza del león; teas por ojos, peto en forma de sayal, fieros ademanes de soldado; no el reposo, no la mansedumbre del apóstol. Con sólo mirar la escultura, sentís las chispas de aquella inmortalidad, que se ha de sancionar con la hoguera; sentís la palabra inspirada, la fe del Cruzado, los ardores tribunicios, el genio de sombras y resplandores, el valor que no conoce obstáculos, la audacia que no admite rivales, las llamaradas, las evocaciones, el acerado dardo que va derecho al corazón de los *Arrabbiati*. Un grosero temperamento de fraile sobre un grosero instinto de turbas. El terrible maridaje.

Así, y por espacio de ocho años, estuvo perorando, en el Duomo, el Prior de San Marcos, tirano de los nervios de grandes muchedumbres que hoy llamaríamos hipnotizadas. Cambio constante de efectos entre el fraile y su auditorio. ¿Efectos oratorios? No: efectos prácticos, eminentemente prácticos. Por esto era espontánea y popular aquella elocuencia. Un día Carlos VIII de Francia avanza hacia Florencia para saquearla y arrasarla, y avanza á su vez Savonarola hacia el Monarca, haciéndole retroceder por la sola magia de la palabra. Demoledor contra demoledor. Savonarola es de los históricos. Caballo de Atila, tea de Omar, pluma de Lutero, pluma de Voltaire, baba de Bolingbroke, petróleo del obrero, dinamita del anarquista: añadid *la lengua de Frà Girolamo.*

Citadme otra *lava* como aquélla para lo divino y para lo atánico. Un día truena el Predicador contra las pompas nundanas; y aquel pueblo, tan celoso de sus artes, declara, n el acto, mundanas pompas todas sus joyas artísticas; y llí, en la inmensa pira del *brucciamento della Vanità*, desparecen, entre llamas, lo antiguo y lo moderno, lo ideal y o sensual, lo heredado de Grecia y el producto de la inspiación italiana. Allí vuelan dípticos, planchas de inimitables rtífices, el manuscrito del Decamerón y los autógrafos del etrarca, miniaturas pagadas á peso de oro, maravillas en

cera, en marfil, en esmalte, en finísimos metales. Allí profanan los florentinos el culto de aquella plástica que tenían por más preciada; allí truecan en viles cenizas las estatuitas de sus beldades más peregrinas, la *bel-la* Bina, la *bel-la* Bencina, la María di Lenzi, la sin par Tena Morella.

Y aquella oratoria delirante y aquel vandálico idealismo, después de hincar sus uñas en las entrañas del Arte, van á clavarlas en el alma del artista. Por las arengas del implacable dominico, Sandro Botticelli renuncia á la Pintura, Lorenzo di Credi se retira á un convento, el Cronaca pierde el sueño, Frà Bartolomeo deja vagar sus pinceles por espacio de cuatro años. Para agrandar sus creaciones, Miguel Angel se aprende, de memoria, largos fragmentos de los sermones del fraile. ¿Queréis más? Savonarola influye en aquel hermoso despertar de las artes que había querido sofocar. Por él, aparece saturada de simbolismo la primera forma del Renacimiento; por él, no salen del pincel italiano, durante muchísimos años, más que Vírgenes, Cristos, Angeles, Santos, Profetas y escenas del Viejo y Nuevo Testamento.

Otro salto de la Oratoria popular me llevaba desde Savonarola á las guerras religiosas; otro, desde éstas á los oradores de la Revolución francesa. No me habléis de los atildados, del grupo de los cultos, de los que merecieron los honores del *Monitor;* habladme de los del brazo arremangado, de aquellos que pasaron *sin extracto* por los clubs: Marat, Hébert, Desmoulins, Maillard, Saint Hurugue, Santerre, Henriot, Anacharsis Clootz.

La dramática especial de aquellas tormentas oratorias no hay posibilidad de retratarla: todo lo más que podéis hacer es irla adivinando por la fisonomía del *meeting,* espontánea derivación de las costumbres anglo-sajonas. Y advertid que en la época á que se refieren estos estudios, el *meeting* inglés no era de tan subido color como el que le han dado después la Internacional y las actitudes de las clases operarias. Lo que no ha variado, ni puede variar, es el accidente externo: la instalación al aire libre, en plazas, en parques, en un picadero, en una estación; la tribuna improvisada en una tarima, en sillas, en banquetas, sobre un tonel, en un vagón; la

notas bullangueras del *Rule Britannia* ó de los himnos patrióticos, en charanga ó á coro, por millares de voces. Conjunto imponente, atronador, *vibrante*, según la acertada expresión de Esquirós, que tan bellas páginas ha escrito sobre las cosas de Inglaterra.

Pensad allí en justas y torneos; entreteneos aliñando frases. Lo popular es expeditivo; todo *meeting* un acto. Si sois simpáticos, si habéis llegado á poseer la *vis tribunitia*, cada palabra vuestra es un reguero de pólvora; vuestros enojos, son los comunes enojos; vuestras inpiraciones, las comunes inspiraciones; vuestros latidos, los latidos de la muchedumbre. Hacéis la calma con un gesto, con otro el vacío, con la mirada la borrasca. Como aquí en los toros, vuelan allí, por los aires, los entusiasmos y también los *proyectiles:* pañuelos, guantes, sombreros. Para el párrafo valiente, los hurras; tras de cada invectiva, los gruñidos. Detalles, muchos y curiosos: rápidos diálogos entre orador y público; fotografías que circulan; grabados y caricaturas que traducen el pensamiento del tribuno; dimes y diretes con la policía, cuando no se llega á mayores; contra el adversario, la soberanía de los pitos. Si esto acontece en los *meetings* ordinarios, calculad lo que llegará á ser un *indignation meeting*.

III

Notad la siguiente rareza. En la historia de la Elocuencia, lo popular y espontáneo es la excepción: lo convencional, lo labrado, lo artificioso, es la regla. Si hay aquí culpables, los primeros fueron los griegos, desde Pericles á Demóstenes. Pericles, dechado de la elocuencia ática y dueño absoluto de su palabra, fué perdiendo la costumbre de improvisar, cayendo en el flaco de la ornamentación literaria. Cundió el contagio desde aquellas alturas: vino el sistema de publicar los discursos políticos; vino la moda de convertir las oraciones fúnebres y los panegíricos en selectos trozos de lenguaje;

y acabó la cosa por los *logógrafos*, que escribían discursos cargados de sofística y chispeantes de ingenio, para que otro los aprendiera de memoria y los recitara ante los Jueces.

Tomados estos pliegues artísticos por la palabra griega, quedaron en ella tres especialidades:—el improvisador—el retórico—el diserto.—No era el improvisador un tipo de orador popular, sino el hombre abundoso de palabra, que de todo hablaba, y fraseaba sobre cualquier asunto, sin preparaciones ni concierto. Nunca presidía á aquellos flujos de verbosidad la sustancia del concepto. Especie de saltimbanquis que, de lo alto de un estrado, divertían al público con la palabra, como, por otros medios, lograban divertirle el prestidigitador y el acróbata. *Saltavit et placuit*. Y, por si no bastaban las armonías del dialecto jónico, los improvisadores tenían á mano el recurso de la mímica; la risa, el llanto, los ademanes grotescos. Momo en auxilio de Caliope. Vanamente preguntaba yo el nombre de aquellos hábiles comediantes: la Historia no se tomaba la molestia de recordármelos.

Los retóricos me representaban el delirio de la forma, las exigencias del oído, la cadencia, el juego de la antítesis, la frase miniada, la amplitud, la redondez del período. Corex, Gorgias, Iseo, Lisias, Isócrates, de quien refieren que se pasó diez años preparando un discurso. Fué paciencia.

Formaban los disertos la aristocracia de la clase. Así suenan tan alto aquellos nombres de Demóstenes, Esquino, Conon y Timócrates. Peinaban estos pícaros, y peinaban mucho. Lord Brougham se lo ha echado en cara: «No busquéis espontaneidad en Demóstenes y en los de su escuela: allí hay una lenta elaboración y un esmerado estudio de la frase.» Obligado tributo al aticismo, que no impedía á los disertos, ni lucir su instrucción, ni ser serios, ni ser profundos. Tampoco les hacía renunciar á la dramática del oficio. Cada vez que caían en mis manos las Filípicas, no sabía qué admirar más: si lo vivo y cerrado de la polémica, ó los continuados arranques que dan tanto movimiento á la palabra del más clásico de los oradores.

Aquí lo singular es el ejemplo de Roma. Que esculpiesen

la palabra los griegos, tan idólatras del Arte, lo comprendía de sobra: lo que no me entraba en la cabeza era que la tallaran, la limaran y la acicalaran los ásperos, los dogmáticos y anti-idealistas romanos. ¡Vaya si les dió bien pronto por ser extremados en el decir! Y no fué por falta de buenos consejos, porque Catón y los Escipiones habían hablado muy fuerte contra los artificios de lenguaje. Hablaron fuerte, sin dar ejemplo. Porque aquel Catón, que se reía de las reglas de Isócrates, aquel Catón, que prohibía á los muchachos discutir temas oratorios en las escuelas, aquel Catón, que recomendaba el dominio de la idea sobre la palabra—*rem tene, verba sequentur*,—aquél, aquél era el mismísimo Catón que se deleitaba leyendo las más floridas arengas atenienses; el mismo que, al llegar á la vejez, escribía sus discursos políticos; el mismo que, antes que Cicerón y Quintiliano, dictaba preceptos y fabricaba modelos para los oradores.

Con el predominio de Roma en el mundo, empieza el predominio de la retórica en Roma. No hizo allí tantos estragos como en Atenas; pero poco á poco la escuela rodia fué penetrando en la Oratoria romana. Poco á poco se abandonó el cultivo del fondo, corriendo tras de la corrección, la pureza del lenguaje, la brillantez del estilo, y tras de una detenida selección de la frase ó de la modulación y amplitud de los períodos.

Recientemente he visto que los críticos alemanes hacen una excepción en favor de Hortensio y de los de su escuela, á quienes llaman vulgaristas. Según los alemanes, el vulgarismo sería la última forma popular de la Oratoria romana. Perdónenme *Sus Solideces:* entre el vulgarismo y la Oratoria popular, hay un abismo. El vulgarismo no afectaba á la esencia de la Oratoria, sino á la forma de la expresión: era el lenguaje llano y usual, entre el común de las gentes, sin preocuparse, como los retóricos, de si había que mezclar, en la oración, palabras del Atica, de la Caria ó de la Frigia. Era la lengua naturalista en oposición á la clásica.

Pues aun este naturalismo se hundió en Roma, como se había hundido en Grecia, así que se fué propagando la costumbre de escribir los discursos. Tantos y tantos se escri-

bían que hasta servían de pretexto para lucirse los anfitriones en las cenas.

Por ser naturalista, Hortensio, el jefe de los vulgaristas, publicó pocos discursos: por no serlo, publicó tantísimos Cicerón, el jefe de los retóricos.

Siempre le es á uno muy penoso ver maltratar á sus antiguos ídolos; y así me sucedió con el ilustre Marco Tulio, el indiscutible de las escuelas, cuando, después de muchos años de haberlas abandonado, repasé sus mejores oraciones y los libros de panegiristas y detractores. Confieso que la música de Cicerón, leyéndole en alta voz, seguía deleitándome y me gusta todavía. En punto á críticos, nunca pensaba verlos ni tan contradictorios ni tan apasionados como los que caían sobre la elocuencia ciceroniana. Si Middleton y los Turicenses os la ponen en las nubes, y Lamartine en un lecho de rosas, otros acaban por no dejarla hueso sano. Llaman á Cicerón zurcidor de frases, prosaico, *abogado*, sentimentalista, falto de precisión y de limpieza. Que en su vida supo decidir un asunto serio. Táchanle de virulento en el ataque, y de chocarrero en los chistes. Ni siquiera les cae en gracia la bella arquitectónica de sus arengas.

No hay peor cosa que ser juzgado por simples ecos; y ésta es la desgracia del orador cuando cierra la boca para siempre. La obra pictórea, la escultural, la arquitectónica, la musical, la poética, íntegras se trasmiten á las generaciones: la obra oratoria desaparece con el *sujeto* y con *su* público. Con su público: porque todo discurso es un diálogo en que el orador representa la parte hablada, la fonética, y el público la muda. Sus silencios, sus entusiasmos, sus aclamaciones, todos sus movimientos, al contacto de la palabra, forman el marco de un cuadro, que resulta frío y sin color cuando le falta aquella serie de accidentes. Muerto ó desaparecido el orador, os quedan el pensamiento, el lenguaje, la forma del período, la trabazón, el encadenamiento de las partes. Os falta la unidad artística, porque no tenéis la voz, ni las entonaciones, ni la expresión, ni los ademanes. Os falta más, mucho más que todo esto. Os falta el ambiente, el medio social, el histórico, en los cuales se engendró el discurso

empaparos en aquellas *actualidades* que dieron vida y calor á la palabra. Por esto considero muy discreto á Mommsen cuando, sin desconocer la brillantez del Orador romano, se ciñe á juzgarle como hablista; viendo en él, no la reacción del lenguaje de los libros contra el de la conversación, sino la de la lengua de las clases cultas contra la llaneza de las comunes.

Como quiera que sea, los mismos libros me advertían que el género ciceroniano había tenido, en Roma, un lustre pasajero, y pronto oscurecido por la elocuencia más varonil de un Clelio Rufo, de un Cayo Curión, de un Asinio Polión, de un Marco Junio Bruto. Cae luego la República; y aquel Imperio que mató la libertad de la palabra, dió también al traste con la tribuna política. Ya no hubo oradores, sino declamadores: no tribunos, sino abogados. El género de Simmaco y de los llamados panegiristas.

IV

Entre los postreros fulgores oratorios de la decadente latinidad, veía surgir, de repente, la vivísima luz de la elocuencia cristiana. Ninguna ocasión más propicia que aquélla para el renacimiento de las oratorias populares. Parecíame verlas salir de las mismas entrañas del Cristianismo, de la exaltación de sus ideales, de sus primeros ardores de propaganda, de sus pasiones de conquista por el espíritu. ¡Qué grandes elementos de espontaneidad! Dos Religiones, cuerpo á cuerpo, en lucha abierta: paladín contra paladín, el pagano y el de Cristo: una fe virgen, en pugna con el escepticismo y sus inercias: una sangre que vengar, la de los mártires; cadenas que romper, las de las persecuciones; poemas enteros que escribir, los de las catacumbas; rehabilitaciones del espíritu, opuestas al regalo de la carne; batallas de la caridad con el interés, de la abnegación con el egoísmo, de la mortificación con la liviandad, del sentimiento con los sentidos; confron-

tado el poseedor con los desheredados; el anatema, para el rico avariento; el consuelo y la esperanza, para el pobre y el humilde.

¿Dónde está el tipo de la elocuencia popular en aquellas épicas edades? Seguramente en las sencillas pláticas pronunciadas en las catacumbas, ó en los lugares, ó en las aldeas, por oscurísimos clérigos. Pero la Historia ha sido siempre cruel con los pequeños, con los que no escribieron sus discursos, con aquellos para quienes los *Notarii* no se encargaron de los extractos. Ciertamente más generosa se mostró con las eminencias, con los puntos brillantes, en la categoría de PP. de la Iglesia; con aquellos ínclitos varones, tan diestros en fijar y manejar la doctrina, como ricos en galas de lenguaje; y tan soberbio dechado en la exposición del dogma, como en la nobleza y el vigor del estilo. Tan pródiga y tan generosa se mostró con ellos la Historia, que, por la misma abundancia y por la variedad de los trabajos oratorios, jamás acertaréis con el modelo á quien conceder la primacía; si la daréis á las resonancias que quedaron de los perdidos sermones de Atanasio: si á la sencillez de los dos Cirilos y de Paulino de Nola, ó al arte delicado de Gregorio Nacianceno; si á los vuelos platonianos de Clemente de Alejandría, al sutil ingenio de Ambrosio, á las alegorías de Gregorio de Nisa, ó á la suavísima unción del gran Basilio; si á las asperezas y sobriedades del obispo de Hipona, ó á la grandilocuencia de Juan Crisóstomo.

Oriental ú occidental, griega ó latina, la elocuencia de los SS. PP., literariamente juzgada, tiene el corte convencional de las oratorias clásicas. No se me ocultaban, en verdad, muchas y muy señaladas diferencias: la firmeza de la convicción en los tribunos sagrados, al lado de las desmayadas almas de la decadencia pagana: alteza de miras, riqueza de sentimientos, energías, juventudes de idea en los discípulos de Cristo, y, enfrente, la ceguedad, la pobreza, el desconcierto final de las fórmulas gentílicas; el Cristianismo, con sus altas punterías á las sublimidades de la Creación, á los intereses de la Universalidad; y el Paganismo, con su criterio estrecho de vencedores y vencidos, de débiles y podero-

sos, de andrajosos y opulentos, de amos y esclavos. Y todavía, entre los PP. de Occidente, así oradores como escritores, encontraba otra ventaja, muy acentuada en San Agustín, y más en Tertuliano: la de poseer manera y estilo propios. Singularísimo don de aquellos privilegiados ingenios, herederos directos de una literatura de mera imitación, como fué la latina.

Por esto de la imitación, y aun á riesgo de chocar con los oídos piadosos, me permitía calificar de literatura *derivada* la elocuencia de los SS. PP. Muchos de ellos, á semejanza de los maestros profanos, suelen castigar la frase, cultivan el aticismo, hacen alarde de ingenio ó gala de inspiración y fantasía; y, cuando no divagan, ó no diluyen, ó no caen en el vicio de la erudición, pagan tributo á los tiempos con un exquisito refinamiento de retórica.

Pagan tributo á los tiempos. ¿No lo habían de pagar si, por todos lados, les dominaba la influencia de la educación clásica? Esta educación se había sobrepuesto á todos los avisos y precauciones contra la seducción de las artes paganas. Nada consiguieron, para evitarla, ni San Pablo, poniendo en guardia á sus fieles contra las arterías de los filósofos, ni Tertuliano, dando á Aristóteles el nombre de miserable, ni Minucio Félix, que llamaba á Sócrates el bufón de Atenas. Hasta los más intrépidos caían en la tentación de dorar sus lenguas á lo pagano, cuando no contribuían á fomentar el arraigado vicio. ¿Y cómo no? El Nazianceno, aprende la elocuencia en Cesarea y en Alejandría, perfeccionándola en Roma: Crisóstomo, la estudia con el sofista Libanio, purísima encarnación del antiguo Arte helénico: Basilio, se forma en Atenas y, con no poca pesadumbre, abandona, en su juventud, tan grata residencia: Gregorio de Nisa y Agustín, empiezan de profesores de Retórica; y este mismo Agustín, que debe sus comienzos filosóficos y literarios á la lectura del *Hortensius*, acaba recomendando, en sus *Diálogos*, el cultivo de los escritores gentílicos: Ambrosio, se familiariza tanto con los clásicos, que no sabe hablar ni escribir sin mencionarlos: Jerónimo, blasona de discipulo del comentador de Terencio y del retórico Victoriano, llama pálidos á los Profetas,

comparados con Platón y Cicerón, teme que el Supremo Juez le eche en cara su ciceromanía, y se deja acusar, por Rufino, de profesar excesivo cariño á las profanas literaturas.

Polos opuestos en la elocuencia cristiana: San Agustín y San Juan Crisóstomo. Así me los representaba. No busquéis el mérito de Agustín en sus sermones. Han pasado, sobre ellos, demasiados siglos. No han pasado ni pasarán jamás para sus escritos. Si sois de buen olfato, tomaréis las *Confesiones*, la *Ciudad de Dios*, los *Diálogos* y los *Soliloquios;* y les daréis tan fieros bocados que os lo tragaréis todo en pocos días. Admiraréis la frase tocada de africanismo, pero limada por el que había sido ilustre Maestro de Retórica, en Roma y en Milán. Ciertas redundancias, ciertas amplificaciones, un cierto divagar, os recordarán que el Maestro había tenido abierta cátedra de improvisación en Cartago. Os traerán á la memoria la época en que el futuro Padre de la Iglesia era aquel panagerista que, á las órdenes de Simmaco, cantaba las glorias de los Césares y las alabanzas de los Magistrados. ¿Polemista? Citadme otro igual. ¿Rudo? Porque combatía. ¿Desigual? Porque tenía que medirse con atletas de diversos temples. En sus virginidades de cristiano, tan pronto se deja inspirar por Platón, como por San Pablo. Después, todo es, en él, personalismo. Lo áspero de las realidades va dando relieves á su ingenio, á medida que le van espoleando los herejes.

O mucho me engaño, ó las homilías de San Juan Crisóstomo os producirán, como me producían á mí, muy distinto efecto. Si Agustín os seduce, Crisóstomo os levanta en peso. *Il vous empoigne*, dirían los franceses. Popular como los Gracos, apasionado como Savonarola, agitador como O'Connell. Entre su físico y su moral, singulares contrastes. Corto de estatura, de poco natural, y flaca complexión, sin sedas ni brocados, ni la púrpura oriental que ostentaban otros Obispos. Grande por la pasión, colosal en sus simpatías, inmenso en sus orgullos, implacable en sus enojos, sin tasa en la codicia de imperio espiritual.

¿Quién duda que la oratoria de Crisóstomo fué la más popular y la menos convencional entre las de aquellos cam-

peones de la fe nueva? Resultó, no obstante, la más teatral de todas; no porque el sublime *actor* se sintiese inclinado al aparato, sino porque se lo imponían su género, sus naturales arrebatos, los asuntos, las resistencias. No le basta, como á sus predecesores, hablar desde el ábside ó desde la puerta de la suntuosa Basílica: quiere tribuna, quiere púlpito, necesita alturas, porque, en ellas, se forja el rayo; porque, desde ellas, bajarán sus cóleras á encender las de las muchedumbres; y, desde allí, se marcarán mejor, con el hierro y el fuego, las frentes de aquellas damas bizantinas que ostentan, en las galerías, sus cínicas desnudeces. Allí aplasta, allí hunde, allí pulveriza, allí aniquila, sin dejarse vencer del miedo: indiferente á las venganzas meditadas en la sombra, á los ostracismos que se le preparan, á los enconos de una osada Emperatriz y de su Corte corrompida. Es el ídolo del Pueblo y le basta el Pueblo: vive de sus aplausos; vive de sus abrazos: vive de los triunfos, de los vítores y palmas que se le prodigan, al recorrer las calles de Constantinopla. Ruda y niveladora democracia, que no ha tenido, en la Historia, más que dos apostolados: aquel de Bizancio, que representaba la revolución en las conciencias, y otro más cercano á nosotros, que representa la revolución en las ideas.

Parecíame ver, en San Juan Crisóstomo, una extraña combinación del orador moderno y del antiguo. Del moderno, por la manera de razonar, el color, el movimiento. Del antiguo, por la majestad de la frase y por el inmenso caudal de palabra que suponen sus cien homilías. ¡Ah, la oratoria antigua! Con Crisóstomo terminó; porque no era posible rehabilitarla en aquel Bajo Imperio, que entonces empezaba, y había de durar diez siglos, entre pedantes, eunucos y comparsas. Boca de Oro da realmente fin al largo período de la elocuencia ática. Él es la última maravilla del Arte helénico.

¡Finis Græciæ!

V

Mucho me intrigaba, y me ha intrigado siempre, el nivel que alcanzaría la elocuencia en las Repúblicas marítimas de Italia. ¿Quién conoce aquellos oradores? ¿Dónde habrán ido á parar sus discursos? Nadie sabía una palabra de esto, cuando yo tenía interés en conocerlo; y sospecho que, ahora mismo, no podríamos sacar gran cosa en limpio. Empecemos porque, hasta hace pocos años, los archivos de Génova y Venecia estuvieron herméticamante cerrados al público; los de Génova, por la suspicacia piamontesa, los de Venecia, por la austriaca. Caffaro, Giustiniani, Foglietta, Serra, Cicala, Stella y, en general, los antiguos analistas genoveses, ó ignoraron, ó aparentaron ignorar, ó disimularon, la parte más sustancial de la historia interna de su Patria. Después, con la unidad de Italia, con sus gobiernos liberales, y por la constante diligencia de Olivieri, Canale, Belgrano y otros eruditos, se han esclarecido muchos puntos; pero la historia de la tribuna genovesa sigue tan oscura como antes.

Es muy de lamentar, porque aquella tribuna debió ser valiente. Ya en el siglo XII, brillaba Génova por sus Consejos y Parlamentos. No brillaba menos, en el XIII, con los debates del *serenísimo Senato,* compuesto de treinta y dos Ancianos, bajo el *Capitanato* de uno de los Boccanegra. Vienen luego las grandes Asambleas populares del siglo XIV; y, á medida de ellas, extienden y perfeccionan los genoveses sus instituciones parlamentarias. Júntase unas veces el Pueblo entero en la plaza del Duomo, y otras veces bajo la presidencia de *Messer lo Doge:* se celebran magnas reuniones compuestas del Podestá, un Consejo de doce ancianos, *il Consiglio minore, il Consiglio maggiore* de 320 ciudadanos, la Sindicatura, los Provisores y otros muchos representantes de otras tantas magistraturas. Allí habría, como es de suponer, pocas calmas, mucho oleaje y no flojas tempestades. Siento,

repito, que los cronistas no cuidasen de levantar siquiera la punta de aquel velo; trayéndonos el eco de algunos accidentes oratorios que habían de ser de muy vigoroso efecto en tiempos tan revueltos, con tan embrollada política, y cuando los destinos de la patria genovesa estaban en manos de los Montaldo, los Adorno y los Campofragoso.

Todavía es más sensible el porfiado silencio de los historiadores venecianos, en punto á Oratoria; porque Venecia fué, en sus felices tiempos, una Inglaterra chica; y cuanto dijeran sus oradores, en aquellos famosos Comicios, había de tener tanto interés, en el fondo, y en la forma, como lo tienen hoy los debates de Westminster.

Hoy no hay mano férrea para los antiguos secretos de Venecia. El último prójimo puede espigar, y muy á su placer, entre los 14 millones de documentos que ocupan las 298 salas de los Archivos del Estado, instalados en el claustro de la Iglesia de Santa María Gloriosa de'Frari. Allí, en su tiempo, cosechó á dos manos el conde Daru, y han cosechado después León Galibert y Gfrörer para sus respectivas historias de Venecia; de allí sacaron, Molmenti su *Storia di Venezia nella vita privata*; Morpurgo, su *Società veneziana alla fine del secolo passato*; Bournet, sus *Notas de la Biblioteca de un antiguo Veneciano*; Cecchetti, sus *Veneziani fino al* 1200; Fincati, *Lo splendore e decadenza della Marina mercante di Venezia*; Fulin, *Il breve sommario di storia veneta*; Tassini, sus *Curiosità veneziane:* Romarin, las *Lezioni di Storia veneta*; Negri Pasquale, sus *Misterios de Venecia*; Carlos Iriarte, su *Vida de un Patricio* y aquel hermoso infolio que ha dedicado á la memoria *della gentil città*. ¿Cómo, en tanta masa de trabajos, no hay un pequeño espacio para darnos á conocer las artes oratorias de aquella poderosa oligarquía? Solamente me lo explico por el sello inquisitorial de toda su fábrica política, por lo secreto de las sesiones, y el sistemático alejamiento de un desdichado público, relegado á la Plaza de San Marcos, donde tenía que contentarse con sortear á los esbirros, murmurar muy quedito, intrigar sordamente *per far broglio*, y pescar, á río revuelto, algo de lo que llamaríamos hoy una tajadita del Presupuesto.

Tenemos las *Relazioni* de los embajadores y alguna que otra *Memoria* de los Duxs. No bastan para formar concepto de la elocuencia veneciana. Debió estar ella en gran predicamento, y no la pedestre, sino la más floreada y artística. ¿A qué hubiera conducido, si no, la fundación de la Academia Giustiniana, exclusivamente consagrada al Arte oratorio? De 500 á 600 patricios se componía el Gran Consejo: ¿cómo ceñirse al canto llano ante tan nutrido auditorio? ¿ni quien, sintiéndose orador, dejaría de pulir la frase y de crecerse, con mil delicados oídos abiertos para escucharle? Graves historiadores aseguran que, en el seno del Gran Consejo, no se admitían más que discursos prácticos y exposiciones de hechos concretos. Así sería; pero entonces, ¿por qué se prohibía entrar, con armas, en aquel recinto? ¿No es éste sobrado indicio de que no todo sería frío razonamiento, y de que las pasiones y la viveza de la frase podrían originar ruidosos incidentes? La costumbre admitida era hablar desde su sitio; pero había tribuna para los casos extraordinarios, y quien dice tribuna dice trompa épica. Porque los retóricos y los atildados habían de encontrar vastísimo campo en la misma grandeza de los asuntos: declaraciones de guerra, propuestas de paz, tratados, cesiones y anexiones de territorios, amén de otras materias menos dóciles á la fantasía, como la Hacienda, la Moneda, contribuciones, empréstitos y el manejo de los caudales públicos.

Consideración decisiva. Por fuerza un veneciano de aquellos tiempos tenía que inclinar la cabeza ante el brillo de la palabra. Vivía en la patria del colorido. En las lagunas, cuando la naturaleza no pintaba, pintaba el hombre con exquisita maestría: cubría de oro las cúpulas; esmaltaba con el policromo; dibujaba con el mosaico; prodigaba los tonos en el cristal y en la seda; bordaba los azules de mar y cielo con los toques negros de los antifaces, de los mantos, de las góndolas, hasta con lo negro de sus calabozos; teñía las togas de rojo ó de violeta; inventaba el arte *biondeggiante* para dorar las negras cabelleras; y, en una más alta, altísima esfera, engendraba aquellos creadores del color que se llamaban Giorgione, los Palmas, Ticiano, il Veronese y Tintore-

to. ¿Cómo no había de ser artífice, en la elocución, quien era, en todo, tan soberano artífice? ¿Cómo no habían de ser maestros, en el arte del hablar pulido, los discípulos de Teodoro de Gaza y de Jorge de Trebizonda? ¿coloristas y muy coloristas, con la palabra hablada, los que tenían tantos, en palabra escrita? Historiadores, como Sarpi, Sabellico, Navagero, il Bembo y Paolo Peruta; diplomáticos, como Marco Barbaro, Correro y Marino Cavalli; poetisas, como la Gambara y la Fedeli; vates inmortales, como el Tasso, hijo adoptivo de la Italia entera, pero veneciano de ley por su familia de Bérgamo.

¿Qué le vamos á hacer? Ya que no nos dan elocuencia veneciana, contentémonos con presumirla; si no poseemos el lienzo, venga el marco: lo que nos niega la Historia, súplalo la fantasía. Figurémonos oir la voz de la *Trottiera*, la gran campana de San Marcos, convocando á los Patricios á Consejo. Cinco campanadas responden en cada barrio. Es domingo ó día festivo, y estamos en invierno: tendremos sesión desde las ocho á las doce de la mañana. Si fuera verano, la tendríamos desde las doce hasta la puesta del sol. Atiendan ustedes á la entrada de los *Magnifici*. Primero, el Dux, con su *Cavaliere* y los diez y seis escuderos del Príncipe. *Il Cavaliere del Doge* luce traje de terciopelo ó de raso carmesí, jubón, calzas y escarpines del mismo color. De terciopelo negro, con cinturón de seda, los escuderos. Entran los Patricios jóvenes con la presunción propia de la edad: altas toquillas negras con velo, vistosas guirnalditas de margaritas, y profusión de pedrería y medallas; jubón de seda ó de raso, ricas botonaduras de oro y mucha pasamanería. Los más coquetones dejan flotar sobre los hombros la larga cabellera, muy censurada en su tiempo por il Lapi, que no cesa de aconsejar á la Señoría la prohibición de aquellas *capillaturas longas, ut faciunt mulieres*.

Entre los viejos, los hay modestísimos, que se contentan con el paño negro, procurando siempre que les resulte *il collare della camiscia bene accomodato*. Otros están de carmesí; pero todos llevan la gran estola de brocado de oro, y rojas las calzas y los zapatos. Los más rumbosos se cargan de

cordones de oro y plata; los frioleros no abandonan sus soberbias pellizas. Aconsejo á ustedes que no se fíen gran cosa de aquellas venerables canas. Quizás algunos de los que las ostentan, se hayan pasado la noche en el *Ridotto*, entregados á las emociones de un juego infernal, con otros excesillos. No lejos del Dux y en unos bancos pegados á la pared, dos gradas más arriba de los demás escaños, se destacan algunas figuras inmóviles. Echémonos á temblar: son las del Consejo de los X, con los Abogados del Común y los Censores.

Si es miércoles ó sábado, vámonos á la *Zonta*, á la reunión del Senado: Palacio ducal, sala de los *Pregadi*. Numeroso personal, y todo de copete. Dux, sus seis Consejeros, Procurador de San Marcos, los tres Jefes de la Quarantía criminal, los X, sus Abogados, los trece Magistrados senatoriales, los cincuenta y cinco aspirantes, los Embajadores de regreso, los Podestás de Verona, Vicenza y Bérgamo, y los diez y seis *Sabios*, que equivalen—¡nombre singular!—á nuestros Ministros. Talla y profusión de adornos por todos lados del salón; cuadros de los Palma, del Tintoreto, de Vecelio, del Vicentino.

Nos echan fuera, ¡y vaya usted á adivinar lo que allí pasará! Contentémonos con saber que todo Senador que se aprecie en algo, recitará sus exordios en toscano y lo demás en el dialecto de la tierra.

. . . .

¿Seguimos con la historia de la Elocuencia hasta nuestros tiempos? No lo creo prudente: resultaría el trabajo monótono y pesado. No nos faltará ocasión para hablar, con más oportunidad, de la Oratoria moderna. En obsequio á la variedad, demos aquí un corte á esta clase de recuerdos; y pasemos á otros, no menos interesantes, y algo relacionados con la Oratoria política. Mis primeras impresiones sobre el periodismo.

1852-1854.

SECCIÓN OCTAVA

ómo no me tentó el Periodismo.—Alrededor de la mesa larga.—Censura á raíz de las carnes.—La campanilla de los apuros.—Del Periodismo como instrumento literario.—¿Por qué hace usted tanta pregunta?—Nuestra Prensa de mitad de siglo.—Cada tarugazo.—Lo que era y lo que es la gacetilla. —¡Vivir del anuncio!—Paga ruin y mal contada.—No es oro aquí la tinta. —Hablen las esquinas.—Revista de la Prensa política extranjera en 1853. —Á pesar del palo.—Humos ultramontanos.-Veuillot, mozo de cordel. —Estudios de orígenes por Cucheval Clarigny.—Tres momentos históricos.—Cuándo y dónde empieza á ser función social el Periodismo.—Con ongilatos de á siglo.—La evolución de los independientes.—¿Cuánto vamos ganando?—¿Por qué no el sentido inglés?

I

Nunca me tentó la profesión de periodista, porque me sntía refractario á aquel género de vida. Recién llegado á Madrid, visitaba muchas redacciones, y veía cómo trabajaban los *reclutas*. Ni tiempo de pensar, ni horas de estudio, n fijas para comer, ni fija de acostarse. En la sala grande, a edededor de la larga mesa, atados á la cadena. Paga ruin y n lísimamente contada. Con la pluma en la mano, y tres ó c atro cuartillas esparcidas sobre el pupitre, buscaban la

inspiración, medio mascando la colilla, ó mordiéndose la uñas, ó dibujando elegantes arabescos. Facilidad de escrib dera, cuando cogían el hilo; pero, al empezar, atajados d pluma, ante aquel problema de la embocadura, que fué constante tormento de Mad. de Stäel, según refiere su yern de Broglie.

Pasábanse la vida echando pestes contra el *señor* Fisca y les sobraba la razón; mas yo, que, como profano, estal fuera de tiro, les advertía que tenían, al lado, otra censura r menos quisquillosa: la de la Casa. ¿Criterio? El de la en presa. ¿Extensión, espíritu, oportunidad de un artículo de un suelto? Con la venia de usted, Sr. Director. Miles escritores se someten á esto: yo no hubiera podido somete me, á pesar de las sensatas teorías de la disciplina y d pensamiento colectivo. Siempre he sido partidario de pe sar y de disciplinarme á mi gusto; no admitiendo otras f rulas que las muchas, y ya muy sobradas, que tiene á bi imponernos la sabia ley de la Naturaleza.

Otro inconveniente de la profesión: lo premioso de la t rea. En el periodismo político, todo es vuela pluma y tr rápido. La especialidad del frito, como en las fondas. U par de vueltas en la sartén y... *Madame, la table est serv* Política, Administración, Hacienda: cuatro brochazos actualidad, y al público. Cómo se llega, por este camino las madureces de juicio, es lo que no comprendo. Que que lleve la cabeza preparada con el estudio, la sosteng sin quebranto, con la *práctica* del Periodismo, no lo pon en duda. Lo problemático es que puedan obtenerse cabez sólidas con la *educación* periodística.

Estilo, lenguaje: otro *che tale.* Dije haber conocido alg nos hombres de peculiar instinto para estilos y lenguaj Á los mozos de este calibre, podéis hacerlos pasar por das las redacciones imaginables. Con encerrona ó sin cerrona, solos ó en bulliciosa compañía, con prisas ó ellas, siempre os trabajarán de igual manera. Venga la p ma, y todo les resulta espontáneo y acabado: concep propiedad, pureza, cadencias y otros accidentes. Son co Balmes y Walter Scott, que escribían sin tachones; ó con

en lo musical, cuentan de Rossini, que, en pocas horas y en medio de un estrépito infernal, hizo *Il Barbiere.*

Es un don del Cielo que alcanzan pocos. Por lo general, la pluma necesita mucho cedazo. Tocar, retocar, limar, perfilar, entonar, redondear, cuando no volverlo todo patas arriba. Traducción: romper muchas cuartillas. Concertadme esto con el articulista á diario y su campanilla de los apuros.

Aquí entra una cuestión peliaguda, que, entonces, resolvíamos de plano, y después la he visto enunciada ó estudiada por alguien que me suena así como á señor Académico ó celebridad parecida. ¿Cuál es la influencia de la Prensa política en la literatura contemporánea? Contestábamos que la Prensa diaria, órgano de inestimable valor, resulta, por su propio instituto, un mal instrumento literario. En aquella época, había poca diferencia entre una circular ministerial y un buen artículo de fondo. Nada movido, nada accidentado. Soseras de estilo oficialesco, que no se acomodaban á mi temperamento. Así, en mis trabajos oficiales, nunca he tratado de disimular la inclinación á los relieves. Entre otros muchos casos, recuerdo cierta Memoria que me encargaron sobre unas reclamaciones del Gobierno inglés en asuntos de Deuda española. Apilé datos, enfilé cifras, compulsé textos, eché á reñir Leyes nuestras con Actas inglesas, invoqué tratados y convenios: quise encerrarme en las severidades del estilo burocrático; pero, á lo mejor, sacaba la patita el instinto de *lo movido* y, como si tuviera delante á los honorables del *Foreing Office,* me permitía, á cada paso, el descarado interrogante... «¿Quién ha dicho al Gobierno inglés?... ¿Dónde ha visto el Gobierno inglés?... ¿Por qué el Gobierno inglés?...»—Mіróme sorprendido el *Jefe;* y me dijo, al terminar la lectura: «Bien está, bien está; pero, hombre de Dios, ¿por qué hace usted tanta pregunta?»

II

Decíase entonces, de varios periódicos madrileños qu dejaban beneficios. Seguro estoy de que los dejaría *La Esperanza* por su gran clientela de sacristía: no andaría escaso *El Clamor Público*, con su largo abolengo progresista sus heredamientos del antiguo *Eco del Comercio*. *El Heraldo* y acaso *La Época*, vivían desahogados por su trato con suscritores de monises. Estos cuatro periódicos formaban l aristocracia de la Prensa política, con otros también de gra tamaño, y eran *La España*, *La Nación*, *Las Novedades*, *El Diario Español*, *El Oriente* y *El Tribuno*. No había venid todavía nuestra gran Prensa democrática. Allá, en un rincóncito muy modesto, el amigo Manolo Santana preparaba, con su *Correspondencia autógrafa*, los fabulosos éxitos d la *de España*. No fué tan afortunado otro amigo que trató d hacerle competencia.

Me atrevería á reconstruir, de memoria, el personal d aquellas redacciones. En *La Esperanza*, La Hoz, con Vildosola y Luis del Barco; en *La Época*, Coello, con Ignacio Escobar, Aguirre y los Bravo. Fernando Corradi en *El Clamo* con Rascón, Gálvez Cañero, Pérez Luzaró y los herman Picón. *La España*, con Egaña y González Pedroso, Moraz Joaquín Gálvez, Suárez Bravo, Ramón Satorres, Bremó Eguren, Esteban Garrido, Navarro Villoslada; de especialitas, Pastor y Ramón Echevarría: para lo literario, Ochoa *Pipí*; y de revistero musical el incomparable *Edgardo*. En *Heraldo*, bajo la inspiración de San Luis y de Esteban C llantes, figuraban Víctor Cardenal, Gaya, el erudito Papá M ra, y Pepe Zaragoza. En *El Diario Español*, los dos Robert Rancés, Heriberto García de Quevedo y Juanito Lore zana. *La Nación*, con Carballo, Romero Ortiz, Rúa Figu roa y el conocidísimo Albuerne. En *Las Novedades*, Fernádez de los Ríos y Vicente Barrantes. En *El Tribuno*, Augu

to Ulloa, Galilea y Luis Arévalo. Pronto iba á convidarnos Calvo Asensio al bautizo de su *bebé*, *La Iberia*; padrinos, Juan de la Rosa González, Manolo Llano, Ruiz Aguilera, Flamant y Ruiz del Cerro.

¡Dios mío! ¡qué cementerio! Mejor será no contar los muertos y estrechar la mano de los vivos, todos muy buenos y muy cariñosos amigos.

Con tales adalides, teníamos en Madrid una prensa de empuje. Sombras de aquel cielo periodístico; escasez de especialidades, deficiencias en la gacetilla, atraso en la *industria* del anuncio, lo irrisorio de las retribuciones.

Bajo el nombre de especialistas, quiero designar aquí las plumas habituadas á manejar asuntos *concretos* de Administración y Gobierno, y más señaladamente los de Hacienda. De aquellos caían pocos en libra. No pasarían en Madrid, de media docena, los periodistas dispuestos á analizar *seriamente* una Cuenta del Estado, un Plan de tributación, un balance de Banco, ó las bases de un empréstito, desenredando la madeja del Gran Libro. Lo común era irse á lo llamativo; á la política doctrinal ó á la de menudeo. De sensación la llamaríamos ahora.

Decían que la culpa era del lector, y añadían que, por poco que un Director de periódico abriera la mano en el ramo de intereses *materiales*, á bandadas irían tocando soleta los suscritores. Debía ser así, cuando, años después, he visto, en un solo mes, un periódico con más de cien bajas, por la *dichosa* sección económica. Fué, en parte, por las antipatías del público; pero digamos toda la verdad: también dependía de lo empalagoso de la labor. ¡Os disparaban cada tarugo de estadística! Las cargas de guarismos eran capaces de reventar al andarín más valiente. ¡Esos hombres de números! Nunca he acertado á convencerles de que los andamiajes deben reservarse para la consulta. Al lector de butaca, al de sobremesa, al de mostrador, no les deis más que resultantes. Pocas cifras y peladitas, con llanas demostraciones, al alcance de las más flacas inteligencias.

Aquí seguía vistiéndose la Prensa política por los anti-

guos figurines ingleses de los siglos XVII y XVIII; el *editórial* de Swift y de Addison, el de los *essaysts*, pomposo, erudito, columna apretada, de una legua de largo, y distribuído en series. No había entrado la táctica de la caballería ligera que, como más adelante se dirá, es el secreto del Periodismo comtemporáneo. Bennet nos era desconocido; no comprendíamos el valor de los nuevos moldes ingleses; muchos se reían del artículo parrafeado de Girardin; como, después, han querido tomar á broma el articulito popular de Tomás Grimm y de Magnard.

La condensación es cualidad poco española. Somos tan discursistas de profesión como derrochadores de letra. Para lo que el anglo-americano ó el inglés os dicen, en seis líneas, ó en seis minutos, seis planas ó seis horas necesitamos nosotros. Ved nuestras discusiones del Mensaje, nuestros incidentes parlamentarios, con las crónicas y las *resacas* que los acompañan. ¡Qué Mensajes, ni qué incidentes, ni qué crónicas! En la más insignificante Junta de Cofradía, no acabaréis con los turnos de palabra. Lo he visto en todas las Corporaciones, científicas ó no científicas, á que he pertenecido. Un tema entero despacha la Sociedad de Economía política de París, en cada uno de sus banquetes mensuales. Tema que caía en manos de la nuestra, duraba todo el invierno. Un día, me llevó el economista Garnier á una sesión del Instituto de Francia. Daba cuenta el secretario Giraud del excelente libro de Thonissen sobre el Régimen municipal. Hablaron Julio Simón, Ad. Franck, Rossev Saint Hilaire y otros tres ó cuatro académicos. ¡Las maravillas que oí! Duración de la sesión, *dos* horas. Y eran franceses los oradores.

Compañeros, ¿para cuántas temporadas hubiera tenido tela nuestro Ateneo? ¿Y para cuántas series de revistas un Diario de la Corte?

Nuestros gacetilleros distaban mucho de ser una potencia ¿Por qué? Porque todavía no conocíamos aquí el *reporter* americano ó *penny-a-liner*, entre los ingleses: aquel personaje á quien *rare Ben* (Ben Johnson) y Shirley llamaban, ya en el siglo XVII, almacenista de novedades. De alguno

ıños á esta parte, ha habido una *ligera* trasposición en los :lementos periodísticos; donde antes mandaba el articulista, nandan hoy los sueltistas y el gacetillero. Lo expresaré de ›tra manera: antiguamente, un periódico estaba más de cara ıl partido, hoy está más de cara al público. En otros tiempos, ıabía, no convicciones, sino lujo de convicciones en los ór- ;anos de la Prensa. Los fundadores creían firmemente en la :ficacia de los apostolados. Por encima de todo, querían que u periódico fuese un eco fiel de la parcialidad, desahogo de us iras, anuncio de sus esperanzas, cartilla de sus dogmas y :ódigo de sus procedimientos. Digo *por encima de todo,* por- ue el sentido industrial existía, pero subordinado al político. ¹o había entrado nuestro periodismo en el molde positivista, ıi se tenía idea siquiera de esa otra clase de Prensa que se ha lamado después la de negocios. Trajéronla, de golpe, las ;ociedades de Crédito y las Leyes económicas del Bienio.

Cumplían los revisteros con el ineludible y sempiterno leber de cantar divas, *virtuosi*, duquesas y tés danzantes. Los ;acetilleros cogían al vuelo lo que podían, porque escasea- an los elementos para ir á tomar, del propio manantial, las guas cristalinas. No era tan fácil, como ahora, pescar el ltimo suceso de la Capital, aunque sea en una Casa de so- orro; ni los Juzgados se prestaban á daros pormenores so- re la última puñalada; ni las Oficinas á confiaros las últi- ıas novedades de la Casa. Ni existía, junto al salón del ;onsejo de Ministros, la antesala de periodistas, donde, con ı nota oficiosa, en una tirita de papel, recogéis ahora otra ıás expresiva en el *mesmísimo* semblante de SS. EE. Con- ·rencias, de Potencia á Potencia, entre personajes y noticie- ɔs, no se conocían; *interview* era una palabra por cuyo sim- le uso os hubieran decretado una paliza los Señores de la alle de Valverde.

Pues oigan ustedes lo que son tiempos y tiempos De allí pocos años, estando en Junta con otros Vocales en el des acho de un Ministro, me veo entrar un caballerete, embo- ado hasta los ojos, que se había hecho anunciar á título de oticiero. Cruza el salón, sin saludar á nadie, hace un gesto ımiliar al *Jefe*, y muy liadito en su capa, se pone á confe-

renciar con S. E. junto á una ventana. ¡Si tendría ya fuera el oficio! ¡Cualquier mocito se hubiera atrevido á hacer otro tanto con Moyano!

Teníamos ya la *revelación* de la cuarta plana, pero no era todavía una mina. La prensa grande contrataba sus anuncios en la calle del Turco, y, de algún periódico, aseguraban que arañaba, por este concepto, de 15 á 20 duros diarios. Por supuesto, los directores se taparían la cara al confesarlo. «¡Vivir del anuncio un periódico de gran tamaño, un campeador, un oráculo de partido! Tanto valdría vivir de limosna.» Eso dirían, medio avergonzados; sin acordarse de que hacía más de ochenta años, que el *Ledger*, periódico inglés, vivía exclusivamente del reclamo, Y tampoco se fijaban en el *Times*, que recibían todos los días, y solía venir con suplementos de cuatro á ocho planas de anuncios.

Así andaba todo aquí tan medidito y con la ropa tan estrecha, que se rompía por las costuras. Tres mil ejemplares costaban, en un periódico grande, 16 duros de caja y 4 de tirada: solía salir el papel á 57 reales resma. Daba la empresa á un director político 2.000 reales mensuales, y no siempre, sino cuando estaba con *los del otro lado*. De 40 á 50 duros cobraban los redactores de punta; confeccionadores y revisteros, de 20 á 25; á 15 duros la gente menuda, con algunas entradas para los teatros. Abandonábanse 1.000 reales, todos los meses, al brazo seglar, ó sea al editor responsable: de cuya interesantísima familia había gran surtido en las tiendas de Ultramarinos.

Tengo los precios ingleses de aquellas mismas fechas; y no los pongo en esterlinas, sino en reales, para que la comparación resulte de golpe. Un periódico de gran tamaño daba en Londres, á su editor, de 100 á 160.000 reales anuales; al subeditor, de 48 á 60.000; gastaba, en trabajos de redacción, unos 160 ó 200.000; cobraban, 32.000 el jefe de taquígrafos, 40.000 el redactor de la Bolsa, de 16 á 24.000 cada corresponsal de Europa, por un par de cartas mensuales. Los de la India tenían señalados 10.000, las más de las veces por una sola correspondencia ordinaria; y nunca bajaba de 8.000 el estipendio por cada correo especial.

Es decir, que allí la tinta es oro y aquí la tinta es tinta. A propósito de lo cual, me van á permitir ustedes algunas divagaciones á la española.

Dos cosas que no se amonedan en España; la palabra y el escrito. Unicas excepciones: lengua ó pluma que diviertan; obra de texto que os impongan; Guía, Prontuario ó Manual al servicio de determinados intereses; pico de abogado; y los sermones, porque la Iglesia que, en estas cosas del mundo, tiene un gran sentido práctico, acostumbra retribuir á sus oradores. Dadle á nuestro público pasto filosófico, sociológico, literario, y aunque sea estético, y me diréis el pelo que vais echando. Lustroso lo sacaréis también si andáis, por esos Círculos, discurseando ó sermoneando *more laico.* Todavía peor; porque *se dan casos* en que el que escribe, sobre aquellos asuntos, cobre mucho ó poco; pero al que habla, gracias con que le den las ídem. Además, ¿hay nada tan soberbio como las altas oratorias? ¿Quién aquí por un discurso *en sabio*, se atrevería á aceptar, y mucho menos á pedir el óbolo de Belisario?

Es ley de mercado. Con pocos lectores y pocos oyentes, poco trigo para el escritor y para el hombre de palabra. Hay el país del libro y el país del cigarrillo. Los alemanes tienen, en sus ferias de Leipzick, constantes salidas para toda clase de escritos. Poned aquí una gran feria de libros; y saldréis también, pero con las manos en la cabeza. Para gusto de buscones, nos basta el baratillo. Decidme dónde está nuestra masa de lectores: la masa, una verdadera masa, como la inglesa, la francesa, la alemana, la belga, la suiza, la norteamericana: el lector de café, el de vagón, el de tranvía, el de teatro, el de parque ó el de playa.

Soyer, el jefe de cocina del *Reform Club*, publicó su *Gastronomic Regeneration* para alejar, á los Lores, de la lectura de Milton, Shakespeare, Johnson y otros escritorzuelos. Aquí no hace falta. Mucho cultísimo español no sabe siquiera lo que es leer un periódico.

Me acuerdo de cierto magnate que se me quejaba del aburrimiento de la vida *con rentas.*

—¿Por qué no lee usted?—le pregunté.

—Sí leo, y á veces durante largas horas.

—¿Y qué es lo que está leyendo en la actualidad?

—Pues ahora estoy en el testamento de mi Madre.

Supongo que, detrás del testamento, vendría la Bula. Y el ilustre aburrido poseía una Biblioteca que iba aumentando, todos los meses, con lo que le mandaban P oupart y Baylli-Baillière; y en encuadernaciones, le comían una fortuna Durán y Miguel Ginesta. Todo el valor se iba por las cubiertas. Los fondos vírgenes.

Hacíamos, en aquellos tiempos, una comparación curiosa: comparación de esquina con esquina, de cartel de París con cartel de Madrid. El cartel de París ponía en letra menudita el precio del libro, reservando los honores de la gorda á su título, aunque fuese un Manual de sastrería. Atractivo en el libro. En el cartel de Madrid, lo de bulto era el precio (cuatro, seis cuartos la entrega) y lo imperceptible era el título, aunque fuesen las obras de Víctor Hugo. Atractivo en el precio.

Aquellos expendedores de papel barato se enriquecían con nombre de editores. El escritor pasaba, repasaba ó se traspasaba con la mercancía. Una vez pregunté á Leandro Cossío si era verdad que un periódico en el cual figuraba, como redactor, había sido cedido, con grandes beneficios, á otra empresa.

—Sí, señor—me contestó;—el periódico lo han vendido; pero á mí me han regalado.

III

Prensa libre, reglamentada ó subvencionada, eran ya los tres tipos de la institución, tomada en globo y en el Globo. Mejor será decir que las subvenciones estaban entonces á la orden del dia, hasta en la República Anglo-americana; donde Legislaturas y Autoridades repartían sendos dollars, entre los órganos del partido dominante. Por no calentar-

se la cabeza, Turquía subvencionaba todos los periódicos; distribuyendo, de 1.000 á 2.000 piastras mensuales, entre los de Constantinopla y *El Imparcial* de Esmirna.

Con sus más y sus menos, había Prensa libre en siete Estados. En Inglaterra, que la había conseguido tras una lucha secular; en Bélgica, que la tenía garantizada por los mutuos intereses de sus dos partidos, liberal y católico; en los Estados Unidos, cuyo Fisco no se atrevía á molestarla, á veces ni con gastos de correo. Suiza nunca hacía uso de las facultades represivas otorgadas á la Confederación ó á los Gobiernos cantonales; Portugal se burlaba de la política de Thomar, que, en 1850, había querido amordazar la Prensa; Noruega no admitía el derecho de suprimir periódicos; Méjico desconocía en absoluto las causas de imprenta, y severamente castigaba los allanamientos de redacciones.

Nosotros, por aquellos días, seguíamos viviendo en el más encantador de los mundos fiscales. Todas las delicias de la sofistería doctrinaria se habían ido amontonando sobre el Periodismo: fianzas, editores responsables con alta contribución, tribunales especiales, censor de virga férrea, recogidas previas, denuncias, supresiones, multas, cárceles y destierros. Malas lenguas aseguraban que, no eran los moderados, sino los progresistas, quienes habían ido inventando semejantes primores: allá ellos, los políticos, seguirán ventilando, si les place, ese intrincado punto histórico. Otro punto quedaba bien ventilado y bien resuelto: que los mayores enemigos de la Prensa eran siempre aquellos mismos que, por ella, habían prosperado.

Procuraban disculparse invocando modelos extranjeros. Citaban los decretos de Napoleón III; las mordazas napolitanas y romanas; el Piamonte, que, con ínfulas de liberal, tenía. en Turín y en Génova, oficinas de revisión para los escritos procedentes del extranjero; la Suecia, que renunciaba á la fianza y moderaba el timbre, pero dejaba las supresiones á la entera discreción del Gobierno; Austria, Prusia, Sajonia, cuyos periódicos vivían á merced de los estados de sitio y de los reglamentos de policía. ¡Cómo ciega la pasión de partido! Hasta traían el ejemplo de Rusia, que

exigía autorización escrita para leer diarios extranjeros, los tenía sometidos al expurgo, y hacía sudar la gota gorda á dos directores tan dóciles é inofensivos como el del *Inválido* y el del *Diario de San Petersburgo*.

Era inútil: porque la anguila se iba escurriendo por entre los dedos. Crecía y crecía la Prensa donde más se señalaban los rigores, y casi en proporción á sus intensidades. Ciento cincuenta diarios políticos luchaban, en España, por la existencia; y, sin contar los de París, tenían los franceses, de 400 á 450 departamentales, que desafiaban las iras del Imperio. Contaba el reino de Cerdeña 16 periódicos en Turín y 30 en provincias. Dinamarca, publicaba varios en Copenhague y, por lo menos, uno en cada población de alguna importancia. Holanda lucía un periodismo de pelea en Amsterdam, Rotterdam y Utrecht; Sajonia, su *Gaceta Universal alemana*, que todavía vale por mil; Prusia, las *Gacetas de la Cruz* y de *Colonia*; Austria, un número de diarios inconcebible para aquellas tradiciones de Santa Alianza y de *Panduros*.

Aquello, en opinión de los retrógrados, era un desbordamiento universal, que lo avasallaba todo, hasta los Estados más montados á lo bárbaro. Diez periódicos políticos se habían sustraído, en Rusia, al veto de Nicolás; Egipto tenía uno, nueve los Principados danubianos y Constantinopla trece; conviene á saber, dos en lengua turca cuatro en francés, cuatro en italiano, uno en griego, otro en armenio, otro en dialecto ilírico Diez y seis se sostenían en la India inglesa, en vísperas de la revolución de los cipayos, además de cincuenta publicaciones en lengua indostana; y —asómbrese el lector—ya se conocían, en la impenetrable China, tres órganos de la opinión, uno de ellos en el puerto de Shang-hai.

Quien más alardeaba en Europa, era la Prensa ultramontana, favorecida por los vientos reaccionarios, desde que iban tan en derrota los negocios del 48. No he visto sarcasmo igual al que resultaba de la conducta de aquellos borregos de Cristo. Ellos, que condenaban, no ya el abuso, sino el simple uso del Periodismo, eran, según costumbre, los

que más usaban de él y más abusaban; convirtiendo en torpe licencia *su* abominada libertad de imprenta: *libertatem Artis librariæ*, como hacían decir á Gregorio XVI los tristes latinistas de la Curia romana. No había clase de injuria, ni imputación calumniosa, ni frase soez de que no echaran mano los diarios clericales contra sus colegas del liberalismo. Nuestra misma *Esperanza* podía pasar por anodina al lado de la *Gaceta de Francia*, de la *Unión* ó del grotesco *Univers*, dirigido por aquel Veuillot, á quien, con tanta razón, llamaba mozo de cordel el insigne Laurent. ¿Y la *Armonía* de Turín? ¿y *A Naçao* de Portugal? ¿y la *Posten Gazette* de Augsburgo? ¿y las *Hojas histórico-políticas* de Munich? ¿y el *Tijd* de Amsterdam? ¿y el *Noord Brabander* de Bois-le Duc? El cuartel general de aquella prensa nerviosa estaba en Bélgica, donde el partido católico se batía á puñetazos, en el *Diario de Bruselas* y en el *Observador*; sin perjuicio del grupo de valentones esparcidos por todo el territorio brabanzón y flamenco: un Diario en Lieja, dos en Namur, uno en Tournay, dos en Brujas, uno en Amberes y otro en Lovaina.

Ya me parecía entonces que, en su política con la Prensa, los infalibles se equivocaban. Querían medirse con la institución y la institución se les subía á las barbas. No comprendían ellos, los imperantes de mitad del siglo, que, en aquella del XIX, la Prensa había llegado á su período de *adaptación al medio*. Que el Periodismo, objeto de curiosidad en sus primeros momentos, recreativo después y utilísimo siempre, se había hecho indispensable; y estaba penetrando en lo más hondo de los organismos sociales, con el sentido democrático de las modernas instituciones, con el *advenimiento* de la opinión pública, con las múltiples formas de expansión de la actividad humana, representadas por los progresos industriales.

Á no cegarles la manía de la resistencia, hubieran podido echar la vista por las elocuentísimas cifras de las suscriciones y de los lectores de periódicos, en aquellos tiempos. Hoy nos reímos de aquellas cifras, pensando en los lectores anglo americanos, en los 2.500 periódicos políticos

ingleses y en los 1.200 de todo género que poseemos en España. Pero los guarismos de entonces eran una maravilla, para su tiempo, y para nuestro relativo atraso: cuando *El Heraldo* servía 5.000 suscriciones, 3.500 *La Esperanza*, cerca de 3.000 *La España*, y otras tantas *El Clamor Público*. Cuando, en Francia, la *Presse* sostenía 20.000 lectores, 12.000 la *Patrie* y el *Diario de los Debates*; 8.000 *L'Univers*; 7.000 la *Unión*; 3.000 la *Gaceta de Francia*, y 29.000 el indisciplinado *Siècle* que hacía, en pleno Imperio, la campaña republicana. Y, en Bélgica, país de libertades, contaba 12.000 el *Eco de Bruselas* y 6.000 la *Independencia*: Suecia repartía 6.000 ejemplares del *Afton Blad*, que Tegner llamaba la Biblia del Pueblo: Dinamarca, 7.000 de la *Berlingske Tidende* y 8.000 de la *Flyve Posten*: Baviera, 20.000 de la *Gaceta de Augsburgo*: Prusia, 5.000 de la *Gaceta de la Cruz* y de 12 á 14.000 de la de Colonia: Austria registraba 7.000 suscritores en la *Gaceta de Viena*, 5.000 en el *Lloyd*, 4.500 en el *Wanderer* y 3.500 en el *Old Deutsche Post*. No habían llegado los tiempos del *Tagblatt* y de la *Neue Presse*.

IV

Por aquellos días, Cucheval Clarigny estaba publicando, sobre los orígenes de la Prensa, una serie de artículos que coleccionó después en su *Historia de la Prensa en Inglaterra y en los Estados Unidos*.

Bien conocidas eran algunas de las fuentes á que había acudido el ilustre periodista francés: las *Buckingham's Reminiscences*, la *Historia de la Prensa en los Estados Unidos*, por Isaiah Thomas: el interesante capítulo dedicado á la Prensa por lord John Russell en la primera edición de su *Ensayo*; y muy principalmente, *The Fourth Estate*, que Knight Hunt acababa de publicar en Londres. No conocíamos entonces otros datos recogidos con anterioridad, ni podíamos adivinar los muchísimos que se encontrarían con posterioridad

á las fechas de aquellas publicaciones. Por ejemplo, el curioso libro de Fernando Girardín sobre la *Prensa periódica desde* 1789 *á* 1867: *The News-paper Press*, por James Grant: la *Historia del Periodismo inglés*, por Andrews: el capítulo VIII, libro I, de la magnífica obra de Eduardo Fischel: los trabajos de Bagehot y de Albany de Fonblanque: la lista razonada de los periódicos de Madrid por el diligente Hartzenbusch: los apuntes de Campo sobre la *Prensa española:* los de Fernández Guerra sobre la *Gaceta*, y alguna *Memoria* leída en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Me admiraba el copioso saber de Cucheval-Clarigny; pero no estaba de acuerdo con su criterio histórico. Según él, el Periodismo había nacido con la Imprenta, porque sólo ella podía darle sus esenciales condiciones de rapidez, regularidad, multiplicación indefinida y condensación de hechos y de ideas en reducido espacio. Creía Clarigny que cuantas cosas se conocieron con carácter periodístico, antes de que naciera la Imprenta, no fueron más que medios oficiales de llevar, á noticia del público, la voluntad de los legisladores: ó, como diríamos en términos más técnicos, sólo eran formas de promulgación acomodadas á los respectivos tiempos.

Ahí estaba, en mi concepto, el principal error: porque el Periodismo ha tenido, como todo, sus naturales evoluciones, y no pudo nacer de un golpe, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Veía yo perfectamente señalados, en el Periodismo, tres grandes momentos históricos: uno embrional, cuya nota predominante es el instinto de la *curiosidad* y de la *tradición:* otro más avanzado, en el cual el Periodismo es ya órgano de *publicidad*, con la rapidez, la multiplicación y el acceso á toda clase de intereses; y un tercer momento en el cual, no ya el periodismo, sino la Prensa periódica, pasa á ser *función social*, y en tal concepto, expresa, ó guía, ó prepara, ó mejora, ó altera la opinión pública, y es *The Fourth Estate*, como dicen los ingleses, ó el *Cuarto Poder*, según traducimos nosotros. En otros términos: el período de la inscripción grabada en piedra ó en bronce: del estilo lapi-

dario, del manuscrito leído en público, del cartel adherido á una columna ó al pie de una estatua: el período de la hoja volante é intermitente: y el período del Diario, de la Revista, con pensamiento colectivo, con intención política, con partido, empresa editorial, grandes tiradas y ejércitos de lectores.

No caigamos en la puerilidad de concretar fechas para cada uno de estos períodos. El primero se extiende hasta la aparición de la Imprenta, pero sigue viviendo entre los empujes del Renacimiento; y no es extraño al sentido político-económico de los grandes descubrimientos marítimos, á los ensanches del comercio y al establecimiento de las colonias ultramarinas. Coincide el segundo con la aparición de Estados y gobiernos de inclinación popular y corte representativo; por consiguiente, con las dos Revoluciones inglesas, la emancipación de los Estados Unidos y la Revolución francesa. Y el tercer momento, el del Periodismo como función social, es el nuestro, que ha fijado de una manera irrevocable la misión de la Prensa: problema árduo y bastante afortunado para encontrar solución concreta, al lado de tantos otros que todavía la están esperando, en nuestro trabajado siglo.

Nos basta el testimonio de las *Acta diurna* de los romanos para comprender que, en aquella primera forma del periodismo, había algo más que un simple registro de documentos oficiales. Leclerc está en lo firme al declararlo así, por más que Friedlænder llame á las *Acta diurna* el Monitor cuotidiano ó Diario oficial de la época. Echad la vista por los curiosos fragmentos que nos ha conservado de las *Acta* el erudito Hübner: veréis leyes, veréis edictos, pero mezclados con toda clase de noticias de interés local, fenómenos atmosféricos, causas célebres, incendios, ejecuciones. Que todo esto se entendía dentro de los límites señalados por los gobernantes, y más en tiempo del Imperio, cuando se entretenía al público con relaciones de fiestas, ceremonias é intriguillas cortesanas. Nada de esto niego yo; pero los límites forzados de la cosa no obstaban para que la cosa existiera. El hecho es que la curiosidad romana tenía su

desahogo; y que, con aquello, quedaba satisfecha la inmensa sed de fisgonear que caracterizaba al Pueblo-Rey, cuyo novelero espíritu tan divinamente satirizaba Marcial; siendo de advertir que nunca se curaron de este vicio los dominadores del mundo, pues todavía San Jerónimo se creía obligado á reprenderles, en una de sus Epístolas, por la desmedida afición á *garrire per ángulos et medicorum tabernas*.

Tampoco llamaréis colecciones de leyes ó de rescriptos, ni á las *Efemérides* del Bajo Imperio, ni á las *Lecturas públicas* de los venecianos. Las Efemérides griegas de la Biblioteca de Focio, de quien se dice haberlas inventado, contenían, por épocas y fechas, relaciones circunstanciadas de ritos, fiestas, costumbres populares y hazañas militares. Por su parte, los venecianos fueron tomando la costumbre de circular largas reseñas, manuscritas, de operaciones de guerra y de asuntos mercantiles. Todavía en 1563, se dió lectura pública de uno de aquellos documentos en la plaza de San Marcos.

V

Al pasar del primero al segundo momento histórico del Periodismo, tropezábamos con la consabida cuestión de prioridades. ¿En qué Nación apareció el primer periódico impreso? Aquí se deshacían á bocados los ingleses y los alemanes, italianos, y franceses. Fatuidades patrioteras, no patrióticas. ¿Había más que comparar las fechas? Las cuentas son bien claras: 1457, es decir, diez y nueve años después del descubrimiento de la Imprenta, primer periódico alemán, impreso en Nuremberg.—1449, *Crónica de Colonia*, por Ulrico Zell.—Principios del siglo XVI, aparición de los *Erzœhlungen* en Augsburgo y en Viena.—1534, la *Neue Zeitung aus Hispanien und Italien*, de Nuremberg, cuyo único ejemplar conocido contiene la noticia de la conquista del Perú.

Prosigamos:—1570, primera *Grazzetta* de Venecia.—161
y 1613, primeros ensayos de periodismo inglés, y no ant
riores á estas fechas, por haber resultado apócrifo el *Englis
Mercurie* de 1588 indicado por Chalmers.—1615, *Die Fran
fürte Oberpostamps Zeitung*, primera publicación *cuotidiana* e
alemán.—1622, empieza *realmente* el periodismo inglés co
las *Weekly News*.—1631, *Gaceta* (no política) de Francia, po
Teofrasto Renaudot, médico de Montpeller.—1656, prim
ros periódicos holandeses.—1655, una *Gaceta* en Oxford, qu
fué después la *London Gazette*.—1690, primer periódico d
los Estados Unidos, en Boston: las *Public Occurrences*, qu
no pasaron de un número.

Cuya serie de fechas nos da, salvo error ú omisión, el r
sultado siguiente: primer puesto, Alemania; segundo, It
lia; tercero, Inglaterra; cuarto, Francia; quinto, Holand
y dejaremos, para los Estados Unidos, el séptimo, porque
sexto nos corresponde á los españoles, si hemos de dar cr
dito á Hartzenbusch, que pone, entre 1677 y 80, la creaci
de una *Gaceta Ordinaria de Madrid;* ó si admitimos, con B
laguer, la existencia, en Barcelona y en 1688, de una ho
titulada *Noticias generales de Europa venidas por el correo.*

Mas yo entendía que es el colmo de la nimiedad este s
tema de ir confrontando fechas, para averiguar si una N
ción adelantó á otra, en un par de años, ó si se retrasó en u
par de meses. No es así, en forma tan pedestre, como
estudia el movimiento de las grandes instituciones. Tomá
dola desde cierta altura, no podía menos de advertir que
Prensa—no el Periodismo—había aparecido, casi simult
neamente, en Alemania y en Holanda, en Inglaterra y
Francia.

El siglo XVII tenía especialísimas condiciones pa
hacer brotar el Periodismo *impreso*. ¿Qué necesitaba, an
todo, la Prensa para constituirse? ¿Facilidades de mul-
plicación, fijeza y elementos de periodicidad? Pues ya l
siglo XVII le ofrecía las grandes mejoras obtenidas en l
arte de imprimir: baratura del papel, variedad y buena c
lidad de las tintas, corrección tipográfica, habilidad del o
rario. Y ved ahí por qué la Prensa periódica se inicia p

samente en aquella tierra alemana, que estaba en poseón de estas mejoras, y por qué se desarrolló en Holanda, ıe tanto supo ampliarlas y perfeccionarlas. ¿Necesitaba la rensa gran caudal de noticias para condensarlas en cortos pacios? Pues ahí tenía las guerras, tan frecuentes y tan ıconadas en aquel siglo XVII: continentales, como la de reinta años; marítimas, que ya empezaban; civiles, como s de Francia é Inglaterra. En aquellas cruentas lides, nto montaba la pluma como la espada. Encendíanse los imos con las controversias teológicas ó políticas, mienıs ardían las Ciudades y retumbaban los campos y las alas con el estruendo de los combates. La palabra, el libro, folleto, hacían veces de pólvora y proyectiles; pero la labra es fugaz, el libro y el folleto son embarazosos. Más corrida era la hoja de papel impreso, que se redactaba al elo, que reflejaba, en una página, las alegrías de la victoı, las tristezas del vencido, las iras, el placer de la ven nza; y circulaba rápidamente, en público ó en secreto; y día ocultarse en el fondo de las escarcelas, ó ser pegada las esquinas, á espaldas de las Autoridades. Así, con ombrosa rapidez, se fueron abriendo campo los periódicos, el corazón de Europa: especie de cuerpos francos que, á órdenes de un empresario, hacían tanto estrago, en las s enemigas, como las tropas regulares ó irregulares, al ndo de atrevidos caudillos. Fijaos en la relación del pedismo inglés con la ruina de los Estuardos. Acordaos de bilis que hicieron tragar á Luis XIV los diarios holandeses.

A la influencia de las luchas europeas, añadid la del comrcio. Acababan de abrirse grandes mercados, en provecho de cada Metrópoli. Eran, en Europa, soberbios emporios ciudades de Sevilla y Lisboa. Amsterdam dominaba el chipiélago malayo con su Compañía de las Indias Orienes, y disponía de los puertos del antiguo Continente con vasto comercio de transporte. Inglaterra preparaba su ienso Imperio colonial, creando á su vez Compañías; undando lejanos establecimientos; destruyendo poderosas adras enemigas; é incorporando á la Corona ricos terri-

torios, por medio de hábiles tratados. Creábanse, allen los mares, importantes factorías: nacía el comercio de c misión: cruzaban los Oceanos cargamentos de oro, de p ta, de otras mercancías raras, nuevas y de valor inestim ble; y todo en medio de un desconcierto general, entre j ratas, corsarios y filibusteros, entre el humo de los coml tes, sin buenos servicios postales, ni garantías, ni asor de seguridad para los mercaderes, para sus tratos y conti tos. Y, de repente y como llovidos del cielo, se encontra el comercio con unos instrumentos de comunicación ab viados, rápidos, permanentes, regulares y de una reprodu ción facilísima. No eran todavía el telégrafo ó el teléfor dones benditos de nuestros tiempos; pero eran cuatro líne estampadas en medio pliego de papel, un signo, una adv tencia, un guarismo, que os servían de guía para vuestr cálculos, para las compras, las ventas, las salidas, los ar bos. Á las mayores distancias, podíais enteraros del esta de los mercados y de sus diversas fluctuaciones; os avi ban, os prevenían, os ponían al abrigo de las sorpresas. (nocíais, á tiempo y al pormenor, los caprichos de las mer riales. Tal vez, por este motivo, empezó á generalizarse, Europa, la costumbre de dar á los periódicos el título *Mercurios*, como así se llamaron durante mucho tiempo más notables de Inglaterra. Otros, como los holandes, prefirieron el nombre de *Correos*, y los franceses adoptar el nombre de *Gacetas*, tomado de la *Grazzetta* veneciana.

VI

No pudo la Prensa periódica adquirir el carácter de fu ción social hasta que, á la sombra de las libertades polític nacieron las Potencias industriales. Con las institucio libres, entraron los órganos de los partidos; y, con las c cientes necesidades de la industria y del comercio, vi la conveniencia de grandes instrumentos de publicidad,

›sibles sin la acción del Periodismo. Esto os explica por ıé el poderío de la Prensa comienza por Inglaterra y los stados Unidos.

En el Continente europeo, la Prensa no figura, como factor social, hasta la Revolución francesa. Entre nosotros ›undó, durante el siglo XVIII, la Prensa de curiosidad y ısatiempo. Hubo *Gacetas* de Madrid, *Nuevas ordinarias*, *traordinarias* y *singulares*, *Diarios noticieros* y *noticiosos*, *ercurios*, *Semanarios* y otra *Gaceta* en Barcelona. No llegó ›paña á conocer la Prensa política seria hasta 1821, con ı contingente de 61 periódicos. Estábamos tan atrasados, principios de siglo, que Sevilla no recibía más que cinco stes ejemplares de la *Gaceta*; único papel, dice Serafín ılderón, que se publicaba en España. Y añade, como noıia curiosa, que, dos veces entre semana, iba á oirla leer, frente de Triana, el célebre Manolito Gázquez, «sentado bre su capa en los maderos que bajaban, desde el Segura, r el Guadalquivir,» y pagaba su obligado ochavito al enrgado de la lectura.

Sí: el poder de la Prensa nace en el seno de la familia an-›-sajona; pero, ¡á costa de qué tribulaciones! Os recoendo mucho su historia: en la seguridad de que os ha de eresar tanto, como á mí me interesaba. ¡Qué infancia la l Periodismo inglés, á merced de los derechos de la Cámara estrellada! Podían ellos ser ilegales, como asegura lden; no por esto eran menos duros y efectivos. No fuen más benignos los de los Tudores, fijando las poblaciones nde podía haber imprenta, y haciendo cortar la mano derecha al escritor que se permitía ofender á la Reina Vírgen. mpoco, como era de prever, se mostraron propicios á la ensa los Estuardos: multan, encarcelan, destierran, connan á la picota y privan, á más de un rebelde periodista, sus bienes y de sus orejas.

La persecución engendra la lucha: la lucha gigantesca pensamiento con las dictaduras. Protesta el pensamient en Inglaterra, con la publicación de las *Weekly News*: ntesta la dictadura suprimiéndolas. Vuelve á protestar la inión haciendo cerrar la Cámara estrellada, es decir, abo-

liendo la censura; pero la censura renace, y acaso más v
gorosa, con el Parlamento Largo, que inventa registros, p
nas y suplicios para los escritores recalcitrantes. Y ento
ces se levanta la gran figura de Milton arrojando á la fren
de los tiranos aquellas sublimes *Areopagísticas,* que fueron,
nunca dejarán de ser, el más atrevido panegírico de la libe
tad del pensamiento.

Sin embargo, la persecución no cede. No cede, ni co
Guillermo III, ni con Ana, ni con los Jorges. Si, en 1695, e
capa la Prensa á la acción de los Ministros, sabrán hacer
censores el Parlamento y los Tribunales Hasta que se l
fuerce á ello, no consentirán la publicación de los debat
de las Cámaras: harán quemar, por mano del verdugo, el
bro de Brecknock, los folletos de Blount, la pastoral d
obispo de Salisbury; seguirán cortando orejas á los impr
sores; mandarán á *meditar* al diputado Steele; á la picota
Foe y á Shebber; á la horca al libelista Anderton; y conve
tirán la cárcel de Newgate en residencia ordinaria de peri
distas.

Tenacidad por tenacidad: tampoco cedió la Prensa. Y
no fué simple resistencia, sino fuerza impulsiva. Burlan
la persecución directa, obligó á la tiranía á buscar, en la i
directa, un último recurso para la dictadura. Se inventó
impuesto del timbre; y tan extremado fué, que mató, en p
cos años, quince periódicos de Londres, entre ellos *T
Spectator.*

Todavía se recogían libelos bajo el reinado de Jorge I
¿Todavía? Peores cosas ha visto, en nuestro siglo, la Pren
inglesa. Por delito político de imprenta, el editor del *Mo
ning Chronicle* fué condenado, en 1830, á un año de prisi
y á 300 libras de multa. En las causas políticas de impre
ta, fué donde Mackinstosh, Erskine y Brougham cobrar
fama de primeros abogados del Reino Unido. Y, en plen
tiempos de la Reina Victoria, se han dictado autos de p
sión contra periodistas, acusados de delito de alta traició
por medio de la imprenta.

Pero aquí concluyeron los alardes de las Autoridad
británicas contra el Periodismo político. Todavía asegur

sus enemigos que la Prensa vive allí bajo un régimen de tolerancia. Tolerancia será; pero más efectiva que cien declaraciones de derechos. Véase cómo, en 1858, la opinión inglesa hizo abortar todos los proyectos de ley encaminados á restringir la Prensa. Sigue sometida al Jurado; pero, como dice muy bien Franqueville, el Jurado ya no es, en Inglaterra, el juez, sino el compañero del periodista.

Otro tanto ha sucedido en la América del Norte. Viendo lo que es hoy la Prensa anglo-americana, ¿quién creyera que el primer periódico de Boston no vivió más que veinticuatro horas? ¿que su editor Harris tuvo que emigrar á Londres? ¿que Benjamín Franklin, editor del *Courant*, fué perseguido y preso por haber defendido la vacuna? ¿que, si volvió á sus tareas, fué sólo á condición de no hablar del Gobierno, ni de los actos de la Administración pública, ni de los doctos *clergymen* quc dirigían los *Colleges?*

De aquellas trabas nacieron los atrevimientos, luego que vino, con la guerra, el desquite de América contra las demasías europeas. Fué aquel desquite gloria de la Prensa más que obra de la espada. La Prensa preparó la emancipación americana, la alentó, la gobernó y la sentó sobre firmísimas bases. Bursell es el punto mate, Washington el punto brillante; pero, en la obra de la emancipación, Bursell, el periodista, y Washington, el libertador, mutuamente se completan. Si el anglo-americano se rebela contra la política de lord North y las leyes coloniales, la Prensa, á su vez, se venga del desafuero del *Stamp Act* que le puso el dogal al cuello. Á un tiempo nacieron las dos resistencias: la del escritor y la del *farmer*. Á un tiempo crecieron los dos poderes: el de la Opinión y el de la República. Citadme, desde entonces, una libertad de pensamiento más absoluta, más firme y más segura que aquélla. Allí la Prensa y la Organización social son consubstanciales. Aire y luz que penetran por todos lados. Natural ó forzada, la frase no es mía; es de Laboulaye en su *Introducción* al libro de Jouveaux sobre las Instituciones americanas.

VII

La rápida propagación de la Prensa anglo-sajona no me marávillaba menos que la creciente intensidad de sus fuerzas. En la época de mi primer viaje á Londres, calculaban los curiosos que, tomando un número de cada periódico inglés y juntándolos luego, podían cubrir una superficie de mil millones y medio de pies cuadrados. ¿Cuánto tardó Inglaterra en llegar á este resultado? Menos de siglo y medio. Siglo y medio antes, no tenía más que algunos periódicos semanales impresos en toscos caracteres y en papel ordinario. Los he visto coleccionados en el Museo Británico. De repente, con la segunda Revolución, rompe el Periodismo inglés en atropellado caudal, corriendo, ya sin medida, bajo la reina Ana. Viene la Prensa de provincia; y, apenas transcurrido medio siglo, se van levantando en Londres los colosos:—en 1769, el *Morning Chronicle.*—en 1772, el *Morning Post.*—en 1780, el *Morning Herald.*—en 1788, el *Times*; y, á renglón seguido, el *Daily News*, el *Morning Advertiser*, con los grandes periódicos de la tarde, el *Globe*, el *Sun*, el *Standard.*

Idéntica proporción en los Estados Unidos. Ahí van los datos de M. de Varigny:—1704, 80.000 habitantes y un solo periódico que vendía semanalmente 300 números.—1725, un millón de habitantes, con cuatro periódicos y 170.000 números.—1775, 2.800.000 habitantes, 37 periódicos y 1.200.000 números.—1800, 7.000.000 de habitantes, 359 periódicos y 22.000.000 de ejemplares. Desde entonces, entra lo incalculable. Cada nuevo *settlement* da motivo á la fundación de un templo, de una escuela y de una redacción. En 1853, año á que se refiere este capítulo, la tirada de todos los periódicos anglo-americanos excedía ya de 100 millones de ejemplares.

VIII

No hacen á mi propósito las cifras de hoy. Mejor será y más importante, comparar direcciones con direcciones, tendencias de la Prensa antigua con tendencias de la contemporánea.

En la época á que se refieren estos capítulos, la educación periodística había llegado á su colmo en los Estados Unidos. Tomémoslos, pues, por tipo del Periodismo de nuestros tiempos.

Dos marcadísimas etapas en la historia *interna* del Periodismo anglo-americano: hasta 1832, el predominio de la Prensa política y apasionada; desde aquel año, la nueva evolución de la Prensa independiente y positivista.

Ezra Seaman os describe la Prensa política americana. Copio: no invento, ni comento. «El *politícian,* dice Seaman, ha transformado los órganos de la opinión en instrumentos ciegos de una parcialidad, de una secta religiosa, ó de clases sociales determinadas. Sin género de comedimiento ni respeto, sacrifica á mezquinos intereses la independencia, la sinceridad y la imparcialidad de un periódico.»

Nunca reconocerá méritos en el adversario, ni admitirá tacha ni sombra de incorrección en los amigos. Tema obligado: adular al jefe, como lo es vomitar injurias sobre el antagonista; las más veces, si no siempre, bajo el velo del anónimo. Si cae en alguna debilidad un hombre público, abultar, cargar la mano en las tintas; si nada hay que decir, inventarlo. Esquinazo, bala rasa ó trabajo de zapa; ¿qué más da? Ante todo la *sensación.* Estrellemos, hundamos, pulvericemos. Víctor Tissot llama á esto la Prensa de revólver.

Adelantándose al bilioso Seaman, algo debió ver Gordon Bennett cuando, en 1832, tomó el arbitrio de dar nuevas direcciones al Periodismo. Plan de Bennett: crear un Dia-

rio independiente, fuera y encima de todos los partidos; un Diario americano, esencialmente americano. Poca polémica, y gran copia de hechos concretos. Tener al lector muy al corriente de lo que pasa: dejándole anchura, libertad y criterio propio para sus opiniones. Precios reducidos, y al alcance de todos los bolsillos. Sacar del anuncio los principales recursos de la empresa.

Medios: inverosímiles, infinitos. Todo por arrobas ó por legiones: corresponsales, telegramas, noticieros, repartidores. Para la parte doctrinal, para problemas y soluciones, todo lo más algún párrafo suelto ó la punta de un artículo.

Así nació y creció el *New York Herald*; y, con parecidos ó más modestos recursos, prosperaron la *Tribuna*, el *Diario del Comercio*, el *World* y el *Post*.

No tardó en venir á Europa el nuevo patrón americano; pues pronto lo adoptaron los ingleses, los franceses, belgas y alemanes. Lo que me sorprendía era que no lo hubiesen adoptado los suizos, cuando ya llevaba veinte años de antigüedad el sistema. Seguían dominando, en la Confederación, los periódicos de corto tamaño, con uno, dos y á lo más seis números semanales; no pasarían entonces de dos los verdaderos Diarios suizos. Alemanes y belgas empezaban á explotar el anuncio á precios fabulosamente módicos; lo cual fácilmente se explicaba considerando que, en la mayoría de los periódicos belgas, los gastos de redacción no excedían de 4 á 5.000 francos anuales; que no tenían fianzas, ni derechos de timbre, y el correo no percibía más que un céntimo por ejemplar. En esta última partida, resultaban más sobrecargados los alemanes, porque sus derechos postales, no sólo eran muy altos, sino que estaban mal combinados; si bien lo compensaban con la inferioridad del papel, lo reducido de los salarios y la perfección que había alcanzado, en Alemania, el arte tipográfico.

El Bennett francés era Emilio Girardín. No se limitaba á copiar el sistema americano, con sus bajos precios de venta y suscrición, desquitándose con la cuarta plana. Añadió á ello el interés del folletín, con escogidas firmas y espléndidas retribuciones. El arriendo del reclamo lo tenían ya

entonces los franceses admirablemente organizado: había periódico que sacaba de 300 á 400.000 francos por el ramo de anuncios. Menudeaban las Sociedades dedicadas á esta especulación. Por estas sendas y con sus novedades de estilo, había llegado la *Presse* á 60.000 suscritores, que el látigo imperialista redujo á 20.000. Pero Girardin no se arredró; y, á fuerza de hacerse *l'enfant terrible*, hubo momentos en que llegó á tener medio millón de lectores.

IX

Dejémonos de historias, y vamos á lo esencial. En la actualidad, el sistema americano ha dado la vuelta al mundo. No hay país que no críe ya su Prensa á todo trabajo y con la mayor variedad de combinaciones:—Prensa de partido, Prensa noticiera, Prensa de negocios, Prensa independiente.

Vamos claritos. ¿Hemos ganado ó hemos perdido? Según tengáis á bien colocar el anteojo.

Si atendemos á los resultados materiales, es indudable que las nuevas formas de la Prensa han dado grandes provechos. Han creado la verdadera *empresa* periodística; han planteado la *industria* del Pensamiento, con sus balances y partidas dobles; han dado sentido real á esta extraña combinación de palabras: «un periodista millonario por el Periodismo.» Según sea el empuje de un *capitalista* de la Prensa, él puede llegar á resumir la fuerza social de la institución entera; no ya dentro de una localidad, ó en una Provincia, ó en una Nación, sino hasta en un par de Continentes. Él es el temido ó el adorado, el cortejado, el festejado, ya que no el árbitro más ó menos momentáneo de públicas felicidades. Y, para que se vea que no me duelen prendas en la cuenta de ganancias, añadiré que, de éstas participamos todos, en anchísima medida. Servidos al día, á la hora, al minuto: lista de platos, inagotable para toda clase de gustos: al tanto de la última impresión, la gente de mundo, la de estudio, la

literaria, la de pelea, la de mangoneo, la de metal, la de faena. Ventaja final: por unos céntimos.

¡Bravo! No hay más que pedir. ¿No hay más? Porque acá dudamos. Puede que falte lo principal; y es averiguar si, con todos los perfeccionamientos de la *materia* periodística, ha mejorado ó no ha mejorado el *espíritu* de la Prensa.

Vengan tres grupos: Prensa política—Prensa noticiera—Prensa independiente.

Prensa política; y no salgo del Periodismo americano. ¿De qué vicio se ha curado allí la Prensa política? ¿Es más imparcial? ¿menos apasionada? ¿más deferente con el adversario? ¿menos ciega en sus idolatrías? ¿Ha renunciado á la frase violenta, al ataque personal, á la denigración por cálculo ó por sistema? ¿La veis hacer generalmente política trascendental en vez de política menuda? ¿aprobar una medida del contrario, por justa y patriótica que sea, y, si la medida es mala, condenarla por mala y no *in odium auctoris?*

Pues no para aquí la cosa. Desde que la Prensa americana se ha metido á industrial, ha perdido, en integridad, lo que ha ido ganando en dollars. En vez de apostolados, colocaciones de fondos. El mismo capital que sirvió, años y años, para sostener las conveniencias de un partido, pasa, de la noche á la mañana, y por un simple cambio de manos, á sostener las del opuesto. ¿Qué *platform* rendirá mayor interés: la de la situación ó la de alguna de las oposiciones? Allá va un millón: tentemos el vado. Y allí y en otras partes, se han inventado nombres estrafalarios: monarquizar el capital, republicanizar el capital, radicalizar el capital, cristianizar el capital. ¡Cristianizar! Ésta fué invención belga. ¿Os acordáis de aquellos listísimos mozos que, alzando esta bandera, en Bruselas y en Malinas, se propusieron, hace algunos años, sorberse, en unos cuantos meses, la fortuna del partido católico?

Prensa noticiera. Aquí el yankee hace tanto estrago, con el estilete del suelto, como, con sus baterías, el articulista de vuelo. Para estuches, los del reporter á la americana: la noticia cierta que os da luz: la falsa, que os da el rato: la solapada, que os desorienta. Añadid los silencios preñados.

No vengáis con distinciones entre la vida pública y la privada. Para el hombre de viso, la vida privada no existe. *Senza nube e senza vel.* Transparencias en toda la línea. Empezarán, á lo inocentón, describiendo vuestros salones y vuestros trajes; mas, por poco que abráis la mano, no pararán hasta la alcoba, para pintaros en vivísimos cueros.

Otro más grave abuso denunciado por Tissot en la Prensa de Viena: las tarifas. Tarifa para hablar, tarifa para callar, tarifa para empujar, tarifa para contener, tarifa para hacer atmósfera, tarifa para deshacerla. Tarifa especial para anticipar los *éxitos*. Llaman á esto organizar la opinión. ¿Cabe otro nombre más filosóficamente adorable?

Citan, como remedio á todo, la Prensa independiente. Independiente ¿de quién? ¿de qué? ¿De los partidos? Será de los de oposición, porque el Periodismo llamado independiente, suele ser el más ministerial de todos. ¿Quién le daría las noticias oficiales? Dice que no tiene amo. Pues tiene el peor de los conocidos, y son las preocupaciones de las muchedumbres, finas ó vulgares, á quienes procura halagar, en vez de sermonearlas. ¿Sermonear? Ya; ante todo evitar desprendimientos en la masa de lectores. Perezcan los principios y sálvense..... las suscriciones. Clavadito viene aquí un texto de Bluntschli: «Las civilizaciones muy adelantadas producen á veces un fenómeno peligroso; y es el Periodismo hábil y *profesional* que, sin verdadero talento, sin amor al país é indiferente á todo, sólo piensa en explotar las impresiones y pasiones del público.»

Vaya: es un dolor. Es un dolor que, cabalmente en el momento de llegar á ser función social y Poder del Estado, caiga la Prensa en las mayores debilidades. Siendo todavía más de sentir que los países de imitación hayan preferido el modelo americano, ó sea el peor de todos, en vez de tomar el inglés, que es mucho más presentable. No desconozco los vicios de que adolece la Prensa inglesa; y me bastarían, para nunca excusarlos, las flexibilidades del *Times* y sus frecuentes y enormes tropiezos. Pero confesad que, en tesis general, no hay lenguaje más culto, ni polémica más digna, ni tonos más levantados que los que distinguen á aquellos

veteranos del Periodismo. Á la legua se conoce que ha habido allí una infusión secular de inteligencias elevadas; en el siglo XVIII, el paso de un lord Cowper, de un Swift, de un Addison, de un Steele: en el presente, la huella de un Brougham, de un Campbell, de un D'Israeli, de un Coleridge, de un Tackeray, de un Carlos Dickens.

Si yo tuviera valor para dar algún consejo á un periodista español, le recordaría este sentido inglés, en su fondo, en su forma y en todos sus accidentes; invitándole á no perder jamás de vista el corte especial de aquella Prensa que, como dice oportunamente el gran Macaulay, ha sabido casar con tanto tino dos condiciones en apariencia inconciliables: la mayor circunspección con la mayor de las libertades.

1852-1854.

SECCIÓN NOVENA

Páginas del antiguo Ateneo de Madrid.—Las fiestas escolares de Camus.—El Dr. Mata: capital é intereses.— Sin jefe de cocina.—Cómo organizan los ingleses sus clubs intelectuales.—La idea de Descartes.—¿Es lujo científico?—Las llamaríamos supremas.—El derecho al Arte.—Mi curso de Estética.—Moreno López.—*Así como* los guantes.—Ni para tercios de Flandes.—El semillero de diputados.—Barca, *l'enfant terrible.*—De la mesa revuelta á la monografía.—Entre Inmortales.—*Veni Creator.*—Cuestión Avellaneda.—Un incidente electoral que pertenece *á la* HISTORIA.

I

Escaso atractivo podían ofrecer los centros científicos de Madrid en aquellos difíciles momentos. Yo que, en el Ateneo, era todavía de la clase de externos, lo veía así desde fuera. Los de dentro añadían que iban de capa caída las secciones, animadas á trechos con las agudezas de Marichalar, que hacía entonces, como orador travieso, el papel en que tanto se distinguió después el P. Sánchez.

Según antigua costumbre, ocupaban las cátedras de la calle de la Montera tres distintas clases de conferenciantes: los modestitos, con el honrado propósito de enseñar lenguas vivas; otros, sacados del acervo científico ó literario; y algu-

nos hombres políticos, entre ellos grandes oradores, que empezaban á figurar en la vida pública, ó que estaban á punto de terminarla.

Sabau, Camus y el Dr. Mata representaban el alto profesorado. Comparábamos á Sabau con Laboulaye por la semejanza de sus estudios, lo sólido de la doctrina, la precisión de concepto, y por aquella seriedad tan opuesta al género de Camus, todo castañuelas, y pandereta, y repiqueteo de erudición clásica, y chaparrón de frases atrevidísimas, á veces demasiado amenas. Sus célebres Cursos sobre Literatura del Renacimiento sacaban tan de quicio á los muchachos y daban lugar á tan locas demostraciones, que, más que en el recinto de una cátedra, os creíais en medio de una fiesta escolar de las más alegres y entretenidas.

Acostumbrado á las severidades de los Profesores de crédito catalanes, no me explicaba aquellos jolgorios madrileños, y mucho menos el afán con que, dos horas antes de cada lección, invadían los externos el patio del edificio, tomando por asalto la estrecha escalerilla de servicio. Honores ciertamente más dignos y merecidos para el Dr. Mata, quien, poco más ó menos en las mismas fechas, exponía, con admirable elocuencia, su crítica de la Homeopatía.

Y ya que saco á relucir el nombre de Mata, vendrá muy á cuento recordar las injusticias de su suerte. Político, orador, hombre de ciencia, escritor, periodista, literato: todos estos conceptos reunía el egregio Catedrático de la Central; juntándose, en él, las dos superiores condiciones de imaginación y buen seso, que raras veces concurren en un mismo sujeto. Fué la suya una de aquellas trabajosas existencias que entregan á la Sociedad un capital inmenso en actividad y en aptitudes, y la Sociedad les paga por ello réditos irrisorios. Si tuvo gran popularidad, fué solamente entre los jóvenes; porque los maduros y los viejos, ya que abiertamente no le persiguieran, hacían gala de mortificarle. Como médico, no hizo fortuna; y como político, no llegó, sino muy tarde, á algún alto puesto, y no de los más á propósito para sus especiales condiciones. Como escritor y literato, ni siquiera le reconocieron la fama que no se negó á un

Ayguals de Izco. Tales amarguras tuvo que devorar que, á veces, ni aun en público, sabía disimularlas. «Esos hombres—le oí decir un día en plena Conferencia,—esos hombres son inexorables. ¿Hablo de Medicina? me declaran literato. ¿De Literatura? me declaran médico. Si escribo en verso, me llaman prosáico: si en prosa, me mandan á hacer versos. De manera que, para ellos, ni sé curar, ni sé hablar, ni sé escribir. Un paso más, y llegarán á negarme la calidad de hombre.»

Han mandado poner su nombre á una calle de Madrid; pero todavía ando buscando el sencillo monumento dedicado á la memoria de una de las mayores celebridades de nuestra primera Escuela de Medicina. También suelen olvidar á Mata los pomposos encomiastas de nuestro movimiento científico y literario. Hasta Gustavo Hubbard le trata con desdén en su insulsa *Historia contemporánea de España*, llamándole á secas *un médecin* APPELÉ *Mata*. Y para remachar el clavo, saca á relucir la bilis de Bretón de los Herreros con sus famosos versos de la *receta*.—¿Quién piensa en Hubbard?—me diréis. Es verdad; pero su *Historia* iene el desdichado inconveniente de una publicidad segu-a. Porque forma seis tomos de la Biblioteca Charpentier; y las ediciones Charpentier dan la vuelta al mundo.

II

En la actualidad, nuestro Ateneo está montado á lo prín-ipe: con casa propia, estilo en los muebles, cuadros con uenas firmas, galería de retratos, salones de conversación, iblioteca, gabinete de lectura y un elegante Paraninfo. Hay ariedad en los trabajos, calor é interés en los debates, el tractivo de las veladas literarias, la amena novedad de las iusicales. Mas, en punto á conferencias, creo que el sistema e cursos seguidos, dominante cuando vine á Madrid, era pre-ıible al que ahora tiende á prevalecer, con las lecciones

sueltas: medio poco seguro de atesorar doctrina, y muy ex puesto á que los *utilia* queden sacrificados á los *curiosa*. Ca balmente lo que más temía Leibnitz cuando le encargaror el reglamento de la Academia de Berlín.

En otras tradiciones de aquella época, ha sido más con secuente el Ateneo de Madrid, y por ello le felicito. Durant más de medio siglo, ha logrado defender una severidad inte rior digna de toda clase de elogios. Ni un billar, ni mesa d ajedrez, ni tresillo, ni ninguno de aquellos esparcimiento que se consideran inherentes á toda institución clubiforme Jamás olvidaré el tumulto que se levantó, años antes de pa sar á la nueva Casa, y siendo Presidente Posada Herrera, a suscitarse, en Junta general, el gravísimo problema de ins talar la cocinilla para servicios de té, café y chocolate. Co poco esfuerzo, ha sabido nuestro ateneista renunciar al res taurant, sin cuyo grosero apéndice no sabe vivir ningú Círculo extranjero. Porque, de esta peste de tragar en corr no se libran los mismos ingleses, en cuyos clubs literaric no sabéis quién tiene más autoridad, si el Presidente ó jefe de cocina. ¿Cómo le han de faltar en el *bar* al más di creto *debater* un par de sorbitos de buen sherry para mojar canal maestra? Y esto que digo del comer y del beber, d golo asimismo del flaco de los naipes: que no ha habido aq quien se haya atrevido á poner la Ciencia ó la Literatura amparo de los jugadores, como, desde 1870, lo están hacier do, en Londres, los 700 *whisters* del *Russell Club*.

A propósito del Ateneo de Madrid, eran muy frecuente en mi casa, las polémicas sobre la significación y alcance aquella clase de establecimientos. Uno de nuestros desah gos de sobremesa. Los eruditos traían todo género de ant cedentes, desde la *Casa de Salomón*, inventada por Bacón Verulamio, y, desde los proyectos académicos del abate Saint-Pierre, hasta el curioso sistema de *Naciones escolai* en la Universidad de Upsal. Removían la historia de tod las Academias oficiales y semioficiales francesas y españ las, mezclándola con la del antiguo *Instituto Boloñés* del Cc de Marsigli, con el *Colegio de Francia* y la *Royal Society* Londres.

Sobre la significación de los Ateneos, tenía yo formada una opinión, muy concreta, que había tomado del Duque de Rivas, y luego la he visto confirmada por otros insignes escritores y por un distinguido filósofo español. Que los Ateneos son instituciones literarias y científicas, en las cuales, según el gusto reinante y el especial criterio de la época, se presta culto libre y desinteresado á la investigación de la verdad y á la belleza artística. Comercio social, vivo, de palabra y de discusión, para todos aquellos problemas que interesan á la generalidad. Campo neutral de todo lo opinable.

Otros preferían el concepto inglés, acerca del cual hacía yo mis reservas. Contestaba á los anglomanos diciendo que los Ateneos ingleses no se diferencian, en el fondo, de lo que es todo club británico, empezando por el *Beedfsteak Club*, donde se llenaron sucesivamente la panza Sheridan, Fox y Fergusson. Literario, artístico, científico ó simplemente social, veis siempre, en todo club inglés, los *good fellows* de Samuel Johnson, que buscan el círculo de personas, escogidas entre las de iguales gustos y opiniones. Suma de afinidades morales concertadas á lo gran señor; que no salen del *spiritus intus*, que no irradian, que no esparcen la llama, que no son órganos de transmisión para las generalidades. Esto eran en 1860, cuando nos los describía Esquiros, y no pasaban de seis los clubs de gente estudiosa; ahora son catorce los de esta clase y no ha variado la contextura.

Consiste su gran mérito en la flexibilidad é ingeniosa manera que tienen los ingleses de acomodar el Club *intelectual* á los diversos matices de talento y de fortuna.—¿Sois hombres de mundo con ribetes de literato? Ahí tenéis el mencionado *Russell Whist*.—¿Queréis combinar la literatura con el arte escénico? Al *Garrick Club*, Garrick street, Covent Garden.—¿Preferís combinarla con el Arte en general? Pues al *Arundel Club*, Salisbury street, 12, ó al *Ger. Athæneum*, Mortimer street, 93.—¿Os gusta la ensalada de Ciencia y Literatura? Haceos abrir el aristocrático *Athæneum*, Pall Mall, 107, ó el *Junior Athæneum*, Picadilly, 116, ó el *New Athæneum*, Suffolk street, 26. Para mescolanza de gustos artísticos,

literarios y científicos, el *Arts,* Hanover square, 17, ó e *Crichton,* Adolphi terrace, 10: para literarios, dramáticos, ar tísticos y científicos, el *Savage,* Savoy place; y, si queréi abarcarlo todo, id al *Regency,* Albemarle street, 23, ó a *Paulatium,* Fitzroy square, 39, ó al *Oxford and Cambridge* y, en general, á los Clubs universitarios. Todavía, si, á lo va riado, queréis juntar lo flamante, os recomiendo los tres cen tros más modernos de recreación científica: el *Beaufort Clu* que es de 1886, el *Yorick,* fundado en 1888, y el recientís mo *New Travellers,* que es de 1892.

No serían ingleses todos estos clubs si no tarifaran la clases. Hay, en este punto, tanta flexibilidad como para la especialidades. Desde dos guineas á diez, la cuota anual, se gún sea el Ateneo; y los hay que no cobran cuota de entra da, ó la reducen á una guinea ó la elevan á cuarenta; cifr digna de notarse, en reuniones de sabios, porque es la may que se permiten los Clubs de la *fashion,* los Lores colectivo como Esquiros los llama.

Bastante inferiores á los de un Lord eran los recursos d nuestro Ateneo; y no faltaba quien pidiese gollerías. Lo maniabiertos proponían emprender publicaciones, abrir co cursos literarios, fundar premios y fomentar la celebració de Congresos científicos. Otros se hubieran contentado co dar á las Conferencias un carácter más sistemático que que tenían, procurando reflejar, en ellas, los últimos y m elevados toques de la enseñanza superior. Fué en su tier po la idea de Descartes; cuando Cristina de Suecia le e cargó el proyecto de la Academia de Estokolmo.

Mas, cuando trataban de definir lo que entendían por ens ñanza *superior,* nuestros celosos reformadores se embroll ban. Unos comprendían, en ella, el tercer grado de aquell estudios que suelen figurar en los Programas oficiales; qu rían otros que abarcase toda la enseñanza técnica; otros, ponían muy por encima de lo técnico, refiriéndola exclu vamente á aquellos estudios de profunda investigación q los alemanes denominan *Gründliche Forschungen* y Víct Duruy llamó después *Hautes Etudes.* Altos estudios, dic aquí los que traducen á la ligera.

Una cuarta ó quinta opinión, que parecerá muy estrafa-
aria, era, á la sazón, la más corriente de todas: que los es-
udios superiores representan un lujo científico; concepto
lástico y puramente relativo, como el de todos los lujos de
sta miserable vida. La superioridad de los estudios depen-
erá de la época, de la raza, del país, del estado de cultu-
a. Ahora mismo, comparad la China con los Pueblos occi-
entales. En el último Plan de enseñanza dispuesto, en 1887,
or el Tsung li-Ya-men (Consejo Supremo), encontraréis, en
alidad de estudios superiores, para el Celeste Imperio, el
iguiente cuadro: Filosofía (Confucio y Mencio), Matemáti-
as, Mecánica, Arte del Ingeniero, Táctica militar y naval,
rtillería de marina, Historia, Derecho internacional, Teo-
ía y práctica de torpedos. Á ver cómo me arregláis otro
lan, para Occidente, con aquella deliciosísima ensalada. En
gipto, donde el árabe es usual, os hacen superior la cáte-
ra de lengua arábiga. Los franceses han cortado por lo
ano y no llaman superiores más que á las enseñanzas así
ficialmente declaradas: las del Colegio de Francia, Museo,
iblioteca, Escuela de lenguas orientales, con las de otros
uy contados establecimientos, como los astronómicos, los
eteorológicos y los laboratorios de Zoología marítima.

Abrid, en nuestras Universidades, muchas cátedras, de Fi-
ología; y los ajustadores de Presupuestos, en coro con los
putados rurales, os dirán que es un derroche. Ignoran se-
uramente que, con estos lujos, se vive, á diario, en otros
íses; pues, en la sola Universidad de Bona, tienen los
emanes ocho cátedras más ó menos filológicas, con tres
Filosofía y cinco de Historias *mayúsculas*. Me decía un
ofesor de Hala que, entre sus ejercicios *ordinarios* de cla-
, figuraba la traducción de versos griegos en latinos y vi-
versa. Si aquí montáramos cátedras de este calibre,
ómo nos habíamos de contentar con llamarlas superiores?
as llamaríamos supremas.

Dejaos de cuentos, añadía yo: lo más esencial, en este
unto, no es averiguar *lo que* se debe explicar en un Ate-
o—que esto ya os lo dirá la corriente de los tiempos,—
o saber *cómo* se debe explicar lo que se explique. Duran-

te más de treinta años, nuestro Ateneo rindió culto á la Oratoria brillante introducida en París, desde la Restaura-ción francesa, por Cousin, Guizot, Villemain y Saint Marc Girardin; siendo inútil recordar el grado de perfección ar-tística á que logró elevarla después, entre nosotros, el in-signe Castelar. Hoy han bajado mucho los tonos; ó por me-nos vuelo en las imaginaciones, ó por prevalecer, entre los discursistas de Ateneo, el criterio del adusto Renán, que compara los oradores floridos con los declamadores de la decadencia romana.

Mas todo tiene en este mundo su razón, su compás y su medida. No me comparéis la oratoria de Ateneo con la lla-nísima del Catedrático profesional: ni vayáis á renunciar en absoluto, á los bellos artificios de la palabra, mientras á ellos no se sacrifiquen la realidad y la solidez del pensa-miento. Yo encuentro tan natural que, en Academias y Ate-neos, dominen los oradores de diccion pulcra y elegante como me parece bien que los que frecuenten los salones s distingan por lo correcto y esmerado de su traje. El abus está en que los oradores de empuje y los disertantes apara tosos invaden los centros de pura enseñanza. Contra cuy peligro son excelentes guías los alemanes, de quienes mu acertadamente dice Fustel de Coulanges que, para cada Pro fesor, con pretensiones de elocuente, en Universidad, Gim nasio ó *Realschule*, hay, por lo menos, diez modestísimo Maestros que se contentan, en cátedra, con sencillas exposi ciones de doctrina. No peroran, no disertan, no buscan la bellezas de la forma ni los accidentes artísticos. Leen, dic tan, preguntan y repreguntan. ¿Por qué? Porque allí lo qu ante todas cosas, interesa, es la transfusión de la idea, es *formación* del discípulo—para la cultura general del espírit en Institutos, Gimnasios y Liceos,—ó para el ejercic práctico de una profesión, como en las Facultades y Escu las especiales.

Vuelvo, empero, á mi tema de que no me saquéis las c sas de quicio. Que los más sabios doctores lean ó dicten, sus cátedras *de aplicación*, muy santo y muy conforme; m ¿qué diriaís de Emilio Castelar, ó de Antonio Cánovas, ó

Nicolás Salmerón, llevando al Ateneo su cuadernito de apuntes, y haciéndoselo sorber menudico á unos cuantos alumnos provistos de papel rayado y tinterillo de resorte? Pues nada digo, si los sometieseis al otro régimen, alemán también, llamado de *Seminario*, que consiste en repartir unos cuantos temas, indicar al margen las fuentes de conocimiento, abrir polémica entre los alumnos, y coronarla con un resumen del Profesor, fijando los puntos del debate y dando soluciones concretas, muy descarnadas, sin perfiles, ni relieves, ni colorido, ni más requilorios que los que usaríais hablando, de bata, con los íntimos, al amorcito de la lumbre.

Pues ahí verán ustedes. Estos *seminarismos*, inventados por Ritter y por Schœffer y copiados en Francia por Gaston Boissier y por Lavisse; estos métodos de enseñanza mutua que realizan el pensamiento de Rousseau, haciendo que el Profesor descienda al nivel del alumno para luego elevarle al suyo: estos sistemas, utilísimos para los normalistas, serían de deplorable efecto en un Ateneo. Allí nos pondrían á régimen de bostezo perpetuo. Porque, al cabo y á la postre, si, al concurrir á un Ateneo, lleváis el deliberado propósito de instruiros, no es para llegar á abogados ó á médicos ni para *pasar* exámenes ó grados, sino—y digámoslo bien en crudo—ante todo, para *pasar* un buen rato; y, si aquéllas no son precisamente audiciones musicales, algo hay que á esto se asemeja en las oraciones académicas.

No me negaréis que existe una especie de *derecho al Arte* para poder juzgar á los oradores de fama; y si me vais apurando, añadiré otro derecho, que es el de afinar el oído, aquel supremo Juez que, así en la prosa como en el verso,

> Escucha, falla, ordena,
> absuelve grato ó rígido condena.

III

Estaba yo entonces de Auxiliar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Central, explicando la cátedra de Núñez Arenas, cuya salud dejaba bastante que desear. La única impresión que me ha quedado de aquellas lecciones de Estética, es la de haber tenido, entre mis oyentes, á Castelar, que varias veces se ha servido recordármelo. Sonaban grandes nombres en la Facultad: Amador de los Ríos, García Blanco, Gayangos y Fernando Castro, además de mi ilustrado titular y del eruditísimo Camus. En Ciencias físico-matemáticas, los de Cortázar, Valledor, Masarnau y el astrónomo Aguilar. Torres Muñoz traía frescas las últimas lecciones de su maestro Liebig. En la sección de Naturales, ocupaban muy distinguido lugar Cutanda, Pérez Arcas, Graells, Tornos y Vilanova; en Farmacia, Camps, Ríoz y el viejo Lallana. Medicina lucía un personal notabilísimo con Mata, Bonifacio Gutiérrez, Usera, Fourquet, Hysern, Asuero, Toca, Corral, y Argumosa. Más flojilla la Facultad de Derecho, compuesta en general de medianías, con las cuales hacían gran contraste, por su talla científica, un Sabau, un Montalbán y un Aguirre. La sección de Administración, acabada de montar, contaba con dos profesores de fama, que eran Arnau y Eugenio Moreno López. Pronto se les iba á juntar Figuerola, trasladado de Barcelona.

Algo de lo que pasó con Mata le sucedió á Moreno López. Tampoco estuvieron muy allá, con él, sus respetables contemporáneos. Echábanle en cara su falta de actividad; citando, entre otros extraños pormenores, el de no haber llegado á entrar en una Academia, por no tomarse la molestia de escribir el discurso de recepción. Por esta y otras leyendas que se fueron acreditando, nuestro excelente D. Eugenio tuvo que apechugar con la nota de indolente. ¿Lo era

de verdad? No me pareció cosa muy probada, cuando me cupo la honra de tratarle, después de haber sido Juez en mis oposiciones y, más tarde, al sentarme con él en el Consejo de Estado. Me preguntaba yo con qué clase de indolencia podía ser compatible aquel vasto saber de mi eminente compañero; y cómo casar, con hábitos de pereza, aquellos profundísimos estudios y un compás tan abierto que abrazaba todo género de asuntos. Pensar que á esto se llegue echando la barriga al sol ó mirando las musarañas, es desconocer lo que la humana actividad tiene de más íntimo, si no de más enérgico. Como se llega, es á fuerza de afilarse los codos y á puras noches en blanco; ó echándose á perder el estómago, minado y contraminado con la vida sedentaria. Esto es lo que no haréis comprender jamás á la gente bulliciosa que suele medir el trabajo por el ruido y el escenario. Además, ¿quién os asegura que la indolencia de Moreno López no fuese efecto de excesiva modestia? Triste inclinación era la suya de correr tras de lo acabado y lo perfecto; y así estaba de continuo batallando, por la gran desconfianza que tenía de sí mismo. Nunca acababa de decidirse al emprender una tarea. Con la pieza de tela debajo del brazo; y espera que te espera la última moda, olvidando el vulgar aforismo de que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno.

Nuestro Rector era Morante, con Mariño de Secretario. Nunca llegué á formar cabal juicio de Morante. Rancio por su aspecto, por su traje y sus aficiones latinistas: moderno en otros gustos. Se enmarquesó, se cruzó y llegó á distinguirse en Madrid por la riqueza de sus trenes. Su coche de gala era una maravilla, que hubiera dado golpe en el mismo Palacio de Buckingham. Arriesguemos esta síntesis: doctor de Alcalá, dómine y fastuoso. Tenía el fausto ligero y el fausto serio: este último lo demostró en su gran Diccionario de Leipzick y en aquella su asombrosa Biblioteca, ya disuelta, de la calle de San Mateo. A pesar de sus llanezas, nunca fué popular entre los estudiantes, sin duda porque le veían pocas veces; y tampoco le oían, como no fuera en el Paraninfo, cuando confería el grado de Doctor, con aquella

voz tan argentina que la hubieran envidiado, en las tablas, los tenores más francos de pecho.

Como yo me había doctorado años antes, en Barcelona, sin aparato de ninguna especie, confieso que la primera vez me hizo un efecto muy raro la seriedad de aquel acto en Madrid y ver la olímpica dignidad con que entregaban al laureando el Libro de las Leyes, *así como* los guantes: cuyo *así como* lo pronunciaba, con especialísimo retintín, el bueno de Morante. Parecíame difícil explicar la necesidad de aquellos formalismos propios de otros tiempos: *así como* lo tierno de los abrazos finales, cuando ya los Claustros no representaban nada colectivo, empezando por las antiguas fraternidades. Tres veces fuí padrino, y la circunstancia de ver la función más de cerca y de ser actor en ella, no hizo variar, ni un ápice, mis extrañas impresiones; sobre todo en el momento de pronunciar el noble Rector la frase sacramental del formulario «Recibid, por último, la espada,» con el aditamento de no sé qué historias de las edades caballerescas. Figúrome todavía estar de pie ayudando al neófito en la tarea del toma y daca de los atributos doctorales: puesto el pobre de rodillas, enredado con su toga, su muceta y su borlón, y sintiendo, sobre sus manos, el peso de aquel enorme mondadientes, ó llámese tizona, la más soberbia que pudo salir del magín de los artífices de Toledo, con su hoja cortante, punzante y reluciente, y aquel puño de cazoleta capaz de hacer sudar al más fiero capitán de los tercios de Flandes.

IV

La Facultad de Derecho tenía, entonces más que ahora, una especie de sucursal en la Academia de Jurisprudencia; animado palenque donde se ejercitaban, en la gimnasia oratoria, algunos jóvenes que han sido después lumbreras de nuestro Parlamento. De Cánovas, uno de ellos, podía ase-

gurarse que llegaría á dirigir un grán partido; y bien llena de vida está la persona á quien se lo dije la primera vez que tuve el gusto de oir, en la Academia, al ilustre Jefe de nuestros conservadores. Los grandes vuelos de Martos, otro académico, no aparecieron en realidad hasta más tarde, cuando se dió á conocer en el Círculo de los Basilios. Con quien nos llevamos grandísimo chasco fué con el infortunado Barca, que pasaba por *l'enfant terrible* de la Academia; y en tales términos excitaba la bilis de su Presidente Ríos Rosas, que una noche le cortó éste el discurso, calificando de atrocidades los atrevidos razonamientos del joven prudhoniano. Por qué razón Barca se achicó después, al entrar de verdad en la vida política, es cosa que nunca he comprendido; explicándomelo únicamente por el cambio radical que sufrieron sus opiniones, de que no poco se habían de resentir sus antiguas y originalísimas espontaneidades.

Eran también ornamento de aquella Academia mis buenos amigos Isasa, Pinedo, Estremera, Escudero y Peroso, Dacarrete, Aguirre de Tejada y Nicanor Alvarado. Treinta y tantos temas solían figurar, en el cartel, para cada temporada; mas, para estar en vísperas de un movimiento revolucionario que todos presentíamos, los puntos de discusión me parecían estrechos y los creía faltos de oportunidad y desprovistos de verdadero sentido político. Sólo una vez vi á nuestros pollos irse un poquito al bulto, cuando examinaron, en una serie de animadas sesiones, el tema, entonces muy arriesgado, de la libertad y penalidad de la Prensa en sus relaciones con las formas de Gobierno. Allí riñeron ruda batalla Cánovas, Martos y todos los que constituían plana mayor en aquel distinguido círculo de notabilísimos talentos.

Trabajaba bien y con fe la gente de Foro; y no solamente discutiendo en el semillero de diputados de la calle de la Montera, sino también escribiendo en las Revistas jurídicas, como la *General de Legislación y Jurisprudencia*, *El Derecho moderno* y *El Foro nacional*. Por aquellos meses, me pasé buenos ratos leyendo, en este último, algunos trabajos de eminentes jurisconsultos. Benito Gutiérrez estudiaba el ori-

gen, desarrollo y estado de la Ciencia del Derecho; Antequera, la criminalidad y la Administración de Justicia; Peñalver, las funciones y deberes de la Magistratura; Pareja de Alarcón, las profesiones de la Abogacía y del Notariado; Joaquín José Cervino, los Oficios de la fe pública en España. Torre Roldán lucía gran erudición en la historia de los Merinos y Adelantados; y no le iba en zaga López Clarós con unas reflexiones jurídicas sobre la mujer griega, la romana y la española. Otros escritos, también de hombres de ley, fijaron por algún tiempo la atención pública: entre ellos, la tesis doctoral de Andrés Lasso (Casa Galindo) sobre las Relaciones de la Iglesia y el Estado, y el discurso de recepción de Seijas Lozano, en la Academia de la Historia, con la contestación de Pidal. Trataron del Régimen Munipal en Castilla y de su influencia en las instituciones políticas de España. Ambos, como es de suponer, se inspiraron en el criterio doctrinario.

V

Teníamos además, en Madrid, ancha provisión de Revistas de otros géneros, que, algunas tardes, solía hojear en mi gabinete de lectura de la calle del Desengaño. De corte ameno y superficial señalaré *La Ilustración*, el *Semanario pintoresco*, el *Album de señoritas* y el *Museo de las Familias*: entre las Revistas serias, la *Militar*, *La Civilización*, la *España literaria* y el *Fomento agrícola*. Mellado se permitió un conato de *Revista española de Ambos Mundos*, que empezó con buenas firmas, pero muy distante de prometer la admirable longevidad de su tocaya la francesa.

En esto de las Revistas, hemos ido adelantando. No que hayamos llegado á aclimatar el fascículo inglés ó alemán que os permiten publicar, de una pieza, extensas monografías, donde podéis espaciaros á vuestro sabor, desenvolviendo un pensamiento completo. Aquí ha predominado el cua-

derno francés, mensual ó bimensual, que os concede una hospitalidad, de veinticinco á treinta páginas, por número, á reserva de ir ampliando vuestras investigaciones en otros sucesivos. Hace cuarenta años, nuestras Revistas tenían, por punto general, el carácter de una mesa revuelta, con cabos sueltos de todas especies y un sin fin de apuntes, resúmenes y bocetos. Supe de un muchacho que tenía escrito un concienzudo y extenso trabajo sobre las ejecuciones capitales, en su relación con la instantaneidad de la muerte. Lo presentó á un editor de Revista y se lo redujo á columna y media, con variedad de remiendos. «Ve usted—le dijo, —esto es lo que gusta á nuestro público: lo ligerito y lo quintesencial; si le da usted mazacote, se acabaron los suscritores.»

No solían rezar estas tasas de pluma con los señores Académicos; y lo comprendo bien, y no había motivo de quejarse, dado el nivel en que se sostenía *entonces* el personal de aquellas Corporaciones. ¿Quién, por ejemplo, en la Española, se hubiera atrevido á regatear la fama literaria de un Martínez de la Rosa, de un Duque de Rivas, de Quintana, Pacheco, Bretón, Hartzenbusch ó Ventura de la Vega? Y, bajando ó no bajando algún escalón, ¿cómo poner en duda la notoriedad de un Patricio Escosura, de Antonio Segovia, de Oliván, de Mora ó de Pastor Díaz? Acababa de perder la Academia á Valdegamas y á D. Juan Nicasio Gallego, reemplazados, aquél por Baralt, y éste por Lafuente. Dos notabilidades extranjeras fueron invitadas á la recepción de Baralt: el francés Prospero Mérimée, gran aficionado á las letras españolas, y el alemán barón de Shack, que tanto las distinguió después con su *Historia de la Literatura española*.

Las grandes simpatías de que era objeto D. Juan Nicasio Gallego, en la Academia de la Lengua, se hicieron más patentes después de su muerte. Fué ésta allí motivo de largas lamentaciones y de sentidos pésames. Durante varias sesiones, discutieron los colegas del difunto sobre la mejor forma de dar publicidad á sus escritos, con otros honores que se le reservaban. Al pobre Donoso no le consa-

graron—á lo menos por entonces—otro recuerdo, que hacer constar su defunción para proveer la vacante.

Por aquellas fechas, nuestros caros Inmortales tuvieron su mar de fondo, que no lograron apaciguar, ni con el *Veni Sancte Spiritus*, ni con el *Agimus tibi gratias*, ni con ninguna otra de aquellas piadosas oraciones que, para abrir y cerrar las sesiones de la docta Corporación, tienen prescritas los Estatutos de 1715. Vino la marejada—asómbrese el lector—por una cuestión de mujeres, digo, de señoras, por no separarme de lo correcto. Tula Avellaneda pretendía entrar en la Academia; y un día, sin decir «agua va,» largó su memorialito, apoyándose en que los reglamentos nada decían, ni en pro ni en contra, de la admisión de señoras en la Española.

Al divulgarse la noticia, hubo, por todos lados, un verdadero torneo de galantería. El Conde de San Luis, que aspiraba á la plaza, retiró inmediatamente su candidatura; Quintana, Tapia y Pastor Díaz, que no salían de casa por enfermos, mandaron, á la calle de Valverde, entusiastas é incondicionales adhesiones.

Todo, pues, marchaba al pelo, anunciando el éxito más venturoso; cuando, sin saber cómo ni por qué, empezó á torcerse el carro, y tanto se fué torciendo que, al llegar á la votación, la simpática Tula se quedó con siete académicos votos, contra catorce no menos académicos.

Aquí del conflicto. ¿Cómo hacer tragar el desaire á la insigne poetisa y á sus patronos? Por fortuna, poseía entonces la Academia un Secretario perpetuo que tenía un ojo menos, pero casi un brazo de más, según era de diestro su izquierdo para las suertes del trasteo. Bretón de los Herreros se encargó de dorar la píldora; y lo hizo en un documento que he tenido á la vista, y era una maravilla en escarceos diplomáticos.

No se dieron por vencidos los tulistas, y todavía pretendieron, para su ilustre protegida, un modesto título de socia honoraria. En esta ocasión, la Academia se pasó de sanguinaria. Nueva votación y nueva derrota.

Aunque de distinto género, también tenía sus huesecillos

que roer la Academia de la Historia. Suponíanla con unos celos formidables de su Colega literaria, la señorona, para quien eran todos los agasajos y todas las esplendideces; mientras que, á ellos, los historiógrafos del Arco del Triunfo, los tenían casi á media ración y les regateaban el triste pucherete para la *cocina* de la Casa. Diariamente llovían comunicaciones de la Academia de la Historia á la Tesorería Central, y de la Tesorería á la Academia. Quejábase el Director de verse obligado á tomar alquilados los muebles y enseres necesarios para las recepciones públicas.

La Tesorería replicaba *cantando* cuentas. En nueve meses, 40.000 reales entregados para la colección de Cortes y Cartas pueblas: 53.328 para otras publicaciones; 8.000 para premios, 14.848 para gastos de personal; y 26.664 para otros ordinarios. Pero la Academia insistía en denunciar sus estrecheces: que, en aquellos mismos nueve meses, no había recaudado, por venta de libros, más que la exigua cantidad de 1.800 reales: que las cargas de su Presupuesto eran, á veces, abrumadoras: más de 17.000 reales para haberes de dependientes, más de 15 000 para amanuenses; sin contar otras partidas, muy serias, para viajes, adquisición de monumentos históricos, y distribuciones á los señores Académicos por trabajos especiales. Y así se iba *escribiendo la historia* de aquella Historia, como se escribe siempre todo lo de España, entre derroches y cicaterías.

Otra cosa pasó allí que también merece mencionarse, por lo donosa y acaso por lo significativa. Cuando se procedió á designar sucesor, en la Dirección, al difunto López Ballestero, quedó elegido por unanimidad el General San Miguel. ¿Cómo, á los pocos días, se replanteó la votación y salió otro señor por un solo voto de mayoría? Misterio que nadie supo descifrar; siendo de advertir que, ni San Miguel, ni Miraflores, ni otros Académicos quisieron autorizar, con su presencia, aquel segundo escrutinio.

Dió la *casualidad* que resultó moderado el segundo elegido. ¿Pretenderían los correligionarios monopolizar la Historia, como después sus sucesores han monopolizado otra Academia? Caprichos de la Política.

1852-1854

SECCIÓN DÉCIMA

En la *High-Life*.—Los tés danzantes.—Nuevo agregado de embajada.—Do mesas diplomáticas.—Lord Howden.—Curso de Botánica.—En contact con la Naturaleza.—El salón de la Marquesa.—Esto no puede seguir así.— Camprodón y Ayala.—Ya no me quiere Adelardo.—Ni con cien varas de cinta.—Los sportmen.—Carra contra Parma.—Cuestiones de mobiliario —El decorado, el arte, los laberintos.—Repasito de modas.—Aventuras de una *écharpe*.—En cascada.—Baños en landau.—Al amparo de las emba jadas.

I

Con tanto tiempo como llevo en Madrid, no he visto otro invierno más divertido que aquél mi primero en la Corte. Hubiérase dicho que la buena sociedad se desquitaba del abandono en que la había dejado la condesa del Montijo, ocupada en París con la boda de su hija. Diez ó doce salones, de los de más nota, estuvieron en constante bullicio: banqueros, aristocracia, diplomáticos, se disputaban la palma de la suntuosidad en la elegancia y manera de ordenar sus fiestas: los martes se quedaba en casa el general Aupick, los sábados los Weisweiller, los domingos la condesa de Velle. Empezaban á despuntar los futuros *five*

o'clock bajo el nombre de tés danzantes ó á la inglesa, con los cuales alternaron, un poco más tarde, los que un famoso revistero llamaba *bulliciosos* chocolates: adjetivo original que hizo decir al festivo Segovia:

> **Hoy da el marqués del Rosario**
> **un bullicioso café;**
> **y mañana el tío José**
> **aguardiente literario.**

Bailes de máscaras, en el Casino; y, bajo la dirección de Molberg, en el Real. La gente de poco viso los tenía divertidísimos en el Liceo Matritense, en Basilios, Paul y Capellanes. Conciertos, infinitos; sobresaliendo los de madame Stopford, con los del Conservatorio de María Cristina, donde Valldemosa y Saldoni lucían sus dedos ó su inspiración; y Manini, Oliveres y la Mora los primores de sus respectivas gargantas. Á la cabeza de todas las diversiones, figuraban los bailes de la Reina Madre; que, en esto de recibir á sus amigos, solía ser espléndida la antigua Gobernadora; y era de ver, en su Palacio de las Rejas, aquella soberbia estufa poblada de naranjos y limoneros; y, en medio, el gran surtidor que os acariciaba los sentidos con un vago perfume de los patios andaluces.

El general Aupick, Embajador de Francia, no contento con hacer danzar la pollería, daba de vez en cuando sus banquetitos, aunque no tan frecuentes como el de Inglaterra, Lord Howden, aquel inolvidable general Caradoc, en todo tan acabado y tan amigo de España, que, para no perdernos nunca de vista, se mandó construir la preciosa Villa de su nombre, en las inmediaciones de Bayona.

En tantos años, no se me han borrado de la memoria los bigotes blancos de Aupick, ni su larga perilla, ni su levitón azul, corrido hasta los talones, ni el colosal sombrero de copa cónica, con anchísimas alas, que le daban el aspecto de un señor de pueblo, en fiestas mayores. Rarezas muy comunes entonces en ciertos diplomáticos, mayormente entre franceses y de clase militar; como las habían tenido Se-

bastiani, Mortier, Castelbajac, y más adelante las tuvo el mariscal Pelissier, cuando su embajada en Londres.

Distinguíase la mesa del general Aupick por lo esmerado de los platos, más que por otras delicadezas: ni á nadie maravillaban lo rico y lo sabroso de aquella cocina selecta, sabiendo que el General no transigía con la costumbre de ajustar un jefe en el montón, sino que lo llevaba siempre consigo, muy especial, muy de confianza, y en calidad de agregado *militante*, en todas sus legaciones. Así era cosa de lamerse los dedos, contra toda regla de buen comedimiento, cuando el Ministro de Francia os regalaba el paladar con algún *Aspic de filets de sole* ó un *Turban de levreaux à la Saint Hubert,* platos entonces rarísimos, que aún hoy son el encanto de los glotonazos. Tampoco os extrañaban, en aquella Casa, las maravillas de la bodega; que en este ramo superior del Arte, era también de una exigencia inverosímil el ilustre representante de Napoleón III. Aupick fué quien introdujo aquí la buena costumbre de anunciar los vinos á medida que os los van sirviendo: en lo cual era muy extremado el *sommelier* de la Embajada cuando, al verteros, en la copa, un *Constance* prodigioso, os lo nombraba marcando las sílabas, y destilándolo con un *amore,* un recogimiento tan expresivo y—perdónenme la irreverencia de la comparación—con aire tan contrito y tan devoto, como si os administrara la Sagrada Forma.

Anfitrión de otra especie era Lord Howden. Su mesa, sin dejar de ser irreprochable, era más roastbeef, más rumsteak, más inglesota. Sobresalían, en las comidas del noble Lord, las inclinaciones artísticas, en el sentido de la vajilla y del decorado. Cierto día, dió una sorpresa á los convidados, suprimiendo el centro de mesa, en cuyo sitio hizo colocar una alfombrita de césped con varios macizos de flores. Dijeron que lo había copiado de M. Alphand en el famoso banquete político de Burdeos. Verdad ó mentira, ello es que aquella novedad se ha convertido después en costumbre muy autorizada, conforme ha ido entrando en el mundo elegante la afición á las flores.

II

Ahora siento haber escrito afición, cuando debí decir de-
irio, aun quedándome corto. En aquellos benditos tiempos,
:uando casi no había hoteles en Madrid, las flores, y, más
ue ellas, las plantas de salón, eran de un consumo muy li-
nitado. Si pedíais una planta, os llevaban al representante
le La Muñoza, propiedad arrendada por Gaviria: si desea-
ais flores ó arbustos raros, tropezabais con ellos en la es-
uina de alguna plazuela; y si no, os llevaban al estableci
niento de la calle de Sevilla donde, por un ojo de la cara, os
ervían un ramo vulgar, una planta de camelia ó de magno-
ia, un rododendron, un par de cebollas holandesas, ó, por
unto, un puñado de simiente de *gazón*; que nunca sería
nayor cantidad cuando casi no había donde colocarlo.

¡Á qué distancia estamos de aquello! ¡á qué distancia,
aro lector, á qué distancia! Hoy, por querer del Cielo, las
lantas se nos han declarado en absoluto señoreaje. Tienen
us palacios en los invernaderos, sus villas en los kioskos,
us bazares en las tiendas, sus escuelas en los jardines, sus
estas en las exposiciones, sus orgías en las batallas de
ores, sus templos en los tocadores de las damas. La hoja
la flor á todo responden, con todo se juntan, todo lo es-
altan, todo lo idealizan: la Religión, poblando los altares;
l Arte, subrayando el decorado; la Patria, alfombrando el
aso de los héroes; la Familia, expresando sus regocijos;
a infancia, la juventud, la hermosura; la vivienda del rico
a ventana del pobre, llevando á ella una sonrisa; la vida, con
l color y los perfumes; la muerte, con el símbolo de la co-
ona. Tal habrá, hombre maduro, ó viejo, ó de tosco pela-
e, que, no osando lucir una gardenia en el ojal, se contenta-
á con una botella cebollera, en la chimenea, esperando el
eliz instante en que empiecen á abrir el jacinto, el tulipán
el narciso.

Mas lo que hay que notar son los extremos de las seño ras. De algunas sé, capaces de apostárselas con el mejor botánico; pues llevan su Linneo tan al dedillo, que, por nada de este mundo, renunciarán á la nomenclatura científica; y aunque desdeñen el latín, os hablarán de *ficus*, de *cactus* y de *caladiums*, ó invariablemente llamarán *Eleagnus hortensis cœrulea* al árbol del Paraíso, y *Æsculus hippocastaneus* al vulgar castaño de Indias. Con el bien entendido de que preferirán lo exótico á lo nacional como cuestión de buen tono. Claro: siempre resultará más *chic*, entre los olmos, el campestre de Bélgica, y entre los álamos, el del lago Ontario; más que nuestras prosaicas frutas de Mediodía y Levante, el acerolo de Italia, el albaricoque de Méjico, el kakis del Japón ó el membrillo de la China; cien veces más que nuestras vulgares enredaderas, la bignonia del Cabo, la buguinvelea del Brasil, la clemátide de Siberia, las ipomeas mejicanas, la madreselva de Toscana, la yedra de Madagascar ó la periploca de Grecia. Á una elegantísima dama, que posee grandes haciendas en Andalucía, le pregunté, en cierta ocasión, si tenía el capricho de cultivar el bananero común ó plátano de América. Tan fieros ojos me puso, que temí sentir caer, sobre mi mejilla, el bofetón que no ofendió á Calomarde. «En *mis Estados*, contestó, no se conoce más que el plátano de Abisinia.» Y, á renglón seguido, mé fué citando las infinitas variedades de plantas que bajo su dirección se cultivaban: innumerables de begonias, 35 de vides, 20 de eucaliptus, 25 de rosales trepadores, 650 de otras clases, 13 de ficus, 75 de palmeras, 4 grupos de geranios, 22 especies de claveles y otras tantas de fuchsias, 66 de gardenias, ciento y tantas de jacintos, 54 de tulipanes dobles, 25 de narcisos y 40 de dahlias. En un cabito de papel, se dignaron escribírmelo aquellas manos adorables.

Pues no para aquí lo extremoso de las actuales florimanías. Cuando no teníamos más que puestos de flores, el que no las encontraba se pasaba sin ellas, ya que no pudiese ir á sorprenderlas, lejos y al natural, durante la estación de los calores. Hay prójimos ahora que, con cuatro florecillas y media docena de arbustos, os arreglan una vida de campo.

Jn quídam conozco que, no pudiendo salir de Madrid, en odo el año, suple sus excursiones veraniegas comprando ınas planchas de zinc y una docena de macetones. Estos, os coloca en su despacho, y, á la sombra del rico follaje, :elebra sus desayunos: lo cual significa almorzar en el bosque, según el tecnicismo de la Casa. Con el zinc se ingenia ına especie de estanque, que instala en el salón; echa unos :ubos de agua con pececillos de colores y algunas plantas .romáticas, todo festoneado de begonias, violetas, azaleas, ;ladiolos y el indispensable *muguet*, ó lirio de los valles. ıquello hace las horas de playa. Allí sestean, allí pescan, llí se bañan, allí hacen sus grandes comidas, á la caída de a tarde. Puro Paul de Kock. Á esto llama, el desdichado, onerse en contacto con la Naturaleza.

III

Ciérrese aquí esta florida digresión, porque ya me urge resentarles á ustedes en uno de mis salones favoritos de quella época; y era el de la Marquesa de C. D. R., señora xtremeña, viuda de uno de los rarísimos Grandes que figuaban en la hueste progresista. Tenía aquella Casa la venaja de ser campo neutral de toda clase de opiniones polícas. Cada cual llevaba las suyas á la palestra, sin enojos, i rencores: dándose allí cordialmente la mano el moderado el progresista, el devoto de Montemolín y el de la República.

Dominaba el elemento militar, por haberlo sido, y de alta raduación, el Marqués. Allí iba á menudo Prim, antes de ı viaje á Oriente, sin que las ausencias entibiaran jamás quellas consecuentes amistades. Entretanto escribía á la larquesa largas epístolas, refiriendo sus lances de guerra, ı compañía de Detenre y á las órdenes de Omer bajá, el ıstriaco de turbante. Celebrábamos mucho las cartas becosas de Prim, sembradas de ocurrencias saladísimas.

Una vez decía desde Constantinopla: «Marquesa, aquí pa
san cosas horribles: el Sultán tiene 750 mujeres; yo n
tengo ninguna: esto no puede seguir así.»

La ventaja de Constantinopla tampoco la tenía nuestr
salón; allí escaseaba la mujer y abundaban los poetas. Dos d
muy distinta celebridad eran los más asiduos: Camprodón
Ayala.

Por mucho que hayan tratado á Camprodón de com
ponedor de coplas, echándole en cara sus enormes ripios
sus catalanismos, nadie me negará que era un hombre in
geniosísimo y de los más cortados para la sociedad de Ma
drid. No calentaba muchas sillas, porque tenía la costum
bre de perorar de pie, apoyado contra la chimenea y reco
giéndose los faldones de la levita para distribuir convenien
temente sus temperaturas. En esta familiar actitud, no
refería los asuntos de sus futuras comedias ó el plan de la
zarzuelas que tenía en proyecto. Estaba entonces muy ufa
no con el triunfo obtenido por su *Dominó azul;* siendo tod
su afán hablarnos de los críticos, á quienes mordía sin pie
dad, si no le eran propicios; y, al mismo tiempo, me leí
trozos de otra zarzuela que dedicó á la Marquesa, y fué lu
go aquella tan popular de *Los Diamantes de la Corona,* cuy
paternidad atribuyeron á Almeida Garret los investigado
res de contribuciones... literarias.

No gastaba tan buen humor Adelardo Ayala, preocupad
sin duda con la aceptación de su *Hombre de Estado* y de s
Rioja. Á poseer el don de adivinación, le hubieran tranqu
lizado otros éxitos que se le preparaban como autor dram
tico; y menos sospechaba entonces los que había de obten
como hombre político. Ninguno de los concurrentes podi
representarse, en aquel joven tan callado y tan retraído, n
un futuro Orador parlamentario, ni un posible Presiden
del Congreso. Allí donde se hablaba de tantas cosas públ
cas y privadas, y se hablaba de ellas en serio y en brom
por lo alto y por lo bajo, ni una sola vez vi á Ayala tercia
en una conversación, con iniciativa ni con caudal propi
Entiéndase, por si acaso, que, ni trato de juzgar, ni de op
nerme á las corrientes de opinión que tan sólidos mérit

reconocieron en el autor del *Tanto por ciento;* porque nunca llegué á conocerle muy de cerca, y sólo tres veces, en la vida, me cupo la honra de estar con él en relaciones algo directas. La primera fué, como queda dicho, en aquella casa de la Marquesa, donde Ayala siempre se mostró tan poco comunicativo; la segunda, siendo él Ministro de Ultramar, yo diputado por Puerto Rico, y tuvimos que debatir un asunto acerca del cual nuestros respectivos criterios eran diametralmente opuestos; y la tercera, al final de sus días, llevando yo, ante la Presidencia de la Cámara popular, la voz y representación de una buena parte del Profesorado, para obtener reparación de una grande injusticia. Con su alta influencia contribuyó Ayala á que se reparara; y mucho que se lo agradecimos; pero—la verdad sea dicha—no se distinguió, en aquella ocasión, ni por la facilidad en enterarse de los asuntos, ni por su tacto político, ni mucho menos por sus dotes administrativas.

Cerrada la tumba de Ayala y abierto el período de los fallos históricos, permitidme tener una opinión mía sobre el ilustre poeta. Gran talento, hombre superior, pero de suerte. ¡Hay tanto de ello en este bribonazo de mundo! Como hay lo otro, lo contrario, lo indicado en el capítulo precedente. Poco capital con mucho rédito: poco rédito con muchos capitales. Las leyes de la geometría moral son singulares: no siempre, en ellas, el ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia. Á veces, todo depende de que las cosas caigan bien y á tiempo: un drama, un discurso, acaso un simple Manifiesto. La única especialidad de Ayala, cuando frecuentaba el salón de la Marquesa, era el don de improvisar en verso. Cataldi se quedaba corto. Dabais á Ayala un pie forzado, y salían maravillas por aquella boca. «Ande usted, le dijeron una noche varias damas: *Ya no me quiere Adelardo;*» y acto continuo, sin vacilar, sin discurrir ni un segundo, soltó una carretilla de versos tan bellos y tan ingeniosos, que la sala entera se venía abajo con los aplausos.

Excuso decir lo que bullirían en la tertulia los muchachos; y esto que ni se musiqueaba, ni se bailaba. Palique

todo. *On parlera,* hubieran podido decir las esquelas; como ya se pretendió ponerlo de moda, aunque sin éxito, en algunas casas elegantes. Por una casualidad bien extraña, la nota liberal prevalecía entre los viejos, y la retrógrada en la mayoría de los jóvenes. Uno había, cortesano, tan reaccionario, tan atrozmente reaccionario, que no lo disimulaba en cuantas ocasiones se ofrecían; y ponía de verde á la Montijo, porque, en sus bailes del año anterior, había admitido á un actor muy conocido y simpático.—«Si esto es progreso, decía, que me lo claven en la frente: por no ver progresos tales, suprimiría los ferrocarriles y hasta, hasta las cañerías de gas.»—Otras veces la emprendía con los médicos, porque en las recepciones del Palacio de los Reyes, tenía entrada un eminente galeno. También se daba por muy sentido de este caso, aun haciéndole observar que el sabio doctor lucía la banda de Carlos III, circunstancia que había de ser de tanta estima á los ojos de un palaciego.—«Aunque me lo dé usted envuelto en cien varas de cinta,»—contestaba con su gracia andaluza. Picados hasta lo vivo los de sentido democrático, vanamente le recordábamos el *honora medicum* de la Escritura, la nunca disputada nobleza de la Ciencia de curar, y la consideración que rodea á los médicos en algunas cortes extranjeras; y á tal punto, de ser ellos los más íntimos amigos y los comensales más mimados de los Soberanos. Era predicar en desierto; hasta que un dia, perdidos ya los estribos, me encaré con él y le dije con algún enfado: «Usted no transige con los médicos: cuidado que algún día no tenga usted que transigir hasta con los barberos.» Y le recité una larga letanía de barberos celebérrimos. Barbero, William Winstanley, celebrado autor de las *Vidas de Poetas ingleses;* barbero, Farr, que introdujo el café en la Gran Bretaña; barbero, John Taylor, que, desde una tienda de afeitar, pasó á ser lumbrera de la cátedra sagrada, en San Pablo de Londres; barbero, *sir* Ricardo Arkwright; barbero, Belzoni, el gran explorador; barbero, Sugden, que llegó á lord Canciller; barbero, *lord* Tenterden. Y ahora pondría también en lista á Bizet, el ilustre autor de *Carmen* y de los *Pescadores de perlas.*

Para que aún más se maraville el lector, añadiré que aquel joven rancio se convirtió al liberalismo pocos años antes de su muerte, ocurrida hace un par de años; y de tal manera se convirtió, que raras veces, de viejos, discrepábamos los dos en ciertas apreciaciones. Por donde se dará á entender cuán sin razón se sostiene la idea de que la vejez enfría las cabezas.

No sé si, entre aquellos chicos de la calle del Barco, había muchos hombres de carrera, pero todos lo eran de carreras. Ellos nos traían frescas las noticias de las que se efectuaban en la Casa de Campo y en Aranjuez, donde se disputaban premios y costaladas los jockeys de Alcañices, San Carlos (es decir, Riánsares), Bedmar, Salamanca y el Vizconde de Irueste, hoy Villamejor, y siempre mi buen amigo Ignacio Figueroa. Todo *sportman* digno de respeto, acudía allí con un caballo de precio, guiaba un poney-chaise en el Prado, trataba con intimidad á Cúchares y al Chiclanero, tomaba papeletas, en los salones de Fomento, para las rifas de beneficencia, concurría á los asaltos de Carbonel en la calle del Lobo; y, los días de grandes hielos, corría patines en el estanque del Retiro, compitiendo con algunas damas, para quienes Schropp hacía traer unas preciosas sillas alemanas. No recuerdo, entre aquellos mancebitos, más que un ente afeminado, un señor de Du..., figuroncillo de talma, hecho de ámbar y alfeñique, eterno suspirante de duquesas, que se lavaba con crema de vinagre, se aplicaba á las sienes el agua sedativa contra las jaquecas, puestas en moda cuando aún no habían nacido los nervios, devoraba los folletines de León Gozlan, ponía á Fernán Caballero por encima de Víctor Hugo, y declaraba insigne impiedad la lectura de la *Choza de Tom*, que Ayguals de Izco estaba traduciendo.

Dos ó tres veces vi, en casa de la Marquesa, al duque de Parma, Carlos III, Infante de España, padre del actual Duque *in partibus* y de la que fué primera esposa del llamado duque de Madrid. Estaba entonces el de Parma accidentalmente entre nosotros, para arreglar algunos asuntos, que supongo serían de maravedises, por razón de su Infantaz-

go. Joven, airosillo, de fino bigote y patillita austriaca, delgado, de baja estatura, y siempre tan crujiente y tan perfilado á la moda de aquellos tiempos: con su gabán de *masscloth* al brazo, pantalón claro de mezclilla, sombrero alto, acampanado y de ala muy estrecha, levita abrochada, larguísima de talle y cortita de faldones, grandes foques, y chalina con menudo alfiler, representando una mano *facendo i corni,* de aquellas de coral que venden en la Chiaja los napolitanos. Pasaba por hombre de escasa seriedad, asegurando la gente que tenía entregadas las riendas de sus Estados á una especie de Mayordomo inglés no muy sobrado de fama. Expresábase el Duque muy bien en su italiano y su alemán, medianamente en francés, y bastante mal en castellano. Correcto en el salón, no era tan mirado en otros sitios, ni aun en el Prado, donde algunas tardes me lo encontraba vestido con escaso aliño y cogido del brazo de su Ayudante el conde Baccinetti. Cito estos pormenores, para que mejor se comprenda la impresión que me produjo la noticia de la muerte del Duque á los pocos meses de aquellas fechas. El 26 de Marzo de 1854, el desdichado caía mortalmente herido en una de las calles de su Capital, asesinado por el zapatero Antonio Carra, que le atravesó el pecho con su lezna. Para dar color á la muerte, no faltó quien dijo si habían tenido participación en el crimen los delegados de la Joven Italia. Nunca se llegó á averiguar: lo que hubo fué que, cuando el asesino, escapado como por milagro, volvió á Parma, después del *Risorgimento,* para recoger el premio de su triste hazaña, los de la Joven Italia renegaron de él y le abandonaron. Antonio Carra murió miserablemente, hace pocos años, en un hospital de Filadelfia.

IV

Volviendo á cosas más alegres, y pues estamos en el capítulo de salones, no parecerán fuera de propósito algunas palabras sobre decorados y mobiliario, comparando pasados con presentes. Aquí la revolución ha sido completa, empezando por las paredes.

Creo que nunca se habrán visto tan desnudas como á mediados de este siglo, aun en las casas mejor acomodadas; descartando, por supuesto, los Palacios y otras moradas suntuosas, que siempre pagaron tributo á los lujos murales· De éstos se gastaban poquísimos en Madrid hace cuarenta años, porque los Reyes, los magnates y aun el tan ponderado Salamanca, distaban mucho de identificarse con el gusto de aquellas edades en que nuestros abuelos cubrían las paredes con ricas y tupidas telas, cuando no las enriquecían con frescos de mano maestra, con soberbios tapices flamencos ó florentinos, ó prodigando los lienzos de afamados pintores. El papel, el maldito papel pintado, había hecho grandes estragos. Un siglo antes nos lo traía la China, por conducto de Inglaterra, con abigarradas mezclas de trajes orientales, paisajes inverosímiles, árboles fantásticos y otros caprichosos motivos, sin ningún género de perspectiva. Luego lo fuimos acomodando á la europea, haciendo dominar, en nuestros papeles pintados, las hojas y las flores multicolores ó unicolores, por lo común azules ó rojas, y casi siempre sobre fondos grises de una monotonía insoportable. Más tarde vinieron las bandas de tonos calientes, los frisos ornamentados, las medias cañitas doradas; y éstas eran verdaderas novedades cuando empezó á darme por esta clase de observaciones.

Si los que desaparecieron entonces de la tierra, volvieran á pisarla, no conocerían de seguro el interior de sus propias casas. No comprenderían cómo aquel papel, que, de

intento, llamé maldito, ha venido á ser, después, una bendición de Dios para las clases medias y para una buena parte de las ricas. Si es pared, no acertarían cómo, por medio de hojas de papel, se ha conseguido animarla, rivalizando casi con la paleta; si techo, todavía se explicarían menos el partido que el papelista ha sabido sacar de aquel campo, más libre porque no tiene, como la pared, soluciones de continuidad que interrumpan el ritmo del dibujo. Decidme qué clase de ideal ha dejado de realizar, de diez ó doce años á esta parte, el papel pintado; qué efecto le ha sido extraño; qué dorado en frío ó al fuego, qué adamascado, qué barnizado, qué adamasquinado, qué brillo ó reflejo metálico, qué barniz, qué estampación en negro, en color, en oro ó en plata. No hay género que el papelista no imite, ni estilo á que no se atreva, ni pensamiento que desconozca. Le es indiferente la elección de material: sean maderas ó mármoles, metales ó textiles, productos vegetales ó productos cerámicos. Él os trata la historia, el género, el paisaje; él os familiariza con el estilo pompeyano, con el gótico, con el árabe, con el japonés, con el chino; él os maneja lo óptico y lo plástico, lo geométrico y lo de ornato, el artículo industrial y el objeto de Arte, la estatua y el bajo relieve, la cretona y el brocado, el cuero y el tapiz antiguo, el plano del Ingeniero y la creación pictórea.

¡Si casi da vergüenza acordarse de lo que eran, cuando vine á Madrid, nuestros escaparates de adornistas en la calle de Alcalá, en la de Carretas ó en la del Príncipe! ¿Quién dijera que, detrás de aquellos monótonos dibujos, había un sin fin de revelaciones artísticas? Preguntádselo ahora á las eminencias en industria papelista: á los grabadores especialistas Buss y Will, de Manheim: á la fábrica austriaca de Spœrlin y Rahn: á la de Becker en Nudhausen; á la de Jost en Francfort: á Joffrey, á Cooke, á Cooper, en Londres: á Hinscliffe en Chelsea, á Potter en Selgrave, á Mill en el Lancashire. Sin olvidar los franceses, y sobre todo las imitaciones belgas de cuero repujado y dorado, con barnices de colores.

Lo que con las paredes, sucedía con los muebles. No

había, en ellos, más que dos ó tres estilos incompletos: puro ninguno. Hasta las proximidades de 1840, habían ido arrastrándose los restos de aquel greco-romano que trajeron los franceses del primer Imperio. Después entró el titulado Renacimiento moderno, con pretensiones y motivos ornamentales del gusto más deplorable. Los materiales de ebanistería, reducidos al doradillo, al nogal, á la caoba y al palosanto: escaso el trabajo de talla: casi desconocidos el Boule y el palo de rosa: el mosaico de maderas finas tan ignorado en Madrid, que pasó por una maravilla, en Palacio, un mueble de aquella clase construído en Barcelona y presentado en los escaparates de la primera Exposición inglesa. Los muelles habían sustituído al mullido de crin en sillas, butacas y sofás; pero, en general, á excepción de Madrid y de alguna Capital de provincia, no se tenía idea de la meridiana, ni de la mecedora, ni de la rejilla austriaca. Lunas de espejo, las había magníficas en casas muy principales: en otras, más que decentes, los grandes espejos de salón estaban cortados por la mitad, no conociéndose ó no habiéndose generalizado los nuevos procedimientos para hacerlos de todos tamaños. Camas, ó de palosanto y en forma de canapé, ó más comúnmente las inglesas, maqueadas ó doradas. En telas de tapizar, el reps, el terciopelo de Utrecht, la seda común y, en muy contados casos, los brocateles de subido color y más subidos precios. Alfombras finas, las moquetas y terciopelos: las *altas lanas* no las fabricaba el país, y si venían de fuera, era en cantidad muy escasa. Colgaduras, de dos ó tres modelos á lo sumo; y, sin gran variedad, la forma de las cortinas, galerías, guardamalletas, abrazaderas y alzapaños. Mas lo que había que ver eran los almacenes de muebles; todo revuelto, en un lío, y sin *presentar* la mercancía, como se dice en términos de comercio. No había más excepciones que algún lujoso establecimiento de la calle de Alcalá, y otro, que yo recuerde, en la de Espoz y Mina.

¿Cabe siquiera comparación con lo de ahora? ¿Hay alguna materia laborable que se sustraiga, en la actualidad, á las hábiles manos del mueblista? ¿existe un solo rincón del Arte

que se oculte á sus miradas? ¿Quién, sino el mueblista, ha llevado, á lo doméstico, los prodigios de la talla, antes casi monopolizada por el Arte religioso? ¿Qué diría Brunelleschi si viera ahora tan magistralmente aplicada su *Intarsia* á una mesa de comedor ó á una silla de antesala; y, desde el más sencillo adorno lineal, hasta el complicado ramo de flores ó la más acabada reproducción de la figura humana? ¡Cómo palpita, en manos de los ebanistas, aquel otro preciosísimo arte de la incrustación, que dió tanto renombre á los promovedores del Renacimiento italiano! Hace veinte años os hubiera dicho: id al Museo de Kensington para verlo; hoy acaso os baste recorrer las habitaciones del más común de los hoteles. ¿Qué clase de suntuosidad de Palacio antiguo no se reproduce ahora en miniatura? ¿Dónde no véis prodigados los mosaicos de los pavimentos, los techos artesonados, las pinturas en los cielos rasos, las camas de estilos monumentales, las más prolijas labores y los modelos artísticos, en mesas, sillerías, aparadores, librerías, entredoses, armarios, vitrinas, biombos, ya que no en un simple perchero, en un caballete, en un escaño?

No sé por qué hablé de estilos monumentales. ¡Si ya no hay estilo ajeno á la industria del mobiliario! Tentaos el bolsillo para pagar; pero antes tentaos el magín para discutir con el tapicero. Ni en una cátedra de Arquitectura ó de Artes decorativas. Os convencerán de que, para piezas de confianza, no hay como el estilo gótico inglés; para aparadores, armarios y entredoses, el Enrique II ó el Luis XII; para antesalas y comedores, el *moyen âge*; para despacho, las severidades del neo-griego ó del ruso; para galerías, las prolijidades del árabe; para salones, las magnificencias de los Renacimientos, incluso el pesadísimo alemán; para sillerías, todos. Correos un poco en prometer, y os llevarán adonde no llegaban los Príncipes de otros tiempos; recetándoos, á todo pasto, los muebles de ébano y marfil de las escuelas florentinas y milanesas, las placas esmaltadas del estilo Luis XIII ó el rococo, ó el puro Pompadour con sus graciosas combas, sus idilios Watteau, sus policromos y fondos de oro mate.

Esto, por lo que se refiere al mueblaje en general: ¿qué me decís de los chirimbolos? Un salón compuesto á lo 53, pasaría ahora por desalquilado. Con cuatro retratos de familia y media docena de grabados, os completaban el mejor recibo. Todo simétricamente colocado; divanes y sillones presidiendo los estrados; las sillas, en correcta formación; mesa de centro; la indispensable araña; tal vez algún objeto de plata, de porcelana ó de bronce, dejados allí como al descuido. Los cursis aprovechaban la ocasión de lucir el servicio de Sèvres, ó de *vermeil*, comprados ó regalados. De rigor, el unísono; no se admitían contrastes de color, ni en los muebles, ni en el tapizado.

Sinteticemos el cambio de hoy en esta frase ya vulgar; cada casa es un museo. Crearse un interior significaba ayer formarse una familia: crearse un interior significa hoy rodearse de chucherías. Cosas atesora, en sus salones, un mediano capitalista, que hubieran sido, hace un siglo, objeto de admiración en el Museo de Dresde, en la Casa del Labrador, en Windsor, en Schoenbrunn ó en los Trianones. Al mareo de los saludos y al mareo de la conversación, añadid ahora, en sociedad, el mareo de las *preciosidades*. Acaso más que las estatuas de carne, os interesarán las de mármol ó las de bronce; y más que la naturaleza viva, la naturaleza muerta é idealizada en la loza, en la mayólica, en el cuadrito, en la *étagère*, en el abanico, en la figurilla, en el tíbor japonés ó en los carteles de Sajonia. Sólo una cosa os recomiendo, y es que os sepáis gobernar por los nuevos laberintos. En tiempo de las desnudeces, andábais á paso franco por salones y gabinetes; hoy los atestan de tal manera, que allí el simple movimiento es ya un gravísimo problema; pues, por poco que os desviéis de las vereditas admitidas, corréis peligro de daros de narices con lo *calípigo* de alguna Venus, sin perjuicio de incurrir en el alto desagrado de la señora de la Casa, como culpables de *iconoclastia*.

V

Quítenseme de delante modistas y sastres si me vienen con la pretensión de haber adelantado tanto como los mueblistas. Ni en nada han adelantado: advirtiendo que me refiero, no á los caprichos de la moda, sino á la conciencia en la labor y á la corrección en el corte.

¿Quién ha aventajado á Utrilla en el arte de cortar un frac, en pantalones á Borrell, en chalecos á Fernández? Ni la casa de Richard, ni la de Dusautoy os visten ahora mejor, en París, de lo que os vestían entonces. ¿Quién os dará, en Madrid, un uniforme militar mejor cortado que los del viejo Saltarelli, ó uno civil más acabado que los de Iturriaga ó Pascual, ni quién os bordará un peto, unas bocamangas ó unas carteras de Mayordomo de semana, Embajador ó Ministro, con más primor que el antiguo Matallana? Muchas que presumen de buen pie, están todavía esperando un zapatero que haya superado al Burgalés, al Leonés ó á Reynaldo. Camisas como las de Clement ó Pedroso no las he tenido mejor cortadas ni más concluídas; y esto, cuando no las usábamos solo de plastón, sino con mucha complicación de pecheras tableadas ó abullonadas. Si no os satisfacían Dubost, Laffin ó Jourdan, los mejores guanteros *de Europa*, teníais el recurso de Millot, quien, por 12 ó 14 reales, os daba guante fino, cuando aún no los usábamos de coachman; y por 16, facilitaba á la señora otros muy presentables, en clase de blancos y largos para baile. En sombreros, Guevara, que con tanto lustre se ha seguido sosteniendo; y tenía ya la especialidad de disminuir progresivamente el peso de las chisteras, no diré hasta bajar á los 35 gramos que parece ser hoy el mínimum reglamentario, pero sí apartándose de aquellos ciento y tantos á que descaradamente se había ido elevando la *pesadumbre* de las antiguas torres. Usábanse mucho los sombreros altos de castor, á 140 reales primera

calidad y á 100 la segunda. Poquísimos hongos, que dejábamos para las mañanas; y á ello se resignaba entonces el infeliz honguete, esperando sin duda aquel alevoso pronunciamiento que estalló años después, y tan sin fruto, contra el sombrero de copa, y que hizo decir á Ventura de la Vega:

> **Yo no defiendo ni censuro el hongo;**
> **Si todos se lo ponen, me lo pongo.**

Las damas que no se vestían *con* la Honorina, encargaban sus capotas, en París, á la Odde, los corsés á Mad. Hyppolyte, los abrigos á Saint Amand, y los vestidos á la Natalia, á la Palmyra, á la Vignon ó á otra de las modistas más ó menos favoritas de la Emperatriz. No se había extendido la indecorosa moda de los sastres de señoras: si alguna modista tenía hombres á su servicio, era únicamente para inventar figurines ó para llevar la contabilidad de la Casa.

Estaba la moda atravesando una tremenda crisis: de un lado, el segundo Imperio parecía inclinarse á los caprichos estéticos del primero, con sus talles cortos, falda ceñida á la cadera, fajas, indicación de farolillos y longitudes varias en la cola de los vestidos. Mas, por otro lado, la gente distinguida había cobrado singular afición á las amplitudes; y, de buena gana, se hubiera entregado á un pleno Luis XV, á no ser por los tres altos del peinado, los paniers, los pabellones y la vistosidad del talón rojo.

En tal conflicto, mediaron tácitas transacciones, prevaleciendo, por fin, una especie de sentido Pompadour, con los cuerpos largos, los volantes y las ilusiones de la crinolina. Resultado de todo ello un desdichado conjunto; mas ¿cómo emediarlo? Había entonces, en la Europa elegante, tres uenas mozas ante cuyos prestigios se inclinaban todas las rentes; y eran la Emperatriz Eugenia, la Reina de Grecia la Gran duquesa Olga. Desde el momento en que una noda les sentase bien, el fallo debía ser definitivo. ¿Cómo o lo habían de creer así las mujeres más guapas? Por esto eíais aquellas lindas cabezas aprisionadas entre horribles ocas, lisas, rizadas, ó en ondas, ó con tres trenzas á cada

lado de la cara; á lo cual solían añadir, para baile, dos gruesos bucles caídos sobre el escote, y á veces, aunque no era muy común, con empolvado de oro ó de plata.

No eran menos horribles las capotas, ó muy echadas á la cara, ó encanalladas hacia atrás y siempre con bavolet. No se admitían, en los sombreros de señora, otros adornos que las flores y las plumas; ni otro material que el terciopelo ó el raso, el tafetán, la blonda ó el crespón, la paja ó la crin: todo según las estaciones.

En joyas, dominaban los brillantes. Pocas perlas: mucho rubí y mucha esmeralda: pendientes redondos: había broches y brazaletes de oro cincelado, con artísticas labores en cabello, obra del hábil Lemmonnier. Los topacios, hoy tan olvidados, eran de gran aceptación entonces, hasta entre los hombres: un Coburgo se presentó, en las Tullerías, luciendo, en granos de topacio, los canelones de sus charreteras.

Menudeaban los fichús y las *écharpes* de vaporosas telas. Hacía buen efecto, en los salones, una *écharpe* de tul liada sobre el escote, y dejada flotar, en unas vueltas de vals, á merced de los vientos. Recuerdo que, en cierto baile del Palacio de Tepa, donde vivía un opulento americano, á una de nuestras más encantadoras condesas se la enredó su *écharpe* entre las placas del Ministro de Sajonia, quien tuvo la habilidad de desprenderla, sin correrse ni un hilo. Hubo su sonrisita de gracias. *Rien de déchiré que le cœur,* dijo el galante diplomático.

Pero, en el género ganso, ya bastante indicado en capotas y peinados, nada podía compararse, en aquella época, con los abrigos de señora. ¡Qué talmas, qué manteletas, qué capuchones, qué salidas de baile cargadas de hilillo de oro! Las mujeres de buen bolsillo y mejor instinto se desquitaban con las *pélisses*, guarnecidas de armiño, si eran de terciopelo azul, de marta zibelina sobre verde, ó de marta del Canadá si en negro. La palma la llevaban, hacía más de veinte años, los pañuelos de capucha ó chales de ocho puntas, cuyo precio, en buenas calidades, variaba desde 1.200 á 20.000 reales. Un chal de cachemira era de rigor en toda canastilla de boda.

Las grandes compras de artículos de vestir se hacían aquí en la famosa tienda de Ginés; y las de París en las *Villes de France*, rue Vivienne, donde á veces se apeaba la Emperatriz para hacer algunos encarguitos. Allí los *Trois Quartiers* anunciaban las futuras democratizaciones del *Louvre*, del *Bon Marché* y del *Printemps*. Telas variadas; desde el eterno percalicio hasta los ricos tisús, el raso Victoria, el gros de Tours, el paño imperial, damascos, terciopelos. El *moiré antique* iba sacando la cabeza.

Nota benè: las telas no se exponían únicamente en los aparadores de las tiendas, sino también en los carruajes, por la costumbre que tenían las señoras de ahuecarse, con la mano, los vestidos, sacando, fuera del coche y en forma de cascada, una gran parte de la faldamenta. Favorecían mucho esta maniobra las carretelas, que se usaban muy escotadas; al revés de los landaus, todavía poco conocidos, y tan altos de costados que no os dejaban al descubierto más que la cabeza. El primero que vi fué el del hermano de Saldaña, Azinhaga, que, cuando iba en el landau, parecía metido en un baño. Empezaban á correr las sociables con nombre de americanas. Algún milord de doble suspensión para la gente amiga de vistosidades. Pocos *clarens*: los llamaban berlinas inglesas y ordinariamente se forraban de blanco. Estaban muy de moda los troncos anglo-normandos que, ó pedíais al extranjero, ó encontrabais en el depósito de la calle de San Miguel, con otro muy notable de caballos del país en la de Capellanes. Los que deseaban un buen carruaje lo compraban en Londres ó en París, y más comúnmente lo pedían á la casa de Jones, frères, de Bruselas. No era raro introducir en España coches de contrabando, al amparo de las embajadas.

Otros personajes más modestos acudían al taller de Justo Montoya, en la calle de Atocha. Y os hubiera aconsejado preferir esto á los servicios de abono, que eran deplorables, y ciertamente no muy baratos para aquellos tiempos. Cualquiera de los cinco ó seis alquiladores de Madrid os llevaba de 2.800 á 3.000 reales mensuales por abono completo, y 100 por servicio suelto. Es decir, los precios de aho-

ra, sin los perfiles que se han introducido en el servicio.

Y pues, caro ó barato, tenemos tan á mano el coche, tomemos uno para recorrer los teatros, complemento necesario de aquella gustosa vida.

1852-1854.

SECCIÓN UNDÉCIMA

Un Parnasillo.—Los indiscutibles.—Con Platón ó con el Presupuesto.—En todos los escaparates.—Ni días de moda ni funciones por piezas —Los abonados de mis tiempos.—Cuestiones trágico-filosóficas.—Preceptistas: á reñir con Hegel.—Orígenes y enlaces de la Tragedia griega.—De Tespis á Sófocles: de Sófocles á Eurípides.—¿Divinizar ó humanizar?—Los trágicos en *us*.—Salsas escénicas del Pueblo-Rey.—Dos acometidas del clasicismo en España.—Guillén de Castro, primer respondón.—La acometida francesa.—¿Por qué Corneille y no Racine?—La filiación de lo trágico.—Cielo, tierra, purgatorio ó infierno.—Aquellas temporadas del Real.

I

Entre grandes y chicos, no pasarían de docena y media los que entonces escribían para el Teatro. Pocos había indiscutibles: éstos, mimados siempre, siempre festejados, con abono perpetuo al incienso y á los laureles. ¿Quién se había de atrever con Tula Avellaneda, ni con Tomás Rubí, ni con Gutiérrez y Hartzenbusch, los veteranos, ni con los *principiantes* Ayala, Tamayo y Luis Eguílaz? Alrededor de ellos, la masa trabajaba con valentía y envidiable fe; porque sus éxitos solían ser muy disputados: Romero Larrañaga, Díaz, Suárez Bravo, Ariza, Ausset, los Asquerinos, Estrella, Cazurro, Montemar, Gálvez, Copigni.

España hacía, con sus poetas, enteramente lo contrario que Platón. No los mandábamos á la frontera, coronados de rosas: nosotros, con rosas ó sin ellas, los dedicábamos á despachar expedientes. Rebosaban de poetas las oficinas del Estado: solamente en Gobernación, colocó Egaña no sé cuántos. Decían las gentes que era manía de los moderados; y no fué verdad, porque lo mismo hicieron después los progresistas, con el aditamento de que éstos tuvieron la dicha de crear la especialidad del poeta *financiero*. Del gran García Gutiérrez supieron hacer, en Londres, un Comisario de la Deuda.

Esta invasión de las Musas, en la Administración, suelen atribuirla los inteligentes á la penuria del oficio. El poeta *nascitur;* pero generalmente no tiene una peseta. Dispénsenme los señorones de la clase, los d'Alfieri, los Byron, los Angel Saavedra y otros rarísimos. Por esto digo «generalmente;» porque la penuria es achaque común entre industriales de lujo. Antes se remediaba este mal con pensiones de Reyes y Magnates á los Inspirados. Hoy les abrimos el Presupuesto. Si, de puro desfallecidos, se les caen de las manos la pluma ó el pincel, es natural que el Estado se baje humildemente á recogérselo. ¿No es á ellos, los sacerdotes del Arte, á quienes debemos la inmortalidad, según la galante frase de Carlos V al Ticiano?

Eran los ídolos de la escena Julián con su Matilde, Arjona, la Teodora, los Ossorios y la simpática Rodríguez. Tuve la suerte de ver á Julián y á la Teodora estrenando los papeles más lucidos de su carrera: á Romea, en *Sullivan*, y á Teodora Lamadrid, en *Adriana*. No recuerdo dos éxitos teatrales ni más ruidosos, ni más populares, ni más justificados. Durante un par de años, no se vieron en los escaparates más que retratos de ambos actores, con los trajes de sus personajes respectivos.

Los teatros siempre concurridísimos, sin la nota aristocrática del día de moda, ni la atrozmente *canaille* de las funciones por piezas. Concurridísimos y bien compuestos; porque, en los palcos y butacas del Príncipe, veíais la misma flor y nata de la sociedad madrileña que en el Real; en pal-

cos, María Buschental, la de Alba, la de Villagarcía, la de Vilches, con Salamanca, Carriquiri, el conde de Cuba, Casa Irujo, Gregorio Mollinedo; y, en butacas, Eugenio Ochoa, el *inmortal* Barrutia, el imprescindible Marraci, Villandrando, Santiago Rotalde, Santamarca, Sanafé, Vistahermosa, Paco Gaviria, Manolo Romano y aquel desdichado Jaime Ortega que tan tristemente había de terminar una lucida carrera.

No sé si contribuiría algo á facilitar la concurrencia lo módico de los precios; que en eso del gasto *manso*, para diario y diversiones, suelen ser muy prudentes hasta los más abiertos de mano. Cuando hoy, para una centésima representación, en noche de moda, tenéis que soltar 40 ó 50 reales por butaca, entonces, con un repe torio nuevo, variadísimo y con actores irreemplazables, pagabais, en el Príncipe, 60 reales por un palco, con cinco entradas; y el abono al teatro de la Cruz os costaba 200, en palco de primera clase. Las butacas, en los teatros de verso, bajaban hasta 10 reales y no excedían de 14. Este era el precio ordinario de la Zarzuela, cuando lo era de veras, en los tiempos de Allú, González, Salas y del incomparable Caltañazor; cuando había *divetas* tan buenas como las mejores de la Opera Cómica de París; cuando escribían, para aquel teatro, los poetas más ilustres; y los maestros se llamaban Barbieri, Gaztambide, Oudrid y Emilio Arrieta.

En el Instituto de la calle de las Urosas, los franceses lucían la niña Montaland, que fué después la famosa Celina de los tiempos del Imperio. A los diez años, la Montalancita hacía toda clase de primores: cantaba, bailaba y declamaba con inimitable gracejo. Alguien hablaba de una futura Mlle. Mars, ó de una Dejazet y hasta de una nueva Rachel. No respondió á tanta fama el porvenir; porque, cuando la niña creció y se creció, nunca pasó de ser una excelente medianía. Mejor olfato tuvo Alfredo de Musset con la Rachel, cuando, viéndola empezar de diez y siete años, la adivinó trágica consumada.

Los estrenos de aquellos años fueron de los que dejan huella. ¿De qué memoria se habrán borrado *El Hombre de Estado*, de Ayala, *Verdades amargas*, *Alarcón* y *Las prohibi-*

ciones, de Eguílaz? Tamayo, en sus primeros ardores, picó mucho más alto, dándonos, con su *Virginia*, una muestra de la Tragedia clásica.

II

La tentativa de Tamayo fué muy comentada. Desenterrar la Tragedia; ¿para qué? ¿Tiene el género trágico un ideal absoluto é igualmente adaptable á todos los tiempos y á todas las formas de cultura? Lo que llaman Tragedia moderna, ¿fué mera imitación, ó mejor una derivación lógica de la Tragedia antigua, con las mejoras consiguientes? ¿Hay, en realidad, diferencias esenciales entre el Drama histórico ó el romántico y la Tragedia clásica? Si hoy nos basta el Drama ¿nos hace falta la Tragedia? ¿Por qué razón el Drama no ha de ser una última evolución de la Tragedia, con mejor sentido de la realidad, con espíritu moderno, y en condiciones más ajustadas á la época presente, á nuestra sociedad y á la índole de nuestros actores? Tal era, y tan desatado, el diluvio de preguntas que se cruzaban, entre críticos y dramaturgos, á propósito de la representación de *Virginia.*

Tantos vuelos fué tomando la polémica en mi Círculo, y tales atrevimientos se permitieron los clasicistas, que, en ciertos momentos, me creía transportado á los tiempos de González de Salas, López Pinciano, Suárez de Figueroa y Cascales, ó á aquellos más recientes de Luzán, Nasarre, Velázquez (D. José) y Montiano, esforzados campeones de la Tragedia griega y perpetradores de obrillas, con pretensiones de imitarla.

Vanamente os empeñábais en sacar de sus trece á los noveles preceptistas de nuestra mitad de siglo. Vivían, como sus abuelos, en una perpetua adoración de Aristóteles y de Boileau, tomando por dogma sus Poéticas y aforismos. No acertaban á ver que Aristóteles y Boileau habían trazado sus ideales *à posteriori*, sobre los tipos de la Tragedia antigua.

Imaginaban que aquellos ideales eran Tablas de la Ley entregadas, en distintos plazos, á un Moisés del siglo de Alejandro y á otro Moisés del de Luis XIV: ambos indiscutibles, soberanos, con patente de Sinaí, inscritos, en el registro literario, como propietarios de una Estética pura, sin posibles retoques ni enmiendas, ni siquiera humildes reparos, so pena de excomunión *latæ sententiæ.*

Dije tipos griegos, y dije mal, debiendo haber dicho tipo, así, en singular. El preceptismo es feroz partidario del patrón único: delira por la uniformidad, como todas las dictaduras. ¿Habláis de Tragedia? Traedme acá el molde. De personajes, los Dioses, los Héroes, los Príncipes y Magnates. Asuntos, los ruidosos, como en la epopeya—*res gestæ regumque, ducumque, et tristia bella.*—Resortes, los choques y rebotes entre la libertad, la voluntad y el fatalismo. Y no olvidar las consabidas unidades, complemento natural de la receta.

Sentido moral de una tragedia: siempre el mismo, según el canon de los infalibles. Siempre una tragedia había de inspiraros el terror y la compasión, las dos cosas á un tiempo, precisamente las dos: ni el *phóbos* sin el *éleos*, ni el *éleos* sin el *phóbos.* Si erais dignos de entender una tragedia de corte clásico, forzosa é irremisiblemente habíais de salir de la representación, enamorados de la virtud, asustados de sus peligros, deshechos en llanto por la suerte de las víctimas, y con una piedra en cada mano, para tirarlas á la cabeza de aquellos perseguidores desalmados.

Hegel, cuya lectura *intenté* en aquella ocasión, me decía otra cosa. Decía que el fondo de la Tragedia antigua no descansa en el *fatum,* como generalmente se supone, sino en la manifestación de aquellas ideas ó principios eternos que sirven de base á la vida humana y á la sociedad.

En el primer momento, parecióme el concepto de Hegel algo abstruso, como todo lo que suele elaborarse en aquellas endiabladas brumas alemanas. Mas, á fuerza de darle vueltas, vine á caer en la cuenta de que el busilis estaba en la palabra *eternos.* ¿Qué quiere decir Hegel? Que la Tragedia clásica nunca conoció ni fines ni móviles concretos; que

tuvo una base más extensa; y fué utilizar la forma dramática, para poner en juego toda clase de resortes humanos: los sentimientos, la pasión, con sus conjunciones y sus luchas. Poner en juego significa aquí poner en marcha; porque, en realidad, el Teatro griego es un desenvolvimiento, un *processus*, una historia en la cual los móviles, los fines morales, y hasta la estructura, van cambiando sucesivamente y según la ley de los tiempos.

Me parece que ya empezamos á alejarnos del decantado tipo único, del arquetipo aristotélico.

¿Cómo empieza la Tragedia griega? Incorporándose al culto; con el ditirambo entonado alrededor del Ara, en las fiestas de Baco. En el ditirambo está el embrión de la Tragedia. Á medida que el embrión se desarrolla, se va despojando de la envoltura primitiva; y el elemento religioso es reemplazado por el elemento lírico, representado en el coro. Más tarde viene otro elemento á combinarse con el lírico: es la acción, el *drama*, el elemento dramático; con el monólogo, con el diálogo, que alternan con el coro. Todas estas transformaciones se realizan en sólo setenta años; desde Tespis á Sófocles.

¿Son transformaciones puramente externas y solamente en la estructura? No, por cierto: desde la introducción del elemento dramático, la Tragedia cambia totalmente de sentido: toma uno más terrestre, más humano, más social, más relacionado con la vida. Acercándose á la Humanidad, se identifica más con el Pueblo; y empieza á tomar aquel carácter *nacional* que despunta en Esquilo, y se acentúa vigorosamente en Sófocles.

Pero, de este movimiento trascendental, el verdadero intérprete es Eurípides. Para mí, era Eurípides el primer revolucionario de la Tragedia. Encontrándose ya con una escena trágica más en contacto con la naturaleza y el hombre, introdujo en ella tres nuevos factores á cual más importante: la filosofía, la política y la actualidad. La política y la actualidad le sirvieron para dar más interés y mayores relieves á su escenario: con la filosofía, con la que estaba de moda, logró herir las fibras más delicadas de sus contem-

poráneos, y penetrar, más á fondo, en los móviles de las acciones humanas. Por la filosofía, cayó la escena trágica en pleno radicalismo, con la suerte y las contingencias de todo lo radical: iras de los viejos, saetazos de los Aristófanes, y frenético entusiasmo de la juventud, que *sentía* en Eurípides el poeta de las emociones profundas, y en él admiraba al cantor maravilloso, lírico, épico, apotegmático: al intérprete de una humanidad corpórea, visible, tangible, y á mil leguas de las antiguas fantasías olímpicas.

Si, dentro del carácter general de la Tragedia griega, la historia no encuentra la uniformidad preceptista, menos todavía la encontrará en los argumentos y en los personajes. Sostienen los modernos críticos alemanes que los trágicos griegos ponen en acción al hombre *sin individualizarle;* porque raras veces presentan una personalidad bien definida, y sí, por el contrario, tipos simbólicos y colectivos: Prometeo y Agamenón, en Esquilo: Reyes, Ancianos, Hermanos ó Padres, en Sófocles. Tanto mejor para lo que acabo de sostener; porque esta nota de uniformidad no contradice mis opiniones. No sólo no las contradice, sino que las confirma. Las variaciones á que me he referido, las gradaciones, los cambios de fisonomía trágica, están cabalmente dentro de aquellos mismos tipos colectivos. Conforme se agranda, en Grecia, el ciclo dramatúrgico, la personalidad del héroe trágico se coloca más al alcance de la conciencia general. Esquilo y Sófocles se encierran todavía en lo sobrenatural: Eurípides se arriesga ya con lo semihistórico.

Con sólo fijaros en el papel del coro, sorprenderéis, sin necesidad de explicaciones, aquel cambio de matices en la Tragedia griega. ¿Qué es el coro en los primeros tiempos de la Tragedia? Un elemento dominante. ¿Por qué? Porque el coro lleva la voz épica, y, en ella, está encarnada la solemnidad del asunto trágico. Es el *officium virile,* de que hablará más tarde Horacio. ¿En qué se convierte el coro al llegar á los últimos tiempos? Ha pasado á ser elemento subalterno. ¿Por qué? Porque la dramática ha invadido el género; porque la acción se ha sustituído á la epopeya. Con la dramática, entraron las corrientes naturales de la vida, ajenas

á la intervención del coro. El coro fué perdiendo terreno de día en día. Tanto perdió, que algunos poetas acabaron por suprimirlo.

No entraron por irrupción, en el Teatro griego, estas reformas, ni cayeron, sobre él, á manera de avalancha. Todo fué viniendo por sus pasos contados; pero vino al fin, y dejando huella. Comenzaron reservando lo épico para los personajes principales y dando más carácter familiar al lenguaje de los secundarios, como eran los mensajeros, guardias y confidentes. Sófocles avanzó un tantico más, en este terreno; desdorando un poco sus grandes figuras trágicas. Raspad ligeramente sus Triptolemos, sus Edipos, Electros y Filoctetes, y os resultan tipos algo menos ideales y bastante más *humanizados* que los de la Tragedia primitiva. Indudablemente este movimiento iba coincidiendo con los progresos de la opinión pública. ¿Á qué buscar la magia de la escena trágica, en el alto rango de los personajes, si, por esto, no había de ser el espectáculo ni más patético ni más interesante?

Tocó al gran revolucionario dar el último paso. Eurípides, como ha dicho muy bien Curtius, rompió osadamente con las tradiciones del Teatro clásico, «sacando todas las figuras de entre las brumas del pasado, para ponerlas en plena luz de actualidad.» Chillaron, sí, los puritanos de su tiempo, invocando el sentido artístico helénico, cuyos fieles intérpretes tenían á bien declararse: chillaron, acusando al insigne novador de que rebajaba las figuras homéricas. ¿Qué le importaba? El milagro estaba hecho. Él había logrado exaltar el espíritu nacional en la *Oresteía*, en los *Persas*, en las *Eumenides* y más aún en *Arquelao:* él había hecho prodigios de efectismo en *Polixeno*, en *Fedra*, en los éxtasis de las Bacantes: él, con *Ifigenia*, había popularizado la vida doméstica: él, como presintiendo el Drama moderno, y entre tempestades de aplausos, había echado á reñir las más turbulentas pasiones con las reglas comunes de la Moral práctica.

Dicen que, por haberse ajustado á esta tendencia, las piezas de Agaton se hundieron en el olvido, y no han llegado

hasta nosotros. Suposición enteramente gratuita. Las creaciones de Agaton no han llegado, por muy distintos motivos. Sucedióle á Agaton lo que á otros trágicos: á Querilo, á Ion, á Aqueo, á Frínicò. Monumentos fueron sus obras, que perecieron en el gran naufragio de los tiempos; habiendo tenido más fortuna otros poetas, á quienes llamamos clásicos, porque los conocemos, y hemos tenido ocasión de estudiarlos. Aun entre aquellos que consiguieron librarse de la injuria de las edades, ¿podemos vanagloriarnos de poseer lo más escogido? Unas treinta tragedias nos quedan del Teatro griego. ¿Dónde está la colección completa de las que estimaríamos como dechado? ¿Dónde las ochenta de Esquilo, las ciento de Sófocles, las ciento setenta que se atribuyen á Eurípides?

III

En estos ó parecidos términos, nos expresábamos, allá por aquellas fechas, los que no queríamos jurar por los Maestros de Retórica. Veníamos á decir en resumidas cuentas:

Que, en los dominios del Arte, existe un género trágico, cuyo desenvolvimiento obedece, no á reglas *inmutables,* sino á condiciones de estado social *variables*, según los tiempos y lugares.

Que, en el antiguo Mundo occidental, la primera manifestación de la escena trágica tuvo lugar en Grecia; creando, no la Tragedia griega *como tipo absoluto*, sino *una serie de formas trágicas* de diverso valor y sentido, según los respectivos estados de cultura de la gran familia helénica.

Firmes en nuestras conclusiones, no dábamos importancia á las vulgares leyendas que atribuyen la muerte de la Tragedia antigua á los Tolomeos ó á Justiniano. Ridícula pretensión la de hacer depender, de regias ó imperiales voluntades, nada menos que la vida y las manifestaciones del Arte.

Empecemos porque la Tragedia no murió. Pudo morir el sentido artístico de los griegos; pudo morir y murió, en efecto, su especial concepto de lo trágico; pudieron morir sus instintos creadores, y aquellos ideales estéticos que, en tanto grado y de tan espontánea manera, ellos poseyeron. Pero el género trágico *en sí*, el género trágico, en la escena, no desapareció, ni podía desaparecer; porque responde á una necesidad, á un instinto de maravillosidad constante en la naturaleza humana.

Á este instinto de maravillosidad, en lo trágico, obedecieron los Romanos de una manera deplorable. Fracasaron, ensayando la Tragedia nacional con la fábula *prætextata*: y más fracasaron todavía traduciendo ó copiando la Tragedia griega. De nombres de trágicos latinos teníamos atestada la cabeza: Quinto Ennio, Nevio, Livio Andrónico, Pacuvio, Lucio Attio. En las aulas, hasta nos obligaban á pronunciarlos en *us*, creyendo hacernos más latinistas Un día se me ocurrió acercarme á aquellos gigantes; y, fuese realidad ó ignorancia mía, los encontré bajitos de talla. Vi, en Ennio, un simple helenizante, hasta por su origen; y, en varios de ellos, unos infelices copistas que abusaban de la guerra de Troya y de sus leyendas. Vi que sus resortes dramáticos eran del género gordo y bastante manoseados: parricidios, infanticidios, inmolaciones de vírgenes ó viragos, las Eumenides, Cresifonte, Melanipo, Polixeno, las Erectides, la indispensable Medea, una Andrómeda ó una Ifigenia sacadas de su quicio.

Considerábamos esto como una gran desdicha para la historia del Arte. ¿No lo había de ser? Cabalmente el Teatro trágico había entrado, en Roma, con buen pie, y con la más singular de las oportunidades. Fué poco antes de la toma de Cartago, y cuando la Tragedia griega vivía bajo la influencia de Eurípides. Es decir, dos plenas virilidades: la del pueblo romano, dueño ya de Italia y próximo á emprender la conquista del mundo antiguo; la virilidad de la escena trágica, alejada de sus primitivos Olimpos y en comunicación directa con lo humano.

Pues nada de esto sirvió; porque la Tragedia griega no

llegó á *prender* en Roma, ni en el cerebro de los poetas, ni en los gustos de los espectadores. Lo dicho: cuestión de épocas, de predisposiciones, de ambientes y de estados de cultura. En lo concerniente al Arte, el *Démos* griego tenía el sentido delicado: la *Plebs* y aun el *Populus* en Roma, poseían otro menos fino: pongamos rudo, por no llamarle grosero. Mejor lo ha precisado Mommsen diciendo que, en Roma, la tragedia no podía inspirar interés más que á unas pocas gentes instruídas. El atavío del escenario griego carecía de significado para las muchedumbres, nacidas, ó criadas, ó engendradas en el Lacio. Para ellas, la máscara, el coturno y la vestimenta legendaria privaban, en absoluto, de realidad á los personajes escénicos: ni veían en éstos más que sombras proyectadas á compás, ó fantoches, ó autómatas movidos á discreción del tramoyista.

Precisamente por estar educados en lo trágico, necesitaban los Romanos otra clase de aparato más expresivo, cuando llevaban á la escena teatral aquel elemento. Sus tragedias literarias habían de ser un eco, ó un trasunto, de aquellas otras tragedias efectivas á que estaban acostumbrados, con sus eternas batallas y sus combates de fieras y de gladiadores. Lo vistoso, lo ruidoso, lo llamativo: artificio de tramoya, trajes multicolores, maniobras militares, suntuosas decoraciones, exposiciones ó desfiles interminables de animales raros.

Así, con estos ribetes, pudo cultivarse, en Roma, el género trágico, tan distinto de los tipos griegos. Y cada vez más distinto; porque, al llegar al segundo siglo de nuestra Era, la Tragedia romana cae sin remedio en la imbecilidad, es decir, en la pantomima. Cuando querían levantar un poco la Tragedia, ayudábanla con el canto, ó con ampulosas declamaciones, ó con insípidas moralejas, por el estilo de las que campean en las diez tragedias atribuídas á Séneca.

IV

Véase á qué extremo de miseria quedó reducida, entre los latinos, la famosa rehabilitación de la Tragedia griega.

¿Tuvieron mejor éxito otras tentativas de rehabilitación de muy posteriores tiempos? ¿lo tuvieron las dos nuestras de los siglos XVI y XVIII? ¿lo tuvo la francesa del siglo XVII?

Ya he nombrado los corifeos de nuestras intentadas rehabilitaciones. ¿Aclimataron, arraigaron, en España, la Tragedia clásica, ellos y y sus sectarios? ¿Consiguieron darle vida propia y hacerla entrar por la corriente de nuestras aficiones teatrales?

Empezó el ensayo por los dramas bíblicos, creyendo, sin duda, que el sabor religioso haría de más fácil deglución la pildorilla. Sonaron nombres retumbantes: Absalón, Ammón, Jonatás. No prosperaron. Vino, á renglón seguido, el *gramático* Pedro Simón de Abril, á la cabeza de los traductores españoles de Sófocles y Eurípides. Tampoco prendió la llama. Ya no quedaba más recurso que explotar el campo romano, echándose, como Virués y Argensola, en brazos de Séneca. ¿Tendríais la humorada de recomendar aquello como dechado *en* Tragedia clásica? ¿osaríais colocar, al lado de un modelo griego, el *Hércules* ó *Las Troyanas?* ¡Un Boscán, un Villalobos, un López de Zárate, un Pérez de Oliva! ¿Aquella hinchazón, aquel lujo de metáforas, aquellas tiradas de versos altisonantes, aquel sentido imposible de precisar; ni simbólico, ni realista?

Acercaos más á lo contemporáneo, y citad á capítulo á Luzan. ¿Quién se acuerda ya de su propaganda? ¿quién de sus *ópimos* frutos? ¿quién del *Británico* de Trigueros, ni de la *Atalia* de Llaguno, ni de la *Virginia* de Montiano, ni de la *Numancia destruída* del *otro* Ayala, ni siquiera de la *Raquel* de Huerta, aquel cadencioso versificador, tan celebrado por

las gentes de buen oído? Del teatro bien desterrados están: no hay que dudarlo. De las bibliotecas no; porque allí se archiva todo, empezando por el polvo y las telarañas. Quedan aquellos monumentos á disposición del lector curioso, como muestras de una literatura trasnochada, más afrancesada que clásica, sin ninguna relación con nuestras costumbres, sin fondo propio y, lo que es peor, sin inspiración, que es por donde debe despuntar lo artístico.

¡Ceguedad singular! Nuestros celosos vates del siglo XVI, que tenían los ojos puestos en el Teatro griego, no sentían brotar, bajo sus plantas, la verdadera Tragedia española; no la veían en el Drama, cuyos padrinos iban á ser, un poco más tarde, Calderón y Lope. No entendían lo que podían significar un Guillén de Castro, ó un Jerónimo Bermúdez; *Las Mocedades del Cid* ó las dos *Nises*. No acertaban á percibir aquel nuevo colorido, ni el nuevo sabor trágico; ni eran capaces de identificarse con aquellas luchas de la pasión, más cercanas á lo nuestro que á las edades heroicas.

Casi, casi lo propio sucedió con Cienfuegos y Quintana, cuando la segunda acometida de nuestro preceptismo. Tomáronlos por clásicos de cepa antigua, y fueron en realidad dos emancipados. La vanguardia del nuevo Drama histórico y romántico.

V

«Bien supieron los franceses aclimatar, en su tierra, la Tragedia clásica,» decían nuestros adversarios. Se lo concedíamos, pero mediante grandes reservas. Tomada en globo, la Tragedia clásica concordaba admirablemente con los instintos del público francés, sobre todo en condiciones externas. Voces robustas, entonaciones vigorosas, altas estaturas, grandes ademanes, pasos acompasados: así nos figuramos la representación de lo trágico. En ello gozan nuestros vecinos; y, si la máscara y el coturno estaban mandados reco-

ger, suplían estos apéndices de la cara y de los pies, poniendo, en los labios de los actores, el alejandrino, siempre solemne, siempre majestuoso, por mucho que diste de la belleza y fluidez de nuestro endecasílabo.

Aquí venía una pregunta á la cual dábamos suma importancia ¿En cuál de los Autores trágicos del siglo de oro francés, ó aunque sea en los del XVIII, está fielmente representada la Tragedia griega? ¿En Rotron, en Quinault, en el abundoso Corneille, en el tétrico Crébillon, en el helado La Harpe ó en el peinado Marmontel? Dejemos para luego á Racine: que, en cuanto á Voltaire, ya sabemos que se reía de Esquilo tanto como se rió de Shakespeare. Conveníamos al fin todos en que cada clásico francés había campado por su respeto: tantos poetas, tantas maneras de manejar la Tragedia.

En una sola cosa veíamos coincidir las creaciones trágicas de nuestros vecinos: en ser una literatura cortesana. Siempre de cara á los grandes: nunca de cara al público. Diferencia más que mediana entre la Tragedia francesa y la Tragedia griega. Más que mediana; porque, buscándole la filiación, llegamos á otra diferencia más honda, ó sea á la distinta naturaleza de la inspiración, en una y otra Tragedia. Si los trágicos griegos pintaban hechos heroicos, era porque los más de los Autores que escribían para la escena, se habían *personalmente* educado en la escuela del heroísmo Y pues como héroes se portaban, algún derecho tenían para interpretar el heroísmo. Algunos poetas habían derramado su sangre en combates épicos: en Maratón ó en Salamina, en Leuctres ó en Mantinea. Por el contrario, el trágico francés no pasaba de literato: hombre de formas, de ajustes, de cadencias. Un impresionado de rechazo.

Racine: ahí estaba, á mi juicio, el sentido de la verdade ra Tragedia francesa, según los tiempos la exigían. Nuestros impenitentes, sin desconocer aquella altura, preferían la de Corneille, sus alardes épicos, sus figuras fantásticas, sus inclinaciones á lo suprahumano; su Poliuto, su Horacio, su Augusto, personajes de relumbrón, imposibles en la esfera de lo viviente. Censuraban, en Racine, precisamente el mé

rito de haber infundido un alma en sus estatuas: de haberlas revestido de carne humana: un Tito, una Berenice, una Rojana, un Bayazeto, tipos en los cuales bastaría cambiar los nombres para encontrárselos diariamente en el mundo real de los abandonados, de los amantes sin entrañas, de las iras, de los odios, de los celos implacables, con sus puñales y sus venganzas.

Racine fué de los que cavan hondo. Como Eurípides, trasladó la Tragedia del Cielo á la tierra, asiento natural de las pasiones. Quizás á las profundidades de aquel sutilísimo espíritu, quizás á la conciencia de aquel pintor insigne de lo tétrico llegaban ya, en forma de voces misteriosas, los anuncios de grandes realidades trágicas para dentro de un siglo. No las vieron ni las presnmieron los bien hallados de la época: de ahí los enemigos de Racine y su numeroso grupo; al cual llevaron, Corneille, las envidias de rival, Saint Evremond, las prevenciones académicas, y madame de Sévigné, las antipatías aristocráticas. ¡Ah! ¡Si entonces hubiese existido pueblo en Francia! ¡Si el sentido de Racine hubiera predominado, entre los trágicos franceses, hasta el momento revolucionario! Hubiera sido más natural, menos violenta la transición de la Tragedia clásica al Drama: la filiación de la escena trágica se hubiera más lógicamente desenvuelto en la sucesión de los tiempos.

Con lógica ó sin ella, se ha desarrollado ya. La escena trágica contemporánea arranca de Shakespeare ó de Calderón, no de los griegos. El que en éstos se inspire, conténtese con ofrecer al público curiosidades literarias, no piezas de repertorio. Yo no sé si el drama contemporáneo viene del Cielo, ó de la Tierra, ó del Purgatorio, ó acaso del Infierno: sé que dibuja su siglo, que lo pinta, que lo retrata, y á menudo con una fidelidad asombrosa. Digo con Philaretes Chasles: lenguaje, diálogo, cuadros, caracteres, lirismos, situaciones trágicas, situaciones bufas, todo, en nuestro Drama, emana de la época. El Drama es hijo de su siglo. Que hay monstruosidades, aberraciones, idealizaciones absurdas de lo feo, de lo repugnante, de lo horrible. Disonancias son que no alteran la armonía general: son vegetacio-

nes que acusan plétora de vida en las lozanías del Arte.

Harto conocen los verdaderos ingenios la distancia que hay entre la oportunidad de una Tragedia y la oportunidad de un Drama. Si alguna vez se les ocurre el capricho de escribir tragedias, no tardarán de seguro en acudir al Drama, donde les esperan abundantes laureles. La gente menudica, la que no sabe trazar sino con regla y compás, busque, en buen hora, los andadores del preceptismo: pero cuide siquiera de adquirirlos en los almacenes de moda. Reglas por reglas, ¿no tiene acaso más cuenta inspirarse en la Dogmática de Lessing, ó en la de los Schlegel, que andar á caza de Poéticas apolilladas?

VI

Desde que, por primera vez, había sido Ministro el conde de San Luis, andaban poetas y actores tras de un teatro subvencionado. Para esto hemos nacido: para ir en cómodo machito. Por de pronto, seis ó siete milloncejos destinados á levantar un Templo oficial á la escena española: allí, instalados, ó poco menos, los Pontífices del Arte, con pensiones y sueldos y sobresueldos, y retiros y jubilaciones, amén de alguna contrata libre, y por remate y contera, la tarjeta con coletilla: Fulano de Tal, «de la Comedia española,» casi como si dijéramos «de la Academia».

Citábanse, como es de suponer, otras Naciones: Francia, por ejemplo, cuyos Gobiernos, desde el de Luis XIV, no habían escaseado los sacrificios para poner actores y poetas al abrigo de contingencias. Y tan á punto estuvo de cuajar la cosa en nuestra tierra, que, pocos años después, ya se pensó seriamente en destinar á aquel nobilísimo objeto un edificio de nueva planta, en el solar de las Vallecas. Ni entonces ni después fué aquí del agrado del público tan humanitario pensamiento; á lo cual muchos de los que se precian de inteligentes han atribuído la decadencia de nuestra escena.

Tener que buscarse la pitanza, ¿hay cosa más indigna de un hombre dedicado al Teatro? ¿Por qué el Teatro no ha de ser un organismo del Estado, y por qué no, función administrativa, la de escribir versos ó recitarlos? ¿Así se respetan los altos fines sociales? Al que nos divierte ó nos entretiene, ¿cometeréis la indignidad de rebajarle al mismo nivel del que nos defiende, del que nos bendice, del que nos enseña, del que nos cura ó del simple industrial que nos hace la vida más cómoda, más fácil ó más barata?

Más cautos nuestros músicos, no pretendían, por entonces, hacerse hijuela del Estado. Teníamos el Teatro Real, que no les servía para su objeto. Ellos querían, y en parte lo lograron, dar vida y calor á la naciente Zarzuela, trabajando primero en el Circo ó donde les cogía, hasta que Francisco Rivas les dió asiento fijo en Jovellanos. Nunca la Opereta nacional hizo concebir tan gratas esperanzas como en aquellas fechas. *Jugar con fuego... El Dominó azul... Marina...* inolvidables.

No entremos en comparaciones: Teatro Real con Teatro Real: aquél con el de ahora. Aquél lo saborearon conmigo muchos que, por fortuna, están todavía llenos de vida: cuanto podría decirles, seguramente mejor que yo lo recuerdan. Los que no lo conocieron, no querrán dar fe á mis elogios, atribuyéndolos á chochera. Lo siento... por ellos. Ignoro de qué línea descenderá la mayoría de los cantantes que *padecemos* hoy en el Regio Coliseo; pero sí recuerdo perfectamente que entonces teníamos, para toda la temporada, lo que hoy se nos ofrece como *celebrità*, para unas cuantas noches. ¿Qué más quisiéramos que tener, para días muy señalados, lo que entonces nos daban á pasto, durante abonos enteros: óperas cantadas por Frezzolinis, Gazzanigas, y más tarde por Lagranges y Pencos; tenores como Tamberlick, Roppa, Malvezzi ó Mongini; barítonos como Ronconi, Ferri ó Varesi?

El Madrid músico seguía tan fiel á los compositores italinas; sin permitirse ni el más inocente coqueteo con la música alemana. Ni á tiros se hubiera podido conseguir que entrase en repertorio el *Freyschütz* de Weber. Hubo dos

magníficos estrenos, *Luisa Miller* y *Rigoletto;* también el *Roberto* se estrenó con gran aplauso, pero no sin alguna mueca de varios señores abonados. Preguntado uno de ellos, en cierto salón muy conocido, sobre el éxito de la admirable partitura, hizo un brillante recorrido de palcos y butacas, describió toilettes, subrayó nombres propios y, por todo juicio de la ópera, se limitó á decir: «Por supuesto, un ruído espantoso.» Si Wagner llega entonces á asomar sus narices por la plaza de Oriente, no le libran de una silba fenomenal, ni cien princesas de Metternich, ni cien Reyes de Baviera, ni nuestra acreditada Bula de Meco. Aquí Wagner era todavía un arcano que los sabios se entretenían en descifrar, muy callandito, y cambiándose al oído las impresiones. Un sabio de éstos tenía yo, muy amigo, que se pasaba los claros días y las turbias noches ejecutándole al piano: con la desesperacióu en el alma, por no encontrar á mano una orquesta, aunque le hubiese costado todo el oro del mundo. Mi Reino por un caballo.

La verdad es que no estaba á la sazón la Magdalena para tafetanes, ni nosotros para revoluciones musicales. Otra revolución de más alcance, para España, teníamos en puerta: la política del 54, acerca de la cual tengo que contarte, lector querido, algunos lances, públicos y privados, de regular entretenimiento. Ya les llegará su turno, si antes me permites hablarte un momento de otro asunto que, á ti y á mí, más especialmente nos interesa.

1852-1854.

SECCIÓN DUODÉCIMA

Del Escorial á Aranjuez.—Miss Eva Thorold.—A propósito del Paraíso.—Turbiones bibliográficos.—¿Por dónde navegamos?—Teoría de la Nada.—De la inmortalidad del Alma, según antiguos y modernos.—Paseo por los Elíseos.—En qué estuvo Moisés pensando.—Ontología á pasto.—Filiación del dualismo.—*Reinachii Disputationes XXIV.*—Interioridades del Cielo y del Infierno.—En dónde y cómo.—¿Será leña de verdad?—Historia del Pluralismo.—Los fondos de la Metempsícosis.—Pluralidad de Mundos y existencias.—En cuatro sorbos.—Tiroteo sobre las vidas sucesivas.—¿Cómo no se acuerda usted?—Pluralismo y régimen de castas.—Wagner y Rossini en pajarera.—Dónde estará la Miss.

I

Mi primera excursión al Escorial merece aquí especial mención, no tanto por el natural efecto que pudiera producirme la vista del soberbio Monumento, como por un encuentro casual que tuve allí, y dió después pretexto para una larguísima é interesante controversia. Estaba contemplando los tapices de Goya, cuando veo á mi lado una mujer chiquitita, con trazas de extranjera; y más lo declaraba el enorme *Handbook* que ávidamente iba recorriendo, antes y después de poner los ojos en aquellas maravillas. Instantáneo fué el cambio de impresiones: declinamos en seguida

nuestros respectivos nombres; diciendo ella llamarse Eva Thorold, ser natural de los Estados Unidos y residente en *Bulton Cottage*, propiedad suya, situada en el Massachussets.

No había sido, á la verdad, muy pródiga la naturaleza en dotes físicas para miss Eva; pero suplíalas con lo expresivo del semblante, la codicia de los ojos, lo dulce de la voz, el atractivo de la palabra; y, dicho sea con perdón de sus cuarenta años bien contados, unas inquietudes y una movilidad, más propias de una cabeza sin tornillos, que de la suya tan sentada. Pronto caí en la cuenta de que había un espíritu superior en aquella mal trabajada envoltura. Historia y vicisitudes del Monumento, arquitectura, pormenores artísticos de todo linaje, nada se dejaba en el tintero; poniendo á cada cosa sus puntos y sus comas, con una abundancia, una maestría, una discreción y una elevación de juicio verdaderamente asombrosos.

Tan suspenso me dejó, en aquella visita al Escorial, que la propuse, y aceptó, admitirme en su compañía, cuando hiciese el viaje á Aranjuez, efectuado á los pocos días. Allí crecieron mis sorpresas, y me atrevería á decir mis espantos; porque me encontré con un fenómeno rarísimo, en el sexo femenino, aun tratándose de anglo-americanas, tan solas y tan únicas en punto á excentricidades. Por los libros ó por mi trato particular, conocía muchas mujeres justamente calificadas de doctas: literatas, poetisas, artistas y hasta peritas en las ciencias del Derecho ó de la Medicina. Nunca, hasta aquel momento, había tropezado con una mujer de instintos metafísicos. ¿Instintos dije? Mi americanita era sin par en esta clase de estudios; una especialidad de especialidades. Pronto tuve ocasión de conocerlo.

Cansados de un largo paseo por el Jardín del Príncipe, habíamos ido á dar, con nuestros cuerpos, en las Islillas Americanas, amenísimo sitio, no lejos del Tajo, y á corta distancia de la Casa del Labrador. Allí tomamos descanso á la bendita sombra, espaciado el ánimo entre los primores tropicales, y con las delicias de un perfumado ambiente. De pronto, y al tender la vista por aquel rinconcito de Cielo, solté la palabra «Paraíso.»—¿Cree usted en el Paraíso?—

preguntó bruscamente miss Eva.—¿Por qué no?—contesté;—y, con tal motivo, empezó á hacer un magnífico parangón entre los dos tan opuestos ideales que respectivamente representan el Escorial y Aranjuez. El Escorial, símbolo de la Ciudad mística y del ascetismo: Aranjuez, de placeres y dichas terrenales. El Escorial, expresión de la lucha por la existencia suprema, encarnación de la prueba para el humano espíritu, para su depuración, su santificación, á fin de elevarse quizás á algún Aranjuez etéreo, divino, regalada mansión de ángeles y bienaventurados. Cuál podría ser esta mansión: qué la beatitud: qué lo sempiterno; viniendo así, de consideración en consideración, á abordar el gran problema de la vida futura.

Es de advertir—y fácilmente lo comprenderá el lector—que miss Eva Thorold era de una erudición prodigiosa en teorías é historia de las Religiones. Más de diez años se había pasado estudiando estas materias espinosas. Con tan rico caudal y con un criterio propio, que nunca la abandonaba, había llegado á posesionarse del asunto en términos tales, que nada parecía serle desconocido, en las altas esferas del pensamiento. Metódica en sus lecturas, y, tal vez más que en nada, en sus lecturas, había empezado sorbiéndose los *Diálogos* de David Hume y otro libro rarísimo, publicado, en 1757, por el mismo Autor, bajo el título de *Historia natural de las Religiones*. Luego se fué aficionando á los alemanes, y recorrió toda la escala, desde el patriarca Kant, con su *Religión dentro de los límites de la Razón*, hasta las *Consideraciones*, de Hegel, *sobre la Religión y la Filosofía*, pasando por Schelling y por Schleirmacher. De los franceses, decía que Voltaire la había entretenido mucho con el capítulo *De la Religión de los primeros hombres*, en el *Ensayo sobre las costumbres*.

No la abandonó la afición durante el curso de su larga vida. Muchos años después de la época á que me refiero, y cuando nuestras antiguas relaciones de amistad se habían reducido á media docena de cartas al año, cada vez que me escribía, desde los Estados Unidos, aprovechaba la ocasión para irme enterando de toda publicación, grande ó chica,

que tuviera algún roce con las Religiones. Su maravilloso espíritu analítico no se daba punto de reposo: ya pasaba por el tamiz de su crítica la *Religión natural*, de Julio Simón, ya la polémica religiosa entre el P. Gratry y Vacherot; ya las *Meditaciones*, de Guizot, ó los *Estudios de Historia religiosa*, de Renán, ó el interesante *Estudio histórico*, de Bartholomess, sobre *Las doctrinas religiosas de la Filosofía moderna.*

Ni bastaban á saciar aquella sed de lectura estos trabajos de índole sintética; porque, según ella me iba refiriendo, poseía también, en su residencia de América, la más rica y nutrida biblioteca de obras especiales, sobre toda clase de Religiones positivas. Allí campeaban el clásico Dupuis, con su *Origen de los Cultos*, y el eminente Creuzer, con sus *Religiones de la Antigüedad*. Allí brillaban, Lanjuinais, con la *Religión de los Indios;* d'Obry, con el *Nirvana;* Burnouf, con la *Introducción á la historia del Budismo;* Kœppen, con la *Religión de los Budas;* Barthélémy Saint Hilaire, con el *Buda y su Religión;* Vassilief, con *El Budismo, su Historia y Literatura;* Ehrlich, con *El Budismo y el Cristianismo*. Allí, *El Avesta*, de Spiegel; el *Zend Avesta*, de Anquetil Duperron, y los *Estudios*, de Justi, *sobre los Libros zendos*.

El Judaismo llevaba su contingente de escogida ciencia: la *Historia de las Instituciones de Moisés*, por Salvador; el *Estudio sobre las sectas judaicas antes del Cristianismo*, por Franck; el *Culto de los antiguos Hebreos*, por Münck. El Politeísmo llevaba el suyo: de Van Limburg, la *Historia de la civilización moral y religiosa de los Griegos;* de Ménard, el *Politeísmo helénico;* de Preller, la *Mitología romana*. Hasta la *Religión de los Cartagineses* lucía, en el libro de Münter; G. Sole estudiaba el Corán en sus *Observaciones históricas y críticas sobre el Mahometismo*. Bergier, Nicolás y Rossbacher representaban los estudios católicos.

Pero todo aquel cúmulo de escritos, capaz de aplastar el cerebro más resistente, era todavía poquísimo, comparado con los infinitos que miss Eva había ido coleccionando sobre el punto concreto de la vida futura. En este terreno, manejaba la Patrología con la destreza del mejor teólogo.

Allí Padres, y no Padres, de la Iglesia, desfilaban en columna cerrada, ó con obras ya olvidadas, ó con otras de imperecedero recuerdo: las famosas *Tesis* de Orígenes: Tertuliano, *De resurrectione carnis;* Atenágoras, *De resurrectione mortuorum;* San Claudiano, *De statu animæ post mortem;* San Gregorio de Niza, *De animâ et de resurrectione;* San Agustín, Sermón 142, *De resurrectione corporum;* Dionisio Areopagita, el falso, *De hierarchiâ cœleste;* Focio, San Melodio, San Efrén, San Zenón de Verona, *De resurrectione;* San Ambrosio, *De bono mortis;* San Cipriano, *De mortalitate.*

Cerraban la lista los modernos, sagrados ó profanos, católicos ó protestantes, descreídos ó creyentes: Belarmino, *De felicitate sanctorum;* San Francisco de Sales, *Del Paraíso* (en la Vida devota); Dom Calmet, *Disertación sobre la resurrección de los muertos;* M. d'Orient, *De los destinos del Alma;* Fichte, *El destino del hombre;* Rouzier Joly, *Los horizontes del Cielo;* Jouffroy, *Del problema del destino humano;* Moreau, *Destinos del hombre;* Juan Reynaud, *Tierra y Cielo;* el P. Félix, *Tercera Conferencia sobre el término final del progreso;* Tilo, *De Cœlo empyreo,* Hala, 1839; Isaac Taylor, *Physical theory of another life;* Waterkeyn, *De la resurrección de la carne, en sus relaciones con las Ciencias naturales;* Whewell, *On the plurality of Worlds;* David Brewster, *More Worlds than one;* Babinet, Flammarion, *De la Pluralidad de los Mundos;* de la Codre, *La vida presente y la vida futura;* Pezzani, *La Pluralidad de las existencias del Alma;* Channing, Tomás Martín, Laurent, *La vida futura.* Seguramente, si ahora viviera la Miss, figurarían también, en su biblioteca, dos obras más recientes: *Après la mort,* de L. Denis, y *Le problème de la mort,* por L. Bourdeau.

II

Miss Eva distribuía las creencias y opiniones, sobre nuestros destinos futuros, en cuatro grupos, relacionados en gradación ascendente:

1.° Los que no creen en la vida futura, niegan la Inmortalidad y nos dan por término de existencia la Nada.

2.° Los que admiten la Inmortalidad, pero absorbiéndonos en el Supremo Ser: por consiguiente, una inmortalidad sin identidad, sin personalidad, ni conciencia, ni recuerdo.

3.° Los que admiten la doble existencia: una transitoria ó temporal: otra definitiva y eterna.

4.° Los que nos prometen una sucesión indefinida de vidas hasta llegar á la perfección.

Es decir: nihilistas, panteístas, dualistas y pluralistas.

Encontraba miss Eva la doctrina de la Nada en el fondo de las creencias de algunos pueblos primitivos, y en varios sistemas filosóficos. No participaba de la opinión general de que todos los pueblos de la tierra hayan admitido la vida futura; y combatía esta idea, á pesar de haberla sostenido los hombres más eminentes de la Antigüedad, y de verla defendida, en nuestros días, por Wallon, Limburg, Preller, Flügge, Ernesto Simón, Tomás Martín, Guizot y el cardenal de la Luzerne. Citaba, á este propósito, lo que se ha dicho, y veremos luego, de los Hebreos, atribuyéndoles, durante cierto período de su historia, un desconocimiento absoluto de la inmortalidad; y el ejemplo de los Fenicios, en cuyos libros se hablaba de muertos que nada tenían que esperar, fuera del reposo de la tumba. Á muchas tribus salvajes atribuía el mismo concepto, fundándose en el testimonio de misioneros y exploradores. Recordaba haber leído que los tasmanios, de la parte occidental de la Isla, no tenían la menor idea de la vida futura: que, para los cafres, el muerto no deja más que una especie de humareda análoga á la sombra que proyectaba el cuerpo, en vida: que los cantos de varias tribus del África ecuatorial tienen por estribillo este versículo: «Todo ha concluído para siempre:» que los bongos del Alto Nilo no disimulan su repugnancia á creer en otra vida: que, en muchas Islas de la Polinesia, se profesa la creencia de que únicamente los espíritus de los caciques y los de los sacerdotes son los que sobreviven: que, entre los salvajes de la Nueva Zelandia, comerse un kuki, ú hombre del pueblo, era tra-

gárselo con el espíritu: que los californianos, de los valles del Sacramento y San Joaquín, suponían que, quemando los cuerpos, morían también las almas; y que nunca había habido medio de convencer de la existencia de otro mundo á ciertos esquimales y á los habitantes de Sumatra.

Pasando de los salvajes á los civilizados, me hacía notar que la doctrina de la Nada había tenido, en favor suyo, multitud de celebridades: Aristóteles, que, sólo por sus relaciones con el cuerpo, concede al Alma la facultad de acordarse y de sentir: Julio César, que, según Salustio, afirmó terminantemente, en un discurso, que no queda nada después de la muerte: Epicteto, para quien el alma se disuelve al mismo tiempo que el cuerpo: Epicuro, Lucrecio, Sexto Empírico y Luciano: Cicerón, que, en sus *Tusculanas*, nos recomienda renunciar á toda esperanza de inmortalidad: Tácito, que, en su *Agrícola*, sólo admite la inmortalidad para las almas grandes y piadosas: Marco Aurelio, que, por lo menos, pone en duda la otra existencia; y, en épocas muy posteriores, Cardano, partidario de la Nada en el *Theonoston*, y Pomponazzi, en su libro *De Fato*.

De escuelas filosóficas favorables á la doctrina de la Nada, citaba á los antiguos estoicos, á los epicúreos y á los escépticos; en la Edad Media, á los peripatéticos alejandrinos; y, en los modernos tiempos, toda la escuela de Locke con Hobbes, Collins, David Hume, d'Holbach, Helvecio, Diderot, La Mettrie y Broussais; algunos alemanes, no panteístas, como Weiss, Fichte y Schelling; la escuela de Leroux, por su teoría de que el hombre es inmortal, sólo en la especie; y la de Renán, por la suya de que la beatitud se funda en el culto de los ideales: cerrando la serie con los positivistas, á quienes atribuía la paternidad de la flamante Psicoquimia, ó sea la teoría de la perfecta identidad de la materia y el espíritu; como lo demostraba citando aquellas tremendas y desgarradoras palabras del doctor Letourneau, en su *Sociología*: «Nuestra personalidad es pasajera, porque resulta únicamente de agrupaciones efímeras de átomos indestructibles: el choque de la muerte viene á dispersar estos átomos, los cuales van formando sucesivamente nuevas

agrupaciones; y, de esta manera es como se llega al gran concepto de la realidad en la Vida universal.» El Panteísmo lo trataba miss Eva á la ligera; porque, como ella decía muy bien, si no nos conceden más que la absorción, en un Infinito, sin conservar nuestra individualidad y la reminiscencia, ¿nos dan acaso otra cosa que un Nada embozado?

Y, sobre este criterio indiscutible, examinaba, bajo el aspecto de la vida futura, todas las doctrinas panteístas: las dos del Brahmanismo, la mimansa y la vedanta; el Nirvana, del Buda: las tres evoluciones de Scot Erigeno; el Panteísmo de Giordano Bruno y el de Spinoza: la *Dogmática* de Strauss, á quien aplaudía por su franqueza; y el *devenir* de Hegel, á quien, por el contrario, tachaba de hipocresía; porque, tras muchas dudas y vacilaciones, concluye por decir que no hay que ocuparse, en el Alma, de su persistencia infinita.

III

Al dejar aquellas tétricas regiones de la Nada, por disolución ó por absorción, era de notar el brillante colorido que tomaban la palabra y la pluma de miss Eva; y más cuando seguía su admirable exposición, entrando en la doctrina de la inmortalidad consciente, base común de las dos creencias, dualista y pluralista. Conveníamos, ella y yo, en que, por muchos que fuesen, en lo antiguo, los partidarios de la Nada, bastaron dos ó tres nombres del Gentilismo para dar, á la doctrina de la inmortalidad, mayor valía y autorizado concepto; aquel admirable libro del *Fedon*, en cuyas páginas Platón y Sócrates dejan entrever un *algo* más allá del sepulcro, y, en aquel algo, una recompensa para el justo y un castigo para el malvado: aquel Séneca que, para creer en la inmortalidad, se contenta con el consentimiento casi unánime de las gentes. Conveníamos también en que aque-

llos mismos que, en lo antiguo, no creían en la inmortalidad, solían después admitirla: testigo el propio Aristóteles; que reconocía lo antiquísimo y tradicional de la creencia en otra vida; y testigo también el mismo Cicerón, que, en las mismísimas Tusculanas, atribuye aquella creencia á una verdadera intuición de las primeras Filosofías: *quantum, naturâ admonente, cognoverant.*

Si la idea de inmortalidad ha podido ser extraña á las Mitologías rudimentarias, no ha habido, en cambio, una sola Mitología superior y de verdadera trascendencia social, que no la haya admitido. Véase el Helenismo para la Antigüedad clásica. ¡Qué inmortales los de Homero! ¡Qué inmortalidad aquella tan consciente, tan activa, tan movida! La imaginación griega no sabía concebir el Olimpo sin llevar allí la índole bulliciosa del heleno. El Inmortal griego vive en plenísima faena, en el otro Mundo, y siempre relacionado con lo presente: su sombra protege á la familia, su genio á la Ciudad, su brazo al guerrero; su inspiración preside las fiestas, su consejo guía los pasos de los que van en busca de nuevas Patrias. Todo lo unen en esta tierra los Inmortales de allende, y todo por el recuerdo: el ciudadano á la familia, la familia á la Ciudad, la colonia á la Metrópoli, el porvenir con el pasado. Son los huéspedes de la eternidad, y aquí los genios tutelares.

Homero no concibe la inmortalidad sin darle formas tangibles, y sobre todo sin la reminiscencia. El recuerdo es el atributo principal de sus Inmortales; reuniéndose, después de la muerte, los que se amaron en la vida. Juntos viven en los Elíseos; juntos evocan su pasado; juntos platican; juntos se pasean por aquellos jardines encantados. Fué la idea que aprovechó Fenelón para su *Diálogo de los Muertos.*

Sobre la doctrina de la inmortalidad, en el Judaísmo, andaba miss Eva muy perpleja. Cabalmente, por aquellos nuestros tiempos de Aranjuez, Brecher acababa de publicar, en Alemania, su famoso libro *Sobre la inmortalidad entre los Judíos.* La embestida era terrible, empezando por la crítica del Pentateuco. Sostenían los críticos que Moisés no dijo explícitamente, ni una sola palabra, en favor de la vida fu-

tura: fenómeno rarísimo—añadían—por haberse criado entre los egipcios, que creían, á su manera, en la inmortalidad del alma. Que San Juan Crisóstomo lo consignaba así en varias de sus Homilías, especialmente en la X; así como Santo Tomás, en la *Summa theologica*. Calificaban de argucias y sutilezas los esfuerzos de Bossuet, Bonald y el abate Bergier para probar lo contrario.

Según resultaba de aquella crítica, la pura noción de la inmortalidad no la habían poseído los Judíos hasta una época muy posterior al Pentateuco, desenvolviéndola sucesivamente en los Proverbios, en los Salmos, en las profecías de Isaías, Oseas y Daniel, libro de Tobías, Eclesiástico, libro de la Sabiduría y en el segundo libro de los Macabeos. Job les parecía dudoso en la cuestión de la vida futura. En realidad, y siempre según los críticos, la idea de la inmortalidad no se había generalizado, entre los Judíos, hasta el cautiverio de Babilonia; y aun tomándola probablemente de los caldeos ó de Zoroastro. Por esto, en los últimos tiempos del Judaísmo, el problema de la vida futura era todavía cuestión de secta. Admitían la inmortalidad los fariseos y los esenios; mientras seguian rechazándola los saduceos, sin que esto les impidiese llegar al Sumo Sacerdocio.

Cuando Brecher escribió su libro, hacía ya más de medio siglo que otro alemán, Penker, había preguntado en un folleto: *¿Cur Moses, doctrinam de animarum inmortalite, Ebræis, apertam, perspicuam et planam facere* NOLUERIT? Saber las intenciones de Moisés; éste era el intríngulis. *¿Noluerit*? ¿No quiso explicarse? Sus razones tendría para ello. Los apologistas, fieles amigos de Moisés, empezaban por afirmar que sí se había explicado. Os citaban un sinnúmero de textos del Génesis, del Exodo, del Deuteronomio y de los Números, en los cuales la doctrina de la Inmortalidad aparece como *velada*. ¿Por qué velada? Porque—decían—en el Judaísmo había dos doctrinas, la interna y la externa, la esotérica y la exotérica; como había también doctrina esotérica en el Brahmanismo, en el Hermetismo egipcio y en el Politeísmo griego. La inmortalidad del alma era parte de las doctrinas

esotéricas: estaba reservada á Moisés, á los iniciados y á los sucesores de los iniciados.

El terrible «por qué» continuaba.—¿Por qué, por qué un punto tan fundamental como la inmortalidad había de ser, no doctrina popular, sino doctrina de iniciados?—No arredraba la pregunta á los mosaístas. Sin duda—decían—Moisés temió que la idea de la inmortalidad pudiese fomentar, entre los hebreos, aquella tendencia al culto de los muertos y á la evocación de los espíritus, que tan tenazmente estuvo combatiendo. Moisés se había criado en Egipto, donde imperaban estas supersticiones idolátricas. ¿Quién sabe, continuaban los mosaístas, quién sabe adónde hubieran ido á parar, con la idea de la inmortalidad, aquellas sencillas imaginaciones populares? Y citaban aquel verso de Lucano en que, hablando de los paganos, dice que los Dioses les ocultaban que la muerte es una felicidad, á fin de que los que viven aprendiesen á soportar la existencia:

Victurosque Dei celant, ut vivere durent,
Felix esse mori.

Y luego acumulaban ejemplos de suicidios antiguos, por extravíos en la idea de la inmortalidad: los de Alejandría, que obligaron á Tolomeo Filadelfo á cerrar las escuelas; los discípulos de Hegesias, que se mataron en Cirene, después de una lección del Maestro; Cleomonte, que se precipitó de una torre para disfrutar pronto de la vida futura; Catón, que se dió la muerte después de la lectura del Fedón. Aplicaciones todas de aquel nuestro dicho popular: tomar el rábano por las hojas.

No pasaba más adelante miss Eva en su exposición histórica del dogma de la inmortalidad; pero, como todos los racionalistas, resumía su historia en la siguiente forma: los Judíos lo aprendieron en Babilonia y mejor acaso en Alejandría; los fariseos y los esenios elaboraron la doctrina bajo la acción del platonismo: los esenios la transmitieron al Cristianismo y éste la propagó por todos los pueblos del Occidente.

IV

Las pruebas ontológicas de la inmortalidad del Alma daban á mi amiga ocasión de lucir sus admirables dotes metafísicas. Haré gracia de aquellas pruebas á mis lectores, y con razón: diez ó doce páginas de pura Metafísica, me harían insoportable. Añádase la imposibilidad de agregar nuevas demostraciones, después de tanto como se ha escrito y debatido sobre la materia. Aquí sí que miss Eva no hacía gala de caudal propio, limitándose á referencias á sus libros de *Bulton Cottage*: el Fedón y el Tímeo de Platón; el libro de San Agustín, *De Inmortalitate*; la carta segunda de Fenelón sobre el mismo asunto; la preciosa Memoria de Wallon, *Qualis fuerit, apud veteres ante Christum, de inmortalitat animæ doctrina;* las áridas disertaciones del cardenal de la Luzerne; las *Meditaciones,* de Guizot; *La Inmortalidad de alma en el estoicismo,* por Courdaveaux, y el magnífico artículo de Franck en el *Diccionario de Ciencias Filosóficas.*

Cualquiera creería que estas plumas maestras eran la que habían convencido á nuestra excelente Miss. Os equivocáis de medio á medio: lo que había afirmado, en ella, l idea de inmortalidad, eran las páginas del meloso Channing y, más que nada, los textos de Porfirio, conservados en la *Preparaciones evangélicas* de Eusebio. Rarezas de aquell buena señora: preferir Porfirio á San Agustín; como le hu biera importado lo mismo Santo Tomás que un vulgar doc torcillo de la Sorbona. Al fin y al cabo, en esto de la ir mortalidad—decía ella—todas las razones ontológicas pa recen haberse vaciado en el mismo molde: los Autores n han hecho más que copiarse unos á otros. «Yo prefiero, aña día, las pruebas morales, porque, ante todo, la inmortal dad es un fenómeno de la conciencia: me siento inmorta luego lo soy. Soy finita; y sin embargo no encuentro lími en mis deseos: luego aspiro al infinito; luego lo presient

luego no encuentro más que una vida eterna para satisfacer mis ambiciones. No puedo realizar el infinito *en todo el momento* de mi existencia; y, sin embargo, me siento inclina- da á él, lo quiero, lo anhelo, lo llamo á voces: luego estoy destinada á ser inmortal.» «¿Y el término de la virtud? prose guía. ¿y el término del vicio? ¿y las recompensas y las pe- nas? ¡Ah! Son demasiado nobles nuestras almas para ser pasto de gusanos. Tantas amarguras, tantos desengaños, tan desesperadas luchas en la tierra, ¿han de quedar sin com- pensación? Un inocente ¿habrá sufrido y habrá muerto, de verdad, como culpable, y las glorias de un malvado serán también definitivas?» E inspirándose en el libro *del Deber,* exclamaba con Julio Simón: «Hombre, ¿de qué te quejas? De la lucha? Es la condición de la victoria. ¿De una in- justicia humana? ¿Qué es esto para un inmortal? ¿De la muerte? Es la liberación.» Así definía miss Eva la Justicia suprema. Yo, por todo asentimiento, me limitaba á recor- darle aquel verso de nuestro poeta:

Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

V

Entrábamos en lo más espinoso: la *forma* de la inmorta- dad. ¿Era una sola, permanente, ó pasábamos por varias ormas? Aquí la distinción ya indicada entre el dualismo y l pluralismo. Nuestra sabia expositora seguía la filiación el dualismo, desde las Religiones rudimentarias, hasta las omplejas y elevadas; haciendo notar la particularidad de ue, en las creencias de las rudimentarias ó groseras, el otro lundo figuraba como una simple prolongación de la vida resente: calcada siempre la futura sobre el tipo de la te- estre. De modo que, una vez conocidos el género de vida las condiciones ambientes de un grupo étnico, puede cal- ilarse, desde luego, la forma de existencia futura que ser- rá de fundamento á sus creencias.

Comprobaba este aserto con datos sumamente curioso Por ejemplo, los neo-caledonios, gente sensual, vengati y bulliciosa, se forjaban un Paraíso de deleites, fiestas y jc gorio sempiternos. Allí podían complacer á los amigos dar en la cabeza á los enemigos; fecundizaban ó esteriliz ban los campos, á su capricho; y no había ambición, ent sus antiguas de la Tierra, que no llegasen á satisfacer cur plidamente. Los taitianos, acostumbrados á la molicie, ba un clima benignísimo, se prometían, más allá de la tumb soles espléndidos, lunas maravillosas, aires embalsamadc flores siempre galanas, frutos siempre maduros, aliment ciones abundantes y nutritivas; sin vejeces, ni enfermed des, ni amarguras; blandamente arrullados entre música cánticos, danzas y mujeres eternamente jóvenes y etern mente hermosas. Los de Tonga, hombres de genio avent rero, ponían su *Bolotú*, ó Paraíso, en una isla muy lejana. L antiguos escandinavos, medianamente dados á la bebida, prometían un Valhalla, donde las valkyrias les escanci rían la hidromiel en copas de oro. Los patagones, grand cazadores, esperaban un mundo poblado de alimañas pa ejercitar, contra ellas, su destreza; así como los Pieles R jas, vastas praderas cubiertas de bisontes: los esquimales contentarían con focas, peces y aves acuáticas; y los d Kamtshatka, con el contraste de otro país donde nunca sintiese el hambre y se trabajara menos y con mayores g rantías. Casi, casi el Paraíso con que sueñan muchos e ropeos.

Venían, á renglón seguido, las Religiones dualistas superior concepto; y aquí abría un poco la mano miss E, porque se empeñaba en encontrar rastros de dualismo en l fondo de las creencias brahmánicas y hasta en la Metemp cosis egipcia. Para el Brahmanismo, citaba, con Burno, varios himnos de los Vedas, que declaran inmortal una p te del hombre, llevándole á disfrutar de una felicidad p fecta en la *Paraloka*. Para el Egipto, se apoyaba en la toridad del ilustre egiptólogo Maspero, y en la explicac n que da de aquel cuerpo duplicado en que creían los eg cios; despojo finísimo del muerto; materia más sutil que a

ue nos envuelve en esta vida; elemento étereo é invisible
l cual se consagraban perpetuas ofrendas.

Despejado de estos incidentes, el origen del dualismo parecía señalado, por miss Thorold, en la Religión de Zoroastro. En cuatro palabras lo describía: una vida temporal otra eterna: una resurrección con cuerpos inmortales; los uros, con Orzmud, con los Amschaspand, cerca del Trono e oro, en el Gorotman; los impuros, criaturas de Ahriman, cayendo en manos de los Dews, sus amigos durante a vida terrestre. Pero, al final de los tiempos, Zoroastro romete á todos la salvación eterna, porque los malos se abrán purificado y cantarán, con los justos, la gloria de ios.

Del dualismo persa, al dualismo greco-romano. Aquí la ogmática está en Platón, la descripción en Hesiodo. Homero y Virgilio fueron sus poetas: como Dante, Milton y Tasso han sido los nuestros. Una vida ahora, y otra después. Para los malvados, las profundidades de la Tierra; el ártaro con los suplicios, los Dioses vengadores, las Erinas, las Euménides. Para los justos, eternas cosechas, ernas eflorescencias y eternos himnos de los celebrados r Píndaro. Advierte Châteaubriand que la beatitud griega llegaba al Olimpo. El Olimpo, para los Dioses: el Elío, para los bienaventurados.

Otra vez salía á relucir el Judaísmo. Sostenía miss Eva e el dualismo no empezó, entre los Judíos, hasta el Eclestés, sin dejarse convencer por aquellos que le oponían s palabras *Scheol* y *Rephaim*, tan usadas en todo el Antio Testamento. ¿Era el *Scheol* una mansión de réprobos? o lo veía así la diligente americana. Decía que *Scheol* nun- había significado más que un sitio tenebroso y cerrado, ntro de las profundidades de la Tierra; y que sus habitan- vivían en un constante letargo. Del *Rephaim* decía tam- n que esta palabra nunca se había aplicado á los huéspe- s del otro mundo, sino á diferentes categorías de indivi- os, según las traducciones: gigantes y médicos, en los Se ta y en la Vulgata: los débiles, las sombras ó los muer- , según otros intérpretes más profanos.

VI

Pesadillo se va haciendo este capítulo, simpático lector
Ya ves que lo conozco, y por eso trataré de abreviar, en lo posible: que aún nos queda por desollar un mediano rabito Ármate de paciencia; y ten presente que nunca se pierde el tiempo cuando se habla del otro mundo. Te lo dice el Evangelio: «*Porrò unum est necessarium.*»

Después de unas cuantas pinceladas sobre el dualismo mahometano, con sus alternativas de Corán risueño y Corán ceñudo, de palo ó mantequillas, de ríos de fuego ó ríos de leche, de chamusquinas infernales ó huríes paradisiacas acometía bravamente miss Eva el problema gordo, entre los gordos: el del dualismo cristiano. Aquí sí que la *vi theológica* llegaba á su colmo: dificulto que, en conocimiento del dogma, hubiese logrado aventajar á miss Eva el mejor sobresaliente en Suma de Santo Tomás, ó en exámenes de Perrone. No había punto, ni decisión, ni declaración dogmática que no pasase en revista: pecado original, redención, juicio universal, resurrección de los cuerpos, penas y recompensas de la otra vida; y excuso decir que, con su criterio racionalista, todo lo acuchillaba sin piedad y con singularísimo desenfado.

Empezaba por poner reparos á la eternidad de las penas sometiéndola á una acerba crítica, de la cual declaraba inventores á Orígenes y á Pelagio; haciendo cómplices de ellos á San Clemente y á San Gregorio de Niza, con toda la escuela de Alejandría, toda la antigua Iglesia de Oriente y una gran parte de la Cristiandad, todavía en el siglo IV En la Edad Media, á Juan Scot y á los Lolardos; luego los discípulos de Wicleff y á muchos protestantes; luego Voltaire, Diderot, Bolingbroke y otros enciclopedistas; en último lugar, á los actuales pluralistas y á las Filosofías modernas enfrente de la tomista.

No tengo inconveniente en referir la manera cómo sintetizaba miss Eva las opiniones heterodojas.

Conste que me limito aquí al oficio de relator.

Espigando acá y acullá, tomaba nuestra polemista de cada cual un poquito.—Con Scot, pretendía que solamente el bien tiene una existencia absoluta y el mal no la tiene, porque es un accidente, una relación, la simple negación del bien; que el mal no puede tener, como el bien, una constitución definitiva é inmutable, y la pena eterna, sustancializando el mal, le da este carácter inmutable y absoluto, en su grado máximo ó supremo; y que si Zoroastro y Mahoma admitieron penas eternas, al fin y al cabo Zoroastro proclamaba, por una especie de contradicción, el triunfo decisivo de Orzmud sobre Ahriman, es decir, la salvación definitiva de los réprobos; y, por su parte, los doctores del Islam no extienden la eternidad de la pena á sus propios creyentes.—Con Orígenes, declaraba incompatible la eternidad de la pena con lo absoluto de la bondad y misericordia divinas; diciendo que Dios no puede alegrarse, mientras haya un alma en pena; y calificando de cruel la sentencia de que, en el Cielo, no habrá compasión para los condenados.—Con Reynaud, sostenía que, siendo la integridad de la personalidad condición precisa de lo inmortal, y debiendo considerarse el libre arbitrio como esencial al alma humana, no puede la libertad cesar, en la otra vida, para el arrepentimiento, el perdón y la enmienda.—Con otros, decía no explicarse cómo era posible que, siendo nuestra vida actual un simple punto en los tiempos, ocurriera jamás cerrarnos para siempre las puertas á la rehabilitación.—Finalmente, con los enciclopedistas, los pluralistas y los racionalistas, entre ellos Patricio Larroque, afirmaba que toda pena eterna es estéril, y Dios, que es todo justicia, no castiga más que para corregir; y, á faltas que siempre son finitas, no cabe aplicar penas infinitas.

Para remachar el clavo, terminaba atribuyendo la doctrina de la eternidad de las penas á la política religiosa de la Edad Media; política de intimidación—decía—para dominar, por el terror, á los bárbaros del Norte y á las Nacio-

nalidades que ellos fundaron. Todo—añadía miss Eva—poetizado y popularizado después, por el Dante, en su famoso *Lasciate ogni speranza*, precedido de aquellos versos:

> Dinanzi à me, non fur cose create
> Se non eterne, ed'io eterno duro...

Forma y manera—díganme ustedes—de resistir á aquella enorme avalancha, no poseyendo más que el Catecismo, única Teología que adornaba mi modesto despacho. Pero si me faltaba Teología, no carecía yo de teólogos amigos; y uno de ellos, á quien enteré del caso, me facilitó cierto librito de su propiedad, adquirido en los Encantes de Barcelona, y toscamente impreso, bajo la siguiente letanía: *Adversus hæreses, de beatitudine in excelsis, sive de Cœlo empyreo, apud Patres, disputationes XXIV. Recensuit Josephus Reinachius: Antwerpiæ, A. D. M.DCXXI. Typis et sumptibus Hyeronimi Verdussii.*

Al pronto me figuré que era inútil el regalo, porque mi polémica había de ser, no sobre la beatitud, sino sobre el Infierno; mas luego de recorrer el libro, eché de ver que el bueno de Reinaquio ó Reinach (que así se llamaría probablemente el sutilísimo teólogo valón) hacía á pluma y á pelo; pues, con achaque de la beatitud, entraba en largas consideraciones sobre la morada de los réprobos; y, más que á otra cosa, se enderezaban sus *Disputationes* á resolver el problema, por tantos títulos candente, de las penas eternas. Vi, en realidad, los cielos abiertos con la beatitud del amigo Reinaquio; y, para no meterme en honduras, empaqueté el libro, le puse su correspondiente sobre, y lo mandé á miss Eva, no sin tomar antes algunas notitas para mi uso particular y propio esclarecimiento.

No sé por dónde andarán aquellos apuntes; pero, si la memoria no me es infiel, Reinaquio discurría, con pasmosa sagacidad, sobre el valor de las palabras eterno é infinito; dando á entender que la palabra eternidad, aplicada á las penas, y el dictado de infinitas, aplicado á su duración, no tienen el sentido filosófico que se da generalmente, en las escuelas, á lo infinito y á lo eterno; porque, en realidad, no

se puede llamar eterno á aquello que ha tenido un comienzo, aunque no haya de tener fin; y toda pena eterna habrá tenido un comienzo. Tampoco lo que llamamos infinito es siempre infinito, porque infinito no hay más que Dios, cuya existencia absoluta carece de principio, de medio y de fin; porque, para Él, todos los tiempos son presentes.

Reíase de los que ajustaban cuentas á la Providencia. «¿Quién os ha dicho, preguntaba Reinaquio, que la Justicia divina mide la duración de la pena por la de la culpa? ¿Por qué no, la gravedad de la una por la de la otra? ¿Estáis bien penetrados de toda la gravedad de un pecado mortal? Es enorme, es enormísima, no tanto por la cosa en sí, cuanto por ser objeto especificativo; porque va dirigido contra Dios, es decir, contra el Infinito.» Bossuet y nuestros escritores místicos lo habían de repetir más tarde. «¿Habláis de Justicia humana? Ahí la tenéis también, estableciendo penas perpetuas y la de muerte, que es irreparable.» En lo cual, y sea dicho con perdón de aquellos venerandos hábitos, demostraba Reinaquio no sospechar que había de nacer Beccaria.

Sin la eternidad de las penas y recompensas, no comprendía nuestro teólogo ni la redención del culpable, ni el celo del misionero. Y aquí, comentando una elocuente homilía de San Juan Crisóstomo, se extendía largamente sobre la mortificación, las maceraciones del cuerpo, las abnegaciones sublimes, los actos de caridad y otras virtudes, practicadas con los ojos puestos en la Gloria, ó por temor al Infierno, que es lo que hoy, en lenguaje sublimado, llaman los positivistas «utilización ética de las creencias religiosas.»

No le hacía efecto el argumento de la falta de conmiseración de los justos en el otro mundo. Decía que los buenos se compadecen aquí de los malos, porque, siendo esta vida la de la lucha y de las pruebas, esperan convertirlos con sus ejemplos, sus obras y más aún con sus oraciones; pero, en el Cielo, el justo, ni amará, ni podrá amar más que á Dios, y todo lo que sea amado por Dios. Así explicaba aquel famoso texto de Santo Tomás, tantas veces comentado: *Beati, qui erunt in Gloriâ, nullam compassionem ad damnatos habebunt.*

Muchas más cosas contenía aquel librito: todas ellas de

igual destreza teológica; y siento vivamente que no se me hayan fijado en la memoria. Lo único que añadiré, como recuerdo, es que el diligente Maestro hablaba también, y prolijamente, de la historia del dogma, negando que fuese obra de los fariseos; pues la eternidad de las penas aparece ya explícitamente declarada, aun entre los gentiles: como lo demuestra el verso de Virgilio cuando, hablando del infeliz Teseo, dice que *sedet*, ÆTERNUMQUE *sedebit.* Y respecto á la Sagrada Escritura, aparece también en los Salmos, en el Eclesiastés y en las profecías de Daniel é Isaías; sin perjuicio de las repetidas veces que Jesucristo la menciona, en el Evangelio. Citaba más de treinta Padres de la Iglesia que, desde el siglo II al VIII, la estuvieron afirmando: desde San Ignacio de Antioquía hasta San Juan Damasceno; con otra lista no menos nutrida de Autores sagrados ó profanos, todos defensores de las penas eternas: Tertuliano, Minucio Félix, Lactancio, Comodiano, Dídimo de Alejandría, Nemesio, Prudencio, Sinesio, Teodoreto y Casiodoro. Al final del libro, salía calurosamente á la defensa de San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio y San Juan Crisóstomo, por ciertos pinitos antieternistas que se les atribuían; y les oponía sus propios textos para demostrar que se habían rectificado ó retractado.

Por supuesto, que el teólogo de Amberes no entendía dirigirse con sus *Disputationes,* ni á los verdaderos fieles, ni á la gente fervorosa que no discute textos ni Autoridades, ni se mete en Filosofías. Como les basta la fe, se limitaba á repetirles lo de San Pablo á los Corintios: «*Sicut scriptum est «Credidi, propter quod loquutus sum;» et nos credimus, propter quod et loquimur.*»

Pero miss Eva no se convencía.

VII

Dejemos, por un momento, á miss Eva, y no soltemos todavía de la mano al P. Reinaquio, recorriendo algún otro de sus rinconcitos, que los tenía interesantes. Si, en su tiempo, se hubieran usado epígrafes llamativos, una de sus *Disputationes* hubiera podido llevar el siguiente: «Interioridades del Cielo y del Infierno.» De tales interioridades tenía yo ya alguna noticia por Dom Calmet, y por un artículo de Letronne en la *Revista de Ambos Mundos.* Rompían la marcha las candideces cosmológicas de antaño: la Tierra, centro del Universo; los Infiernos, en las profundidades: arriba, la bóveda celeste tachonada de puntos brillantes, en forma de estrellas; más allá, las aguas con el Océano celestial; y en los últimos linderos, el Mundo empíreo con la región de la luz, el Trono de Dios y la Mansión beatífica. Una triste rutina había ido trasmitiendo, de siglo en siglo, á las generaciones, este concepto de lo Universal, engendrado en el Zend Avesta, adoptado por el Politeísmo clásico, propagado por los neo-platónicos, combinado con los sistemas astronómicos de Aristóteles, Hiparco y Tolomeo, aceptado por los cosmógrafos de la Edad Media, y admitido sin dificultad por los escolásticos.

¡Cuidado si los tiempos han cambiado! Hoy, las últimas teorías astronómicas no son ya extrañas á la alta Teología: testigos, el Observatorio del Vaticano, los trabajos del Padre Secchi, los programas del *Gesù,* los cursos de Lovaina y otras Universidades católicas. Preguntad, sobre Astronomía, al más zafio seminarista; y, en latín ó en su lengua, os dará razón de la marcha de los Cuerpos celestes; medirá distancias, comparará sustancias, masas, volúmenes é intensidades luminosas; y hablará, como de cosa muy corriente, de variedad de sistemas planetarios, de rotaciones y traslaciones, de la constitución solar y de la descripción de la

Luna, con sus montañas, sus valles y sus apagados volcanes.

Hoy el Vaticano, más cauto que en otros tiempos, se anda con mucho tiento en eso de echarse á reñir con las Ciencias físicas y matemáticas, y también con las naturales, cuando los argumentos son muy redondos. Invoca, á menudo, la máxima de San Agustín, de que no conviene citar textos sagrados para apoyar proposiciones que no interesen á la fe. Cuando la Ciencia sale con algún trueno gordo, Roma no condena con precipitación, pero tampoco suelta prendas. Gusta de que sus teólogos discutan; pero no ve con buenos ojos que se permitan contraer compromisos; como sucedió con el P. Gratry, cuando, comentando unos textos de San Juan, se metió á coquetear con los pluralistas, sobre la existencia de Mundos habitables y habitados.

Dispénsenme esta corta digresión y volvamos..... al Cielo. Había aquí dos cuestiones, según Reinaquio: dónde está el Cielo y cómo se vive en el Cielo. Lo primero lo declaraba irresoluble: porque ¿cómo fijar, ni por consiguiente delimitar, el sitio del Cielo si, para lo Infinito, no hay espacio? Con el segundo punto se atrevía más, sin tener, para nada en cuenta, aquella saludable máxima del cardenal Baronio: *Meglio è sapere* COME SI VA *in Cielo, che* COME VA *il Cielo.*» Pero se atrevía, adelgazando su pensamiento, en términos tales que casi, casi se le perdía de vista; y dudo mucho que pueda yo dar cuenta cabal de ello á mis lectores, sin que mis toscas manos estropeen aquella portentosa fábrica de transcendental idealismo.

Decía Reinaquio que, en el Cielo, viviríamos en contemplación extática: que nunca llegaríamos á la saciedad, porque no es posible saciarse del Infinito: que tampoco careceríamos de actividad; mas no como en la Tierra, porque, en ésta, la actividad es lucha y sufrimiento, condición de la prueba, y, en el Cielo, las pruebas han terminado: que el Justo obtendrá, en el Cielo, la unión con Dios, por la inteligencia y por el amor, mas no por la sustancia: que los teólogos no se han atrevido á resolver si conoceremos á Dios por intuición pura y directa, ó por razón discursiva; si

en sí mismo ó en sus obras. Y terminaba explicando el sen tido místico de la frase «mirar á Dios cara á cara,» indicio supremo de la beatitud; diciendo significar que comprenderemos mejor á Dios, y no que penetremos todo su ser; porque, entonces, nos asimilaríamos su inmanencia, su eternidad y su inmensidad; por consiguiente, seríamos infinitos; y, para ello, nos absorberíamos en lo Infinito, con lo cual vendríamos á caer en el Panteísmo.

No era menos prolijo el Autor belga al describirnos el Infierno, no ciertamente con el brillo y la majestad del poeta florentino, sino con la aridez de un escolástico. Si es realmente un sitio determinado; ó si, como otros afirman, consiste en una separación moral ó en cierto estado de vida incorpórea é invisible; si, siendo lugar, es uno solo, y si está situado en las profundidades de la Tierra, de lo cual dudaba ya San Agustín; si es preferible la decisión del Concilio de Florencia, de que el Infierno es el lugar ó lugares adonde son relegados eternamente aquellos que quedaron excluídos de la beatitud eterna.

Preocupábale mucho la cuestión del fuego. Si es fuego real ó no lo es; si, á que no lo es, se inclinaron San Gregorio de Niza, San Ambrosio y San Juan Damasceno; si hoy es herética la negación de toda clase de fuego material en los infiernos; si la palabra fuego debe ó no tomarse en el mismo sentido que aquel gusano de los remordimientos de que hablan Isaías y el Evangelio de San Marcos. Si las penas consistirán únicamente en aquellos remordimientos, sin distracción, y con una actividad siempre dirigida al mal, que no podrá encontrar más que tormentos perpetuos volviéndose contra sí misma, sin poderse nunca destruir.

A pesar del atraso en Ciencias físicas de los tiempos de Reinach, ya se permitía dar sus puntaditas sobre la naturaleza del fuego de los réprobos. Si era realmente tal. Como adelantándose á las modernas teorías sobre combustión espontánea, preguntaba si el fuego del Infierno procedería por virtud propia ó por hacinamiento de materiales; en lo cual demostraba tener sobrado talento para no tomar al pie de la letra los cuadros horripilantes de la iconografía me-

dioevana, y aun los de la Pintura simbólica posterior al Renacimiento, con aquellas caras escuálidas de los condenados y con las legiones de diablos atizando los carbones.

VIII

En sus últimos años, miss Eva era acérrima partidaria de la pluralidad de existencias, combinada con la de Mundos. Reynaud y Flammarion á un tiempo. Ella, tan enemiga de Autoridades, las buscaba cuando daban fuerza y prestigio á sus opiniones. Recordaba que Pitágoras, propagador de la Metempsícosis, como iniciado en los misterios de Eleusis, había defendido la doctrina de la preexistencia del Alma y de sus vidas sucesivas. Decía que también, entre los griegos, la había sostenido Empédocles; y que hasta Sócrates y Platón se inclinaban á ella; que los alejandrinos no la habían desdeñado, ni Plotino en sus *Enéadas*, ni Porfirio en su libro *Del regreso de las Almas*, ni Jamblico en su *Tratado de los misterios egipcios;* y, al llegar á la civilización romana, encontraba más que rasgos de pluralismo en toda la escuela estoica.

Naturalmente, para los tiempos antiguos, su gran apoyo era Orígenes con todos sus sectarios; y citaba largos pasajes de los dos libros *De Principiis* y *Contra Celsum*, para demostrar que Orígenes había enseñado, como doctrinas cuando menos probables, la preexistencia, el tránsito de las almas á varios cuerpos, y la posibilidad de caídas y rehabilitaciones sucesivas; sin admitir, en el otro mundo, más que penas medicinales que vayan purificando progresivamente los espíritus. Entre los origenistas, no vacilaba en colocar á San Gregorio de Niza por su *Discurso catequético*, donde habla de vidas futuras y subsiguientes. Paracelso, Cardano y todos los cabalistas llevaban al pluralismo un gran contingente de fuerzas; y no contribuía menos á darle carácter, el libro de Giordano Bruno, *Dell infinito universo e dei mondi.*

Y al llegar á los tiempos propiamente modernos, la lista de los partidarios de la pluralidad de existencias tomaba, en boca de miss Eva, proporciones extensísimas: Leibnitz la defendía en la *Teodicea* y en sus *Principia*, con la doctrina de la transcreación; Lessing, en la *Educación del género humano*; Goethe, hablando de preexistencias y reminiscencias; Fichte, en el *Tratado del destino humano*; Schelling, en su libro *Filosofía y Religión*; Krause, con todos sus secuaces; Fontenelle, en sus *Conversaciones sobre la pluralidad de los Mundos*; Ballanche, implícitamente, en la *Palingenesia social*; Fourier, en su *Teoría de la Unidad universal*; Pelletan, Juan Reynaud, Flammarión, y, finalmente, los espiritistas, y á la cabeza de ellos Allan Kardec, con su libro *Justicia divina según el espiritismo.*

Apurado el catálogo de Autores, ó sea la *bibliografía*, en la cual, para evitar prolijidades, he omitido muchos nombres, miss Eva emprendía la *historia* del Pluralismo. Lo hacía subir hasta los Vedas, cuyos dogmas, no sólo admitían el descenso de las almas á regiones inferiores, sino también el derecho de los Justos á renacer en otros mundos. Mas aquí tropezaba con un serio inconveniente. Ella, que tanto ponderaba el espiritualismo de las Religiones indostanas, tenía que confesar que aquellas regiones inferiores, mencionadas en los Vedas, eran, no ya los astros subalternos, sino los cuerpos de ciertos animales, hasta de los más inmundos.

Van ustedes á ver cuán ingeniosamente salía del paso. Decía que, á la idea de la Metempsícosis, había que aplicarla toda la doctrina del sistema evolutivo; porque la Metempsícosis tenía su desenvolvimiento natural, su lógica, en la Historia. Que empieza por un concepto puramente animal, en las creencias primitivas; y, al compás de las civilizaciones, se va idealizando poco á poco, hasta llegar al concepto transcendental de las transmigraciones siderales, ó en los espacios. Escogía unos cuantos tipos de pueblos salvajes aleccionados en la Metempsícosis animal: los Papús del Norte de Guinea, que se abstienen de comer aquellos animales en cuyos cuerpos se prometen revivir:

los habitantes de las islas Sandwich, que entregaban hombres á los tiburones para hacer á estos más benignos, incorporándoles almas humanas: los de las islas de los Ladrones, cuyas almas pasaban á los peces. Así se explicaba lo de los Vedas; que, siendo su filosofía muy elevada, era, al fin al cabo, primitiva, y no había que extrañar la combinación de su Metempsícosis con algunos *resabios* de animalidad.

Calificaba, en cambio, de progresiva la Metempsícosis egipcia. No la de Herodoto, con sus paseos de las almas, durante tres mil años, al través de animales y vegetales. En concepto de miss Eva, las *Leyendas* de Herodoto traducían la forma ruda, elemental y primitiva de la Metempsícosis egipcia; y si aquella forma fué popular, debióse á que venía, en derechura, de las antiguas razas del Nilo, durante las primeras dinastías. Para miss Eva, era indudable que el concepto fundamental de la Metempsícosis egipcia estaba en el *Libro de las Migraciones*, que señalaba á las almas justas, antes de su llegada á la mansión de Osiris, la residencia en tierras deliciosas, sucesivas transmigraciones en los espacios celestes, y transformaciones voluntarias en aves, sí, pero en aves divinas. De ahí aquella doctrina de las reencarnaciones pitagóricas y neo-platónicas, que palpita en el fondo del Politeísmo griego: de ahí los grandes períodos astrológicos explicados por los filósofos paganos de la Mesopotamia. Y así, dando más ó menos tortura á los conceptos, resultaban explicadas las *Metamórfosis* de Ovidio, ciertos pasajes de las *Geórgicas* de Virgilio y el sexto libro de la *Eneida*.

Sabe Dios hasta dónde hubiera llegado miss Eva, con su evolución de la idea de la Metempsícosis, si hubiese podido despacharse á su gusto y no se encontrara con otro tropezón: el Druidismo. Los druidas, es decir, los celtas, á pesar de ser de costumbres primitivas, profesaron una Metempsícosis muy distante de la animalidad; sucediendo aquí todo lo contrario de los Vedas, cuya Filosofía, á pesar de su elevación, caía en las torpezas de un brutal transformismo. Ni había que darle vueltas á la cosa: todos los testimonios históricos estaban contextes en la clase de Metempsícosis

que los celtas reconocían. Sus bardos, al mencionar el porvenir de las almas, se referían siempre á mundos etéreos; sus ritos funerarios suponían transmigraciones, no en animales, sino en seres humanos. Lo confirman cuantos escritores antiguos hablaron del druidismo: Amiano Marcelino, Diódoro, Valerio Máximo. Julio César, en su libro *De Bello Gallico*, dice que los druidas no creían morir: *sed ab aliis transire ad alios*. Lucano los elogia en su Farsalia, y dice que, para los celtas, *longæ vitæ mors media est.*

¿Qué contestaba la erudita americana á estas razones que así trastornaban toda su armazón histórica? Se encogía de hombros, recordando que no hay regla sin excepción. Pongamos aquí la de los druidas, decía; é iba siguiendo con sus filiaciones evolutivas.

IX

La proximidad de la muerte no vino á aplacar los ímpetus pluralistas de la propietaria de *Bulton Cottage*, sino á darles más vigor. Ya con un pie en la sepultura, su fanatismo era todavía tal, que hasta buscaba concordancias del Pluralismo con la Biblia; y citaba el *Spiritus vitarum* y el *Nephesch* ó espíritu astral de los libros de Moisés, queriendo meter, en la danza, hasta el mismo Evangelio. Yo llegué á sospechar si aquellas recrudescencias de última hora las debería miss Eva á la especie de delirio con que, en sus últimos años, había acogido la teoría de la sugestión y las prácticas del magnetismo y del hipnotismo. Según me escribía, ya no cultivaba más lecturas que las espiritistas; cada día más aficionada á Crookes, Russell Wallan, Paul Gibier y otros escritores, cuyas obras, sobre las fuerzas psíquicas, estaban destinadas—eso decía ella—«á abrir horizontes, cada vez más vastos, en el sentido de la pluralidad de Mundos y de existencias.»

Un día le supliqué que me hiciese un ligero bosquejo de

la teoría pluralista, tal como ella la concebía. Al principio se resistió, gastándome la broma de que ya no estaba para metafísicas; pero tanto insistí, que al fin se decidió á hacerlo, en una serie de cartas, cuya sustancia voy á transmitir á mis lectores Pasen de largo si les molesta.

Divorciándose desde luego del Panteísmo, afirman los pluralistas la individualidad de las almas, que consideran producto de un movimiento iniciador y de una creación perpetua, bajo la dirección del Supremo de los seres.

La creación tiene dos formas: la *involutiva* y la *evolutiva*. Por la involución, el espíritu desciende á la materia; por la evolución, el espíritu verifica una ascensión gradual, para irse acercando á la Unidad divina, sin confundirse con ella.

Esto lo explicaba miss Eva diciendo que el hombre es de una naturaleza binaria: cuerpo, con la sensación; y alma, con el sentimiento y el conocimiento; que la materia es su expresión inferior, su aspecto cambiante; que el Alma forma en realidad su cuerpo por virtud de su fuerza plástica—*corpus cordis opus*;—pero el Alma es, al revés del cuerpo, progresiva é inmortal, y sube hacia el Autor de todo lo creado, al través de existencias numerosas, alternativamente terrestres y espirituales.

Dentro de la creación es, por consiguiente, el espíritu la única realidad permanente, con incesantes evoluciones, en el tiempo y en el espacio. Por esto algunos autores llaman á este sistema *la Vida en el espacio;* otros, la *Jerarquía de la existencias*; Leibnitz lo incluía en su evolución progresiva de los seres, bajo la ley de continuidad; Juan Reynaud y Pezzani le dan el nombre de *Ley ascensional*; los krausistas y Laurent lo llaman *Vida progresiva*.

Los pluralistas van más allá; y, en esta serie indefinid de existencias, hacen sus correspondientes encasillados mundos inferiores, intermediarios y superiores A los infe riores los llaman también primitivos, de incoación y de la pruebas; y suponen que, en ellos, el alma se ensaya en l vida y en la adquisición y juego de sus facultades. En lo mundos intermediarios ó de preparación, el Alma ya no pue de decaer; se instruye en el conocimiento de Dios, y se fo

talece en las vías de la moralidad. Finalmente, en los mundos superiores, camina ya desahogadamente hacia un progreso incesante y proporcionado á los méritos que haya ido contrayendo.

No dejan de advertir de paso que, por ahora, vivimos todavía en uno de los mundos inferiores.

Notemos nosotros por nuestra parte—y también de paso—que aquí los pluralistas tienen su dedadita de miel para el Catolicismo: el mundo inferior se parece al Valle de lágrimas; el intermediario, al Purgatorio, y los mundos superiores pretenden asemejarse al Celeste Empíreo.

Al llegar á este punto, miss Eva se echaba á discurrir largamente sobre la preexistencia y la reencarnación, consecuencias forzosas de su sistema. La preexistencia, por lo sucesivo de las vidas; la reencarnación, por el paso también sucesivo de las almas á otros cuerpos menos groseros y más sutiles; *perispiritus*, ó cuerpos espirituales, ó cuerpos aromales: que todos estos nombres suelen recibir de los filósofos. La existencia de estos cuerpos la consideran necesaria los pluralistas para mantener la identidad personal; sin cuyo requisito, no tendrían valor las nuevas pruebas destinadas á ir corrigiendo, depurando y perfeccionando las almas.

Explicando el fin concreto de la jerarquía de las existencias, la enlazan con la teoría universal del progreso indefinido; sosteniendo que es, para la humanidad, una gran forma educativa establecida por la Providencia, á fin de llevarnos á la salvación final: que los progresos que aquí hayamos obtenido, en las esferas del conocimiento y de la virtud, determinarán nuestro punto de partida en la vida inmediata, y el sitio que hayamos de ocupar en él: que, en su momento de incoación, las almas están creadas sobre la base de una perfecta igualdad: que, dentro de la gran serie, cada Mundo representa una institución particular, con su comienzo y su fin determinados: que, por esto, los recorremos ó los recorreremos todos, porque la movilidad perpetua es nuestra suprema ley, y no podremos llegar á ningún estado absoluto; si bien en definitiva nuestro cuerpo resucitará, en su esencia más pura y en su misma sustancia, es decir, en cuerpo

y alma, porque, sin los dos juntos, desaparecería el *yo;* y lo que ha de triunfar es el reinado de la personalidad cimentada en la libertad.

Finalmente, tratando de enlazar la pluralidad de existencias con el sistema de la pluralidad de Mundos, enlace ya previsto, aunque no explicado, en las antiguas Mitologías siderales, miss Eva hacía suyas las modernísimas teorías expuestas por Flammarión en sus dos famosos libros *De la pluralidad de los Mundos habitados* y *Los Mundos reales y los Mundos imaginarios.* Á este efecto, establecía también, entre los Mundos, un orden jerárquico universal, un progreso, en los espacios, correspondiente al progreso en las almas, una cadena no interrumpida de tiempos, lugares y Globos celestes destinados á los seres humanos para su castigo, su perdón ó su recompensa: unos, como asiento de la expiación; otros, para la misericordia. Todo con una gradación indefinida, por ser indefinida también la de culpas y merecimientos.

X

Tal era, á grandes rasgos, la explicación de miss Eva Thorold; y me la iba sirviendo á sorbos, con sus correspondientes alegatos, para darle más relieve.

Primer sorbito: parangón entre la Justicia divina y la humana. La Justicia humana, externa, problemática, definida siempre dentro de las relaciones con la vida actual, y con nuestro estado presente. La Justicia divina, interna, á veces también externa, recta por esencia, relacionada con la universalidad de la vida, en sus varias gradaciones.

Segundo sorbo: el progreso universal y el amor divino Sin el sistema de vidas sucesivas, no acertaba ella á comprender la verdadera teoría del progreso indefinido, ni veí medio de conciliar el carácter relativo del mal moral con l absoluto de la bondad Suprema.

Sorbo tercero: nuestra propia condición en esta Tierra. Si es posible que el *homunculus* terrestre sea el último eslabón de la cadena que une la criatura con el Creador. Si es posible que todas las almas lleguen aquí en el mismo punto de iniciación, y con el mismo grado de potencia. Si, dada la índole de la perfección, puede bastar una sola *corporeidad*, una sola prueba vital para obtenerla; ó si es necesaria una serie de *corporeidades*, que es lo que ella llamaba reencarnaciones, para ir depurando el espíritu.

El último sorbo era amarguísimo á la boca: dichas, penas y desigualdades en esta vida. Como todos los pluralistas, miss Eva las explicaba por el estado del alma en existencias anteriores. Ingenios ó torpezas, talento ó imbecilidad, dinero ó miseria, belleza ó defectuosidad, nacimiento ilustre ó pañales miserables, instintos buenos ó instintos malos, precocidades, intuiciones, loterías, calamidades, diversas condiciones naturales ó sociales: todo habrá dependido de los buenos ó malos antecedentes que traigamos en la maletita del último viaje. Amarguísimo sorbo, os digo, amarguísimo á la boca.

Para ramillete final, miss Eva se encaraba con la Tierra desafiándola á divorciarse de los espacios infinitos. La creación es una: la gran unidad resulta del conjunto de los seres: no pretendáis aislaros, separando los Globos de las existencias. Invocaba el arranque de Cyrano de Bergerac: «¿Cómo es posible creer que los Globos celestes no sean más que desiertos campos, y que el nuestro, solamente por ser nuestro, haya sido formado para una docena de presumidillos?»

Ándele usted con paños calientes á una mocita de aquel calibre. ¿Cánones y decretos, Bulas y bularios á una racionalista? Por si acaso, le citaba yo los Concilios que habían condenado el origenismo y la preexistencia: Concilio de Calcedonia, tres ó cuatro de Constantinopla, uno de Braga, y tantos otros. Tiempo perdido. También se me hubiera reído á las barbas si le hubiera dicho que la habitabilidad de otros Mundos es cuando menos dudosa, porque las condiciones físicas que se presumen, ó se conocen, de ciertos

astros, serían incompatibles con nuestro organismo. Por ejemplo, Vesta y la Luna, por carecer de atmósfera y de agua; Venus y Mercurio, porque nos haríamos una chicharra, y de Marte para arriba, un delicioso sorbete. Hubiera contestado que esto era prejuzgar cuestiones, y meterse en honduras que no hacen maldita la falta; porque ningún pluralista sostiene que, al verificarse la reencarnación, hayamos de conservar las mismas condiciones de organismo y funcionalidad que ahora.

¿Cómo lo saben? Este debe ser su secreto; y tienen muchos, porque toda su doctrina está plagada de dogmatismo. Afirmar, y afirmar sin pruebas ni demostraciones. ¿Cómo me contestaba la Miss cuando yo le advertía que, con su sistema, tendríamos algún día que vivir con los bribones, cuando, limpitos y aseados, hubiesen recorrido ya todos los pisos de la Casa? ¿Cómo contestaba al dicho de San Jerónimo, de que es imposible que vivan juntos, en ningún Cielo, Gabriel con el Diablo, San Pablo con Caifás y las vírgenes con las meretrices? ¿Cómo contestaba? Con una fresca. Que una vez hecha la depuración y pasada la esponja por pecados y pecadillos, el resto no eran más que puras aprensiones.

XI

Después de este ligero tiroteo, entrábamos con la artillería gruesa. Dos argumentos, á mi juicio decisivos, oponía yo á miss Eva: la reminiscencia y las consecuencias morales y sociales de su doctrina.

La reminiscencia. Si nuestras existencias forman un cadena, y las hay anteriores y futuras, ¿cómo no nos acordamos de las anteriores? La pregunta es antigua; ya la hacía, en su *Teofrasto*, Eneas de Gaza, escritor del siglo IV. Después la han repetido muchos filósofos y no pocos teólogos. Fué la pesadilla de Juan Reynaud, que la llamab

cuestión eterna. Tanto le escocía, que dedicó á ella un libro especial: *De la memoria en la inmortalidad.* Y sigue siendo eterna la cuestión, porque el libro no resuelve nada. Pues valía la pena de resolverlo; porque, como dice muy bien Leibnitz, una inmortalidad, sin recuerdo, es una inmortalidad sin moralidad. Si, en la cadena de existencias, es condición precisa conservar nuestra personalidad, nuestra identidad y nuestra conciencia, es claro que no lo conseguimos desde el momento en que el *yo* no se da cuenta de nada del pasado. Si, en esta vida presente, estamos destinados á expiar *algo,* también es claro que necesitamos saber *en qué* consistió este algo, sin cuyo requisito no nos será posible la enmienda.

¡Lo que ciega el fanatismo! Aquella mujer de tanto talento no contestaba á estas razones más que con cuatro vulgaridades.—¿Por qué creerán ustedes que no tenemos memoria de las vidas pasadas? Porque su historia está ya *escrita* en nuestras almas. ¡Escrita! Será con tinta simpática, porque las letras no parecen.—Nuestra memoria de aquel pasado queda simplemente dormida, como un recuerdo *virtual.* Ya escampa. ¡Y nos quejábamos de la metafísica del P. Reinaquio!—Platón enlazaba ciertos presentimientos con la reminiscencia. ¿Presentimientos? Los que los tengan. Y además, ¿qué hay de común entre lo que se presiente y lo ya sucedido?

¿Quién sabe—añadía miss Eva—si el olvido de anteriores existencias es, en la presente, una de las condiciones de las nuevas pruebas á que estamos sometidos?—¡Vaya una prueba singular! responderá el más zafio. Si lo que olvidamos era malo, nos dan perfectamente por el gusto haciendo que lo olvidemos; si bueno, nos convendría tenerlo muy presente para continuar por la misma senda.—Que la reminiscencia daría un carácter, hasta cierto punto interesado, á las pruebas de esta vida; y lo que conviene es que obre en ellas plenamente la libertad, y *sin influencias del pasado.*—Pero ¿en qué quedamos? El pasado, el presente y el porvenir ¿no constituyen la gran unidad de los pluralistas? ¿Adónde va á parar esta unidad si la rompéis por algún

lado? ¿Decís que no la rompéis y me quitáis todo término de comparación? Porque ¿qué término de comparación tengo yo para mejorarme, si empiezo ignorando lo bueno ó lo malo que hice allá, en los tiempos de la Enanita?

Continuaba la polémica, y con mayor viveza.—«¡Olvidos! ¿No los hay en este mismo mundo, y tan inexplicables como los otros? ¿Os acordáis de cuando estabais en el claustro materno? ¿de vuestra primera y aun de vuestra segunda infancia? ¿No olvidan los locos? ¿no olvidan los sonámbulos? ¿Quién se acuerda de lo que le pasó durante un sueño magnético?»—¡Válgame Dios, señora doña Eva de mi alma! Usted me cita estados *concretos*, rudimentarios, patológicos ó anormales, y aquí venimos tratando de un estado universal y de la normalidad de las existencias. No hablemos de lo del claustro materno, porque no puedo tomarlo en serio. Pero, si *dentro de la vida actual*, hay edades, dolencias y situaciones psicológicas, incompatibles con el recuerdo, esto no afecta, en lo más mínimo, á la ley de nuestro desenvolvimiento. Por el contrario, si suponemos que ha habido una ó más existencias anteriores, la falta de recuerdo de ellas rompe necesariamente la ley de sus relaciones con la actual; y ya no existen, ni cadena, ni jerarquía, ni sucesión de vidas.

Cuando se veía, así, algo apuradilla por lo irrebatible de ciertos argumentos, miss Eva rompía por la tangente y se inspiraba de profetisa.—«Este mundo en que vivimos—decía—es un mundo ínfimo y material; y el recuerdo no existe más que en los superiores, donde los grillos corporales, que nos aprisionan, van siendo cada vez más ligeros. La memoria vendrá cuando lleguemos á aquellas moradas de dicha y bienandanza: la memoria vendrá, y con fuerza creciente y proporcionada á cada una de las etapas que vayamos recorriendo.»—Con lo cual me dejaba clavado á la pared, sin duda por mi poca costumbre de entenderme con las Sibilas.

Y pasábamos al segundo punto formal de nuestra controversia: las consecuencias del Pluralismo. Son horrorosas. Yo las encerraba en estas dos palabras: pesimismo y fata-

lismo. Si soy cojo, tullido ó manco; ciego, sordomudo ó imbécil; si pertenezco á la simpática categoría de perpetuo burro de carga; si he nacido villano, feroz, sanguinario, criminal; si la suerte me da, en el alma ó en el cuerpo, cada latigazo que me hace temblar: no vengáis á molestarme con preguntas. Fuí, *en aquellos tiempos*, un solemnísimo canalla; y todo me lo tengo bien merecido. Estoy purgando. Por el contrario, si puedo echármelas de Adonis; si nací magnate; si soy genio ó buey de oro; si mando y despotrico en mi casa y en la ajena, en lo público y en lo privado; si soy suave de condición, pacífico, benévolo; si me caen loterías, me limpio de contrariedades y llego á todos los pináculos: no hay más que hablar, es que traje aquí *una buena hoja de servicios*. ¿Qué género de compasión cabe dentro de este sistema? ¿qué límite fijaréis al orgullo del afortunado? Esto, por lo que atañe á lo moral; que en lo social, que en lo político..... Si, en todo hombre feliz, hemos de ver un semidiós, digamos un *Senador* por derecho propio, y en todo desdichado un culpable, ¿á qué calentarnos la cabeza buscando medios de estrechar distancias? Ahondarlas es lo que procede, respondiendo así á los designios de la Providencia. Ruede la bola, y sigan, sin enmienda, las radicales distinciones entre el noble y el plebeyo, el eterno gobernante y el eterno gobernado, el rico y el pobre, el explotador y los explotados.

¡Ah! Los pueblos antiguos tenían más pesquis del que nos figuramos. Cuando les daba por la Metempsícosis, establecían el régimen de castas. Castas en la India: castas en el Egipto.

El régimen de castas es la derivación lógica y la fórmula social de todo sistema de transmigraciones. ¿Habéis sido, en otra vida, del gremio de los perversos? Pues aquí, á pagarlo todo en una casta inferior, envilecidos, despreciados, sin derechos ni libertades. ¿Os portasteis bien? Naceréis en una de las castas superiores, más ó menos altas, según la calidad del paño que trajisteis: vengan riquezas, honores, gloria, abundancia, prerrogativas y dominaciones.

Esto es hablar claro y hacerse entender. ¿Se explican así los pluralistas? Ea, á atarme cabitos; y que me concierten

nuestra doctrina de la personalidad humana con su Metempsícosis. Metempsícosis, digo, y muy Metempsícosis. Tan Metempsícosis la de los pluralistas de hoy, como la más genuina de los Vedas ó de los egipcios. Mientras vivió miss Eva, se lo callé, porque me hubiera sacado los ojos si llego á llamarla partidaria de la Metempsícosis: ahora que la pobre ha muerto, lo escribo con todas las letras. Aquellas distinciones sutiles, entre la Metempsícosis animal y la sideral, nunca me convencieron. Sideral ó animal, en la misma tierra ó en los espacios, toda clase de transmigración de espíritus me parece sometida á la misma crítica, porque se funda en el mismo principio. Dicen que la teoría actual de las vidas sucesivas jamás podrá confundirse con la Metempsícosis animal; porque, en las transformaciones pluralistas, el alma humana conserva siempre el juego natural de aquellas facultades y de aquella libertad de que las bestias carecen. Añaden que las expiaciones no podrían verificarse, en los cuerpos de los animales irracionales, que, ni merecen, ni desmerecen.

Será lo que quieran; pero yo me atengo á la lógica y á la experiencia. Á la lógica, porque no sé qué otra colocación puedan dar á las almas en los mundos inferiores.—Á la experiencia. Díganme, ¿han visto algún sistema de Metempsícosis que no esté ribeteado de animalismo? Platón, el gran Platón, el defensor de la Inmortalidad y de la vida futura, ¿no nos dijo que los que se hayan entregado, sin freno, á los placeres sensuales, entrarán probablemente en los cuerpos de animales de índole parecida? Plotino, el idealista, la lumbrera de Alejandría, ¿no nos aseguró, en sus Ennéadas, que los iracundos habitarán cuerpos de carnívoros, el venusiaco los de los lascivos, el glotón el de los glotones? ¿que los tiranos se transformarán en aves de rapiña, y la gente perezosa en vegetales? Hasta á los pobres músicos los convierte en aves canoras. ¡Si tendré á Wagner ó á Rossini metidos en mi pajarera!

Ni me digan que esto eran chocheces del viejo Paganismo. De estas chocheces tenemos muchas todavía. León Denis, reciente espiritista, que ha escrito un libro bajo el lema

Semper ascendens, sostiene muy seriamente que hay almas formadas en las regiones más ínfimas de la animalidad; y que, según sus méritos ó deméritos, caminarán hacia el Infinito «impregnadas en los instintos, astucias ó ferocidades de los animales crueles; ó, por el contrario, en la buena índole y generosas tendencias de los pacíficos.»

¿Lo queréis más claro? Á esto ha llegado el Pluralismo; ó mejor dicho, no ha llegado, sino que ha vuelto á sus antiguos lares. Cito un espiritista, es verdad; pero ¿qué es realmente el Espiritismo sino la última forma de un Pluralismo práctico?

Un poeta filósofo, algo tocado de Metempsícosis, afirma que los que hayan hablado mal de las cosas del Cielo estarán condenados á vagar perpetuamente por los espacios, en forma de aves gigantescas, con los ojos siempre clavados en el firmamento. ¿Será éste el destino de mi antigua é inolvidable compañera de Aranjuez? Miss Eva Thorold murió de setenta y siete años, en 3 de Abril de 1890.

Ya sabrá ahora á qué atenerse.

1854-1858.

SECCIÓN PRIMERA

Con anticipación.—¿Qué hago?—Puntitos en Canillejas.—Casi materia fusilable.—Aspecto de un campamento en 1854.—¿Y los prestigios?—Se pronuncia La Rocha.—¡Si son ustedes cuatro gatos!—El cólera en Barcelona: reacción de la paliza.—Revientan todas las minas.—Apuntes sobre las Constituyentes del bienio.—Asisto al entierro del niño.—D. Valdemoro y D. Leopardo.—*Pif, paf.*—Una carta.—La acera de Villahermosa.—¡Muerto!—¡Ay! ¡la noche eterna!

I

Á mediados del 54, tenía que hacer un viaje á Barcelona, para el cual había tomado, con quince días de anticipación, un billete en la silla correo del 29 de Junio. Júzguese de mi sorpresa al tener conocimiento de la sublevación del Campo de Guardias, con la seductora adición de que la carretera de Alcalá estaba interceptada por las tropas de O'Donnell. ¿Qué determinación me aconsejaba la prudencia? ¿Abandonaría el billete, aplazando mi viaje para más tarde? ¿lo aprovecharía, arriesgándome á cruzar las líneas de los sublevados? ¿arrostraría la contingencia de ser detenido, ó tomado por espía, ó la de verme envuelto en una refriega, como la que resultó en Vicálvaro?

En estas perplejidades pasé unas horas, hasta que dije: pecho al agua. ¿Quién se había de meter conmigo? A Dios gracias, no tenía, ni jamás he tenido, trazas de polizonte: dinero llevaba poquísimo, porque lo había de cobrar en Barcelona; alejada así toda sospecha de querer penetrar en el campo de los pronunciados, con miras hostiles de escudriñar, sondear, alquilar conciencias ó rescatar voluntades. Papeles, únicamente los que se referían á mis particulares intereses: en mis bolsillos y en mi valija, ni una línea, impresa ó manuscrita, que pudiera comprometerme. Mi última reflexión fué que, si contaba con buenas relaciones entre los situacioneros de Madrid, las tenía también, y no escasas, entre los que se habían metido en la gresca: empezando por el general Messina, de quien era amigo y comensal; y tenía yo la seguridad de que habia de salir á mi defensa, si trataban de armarme camorra.

Una vez decidido el viaje, esperé impacientísimo la hora, ansioso de conocer un pronunciamiento por dentro, ya que, por fuera, había visto tantos. Cuarenta minutos faltaban para la marcha, y ya andaba yo rondando por Correos. Lleguéme al conductor y le pregunté:—¿Voy solo?—Va otro caballero, contestó.—¿Y cuál es la pinta del mozo?—Alto, seco, unos cuarenta años.—Señas luminosísimas para formar cabal concepto de la calidad del personaje. Vino éste al fin, cuando sonaba la hora crítica: nos empaquetaron, y echamos á rodar como alma que lleva el diablo. Así nos fuimos tragando la calle de Alcalá, su Puerta, el camino de las Ventas; cautelosos, sin chistar y mirándonos de reojo. ¿Si será, si no será? me decía yo. Y estoy seguro de que el otro, á mi intención, se hacía la misma pregunta.

En esto, nos acercábamos á Canillejas, cuando el adlátere suelta de pronto la lengua con un enérgico «ya pareció aquello.» —¿Aquello qué?—pregunté. Y, extendiendo la mano, me hizo notar, allá en el horizonte, sobre una eminencia, varios puntitos negros, con unos como reflejos metálicos que se movían en distintas direcciones. Pronto los puntitos se convirtieron en puntos, y los puntos en líneas, y las líneas en figurillas, y las figurillas en figuras humanas, y los refle-

jos en agudísimas lanzas. Aquellos verbos se hicieron carne, y aparecieron, á nuestros ojos, bajo la alarmante forma de soldados de caballería. Eran las avanzadas de O'Donnell.

¿Moritos tenemos? dije; pero fueron moros de paz, porque, con gran asombro nuestro, nos dejaron el paso franco. Ni nos hablaron, ni nos siguieron. No tuvimos tanta suerte en Torrejón, donde, á la entrada del pueblo, nos atajó los pasos un pelotón de infantería con bayoneta calada, deteniendo el coche é intimándonos que nos apeásemos. Obedecimos, y gracias todavía que nos permitieron colocarnos á la sombra y tomar asiento en unos sillares por allí esparcidos. Entre otros agasajos, nos obsequiaron con cuatro centinelas de vista, creyéndonos pájaros de cuenta. En torno nuestro se formó un corrillo de oficiales, con su orador y todo: iba el tribuno vestido de Físico de regimiento y, con descompuestas voces, nos acusaba de espionaje. Quién se inclinaba á la benignidad, sosteniendo que pertenecíamos al género mansiforme; quién espumarajeaba, no encontrando, con el Físico, pena bastante para castigar nuestra insolencia. Supimos pronto, por dicha nuestra, que aquellos impertinentes distaban mucho de ser Tribunal Supremo; porque, á la media hora, vino una orden, no sé de dónde, disponiendo que inmediatamente siguiésemos para Alcalá, con el correo.

Aquellas angustias de Torrejón no se me han caído de la memoria. Vime materia fusilable; y después, cuando se serenó mi espíritu, me bastó aquel poco de tiempo para ver otras muchas, muchísimas cosas de las que dejan huella. Vi que, en solas cuarenta y ocho horas de sublevación, aquella gente se había divorciado de la disciplina: soldados ebrios, otros sin armamento, uniformes destrozados, caballos en dispersión, familiaridades de la tropa con la oficialidad; y otros no menos marcados síntomas de una anarquía deplorable. Y vi, y todavía me hicieron más daño, ciertos pormenores de esos que pasan inadvertidos, sin dejar de ser muy significativos. Jefes y oficiales, no en corto número, llevaban uniformes raidísimos con insignias ó divisas flamantes y recién pegadas al paño; indicio probable, si no

seguro, de que se habían improvisado los ascensos, cobrándose, probablemente ellos mismos, por adelantado.

El permiso de Torrejón ¿era patente limpia para todo el viaje? Pronto se despejó la incógnita. Momentos después de llegar á Alcalá, para cambiar de tiro, se nos acerca un Oficial de Estado Mayor diciéndonos, de orden del Cuartel general, que teníamos que retroceder á Torrejón, porque había que practicar allí un escrupuloso registro de la correspondencia. Nunca me he explicado aquella maniobra. Si el registro debía verificarse en Torrejón, ¿por qué no lo hicieron cuando pasamos por el pueblo? Si podía hacerse en Alcalá, ¿por qué nos obligaban á retroceder? ¿Por qué, por qué? Echensela ustedes de curiosos con la gente que pincha. Ello fué que retrocedimos; y aquí empezaron otra vez las de Caín. Hubo que deshacer el viaje á pie, sin dejarnos meter en el carruaje, so pretexto de que el Cuartel general *nos* lo tenía confiscado.

Colocáronnos entre dos filas de soldados, que nos granizaban de improperios, prodigándonos los insultos más soeces, y mofándose de lo aperreados que íbamos y de aquel nuestro tan atribulado continente. A escape nos hacían andar por una carretera infernal, y más para mí, que antes de Alcalá, me había puesto de zapatillas en el coche; y cada vez que pretendíamos acortar el paso, un ex-ranchero, sargento de los que venían ascendidos, me empujaba por la espalda con el fusil, amenazándome, si no obedecía, con aplastarme la cabeza de un culatazo.

Con este mimo, nos reintegraron en Torrejón aquellos bergantes. Entregaron la correspondencia oficial á uno que, en las insignias, parecía comandante; la privada la dejaron á merced de la soldadesca, que la saqueó en toda regla, destripando paquetes, abriendo cartas, tirándolas ó paseándolas triunfalmente en las puntas de los sables y bayonetas.

Tres mortales horas duró la zambra; mas cuando, de puesto todo miramiento, se empeñaron en abrir nuestras maletas, enérgicamente me opuse á ello, y apostrofé á aquella canalla ruin, invocando el nombre de Messina, ante el cual respetuosamente se inclinaron todos.

Señores: un minuto—*s'il vous plaît*—antes de pasar adelante. Siempre los altos historiadores de las revoluciones las han estudiado con la preocupación de las grandes líneas, de las grandes figuras, de los grandes ideales, de los grandes móviles, de las grandes sumidades que manejan los teclados. Acordándome de esto, me preguntaba: ¿por qué no habrá también quien haga la historia de las revoluciones por lo menudico? ¿así, desde abajo, desde lo más llano, como después los Erckmann Chatrian han descrito las batallas, desde el punto de vista del soldado? Con este sistema de doble perspectiva, los estudios históricos resultan más complejos, pero también más completos; hay anverso y reverso, verdadera liquidación de ganancias y pérdidas, listas de vencedores y listas *efectivas* de vencidos.

II

Cuando, pasado el nublado, volvimos á entrar en posesión del vehículo y perdimos de vista la zona en combustión, nos entregamos los dos viajeros á mutuos desahogos de espíritu; y sin reservas, porque el común peligro nos había unido con lazos de profunda simpatía. Por segura dábamos la gorda que se iba á armar, á las pocas horas, entre las tropas del Gobierno y los sublevados. En prueba de confianza, arriesgábamos alguna que otra conjetura sobre la tendencia del movimiento. Perfectamente de acuerdo los dos en que había motivo, no para una, sino para cien revoluciones. Las provocaciones de los moderados, los devaneos de la Corte, la corrupción administrativa y el eterno compadrazgo, bautizado entonces con el nombre de polaquismo, habían acabado con la paciencia del país. Si alguna quedaba, venía á remachar el clavo el insufrible propósito de excluir perpetuamente del Poder á un partido serio. Lo de Canillejas, lo de Torrejón, lo de Alcalá de Henares eran palpitaciones de una opinión. ¿Revolucionaria? ¿O todo ello se

reducía, por el momento, á una simple protesta militar enderezada á disfrazar ambiciones y á obtener, por la tremenda, los medros personales que no habían logrado hacerse camino por lo pacífico?

Buscábamos prestigios, y no los encontrábamos. ¿Prestigio militar? No en el general Dulce, después de su gran campanada ¿Prestigio político? No en O'Donnell, hombre de temperamento antiliberal, y más que sospechoso por sus antecedentes en el moderantismo. Buscábamos el Pueblo, y no parecía por ningún lado. Ni Pueblo en el campamento, ni Pueblo alrededor del campamento. Señoritos de levita muchos, que iban y venían cargados de papelitos. ¿Representaban el elemento civil? Podía ser; pero, ante todo, se representaban á sí mismos. Después los vi atracándose de tajadas gordas en el banquete del Presupuesto. Y cuando, en las agonías del bienio, O'Donnell tuvo á bien emprenderla á escobazos con las libertades, ellos, los de los papelitos, se pusieron resueltamente del lado de los mangos.

Zaragoza, que pronto había de decidir la cuestión, estaba, al pasar nosotros, callada como un muerto. Andaban allí escasos de noticias, porque los pronunciados habían cortado las comunicaciones. En Lérida, el Gobernador nos llamó á su despacho, nos ofreció un cigarro, preguntó, se enteró, y quiso saber, el muy *endino*, quién de los dos, á nuestro juicio, saldría triunfante: si O'Donnell ó el Gobierno. Yo me encogí de hombros: mi compañero le puso cara de memo. El fiel servidor de S. M. nos pedía un dedito de orientación para prendernos, ó pronunciarse. Era un sornajo de primera. De los que se agarran á todos los palos.

III

En Barcelona me fuí enterando de lo que pasaba. Supe lo de Vicálvaro, y cómo, después del lance, O'Donnell y los suyos andaban de la Ceca á la Meca como palominos

atontados Leímos la alocución fechada en Aranjuez el 4 de Julio: pura retórica que no decía nada, que no precisaba nada; pero que dejaba entrever, en D. Leopoldo, el deseo de atraerse el elemento civil, quitando, al movimiento del Campo de Guardias, el carácter de alarde militar que había tenido y exclusivamente seguía teniendo.

Hasta el 10 no conocimos el Programa de Manzanares, pieza de otro calibre, forjada, según decían, en colaboración con el partido desheredado. Á mil leguas se adivinaba que una mano experta había andado en aquel documento. Era una página de liberalismo diluído, muy diluído; y, vertidas en la dilución, unas gotitas reconfortantes: mejoras en el sistema electoral y en las leyes de imprenta, rebaja de impuestos, prudente descentralización, práctica sincera de las leyes fundamentales. *Casualmente* todo el programa de los progresistas. La mención del Trono nos chocaba, no por ella, sino por la omisión de la dinastía. Esto nos hacía recordar que *El Murciélago* y otros periódicos clandestinos habían hablado de D. Pedro de Portugal y hasta de Montpensier, el perpetuo candidato.

No se me olvidará el estrépito que armaron, con sus aplausos, los concurrentes al Café Nuevo de la Rambla, cuando, á las barbas de la policía, se leyó el último párrafo del Manifiesto con la promesa de la Milicia nacional. Bienaventurados aquellos patrioteros, porque de ellos era el reino de los tontos. Un *higuí*, la Milicia, y abrían la boca Cuidado con negarles que la Milicia estuviese identificada con las instituciones liberales. Os enseñaban los dientes os recordaban los servicios que había prestado durante la guerra civil: apelaban á los ejemplos de la Monarquía de Julio, en Francia, y de los Guardias nacionales belgas Como en el Evangelio, creían en la posibilidad de un pueblo armado por D. Leopoldo O'Donnell.

¡Tan confiados siempre y tan bonachones! No veían lo que veíamos otros asiduos al Café, con sólo fijarnos en el sitio y en la redacción del párrafo famoso. Puesto allá al final como un pegote, como diciendo ¡ah! se me olvidaba cuatro palabras secas, frías, incoloras, sin ningún comen

tario, ni siquiera alguno de aquellos epítetos lisonjeros que revelan el gusto del ofrecimiento y excitan la gratitud del favorecido.

De todos lados llovían emisarios en Barcelona. Dos de Zaragoza teníamos, en mi Fonda, que no se recelaban; y, en tonos muy subidos, sostenían que no se adelantaría un paso, en tanto que los aragoneses no soplasen la llama. O estaban en el secreto, ó tenían buen olfato; porque, después de una paralización de cerca de quince días, todos los nudos se desataron á un tiempo. Tal rumbo tomaron las cosas, que, casi en un mismo punto, supimos la caída de San Luis, los incendios de la Capital, los escarceos de la Corte con la mistificación del Gabinete Rivas, la proclamación de Espartero, la inteligencia entre el de Luchana y el de Lucena, y aquel célebre abrazo del balcón que, entre los vítores de la multitud, hizo caer la baba á tantísimos simplones.

Ya el 14 de Julio habíamos tenido, en Barcelona, nuestro poquito de ruido, y no lo elevo á pronunciamiento porque todo pasó pacíficamente y como ajustado á programa. Declarados en favor de O'Donnell algunos Coroneles, el Capitán general La Rocha salió de su Palacio, muy de uniforme, á pie, y escoltado por los indispensables Mozos de la Escuadra. En esta disposición, se encaminó á la Rambla, donde nos agregamos á la comitiva todos los que andábamos á caza de noticias y sensaciones; y, torciendo por la calle de Fernando, llegamos á la plaza de San Jaime, que estaba de bote en bote. Se le notaba al General un aire de contrariedad que no trataba de disimular, porque la procesión iba por dentro; y como era muy gordo —un gordo apretado,— daba unos resoplidos feroces que se oían á gran distancia, enmedio del sepulcral silencio que reinaba en el acompañamiento. Apuesto cualquier cosa á que, en vez de verse honrado con aquel brillante séquito de paisanos, hubiera preferido ponérsenos de cara y agasajarnos con algún despeje de 50 ó 60 caballos.

Ya en la plaza, se metió La Rocha en las Consistoriales, salió al balcón y arengó á la gente. Le veíamos manotear, pero no le oía yo una palabra, porque las oleadas me habían

empujado hasta la esquina del Call. Sin duda el General daba gusto á los señores, porque le aplaudían á rabiar y le aclamaban. Decididamente, S. E. se estaba pronunciando. Sin embargo, no debió contentar por igual á todo el mundo, porque, á alguna distancia de donde yo estaba, varios grupos de muchachos empezaron á gruñir, á patear y á dar otras muestras de desagrado.—«Pasteles—decían,—pasteles y pasteles. ¿Por qué no hacer las cosas como Dios manda y proclamar desde luego la República?»—Un ciudadano que esto oyó, se encaró con ellos, de chistera sobre la oreja y en la mano un soberbio garrote.—«¿Son ustedes republicanos?—les preguntó.—Y á mucha honra—contestaron.—¿Y son sus mercedes muchos ó pocos aquí y en el *resto* de España?—No lo sabemos, ni nos importa saberlo, y á usted menos.—Pues sí me importa—repuso el interpelante,—porque me consta que no son ustedes partido, sino media docena de gatos que se disputan el mando de un ejército imaginario.»—Como era de presumir, los gatos sacaron las uñas en el acto, armándose la tremolina de rigor en estos lances. Viendo el color y mal gesto que iba tomando el negocio, y por si acaso se iba acentuando la cachetina, dimos por terminada la parte oficial de la fiesta. Los independientes fuimos desfilando, en buen orden, por las calles contiguas, cuyas tiendas estaban medio cerradas y desiertas, porque aquel día se vendió poquísimo.

Maravillados estábamos con lo anodino de aquel pronunciamiento barcelonés. ¿Sería, en efecto, porque el programa nos supiera á poco? No me atrevo á asegurarlo; pero había una razón más poderosa. Estábamos recibiendo la segunda visita del cólera, que nos tenía aterrados. Al principio, como siempre sucede, trataron de disimularlo; desde fines de Julio, fué ya imposible. Una mañana, yendo á almorzar, á pocos pasos de la Fonda, con un amigo, me encontré el Viático siete veces. Más hondamente impresionados nos tenían los casos fulminantes, que menudeaban bastante al principio de la invasión. De uno de ellos fuí testigo en el Café: un camarero, al dejar la bandeja sobre la mesa, se quedó de pronto tieso, se puso lívido, luego negro, hecha un carbón

cara; exhaló un grito feroz, y, aplicándose al vientre las dos manos, cayó redondo como una bola. Los médicos andaban á tientas, desorientados, aplicando á los enfermos tratamientos enérgicos ó globulillos, según les daba por la *patía* en *alo* ó en *homeo*.—«¿Ha entrado en reacción?»—era la pregunta obligada en las visitas. Aun esto de la reacción se cotizaba muy bajo, al ver que, las más veces, detrás de la reacción, solía venir un tifus que, á los siete días, os refrendaba el pasaporte. Los guasones habían inventado un nombre original, la reacción de la paliza; y fué á propósito de una anecdotilla que sonó por la Ciudad, y corría de boca en boca, entre la gente del pueblo. Unos gitanos del Clot iban camino de Barcelona, cuando de repente se cayó al suelo el más viejo de ellos, atacado del cólera; tira que te tira de él, y el pobre no se meneaba. Entonces discurrieron aplicarle la vara larga; y empezaron á llover palos y más palos sobre aquella triste armazón, como sobre una mula resabiada. Ello fué que, á los pocos minutos, empezó á sudar y se reaccionó de veras. Si se generalizó ó no el remedio, averígüenlo los curiosos.

Ahora que el cólera ha tenido la humorada de instalarse á mesa y mantel en Europa, comprendo, todavía mejor que entonces, la tenaz campaña de los médicos en favor de las higienes municipales. Casi ninguna teníamos en Barcelona; y eso que el doctor Monlau no cesaba de recomendarla, sobre todo con relación al puerto que, por su estrechez y su escaso dragado, era un foco perenne de infección y putridez, sin contar los malos olores.

IV

No tardé en sustraerme á aquella constante zozobra, regresando, por Valencia, á Madrid, y trasladándome á Santiago de Galicia para desempeñar, en aquella Universidad, una cátedra que me habían encomendado. Dejemos, para el

capítulo inmediato, la relación de mi largo retiro en Galicia; mis estudios, los conceptos de mis asignaturas, mis discípulos, y otras varias impresiones mías en la egregia Ciudad compostelana. Sigamos ahora el hilo de la Revolución del 54, que, no por vivir, material y moralmente, tan apartado de ella, dejaba de interesarme. Y doblemente me interesaba: primero, por la cosa en sí, que bien valía la pena; y segundo, porque, siendo cabalmente una de mis asignaturas la de Derecho Político, y estando en pleno período revolucionario, nunca hubiera podido encontrar otra ocasión más propicia para comparar lo que me decían los libros con lo que me enseñaban los hombres, las sublimidades de la teoría con los positivismos de la vida real, la lógica y las severidades de la Ciencia con las dificultades del *Arte*, en lucha con los intereses, los rozamientos y las resistencias.

Porque ciertamente, durante aquel intrincado bienio del 54 al 56, fué larga la cosecha de experiencias á que se prestó la comparación entre el dicho y el hecho. Había que empezar remontándose á nuestras dos primeras tentativas de Monarquía constitucional: la de 1812, cortada al momento por la reacción, y la de 1820, destruída por las bayonetas de Angulema. Después, á la muerte de Fernando VII, otro planteamiento que parecía ser definitivo. No fué tal, sino una lucha interminable entre la Corte y las instituciones liberales: primero, lucha hipócrita, durante la guerra civil, para no fomentar el carlismo; lucha traicionera, más tarde, durante todo el mando de Espartero; y últimamente lucha abierta, sin cuartel, sostenida, con ayuda de los moderados desde 1843 al 54. Al llegar á esta fecha, se intentaba una nueva aclimatación del sistema; mas, para llevar á cabo tan patriótico designio, se echaba mano de una maquinaria vieja y mal montada: malas las herramientas y peores los operarios. Los hombres de verdaderas convicciones liberales quedaban realmente en segunda fila; en primera, los fautores ó cómplices de antiguas situaciones liberticidas. El primer contingente llevado á aquella Revolución y sostenido en lo sucesivo, con un tesón inaudito, se componía de elementos sospechosos: ambiciones, impaciencias, resenti

mientos ó antipatías personales; los descontentos, los desairados: instrumentos funestísimos para toda obra de buena reconstitución política.

Así, apenas puesta en marcha la situación revolucionaria, las ideas bajaron de color á fin de dar todo el gusto posible á antiguos tiranos y tiranuelos. Por el vicio de origen en la Revolución, el elemento militar se impuso: militares á granel en el Ministerio: militares, en los altos puestos parlamentarios. El programa ministerial, arreglado entre moderados y progresistas, era un documento, ni más acentuado, ni menos diluído, que aquel otro de Manzanares, publicado bajo la sola responsabilidad de D. Leopoldo.

Se me figura que los que vivíamos en provincia, alejados de los ruidos, teníamos ciertas ventajas para juzgar, con mayor serenidad de espíritu, el desarrollo de la tragi-comedia. En la Cámara, interesaría muchísimo oir á los oradores, viejos ó nuevos, defendiendo ó atacando á picotazos la teoría de la soberanía nacional: si residía ó no esencialmente en la Nación: el *per se* ó el *per accidens* del escolasticismo. Á mí, tal como se planteaba, me parecía una cuestión bizantina; y procuraba inculcar á mis alumnos la idea de que la sujetasen al concepto *natural* del Derecho. Este concepto privaba entonces poco en los Parlamentos: no lo ignoraba. Tanto mejor para mí, si conseguía hacer mi poquito de propaganda en aquel sentido.

Mas, donde vi claramente la flojera liberal de aquellas Constituyentes fué en la discusión de la famosa base segunda. Que el volterianismo de los santones moderados se acomodase con la unidad religiosa, considerándola como *instrumentum regni*, lo encontraba muy natural y corriente. Lo que no me cabía en el magín era el fervor de algunos progresistas en favor de la unidad: aquel Jaén, aquel Modesto Lafuente, y más aún el bueno de D. Salustiano con su peregrina teoría de que debíamos conservar la unidad, precisamente por lo que nos había costado. ¡Nuestros antiguos *mangeurs de prêtres* convertidos en satélites de Roma! Entonces comprendí, mejor que nunca, por qué, en el extranjero, nos llamaban la viña de la Curia romana.

Francamente, llevé un desengaño cruel. De grado ó por fuerza había que inclinar la cabeza ante la evidencia: la influencia clerical nos tenía sojuzgados. No sólo lo veía en aquella discusión y en la redacción deplorable de la base: veíalo además en los alardes de la Prelacía, en su actitud hostil, en sus amenazas, y en la lepra del carlismo, cuyas manchas aparecían siempre en determinados sitios, cada vez que el libre pensamiento se permitía hacer algún pinito. Todavía lo estaba viendo más de cerca en aquella Ciudad, tan levítica, donde me había llevado la suerte. Nadie ganaba en empuje y arranques liberales á los progresistas compostelanos; pero ¡ay de vosotros, si delante de ellos, os hubieseis permitido calificar de entretenida leyenda lo del Cuerpo de Santiago! ¡Desdichado del que se hubiera atrevido á proponerles quitar de la Catedral el botafumeiro! Se ponían como fieras cuando les decíais estas cosas.—¿Qué tiene que ver?... contestaban. Y el eterno distingo.—Vea usted, añadían, vea usted, como, en lo de la amortización, el Gobierno ha tenido agallas.—Las ha tenido y no las ha tenido, replicaba yo. Las hubiera tenido de veras si, desde un principio, no se hubiese dejado intimidar con la amenaza del veto: si hubiese sabido prevenir las maniobras de la Nunciatura en Aranjuez; y si, en vez de esperar á que el Nuncio le pidiera los pasaportes, hubiese empezado por dárselos sin pedirlos, como sabían hacerlo los Reyes absolutos cuando les convenía.

Esclavo de la verdad, no tengo para qué ocultar que aquellas Cortes Constituyentes me encantaban bajo otro concepto: por su laboriosidad, ni un momento desmentida. ¡Cómo se conocía que dominaba allí el elemento joven! En medio de las graves preocupaciones políticas de aquellos tiempos, y á pesar de la profunda división que laboraba las entrañas del mismo partido gobernante, la tarea legislativa, no sólo no desmayaba, sino que iba avanzando con una actividad y una constancia que parecían dar un mentís solemne á nuestra triste fama de indolentes Eran objeto de menudos y provechosos debates todas las leyes orgánicas destinadas á completar la Constitución futura; de lo cual iba sacando yo una escogida serie de temas para mis lecciones

de Administración, echándome á pechos la escudilla de la *Gaceta* y *Diario de Sesiones*. Ayudábame también el examen del Presupuesto, que para mí venía á representar un curso completo de materia administrativa; y era el primero que se discutía así, *in extenso*, y á conciencia, en una Cámara española. De paso, no dejaba de echar una ojeada á los Presupuestos de Ultramar que, por vez primera, se llevaban á la Representación nacional. Una ojeada nada más, porque aquel régimen de las omnímodas no entraba, por fortuna, en el cuadro de mis asignaturas oficiales. Entrase ó no entrase, aquellos Presupuestos viniéronme como de perlas para irme familiarizando con las cuestiones ultramarinas. Si las notas que entonces tomé no me sirvieron para la cátedra, tuve ocasión, y ocasión larga, de aprovecharlas, algunos años más tarde, cuando, en mi calidad de Diputado á Cortes y de individuo de la Sociedad abolicionista, cúpome la honra de sostener, con varios amigos, la memorable campaña contra la esclavitud y otros horrores coloniales.

En medio de sus debilidades políticas, las Cortes del bienio dejaron escrita una gloriosa página en nuestros anales parlamentarios. Fué la referente á vitales intereses materiales y económicos del país: leyes de ferrocarriles, aprobación de las líneas generales, colonización agrícola, carreteras de todo linaje, Bancos, Sociedades de crédito y comanditarias de la industria. No todo se hizo bien, ni estuvo siempre inspirado en los mejores principios; pero era un movimiento que obedecía á la corriente general de los tiempos y venía á dar patriótica satisfacción á necesidades sociales de primer orden. Era el momento de la expansión del crédito en todos los mercados de Europa y América: expansión inmensa y sin antecedentes. Adquiría vigor el crédito mercantil, tomando las formas más complejas, más raras é imprevistas; y, engendrados por él ó con él combinados, nacían el crédito industrial, el hipotecario y el agrícola. Para hacer frente á las nuevas exigencias fiduciarias, el principio de asociación rompía sus antiguas ataduras, tomando proporciones colosales con la *Limited Company* en Inglaterra y la Sociedad anónima en el Continente; mientras que, á la sombra

de aquellas gigantescas instituciones, á veces tan vastas como poderosos Estados, iban apareciendo las grandes líneas férreas, las trasatlánticas, inmensas fábricas de vapor, docks, millares de explotaciones mineras, colonias florecientes, extensísimos terrenos robados al agua por el drenaje, y obras de perforación inverosímiles.

Á aquella obra magna, no siempre exenta de peligros, llevaron su óbolo, y con inusitado ardor, nuestras Constituyentes del bienio. Los luminosos debates suscitados por aquellos proyectos de índole económica, y el choque de opiniones que de allí resultó, eran, para mí, de grandísima enseñanza, y fortalecían, en mi ánimo, ciertas convicciones no siempre en consonancia con los acuerdos que se tomaban. Allá, en el fondo de la tranquila provincia gallega, y durante mis largas horas consagradas al estudio, leía yo con verdadera fruición algunos preámbulos evidentemente redactados por el ilustre Figuerola, oráculo entonces del partido progresista y lumbrera siempre de nuestra Ciencia. Parecían á veces aquellos preámbulos una especie de protesta contra el articulado, al cual servían de encabezamiento; verdaderas síntesis de excelente doctrina económica, que venía á completar la que el sabio redactor me había enseñado, pocos años antes, en las aulas. Especie de sugestión rarísima que Figuerola había de ejercer, en mí, al través de las variadas situaciones de mi vida: maestro en mi primera juventud, inspirador mío después con sus escritos, y últimamente unidos, los dos, en colaboración fraternal cuando emprendimos, con otros amigos, la larga campaña economista, y cuando tuve la honra de ser Subsecretario suyo en el Ministerio de Hacienda.

V

Gran parte de las vacaciones del 55 las pasé con mucho regalo en el Ferrol, en compañía de mi excelente amigo el teniente de navío, después Ingeniero general, D. Hilario

Nava. No he menester decir que, con tan ilustrado guía, pude enterarme del Arsenal hasta en sus mínimos detalles; sintiendo únicamente que mi falta de conocimientos técnicos no me permita describir lo que vi y admiré en aquella inolvidable temporada.

Más accidentadas fueron las vacaciones del 56, porque me cogieron en Madrid, en medio de aquel jaleo que dió al traste con la Revolución y con sus ya casi consumidos restos. Estaba de Dios que, después de haber asistido al bautizo del niño, asistiese también á su entierro. En la calle de Capellanes tomamos cuarto unos cuantos muchachos de buen humor, entre ellos el escultor italiano Torrigiani, autor de aquel busto *velato* que se admira hoy en el Museo y está tomado de un antiguo retrato de Isabel II. Teníamos de comensales, casi á diario, á un par de cuarentones muy corrientes y simpáticos: uno de ellos, teniente coronel de Carabineros, y el otro, un D. Nemesio Benarre, progresista de los puros, empleado de Hacienda en un rincón de provincia, y tan ásperamente tratado por la suerte, que, precisamente en las postrimerías de su partido, era cuando venía á caer sobre Madrid, con miras de pretendiente al ascenso.

En materia de método, precisión y exactitud matemáticas eran los dos extraordinariamente parecidos: de aquellos que no se sientan sin arreglarse los pliegues de la ropa, ni toleran en las paredes un cuadro torcido, ni se levantan de la mesa sin recoger cuidadosamente, en el plato, las migas, las cáscaras de nuez ó el hueso de la fruta. En estos y otros análogos extremos, todavía aventajaba al Coronel—que así le llamábamos—nuestro inimitable D. Nemesio, el cual tenía tan medida su existencia, á compás de cronómetro, que todo lo hacía á los puntos de tal hora ó de tal media; y los días que señalaba para visitas, fijaba invariablemente una para las tres, otra para las cuatro y otra para las cinco de la tarde; de manera tal que si, por ejemplo, á las tres, no encontraba, en casa, al sujeto, ó á la sujeta, se iba á sentar en un banco de la Iglesia inmediata, para esperar que dieran las cuatro, hora de la segunda visita; si, en esta segunda, no encontraba á la otra persona, esperaba, en otro banco, á que

dieran las cinco; y si también en la tercera salía chasqueado, esperaba hasta las seis para dedicarse á otros quehaceres.

Con aquellos dos entes originales pasábamos ratos divertidísimos; y más cuando, tocando el registro político, se salían como cohetes, por militar en opuestos bandos. Idólatra de O'Donnell el carabinero: idólatra de Espartero el oficinista. Tirábanse á la cabeza sus personajes respectivos. Tan extremados en el ataque nuestros dos luchadores, que ni los nombres de O'Donnell ó Espartero querían pronunciar sin estropearlos á sabiendas. Si, para el Coronel, D. Baldomero era D. Valdemoro, para Benarre, D. Leopoldo era siempre D. Leopardo.

Allí, de sobremesa, salían á relucir las culpas y pecados de la Unión ó *Reunión* liberal, como ellos la llamaban. Á grito pelado, y apurando el diccionario pintoresco, se comentaban todos los síntomas de descomposición que anunciaban un próximo y fatal desenlace: la estúpida intentona del sargento Mayor, la formación del Centro parlamentario, la organización de los llamados puros, los incendios de Castilla, y las primeras y las últimas disidencias entre O'Donnell y Escosura.

Una mañana de las de Julio, la del 14, acababa de levantarme y pedir el chocolate, cuando oigo un ruido inusitado hacia la calle de Preciados y unos cuantos tiros del lado de Palacio. Vestirme más que de prisa y echarme á la calle, todo fué uno: intenté forzar el paso hacia la Puerta del Sol, pero me hicieron retroceder, teniendo que refugiarme en la calle de la Abada, donde vivían unos amigos, tan sorprendidos como yo de lo que pasaba.

En su casa establecimos una especie de vigía, porque la curiosidad aumentaba y la cosa iba apretando. Ya no los tiros, sino las descargas cerradas, se sucedían con frecuencia; grupos de gente armada corrían en todas direcciones; otros llevan pertrechos militares, y no militares, para levantar barricadas; á cada instante pasaban milicianos heridos, tapados con mantas, en sus correspondientes parihuelas. Ya no cabía duda de que estaban enzarzados la Milicia nacio-

nal y el Ejército, ó, yendo más al fondo, el Poder legislativo y el Poder moderador, como le llamaríamos ahora.

Poco á poco todo se fué aclarando, y, con la ansiedad que es de suponer, íbamos teniendo noticia de los tristes acontecimientos de aquellos infaustos 14 y 15: el Palacio atacado; su defensa por los Cazadores de Madrid y otras fuerzas; también las Cortes atacadas por las tropas Reales; las vacilaciones de aquellos Padres de la Patria, calificados de minoría facciosa por O'Donnell y Ríos Rosas; la actitud inconcebible de Espartero, y la lucha sostenida, por los milicianos, en las principales calles de Madrid.

No volví á mi casa de la calle de Capellanes hasta la tarde del 15. Al entrar, me entregaron una carta firmada por un desconocido, diciéndome, en sustancia, que mi amigo D. Nemesio Benarre se encontraba herido, y casi sin esperanzas de vida, en el hospitalillo de Montserrat, y que antes de morir, deseaba decirme algunas palabras. ¡D. Nemesio jaranero y hombre de armas tomar! ¡Quién lo hubiera creído! Púseme al punto en la escalera; y no corrí, sino que salí volando, para la plaza de Antón Martín. Inútil pensar en caminos derechos: tuve que buscar un largo rodeo por Jacometrezo, Caballero de Gracia, Alcalá y Salón del Prado.

Al llegar al Palacio de Villahermosa, quise tomar algún respiro y me encontré con un espectáculo horroroso. Toda la acera que da á la Carrera estaba literalmente sembrada de cadáveres: allí se habían batido, mejor dicho, se habían recíprocamente fusilado los milicianos y los cazadores de las Navas. Era tanta la sangre que, no sólo inundaba el empedrado, sino que corría por las cunetas ó canalizos, é iba á regar los arboles, como si chorreara de una fuente. Un cura de regimiento estaba confesando á un herido: de aquel cura me contaron que, á primera hora de la tarde. estuvo largo rato haciendo fuego desde los balcones de casa Medinaceli, sirviéndole un soldado los cartuchos; y, cada vez que iba á disparar, hacía la señal de la Cruz con el fusil, diciendo, con voz contrita, al salir el tiro: «Alabado sea el Santísimo Sacramento.» Aquel hombre sanguinario tenía la pretensión de llevar almas al Cielo.

Tomé por la calle del Prado y por la de León, y al entrar en el hospital, me dice el portero:—¡El Sr. Benarre! Acaba de expirar en este mismo instante.»—¡Qué pesadumbre la mía! ¡Cuánto me afligí! ¡cuánto lloré! ¿Por qué me había detenido en la esquina de Villahermosa? Quizás, sin esta circunstancia, hubiera llegado á tiempo para estrechar la mano de mi amigo. Quizás hubiera podido recoger sus últimas palabras, alguna declaración, algún secreto con el cual se fué al otro mundo. Quise subir á ver el cadáver: subí; allí estaba, caliente todavía, muerto, muerto muy de veras. No le habían desnudado: quedóse tendido, de espalda, con las piernas dobladas en alto: un gran plastrón de sangre cubría el improvisado vendaje que, de primera intención, le aplicaron; sangre también en las manos y en la cara; los ojos abiertos y como espantados de su propio espectáculo.

Salí del hospital terriblemente impresionado, cuando sonaban los últimos tiros hacía la plaza del Progreso. Aquella era la salva de la dictadura. La noche de la libertad iba á ser larga. ¿Qué le importaba al pobre D. Nemesio, si para él había empezado la eterna?

1854-1858.

SECCIÓN SEGUNDA

Los fósiles del Derecho político.—Por dónde vino el patrón parlamentario.—Van en aumento las sastrerías políticas.—Vacherot, el evangelista.—Cada vez más ricos y cada vez más pobres.—Mis antiguos textos de Administración: por qué no congeniábamos.—Katedersocialismus.—*Il signor Angelo* y su *Politica governativa.*—A Papá pocos dulces, que ya sabe tomárselos.—Triunfos prácticos de la Economía política liberal.—Bastiat tan firme.—¿Qué ha pasado después?—Por y á pesar de: siempre impenitente.—Historia de unos desengaños.—Rápida excursión por el historismo de Roscher.—Mis discípulos en Santiago.—Montero Ríos y Alvarez Bugallal.—Aventuras y desventuras de una Milicia patriotera.

I

Á aquellos veranos tan movidos, correspondieron unos tristes inviernos sosamente pasados, explicando, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Santiago, las asignaturas de Derecho político, administrativo y Economía política.

El bagaje científico de un Profesor español de Derecho político era bastante ligero en aquellas fechas. Muchos se contentaban con estudiar los *fósiles* de los siglos XVII y XVIII; barajando el Político con el Natural y el de Gentes. Un dómine de borla magna conocí yo que se encerraba, en

su cuarto, con tres santos: San Grocio, San Vattel y San Burlamaqui. Á todo lo demás le hacía *fú*, sacando las uñas.

Los profesores jóvenes, sin renegar de los viejos, teníamos otro calendario: San Ahrens y compañeros mártires... de la fe krausista. De Ahrens, con ciertas reservas, tomábamos la esencialidad del Derecho político: concepto y fin del Estado, noción de la soberanía y del Poder, formas de Gobierno, clasificación de las funciones del Poder, carácter y mecanismos de la Representación pública, estructuras constitucionales.

Á aquel gran plato de resistencia del ilustre filósofo alemán, añadíamos otros más sencillitos, acumulando doctrinas, y comparándolas entre sí, sin perjuicio de nuestro particular y humildísimo criterio. No recuerdo todas las obras que extractaba para mi asignatura de Político: no las recuerdo, porque unas se me extraviaron, y otras eran de prestado y tuve que devolverlas. De memoria, además de Ahrens, completado, en ciertos puntos, por Tiberghien y Leonhardi, citaré á Montesquieu, Duhlmann, Sismondi, Benjamín Constant, Bentham, Delolme, Rossi, el *Ensayo* de Marina, las *Cortes* de Sempere, los trabajos de Colmeiro; y, para que hubiese un poquito de todo, *Il Saggio* del P. Taparelli y la *Política positiva* de Augusto Comte.

¿Cómo explicarse aquella relativa pobreza de textos, para estudio ó para consulta, en una asignatura de tanta trascendencia? Entonces no di con ello: más tarde lo comprendí, á medida que se fueron desenvolviendo los problemas políticos, en la esfera de la realidad y en la del pensamiento.

Tomemos un período largo, muy largo, de la historia política contemporánea; y sea aquel que medió, desde la caída del primer Imperio francés, hasta las postrimerías del segundo.— En los fondos, en el subsuelo, germinaba la idea democrática, luchando, al principio, con los tenebrosos recuerdos del 93. Quiso tener su dogma y su organización, pero tardó en conseguirlo, viviendo entre el martirio y sus propias amenazas; condenada á ir gastando sus primeras energías en estériles esfuerzos:—en 1820, lo de Italia y España;—en 1848, una

conflagración europea:—y, en aquel mismo año, un segundo ensayo de República francesa que, en vez de resolver, dentro de sus ideales, el problema político, tuvo que habérselas con los iniciadores de otro problema, el social, que ahora nos invade en todas direcciones.—En las alturas, en la esfera de las abstracciones filosóficas, la idea democrática tomaba también especiales rumbos, bajo la dirección de ingenios sutilísimos que ahondaban, ó adelgazaban, ó planteaban, ó analizaban, ó resolvían el problema político, con diversidad de criterios: maestros que tomaban por base el Derecho natural; otros, la Filosofía del Derecho: Hegel, Gerlach, Krause, Stahl, Gros, Hugo, Zachariæ, Krug y Von Rotteck. Todos alemanes; lo cual bastaba para que fuesen poco conocidos por estas tierras; porque, en aquellos tiempos, el artículo científico alemán era de difícil exportación, como no se encargasen de propagarlo, por Europa, los *comisionistas*,—digo,—los vulgarizadores franceses.

En la práctica, en la superficie, en la composición del mapa político de Europa, lo que privaba, lo de rigor de moda, era, por lo menos hasta 1860, el Parlamentarismo á la inglesa. Seguid la línea de las revoluciones triunfantes, durante el período á que estoy haciendo referencia: Parlamento en el Reino de Cerdeña, Parlamento en Portugal, Parlamento en Bélgica, Parlamento en la Francia de la Restauración, en la de los Orleans y, hasta cierto punto, en la del último Bonaparte; Parlamento en España, con el Estatuto y luego con las Cortes. Ya lo había dicho antes Fernando VII con su lengua de Guardia de Corps: «Cámaras en Portugal, Cámaras en Italia, Cámaras en Francia: mucho será que no muramos de indigestión.»

No sé si de indigestión; pero el contagio cundía. Cundía á la cátedra desde la vida pública. Poderes permanentes, hereditarios é irresponsables; Ministros con responsabilidad; sistema bicameral; sufragio restringido por el censo y la capacidad; división de Poderes; dos inviolabilidades y tres libertades fundamentales *con arreglo á las leyes*: tal era el figurín que presentaban, todos los años, á sus alumnos de Político, hasta los profesores más avanzados. ¿Hacían falta

grandes bibliotecas para tan sencillo programa? De aquí la autoridad de Benjamín Constant, el oráculo de aquellos tiempos; de ahí el culto á Montesquieu, el culto á Delolme, venerables expositores de los procedimientos británicos.

Lo que escaseaba entonces abunda en la actualidad. Hoy, tratándose de textos, un catedrático de Derecho político se encuentra con *l'embarras du choix*. No hay Nación de algún viso que no lleve á la Ciencia política su contingente: ya no son sólo alemanes y franceses, sino también belgas, ingleses, anglo-americanos, suizos, italianos y notabilísimos españoles. Ya no se encastilla la Ciencia en gruesos volúmenes inaccesibles á veces por el idioma ó por los precios; hoy os los sirven en casa, aderezados con toda clase de salsas: en Tratado, en Diccionario, en Compendio, en Manual, en folleto ó en artículos de Revista.

Y lo más de estimar es el sinnúmero de especialidades. —¿Puntos concretos? Cuantos queráis y por las plumas más calificadas.—¿Deseáis estudios sobre la Política como Arte? Además de los capítulos que á ella consagran los maestrazos, un Bluntschli, un Holtzendorff, tenéis á Escher, tenéis á Huhn, que os exponen la política práctica en libros aparte. —¿Pedís historia de las ideas y de las instituciones políticas? Acudis á Mohl, á Molver ó á los dos tomos de Paul Janet.—Si os interesa el principio democrático, en su desenvolvimiento general y con sus naturales organismos, pensad en Vacherot, en Mehring ó en Adams: si queréis relacionarlo con otros factores, leed la Democracia bajo el punto de vista *moral*, por Berni ó por d'Ussel; la Democracia y la *Economía política*, por Mailfer; la Democracia y la *Escuela*, por Morpurgo; la Democracia y la *Ciencia*, por Mesnier.—Ricard os familiariza con la teoría del Federalismo: Ferron, con el sistema bicameral: Ressler, Kerchove y Bonari, con la cuestión de la responsabilidad de los Ministros. Del parlamentarismo y de sus vicios han hablado no sé cuántos, desde un Herbert Spencer hasta los modestos folletistas.—Y también son difíciles de contar los que, tomando por su cuenta los sistemas electorales, los han analizado, los han comparado y, á fuerza de combinaciones raras y de ingeniosos artificios

han tratado de basar, en ello, la garantía y los derechos de las minorías: Gladstone, Stuart Mill, Borely, Taine, Quincy, Carlo Ferrari.

Cuando yo explicaba Político, en la Universidad de Santiago, tenía que arreglarme solito al tratar aquellos problemas. ¡Qué servicio me hubieran prestado tan poderosos auxiliares! Con mucho menos me hubiera contentado, ya que entonces lo que más nos preocupaba era el patrón inglés. Me hubiera contentado con los nuevos y amplísimos estudios sobre la Constitución inglesa, que tan atrás han dejado á los antiguos: me hubiera contentado con Fischel, con Franqueville, con Fonblanque, con Bagehot ó con Freeman: con May, con Cornewal Lewis ó con E. Duvergier de Hauranne, autores de Historias parlamentarias. Á falta de una nuestra, me hubiera acogido á las extranjeras. Á falta, digo, de una Historia parlamentaria de España; aunque no ignoro que hay algo parecido á ello: algo que no quiero nombrar, porque es verdaderamente deplorable.

Aquí vendrá de molde señalar un rarísimo contraste. Por lo que acabamos de ver, la literatura política es una de las más ricas, en este siglo de ricas literaturas. ¿Cómo, á medida que va subiendo el nivel de la Política del *libro*, va bajando cada vez más la Política del *hecho*? Porque no me lo neguéis: en tanto que los libros tratan de simplificar y parece que aclaran las ideas, éstas se embrollan más y más, y pasan á ser un enigma, en el terreno de los hechos. Tan embrollada la política de las grandes Potencias como la de las pequeñas; embrollada la política popular; embrollada la de gabinete; embrolladas la militar, la económica, la religiosa; embrollada la de los partidos; embrollada la de los Parlamentos; embrollada la de las Cancillerías. A veces se hace uno cruces viendo que los hombres de un determinado sentido político hacen, en el Poder, precisamente lo contrario de lo que les enseñaron todos sus doctores. ¿Será por aquello tan vulgarón de «más juicio, aun á costa de menos ciencia?» ¿Ó por aquello otro, no menos pedestre, de «más costumbres y menos metafísicas?» Si yo tuviera la honra de que algún publicista de los de miga se dignase

leerme, me atrevería á someter, á su elevado juicio, aquellas dos inocentísimas preguntas. Quizás, sobre ellas, podrían escribirse un par de tomitos, que no harían mal papel en la vasta Enciclopedia Política contemporánea.

León Donnat ha publicado un libro con el título de *Política experimental.*

¿Habrá acertado con el nombre?

II

No llegué á congeniar con los textos admitidos de Derecho Administrativo, que era la segunda de mis asignaturas. No congeniábamos, por sus tendencias doctrinarias y, en parte también, por su método, al cual no pude acostumbrarme. Decidí, pues, campar por mi respeto; tracéme un plan, lo seguí, y nunca tuve que arrepentirme.

Empecé señalando, en los estudios Administrativos, los tres conocidos aspectos, filosófico, histórico y positivo. En el filosófico, la Ciencia pura; en el histórico, la marcha de la Administración en los modernos tiempos, para España y para el extranjero; en el positivo, la Legislación vigente.

Expuestos ya, y explicados á los alumnos los grandes organismos de la vida político-social (Estado-Gobierno-Administración), entendía yo que el nudo de la Ciencia administrativa estaba en la determinación de las funciones del Estado. Afortunadamente, esta materia no presentaba entonces las complicaciones con que han tenido á bien enmarañarla después los modernísimos teóricos de la idea del Estado. Había únicamente dos escuelas que estaban en abier ta oposición: de un lado, los socialistas históricos com binados con los doctrinales; y del otro, aquellos á quiene se daba el nombre de individualistas, sin duda por la si metría, porque todavía no hemos averiguado por qué ra zón ni con qué fundamento les regalaban aquel epíteto. Lo socialistas eran francos, arrogantes, y hablaban sin ambaje

y sin reticencias. Los históricos desde arriba, los doctrinales desde abajo, unos invocando la tradición, otros los derechos del pueblo, pretendían absorber, en la entidad Gobierno, toda la actividad social, dejándole al ciudadano unas pocas migajas de espontaneidad, á reserva de retirárselas, si dejaba de ser buen muchacho. Los individualistas —sigamos con el dictado, ya que así los bautizaron,—los individualistas hacían sus convenientes distinciones: reintegraban al ciudadano en todas sus naturales espontaneidades, el pensamiento, la conciencia, la personalidad, la familia, la propiedad, tratos, contratos y sus movimientos; y reconocían, en el Estado, el derecho de imprimir el sello jurídico á las manifestaciones externas de la vida, reduciendo su intervención á cuatro categorías de fenómenos: orden, justicia, seguridad y garantías.

Ya comprenderá el perspicaz lector que aquí, en estas indicaciones, ha de parar la cosa: de otra manera, esto no serían MEMORIAS, sino un verdadero tratado de Ciencia Administrativa. Mi único propósito ha sido comparar tiempos con tiempos, recordando aquellas luchas desesperadas, pero abiertas, casi caballerescas, entre los defensores de las libertades y sus adversarios declarados; poniéndolas en parangón con las de aquellos Proteos engendrados más tarde, en Alemania, bajo el nombre de socialistas de cátedra. Proteos los llamo, y sin ánimo de ofender á tantos amigos como tengo de aquel linaje.

Proteo y muy Proteo el socialismo de cátedra, por lo infinito de sus matices y su instabilidad de criterio. Por punto general, sus adeptos militan en los partidos avanzados; lo cual haría sospechar que son ardientes partidarios de las libertades individuales, sin más condicionalidad que la impuesta por la coexistencia natural de los derechos. Pero, en cuanto se trata de poner en contacto al individuo con el Estado, cualquiera ocasión les parece propicia para despojar al uno en beneficio del otro. Todo son pretextos ó pretextillos para ir aligerando de ropa al individuo, hasta dejarle en cuerecitos vivos. Ya es el famoso dominio eminente; ya una misión paternal ó una misión tutelar; ya el fo-

mento de la riqueza ó el interés por nuestra salud; ya el niño, ya la mujer, ya el obrero; ya la dignidad del país ó las necesidades de la defensa ó la expansión de la raza: que es lo que se llama ahora, con tanta elegancia como fatuidad, la zona de influencia. Así resulta ser el socialismo de cátedra el más curioso y el mejor provisto almacén de toda clase de instrumentos de dominación para uso de los Gobiernos. De allí se surten, abundantemente y á diario, cesaristas, proteccionistas y arbitristas; los apóstoles del militarismo; los restauradores de imperios coloniales; y los dispensadores oficiales de ciencia, de virtudes, de talentos, y hasta de espíritu industrial... con ayuda del Presupuesto.

De mi paso por una cátedra de Administrativo saqué la lección siguiente: que no os molestéis en dar atribuciones al Estado. Ya sabe tomárselas. Claramente me lo decían la historia de la Administración francesa y la del Cameralismo alemán; y me lo acababa de confirmar el fárrago de nuestras leyes administrativas tan minuciosas, tan previsoras y tan soberanamente nulas. Yo procuraba metodizarlas y las exponía con una resignación casi evangélica, y como obedeciendo á una consigna militar; acordándome de que, al fin y al cabo, un catedrático oficial es una ruedecilla de la gran maquinaria.

Pero de noche, metidito en mi despacho, á la luz del quinqué y con los ojos clavados en el libro de texto, mi diablillo familiar me insinuaba al oído este breve comentario: «tenéis una Administración montada á lo grande y unos servicios atacados de raquitismo. Sólo dos cosas sobresalen en vuestras funciones del Estado: un Ejército, es decir, armas, condición de la gente de ruido; y muchas resmas de papel *talonario*, es decir, Deuda, condición de los calaveras arruinados.»

III

Llegamos á la tercera de mis asignaturas, á mi favorita, la Economía política: tres lecciones semanales. Para un aficionado, y sobre todo para un encargado de explicar aquella Ciencia, la ocasión no podía ser más favorable. La hija de Adán Smith había entrado en sus lozanías: estaba en su momento psicológico. Todo contribuía á enaltecer y á recomendar el cultivo de la Economía política: todo le sonreía: las corrientes de los tiempos, los hechos, los éxitos, el número y la calidad de los tratadistas.

Desde la paz general de 1815, Europa y América habían entrado, con firme y seguro paso, por la ancha senda de los progresos económicos. El cuadro es asombroso: fiebres industriales y fiebres comerciales: el principio de asociación pujante, multiforme, con iniciativas y aplicaciones colosales; á la sombra de las instituciones mercantiles, las nuevas Sociedades de Crédito y la comandita industrial, en inmensa escala; en Alemania, movilizada la propiedad territorial con la cédula hipotecaria; en Inglaterra, movilizada la mercancía con el *warrant* de los docks; adquisición, para Europa, del gran mercado americano, y pasos decisivos para incorporarse el del Extremo Oriente; industrializado el gas, y en vías de industrializarse el fluído eléctrico; en transportes y comunicaciones, una revolución inverosímil; el vapor llevado al movimiento trasatlántico; el camino de hierro estudiado, construído y universalmente explotado, en sus líneas principales.

Pregunto si hay ó no razón para dar á aquellos ímpetus el título de vertiginosos. Y no me digan que obedecieron exclusivamente al cultivo y consiguiente imperio de las Ciencias físicas, químicas y matemáticas; porque os recordaré que, por encima del mundo de los hechos, está el mundo de las ideas; y aquí la idea económica fué la principal,

la determinante, despertando actividades, sumando esfuerzos, concertándose, y obteniendo aquellos prodigios ante los cuales han tenido que doblar la cerviz hasta los hombres de más sentido reaccionario.

También tuvieron que doblarla ante los portentosos éxitos de la escuela economista liberal.—Primer éxito; la abolición de la esclavitud en las colonias inglesas y francesas; preparando la más difícil, que se obtuvo después, en los Estados Unidos, y la que llamaban imposible en el Brasil y Posesiones españolas.—Segundo éxito: la limitación de las guerras, cortas todas ellas, durante aquel período, escasas las de mera conquista, y otras, las en mayor número, fecundas en beneficiosos resultados para la libertad é independencia de oprimidas Nacionalidades.—Tercer éxito: un largo período de relativa libertad comercial: en el Continente, con la formación del Zollverein y con el comienzo de una dilatada serie de reformas arancelarias; en Inglaterra, con la abolición de las leyes de cereales, y con aquellas otras, no menos atrevidas reformas económicas, que dieron tan justa fama á la Escuela de Manchester, por tantos títulos gloriosa.

Allí, junto á mi pobre mesa, me estaban hablando en elocuentes páginas, si no todos, á lo menos la mayor parte de los iniciadores, sostenedores y victoriosos campeones de aquellas brillantes batallas científicas, cien veces más provechosas que las de los más esclarecidos capitanes. Á fuerza de estudiar mis libros, me iban redondeando la Ciencia; explicándomelos unos por otros, y tomando los últimos como derivación lógica de los primeros. Malthus, Ricardo, Banfield, Mac Culloch y los Mill, padre é hijo, me completaban á Smith: Flórez Estrada, Dunoyer, Rossi, Garnier, Droz, Cherbuliez y Dupuynode me completaban á Say.

Pero, en aquella vasta galería de superiores ingenios, las dos figuras sobresalientes eran Bastiat y Proudhon, atletas ambos, en cuyas titánicas luchas, veíamos entonces claramente definido el estado de la Ciencia. Á propósito de Pi y Margall, ya he aventurado, en uno de los capítulos anteriores, una opinión sobre Proudhon. Federico Bastiat se me

presentaba bajo un concepto enteramente opuesto. En ninguno de los economistas que le precedieron, me era fácil encontrar, ni más seguridad de juicio, ni dialéctica tan cerrada, ni tan extensos horizontes como los que él supo trazar á la Ciencia económica. En sus manos, la Economía política vino á convertirse en uno de los capítulos más selectos de la Filosofía, de la Moral y del Derecho. Aun ahora, cuando estos engranajes con la Ciencia económica han sido, con tanta maestría, señalados por Minghetti, Baudrillart, Dameth, Federico Passy, Rapet y tantos otros insignes escritores: aun ahora, encuentro á Bastiat muy superior á todos, aun prescindiendo de sus *Armonías* y de su libro de los *Sofismas*: aun limitándome á sus picantes é inimitables folletos. Tuve, por las obras de Bastiat, una verdadera pasión, una pasión ciega, lo confieso: la tuve y la he conservado; lleno de admiración hacia el gran revelador, que tan hondamente nos hace penetrar en el problema de nuestros destinos sociales, bajo el sencillo *pretexto* de exponernos las leyes generales del mundo industrial y del trabajo.

IV

Me diréis que soy impenitente porque sigo adorando á Bastiat, á pesar de las *lecciones* de la experiencia. Ea, pues lo soy; y no *á pesar* de las lecciones, sino precisamente *por* las lecciones. Tan impenitente, que si ahora siguiese enseñando Economía política, defendería y explicaría la misma libertad de trabajo, la misma libertad de crédito y la mismísima libertad de comercio que entonces defendía y explicaba.

¡Si será terco el mozo! Pues ¿no lo ha de ser? Porque, en resumidas cuentas, ¿qué ha pasado? Nada. Que los intereses han logrado sobreponerse á las ideas, ó sea á la razón y á la justicia: que la gente de metal ha tenido bastante fuerza para sostener, y aun para ampliar, sus monopolios, en forma de Bancos, Empresas y Compañías: que la gente peleona la

ha tenido para decretarnos grandes ejércitos y poderosas escuadras: que la bulliciosa se ha despachado á su gusto con el quijotismo de los desquites nacionales y de los ensanches de territorio; y que, con tan plausibles motivos, han vuelto á sacar descaradamente la cara todos los rancios proteccionismos y hasta alguno nuevo, como el monetario.

Este es el triste espectáculo que están ofreciendo, en el presente momento, los principales Estados, empezando por la República Anglo-americana. ¿Y qué? ¿no la teníais prevista esta reacción? ¿no conocíais estos compases de espera que se permite la Historia, cuando los empujes han sido muy fuertes? Calculabais mal si no contabais con la coalición de las resistencias: con la de los organismos históricos: con la de las clases viciadas en el Poder y á él acostumbradas: con la de aquellos que están en posesión de las influencias tradicionales, para fabricarse á su antojo camarillas ó Parlamentos. ¿No contasteis con ello? Claro que os equivocasteis. Como igualmente os equivocaríais si llegaseis á figuraros que la reacción será duradera y capaz de constituir un estado permanente de Derecho. Hay, en estos mundos inferiores, la prueba y la contraprueba. La prueba está en el imperio de la verdad, en sus demostraciones, en sus lógicas, en sus aplicaciones al terreno de las realidades. La contraprueba está en el hecho negativo. Cuando este hecho no produce más que desastres, y desastres de tal naturaleza que envuelven á todo el mundo: los ojos se dirigen instintivamente hacia aquellas doctrinas que muchos miraban con desprecio, porque no las habían visto más que en el papel, en la cátedra ó en forma de tímidos ensayos. Para apreciar las ventajas de la salud, no hay como una enfermedad que os doble. Para que hablemos despacio sobre pasadas felicidades, os cito y emplazo en plena desdicha. *Nessun maggior dolore.*

Como esto lo tengo por axiomático, no me sorprenden los descalabros que nos vienen propinando, de veinte años acá, los políticos del género novísimo. Si no fuera porque los palos siempre son palos, casi, casi me alegraría, por aquello de que no hay mal que por bien no venga. Cuidado

si andamos sobre ruedas desde que volvió la moda de los aranceles draconianos, y volvieron los arreglos coloniales á estilo del siglo XVII, y cayeron otra vez, sobre la infeliz Europa, la langosta del papel moneda y la de la gabela á capricho. Los frutos son bien conocidos: déficits permanentes; Presupuestos imposibles; cursos forzosos, en vigor ó en amenaza; cambios con el extranjero á alturas desconocidas; el oro enterrado ó por las nubes; el impuesto, verdugo del propietario; el arancel, verdugo del consumidor, las Haciendas públicas, en constante bancarrota. Me parece que, para contraprueba, tenemos más que suficiente.

¿Suficiente, eh? Pues suma y sigue. ¿Y la cuestión obrera? No he de negar que esta cuestión viene de muy atrás; que, en los tiempos de la Economía política ortodoxa, era un problema ya planteado y replanteado, nada menos que desde los de Babœuf, y luego por la escuela de Sismondi, y luego por todos los socialistas estudiados por Reybaud, y luego y con mayores bríos, por el criticismo de la extrema izquierda hegeliana, trasplantado á Francia por Proudhon. No he de negar que, ya entonces, el problema obrero tenía su dogma, sus organismos y, de vez en cuando, sus manifestaciones ruidosas: como dogma, el odio al capital, á la propiedad y al salariato; como organismo, las *Trade's Unions*; y, en clase de manifestaciones, las sangrientas de algunos centros ingleses, las de la época de Luis Felipe, y las famosas jornadas de Junio, que realmente acabaron con la segunda República francesa.

Nadie puede atreverse á desmentir unos hechos que son del dominio de la Historia. En lo que quiero que os fijéis es en una coincidencia que, por lo menos, tiene mucho de singular. ¿Cuándo empezó el problema obrero á tomar los caracteres alarmantes que le distinguen hoy? ¿el internacionalismo, el colectivismo, el anarquismo, el dinamitismo? Prescindiendo de sus grandes exageraciones en lo que atañe al *fondo* del problema social, los obreros no han hecho más que imitar á los burgueses *en sus procedimientos*. El burgués ha buscado, en el Poder, el medio de imponer su criterio: el obrero pide también el Poder para imponer sus opiniones.

El burgués se rodea de monopolios: el obrero los pide para su clase. El burgués exige protección para su mercancía y para los beneficios de sus empresas: el obrero la exige para su familia y para sus retribuciones. Y, para que la comparación resulte más exacta, si el burgués, votando enormes Presupuestos militares, viene á declarar que la guerra es todavía el principal instrumento de gobierno, el obrero adopta también un pie de guerra *suyo* para hacer triunfar sus ideales; y si el burgués se pasa la vida inventando nuevos instrumentos de destrucción destinados á sus ejércitos y escuadras, el obrero adopta aquellos instrumentos, ó se inventa otros para hacer más *respetable* la acción de sus organizadas huestes. Falta un detalle no menos expresivo. Monopolios, proteccionismos, arbitrismos, armamentos y otras lindezas de la presente reacción, todo lo ha decorado el burgués con nombres *sugestivos* y de alta resonancia: dignidad nacional, decoro nacional, conciencia nacional, trabajo nacional. El obrero ha contestado con otro nombre: *Capitalismus*: latinajo germanizado, de que le han hecho merced, para usarlo de espantajo, los Marx y los Lassalle, los Pœpe y los Bakunine.

Quiénes hayan sido los verdaderos responsables de las últimas actitudes obreras, lo dejo apuntado en algún párrafo del presente capítulo. Los que han recomendado el socialismo, desde arriba, son los que han fomentado el socialismo desde abajo. Ya sabemos cuánto nos va costando *quella Economia politica governativa del Sign. Angelo Marescotti, già prof. e deputato.* También hemos averiguado que la celebérrima Economía gubernamental tiene un cómplice: la escuela histórica alemana.

No es verdad que se olvidaran de la historia los profesores de la escuela *vieja*, pronúnciese liberal. Blanqui, Cibrario, y después Colmeiro, me parece que son algo. En mis programas de la cátedra de Santiago, se incluía un buen número de lecciones de historia económica; pero huía cuidadosamente de inspirarme en Roscher, y voy á decir por qué.

Yo creía y sigo creyendo que el mundo se gobierna por

leyes naturales, universales é inmanentes: que el cumplimiento exacto de estas leyes ha de dar el fenómeno típico, el ideal acomodado á la naturaleza y á los fines del hombre: que, en el mundo moral, el hombre, como ser ético y dotado de libre albedrío, puede ajustarse, ó no ajustarse, á aquellas leyes; á reserva de sufrir la condigna sanción si no las observa, ó trata de reformarlas á su capricho. Sostenía y sigo sosteniendo que, en este punto, el mundo industrial no ha de ser de distinta condición que los demás; que el trabajo humano tiene también sus leyes naturales, UNIVERSALES é inmanentes, que se pueden violar, pero no impunemente. Volviendo luego los ojos á la Historia, hacía notar y sigo notando. que, dentro de la realidad, hay siempre dos factores de poderosa influencia sobre el desenvolvimiento de los hechos humanos: que estos dos factores son el espacio y el tiempo: el espacio, es decir, el clima, el terreno, el accidente geográfico, con otros más subalternos; el tiempo, es decir, el estado peculiar de cada grupo étnico, con su índole, sus costumbres, sus tradiciones, sus inclinaciones y sus grados de cultura. De la suma de tales factores, unos principales y otros secundarios, sacaba yo claramente las relatividades del progreso económico: en aumento, cuando los pueblos, las razas ó las civilizaciones se aproximan á las formas típicas; en descenso, cuando de ellas se alejan. Todo ello, averiguado, rigurosamente deducido y matemáticamente demostrado, sin prevenciones, ni *parti pris*, ni espíritu de escuela. De manera que, por este sistema, la historia resultaba, en mis programas, desempeñando su noble papel de comprobante. Era el método histórico en auxilio del método racional.

De seguir á Roscher, hubiera tenido que tomar por otra senda. Empezaba entonces Roscher á aplicar á la Ciencia económica el *historismo* ideado por Savigny y por Eichorn, para el cultivo de la del Derecho. Según Roscher, en la Historia, y solamente *dentro* de la Historia, están el arranque, la marcha y el fin de las funciones económicas. En Economía, no hay, para él, tipos ideales, ni prototipos ni arquetipos. Todo se reduce á una génesis de situaciones industria-

les, enlazadas por una ley fisiológica. Vuestra Economía será un simple capítulo de la Historia natural: estudiaréis el trabajo humano, como el de las abejas, el de las hormigas ó el de los castores. Iniciativas de la personalidad, móviles internos, fenómenos de la conciencia, ningunos: el orden industrial es una mera resultante de la condición de los tiempos y de los medios ambientes; á unos y á otros tenéis que someteros, porque el individuo carece de libertad para dominarlos.

Tuve la suerte de no dejarme arrastrar por el lado descriptivo, ameno y pintoresco de las exposiciones histórico-económicas del erudito alemán; porque ví, desde el primer momento, los abismos en que nos precipitaba su doctrina. Era un determinismo neto, ciego, avasallador: el hombre empujado siempre por vientos y corrientes, nunca con propio espíritu y discernimiento personal para elevarse á los purísimos conceptos de lo verdadero y de lo bueno, de lo útil ó de lo justo.

Aquí, en este último punto, era donde se me ponían más en evidencia las inconcebibles aberraciones de la escuela económico-histórica. No se me borraban de la imaginación aquellas palabras del mismo Roscher: «Ninguna institución económica ha sido ventajosa ó perjudicial á toda clase de pueblos y en todos los grados de cultura. Solamente la Historia os demostrará por qué lo razonable deja de serlo, y al contrario.»

¿Habéis comprendido bien? ¿Qué crimen social ni qué absurdo económico dejan de tener justificación por este camino? Ante tal enormidad, ha protestado Hildebrand, inventando lo que llaman historismo ético, para dejar á salvo las libertades humanas. Otros lo han tomado más por lo serio, y han renunciado á formar parte de la escuela histórica. Adolfo Wagner nunca se ha asociado á ella; y algunos, como Deltzel, Sax y Menger, hacen esperar una reacción favorable á las doctrinas de la escuela ortodoxa.

V

Montero Ríos y Álvarez Bugallal fueron dos de mis discípulos más notables en la cátedra de Santiago. Ambos llegaron á Ministros. No los menciono aquí en su calidad de hombres públicos: limítome á recordar aquellos sus tiempos de estudiantes, cuando el difunto Bugallal, entonces en su primera juventud, anunciaba ya, en cátedra, sus privilegiadas dotes de jurisconsulto y publicista. Cuando Montero Ríos se matriculó en Derecho, poseía un rico caudal de estudios teológicos que le facilitaban el cultivo de la alta especulativa aplicada á las Ciencias morales y políticas. Era el primero en todas las clases; y nadie se hubiera atrevido á disputarle aquel puesto. Dábale á menudo ocasión de lucir sus facultades mi sistema de preguntar á los alumnos si tenían alguna observación que hacer sobre la lección que acababa de explicar. Aprovechaba Montero aquella coyuntura para entrar conmigo en corteses polémicas; y entonces era cuando podíamos apreciar la precisión de sus conceptos, su juicio clarísimo, su no común erudición, el vigor de su palabra severa, sobria, elocuente y, sobre todo, aquella portentosa habilidad que ha hecho, del eminente canonista, uno de nuestros más consumados políticos y una verdadera especialidad en táctica parlamentaria. Por cierto—y el lance no deja de ser curioso—que, un día, nos enzarzamos, muy de veras, á propósito del matrimonio civil. ¿Quién le había de decir al futuro Ministro que, andando los tiempos, le tocaría á él, como hombre de gobierno, tomar la iniciativa en aquella cuestión tan debatida, tan explotada por los reaccionarios, y que todavía está esperando, en España, soluciones acaso muy distintas de las que ha tenido hasta la actualidad?

No me faltaron disgustos en Santiago. El Clero, no pudiendo perdonarme mis campañas contra las influencias teo-

cráticas, me ponía de vuelta y media en sus cenáculos. Gracias á sus intrigas, no me fué posible fundar, en Santiago, una Academia de Legislación y Jurisprudencia. En cambio, cierto alto dignatario de la Catedral se dedicó á reclutar jóvenes, para hacer obras benéficas. La caridad evangélica no alcanzaba á mi pobre pellejo; porque, según se decía por la población, lo maltrataban sin piedad, arañándome con uñas de mogigato. Era aquello, como supondrá el lector, un toque de llamada al bando de los neos, á fin de tenerlos, llegado el caso, instruídos y regimentados como instrumentos políticos. La gente maliciosa, en su afán de dar motes á todo, llamaba á aquellos pobres muchachos la *Jumentud* de los benéficos.

Otros adversarios tuve de muy distinta índole; y fueron los patrioteros: en lo cual, y sea dicho sin presunción, creo haber dado muestras de alguna independencia de carácter. Estábamos en pleno delirio de la benemérita; y yo, que tenía que tratar de la institución, en mis lecciones de Derecho político, juzgaba la Milicia Nacional bajo los dos puntos de vista, teórico y práctico: distando mucho de considerarla como una firme garantía del orden y de las libertades, conforme pretendía el antiguo progresismo; y buscando estas garantías en otras combinaciones y en otros organismos, según es uso y costumbre en la moderna democracia. Tanto bastó para que los caciquillos progresistas de la ínclita Compostela me pusieran siete palmos de geta; y, sin duda reunidos en comité cerrado, decidieron darme el rato. Un día, en la Universidad, enmedio de la lección y estando muy de toga, con todos los demás adminículos de la etiqueta reglamentaria, veo abrirse, y con gran estrépito, las puertas de la cátedra, y aparece el furriel del batallón, con un fusil y sus correspondientes apéndices.—¿Qué se le ofrece á usted?—pregunté sin inmutarme.—Vengo de parte del señor Alcalde, contestó, á traerle á usted su armamento.—Pues diga usted al señor Alcalde que éste no es sitio para recibir armas de ninguna especie; y hágame el favor de salir inmediatamente del edificio, si no quiere que los porteros le echen á usted á puntapiés, con su fusil, su correaje y su cartuchera.—Obedeció, tocando

soleta en el acto, y llevándose un solemnísimo chasco los diplomáticos del comité, si su intento había sido provocar una escena tumultuosa.

Cuando me entregaron el chopo, en toda regla y en mi propia casa, cargué con él, y conservó pura su virginidad, en un rinconcito de mi cuarto, y á cierta distancia de los libros, por no considerarlo instrumento bastante literario. Cada semana, al caer las diez de su domingo, venía el mencionado furriel á limpiar los metales y á repasar los cueros, mediante una *reconciliación* de dos pesetas; y héteme ahí ya tan listo y tan corriente para prestar, con la patriótica joya, los eminentes servicios que había señalado la Providencia á la Milicia santiaguesa: formar en el Principal; hacer el ejercicio al compás de uno, dos, tres; dar una vuelta por la población; montar la guardia; estar de centinela; dormir en un camastro, y otros actos heroicos y eminentes que me planteaban á cada paso el siguiente problema: si, en vez de hacer el buey, no hubiera sido mejor, hasta para la Patria, tener ocupadas aquellas preciosas horas en el cultivo de mis asignaturas.

Después de lo del fusil, vino la cuestión del uniforme. Los patrioteros pretendían que nos lo hiciéramos todos, para dar mayor lustre á las fiestas nacionales. Á lo cual replicaban algunos empleados que, teniéndonos el Gobierno á descuento, bien podía aplicarlo á uniformar milicianos. No entendiendo de este oído el comité, prefirió denunciarme al Capitán General, quien me echó una severa reprimenda sobre las tan conocidas influencias del paño azul en el patriotismo. Lo más singular del caso es que aquel hombre, tan decidido por los uniformes, empezaba por no ponerse el suyo cuando revistaba la Milicia; en cuyo solemnísimo acto hacía siempre gala de llevar trajes estrafalarios: aretes á lo Luxán, sombrero á lo Bolívar, chaleco blanco á lo Robespierre, frac azul de carteras y un fajín de fantasía.

No todo fué cómico en aquella Milicia: hubo también su correspondiente tragedia. Estando un día formados, en los claustros de San Martín, un joven llamado Vallejo se negó, no sé por qué, á entrar en filas, permaneciendo sentado á

cierta distancia, con el fusil en la mano. En vano el capitán de su compañía, Sr. Taboada, le rogó y le suplicó que cumpliera con su deber, como habíamos cumplido todos. Vallejo, no solamente se hizo el sordo, sino que, al ver que se trataba de arrestarle, se levantó como una fiera, apuntó el fusil sobre el capitán, y de un tiro le dejó seco. Todos quedamos consternados, por la horrible escena, y por las muchas simpatías que tenía Taboada en la Milicia y en la población entera. Pocos días después, Vallejo fué fusilado por un pelotón de soldados; y de buena nos libramos los milicianos, porque el Capitán General, el hombre de los aretes, pretendía que nosotros mismos actuáramos de verdugos.

Con motivo de aquellos tristes acontecimientos, la Milicia de Santiago fué, no sé si disuelta, ó reformada: no lo recuerdo á punto fijo. Tanto montaba, porque luego, á toda la de España se la llevó la trampa.

1858-1868.

SECCIÓN PRIMERA

Mis escritos en aquel período.—Sistemas de Comercio.—Siempre Tácito.—Cuadro de reformas arancelarias.—Dale con las chupandinas.—El crédito territorial vestido á la moderna.—Vulgarizaciones.—La España constitucional y sus reformas en Hacienda.—Crisis industriales.—Trabajos del Orden jurídico: la Reivindicación de Títulos al portador; las Patentes de invención; los Principios económicos en la Legislación internacional.—En «La Razón,» Revista quincenal.—Comentarios á las Memorias del Marqués de la Habana.—Mis escritos sobre el socialismo, la beneficencia y la esclavitud.—Artículos de costumbres.

I

No me establecí definitivamente en Madrid hasta 1858; uando obtuve, por oposición, la cátedra de Derecho maítimo é Historia mercantil, que desempeñé largos años. Aquel decenio del 58 al 68 fué, para mí, muy movido; entre rabajos destinados á la prensa, campañas de propaganda ocial y frecuentes salidas al extranjero. Dejemos éstas ara lo último.

Varios escritos publiqué, durante aquel decenio; los más e ellos sobre materias económicas. El primero en orden el más extenso, fué un *Estudio sobre los sistemas de Comercio*,

en sus relaciones con la Filosofía, la Historia y la Civilización actual.

Era un largo alegato en favor de la libertad de comercio. De paso diré que los preparativos de este trabajo fueron, para mí, ocasión de un curioso descubrimiento. ¿Quién dirán ustedes que me resultó economista y chapado economista? Nada menos que mi Tácito, mi indispensable Tácito. Véase por dónde.

En sus Anales, I, II, 38, dice el insigne historiador las siguientes palabras: LANGUESCET *industria, intendetur socordia, si nullus,* EX SE, *metus aut spes, et* SECURI *omnes* ALIENA *subsidia expectabunt, sibi ignavi,* NOBIS GRAVES.

O no sabemos latín, ó, en este texto, se encierran do proposiciones de importancia:

1.ª Que, sin responsabilidades propias y personales, la industrias languidecen, y desmayan las actividades.

2.ª Que el sistema de vivir sobre las espaldas del prójimo (léase hoy *del Estado*), aumenta la desidia del protegid y las cargas del protector.

En mejores términos no lo habían de decir, diez y siete diez y ocho siglos más tarde, ni los fisiócratas, ni el clásic Adan Smith, ni el ortodojísimo Bastiat. Todos los efectos de sistema protector aparecen vigorosamente acentuados e las tres líneas de Tácito: raquitismo industrial (*languesc industria*); flojedad de las empresas (*intendetur socordia* falta de propia iniciativa (*nullius ex se*);—privación de l competencia (*metus aut spes;*) indiscretas seguridades (*secu omnes*); indolencias en el productor (*sibi ignavi);* gravámene para los consumidores (*nobis graves).*

¿Cómo no me habían de parecer de oro los preciosos renglones? Por esto los aproveché en el acto, poniéndolos com epígrafe al frente de mi Memoria, de la cual voy á hac ahora un brevísimo extracto.

Estudiando la noción del Comercio y sus evoluciones, través de las Edades, aparecían, á mi vista, dos sistem fundados en principios opuestos:—el principio *expansivo*— principio *limitativo.*

Son causas generadoras del principio expansivo:—la ex-

tencia de la libertad racional—la ley económica de la libertad del trabajo—la misma índole del fenómeno fundamental del cambio.

Para que la libertad racional exista, es necesario que se realice en *todas* las manifestaciones de la vida, una de las cuales es el trueque de servicios, productos ó valores.

Á su vez, la libertad del trabajo exige que se exima de toda traba el ejercicio de la actividad humana; ya se aplique á la creación y asimilación de los valores (producción y consumo), ya se relacione con su movimiento (circulación, cambio y comercio).

El fenómeno fundamental del cambio supone:—*imposibilidad* en las fuerzas individuales—*posibilidad* en las fuerzas asociadas ó sociales—de satisfacer el conjunto de las necesidades humanas. Ensanchar la esfera del cambio es aumentar la suma de las fuerzas asociadas ó sociales: limitarla, es irla reduciendo á la acción de las fuerzas individuales.

Todo el *proceso histórico* se reduce, en último término, á hacer triunfar el principio del cambio expansivo—allanando obstáculos naturales—protestando contra los artificiales.

Los obstáculos artificiales han sido y son la expresión del principio limitativo.

Históricamente, los obstáculos artificiales se han condensado en tres formas concretas:—la política de los exclusivismos nacionales—la teoría y la práctica de la balanza de comercio—la teoría y la práctica de los sistemas proteccionistas.

Aquí entraba la Memoria en extensos pormenores sobre cada una de estas tres fases de la política mercantil limitativa; señalando, ante todo, los exclusivismos nacionales de los grandes pueblos comerciales anteriores al descubrimiento de América, desde los cartagineses, hasta los anseatas; y los de las Potencias mercantiles posteriores á aquel hecho: Portugal, España, Holanda é Inglaterra.

Venía luego un estudio especial del sistema balancista, relacionándolo lógicamente con un falso concepto de los instrumentos monetarios.

Considerando todos estos datos como meros antecedentes

de la cuestión principal, entrábamos de lleno en la historia y desenvolvimiento de las doctrinas proteccionistas, examinadas y juzgadas sintéticamente en sus tres primeras y más trascendentales manifestaciones:—la Política colonial de los siglos XVI y XVII—las Ordenanzas de Colbert—y el Acta de Cromwell.

Expuestos los *orígenes* del sistema proteccionista, venía la enumeración de sus *efectos,* extensa y minuciosamente analizados:—la instabilidad de la producción—la limitación del consumo—las inmoralidades del contrabando—la minoración sistemática de ingresos para el Tesoro—las guerras y represalias arancelarias.

De esta oposición entre el comercio *ideal* y el comercio *real* surgía, según la Memoria, la necesidad del remedio.

El ideal absoluto no es aplicable *inmediatamente,* á causa del desequilibrio creado, en las fuerzas productivas, por el principio limitativo.

Con este motivo, se ponían en parangón los dos medios, recomendados por los Autores, para realizar el ideal relativo:—las Uniones aduaneras—las Reformas arancelarias.

Creí conveniente hacer hincapié en lo de las Uniones aduaneras, porque entonces esta solución tenía grandes simpatías entre los publicistas. León Faucher la recomendaba para los pueblos neolatinos, poniéndola enfrente del Zollverein alemán. Varias páginas dediqué, en mi escrito, á aquella notable institución; discurriendo largamente sobre sus orígenes, sus resultados y su sentido político-económico.

Decidíame, sin embargo, por las reformas arancelarias como medio más práctico y efectivo de irse aproximando á los ideales económicos. Excuso decir que, en estas reformas arancelarias, incluía, como grupo de familia, los tratados liberales de comercio, en cuya inolvidable Era íbamos á entrar muy pronto, con el que celebraron Francia é Inglaterra. Entretanto era de rigor, y á ello me ajusté, trazar la historia de las reformas inglesas, desde Huskisson hasta Russell, fijando principalmente la atención en la abolición de las leyes de cereales, triunfo decisivo de la Escuela manchesteriana.

Como complemento de mi trabajo, y para precisar mi pensamiento, me creí en el caso de señalar las líneas generales de una buena reforma arancelaria, en los países sometidos al régimen proteccionista. Once años después, tuve la satisfacción de verlas. más ó menos fielmente representadas, en nuestra reforma arancelaria de 1869.

Recomendaba la Memoria como bases fundamentales:—moderación en todos los derechos—abolición de las prohibiciones, de las primas á la exportación y *drawbacks*—libertad absoluta de importación para las primeras materias y artículos alimenticios — base de imposición aproximadamente uniforme y homogénea—disminución progresiva y periódica de los derechos marcadamente protectores.

Medidas de detalle:—simplificación en la estructura del arancel—claridad—unidad de ejecución.

Esta fué mi entrada en campaña para la propaganda librecambista, de que extensamente se hablará en el próximo capítulo. Tuve también mis fuegos graneados, tiroteándome, en los periódicos, con algunos campeones del proteccionismo, entre ellos mis dos apreciabilísimos paisanos los señores Güell y Muntadas. Al primero de estos señores le serví, en una acreditada Revista, un tarrito de mostaza, bajo este expresivo título: *El Feudalismo del algodón y sus vasallos.* Porque el don de la acometividad no escaseaba ciertamente en nuestras filas. Jóvenes, entusiastas y con bríos, manejábamos á capricho las virtudes teologales: mucha fe, mucha esperanza y poquísima caridad para el prójimo... *de enfrente.*

II

Parecíamos obedecer á una consigna los economistas cada vez que asomaba las narices, en la prensa, algún proyecto de monopolio ó de ingerencias del Estado en usos ajenos á su peculiar instituto. Por ejemplo, cuando llegó á mi noticia

que se trataba de crear una chupandina para los *sacerdotes del Arte*, construyendo, en el solar de las Vallecas, y sosteniendo, por cuenta del Estado, un gran Teatro Nacional, cogí inmediatamente la pluma, y, con el lema de *subvenciones á los teatros*, y sin temor á olímpicos enojos, arremetí contra aquella invasión del proteccionismo literario, que pretendía echar mano del Presupuesto de la Nación para divertir á los madrileños.

Un gran monopolio combatí, cuyos tristes resultados hemos ido tocando después á fuerza de experiencias. Agitábase entonces, entre los hombres de negocios, la cuestión de introducir en España el crédito territorial á la moderna; es decir, con elementos movilizadores de la propiedad rústica y urbana; prevaleciendo desgraciadamente la idea de montarlo al estilo del *Foncier* francés, con establecimiento único, muy aparatoso y estrechamente unido al Gobierno. La mayor parte de mis escritos, referentes á los años 1862 y 1863, se consagraron á aquel asunto y combatieron aquellas tendencias: unas veces, manteniéndome en el aspecto teórico del crédito territorial, otras, entrando en comparaciones con los Bancos y Sociedades de Crédito; ó bien concretando mis ideas, en el terreno práctico, con un estudio especial sobre los *Inconvenientes que había que evitar en la constitución de los Bancos Hipotecarios.*

Al presente, cuando el crédito territorial, vestido á la moderna, se va haciendo ya casi viejo en España, debo decir, para satisfacción de mi conciencia, que al volver á leer, después de treinta años, aquellos escritos míos, no encuentro más que motivos para confirmarme y reconfirmarme en mis antiguas creencias.

Ahí está, en prueba de ello, el Banco Hipotecario español, que, por su lánguida existencia y su escasa resonancia puramente local, mejor merecería el nombre de Banco del Paseo de Recoletos: sin haber contribuído, que yo sepa, ni en un ápice, al fomento y prosperidad de la riqueza territorial española; sin que los ensanches de las poblaciones, ni la construcción de grandes barriadas, para operarios y no operarios, ni la apertura de cómodos y desahogados hoteles para

los viajeros, ni la habilitación de vastas zonas para el mejoramiento de la vida rural, puedan dedicar el más pequeño recuerdo de gratitud á las iniciativas de aquel Establecimiento; y, lo que es peor, sin que haya logrado matar, ó siquiera quebrantar, la plaga de la usura entre los terratenientes de alto ó bajo vuelo. Fachada eso, sí, mucha fachada, como ya lo habíamos pronosticado *los ilusos*: un ex-Palacio por residencia, su buena dotación de empleados y un alto puesto más para los ex-Ministros que no caben en un nuevo Gabinete.

III

Enmedio de estas tareas, procuré no echar en olvido la conveniencia de dedicarse á la vulgarización de las ideas económicas, y á algunas de sus exposiciones doctrinales; sin perjuicio de prestar tributo, de vez en cuando, á mis queridos estudios históricos.

Como vulgarización, fuí publicando varios apuntes sueltos sobre el concepto de la Economía política, la teoría general de las Empresas, la libertad del Trabajo, el Lujo y las Sociedades cooperativas. Como exposición doctrinal, traté el asunto de las *Crisis industriales*, y escribí, para el Sr. Pastor, una *Introducción* á su *Filosofía del Crédito.* Como materia histórica, consagré, en *El Siglo Industrial*, una serie de artículos al estudio de *La España constitucional y sus reformas en Hacienda.*

El tema de las crisis industriales lo desarrollé en la cátedra del Ateneo. Algún distinguido tratadista ha combatido después, en sus libros de texto, mi división de las crisis en transitorias y permanentes. Siento que no me haya convencido; é insisto é insistiré en mi tesis por varias razones: 1.ª, porque la permanencia de un estado *crítico* es ley general de la vida, en todas las esferas; 2.ª, porque, en el terreno económico, las causas permanentes de crisis son in-

herentes al mismo progreso industrial y resultan un fenómeno *constante* en cada descubrimiento, en cada invento y en cada transformación ó mejora de las condiciones productoras. Sin la teoría de las crisis permanentes, no nos explicamos, ni los incesantes desniveles de los mercados, ni las plétoras de producción, ni los flujos y reflujos monetarios, ni mucho menos las eternas y tremendas luchas entre el capital y el trabajo.

Mi ensayo sobre lo que pudiéramos llamar *Rentística constitucional*, venía á ser una especie de introducción á la historia contemporánea de la Hacienda española. Menudamente, uno por uno, y por su orden histórico, fuí señalando los progresos realizados en los diversos elementos que constituyen el mecanismo de nuestra Hacienda: nacimiento del sistema de Presupuestos, su confección, su legalización; mejoras en la Contabilidad del Estado; reformas en el sistema tributario; política arancelaria; arreglos de la Deuda; leyes desamortizadoras y sus incidencias. Era el mío un criterio científico histórico, desapasionado, sin mezcla de simpatías ni de antipatías políticas: midiendo y pesando lo que, durante treinta años, se había hecho en el terreno práctico, no lo que se hubiese podido hacer con relación á los ideales; y estimando, como verdadera mejora, todo lo que ofrecía carácter de progreso, aunque no fuese más que relativo. Con cuyo prudente consejo, llegábamos á conclusiones bastante consoladoras, dejándonos de aquellos pesimismos á que suelen entregarse los partidos políticos cuando juzgan á sus contrarios. Por esto, después de hacer un resumen de la triste situación de nuestros intereses materiales, bajo el reinado de Fernando VII, sintetizaba, en las siguientes líneas, los nuevos aspectos de nuestra vida económica nacional desde el advenimiento del régimen representativo:

«Salta el contraste á la vista menos perspicaz, con sólo tenderla sobre la distinta situación en que hoy se encuentran aquellos mismos intereses. La extensión y desarrollo que ellos han alcanzado; el ensanche dado á los cultivos; las facilidades concedidas al capital para acercarse á las empresas agrícolas; la solicitud en abrir

vías de comunicación; el espíritu de especulación, más generalizado entre todas las clases de la sociedad; la práctica de los negocios sustituída á los antiguos ensayos y vacilaciones; el crédito con una base de organización; el principio de asociación aplicado, en creciente escala, á todas las esferas económicas; el trabajo estimado; activa la contratación; las capitalidades puliendo sus costumbres y ensanchando sus recintos; la población en aumento; los puertos frecuentados; los montes y las minas objeto de la atención legislativa; algo levantada la marina mercante; vencidas, no sólo de hecho, sino también en el terreno legal, las preocupaciones que dificultaban la circulación de ciertos valores; vulgarizados los estudios serios y de aplicación á la vida práctica: España ha penetrado ya en las regiones donde se respiran los aires del siglo; y no hay fuerza humana, ni imperio político, ni espíritu reaccionario capaces de hacerla retrogradar á aquella calamitosa edad en que se vió tan pobre y abandonada.»

IV

Pocos fueron los trabajos del orden jurídico que publiqué en aquella época; y, aun éstos, siempre relacionados con materia económica. Citaré un examen de los principios legales para la *Reivindicación de efectos públicos al portador*, cuyas conclusiones tuve la honra de ver apadrinadas y sostenidas, ante el Tribunal Supremo de Justicia, por el ilustre jurisconsulto Sr. Acevedo: dos discursos pronunciados, en la Sociedad de Economía política, sobre las *Patentes de invención*, indicando las bases de un sistema que, años después, propuse al Ministerio de Fomento, encontrándome de Director del Conservatorio de Artes; y un artículo titulado *Los principios económicos en la Legislación internacional*, complemento ó ampliación de mi pensamiento de reforma arancelaria contenido en la ya citada Memoria sobre los sistemas de Comercio.

Más nutrido fué mi contingente de publicación en el orden político; debiendo advertir que no me refiero, ni á lo

que se llama política de actualidad, ni á la política menuda, géneros ambos que he cultivado rarísimas veces. Bastaría un ligero resumen de mis desahogos políticos anteriores á la Revolución de 1868, para demostrar que siempre procuré encerrarme en la política especulativa, en la general y estrictamente ajustada al dogma democrático. Dígalo desde luego el sentido que puede desprenderse de los siguientes títulos:

Las libertades españolas y sus historiadores.
La Unión ibérica y los progresos del Iberismo.
Influencia de Cobden en la política inglesa.
La ley de la Colonización.
Dos palabras sobre la Diplomacia.
De la Centralización en Italia.

Estos dos últimos escritos se publicaron en la Revista titulada *La Razón*, donde andábamos mezclados economistas y filósofos. *Dos* palabras sobre la diplomacia, quizás muchas: demasiadas, según me dijo, en letras de molde, un distinguido adversario, *suponiendo* que mi artículo echaba por tierra las embajadas; que declaraba inútil el Cuerpo diplomático; y que proponía reemplazarlo por los consulados. Nada de esto era exacto. Después de señalar los orígenes de la diplomacia moderna, fijábame en las falsas direcciones que las Cancillerías empezaron á dar á aquella carrera. Sostenía que, por regla general, los diplomáticos del XVII y XVIII, en vez de representar, en el extranjero, los intereses de su Patria, y en vez de hacer allí estudios provechosos para sus respectivos Gobiernos, solían convertirse en meros agentes de ambicíones dinásticas ó personales; se limitaban á ejercer odiosos espionajes; yprovocaban, con harta frecuencia, serias complicaciones que acababan por resolverse á cintarazos. Tal era la tradición que nuestros tiempos, en mayor ó menor escala, han sostenido; resultando de ahí, en el ejercicio de las funciones diplomáticas, una manifiesta discordancia con el espíritu del siglo. Esto, en el caso, por cierto no muy frecuente, de que los modernos diplomáticos dieran cima á alguna negociación de verdadera trascendencia; porque, en muchísimos otros, la

misión de los enviados quedaba reducida á llevar, en las Cortes extranjeras, una vida insustancial y puramente aparatosa.

Que todo esto necesitaba correctivos, y que tanto derecho tenía yo para indicarlos, desde el humilde rincón de una Revista, como podía tenerlo cualquier político mandón para dictarlos desde las columnas de la *Gaceta*, era cosa que, para mí, no admitía ningún género de duda.

Por de pronto, no negaba—¿cómo lo había de negar?—la conveniencia, y hasta la necesidad, de nombrar *determinados* representantes para negociaciones *determinadas*. El problema quedaba reducido á las representaciones permanentes, sobre todo para los países obligados á las economías. Y aquí, si podía tachárseme de duro, no cabía acusarme de falto de lógica; porque, á mi juicio, lo que convenía fomentar y desarrollar, en el extranjero, eran las agencias *técnicas*, para todas aquellas cosas que forman, de ordinario, la trama de la vida internacional; y, entre estas agencias técnicas, fijaba mi atención en la institución consular, tan respetable por sus orígenes, sus tradiciones y sus inmensos servicios. Creía y sigo creyendo firmemente que, por el camino de agrandar y de enaltecer las funciones consulares, es por donde debe llevarse la reforma; separándome radicalmente, en esto, de aquella ridícula opinión que considera la carrera consular como una especie de berruga adherida á las legaciones: peregrino mote en cuya invención podría muy bien tener alguna responsabilidad el orgullo diplomático.

Al fin y al cabo la idea no era nueva: treinta y dos años antes la había sostenido un publicista eminente: J. B. Say en su *Curso completo de Economía política*.—*Ils devraient, peut être* (les consuls), *composer* A EUX SEULS, *tous les agents accrédités d'une Nation.* 7.me partie, ch. XXI.—Tampoco pasaba yo del *peut être*.

Lo de la centralización en Italia era un artículo de circunstancias, á propósito de los proyectos del Ministro economista Minghetti, para organizar la nueva Administración italiana, entrado ya el período de la unificación. Sirvióme para tomar acta del descrédito en que iban cayendo las teo-

rías centralizadoras; porque, aun en España, el gran pontífice Ríos Rosas las había públicamente desautorizado, arrostrando las iras de sus antiguos amigos los doctrinarios.

V

Algo relacionado con la política, por tratarse de una cuestión colonial, estaba otro trabajo mío, de aquella época, titulado *Reflexiones sobre la historia y el estado de la instrucción pública en la Isla de Cuba.* Las Memorias que acababa de publicar el Marqués de la Habana, sobre los dos períodos de su mando, habían puesto de moda los problemas relativos á nuestra Antilla mayor.

Encantóme la novedad introducida por el Marqués. ¡Escribir Memorias un Capitán general de la Isla de Cuba! ¡Y escribirlas, no para enterrarlas en los archivos de Indias, sino para el público, para la opinión, para enterar, á contemporáneos y á venideros, de la aplicación que se haya dado á las *omnímodas* famosas! Ahí tenemos, decía yo, el verdadero, el legítimo juicio de residencia. Si cundiera, si prosperara la costumbre, si hiciesen otro tanto todos los Gobernadores de nuestras Provincias ultramarinas, acaso, acaso, por este camino, tropezaríamos con un freno *automático*, para contener, dentro de moderados límites, ciertos ímpetus de autoridad sobradamente acreditados en aquellas lejanas tierras.

Naturalmente, en mi calidad de Profesor, lo que más me interesaba, en las Memorias del General Concha, era lo relativo á Instrucción pública. Estudié, con todo detenimiento, los capítulos correspondientes; consulté mis libros; eché mano á la pluma, y redacté, para el periódico *Las Antillas*, cinco artículos bastante extensos, tomando la cuestión *ab ovo*, es decir, desde la época de los descubrimientos.

De mis datos se deducía claramente que, en los primeros siglos posteriores á la conquista, y durante el período más

florido de nuestras flotas y galeones, no nos preocupaban, para América, las necesidades de la Instrucción pública; en lo cual, y sea dicho de paso, corrían parejas, con nosotros, las demás Potencias europeas que tenían posesiones coloniales; con la única diferencia de que algunas de aquellas Potencias pronto se enmendaron, y nosotros tardamos mucho en enmendarnos. Que cabalmente los primeros indicios de algún movimiento educativo, en las Américas, coincidían con un ligero relajamiento de las trabas coloniales; como si el hecho de entreabrirse las puertas, forzara la mano para entreabrir los espíritus; según parecía demostrarlo, en el siglo XVIII, el auxilio prestado, por las Autoridades, á varios ramos de enseñanza en los virreinatos de Méjico, Perú, Nueva Granada y Buenos Aires, así como en los gobiernos de Nuevo Méjico, Guatemala, Chile, Caracas, Puerto Rico, Florida y Santo Domingo.

Señalaba luego la creación, en 1721, de la Universidad de la Habana, institución de carácter semi-pontificio, dirigida por los frailes de Santo Domingo. Tanto en ella, como en las también tituladas Universidades de Méjico, Lima, Santa Fe de Bogotá, Guatemala y Santiago de Chile, se advertía ya la funesta tendencia á confiar el depósito de las luces á una sola clase social, por muy digna y respetable que fuera. Verdad es que, poco más, poco menos, sobre este mismo patrón estaban cortadas las enseñanzas de la Península; pero allá, en Ultramar, los contrastes con las necesidades de los tiempos resultaban más acentuados; porque, aun dentro del sistema de considerar las colonias como forzadas nodrizas de la Península ó como mercados *naturales* de sus productos, siempre hubiera sido preferible dar á la instrucción un giro más práctico, relacionándolo con la marina, el comercio, la industria ó la agricultura. Alejarse sistemáticamente de estos derroteros, para encerrar las Universidades americanas en los moldes tradicionales de la Teología, del Romanismo y de los estudios Canónicos, no probaba más que una cosa: el propósito decidido de crear aristocracias científicas de pedantesco saber, cubriendo, bajo el vano formalismo de las aulas, una *santa* ignorancia

que hiciese menos visible el yugo, el ominoso yugo de grandes tiranías coloniales, en lo político y en lo económico.

Era de notar—y así lo consignaba yo en uno de mis artículos—que, al entrar en este siglo, la iniciativa particular quiso, y aun logró, hacer, en Cuba, lo que no pudo ó no quiso hacer el Gobierno. En el ramo de instrucción primaria hubo varias escuelas, y no pocos maestros sostenidos con las suscriciones voluntarias de vecinos y propietarios de las comarcas. Para enseñanza secundaria, habíanse creado en la Habana, Matanzas y Puerto Príncipe, bastantes colegios privados donde se enseñaba latinidad y humanidades. Y, como escuelas especiales, habían nacido, con más ó menos porvenir, una Escuela de Náutica, costeada en la Habana por la Junta de Fomento, dos cátedras de Farmacia, una de Botánica, otra de Química general y dos de Economía política, fundada una de ellas por la Sociedad Económica de Amigos del País.

Por estos pasos llegábamos al Plan de Estudios decretado por el General Valdés en 1842. Aquel plan cortaba todos los vuelos de la iniciativa privada, porque fué un soberano alarde de centralización y gubernamentalismo. Concentrada la dirección general de la enseñanza en las oficinas del Gobierno superior; bajo su dependencia, las Comisiones provinciales y locales de los departamentos; la instrucción, en todos sus ramos, subvencionada por el Tesoro de la Isla; una jerarquía puramente oficial y completa del Profesorado, desde las Facultades, hasta los dómines de las aldeas.

Cuando Concha redactó sus Memorias, había pasado ya suficiente número de años para poder apreciar el efecto de las reformas de Valdés. Era deplorable. El número de escuelas de instrucción primaria seguía siendo limitadísimo; y, en lo que atañe á la enseñanza elemental, á la especial ó técnica y á los estudios de Facultad, había un dato elocuentísimo que valía por cien argumentos. Muchos padres de buena posición, en Cuba, mandaban sus hijos á educarse en los Estados Unidos; y los muchachos que aspiraban á obtener un título académico de abogado ó de médico, acudían á las Universidades de la Península, principalmente á

la de Barcelona, donde, como ya dije en otro lugar, solían ser muy numerosos los alumnos de la sección americana.

El Marqués de la Habana trató de poner remedio á todo con una serie de reformas inspiradas en las mejores intenciones. Que muchas de aquellas medidas habíau sido altamente beneficiosas para la Isla, no lo ponía yo en duda; para lo cual me bastaba señalar el aumento notabilísimo en el número de escuelas primarias gratuitas, la ampliación de los créditos concedidos á la enseñanza, la creación de una Escuela normal de Maestros, el ensayo de un Colegio Politécnico, el ensanche dado á las enseñanzas de aplicación, y varias reformas en la disciplina universitaria. Detalle todo, ante la importancia de los principios fundamentales; digámoslo mejor, ante el *espíritu* dominante en los planes educativos del General Concha. Este espíritu era el tradicional: monopolio absoluto, centralización y mucha mano al Clero. Como los dos primeros extremos ya habían sido tocados en el cuerpo de mi escrito, dedicaba una gran parte del final al tercero. Tiempo perdido. Las ingerencias clericales son vicio inveterado en nuestras Administraciones ultramarinas. Aun ahora, por muy mansas que parezcan, obran aquellas ingerencias enérgicamente en Cuba y Puerto Rico. De Filipinas no hay que hablar; porque allí son nota dominante.

VI

El socialismo—la beneficencia—la esclavitud: tres puntos que toqué, en calidad de estudios sociales.

Hoy me encuentro algo anticuado cuando vuelvo á leer lo que escribí, en 1861, sobre el socialismo; me encuentro anticuado, no por el concepto que expuse de la doctrina socialista, sino por las aplicaciones y desarrollos á que tuve que ceñirme.

En el concepto, ¿cómo podría caber variación? El socialismo tiene una base inalterable. Es la absorción del individuo por el Estado; es la destrucción total ó parcial del *principium individuationis,* tan admirablemente precisado por Duns Scot: es la afirmación de realidades sustanciales, y casi tangibles, en un organismo, una vida, una conciencia y un pensamiento *colectivos*, á expensas de un organismo, una vida, una conciencia y un pensamiento individuales. Es un simple trasplante de la actividad humana: pasada la del individuo, á los organismos sociales, con las correspondientes abdicaciones de libertades y responsabilidades.

Dejaos de sutilezas, y á esto vendrán á reducirse todos los socialismos imaginables: así me los deis en el Gobierno de una Nación, como en la Provincia, ó en el Municipio: así me los impongáis desde arriba como desde abajo: así me los planteéis en lo político, como en lo económico, como en lo religioso, como en lo docente: así me los declaréis antiguos, medioevanos, ó modernos: así tratéis de explicármelos históricamente por la índole de los primitivos despotismos orientales, ó por el sentido de las democracias griegas, ó por el unitarismo romano, ó por la reconstitución de las Nacionalidades, ó por el dogma del derecho divino en las Monarquías patrimoniales, ó por el del derecho humano en las representativas, ó por las pretendidas exigencias de colectividad en las democracias modernas.

Esto daba yo á entender en 1861: esto repito en 1894, sin variar un ápice.

En lo que no me confirmo es en dejar reducidas las formas modernas de organización socialista á las que se indicaban en aquellos mis escritos. Ya se ve: yo tenía que limitarme á lo que me ofrecían: comunidad de bienes, lo más osados; y, entre los modestos, derecho al trabajo, derecho á la asistencia, doctrina del mínimum de salario teoría del crédito gratuito.

Los tiempos han marchado. Cualquier programa del má insignificante Congreso de operarios os demostrará que tod aquello eran niñerías: tortas y pan pintado al lado de la pretensiones del socialismo novísimo. Habría, sí, sus inter

ciones en el fondo de aquellos artificios: su gato encerrado, fácil de descubrir para aquellos que tienen la costumbre de leer entre líneas; pero los muchachos no dábamos importancia á la cosa, fiados en las tremendas costaladas de todos los inventores de sociedades al pelo. Un Owen, con su New Harmony; un Cabet, con su Icaria; y aquellos benditos de sansimonianos, tan inocentones cuando jugaban á Papá y Mamá en su Círculo de Ménilmontant, como duchos fueron después, para los negocios, cuando se metieron á personajes. Creíamos además que, como decimos los españoles, *para quien es D. Juan, con D.ª María basta*; es decir, que, para contener aquellas oleadas socialistas, eran, más que suficientes, un libro como el de Luis Reybaud, otro como el de la *Propiedad* por Thiers, y la influencia de algunos grandes polemistas que cayeron como una avalancha sobre aquel desdichado socialismo de la segunda República francesa.

Digo ¡si hemos mudado de piel en treinta y dos años! Por mucha parte que tomaran los obreros en las antiguas batallas socialistas, ¿dónde estaba entonces el socialismo, como bandera *de clase*, dónde un partido obrero, dónde la declaración de una guerra á lo Espartaco? Tampoco teníamos, en aquella ocasión, los trabajos de zapa del socialismo platónico. Más daño han hecho esos socialistas de cátedra que una epidemia feroz ó una nube de langosta. Lo he dicho en este mismo tomo, y lo probé en mi *Política del taller*, hace unos cuantos años. Tended luego la vista por esos mundos de la lanzadera, donde si había, de vez en cuando, sus huelguecitas, sus chamusquinas y algún pinchazo suelto, no por esto dejábamos de navegar por el inmenso piélago; y donde, si se formaban coaliciones, agrupaciones ó uniones obreras, con fines poco santos, no llegábamos, ni con mucho, á las organizaciones internacionalistas, colectivistas ó anarquistas, ni á los programas *completos* de liquidación social, ni al argumento decisivo de la dinamita. Ved ahí la principal razón de encontrarme anticuado como escritor del 61. Tratábamos á los socialistas demasiado por lo fino.

VII

Si, al repasar lo que escribí, en 61, sobre el socialismo, me sorprendo casi rancio, no me sucede lo mismo, sino todo lo contrario, cuando verifico la misma operación para lo que dije, en 63, 65 y 68, sobre la beneficencia y sobre la esclavitud. Allí me siento moderno, modernísimo. La razón es elemental. El problema moral y económico de la beneficencia sigue sin variación: el de la esclavitud se ha resuelto.

Sostengo que lo de la beneficencia está siempre sobre el tapete, como cuestión de procedimiento. Problemas infinitos. Voy á indicar los más principales, señalando cada uno de ellos en párrafo aparte.

Si el ejercicio de la beneficencia pública ha de depender en todo ó en parte, de los tesoros de sensibilidad encerrados en el tiernísimo corazón del Estado.

Si, sin una poderosa acción ó sin una fuerte intervención suya, los ciudadanos seríamos de una indiferencia épica ante las mayores miserias y desdichas.

Si los resortes de la caridad, con sus variados organismos, proceden, ó no, de otras fuentes más puras, y siempr desinteresadas, en el orden moral y en el religioso.

Si, para fortalecer la virtud de socorrer al prójimo, son, no son, las iniciativas privadas más fecundas que las de lo Gobiernos.

Si lo son más los instintos generosos, individuales ó co lectivos, que los reglamentos oficiales.

Si, en los casos de una verdadera calamidad pública, re sultan ó no más ineficaces todavía los recursos del Estad

Si, dentro de sus condiciones naturales, posee el Estad la capacidad suficiente para organizar vastos servicios caridad, aun en la esfera mecánica de la empresa; cuan esta empresa no debe ser de especulación, ni de gananci

pecuniarias, sino de abnegaciones, de fraternidad ó, como dicen los sociólogos, de rigoroso *altruismo*.

Si es fácil averiguar quién levanta montañas cuando caen los grandes ramalazos: si el Estado, con sus movimientos automáticos y sus eternas penurias, ó los particulares, ***en libertad***, y á impulsos de los cariños, de la compasión, del fervor patriótico ó religioso, de la fe consciente ó inconsciente.

Si, en momentos supremos de epidemia, terremotos, incendios ó inundaciones, suele dar el Estado las más sólidas garantías de inteligencia y moralidad, en la parte industrial de los auxilios: improvisar capitales, allegar mano de obra, escrupulizar la administración, ejercer severas vigilancias, dar movilidad á los planes, multiplicar los ajustes de servicios, y conseguir rapidez y facilidades para transportar un personal y un material determinados á los puntos que más lo necesiten.

De qué lado se inclinarían mis opiniones al tratar de dar solución á estos problemas, demasiado lo habrá adivinado el lector con sólo fijarse en el orden lógico de mis ideas; y si además se sirve tener en cuenta mi habitual impenitencia en cierta clase de convicciones.

En cuanto á la esclavitud, mis apuntes publicados en 1868 eran un tratadito sumarísimo que abarcaba todos los extremos de la cuestión: historia de la abolición de la trata y de la esclavitud en las colonias inglesas, francesas y en los Estados Unidos: consecuencias de ambas aboliciones: examen crítico de las doctrinas esclavistas: sistemas de abolición, con sus respectivos inconvenientes y ventajas.

Fué aquel trabajo mío una manera de prólogo para la propaganda abolicionista que se inició en España antes de la Revolución, según extensamente se explicará en el próximo capítulo.

VIII

Voy á cerrar el presente, tan largo y fastidioso, acusándome de haber caído en la tentación de escribir artículos de costumbres. Unos veinte esparcí por Semanarios y Revistas: mas no he de tener el capricho de extractarlos, temeroso de que así perdiesen la poquísima sustancia que puedan tener. Prefiero escoger un par de ellos, en el montón, y someterlos íntegros á la benevolencia de los que me lean. Decían así:

LECTURAS Y LECTORES

Desde que Gutenberg hizo del libro un artículo corriente, se conocen, en el mundo, dos grupos ó variedades de lectores: el lector por pasatiempo y el lector por oficio.

Leer por pasatiempo no es lo mismo que pasarse el tiempo leyendo. Tanto dista lo uno de lo otro, como el accidente dista de la esencia.

Conozco muchos hombres que toman la lectura por entretenimiento de sus ocios; como otros el billar, las tertulias y los espectáculos.

También conozco, en muchos pueblos, clases enteras que tienen la costumbre de leer á ratos perdidos.

¡Qué aficionada es á los contrastes la sabia Naturaleza!

Porque apuesto á que conocen ustedes otros pueblos en los cuales aquellas mismas clases se jactaban, hace pocos siglos, de no saber leer; y, aun hoy mismo, prefieren á la monotonía de las páginas impresas, los caballos, los galanteos, los horrores de una selecta digestión y las emociones del tapete verde.

Coger un libro, pasar, repasar y aun fijar la vista en cada línea en cada palabra, en cada letra, no siempre es leer.

Prendre un livre, ce n'est pas l'apprendre, decía Montaigne. Traducción libre al castellano: la lectura es un sistema de educación que empieza, no en la escuela, sino al dejar la escuela, y no para hasta el sepulcro.

¿Por qué razón decimos que se instruye uno cuando lee? Porque hay, en la lectura, la letra y lo que está *dentro* de la letra; y, si queréis leer con provecho, debéis penetrar en la mente del escritor, que está cabalmente detrás de lo que escribe.

No todos los que miran un libro ven en él una misma cosa.

¡Cuántas veces os habréis extasiado ante la perspectiva de un delicioso valle ó de una campiña pintoresca!

Pero un labrador dice al verlos: ¡qué preciosa tierra para renta!

Haes: ¡qué brillante asunto para un lienzo!

Un coronel de coraceros: ¡qué gran carga de caballería!

Cada cual tiene su manera de ver las cosas; cada cual tiene su manera de leer *en* un libro.

Un libro, por pobre que sea, tiene varios fondos, como la caja de un prestigitador: el mérito del lector consiste en penetrar hasta el último.

Raspad cortezas si andáis á caza de migas. Loyola se sintió fundador de los Jesuitas al coger un libro místico que muchos habrían leído, sin pasarles nada notable. Malebranche se sintió filósofo, tropezando, en un baratillo, con otro libro.

Empecemos, pues, rebajando de la cuenta general de lectores á todos aquellos que deletrean con perfección, pero leen por la superficie. Venga luego otra rebaja: los que no saben conciliar el sueño sin tener un libro entre manos.

El libro se queda tan acostado como ellos. Los rancios pretendían que mal se aviene la meditación con el regalo de la cama: el pensamiento es vertical por excelencia.

También pretendían los rancios que la primera hora, después de levantarse, es la más favorable para los trabajos del espíritu.

¿Qué me dicen ustedes de las lecturas *ligeras?* Así llaman á las novelas, relaciones de viajes, cuentos, folletines y poesía menuda. ¿Menuda? Hay quien añade la grande, la sublime.

Dado el indispensable requisito de la moralidad, pueden todavía nacer dos graves peligros de este género literario.

Primer peligro: que la parte más joven y florida de un país tenga, por único pasto, la lectura de pacotilla.

Segnndo peligro: que se confunda la lectura *curiosa* con la verdadera lectura *popular*.

Pueblo donde la novela y sus similares se posesionen de la mujer, del mancebo y de la gran familia de los desocupados, será frívolo, sin remedio. Lo serio y lo popular no están reñidos: basta

que pongáis lo serio, hasta lo más serio, al alcance del pueblo.

No se han inventado en balde los nombres de Astronomía popular, de Economía popular, de Enciclopedia popular.

Dime, Pueblo, entre qué libros andas, y te diré quién eres. Con sólo hacer una estadística comparada de las publicaciones: con sólo estudiar los anuncios de obras, el progreso relativo de cada país saltaría á la vista.

El nivel de la cultura de cada pueblo está escrito en las esquinas.

La antigua y respetable práctica usada, entre los lectores *de profesión*, de engullirse sendos *in folio*, ya es casi una rareza en estas tierras meridionales. El Semanario y la Revista hacen el gasto. Muchos andan por ahí perorando, escribeteando y echándosela de doctísimos, que, ni han bebido, ni beben en otras fuentes. Son una especie de petimetres filosófico-literarios que conocen, al dedillo, el último corte de las mejores tijeras. En cambio, no son ni serán nunca especialistas; es decir, hombres capaces de apurar los recursos del ingenio en un ramo de conocimientos.

Bibliógrafos, bibliófilos y bibliomanos: otras familias numerosas, cuya importancia suele exagerarse. Un buen bibliógrafo debería ser omnisciente; y la raza, en general, no es de tanta fuerza. Los más, sólo conocen títulos de obras, nombres de autores, fechas, ediciones. Son literatos por las cubiertas.

¿Qué os parece de un hombre que se contenta con ser un índice ambulante? ¡Y os quejáis de que un operario tenga que pasarse la vida entera haciendo cabezas de alfiler!

Desafío á que me prueben que no embrutece más aprenderse rótulos de memoria.

No debería concluir aquí el expurgo de los pseudo-lectores. Yo añadiría de buena gana:

Los que leen sin tomar notas ni hacer extractos.

Los que nunca pasan de una primera lectura.

Los que creen conocer los originales no leyendo más que traducciones.

Los que devoran cuanto les viene á mano, sin plan ni concierto en sus lecturas.

Los que leen siempre alto ó á media voz.

Los que se hacen la ilusión de leer mientras otros charlan y vociferan.

Los que saltan por el prólogo, las notas y los apéndices de la obra.

Los que, pecando por vicio, desenvainan su tomito en coche, en paseo, de sobremesa, en el café y hasta en el teatro.

Finalmente, los que lean este artículo, si tienen la desgracia de ser personas de peso, con patente de Padres graves.

Abril 1867.

¿ME OBSEQUIA USTED?

Un necio le decía á Montesquieu para convencerle de no sé qué cosa:

—«Le apuesto á usted mi cabeza.—La acepto, contestó el ilustre Presidente: así, con cuatro regalitos, se van sosteniendo las amistades.»

No niego que el trato social justifique y hasta exija los regalos cuando no excedan de cierto límite; pero no hay regla de buena economía que autorice el regalo *como sistema,* ni que admita, como intachables, la costumbre ó la moda de regalar.

¿Por qué aquel médico no me cobra los honorarios de las visitas que me hace? Porque estudié con él segunda enseñanza, y sería *indecoroso* que me llevara dinero.

Un abogado se encargará gratis de mis pleitos, porque así lo exige el *decoro* entre compañeros, habiendo frecuentado juntos las aulas de Derecho.

Un boticario, á cuya casa voy algunas noches á politiquear, cree que es ajustadísimo al *decoro* mandarme, libres de pago, las píldoras que me recetaron.

Por *decoro* me enseña el alemán, de balde, un maestro á quien conocí el verano pasado en Arechavaleta.

Por *decoro* me sirven, sin estipendio, el agente de Bolsa con quien suelo jugar al billar; el pintor que me hizo el retrato viviendo juntos, de pupilo, en Roma; y hasta un viejecillo infeliz que tengo para los recados, porque me conoció de niño y me llevó en brazos tres ó cuatro veces.

Soy hombre de chiripa, ya lo veis. Con todo, no me dejare prender, por descuido ó por egoísmo, en esta red de generosidades. Mis oficiosos amigos tienen su conciencia de *acreedor* tan bien puesta como el primero. Mientras apartan la mano del doblón que les alargo, les veo atisbar, con el rabito del ojo, un regalillo que esperan y esperarán hasta que parezca.

Y como no me gusta defraudar esperanzas, gastar ilusiones ni consumir paciencias, me decido á salir del compromiso lo más pronto y lo más airosamente posible: encargo estuches, preparo paquetes, relleno cajas, escojo primores, y ando repartiendo finezas, seguro, segurísimo de que nada dejo que desear en el cumplimiento de mis deberes sociales.

Pero, en seguida, me encierro en mi gabinete, cojo la pluma y empiezo á echar mis cuentas. Si yo hubiese tenido que pagar, en moneda, las visitas, los pedimentos, las píldoras, las lecciones, la comisión ó los recados, me hubieran costado una suma, alta ó baja, pero siempre fija, precisa, *conocida*; porque, aunque afortunadamente no es verdad aquella desvergüenza de Walpole, de que «cada hombre tiene su tarifa,» lo es que la tiene cada servicio, en virtud de la ley natural de la oferta y el pedido.

Mis buenas relaciones han querido que el pago en efectivo se convirtiera en regalo: trueque para mí nominal, puramente nominal, porque el regalo me cuesta dinero.

¿Nominal el trueque? La verdad es que, generalmente hablando, la conversión del estipendio en regalo es en perjuicio de mis intereses y en beneficio de mis desinteresados amigos.

¡Vaya usted á darle, en un regalo, al farmacéutico, el valor de unos emplastos, ó á ofrecerle al doctor un cajón *decente* de cigarros, que no valga más que un par de visitas!

Lo de rigor es gastar, en los regalos, no un poco, sino bastante más de lo que representan: es ajustarlos, no á la tarifa *conocida* del servicio, sino á una multitud de cálculos *arbitrarios* sobre la categoría del obsequiado y del obsequiante, la mayor ó menor susceptibilidad del que haya de recibir la fineza, ó sobre el juicio que, de nuestros recursos ó de nuestra esplendidez, queremos se forme el público.

Y ahora díganme por favor los que acierten con ello: si el primer deber de la amistad es no ser más gravoso de lo necesario, ¿en qué regla de consideración ó de cortesía puede fundarse la autorizada costumbre de imponer á un amigo, so pretexto de regalo, mayor carga de la que se le impondría dejando en su casa una prosaica cuenta?

¿Por qué la estricta reciprocidad de servicios, que es un principio admitido en el comercio entre extraños, ha de ser tenida en menos cuando se trata de relaciones *profesionales*, entre personas allegadas?

¿Por qué, entre desconocidos, ha de ser mal visto, y con sobra

de razón, que el productor trate de explotar al consumidor; y, por el contrario, si productor y consumidor se *honran* con mutua amistad, ha de existir la costumbre de explotarse?

Que explotar es admitir, á título de obsequio, un precio *más elevado* del que se obtendría á título de estipendio.

Yo he llegado á creer que existe una especie de tácito acuerdo, entre las personas que pretenden pasar por cultas y discretas; y consiste en *aparentar* un santo horror al dinero, sin perjuicio de *adorarlo* en secreto.

Clarito: una de las hipocresías más ruines: la hipocresía del interés.

Esto *significa*, en la mayoría de los casos, la teoría de las finezas.

Voy á decir ahora lo que *supone*.

Supone que, á pesar de lo mucho escrito y publicado sobre la dignidad del trabajo, todavía es infinito el número de aquellos que lo tienen por cosa servil y reñida con la hidalguía.

Supone más generalizada de lo que comúnmente se cree la idea de que el trabajo, como *medio de vivir*, es una necesidad triste, y otra de tantas gabelas impuestas á la humana naturaleza.

Supone que la necesidad de trabajar, por dinero, debe ocultarse cuidadosamente á los amigos de confianza.

Y supone que no ha penetrado bastante, en la conciencia pública, la máxima de que el trabajo es—una *ley*—una *función*—y un elemento de *perfección* de la vida.

¿Fraseología de los economistas? No, señor: frases textuales del Reverendo P. Félix, de la Compañía de Jesús.

Si en aquella idea, que tan llana es y tan exacta, conviniéramos todos, ni nosotros nos avergonzaríamos de dar, *en forma de dinero*, á nuestro mejor amigo, el pedazo de pan que se haya ganado honradamente sirviéndonos; ni él se desdeñaría de aceptarlo, por pura vanidad, ó cediendo á la influencia de las preocupaciones.

Hay todavía algo más salado en la cuestión de regalos. Muchos que melindrean si les ponéis en la mano una suma de dinero, lo agarrarán sin escrúpulo, con ambas. si les dais la mismísima suma, en calidad de regalo.

Todo dependerá de la forma. Yo he visto á un caballero muy principal, á quien se debían 3.000 reales, que rehusó, admitir, con una de las sonrisas más benévolas y graciosas, una magnífica copa de plata que contenía doce peluconas.

Una bonita cartera de piel de Rusia hace *posible* el pago de una cantidad que sería de mal tono cobrar en dinero.

En el género acomodaticio, la metafísica del *envase* es uno de los capítulos más entretenidos. Si las reglas de buena crianza no toleran poner la manaza sobre materias finas y quebradizas, permiten, en cambio, cogerlo todo... con guantes.

Mayo 1867.

1858-1868.

SECCIÓN SEGUNDA

Dos propagandas á un tiempo.—*La Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas.*—De cómo hilaban *el cáñamo* los que hilaban y tejían.—Influencias de la frase seca.—Un Sanhedrín, un Alguacil mayor y varios Plenipotenciarios.—A pucheritos.—Ni una escuela.—Para el refectorio y para el portal.—Vienes á quedar Juan Pérez.—Nuestros *meetings* de la Bolsa.—Sin mezcla de política.—Gabriel Rodríguez.—Si obtuvimos... si no obtuvimos.—*La Sociedad abolicionista española.*—Julio Vizcarrondo.—Nerviosas por compromiso.—Un discurso en negro y un premio en morado.—Los abolicionistas de antaño y los de ogaño.—Dialogética sobre el Cristianismo y la esclavitud.—Lo que va resultando del Congo.

I

En Abril del 59, empezó nuestra propaganda librecambista con la *Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas.*

No podía llegar más á tiempo. Estábamos entonces en una situación parecida á la que nos han creado después las reacciones políticas. Unos cuantos fabricantes catalanes y otros tantos ferreteros vizcaínos tenían metido el país en un puño. Con ellos hacían coro los *territoriales* castellanos desde la época del ministro Burgos, y aun de mucho antes, sujetándonos á los precios de hambre, con su especie de escala móvil; violentando nuestro mercado interior de

cereales, é inventándose otro mercado en Cuba y Puerto Rico, al cual llamaban *natural*, por el hecho de ser hijos de España aquellos lejanísimos habitantes.

Pero los gallitos de la fiesta eran los proteccionistas de mi tierra, y muy especialmente los algodoneros. A fuerza de ingeniosas combinaciones, habían llegado á tomar una posesión mansa del consumo general, de la Administración y de la Hacienda. Pagando, como pagaban, una contribución insignificante, en comparación con los tributos que pesaban sobre la mayoría de las industrias no protegidas, pretendían, sin embargo, ser los representantes de la industria del país; y limpia, lisa y llanamente declaraban enemigo de la industria *nacional* á todo el que se les pusiera por delante. Maña muy conocida, y enteramente igual á la que suelen poner en uso todas las clases que aspiran al mando ó al mangoneo. Si, por ejemplo, os atrevéis á denunciar, con datos irrecusables, algún abuso cometido en la Administración de la Armada, por sabido se calla que sois enemigos *de la Marina:* si hacéis lo mismo con las fuerzas de tierra, en el acto os declararán enemigos *del Ejército;* y si os da el naipe por emprenderla con asuntos de clerecía, aunque no sea más que para criticar lo apretado del alzacuello, tened por seguro que caerá, sobre vosotros, la nota de enemigos *de la Religión* y de hostiles á toda clase de creencias. Maña muy conocida, repito; y muy socorrida, debo añadir; porque es la que obra más enérgicamente sobre las credulidades populares, dominadas siempre por la frase seca y concisa; extrañas á los análisis, á los encadenamientos, y poco amigas de distingos.

Con tales ínfulas de suprema *encarnación* industrial, mis buenos paisanos del hilado y del tejido habían logrado, como lo han vuelto á conseguir después, ejercer, en Barcelona, una verdadera soberanía, y, en el *resto* de España, un verdadero pontificado. Ellos conminaban, ellos palmeteaban, ellos excomulgaban. Si algún célebre abogado de allí hubiese deseado perder su clientela, ó la suya algún médico celebérrimo, no tenían más que declararse, en público, partidarios de la libertad de comercio. Para los cata-

lanes residentes en Madrid, garrotazo y entredicho si caíamos en la flaqueza de no coincidir con la opinión de Sus Mercedes. Ya, desde 1851, no podían ver á Figuerola, por haberse permitido ciertos desahogos librecambistas en una *Memoria* que publicó, sobre la primera Exposición de Londres. Y á este humilde servidor de ustedes no le han escaseado los dicterios, durante treinta años; sencillamente porque nunca le ha dado la gana de admitir que, con ayuda del Arancel, ni por otro medio, deba el Estado asegurar un beneficio de determinados miles, al distinguido industrial don Perico, ó al no menos conspicuo D. Palotes.

Tenían una organización vastísima. En la Capital del Principado, el gran Sanhedrín de la Junta de Fábricas; y, de Alguacil mayor, el Capitán general, personaje siempre devoto á ellos, y más diestro en alinear soldados que en resolver cuestiones económicas. En Madrid, un comisionado especial, con treinta ó cuarenta mil reales de asignación, y siempre á la husma de lo que se susurraba, de lo que se decía, de lo que pudiese ser una amenaza para los *sagrados* intereses. Y en el Parlamento, un par de santones de talla, con su *Quos ego* preparado, para el supuesto, y poco probable caso, de que algún desdichado Ministro de Hacienda, apurado por las necesidades del Tesoro, pretendiese correrse un poco, aflojando los tornillos de las Aduanas.

De vez en cuando pasaban sus malos ratos. Uno gordo tuvieron en 1849, cuando aquella tímida reforma que les obligó á apretar un poco las clavijas. Renovaron el material, formaron sociedades, buscaron capitales; y de entonces data lo *único* presentable y decentito que ha ido ostentando después su industria algodonera. Por supuesto, gimoteando siempre; siempre tan desatendidos, siempre tan melancólicos. Condición eterna de aquellas gentes: hacer la fortuna á pucheritos.

Sacrificios hubo, pero únicamente para ir tirando, para salir del apuro momentáneo, para dominar, como pudiesen, la escasa competencia extranjera que les había abierto la reforma de 1849. No se les movió el alma para acometer una empresa más ardua y trascendental: aprovechar aque-

llos momentos críticos para sentar, sobre sólidas bases, la *educación industrial* del país; que es por donde suelen empezar los pueblos de verdadero arranque manufacturero. Nunca se les ocurrió fundar, por su cuenta y riesgo, ni una sola escuela de artesanos; ni una, grande ó chica, de aprendices, de maquinistas, de mayordomos ó directores de fábricas. Seguramente, y como de costumbre, esperarían á que estas perdices cayeran asaditas de las alturas del Presupuesto: rarísimo capricho entre personas que, á cada pellizco que les da la Hacienda, arman un alboroto mayúsculo contra aquellos que chupan de la ubre gorda.

Al operario no le trataban mal: ya lo dejé consignado en el primer tomo de estas MEMORIAS. No le trataban mal; pero desconfiaban de él, y no le llamaban á la parte en los favores administrativos. En este punto, el proteccionismo histórico ha profesado siempre doctrinas muy valientes. Para el amo, la menor competencia posible; para el operario, toda la que venga. Vaya por de pronto y enterito el caudal de aguas al fabricante; que ya luego se encargará él de distribuir los benéficos riegos. Eso decían; sin perjuicio de que, en la práctica, raras veces los aumentos de beneficios coinciden con los aumentos de salario; de donde resulta que los frutos de la protección se quedan por las alturas. Hay tajada y hay migajas, como en los antiguos conventos. La tajada para el refectorio: luego pondremos, en la puerta, á fray Melitón, para el reparto de la bazofia.

Adivinar movimientos cooperativos, pensar en barrios de obreros, en instituciones de crédito popular ó en otras mejoras que ya se estaban entonces indicando, hubiera sido como pedirles la luna á aquellos plagiarios del feudalismo. Todas aquellas combinaciones obedecen al principio de la Asociación obrera, que les era soberanamente antipática; sin hacer las distinciones debidas entre la Asociación pacífica y la tumultuaria, entre la racional y prudentemente basada en el socorro mutuo, en el *self help* ó en las resistencias *legales*, y aquellos contubernios feroces y desatentados que han ido á parar hasta la dinamita.

Á mí particularmente lo que más me intrigaba en toda

aquella urdimbre patriotesca era la frescura con que el algodonerismo se calificaba de industria *nacional.* Vayan ustedes apuntando. La primera materia *extranjera:* el carbón *extranjero:* *extranjeros* el hierro y la maquinaria, por lo menos en aquellos tiempos. ¿Hubierais tenido la seguridad de que no era también *extranjero* el capital? Nada ni nadie lo impedían. En operarios, indudablemente la masa era nacional, porque no había otro remedio; pero, si algún fabricante tenía que echar mano de especialistas belgas, ingleses ó franceses, dificultó que le remordiese la conciencia.

¡Vaya un *nacionalismo!* decía yo. A fuerza de tirar por todos lados, os vais quedando con sólo el asta de la bandera. Todo ha ido cayendo: El *doctor* tú mismo te lo pones, y el *Montalbán* no lo eres,

Con que, en quitándote el Don...

II

Quizás la nota más característica de aquellos famosos *meetings* celebrados, en la Bolsa, por la Asociación librecambista, fué la leal y constante coöperación que nos prestaron algunos antiguos moderados. Alcalá Galiano hablaba allí, con tanto arranque y con tan arraigada convicción, como podía hacerlo el más entusiasta de los muchachos. Estas ra rezas tiene nuestro país, destripador de cálculos y burlador de lógicas. Un partido siempre poco afecto á la libertad, llevando su contingente á la de comercio; mientras que, en el espacio de nueve años, algún significado demócrata, ni una sola vez se dignó poner los pies en aquel Círculo, donde tantos y tantos servicios hubiera podido prestar, con su palabra, á la causa de las libertades.

De procedencia moderada era también nuestro Presidente, D. Luis María Pastor; y, en ninguno de los discursos con que acostumbraba abrir los meetings, se desviaba, ni en un ápice, de la más pura ortodojia económica. Verdad es

que Pastor había *rifado*, hacía tiempo, con sus antiguos amigos, de los cuales le separaban su instinto de la realidad y sus temperamentos científicos. Dudo mucho que hubiera sucedido lo mismo con Olózaga, si, como se pensó en un principio, se le hubiese llevado á la Presidencia. Olózaga, político de profesión, nos hubiera envuelto en alguna de aquellas ingeniosas é inagotables cábalas que son el encanto de los politicastros. Desconocedor, en absoluto, de las cuestiones económicas, sabe Dios por qué clase de derroteros hubiera conducido nuestra navecilla; y, el mejor día, por Norte ó por Sur, por arte de Dios ó por arte del diablo, nuestra pobre Asociación se hubiera visto reducida á ser trompeteada por *La Iberia*, ó á servir de sucursal á la *Tertulia progresista*.

«¿Qué manía es ésta de no quereros agregar á ningún partido político?—decían los *externos*.—Y si os repugna ser cola ú otra extremidad, ¿por qué no formáis, vosotros solos, un partido, un partido vuestro?»—Así solían discurrir, poniéndosenos de uñas, los directores de la cosa pública. No se atrevían á excomulgarnos, pero nos gruñían. El mismo Orense tenía siempre á los economistas montados en las narices.

¡Dios de Israel! ¡Si, por aquel entonces, llegamos á caer en la tentación de hacernos políticos! Sin necesidad de ello, nos han traído los tiempos lecciones muy provechosas. Algunos de los nuestros han comulgado políticamente, después, en tales ó cuales fracciones: han comulgado, y han ejercido de Pontífices. Toda una historia de debilidades, de vacilaciones, de contradicciones é inconsecuencias. Yo no sé si, con esto, se habrá conseguido dar, á algún *partido*, barnices economistas: lo que sé, á punto fijo, es que nos han *partido* por la mitad.

¡Echarse en brazos de un partido! Mal negocio, si pretendéis defender la pureza, la integridad y la independencia de vuestro credo. Por justa que sea vuestra causa, tened por cierto que el partido la sacrificará un día, el menos pensado, en que le tenga cuenta. Ante todo, los partidos buscan fuerzas: primero para escalar, y luego para agarrarse. Como buen asidero, no son factores despreciables los

grupos y grupitos de fabricantes acaudalados. Ved cómo los están adulando ahora los partidos en turno. Cómo los de enfrente adulan al Ejército, siendo enemigos natos del militarismo. Cuando luchan por el Poder, allá se van, unos y otros, para llenar de piropos al que promete ó al que amenaza. Hasta al moro Muza adularían, si todavía anduviera por esos trigos, y pudiera ofrecerles una echadita de hombro.

Partido propio, en ningún país lo han constituído los economistas. Es bien sencillo. Tantos son y tantísimos los intereses bastardos á quienes alcanza la cuchilla economista, que es imposible abarcarlos, en uno de esos programas de circunstancias, con que se dan por contentos los políticos. Cobden, Bright, Roebuck y Milner Gibson fundaron, no el partido, sino la escuela de Manchester. No un criadero de gobernantes, sino una esfera de influencias. E hicieron divinamente; porque, si llega á prosperar el *peelismo*, que se daba aires de partido, alternando con tories, vighs y radicales, pronto hubiera quedado deshonrada la Economía Política con el bombardeo de Alejandría, los bofetones á Portugal y otros desafueros genuinamente británicos; de algunos de los cuales ha sido cómplice hasta el viejo Gladstone.

Tampoco han pasado de propagandistas, en Bélgica, Couvreur y Lehardy de Beaulieu; en Alemania, Prince Smith y Schultze Delitsch; en Francia, Garnier, F. Passy y el incomparable Molinari. En Italia, Scialoja, Minghetti y Luzzati, han campado, en política, por su respeto. Y, aquí en España, tenemos el ejemplo de Gabriel Rodríguez, de quien puede decirse lo de Manzoni:

Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio.

Siempre en la brecha, sin compromisos ni componendas con ningún partido. Siempre tan entero, tan consecuente, y en libertad para manejar, á sus anchas, su formidable maza de combate. Para mantener sus envidiables prestigios, nunca ha querido ser nada en el mundo oficial. Ni siquiera Ministro.

III

Si obtuvimos resultados, si no los obtuvimos. Con esto nos vienen constantemente mareando desde que empezó la actual reacción económica. Pues les diré en claro y en redondo:—«Sí, señor, nos resultó la campaña;»—y lo primero que lo prueba es lo que les dolió á ustedes y lo que les sigue doliendo.

Aquellos meetings de la Bolsa enseñaron al país una porción de cosas de que no se había enterado.—Que, lo que se quiere hacer pasar por un gran servicio á la Nación, no es más que la explotación del consumidor en general, y la de la inmensa masa de productores que no entren en el reparto;—que aquello es un puerto de arrebata capas, donde triunfa, no el que tenga mejor derecho, sino el que disponga de mayores influencias;—que, en tocando á *tarifar*, ellos mismos, los protegidos, andan entre sí á la greña, declarándose víctimas unos de otros; el tejedor encarecido por el hilandero, ambos encarecidos por el de los hierros y el de los carbones; y, en la cuestión de subsistencias y del salario, todos encarecidos por el de los trigos.—Que, con tan plausible motivo, aquellos que más alardean de proteccionismo suelen hacerse librecambistas... para lo que les conviene; y aun á nosotros mismos, nos han hecho servir de paño de lágrimas cuando nuestros argumentos se ajustaban á sus reclamaciones.—Que todo aquello de la ruina de las industrias, á consecuencia de las reformas arancelarias, no era más que una solemnísima filfa; porque, con las leyes de Peel, había progresado la agricultura inglesa, y con la abolición del Acta de Cromwell, aquella marina mercante; con el tratado Cobden-Chevalier habían tomado gran impulso las industrias francesas; y, en cuanto á las nuestras, á las de casa, á las catalanas, cabalmente habían mejorado en extensión de capital, en número de operarios, en masa y calidad de

la labor, desde aquel ligero retoque de 1849, que tantas lágrimas había arrancado á los proteccionistas.

Todo esto, bien aderezadito con cifras—ya que el proteccionismo se desentiende de otras razones de doctrina, de justicia ó de equidad—todo esto, repito, constituyó *una opinión* que luego ha ido sirviendo de saludable freno al llegar los calamitosos tiempos de la recrudescencia proteccionista. Porque aquellos hombres, con patente de prácticos, que en clase de periodistas, revisteros, conferenciantes ú oradores de Parlamento, hubieran visto antes con la mayor indiferencia las algaradas del proteccionismo: hoy, á cada amenaza de los fabricantes, se revuelven airados contra ellos, y los ponen como nuevos, buscando armas en nuestro arsenal, y hasta apelando personalmente á nuestro apoyo. Antes hubieran sido proteccionistas *por rutina;* ahora son ya librecambistas *por pudor;* y lo único que se permiten, para cubrir la negra honrilla, es inventarse distinciones teológicas entre proteccionismos y ultraproteccionismos, entre los criterios que llaman cerrados, y otros criterios que, no debiendo ser cerrados, serán seguramente abiertos. Como si hubiese en el mundo alguien capaz de precisar lo que separa el proteccionismo del ultraproteccionismo y lo que se entiende por criterios cerrados.

Y á propósito de resultados, díganme si fué un grano de anís la reforma arancelaria de 1869. Advirtiendo que la autorizó el legendario Prim, Presidente del Consejo de Ministros; Prim, el proteccionista de toda la vida. ¡Si se impondría la opinión! Y fué autorizada la reforma sin grandes resistencias; de lo cual puedo dar testimonio yo, que anduve un poco por aquellos alrededores.

Que después todo se lo llevó la trampa, y que al tal Arancel no le quedó hueso sano. Poco á poco, caballeritos: todavía quedan algunos huesos que roer, y suelen indigestárseles á ustedes. Les diré una cosa, sin temor á que me desmientan: que, de todas las conquistas de la Revolución de Septiembre, la que más tardaron en quebrantar los reaccionarios fué la reforma arancelaria de 1869. Quebrantáronla, por fin, y bien á costa del país; pero también, para ellos, á costa

de no flojos sustos y de no pocas amarguras. Lo que han obtenido los proteccionistas ha sido á fuerza de agarrarse á los faldones de los conservadores, los cuales, en la oposición, les prometen el oro y el moro, para luego, en el Poder, hacerles mil jugarretas. Y, á pesar de la tan conocida monserga de la doble columna arancelaria, los proteccionistas viven con un trabuco siempre apuntado al corazón, y con un susto que no les cabe en el cuerpo; temerosos de que sobrevengan tarifas mínimas y tratos de Nación más favorecida, con motivo de la celebración ó renovación de aquellos tratados de comercio que ellos miran con tanto horror, por ser la protesta del sentido común y la filiación natural de nuestras ideas.

Ni siquiera pueden vanagloriarse de haber creado espontáneamente, dentro del país, ese movimiento de reacción económica con que pretenden arrollarnos. Ese movimiento ha venido de fuera: es una corriente malsana que, de algunos años acá, se ha precipitado, sobre Europa y América, con las rivalidades internacionales, las paces armadas que devoran los Presupuestos, las nuevas fiebres coloniales, los acaparamientos del oro por las Potencias grandes, la invasión del curso forzoso en las pequeñas; y con el desatentado arbitrismo de los hombres de Hacienda, cómplices, sin conocerlo, del espíritu socialista que ahora lo avasalla todo, y que, de no ponerle coto, acabaría con la sociedad, acaso con más rapidez que la dinamita de los obreros.

Otro resultado práctico, muy práctico, de la *Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas* fué la aclimatación del *meeting* en España. Pocos se habrán fijado en este detalle, tan importante para la educación política del país.

Hoy los meetings se han hecho comunísimos. ¡Gracias al que trajo las gallinas! ¡Y cómo las trajimos! ¡Qué orden, qué discreción, qué corrección en todas nuestras reuniones! Ni un rozamiento, ni una escandalina, ni siquiera la más ligera alteración del orden, en una campaña de tantos años. Hicimos otro milagro, y fué que no se mezclara, ni una sola vez, la política en aquellos debates. De lo cual no poco se

quejaban algunos, que, sin duda, hubieran querido convertir aquel palenque en vertedero de sus rencores.

Otros lo tomaban por distinto lado. Recuerdo que Güell, hablando de los meetings de la Bolsa, nos acusaba de ir á inspirarnos en tenebrosos clubs. ¿Qué diría ahora el buen señor, si viera á los suyos convertidos en perfectísimos *clubistas*, copiándonos servilmente en aquella obra de *tinieblas*; y, menos cuerdos que nosotros, corriendo, de provincia en provincia, bullendo, alborotando y discurseando, de lo lindo, para sus fines particulares?

IV

A la Asociación librecambista siguió, con cortos años de distancia, la *Sociedad abolicionista española.* Julio Vizcarrondo fué el alma de aquella segunda propaganda, en la cual tanta parte tomaron también los economistas.

El fué quien inició el movimiento, él lo organizó, él nos reunió, nos alentó; él cuidó de los meetings, de los folletos, de la publicación del *Abolicionista;* y todo lo hizo con un celo, una diligencia y un sentido práctico que, á la legua, denunciaban su educación anglo americana.

Treinta años han pasado desde aquella fecha. Si han sido ó no perdidos para la redención del esclavo, dígalo el siguiente suelto que, en el momento de escribir estas líneas, y por una feliz coincidencia, me encuentro en todos los periódicos de Madrid:

«La obra de emancipación de los esclavos antillanos, que, ni aun después de abolido en 1886 el patronato, podía darse por cumplida, toca dichosamente á su fin.

La ley empieza á recibir la sanción de la costumbre; y, poco á poco, van desapareciendo todas las rémoras suscitadas á aquélla, por las prácticas sociales y administrativas.

En honor de la verdad, los Tribunales de Justicia han tomado la

delantera; cosa que antes no solía suceder, tratándose de reformas y evoluciones genuinamente democráticas.

El Supremo casó recientemente una sentencia de Cuba declarando que puede constituir delito de injuria el no admitir en establecimientos, abiertos al público, á un hombre de color, cuyas condiciones no difieran de las de un blanco.

Y, en estos últimos días, el Gobierno general de la Isla, de acuerdo con el Consejo de Administración, ha dictado algunas medidas, entre las cuales merecen especial mención y especialísimo aplauso las siguientes:

En adelante, las personas de color tienen derecho á reclamar que se les sirva al igual que las de la raza blanca, en los establecimientos públicos, á los que deben concurrir en las propias condiciones. Si, por el color de su piel, se les niega el servicio, ó se les manifiesta una exigencia que no se aplique á las personas blancas, deben llamar, en su auxilio, á la Autoridad para hacer constar la negativa; á fin de que se dé parte al Sr. Gobernador de la Provincia, ya sea por los alcaldes ó por los agentes de la policía, de la infracción cometida contra lo dispuesto por el Gobierno general.

Por la segunda resolución, todas las escuelas municipales están en el caso de admitir niños de todas las razas. Cesa la separación de escuelas municipales para blancos y escuelas para los de color. En unas y otras, la educación se dará en común á los niños del barrio. Así es que los padres de color deben acudir á los alcaldes respectivos en solicitud de la boleta de admisión para sus niños, los que podrán ingresar en las escuelas municipales más próximas, que dejan de ser exclusivas para niños blancos. Como consecuencia de esta medida, se abren, para la clase de color, unas 700 escuelas, de que hasta ahora estaba excluída.

Respecto á las cédulas, desaparece la diferencia de redacción que se venía practicando.

La fórmula de cortesía que se suprimía, para sustituirla con el calificativo de *pardo* ó *moreno*, se proscribe. Sólo en los documentos en que para todos se exige la consignación de señas particulares, como en los antiguos pasaportes ó en las antiguas cédulas, se podrá consignar para todos el señalamiento que corresponda.

Congratulémonos de esta dignificación, que es, no sólo la de los negros, sino también la de los blancos.»

Cuando empezaron nuestras predicaciones abolicionistas, no se pensaba de esta manera en España. La gente de

tono en la Península, los bien hallados de Cuba, los políticos de peso, y, entre ellos, más de un escritor demócrata, nos ponían como ropa de Pascua. Llamábannos filibusteros, insensatos, instrumentos de los yankees y, por supuesto, enemigos de la Patria. De tiradas sentimentales calificaban nuestras lamentaciones por las desdichas del negro. El negro era un pillín que se quejaba de vicio, si es que llegaba á quejarse. El amo, un bendito: si de algo pecaba, era de benévolo y generoso. Hubo quien dijo, en letras de molde, que los azotes de los esclavos eran un castigo *apetecible*. ¿Y estábamos bien seguros de que el negro era un hombre, un *ántropos* y no un simple antropoide? Sabe Dios de qué zancarrón de mico descenderían aquellos monigotes embetunados por Doña Naturaleza. El azúcar y el tabaco, ¿cómo se producirían sin los negros y sin el prudente correctivo del fuete? Axiomático: sin esclavos negros, adiós Cuba, adiós Puerto Rico, adiós tierras, adiós cosechas, adiós ingenios. Así se les habían fundido entre las manos, á los ingleses, su Jamaica, su Barbada y su Antigoa; así, á los franceses, su Martinica y su Guadalupe. Al Brasil ¡quiá! nunca se le ocurriría emancipar á sus esclavos. De los Estados Unidos no había que hablar, porque la experiencia de la emancipación era muy reciente; pero con el tiempo...; con el tiempo, ya se lo dirían de misas á Maese Jonatán.

Cuando los esclavistas no entraban en fuego, ó cuando no replicaban á nuestros ataques, no por esto dejaban de apuntar al bulto, y aprovechaban cualquiera ocasión para demostrarnos sus cordiales antipatías. En nuestro primer meeting abolicionista, el del Teatro de Variedades, habiéndose permitido un orador entrar en ciertos pormenores sobre las inmoralidades á que se presta la esclavitud, algunas damas principales se creyeron en el compromiso de ponerse nerviosas, y abandonaron sus palcos, poco menos que tapándose los oídos.

Por cierto que, en aquel mismo meeting, empecé á enterarme del apoyo que podíamos esperar de la gente política. Un periódico, y de los más avanzados, al dar cuenta de nuestra reunión el día siguiente, nos quiso poner en carica-

tura y nos declaraba incompetentes para tratar cuestiones sociales.

Cosas más gordas habíamos de ver andando los años. Cuando, en 1869, me nombraron para la Comisión de reformas ultramarinas, teníamos allí, de compañeros, á dos respetables sacerdotes, uno de ellos partidario de la abolición, y el otro tan furibundo esclavista que se atrevió á defender el régimen servil, hasta bajo el punto de vista de las cajas de azúcar. No fué esto lo peor: lo notable, lo característico fué que, al poco tiempo, el abolicionista tuvo que renunciar una alta dignidad eclesiástica para la cual había sido designado, mientras que al esclavista le agraciaron con una mitra. ¡Y se llamaba liberal el Gabinete que hizo esta proeza!

Cosas más gordas habíamos de ver, repito, y más inverosímiles. Habíamos de ver, en tiempos liberales, á la Diputación reformista de Puerto Rico haciendo largas antesalas para lograr el cumplimiento de un programa de gobierno en que entraba la abolición; habíamos de ver á oradores radicales haciéndose aplaudir, en esta cuestión, por los conservadores, y conceder luego á dos representantes extranjeros lo que no se había querido otorgar á los diputados de la Nación. Y otro hecho, si cabe más lastimoso, quisiera recordar si no me apenara tanto: ¡aquella Liga de la Nobleza española oponiéndose á que se diera libertad á unos cuantos esclavos!

Olvidemos aquellas pequeñeces, contentándonos con celebrar el triunfo; no por nosotros, sino por el decoro de la Patria. Quiénes eran sus amigos, quiénes sus enemigos: cuenta liquidada ya ante la Historia.

Ahora nos encontramos con una mudanza—¿por qué no una evolución?—rarísima entre las más raras. Los mismos que, en otro tiempo, hicieron tanta guerra al abolicionismo, se han declarado hoy acérrimos abolicionistas de la esclavitud... musulmana. Forman sociedades, reúnen fondos, citan á reuniones y siguen exactamente los pasos de aquellos *locos* de antaño. Es un movimiento iniciado, en sus últimos años, por el ilustre cardenal Lavigerie: movimiento noble, generoso, dignísimo de aplauso y al cual de todo corazón nos asociamos.

Únicamente quisiera que se sirviesen contestarme á las siguientes preguntas.—¿Por qué razón la propaganda que parecía ayer tan fuera de lugar en favor de *unos* esclavos, ha de parecer hoy convenientísima en favor de *otros* esclavos?—¿Por qué razón lo que encontraban tan natural cuando lo teníamos *en casa*, ha de parecer tan horrible cuando continúa *fuera de casa?*—Otra pregunta más al alma. Entre cristianos, la esclavitud es cien veces más inícua y más odiosa que en el Islam, porque éste la tiene en consonancia con su organización social y religiosa. ¿Cómo es que nos hicieron la oposición cuando la esclavitud se sostenía *entre cristianos*, y ahora la emprenden con la musulmana, cuando el régimen servil ha desaparecido de las últimas trincheras *cristianas*, no por obra de ellos, sino á pesar suyo, según lo demuestran sus antiguas campañas?

V

Personas había, en aquella época, que nos colgaban la nota de vanos y pretenciosos, viéndonos abogar por la abolición, *cuando ya la había abolido el Cristianismo.* Pareciéndome la afirmación algo absoluta, movióme la natural curiosidad de estudiar el asunto: acudí á los libros: puse en línea de batalla las opiniones en pro y en contra; y aquí, lector, te las presento resumidas, para que formes juicio, sin añadir yo nada de mi cosecha.

Empiezo por dos teólogos eminentes: D. Jaime Balmes y el abate Bergier, que, entre los defensores de la abolición por el Cristianismo, eran los que habían tratado la materia con mayor copia de datos y más severidad de juicio.

La esclavitud—decían—es incompatible con la esencia del Cristianismo. Todos los hombres somos iguales ante Dios: todos somos su imagen: todos tenemos el mismo origen y destino: todos constituímos una sola familia, en el seno del Ser Infinito. *Apud Deum non est exceptio personarum.*

Claramente lo expresa San Pablo, en su tercera ad Galatas, 28: «No hay judío ni griego, *non est servus neque liber*: todos vosotros *unum estis in Christo Jesu.*

Sin embargo, el Cristianismo no abolió repentinamente la esclavitud. ¿Por qué? se pregunta Balmes. Y encuentra la razón en que una abolición repentina hubiera trastornado el mundo sin alcanzar su objeto. Tan arraigada estaba la esclavitud en las ideas, costumbres, leyes é intereses—individuales y colectivos—que hubiera sido imposible establecer de golpe, enfrente de ella, una organización social enteramente distinta. Hubiera sido—continúa Balmes—alterar todas las relaciones de la propiedad: obra larga, larguísima, de muchos siglos. Descontad todavía los tres primeros, durante los cuales el Cristianismo no tuvo ninguna acción sobre los Poderes civiles, porque era perseguido y estaba proscrito.

Además, ¿qué hubiera sacado de una emancipación instantánea el infeliz esclavo? Su estado intelectual y moral no le hubiera permitido disfrutar de su libertad, ni en provecho propio, ni en el de la sociedad que tal merced le otorgara. Embrutecido como estaba, no hubierais obtenido de él otros frutos que actos feroces y sanguinarios. Se hubiera sublevado en todas partes, y el mundo entero hubiera ardido como una pavesa.

Partiendo de estas bases, Balmes y Bergier sostienen que, para abolir la esclavitud, el Cristianismo adoptó un procedimiento prudente, gradual; lento, pero positivo. Que, con sus máximas de caridad y fraternidad, no solamente fué dando nuevo impulso y dirección á las ideas y costumbres generales, sino que, además, preparó el mundo para convencerle de que la esclavitud es una ofensa directa á los derechos de la naturaleza. Inculcó á los esclavos el deber de la obediencia, con otros análogos; pero también fortaleció, en el ánimo de los amos, la conciencia de sus obligaciones,

Y para demostrar que éstas no fueron vanas palabras, sino que se tradujeron en hechos de suma eficacia y universalmente conocidos, nuestros dos teólogos van dando nota, una por una, de todas las etapas que fué recorriendo

la esclavitud, en el largo período de la Edad Media, y bajo la influencia de la Religión cristiana.—Primero, la costumbre de manumitir á los esclavos en las iglesias, prohibiendo que, los así liberados. pudieran ser nuevamente reducidos á la servidumbre.—Segundo, la admisión de los esclavos al estado eclesiástico, y muy especialmente á la vida monástica.—Tercero, sanción de los matrimonios entre gentes de condición servil, reconociéndoles, con ello, una personalidad y una familia, con sus consiguientes responsabilidades morales.—Y luego, el derecho de asilo concedido, en las iglesias, á los esclavos maltratados; y luego, otra ventaja infinitamente más radical, y fué la transformación del antiguo esclavo en adscripto, es decir, en siervo; novedad traída del Norte por los bárbaros; y aquí, en tierras más cercanas á las nuestras, extensamente practicada con la cooperación del Cristianismo.

Concluyen citando textos y autoridades: Santos Padres, Concilios, Papas. Lo de San Agustín: «La criatura racional está hecha á imagen de Dios. Dios no quiso que dominase sino á los irracionales: no el hombre al hombre, sino el hombre al bruto.» Lo de San Gregorio el Magno: «Es obra saludable restituir, por manumisión, su nativa libertad á los hombres, porque, en su principio, á todos los creó libres la naturaleza.»

Concilios, con cánones favorables á los esclavos, cita Balmes cuarenta y uno, partiendo del siglo IV, hasta llegar al XII.

Por último, las declaraciones y decisiones pontificias. Calixto II, prohibiendo que los cristianos fuesen reducidos á esclavitud: Alejandro III, declarándolos manumitidos *ipso facto*: Alejandro IV, emancipando todos los siervos de Ezzelino y Alberico: Pío II, censurando que los cristianos redujesen á esclavitud á sus neófitos: Paulo III y Benedicto XIV, reconviniendo á aquellos que convertían en esclavos á los indios occidentales ó meridionales: Pío VII, interponiendo sus buenos oficios para hacer cesar el tráfico negrero: Gregorio XVI, prohibiendo este tráfico, y conminando, con las censuras eclesiásticas, á los que pretendan hacerlo pasar por lícito.

VI

Trasladándome en seguida al opuesto campo, escogía, entre los libre pensadores, un par de firmas acreditadas. Eran Laurent y Larroque. Echábalos á reñir con los teólogos; y así quedaba en su lugar la verdad resultante por ambas partes. No hago más que traducir; yo sigo siendo personaje mudo.

Sí:—decían los contrarios—el Cristianismo fué una obra de emancipación; y, en este sentido, cabe afirmar que, dentro de su doctrina, quedó la esclavitud *virtualmente* abolida. La antigüedad no conoció más que el ciudadano: el Cristianismo vino á inaugurar el advenimiento del hombre.

Con tan firme base, ¿cómo no quedó inmediata y *positivamente* abolida la esclavitud? Los teólogos lo atribuyen al peligro de sublevaciones y de otras posibles alteraciones del orden social. Sus adversarios les contestan que éste es un argumento muy gastado, del cual echaba ya mano Grocio en el siglo XVII, precisamente para *defender* la *institución* de la esclavitud: como, al propio argumento han estado apelando los esclavistas más vulgares de nuestros tiempos, cada vez que se les ha puesto, sobre el tapete, el problema de la abolición.

Añaden Larroque y Laurent que aquí hubo motivos más serios, más radicales, é íntimamente enlazados con los conceptos cristianos de servidumbre y libertad. Para el cristiano, el cuerpo y la materia podrán estar bajo la ley de la servidumbre: nunca el espíritu, que es siempre libre. Unicamente el cuerpo quedará bajo la dependencia de los hombres: el alma no pertenece más que á Dios, ante quien y en cuyo seno, todos somos iguales. *Unum estis in Christo.* Es decir, una igualdad religiosa. Para la civil, para la social esencialmente corpóreas, la resignación, el esclavo, reconciliado con su condición, la esperanza en la otra vida,

y todos los méritos consiguientes á estas virtudes. ¿Qué papel había de desempeñar aquí la abolición? preguntan los distinguidos polemistas.

Otro motivo señalan, y es la significación cristiana de la esclavitud en la tierra. La esclavitud en la humanidad es consecuencia del pecado, es su pena y una de sus expiaciones. Doctrina de San Agustín: «Con justicia, el yugo de la »servidumbre ha sido impuesto al pecador, porque el orden »de la naturaleza fué trastornado por el pecado.» *De Civ. Dei*, XIX, 14 y 15. Y como de esta ley del pecado, según el mismo San Agustín, no podremos emanciparnos hasta que pase la iniquidad y quede *aniquilada toda dominación humana*, claro es, dicen los libre pensadores, que, dentro de aquellos conceptos, la esclavitud es una institución permanente, y no puede ser abolida.

Ni de prisa, ni despacio; ni repentina, ni gradualmente. Porque, á propósito de abolición gradual, niegan también á los teólogos que ésta se hubiese practicado en la Edad Media. No fué abolición, sino dulcificación, mitigación en la suerte de los esclavos; y no como novedad, sino como *continuación* de una larga serie de medidas reformadoras, adoptadas ya, *en pleno paganismo*, por varios Emperadores. Citaban. entre ellas, algunas de los tiempos de Claudio, Nerón, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Diocleciano: prohibición de matar á los esclavos, de hacer esclavos á los niños, de obligar á nadie á ejercer el oficio de gladiador; asegurada la protección del Magistrado á los esclavos maltratados por sus amos; exigida una sentencia firme de Juez para condenarlos á muerte. Sin perjuicio de las emancipaciones en masa: la de Plinio el Joven, la del emperador Tácito, y otras no menos sonadas.

Si hubiese habido abolición gradual, se hubiera llegado, por sus pasos contados, á la extinción. Para ello hubo sobrado tiempo, en tantos siglos. Y, no sólo no se llegó á extinguir la nefanda institución, sino que se reprodujo, con mayores bríos, en el siglo XVI, época de grandes fervores cristianos. Y se reprodujo con circunstancias muy agravantes: con el tráfico negrero, con la blasfemia de invocar á la

Santísima Trinidad, con estigmas de raza, y con aquellos horrores coloniales, cien veces más infames que el régimen servil de los antiguos.

En esto hacen gran hincapié los adversarios de los teólogos.

Comparaban autoridades con autoridades. Si, entre los cristianos, hubo algunas en favor del esclavo; no sólo las hubo también, sino que menudearon entre la gente pagana. Solón, que proclamaba la necesidad de respetar al esclavo en su vida y en su pudor; Sócrates, que, si no atacó la esclavitud, dignificó noblemente el trabajo, sin hacer distinciones entre el servil y el libre; Platón, que suprime la esclavitud en su *República*; y, únicamente por razones políticas, la admite en su libro de las *Leyes*. El mismo Aristóteles, creador de la teoría de la esclavitud por derecho natural, da á entender que, en su tiempo, existían muchos enemigos de la esclavitud, contra quienes dirige sus argumentos. Zenón declara perverso el régimen servil. Epicteto no admite la esclavitud más que para los irracionales. De Séneca basta recordar su famoso *Immò homines*. Petronio, en su *Satiricon*, proclama la unidad del hombre. Y, como escuelas, no es necesario recordar que toda la estoica, en Grecia y en Roma, así como los terapeutas y los esenios, entre los judíos, reprobaron siempre, en absoluto, la existencia y la consagración de la esclavitud.

A continuación vuelven á la carga los racionalistas con otro género de *compensaciones* ¿Autoridades cristianas en favor del esclavo? Pues autoridades cristianas en favor de la esclavitud. Y ataque en toda la línea, desde lo más alto á lo mediano.—Que San Pablo dijo: «Aunque os ofrezcan la libertad, preferid la esclavitud.»—Que así exponen este texto y así lo interpretan San Agustín, San Crisóstomo y Bossuet, autoridades de peso.—Que San Ambrosio dijo: «La esclavitud es un don del Altísimo.»—Que San Isidoro de Pelusa daba á los esclavos el consejo de no salir de su condición.—Que Santo Tomás admite toda clase de esclavitudes: la de derecho natural, con Aristóteles; la que es obra del pecado, con San Agustín; y la que procede de la guerra y del pacto,

como los legistas.—Que Bossuet llama á la esclavitud un estado justo y racional.—Que, hasta en algunos tratados de Teología, escritos en nuestra época, se defiende la institución de la esclavitud, fundándola en el Derecho de gentes, en el civil, en pasajes del Exodo, del Levítico y en el Derecho canónico. Sin excluir, por supuesto, de la lista de aquellos teólogos, al mismo abate Bergier, que no peca ciertamente de abolicionista en el artículo *Esclavitud* de su gran Diccionario.

Pero ¿qué más autoridades, prosiguen los polemistas, que el ejemplo de la misma Iglesia? ¿No tuvieron siervos, durante toda la Edad Media, los Prelados, los Abades y las Corporaciones monásticas? ¿no los tenían los canónigos, empezando por los de Nuestra Señora de París, á quienes la reina Doña Blanca tuvo que imponer un correctivo severo por lo mal que trataban á los siervos del Cabildo? Y si lo de siervos parece poco, ¿no está probado que las gentes de Iglesia poseyeron también después esclavos negros, como lo aseguran las *Cartas edificantes*, refiriéndose á conventos y colegios de religiosos, en las misiones de las Guyanas, Perú, California, Chile y Paraguay? ¿A quién, sino á eclesiásticos, y principalmente en la Borgoña, pertenecían los *últimos* siervos emancipados en 1789 por la Revolución francesa? ¿y los de Polonia, los de Bohemia, los de Hungría y los del Franco Condado, que todavía existían en la misma época?

Al llegar á la actitud de los Papas, en la cuestión de la esclavitud, la polémica tomaba casi el carácter de una lucha cuerpo á cuerpo. Si los teólogos afirman que, ya desde el siglo XII, hubo Papas protectores de los esclavos, los contrarios sostienen que es preciso hacer distinciones. Calixto II, Alejandro III, Gregorio IX y Alejandro IV prohibieron hacer esclavos; pero no esclavos en general, sino esclavos cristianos. No condenaron la institución, sino sus aplicaciones á hombres de determinadas creencias. Aun así, y en este mismo terreno, dicen que había salido una nota discordante: el Papa Julio II, el gran batallador del siglo XVI, cuando, queriendo vengarse de los venecianos, dió su autorización para reducirlos á la esclavitud. Fué una genialidad

del Pontífice, es innegable, y era empresa de aquellas que, en pedestre lenguaje, se llaman *morrocotudas;* pero, si de él hubiera dependido la ejecución, y la cosa llega á prosperar, calcúlese el escándalo universal, en la Cristiandad y fuera de ella, al ver una esclavitud nueva, europea y sólo para cristianos, creada *ex professo* por la Santa Sede.

Convienen en que los Papas de los siglos XVI, XVII y XVIII habían sido más explícitos y con miras más generales. Condenaron la institución de la esclavitud sin distinguir de religiones; pero ¿cómo la condenaron? Sin irritaciones, sin grandes energías: no como una impía violación de todas las leyes divinas, sino casi como una flaqueza humana. Recuerdan que, todavía en el siglo XV, Pío II, al enviar sus letras apostólicas al Obispo de Ruvo, se limitó á *censurar severamente* la conducta de los esclavistas. Recuerdan que, en el siglo XVI, Paulo III se limitó también á serias y fuertes *reconvenciones* contra los mismos y contra todos sus satélites. Recuerdan que Urbano VIII, en el XVII. y Benedicto XIV, en el XVIII, se limitaron á reproducir las *reconvenciones* de Paulo III. Y recuerdan que, ya entrado nuestro siglo, Pío VII se limitó á *interponer sus buenos oficios* para la abolición de la trata y de la esclavitud. Nada de aquellas iras, de aquellos anatemas, de aquellas formidables bulas de excomunión que tantas veces han llovido de Roma para prohibir otros abusos, aunque se hayan referido simplemente á cuestión de temporalidades.

Ya que tan poca importancia os dignáis conceder á aquellas declaraciones pontificias, ¿cómo vais á contestar—preguntan á su vez los teólogos—cuando os pongamos á la vista la famosa Encíclica de Gregorio XVI, Pontífice de nuestros días, *prohibiendo en absoluto* la trata y la esclavitud? —Aplaudiéndola de todas veras, responden los otros; pero permitiéndonos algunas reservas. Cuando, en 1839, apareció la Encíclica de Gregorio XVI, se habían cumplido *veinticuatro* años, desde el acuerdo del Tratado de Viena; *veintiocho*, desde que Wilberforce había empezado su propaganda; *seis* años, desde la creación de la primera Sociedad abolicionista en los Estados Unidos; *cuatro*, desde el golpe

decisivo de la abolición de la esclavitud en las colonias inglesas. Fué lo de Gregorio XVI un bellísimo coronamiento; pero las almas piadosas quizás hubieran preferido encontrar, en tan elevadas regiones, una poderosa iniciativa y un entusiasmo de Cruzada. Y hoy, cerrado ya el ciclo de la abolición en América, resulta un hecho innegable, y con toda evidencia demostrado: que, en aquellas iniciativas y en aquella Cruzada, el puesto de honor, el puesto ÚNICO corresponde, de derecho, al elemento laico.

VII

Volvamos *à nos moutons.*

Nunca el bien llega tarde. Puesto que, según parece, ahora resulta que *teníamos razón*, me permitiré dar un consejo á los abolicionistas de última hora, á fin de que no se dejen sorprender y vengan á ser víctimas de torpes engaños.

Porque, según noticias fidedignas y muy recientes, *aquello* del Congo lleva todas las trazas de convertirse en un solemnísimo *camelo.* Aquello del Congo—ya saben ustedes,—la declaración de soberanía en favor del rey Leopoldo II, de Bélgica, con objeto de que el Congo sirva de centro de acción para acabar con la esclavitud musulmana y su tráfico. Y lo que, por el momento, va despuntando en aquel horizonte, sería cabalmente lo contrario: que en vez de preparar una abolición, nos iríamos derechitos á la *introducción* de otra esclavitud negra, inventada, organizada y fomentada por ingeniosísimos industriales que se precian de cristianos.

Precisemos hechos:

«En el Congo—decía *La Independencia Belga* en uno de sus últimos números (Diciembre 1893),—hasta hace poco tiempo, los negros arrancados á la servidumbre musulmana eran contratados para trabajos libres por los blancos, y este sistema estaba dando excelentes frutos.

Encantados con su nuevo oficio los contratados, volvían, entre

los suyos, al expirar sus respectivos plazos de diez meses, haciéndose lenguas de los servicios que habían prestado y llevándose hasta un capitalito con sus ahorros. Con tales atractivos, centenares de bangaleses empezaron á acudir, desde 1887, á los varios distritos del Estado, y de ellos iban sacando cooperadores utilísimos los exploradores de Katanga, del Ubanghi y del Uellé. Y lo que pasaba en Balanga se reproducía en todas partes; siendo muy de notar el extraordinario valor de que hacían gala, en Manyanga, los mancebos negros contratados en concepto de mozos de carga y de conductores, en aquellas peligrosas comarcas.

Por lo visto, aquel procedimiento, tan cómodo y satisfactorio para los negros, no tardó en parecer demasiado costoso á los blancos, los cuales se apresuraron á reemplazarlo por una especie de levas, ejecutadas en la forma más dura y más mortífera de la antigua esclavitud. No la establecieron de golpe, eso no: la fueron introduciendo gradualmente, á fin de evitar resistencias é insubordinaciones entre los indígenas.

A otros indígenas, libertados de la esclavitud en Behanzin y transportados á la colonia alemana de Camerun, se les está sujetando á levas en este momento para el Estado del Congo, á fin de emplearlos en la construcción del ferro carril. No los llamarán esclavos; los llamarán contratados; y sin embargo, oigan cómo se expresa, acerca de ellos, un médico alemán encargado de reconocerlos:

«Teníamos que tomar á bordo en Whyda—dice el sesudo doctor—de 500 á 600 trabajadores, titulados libres, para entregarlos al Gobierno del Congo, con destino á la construcción del ferro carril. La *remesa* se hacía por cuenta de la casa Wœlber y Brohm, de Hamburgo; la cual me había encargado el reconocimiento médico de aquel *cargamento* humano, recomendando que fuera muy escrupuloso, porque el interés de la casa la obligaba á no entregar más que *artículo* de primera calidad.

»Antes de ayer, muy de mañana, llegamos á Whyda, siendo recibidos por los capataces del transporte, por uno de nuestros oficiales, y por un señor de E.

»El espectáculo que se ofreció á nuestra vista era capaz de conmover los corazones más helados. Allí, en un reducto, de unos 25 metros de largo, por cinco ó seis de ancho, hallábanse hacinados los negros, en número de 200 hombres y 80 mujeres. Al pronto no se distinguía más que una informe masa de cabezas rapadas y provistas de ojos, que dirigían ansiosas miradas hacia la puerta. Poco á poco fuí observando que cada uno de aquellos infe-

lices tenía el cuello metido en un aro de hierro que le unía á su vecino; el aro tenía una charnela en su parte anterior, y por la posterior estaba cerrado con un candado. Cerca del candado, había un anillo por donde pasaba la gruesa cadena que sujetaba á los negros, atados unos á otros por grupos de 50. Las mujeres estaban en dos filas; y, en vez de atarlas con cadenas, las tenían amarradas á sólidos maderos.

»Con una brutalidad sin igual, los esclavos fueron sacados del reducto para someterlos á mi examen. Todos tuvieron que ponerse de rodillas; y habiendo yo hecho la observación de que, para practicar el reconocimiento individual, era indispensable quitarles la cadena, empezaron los capataces á refunfuñar y sólo consintieron en ello después de una larga y repugnante plática. Para quitar la cadena, el primer negro de cada grupo tenía que echarse de costado; y, en esta postura, rompían el extremo de su cadena á fuerza de martillazos. Ya suelta, tiraban de ella por el otro extremo.

»Tan lúgubre era aqnel espectáculo, como desgarrador el de los sufrimientos de aquellos infortunados. Durante la operación, se agarraban, con ambas manos, á sus respectivas argollas, á fin de evitar que los rebordes metálicos les rompiesen y magullasen las carnes.

»La mayor parte de aquellos infelices eran jóvenes; había pocos viejos; todos estaban muertos de hambre. A muchos de ellos se les veían profundas llagas en la cabeza, en el cuello y en el pecho.»

Sin comentarios.

1858-1868.

SECCIÓN TERCERA

Un restaurant economista.—Otra vez Lesseps.—Vamos á dar gracias á los Dioses inmortales.—Tardes del Cuerpo legislativo francés.—Cómo profetizaba la policía imperial.—Las citas de *Maître* Ollivier.—La estética de M. de Morny.—Dos gradas más abajo.—Samson, actor y orador.—Mi vecina Jorge Sand.—Recreaciones de M. Pierrad.—*Ce sont les esprits de la maison.*—Fontainebleau.—Un drama aleman.—Nuevos recuerdos de Londres.—El Jardín Antropológico.—Del diente y de la cocina entre los pueblos primitivos.—Siete libras de salmón crudo.—Los beefsteaks abisinios, juzgados por la Sociedad protectora de animales.—Frascografía.—Ocho escenas de canibalismo.

I

En el primer tomo de estas MEMORIAS, hablando de las reuniones de M. de Lesseps, cónsul francés en Barcelona, dije que, más adelante, había de tener el gusto de volverle á ver, y en todo el esplendor de su gloria. Así fué, y en más de una ocasión, allá por los años del 62 al 66, cuando yo asistía á las sesiones de la Sociedad de Economía política de París, cuyos banquetes mensuales se celebraban en el Restaurant Douix del Palais Royal, antiguo Café Corazza. Por aquel comedor desfilaban todas las notabilidades de la Escuela economista liberal europea y americana: con

más un buen número de aficionados, que íbamos á inspirarnos en las doctrinas de los maestros. Ocupaban alternativamente la presidencia Miguel Chevalier, Hipólito Passy, Wolowski y Horacio Say: actuando de Secretario perpetuo el diligentísimo Garnier, genio didáctico por excelencia, el más sincero y ortodojo de todos los economistas franceses; y, además, incansable polemista, porque sostenía casi todo el peso de la discusión con Courtois, Courcelle Seneuil, Fontenay, Walras, Villiaumé, Federico Passy, y otros adalides por el estilo. De extranjeros en Francia, algún alemán, varios ingleses, una fracción polaca capitaneada por el conde Cieszkowski, y dos ó tres celebridades italianas, como Scialoja y Tedeschi Amato. A los españoles solía acompañarnos el banquero Quijano, sujeto amabilísimo, antiguo emigrado liberal, decidido campeón de la Ciencia económica, y uno de los más fieles y más íntimos amigos que había tenido Bastiat.

Estando tan de moda Lesseps, ¿cómo no habían de rendirle tributo los parroquianos del restaurant Douix? Allí iba cargado de planos y papeles, explicando la marcha de su canal de Suez, con todos los obstáculos técnicos, políticos y económicos que le salían al paso á cada momento. De *bête noire* tenía á Palmerston, que era lo que daba á Lesseps gran popularidad en Francia: porque luchar con Palmerston era como luchar con Mambrú: un Mambrú paquete, de dos horas diarias de tocador, pero Mambrú tan terrible, para los franceses, como el Marlborough de marras.

Suez hizo de Lesseps un héroe: Panamá le ha hundido. *Fatal-istmo.* Confieso que me engañé creyendo que el Gran Francés sacaría el caballo adelante en su segunda empresa. ¿Quién se iba á figurar que ésta había de concluir como el rosario de la aurora? ¿que aquellos presupuestos eran una quimera? ¿que lo que se abría, no era una suscrición, sino un mercado de conciencias? ¿y que, para siniestros fines, vendría á remachar el clavo la política maldita? Lesseps no ha tenido la suerte del Gran Capitán con sus celebérrimas cuentas. Tampoco la de Escipión que, en peligro de ser condenado por la pérdida de una batalla, arenga á la mu-

chedumbre y se la lleva tras de sí, con solas estas palabras: «¿Batalla? Una grande gané hace diez años: vamos á dar gracias á los Dioses inmortales.»

Otro placer favorito, en aquellas mis excursiones parisienses, eran las sesiones del Cuerpo legislativo. En una tribuna, á la izquierda de la Presidencia, me tenía reservado sitio mi buen amigo el general Lebreton, diputado de los de la *brecha*. Nunca éramos los mismos en la tribuna, excepto una Mme. veuve Duvigier que no faltaba nunca; haciéndome sospechar si sería, ó no sería, de la policía secreta. Porque no he visto lengua más suelta ni mayor tupé para disparar preguntas arriesgadas, entre personas desconocidas, y bajo un régimen tan quisquilloso como aquel del segundo Imperio. Chasco se llevó si quiso tentarme el flaco político. Á lo mejor, y sin decir agua va, se descolgaba con algún notición espeluznante: un próximo motín, una nueva amenaza á la vida del Emperador; y á veces—que es lo que me tenía más receloso—adelantaba indicaciones sobre medidas del Gobierno que tardaban semanas, y aun meses, en pasar al dominio público. Á tal extremo llegaba, en esto de las profecías, que, cuando Emilio Ollivier estaba en el período álgido de su oposición, y faltaban todavía bastantes años para su conversión al imperialismo, ya Mme. Duvigier me la pronosticó en términos concretos, y con todos sus pelos y señales.

No se pasaba día sin que la oposición diera algún disgusto mayúsculo á los Ministros; y esto que, en la izquierda republicana, no toleraba más que cinco números el amigo Bonaparte III. Ninguno de los cinco estaba de sobra; porque cada uno de ellos cultivaba, y con grande acierto, su especialidad respectiva. Heron apuntaba al blanco: Darimon tiroteaba: Picard acuchillaba: Julio Favre acañoneaba. La elocuencia de Ollivier las resumía todas. Era Ollivier un tipo del orador elástico, circunstancial y oportunista: sobrio ó abundoso, tranquilo ó apasionado, intencionado ó franco, razonador ó patético, según la psicología del momento. En él veíais al abogado francés, pulcro, patilludo y sin mostacho: un abogado del Colegio de París momentáneamente

trasladado, del Palacio de Justicia á la gran pastelería autoritaria. Tenía la costumbre de llevar un mazo de papeles que colocaba cuidadosamente al lado de su asiento: de ellos tomaba ó dejaba, con frecuencia y sin vacilar, porque los traía bien ordenados. Y esta costumbre de andar papeleando, que aquí nos hace bostezar, se conocía que era allí un resorte de seguro efecto; porque, cada vez que M. Ollivier procedía á la lectura de algún documento, el público no disimulaba su curiosidad; y Mme. Duvigier, frotándose las manos de gusto, exclamaba entusiamada: *¡Charmant! ¡charmant! Une citation.*

Del lado de los mandones, sobresalían el Presidente de la Cámara, M. de Morny, y los Comisarios del Gobierno. Sentábanse éstos en un estradillo, dos gradas más abajo del presidencial. Antes de que Rouher fuese virtualmente declarado vice-Emperador, los Comisarios de más nota eran los Sres. Baroche, Magne, Billault y el general Allard. Baroche se distinguía por su privilegiada manera de enseñar el puño cuando andaba escaso de razones: Magne cubileteaba con las cifras: Billault era la palabra tersa, elegante, dulce, conmovedora; y el divisionario Allard lucía una vigorosa elocuencia militar, sin resabios de cuartel ni de campamento.

Con estar condenado al mutismo, por razón del oficio, aventajaba á todos el estético Morny, á quien el hermano había confiado la guarda del rebaño. M. de Morny estaba perfectamente poseído del papel que desempeñaba á los ojos de Europa; y, como no se le ocultaba que las tribunas rebosaban diariamente de curiosos y de curiosas, procedentes de todos los países del mundo, había logrado convertirse en un verdadero *poseur*, y en actor consumadísimo, desde su elevado sitial de la Presidencia. Por supuesto de frac, corbata blanca y placa de la Legión de Honor en todas las sesiones. Sus aires de gran señor, hijo de una Augusta, veníanle, como de molde, para imprimir, á la situación del segundo Imperio, el sello aristocrático del antiguo régimen. El Presidente del Cuerpo legislativo francés poseía todas las coqueterías propias de su vistoso destino:

el juego de pasear los gemelos por aquella galería de bellezas que poblaban las tribunas; la vueltecita, de vez en cuando, por el estrado presidencial; la mano paseada por la espaciosa frente, como ahuyentando la fatiga de una sesión comprometida: la presentación de cuerpo entero, luciendo el corte irreprochable de un pantalón de Dusautoy ó la primorosa bota salida del taller de Sakowski. Y, detrás de aquella tan lucida decoración, hombre de talento, travieso, de empuje y raras veces desgraciado, en el papel que se le atribuía, de gran inspirador político: una sonrisa suya equivalía á un discurso, cuando repartía apretones de manos, entre los diputados que se acercaban á hablarle.

II

Cuando no me daba que *hacer* el Cuerpo legislativo, acudía á los círculos científicos: que no carecían de interés, á pesar de la vigilancia á que estaba sometido el pensamiento. Hay que hacer esta justicia al régimen imperial: París especulaba, tragaba, cortejaba, bailaba y loqueaba en todos sentidos; pero seguía estudiando. La institución de las Conferencias de verano, con llevar treinta y tres años de existencia, no sólo no decaía, sino que cada vez iba tomando mayores vuelos. Habíanlas establecido los antiguos alumnos de la Escuela Politécnica, con miras de educación, para las clases obreras y menesterosas; pero, andando los tiempos, y en vista del creciente favor que el público dispensaba á los Profesores, empezaron éstos á levantar el estilo; y, de llanas y populares, se convirtieron las lecciones en escogidos discursos, en los cuales se daban la mano la riqueza de la erudición y la profundidad de las investigaciones. Así llegaron las cátedras de verano á ser tan estimadas por las eminencias de la república literaria; haciéndose de moda frecuentar aquellos cursos, con el doble objeto de conocer alguna celebridad, y de tomar el pulso á ciertas cuestiones

de interés palpitante que no podían tener cabida en los programas de las Escuelas oficiales.

Celebrábanse ordinariamente las Conferencias de verano á las diez de la mañana, en el gran Anfiteatro de la Facultad de Medicina, con una concurrencia tal que los forasteros ajustaban sillas con anticipación de tres ó cuatro días. Babinet hablaba de la Pluralidad de los Mundos; el indispensable Lesseps, siempre de su Canal; el Dr. Trousseau, del Empirismo; Bouchardat, de la beneficiosa influencia del tra bajo en la salud. Thierry examinaba la influencia del Teatro en el porvenir de las clases operarias; Barral describía las últimas novedades industriales; y Philaretes Chasles entretenía agradablemente al auditorio con la biografía de algún personaje *fils de ses œuvres*.

El indisputable mérito de todos aquellos trabajos no disminuyó, ni en un ápice, la curiosidad que lograron dispertar otras Conferencias, por ejemplo las del actor Samson sobre la lectura en voz alta. Este asunto, en apariencia fútil, fué motivo de una ruidosísima ovación para el ilustre decano de la escena francesa. Seguro estoy de que ni una sola notabilidad literaria dejó de contribuir á aquel triunfo con su presencia; siendo uno de los principales concurrentes el famoso, ó más propiamente, la famosa Jorge Sand, á quien tuve el gusto de ser presentado; y que, en aquellos días, ya no vestía de hombre, como en los tiempos de su Lelia, sino de mujer, y de mujer provecta. La ya respetable autora de *Indiana* se dignó ponerme al corriente de los antecedentes de Samson; de sus campañas en el Odeon y en la Comedia Francesa; de sus méritos como profesor del Conservatorio, como poeta y como autor dramático; de sus numerosos discípulos y discípulas, entre los cuales habían figurado la Rachel y la Brohan; y de cómo la Sociedad de Artistas había querido hacer, del grande actor, un representante de la Nación, en la Asamblea de 1848. Cuando Samson disertaba sobre la lectura, en el Anfiteatro, tendría ya unos setenta años; cuya avanzada edad no le impedía lucir una cabeza artística con espléndida y nevada cabellera. Ni tampoco había perdido su gracioso decir, su maliciosa mirada, sus penetrantes ironías,

y la sonora voz que había sido siempre el más sobresaliente de sus dones naturales. Para hacernos comprender el prodigioso efecto de un trozo bien recitado, recordaba, en su Conferencia, el triunfo obtenido por el actor inglés Garrick, en un aristocrático salón de Londres. Tratábase de representar, sin ningún aparato teatral, una sencilla y vulgarísima escena dramática, reducida á una mujer que, con su niño en brazos, se despide de su marido que parte, como marinero, para extrañas y lejanas tierras. Garrick pidió un marco despojado de su lienzo, para hacer oficio de ventana; encogió el brazo izquierdo donde debía estar el niño; señaló, como mar, un largo trecho en el salón; y sacando un pañuelo del bolsillo, lo destinó á hacer, por el hueco del marco, señales de despedida. Empezó luego á recitar los versos correspondientes; y tal expresión les dió y con tanta verdad supo llevar, á la imaginación de los espectadores, la realidad de aquella desnuda escena, que el auditorio, enmedio de una profunda emoción, prorrumpió en nutridísimos aplausos. No fueron flojos los que arrancó Samson al repetir la escena; y sin marco ni pañuelo.

En el Colegio de Francia seguía triunfando la libertad de la Ciencia, sin más excepción que la del pobre Renan, víctima como nunca de las inquinas clericales. Rara era la semana que dejaba yo pasar sin adjudicarme, lo menos, un par de días de Colegio de Francia; curioseando hasta en las cátedras de Lenguas orientales, sólo por el gusto de oir á Estanislao Julien, á Rougé, á Defrémeny ó á Julio Motel. Otras veces me atraían Serret, Bertrand ó Flourens, cuando disertaban sobre Química, Física, Mecánica, Historia natural ó Medicina. Claudio Bernard, desde su concurrido laboratorio, nos iba señalando el aspecto práctico de las leyes de *su* determinismo; Franck examinaba la historia del Derecho natural en el siglo XVII; Laboulaye, la de la Constitución federal de los Estados Unidos; Alfredo Maury, el principio de las Nacionalidades en la antigüedad, y señalada mente entre los pueblos sometidos á la dominación romana; Baudrillart planteaba el problema de la distribución de la riqueza, anunciando los dos opuestos aspectos á los cuales

había de dedicar, más tarde, importantísimos trabajos: la historia del pauperismo y la historia del lujo.

Otros círculos científicos omito, para recordar uno, muy singular, al cual asistíamos de noche, como á una función de teatro. Era el Centro espiritista de la *rue du Bouloi*, dirigido por un tal M. Pierrad, discípulo de Allan Kardec. El Círculo de la rue du Bouloi tenía un carácter mixto de científico y religioso; M. Pierrad exigía una gran compostura en la concurrencia, que era, por cierto, muy numerosa; y empezaba sus sesiones con una gran evocación á los espíritus, acompañada de un discursito en que se recomendaba la fe, una fe ciega y absoluta, en lo que íbamos á presenciar; absteniéndonos de hacer preguntas y de pedir explicaciones.

Las sesiones se dividían en prácticas y teóricas. En las prácticas, lo tan conocido: mesas y más mesas giratorias, con los consabidos *mediums* escribientes. Las teóricas tenían más pretensiones. Eran un curso completo de ciencia espiritista: tiptología, psicografía, teoría de las evocaciones y de las comunicaciones espontáneas. Que en todo aquello éramos víctimas de un solemnísimo camelo,—por supuesto *mediantibus illis*,—no había que ponerlo en duda. Al final de ciertos párrafos de efecto, que se permitía el Profesor, se oían así, como si dijéramos, en el aire, unos chasquiditos ó castañeteos que me tenían muy intrigado. Un día, olvidándome del reglamento, me arriesgué con la siguiente pregunta: —*Dites donc*, M. Pierrad, *quel est donc ce petit bruit qu'on entend de temps en temps?—Ce sont les esprits de la maison qui applaudissent*,—contestó el maestro.

Recordarán los lectores que, por aquellos tiempos, la moda del espiritismo había corrido también los salones de Madrid; no tanto como en París, donde las reuniones, como la de M. Pierrad, habían sido numerosísimas. Hubo un momento en que Kardec y el marqués de Mirvelle tenían medio locos á los impresionables parisienses: ó quizás locos del todo; cuando hombres tan eminentes como un Delamarre, director de la *Patrie*, y un Agenor de Gasparín, no se recataban de estar siempre consultando á los espíritus; y cuando la moda llegó á contaminar hasta al gran Flamma-

rión, que después ha sabido tomar direcciones bastante más serias. Tal maña se daban algunos embaucadores, que, para más convencer á los bobalicones, sabían imitar perfectamente el lenguaje especial de los personajes evocados. Véase, para muestra, lo que le hacían decir á Rabelais, según rezaba un cartelito pegado á la puerta del salón de Pierrad: «*Bien marrys sont les moynes, moynans, bigotz et cagotz, carmes chaux et déchaux, papèlards et frocards, mitrez et encapuchonnez. Les vécy sans ouvrage; les espericts les ont détrônez.*»

En la época de mis visitas á la rue du Bouloi, no quedaba ya más que una resaca de la espíritomanía. Había pasado, como pasa todo en París; no contribuyendo poco á aquella decadencia, las exageraciones de Mlle. Huet, el médium de la rue Mont Thabor, y más tarde las habilidades y trapisondas, físicas y mecánicas, de los hermanos Davenport, creadores del espiritismo de tramoya, tan acreditado hoy en los teatros de feria. Nada digo de los atrevimientos del americano Home en las Tullerías, cuando se la pegó al mismo Emperador haciéndole tocar, por debajo de la mesa, un objeto frío que decía ser la mano de su difunta madre.

III

Algunos domingos me iba á Fontainebleau á respirar aire puro. No que me interesara aquel Palacio, en cuyo embellecimiento habían puesto las manos tantos soberanos. Hermoso monumento de triste historia interna: de escasos atractivos para el que va á caza de distracciones. Todo son allí lúgubres ó poco simpáticos recuerdos: Enrique IV, verdugo del mariscal Biron; Monaldeschi, estoqueado á los pies de su querida, la Majestad sueca; el infelizote de nuestro Cárlos IV, detenido, detrás de aquellas paredes, por una mano omnipotente; el divorcio de Josefina; *les adieux* de su segundo marido; Lecomte atentando contra Luis Felipe, á la vuelta de paseo. Historias ó historiejas de la eterna batalla de

bípedo con bípedo. Escenas tan vulgares en los palacios como en las cabañas. ¿Vais á preferirlas á la rica síntesis artística de los bosques de la ex-Real ó ex-Imperial residencia? Haced lo que queráis: yo estoy por los apuntes de paisaje. Estoy por la infinita variedad de efectos naturalistas allí inventados, ó aprovechados, y siempre prodigados: el toque de roca pelada casado con las exuberancias de follaje; los caprichos de oasis y los caprichos de estepa; á trechos, un sol de plomo, pero risueño, como en una llanura africana; á trechos, las profundidades y melancolías de la Selva Negra...

Un día, ya cerca de las Platières, divisé un grupo compacto de ciudadanos que, con rudos ademanes, parecían estar en animada contienda. Todos tenían la vista fija en un objeto que yo no acertaba á distinguir, y debía ser la causa ocasional de todo aquel zipizape. Acerquéme; y, averiguado el caso, resultó tratarse de una víbora que yacía en el suelo culebreando, con la cabeza medio aplastada. Es de advertir que la *Mairie* del pueblo tenía ofrecido un premio de diez francos, religiosamente pagados, á todo aquel que presentase, muerto ó vivo, cualquier bicho de aquella especie. Un joven, con su compañerita del brazo, había dado muerte al reptil: acudió en seguida un gran tropel de gente, y toda la cuestión consistía en quién había de llevarse la propina. El joven renunciaba á ella, á condición de guardar la víbora, como recuerdo de su hazaña: los otros se empeñaban en que se la diera á ellos, para cobrar y repartirse los diez francos. Visto que ninguno de los dos bandos quería ceder, saqué de mi bolsillo la codiciada monedita en oro; y, enviándola, por el aire, á aquella turba de famélicos, ruidosamente me aclamaron, dispersándose luego por el bosque.

Quedéme solo con los intrépidos cazadores, no menos agradecidos que la otra gente á mi *graciosa* intervención. Entramos en intimidad; y me enteré de que los chicos eran alemanes, pareja de contrabando, enamorados hasta las gachas, y prófugos de sus respectivas casas, por los azares de una historia más que medianamente complicada.

Schübert,—que así se llamaba el mancebo—seguía muy

tranquilamente sus cursos de Derecho en la Universidad de Heidelberg, cuando se le antojó al papá mandarle á Berlín para concluir la carrera y adquirir relaciones. Y vaya si las adquirió; como que, á los dos días, víctima de una enfermedad *del corazón*, cayó redondo á las plantas de Cristina Worms, la misma rubita encantadora que, en aquel mismísimo instante de nuestra plática, me estaba mirando con el aire compungido de una Margarita del *Fausto*, por supuesto en el primer acto.

Mas el diablo, que nunca duerme, enterado de aquel idilio en ciernes, decidió despacharle, en posta, un culebrón, en la persona de un *herr* Falk von Waldemburg, estudiante como el otro, camorrista de oficio y, como todos los de su ralea, muy codicioso de la mujer ajena. Por si rondaba ó no rondaba, enzarzáronse los muchachos; conviniendo ambos, después de mil dimes y diretes, en llevar la cuestión al terreno, no sin buscar antes algún honroso pretexto para desorientar á la gente.

Pertenecían los dos rivales á los Burschenschaften, sociedad escolar que había metido mucho ruido en la Alemania del 48. Designó Schübert para campeón suyo á Franz Mayer, titular del Círculo: tan justamente titular que llevaba la credencial en el rostro, con seis pintorescos chirlos, y, en el registro de la Casa, con veintisiete duelos declarados. Pensóse luego en el pretexto que había de dar origen á la riña. Bastaba el más insignificante, porque era costumbre, en aquellos círculos, agujerearse el pellejo por cualquier simpleza: la *querelle d'Allemand*, como dicen los franceses. Y después de madura deliberación, se acordó que, en el salón del Establecimiento, Schübert llamaría borracho á Waldemburg, que se preciaba de muy sobrio. Cumplióse el acuerdo al pie de la letra; sentáronse los dos contendientes junto á una mesa; empuñaron sus respectivos bocks; y, en el momento en que la sala rebosaba de estudiantes, Schübert disparó á su contrario el siguiente dístico:

Undê sum quæris: ducat cerevisia nomen
Quod cerebrum visat crebrè, Sabelle, tuum:

Era un ingenioso jugar del vocablo, entre *cerevisia* (cerveza) y *cerebrum*; viniendo á decirle, en sustancia, á Waldemburg, bajo el nombre de Sabelio, que tenía perturbado el seso con sus frecuentes libaciones. En el acto pasaron los dos adversarios á la sala de la *Mensur*, ó, como si dijéramos, á la de esgrima: cogieron sus tizonas, cruzáronse varios pases, y uno de ellos con tan mala suerte, de parte de Waldemburg, que la punta del estoque contrario le penetró en la carótida, dejándole degollado como una res del matadero.

Todos acudieron confusos, aterrados; porque, aun sin lo doloroso de la pérdida, surgían allí dos problemas espinosos: la honra de la Corporación, y la seguridad personal del matador. En las sociedades escolares alemanas, eran muy frecuentes aquellos titulados lances de honor; pero á condición de no pasar del arañazo, para lo cual se tenían adoptadas muchas precauciones. En ellas descansaba la policía, haciendo la vista gorda, y tolerando imprudentemente una costumbre cuyo origen databa del siglo XIV. Había habido ahora pérdida de existencia: ¿continuarían las tragaderas de la policía? Por sí ó por no, los escolares resolvieron guardar el secreto: sacaron el cadáver como pudieron; inventaron no sé qué accidente, y se echó tierra al muerto y al asunto.

La situación personal de Schübert no era menos comprometida; porque, al más pequeño soplo, le echaban la garra como á un vulgar asesino. Bien penetrado del peligro que corría, tomó un prudente consejo; y fué poner algunas leguas entre su amable personita y el cadáver. Para la fuga, concertóse con su adorada Cristina, que vino en ello muy gustosa; y héteme ahí á mis dos tórtolos camino de París, donde llevaban ya tres meses de residencia.

Tal fué, en sustancia, el fiel relato de mi estudiantico de Heidelberg. No pudo menos de inspirarme lástima, por su desgracia y por su porvenir. Era gran latinista y hombre de serios estudios literarios; pero de aquellos que no dan sustancia ni calor al estómago, ni aun en Alemania.

Despidiéronse de mí con verdadera cordialidad los infeli-

ces enamorados. Iban á tomar el segundo tren de la tarde. Yo me quedé todavía en Fontainebleau para dar otra vuelta, comer en un restaurant, y volver á París, en el primer tren de la noche.

Llegada la hora, imagínense ustedes mi sorpresa cuando, al entrar en la estación, me lo encuentro todo revuelto: idas y venidas, gendarmes, agentes de policía y un fuerte olor á Juzgado. Era, en efecto, el de instrucción, que estaba practicando diligencias en averiguación de un accidente ocurrido dos horas antes. Un joven y una joven habían querido cruzar la vía, en el momento de llegar el tren de París: el joven pudo detener el paso á tiempo; mas no ella, que fué arrollada por la locomotora. ¿Quiénes eran? Diómelo el corazón. ¿Si serían?... Corro á la sala de espera, y adquiero la horrible convicción de que no me había equivocado. Allí, en unas parihuelas, estaba la masa informe, ennegrecida, carbonizada. Sólo por el vestido podía identificarse la persona. ¿El vestido? Demasiado elocuente era la presencia del pobre Schübert, arrodillado junto al cadáver, y en un estado de desesperación indescriptible. Dirigíle la palabra y no me conoció. Había perdido la cabeza.

¡Ay! Aquel idilio de Berlín, que empezó por una tragedia, había de concluir en otra tragedia. No en otra, sino en dos; porque, á los pocos días, supe, en París, que Schübert se había suicidado.

IV

Once años hacía de la primera Exposición universal, cuando Londres nos obsequió con su segunda, la de Kensington, que visité también por no faltar á mi consigna; y porque era yo entonces tan entusiasta de las Exposiciones, como después me han sido indiferentes. Como ya, en el primer tomo de estas Memorias, dejo consignado cuanto pienso y cuanto creo sobre Exposiciones en general; y,

como no he de molestar á mis lectores con un extracto del *Report of Juries,* vamos á ver qué partido podemos sacar aquí de aquel otro repaso mío á la Capital de Inglaterra.

Con motivo del alarde indústrial de Kensington, se apoderó de los ingleses, no una manía, sino un verdadero furor por los museos, gabinetes y galerías.

Haymarket, Regent Street, el Quadrante y Piccadilly se veían invadidos, á todas horas, por los *sandwichs* de cartelón, con anuncios de las más estrafalarias *exhibitions;* esto sin contar los reclamos de los periódicos, los diluvios de papel volante que caían sobre los transeuntes, y las hojas de gran tamaño aseguradas, con cuatro piedras, sobre el piso de las calles.

Los extranjeros éramos víctimas de un Londres ilusionista que, de convertirse en realidad, hubiera superado en maravillas al otro Londres, al de diario, al engendrado en piedra, ladrillo, hierro y madera, entre las brumas del Támesis y el característico manto negro de la gran Metrópoli. Coleccionar aquellas fantasmagorías, clasificarlas y repartirlas en tomitos, hubiera sido quizás obra meritoria y de no escaso valor para la historia de la maravillosidad y de las aberraciones humanas. A nadie se le ocurrió hacerlo, y lo siento por lo que á mí atañe; que bien me vendría ahora tener á mano un trabajo de aquella especie, á fin de refrescar curiosísimos recuerdos, por desgracia borrados para siempre de la ingrata memoria.

Un solo anuncio citaré que casi valía por todos; con la circunstancia de que su autor, un Mr. James Doulton, vivía en mi misma casa; lo cual le daba frecuentes ocasiones de hablarme del asunto, y de explicarme su pensamiento, con toda clase de pormenores. Tratábase de abrir en Londres una Exposición permanente de la *Vida humana primitiva* en sus diversos aspectos: idea fecundísima que mi amable vecino me iba diluyendo en una serie de eruditas disertaciones.

Decía Mr. Doulton que el interés de los estudios sobre la vida humana primitiva, crecerá con los progresos de la Ciencia antropológica. Que para apreciar, con alguna exac-

titud y en sus grados máximos, la medida de la civilización presente, es necesario sorprender al hombre bajo la acción de las formas iniciales de cultura, dentro de cada raza y en diferentes latitudes. Que si esto pudiese hacerse de una manera práctica; si cupiera en lo posible poner, en forma material y en reducido espacio, lo salvaje al lado de lo culto, tendríamos, en compendio, un gran panorama del progreso humano; y éste nos resultaría definido, no por puras abstracciones, sino dentro de los moldes visibles del acto simplista y del acto complejo, del hecho social en su rudimento, y de otro hecho similar históricamente elaborado.

Nunca la humanidad ha podido hacer, sobre un mismo terreno, esta clase de comparaciones. Cuando abundaban los salvajes, no teníamos medios de estudiarlos; cuando los medios vinieron, los salvajes habían volado. El lance no puede ser más peregrino. Hubo un tiempo en que el estado salvaje era general en el Globo, y el estado de cultura lo excepcional; un tiempo en que todavía eran salvajes toda la América, toda la Oceanía y casi toda el Africa; un tiempo en que lo eran una buena parte del Asia y quizás, quizás otra parte no menos considerable de Europa. ¿Qué recursos teníais entonces para penetrar en los secretos de la vida primitiva? Todos faltaban en absoluto. Ni comunicaciones, ni fáciles transportes, ni garantías de seguridad, ni siquiera un pícaro aficionado á aquel género de investigaciones.

Las conquistas de la civilización han invertido los términos. Todo á la mano para investigar: materia de investigación casi ninguna. Hoy, que nos hemos echado á volar por esas tierras, y por esos mares, y por esos ríos, y por esos lagos, sin desconfiar de hacerlo pronto por los aires; hoy, que nos hemos arreglado salvoconductos especiales para arrostrar climas mortíferos, zonas pestíferas, pasos escabrosos, emboscadas felinas y ataques á flechazos; hoy, que con tanta y tan sobrada razón, alardeamos de antropólogos, biólogos, sociólogos, filólogos y etnólogos: hoy es cabalmente cuando más escasos andamos de ejemplares *vivos*, hasta el punto de que las zonas de humanidad primitiva ya no son más que puntitos negros apenas perceptibles

en un Mapamundi. ¿Quién tiene la culpa? Nadie; porque la contradicción de los términos está en la misma lógica del progreso. ¿De qué dependía la extensión de la vida salvaje? De que eran reducidos los dominios del mundo moral y los del económico. ¿De qué depende la extensión de la vida culta? De que aquellos dominios se han ensanchado.

No discutamos estas conclusiones, porque son indiscutibles. Aquí el hecho dominante no era más que uno para Mr. Doulton: nos faltan elementos de estudio. ¿Habría medio de suplirlos? El creía que sí, y á esto se encaminaba su proyecto. Hélo aquí en sustancia:

Mediante un cuantioso capital constituído por acciones, en una *Limited Company*, Mr. Doulton se proponía construir un inmenso edificio, á poca distancia de Londres, ó en los vastos terrenos que entonces se hallaban disponibles en las cercanías de Kensington. El edificio, con sus jardines, parques, bosques, colinas y corrientes de agua, se había de levantar sobre la base de adaptaciones á las costumbres de los principales pueblos salvajes, todavía existentes, y que pudiesen ser considerados como verdaderos tipos de la vida primitiva. Daríase por de pronto á aquel conjunto de instalaciones el nombre de *Jardín Antropológico*, á reserva de buscar otro que pareciera más apropiado.

Según refiere Fernández de los Ríos, ya en 1780, hubo quien ideó, para Madrid, algo parecido á aquel proyecto; dividiendo el Jardín Botánico en tantos trozos como principales razas se hallaban entonces bajo la dominación española; y estableciendo familias de peruvianos, mejicanos, californianos, luisianos, habitantes del Paraguay, de Buenos Aires, de Caracas, de Puerto Rico, de Cuba, de Canarias y de Filipinas. Cada una de ellas hubiera conservado el traje y la manera de vivir de su país; hubiera construído sus especiales viviendas y cultivado sus respectivas plantas.

Esto es lo que hace, de algunos años á esta parte, y en escala más reducida, la Dirección del Jardín de Aclimatación en París.

Pero Doulton aspiraba á más. Lo suyo era todo un sistema: no reducido á exponer una sola raza; sino presentando,

en ordenada serie, los principales tipos de las de vida primitiva: no ofreciéndolos al público, como simple pasto de la curiosidad y con largas intermitencias, sino como materia de estudio y comparación, en una institución permanente: no limitándose á dos ó tres rasgos característicos de cada grupo salvaje, sino abrazando, en lo posible, todas las formas ó aspectos de su existencia: la nutrición, la vida doméstica, las industrias, las prácticas religiosas, los ritos funerarios, las costumbres guerreras, y las manifestaciones del Arte rudimentario expresado en la música, en los bailes, y en otras particularidades.

Hasta en un Londres, donde tanto abundan los tamaños grandes, ahogóse, por colosal, el pensamiento de Doulton. Como, al fin y al cabo, era hombre práctico, quiso reducir su proyecto á más modestas proporciones. Ni aun así consiguió darle siquiera un principio de ejecución. La reducción consistía en no exponer al público más que los sistemas de cocina y alimentación de algunas tribus salvajes. Por muy sencillo que esto parezca, tuvo el aspirante á empresario que retroceder ante la cuantía de sus presupuestos: tanto dinero que juntar, tantas agencias y sub-agencias que establecer, y tan escasas las probabilidades de un mediano rendimiento.

Vi los planos del establecimiento proyectado para cocinas y comedores del género salvaje. Eran una maravilla. Dar aquí una idea de ellos sería trabajo estéril; porque ningún sentido tendría á los ojos del lector la explicación de aquellas complicadísimas rayas, trazadas con tintas de varios colores.

Sería un trabajo estéril, repito; pero también es una lástima tener que renunciar á toda explicación de tan interesante proyecto. ¿Por qué no intentamos una cosa, amigo lector? ¿Por qué no buscamos el medio de suplir, con la imaginación, lo que la realidad no pudo darnos? Dos veces se ha ensayado ya este sistema en mis MEMORIAS: con la conquista de Mallorca, y con las fiestas romanas en Nimes. ¿Qué inconveniente habría en ensayarlo una tercera? Demos relieves, lenguaje y forma de construcción á las mudas lí-

neas de aquellos planos: pongamos las figuras en acción, en movimiento; como si todo estuviera funcionando, con sus salvajes y salvajitos de carne y hueso, sorprendiéndoles á lo vivo y en plena manducatoria. O materia de entretenimiento ó materia de instrucción. Ninguna de las dos eventualidades es de despreciar. Y pues me permito contar de antemano con vuestro beneplácito, paso adelante y me arriesgo.

V

Figurémonos una gran verja con tres entradas á un hermoso parque poblado de plantas exóticas. Es la flora de los países á que pertenecen los salvajes. A varias distancias, y en caprichoso desorden, casas, casetas, pabellones, kioskos, cabañas, chozas, cavernas, cuevas, covachas y otras construcciones habitables, de la más elemental arquitectura.

No equivocarse, en el ventanillo, con los billetes. Los hay de chelin y los hay de dos. De dos vamos á tomarlos, porque son los que sirven para la hora destinada á las comidas.

Marquesa: no me repita usted lo que ya tuvo la bondad de decirme ayer: que esto es como ir á ver una comida de fieras. Casi, casi. Aquí se trata de una necesidad puramente animal; y, en este terreno, somos absolutamente iguales los de dos pies, los de dos patas y los de cuatro. En materia de tragar, no hay, entre lo racional y lo irracional, más que dos diferencias: la manera de practicarlo y la calidad de las tajadas. Déjese usted, pues, de escrúpulos de monja. Acepte mi brazo, y no suelte de la mano su pomito de sales... para los nervios, ¿sabe usted?; y por si viniese á acariciarnos las narices algún tufillo poco simpático.

Empecemos por el gran cobertizo de la izquierda. Toda aquella tropa de color plomizo se compone de Australios y Tasmanios con alguno que otro *ejemplar* de Kanacos, Nuevos

Hébridos y Fidjianos. La mujer que está escarbando la tierra, al pie de un árbol seco, es kanaca: busca la *mylitta australia*, especie de trufa de su tierra. En los dos cacharritos que tiene á su lado, ha exprimido el jugo de eucaliptus y la goma de acacias que servirán para el aderezo. ¡Con qué avidez están esperando el plato de setas los tres rapazuelos que rodean á la mamá! Vean ustedes cómo ya están picando en un montón de legumbres; que no son tales, sino un puñado de algas que se tostarán cuidadosamente, con destino al hijo mayor, para quien hay marcadas preferencias. Detrás de la kanaca, dos respetabilidades: el marido, y el viejo de la casa; ambos en reposo, y muy entretenidos con sus asignaciones respectivas; un lomo de kanguro y un soberbio muslo de perro caledonio. La masa glutinosa, que tienen puesta aparte, es el postre, compuesto de varios trozos de un ballenato que el mar arrojó, hace seis meses, á las playas de uno de sus islotes.

Los cuatro prójimos de la choza inmediata son Papúes y Fidjianos. Más felices que sus vecinos, se están regalando con sendas raciones de arroz y de sagú, amén de aquellas lonjitas que ven ustedes alineadas sobre unas hojas. Son restos de un jabalí que cogieron de pequeñuelo, y luego le quemaron los ojos para que no se les escapase, antes de meterle la cuchilla.

¿Quiénes son esos otros caballeros acampados sobre un altillo? Representan la última generación salvaje de Taiti y de las Islas Marquesas. Allí están atracándose de ratas y de grasa de lechoncillo; pero no les compadezcan ustedes, porque sube más la salsa que los caracoles. Ahí es nada lo de golosinas que tienen á mano, sobre unas piedras: cocos, plátanos, batata, caña de azúcar. Me llama la atención el supremo desdén con que han recibido estos agasajos. ¿Por qué no hacen tantos ascos á otro con que les está ahora obsequiando un dependiente del Jardín? Porque es el árbol del pan, verdadera Providencia de aquellas tribus. Otra Providencia es el *ignomo*, á cuyo sabroso vegetal pertenecen aquellas raíces que están mascando por vía de aperitivo. Tan frescas como las vemos hoy, hace ya más de ocho meses

que las arrancaron. Veinticinco kilogramos pesa la más larga; y se aprovechará enterita.

Bajando una ligera rampa, pasamos á una pequeña esplanada, donde, por disposición de la Empresa, se hallan instaladas las cocinas polinesias. Cocinas son, aunque estén á mil leguas de las sublimidades de Vatel. Más cerca están de las de nuestros prosaicos cazadores: los cuatro leños, el rescoldo y el montón de piedras con astillas y ramaje. Observo que, en la práctica del arte culinario, estos salvajes se dan aires de grandes señores, porque no admiten, en sus cocinas, la intervención cursi de las mujeres. La cocina es oficio viril entre aquellos varones esforzados ¡Y con qué experiencia de la cosa y, sobre todo, con qué presteza! El que cuida los cuatro leños coge una pata de no sé qué, la da un par de vueltas á la llama; y, sin más preparativos, hinca los dientes en lo blando, seguramente por aquello de la caridad bien entendida. El del ramaje hace lo propio con una enorme rata aderezada con yerbas aromáticas. Al del rescoldo se le conoce que es profesor, y, en ciertos detalles, profesor aprovechado. Uno á uno va extrayendo pececillos de la cesta que le han confiado; delicadamente los introduce en la hoguerilla; delicadamente tira de la cola; y, no menos delicadamente, el pez, con sus escamas, sus tripas y su manto de caliente ceniza, va á parar á la boca de nuestro intrépido salvaje, y de la boca al estómago, por el expeditivo sistema de babor, estribor y á la bodega.

Por un puentecillo rústico, sobre la pintoresca ría del parque, pasamos á la sección americana. Cuatro tipos presenta allí Mr. Doulton: del Norte América, Pieles Rojas y Esquimales; de la América del Sur, Patagones y Fuegios, ó habitantes de la Tierra del Fuego.

Pocos lances nos ofrece la comida de los Pieles Rojas, reducida á carne y más carne de bisonte. Los Esquimales son una patulea asquerosa: lacio el pelo, descolorido el rostro, nadando en pringue, y metidos entre estopas y pingajos de cuero. Despiden un olor insoportable. Les están repartiendo pescado y unos puñados de almejas. El más gordo de la tribu, aquel, medio peneque, que está tendido en el

suelo, se cenó ayer, delante del respetable público, siete libras de salmón crudo. Más repugnante es el espectáculo que hoy nos espera. Los dependientes del Parque traen una foca viva; échanse inmediatamente sobre ella dos esquimales; y, á cuchilladas, le abren el vientre. Toda la tropa mete allí las narices, chupa ávidamente la sangre del animal y destroza sus carnes á dentelladas. Hay que volver la vista á otro lado; y mi buena Marquesa se cree en el compromiso de desmayarse.

Decididamente los extremos se tocan. Estábamos en el Norte de América, pasamos de golpe al Sur, y siguen las mismas brutalidades. Dan á roer á los Patagones unas patas de vicuña y las comen con mucho aseo; mas luego les alargan un avestruz de su tierra, y allí se ceban como fieras, sin tomarse la molestia de desplumarlo ni de cocerlo. Impaciencias del hambre, á que ya aludía Juvenal:

Victrix turba........................
.....longum usque adeò tardumque putavit
Exspectare focos, contenta cadavere crudo.

Por donde se ve que la afición á lo crudo es antiquísima; y si no, ahí está la manada de los Fuegios, otros sudamericanos, raza probablemente anterior á los Tintyrios del gran satírico romano.

Yo mismo hago la prueba de la voracidad de los Fuegios. A ruego de uno de ellos, que me lo indica por señas, le presento un enorme barbo que acaban de traer, vivito y coleando, del acuario del Parque. Cógelo con ambas manos, le pega un mordisco junto á las agallas; y, tirando con los dientes, se mete en el buche todo el pedazo hasta la cola. Aun entre los de la tribu hace gran efecto la hazaña, porque empiezan á danzar en derredor, gritando como condenados. Luego se sientan en el suelo, y les reparten trozos de tiburón que comparten amigablemente con sus perros, muy parecidos á los galgos escoceses y de un aspecto horripilante.

Toda la parte derecha de los jardines Doulton está ocu-

pada por la exposición de salvajes asiáticos y africanos. De asiáticos no hay más que unos cuantos Samoyedas que, poco más ó menos, tienen el régimen alimenticio de sus congéneres los Esquimales: mucha ballena y mucho lobo marino. Pero, en esta instalación, se conoce que se respetan las categorías; porque á tres samoyedas, bastante bien vestidos, les han puesto mesa aparte con variado *menu* de leche, chuletas de rengífero y una empanada de pescado seco. Deben ser linajudos y de los acostumbrados á empuñar la vara. SS. EE. no gastan etiquetas: á pesar de su elevadísimo rango, se limpian la boca con el revés de la mano, disparan ruidosos eructos; y, por todo tenedor, hacen uso de los dedos. Ahora mismo los están introduciendo en un plato de caviar, que es su manjar favorito; y aquí se lo preparan con hojas de sauce y álamo blanco.

Lo más curioso de la Exposición es la sección africana. Aquí se ha echado el resto juntando una rica variedad de tribus. Estos etiopes se dejan oir de lejos, porque están armando un zipizape infernal: danzan, cantan, se pelean, ladran como perros enjaulados, é imitan el rugido del león y el relincho de la zebra. Á la cabeza de la instalación, figuran los Abisinios, negros como la pez y de muy regulares facciones. En cuanto nos ven, se disponen á tomar su merienda. Cada hombre tiene al lado una mujer que le va metiendo el beefsteak en la boca; apenas hecha la deglución, venga otra tajada, y otra, y otra, hasta que se ponen á punto de reventar. Exactamente lo de todas las mañanas cuando vuestros criados dan la cordilla al gato. Parecerse al minino de la casa; éste es el gran signo de calidad entre personajes abisinios. Cuestiones de apreciación dependientes del accidente geográfico; como ya lo decía Pascal, hablando de las verdades y de los errores. Europeos y africanos estamos de acuerdo en que somos tanto más aristócratas cuanto más tragones. Pero diferimos esencialmente en otros detalles más importantes. Por ejemplo: en Abisinia es prueba de buen tono hacer mucho ruido al mascar; mientras que, en Europa, la más vulgar cortesía nos obliga á devorar en silencio las penas y las tajadas.

A todos los concurrentes nos intrigaba la gran cantidad de beefsteaks que allí se servían. É interrogado por mí uno de los celadores del Parque, se me acercó al oído, y, con mucho misterio, me puso al tanto de la cosa, suplicándome la mayor discreción posible. Dijo; y, guiándome por una veredita oculta entre el ramaje, llevóme á una especie de establo donde se ofreció á mi vista el más extraño y lastimoso espectáculo. Seis ó siete bueyes vivos yacían allí horriblemente mutilados y arrojando caños de sangre de una multitud de heridas: á dos de ellos les estaban cortando entonces, sobre lo vivo, tiras de carne largas como mi brazo. Para los beefsteaks; para los beefsteaks infames. Dióme esto tal enojo, que sin acordarme de promesas, ni atender á ruegos ni amenazas, salí disparado, faltándome tiempo para referir á todo el mundo las atrocidades de aquellos menguados.

Complicóse el lance con la presencia casual de varios individuos de la Sociedad protectora de animales. No había yo concluído mi relato, cuando uno de aquellos respetables *gentlemen* empezó á dar gritos desaforados, echando pestes contra Doulton, contra el Gobierno inglés, y contra la humanidad entera. A los abisinios les arengaba en inglés con compases de palo levantado; lo cual, sin necesidad de conocer la lengua, les permitía darse por aludidos. Tanto se lo creyeron, que, bajando de su escenario, vinieron sobre nosotros con poco tranquilizadores ademanes. Enzarzáronse Europa y África con sus respectivas interjecciones y con un olor bastante subido á garrotazos en puerta; y si llegan á soltarse las estacas, seguro estoy de que los embetunados nos beefstequean tan lindamente como á sus pobres bueyes, nuestros apadrinados. Por fortuna vino la policía y, en un santiamén, apaciguó el tumulto.

Mucho dudo que Mr. Doulton pueda sostener en Londres el sistema de filetes á la abisinia. Para mechar toros vivos, y aunque sean vacas ó bueyes, bastamos los españoles.

Como quiera que sea, las escenas abisinias han sido un jarro de agua fría sobre lo que nos queda de paseo. Ya no nos interesan ni la comida de los Hotentotes, ni la de los Cafres, ni la de los Bojermanos. Allí los dejamos regalán-

dose la panza con sus larvas de hormigas y sus desperdicios de hipopótamo; y nos vamos tranquilamente á tomar te, que es remedio soberano para las alteraciones de estómago.

VI

En los planos del Jardín Antropológico había dos anejos: una botillería con frascos en que estaban expuestas las principales bebidas de los salvajes, y una pieza reservada, para representar, en grandes lienzos, algunas escenas de canibalismo.

Aunque nada decía á la vista, no dejaba de tener interés la colección de bebidas. Además de vinos y licores rarísimos, Mr. Doulton se proponía envasar allí todas las sustancias, más ó menos alcohólicas, que han trastornado ó trastornan la cabeza de los pueblos primitivos: el famoso *soma* ó jugo del asclepias ácido, bebida fermentada de los antiguos aryos: el *vino de arroz con especias,* usado entre los Chinos y descrito por Marco Polo; el *kumi* y el *arak* con que se emborrachan los Tártaros, haciendo fermentar la leche de sus yeguas; el *vino de palma* del Fezzan, el aromático *maelhiat* de los Persas, el *sorgho* de los Cafres, la *miel fermentada* de los Hotentotes, la *pulca* mejicana y la *chicha* de los Peruanos.

El segundo anejo del Parque hubiera sido mucho más interesante; porque, para pintar las escenas de canibalismo, poseía Mr. Doulton un gran número de bocetos tomados á la vista, por él mismo, en sus infinitos viajes. Era además eruditísimo en estos asuntos de la antropofagia; y por él supe entonces muchas cosas que después he visto confirmadas en las Memorias de nuestro paisano Fr. Rosendo Salvado; en los *Boletines* de las Sociedades Antropológicas; en los *Viajes* de Gardiner y de Schweinfurth, y en los escritos del Dr. Letourneau y del marqués de Nadaillac.

Mi vecino no aceptaba el principio de que la antropofagia sea consecuencia natural de la falta de sustancias alimenticias, en determinadas comarcas. Negaba que el hombre se coma al hombre por no encontrar otra cosa que comer; apoyándose en el ejemplo de los antiguos mejicanos, poseedores de una espléndida flora y de una rica fauna, y, sin embargo, caníbales de los más feroces entre todos los conocidos. No por esto desconocía la influencia que, muy á menudo, habría ejercido y ejercería el hambre en aquella bárbara costumbre: alimentada otras veces por la pasión de la venganza, y otras por una falsa noción litúrgica del holocausto ó sacrificio, como parte integrante de un primitivo sistema religioso. Todavía señalaba, al vicio de la antropofogia, otro origen, otro móvil que representa, digámoslo así, el aspecto *jurídico* de tan nefando procedimiento. Según veremos luego, algunas tribus salvajes siguen practicando el canibalismo como expiación de cierta clase de delitos. No basta allí matar al criminal; es menester tragárselo, para que aquella justicia singular quede totalmente satisfecha.

Y diga usted, preguntaba yo á Doulton, ¿qué nos importan ya estas diferencias de origen? ¿Si todo ello no tiene ahora más que un interés histórico?—No lo crea usted, replicaba el vecino, porque hay caníbales todavía y de muy diversas clases; y me citaba cafres, zulús, nyam nyams, mubutus, fanos, vittios, nuevos zelandios, habitantes de las Islas Marquesas, los buttas de Sumatra, los dayaks de Borneo; y en América, los esquimales, algunas tribus de las Guyanas y los fueggios. Tan de verdad eran antropófagos, que el mismo Doulton había asistido, como espectador, á varios banquetes de aquellos caribes.

Ahí estaba cabalmente el busilis del proyectado Gabinete Antropofágico: transmitir impresiones personales y utilizar apuntes tomados sobre el terreno. Algunos bocetos estaban á dos tintas; otros, á lo Flaxman, con los simples perfiles. Daré una idea de los principales que figuraban en la vasta colección; no sin pedir anticipadamente perdón á mis lectores por lo horrible de ciertos detalles, que las exigencias de la narración no me permiten suprimir.

Doulton tenía clasificados sus más notables dibujos en el siguiente orden:

Núm. 1. *Después de la batalla.*—Campamento de Vittios, en el momento de triunfar del enemigo. Suelo sembrado de cadáveres. En el primer término del cuadro, varios salvajes escogiendo en el montón: otros, cortando cabezas, brazos y piernas. Cielo brumoso, indicación de noche, bandadas de grajos. A la izquierda, sobre una gran hoguera, dos toscos calderos, por cuyos bordes asoman restos humanos. En el fondo, á la derecha, una cabaña donde están hacinados varios prisioneros atados de pies y manos. Son esclavos reservados para un nuevo festín, cuando estén bien cebados, y puedan dar carne más sabrosa.

Núm. 2. *Inauguración de un Templo.*—Escenas de antropofagia *litúrgica.* Los Vittios celebran la victoria levantando un templo á sus fetiches. El monumento se compone de cuatro palos asegurados en el suelo, y una cubierta de ramaje. En el interior, los idolillos. Por todos lados, cabezas cortadas; en el suelo, ó colgadas de las ramas, ó clavadas en picas. Saltos y brincos de los salvajes. Uno de ellos está disparando al aire su viejo fusil de chispa, que probablemente fué propiedad de algún marinero europeo. Los impacientes empiezan á banquetear: dos salvajes se disputan una mano: otro está hincando el diente en una pantorrilla, con cierto aire de recogimiento.

Núm. 3. *Un plato delicado.*—Este dibujo está tomado en la Cafrería. Sencilla composición espantosamente realista. Bosques á derecha é izquierda: un claro en el centro y allí sentado un negrazo viejo, reteviejo, con trazas de cacique. S. M. tiene aplicado á los labios un canuto largo y estrecho, como los chupadores americanos: por el otro extremo, lo ha introducido en un cráneo, que respetuosamente le presentan dos humildes vasallos puestos de rodillas. Otros no menos leales servidores están rompiendo, á hachazos, una tibia, para extraerle el tuétano, que ofrecerán á la Real Persona, sobre unas hojas de baobab preparadas en el suelo. Se conoce que las augustas mandíbulas sólo se atreven ya con lo pastosico. Para lo fibroso y lo muscular, falta la herramienta.

Núm. 4. *La gallina ciega.*—Una tribu de Nutka-columbianos. Los mozos están bailando alrededor de la lumbre, que las mujeres atizan echándola aceite. Un negro, destinado á hacer el oficio de res, ha salido disparado, y en su persecución, corre otro negro con los ojos vendados. El dibujante ha escogido el momento en que el perseguidor atrapa á su víctima; y, á poca distancia, todo está dispuesto para la consumación de la obra: la cuchilla con que la han de degollar, el caldero en que la cocerán y el padre grave que repartirá los pedazos entre los convidados.

Núm. 5. *Ceremonia del ojo izquierdo.*—Dibujo de gran tamaño dividido en varias escenas.—En la primera, á la izquierda, se hace solemnemente la entrega de la mujer de un Jefe muerto en la pelea: la mujer es degollada en la siguiente escena; y, en la tercera, se asan juntos los dos cadáveres. Dos *arikis* ó sacerdotes están autorizando la operación, con su presencia.—En la cuarta escena, los arikis prueban el primer bocado; y, en la quinta y última de esta primera mitad del cuadro, se procede á la ceremonia del ojo izquierdo. Los arikis extraen este ojo de un cadáver, y lo ofrecen al cacique para que devotamente lo devore. Fúndase esto en la creencia de que, en el ojo izquierdo, está el alma del difunto; y el que se lo coma doblará su ser, es decir, tendrá dos almas; que buena falta le harán, siendo tan de cántaro la única que posee.—En la segunda mitad del cuadro, á la derecha, unos salvajes de las Islas Marquesas se ocupan en repartir, entre los circunstantes, los tristes despojos de varias víctimas. Se ve un grupo de guerreros dignándose aceptar unos ojos que probablemente serán los derechos: otro, toma un corazón crudo y chorreando sangre: otros, se disputan pies, manos, brazos y costillaje, arrancándose la presa á bocados: en tanto que dos individuos de color de chocolate presentan, como el mejor bocado, al Sumo Sacerdote de la tribu, unas posaderas esculturales artísticamente colocadas en una tabla de madera.

Núm. 6. *El estafermo.*—Boceto muy movido. Prisionero atado á un poste. Los vencedores pasan á la carrera, alanceando el cuerpo. Tres de ellos han dejado sus respec-

tivas señales en el pecho y en el vientre del paciente. A los demás se les ve acudir de lejos, blandiendo sus largas picas. Doulton, que había presenciado esta escena, entre los Dayaks de Borneo, añadía, por vía de explicación, que la habilidad del *juego* consiste en no abrir heridas mortales, á fin de que la *pieza* quede bien mechada antes de comérsela.

Núm. 7. *Reos de muerte.*—Escena jurídica entre los Buttas de Sumatra. También aquí hay postes, con sus crucificados. Son criminales: una mujer y dos hombres: adúltera ella, asesinos ellos y ladrones; todos procesados y sumariamente sentenciados por los tribunales *del Reino*. El bocetista ha escogido el momento crítico de entregarlos á la muchedumbre; y es de ver la furia con que los caníbales se lanzan á la faena. Quién la emprende á hachazos; quién á cuchilladas; quién con las uñas y los dientes; quién chupa sangre, ó extrae ojos, ó arranca lenguas. Nadie se irá sin su ración: unos la despachan cruda; otros, cómodamente sentados, la están aderezando con sal y unas gotas de limón. El marido de la adúltera es aquel que está sentado junto á unas peñas: el idiotismo que se refleja en su cara, no es efecto de sus disgustos domésticos, sino de lo repleto de su panza, ahora que ha tenido la satisfacción de apropiarse el mejor bocado.

Núm. 8. *La iniciación.*—Redúcese el dibujo á un solo grupo de bien entendida composición. Un jovenzuelo arrodillado sobre ramos de fuchsia, lamiendo la sangre contenida en un cráneo humano. Alrededor, varios salvajes con los brazos llenos de incisiones. Durante dos días, el atribulado mancebo no ha bebido más que sangre humana; condición precisa para su iniciación en los misterios de la tribu. Parientes y amigos le han prestado generosamente sus venas para llenarle el vaso.

. . . .

¿Pasamos adelante hasta completar los 50 números de la colección Doulton? No lo creo prudente. Abusar de los nervios del lector es también una especie de canibalismo. Líbreme Dios de caer en tentación semejante. Dos objetos me proponía, y celebraré en el alma haberlos conseguido. Pri-

mero: hacer ver hasta dónde es capaz de llegar la imaginación de un especulador á la americana. Segundo: someter humildemente á la consideración de ustedes si estuvo ó no en lo cierto el deán Swift, cuando, en sus *Viajes de Gulliver*, pretendía que el hombre es *bastante* inferior al caballo.

1858 1868.

SECCIÓN CUARTA

Por el Rin.—Tipos alemanes.—Colonia, con la mano prusiana.—*In militem reverteris.*—La Catedral: un Orfeón espontáneo.—Apuntes sobre la educación musical en Alemania.—Francfort (del Mein).—Tesis *doctorales* de meinherr Manteuffel.—Sobre el Ariadneum.—¿Es gato ó león?—En fila los Sacro Cesáreos.—La Judengasse.—Estudio de fondos: el antisemitismo.—A Suiza.—Aficiones de un D. D.—Del Montblanc al Oberland: del Oberland al Righi: del Righi á Basilea.—Me afeito con algodones.—Mis dos compañeros rusos.—M. de Bletzowsky.—Divagaciones del coronel Kosloff.—Nos llaman á Berna.—Cuarto Congreso de la *Asociación para el progreso de las Ciencias sociales.*—Blüntschli, de Préssensé, Duprat, Quinet y Julio Simón.—Mlle. Royer.—Los debates.—¡Viva Suiza!

I

Habiéndome propuesto asistir, durante el verano del 65, al tercer Congreso que iba á celebrar, en Berna, la *Asociación para el progreso de las Ciencias sociales,* decidí pasar á Suiza, desde el Norte de Francia, tomando la vuelta del Rin, cuyas celebradas orillas conocía ya, en *espíritu*, por las leyendas de Víctor Hugo y de Dumas.

Por de contado que no he de describir aquí el Rin, ni como impresión general, ni como impresiones mías particulares. Aquellos insignes coloristas dejaron limpia la paleta. Léalos con atención quien quiera, quien pueda ó quien *sepa*

leerlos: complételos, para el detalle, con las Guías y los Manuales. Aun así, os quedaréis siempre á mitad de camino. Sucede, con el Rin, lo que debe suceder con el Ganges ó con el Zambezo: poesía brumosa ó poesía soleada. Si os las dan desleídas en el papel, no os consideréis enterados. Felices si lográis *sentirlas*, viviendo con ellas, mucho ó poco.

Si he de ser franco, aquel mi primer viaje al Rin no fué más que un pretexto para curiosear por Alemania. Todavía me duraban entonces las antiguas inclinaciones germanófilas: sin duda—digo yo—porque los alemanes no habían empezado á *bismarkear*, aunque yá iban enseñando las uñas en la cuestión de los Ducados. Pero lo gordo no había parecido aún: ni lo de Sadowa, ni el soberbio achuchón de la hidra francesa. Tampoco era llegado el momento de aquellos tejemanejes berlineses que han dado después el patrón del verdadero hombre de Estado: los socialismos históricos y los noveles; una de cal y otra de arena para católicos y liberales. Tampoco habían brotado de las cátedras alemanas, y para asombro de los nacidos, aquellas célebres teorías cesaristas, con ayuda de las cuales se ha ido redondeando y remachando la unidad del Imperio. Todo—según vamos viendo *los de la barrera*,—para el mayor lustre y esplendor... ¿de la *Vaterland?*—ó de Papá é hijos Hohenzollern.

Confieso que, en aquel entonces, no conocía yo más que dos libros sobre la Alemania tomada en globo: la *Alemania* de Mad. de Stäel y la *Alemania* de Enrique Heine. Y aun ésta de Heine no es, en realidad, un trabajo de conjunto, sino una serie de monografías filosófico literarias, en las cuales el ingenio del brillante poeta de Dusseldorf saca á relucir sus acostumbrados derroches. Más provechoso me hubiera sido el libro de Mad. de Stäel si fuera menos sistemático. Pero todo el afán de la egregia autora de *Corina* fué forjarse, en el cerebro, una Alemania vigorosa, para tirarla á la cabeza de Napoleón, el mortal enemigo de la ilustre desterrada; que muy enemigo de ella había de ser cuando llegó á llamarla hasta *bribona* en una carta al duque de Otranto. Atribuyen á la *Alemania* de Mad. de Stäel la misma intención que, en su *Germania*, á Tácito: extremar las

virtudes de la familia ajena para hacer mejor resaltar los vicios de la propia.

Libros... libros... acaso me hubieran estorbado. Yo iba á hacer un viaje rapidísimo, sin tiempo material para estudiar, ni siquiera para comprobar costumbres, tipos ni caracteres. Suponed que el viaje hubiera sido más detenido. Aun así, en estas condiciones, se necesita mucha cautela con los libros que pretenden preparar ó ilustrar al viajero. Si son de los que se proponen iniciaros en la fisonomía moral del país que estáis recorriendo, tienen el inconveniente de prejuzgar opiniones, que luego con gran dificultad llegáis á desarraigar de vuestro espíritu. Los pintores literarios de caracteres nacionales cultivan la síntesis y la pincelada seca: «el español es grave, el francés ligero, el portugués fínchado, el inglés tieso como un garrote.» De estas ó parecidas inepcias tenemos poblada la cabeza desde primeras letras.

Así, de tradición en tradición, nos han ido acostumbrando á no reconocer más que dos tipos, dos solos tipos, en la familia teutónica: el alemán metafísico, etéreo, filiforme, archiforrado en ideal, sombra de cuerpo que anda vagando por los espacios; y el alemán positivo, glotón, borrachín, Falstaff, ó tudesco de nuestros clásicos, con sus cuatro dioses y sus cuatro cultos: la *Gretchen*, la cerveza, la *choucroute* y la salchicha.

Recuerdo que, una vez, en Verviers, ya á dos pasos de la frontera alemana, el director de la aduana belga me recomendó mucha calma para *soportar* el registro del Zollverein; porque—decía él—*les Allemands ne sont pas polis.*

Y, con efecto, á cuantos alemanes he tenido el gusto de conocer—y he conocido bastantes—los he encontrado, no sólo *polis*, sino *tout ce qu'il y a de plus poli;* y aun en aquella ocasión, los empleados del Zollverein me trataron con tanta cortesía y tanto mimo, que llegué á imaginarme si llevaría yo, en la frente ó en el traje, algo que delatase mi condición de libre-cambista; y si ellos pondrían especial empeño en no *ofender* mis convicciones.

II

Llegados á Colonia, creíais descubrir, al primer golpe de vista, la especial solicitud del Gobierno prusiano en favor de aquellos territorios del Rin, política, y no geográficamente, unidos á sus Estados. No geográficamente; porque, en 1865, todavía las Provincias renanas estaban separadas de la Prusia por la interposición del Hanóver, las dos Hesses y Francfort (del Mein).

Era una servidumbre de paso, molesta para Berlín, y terrible, muy terrible, para los que la pagaban. Desde 1815 se había tratado de suavizarla un poco con la creación del *Z*ollverein; pero, siendo una cuestión entre gordos y flacos, existía más de una razón para sospechar que, el mejor día, la espada del más fuerte conseguiría suprimir aquellas distancias, por el sencillo procedimiento de una anexión pura y neta.

A este extremo han llegado después los acontecimientos, pero mientras iban viniendo, la Prusia no perdía de vista sus comarcas del Rin: las mimaba, las agasajaba, las robustecía, las *cultivaba*, creyéndolas vigilantes naturales de sus dos vecinos pigmeos, Bélgica y Holanda, y de Francia, la gigantaza. Tanto más cariño mostraban los prusianos hacia las Provincias renanas, cuanto eran más meridionales; obedeciendo en esto á la máxima del gran Federico, de que la Prusia no conseguiría elevarse á sus más altos destinos, sino á medida que se fuese aproximando al corazón de Europa.

Cuando visité Colonia por primera vez, hacía cincuenta años cabales que las combinaciones diplomáticas de Viena la habían adjudicado á Prusia. Período largo que, por serlo tanto, estaba en perfecta consonancia con la flema habitual de la gente alemana. Flema que no interrumpió, ni por un solo instante, los trabajos de mejoramiento durante

el medio siglo; y en realidad, si no hubo muchas prisas, fué porque, entretanto, era preciso llevar á cabo una obra más importante para Berlín: la obra de la verdadera prusificación de las Provincias renanas.

Con ó sin ayuda de ella, la mano benévola de los prusianos se veía ya en todo Colonia por aquellas fechas del 65: ensanchadas y embellecidas las mejores calles, principalmente la Hochstrasse: aquel maravilloso puente de 412 metros de largo sobre el río *providencial* de Víctor Hugo: restaurado el Rothaus ó Casa de la Ciudad: transformado el Gürzenich y convertido en una de las mejores salas de conciertos de Europa: más que indicados los muelles para el tráfico del Rin: más poblados y cada día más urbanizados los arrabales del Deutz: el Jardín zoológico y la Flora á punto de convertirse en amenos sitios de recreo, y en término de agradables y utilísimas excursiones.

Pero indudablemente las dos notas más prusianas, en aquel Colonia de hace treinta años, eran los cuarteles y la Catedral. En lo de los cuarteles me refiero al espíritu militar; y en lo de la Catedral, á la inquebrantable constancia con que la familia de los nuevos *Kaisers* ha logrado llevar á cabo la terminación de la gótica maravilla.

Si, antes de pasar el Rin, no hubiera sabido lo que representa un casco en Alemania, me hubiera bastado ver los respetuosos saludos que los paisanos de todas condiciones dirigían á los coroneles y otros jefes, cada vez que salían, con sus respectivos regimientos, á dar un paseo por las calles. Menos ponerse de rodillas, como si pasara el Viático. Así se acostumbraba la gente á respetar la milicia como un sacerdocio. Cuando no maniobras, el pasacalle: siempre á la vista el soldado, elemento indispensable de futuras conquistas y anexiones. Otra ventaja tenía la presencia constante del soldado; y era avivar, en el paisano, la conciencia de que también era *de tropa*, aunque no estuviese en filas. Como, según la organización militar de Alemania, todo ciudadano, bueno ó malo, pertenece de derecho al ejército, convenía familiarizarle con la institución, zarandeando á diestro y siniestro batallones y escuadrones, mientras lle-

gaba la hora de los cañonazos, que iban á venir cuando Berlín diera la señal de *imperializarse.*

No dabais un paso por las calles de Colonia, sin tropezar con fuerza armada, aunque no fuera más que en pelotón. Blancos, negros ó verdes, empezaban los coraceros por volver locos á los chiquillos, con sus correspondientes niñeras. Contemplábanlos los hombres con la boca abierta, y con aquella veneración que se les había inculcado desde la escuela primaria. Todos *se sentían* soldados; y acaso se afligían de no serlo por el momento, cuando veían desfilar aquellos hombres tan brillantes, tan gallardos, y pintados de todos colores. Y, por si acaso y por una lamentable distracción, alguien se hubiera permitido olvidar que se debía á la Patria, cuidaban de recordárselo las bandas militares, los clarines y aquellas nutridas músicas de caballería, repitiéndole al oído, en latín ó en alemán: *Memento homo quia* MILES *es, et in* MILITEM *reverteris.*

Lo de la Catedral era el asombro de Europa. Asombrada de que un Gobierno protestante pusiera tanto empeño en la terminación de un monumento católico. Más asombrada de que las obras no se hubieran abandonado, ni siquiera interrumpido, durante el largo período en que el Rey de Prusia se puso de uñas con el Arzobispo y el Cabildo de Colonia.

Hecho el recorrido de reglamento en las curiosidades de la Catedral, sentéme á esperar la Misa mayor, porque era día festivo. Poco á poco se fué llenando el templo, hasta no dejar un solo asiento vacío. Comienzan los Oficios con los versículos del Introito; y ¡qué admiración la mía al ver que todo el mundo se pone de pie, y empiezan á cantar, acordando con la música de la Capilla, hombres, mujeres, niños, paño burdo y paño fino, seda y percal! Tiples, tenores, bajos, cada cual en su cuerda; con una afinación, una precisión y un conjunto sorprendentes. Parecían ensayados; y no era esto, sino una espontánea aplicación del orfeonismo al canto religioso. Fué mi primera comprobación del alcance que tenía y tiene la educación musical en Alemania.

III

No me refiero precisamente á la educación en la escuela, sino al sistema *auto-educativo* musical que está encarnado en la vida alemana. Los alemanes resultan músicos por sí mismos. Si el italiano nace músico, al alemán le hacen músico las costumbres. Desde que ve la luz, le cantan en la cuna; y después siguen cantándole, ó canta él con los demás, en el seno de la familia, en el templo, en el cuartel ó en el taller. Canta á Dios, canta las ternuras del hogar, canta el amor, canta las glorias de la Patria. Esto es el canto alemán; desde el sencillo *Lied*, primera expresión espontánea y anónima de su genio lírico, hasta la más polífona ó la más orfeónica de sus composiciones.

No es sólo lo vocal, sino también lo instrumental, lo que le atrae; ni esto es allí patrimonio de una clase, de una profesión ó de una población determinadas. Es muy común oir, por aquellas tierras, cuartetos admirablemente interpretados, hasta en los últimos villorrios. Si Berlín, Dresde ó Munich, ciudades aristocráticas, se distinguen por sus conciertos, no los hay menos brillantes, ni menos concurridos, en poblaciones de corte tan comercial como Leipzick y Francfort, Hamburgo ó Bremen. Las sociedades corales abundan de tal manera en el país, que ya parece manía lo de asociarse para estudiar y hacer conjuntos; lo mismo entre gentes de buen tono, que entre operarios, ó estudiantes, ó marineros, ó soldados. Hay quien ha dicho, á propósito de esto, que perdieron el tiempo los que tanto trabajaron, en Alemania, para obtener la unidad política; porque la fusión de la raza estaba hecha, desde muchos años, con la unidad musical.

Tampoco la afición á la música es privilegio especial de tal ó cual Religión, ó como por allí dicen, de tales ó cuales Confesiones. En costumbre de corear, ni los judíos ni los

protestantes aventajan á los católicos de las ciudades de Dresde, de Munich, ó á los de aquel Colonia donde tuve tanta ocasión de experimentarlo.

Los alemanes han declarado la música elemento enérgico de acción y de cultura. Buscan y encuentran virilidades en aquello mismo que para otros es señal de molicie.

¡Aquellos conciertos del Gürzenich! Nunca se me han borrado los del 65. Cuatro mil personas, entre sala y tribunas. Privaban Bach, Händel, Mozart, Cherubini, Mendelssohn, Schumann, Hiller, Gluck y Spontini. Oíanse, con fervoroso recogimiento, las *Estaciones* de Haydn.

Mas, para comprender el carácter sugestivo de la música clásica en Alemania, nada como haber oído, en aquellas solemnidades musicales, la ejecución del *Israel en Egipto* del eminente Händel. ¡Qué tristeza, en la concurrencia, al *sentir* las melancólicas notas que pintaban el cautiverio de los judíos! ¡Qué religioso arrobamiento en las *preghiere!* ¡Qué inquietud al escuchar los acentos que describían la desolación del Egipto, ó la destrucción del ejército de Faraón! Y cuando el sublime Händel, buscando su inspiración más arriba, nos explicaba, con el arpa, con la flauta, ó con el violín, las bondades del Altísimo, parecía entrar el público en una atmósfera de placidez y serenidad incomparables; y—no es exageración—más de una vez, vi correr dulcísimas lágrimas por las mejillas de mis vecinos.

Algunos años después, encontrándome en Leipzick, hice otra comprobación de las influencias musicales en Alemania. Continuaba allí la piadosa costumbre de dedicar, todos los domingos, en la iglesia de Santo Tomás, un recuerdo á Sebastián Bach, que fué, durante veintisiete años, organista en la capilla. Consistía el recuerdo en repetir, con el órgano y los coros, las misas, salmos y cantatas del insigne maestro de Eisenach. A mí también se me cayeron las lágrimas en aquella ocasión, hondamente impresionado, con tanto y tan religioso respeto á una gloria del Arte. Dicen que Beethoven habia sido uno de los más asiduos concurrentes á aquellas encantadoras solemnidades.

Ahora comprenderéis, caros lectores, por qué la ciencia

alemana ha mostrado tanto empeño en ponerse al serviciode la Música. Dificulto que, en ninguna otra nación, se hayan publicado más tratados de Estética musical que en Alemania: la de Matheson, la de Forkel, la de Schubart, la de Hand, la de Thibaut, y á la cabeza de todas ellas la de Hegel, á quien cito, no por la calidad de la doctrina, sino por la talla del personaje. Y como autores más recientes, el filósofo Hanslick y el profesor Helmhoitz, que estudia el Arte musical dentro del concepto fisiológico.

Cuando uno piensa en todas estas cosas: cuando uno ha tenido ocasión de ser, en Alemania, testigo de aquel frenesí, de aquellos locos entusiasmos por ciertos grandes festivales conmemorativos de grandes hechos nacionales ó religiosos: las banderas, banderolas y gallardetes en las fachadas de los edificios, las colgaduras en los balcones; un pueblo entero saliendo á recibir á los coristas y orfeonistas; aclamadas, agasajadas, llevadas en triunfo las jóvenes que han tomado ó hayan de tomar parte en los conciertos: cuando esto, repito, se recuerda: francamente, no se comprende que haya podido haber en Alemania un hombre, y un hombre eminente, capaz de encomendar á la imprenta frases como las siguientes: «La ópera, tal como se la ha comprendido hasta los presentes tiempos, es una equivocación. El papel que en ella desempeña la música es excesivo. Han hecho de ella el elemento principal, á expensas del drama, que resulta un accesorio.»

¿Quién ha dicho esto? Ricardo Wagner. ¿Dónde lo ha dicho? En su folleto *Opera y Drama*. «¿Qué queréis?—exclama el crítico Michel—después de haber visto, en Munich, pintores que no pintaban, era muy natural encontrarnos con un músico alemán que repudie y proscriba la música.»

No tanto, amigo Michel; ni la repudia ni la prescribe: lo que hace—y ya parece mucho—es rebajarla en un país que tanto la enaltece. ¿Lo ha conseguido? Sospecho que no. En todo caso, habrá añadido, á los antiguos entusiasmos musicales alemanes, un entusiasmo más: el de *su* música. Con todas sus teorías y con todas sus combinaciones de Beyreuth, el Maestro no ha conseguido crear una opinión favo-

rable á sus fusiones artísticas. Hasta en sus propias composiciones, la música se ha declarado reina y señora, dejando en la sombra la leyenda, la decoración y la tramoya. El público no ha transigido con aquella humorada wagneriana. Los demás problemas planteados por la escuela los ha aceptado sin dificultad, y de ellos han surgido hondas divisiones en el campo musical; pero como cuestiones de interior, como pláticas de familia. Si conviene subalternizar el elemento vocal; si hay que enriquecer la instrumentación, como el Maestro tan asombrosamente la enriquece; si debe ó no darse al recitado más alma, más ilación y más verdad; si hemos de renunciar al encanto de desarrollar las frases melódicas, contentándonos, á lo sumo, con una indicación de melodía: todo esto no altera, en su esencia, el Arte musical, ni sus relaciones naturales con otros factores artísticos.

Sin más que con su instinto, los alemanes lo han entendido así. Podrán dejarse arrastrar por las corrientes wagnerianas; pero tened la seguridad de que, con Wagner ó sin Wagner, el alemán no abandonará fácilmente la constante dirección de su espíritu: ser músico á toda costa.

IV

Francfort (del Mein), cabeza entonces de la Confederación germánica, iba á perder muy pronto aquel carácter. En 1865, desde las ventanas de mi fonda, situada en el *Zeil*, estábamos viendo el símbolo más concreto de la Confederación: el gran Cuerpo de guardia mixta, donde vivían, en amable compaña, soldados austriacos, soldados prusianos, y, de vez en cuando, algún bávaro.

Toda aquella fábrica de Metternich se vino abajo al año siguiente, cuando Bismarck envió, á los ilustres ciudadanos de Francfort, el *doctor* Vogel de Falkenstein y el *doctor* Manteuffel, con sus correspondientes *tesis* en caballería

é infantería; y un recado de atención para que la Ciudad libre se *sirviese* declararse prusiana, esperando los tiempos más felices en que tuviera la honra de convertirse en súbdita de un Imperio.

No tenían motivo de queja los de Francfort. Para obra diplomática, la Confederación había durado una eternidad. Sin duda ellos creyeron en una de veras; porque, mientras Francfort fué centro de la Confederación, habían ido poblando la Ciudad de monumentos que eran otras tantas características de Jefatura alemana: el de Gutenberg, recuerdo de la invención *alemana* de la Imprenta; la estatua de Schiller, el primer poeta *alemán*; la estatua de Goethe, encarnación del pensamiento *alemán*. Sin perjuicio de enseñarnos la casa donde nació el gran Wolfang, y donde escribió su libro más inspirado, y su libro más original, el *Werther*, y el *Goetz de Berlichingen*.

Hasta cierto punto, podría también pasar por nota característica el *Ariadneum*, antiguo Museo Bethmann. ¿Museo de qué? ¡Si no contiene más que un grupo! Pero la Ariadna de Dannecker es una representación de la Venus *alemana*, y pretenden que sea un modelo de la estatuaria *alemana*. En mi concepto, se equivocan de medio á medio; porque, como modelo, la obra de Dannecker dista mucho de ser superior; y los mismos alemanes tienen, en mármol y aun en bronce, mejores creaciones.

Han tratado de vitalizar aquellas hermosas carnes de la Ariadna, dándoles el tinte rosa, por medio de una combinación de trasparentes. La ilusión es completa, no lo niego; estáis delante de una mujer en cueros. ¿Es esto arte ó pornografía? Díganlo los alegritos de cascos. Y, á su vez, díganme los inteligentes qué clase de originalidad encuentran en la composición del grupo. He visto, en Pompeya, un fresco romano muy parecido al trabajo de Dannecker; tengo copia de los dos, y me hacen *pendant* en mi biblioteca. Todavía añadiré que, en el fresco de Pompeya, el bicho sobre el cual está recostada la mujer es de un fantástico admirable; al paso que es muy difícil de descifrar el que sostiene á la Ariadna. ¿Es un gato? ¿es un león? Sólo sabéis que es un

animal que bufa, figurándose sin duda que tiene delante á *meinherr* Manteuffel.

De todas las cosas que me enseñaron los ciceroni en aquella ocasión y de las que he visto después, las dos únicas que siguen conservando, en Francfort, carácter representativo *nacional* son el Rœmer y la Bula de oro. Un edificio y un documento. No es extraño que los de Francfort tengan tanta vanidad con su Rœmer: al fin y al cabo, aquélla es su página brillante. Allí se celebraban las Dietas alemanas; allí se eligieron, allí se coronaron muchos Emperadores. Aquella larga galería de Sacro Cesáreos, en el salón del Rœmer, representa, para Francfort, la propiedad histórica de un ciclo completamente cerrado, que en vano pretenderán los prusianos empalmar con su novel Imperio. Eran otros ideales y otros sentidos.

Decir que los Hohenzollern han venido á *continuar* el antiguo Imperio de Alemania es una incomprensible temeridad; tan temeridad como la de aquellos que, como Gibbon y Cantù, hacen de CarloMagno un *continuador* del Imperio romano en Occidente; ó como la de aquellos otros que hablan del *restablecimiento* del de Oriente, si algún día los rusos consiguen hacer coronar á sus Czares en Santa Sofía.

V

Tuve la curiosidad de ver despacio la *Judengasse* de Francfort. Todavía era, en 65, un verdadero barrio de judíos; como seguían siéndolo, para Roma, el *Ghetto* con su *Piazza Giudea*, y, en Amsterdam, el *Joeden Bree Straat*.

Aquél no era el judío de la Edad Media, con sus marcas y ribetes amarillos: ni tampoco el judío ruso de raído caftan y mugriento casquete de terciopelo. El huésped de la Judengasse era un hombre vestido á la moderna, y tanto más repulsivo cuanto más su traje se iba acercando al nuestro. Enteco, sucio, harapiento, estampa de la desdicha; trapero ó

prendero, ó ropavejero; regatón ó cambalachero; paseando, por aquellas calles lóbregas y húmedas, una hopalanda soltada de color y unos zapatos antediluvianos; ó, á guisa de cucaracha, entrando y saliendo por los, no portales, sino agujeros de aquellas casas de cinco altos, una de las cuales, y no de las de mejor apariencia, fué cuna de abuelito Rothschild, el primer apaleador de millones, en su familia y apellido.

¡Cosa más particular! Ahora que hemos concluído con los *Ghettos* y las *Judengassen*, ahora es cuando el antisemitismo les está buscando otras cosquillas á los judíos.—Que acabarán por matarnos de hambre: que nos van dejando en los huesos.—Y persecución al canto y tropelías. ¿Será que habremos vuelto á la Edad Media? No, señor: todos estamos en el secreto. El antisemitismo no es, ni más ni menos, que una forma de la guerra al capital. En estos tiempos que corren, el capital está en turno de víctima: el judío es capitalista muy visible; por consiguiente, duro en él y palo de firme.

Ciertas almas piadosas lo miran con otros ojos. Dicen que el antisemitismo es una nueva expiación que sufren los judíos por aquellos pecados de Jerusalén. Citan á este propósito las recientes expulsiones de Rusia, y las degollinas, ó medias degollinas, de Polonia y la Galitzia.

No negaré que, en aquellos actos de puro salvajismo, hayan podido tener alguna influencia las pasiones populares ó de otro género. Pero, colocando la cuestión en un terreno estrictamente religioso, ¿concebís que un Morés, el terrible antisemita, el turbulento marqués, vaya á secundar planes clericales contra aquellos hombres por quienes todavía reza la Iglesia en Semana Santa? Con su gotita de acíbar, eso sí: *Oremus et pro* PERFIDIS *Judæis*.

Hasta se ha replanteado la cuestión de raza; lo cual me hace el mismísimo efecto que cuando nos obligaban á reconocer el ángulo facial, el hueso intermaxilar ó el tejido adiposo de los negros, en averiguación de si eran, ó no, seres humanos. Yo encuentro archi-ridículo que un hombre de la valía de Anatolio Leroy Beaulieu, se ponga á discutir, en

serio, ciertos detalles estrafalarios: si el judío tiene el tórax más ancho que nosotros; si posee el don de la inmunidad para ciertas enfermedades; si sus músculos y sus huesos son menos vigorosos; si, en el gremio israelita, abundan más los ciegos, los sordomudos y los idiotas de nacimiento; si hay, en él, mayor número de casos de longevidad; si lo animal está reducido al mínimum posible, en la vida del judío. Sobre todo, lo verdaderamente delicioso es aquella afirmación de que el israelita tiene el cuerpo desformado, por la costumbre secular de inclinarse y humillarse. Digámoslo en el propio francés del analítico Autor: «*Le juif a été tellement incliné par les siècles, qu'il n'a pu toujours se redresser.*»

Acaso convendría profundizar un poco más en esta cuestión de tendencias de nuestro siglo. Si son en el sentido de mantener vivas las distinciones de raza, ó en el, enteramente opuesto, de caminar á una fusión de aryas con aquel grupo semítico. Que esta fusión, no solamente no la rechazan los judíos, sino que cada día parecen desearla con más ahinco, es para mí indudable. Ese afán de títulos y de cruces que se va dispertando en la alta banca israelita; esas vanidades de baronizarse, de encondarse, de condecorarse, ¿qué prueban sino el ardiente deseo de *confundirse* con las aristocracias de convención, á fin de resultar *todos unos*, y de hacer más difíciles las enojosas definiciones de origen? Y trasladándonos á otras esferas infinitamente más serias, ved cómo los judíos, antes reducidos á cambiar y á monedear, van tomando progresivamente posiciones en los mejores, más selectos, y más brillantes dominios de la sociedad moderna. Para un Spinoza que lucieron en el siglo XVII, hoy cuentan, entre los suyos por docenas, los que, en calidad de profesores ó de escritores, cultivan los estudios filosóficos; y, por centenares, los arqueólogos, filólogos, economistas, literatos, artistas é industriales artísticos. Añadid un contingente de hombres de Estado; ministros, y oradores parlamentarios, forenses ó académicos.

Estas continuas expansiones de la familia judaica son diariamente causa de vivísimas alarmas. Todo lo están invadiendo ya los judíos, exclama el Autor antes mencionado;

no sólo la banca y los negocios, sino también la cátedra, la escena y la tribuna. Y, copiándolo de Jacobs, hace notar que hay tres ó cuatro probabilidades más de encontrar una notabilidad científica ó artística entre mil judíos occidentales, que entre mil ingleses, mil franceses, ó mil alemanes.

Tan cerca debe estar esto de la verdad, que Schönwald ha podido emprender un gran Diccionario biográfico de israelitas célebres, sin salirse de este siglo.

¿Son celebridades del montón? No por cierto; y éste es otro motivo de alarma para los impresionables. Pues no hay para qué alarmarse: la humanidad necesita algunos niveles altos; y es forzoso aceptarlos, hasta con entusiasmo, vengan de donde vinieren. ¿Sentiríais acaso que, en Política, en Administración, ó en Hacienda, tuviéramos, por acá, hombres de la talla del judío Disraeli, del judío Goschen ó del judío Luzzati? ¿ó eminencias, en ciencia pedagógica, como Miguel Bréal? ¿ó periodistas de la miga que tuvo Alberto Wolf? ¿Tanto llegaría á pesaros que se hayan llamado Mendelssohn y Meyerbeer dos de los primeros compositores del mundo; Halevy, Herold y aun Offenbach, los creadores de la ópera cómica? ¿de que los hebreos Joachim y Lévy se distingan como directores de orquesta? ¿de que Paulina Lucca, la Rachel y Sarah Bernhardt sean, ó hayan sido, las reinas indiscutibles de la escena trágica y dramática?

Tal es la flexibilidad del espíritu israelita, que le veréis vagar, lo mismo por los mares más deshechos, que por las regiones más serenas y tranquilas. Fernando Lassalle y Carlos Marx han sido cabezas del más rabioso socialismo; mientras que, en otras esferas más puras, en las purísimas del Arte, además de honrarse los judíos con sus músicos, tienen la gloria de poseer el delicado pincel de un Israels y aquel mi excelente amigo Marcos Antocolsky, el primero, sin disputa, de los escultores rusos, si no es también, por su maravilloso Cristo bizantino, el primer escultor idealista del siglo.

Aquí tenéis, lectores queridos, una clase de invasión hebrea que nadie podrá contener, ni cerrando Bolsas, ni tapiando Bancos.

He creído notar, entre israelitas de elevado rango, otro síntoma de fusión que considero más significativo: la debilitación de las creencias religiosas. Ciertos indiferentismos, ciertas tibiezas que contrastan vivamente con otros tiempos de ferviente mosaísmo. Practican poco; y ni el Talmud, ni la Mischna, ni la Ghemara dispiertan, entre ellos, grandes entusiasmos. He notado también, en algunos padres, una tendencia á comunicar á sus hijos aquellos despegos, tan comentados y tan lamentados por sus rabinos: he visto niñas hebreas apartadas intencionadamente de toda clase de culto positivo; sin duda para evitarlas obstáculos religiosos, si algún día llegan á constituir nuevas familias, enlazándose con cristianos.

VI

¡Quantum mutatus ab illâ Helvetiâ! En 1865, todavía no se había permitido Suiza ciertos perfiles que después he tenido varias ocasiones de apreciar. No existía en Ginebra el *Hôtel Nacional,* junto al Lago, con espléndida terraza, suntuosos salones y vasto comedor, donde empezó la costumbre, ya hoy autorizada entre los suizos, de que os sirvan la mesa, no prosaicos camareros, sino unas chicas guapísimas con pintorescos trajes de los diversos Cantones. Como hotel de gran lujo, teníais que apechugar entonces con el rancio *des Bergues*, tristón y sumamente caro.

Allí trabé relaciones con un Obispo anglicano que iba acompañado de Milady y de una legión de pimpollos, fruto de aquella unión senso-espiritual. Y cito el detalle de las relaciones, porque yo tenía una alta idea de la ciencia evangélica de los *clergymen,* creyendo que las dos D. D. (*Doctor of Divinity*) representaban algo más que un mero título académico. Y allí me encontraba con un *Most Reverend* que no sabía hablar más que de vinos; y, sin soltar la botella, andaba repartiendo, por toda su nidada, sendas rociadas de

claret, capaces de desbaratar el equilibrio del más nivelado de nuestros chulos.

Ya se imponía, en Suiza, el itinerario que ha sido después de rigor para todo viajero de pasta blanda, que no quiera aventurarse, á la inglesa, con ventisqueros y elevaciones. Desde Ginebra, la escapadita á Chamounix para tomarle el pulso al Mont Blanc; la vuelta al lago Leman: excursión al Oberland bernois; por Thun, á Interlaken, con la vista de la Jungfrau; por Brienz, á Giessbach; el Steinbach, el Lanterbrunnen, la gruta de Grindelwald; por el Brünig, al lago de los Cuatro Cantones; Lucerna, el león de Thorldwaldsen; Fluelen, con los recuerdos del Libertador; las ascensiones obligadas al Righi y al Pilatus; por Zurich, á la cascada del Rin con su Schaffouse; y, como final, la visita de Basilea.

Comparando tiempos con tiempos, me iba resultando un problema que someto humildemente á la consideración de los que frecuentan la Suiza. De si, como cuestión de coloridos locales, ha ganado ó ha perdido Suiza, con los aires que la especulación se ha permitido. Por ejemplo: cuando recorréis el lago Leman, veis la bellísima Villa Rothschild, evocáis, en Ferney, la sombra de Voltaire, y en Coppet la de Mad. de Stäel; pero Lausana se ha transformado; y Vevey tanto, que, al verle prodigando sus sonrisas al viajero, entre parques y jardines, y plantas, y flores, y canoros pajarillos, os entran ganas de cogerlo todo en brazos, y trasladarlo á uno de los lagos italianos: á Como, ó á Lugano, ó al Maggiore.

Del Oberland va desapareciendo lo agreste, lo poético, á puro preparar y rebuscar efectos convencionales; el cuerno de los Alpes, el *Ranz des vaches*, los cañonazos para imitar tronadas, y aquellas turbas de chiquillos que, á cada revuelta del camino, os asedian con el clásico ramito de *vergissmeinnicht*.

Bien está el ferrocarril articulado que os empuja, en hora y media, desde Vitznau á Righi Kulm; esto aumenta la clientela de los que se tragan leguas y leguas, desde su tierra, para ir á ver aquellas puestas y salidas de sol; con la clientela han medrado los hoteles, y, con los hoteles, los guías

y los aprendices de guía. Pero si llega á pescarme alguno de aquellos pintores á quienes me referí al hablar de Montserrat; si llega á pescarme, me preguntará, de fijo, si no encontré más pintorescos aquellos riscos cuando, en 1865, tuve que subirlos montado en mulo; tres mortales horas, pero con su correspondiente compensación en paraditas, herborizaciones y vistas á porrillo. Y también se informaría de las impresiones, acaso no tan poéticas, que recibí al bajar, en cerca de cuatro horas, desde el Kulm hasta Kussnacht; y no ya en caballería, sino al pie de la letra, resbalando ó dando tumbos por aquellos senderos, erizados de guijarros, y con pendientes de sabe Dios cuántos por ciento; hasta que, por fin, llegué al término de mi forzada carrera, tan molido y aporreado que necesité un par de días cabales para reponer mi quebrantada máquina.

Entran luego los escrúpulos de los arqueólogos. ¿Por qué, á las poblaciones situadas en las vecindades del lago de Constanza, se les habrá quitado su antiguo y especialísimo sello? Pase Schaffouse, que todavía conserva alguna fisonomía de la Edad Media. ¿Pero Basilea? ¿Había razón—dicen—para llenarla de bulevares, de edificios blancos y rojos, de hermosos paseos y de tiendas elegantes? ¿No hubiera sido mejor reformarla, dentro de aquellas arquitecturas, y de aquellos estilos ornamentales de los tiempos de su famoso Concilio? Yo no sé lo que contestarán á esto los balenses ó basilenses; que de dos maneras sabemos decirlo. No sé lo que contestarían; porque yo siempre les he visto muy poco apegados á lo viejo; y, por el contrario, tan inclinados á las elegancias y pulcritudes modernas, que llegan á reflejarlas hasta en los más íntimos detalles de la vida. Recuerdo que, ni una sola vez me afeitaron allí, sin calzarse el barbero la mano izquierda con un guante de fino algodón blanco. No quería profanar mi aristocrático cutis. Mano *blanca*—diría—no ofende, aunque sea de barbero.

VII

Tuvo aquel viaje mío la particularidad de que pude matar dos pájaros de un tiro; porque, desde el Righi, me acoplé con dos rusos que hablaban más de su propia tierra que de la que estaban pisando. A cada paso, comparaciones entre Suiza y su Rusia; con lo cual, por mucho que me atrajera lo que estábamos viendo en el suelo helvético, siempre procuraban volverme la cara del lado moscovita. Yo no rehuía aquellos paralelos, aunque no fuera más que por la virtud de los contrastes. Estábamos en el país más libre de Europa, y me hablaban del más despótico. El uno era la conciencia del otro; y las lecciones habían de ser muy provechosas.

Once años hacía entonces que los rusos pugnaban por reponerse de sus porrazos de Crimea. Querían rehabilitarse, á los ojos del mundo; querían afinarse; querían *destartarizarse*, para que no siguiera acreditándose aquella frase atribuida á Napoleón, de que basta raspar ligeramente la piel del ruso para encontrarse con el tártaro.

Según mis ilustrados compañeros, la obra de la regeneración rusa exigía tres cosas urgentísimas: abrir muchas vías de comunicación, para *orear* el país; desarrollar la industria, para dignificar el trabajo; y fomentar la instrucción pública, para levantar el nivel de los espíritus. En abrir caminos ya se estaban ocupando; la dignificación del trabajo había empezado cuatro años antes, en 1861, con la emancipación de los siervos. Lo que se conocía menos, en Europa, eran los esfuerzos de los Gobiernos rusos para el fomento de la instrucción; y éste era el punto en que más insistía el profesor Bletzowsky, que así se llamaba una de mis dos *adquisiciones* del Righi.

M. de Bletzowsky se había pasado la mitad de la vida en Suiza, siempre ocupado en asuntos de enseñanza. *En*

Suisse—me decía—*l'enseignement est chez lui*; y, considerándose él como de la casa, me hacía los honores de ella, enterándome, sobre el terreno, de todos los organismos docentes y escolares de la Confederación.

A lo mejor nos apeábamos, en los caminos, para visitar cualquiera de las infinitas escuelas, comunales, ó cantonales que son una de las especialidades suizas, como lo es allí todo lo que se relaciona con la instrucción primaria.

Allí acabé de convencerme de nuestra deplorable inferioridad en lo referente á aquel ramo: allí, por el contraste, me enteré á fondo de lo que es el maestro de escuela en España; donde, no contentos con matarle de hambre, todavía buscamos el Teatro para ponerle en caricatura. Vi verdaderas *Kindergarten*, ó escuelas Froebel, con enjambres de chiquillos perfectamente adiestrados en los sistemas intuitivos. Vi, en las escuelas secundarias, aquellas tres asignaturas, eminentemente suizas, que siguen siendo un mito en nuestra primera enseñanza: el canto, el dibujo, y la gimnasia, En el canto, los maestros preparando á los niños para ejecutar las canciones populares y los patrióticos himnos que después habían de lucir en las fiestas escolares; en dibujo, las manos infantiles trazando figuras geométricas y curvas de todo género; amén de ejercitarse, los más adelantados, en borronear, sobre papel, algún utensilio común ó alguna herramienta de las usuales.

Más especialmente me fijaba en los ejercicios gimnásticos, tan bien entendidos por los suizos, y tan sabiamente adecuados, por ellos, á las distintas edades. Primero, movimientos aislados para dar vigor, agilidad y flexibilidad á los músculos; después, lo ordenado, lo metódico; las marchas, las contramarchas, el salto, la carrera. Todo para los usos domésticos ó para los civiles; no para lo industrial, para lo atlético. Poca barra, pocos anillos; nada violento, nada de lo peligroso; y menos en aquellos tempranos años, cuando tanto hay que contar con las constituciones débiles, ó con imprevisiones ó las temeridades.

De paso, me iba también enterando de las escuelas de labores para niñas: otra novedad ya arraigada en Suiza, y

tan difícil de aclimatar en nuestro país, donde parece que las industrias no saben vivir sino á fuerza de favores administrativos. Es el trabajo manual introducido, sobre una base teórico-práctica, en los cuadros de la primera enseñanza. En una habitación á propósito, todo el ajuar necesario: la mesa para la tijera, armarios, bastidores, el cuadro pautado y el album descriptivo de lo que se hace en la Casa. Cuadros de enseñanza variados: punto de aguja, costura, principalmente aplicada á las camisolas; corte de patrones; arte de zurcir; conocimiento y descripción de las telas más conocidas; lecciones de Economía doméstica.

Con una visita á las escuelas complementarias, redondeábamos, M. de Bletzowsky y yo, aquella especie de inspeccion privada. Por cierto que las escuelas complementarias, último grado de la primera enseñanza suiza, me planteaban un problema que dejaré enunciado en breves palabras. Si en vez de atenernos á la división tradicional de la enseñanza en primaria, secundaria y superior, sería más conveniente distribuirla en elemental, preparatoria y técnica. Mucho me intrigaba ver cómo los practicones de los suizos procuraban, desde los comienzos, encarrilar la educación y la instrucción hacia los fines concretos de la vida; demostrándomelo claramente el sesgo particular que los diversos Cantones dan á sus respectivas escuelas complementarias, según la índole de los intereses en ellos predominantes: unas por lo agrícola, otras por lo pastoril, otras por lo comercial, otras por lo manufacturero; y algunas extremando los alcances de la instrucción primaria hasta el punto de comprender, en ella, una Academia de tiro, ó un cursillo de Derecho civil, ó unos rudimentos de Higiene.

Recorrimos algunos Liceos; y, en cuanto á enseñanzas superiores, aprovechamos nuestra llegada á Zurich para visitar, en el acto, aquel *Politecnium* ó Universidad, á la cual ninguna, entre las del grupo alemán, llevaba ya ventaja.

Supe, por boca de M. de Bletzowsky, que la Universidad de Zurich podía vanagloriarse de haber sido la primera en abrir, para la mujer, las puertas de las enseñanzas superiores; y, con un orgullito muy puesto en razón, recordaba el

docto Profesor que toda la iniciativa de aquel movimiento había partido de sus paisanos y paisanas. Porque rusa era la señorita que, el año anterior, en 1864, había solicitado, del Rector, que la permitiese asistir á los cursos de Anatomía y de Microscopia; y rusa era también la otra que, seis meses más tarde, había pedido matrícula para varios cursos de Medicina. Después, dado ya el primer impulso, afluyeron las señoras á las cátedras, y siempre llevándose la palma las alumnas rusas; porque hubo año en que, en una matrícula de 56 señoras, figuraron 44 de aquella nacionalidad.

Al llegar á este punto, se le calentaba la sangre á mi buen moscovita; y, animándose por grados, se revolvía airado contra la opinión de que los Gobiernos rusos hubiesen dejado, en el más completo abandono, los asuntos de la enseñanza. Sostenía que, por el contrario, los Czares los habían mirado con la mayor solicitud, ya desde principios del siglo XVIII; que Pedro el Grande se trajo de Holanda, no sólo modelos de barcos, sino también planes de ènseñanza: que había creado unas escuelas de Matemáticas, que equiválían á las populares: que las había fomentado Catalina II, más ó menos influída por los enciclopedistas: que luego, en reinados sucesivos, había ido adquiriendo desarrollo la Instrucción, en sus diversos grados; hasta llegar á Alejandro II, que quiso completar la emancipación de los siervos con un vasto Plan de enseñanzas populares.

A quien echaba M. de Bletzowsky la culpa de todo, era al país, refractario á las luces y con muy poca voluntad de dejarse desbastar. Mas, á pesar de todo, el pensamiento de Alejandro iba prosperando; como lo demostraban los últimos datos publicados entonces por el Príncipe Gagarine; según los cuales, en 36 gobiernos ó distritos de Rusia, resultaba un alumno por 75 habitantes: proporción casi fabulosa, dado el atraso de la Nación en otros ramos, y habida cuenta de las tenaces resistencias de las clases populares rusas á entrar por el aro de la cultura.

Mi otro compañero era el conde Kosloff, Coronel de la Guardia. Treinta años, buen mozo y casado con una señora polaca, de bastante más edad que él: siempre melancólica;

llevando, en su cara, los lutos de la Patria, y procurando mitigarlos con continuos emboquillados que, iba pidiendo á *son ami*, es decir, á su marido.

Aunque parezca mentira en un Oficial del ejército ruso, el Coronel era muy liberalote, muy á la pata la llana, y tan abierto de carácter que no disimulaba los vicios de su país; emprendiéndola á un tiempo con militares y paisanos. Un día, en la estación central de Olten, estábamos presenciando el desfile de un batallón escolar perfectamente armado y equipado.

—Vea usted—me dijo el Coronel,—vea usted cómo los suizos juegan también á los soldados: pero, con el tiempo, éstos lo serán de la Patria; mientras que nosotros nunca somos ni seremos más que soldados del Emperador.

Fijábase mucho en el régimen político de la Confederación, con sus autonomías municipales y cantonales; y más aún se fijaba en aquella Administración suiza, tan ilustrada y tan correcta; comparándola con la centralización rusa, basada en la absurda institución del *Tchine* ó jerarquía burocrática: semillero de empleados ignorantes, perezosos, rutinarios y de una venalidad tan sumamente descarada que no habían conseguido, ni siquiera moderarla, ni los más severos reglamentos, ni los punzantes epigramas de Nicolás Gogol, que varias veces la había sacado á la vergüenza en los teatros.

Y así seguía discurriendo el bueno del Coronel sobre este y otros asuntos, que omito por no ser prolijo; y porque ya es hora de que retrocedamos á Berna, para decir cuatro palabras sobre el Congreso científico, de que hice mención al empezar este capitulo.

VIII

La *Asociación internacional para el progreso de las Ciencias sociales* era una creación belga, cortada sobre el patrón de la *National Association for the promotion of Social Science*, que, en

Londres, había presidido Lord Brougham. Aunque ya iba picando en costumbre lo de los Congresos científicos, había, para los de la Asociación, no pocas dificultades dependientes del estado político de algunas naciones europeas.

Dado el carácter de los tiempos, no les bastaba á los publicistas leerse entre sí, y mutuamente apreciarse, sólo en espíritu, por el Libro, el folleto ó la Revista. Necesitaban verse, oirse, conocerse y comunicarse personalmente sus impresiones, con entera libertad y absoluta independencia. ¿Quién podía impedírselo? No las distancias, que se salvaban con los ferrocarriles; tampoco las antipatías nacionales ó religiosas, que suelen hacer poca mella en los hombres de esforzado temple científico. Quienes podían ponerles serios obstáculos eran los Gobiernos, por lo vidrioso, ó lo resbaladizo, de ciertas materias sociales. Por consiguiente, no había que pensar en reunirse en Rusia, con sus Gobiernos despóticos; ni en España, con los suyos, ó gruñones ó caprichosos; ni en Italia, que andaba todavía muy atareada buscándose una Capital; ni en Viena ó en Berlín, con Gabinetes poco aficionados á las expansiones ruidosas; y mucho menos en Francia, con los rigores imperialistas, y cuando estaban emigrados tantos ilustres personajes que habían de tener un puesto marcado en la lista de los congresistas.

Así, y con muy buen acuerdo, los Sres. Corr van der Moeren y Augusto Couvreur, que eran el alma de la Asociación, decidieron que sus Congresos se celebraran en Bélgica, Holanda y Suiza; en cuyos países reinaban aires más favorables á la libertad, con más sólidas garantías para la emisión del pensamiento. Por esto el primer Congreso fué el de Bruselas en 1862: el de Gante fué el segundo, en 1863: al año siguiente, el tercero en Amsterdam; y vino luego aquel de Berna, que desde luego se anunció bajo brillantes auspicios, y con una numerosísima concurrencia de publicistas, filósofos, jurisconsultos, moralistas, economistas, artistas y literatos.

Había, en aquella concurrencia, un buen número de notabilidades europeas, algunas de ellas en curso de celebridad, y otras en el ocaso de su fama.—Blüntschli, el ilustre

jurisconsulto suizo-alemán, el discípulo predilecto de Niebuhr y Savigni: simple profesor entonces en Heidelberg; después, una de las lumbreras de Alemania, cuando puso su pluma al servicio del cesarismo, con sus dos obras magistrales, la *Política* y la *Teoría del Estado.*—E. de Préssensé, jefe efectivo del Protestantismo francés, y, dentro de su comunión religiosa, algo parecido á lo que había sido Lacordaire en la católica: orador como él; razonador como él; como él, académico; y ambos con un vago perfume de liberalismo, no del todo simpático para sus respectivos intransigentes.—Pascal Duprat, uno de los diputados más elocuentes, bajo las situaciones francesas del 48: imaginación avivada con una larga residencia en la poética Italia; palabra mágica, aunque un tanto empañada por un acento provenzal muy pronunciado.—Edgardo Quinet, el traductor de Herder, el inspirado del Ashverus: honrados él y Michelet con la expulsión del Colegio de Francia, cuando emprendieron su campaña contra los Jesuitas, en tiempo de Luis Felipe.—Finalmente, Julio Simón, de todos los allí presentes, la persona á quien yo más deseaba conocer, por la dicha de encontrarme con uno de los pocos filósofos que se saben explicar; y con uno de los poquísimos que poseen el arte de manejar, con igual destreza, las doctrinas y los guarismos.

Había también señoras congresistas, y, á la cabeza de ellas, la ilustre escritora Mlle. Clemencia Augusta Royer, tan consumidita de cuerpo como grande de espíritu; economista, *jurisconsulta,* y, en sus últimos años, naturalista, por la activa propaganda que hizo de las teorías de Darwin. Acompañábala á menudo Pascal Duprat, sirviéndole de guía en sus excursiones. Era aquella dama objeto de constantes atenciones por parte del Congreso; y, tanto por respeto á ella como á su sexo, le permitían hablar sentada, cuando hacía uso de la palabra en alguna de las sesiones.

El grupo español no era muy nutrido: algún economista, algún ingeniero, algún jurisconsulto; y, formando parte del Congreso, nuestro Ministro residente en Berna, Sr. García

de Quevedo, á quien debimos todos muchísimas atenciones.

Celebróse la inauguración en el templo del Espíritu Santo, bajo la presidencia de M. Challet Venel, que pertenecía al Gobierno de la Confederación. El Congreso estaba dividido en cinco secciones: Legislación comparada, Instrucción y Educación, Arte y Literatura, Higiene y Beneficencia, Economía política.

En las juntas públicas se discutieron asuntos de la mayor importancia: la descentralización, el progreso en el Arte, el régimen celular y los ejércitos permanentes. Pero la más llamativa de las juntas fué indudablemente la segunda, dedicada al siguiente tema: «Si la Moral es una Ciencia; y si, bajo este concepto, es independiente de la Religión.» Era tomar al sesgo otro problema no menos espinoso: el papel que corresponde, en la escuela, á los ministros de la Religión. La polémica fué larga, viva, apasionada. Quinet y Duprat sostuvieron la independencia de la Moral. M. de Préssensé, con otros teólogos protestantes, abogó por la enseñanza religiosa.

Julio Simón, que presidía, hizo el resumen de los debates. Imposible dar una idea de la extraordinaria atención con que fué escuchado el egregio autor de *La Religión natural*. Dijo, en sustancia, que la cuestión no era teológica; que todas las opiniones, fuesen ó no religiosas, tenían el derecho y la libertad de afirmarse. Rechazó la protección del Estado en favor de un culto; criticó los Concordatos; y estableció, como base fija de Gobierno, la separación entre lo espiritual y lo temporal. Puesto á votación el tema, el Congreso se decidió por la enseñanza laica y obligatoria.

Como estas relaciones se van haciendo demasiado largas, no hablaré de las otras sesiones; concretándome á decir que, para terminar la fiesta, hubo el banquete de ordenanza, sirviéndonos de Presidente el que lo era de la Confederación, M. Schenk; quien rompió los brindis con uno en alemán, que debió ser magnífico cuando tanto le aplaudieron. En la mesa del Presidente había un delegado por cada Nación representada en el Congreso. Tuve la honra de serlo por

España; y pronuncié algunas palabras contestando al de Inglaterra, que nos había llenado de piropos.

Un detalle: casi no nos dieron de comer y nos hartaron de vinos.

Otro detalle: al terminar el banquete, el conserje del salón se acercó, vestido de librea, al Presidente; le estrechó la mano, chocaron sus copas, se abrazaron, y prorrumpieron ambos en un ¡viva Suiza!

Levantado el campo, cada cual se fué á su tierra. Nosotros, con la amargura de que aquellas hermosas fiestas del pensamiento fuesen entonces imposibles en España.

1858-1868.

SECCIÓN QUINTA

Más Suiza.—Quiero ser país.—¿Son baladronadas?—La unidad en la variedad.—Sin Calvino y con Calvino.—Capitalidad efectiva.—Los neutrales de la Caridad.—Pinceladas de historia religiosa.—El Sonderbund.—Roma y Ginebra.—Conflictos y soluciones.—Mi pollo de Lucerna.—Quien da pronto da dos veces.—O guerra, ó concordia, ó *libera in libero*.—¡Vaya un vicio de revisar!—40.000 kilómetros de muestrario político.—1848: Federación modelo.—1874: ¿Suiza unida ó unitaria?—Centralizaciones á pasto.—De la familia de los Estados-Providencia.—Con las hinchazones, los estallidos.—Fuertes con el mostacho alemán.—El comodín del Plebiscito.—Cuestión del *Referendum*.—Lo que diría *Don* Juan Jacobo.

I

No nos despidamos de Suiza. Viajando ó no viajando por ella, siempre me ha gustado más la interna que la externa. Más me han atraído y me atraen sus costumbres y sus instituciones, que sus picos y sus *glaciers*, sus valles y sus lagos, sus cascadas y sus torrentes. Penetremos un tantico en aquel fondo, ya que hemos andado un rato por la superficie.

Nada de explicación más fácil que el prestigio de las naciones vistosas por su poderío efectivo, ó por lo deslumbrador de las fachadas. Se puede ir muy adelante cuando se

posee extenso territorio, inmensa población, dependencias coloniales, grandes ejércitos y escuadras Hay un derecho al respeto, que se impone por estas solas gallardías. Ninguna de ellas puede ostentar la Suiza. Actuar de Nación, entre cuatro montañas, y ser algo serio, con tres tristes millones de población, y sesenta tristísimos de gasto en francos: este ha sido, *hasta ahora*, el milagro suizo. La gran chiripa, la soberana chiripa.

No lo perdáis de vista; como no lo perdía yo cada vez que me encaramaba á aquellas alturas. No lo perdáis de vista; porque la chiripa tiene su explicación y su fundamento. Suiza ha querido ser *país* y quiere ser *país*, á todo trance. En términos comunes, llámase á esto tener espíritu nacional; y los suizos lo poseen en grado superlativo. Es el suyo un instinto de cohesión que los poetas atribuirían al aire patriarcal de la montaña, si la montaña no estuviera ya destripada con los 3.000 kilómetros de vía férrea que han hecho tan penetrable la impenetrable Helvecia. Ni por esas. La cohesión la quieren los suizos cada día más intensa; aunque haya acaso error en los últimos procedimientos. A ella se refería el general Dufour cuando escribía al mariscal Lebœuf, en vísperas de la guerra franco-prusiana: «Suiza—decía el anciano General—puede esperar confiadamente el porvenir, á pesar de la debilidad numérica de sus fuerzas militares; porque la idea de que no hace daño á nadie, y de que se ceñirá á la defensa del país, le dará la necesaria fuerza para impedir que sea violado su territorio, haciendo pagar muy caro semejante acto de agresión.» Y luego en una posdata: «La apertura de vías férreas, al través de nuestros Alpes, no paralizará nuestra resistencia; porque cabe demostrar, con suma facilidad, que aquella clase de comunicaciones suele ser más favorable para la defensa que para el ataque.»

No fueron baladronadas; porque, desde la famosa leyenda del siglo XIV, la experiencia tenía acreditado que, cada vez que Suiza sintió herida su fibra nacional, supo contestar con un enérgico «Presente.» Un Presente bien presente para Carlos el Temerario. La última prueba la había dado

Suiza en 1831, cuando, presa de otros temores, reorganizó su ejército y fortificó Saint Maurice, Luciensteig y Aarberg, haciéndose inexpugnable del lado del Simplón, que ofrecía algún peligro.

Como base del espíritu nacional suizo, citan la unidad de costumbres. Mal citada; porque, en Suiza, las unidades no son más que resultantes. La unidad en la variedad, como dicen los *armonistas*. Unidad política, con diversidad de Cantones: unidad de sentido religioso, con Comuniones distintas: unidad de familia, con diferentes lenguas.

Lo propio acontece con las costumbres. Sobre un tipo general y característico, varían al infinito, aun entre montañeses: los del Oberland, los de la Engadina. Varían entre la montaña, los valles y los lagos; naturalmente han de variar entre la gente del campo y las ciudades; y, aun entre las mismas ciudades, se notan diferencias de fisonomía moral considerables: Ginebra y Lausana, más afrancesadas; Basilea, alemana; Lucerna y Zurich, Suiza pura.

Digo, entre las ciudades: cuidado que no varíen ó no hayan variado las costumbres dentro de una misma población; y, no en largos períodos, sino en un solo siglo.

Citaré la Ginebra del XVI, antes y después de la Reforma. A principios del siglo XVI, era Ginebra la ciudad más bulliciosa y pendenciera del Universo. Lo de pendenciera lo declaraban las cadenas amarradas á sus correspondientes estacas, por la parte del Lago; y, por la de tierra, la línea de murallas, con sus torres y bastiones, para hacer cara al enemigo, es decir, al Duque de Saboya. Lo alto de la población formaba como una piña de agujas, cimborios y campanarios; y, tendida á sus plantas, una verde alfombra de sotillos, de huertos y viñedos. Casas con patios y jardines, puerta ojival, vidrieras de colores, y, en un costado, la torrecilla para la escalera: el salón con rico artesonado; frescos, y tapices, y primores de talla, y panoplias de verdad, porque de allí se tomaban las armas para salir á campaña, ó para los motines y asonadas. Mercados cubiertos y grandes bazares: tabernas concurridas: baños perfumados: tiendas con profusión de artículos; y, alrededor de la Catedral, puestos

ambulantes, con baratijas y objetos de devoción, pagados siempre á buen precio. Animadísimas las plazas y las calles, y al aire libre, toda clase de concurrencias: el magistrado, con su bastón sindical, presidiendo mascaradas; el notario, autorizando contratos; las buenas mozas, á caza de conquistas; juegos de pelota y diversidad de espectáculos. Las ricachonas arrastrando encajes y terciopelos; y á veces, sin quitárselos, lavando, por su propia mano, las blasonadas vidrieras de sus ventanas; otras veces sentadas á la puerta, en un banco de piedra, esperando el paso de los músicos, para tomar parte en las danzas populares. Todavía añaden las crónicas que algunas de aquellas burguesas llevaban, como defensa, un largo alfiler atravesado en el rodete. El puñal *liguero* de las españolas.

Maese Calvino y su Consistorio se encargaron de volverlo todo patas arriba. De aquellos compadres, tan alegrotes y campechanos, hicieron, en poco tiempo, unos entes ariscos, aburridos é insufribles. Desterrado sin remisión todo lo que tuviere brillo; cuanto pudiese herir las imaginaciones ó halagar los sentidos: ornamentación de las casas, imágenes de los templos, mármoles de los mausoleos. Ignominiosamente expulsados de la población los pintores, con sus correspondientes avíos: guerra á cualquier alarde de pincel, aunque fuera en las muestras de las tiendas: un león, un hipógrifo, un águila ó los simbólicos halcones. Las tabernas cerradas: las posadas consentidas sólo á los extranjeros, y aun á condición de tomar las comidas á las horas precisamente marcadas por los magistrados. La vida á son de campana ó de trompeta: el rezo, la comida, los negocios. Diversiones, ni imaginarlas: fuera teatros, fuera juegos, fuera bailes; ni siquiera tolerados en las bodas ó en otras solemnidades de familia. Y, por toda música, el canto llano, la triste salmodia ó el *gorigori* de los entierros.

Desde entonces la *Città de' malcontenti*, según la antigua frase italiana, ha pasado por mil transformaciones, en lo moral y en lo físico. Si fué un día la Roma protestante, cábele ahora la insigne honra de representar la suprema cultura de la Confederación. Es el granito de almizcle que

llena toda la Europa con el perfume suizo; como dijo, en el Congreso de Verona, el conde Capo d'Istria. Pues, por muy oficial que sea la capitalidad de Berna, como lo fueron en otro tiempo Zurich y Lucerna, hay en Suiza otra capitalidad más efectiva; y es aquella de Ginebra, donde, mejor y más á lo vivo, se destacan las tres expresivas notas que Marc Monnier atribuye al carácter suizo:—una honrada laboriosidad—una gran actividad intelectual—y un profundo amor á sus instituciones políticas.

Con la combinación de estos elementos, Suiza ha logrado elevarse, en nuestros tiempos, á prodigiosas alturas morales. Aquél es el cuartel general de todas las propagandas pacíficas: congresos médicos, congresos sanitarios, congresos industriales, congresos penitenciarios, congresos de beneficencia, congresos de la Paz, congresos sociales.

En lo práctico, tan adelantados como en lo teórico los excelentes montañeses. Si hay una página brillante en la historia contemporánea, es aquel hermoso Convenio ginebrino de 1864, con la institución de la Cruz Roja: es el mérito de haber sustraído definitivamente, á la acción de los combates, los hospitales y ambulancias, los enfermos y los heridos, sin distinción de patrias, de amigos ni enemigos.

Es la neutralidad de la virtud, añadida, por la iniciativa suiza, á las antiguas neutralidades políticas. Mucho han debido la industria y el comercio á los neutrales de pabellón: á los neutrales de la Caridad, ¿qué no les deberá la humanidad entera?

II

De donde claramente se infiere que la pintoresca Suiza sirve para algo más que para el objeto á que la destinan los impresionistas de luna de miel: ir y venir por los lagos, trepar por los riscos, subirse á los *glaciers* y andar, con el aparatito de mano, fotografiando, por arriba ó por abajo, ya

un bonito paisaje, ya un efecto de luz, ya el traje dominguero de una aldeanilla de Appenzell ó de Glaris. Allí, tanto como las vistas, hormiguean los problemas, los problemas hondos, y entre ellos los del género religioso; de los cuales hubo gran cosecha, allá por los años del 64 al 74, en que me dió por el *vicio* de frecuentar la Suiza. Había que enterarse; porque aquellas crisis religiosas dieron lugar á varios lances serios que presenciamos los extranjeros. Nunca llegó la sangre al río; pero todo el mundo se corrió algo más de lo debido: quiénes por listos, quiénes por torpes; quiénes por provocación, quiénes por el abuso de mando: perdiendo unos su posición ó su prestigio; otros, por el contrario, teniendo la suerte de compensar pasadas amarguras con buena cosecha de mercedes.

Durante más de dos siglos, había vivido Suiza en una profunda paz religiosa. Si, en algunos Cantones, dominaban los católicos, no se mantenían menos firmes los protestantes en otros, como Zurich, Berna, y sobre todo en Ginebra, donde, á su tiempo, habían ido á buscar abrigo, protección y seguridad, los hugonotes del Edicto de Nantes.

Al llegar á la época presente, vino á echarlo todo abajo la influencia de los Jesuitas. Cuando, en 1843, empezaron los anuncios de una revisión constitucional, en el sentido de reforzar los organismos federales, los Jesuitas provocaron la formación del Sonderbund; tentativa secesionista en que entraron Lucerna, Schwitz, Uri, Unterwald, Zug, el Valais y Friburgo. El objeto declarado del Sonderbund era oponer, á aquellos proyectos, una fuerte dictadura militar, abiertamente opuesta al espíritu de las Constituciones federales. Triunfó el radicalismo; se hizo la revisión; fueron expulsados los Jesuitas; y éstos se vengaron dejando depositadas, en el suelo helvético, las semillas de un feroz ultramontanismo.

Conocidos son los extremados vuelos que tomó éste en Europa, desde 1870, con motivo de la publicación del *Syllabus*. Considerándole como una provocación, el cantón de Ginebra adoptó varias disposiciones poco favorables á los Institutos religiosos, resultando suprimidos algunos de

ellos, y, por cierto, de los más inofensivos. Replicó Roma nombrando, para Ginebra, un Obispo especial, que fué el abate Mermillod; y dicho se está que el Gobierno cantonal, no sólo no le aceptó, sino que le privó de las temporalidades, y concluyó por expulsarle del territorio.

No contento con esto el Cantón, todavía pretendió ingerirse en la disciplina de la Iglesia, estableciendo en ėlla el sufragio universal, y levantando la bandera de un *Culto catótico de la República*, reproducción exacta de la tan conocida Constitución civil del Clero. Asimismo decretó que, en lo sucesivo, no habría ya más Obispos de Ginebra. Solemnísimo chasco se ha llevado el que lo intentó; porque Mermillod siguió episcopando, y hoy es además Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Todo esto, con sus pelos y señales, incluso lo del cardenalato, me lo había profetizado, años antes, un simpático mancebo con quien estuve visitando la Catedral de Lucerna. Era un peruano muy meloso, elegantemente vestido, con guante medio color, *stick*, bigotito de atrevidas guías, y tan aniñado de cara que, aunque confesaba los veinticinco, no le hubierais echado más allá de veinte. Sospechaba yo de él; viéndole tan metido en harinas eclesiásticas, y tan enterado de toda clase de politiqueo suizo. Y creció mi extrañeza cuando, hablándome de Emilio Castelar, y diciendo yo que nuestro gran orador podría ganar mucho dinero dando conferencias por la América del Sur, como lo había ganado Carlos Dickens leyendo, nada más que leyendo, en público, trozos de sus novelas en los Estados Unidos, me contestó el joven del bigote que no era de mi opinión; y que, del Perú, podía asegurarme que, no sólo no conseguiría Castelar arrastrar á nadie, sino que probablemente le empujarían á él, *convirtiéndole* al catolicismo, y acaso, acaso consiguiendo hacerle entrar en alguna Orden religiosa.

Pasaron unos meses; cuando, un día, en París, estando almorzando en el Hôtel del Louvre, se me acerca el camarero anunciándome la visita de *M. l'abbé* ***, que deseaba saludarme. Voy á mi cuarto; y ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con mi ex pollo de Lucerna, rigorosamente

afeitado, con su *rabat*, su faja negra de seda, su sotana; en fin, con todo el avío de un clérigo francés! Era un jesuita comisionado por la Compañía, con otros de su ropa, para hacer la propaganda en Suiza. ¡En el territorio suizo, de donde seguían y siguen hoy expulsados los Jesuitas, por terminante declaración de dos Constituciones federales!

Volvamos á la historia de los conflictos. Prendida la llama, siguió, por todos los ámbitos de la Confederación, el reguero de pólvora. Ya era el cantón de Argovia donde los católicos se quejaban de la secularización de las escuelas; ya Olten y Zurich, donde iba tomando gran incremento la nueva secta de los Viejos católicos ó Católicos viejos; ya Neufchâtel, donde prosperaba la teoría ginebrina del sufragio universal católico; ya Basilea, donde se destituía al Obispo por proclamar, desde el púlpito, la infalibilidad pontificia; y eran separados de sus cargos diez vicarios, y de sus parroquias sesenta y nueve curas, por no haber querido desobedecer á su Prelado.

¿Cómo era posible que Berna, la capital, dejase de tomar parte en aquel revoltijo? Tomóla á su vez, y en realidad solamente con una campanada, pero gorda. En una especie de edicto, el Consejo de Estado puso de vuelta y media al Pontificado por su declaración de infalible. Llamóle malévolo, blasfemo, hipócrita, embustero, corruptor de la razón y embrutecedor sistemático del pueblo. Todo el Diccionario de los cultos. Y gracias que se hubiese contentado con el jarabe de pico. Pero acordándose de que era organismo imperante, dispuso, *auctoritate quâ fungor*, que el edicto fuese leído textualmente en todos los templos de la Confederación, *hasta en los púlpitos católicos*.

Parecerán mentira tales extravíos en hombres de larga educación democrática. ¡Ah! no tenían ellos la culpa, sino la Constitución cantonal á que obedecían. Para salir á conflicto diario, no hay como el sistema político de Iglesias nacionales. Las pagáis, las mimáis, pretendéis darles prestigio, y se os vuelven respondonas. Es natural: dos intransigencias frente á frente, la dogmática y la autoritaria; una lucha imposible. Allá, en los tiempos de las Monarquías feu-

dales, y después en las patrimoniales, lo espiritual y lo temporal eran dos boxeadores que peleaban en campo abierto: se acechaban, se medían, se espiaban el flaco, á ver quién daba primero el puñetazo. Mas, antes de empezar, tentaban ambos atletas sus respectivas fuerzas: confiado uno en el temple de las conciencias; confiado el otro en el de las espadas. La suerte era varia, como suele acontecer en todas las peleas largas y tenaces: hoy vencidos, mañana vencedores; un día, Gregorio triunfante de Enrique; otro día, Felipe triunfante de Bonifacio.

Cansados por fin de tanto bregar los belicosos Poderes, inventaron los Concordatos: especie de treguas, en las cuales la habilidad se ha sustituído al coscorrón, y al ataque de frente la zancadilla. Un régimen convencional, en vez de un régimen beligerante. En el fondo, la paz armada. En ella siguen viviendo con la Iglesia, como viven entre sí, los Estados de fuerte sentido histórico. Tan contentos, dicen, y tan felices; y siendo así, acaso será mejor que no varíen; ajustándose, en esto, á sus naturales temperamentos.

Pero una democracia franca tiene muy distintos rumbos que seguir, en su conducta con las Confesiones religiosas. Ya lo comprendía Jefferson cuando hizo incluir, en la Constitución anglo-americana, aquel artículo que parecía adivinar la fórmula, tan famosa después, de la *libera in libero.* Dicen que una gran libertad en las Asociaciones religiosas puede convertirlas en agresivas, por sobra de independencia. No será así cuando *por igual* estén garantizadas todas las Asociaciones y todas las libertades.

Por el otro camino de la intervención, ya hemos visto los abismos en que se precipitaron los Gobiernos de Ginebra. Cayeron en la democracia autoritaria, que es la mayor de las aberraciones políticas. So color de habérselas con simples funcionarios del Estado, violaron la integridad del derecho católico: definieron, reglamentaron, disciplinaron, insùltaron y persiguieron. Lo que produjo la persecución lo vi, por mis propios ojos, en aquellos tiempos: las asambleas católicas en actitud sediciosa; los discursos incendiarios; los sermones provocativos; las manifestaciones, en forma

de peregrinación, á determinados santuarios; las invocaciones al Sacré Cœur como á una divinidad vengadora; los alardes de la Prelacía; y las cruzadas, y las resistencias, de todo género, hábilmente dirigidas y explotadas por la Curia Romana.

III

Suiza es el país de las revisiones constitucionales. Si los suizos no fueran tan formalotes, sería cosa de decir que tienen el vicio de revisarse. En medio siglo, ciento quince revisiones cantonales; federales, cinco, en tres cuartos de siglo. Y cuando no revisan de verdad, se entretienen proyectando revisiones: en 33 y 39, ya empezaron á amasar la que despues fué Constitución federal del 48: los trabajos para la del 74 se iniciaron, á mi vista, en 64; y todavía duraban los preparativos en 69.

Duvergier de Hauranne sostiene muy seriamente que cada etapa constitucional de Suiza representa un avance democrático: tránsito de la aristocracia á la democracia en las primeras; paso, en las segundas, al sistema representativo; y en las terceras, el voto directo popular, con el Plebiscito.

Hay en esta afirmación su poquito de fantasía, y también su fondo de verdad. Antes de fabricar su primera Constitución á la moderna, poseían los suizos, en el seno de su Confederación, el más rico y variado muestrario de facturas políticas. Democracias primitivas y absolutas; señoríos feudales; principados eclesiásticos, en manos de Obispos y Abades; oligarquías aristocráticas con su libro de oro, á la veneciana; patriciados municipales, y hasta retazos de monarquía, como Neufchâtel, que dependía de Prusia. Había también poblaciones unidas, con nombre de bailíos, á Cantones determinados: el actual Tessino dependía de Uri y de Schwytz; el Vaud y Argovia, de Berna; Basilea era señora de su campiña; y Saint Gall lo había sido de Appenzell.

Aquellas anarquías cantonales fueron desapareciendo lentamente con la Constitución de 1801; con la de 1804, regalo de Bonaparte; y con la de 1815, regalo del Congreso de Viena. Andando los tiempos, no quedaron más que dos tipos de Constitución cantonal: democracia pura y sistema representativo.

Entonces fué cuando pudo obtener la Suiza una verdadera Constitución federal; y fué la de 1848, que duró veintiséis años. Lástima que no durara más tiempo; porque no habrá otra, ni más adecuada á la naturaleza del país, ni más conforme con el espíritu nacional de sus habitantes

La Constitución de 1848 no definía las atribuciones federales: se limitaba á irlas señalando, distinguiéndolas en dos órdenes: la representación de la personalidad suiza ante el extranjero, y el cuidado de ciertos intereses comunes á todos los Cantones. Para las relaciones exteriores se reservaban, á la Autoridad federal, los Tratados, las declaraciones de guerra, las misiones diplomáticas; prohibidas, en absoluto, las alianzas políticas intercantonales. Como grandes intereses comunes, en el seno de la Confederación, los correos, las aduanas, la moneda, las pesas y medidas; además de la pólvora y las armas, como puntos íntimamente relacionados con la defensa del territorio.

Sin embargo, los hombres del 48 no centralizaron el Ejército. En vez de uno permanente y nacional, prefirieron continuar con el sistema de milicias locales. Seguramente se asustaron ante la idea de que la fuerza pública llegase á ser instrumento de tiranía, de dominación, de absorción de las vidas cantonales; prefiriendo tenerla desatada del lazo central, aun á riesgo de convertirla en instrumento de parcialidades locales, ó acaso de guerras civiles. Para evitarlo, ha quedado la prohibición de mantener, en cada Cantón, más de 300 hombres armados por su cuenta.

Cuando empecé á conocer la Suiza, en 64, ya se notaba el *tolle*, *tolle*, contra aquel Pacto federal tan prudente y mesurado. Muchos radicales—esto es lo singular—le acusaban de poco centralizador. Al fin, diez años después se salieron con la suya; y engendraron la Constitución de 1874, im-

pregnada de centralización y de socialismo. Prefirieron, á una Suiza *unida*, una Suiza *unitaria*. Cuestión de gustos.

Tocaron á centralizar en toda la línea. Centralización militar, atribuyéndose la Autoridad federal todo lo relativo á la instrucción, armamento y equipo del Ejército; centralización fiscal, incautándose el Estado de los ingresos más saneados, las aduanas, los correos, los telégrafos, el producto de las exenciones militares; centralizacion administrativa, con la policía de los diques, la de los montes, la dirección de los trabajos de repoblación, con la legislación federal sobre caza y pesca; centralización civil, con las leyes sobre naturalización de extranjeros, la vecindad, residencia, la renuncia á la nacionalidad. No se atrevieron á añadir la centralización religiosa; aunque estoy seguro de que de buena gana la hubieran planteado los radicales suizos, á no ser por el temor de verse aplastados por los católicos.

No contentos con la centralización, aquellos radicales se metieron á socialistas. La moda... la moda del Estado-Providencia. Quiero que me digáis quién, en lo de manifacero, puede aventajar al Gobierno federal suizo, desde la Constitución del 74. En nombre de los intereses sociales está autorizado para intervenir en todo: en las explotaciones de vías férreas, en los Bancos, en la enseñanza, en la beneficencia, en el juego, en las industrias de cierto género, en las condiciones del trabajo, en los seguros, en las emigraciones. Vamos: una Suiza vestida según el último figurín de la *Teoría nacional del Estado*.

IV

Mil veces, aquí y allí, me había echado á reñir con mis amigos de Suiza, pidiéndoles la aclaración de ciertos misterios. Cómo, encontrándose bien la Suiza con su Ley fundamental del 48, dentro de la cual estaban tan perfectamente equilibrados los elementos federales y cantonales, habían

roto después el equilibrio, cayendo en una centralización digna de las Naciones más absorbidas por sus Capitales. —Por qué razón, siendo tradicionalmente la Suiza el país clásico de las libertades prácticas, se había buscado amos, señores y hasta tiranos, copiando los organismos gubernamentales de los más conocidos escritores cesaristas.—Por qué la generación suiza que, en las cátedras de la egregia Confederación, había recogido las sanas doctrinas económicas de labios de los Rossi, de los Cherbuliez y de los Dameth, era precisamente aquella misma que les volvía la espalda, para ir á desenterrar al viejo Sismondi, economista sentimental de la primera hornada socialista.

Nunca me salían del mismo tema. «Necesitamos la centralización, una gran centralización para hacernos fuertes, en la previsión de agresiones extranjeras. Estamos en el período de las grandes nacionalidades: vivimos dentro de un círculo formado por algunas de ellas: nosotros somos chicos, y no tenemos otro recurso que oponerles un saludable tacto de codos. Para conseguirlo, hemos de empezar reforzando las energías de la única entidad que nos representa: el Estado; y sólo lo conseguiremos dándole atribuciones, muchas atribuciones, aunque sea á costa de algunas libertades.»

Daba la *casualidad*—y así se lo hacía notar á mis amigos—de que aquellas razones, alegadas por hombres educados en las instituciones democráticas, eran las mismas que suelen sacar á relucir los pueblos autoritarios. También hablan allí de chicos y de grandes, de tactos de codos, y de extrañas amenazas; sin advertir que el día en que se enreden las madejas, la ley del número acabará por triunfar más fácilmente, si, en vez de buscar la defensa ó el ataque en las propias virilidades, se hacen depender de simples combinaciones de Gobierno, ó de meros organismos oficiales. Cinco siglos de independencia lleva Suiza, y jamás ha vuelto á dominarla ningún extranjero: el lenguaje del general Dufour ha sido el de todos los suizos. Decidme á qué artificios de centralización ó de socialismo tuvieron que acudir para convertir los dichos en hechos.

Si por la boca muere el pez y por el bolsillo el pródigo, también se dan casos, pero muchísimos casos, de que una Nación perezca por su Hacienda. El hilo histórico es bien conocido. Para *salvar* el país, grandes gastos; para atender á los gastos, grandes ingresos; para obtener los ingresos, grandes estrujones, hasta que la máquina reviente y acabéis por hundir á la Patria, á fuerza de salvarla. Ayer Suiza cubría todas sus atenciones, distribuyéndolas sensatamente entre la Confederación, los Cantones y los particulares: hoy el *Estado* apechuga con todo, hasta con el pauperismo y la vagancia. El Presupuesto suizo no es ya de los que crecen, sino de los que se hinchan. ¿Acabará por estallar, como en las Haciendas averiadas?

Aquí no hay que andarse con sofismas: el secreto está al alcance de todos. Aquel movimiento centralista y socialista suizo del 74 no tiene más que una explicación: la influencia del germanismo. Alemania tiene interés en arrastrar á Suiza hacia sus corrientes: interés, é interés vivísimo, en llevarla á formar parte del gran Cuerpo germánico. Para ello le conviene favorecer, en la República Helvética, la consolidación del lazo federal y la debilitación de los Cantones. De las afinidades alemanas pasar á la solidaridad; de la solidaridad, á las fusiones. Una Suiza unida por la fuerza del patriotismo, no es tan fácil de coger como una Suiza unida por la fuerza de la burocracia. ¿Comprendéis cuánto camino se llevaría andado, si algún día *conviniese* poner la mano sobre una Suiza entera?

V

«No hay cuidado—me decían los radicales;—tenemos tomadas todas las precauciones imaginables para neutralizar los peligros de esas centralizaciones y de esas tendencias socialistas que tanto parecen preocuparos. Si hemos hecho grandes concesiones al Poder central y al principio

autoritario, también hemos cuidado de dar sólidas y eficaces garantías al Pueblo y á las libertades. A este efecto hemos sostenido el Plebiscito, la apelación al pueblo, en determinados casos: con la inmensa ventaja de que ya lo encontrábamos practicado en nuestro país, porque forma parte de nuestras mejores tradiciones.»

Y aquí traían á colación los numerosos antecedentes que cita Cherbuliez en su *Democracia Suiza*. y que después ha recordado M. de Laveleye, en uno de sus últimos escritos.—Que, ya en la Edad Media, era muy común, en varios Cantones suizos, el sistema plebiscitario para las cosas de Administración y Gobierno—que por plebiscitos se adoptó allí, en el siglo XVI, la Reforma religiosa—que la primera Constitución suiza del presente siglo se sometió á la aprobación directa del Pueblo—que el cantón de Saint Gall la exigió en 1831, Basilea del Campo en 1832, el Valais en 1835, y Lucerna en 1841—que, antes del 48, ya la habían admitido los cantones de Vaud y Berna—que, desde entonces, la fueron estableciendo todos los Cantones suizos. menos Friburgo—que, con carácter de *referendum*, la incluyó la Constitución de 1848 para las revisiones constitucionales—que la de 1874 la extendió hasta á las leyes orgánicas—y que era muy posible que se completase, en Suiza, el sistema plebiscitario, confiriendo á las Asambleas populares el derecho al veto, á la iniciativa y á la demanda de dimisión de los Cuerpos legislativos.

Así presentada la cosa, tan en seco, y con aquella larga carretilla de precedentes, cualquiera creería que el *referendum* es el advenimiento de la democracia pura, con la reunión del pueblo, del pueblo entero, para gobernarse á sí mismo: el *Agora* griego, el Plebiscito romano, la Asamblea germánica de Tácito. Pues no es nada de esto: el *referendum* se reduce á una simple resolución, sobre un punto concreto, llevado á la Asamblea popular, la cual decide *por sí*, ó *por no*. Así lo dicen textualmente las Constituciones suizas del 48 y del 74.

Por *sí* ó por *no*, peladitos, á estilo napoleónico. Para esta clase de plebiscitos no hace falta la República. Tres tuvo,

en diez y ocho años, el tercer Bonaparte, y ya sabemos á qué condujeron.

Plebiscitos, plebiscitos. Cuando se habla de democracias puras y de gobiernos directos por el pueblo, otro es el concepto que se forman de ello los inteligentes. Se representan una Asamblea popular, con igualdad de derechos en los ciudadanos, para deliberar, para resolver, para legislar, para juzgar, para elegir los magistrados, para votar los impuestos, para distribuirlos en la forma más equitativa. Si, en lugar de esto, me venís á exigir un seco *sí* ó un seco *no*, sobre puntos que lleváis preparados, os digo que me dais un solemnísimo camelo.

Que, dado lo cuantitativo y lo cualitativo de los pueblos modernos, la acción directa de la masa, en las funciones normales de Gobierno, es absolutamente imposible. Convenido. Reconocedlo, pues, en alta voz, y no nos vengáis con mistificaciones. Vuestro paisano y maestro Juan Jacobo era más franco que vosotros, señores radicales suizos. Empezaba disparando cañonazos; y luego confesaba que no le hacían blanco. Sostenía que un pueblo no debe darse representantes, porque se anula: sostenía que un pueblo debe legislar directamente, como se hacía en las democracias antiguas; y luego declaraba impracticables aquellos puritanismos democráticos en las Naciones modernas.

Creo que M. de Laveleye se pasa de cándido cuando, al transcribir algunos apuntes del *Contrato social*, afirma que Rousseau se quedaría sorprendido, si viera que aquellos ideales, que él mismo calificaba de irrealizables, son hoy el principio fundamental de todas las instituciones de su patria. ¿Principio? Ya: principio sin fin. Yo, por el contrario, entiendo que el insigne ciudadano de Ginebra vería, en el actual *referendum* suizo, una mayor comprobación de sus definitivas conclusiones.

Diría Rousseau: de fijo que lo diría: votar como en los modernos plebiscitos; ¡vaya una salida! Votar en crudo, apuntando nombres en las alcaldías y sin previa deliberación... ¿qué significa esto? La deliberación; aquí está el busilis; aquí se atasca el sistema. Y meteos á admitir delibe-

raciones en las masas enormes de hoy, con los complejos problemas de hoy, con los flujos oratorios de hoy.

Ahí tienen ustedes por qué el *referendum* prosperaba en los cantones chiquititos y patriarcales: en Uri, en Unterwald, en Glaris. No sé de ahora, porque todo se va picardeando.

En cuanto al *referendum* federal, al gordo, hace bastantes años que le van sacando pelitos los hombres sensatos é imparciales. Sí, á lo mejor, se descuelga con petardos, ó muy conservadores ó ultra-revolucionarios; sí, á menudo se aplica á frivolidades; sí, en la práctica, hace perder mucho tiempo, y aun mucho dinero, con el trasiego de los ciudadanos. Viniendo, como conclusión, á parar en que el tan decantado *referendum* no resulta hasta ahora una verdadera garantía popular, salvo lo que la experiencia vaya en lo sucesivo demostrando; así como también venimos á parar en que no sirve, en lo más mínimo, para contrarrestar los efectos del sistema centralizador, hacia el cual va arrastrando á la Suiza la política alemana.

Y ahora me estoy apercibiendo yo de que, en estas líneas, me he dejado también arrastrar, á mi manera, no por ninguna Política, sino por la marcha natural de las ideas; rebasando el año de 1868, que era el límite señalado á esta parte de mis MEMORIAS. Retrocedamos, pues, á nuestro 68, año de especiales acontecimientos para España; tan grandes y de tal importancia que exigen ser referidos, no en capítulo, sino en tomo aparte.

ÍNDICE DE ESTE TOMO

1852-1854.

Páginas.

1854-1858.

1858-1868.

